M. ROSTOVTZEFF

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

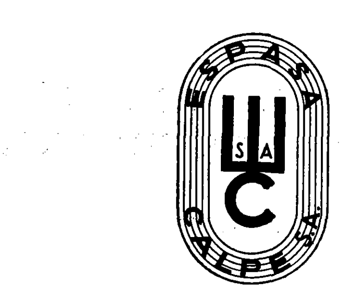
I

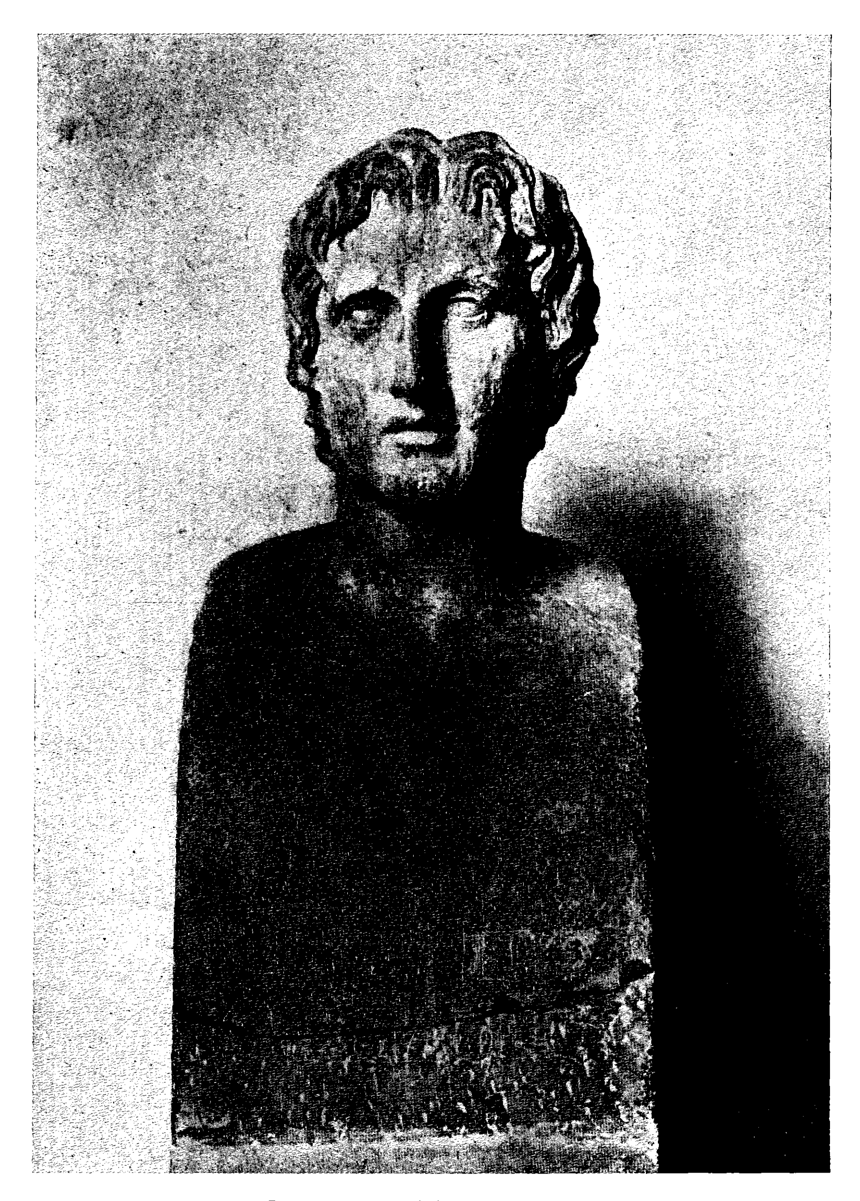


ESPASA - CALPE, S. A.

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

TOMO I


ESPASA
S A
C
CALPE S.A.



Retrato de Alejandro Magno

El hermes *Azara,* del Louvre. Copia romana pobre de un excelente original griego. El estilo es de Lisipo. Inscripción: 'Αλέξανδρος | Φι-λίππου | Μακεδών. (Fotografía facilitada por Archives Photographiques.)

M. ROSTOVTZEFF

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR

FRANCISCO JOSÉ PRESEDO VELO

TOMO I

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID, 1967

Esta traducción de "The Social and Economic History of the Hellenistic World" de la primera edición inglesa de 1941, corregida en 1953, se publica por convenio con Clarendon Press, de Oxford

Printed in Spain

—

Depósito legal: M. 18.453—1967

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 26. Madrid

ÍNDICE

ÍNDICE DE LÁMINAS

Páginas

FIGURAS EN EL TEXTO

PREFACIO

Apenas es necesario insistir en la importancia de la época llamada «helenística» en la historia de la humanidad. Como sabe todo estudioso de la historia antigua, la vieja concepción de esta edad como una época de decadencia de la civilización griega y de lastimoso colapso de la vida política griega es infundada o, por lo menos, unilateral y equivocada. Sin duda, los griegos del período helenístico desarrollaron una gran actividad creadora en todos los aspectos de su vida, y fueron responsables de muchas novedades, a veces fundamentales, en el desarrollo político, social, económico y cultural del mundo antiguo. Bajo su beneficiosa influencia, otras naciones modelaron de nuevo sus propias instituciones, alcanzando así brillantes resultados en múltiples direcciones.

Este libro está dedicado al estudio de un aspecto del mundo helenístico. No estarán de más unas cuantas palabras para definir lo que yo entiendo por la expresión «mundo helenístico». La historia de la moderna palabra «helenístico» y los diferentes significados que se le asignan no pueden ser discutidos aquí. Baste decir que la expresión, tal como la uso, tiene implicaciones muy definidas en lo que respecta a la cronología, la geografía, la política y la civilización. Por «mundo helenístico» entiendo el mundo creado por la conquista del Oriente por Alejandro, mundo que existió mientras los estados en que se dividió mantuvieron su independencia política y los griegos conservaron en estos estados el papel director en todas las esferas de la vida; esto es, aproximadamente desde la época de Alejandro hasta la de Augusto. Abarcó el área del primer imperio de Alejandro con algunas ligeras adiciones, tales como el reino del Bósforo, ciertas partes de Asia Menor, el reino siciliano de Hierón II, y algunas ciudades-estados griegas. Aunque estas últimas nunca formaron parte del imperio de Alejandro, fueron griegas en su

estructura y civilización, y no difieren, a este respecto, del resto del mundo helenístico.

Mi estudio no es, pues, una historia social y económica del mundo antiguo en el período helenístico. He excluido de mi tratado especial varias partes importantes de él, tales como, por un lado, los llamados «bárbaros» de Europa, África y Asia (escitas, sármatas, tracios, ilirios, celtas, iberos); y, por otro lado, dos grupos de estados altamente civilizados y bien organizados, uno en el Oeste (Italia, la mayor parte de Sicilia y Cartago); y otro en el Este y Sur (China, India, Partia, sur de Arabia, Nubia y Meroe).

Esta limitación geográfica de mi campo de investigación requiere algunas palabras de explicación, especialmente por lo que hace a los dos grupos de estados altamente civilizados y naciones recién mencionados que sufrieron en distinto grado la influencia griega, y algunos de los cuales comprendieron varios estados helenos, y otros grupos organizados de colonizadores griegos. El excluir de mi estudio el grupo occidental obedece a varias consideraciones, la más importante de las cuales puede formularse como sigue. Aunque las relaciones entre Roma y Cartago, los dos estados directores del Oeste, por un lado, y la parte oriental del mundo mediterráneo, por otro, eran muy estrechas, y el elemento griego estaba fuertemente representado en su población, los primeros no eran, de hecho, estados griegos, ni el carácter de su estructura social y económica y de su civilización fue griego en sus rasgos esenciales. En Italia los itálicos desarrollaron gradualmente su propia y peculiar vida política, social, económica y cultural, y la extendieron con el tiempo a Sicilia, Galia y España. En África, los fenicios hicieron lo mismo. Así, pues, difícilmente pueden incluirse estas regiones en el concepto de «mundo helenístico», por estrechamente vinculadas que puedan estar a él. El estudio de la peculiar estructura social y económica de estas regiones en el período helenístico, a la luz de su propio pasado y con la debida atención a la influencia ejercida en ellas por la parte oriental del mundo antiguo, sería, ciertamente, una empresa muy importante y fascinadora. Pero requeriría mucho espacio y una minuciosa investigación especial. Si tal estudio se hubiese incluido en este libro, como originariamente pensé, habría duplicado su extensión, mientras que habría contribuido poco a una intelección correcta del oriente griego y helenístico. El tema requiere ser tratado en una obra aparte, que se centraría en el Oeste, tarea para la cual soy ya demasiado viejo. Bien sé que mi

punto de vista, respecto a esta limitación geográfica, no es compartido por la mayoría de los historiadores modernos del mundo antiguo. Me anticipo, pues, a su crítica.

La situación es similar por lo que respecta al segundo grupo, el oriental y meridional, de estados civilizados más o menos estrechamente ligados al mundo helenístico. La mayor parte de ellos estuvieron, en grados diferentes, bajo la influencia de la civilización helenística, y absorbieron algunos de sus caracteres, lo que afectó en cierta medida a su evolución social y económica; pero nunca llegaron a ser partes constitutivas del mundo helenístico, en la proporción que lo fueron, por ejemplo, Italia y el norte de África, sino que mantuvieron por completo su identidad nacional y política, y su vida social y económica en el período helenístico fue prácticamente una continuación de su pasado, sólo afectada ligeramente por las influencias extranjeras, es decir, helenísticas.

Un examen del desarrollo social y económico del grupo oriental y meridional de estados en la época helenística, de los elementos extraños que contribuyeron a ese desarrollo, y del papel desempeñado en el mismo por los cambios de carácter general que las conquistas de Alejandro causaron en el mundo antiguo, es una de las tareas más importantes con que puede enfrentarse un historiador de la antigüedad. Pero, como en el caso del grupo occidental, es una empresa aparte que no puede llevarse a cabo en el cuadro del presente libro. Además, requiere una competencia y conocimientos especiales (en primer lugar, estar familiarizado con varias lenguas orientales) que yo no poseo. En mi opinión, la evolución social y económica del mundo helenístico no estuvo afectada fundamentalmente por los rumbos que esta evolución tomó en su periferia oriental y meridional.

No obstante, cuándo y dónde se produjo el contacto entre estos dos grupos de estados y los llamados «bárbaros», me parece un factor importante, y en algunos casos decisivo, en la evolución del mundo helenístico; a este factor he prestado, pues, en la medida de mi capacidad, la debida atención. Ésta es la razón por la cual los extremos occidental y oriental del mundo helenístico tienen mayor importancia en el segundo volumen de esta obra que en el primero.

Al tratar del mundo helenístico me he limitado a su aspecto social y económico, pero no porque este aspecto de la vida helenística haya sido olvidado por los eruditos modernos. Varios his-

toriadores eminentes del mundo antiguo han incluido en obras generales del período helenístico o en monografías especiales sobre ciertas partes de él, excelentes capítulos que tratan de sus rasgos sociales y económicos. Tampoco he limitado la perspectiva de mi libro porque considere estos hechos más importantes para la comprensión de la vida helenística que los referentes a las esferas política, constitucional, cultural o religiosa. Al apreciar la importancia del aspecto social y económico de la vida humana en general, no lo sobrestimo al estilo marxista. La razón para restringir el campo de investigación es puramente personal: creo que soy más competente en este campo que en los demás. No obstante, he tenido presente como principio, tanto en esta obra como en otras de carácter histórico que he escrito, la máxima de que no hay que olvidar nunca la complejidad de la vida, y que ningún hecho aislado debe considerarse como básico y decisivo.

A la exposición material del mundo helenístico he aplicado el mismo método que adopté en mi estudio anterior del imperio romano. El presente libro, hay que decirlo, no pretende ser una investigación social y económica del mundo helenístico, ni un ensayo de la sociología y economía antiguas. He tratado de presentar unas páginas de historia. En cuanto al título por mí elegido para esta obra, la importancia no está tanto en lo de «social» y «económica» como en lo de «historia». Este propósito explica la estructura del libro. Me vi obligado a disponer el material en una secuencia histórica para seguir el rumbo de la evolución al tratar los fenómenos sociales y económicos a la luz del desarrollo político, constitucional y cultural de la época. Este método no está, por supuesto, libre de objeciones. Requiere mucho espacio. Además, dispersa en cierta medida la atención del lector, y a veces hace inevitables las repeticiones. Pero tiene la ventaja de presentar los aspectos social y económico de la vida humana, no como secas abstracciones en forma de tablas y estadísticas, sino como dinámicos fenómenos vivos, inseparables de otros aspectos de esa vida igualmente importantes y estrechamente relacionados con ellos. Para permitir al lector resumir los resultados de mi estudio histórico, he añadido a los siete capítulos históricos un octavo capítulo en que he tratado de enumerar y discutir, a veces con mayor espacio que en los capítulos históricos, ciertos elementos básicos en la economía helenística, que podemos considerar como creaciones de este período.

Planeado al principio como un breve resumen, el libro fue haciéndose, a lo largo de su elaboración, intolerablemente largo: más de dos veces mayor que mi obra sobre el imperio romano. Lo lamento vivamente. Hay mucho de verdad en la aguda observación de uno de los más grandes escritores helenísticos: μέγα βιβλίον, μέγα κακόν. Pero no era posible reducir mucho su extensión. Esto se explica en parte por el método arriba expresado; pero principalmente se debe al carácter de nuestro material, que es escaso y desesperadamente desparramado, muy difícil de fechar, ordenar, entender e interpretar. Los problemas se presentan en largas series, y muy pocos pueden ser resueltos con un grado satisfactorio de probabilidad. En estas condiciones, era imposible adelantar meras afirmaciones sin el apoyo de la presentación y discusión de la evidencia relativa. Me doy cuenta perfecta de la irritación que tales discusiones pueden causar, y de las interrupciones que, por desgracia, introducen en el curso de la narración. Pero eran inevitables, puesto que yo no tenía la intención de presentar como hechos lo que, en general, no son más que conjeturas más o menos probables.

A esta explicación general tengo que añadir algunas notas que se refieren a la composición del libro y al material que he usado. Al discutir la evolución social y económica del mundo helenístico, he intentado tratarlo como una unidad, prescindiendo de su creciente diferenciación política, social y económica. Pero, teniendo en cuenta que sus partes constitutivas presentan peculiaridades de largo alcance, que se acentuaron a medida que el tiempo pasaba, fue necesario subdividir los capítulos IV, V y VI en secciones, cada una de las cuales se ocupa de una parte del mundo helenístico. En esta subdivisión no he seguido un esquema rígido. Puesto que el centro de gravedad cambia de una parte a otra de ese mundo, a ciertas regiones se les ha dado en algunos períodos mayor importancia, atención y espacio que en otros, y el orden en que se las trata varía en cada capítulo (1). Sin embargo, al proceder de este modo, he tratado de guardar cierto equilibrio. Era difícil evitar el dejarse llevar por la abundancia de material referente a una localidad y la escasez del mismo sobre otras; el

(1) Por ejemplo, en el caso de Rodas y Delos. En el capítulo IV se han estudiado estos centros de vida económica, en la sección dedicada a las ciudades del continente griego y de las islas griegas, mientras que en el capítulo V se trata de ellas en relación con las monarquías orientales, y en el capítulo VI se les dedica una sección especial.

evitar, por ejemplo, dar demasiada importancia a Delos y Atenas a costa de Rodas y de otras ciudades preponderantes en el mundo helenístico, o a Egipto a costa de Siria, Macedonia y Pérgamo. Y aun así, hubo que dar inevitablemente algún mayor espacio a las regiones mejor conocidas, prescindiendo de su importancia en un momento determinado, con el fin de aprovechar al máximo el material disponible.

Respecto al material empleado en el estudio del tema, he tratado de no limitarme a las fuentes escritas, sino utilizar también al máximo el testimonio arqueológico y numismático. Me doy cuenta perfecta de lo difícil de la empresa, y de cuán imperfectos son los resultados. Mucho se ha trabajado durante la pasada centuria en el campo de la arqueología y la numismática, y se ha acumulado una enorme masa de información. Pero en este brillante desarrollo la parte correspondiente al período helenístico ha sido más bien pequeña, y no porque el material descubierto haya sido escaso. Por el contrario el material es extraordinariamente abundante, pero se ha prestado muy poca atención a su ordenación sistemática, datación y estudio, especialmente desde el punto de vista económico. En estas condiciones, es probable que los errores sean aún más numerosos en la parte de mi libro basada en esta clase de datos más que en las fuentes escritas. Pero se imponía un intento en esta dirección, y no iba a desistir por miedo a las reprimendas de los críticos más expertos que yo en arqueología y numismática.

Fue una fortuna que yo haya podido no solamente referirme al material arqueológico y numismático, y hacer uso del mismo, sino también que me haya sido posible, gracias a la liberalidad de la Clarendon Press, presentar al lector una parte de él, en reproducciones o láminas y dibujos de línea en el texto. Las ilustraciones no intentan divertir al lector y consolarle por la sequedad del texto y notas, sino que constituyen una parte importante de mi libro. No fue tarea fácil seleccionar lo más típico e instructivo, entre los miles de objetos almacenados en los museos y los cientos de ruinas existentes de antiguos edificios y ciudades. La elección es ardua, y múltiples los métodos de selección. He tratado de mantener un justo equilibrio entre dos grupos de monumentos: las esculturas, pinturas, mosaicos y ruinas de las antiguas fundaciones que reflejan la vida antigua, y aquellas que ilustran la actividad económica del mundo helenístico, especialmente en el campo de la industria.

Si he tenido más o menos éxito en la ilustración de mi libro, lo debo en gran parte a las instituciones y personas que me han ayudado liberalmente suministrándome fotografías y planchas, y por su competente ayuda en la selección, datación e interpretación de varios objetos reproducidos. Su relación es muy larga, y sus nombres serán recordados al final de este prefacio. Aquí me limitaré a mencionar los nombres de mis principales consejeros y expresarles mi agradecimiento: profesor J. B. Beazley, de Oxford; Miss Gisela M. A. Richter, del Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York, y profesor Dr. R. Zahn, antiguo director de la Colección Clásica de los Museos del Estado, de Berlín, en el campo de la arqueología; y Mr. E. T. Newell, presidente de la Sociedad Numismática Americana y el profesor A. R. Bellinger, de Yale, en el de la numismática. Bastarán algunas palabras respecto a mis notas, más bien copiosas, más que las de mi *Historia social y económica del imperio romano.* En ellas el lector encontrará citadas las fuentes antiguas más importantes (literarias, epigráficas, papirológicas, numismáticas y arqueológicas), y referencias a las obras modernas que tratan de los problemas discutidos. Respecto al material epigráfico, papirológico, arqueológico y numismático más importante, he tratado de no ofender la actividad febril de los eruditos modernos, ocupados en la publicación de textos nuevos y monumentos, y en la restauración y más precisa datación e interpretación de los viejos. Esto ha resultado una tarea nada fácil, porque los esfuerzos modernos en este sentido producen una corriente ininterrumpida de artículos y notas, esparcidos en montones de periódicos y cientos de libros, y no estoy seguro de un éxito completo. Tampoco ha sido tarea fácil hacer uso de las contribuciones modernas, mayores y menores, para el estudio de los temas tratados en este libro. El número de estas contribuciones es extraordinariamente grande y aumenta cada día. Si he olvidado algunas, pido perdón a los autores y a mis lectores.

Al llegar aquí, debo añadir que, al tratar de hacer un uso debido de las nuevas contribuciones y material, he retrasado considerablemente la publicación de este libro. El manuscrito estaba listo en 1936; desde entonces lo he revisado dos veces, pero no lo pude hacer una tercera vez. Por lo tanto, con gran pesar mío, no he tenido en cuenta sistemáticamente el material y estudios modernos publicados en la segunda mitad de 1938, en 1939 y 1940, aunque he hecho algunas referencias casuales a

algunas de éstas cuando podían ser insertadas en las pruebas. Mis datos, tanto para material de fuentes como para obras modernas, están naturalmente más al día en los últimos capítulos que en los primeros. Algunas adiciones se encontrarán en los pocos *addenda* y *corrigenda* al final de la obra.

Como conclusión, unas cuantas notas sobre ciertos detalles en cuanto a las transcripciones y citas. Temo que en la transcripción de nombres personales y geográficos griegos y orientales no haya sido enteramente consecuente. Por lo que hace a los últimos, los nombres de ciudades y países aparecen, por regla general, en su forma latinizada, más familiar para mis lectores, pero hay algunas excepciones a esta regla: he mantenido, por ejemplo, la lectura griega de los nombres de islas y algunas ciudades, como Pérgamo y Corupedión, ya que son más familiares para el lector que la forma latinizada. En general, para los nombres personales he utilizado la transcripción tradicional. Para los menos comunes hice lo mejor que pude, especialmente en la lectura de nombres orientales. En las citas de revistas y libros modernos más comunes he tratado de seguir, en lo principal, el sistema de abreviaciones empleado en la *Cambridge Ancient History*. Pero una completa uniformidad y consecuencia son inalcanzables. Todo aquel que ha escrito un libro de considerable extensión, con miles de referencias, sabe lo difícil que es mantener, a este respecto, la fidelidad a un principio único y uniforme.

Al final del prefacio, los autores acostumbran tener el placer y el privilegio de mencionar a cuantos han tenido la amabilidad de ayudarle en su obra. En mi caso la lista es larga. Mis primeras palabras de agradecimiento las debo a mi querido amigo el profesor J. G. C. Anderson y a sir Paul Harvey. Ellos no sólo han revisado el manuscrito y hecho legible mi inglés —tarea ardua y tediosa—, sino que también leyeron todas las pruebas. Mr. Anderson, además —para no dilatar indebidamente la publicación del libro en los tiempos difíciles en que fue impreso—, se encargó de la tarea de leer, él solo, la última revisión de las pruebas y dar el *imprimatur* final. Mi deuda con estos dos señores es inmensa.

Seguidamente tengo que expresar mi gratitud a la Clarendon Press. Me doy cuenta perfecta de que mi libro no merece el cuidado y atención que le prestó esta institución, altamente científica, famosa y de altas miras, y nunca olvidaré que este cuidado y atención fue el mismo en los oscuros días de la guerra que en los luminosos de la paz.

Las pruebas de mi libro han sido leídas por dos de mis jóvenes amigos: el profesor E. Bikerman de la Escuela de Altos Estudios, de París, y el profesor C. B. Welles, de Yale. Ellos me han librado de muchos errores y me han hecho valiosas e interesantes sugerencias, que he usado debidamente. Les estoy muy agradecido y en deuda con ellos.

También tengo que mencionar a mis alumnos y jóvenes amigos los doctores Leroy-Campbell, R. Fink y F. Gilliam, que me han ayudado a confrontar miles de referencias en el texto y notas. Si, no obstante, quedan muchos errores, no es por culpa suya.

Varios de mis ilustres amigos han sido muy amables aportándome juicios respecto a problemas oscuros y controvertidos, y me han dado información de primera mano sobre monumentos que les eran especialmente familiares. Algunos de estos juicios (los de J. G. Milne, de Oxford, profesor R. P. Blacke, de Harvard, E. S. G. Robinson, del Museo Británico, y F. O. Waagé, de la Universidad Cornell), se imprimen como apéndices separados. Otros se incorporan al texto, notas y descripciones de láminas. Tales son las contribuciones de A. R. Boak respecto a Caranis; de F. E. Brown concernientes a Dura; de A. von Herkan referentes a Mileto; de C. Hopkins acerca de Seleucia del Tigris; de J. Keil sobre el monumento de Belevi; de F. Krischen sobre Cnido; del difunto profesor J. H. Rogers, de Yale, sobre el problema de la inflación; de H. Seyrig, director del Servicio de Antigüedades de Siria, sobre varios monumentos de este país; de P. R. Mouterde, sobre las pesas reales de Siria.

Como he dicho anteriormente, al coleccionar el material para mis ilustraciones, he recurrido repetidas veces a la ayuda y al apoyo de varias instituciones científicas y personas privadas que estaban en posesión de objetos interesantes. Su respuesta a mis peticiones fue siempre cordial y generosa. Tengo especial interés en citarlos aquí y enviarles mis más expresivas gracias. De los coleccionistas y eruditos privados, recuerdo con gratitud la ayuda de los doctores Chr. Blinkenberg y O. Brendel, conde Chandon des Briailles, profesor F. Krischen, Mrs. Williams H. Moore, Mr. R. W. Smith, sir Aurel Stein, sir Leonard Woolley. Mucho más larga es la lista de museos y otras instituciones culturales que nunca me rehusaron su ayuda y asistencia. Recordaré: en los Estados Unidos, el Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York; el Museo de Bellas Artes de Boston, el Instituto Oriental, de

Chicago; la Galería de Bellas Artes, de Yale; la Expedición a Antioquía, de Princeton; la Expedición a Seleucia, de Michigan; la Expedición a Dura, de Yale. En Francia, el Louvre y el Gabinete de Medallas; en Inglaterra, el Museo Británico; en Alemania, el Instituto Arqueológico Alemán y los Museos de Berlín, Munich y Gotha, y el Museo Pelizaeus, de Hildesheim; en Dinamarca, la Gliptoteca Ny Carlsberg; en Holanda, el Museo Allard Pierson, de Amsterdam; en Rumania, el Museo de Bucarest; en Bulgaria, los Museos de Sofía y Provdic; en Italia, la Mostra Augustea della Romanità, y el Instituto Arqueológico Alemán, en Roma ambos, y el Museo de Nápoles; en Egipto, los Museos de Alejandría y El Cairo; en Cirenaica, el Servicio Arqueológico de ese país; en Túnez, el Servicio Arqueológico y el Museo del Bardo; en Grecia, el Museo Nacional y la Escuela Francesa, ambos en Atenas; en Rodas, su excelencia el gobernador y el Servicio de Antigüedades; en Turquía, el Museo Otomano; en Iraq, el Museo de Bagdad; en Irán, el Museo de Teherán; en Siria, el Servicio de Antigüedades y los Museos de Beirut y Damasco. Las autoridades de estos museos e instituciones me han proporcionado con toda liberalidad fotografías, dibujos, copias en color, etc., pero, ante todo, nunca me negaron su valioso consejo. Por ello les estoy profundamente agradecido.

El Índice fue compuesto con gran cuidado por mi esposa, Sofía Rostovtzeff.

El libro va dedicado a mi esposa y a mi amigo Franz Cumont. Sin su estímulo y cálido apoyo en los momentos de duda, nunca habría sido escrito.

M. R.

Agosto de 1940.

NOTA PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Por razones de salud, el profesor Rostovtzeff no pudo cooperar en la preparación de esta edición, que ya estaba en prensa antes de su muerte, acaecida el 20 de octubre de 1952. Por consiguiente, soy el único responsable de los cambios introducidos. Éstos se limitan a los que pueden hacerse sin reformar el libro. Los volúmenes primero y segundo permanecen sin variación, excepto en la corrección de algunos errores materiales. En el tercer volumen he indicado dónde se publicó el material a que Rostovtzeff había tenido acceso antes de su publicación; y donde citaba documentos publicados en revistas, etc., que después han sido reeditados en colecciones generales, he añadido la referencia a las últimas. Se han incluido nuevas referencias a *córpora*, etcétera, tanto en el cuerpo del Índice II como en sus *Addenda*. Del mismo modo, he añadido referencias a las nuevas ediciones. No he añadido ningún material al que no tuviera acceso Rostovtzeff. Las citas bibliográficas no han sido comprobadas sistemáticamente, pero he corregido cuantos errores encontré.

Éste no es el lugar apropiado para hablar de la contribución de Rostovtzeff al estudio de la antigüedad, pero puede decirse, sin temor a contradicción, que fue única y que dominó los estudios arqueológicos e históricos del mundo antiguo en la primera mitad del siglo XX, no menos que, de forma algo diferente, lo hizo Mommsen en el medio siglo anterior. Rostovtzeff era el adelantado de una docena de materias, cada una de las cuales exige técnica y formación propias, y a todas aportó no sólo una erudición inmensa y prodigioso poder de investigación, sino también una completa conciencia de las cuestiones históricas que abarcan. Sus tesis principales produjeron siempre controversias y seguirán produciéndolas, pero está asegurado su lugar entre los escasos eruditos cuyas obras marcan una época en muchos campos.

R. M. FRASER

Noviembre de 1952.

CAPÍTULO I

DESARROLLO POLÍTICO

A) *LA GUERRA DE SUCESIÓN Y LA FORMACIÓN DE LAS MONARQUÍAS HELENÍSTICAS DIRECTORAS*

Podría parecer superfluo empezar con un resumen de los hechos políticos un libro que trata principalmente de cuestiones sociales y económicas. Existen muchos resúmenes excelentes de esta clase, y podía haber remitido a mis lectores a uno de los más recientes (1). Pero me pareció conveniente emprender la tediosa tarea de repetir algunos hechos muy conocidos, a cuya interpretación puedo añadir muy poco. Los sucesos políticos están tan estrechamente relacionados con los fenómenos sociales y económicos, y en el estudio de éstos hay que mencionar tantos nombres y circunstancias de carácter político, que he creído de mi incumbencia evitar al lector que quiere refrescar su memoria en varios puntos de la complicada historia política del período helenístico, la necesidad de referencias constantes a otros libros, o al menos facilitarle el recurrir a ellos.

No es tarea fácil escribir un corto resumen de los sucesos políticos que siguieron a la muerte de Alejandro. Nuestra información se distribuye de modo muy irregular sobre las diferentes partes de este período, algunas ampliamente ilustradas por las fuentes literarias, mientras otras quedan casi en completa oscuridad en nuestra tradición literaria. Será útil empezar cada sección de mi resumen de los acontecimientos políticos describiendo brevemente el carácter de las fuentes que tratan del período y valorando el crédito que merecen las mismas. Es necesario recordar que a veces las fuentes que tratan de historia política dan también información sobre historia económica y social.

Tenemos la fortuna de poseer información abundante y veraz en lo que respecta al primer período de la historia helenística, entre la muerte de Alejandro y la batalla de Ipso (323-301 a. de J. C.). Nuestra principal autoridad es el corto resumen que da Diodoro en los libros XVIII-XX de su historia general del mundo antiguo. Una narración mucho más detallada es la de otro escritor de la época romana, Arriano, pero su historia de los sucesores termina con la vuelta de Antípatro a Europa (321 a. de J. C.), y la conocemos solamente por los breves extractos que hizo Focio y por los fragmentos conservados en un palimpsesto de la Biblioteca Vaticana y por Suidas. Aún más corto que el resumen de Diodoro es el que nos da el epítome de Justino de las *Historiae Philippicae* de Pompeyo Trogo. Tenemos biografías de Plutarco —vivas y sustanciales, aunque no siempre veraces—, de Foción, Éumenes, Demetrio y Pirro. También hay algunos ensayos biográficos, más cortos y secos, por Cornelio Nepote, de Foción y Éumenes. Pausanias tiene excelentes excursos que tratan de algunos de los protagonistas de nuestro período: Tolomeo, Lisímaco, Seleuco, Pirro, mientras algunas de las *Estratagemas* de Polieno y Frontino nos dan información útil. Un fragmento muy interesante de historia local lo contiene el resumen histórico de Memnón sobre Heraclea Póntica. Se encontrarán datos cronológicos importantes en un fragmento de la Crónica de Paros (336-335 a 302-301 a. de J. C.) y en algunos fragmentos de una crónica cuneiforme de Babilonia recientemente encontrada y publicada.

El núcleo principal de nuestra información literaria, por lo menos en su parte más digna de confianza, se remonta a la historia detallada de la primera época helenística escrita por Jerónimo de Cardia, amigo de Éumenes y más tarde miembro del estado mayor de Antígono. A su obra fundamental le añadieron algunas partes suplementarias los últimos historiadores del período helenístico, y de ella las sacaron los escritores arriba nombrados y otros de la época romana.

No es extraño encontrar tal abundancia de fuentes literarias para los primeros años del período helenístico, mientras que para los que siguen a Ipso, como veremos más adelante, el recuerdo literario que sobrevive es casi nulo. Los protagonistas de las dos décadas que siguieron a la muerte de Alejandro, las figuras pintorescas de Antípatro, Crátero, Perdicas, Éumenes, Antígono, Demetrio, Tolomeo, Lisímaco y Seleuco, dejaron una profunda impresión en el mundo antiguo e interesaron en gran manera a la

gente ilustrada de la época romana. Estas décadas fueron la época heroica del mundo helenístico, y cientos de historias y anécdotas en torno a estos caudillos fueron corrientes en la traducción literaria de la época romana. Todo hombre culto de la época se suponía conocedor de algo acerca de los reyes helenísticos.

Los datos literarios son completados por documentos muy importantes. Aunque en Egipto se encontraron pocos papiros que traten de estos años, poseemos muchas inscripciones de primera importancia que llenan los vacíos o ilustran episodios poco conocidos. Las abundantes series de monedas a nuestra disposición son, como de costumbre, muy útiles para aclarar ciertos problemas cronológicos importantes de este período.

Esto por lo que hace a las fuentes que tratan de los sucesos políticos que siguieron a la muerte de Alejandro Magno (2). Su muerte repentina originó una gran confusión, que se extendió a través de todo el mundo antiguo, especialmente en Babilonia, donde Alejandro había residido, y en el campamento de su inmenso ejército. No debemos olvidar que este ejército acababa de ser reorganizado para iniciar otra gran expedición. Debemos tener en cuenta también que el poder de Alejandro descansaba casi exclusivamente en el ejército, y que éste lo sabía y se sentía unido a su gran general. Era, pues, natural que el ejército del campamento de Babilonia, y no el ejército que estaba en Macedonia, se considerase encargado, de acuerdo con la tradición macedónica, de resolver la cuestión de la sucesión a la muerte del rey. La posibilidad de elección del ejército era limitada. Alejandro no había dejado hijos, y no quedaban varones adultos de la casa de Filipo, excepto un medio hermano de Alejandro, un joven llamado Arrideo. Sin embargo, como Roxana, la mujer de Alejandro, esperaba un niño, el quiliarca Perdicas, comandante en jefe del ejército, y con él la alta aristocracia y la nobleza de Macedonia, los oficiales y los caballeros, que eran fieles a Alejandro y estaban dispuestos a continuar su política de crear un imperio iraniomacedónico, aconsejaron al ejército esperar el alumbramiento. Pero la falange macedónica, que nunca compartió las ideas iraniomacedónicas de Alejandro, prefería a un vástago de la casa de Filipo, sobre quien sabían poco, pero que representaba a sus ojos la tradición macedónica de Filipo. Se planteó un agudo conflicto, que al final fue arreglado por un compromiso. Filipo Arrideo iba a ser proclamado rey en el supuesto de que, si el hijo

de Roxana era un niño (y lo fue), él, bajo el nombre de Alejandro, sería una especie de corregente menor con Filipo (3).

Por este compromiso se conservó la unidad del imperio, pero sólo nominalmente. De hecho, fue dividido entre los generales de Alejandro (por la redistribución entre ellos de las satrapías), y era evidente que la mayor parte de estos generales, si eran bastante fuertes para sostener por la fuerza de las armas su aspiración a la independencia efectiva, no estaban dispuestos a obedecer las órdenes de quienes actuarían en nombre del rey. Y, sobre todo, aunque el problema de la sucesión estaba resuelto, no lo estaba el de la regencia. Se decidió en Babilonia que Perdicas sería quiliarca, título que significa comandante en jefe del ejército y gran visir del imperio, pero Crátero sería προστάτης del rey, una especie de guardián y primer ministro, superior en categoría a Perdicas. ¿Quién iba a tener la voz decisiva? La cuestión fue planteada por un accidente. Mientras estos sucesos se desarrollaban en el Occidente, la parte griega y macedónica del imperio se hallaba en gran peligro. Aquí el jefe era el viejo Antípatro, el hombre más respetado en la corte, el amigo de Filipo y Alejandro. Ejercía el mando en Macedonia y Grecia, y de este modo tenía en sus manos las reservas, tanto de soldados como de talentos, sin los cuales el imperio de Alejandro no podía existir, y ahora se encontraba metido en una seria lucha con una coalición poderosa y activa de estados griegos dirigidos por Atenas, que, inmediatamente después de la muerte de Alejandro, había empezado la que se conoce por guerra helénica o lamiaca, con objeto de restaurar la libertad de Grecia. La situación de Antípatro era difícil. Después de una derrota, había sido sitiado en Lamia, y estaba en peligro no sólo el prestigio, sino el dominio de Macedonia en Grecia. No es extraño, pues, que Crátero, en vez de volver a Babilonia con los 10.000 veteranos que llevaba a Macedonia por orden de Alejandro, ocupándose de los reyes y planteando el problema de la regencia, decidiera sacrificar su propia ambición a las necesidades urgentes del imperio macedónico y dejar en suspenso el problema de la regencia. Por consiguiente, dejó los reyes en manos de Perdicas y continuó su marcha hacia el Oeste, donde ayudó a Antípatro a poner fin victorioso a la guerra helénica.

Esto no significaba, sin embargo, que Antípatro y Crátero reconociesen a Perdicas como un superior con derecho a darles órdenes. De hecho, Perdicas nunca se atrevió a ello. Y naturalmente, tan pronto como Perdicas fue designado primer ministro

en lugar de Crátero y, al asumir este cargo, mostró sin lugar a dudas que tomaba en serio su papel y esperaba ser obedecido cuando daba órdenes en nombre de los reyes. No sólo Antígono y Tolomeo*, entre los que recibían estas órdenes, sino también Antípatro y Crátero resolvieron oponerse a Perdicas por la fuerza, como si fuera un usurpador y no la cabeza más o menos legítima del imperio de Alejandro. Tales eran las circunstancias en que los principales generales de Alejandro empezaron la lucha larga y violenta por la sucesión. Algunos de ellos trataron seriamente de mantener la unidad del imperio. Esta fue la política de Perdicas y su ayudante general Éumenes, y aún más la de Antípatro y Crátero. La lucha de los dos últimos con Perdicas era una lucha por la regencia, y nada más. Algunos querían tener manos libres en sus propias satrapías, en otras palabras, ser reconocidos como gobernadores prácticamente independientes. Esta era la actitud de Tolomeo, y muchos otros la habrían adoptado si fueran tan fuertes como él y confiaran tanto en su propia fuerza. Si se dieron cuenta o no de que esto significaba el final de la unidad del imperio de Alejandro, no podemos saberlo. Tolomeo, en todo caso, nunca mostró el deseo de hacer de Egipto el centro de un imperio mundial suyo. Y finalmente algunos, como Leonato y Antígono el Cíclope, hubieran querido preservar la unidad del imperio siempre que ellos fueran sus amos y gobernadores. La mayoría de los sátrapas, sin embargo, al principio de la lucha por lo menos, no tenían ideas definidas acerca de sus relaciones con el imperio como tal. Trataban de mantener sus satrapías en sus propias manos, ensanchar sus territorios y sus recursos y compartir su poder y sus recursos lo menos posible con otros. Todos los sátrapas, y en primer lugar Perdicas, Antípatro y Crátero, tenían grandes o pequeños cuerpos de soldados macedónicos bajo su mando. La fuerza mayor y más experimentada era, por supuesto, la que estaba en manos de Perdicas, y este hecho, más que su cargo y la presencia de los reyes en su campamento, le confería el mayor poder del imperio. Pero la superioridad de Perdicas no era tan absoluta como para suprimir toda oposición a su gobierno. Pronto fue desafiado por Antígono y Tolomeo, que rehusaron obedecerle; y los rebeldes estaban apoyados, al principio tácitamente, después de un modo abierto, por Antípatro y Crátero. Una

---

* Tolomeo había sido nombrado sátrapa de Egipto por una decisión tomada en Babilonia.

apelación a las armas era, pues, el único camino que quedaba a Perdicas para resolver el problema del poder supremo. Las operaciones militares que siguieron fueron dirigidas por Éumenes contra Crátero y Antípatro en Asia Menor, y por Perdicas en persona contra Tolomeo en la satrapía de éste. Crátero fue derrotado por Éumenes y cayó en el campo de batalla, mientras Perdicas, fracasado en su intento de cruzar el Nilo, fue muerto por sus propios oficiales: hecho ilustrativo de la debilidad de las fuerzas centrípetas incluso en el campamento central del mismo ejército macedónico.

La desaparición de escena de los dos primeros representantes del poder central, Perdicas y Crátero, fue seguida por un arreglo temporal, que resultó de un intento, de éxito casi completo, de abolir la regencia, realizado por Eurídice, la mujer que acababa de casarse con Filipo Arrideo. Entonces el ejército, en la conferencia de Triparadisos, en el norte de Siria (321 a. de J. C.), nombró a Antípatro, el más viejo y más capaz general de Alejandro, ἐπιμελητὴς αὐτοκράτωρ (administrador con plenos poderes) del Estado. Antípatro aceptó el nombramiento y organizó el Estado; las satrapías fueron distribuidas de nuevo, y Antípatro fue nombrado comandante de una parte del ejército de Perdicas y guardián de los reyes; se le encomendó librar Asia del resto del ejército de Perdicas, que permanecía bajo el mando de Éumenes y Alcetas, hermano de Perdicas. Casandro fue nombrado quiliarca bajo Antígono. Esta organización fue, no obstante, de corta duración. Antígono no compartía su poder con Casandro y mostraba poca lealtad a los reyes. Ésta fue la razón por la que Antípatro llevó a los reyes con él a Macedonia y trasladó el centro del imperio al Oeste, desde donde intentó gobernar el resto del mismo. El Este, sin embargo, fue dejado en manos de los sátrapas, bajo la autoridad de una especie de supersátrapa, encarnado en la persona de Antígono, que aún creía continuar, en nombre del imperio, la comisión antes referida. No fue, ciertamente, por amor a Antígono por lo que Antípatro le dejó en tan importante posición. A Antígono se le permitió, sin duda, seguir de comandante en jefe en Asia para prevenir otra guerra, que Antígono habría empezado tan pronto como Antípatro se hubiera asentado en Macedonia, si no se le hubiese dado la oportunidad de hacerse jefe supremo en Asia. Una consideración similar obligó a Antípatro a reconocer tácitamente las aspiraciones de Tolomeo a ser dueño de su satrapía. Parece, pues, que la unidad del imperio era

más una fórmula que un hecho, y que si Antípatro hubiese vivido más tiempo, tampoco habría podido mantener la fórmula.

El arreglo concluido en Triparadisos y la retirada de Antípatro a Macedonia mantuvieron tranquila a Grecia por algún tiempo. El país había sufrido mucho durante la guerra lamiaca. El mayor desastre fue la pérdida definitiva por Atenas de su poderío naval; su gran flota fue destruida por la marina del gobierno central en dos o tres batallas. La guerra, sin embargo, continuó en Asia Menor, donde Éumenes y Alcetas combatieron a Antígono, y reinó la anarquía hasta que el último destruyó el ejército de Alcetas con su general y obligó a Éumenes a encerrarse en Nora, inexpugnable fortaleza capadocia.

Dos años después de Triparadisos (319 a. de J. C.) murió Antípatro, y el ejército, de acuerdo con su deseo, nombró sucesor a Poliperconte, uno de los generales más viejos de Alejandro. Todo el mundo sabía, y muy especialmente el mismo Antípatro, que Poliperconte no era hombre de capacidad extraordinaria, sino muy inferior a cualquiera de los sátrapas más destacados del imperio de Alejandro: Antígono, Tolomeo, Lisímaco o Seleuco. Sin embargo, Antípatro le nombró, prefiriéndole incluso a su propio hijo Casandro. No hay duda de que su intención era escoger un hombre, no un genio, pero sí honrado y de buen carácter, que apoyase a los reyes y les permaneciese leal. Ninguno de los jefes más importantes le inspiraba confianza en cuanto a fidelidad. Era evidente que todos ellos, si fueran nombrados, antepondrían sus propios intereses a los de los reyes. El triunfo de Poliperconte se debió principalmente al fiel apoyo del ejército y no a su propio valer. Antípatro creía, probablemente, que el ejército le permanecería fiel. En esto estaba equivocado. El ejército macedónico ya no estaba guiado por la devoción a la casa real; predominaban en él los intereses egoístas. El ejército era aún el factor más poderoso en la historia política de la época, pero estaba dispuesto a servir a cualquiera que le inspirase confianza y supiera manejarlo.

La muerte de Antípatro significó el desencadenamiento de la guerra tanto en el Oeste como en el Este. Aunque el nombramiento de Poliperconte era perfectamente regular, no fue reconocido como tal por los principales gobernadores de las distintas partes del imperio de Alejandro. Era claro que no reconocían ninguna autoridad, si no era la suya propia. En el Este, Antígono empezó en seguida una conquista sistemática de las satrapías asiáticas, cuyos gobernadores no querían obedecer sus órdenes, y Tolomeo

se apresuró a ocupar Siria. En el Oeste, Casandro, quiliarca de Poliperconte, que algún tiempo antes no había querido cooperar con Antígono en el mismo puesto, ahora rehusaba actuar como segundo de Poliperconte, escapó hacia Antígono, y con la ayuda de éste y el apoyo de Tolomeo, y pronto también con el de Lisímaco, empezó una guerra en Grecia.

En el Oeste, Poliperconte contestó proclamando, en nombre del rey, la libertad y autonomía de Grecia, lo que significó para la mayor parte de las ciudades griegas revoluciones internas y pequeñas guerras locales: revoluciones de los *demoi* contra los oligarcas promacedónicos, y guerras de las ciudades contra las guarniciones macedónicas. Además abrió la perspectiva de una guerra civil en Macedonia, donde Casandro tenía muchos partidarios, al invitar a Olimpia a venir y obrar como guardiana de su nieto. Esto, en última instancia, suponía un profundo abismo entre los dos reyes, o más exactamente entre las dos mujeres que actuaban respectivamente en su nombre. Todo el mundo sabía que Olimpia, ahora guardiana de Alejandro, odiaba a muerte a Eurídice, esposa y guía de Filipo.

En el Este, Poliperconte y Olimpia nombraron a Éumenes, que había logrado escapar de Nora, con astuta diplomacia, comandante en jefe del ejército real en Asia, con instrucciones para arrebatar este país a Antígono. Debemos recordar que en Triparadisos había sido puesto Éumenes fuera de la ley por el ejército macedónico. Este veredicto, por lo que sabemos, nunca había sido derogado.

La guerra que siguió fue dura, sangrienta y cruel. En el Este, Antígono logró vencer a Éumenes y a los sátrapas que le habían prestado una ayuda llena de reservas. Éumenes, traicionado por sus aliados y los soldados macedónicos, fue ejecutado en el campamento de Antígono (316 a. de J. C.). Pero la victoria de Antígono no fue completa, porque Seleuco, que en Triparadisos había sido nombrado sátrapa de Babilonia, escapó a Egipto, a cuyo sátrapa hizo ver que el éxito de Antígono significaba la ruina de Tolomeo.

Tampoco los reyes tenían muchos éxitos en Grecia y Macedonia. Atenas, después de un breve intento de recobrar su constitución democrática, fue forzada por Casandro a la sumisión, y otra oligarquía o tiranía —el régimen de Demetrio de Falero— sustituyó en 317 a. de J. C. al gobierno de Foción, quien fue ejecutado (318). En Macedonia, Poliperconte fue expulsado por Casandro, pero, mientras éste se hallaba ausente, luchando en el Peloponeso,

Poliperconte consiguió traer a Olimpia a Macedonia, y entregarla a Alejandro y Roxana (317). Allí Olimpia, aunque con la oposición de Eurídice y Filipo, encontró al principio apoyo general. Pero su cruel orden de ejecución de Filipo y Eurídice, a quienes había capturado, y de cuantos los apoyaban, le hizo perder todas las simpatías del ejército y de la población, volviéndolas en favor de Casandro. Éste volvió de Grecia con un fuerte ejército y sitió a Olimpia en Pidna. El hambre la obligó a rendirse, y la rendición significó su muerte, ordenada por Casandro, a manos de los parientes de sus numerosas víctimas (316). Casandro era ahora el dueño de Macedonia, porque Poliperconte estaba inmovilizado en Tesalia, y finalmente escapó a Etolia, y Alejandro, con Roxana, estaba en sus manos como prisionero de guerra y no como rey. Casandro quería ser reconocido como legítimo sucesor del último rey legítimo de la línea de Filipo.

Después de estos sucesos, el gobierno central y el derecho de la dinastía de Filipo a mandar sobre el imperio de Alejandro dejaron de ser factores en el desarrollo político del mundo helenístico. La cuestión a resolver era ahora si entre los gobernadores de las satrapías había alguno con voluntad y fuerza suficientes para salir adelante a la sucesión de Alejandro, y restaurar su imperio universal. Era evidente para todos, en este momento, que había un hombre que aspiraba abiertamente a la sucesión: Antígono el Cíclope, asistido por su hijo Demetrio. Después de su gran victoria sobre Éumenes, Antígono asumió la posición de supremo señor de Asia, posición que intentaba conservar después de su vuelta a Asia Menor. Era natural que los demás jefes fuertes del momento —Casandro, Lisímaco y Tolomeo—, que nunca se consideraron sátrapas subordinados a un gobierno central, emprendieran una acción diplomática encaminada a demostrar a Antígono que se consideraban sus iguales y asociados suyos en la guerra contra Éumenes, y, por ende, con títulos suficientes para participar en los beneficios de esta guerra. Tanto Antígono como sus rivales estaban prestos para la guerra, y ésta empezó inmediatamente después de que Antígono diera su contestación —por supuesto, negativa— a las embajadas de sus antiguos amigos.

La lucha comenzó en 315 a. de J. C. En Grecia, Antígono podía contar con los servicios de Poliperconte y de su hijo Alejandro (este último le traicionó pronto); en Asia expulsó de Siria a Tolomeo. Después de estos dos éxitos, Antígono estaba

preparado para operaciones militares en mayor escala. Construyó una poderosa flota en Fenicia y después la reforzó por una alianza con Rodas, haciéndose así dueño del Mediterráneo. En Grecia, Antígono inició un ataque diplomático contra Casandro, a quien denunció como enemigo público, por el trato que había dado a Roxana y Alejandro, y se declaró regente y guardián del rey en lugar de Poliperconte, que ahora era su subordinado. Para obtener el apoyo de Grecia, Antígono repitió a su modo la proclamación de la libertad griega hecha por Poliperconte. Antígono organizó en ligas libres algunas de las ciudades griegas de Asia Menor, y las ciudades de las Cícladas, a las que trató como aliadas. Tolomeo intentó contrarrestarle recurriendo a la misma añagaza política, pero como su acción no fue apoyada por operaciones militares, su proclamación de la libertad tuvo poco efecto en Grecia. La lucha en este país, llevada a cabo por las fuerzas navales y terrestres de Antígono bajo el mando de sus generales, fue difícil y complicada. Antígono no alcanzó ningún éxito decisivo, y Casandro se mantenía fuerte y lleno de energía. En 314-313 a. de J. C. Antígono decidió poner fin a la guerra en Grecia y Macedonia mediante un ataque simultáneo a Casandro en ambos países. En Grecia actuaba su lugarteniente Polemeo. Antígono en persona intentó dirigir el ataque a Macedonia cruzando los Dardanelos. Pero el plan falló. Lisímaco le impidió cruzar los Dardanelos, anulando así los éxitos de Polemeo en Grecia.

El curso de los sucesos en el Este tuvo una influencia aún mayor en el resultado de la gran guerra. Después de expulsar a Tolomeo de Siria, Antígono había dejado a su hijo Demetrio en Gaza. Tolomeo, con el fin de hacer una diversión que aliviase a sus aliados europeos y al mismo tiempo eliminase el peligro de una invasión de Egipto por Demetrio, apareció ahora él mismo en Palestina (312) e infligió una terrible derrota a Demetrio y su ejército en Gaza. Su éxito fue necesariamente de corta duración. Demetrio se tomó pronto un desquite parcial, y la vuelta de Antígono en persona a Siria obligó a Tolomeo a retirarse a Egipto. No obstante, la diversión de Tolomeo no careció de resultados duraderos. Durante su breve ocupación de Siria, Tolomeo había ayudado a Seleuco a ocupar de nuevo su antigua satrapía de Babilonia, y la inteligencia y energía de Seleuco le permitieron consolidar y extender su poder en el Oriente Medio. La vuelta de Seleuco a Babilonia fue considerada pronto por

Antígono como un nuevo factor que podía arruinar todos sus planes, y rápidamente envió a Demetrio a Babilonia, en el momento en que Seleuco estaba ocupado en las satrapías orientales. La expedición de Demetrio (311) no fue un éxito, y se vio obligado a retirarse de Babilonia y hacer la paz con Seleuco. Lo que aprendió de la situación en Babilonia, probablemente, le convenció de que para aplastar a Seleuco era precisa una larga campaña más bien que una expedición.

Antígono decidió suspender las operaciones militares y llegar a un entendimiento con sus rivales (311). Es probable que se diese cuenta de la necesidad de restablecer su autoridad en el Este, aplastando a Seleuco antes de proceder a un combate decisivo con Casandro, Lisímaco y Tolomeo. Hostigado por Seleuco a retaguardia y privado de los recursos en hombres, caballos, elefantes y dinero que el Oriente le podía suministrar, probablemente se consideraba inferior a sus enemigos.

Es más difícil de entender por qué los enemigos de Antígono consintieron en hacer la paz con él y traicionar a Seleuco. Probablemente no estaban preparados para una batalla decisiva. Casandro tenía cerca de él, en Macedonia, al joven Alejandro, el rey legítimo en cuyo nombre pretendía actuar Antígono, y la inquietud se extendía a Grecia. Tolomeo y Lisímaco, sin duda, estuvieron influidos por razones desconocidas para nosotros. Como quiera que fuera, se hizo la paz, de la que se excluyó a Seleuco, y por ella Antígono fue reconocido señor de todo el Oriente, incluyendo Siria y las satrapías de Seleuco, confirmándose la libertad de las ciudades griegas. Casandro fue reconocido regente de Macedonia hasta que Alejandro tuviese edad para desempeñar el cargo por sí mismo. Lisímaco no obtenía ningún aumento de territorio. Tolomeo perdió Siria, pero conservó Chipre. La paz fue una gran victoria diplomática para Antígono (4).

Como era de esperar, Antígono utilizó el armisticio para tratar de reconquistar las satrapías orientales, mientras sus rivales se preparaban para renovar las operaciones militares. Una típica ilustración de lo incompleto de nuestra información aún en este período de la historia política helenística, no ya en lo que hace a los detalles, sino en lo que respecta a sucesos fundamentales, es el hecho de que antes del descubrimiento de una crónica babilónica mutilada, que publicó S. Smith por primera vez en 1924, no teníamos la más leve idea del verdadero carácter de la expedición de Demetrio a Babilonia y de la larga y acci-

dentada guerra entre Antígono y Seleuco inmediatamente después de la paz de 311. La crónica muestra que esta guerra continuó desde 310 hasta fines del 308, y que la paz fue hecha a comienzos de 307-306 a. de J. C. La prolongada ausencia de Antígono en el Este da una explicación aceptable al desarrollo de los sucesos en el Oeste, y vemos ahora que su fracaso en vencer a Seleuco fue el factor decisivo en las vicisitudes de la guerra en el Oeste durante la segunda lucha de Antígono por el poder, y en su derrota final en Ipso. No habría habido Ipso si Seleuco no hubiese seguido siendo fuerte e independiente, si no hubiese tenido tiempo y oportunidad para consolidar su poder en el Este, organizar y acrecentar su ejército y vincularlo a su persona por fuertes lazos de disciplina y devoción. Los años de la abortada incursión de Demetrio y de la expedición de Antígono contra Seleuco fueron años que realmente hicieron época, y no sólo en la historia del imperio seléucida (5).

Mientras Antígono estaba ocupado en el Este, sus enemigos, sin meterse en otra guerra regular, resolvieron algunas de las dificultades que les habían forzado en 311 a aceptar sus condiciones de paz. Casandro suprimió al rey Alejandro asesinándole (310), y pudo al año siguiente atraerse a Poliperconte, quien, en beneficio de Antígono, había provocado una guerra en Grecia, patrocinando a Heracles, real o pretendido hijo de Alejandro, y proclamándole rey de Macedonia, pero que en este momento traicionó a su instrumento y pasó a servicio de Casandro. Mientras tanto Tolomeo dio algunos pasos en Grecia, claramente dirigidos contra Casandro, libertando a Corinto y Sición (308), ocupando estas ciudades con sus guarniciones, y nombrándose a sí mismo en lugar de Antígono en la Liga de las Islas creada por éste. Tales sucesos hicieron que Antígono abandonase sus operaciones contra Seleuco y corriese a Occidente. Con Grecia en manos de Tolomeo y Casandro, y con las islas bajo el protectorado de Tolomeo, Antígono tenía descubierto su frente occidental, las costas de Asia Menor, y su mando en Asia estaba en peligro. Sus principales esfuerzos se dirigieron contra sus enemigos más peligrosos: Casandro, en Grecia, y Tolomeo. Las dos operaciones tuvieron un éxito brillante, pero no duradero. Demetrio consiguió restablecer la libertad en Atenas (307) y en gran parte de Grecia. Con su espléndida flota pudo derrotar a la de Tolomeo en Salamina de Chipre (306) y restablecer la autoridad de Antígono en la isla. Esta victoria

espectacular dio a Antígono un pretexto para proclamarse rey y obrar como tal.

Su primer paso fue intentar suprimir a Tolomeo invadiendo Egipto, pero fracasó en la empresa. Tolomeo respondió proclamándose rey (304), con el fin de demostrar que no estaba dispuesto a admitir las aspiraciones de Antígono. Lisímaco y Casandro, y después Seleuco, hicieron igual demostración tomando el título real. Otro intento de Antígono para socavar el poder de Tolomeo se ve en el gran sitio de Rodas (305-304), principal emporio del comercio egipcio. El sitio fue famoso en los anales del mundo antiguo: la lucha entre la libertad, de un lado, y el poder real, de otro; entre la *hybris* y la reverencia a los dioses, entre ciudadanos y súbditos, entre el espíritu y el poder material, ofrecían contrastes que impresionarían a la imaginación griega. Mientras Antígono se esforzaba en vano por vencer a Tolomeo, su otro enemigo, Casandro, aumentaba sus fuerzas. La obra de liberación realizada por Demetrio en Grecia estaba en peligro. Casandro amenazaba a Atenas y ganaba terreno firme en Grecia. Demetrio volvió a Grecia con su gran flota. Atenas fue salvada, Sición, Corinto y la mayoría de las ciudades del Peloponeso recobraron su libertad. La Liga Helénica de Filipo y Alejandro fue restaurada (302) (6). Casandro estaba dispuesto a hacer una paz por separado.

Pero los éxitos de Antígono y Demetrio eran más espectaculares que reales. Lisímaco y Seleuco, los miembros más fuertes de la coalición contra Antígono, no habían dicho aún su palabra. Fue un gran éxito para Casandro el poder persuadir a Lisímaco, y después a Tolomeo y Seleuco, a emprender vigorosas operaciones contra Antígono. Los ejércitos unidos de Lisímaco y Seleuco, aun sin el apoyo de Tolomeo, podrían constituir evidentemente un rival capaz de competir con las fuerzas de Antígono. El único problema era efectuar su conjunción. Esto se logró por la rara astucia militar de Lisímaco. El resultado fue la batalla de Ipso, que acarreó el fin al imperio de Antígono (301).

La misma batalla de Ipso, y el curso de la historia después de esta batalla, son mucho menos conocidos que los acontecimientos tratados más arriba. Sólo poseemos excerptas de Diodoro después del libro XX y, por consiguiente, estamos privados de su narración continua más o menos sustancial para el período que sigue a 301, para el cual el resumen de Justino no es más

que un pobre sustituto. Plutarco, no obstante, en sus vidas de Demetrio y Pirro, aún sigue (por lo menos en parte) a Jerónimo de Cardia, cuya obra trataba de los sucesos hasta la muerte de Pirro (272); y otras referencias fragmentarias que hay sobre este período también se derivan probablemente, sobre todo, de Jerónimo. Estamos, pues, algo mejor informados sobre los años entre Ipso y la muerte de Pirro, que sobre el período siguiente, porque la historia de Filarco, dramática, pero no completamente digna de crédito, fue la fuente principal para las que después se ocuparon de él. Más abundante, aunque menos que para los períodos precedente y siguiente, es nuestro material documental (especialmente epigráfico). Las actuaciones de Demetrio en Grecia y de Lisímaco en Asia Menor están bien ilustradas por muchas inscripciones interesantes.

La batalla de Ipso tuvo gran importancia para el futuro. El imperio de Antígono fue destruido por una coalición de sus principales rivales, en primer lugar y sobre todo Lisímaco y Seleuco, y en segundo lugar Casandro y Tolomeo. Pero ninguno de los vencedores quedó satisfecho con su parte de botín. Todos tenían sus propios designios, y Lisímaco y Seleuco, en particular, nunca consideraron el arreglo de Ipso como definitivo. Ciertamente planeaban la creación de imperios similares a los de Antígono: Lisímaco, desde su propio reino, al que después de Ipso había añadido una gran parte de Asia Menor (incluyendo Capadocia, pero sin el Ponto ni Bitinia) y al que también pensaba añadir Macedonia y Grecia más tarde; Seleuco, desde su poderosa y opulenta monarquía oriental. Tolomeo no tenía estos planes; su política consistía sólo en ensanchar su propio reino anexionándose regiones que eran indispensables si quería hacer de Egipto una plaza inexpugnable. La costa siria, que invadió en seguida, Chipre, y quizá algunas partes de Asia Menor (7). Intentó además conseguir la hegemonía sobre las rutas comerciales y las ciudades rectoras del comercio del Egeo. Casandro, en vista de lo exhausta que estaba Macedonia, se hallaba dispuesto a contentarse con un dominio no turbado sobre Macedonia y Grecia.

Sin embargo, aunque Antígono había muerto, su hijo Demetrio, que había sido su fuerte mano derecha, el vencedor de Tolomeo en Salónica y el expugnador de Rodas, estaba vivo y lleno de energía (8). No estaba dispuesto a abandonar sus aspiraciones, y en su fuero interno deseaba restaurar el imperio

de su padre. Poseía aún la flota más poderosa del Egeo, y todavía era presidente de la poderosa Liga Helénica, que señoreaba aún las islas de la Liga; también poseía Chipre y muchas ciudades griegas en Grecia (especialmente Atenas), en Asia Menor (Jonia y Caria), e incluso en la costa fenicia. Demetrio era todavía un rival peligroso para los vencedores de Ipso. Su política es considerada por la mayor parte de los eruditos modernos como aventurera, determinada por el azar e inconsistente. Pero hay que tener en cuenta lo difícil de su posición, la de un gran rey sin un imperio, y su dependencia de las variadas contingencias que podían surgir lo mismo en Grecia y Macedonia que en Asia, como resultado de las relaciones cambiantes entre las potencias directoras. Su principal ambición era (y siguió siéndolo siempre) recobrar el imperio perdido, tanto si era en su primera forma extensa, como en una escala reducida.

Después de Ipso, primeramente intentó movilizar Grecia contra los vencedores, y restaurar de este modo, al menos, su prestigio. Pero se encontró con que Atenas no quiso abrirle sus puertas, y la Liga Helénica estaba rota. Actuar en Grecia suponía una larga guerra con Casandro, con escasas perspectivas de éxito. Estando en posesión de una excelente marina y de muchas plazas fuertes en Chipre y Asia Menor, prefirió, para empezar, probar fortuna en Asia. Sus primeras operaciones contra Lisímaco fueron victoriosas. También tuvo éxito en la diplomacia. El frente unido de los vencedores distaba de ser sólido. Seleuco estaba molesto porque Tolomeo detentaba la Siria meridional; Casandro se hallaba preocupado por el reino asiático de su hermano Pleistarco; Lisímaco, ahora vecino de Seleuco, se sentía inseguro y temía los ambiciosos proyectos de éste. En consecuencia, se formó una liga contra Seleuco (299), el cual quedó casi aislado. No es extraño que Seleuco concluyese una alianza con Demetrio, quien, al parecer, entraba al mismo tiempo en relaciones diplomáticas con Tolomeo y le envió a Pirro del Epiro como rehén*. La solidaridad del triunvirato antidemetriano era, evidentemente, inestable. Las relaciones de Tolomeo y Casandro estaban lejos de ser cordiales, y Tolomeo, de acuerdo con ello, aprovechó la detención del rey de Epiro en Alejandría para jugar a Casandro una mala pasada, enviando a Pirro al Epiro y restaurándolo en el trono de sus antepasados.

---

* Véase nota 7 de este capítulo.

En Grecia, Casandro era el dueño supremo. Incluso Atenas prefería una política de neutralidad amistosa hacia Casandro a un nuevo experimento político. Los principales apoyos de esta política eran Fedro, Filípides y especialmente Lácares. La situación cambió cuando Casandro murió (297). Con su muerte, Demetrio ganó una nueva oportunidad. Como su situación en Asia Menor distaba de ser prometedora, y se había enemistado con su aliado Seleuco por las posesiones fenicias —lo que prácticamente significaba la guerra, y de hecho condujo a operaciones militares (296)—, Demetrio decidió evacuar Asia Menor y buscar fortuna en Grecia. Su energía estaba intacta; sus recursos en hombres, barcos y dinero eran abundantes, y no esperaba encontrar en Grecia rivales peligrosos. Así, pues, abandonó sus posesiones de Asia Menor a sus enemigos y navegó hacia Grecia. Con Grecia bajo su dominio, sus perspectivas de conquistar Macedonia y de vengarse de sus enemigos eran buenas. Sus rivales se dieron cuenta de esto y en seguida formaron una alianza contra él (9).

En Grecia la coalición contra Demetrio no hizo nada para evitar que éste llevase adelante su plan. Demetrio restauró primero su poder en el Peloponeso y después tomó Atenas, que le resistió algún tiempo bajo la dirección de Lácares (10), quien en 295, mediante un golpe de mano, concentró todo el poder en su persona (294). Después Demetrio puso sus guarniciones en el Pireo y en Muniquia, y desde Atenas continuó la reconquista de Grecia. Mientras estaba luchando con Esparta, se le abrió una nueva perspectiva en Macedonia. Antípatro y Alejandro, hijos de Casandro y Tesalónica, los últimos supervivientes de la casa de Filipo, se repartieron por un momento el gobierno de Macedonia. Pero Antípatro, probablemente apoyado por Lisímaco, mató a su madre y atacó a Alejandro, quien llamó a Pirro y Demetrio en su ayuda. Demetrio voló a Macedonia, donde se encontró con que Alejandro ya había sido establecido por Pirro como único señor. Demetrio asesinó a traición a Alejandro en Larisa y fue elegido rey por el ejército macedonio.

Desde 293 Demetrio fue una vez más el caudillo más fuerte en el mundo egeo. Sus rivales no se atrevieron a atacarlo abiertamente, de manera especial porque probablemente todos tenían negocios que arreglar en casa. De este modo, Demetrio tuvo tiempo y oportunidad para someter todo lo que pudo de Grecia.

De sus andanzas por este país sabemos poco. Sus principales enemigos eran Epiro, Etolia y Esparta. Su principal fuente de discordia en Grecia era Beocia, que se levantó repetidas veces contra Demetrio, quien nunca se sintió completamente tranquilo en Atenas. Pero el punto más débil de su posición era la situación de Macedonia. Demetrio había crecido y se había educado en Oriente, en una atmósfera de monarquía semioriental. El ejército macedónico de su padre, en esa parte del mundo, pronto dejó de ser el ejército macedónico de Filipo. Se había hecho a las maneras y costumbres de sus orientalizados jefes. El ejército macedónico en la metrópoli, era un cuerpo muy diferente. La mayor parte de los hombres habían nacido y se habían educado en Macedonia, y no se habían familiarizado con el Oriente. Para ellos, la conducta de Demetrio, que en Macedonia se conducía exactamente como se había comportado —con general aprobación— en Asia, constituía un insulto y un ultraje. Era natural que Demetrio perdiese pronto su prestigio entre los macedonios, que estaban dispuestos a abandonarle a la primera oportunidad. Ésta se presentó cuando sus enemigos supieron que Demetrio se consideraba preparado para lanzar una expedición en gran escala para reconquistar sus posesiones perdidas de Asia (289).

Lisímaco vio en esto la última oportunidad de evitar que Demetrio llevase adelante sus planes. Lisímaco estaba en contacto constante con los enemigos de Demetrio en Grecia: Pirro y los etolios; conocía la dificultad real de su posición, porque sólo por la fuerza se mantenía Grecia más o menos tranquila; y, sobre todo, se dio cuenta de que en Macedonia Demetrio no dominaba a sus propios soldados. La situación se alteraría en seguida si se le permitía pasar a Asia.

Lisímaco y Pirro iniciaron operaciones combinadas. Invadieron Macedonia en la primavera de 288 y encontraron descuidado a Demetrio. Cuando éste y sus macedonios se enfrentaron con Pirro y su ejército cerca de Beroea, los macedonios desertaron y se pasaron a Pirro. En Macedonia se derrumbó la autoridad de Demetrio. Éste escapó a la antigua capital de Casandro, Casandria (Potidea), y después marchó apresuradamente a Grecia para salvar al menos su reino griego. En esto tuvo éxito, porque Tolomeo no estaba preparado para luchar con él, y Lisímaco no intervino. Pero su posición en Grecia distaba mucho de ser segura, y su última oportunidad era emplear

el resto leal de sus fuerzas para llevar a cabo sus planes asiáticos, es decir, invadir Asia. Demetrio esperaba coger de sorpresa a Lisímaco (287). En esto se equivocaba. Pronto se puso de manifiesto (286) que su ejército no podía medirse con el de Agatocles, hijo de Lisímaco, ante el que se vio obligado a retirarse. Demetrio deseaba cruzar el Tauro y tratar de reparar su fortuna en el Oriente Medio, pero sus tropas se negaron a seguirle. Entonces Demetrio intentó entrar en contacto con Seleuco y conseguir su ayuda contra Lisímaco. Pero Seleuco, cualesquiera que fueren sus planes, desconfiaba demasiado de Demetrio para aceptarlo como aliado. Éste decidió entonces atacar a Seleuco e invadió su reino, pero cayó enfermo. Durante su enfermedad, su ejército se desorganizó y finalmente fue obligado a rendirse a Seleuco (285) y quedó prisionero suyo. Demetrio pasó los últimos años de su vida en Apamea como huésped involuntario de su cautivador (11).

La caída de Demetrio ocasionó un considerable cambio en el aspecto político del mundo helenístico. El ganador auténtico en la lucha fue Lisímaco. Después de huido de Macedonia Demetrio, al principio Lisímaco siguió fiel a su entendimiento con Pirro, y estaba satisfecho con la mitad de Macedonia. La otra mitad pasó a Pirro, a quien Lisímaco deseaba utilizar contra Antígono, hijo de Demetrio, que aún era dueño de Atenas, de muchas ciudades de Grecia y de Tesalia. Con ayuda de Pirro consiguió Lisímaco arrebatar Tesalia a Antígono y debilitar la posición de éste en Atenas. Pronto, sin embargo, en el invierno de 286, cuando Demetrio ya no era de temer y cuando Pirro, dándose cuenta de su peligrosa posición, concertó una alianza con Antígono, Lisímaco demostró sus verdaderas intenciones y en 285 invadió la mitad de Macedonia que se hallaba en poder de Pirro. Éste retrocedió ante Lisímaco, el cual quedó como único dueño de Macedonia y Grecia, donde Antígono llevó una precaria existencia, confinado prácticamente a Demetrias, la capital de su reino.

Como dueño de Macedonia y Grecia y de una gran parte de Asia Menor (excluidos Ponto y Bitinia), Lisímaco despertó la sospecha y la envidia de sus antiguos amigos y aliados, Tolomeo y Seleuco. Era evidente que no habría paz duradera en el mundo helenístico.

En Europa, Antígono nunca abandonó sus esperanzas de recobrar su poder en Grecia, y Lisímaco era incapaz de elimi-

narle para siempre, especialmente cuando se le había unido parte de la flota de Demetrio, como se verá poco más adelante.

En el Egeo, el sucesor de Demetrio no fue Lisímaco, sino Tolomeo. Demetrio se había hecho dueño de este mar creando una poderosa marina. Su flota estaba aún allí, anclada cerca de Cauno. Lisímaco no hizo esfuerzo alguno para apoderarse de ella, ni Seleuco. Los dos reclamantes de la herencia de Demetrio fueron sus hijos Antígono y Tolomeo. Fue este último quien, no por derecho legal, sino por astucia, se llevó la parte del león, que le fue entregada por el almirante de Demetrio, Filocles, rey de Sidón. Algunos navíos griegos, no obstante, se unieron a Antígono. De este modo, Tolomeo se hizo dueño tanto del Egeo como de las costas de Fenicia, poseyendo así la mayor potencia naval del mundo helenístico. Naturalmente, en consecuencia, se hizo soberano no sólo de las ciudades aliadas, sino también de la Liga de las Islas un peligroso rival tanto para Lisímaco como para Seleuco. Éste, por supuesto, no estaba dispuesto a admitir esta situación creada por la muerte de Demetrio. La influencia de Lisímaco en Asia Menor y el dominio de Tolomeo sobre las partes más vitales de la costa siria eran para Seleuco espinas clavadas en su carne. Pero mientras viviese su benefactor, el viejo Tolomeo, y mientras Lisímaco mantuviese su reino unido con mano fuerte, Seleuco estaba quieto, preparándose poco a poco una cabeza de puente en Asia Menor, y creando un partido proseléucida en muchas ciudades anatolias. En 283 murieron Demetrio y Tolomeo. El sucesor de Tolomeo era su hijo Tolomeo II, apellidado Filadelfo, habido de una antigua concubina, después su legítima esposa, Berenice. Pero el hermano mayor de Filadelfo, su medio hermano Tolomeo, después llamado Ceraunio (el Rayo), hijo de Eurídice, primera mujer de Tolomeo I, estaba vivo y lleno de energía. Ceraunio encontró primero refugio en la corte de Seleuco, y después en la de Lisímaco. Sin esperanzas en Egipto, Ceraunio decidió probar fortuna con Lisímaco, ahora muy anciano. Un obstáculo formidable en su camino era Agatocles, hijo de Lisímaco. Es probable que fuese Ceraunio quien, con ayuda de Arsínoe, su media hermana, tercera esposa de Lisímaco, consiguiera levantar sospechas en el ánimo de Lisímaco sobre Agatocles, sospechas que llevaron a la ejecución de este brillante joven y de todos los de su círculo. Este suceso causó una gran impresión en el mundo helenístico. La opinión pública se levantó contra Lisímaco,

y las perspectivas de Seleuco en Asia Menor fueron más brillantes que nunca. Consecuencia natural de ello fue que la expedición de Seleuco contra Lisímaco (la esposa de Agatocles, Lisandra, con sus hijos, había huido a Seleuco) encontrara una favorable acogida en Asia Menor (282). Los dos ejércitos de los únicos generales supervivientes de Alejandro se encontraron en Corupedión de Lidia (281). Lisímaco fue derrotado y muerto. Su reino pasó a manos de Seleuco, que unió una vez más bajo su mando el Oeste y el Este.

Pero no estaba en el destino de Seleuco regir su imperio desde Macedonia. Siete meses después de Corupedión, cuando Seleuco iba a cruzar los Dardanelos, Ceraunio, que ahora era su huésped y un arma en sus manos contra Filadelfo, molesto y desengañado en sus esperanzas de recobrar Egipto, mató a Seleuco y fue proclamado rey de Macedonia por el ejército macedónico de Lisímaco (280).

El año 280 marca el final del período de los sucesores y de las guerras de sucesión. Los cuarenta y tres años siguientes a la muerte de Alejandro fueron de guerra casi ininterrumpida, en las que se vieron envueltas todas las partes del imperio de Alejandro. Ninguno de los monarcas reinantes se sintió seguro en su trono, pues todos ellos tenían rivales y enemigos dispuestos a incrementar sus reinos a expensas de sus vecinos. De 323 a 280 a. de J. C. hubo siempre alguno de los principales generales de Alejandro que se consideraba su sucesor, y este pretendiente a la sucesión de Alejandro se vio combatido siempre por los otros gobernantes. Perdicas y Antípatro, Antígono y Demetrio, incluso Lisímaco y Seleuco, todos trataron de restaurar, de una u otra manera, la unidad del imperio de Alejandro, y todos fueron combatidos por aquellos a quienes consideraban sátrapas rebeldes. Hasta que llegó al poder la segunda generación de grandes familias helenísticas reinantes, no arraigó la idea de reinos helenísticos separados e independientes y un cierto equilibrio de poderes entre ellos. Fue Tolomeo Soter, de la vieja generación, quien preparó el terreno para este cambio en la mentalidad política. Esta política fue seguida por su hijo Filadelfo, y la idea fue aceptada por los gobernantes de Siria y Grecia, Antíoco, hijo de Seleuco, y Antígono, hijo de Demetrio.

B) *CONSOLIDACIÓN DE LAS MONARQUÍAS HELENÍSTICAS*

EL EQUILIBRIO DE POTENCIAS HELENÍSTICAS

El período entre la batalla de Corupedión y la de Selasia, o entre la muerte de Seleuco y la ascensión de Filipo V al trono de Macedonia y de Antioco II al de Siria, período durante el cual las principales monarquías helenísticas se consolidaron y se estableció un cierto equilibrio de potencias, es el más oscuro en la historia del mundo helenístico. La obra principal sobre esta época, la de Filarco de Atenas, se ha perdido, excepto unos cuantos fragmentos y la extensa utilización que Plutarco y Polibio hicieron de ella. No se conserva ninguna de las fuentes secundarias que dan una narración continuada de los sucesos de este período, como Diodoro o Pompeyo Trogo. Justino no puede reemplazar a Trogo, porque su manera de presentar el material histórico de su fuente carece de método. Los únicos puntos brillantes en esta oscuridad son las biografías de Pirro por Plutarco, la historia de la Liga Aquea en Polibio, la vida de Arato por Plutarco, basada en las memorias de Arato y en la obra de Filarco, y la historia de Esparta bajo Agis y Cleómenes en las biografías plutarquianas de estos reyes, basadas principalmente en Filarco. Algunos fragmentos aislados de otras obras literarias iluminan acá y allá episodios en la historia de este período. Dos de estos fragmentos —uno de ellos de una crónica babilónica y otro de una obra semiliteraria de autor desconocido, que trata del comienzo de la tercera guerra siria— dan pasajes de narración continuada. Muchas inscripciones aluden a ciertos sucesos de la época, pero pocas de ellas pueden ser fechadas con precisión, y su interpretación es, por consiguiente, controvertida. Numerosos papiros ilustran casi exclusivamente la vida interna de Egipto y raras veces reflejan la situación política general de la época de que se trata. El material numismático es útil, pero no llena los fallos de nuestra información.

Por esta razón, los modernos intentos de reconstruir una narración continua de los sucesos del período son todos muy conjeturales, basados como están en gran medida en probabilidades y no en hechos ciertos. No obstante, pueden vislumbrarse las líneas generales de la evolución política y no es imposible señalarlas.

Al hacerlo así, no adoptaré el método de la mayor parte de los historiadores modernos de esta época, que narran separadamente los destinos de cada monarquía helenística. Como en el período precedente, la historia política de esta época es un todo integral: los hechos en cada monarquía se hallan condicionados por los sucesos contemporáneos en las demás, y las acciones de los protagonistas estrechamente interconexas. Con el fin de evitar inútiles y tediosas repeticiones, trataré de dar una visión general de lo que sucedió durante los cuarenta años que siguieron a las muertes de Seleuco I y Tolomeo I (12).

Un hecho importante en este período, que ayudó muchísimo a consolidar las distintas monarquías helenísticas y a definir su política, fue la invasión gálata de Grecia y Asia Menor. No es que los gálatas, como tales, fueran, política y militarmente, un cuerpo fuerte capaz de ejercer influencia considerable en la evolución del mundo helenístico. Las tribus célticas que invadieron la región del Danubio y parte del sur de Rusia a principios del siglo III a. de J. C., marchando desde allí al Sur hacia los Balcanes, y tratando de cruzar los estrechos, no eran muy numerosas, estaban sólo muy débilmente organizadas y pobremente armadas: no podían, pues, medirse con los ejércitos, muy desarrollados, de las potencias helenísticas, equipados con todo lo que la técnica militar de la época había inventado. La importancia de estas tribus está en el hecho de que fueron utilizadas a la vez por las potencias grandes y pequeñas de la época, para servir a sus fines políticos y egoístas, y que, asentadas que fueron con el consentimiento y por los esfuerzos de las potencias helenísticas como cuerpos extraños perturbadores en la península balcánica y en Asia Menor, suministraron una fuente inagotable de «aliados» y mercenarios para los exhaustos ejércitos de los caudillos helenísticos.

Después de la muerte de Seleuco, Tolomeo Ceraunio, reconocido por Antioco I y victorioso contra su principal competidor, Antígono Gonatas, a quien aplastó en una batalla naval famosa, tenía una buena perspectiva de establecer su reinado en Macedonia sobre una base firme, dado que su segundo rival, Pirro, estaba ausente en Italia y Sicilia. Uno de los resultados políticamente más importantes de la aparición de los galos en Macedonia fue la malhadada batalla entre ellos y Ceraunio, que acabó con la derrota y muerte de éste, y puso fin al gobierno de los Tolomeos en Macedonia (279 a. de J. C.).

La desaparición de Ceraunio dio una oportunidad a Antígono Gonatas, cuya fortuna estaba en su punto más bajo en este momento, después de la victoriosa revuelta de Grecia contra él, bajo el caudillaje del rey espartano Areo. La derrota de los galos, que habían avanzado hasta Delfos, debida principalmente a los etolios (279), aumentó en gran manera la reputación de Antígono Gonatas en Grecia y le dio la oportunidad de ampliar su poder. Por otra parte, la retirada en desorden de los galos a través de Macedonia y la destrucción de parte de ellos por Antígono (277), cerca de Lisimaquia, abrió a éste las puertas de Macedonia, le condujo a ser proclamado rey de este país por el ejército macedónico y le dio cierto prestigio ante los ojos de la población. Fue, sin embargo, a su propia inteligencia política y militar a lo que Antígono debió su asentamiento definitivo en Macedonia y la reconquista de las fortalezas más importantes de Grecia. Por otra parte, Pirro, que por aquel tiempo apareció en Grecia y expulsó temporalmente a Antígono de Macedonia (274), se mostró incapaz de conservar la posesión de aquel país, y acabó su vida en un intento fracasado de añadir Grecia a sus dominios (272). Muerto Pirro, Antígono quedó sin rival, y logró, mediante un intenso trabajo y una inteligente política, establecerse firmemente en Macedonia y Grecia.

La invasión de los galos ejerció una influencia aún más importante en los destinos de la parte oriental del mundo helenístico. En Asia Menor, Antioco I aspiró por algún tiempo a ser el verdadero sucesor de su padre y mandar tanto sobre sus satrapías orientales como sobre Asia Menor, incluyendo su parte norte. Conviene recordar que a través de Anatolia septentrional, bordeando la orilla meridional del mar Negro, corría la importante vía militar que unía la parte oriental del imperio de Seleuco con Macedonia, a la que Antioco tenía una legítima aspiración. Las aspiraciones de Antioco I fueron, sin embargo, fuertemente combatidas por las pequeñas potencias del norte de Asia Menor, la Liga del Norte, como fue llamada, que comprendía las poderosas ciudades libres del norte de Anatolia —Heraclea, Bizancio, Tíos y Cíos—, incluyendo también a Mitrídates II, fundador del reino del Ponto, y el reino de Bitinia, estado grecotracio que nunca había reconocido la supremacía de los sucesores de Alejandro, y gobernado en aquella época por caudillos nativos muy capaces: Zipoites y su sucesor Nicomedes. Antígono Gonatas se había unido a la Liga cuando, como resultado de su derrota por Ceraunio y de los sucesos de Grecia, durante algún tiempo se

vio convertido en rey sin reino. Entonces, ciertamente, Antígono deseaba crearse un reino en Asia Menor. Aunque Antioco consiguió separarle de la Liga (por un tratado en el que Antígono probablemente renunciaba a sus ambiciones asiáticas, y Antioco a las suyas macedónicas), la Liga siguió siendo fuerte y poderosa, aunque no lo suficiente para medirse con Antioco. Por consiguiente, Nicomedes de Bitinia y Mitrídates del Ponto decidieron introducir un nuevo factor en la situación política: los galos, a quienes ayudaron a cruzar los estrechos y les entregaron las posesiones seléucidas en Asia Menor para que las arrasaran y saquearan. Antioco, que estaba ocupado con una sedición doméstica en Siria y en una guerra contra Tolomeo Filadelfo (280-279), no pudo oponerse al peligro inmediatamente y expulsar a los galos de Asia Menor. Fueron asentados por los dos reyes en Frigia, donde con sólo su presencia protegerían la Liga del Norte. Los galos causaron grandes estragos en la península y Antioco nunca consiguió apartarlos del horizonte político, a pesar de la aplastante derrota que les infligió en la famosa batalla de los elefantes, librada probablemente en 275 a. de J. C.

Después, y en parte a consecuencia del episodio céltico, el aspecto del mundo helenístico era como sigue: Egipto constituía la monarquía más fuerte de la época, donde se había establecido firmemente la dinastía de los Tolomeos. Después venía la monarquía seléucida, que comprendía las satrapías alejandrinas de Mesopotamia y Siria (con excepción de Palestina, Fenicia y parte de Siria), la mayor parte de las satrapías en el Oriente Medio y amplias regiones de Asia Menor. El tercero era el reino de Macedonia, que aspiraba a ser soberano de las ciudades griegas del continente, y poseía algunas de ellas, como Calcis y Corinto, bajo un estrecho protectorado. Ya se ha hecho mención de Bitinia, Ponto, las ciudades libres del norte de Asia Menor (incluyendo Cícico) y los galos. Algunas otras ciudades griegas de Asia Menor y de las islas, especialmente Rodas, también eran prácticamente libres. Algunos estados-templos y ciudades-tiranías, por toda Asia Menor, eran asimismo más o menos independientes.

Cada una de estas monarquías tenía necesidades y aspiraciones propias, así como sus propios planes y métodos de realizarlos. La monarquía egipcia de los Tolomeos emergió del caos de guerras de sucesión como el más fuerte, rico y mejor organizado cuerpo político de la época. Ni Soter ni Filadelfo, sin embargo, soñaron con restaurar el imperio de Alejandro. Su principal pro-

pósito fue salvaguardar la independencia completa de su propia monarquía y asegurarle un papel rector en la vida política y económica del mundo helenístico. El camino mejor y más cómodo de conseguirlo era adquirir la herencia de Demetrio: obtener la hegemonía sobre el Egeo y dominar así las principales rutas comerciales del mundo antiguo. Esto significaba la creación de un imperio del mar comparable al de Atenas en el pasado. El protectorado sobre la Liga de las Islas de Antígono y Demetrio, primeramente ganado por Soter y después consolidado por Filadelfo, les dio el dominio parcial de las aguas del Egeo, desde los puntos de vista político y comercial. Con el fin de hacer más efectivo su dominio del Egeo, Filadelfo trató de establecer otro protectorado sobre las costas sur y oeste de Asia Menor, y una influencia sobre las grandes comunidades comerciales de los estrechos, el mar de Mármara y la costa sur del mar Negro. Por otra parte, el imperio sobre el mar Egeo no era seguro si los grandes puertos de Fenicia y Palestina, con sus recursos navales, estaban en manos de otra potencia. De aquí que los Tolomeos, como los faraones, aunque no por el mismo motivo exactamente, impusieran su dominio sobre Palestina, Fenicia y una parte de Siria, tan pronto como pudieron, y se aferraran a él. Finalmente —y no fue asunto de poca monta—, su aspiración a ser dueños del Egeo obligó a Soter, Filadelfo y sus sucesores a tratar de establecer firmemente su propia autoridad en los puertos griegos más importantes, para evitar que los reyes macedónicos llegaran a ser poderosos en el mar.

La política de los Tolomeos no estaba dictada por consideraciones estrictamente económicas. El dominio del Egeo lo consideraban condición *sine qua non* de su existencia política, de su fuerza e independencia. Aislados en Egipto, estarían inermes frente a Siria y Macedonia, poseyendo la primera la Grecia anatólica, y la segunda la parte continental de la Hélade. Con las rutas comerciales egeas y sirias en sus manos, los Tolomeos tendrían amplios recursos en hombres y dinero y una libertad de movimiento y acción que les daba lo que buscaban. La hegemonía comercial no era para ellos un objeto en sí, sino el medio de conseguir una aspiración política.

Es evidente que esta política no sólo perjudicaba los intereses legítimos de Macedonia y Siria, sino que también significaba el vasallaje y la sujeción para las orgullosas e independientes ciudades griegas de las islas y Asia Menor. Las aspiraciones de

los Tolomeos no podían realizarse sin un esfuerzo militar poderoso y continuo, es decir, sin la guerra.

Los seléucidas no podían conformarse con la posesión de Fenicia, parte de Siria y Palestina por los Tolomeos, ni con el establecimiento de la autoridad de éstos sobre la costa meridional de Asia Menor. Si esto se realizaba, los seléucidas no podrían construir ni mantener a su gusto una flota poderosa en sus propios puertos de Siria, mientras que los Tolomeos podrían, a voluntad, cortarles el acceso al Mediterráneo en general. Una lucha con los Tolomeos en Siria era, pues, una necesidad vital para los seléucidas. La misma situación existía en Asia Menor. Los seléucidas habían abandonado (a regañadientes y a la fuerza) su aspiración a la parte norte de Asia Menor. No podían, en modo alguno, entregar voluntariamente el dominio de sus costas occidentales y meridionales y de las importantes vías militares y comerciales que llevaban desde su imperio propiamente asiático a los grandes puertos de Asia Menor occidental. La consecuencia de hacerlo sería el transformarse en una monarquía puramente oriental, aislada por completo del mundo griego. Si los Tolomeos deseaban controlar las ciudades occidentales y meridionales de Asia Menor, tendrían que luchar, y luchar duramente por ello. Para los seléucidas, la importancia de las rutas que acabamos de mencionar suponía la obligación de mantenerlas siempre seguras: tenían que vigilar muy estrechamente a los gálatas en su fortaleza frigia y resistir todo intento por parte de las ciudades de Asia Menor de mirar por sí mismas y buscar su propia protección.

El imperio de los seléucidas no tenía uno, sino dos o tres frentes. Gobernaban no sólo Siria y Asia Menor, sino también las satrapías orientales de la monarquía de Alejandro y las tribus árabes del desierto, y mientras que éstas no les causaban más que pequeñas molestias, las primeras eran una fuente constante tanto de fuerza como de debilidad. El mundo indio e iranio nunca se reconcilió con el yugo extranjero, y la necesidad de tener las manos libres para protegerse contra sus vecinos hizo que los centros del helenismo en el Oriente Lejano, especialmente Bactrianas, fuesen completamente refractarios a todo protectorado. La consecuencia de esto para los seléucidas fue un permanente estado de guerra en el Este y la necesidad de dividir sus fuerzas militares entre el Este y el Oeste.

Tampoco los gobernantes de Macedonia —Antígono Gonatas y sus sucesores Demetrio II y Antígono Dosón— estaban más

dispuestos que los seléucidas a reconocer la supremacía de los Tolomeos en el Egeo. No fue por personal antipatía por lo que Antígono Gonatas y Filadelfo se combatieron mutuamente. La lucha fue de carácter puramente político. Para los Tolomeos, una Macedonia fuerte era el renacimiento del imperio marítimo de Demetrio y significaba el final de su hegemonía egea. Esta hegemonía nunca sería tolerada por una Macedonia fuerte, porque significaría que los víveres de las ciudades griegas pasaban de las manos de Macedonia a las de otro Estado potencialmente hostil, dado que el dominio del Egeo llevaría al de los estrechos. De este modo, los Tolomeos, naturalmente, trataron de apoyar con subsidios y otros medios a los rivales y enemigos griegos de los reyes macedonios, especialmente Atenas, la Liga Aquea y Esparta. Por otra parte, tan pronto como Antígono tuviese sus manos libres en Grecia, movilizaría sus recursos navales y trataría de expulsar del mar Egeo a los Tolomeos, con objeto de poner en peligro sus conexiones con el continente griego. En esto, por supuesto, sería apoyado por los seléucidas, y en consecuencia escogería para su propósito un momento en que el resultado de la lucha entre Tolomeos y seléucidas se inclinase del lado de estos últimos. Si los Tolomeos, a pesar de estar constantemente amenazados en el Egeo en dos frentes, consiguieron fácilmente el establecimiento y la conservación de su hegemonía, fue debido a la debilidad de sus rivales. Ya hemos visto los puntos débiles de la posición de los seléucidas. Las debilidades de Antígono y los antigónidas estaban en sus relaciones con Grecia, de un lado, y en sus vecinos septentrionales, por otro. Grecia nunca se reconcilió con el protectorado macedónico, tomase la forma que tomase, y, naturalmente, aprovechaba toda oportunidad de asegurarse su plena libertad. En estos esfuerzos, la dirección fue tomada primeramente por Esparta (Areo), luego por Atenas (guerra cremonídica), después por la Liga Aquea, y de nuevo por Esparta. Etolia, como las otras potencias citadas, cambió de actitud, entre la amistad y la hostilidad, de acuerdo con la situación política, pero en lo fundamental continuó con firmeza instaurando su propia dominación sobre una parte de Grecia tan extensa como le fue posible.

Algunas veces, con todo, el dominio macedónico sobre Grecia pareció estar firmemente establecido; otras —especialmente después de la muerte de Gonatas y antes de la ascensión de Dosón— dejó de existir por completo. En todo caso, hubo pocos años

en que alguna parte de Grecia no estuviese en guerra con Macedonia o en una lucha interna en la que Macedonia desempeñaba un papel importante.

Mucho menos se sabe sobre las relaciones de Macedonia con el Norte y el Oeste: con Iliria, los tracios, los celtas (especialmente el reino de Tilis y los bastarnos) y los escitas que aún existían. La invasión céltica no fue más que un episodio en la eterna lucha entre las tribus de Europa central y las dos penínsulas constituidas en urbes de Grecia e Italia. Poseyendo todos los recursos que ponía en su manos un comercio activo con el mundo grecolatino, las tribus europeas centrales fueron un peligro grande e incesante, tanto para Grecia como para Italia. Los reyes macedonios tenían, por ello, que estar continuamente informados de las vicisitudes políticas de sus vecinos del Norte, y de cuando en cuando se veían obligados a repeler sus incursiones en Macedonia o a prevenirlas mediante expediciones en el territorio de las tribus norteñas.

La situación de los reinos menores del norte de Asia Menor —Ponto, Bitinia, y desde 260 ó 250 a. de J. C. Capadocia— era más simple, si no más cómoda, después de la creación del Estado gálata, que el de las monarquías más grandes. La principal preocupación de estos reinos menores era mantener su independencia contra posibles intromisiones por parte de los seléucidas. El arma más eficiente de los reinos menores se la suministraban los gálatas. El principal objeto de la actividad política y diplomática de los reinos menores era mantener a los gálatas, ocupados pillando las ciudades occidentales y meridionales de Asia Menor, e impedirles que tratasen de la misma manera sus propios territorios. Aparte de esta preocupación principal, los reyes del Norte se enfrentaban con el mismo difícil problema de todas las demás monarquías helenísticas, grandes y pequeñas: el problema de sus relaciones con las ciudades griegas libres e independientes situadas dentro de sus territorios o en su vecindad. Este problema, sin embargo, afectaba solamente a Bitinia y al Ponto, no a Capadocia.

El peligro de Galacia, que constantemente amenazaba a las ciudades de Asia Menor central y meridional, la política de los reinos del Norte en Galacia, y el fracaso de los seléucidas en su empeño de poner fin a esta fuente constante de peligros, ofreció a algunos ambiciosos condotieros semigriegos la oportunidad de crear y consolidar el Estado de Pérgamo. Ciudad floreciente en el Caico y fortaleza militar importante, Pérgamo fue considerada

una valiosa posesión tanto por Lisímaco como por Seleuco, especialmente porque en la fortaleza de la ciudad se guardaba una gran suma de dinero. Filetero, gobernador de Pérgamo tanto por Lisímaco como por Seleuco, logró crearse una posición más bien propia de un dinasta vasallo que de un fiel jefe militar. Él y su sucesor Éumenes se vieron obligados a defender el territorio de Pérgamo y el de otras ciudades del valle del Caico contra las incursiones gálatas. La consecuencia de ello fue que gradualmente aumentaron sus recursos militares y financieros y adquirió una independencia cada vez mayor, hasta que en 262 a. de J. C. Éumenes se consideró bastante fuerte para desafiar a Antioco y apoyar su desafío con operaciones militares. Desde esta época, Pérgamo llegó a ser y siguió siendo un Estado independiente, como Bitinia, Ponto y Capadocia, principalmente interesado en aislar a los gálatas en sus pastos frigios, y proteger su territorio, e implícitamente el resto de Asia Menor, contra sus incursiones. La reputación de defensores de la civilización adquirida por Éumenes y sus sucesores (llamados atálidas), como resultado de sus guerras victoriosas con los gálatas, les dio cierto prestigio entre los griegos anatólicos y les inspiró la ambición de reemplazar, en última instancia, a los seléucidas como protectores y patronos: en otras palabras, de hacerse dueños de Asia Menor. Este programa lo prosiguieron con inteligente diplomacia y poniéndose siempre de parte del más fuerte, teniendo, por supuesto, como principales enemigos, además de los gálatas, a sus antiguos soberanos, los seléucidas.

Finalmente llegamos a las ciudades griegas de Asia Menor, tanto de las islas como del continente; algunas continuamente independientes, y otras, sólo en ocasiones. Las que no eran independientes, no abandonaron nunca sus esfuerzos por serlo, y se acreditaron como aliadas y vasallas muy equívocas de varios monarcas helenísticos, estando siempre dispuestas a reanudar la lucha. Resulta estremecedor seguir los destinos de algunas de estas ciudades, especialmente las que eran de gran importancia para los monarcas helenísticos, tales como Mileto, Éfeso y Esmirna. El dominio de estas ciudades, de todos codiciadas, pasó de los Tolomeos a los seléucidas, y viceversa, y las ciudades vivieron épocas de dificultad y dureza; fueron sitiadas y capturadas, repetidas veces, pero, a pesar de ello, nunca abandonaron la esperanza de alcanzar de sus amos temporales, alguna vez y de alguna manera, el reconocimiento completo de su autonomía y libertad,

que todos les prometían mientras estaban en manos de su rival. Entretanto, trataban de sacar todo el provecho posible de las condiciones políticas cambiantes de la época, aceptando regalos y edificios del amo de turno.

Condiciones similares existían entre las ciudades griegas de la costa noroeste de Asia Menor y los atálidas. Las grandes ciudades de los estrechos, el mar de Mármara y la costa sur del mar Negro, disfrutaban de mucha mayor libertad respecto a los reyes relativamente débiles con cuyos territorios limitaban. Estas ciudades eran Cícico, Bizancio, Calcedonia, Heraclea y Sinope. Durante todo el período que estudiamos, mantuvieron su completa independencia. La situación de las islas del Egeo, excepto Rodas, se asemejaba a la de las ciudades lidias, jonias y carias más bien que a la de Cícico, Bizancio y el resto. Como Mileto, Éfeso, etc., pasaron repetidas veces de las manos de los Tolomeos a las de los antigónidas, y viceversa, conservando algunos su organización federal (la Liga de las Islas) y luchando por protegerse de la rapiña y el pillaje de los beligerantes y sus aliados, los piratas más o menos profesionales de tierra y mar.

Aún más complicada era la situación de la Grecia continental. Aquí nunca cesaron los conflictos armados. En parte se trataba de la lucha tradicional por la independencia contra Macedonia. Sin embargo, esta lucha se complicaba por la guerra interna entre los que defendían la nueva idea de la unidad griega y los que insistían en el principio de gloriosa tradición de libertad e independencia completas de las ciudades griegas, es decir, entre unión y particularismo. Esta segunda lucha fue tan importante en la vida de Grecia como lo fue la dirigida contra Macedonia. En realidad, durante el período que consideramos, excepto un breve tiempo en los primeros años de Antígono Gonatas, Grecia nunca estuvo bajo la dominación directa de los macedonios, nunca fue una provincia de Macedonia. Antígono y sus sucesores estaban plenamente satisfechos con medidas menos duras, con las que podían hacer a Grecia más o menos dependiente. Las grandes fuentes de discordia eran, pues, el conflicto entre unión y particularismo, y la lucha de los distintos «unificadores» de Grecia entre sí. Había cuatro campeones de la unión griega, ansiosos de salvarla de los males del particularismo: las dos ligas continentales recientemente creadas (la Etolia y la Aquea), Esparta, y los reyes de Macedonia. Cada uno ofrecía su propia forma de unión: las ligas deseaban incorporar toda Grecia en un

Estado federal, mientras Esparta se esforzaba por restaurar su antigua hegemonía, y Macedonia imaginaba una nueva forma de sinmaquía panhelénica, una alianza entre las distintas ciudades de las ligas locales y Macedonia, bajo la presidencia del rey de Macedonia.

La complicada situación política que constituía el equilibrio de poder entre los estados helenísticos dio lugar a una guerra casi continua, que devastó el mundo helenístico, y con especial intensidad el continente griego, las islas griegas del Egeo y las partes helenizadas de Asia Menor. No puede darse aquí una descripción detallada de estas guerras y de las circunstancias políticas que condujeron a ellas. Baste una visión algo seca de los sucesos políticos y militares más importantes, por inciertos que sean algunos puntos.

El agudo conflicto entre Antioco I y Tolomeo Filadelfo por las ciudades costeras de Asia Menor y Siria tomó la forma de una guerra que, empezada en 280 a. de J. C. y renovada en 276 ó 274, duró hasta 271 (la primera guerra siria). Al mismo tiempo, Antioco I estaba tratando de poner fin a las rapiñas de los gálatas en Asia Menor. Mientras tanto, Antígono Gonatas estaba consolidando su posición en Macedonia y Grecia con el fin de hacer frente en seguida a una peligrosa coalición contra él de Atenas, Esparta y Tolomeo Filadelfo, formada en 270-269 a. de J. C., o más probablemente en 267-266, y que desembocó en una larga y devastadora guerra, llamada cremonídica, que duró hasta 263 ó 261 a. de J. C. Terminó con la victoria completa de Antígono y la profunda humillación de Atenas, que perdió para siempre su papel rector en la vida política de Grecia. Antígono salió de ella como indiscutido señor de Grecia, con muchas plazas fuertes en sus manos, especialmente Corinto y Atenas, y las ciudades euboicas de Eretria y Calcis.

Podemos considerar parte de esta guerra la gran victoria naval de Antígono sobre Tolomeo II, en Cos. Esta victoria (que nuestras fuentes no fechan) dio ciertamente a Antígono una participación en el dominio del Egeo, que hasta el momento pertenecía casi exclusivamente a Tolomeo. Sin embargo, es igualmente probable que la batalla de Cos no sea una parte de la guerra cremonídica, sino un resultado de ella y sea uno de los episodios de una guerra egea (por otra parte no atestiguada en nuestra tradición) lanzada por Antígono contra Tolomeo, en conexión con los sucesos de la segunda guerra siria.

Por esta época volvió a oscurecerse el horizonte político en el Este. Antioco II, que sucedió a su padre en 261 a. de J. C., atacó a Filadelfo, en represalia por haber apoyado la sublevación de Éumenes de Pérgamo (262). En esta lucha contra Tolomeo, es probable que Antioco tuviera el apoyo de Antígono. El ataque fue desencadenado en Siria y principalmente en Asia Menor (segunda guerra siria: 260 a 255 ó 253 a. de J. C.). El curso de la guerra siria fue, en lo esencial, desfavorable a Filadelfo.

Muy pronto, sin embargo, las fortunas de Antígono y los seléucidas sufrieron un duro revés. Antígono se vio frente a una nueva fase en la guerra de liberación griega. La federación etolia había ido ganando fuerza desde la invasión de los galos, y Antígono era incapaz de detener su crecimiento. Aún más seria era la situación en el Peloponeso. Por un lado, el gobernador de Antígono en Corinto, su fiel ayudante Alejandro, hijo de Crátero, estableció un reino propio basado en las dos fortalezas de su jefe —Corinto y las ciudades de Eubea, especialmente Calcis—, y Antígono no pudo obligarle a la sumisión; por otro lado, empezó en el Peloponeso un importante movimiento en favor de la liberación, donde un joven sicionio, Arato, comunicó nueva vida a la hasta entonces insignificante liga de pequeñas ciudades aqueas (que había existido desde 280) incorporándole su rica ciudad de Sición. Esta ciudad la había liberado Arato del gobierno de un tirano que, como otros muchos tiranos del Peloponeso y otros lugares, estaba apoyado por Antígono (251). Éste era incapaz de detener el desarrollo de la Liga Aquea, la cual bajo el inteligente caudillaje de Arato, veía aumentar constantemente su número de miembros y su importancia política en el Peloponeso. Después de la muerte de Alejandro, Antígono había podido recobrar Corinto y mantener la ciudad en su poder durante algún tiempo. El punto culminante en el desarrollo de la Liga Aquea fue la «liberación» de Corinto por Arato en 243.

Por esta época, Antígono había perdido casi por completo su dominio sobre Grecia. Ni fue más afortunado en sus esfuerzos por retener el dominio parcial del Egeo que había ganado en la batalla de Cos. Es más que probable que Filadelfo, en los últimos años de su reinado, renovase los esfuerzos por recobrar el dominio del mar. Estos esfuerzos parece que no fueron vanos. Al final de su vida estaba, una vez más, en situación de influir en Delos, y en posesión de una fuerte marina. Pero sus últimos días tal vez fuesen amargados por otra derrota de su flota en An-

dros, si es correcta la fecha generalmente asignada a esta batalla no fechada, y sólo vagamente mencionada (247 a. de J. C.).

Antioco II murió en 247 y Filadelfo en 246. Los primeros años de Tolomeo III Evérgetes, sucesor de Filadelfo, fueron tempestuosos. Sucesos inesperados en Siria le obligaron a emprender otra guerra contra aquel país (la tercera guerra siria: 246-241 antes de J. C.). En apoyo de su hermana Berenice, última esposa de Antioco II, y contra Laódice, primera mujer de Antioco, y su hijo adulto Seleuco II, Evérgetes invadió Siria, y durante el primer año de guerra recorrió toda Siria y Mesopotamia. Sin embargo, su avance fue detenido por la contraofensiva de Seleuco en Siria, quien finalmente obligó a Evérgetes a evacuar ambos países, aunque permaneció en su poder la importante ciudad de Seleucia de Pieria.

El éxito parcial de Evérgetes en Siria se debió probablemente, en cierta medida, a los sucesos que ocurrieron en el Egeo. Durante la expedición siria de Evérgetes se desarrollaba en el Egeo una guerra, que pudo haber sido iniciada por Gonatas antes de la ascensión de Evérgetes al trono, o empezaba en conexión con los sucesos del Este. No conocemos el curso de esa guerra. Sin embargo, parece que no fue Antígono Gonatas en sus últimos años, ni Demetrio II durante su corto reinado, sino Evérgetes el príncipe más poderoso del Egeo en esta época. Es verdad que éste pudo haber perdido su hegemonía en el mar. Probablemente eran los macedonios los que dominaban Delos, pero aún encontramos a Evérgetes en posesión de muchas islas y de la costa tracia. Sabemos que durante esta época el prestigio de Evérgetes era muy alto en toda Grecia, especialmente en el Peloponeso y en Etolia y la esfera de influencia etolia. Vemos la mano de sus diplomáticos y la influencia de su riqueza en casi todos los hechos importantes de este período. Del papel que desempeñó Evérgetes en la carrera de Arato y en la de Cleómenes nos ocuparemos en seguida. Podríamos añadir que Etolia y su dependencia Delfos sentían profundo respeto por Evérgetes, como lo muestran las estatuas que se le erigieron tanto en Delfos como en Termo (13).

Antígono Gonatas murió en 239 a. de J. C. Le sucedió su hijo Demetrio II. Macedonia ya no asumía ahora la dirección de Grecia. Su puesto fue ocupado por dos ligas, la Etolia y la Aquea. Por algún tiempo éstas ofrecieron un frente unido con Macedonia. Demetrio, con energía y singular astucia, desencadenó una afortunada guerra (la guerra demetriaca) contra ambas ligas. Los

sucesos de sus fronteras del Norte, sin embargo, donde Macedonia fue invadida por los dardianos, detuvieron su avance en Grecia y se vio obligado a dejar este país a su propio destino, por el resto de su corta vida. El resultado fue que Macedonia perdió casi por completo la posesión de la Grecia central y el Peloponeso.

Fue en tiempo de la guerra demetriaca cuando el poder de Etolia en la Grecia central alcanzó su apogeo. Desde el 300 antes de J. C., aproximadamente, Etolia había estado edificando con firmeza y éxito su Estado federal, incorporando a él, ya por persuasión, ya por fuerza, ciudades y tribus de la Grecia central. En un estadio muy temprano se aseguró el papel de rectora de Delfos, a la que trató de transformar en su capital intelectual, rival de la Atenas macedónica. El prestigio de Etolia subió enormemente después de la invasión de los galos. Se consolidó su influencia en Delfos y fue reconocida por las potencias predominantes. La prueba de esto ha de encontrarse en la historia del festival de las Soterias. Celebrado anualmente por los anfictiones inmediatamente después de 279 a. de J. C. en memoria de la derrota de los galos, el festival fue reorganizado por los etolios en 243 a. de J. C. (¿ó 246?) con el fin de hacer resaltar la parte que los etolios habían tomado en la derrota. Los etolios enviaron invitaciones para la nueva Soteria, y fueron aceptadas sin reserva por las principales potencias de Grecia. No satisfecha con su expansión continental, Etolia, aprovechándose del terror inspirado por los piratas etolios en los mares Egeo y Jónico, extendió su esfera de influencia más allá del mar, garantizando la protección a sus clientes contra sus propios piratas; y finalmente, a fuerza de diplomacia inteligente, consiguieron ser tratados como una fuerte potencia por los estados hegemónicos de la época: Pérgamo, Egipto y Roma.

Mientras Etolia iba unificando la Grecia central, su aliada temporal, la Liga Aquea, se dedicaba, por su parte, a transformar todo el Peloponeso en una sola federación. No obstante, el desarrollo de Esparta impidió a los aqueos y su caudillo Arato llevar su obra a feliz término. El conflicto entre Acaya y Esparta cambió una vez más el aspecto del mundo griego en favor de Macedonia.

Bajo Agis (245-241 a. de J. C.) Esparta dio los primeros pasos hacia la reorganización de su vida económica y social. Seis años después, en 235, su sucesor Cleómenes, reanudó la tarea donde la había dejado Agis y llevó a cabo una importante reforma, que aspiraba a ser la restauración de las antiguas condicio-

nes de Licurgo. El resultado fue un aumento considerable de la fuerza militar de Esparta, que permitió a Cleómenes y su Estado tomar una parte más activa y efectiva en la vida política del Peloponeso. Como el principal esfuerzo de Cleómenes se dirigía contra Macedonia, y la actividad antimacedónica de Arato no era bastante eficaz para satisfacer a Tolomeo Evérgetes, éste transfirió a Cleómenes los subsidios que había estado pagando a Arato. Equipado con soldados y dinero, Cleómenes inició su proyecto de absorber la Liga Aquea en una alianza más amplia, bajo el caudillaje del rey espartano. Su éxito fue rápido y de gran alcance. La revolución social estaba entonces en el ambiente, y Cleómenes tenía fama de llevar consigo la redistribución de tierras (γῆς ἀναδασμός) y la abolición de las deudas (χρεῶν ἀποκοπή), medidas fervientemente deseadas por el proletariado de casi todas las ciudades griegas. Arato se quedó casi solo —sus aliados etolios estaban celosos de sus éxitos y nunca le apoyaron—, y los aqueos parecían estar más dispuestos a reconocer a Cleómenes que a su presidente perpetuo. Mediante inteligentes maquinaciones diplomáticas, Arato desbarató los planes de Cleómenes, mas pagó un elevado precio por su éxito. En vez de una alianza bajo la presidencia espartana, forjó una alianza bajo la presidencia del rey de Macedonia, que prácticamente significaba la restauración del protectorado macedónico sobre Grecia. Lo que exigió Antígono Dosón, sucesor de Demetrio II, como condición para ayudar a la Liga Aquea a luchar contra Esparta fue la devolución de Corinto a Macedonia. Arato aceptó todas las condiciones. Mientras tanto, Cleómenes perdió el apoyo de la mayor parte de las ciudades del Peloponeso, porque el proletariado de ellas se dio cuenta de que no era el apóstol de la redistribución de tierra y de la abolición de deudas. El resultado fue que en una sangrienta batalla librada en Salasia (222 ó 221) se esfumó el sueño de Cleómenes de unir Grecia en torno de Esparta. Grecia (con la excepción de Etolia) fue una vez más, como en los días de Filipo, Alejandro y Demetrio, en teoría una unidad política independiente, pero de hecho un protectorado del rey macedonio.

Mientras Grecia libraba sus grandes batallas por la unión contra el particularismo, la monarquía seléucida en el Este se iba desintegrando rápidamente. Hacia 249-248 a. de J. C. comienza la carrera política de Partia. En muy poco tiempo, los partos arrebataron a los seléucidas una gran parte de sus satrapías orientales. Hacia la misma época, la satrapía de Bactriana, gober-

nada por Diódoto, va asegurando gradualmente su independencia; Capadocia rehúsa la sumisión al imperio seléucida, y Armenia, prácticamente, hizo lo mismo. Los seléucidas eran incapaces de detener este proceso de desintegración, al principio debido a la presión de la tercera guerra siria (246-241 a. de J. C.), después a causa de una guerra dinástica, que estalló poco después de la tercera guerra siria (235) y que duró muchos años. El conflicto entre Seleuco II y su hermano Antioco Hiérax se desarrolló en su mayor parte en Asia Menor, provincia de este último. Su principal resultado fue el crecimiento de Pérgamo, ciudad que bajo Átalo I no sólo consiguió aplastar a los galos en una serie de batallas (la más famosa de las cuales fue la del Caico, en 230), sino también crear a su alrededor un auténtico reino, cuyo gobernante tomó el título de rey después de sus grandes victorias gálatas, y lo conservó después de una serie de victorias sobre Seleuco III, sucesor de Seleuco II (226). Aunque después de la muerte de Seleuco (223), la mayor parte de sus conquistas le fueron arrebatadas por Aqueo, que había sido nombrado gobernador de Asia Menor, Átalo y sus sucesores conservaron su completa independencia y su título real. Los seléucidas no hicieron nunca un intento serio de recobrar el territorio que habían perdido en esta parte de Asia Menor.

Después de la muerte de Seleuco (223) y las de Antígono Dosón y Evérgetes (221), llegamos a un nuevo período de la evolución del mundo helenístico, en el que los protagonistas fueron Filipo V de Macedonia, Antioco III de Siria, y los romanos, que a partir de 230 se interesaron cada vez más activamente en los asuntos, primero del mar Adriático y después de las monarquías helenísticas en general.

Incluso un resumen tan breve como el que dimos de los sucesos políticos de 280 a 221 a. de J. C. basta para demostrar que este período, como el que le precedió, fue de continua guerra para casi todos los estados que componían el equilibrio de poder helenístico.

C) *DECADENCIA POLÍTICA DE LAS MONARQUÍAS HELENÍSTICAS*

Por lo que respecta al período que vamos a estudiar (el comprendido entre la ascensión de Filipo V y Antioco III y la transformación gradual de los principales estados del mundo helenístico en provincias romanas), nuestra información puede considerarse

buena para los años comprendidos entre 221 y 145 a. de J. C., y más bien escasa para lo restante (14). Los sucesos en Oriente desde la época de la primera aparición de los romanos hasta 145 a. de J. C. han sido descritos por el gran aqueo Polibio. Su obra se hizo clásica poco después de su publicación, y fue ampliamente utilizada por todos los historiadores que trataron de describir la conquista romana de Oriente. No necesito discutir aquí a Polibio. Todos están de acuerdo en que es una guía fidedigna en el embrollo de las relaciones grecorromanas, y, hasta donde alcanza su narración, podemos seguirla con toda confianza. Por desgracia, su historia es como un torso. Los libros y partes de libros que faltan nos son conocidos solamente por escasos fragmentos, cuya ilación es incierta en la mayoría de los casos. Los claros en nuestra información por las lagunas de Polibio pueden en muchos casos llenarse por la narración de Tito Livio, que le siguió más o menos de cerca, algunas veces casi traduciéndole. Pero, por desgracia, la obra de Tito Livio es también como un torso, y en algunos casos las lagunas de los manuscritos no se llenan con las partes que quedan de Polibio. Además, la narración de Tito Livio está estropeada a menudo por el uso que hizo de los analistas romanos. La historia de Polibio también fue la fuente de un breve resumen de sucesos escrito por Diodoro, pero lo tenemos sólo en fragmentos. El resumen de Justino (abreviación de Pompeyo Trogo) también sigue a Polibio al pie de la letra, como ocurre con las narraciones más importantes de Apiano y Dion Casio (excerptado por Zonaras). El último, sin embargo, utilizó a Polibio de segunda mano y lo combinó con los analistas romanos. Las biografías plutarquianas de Arato y Filopemén (la última basada en la biografía de Polibio sobre Filopemén) son, en su mayor parte, dignas de crédito y excelentes desde el punto de vista literario. Sus fuentes son distintas en sus biografías de Flaminino («inspirada» por Polibio), de Paulo Emilio (la cuestión de las fuentes es discutida) y la de Catón el Mayor (basada quizá en los propios escritos de Catón). Hechos aislados son registrados por algunos escritores contemporáneos y posteriores, tales como Catón, Cicerón, Frontino, Plutarco en sus obras menores, Pausanias, Ateneo y otros. A la información sacada de las fuentes literarias añaden muchas valiosas ilustraciones las inscripciones, papiros y monedas, y a veces llenan pequeñas lagunas de nuestra tradición. Gracias a todo esto, la historia de este período es bien conocida en sus líneas generales, y la mayor parte de las diver-

gencias que se encuentran en las obras de los historiadores modernos no se deben a una información inadecuada, sino a diferencias en la interpretación de hechos bien conocidos.

Nuestra situación respecto a la historia del período que sigue a la gran catástrofe de 145 a. de J. C. es muchísimo menos satisfactoria. La atención de los historiadores está ahora más atraída que nunca por Roma más que por el mundo helenístico, y, además, entre los centenares de autores de esta época no hay ningún gran historiador como Polibio. Posidonio, continuador de Polibio, aunque erudito ilustrado y brillante escritor, no le iguala como historiador. Por desgracia, su obra, aunque muy utilizada por escritores contemporáneos y posteriores, nos es muy poco conocida. Nos han llegado muy pocos fragmentos bajo su nombre.

Es probable que en su gran obra histórica, que conocemos principalmente a través de su *Geografía*, Estrabón, sucesor de Posidonio, utilizase ampliamente la obra de su predecesor, en la parte de su obra que cubría el mismo período, y probablemente lo mismo hicieron Tito Livio (no quedan los libros correspondientes de su historia, y conocemos su contenido sólo por los *Periochae* y abreviadores posteriores) y Diodoro (que también queda sólo en fragmentos). Su escasa información se complementa con los resúmenes de Justino hechos por Pompeyo Trogo. La relación de algunos fragmentos de la gran historia de Salustio respecto a Posidonio es desconocida. De los autores posteriores, los más importantes son Plutarco y Apiano. Las biografías plutarquianas de Lúculo, Sertorio, Sila, Pompeyo, Cicerón, César y Antonio, arrojan abundante luz sobre las vicisitudes de los estados helenísticos con los que sus héroes estuvieron en contacto, pero es a la obra de Apiano a quien debemos la posibilidad de restaurar el esqueleto de la historia de algunos de estos estados (especialmente Siria y Egipto) en el período posterior a 145 a. de J. C. Más valioso a este respecto son su tratado de la historia de Siria y de Mitrídates y sus libros sobre la guerra civil. Sus fuentes y las de Plutarco se desconocen. En estas condiciones no es posible una narración continua de los sucesos políticos de la época. Sin embargo, ciertos episodios, como, por ejemplo, la historia de Mitrídates, son bien conocidos; esto lo debemos, en parte, a historiadores que dedicaron obras especiales a describir la guerra mitridática y el reino de Mitrídates en general. Estas obras fueron ampliamente tratadas por Estrabón, Apiano y Plutarco, y por Memnón en su historia de Heraclea Póntica. Lo mismo puede decirse de los últimos años

de independencia de Egipto. No obstante, para la mayor parte de este período nuestra información es escasa y a menudo poco digna de crédito.

La historia del pueblo judío ofrece otra excepción a la regla general. Las obras de Flavio Josefo y los libros de los Macabeos dan una historia de los judíos en su relación con el mundo helenístico y Roma. Esta tradición se aumenta con algunos libros religiosos y semirreligiosos (por ejemplo, el libro de Daniel) que a menudo mencionan hechos históricos.

El material epigráfico, papirológico y numismático es relativamente rico y nos permite establecer muchos hechos no mencionados en nuestras fragmentarias fuentes literarias.

El equilibrio de potencias establecido a mediados del siglo III fue sacudido hasta sus cimientos por los sucesos de los últimos años de esta centuria. Algunos factores nuevos cambiaron completamente el aspecto político del mundo helenístico. Dos jóvenes monarcas, Filipo V de Macedonia y Antioco III de Siria, hombres de talento y ambición, subieron casi simultáneamente al poder en las dos monarquías más importantes. Los dos tenían sus propios proyectos ambiciosos, y ambos estaban determinados a llevarlos a cabo. La preocupación principal de Filipo, sucesor de Antígono Dosón, no eran tanto sus enemigos tradicionales, los etolios, como su nuevo rival occidental, que empezaba a ejercer su poderosa influencia en los asuntos del mundo helenístico. Ese rival era Roma. Durante largo tiempo Roma había ignorado casi completamente el Este y el mundo griego. Ocupada primero en extender su autoridad sobre Italia central y en formar la gran federación itálica; luchando después contra los cartagineses y los celtas, Roma había tenido muy poco contacto con el Este en asuntos políticos, aunque sus relaciones culturales con él fueran muy estrechas, especialmente a través de las ciudades griegas de Italia meridional y Sicilia.

Fue debido a consideraciones de política doméstica itálica el que Macedonia y Grecia empezaran a desempeñar un cierto papel en la política de Roma. El establecimiento de un fuerte Estado ilirio en la orilla oriental del Adriático y la piratería organizada por él sistemáticamente y en gran escala obligaron a Roma a intervenir con el fin de proteger las costas de Italia y las relaciones comerciales romanas ya importantes, con el mundo griego. El momento era propicio, porque a la sazón Roma tenía las manos

libres en Italia. El resultado de su intervención armada (229 antes de J. C.) fue el establecimiento de un protectorado romano sobre algunas ciudades griegas de la costa iliria, las principales de las cuales eran Dirraquio, Apolonia, Aulón y Órico, y del control romano sobre una región costera, detrás de estas ciudades. El propósito era asegurar el dominio completo de la principal línea de comunicación entre Italia y Grecia, los estrechos de Otranto.

Estas medidas eran una usurpación de los derechos de Macedonia y un gran peligro para este Estado. No sólo se trataba de que las ciudades griegas habían dependido antes de Macedonia; más importante aún era el hecho de que Roma se transformaba en vecina suya y tenía fácil acceso a su territorio por los valles de los ríos Genuso, Apso y Aoo. Sobre todo, Roma, tanto antes como después de sus operaciones militares, ignoró la existencia de Macedonia, entrando en relaciones diplomáticas con sus enemigos lo mismo que con sus aliados: con Etolia, Acaya, Corinto y Atenas (228 a. de J. C.). Ni Dosón ni Filipo dejaron de comprender claramente la situación, y desde este momento se transformó Roma en su principal preocupación. Macedonia no estaba segura mientras parte de las costas ilíricas estuvieran en manos de los romanos.

Los primeros años de Filipo, después de su ascensión al trono (220 a. de J. C.), fueron época de guerra e inquietud. Sus principales enemigos, los etolios, decidieron sacar ventaja de la juventud e inexperiencia del nuevo rey macedonio, con el fin de llevar a cabo sus planes de hegemonía panhelénica. En esto calcularon mal. El joven rey demostró experiencia y bravura. En una gran guerra —la guerra de los Aliados— logró proteger la Liga Helénica contra los etolios y forzar a los últimos a la paz de Naupacto (217 a. de J. C.). Las condiciones de este acuerdo fueron muy favorables a Filipo.

Con la paz de Naupacto empieza la lucha decidida entre Filipo y Roma por el dominio de Iliria. No es éste el lugar adecuado para describirla con pormenores. Esta paz condujo a Filipo a una alianza con Aníbal (215), y esta alianza, a su vez, llevó a los romanos a un entendimiento con los enemigos de Filipo en Grecia, los etolios, y con Átalo de Pérgamo (212). El resultado fue una larga guerra por el dominio de Grecia entre Filipo y Etolia, aliada con Roma, guerra en la que Roma intervino al principio, pero después no tomó parte alguna en ella. La guerra duró seis años, hasta que los etolios, derrotados y cansados, hicieron una paz por sepa-

rado con Filipo (206 a. de J. C.), que pronto fue seguida por una paz entre Filipo y Roma (205).

Entretanto, habían sucedido importantes acontecimientos en el Este. La ambición dominante de Antioco III era restaurar el antiguo imperio seléucida a su antigua grandeza. Subió al trono de Siria en 223 a. de J. C. a los dieciocho años, un poco antes de que Filipo fuese rey de Macedonia. Sus primeros años fueron difíciles. Asia Menor estaba en manos de su primo Aqueo, y en el Este su gobernador Molón inició (en 221) una revolución afortunada. Las relaciones con Egipto distaban de ser satisfactorias. En esta difícil situación, Antioco se mostró hombre de energías y habilidad. Restableció su autoridad en el Este, llegó a un aceptable entendimiento con Aqueo en Asia Menor, y finalmente trató de conjurar el peligro egipcio invadiendo Egipto. Este último intento fracasó. El nuevo rey de Egipto, Tolomeo Filopátor, le infligió una aplastante derrota en Rafia (217 a. de J. C.). Pero Antioco no se descorazonó por esta derrota. Aún después de ella retuvo Seleucia de Pieria, que había tomado en 219 a. de J. C. (la ciudad había estado antes en poder de los Tolomeos, desde la campaña siria de Evérgetes I), y vio claramente que el duro golpe asestado por Egipto en Rafia no era más que un accidente que, con toda probabilidad, nunca volvería a ocurrir. De este modo, continuó bravamente adelante, tratando de restaurar el antiguo imperio seléucida. Pero antes de que su obra de restauración pudiera ser emprendida en serio, habían de cambiar radicalmente las circunstancias de Asia Menor. Era evidente que Aqueo actuaba como rey independiente hostil a Antioco, y que sólo se veía impedido de una franca rebelión por el hecho de que sus tropas no querían luchar contra el rey legítimo del imperio seléucida. Antioco, aliado con Pérgamo, arregló la cuestión anatólica y pacificó Asia Menor, en una guerra que duró tres años. Ahora estaba preparado para su grande y ambiciosa expedición al Este, su *anábasis*. La autoridad de los seléucidas era en este momento muy escasa en el Oriente Lejano. Partia, bajo los arsácidas, crecía rápidamente; en Bactriana los reyes griegos indígenas extendían con éxito los límites de su reino; y el éxito de estos dos rebeldes minó la lealtad de la mayor parte de los gobernadores seléucidas en el Este. En su gran expedición, Antioco no reconquistó Partia ni Bactriana, ni aspiró a hacerlo. En sus operaciones militares demostró la fuerza de Siria y restableció sobre base firme la autoridad del gobierno seléucida entre los sátrapas orientales. Fue un éxito,

pero no la repetición de la *anábasis* de Alejandro, aunque los súbditos de Antioco y los griegos de todo el mundo helenístico compararan las hazañas del rey Antioco el Grande con las de su famoso predecesor. En todo caso, su prestigio, después de esta expedición, fue muy alto, tanto en su reino como fuera de él, y fue considerado como una especie de segundo Alejandro.

El conflicto de Filipo con Roma y el gran éxito de Antioco en Oriente crearon una nueva situación en el mundo helenístico. Antioco estaba ahora preparado para extender su obra de restauración no sólo a Fenicia y Palestina, que estaban en manos de los Tolomeos, sino también a Asia Menor, donde muchas ciudades que antes reconocían la autoridad de los primeros seléucidas estaban ahora en poder de los Tolomeos, mientras otras eran independientes o estaban bajo la ley de los reyes pergamenos. Para llevar adelante sus designios, no obstante, Antioco tenía que contar con Filipo. Éste había salido más fuerte y ambicioso que nunca de su lucha con los etolios y Roma. Había recibido una amarga lección respecto a sus relaciones con las ligas griegas y estaba dispuesto a volver a la política de Casandro tratando con sus aliados griegos. Había sido un favorito de los griegos, pero ahora, después de su «cambio de corazón» (μεταβολή), era odiado por ellos y considerado como un sangriento tirano. Comprendió, sobre todo, cuán difícil era luchar con Roma sin una marina y sin abundantes recursos materiales. Grecia era demasiado pobre para darle estas cosas, ni aun la fuerza. La única oportunidad que tenía Filipo para incrementar sus recursos era tener acceso al Oriente y restablecer en el Egeo la autoridad que Antígono Gonatas había ganado antes allí en sus luchas con los Tolomeos. Las islas y las ciudades de Asia Menor eran todavía ricas, por lo menos más ricas que Grecia, y, una vez en sus manos, podían suministrarle medios por los que podría, a su vez, adquirir una marina, y permitirle de este modo luchar con los romanos. Pero el puesto ocupado en otro tiempo por Macedonia y Egipto en el Egeo, ya no estaba vacante. Tanto Rodas como Pérgamo aspiraban al dominio del mar, y difícilmente admitirían la hegemonía de Filipo sobre él. Además, los planes de Filipo estaban en pugna en muchos puntos con los de Antioco.

Incluso para iniciar su aventura egea, Filipo necesitaba barcos y dinero. Y no tenía ni unos ni otro. Por otro lado, se dio cuenta de la necesidad de socavar, como pudiera, el prestigio y la potencia de los rodios en el Egeo. Algún tiempo antes (en 218) había logrado

perjudicar sus finanzas y molestar a los rodios por un medio aprendido de los etolios: el robo en el mar y en la tierra por medio de corsarios particulares, que de hecho actuaban con su apoyo y ayuda. Su agente había sido Demetrio de Faros. Ahora empleó a dos aventureros menores del mismo tipo, el etolio Dicearco y Heraclides de Tarento. Atacaron con éxito, y por su cuenta, muchas islas y ciudades del continente, y trataron de destruir a traición los recursos navales de Rodas. Al mismo tiempo, Filipo instigaba en 205-204 a. de J. C. una fiera guerra entre Creta y Rodas, incluidos los aliados de la segunda, especialmente la próspera isla de Cos; ésta fue la llamada guerra cretense (Κρητικὸς πόλεμος). El resultado fue que Filipo pudo aparecer finalmente en el Egeo con una flota relativamente fuerte, que constituía una amenaza para las flotas de Rodas y Pérgamo.

De momento, la política de Filipo era asegurar un entendimiento con Antioco y continuar una guerra sin tregua con los rodios y Pérgamo. De aquí el escandaloso tratado con Antioco (202 a. de J. C.), por el que los dos reyes se repartieron las provincias extranjeras de los Tolomeos sin informar siquiera a Egipto ni declararle la guerra. Esperaban que Egipto, agitado como estaba por una enconada revolución de los indígenas y gobernado por políticos sin escrúpulos, que desde la muerte de Filopátor (204) rodeaban al nuevo niño rey (Tolomeo V Epífanes), no ofrecería resistencia alguna a sus planes.

La serie de operaciones militares que siguieron al tratado de Antioco y Filipo fueron un gran éxito para el primero (después de alguna lucha añadió definitivamente a su reino Palestina, Fenicia y parte de Siria meridional, y probablemente adquirió algunas ciudades en la Anatolia meridional), y una catástrofe para el último. Los enemigos de Filipo eran más fuertes que el adversario de Antioco. Filipo, después de haber logrado algunos éxitos pasajeros, fue detenido en sus progresos por Rodas y Pérgamo, que le obligaron a movilizar todos sus recursos, que nunca habían sido grandes. Por último, justamente cuando Filipo estaba en una posición difícil, bloqueado en Caria por las fuerzas navales de sus rivales (201-200), sus enemigos, Átalo de Pérgamo y los rodios, decidieron acudir a Roma pidiendo ayuda contra él, y Roma, bajo la fuerte presión de los rodios y bajo algunos pretextos triviales, le declaró la guerra. Por ello Filipo, escapando con una estratagema de Caria, se vio obligado a retirarse del Este y concentrar en su propio reino las fuerzas que le quedaban.

En este momento empieza la serie de guerras por las que los romanos aniquilaron las fuerzas de las dos monarquías principales del Oriente, seguidas por las medidas diplomáticas y militares que primero llevaron a Macedonia y Siria a la esfera de influencia romana y finalmente a su imperio. Esta política romana fue dictada al principio, no por ningún deseo de incrementar su imperio añadiéndole territorios en el Oriente, sino por un sentimiento de incomodidad provocado por la política de Filipo y Antioco, exactamente en el momento en que Roma salía victoriosa y exhausta de las guerras púnicas. Aníbal había invadido Italia: ¿por qué Filipo (antiguo aliado de Aníbal) y Antioco no habían de atacar Roma e invadir Italia a su vez? No había nada imposible en la sospecha. Alejandro —tal era la firme creencia en los principales historiadores de la época— había estado decidido a añadir el Oeste a su imperio mundial, y desde entonces Pirro había demostrado que Grecia poseía hombres dispuestos y capaces de intentar unir contra Roma a cuantos disputaban a ésta la supremacía en los asuntos itálicos. Roma sospechaba del Oriente helenístico, con sus gloriosas tradiciones militares y su reputación de ser la patria de todos los inventos en el campo de la estrategia, táctica y máquinas de guerra. Roma se sentía en este terreno discípula de Grecia y tenía miedo a su maestra. Este temor nunca desapareció del pensamiento romano. Aun después de las fáciles victorias sobre Filipo, Antioco y Perseo, Roma tenía todavía miedo de Macedonia y Siria, y actuaba de acuerdo con él. Hasta en la época de Mitrídates el Grande, Roma no se sentía completamente segura en su suelo itálico, y no hay más que leer a Horacio para darse cuenta del inmenso relieve que se dio a la gran victoria sobre Cleopatra en Accio, y el miedo que inspiraban los partos, sucesores de los seléucidas. Además, Cartago estaba aún en pie, y no se excluía una alianza entre ella y Filipo. Era natural, pues, que los romanos, después de acabar victoriosamente la segunda guerra púnica, aprovecharan la primera oportunidad que se ofrecía de atacar a uno de los dos aliados. Tenían el apoyo moral y material de una gran parte del mundo griego (especialmente de Rodas y Atenas, los campeones de la democracia), y eran animados por Rodas y Pérgamo con la esperanza de que Antígono no viniera en ayuda de su aliado. Sabían además que Filipo había sufrido grandes pérdidas en su guerra con Rodas y Pérgamo, y que si pasaba el tiempo podía salir de una nueva aventura en el Este mucho más fuerte y mejor preparado de lo que estaba en 200 y 199 a. de J. C.

El resultado fue la segunda guerra macedónica, fácilmente ganada por los romanos (batalla de Cinoscéfalas, 197 a. de J. C.) y que les dio un enorme prestigio por todo el mundo helenístico. Después de esta guerra, Filipo dejó de ser *de facto* un monarca independiente. Los romanos lo vigilaban de cerca y no le permitirían llevar a cabo una política propia, excepto en sus relaciones con los celtas, tracios y el norte ilírico. Grecia fue proclamada libre e independiente (196 a. de J. C.). Su libertad estaba, si no *de jure*, moralmente garantizada por Roma. Pueden darse varias explicaciones de la política romana a este respecto. No hay duda, sin embargo, de que la medida fue un gran éxito diplomático, y durante algún tiempo hizo mucho más cómoda la posición de Roma en sus tratos con Antioco de lo que hubiera sido en otro caso. Porque así, por lo menos, privaba a Antioco del apoyo activo de Grecia, en su resistencia frente a aquélla. La política de Flaminino, por la cual Roma aseguró una Grecia libre como aliada suya, iba dirigida contra Antioco tanto como la de los diez comisionados enviados a arreglar los asuntos de Grecia después de Cinoscéfalas, que se inclinaron a establecer una hegemonía etolia y dieron a Pérgamo la supervisión del país.

No nos sorprende, pues, encontrarnos con que los romanos, después de la segunda guerra macedónica, hicieran gradual pero sistemáticamente inevitable la guerra con Antioco, aunque éste tratara de evitarla por todos los medios (193 a. de J. C.). Querían debilitar al gran conquistador oriental mientras estaban en más o menos buenas relaciones con Grecia y antes de que Filipo quisiera y pudiera cooperar con él. El resultado de la guerra lo decidieron el fracaso de Antioco en su esfuerzo por reunir a Grecia en torno suyo, y su retirada a Asia Menor después de la batalla de las Termópilas (191 a. de J. C.). La batalla de Magnesia (189 a. de J. C.), una de las victorias más fáciles ganadas por los romanos, fue una mera consecuencia de este fracaso. El resultado de Magnesia (el tratado de Apamea, 188 a. de J. C.) se parece al de Cinoscéfalas. Roma arrojó a Siria fuera del mundo griego, ganó la simpatía de alguna de las ciudades griegas de Anatolia (es digno de mención el hecho de que no se hizo proclamación alguna de la libertad de todos los griegos en Asia Menor), y estableció su dominio permanente sobre toda Anatolia, incluyendo Galacia, y de hecho, si no legalmente, Bitinia, Ponto, Capadocia y, hasta cierto punto, Armenia fueron condenadas a someterse en su día, tarde o temprano, a la autoridad romana.

Con la aparición de Roma como fuerza activa y decisiva en su horizonte, cambió completamente el aspecto político del mundo helenístico. Para empezar, este mundo dejaba de ser una unidad política. En el siglo III a. de J. C., a pesar de las guerras, disputas, envidias, etc., había formado una sola unidad tanto en el aspecto político como en el cultural. Ya he insistido sobre esta unidad y expresado mi convicción de que, a menos que se trate el mundo helenístico como un todo único, difícilmente se podrá entender por completo su desarrollo político en el siglo III antes de J. C. La intervención romana puso fin a su unidad. Sin duda, había aún relaciones diplomáticas entre los distintos reinos y ciudades. Los matrimonios dinásticos se empleaban aún como armas políticas, y eran muy populares entre los griegos (un caso notable fue el matrimonio de Perseo y Laódice, hija de Seleuco IV, en 178 a. de J. C.) pero todo esto tenía ahora muy poca importancia. Roma, por medio de sus agentes, estaba ojo avizor sobre estas relaciones y ni siquiera toleraría la posibilidad de un acercamiento real entre las potencias helenísticas importantes.

De hecho, el mundo helenístico estaba ahora dividido en tres grupos, que no tenían contacto entre sí: Macedonia y Grecia formaban un grupo, Asia Menor otro, Siria y Egipto el tercero. Diremos algo sobre cada uno de estos grupos.

Macedonia fue obligada a abandonar su ambición largamente acariciada de mandar sobre Grecia y dominar el Egeo. Estas aspiraciones eran ahora meros sueños. Las únicas realidades en la vida política de Macedonia eran sus relaciones con Roma. Los orgullos antigónidas no estaban dispuestos a actuar como vasallos obedientes de aquella potencia, y su única preocupación era encontrar un medio de librarse de su férula. En última instancia esto significaba, por supuesto, la guerra.

Durante algún tiempo, Grecia gozó enormemente de la libertad que acababa de adquirir. Al principio, los griegos tomaron la declaración de Flaminino completamente en serio, y no hay duda de que Flaminino y el Senado romano lo querían así. Acaya y Etolia siguieron intentando incorporar toda Grecia a sus ligas respectivas. Esparta, reformada por Nabis en una dirección más o menos socialista y comunista, se esforzaba en recobrar su hegemonía peloponésica. Pero muchas de las demás ciudades griegas sentían profundamente cualquier intrusión de alguna de las ligas o de Esparta en su recobrada libertad. Estos intereses divergentes, después de la retirada de las fuerzas romanas, ine-

vitablemente llevaban a disputas políticas y a pequeñas guerras. Era natural que la parte más débil, cuando se veía frente a la derrota, apelase al gran protector de la libertad de Grecia y enviase a Roma embajada tras embajada, seguida, por supuesto, por las inmediatas contraembajadas de sus oponentes. Con el fin de asegurar la paz y evitar que Grecia apoyase a Macedonia, Roma nunca rehusó actuar como árbitro en estas pequeñas disputas. Sus decisiones siempre tomaban la forma de amistosos consejos. Pero estos consejos eran casi una orden. Ninguno de los adversarios los podía rechazar, porque detrás estaba el poder y la autoridad de Roma. De este modo la libertad de Grecia se parecía mucho a un vasallaje disfrazado. Los griegos comprendían perfectamente la situación y lo lamentaban profundamente. Sin embargo, no había medio de salir de ello, excepto por la resistencia armada.

Asia Menor después de Magnesia se parecía en muchos aspectos a Grecia después de Cinoscéfalas. Ahora era un país que comprendía monarquías grandes y pequeñas de varios tipos, y muchas ciudades más o menos independientes. La monarquía más grande y más fuerte era Pérgamo. Pero era fuerte sólo en tanto que sus reyes obedecían ciegamente los dictados de Roma y eran sus fieles aliados. Todo acto independiente, todo intento de seguir una política propia herían vivamente al Senado romano, que reprimía con severidad estos hechos. Parecida era la posición de todos los estados más fuertes de Asia Menor: las monarquías de Bitinia, Ponto, Capadocia y los estados tribuales de los gálatas. Tarde o temprano, cuando una de las monarquías anatólicas trataba de alcanzar sus propios fines, cualesquiera que fuesen, sentían la dura mano de Roma. Aquí también era la guerra el único medio para cambiar la situación.

Siria y Egipto siguieron independientes después de Magnesia. La independencia de Egipto no era una amenaza para Roma. Los Tolomeos del siglo II a. de J. C. nunca mostraron señales de alimentar aspiraciones antirromanas. La situación de Siria era diferente. Por el tratado de Apamea, Siria estaba privada de Asia Menor, la parte más helenizada de su imperio, y, por consiguiente, sus relaciones con Grecia se habían hecho más difíciles e irregulares. Sobre todo, ya no tenía una marina fuerte con que proteger sus intereses en el Mediterráneo y el Egeo. Estaba, pues, condenada, por la fuerza de las circunstancias, a transformarse gradualmente en un Estado oriental.

No es necesario relatar una vez más la triste historia de la conquista gradual del oriente helenístico por los romanos. A la segunda guerra macedónica y la segunda guerra siria siguió pronto la tercera guerra macedónica, cuando se hizo evidente a Roma que Perseo, el sucesor de Filipo, no estaba dispuesto a obedecer ciegamente sus órdenes. El resultado, después de la batalla de Pidna (168 a. de J. C.), fue que Macedonia dejó de existir como unidad política; y, después de un corto período de semiautonomía, fue transformada en una provincia romana (147 antes de J. C.). La simpatía —aunque fuese pasiva— que el mundo griego mostró a Perseo y el intento —aunque abortado— de Perseo de crear una liga helenística contra Roma, exasperaron de tal manera a los romanos, que no vacilaron en aplicar drásticas medidas contra la Liga Aquea ni en humillar a la gloriosa república de Rodas, dejando así el Egeo a merced de los piratas. El resultado de este trato opresivo fue el intento desesperado de la Liga Aquea de asegurar su libertad, intento que terminó con la desaparición temporal de esta y otras ligas y en una completa humillación de Grecia. Corinto, la principal fortaleza de Grecia y de la Liga Aquea, fue destruida sin piedad, y Grecia se transformó en una especie de lastimoso apéndice de la provincia romana de Macedonia (145 a. de J. C.). Así acabó la vida política de Macedonia y Grecia.

El grupo de estados comprendidos en Asia Menor tuvieron una existencia un poco más larga. También aquí el aislamiento fue el rasgo característico en el aspecto político. Las cuestiones que ocupaban la mente de los estadistas principales del país eran de carácter puramente local, tales como el eterno proyecto de agrandar el territorio de un Estado a expensas de sus vecinos, o de incorporar alguna ciudad griega libre a una u otra monarquía anatólica. Los problemas territoriales fueron siempre asuntos de gran importancia para los distintos estados de Asia Menor, dando lugar a una permanente hostilidad entre ellos y provocando guerras de cuando en cuando. Estas guerras eran en su mayor parte fútiles, ya que las cuestiones pendientes las resolvían siempre, de una manera u otra, los romanos; pero éstos permitían que se produjeran porque así evitaban que las monarquías se hicieran demasiado fuertes y peligrosas en potencia. Los romanos se daban cuenta de que no podían permitir que llegase a ser demasiado fuerte ninguno de los contendientes.

Los protagonistas en las actividades políticas de Asia Menor después de Magnesia eran: Pérgamo; Bitinia, cuyo rey Pru-

sias, hombre de gran talento, había convertido en un reino bien organizado; el Ponto, que de modestos comienzos se transformó bajo Farnaces I en una de las monarquías más fuertes de Anatolia, y Capadocia. Estos tres últimos estados, a los que podemos añadir Galacia, eran los principales fomentadores de la discordia. En los primeros años después de Magnesia, Pérgamo se ocupaba, en gran parte en su calidad de agente romano, de mantener a raya las ambiciones de estos estados. Éumenes II fue quien finalmente puso término a la comunidad de ladrones de los gálatas y quien evitó que Prusias de Bitinia se aprovechase de la derrota de Antioco III, y también quien, en coalición con otros, aplastó las ambiciones de Farnaces I. La guerra a la que estos planes dieron lugar duró cuatro años (183-179) y pudo haberse transformado en una conflagración general en el Oriente si Seleuco IV, sucesor de Antioco III, no hubiera tenido demasiado miedo a los romanos, y si Filipo hubiese estado en situación de luchar. Ésta es la razón por la que Roma intentó repetidamente arreglar las disputas y probablemente contribuyó con su autoridad a la paz de 179 a. de J. C.

Sin embargo, pronto se acabó el papel de Pérgamo como árbitro de los asuntos anatolios. El giro en las relaciones entre Roma y sus fieles aliados en Asia Menor y el Egeo (Pérgamo y Rodas) vino con la tercera guerra macedónica, cuando las simpatías, no sólo de la Grecia continental, sino también de Pérgamo y Rodas estaban con Perseo, aunque oficialmente todas ellas tomaron parte activa en favor de Roma en la guerra contra él. Roma se dio cuenta de esto y adoptó una política consecuente tan pronto como pasó la guerra y se restableció su supremacía (como veremos después) por una intervención en Siria meramente diplomática. Los últimos años del reinado de Éumenes II fueron para él de grandes desengaños. Roma nunca volvió a permitirle llevar la parte principal, a que estaba acostumbrado, en la vida política de Asia Menor. En su lucha heroica contra los gálatas, el azote de Asia Menor, no estuvo apoyado por Roma. Los romanos, de hecho, animaron a los gálatas. El halo que rodeaba a Éumenes II después de sus grandes victorias sobre los gálatas y la popularidad que gozó entre los griegos anatolios aumentaron las sospechas de Roma, e hicieron su trato aún más duro.

Más cruel aún fue el castigo de Rodas por su intento de salvar a Perseo. Por una serie de medidas, Roma la desposeyó de su hegemonía comercial en el Egeo, minó su posición como protectora

del comercio helénico contra los piratas en aquel mar, y la privó de su territorio en el continente de Asia Menor, que le había sido asignado después de Magnesia. El resultado fue la creación de un estado de anarquía política tanto en Anatolia como en el Egeo.

Mientras que Pérgamo y Rodas fueron las fuerzas decisivas en estas áreas, y, aún después de Pidna, mientras Éumenes II estuvo vivo, el helenismo continuó desarrollándose pacíficamente en Anatolia, a pesar de las irrupciones de los gálatas y de varias guerras locales. Rodas lo promovió en el Sur, Éumenes II lo apoyó en Anatolia central, los reyes de Bitinia y del Ponto hicieron lo mismo en el Norte. Ni hubo signo alguno de una ulterior desintegración política de Asia Menor, excepto en su región meridional después del castigo de Rodas.

Un gran cambio en la vida política de Asia Menor se produjo por obra de Átalo III, sucesor de Éumenes II y Átalo II, quien en 133 a. de J. C. legó su reino a los romanos. No sabemos si este acto fue dictado por consideraciones políticas, personales o dinásticas. Si hubo consideraciones políticas, éstas no son difíciles de comprender. Pérgamo se había transformado irrevocablemente en un reino vasallo de Roma. El glorioso período de hegemonía y, al menos, de reino independiente había acabado. Consciente de esto, Átalo III se dio cuenta de que la posición de sus sucesores sería aún peor. Los reyes de Pérgamo soportaban una pesada responsabilidad, sin gozar de privilegios que pudieran atraer a hombres de estado ambiciosos. ¿Por qué Roma no había de tomar directamente la responsabilidad sobre Asia Menor?

Cualesquiera que fueran las razones que movieron a Átalo, los romanos aceptaron el legado, y el resultado fue que la parte más helenizada y rica de Asia Menor se convirtió, después de algunos disturbios sociales que siguieron a la muerte del rey, en provincia romana. Primero Pérgamo y después Éfeso fueron adoptadas como residencia de un representante del Senado y pueblo romanos. Desaparecían los gobernantes que habían sido considerados como los principales apoyos del equilibrio de poderes anatólico y promotores del helenismo, y Asia Menor quedaba en manos de los gobernadores romanos, que se interesaban poco por ella, y la consideraban sólo como una fuente de ingresos, tanto para el tesoro público como para el particular.

Se produjo una fuerte reacción contra este estado de cosas, no sólo entre los griegos de Anatolia, que estaban dispuestos a re-

cibir con agrado a cualquiera que quisiera y pudiera poner fin al gobierno de Roma, sino también entre los habitantes del Ponto. Esta parte de Asia Menor nunca había estado bajo el estricto dominio de Roma, y su aristocracia irania, que se había helenizado sólo ligeramente, conservaba su espíritu marcial y su orgullo nacional. Más helenizada que Capadocia y Armenia, menos feudal en su estructura que estos dos vecinos, más rica y mejor organizada que ellos, el Ponto era el natural caudillo en una lucha contra Roma que uniera en un sólo esfuerzo a los griegos e iranios, tanto de Asia Menor y Armenia como de Partia. El resentimiento griego y el renacer del sentimiento nacional iranio fueron las fuerzas principales que sostuvieron la larga y obstinada lucha con Roma a la que Mitrídates VI del Ponto dedicó toda su vida. Su fracaso se debió no sólo a la fuerza de Roma y a la limitación de su propia capacidad, sino también al hecho de que los griegos le apoyaron sólo por algún tiempo y a que la asistencia de sus vecinos iranios fue igualmente de corta duración. Capadocia le fue hostil desde el comienzo, y aunque apoyado por Armenia, que en esta época era la potencia semiirania más fuerte del Oriente Próximo, Mitrídates fue incapaz de reforzar su coalición con Tigranes mediante una alianza con Partia, rival y enemigo de Armenia.

Después de la desaparición del reino de Pérgamo, la guerra de Mitrídates contra Roma fue el primero y último acto político de la Anatolia helenística que influyó de alguna manera en el desarrollo del mundo antiguo. El fracaso de Mitrídates tuvo por consecuencia natural la transformación de Asia Menor en un grupo de provincias y dependencias romanas. Las últimas fueron en gran medida reinos vasallos, más o menos helenizados, que existían gracias a Roma, mientras ésta consideraba conveniente permitir a estos reinos vasallos que urbanizasen y helenizasen las comarcas atrasadas de la península.

Mientras estaba determinada a dominar el mundo griego —Grecia, Macedonia, el Egeo y Asia Menor— con el fin de obtener completa seguridad en su casa, al tiempo que abundante ganancia, Roma, inmediatamente después del tratado de Apamea, parecía menos interesada en los destinos de las dos monarquías orientales, Siria y Egipto. Estos estados orientales, una vez aislados del mundo griego y obligados a mantenerse apartados de la política mediterránea, parecían bastante inofensivos para dejarlos con sus preocupaciones y querellas propias. Pero esta política de dejar hacer fue sustituida muy pronto por otra de asidua intervención en sus

negocios y de acción diplomática encaminada a fomentar desórdenes dentro de ellos y a promover su gradual disolución. La razón para este cambio de política parece haber sido un súbito acceso de miedo, en la época de la guerra con Perseo, a un posible resurgir del Oriente helenístico. Los ojos de los griegos se volvieron entonces hacia Oriente, y Antioco IV no se abstuvo por completo de actos que podrían interpretarse como dirigidos contra Roma. En una época posterior, la constante intervención en los asuntos domésticos de todos los estados helenísticos fue para los romanos una especie de rutina establecida.

Después de la batalla de Magnesia, Siria era demasiado débil para iniciar una política de desquite. Antioco III durante sus últimos años (murió en 187 a. de J. C.), su sucesor Seleuco IV, y Antioco IV Epífanes, que se apoderó del trono después del asesinato de Seleuco (175 a. de J. C.) y la supresión de la regencia de Heliodoro, en lugar del niño hijo de Seleuco, estuvieron dedicados enteramente al Oriente y observaron estrictamente las condiciones de la paz de Apamea. Realmente, ésta había sido la política de Antioco III antes de la guerra: el único deseo de Antioco IV fue la libertad de acción dentro de su propio imperio. En los asuntos del Occidente mostró muy poco interés.

Lo que Antioco IV y sus sucesores deseaban realizar en Oriente era establecer su propio imperio sobre una base tal que fuera bastante fuerte para resistir cualquier atentado por parte de los romanos al tratado de Apamea, es decir, todo intento de Roma de intervenir en los asuntos domésticos de Siria y Egipto. Para realizar esto era necesario un gran esfuerzo. Después de Magnesia y Apamea la situación del reino seléucida distaba mucho de ser brillante. Su solidez y unidad estaban socavadas desde dentro y desde fuera.

Dentro empezaban a aparecer síntomas alarmantes de desintegración y decadencia. El más importante era la creciente orientalización del Imperio. Encontró su expresión en muchos y variados fenómenos. Uno fue la transformación gradual de la mentalidad griega de los colonos griegos en el imperio seléucida. Se produjo en el espíritu, la religión y la vida, cada vez más orientalizados. Otro de estos fenómenos fue el resurgir de un espíritu nacional entre los súbditos orientales de los seléucidas: los árabes, los judíos y los iranios.

Desde fuera, el imperio seléucida estaba amenazado por muchos peligros. El peligro romano no había disminuido. Además,

la situación en el Este y el Sur distaba mucho de ser tranquilizadora. Partia y Armenia, y en el Sur el reino nabateo, todos antiguas satrapías, se hacían cada vez más poderosos y emprendedores.

La precaria situación de su reino fue perfectamente conocida por los sucesores de Antioco III, y su política fue dictada por su deseo de consolidarlo y fortalecerlo. De Seleuco IV conocemos poco a este respecto. Nuestras fuentes se refieren más bien a su sucesor Antioco IV. No puedo tratar aquí por extenso su política interior y exterior. Volveré a ocuparme de ella, en su aspecto social, en el capítulo V. Aquí bastarán unas breves palabras.

El principal esfuerzo de Epífanes en su política interior se dirigió contra las fuerzas de desintegración. Para contrarrestar a éstas, hizo un gran esfuerzo por soldar las varias y desiguales partes de su imperio. No sabemos con certeza cómo planteó el problema. En opinión del autor, su política consistió en enlazar las diferentes partes de su imperio extendiendo y consolidando la red de comunidades urbanas que en cierta medida existían antes de Alejandro y después fueron desarrolladas por éste y sus sucesores, así como por los primeros seléucidas.

Estos centros urbanos debían ser, en su intención, puntos de apoyo. En ellos estaba muy avanzado el proceso de amalgamación —social y cultural— de las clases superiores de la población. La idea de Epífanes era recoger los resultados de este proceso natural y formar, aparte los griegos orientalizados y orientales helenizados, la mayor parte de los cuales vivían en ciudades, un grupo político y social estrechamente unido en torno a una vida ciudadana, organizada más o menos según modelos griegos, y alrededor de una religión común grecooriental, en la que el culto al rey desempeñaría papel importante. Con ayuda de esta clase, Epífanes esperaba solidificar los centros urbanos viejos y nuevos de su reino, llevar a cabo una unidad más o menos eficaz de su imperio, y asegurarse el éxito en su política exterior.

Los principales afanes de su política exterior eran: restablecer el decaído prestigio de los seléucidas en el Este; detener el avance de los partos, por una acción concertada con el nuevo gobernante, por él nombrado, de la antigua satrapía seléucida de Bactriana; reducir a Armenia a la condición de provincia; y por último, aunque no es lo menos importante, si no unir bajo su mando personal las dos fortalezas principales del helenismo en Oriente, Siria y Egipto, por lo menos establecer una especie de protectorado del primer país sobre el segundo.

Antioco fracasó en todos estos intentos. Su política interna de amalgamación, aunque tuvo éxito entre las clases superiores de la población de su reino, encontró una tenaz resistencia en las masas de la población indígena, dispuestas a defender su nacionalidad y su religión. Sabemos cuán violenta fue la oposición de los judíos a la política de Epífanes de apoyar a los judíos helenizados, y cuán serias fueron las consecuencias de su oposición. La guerra se hizo endémica en Judea durante casi un siglo y desembocó finalmente en la independencia política completa de ese país.

Tampoco Antioco tuvo un éxito completo ni duradero en su política exterior. Precisamente en la época en que Roma se enfrentaba con el peligro inminente de la guerra con Macedonia, y después cuando llevaba a cabo una guerra de exterminio contra ella, Antioco IV se vio envuelto en una guerra por su propia cuenta. Los guardianes del rey Tolomeo VI Filométor, Euleo y Leneo, gobernantes de Egipto en aquella época, estaban a punto de intentar, con ayuda de Palestina, la reconquista de los dominios perdidos de Egipto en Palestina y Fenicia, que eran de importancia tan vital para la prosperidad económica de Egipto. Si los gobernantes de Egipto fueron o no animados por Roma, no tenemos medios de saberlo. En todo caso, Roma dejó luchar entre sí a los dos potenciales aliados de Perseo, sin molestarles por su parte con ninguna intervención.

La carrera de Antioco parecía clara. Probablemente, nunca tuvo la intención de tomar parte activa en la lucha entre Roma y Perseo. Una guerra con Egipto, por otra parte, le venía bien. No podía pasar por alto cuán breve sería una guerra entre Perseo y Roma, y deseaba, antes de su final, presentar a Roma un hecho consumado: la completa incorporación de Egipto a Siria, como resultado del cual Roma se encontraría frente a todas las fuerzas grecomacedonias del Oriente. Creía que en tal situación Roma dudaría en intervenir. Su plan no era malo. Con un rey niño en Egipto, un niño que además tenía un rival en su propia familia, con dos aventureros como enemigos —guardianes del rey, pero no agentes, sin autoridad en Alejandría y Egipto—, tenía una oportunidad fácil de unir Siria y Egipto bajo su gobierno personal. Su plan falló, en parte por sus propias equivocaciones, y en parte por la inesperada rapidez en la tercera guerra macedónica. Durante su segunda campaña en Egipto en 168 a. de J. C., cuando estaba ante los muros de Alejandría, su avance fue

detenido por el famoso «círculo mágico» del enviado romano Popilio Lenas. No tenía elección. Una guerra con Roma después de Pidna y antes de haber podido incorporar Egipto, habría sido una locura.

El triste éxito de Epífanes en Egipto no fue en modo alguno un suceso tan decisivo en su vida personal, ni un giro en su política tan grande como muchos eruditos se inclinan a creer. El «círculo mágico» de Popilio Lenas no pudo disminuir, ni de hecho disminuyó la fuerza militar y la riqueza que el rey desplegó en su gran pompa de Dafne: una gran demostración política; ni alteró las líneas principales de su política tanto exterior como interior. La lucha con los judíos siguió su curso natural, y en su frente oriental se mostró más activo que antes. Su intervención en Bactriana contra Demetrio, llevada a cabo por Eucrátides (como primeramente observó W. W. Tarn), fue un preludio a su propia expedición contra Partia. Fue un gran desastre para el imperio seléucida que la expedición pártica de Epífanes, empezada con una serie de éxitos, se viera interrumpida por su muerte, tan inoportuna. Este hecho fue el punto crítico en la historia del Oriente griego, semítico e iranio.

Con la muerte de Epífanes acabó el último intento serio de seguir en Siria una política de largo alcance. Los sucesores de Antioco IV no permanecieron inactivos. Hicieron lo mejor que pudieron para mantener la unidad del imperio y detener el avance de los partos. Sin embargo, se enfrentaron con dificultades insuperables. El principal obstáculo que les impidió la realización de sus aspiraciones y sumió a Siria en una permanente anarquía fue la política de Roma.

El hecho de que Antioco IV habría tenido éxito si no hubiese sido por dos accidentes, la rápida terminación de la tercera guerra macedónica y su propia muerte prematura, causó desasosiego a los romanos, que decidieron laborar por su seguridad en el futuro, y mantener el Oriente en estado de anarquía. De acuerdo con ello, hicieron cuanto pudieron para sembrar discordias dinásticas en Siria y Egipto; ayudaron con su simpatía el movimiento judío en Palestina; no ofrecieron oposición seria a las guerras entre Siria y Egipto por la posesión de la Siria meridional, y pusieron obstáculos en el camino de los pocos sirios patrióticos y de talento, como Demetrio II (capturado por los partos en 140-139 a. de J. C.) y Antioco VII Sidetes (139-130 a. de J. C.), que tomaron en serio su posición de campeones

de la cultura griega contra la ola irania. Fue sin duda, debido a los esfuerzos romanos por lo que ninguno de los sucesores de Antioco IV pudo realizar una sola de sus aspiraciones políticas principales. Gastaron toda su energía en fútiles guerras dinásticas y, por falta de los recursos económicos necesarios, no pudieron reincorporar a su imperio estados como Palestina, o detener el avance de los partos y armenios.

No necesito relatar una vez más la triste historia de Siria después de la muerte de Antioco IV, o la de Egipto después del abortado intento de Antioco de unirlo con Siria. La historia de Siria es una mezcla de guerras civiles entre miembros de la casa seléucida (con la adición de algunos intrusos), de ciertas regiones de su imperio rebeladas (estamos familiarizados con el caso de Palestina, que finalmente emergió como reino independiente con su propia dinastía, los asmoneos), de guerras con Egipto, y de esfuerzos desesperados por reconquistar Mesopotamia a los partos y detener el crecimiento del reino de Armenia. Como vasallos de Tigranes, el gran gobernador del efímero imperio armeno-sirio, tanto los seléucidas como los asmoneos, se vieron envueltos en las últimas fases de la guerra mitridática y sucumbieron sin lucha ante Pompeyo, quien en 64 antes de J. C. puso fin a la existencia del imperio seléucida sin hacer cambios muy esenciales en las condiciones de vida en el territorio sirio. En Siria, los romanos heredaron, simplemente, los grandes problemas del imperio seléucida, y hubieron de resolverlos lo mejor que pudieron.

El último siglo de vida del Egipto tolemaico fue desgraciado. La historia de Egipto durante este período, tal como la cuentan nuestras fuentes, es prácticamente la historia de la familia de los Tolomeos, de sus querellas domésticas, de sus terribles crímenes, de sus relaciones con el ejército y con la plebe de Alejandría, y, por último aunque no es lo menos importante, de las constantes súplicas de unos contra otros dirigidas a Roma, cuyos obedientes servidores eran todos. Por desgracia, conocemos muy poco de la lucha con los indígenas, que estuvieron en revolución casi perpetua, y del proceso mediante el cual se orientalizaron ellos mismos. Estamos algo mejor informados respecto a hechos menos importantes de las actividades políticas de los Tolomeos, de sus intentos de reconquistar la Siria meridional de los seléucidas. Sin embargo, en tanto que aun los más prominentes sucesores de Antioco IV son para nosotros meros

nombres y sombras, casi desprovistos de personalidad, las figuras de los últimos Tolomeos surgen ante nosotros con todas sus peculiaridades individuales: los dos enemigos hermanos, nerviosos y serviles, Tolomeo Filométor y Tolomeo Evérgetes II, con su círculo de madres, hermanas y esposas; la pintoresca y lastimosa figura de Tolomeo Auletes, y, sobre todo, Cleopatra, la última reina de Egipto, amante de César, esposa de Antonio y rival de Octavio. Es curioso ver cómo el más pasivo de los estados helenísticos, el estado más obediente a los dictados de Roma, produjo al final una mujer fuerte, capaz y ambiciosa, cuyo deseo fue revivir el mundo helenístico en una nueva forma, con Egipto como centro y con sus fuerzas armadas suministradas por Italia y el Occidente, un sueño, por supuesto, que no se habría realizado, aunque Antonio no hubiese sucumbido en Accio, pero un sueño digno de las gloriosas tradiciones del mundo helenístico.

La decadencia política y el colapso final del sistema de estados helenísticos presenta un problema importante para los historiadores del mundo antiguo: ¿Quién fué responsable de esta catástrofe? ¿Hemos de considerar a los estados helenísticos víctimas del imperialismo romano, y acusar a los romanos de la decadencia política, cultural y moral del mundo helenístico? ¿O perseguían una política nacional sana y razonable y, aprovechándose para sus propios fines de la debilidad del sistema helenístico —una debilidad interna e inevitable—, después de todo salvaron la cultura helenística incorporando los estados helenísticos a su imperio universal?

El problema no puede estudiarse aquí en detalle. Será útil a los propósitos de este libro insistir en algunos puntos. Los romanos, evidentemente, no tenían una buena razón para intervenir en los asuntos del mundo helenístico. La salvación e integridad de su imperio occidental no dependía para nada en su desarrollo político, en cualquier forma que tomase, de aquel mundo. Ni Filipo ni Antioco pensaron seriamente en invadir Italia o interferir en los asuntos del Occidente. Su horizonte político se limitaba a Grecia y al Oriente Próximo. Sabían poco del Occidente y tenían poco interés en él. Los planes de Filipo se limitaban a mantener a los romanos fuera de la península de los Balcanes. Los sueños políticos de Antioco III nunca pasaron de Grecia. Por otro lado estaba descartada una cooperación duradera entre Filipo y Antioco. El reunir el mundo helenístico en un estado único era una tarea que rebasaba incluso

el poder del genio. La tendencia dominante en la evolución política de este mundo era la desintegración política, no la unificación.

Roma pudo haber pensado honradamente que las dos primeras guerras con una potencia helenística eran necesarias para su seguridad política. El Senado romano, ciertamente, sabía poco de los asuntos orientales y pudo alarmarse por los éxitos de Filipo y Antioco. Pero, sea como quiera, después de Cinoscéfalas y Magnesia, Roma estaba muy bien informada sobre las condiciones que prevalecían en los estados helenísticos. El Senado no podía pensar seriamente que una Macedonia independiente o una Siria bien organizada fueran un peligro para el imperio occidental de Roma. Su política de desmoralización del mundo helenístico, de tratarlo en dictador, y de castigar a todo Estado que desobedecía sus órdenes, no era una política de autodefensa, sino de preponderancia e imperialismo. Imperialismo no siempre implica la intención de adquirir un aumento de territorio. El deseo de hegemonía política, el deseo de desempeñar el papel principal en la vida política del mundo civilizado, no puede considerarse más que como una forma de imperialismo.

En suma: no era el obtener seguridad lo que movía a Roma a ser la potencia rectora tanto en el Este como en el Oeste. Cualquiera que hubiera sido el motivo original, una vez que puso sus miras en la persecución de estos fines, fácilmente se comprende su política cruel. Los resultados para el mundo helenístico fueron desastrosos. La política de Roma, maquiavélica, a menudo deshonesta y siempre estrictamente egoísta, su fomento del servilismo y deshonestidad en sus propios agentes políticos (tales como Éumenes II), minaron la moral de las potencias helenísticas y el prestigio de los gobernantes helenísticos a los ojos de sus propios súbditos. Los romanos fomentaron todos los procesos que arruinaban la estabilidad política del mundo helenístico; tendencias separatistas en el seno de las monarquías, disputas dinásticas, guerras civiles, guerras entre varios estados, siempre animándolas, o por lo menos evitando el ponerles término. Roma veía con agrado la desintegración gradual, es decir, la pulverización de los estados helenísticos. Contribuyó a su ruina económica. Haciendo esto, minó la civilización griega, en toda el área helenística, e hizo más fácil y más rápido el avance de la orientalización.

Débil, pobre, desintegrada, desmoralizada y aislada en el Oriente, Siria era incapaz de evitar que se incorporasen a Partia,

Armenia y Arabia amplios territorios que habían llegado a estar más o menos helenizados. Los seléucidas no pudieron evitar la conversión de Palestina en un Estado oriental independiente, y de muchas ciudades griegas de Siria en pequeñas monarquías orientales. Incluso en las ciudades grandes y completamente griegas de Siria, los griegos, aislados como estaban de su patria originaria, sucumbieron inevitablemente a la tendencia natural a orientalizarse en ideas sociales, hábitos y cultura. Lo mismo sucedió en forma diferente y en una escala menor en Anatolia, Egipto y Cirenaica.

¿No es demasiado simplista, sin embargo, hacer a Roma única responsable de la decadencia política, moral y cultural del mundo helenístico? Es evidente, después de lo relatado en las páginas precedentes, que aun sin la intervención romana, habría continuado la tendencia evolutiva que caracterizó el período de las guerras de sucesión y la del equilibrio de poderes. Los distintos estados helenísticos habrían continuado luchando entre sí y agotando sus fuerzas en estas guerras inacabables y en el fondo inútiles. De cuando en cuando, alguna potencia podría haber obtenido una preponderancia temporal, pero ninguna habría podido unir de un modo permanente el mundo helenístico en un solo Estado. No fue sólo Roma la que hizo endémicos los disturbios dinásticos en la mayoría de las monarquías helenísticas, y no sólo Roma fue responsable de la degeneración de las familias reales reinantes. Grecia habría continuado la interminable lucha por la libertad, las revoluciones no habrían cesado en las ciudades-estados, y es difícil suponer que las ligas hubieran detenido la desintegración de Grecia y puesto fin a la anarquía política, además de proteger su libertad contra las aspiraciones de las monarquías helenísticas vecinas.

Y ahora fue Roma quien hizo que todos estos procesos acabasen en catástrofe. Solos, los estados helenísticos ciertamente habrían existido más tiempo del que lo hicieron, y habrían ofrecido una resistencia más fuerte y efectiva al crecimiento de Partia y Armenia, y al rápido ascenso de la marea oriental. Sin el «espléndido aislamiento» del mundo occidental impuesto por Roma a Siria y Egipto, estos dos países podían haber seguido siendo indefinidamente una fuente de riqueza y prosperidad para Grecia, y haber salvado así a este país de la cruel pobreza y despoblación por el suicidio racial a que fue reducida por la dura mano de Roma. Ni puedo ver por qué las dos ligas griegas

no habrían de existir largo tiempo, luchando entre sí y sucumbiendo de vez en cuando a la presión política externa, pero garantizando en conjunto una existencia política independiente para Grecia, y desarrollando sus constituciones federales.

Roma reforzó todas estas fuerzas que tendían a provocar una decadencia lenta y gradual del mundo helenístico, y aceleró su operación. Evitó que el Oriente se helenizase más amplia y profundamente de lo que estaba en el momento en que al fin recibió la herencia de los estados helenísticos. Después hizo lo mejor que pudo para asegurar durante dos centurias la paz para el Oriente y para rehelenizarlo. Esto es su mérito perdurable. ¿Pero por qué empieza por combatir el helenismo tanto en Oriente como en Occidente, y después trata de salvar lo que queda de él? Este tipo de cuestiones es baladí. Podemos decir, no obstante, que, con toda probabilidad, el mundo helenístico sin la intervención romana habría hecho por el desarrollo de la cultura más de lo que en la realidad pudo hacer. Y es muy probable que el romanismo en Occidente habría recorrido un camino más suave si hubiera evitado la forzada unión con el Oriente, impuesta por el imperialismo.

NOTAS

(1) La brillante exposición de Droysen, y el cuidadoso examen, datación y coordinación de los hechos correspondientes, de Niese y Beloch, siguen siendo aún el fundamento de nuestro conocimiento del desarrollo político del mundo helenístico. A esta obra fundamental se han añadido mucho material nuevo e innumerables sugerencias referentes a la interpretación, coordinación y combinación de los datos, por numerosos eruditos eminentes que, siguiendo a Droysen, y en algunos casos con la ayuda de Niese y Beloch, han tratado desde entonces de la historia política del período, y han mejorado y ampliado nuestro conocimiento. Este proceso ha sido muy favorecido por el aumento enorme de nuestro material documental, especialmente en forma de inscripciones, papiros y monedas, en gran parte sacado a la luz por excavaciones científicamente organizadas de antiguas ciudades y templos, como, por ejemplo, Atenas, Olimpia, Delfos, Delos, Rodas, Cos, Samos, Tasos, Samotracia, Mileto, Priene, Pérgamo, Éfeso, Halicarnaso, Magnesia, las distintas ciudades de Creta, Cirene, varias de Palestina, Antioquía del Orontes, Seleucia de Pieria, Dura-Europos, Babilonia, Uruk, Seleucia del Tigris, Susa y muchas de Egipto, especialmente Alejandría, Tolemaida y otras varias en el Fayum y en el Egipto medio y meridional. La ampliación de nuestro horizonte por lo que se refiere a la historia política del período helenístico se debe prin-

cipalmente a estos nuevos documentos y a su interpretación magistral por distintos eruditos.

No puedo dar aquí una lista exhaustiva de obras que tratan de la historia política de la época. Será suficiente remitir a las excelentes bibliografías de los diferentes capítulos de la *C. A. H.*, vols. VI, VII, VIII y IX. Estos mismos capítulos, escritos por W. W. Tarn y M. Holleaux, dan una breve pero completa y excelente presentación de los hechos. Para una presentación más condensada, puedo remitir a U. Wilcken, *Griechische Geschichte im Rahmen der Altertumsgeschichte*, 4.ª ed., 1939 (7.ª ed., G. Klaffenbach, 1951); M. Cary, *A History of the Greek World from 323 to 146 B. C.*, 1932 (2.ª ed., 1951); H. Berve, *Griechische Geschichte*, II, 1933, págs. 204 y sigs. (2.ª ed., 1951-52), y R. Cohen, *La Grèce et l'hellénisation du monde antique*, 1939 (3.ª ed., 1948). A éstas pueden añadirse las dos historias más recientes del Egipto tolemaico: E. R. Bevan, *A History of Egypt*, 1927 (traducción francesa, 1934), y especialmente P. Jouguet, *L'Égypte ptolémaïque*, en G. Hanotaux, *Histoire de la nation égyptienne*, III, 1933. A última hora apareció la primera parte del cuarto volumen *(Alexandre et l'hellénisation du monde antique)* de la *Histoire grecque* de G. Glotz. Trata de *Alexandre et le démembrement de son empire* y fue escrita por G. Glotz, R. Cohen y P. Roussel. Siento que esta excelente contribución venga demasiado tarde para ser utilizada de un modo completo. En la sección de los diádocos, escrita por Roussel, el lector encontrará útiles suplementos a mis notas a este capítulo. Esta primera parte será seguida de una segunda, *Les États gréco-macédoniens*, por A. Aymard, E. Bikerman y P. Collart.

Estas notas hacen referencia a algunos documentos recientemente publicados y a las contribuciones modernas más importantes que han aparecido desde la publicación de los volúmenes correspondientes de *C. A. H.* y que he utilizado al escribir este capítulo. No pretendo ser exhaustivo.

(2) Los eruditos modernos han mostrado mucho interés por el período entre la muerte de Alejandro y la batalla de Corupedión. Lo atestigua el gran número de artículos que han aparecido desde 1927, y por esto no están registrados en la *C. A. H.*, VI, pág. 606, y VII, págs. 880 y sigs. En esta nota y en la siguiente hago referencias a algunos de ellos, que utilicé al componer este capítulo. Para los sucesos inmediatamente posteriores a la muerte de Alejandro, véanse: W. Ensslin, *Rh. Mus.*, LXXIV (1925), págs. 293 y sigs.; W. Schwahn, *Klio*, XXIII (1929), págs. 211 y sigs.; XXIV (1930), págs. 306 y sigs.; G. de Sanctis, *St. It. Fil.*, IX (1931), págs. 5 y sigs.; P. Treves, *Riv. Fil.*, LX (10) (1932), págs. 372 y sigs.; A. Neppi Modona, *Athenaeum*, X (1932), págs. 22 y sigs.; F. Miltner, *Klio*, XXVI (1932), págs. 39 y sigs.; W. Schur, *Rh. Mus.*, LXXXIII (1934), págs. 129 y sigs.; F. Geyer, artículo *Perdikkas*, en *P. W. K.*, XIX (1937), 604 y sigs., especialmente 608; H. Bengtson, *Die Strategie in der hell. Zeit*, I, en *Münch. Beitr. Pap.*, XXVI (1937), págs. 63 y sigs.; cf. F. Heichelheim, Bursian's *Jahresb.*, CCL, supl., págs. 243 y sigs.

(3) No puedo discutir aquí el reciente libro de F. Hampl, *Der König der Makedonen* (cf. recensiones por F. Geyer, *Phil. W.*, LVI

(1936), págs. 118 y sigs., y A. Momigliano, *Athenaeum,* XIII (1935), págs. 3 y sigs.), en el que el autor da una nueva interpretación de las relaciones que existían entre el rey de los macedonios y las distintas partes de su ejército, sus vasallos, de un lado, y el pueblo macedónico bajo las armas, de otro. Los acontecimientos después de la muerte de Alejandro muestran que la falange macedónica no era un grupo de mercenarios al servicio de Alejandro, que le ayudaban a conquistar el Oriente, sino que se consideraba a sí misma como el pueblo macedónico conducido por Alejandro a la guerra, que no era exclusivamente una empresa militar particular suya. Ni es cierto que los ἑταῖροι de Alejandro fueran exclusivamente sus vasallos, que recibían δωρεαί de él en los territorios conquistados por Filipo y Alejandro en sus guerras particulares. Algunos compañeros de Alejandro eran señores feudales en la tierra que constituía el núcleo del reino de Alejandro, la Macedonia propia. Sobre Macedonia y su estructura constitucional, véase P. Zancan, *Il monarcato ellenistico nei suoi elementi federativi,* 1934, págs. 110 y sigs., y en especial 119 y sigs., y W. S. Ferguson, recensión de F. Granier, *Die makedonische Heeresversammlung,* 1931, en *Gnomon,* XI (1935), págs. 518 y sigs.

(4) El documento más importante del tratado de 311 a. de J. C. es la carta de Antígono a las ciudades griegas. De ella tenemos todavía una gran parte en el ejemplar dirigido a Escepsis, en la Tróade, y descubierto en aquella ciudad (cada ciudad griega recibió, probablemente, un ejemplar de la carta). El texto de la carta, con comentarios, se encuentra en *O. G. I.,* 5, y en C. Bradford Welles, *Royal correspondence in the Hellenistic Period,* 1934, núm. I (el último, con una bibliografía completa y puesta al día y un útil resumen de la situación política en 311 a. de J. C.). Cf. A. Neppi Modona, *Athenaeum,* XI (1933), págs. 3 y sigs.; A. Heuss, *Hermes,* LXXIII (1938), págs. 156 y sigs.

(5) V. G. Furlani y A. Momigliano, *La cronaca babilonese sui diadochi,* en *Riv. Fil.,* LX (10) (1932), págs. 462 y sigs.; A. Neppi Modona, loc. cit.

(6) Para la Liga de 302 a. de J. C.: U. Wilcken, *Zur epidaurischen Bundesstele vom J. 302 v. Chr.,* en *Berl. S. B.,* 1927, págs. 277 y sigs.; cf. su *Philipp II. von Makedonien und die panhellenische Idee,* ibíd., 1929, págs. 291 y sigs., y *S. E. G.,* I, 75; W. Schwahn, *Zu I. G. II,* 160 *(Philipps Landfrieden),* en *Rh. Mus.,* LXXVIII (1929), págs. 188 y sigs., y *Heeresmatrikel und Landfriede Philipps von Makedonien,* en *Klio,* XXI (1930), págs. 36 y sigs.; F. Taeger, *Der Friede von 362/1,* en *Tübing. Beitr.,* XI (1930), págs. 60 y sigs.; F. Schehl, *Zum Korinthischen Bund vom J. 338/7 v. Chr.,* en *Öst. Jahresh.,* XXVII (1931-32), págs. 115 y sigs.; J. A. O. Larsen, *Cl. Phil.,* XX (1925), págs. 313 y sigs.; XXI (1926), págs. 52 y sigs.; XXVII (1932), págs. 395 y sigs.; F. Heichelheim, *Griechische Staatskunde,* en Bursian's *Jahresb.,* CCL (supl.), págs. 241 y sigs.; A. Momigliano, *Filippo il Macedone,* 1934, págs. 161 y sigs.; G. Glotz, *Hist. gr.,* III, 1936, págs. 370 y sigs., y IV, 1, 1938, págs. 338 y sigs.; A. Heuss, *Hermes,* LXXIII (1938), págs. 160 y sigs., especialmente 189 y sigs.; P. Roussel, en G. Glotz, *Hist. gr.,* IV, 1, págs. 306, nota, y 339; H. Bengtson, *Die Strategie in der hell. Zeit,* en *Münch. Beitr. Pap.,* XXVI (1937), págs. 157 y sigs.

(7) Un decreto interesante de la ciudad de Aspendo que confiere ciertos privilegios a los soldados mercenarios de Tolomeo Soter, publicado primero por Paribeni y Romanelli, *Mon. Ant.*, XXIII, págs. 116 y sigs. (cf. A. Wilhelm, *Wien. S. B.*, CLXXIX, 1915, 6, pág. 60) y después reeditado y comentado por M. Segre, *Aeg.*, XIV (1934), páginas 252 y sigs., es interpretado por M. Segre como referido a la guerra entre Demetrio y Soter (por otra parte desconocida) que Demetrio hizo en ayuda de su aliado Seleuco algún tiempo, entre 301 y 258 a. de J. C., con el fin de quitar a Tolomeo las partes de Asia Menor que probablemente había ocupado al mismo tiempo que Siria (el hecho no está atestiguado por otra fuente). Es difícil aceptar la reconstrucción de los hechos de M. Segre, pues parece muy probable que hacia esta época estuviera Demetrio en relaciones diplomáticas con Soter. G. N. Cross, *Epirus*, 1932, págs. 50 y sigs.

(8) Sobre Demetrio y su política: P. Treves, *Dopo Ipso*, en *Riv. Fil.*, LIX (9) (1931), págs. 73 y sigs., y 355 y sigs.; íd., *Riv. Fil.*, LX (10) (1932), págs. 194 y sigs., y *Athenaeum*, X (1932), páginas 187 y sigs. Sobre el culto a Demetrio: O. Weinreich, *N. J. f. Wiss. und Jugend.*, II (1926), págs. 646 y sigs.; K. Scott, *A. J. Ph.*, XLIX (1928), págs. 149 y sigs., y 228 y sigs.; V. Ehrenberg, *Die Antike*, VII (1931), págs. 279 y sigs.; P. Treves, *Riv. Fil.*, LVIII (8) (1930), págs. 278 y sigs. Sobre Pirro: G. N. Cross, *Epirus*, 1932, págs. 50 y sigs.

Dos inscripciones pueden referirse a algunos sucesos de la vida de Demetrio. Una encontrada en Tasos [= *I. G.*, XII, supl. 354] (G. Daux, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 46 y sigs.; cf. M. Cary, *J. H. S.*, L (1930), págs. 253 y sigs.) es un decreto de Lámpsaco en honor de Nosicas, un tasio que es alabado por haber salvado a algunos prisioneros de guerra lampsacenos cogidos en una batalla naval y de haberlos ayudado a volver a su patria. La batalla en cuestión es probablemente una de las batallas en la guerra de Demetrio y Lisímaco, cuando Demetrio, en 302 a. de J. C., forzó los Dardanelos y el Helesponto. Los lampsacenos, evidentemente, suministraron algunos barcos o tripulaciones a Lisímaco o a Demetrio. La segunda inscripción es el epitafio de un cierto Cairipos, que cayó probablemente en 287-286 a. de J. C. luchando por la liberación de Muniquia (N. Kyparissis y W. Peek, *Ath. Mitt.*, LVII (1932), págs. 142 y sigs.). Véase la inscripción de Aspendo mencionada en la nota anterior.

(9) Véase el tratado, recientemente descubierto, entre Etolia y Beocia, que se fecha de distinta manera: en 301-299 a. de J. C., en 295 ó 294 a. de J. C., en 292 ó 291 a. de J. C., y en 281-280 a. de J. C. *S. I. G.*[3], 366; cf. G. De Sanctis, *Atti acc. Tor.*, XLIX (1913-14), pág. 684; Th. Walek, *Rev. Phil.*, XXXVII (1913), págs. 262 y sigs.; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 2.ª ed., 1, pág. 213; R. Flacelière, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 75 y sigs.; M. Guarducci, *Riv. Fil.*, LVIII (8) (1930), págs. 329 y sigs.; G. Klaffenbach, *I. G.*[2], IX, 1, I, núm. 170, y supl., pág. 85; cf. pág. xv, *sub anno* 291 a. de J. C.; R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, 1937, págs. 57 y sigs.; P. Roussel y G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, 1, pág. 348.

(10) Nuevos datos sobre Lácares los da un fragmento de una crónica, *P. Ox.*, 2082; F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, II B, 257 *a*, Fr. 1, 2 (página 1194); cf. II B, D, pág. 848, discutido por G. de Sanctis, *Riv. Fil.*,

LVI (6) (1928), págs. 53 y sigs. W. S. Ferguson, *Lachares and Demetrius Poliorcetes,* en *Cl. Phil.,* XXIV (1929), págs. 1 y sigs.; P. Treves, *Riv. Fil.,* LIX (9) (1931), págs. 73 y sigs., y 355 y sigs. Un fragmento de un violento discurso encontrado en Oxirrinco (ahora en Florencia) y publicado por A. Porosa, *St. Ital. Fil.,* XII (1935), págs. 2 y sigs., es interpretado por G. de Sanctis, *Atene dopo Ipso,* en *Riv. Fil.,* LXIV (14) (1936), págs. 134 y sigs., y 253 y sigs., como referentes a la misma guerra; cf., sin embargo, P. Roussel, *Mél. Desrousseaux,* 1937, páginás 429 y sigs.

(11) Dos de los más importantes documentos que tratan de la situación de Asia Menor antes y después de que Demetrio cruzara aquel país las reimprime y comenta C. B. Welles: *Royal Correspondence,* número 5 (carta de Seleuco a los milesios de 288 a. de J. C., *O. G. I. S.,* 214; cf. Hiller, *P. W. K.,* XV, 1604) y núm. 6 (carta de Lisímaco a Priene de alrededor de 285, *O. G. I. S.,* 12, que se refiere probablemente a las operaciones militares de Lisímaco antes de la acción decisiva de Agatocles).

(12) La mejor exposición moderna de los acontecimientos que tratamos se encontrará en los tres capítulos del vol. VII de la *C. A. H.* por W. W. Tarn (caps. VI, XXII y XXIII). Una excelente bibliografía, que va como apéndice de estos capítulos (págs. 874 y sigs.), me releva de la necesidad de dar aquí una bibliografía; cf. nota 1. Puedo añadir referencias a algunos libros y artículos de fecha posterior a 1927 (fecha de la *C. A. H.,* VII) y no registrados en la bibliografía a los caps. V-VII del vol. VIII de *C. A. H.* (1930).

La mayor parte de las nuevas contribuciones tratan de la historia de la península balcánica y especialmente de Grecia y Macedonia en el período que estudiamos.

MACEDONIA. Sobre ANTÍGONO GONATAS: W. Fellmann, *Antigonos Gonatas, König von Makedonien, und die griechischen Staaten,* tesis doctoral, Wurzburgo, 1930; sobre la GUERRA CREMONÍDICA: W. W. Tarn, *The new dating of the Chremonidean war, J. H. S.,* LIV (1934), págs. 26 y sigs.; cf. W. Peremans, *Rev. Belge,* XII (1933), págs. 49 y sigs., y sobre el tratado acarnano-etolio probablemente relacionado con el resultado de esta guerra (*I. G.,* IX², núm. 3 A; *S. I. G.*³, 421); G. Klaffenbach, *Klio,* XXIV (1931), págs. 223 y sigs.; cf. E. Pozzi, *Atti Acc. Tor.,* XLVII (1911-12), págs. 222 y sigs., y P. Treves, *Riv. Fil.,* LX (10) (1932), págs. 276 y sigs.; sin embargo, R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes,* 1937, págs. 192 y sigs., se inclina a fechar el tratado un poco antes (270 a. de J. C.).

Sobre las BATALLAS DE COS Y ANDROS y sus fechas, véase E. Bikerman, *R. É. A.,* XL (1938), págs. 369 y sigs.; considera la batalla de Cos un acontecimiento de la guerra cremonídica y niega que tuviera influencia en la situación política general del mar Egeo. No puedo compartir este punto de vista, e incluso creo en el rápido crecimiento de la autoridad macedónica en el Egeo, que se refleja en las inscripciones délicas. Cf. W. Peremans, *Antiquité classique,* VIII (1939), págs. 401 y siguientes.

Sobre DEMETRIO II: P. Treves, *La tradizione politica degli Antigonidi e l'opera di Demetrio II,* en *Rend. Linc.,* VIII (1932), pági-

nas 168 y sigs. Nuevos datos sobre la situación del Ática en la época de Demetrio II y sobre los ataques de Arato a Atenas se dan en una inscripción recientemente encontrada, publicada e interpretada por Σ. Κουγέας en 'Ελληνικά, III (1930), págs. 281 y sigs., y por P. Roussel, *Un nouveau document relatif à la guerre Démétriaque*, en *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 268 y sigs.; cf. *R. É. G.*, XLIV (1931), págs. 214 y siguientes.

Sobre las relaciones entre Atenas y Antígono Dosón: inscripción encontrada en el Ágora de Atenas, que se refiere a una embajada enviada por Atenas al rey en 226-225 a. de J. C.; el embajador fue el conocidísimo filósofo peripatético Prítanis de Caristo. B. D. Meritt, *Hesp.*, IV (1935), págs. 525 y sigs., núm. 39; cf. L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 436 y sigs., y P. Roussel, ibíd., págs. 520 y sigs. Sobre las relaciones entre los antigónidas y Atenas en general, A. Heuss, *Stadt und Herrscher des Hellenismus*, en *Klio*, XXXIX (1937), páginas 62 y sigs.

Sobre la Liga Aquea en el siglo III a. de J. C. y Arato: M. Levi, *Arato e la "liberazione" di Sicione*, en *Athenaeum*, VIII (1930), páginas 508 y sigs.; F. W. Walbank, *Aratos of Sycion*, 1933 (con buena bibliografía).

Sobre los Etolios y especialmente sus relaciones con Delfos y su historia en el siglo III a. de J. C.: R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, 1937. El problema cronológico más importante, que afecta no sólo a la historia de los etolios y de Delfos, sino también a la cronología del siglo III en general, es el de la fecha de la fundación etolia, o refundación de las Soterias en Delfos, íntimamente relacionada con la fecha del arconte ateniense Polieucto. El punto de vista generalmente aceptado es el sugerido por primera vez por P. Roussel, que las Soterias, originariamente establecidas por los anfictiones en 279 a. de J. C., fueron modeladas y fundadas de nuevo por los etolios mucho más tarde (255-254 ó 243-242). El único erudito que después de Roussel defiende aún la antigua opinión de que los etolios fundaron las Soterias en 279 y que ésta es la fecha del arcontado de Polieucto es W. Kolbe, *Hermes*, LXVIII (1933), págs. 440 y sigs., e ibíd., LXIX (1934), páginas 217 y sigs. Sobre el estado de la controversia y sobre la fecha que defiende el punto de vista de Roussel, véanse las más recientes discusiones del problema por L. Robert, *R. E. A.*, XXXVIII (1936), págs. 5 y sigs.; S. Dow, *A. J. A.*, XL (1936), págs. 57 y sigs., y R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, 1937, págs. 138 y sigs. Cf. M. N. Tod, *J. H. S.*, LVII (1937), págs. 182 y sigs., y U. Kahrstedt, *Zu den delphischen Soterienurkunden*, en *Hermes*, LXXII (1937), págs. 369 y sigs. La fecha propuesta por Roussel parece ser confirmada por una inscripción fragmentaria publicada por B. D. Meritt, *Hesp.*, VII (1938), págs. 121 y sigs., núm. 24. Sobre el papel de Etolia en Grecia y el Egeo, véanse las observaciones de G. Klaffenbach, *Asylievertrag zwischen Ätolien und Milet*, *Berl. S. B. phil.-hist. Kl.*, 1937, pág. 159.

Sobre Epiro: G. N. Cros, *Epirus*, 1932, págs. 88 y sigs. Sobre Agis y Cleómenes: véase la bibliografía citada en el cap. IV.

Egipto y Siria. El problema crucial de la cronología de las guerras sirias, tal como depende de la interpretación de la susodicha Crónica

babilónica, de una inscripción milesia y algunas otras, ha sido discutida recientemente en un grupo de artículos que citaré por completo más adelante en este libro (véase cap. III, nota 11). Puede mencionarse aquí que el deseo de Filadelfo después de la segunda guerra siria de restaurar su poderío naval se refleja en algunas inscripciones de Delos (K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, I, 2.ª ed., págs. 611 y sig.; cf. W. W. Tarn, *C. A. H.*, VII, pág. 715) y en un papiro no publicado, de Oxford, que Mr. C. H. Roberts tuvo la amabilidad de mostrarme y que menciono aquí con su permiso. Se trata de un expediente de 251-250 a. de J. C. relativo a una orden de Filadelfo a su famoso dioceta Apolonio de cortar una gran cantidad de madera local para equipar νῆες μακραί, es decir, barcos de guerra. Es evidente que Filadelfo, después de sus grandes pérdidas, estaba ansioso de construir una marina todo lo fuerte posible con el fin de frenar la influencia macedónica y seléucida en el Egeo [= *Chronique d'Égypt*, XXIV (1949), págs. 289-294].

Sobre la política Árabe de Filadelfo: W. W. Tarn, *Ptolemy II and Arabia*, en *J. E. A.*, XV (1929), págs. 9 y sigs. Sobre Antioco I: M. Segre, *Per la storia di Antioco I Sotere*, en *Athen.*, VIII (1930), págs. 488 y sigs. Sobre las relaciones de los primeros seléucidas y las satrapías del Lejano Oriente, en especial India y Bactriana: W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938 (2.ª ed., con adiciones, 1951). Sobre Partia: J. Wolski, *Arsaces I, Založytiel panstwa partyjskiego*, tesis doctoral, Cracovia, 1937, y N. C. Debevoise, *A Political History of Parthia*, 1938.

(13) Referencia en R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, 1937, págs. 268 y sigs.

(14) El moderno estudio del tercer período en la historia del mundo helenístico ha sido influido por la importancia relativa de sus acontecimientos y por el carácter de nuestras fuentes. El resultado es que mientras para la primera parte del período —la de las guerras macedónicas y sirias, incluida la historia de Grecia hasta la destrucción de Corinto— hay un grandísimo número de tratados y monografías que analizan e interpretan las fuentes, el período posterior a Antioco III en Siria y en Egipto, y la historia de Asia Menor después del fin del reino pergameno, y de Grecia después de la destrucción de Corinto, han sido más bien descuidados por los eruditos.

Una excelente presentación de los hechos relativos a la primera parte del primer período (que alcanza hasta Magnesia y el tratado de Apamea) se encontrará en varios artículos y obras del difunto M. Holleaux; éstas se hallan resumidas en los capítulos magistrales de *C. A. H.*, vol. VIII (1930), cap. V: *Rome and Macedon: Philip against the Romans;* cap. VI: *Rome and Macedon: the Romans against Philip;* cap. VII: *Rome and Antiochus.* A estos capítulos sigue un apéndice de excelente bibliografía. En los mismos capítulos, Holleaux resumió, poco antes de su muerte, sus puntos de vista sobre las relaciones entre Roma y el Oriente, puntos de vista que en lo esencial he aceptado en mi resumen (con algunas modificaciones sin importancia). Sin embargo, el problema de las razones que llevaron a Roma a iniciar una política activa en Oriente, esto es, sus razones para abrir las hostilidades contra Filipo y Antioco, siempre serán discutibles. Cf. F. Münzer, *Die politische Vernichtung des*

Griechentums, 1925 (*Das Erbe der Alten*, IX). No es, pues, de extrañar que hayan sido discutidas de nuevo recientemente por varios eruditos. Doy una lista de artículos sobre la cuestión, publicados después que Holleaux escribió sus capítulos (1930): Primera guerra macedónica: J. van Antwerp Fine, *Macedon, Illyria and Rome 220-219 B. C.*, en *J. R. S.*, XXVI (1936), págs. 24 y sigs.; *The Background of the Social War of 220-217 B. C.*, en *Am. J. Ph.*, LXI (1940), págs. 129 y sigs., Segunda guerra macedónica y guerra contra Antioco: A. Passerini, *Studi di storia ellenistico-romana*. I: *Le relazioni di Roma con l'Oriente negli anni 201-200*, en *Athen.*, IX (1931), págs. 260 y sigs. II: *I movimenti di Roma nella seconda guerra macedonica*, ibíd., págs. 542 y sigs. III: *La pace con Filippo e le relazioni con Antioco*, ibíd., X (1932), págs. 105 y sigs. IV: *Lo scoppio della guerra siriaca*, ibíd., págs. 325 y sigs. V: *L'ultimo piano di Annibale*, ibíd., XI (1933), págs. 10 y sigs. VI: *I moti politico-sociali della Grecia e i Romani*, ibíd., págs. 309 y sigs.; E. Bikerman, *Bellum Antiochicum*, en *Hermes*, LXVII (1932), págs. 47 y sigs.; íd., *Rom und Lampsacos*, en *Phil.*, LXXXVII (1931), págs. 277 y sigs.; íd., *Les préliminaires de la seconde guerre de Macédoine*, en *Rev. Phil.*, IX (61) (1935), págs. 59 y sigs. y 161 y sigs., y G. T. Griffith, *An early motive of Roman imperialism*, en *Cambridge Historical Journal*, V (1935), págs. 1 y sigs.; J. A. O. Larsen, *The treaty of peace at the conclusion of the Second Macedonian War*, en *Cl. Phil.*, XXXI (1936), páginas 342 y sigs., y *The Peace of Phoinice*, etc., ibíd., XXXII (1937), págs. 15 y sigs.; A. H. McDonald y F. W. Walbank, *The origins of the Second Macedonian War*, en *J. R. S.*, XXVII (1937), págs. 180 y sigs.; J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, en T. Frank, *Econ. surv.*, IV, 1938, páginas 261-313. Los artículos de Holleaux sobre este período aparecen con el título de *Études*, IV, 1952 (en publicación).

Sobre la actitud de Atenas hacia Filipo y sobre el estado de la ciudad durante su gobierno, véase el decreto ateniense en honor del conocido Cefisodoro, cabecilla del partido antimacedónico (Paus., I, 36, 5), recientemente publicado por B. D. Meritt, en *Hesp.*, V (1936), págs. 419 y sigs.; cf. F. Heichelheim, *Aeg.*, XVII (1937), págs. 61 y sigs. Proyectan nueva luz sobre la organización del ejército de Filipo varias inscripciones recientemente encontradas (citadas en el cap. V). Puedo citar aquí una inscripción de Tesalónica: una carta de Filipo a Arquipo y un *diagramma* de Filipo relativo al serapeo de la ciudad; véase Σ. Πελεκίδης, Ἀπὸ τὴν πολιτεία καὶ τὴν κοινωνία τῆς ἀρχαίας Θεσσαλονίκης, Παράρτημα τοῦ Β' τόμου τῆς Ἐπιστημονικῆς Ἐπετηρίδος τῆς Φιλοσοφικῆς Σχολῆς (Πανεπιστήμιον Θεσσαλονίκης), 1933, págs. 7 y sigs.; cf. C. B. Welles, *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 245 y sigs., y E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XII (64), 1938, págs. 295 y sigs.

Se encontrarán importantes contribuciones a nuestro conocimiento del derecho internacional romano y a la política exterior de Roma en H. Horn, *Foederati, Untersuchungen zur Geschichte ihrer Rechtsstellung im Zeitalter der römischen Republik und des frühen Prinzipats*, 1930, y A. Heuss, *Die völkerrechtlichen Grundlagen der römischen Aussenpolitik in republicanischer Zeit*, 1933 (*Klio*, XXXI, N. F. 18). Para el tratado de Apamea: M. Holleaux, *R. É. G.*, XLV (1932), págs. 7 y siguientes.

La historia de Macedonia y Grecia y las relaciones entre Roma y los estados helenísticos desde Magnesia a la destrucción de Corinto son discutidas por P. V. M. Benecke en *C. A. H.*, VIII, caps. VIII y IX; cf. J. A. O. Larsen, *Was Greece free between 196 and 146 B. C.?*, en *Cl. Phil.*, XXX (1935), págs. 193 y sigs., y *Roman Greece*, loc. cit. G. Daux, *Delphes au IIe et au Ier siècle*, 1936, págs. 303 y sigs.; F. Geyer, artículo *Perseus*, en *P. W. K.*, XIX (1937), 996 y sigs., y una inscripción muy interesante de Atenas —un decreto honorario de 169-168 a. de J. C. para un cierto Califanes que había luchado en Pidna al lado de los romanos y Éumenes y había llevado a Atenas la noticia de la victoria romana—, B. D. Meritt, *Hesp.*, V (1936), págs. 429; cf. ibíd., III, (1934), núm. 18. La historia de Delfos después del final de la dominación etolia se ilumina por algunas importantes inscripciones délficas, hasta ahora insuficientemente conocidas y erróneamente interpretadas: M. Holleaux, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 1 y sigs.; ibíd., LV (1931), págs. 1 y sigs.; P. Roussel, ibíd., LVI (1932), págs. 1 y sigs.; G. Daux, *Delphes au IIe et au Ier siècle*, 1936.

Sobre la historia del Oriente Próximo durante el período que estudiamos, véanse los capítulos correspondientes de *C. A. H.*, principalmente vol. VIII, cap. XVI (*Syria and the Jews*, por E. R. Bevan), IX, cap. V (*Pontus and its neighbours*, por M. Rostovtzeff y H. Ormerod) y XIV (*Parthia*, por W. W. Tarn). Estos capítulos contienen bibliografía al día (cf. también las bibliografías de *C. A. H.*, VII, caps. IV y V, y VIII, caps. XVIII, XIX y XX, por M. Rostovtzeff). A estas bibliografías puedo añadir aquí algunas contribuciones recientes e importantes.

Algunos nuevos hechos importantes referentes a SIRIA en la época de Seleuco IV han sido revelados por una inscripción de Seleucia de Pieria interpretada en un trabajo póstumo por M. Holleaux, *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 6 y sigs. Sobre la sección del decreto trilingüe de Tell-el-Maskutah que trata de la BATALLA DE RAFIA, A. Momigliano, *Aeg.*, X (1930), págs. 180 y sigs. Las relaciones entre Roma y EGIPTO se tratan en la tesis doctoral de Breslau por H. Winkler, *Rom und Ägypten im II. Jahrh. v. Chr.*, 1933, y en un grupo de trabajos escritos sobre el tema de la ahora famosa «última voluntad y testamento» de Tolomeo Neotero (Evérgetes II), primeramente publicado por G. Oliverio, *La stele di Tolomeo Neoteros re di Cirene*, en *Doc. ant. dell'Africa Italiana.* I: *Cirenaica*, I, 1932 [= *S. E. G.*, IX, 7], y más tarde discutido por muchos eruditos, cuyas contribuciones más importantes son: U. Wilcken, *Sitzb. Berl. Ak.*, 1932, págs. 317 y sigs.; G. De Sanctis, *Riv. Fil.*, LX (10) (1932), págs. 59 y sigs.; L. Wenger, *Studi Riccobono*, I (1932), págs. 529 y sigs.; P. Roussel, *R. É. G.*, XLV (1932), páginas 286 y sigs.; E. Bikerman, *Gnomon*, VIII (1932), págs. 424 y sigs.; W. Schubart, *Phil. Woch.*, 1932, págs. 133 y sigs.; A. Gitti, *Aeg.*, XII (1932), págs. 145 y sigs.; M. Segre, *Il Mondo Classico*, II (1932), págs. 424 y sigs.; U. Ratti, *Riv. Fil.*, LX (10) (1932), págs. 375 y sigs.; A. Piganiol, *Rev. hist. du Dr. fr. et étr.* XII (1933), págs. 409 y sigs. y 597 y sigs.: A. Steinwenter, *Z. d. Sav.-St.*, LIII (1933), págs. 497 y sigs.; cf. la excelente bibliografía y discusión por V. Arangio-Ruiz, *Studia et Documenta Historiae et Juris*, II (1936), págs. 483 y sigs. Sobre la SEXTA GUERRA SIRIA, TOLOMEO FILOMÉTOR y TOLOMEO EVÉRGETES II: W. Otto,

Zur Geschichte der Zeit des 6. Ptolemäers, Abh. Bayer. Akad., N. F. XI (1934), con copiosa bibliografía; P. Jouguet, *Les débuts du règne de Ptolemée Philométor et la sixième guerre Syrienne*, en *Rev. Phil.*, XI (63) (1937), págs. 193 y sigs. y *Eulaeos et Lénaeos*, en *Bull. Inst. d'Égypte*, XIX (1937), págs. 157 y sigs. Sobre Antioco IV Epífanes, además de los artículos antes citados, véase W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938, Índice, voz «Anthiochus IV Epiphanes» (2.ª ed., Addenda, págs. 528-530). Sobre su política doméstica: cap. V. Cf. J. van Fine, *The Background of the Social War of 220-217 B. C.*, en *Am. J. Ph.*, LXI (1940), pág. 129, nota.

CAPÍTULO II

EL MUNDO ANTIGUO EN EL SIGLO IV A. DE J. C.

Uno de los productos más interesantes del pensamiento especulativo griego, combinado con la sagacidad práctica, es el segundo libro de la *Economía* atribuida a Aristóteles, un tratado de autor desconocido, escrito y publicado a fines del siglo IV antes de J. C. y ampliamente leído y estudiado en épocas posteriores (1).

Es, sobre todo, una colección de medidas y recursos financieros por los que algunas ciudades griegas y hombres de Estado, así como algunos sátrapas persas helenizados y reyes bárbaros, lograban resolver crisis financieras temporales, una colección similar, *mutatis mutandis*, a la *Política* de Aristóteles y a las *Estratagemas* de Polieno, y escrita en el mismo espíritu que los Πόροι del seudo Jenofonte (2). Así, pues, presenta una buena cala en la situación económica y financiera, principalmente en el siglo IV, de varias partes del mundo mediterráneo, y especialmente de las ciudades-estados griegas. Es única en su género, y por ello merece la atención y estudio que los modernos eruditos de la economía griega le han dedicado y siguen dedicándole.

Aún más valioso, no obstante, es el breve prefacio en que el autor da una aguda y exhaustiva clasificación de las principales formas de organización económica y financiera entonces existente: el primer intento de una teoría financiera.

En este sumario se distinguen y caracterizan cuatro tipos de organización financiera (οἰκονομίαι): la del rey (persa) (οἰκονομία βασιλική), la de (sus) sátrapas (οἰκονομία σατραπική), la de la πόλις (οἰκονομία πολιτική), y la de los individuos

particulares (οἰκονομία ἰδιωτική). Esta clasificación, tal como selecciona los tipos principales de organización social y económica, es tan característica de la época y de sus ideas fundamentales como la selección de historias que le siguen. Persia y Grecia son, en la mente del autor, los únicos estados organizados del mundo civilizado. Los demás tipos de organización —la economía tribual de los estados tracio, ilirio y céltico, en el Norte; la vida económica peculiar de los etruscos, italianos, cartagineses; la economía nómada de los escitas, etc.— no son tenidas en cuenta para nada: son ignoradas como sin importancia, o como desconocidas, o sin interés alguno para el autor.

Es una lástima que este sumario teórico sea tan corto y esquemático. No obstante, por corto que sea, define correctamente los hechos dominantes de la vida económica del mundo civilizado del siglo IV a. de J. C.

El autor está en lo cierto al indicar que en esta época hay dos tipos de organización política y económica que se equilibran mutuamente en el mundo antiguo: el de las monarquías orientales, representada por Persia, y el de las ciudades-estados griegas. Cada uno tiene detrás una larga y gloriosa evolución, más larga en Oriente, más breve en Occidente. Cada uno estaba basado en la emprendedora actividad creadora del intelecto humano. Cada uno trataba de extender su forma de vida económica al resto del mundo antiguo. Para nosotros, sin duda, las otras partes de aquel mundo, tanto si habían caído bajo la influencia de las dos civilizaciones principales o permanecían completamente «bárbaras», presentan hechos económicos de considerable interés y poseen cierta importancia en conexión con el desarrollo económico de Grecia y Persia. Pero comparadas con éstas, no sólo son mucho menos conocidas, sino también de menos consecuencias desde un punto de vista histórico y económico.

El autor de este tratado, que fue probablemente contemporáneo de Alejandro Magno o de sus primeros sucesores (3), estuvo en el umbral de un nuevo mundo, un mundo en el que las dos principales economías del pasado —la βασιλική y la σατραπική de un lado, y la πολιτική y la ἰδιωτική del otro— estaban en trance de mezclarse en una sola, la del mundo helenístico. En presencia de esta nueva creación, cuyos primeros contornos nebulosos podía percibir, mira hacia atrás y trata de resumir y preservar para la posteridad lo que consideraba las más útiles adquisiciones de los grandes hombres del pasado.

Podemos seguirle en su intento y hacer lo mismo desde nuestro propio punto de vista, esencialmente diferente.

Quiero, pues, por vía de introducción al estudio de la época helenística, presentar algunas breves notas sobre la estructura económica de Persia y Grecia en el siglo IV a. de J. C. Por el prurito de ser completo, añadiré algunas palabras sobre las condiciones económicas del resto del mundo civilizado o semicivilizado de esta época.

A) *PERSIA*

El gran imperio persa, heredero y sucesor de los imperios sumerio, babilonio, egipcio, hitita y asirio, fue durante toda su existencia un vasto complejo de variados tipos de vida económica, social y política. En este complejo, las formas más refinadas, creadas por Babilonia y Egipto, coexistían al lado de las más primitivas, como las representadas por los beduinos del desierto y por las tribus pastoriles de las montañas. Persia, a pesar de su larga existencia como cuerpo político único, nunca formó una unidad económica y social natural. Este hecho fue bien conocido para los grandes organizadores del imperio persa, Ciro y Darío, y se reflejó en la división del imperio en su núcleo persa y sus distintas satrapías, cada una de las cuales tenía su propio carácter social y económico (4).

El caudillaje político y la vertebración militar del imperio se nutría del núcleo de la PERSIA PROPIAMENTE DICHA, suplementado por Media y sus otras satrapías iranias. El trasfondo de la organización social y económica de estas partes iranias del imperio era «feudal» y «tribual». La mayor parte de la población irania sedentaria se componía de robustos labradores dedicados a sus casas, campos, bueyes, familias y aldeas. Por encima estaba la clase media acomodada y la aristocracia —terratenientes y guerreros—, así como la clase influyente de los sacerdotes. Aunque socialmente uniforme, el núcleo iranio distaba de ser homogéneo desde el punto de vista estrictamente económico. Persis, por ejemplo, era en los siglos V y IV a. de J. C. una floreciente región agrícola, bien regada, con abundantes pastos y bien cultivadas huertas: un país que había heredado y apropiado la adelantada civilización del Elam y de su capital Susa, primero rival de la gran cultura babilónica, después seguidora suya. El pariente más próximo a Persia, Media, com-

binaba la agricultura con la ganadería en gran escala y producía buenos troncos de caballos. La civilización mostraba una estrecha conexión con sus vecinos más próximos, los haldis (nairis) del Cáucaso y los asirios del triángulo del Tigris, mientras las influencias elamíticas y babilónicas eran menos efectivas. Diferentes también, desde los puntos de vista económico y cultural, eran las florecientes satrapías orientales del imperio: Bactriana y Sogdiana, regadas por el río Oxo, y Margiana, fertilizada por el Margo. Con su rico suelo bañado a lo largo de estos ríos, su irrigación artificial y su riqueza agrícola, esta región podía ser llamada la Babilonia del Oriente. Y finalmente, grandes grupos de tribus iranias y preiranias —en las estepas caspias y del Aral, y en las montañas coseas— que aún vivían la vida primitiva de nómadas y seminómadas, ladrones y pastores, profundamente opuestos a los agricultores sedentarios del Irán civilizado y en quienes el pensamiento iranio veía la encarnación del mal, y de las fuerzas destructoras del mundo (5).

Más allá del núcleo iranio del imperio persa se extendían los grandes territorios civilizados de INDIA (partes de la cual —Gandhara e Hindu (Sind)— fueron durante algún tiempo satrapías persas) y de China. Aunque poseían civilización y arte propios no estaban separadas completamente del mundo iranio, sino que se hallaban relacionadas con él por medio del comercio y posiblemente por la diplomacia. Hasta qué punto eran estrechas e importantes estas relaciones no podemos decirlo. Sin embargo no había líneas divisorias entre las tres grandes civilizaciones asiáticas: la irania, la india y la china.

Completamente diferentes, y asimismo sin ninguna homogeneidad, eran el fondo económico y social, la estructura y la evolución de las partes semíticas del imperio persa. BABILONIA, con su civilización establecida desde hacía mucho tiempo, su agricultura, su industria, su comercio y su banca, altamente desarrollados, tenía una estructura más compleja y altamente diferenciada. Pero éste no es el lugar adecuado para describir su peculiar organización económica y social. La centralización, la planificación y el control fueron durante miles de años los rasgos salientes de su evolución económica. Una burocracia perfeccionada, un fuerte cuerpo de sacerdotes adscritos a los distintos templos, grupos de banqueros y mercaderes en las ciudades florecientes, eran los directores y organizadores de su vida económica. La masa de paisanos y artesanos seguía obediente su dirección.

Esta antigua organización sufrió algunos cambios en la época persa, cambios que se reflejan en miles de documentos de negocios de la satrapía babilónica de Persia. Sin embargo, estos cambios, relacionados en su mayor parte con los derechos civil y penal, no afectaban a los rasgos fundamentales de la estructura económica de Babilonia. Desde el punto de vista económico, se produjeron algunos cambios sobre el papel que la satrapía babilónica desempeñó en la economía del imperio persa. Una mayor demanda de mercancías babilónicas causó, por ejemplo, una subida vertical en los precios, especialmente en el caso de los productos agrícolas (6).

Encontramos una estructura principalmente babilonia en los distintos estados de la MESOPOTAMIA CENTRAL y SUPERIOR y en la SIRIA SEPTENTRIONAL, herederos de Babilonia, al principio sus rivales, vasallos y súbditos y después sus sucesores. Conocemos muy poco de la vida económica y social de estos estados después de la destrucción del último de ellos, el glorioso imperio asirio. Las grandes ciudades de Asiria desaparecieron o llevaron una vida precaria como pequeñas aldeas. Pero algunos trozos del imperio asirio, y de otros más antiguos en Mesopotamia superior y Siria septentrional, siguieron prósperos y fuertes, y formaron partes importantes de las satrapías sirias de Persia. Tales fueron probablemente las ciudades-estados y templos-estados de Haleb (Alepo), Damasco, Hamath, Tadmor (Palmira), y otras parecidas (7). Se salvaron de la pobreza y decadencia por el gran comercio caravanero, que fue otra creación de Babilonia y que unía la Baja Mesopotamia con Irán, India (y quizá China), y Arabia, por una parte; y con las regiones póntica y mediterránea, por otra. Este comercio caravanero era tan viejo como la civilización babilónica. Tenía su historia y vicisitudes propias, que no podemos tratar aquí. Baste decir que las grandes rutas caravaneras del Tigris y el Éufrates, con sus ramificaciones en Oriente, en el Sur (Arabia meridional), en el Norte (la costa del mar Negro con su riqueza en metales) y en Occidente (las costas fenicia y anatólica), siguieron siendo en la época persa tan importantes como lo habían sido anteriormente, en tanto que había aumentado muchísimo la seguridad del extenso comercio que llevaban a cabo. Las grandes ciudades caravaneras a que me he referido arriba, eran depósitos o almacenes de su comercio en Mesopotamia y norte de Siria. Es una lástima que conozcamos tan poco de ellas. Pero podemos reconstruir legíti-

mamente su vida en sus líneas generales por lo que sabemos de sus sucesoras en la época romana y helenística —Palmira en Siria, y Petra en Arabia—, con su aristocracia de mercaderes, y conductores de caravanas, sus *funduqs* (establecimientos comerciales) extendidos por todo el mundo civilizado, su perfeccionada organización de grandes caravanas, y sus relaciones diplomáticas y comerciales ampliamente extendidas (8).

A las ciudades caravaneras del interior correspondían las grandes ciudades comerciales de la costa mediterránea en PALESTINA, FENICIA y ANATOLIA. Ahora estamos descubriendo gradualmente la historia y civilización de algunas ciudades fenicias. Biblos, Ugarit (Ras Shamra) y Al-Mina nos han revelado sus relaciones comerciales, políticas y culturales con Arabia, Egipto, Chipre y el mundo minoico, por un lado, y con las ciudades caravaneras del interior, por otro. Conocemos, por lo menos en sus líneas generales, la historia de Tiro y Sidón en las épocas posteriores, tal como aparece en nuestra tradición griega y se refleja en la historia de Cartago (9). Además, la extensión de sus relaciones comerciales puede reconstruirse por los hallazgos habidos en sus alejadísimos mercados en el Occidente y en el Norte —España, Gran Bretaña, y en las costas del mar Báltico— y por las monedas descubiertas en la misma Fenicia (10). Pero, por desgracia, aún no han salido a la luz documentos escritos importantes sobre la estructura social y económica de estas ciudades en los siglos V y IV a. de J. C., y su estructura sigue siendo asunto conjetural, si nos abstenemos de usar para su reconstrucción el abundante material referente a Cartago.

Babilonia, con su tipo especial de vida económica altamente desarrollado, y lo que sobrevivía de los estados menores semibabilonios y del imperio asirio, en particular las ciudades caravaneras de Mesopotamia y norte de Siria, y las ciudades de la costa de Fenicia y Palestina, eran, sin embargo, sólo oasis de una civilización avanzada y de una estructura social y económicamente elaborada. Estaban rodeados por todas partes de una masa compacta de comunidades social y económicamente muy primitivas, como las numerosas tribus siempre en movimiento de beduinos nómadas en los desiertos sirio y árabe, o las tribus montañesas de distinto grado de civilización. Tampoco podemos afirmar que en la misma Babilonia y en otros oasis civilizados de Mesopotamia y Siria los habitantes de los pueblos participasen

en una medida considerable en la vida civilizada de sus amos, los habitantes de las ciudades y de los templos.

Inmediatamente debemos mencionar a Palestina. Situada entre Egipto y Babilonia-Asiria, Palestina tenía un sistema peculiar de civilización. La estructura social y económica del país es mejor conocida que la de otras partes del mundo sirio y mesopotámico. Era una combinación de Estado tribual y de templo. Su vida económica estaba basada en el pastoreo y la agricultura, junto con la industria y el comercio en formas más o menos primitivas. Las ciudades de la costa tenían, por supuesto, su vida propia y su propio desarrollo económico (11).

Nos hallamos mejor informados en lo que atañe a las salidas anatólicas del gran comercio de Persia que en lo que respecta a las fenicias, especialmente en lo que se refiere a las situadas en la costa occidental de ASIA MENOR, los antiguos establecimientos agrícolas griegos, que gradualmente se fueron desarrollando en importantes centros de comercio e industria. Estas ciudades, aunque sometidas a Persia en el siglo IV a. de. J. C., de hecho no pertenecían al mundo oriental, sino al griego. Eran, por decirlo así, trozos del mundo occidental en el borde del oriental, sirviendo como lazos de conexión entre ambos. Sin embargo, más allá, el interior de Anatolia y las partes adyacentes del norte de Siria permanecían esencialmente orientales. Había grandes ciudades industriales y comerciales, en otro tiempo fortalezas de los antiguos dueños de Anatolia y norte de Siria prehititas e hititas, capitales después, en la época de los estados independientes en que se disolvió el imperio hitita (la más rica y hermosa fue Sardes, capital primeramente de Lidia, después de una satrapía persa); allí había grandes templos, centros de comercio caravanero y local, y una industria floreciente; había extensos dominios de los nobles persas y de los antiguos nobles feudales anatólicos, centrados alrededor de villas fortificadas, similares a los de sus colegas en las tierras iranias; había tribus medio salvajes en las montañas del Tauro. Éstas eran las partes constitutivas de Anatolia, el *hinterland* de las ciudades griegas de la costa (12).

Finalmente llegamos a la gran satrapía egipcia. El papel de EGIPTO en la historia de la humanidad fue en algunos aspectos muy parecido al de Babilonia, y en otros muy diferente. Egipto fue el país clásico de los primeros intentos de centralización, de una economía planificada, y al mismo tiempo un

centro floreciente de agricultura, industria y comercio desarrollados.

La vida de Egipto durante la primera dominación persa y los sesenta años siguientes de independencia y renacimiento nacional (403-343 a. de J. C.), y lo mismo en la época de la segunda dominación persa, que duró hasta la conquista de Egipto por Alejandro, sólo la conocemos imperfectamente.

Los grandes reyes persas —Darío y Jerjes— mostraron un gran respeto por la religión y las tradiciones egipcias. Se esforzaron en ligar Egipto al resto de su imperio y al mundo mediterráneo. Un esplendido testimonio de ello es la restauración del gran canal de Necao, que unía el Nilo con el mar Rojo. Mantuvieron Náucratis abierta a los comerciantes griegos, cuya mayoría venía ahora de Atenas. Y por último trataron de mejorar la administración de Egipto combatiendo las tendencias feudales que prevalecían antes de la conquista persa, especialmente el omnipotente clero. En la serie, muy instructiva, de papiros arameos encontrados en Elefantina, tenemos algunos reflejos de la vida diaria social y económica de una parte de Egipto, y de las relaciones entre los grandes señores persas, sus soldados mercenarios de origen judío, estacionados en Elefantina, y la población indígena (13).

Los sesenta años siguientes de independencia, aunque poco conocidos, aparecen como una época de gran esplendor y de brillante renacimiento. Egipto era entonces, aparte de Grecia, el único rival poderoso de Persia. Egipto abría sus puertas al mundo exterior. Entraban grandes cantidades de griegos y algunos se establecían en Egipto como mercenarios y comerciantes, y quizá como artesanos. A este respecto, los gobernantes indígenas continuaban la política de los grandes reyes persas. Enriquecidos por su activo comercio con el Mediterráneo y por una explotación nacional de los recursos naturales del país, desarrollaron una notable actividad constructora. El renacimiento nacional y la riqueza de Egipto condujeron a un espléndido renacimiento del arte egipcio, que se nos revela en varios edificios ricamente adornados con escultura y pintura. Un producto tardío de este renacimiento, que muestra cuánto habían aprendido los artistas egipcios de los griegos y persas, es la famosa tumba de Petosiris, cuyas exquisitas tallas pintadas reproducen el ambiente religioso y económico de un hombre de gran importancia en el Egipto prealejandrino (14).

Diremos ahora algunas palabras sobre el último período, el breve lapso de la segunda dominación persa, después de la reconquista de Egipto por Artajerjes III Oco.

La gran monarquía persa era una mezcla de contrastes económicos, mas, con todo, era una unidad económica en manos de los reyes persas, que nunca abandonaron la difícil tarea de mantener unidos estos dispares elementos de su imperio. Su éxito se debió principalmente a su sana *política de descentralización*. Raras veces intervinieron los reyes persas en la vida social y económica de sus satrapías. Al mismo tiempo, les daban la protección militar que necesitaban, y nuevas y felices oportunidades de desarrollar sus relaciones económicas y su intercambio de mercancías. Excelentes caminos «reales» unían las distintas partes del imperio persa; se exploraron nuevas rutas marinas (por ejemplo, desde la boca del Indo al mar Rojo y el Nilo); y una moneda «real» de oro y plata perfectamente sana e íntegra facilitaba el intercambio de mercancías. La dura tributación a que las satrapías estaban sujetas no era excesiva si se compara con las ventajas que se derivaban de ser, no estados independientes, sino partes constitutivas de un imperio mundial.

No es sorprendente que Persia tuviese reputación de ser un país muy rico. No tenemos medios de medir su riqueza. La de los reyes persas es, por supuesto, bien conocida. Sabemos la suma de sus ingresos anuales y la cantidad de oro y plata almacenada en las capitales persas (15). Las riquezas reales no significaban necesariamente el bienestar de los súbditos. Pero la prosperidad siempre creciente, en la época persa, de las ciudades fenicias, de las ciudades caravaneras de Siria y Mesopotamia, y de Babilonia, es un testimonio evidente de que la riqueza de los gobernantes se basaba en la de sus súbditos. Hay que hacer notar que la mayor parte de las satrapías de Persia, al revés que Egipto y Asia Menor, gozaron de una paz duradera, por lo menos de tres centurias, fenómeno raro en la historia del mundo antiguo.

Persia, vasto imperio centralizado con una política provincial flexible, era autárquica e independiente desde un punto de vista económico. Poseía amplias zonas de bosque, y minas de las que se extraían en abundancia toda suerte de metales, incluyendo el estaño y el oro; producía toda clase de alimentos, incluso vino y aceite de oliva, así como las frutas más delicadas; era abastecida con los productos más refinados de la industria y de las artes in-

dustriales por los talleres de Babilonia, Egipto, Fenicia, y de muchas ciudades y ciudades-templos de Asia Menor; era el gran receptáculo para todas las rutas del comercio caravanero de Asia y África. Por consiguiente, necesitaba poco de las importaciones y no dependía, en ningún aspecto material, de las relaciones comerciales internacionales.

Y, con todo, Persia nunca se aisló del resto del mundo civilizado. Un comercio activo la unía con la India, tal vez con China, y Arabia meridional. Por los productos de estos países pagaba ciertamente, no en oro y plata, sino en sus propios productos, en especial de su industria. Poco a poco vamos aprendiendo cuán grande fue la influencia del arte persa y babilónico en el desarrollo artístico de la India y China. Tal influencia no puede explicarse si no tenemos en cuenta las relaciones comerciales bien organizadas entre los tres países.

Las relaciones comerciales entre Persia y el mundo occidental estaban también muy desarrolladas. Por los puertos palestinos, fenicios y anatólicos, Persia exportaba al Occidente y al Norte (incluyendo las regiones del Ponto) varios productos, algunos de los cuales eran objetos de lujo y joyas, pero en su mayor parte se trataba de mercancías importantes, como incienso, especias y perfumes, que gradualmente se transformaron en artículos de primera necesidad para todos los habitantes, civilizados o no, del mundo septentrional y occidental.

Este comercio era ciertamente animado, como se demuestra por hechos numerosos y bien conocidos. Quizá sea útil para el propósito de este libro aportar algún testimonio de las relaciones comerciales entre Persia y Grecia en el siglo V a. de J. C., y más especialmente en el IV. Muy importantes a este respecto son las grandes cantidades de monedas griegas, sobre todo atenienses, del siglo V y parte del IV, encontradas en tesoros y esporádicamente en toda la parte occidental del imperio persa: en Mesopotamia y Babilonia, en Siria, en Palestina y en Arabia meridional. Junto a éstas había en circulación, particularmente en el siglo IV antes de J. C., numerosas imitaciones de ellas, en Licia, Cilicia, Siria y Palestina, acuñadas en varias ciudades, y plata local, muy interesante, emitida en grandes cantidades por varias ciudades de Asia Menor, Chipre, Fenicia y Palestina. La serie más interesante es la arabofilistea, poco conocida y estudiada. Algunas monedas arabofilisteas fueron puestas en circulación por los sátrapas persas o por los dinastas vasallos de Persia (16).

No menos importantes son los numerosos hallazgos de cerámica griega negra brillante de figuras negras y de figuras rojas, especialmente ateniense, y de productos egipcios y griegos, y otras artes aplicadas fabricadas en Palestina, Fenicia y Siria, y que llegaban hasta Uruk y Susa. Particularmente chocantes son los objetos encontrados en las tumbas de los siglos VII al IV antes de J. C. cerca de Atlit, en Palestina, con su mezcla de objetos griegos e iranios, y los descubiertos en las tumbas de Tell Far'a y las tumbas filisteas de Gezer. Las relaciones comerciales de Palestina con Egipto en el siglo IV a. de J. C. están atestiguadas por el espléndido depósito de bronces egipcios hallados en Palestina (17).

El desarrollo espectacular de los grandes puertos de la costa fenicia y palestina, en la época de la dominación persa, bajo la influencia vivificante del comercio occidental, está ilustrado por muchos hechos elocuentes: el rápido crecimiento de estas ciudades; el permiso otorgado a alguna de ellas, a fines del siglo V y en el IV antes de J. C., por el gobierno persa para acuñar su propia moneda de plata; y la firme helenización de la vida y el arte de las principales ciudades sirias en el siglo IV a. de J. C., acompañada por un proceso similar en algunas regiones de Asia Menor, como por ejemplo, Licia. De gran interés también es el aspecto presentado por Chipre en la época de la dominación persa. Como Siria y Fenicia, la intensidad de la influencia griega no estaba afectada por las vicisitudes políticas de varias ciudades chipriotas, que en la gran lucha entre persas y griegos en el siglo IV a. de J. C. tomaron uno u otro partido (18).

Las relaciones comerciales entre el mundo griego y el imperio persa están magníficamente ilustradas por la historia del establecimiento comercial de Al-Mina, un puerto en la boca del Orontes, no lejos de la posterior Seleucia de Pieria, que ha sido excavada recientemente por una expedición del Museo Británico dirigida por sir Leonard Woolley. La ciudad tuvo una larga vida, que puede seguirse desde el siglo VIII a. de J. C. hasta la época de la fundación de Seleucia el 301 a. de J. C., cuando prácticamente dejó de existir. Varias ciudades se superponían, y la mejor conservada, la más rica, y la más instructiva, es la del tercer nivel, fechado de 430 a 375 a. de J. C.

Al-Mina era un establecimiento comercial, que consistía principalmente en almacenes y algunas casas para vivienda de las clases bajas del pueblo. Los ricos mercaderes, propietarios de los almacenes, vivían probablemente, no en el establecimiento por-

tuario, ruidoso e insano, sino en una ciudad construida en una colina en las proximidades de la bahía, unas tres millas aguas arriba (la moderna Sabuni). Sabemos que la ciudad comercial de Ugarit, que aún florecía en los siglos V y IV a. de J. C., se hallaba organizada de la misma manera.

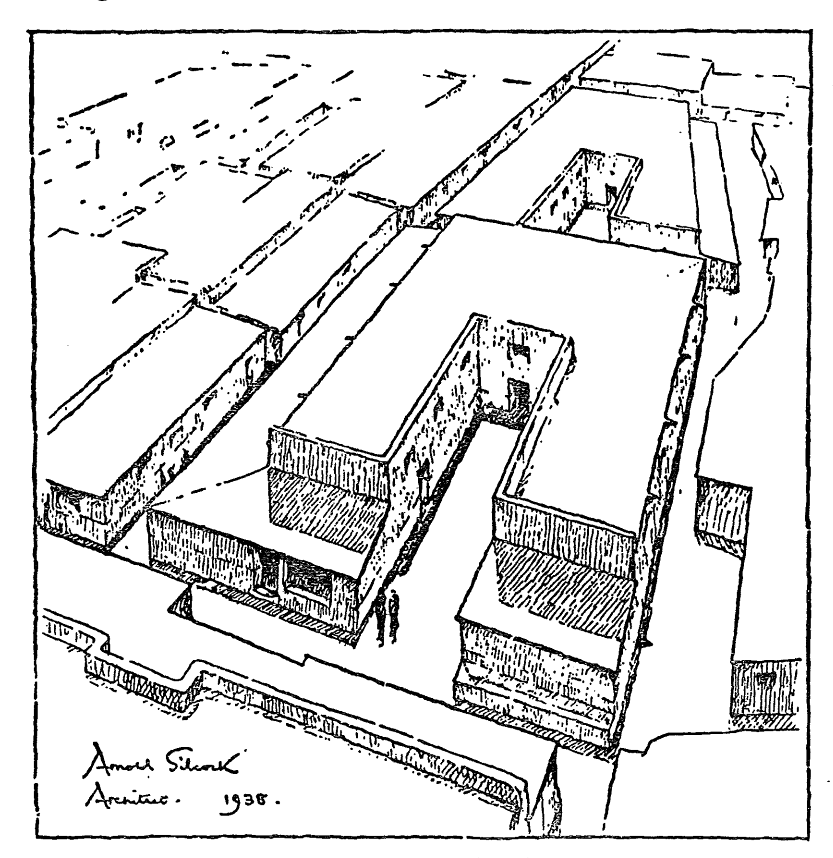


FIG. I. — Almacén de Al-Mina

Desde la primera época de su existencia, el puerto de Al-Mina se ocupaba exclusivamente en el comercio de exportación e importación, sirviendo de lazo de unión entre el mundo mediterráneo y Siria. En estos primeros días dependía principalmente de Chipre. En los siglos VII y VI a. de J. C., Chipre cedió su lugar a Rodas y Corinto. Después vino el predominio de Atenas, que duró hasta la época de Alejandro.

El período ateniense en la vida de la ciudad es mejor conocido. Atenas exportaba grandes cantidades de cerámica de figuras negras, negra vidriada, y de figuras rojas, incluso vasos panatenaicos*, piezas escogidas y cerámica común. Otras mercancías, seguramente vino y aceite de oliva, se exportaban en grandes ánforas. Los hallazgos de lingotes de plomo y aluminio atestiguan la variedad de las mercancías importadas. Las grandes masas de cerámica almacenadas en los depósitos del tercer nivel y clasificadas según su carácter, pueden darnos una excelente idea de lo que fue este comercio de exportación. Una habitación, por ejemplo, contenía exclusivamente lámparas áticas y del país; otra, *gutti* y embudos de lámpara, y otras estaban llenas de *aryballi*, *cotylae*, y cráteras, respectivamente. Grandes cantidades de pesos mostrarán, cuando sean debidamente estudiados, cómo estaba organizado cada uno de los aspectos de las relaciones comerciales.

El comercio con Atenas no se hacía por trueque. Mientras las monedas griegas antiguas faltan en las ruinas de Al-Mina, se encontraron en ellas grandes cantidades de plata ateniense de fines del siglo V y principios del IV a. de J. C., la mayor parte en depósitos. Al parecer, el uso de la moneda como medio de cambio fue introducido aquí, como en Árados, por los atenienses. Los tetradracmas áticos parecen haber sido la moneda usada para las transacciones comerciales. Las monedas atenienses acuñadas en Atenas prevalecieron en el siglo V a. de J. C. y fueron gradualmente reemplazadas en el siglo IV por imitaciones locales. Para el cambio local se emplearon grandes cantidades de bronce. La mayor parte de las monedas de bronce encontradas en las ruinas fueron acuñadas en Árados y Sidón, pero algunas fueron traídas de Jonia y de las islas griegas por mercaderes.

Los hallazgos de Palestina antes mencionados presentan el mismo aspecto y refuerzan en cierta medida el cuadro ofrecido por Al-Mina. Es evidente que los mercaderes de Al-Mina y Palestina, probablemente griegos en su mayoría, importaron a las satrapías persas de Siria y Palestina gran cantidad de cerámica, en su mayor parte de lujo. No hay duda de que exportaban del imperio persa los productos de que hemos tratado anteriormente. Estos productos no eran exclusivamente objetos de lujo: sabemos

* Lo mismo puede decirse de otros mercados de Atenas, especialmente el sur de Rusia; véanse págs. 96 y sigs.

que en el siglo IV a. de J. C. Siria y Chipre suministraban trigo a Atenas (19).

En lo que se refiere al comercio internacional, eran parecidas las condiciones en Egipto, en la época de la primera dominación persa. Algunos tesoros de monedas con grandes cantidades de emisiones atenienses del siglo V y principios del IV a. de J. C. y muchas extraviadas atestiguan relaciones comerciales casi ininterrumpidas con el mundo griego, especialmente con Atenas. En el siglo IV a. de J. C., particularmente durante la segunda dominación persa, las monedas genuinamente atenienses se hacen más raras y son reemplazadas por sus imitaciones emitidas en parte por los sátrapas locales. Una prueba iluminadora de esto la dan, por ejemplo, dos tesorillos de monedas. Uno fue encontrado en Beni Hassán y constaba de veintiuna monedas fenicias, más de cincuenta y tres tetradracmas de Atenas y una dracma. Fue sepultado en el segundo cuarto del siglo IV a. de J. C. Algunos de los tetradracmas atenienses son emisiones genuinamente atenienses; otros son imitaciones locales. El segundo tesorillo vino de Samanud. Consistía en más de sesenta imitaciones de tetradracmas atenienses, y algunas monedas con tipos persas, acuñadas probablemente en Egipto por su último sátrapa, Sabaces, en torno al 333 a. de J. C. (20).

El desarrollo del comercio con el Occidente está mejor ilustrado en Egipto por la historia de Náucratis. En este breve capítulo introductorio sería superfluo repetir los hechos, bien conocidos, acerca de la historia de este famoso centro del comercio primitivo griego con Egipto. Tampoco puedo mencionar todos los puntos controvertidos referentes a la historia del primer establecimiento y sus relaciones con los gobernantes egipcios del día. No obstante, un hecho merece especial mención: el predominio de la influencia griega en Náucratis en los últimos años del siglo V y principios del IV a. de J. C., tal como lo atestiguan los hallazgos de cerámica y monedas atenienses auténticas e imitadas (21).

Es difícil descubrir hasta qué punto la balanza del comercio griego, especialmente el ateniense, estaba en favor de Grecia y del Occidente en general. Nuestra información a este respecto es limitada. Los artículos griegos de lujo, y sobre todo de la agricultura y de la industria atenienses, desempeñaron un papel importante en la vida de las ciudades sirias, fenicias y palestinas, donde la consumición de vino y aceite de oliva no se limitaba a los griegos asentados en estas ciudades. Lo mismo puede decirse

para los productos de la industria griega, encontrados en tumbas que, al parecer, no eran de inmigrantes griegos. Un cliente no menos importante era Egipto, donde el vino griego y el aceite de oliva eran consumidos probablemente en mayores cantidades que en Siria, Fenicia y Palestina.

Sin embargo, los productos griegos nunca penetraron muy al interior. La cuidadosa exploración de muchas ciudades de Babilonia y del Elam no ha suministrado gran número de vasos atenienses. Tales hallazgos son completamente excepcionales. Yo conozco, por ejemplo, tan sólo algunos fragmentos cerámicos de figuras rojas encontrados en Susa y un fragmento de un plato de figuras rojas descubierto en Uruk. Pero el testimonio negativo no es concluyente (22).

B) *GRECIA*

Al tratar de la estructura económica de Grecia en el siglo IV antes de J. C. debemos tener en cuenta dos hechos sobresalientes (23). El primero es que nuestras fuentes escritas —tanto literarias como documentales— se refieren casi exclusivamente a Atenas, con irradiaciones esporádicas a otras ciudades griegas en noticias perdidas en nuestros textos, o en inscripciones ocasionales; y el segundo es que, incluso en este período, Grecia distaba de ser homogénea en su desarrollo histórico y económico. Estamos acostumbrados a asociar la idea de Grecia con la de la ciudad-estado griega, y la de ciudad-estado con la de una ciudad más o menos como nuestras ciudades modernas, es decir, un centro de actividad industrial y comercial. Pero todo estudioso de la historia antigua sabe que grandes zonas de la Grecia continental aún en el siglo IV a. de J. C., como por ejemplo, partes de Etolia y Acarnania, no habían desarrollado en absoluto una vida urbana, y que otras regiones, aunque poseían algunos centros urbanos, tenían toda su población prácticamente distribuida en aldeas, tales como parte de Arcadia y del territorio de los locrios ozolios. Más aún: muchas de las ciudades-estados de la Grecia continental, probablemente la mayoría, eran comunidades puramente agrícolas con un comercio e industria solamente embrionarios, desarrollada esta última en casa. Además, debemos tener siempre en cuenta que incluso las ciudades-estados más progresivas de la Grecia continental diferían mucho unas de otras en lo referente

a sus recursos económicos y al uso que de ellos hacían. Finalmente, la Grecia continental era sólo una parte de la comunidad general griega. Las condiciones de los estados griegos eran completamente peculiares, y todavía más peculiares y altamente individualizados eran las de las ciudades-estados de la diáspora, que, aunque eran comunidades griegas, vivían en ambientes que diferían profundamente del que rodeaba a los griegos continentales. Esto vale especialmente para las condiciones económicas. Las ciudades griegas de España, Galia, Sicilia, sur de Italia, Asia Menor, Macedonia, Tracia, regiones pónticas, todas estaban obligadas a adaptar su vida económica a la de sus vecinos, que algunas veces eran sus soberanos. Por supuesto, sabemos muy poco de estas variaciones y fluctuaciones, pero debemos recordar su existencia y cuidar mucho, al hacer afirmaciones generales sobre las condiciones económicas de Grecia, de no tratarla como una unidad homogénea.

La característica principal de la vida económica de las ciudades-estados griegas, especialmente las de la Grecia continental y de las islas, era su dependencia de otras regiones. Pocas eran económicamente autárquicas en el sentido de producir alimentos bastantes para su población y las materias primas que requerían las industrias vitales, incluyendo la manufactura de herramientas y armas. Dado que la generalidad de las ciudades estaban de un modo u otro en conexión con el mar —y para las islas el mar era la única gran ruta—, la inmensa mayoría tenía una necesidad acuciante de materiales para la construcción naval: metales, madera, pez o brea, lino para velas y cáñamo para cuerdas. Es notorio que Grecia es muy pobre en metales, que la tala en fechas remotas privó a la mayor parte de su territorio de la producción de madera, que nunca produjo una cantidad suficiente de lino y cáñamo, y que en la mayoría de sus regiones la fertilidad del suelo es pobre o mediocre, especialmente en lo que respecta a la producción de grano.

Así, pues, el primer deber de toda ciudad griega era garantizar a sus ciudadanos un adecuado abastecimiento de víveres para el consumo, y de metales y otras materias para la manufactura de herramientas y armas y para la construcción naval. Por lo que hace al equipo militar, hay que recordar que la guerra era endémica en Grecia, y que una de las necesidades más urgentes de un ciudadano adulto era proveerse con una buena panoplia. Su seguridad y eficiencia en la guerra, así como su prestancia social, de-

pendían de ello en buena parte. También hemos de recordar que los llamados artículos de lujo (tales como especias, pinturas, perfumes, joyas, vajilla de plata y oro, y otros por el estilo), que desempeñaron cierto papel incluso en la vida de las regiones menos desarrolladas de Grecia, eran también en gran medida importados, como ocurría con el incienso, que desde antiguo se transformó en un requisito indispensable para la liturgia griega. Por consiguiente, el intercambio de mercancías entre las ciudades griegas, su interdependencia económica, y la importación de diversos productos de países extranjeros eran características de la vida griega desde tiempos muy antiguos. Y tales características se hicieron más sobresalientes en toda ciudad-estado con el crecimiento de su actividad, población e importancia.

Grecia nunca sufrió de un exceso de importación del exterior. Por el contrario, era regla general la escasez de artículos importados. Por otra parte, la superpoblación era un hecho saliente de su vida. Es bien sabido que para encontrar remedio a estos dos males perpetuos —la falta de provisiones, tanto las producidas en Grecia como las importadas, y un exceso de población— Grecia, en época muy temprana, aún más, desde el mismo comienzo del asentamiento de los griegos en la parte meridional de la península balcánica, empezó una colonización extensa y afortunada. En tanto que hubo buenas oportunidades para ella en las playas del Mediterráneo y del mar Negro, la colonización fue un remedio efectivo para la superpoblación. Por otra parte, las colonias, siendo asentamientos agrícolas en regiones ricas en recursos naturales o importantes estaciones pesqueras, suministrarían debidamente a la madre patria (no necesariamente a sus metrópolis) alimentos y algunas materias primas, especialmente metales y madera. El comercio entre las colonias griegas y la madre patria era, pues, una consecuencia natural de la colonización griega.

Grecia tenía que pagar por las mercancías que importaba, las cuales absorbía en cantidades siempre crecientes. En la antigüedad los mercaderes fenicios se contentaban con aceptar esclavos, pieles y ganado, a cambio de sus mercancías. Sin embargo, Grecia pudo añadir pronto a estos productos de una economía primitiva excelentes vinos y aceite de oliva. No hay duda de que en los primeros estadios de las relaciones comerciales con sus colonias Grecia cubrió sus importaciones de grano, pescado y algunas materias primas, hasta cierto punto con la exportación de aceite de oliva y vino. Esto lo demuestran los frecuentes hallazgos de

ánforas griegas de vino y aceite en las ruinas y tumbas de las colonias griegas, tipo de testimonio que nunca ha sido colacionado y publicado por completo. Aunque la práctica de estampillar las asas de estas ánforas empezó tarde (las primeras estampillas, las de las ánforas tasias, pertenecen probablemente a principios del siglo IV a. de J. C.) y se reducía a unas cuantas ciudades (Tasos, Cnido, Paros, Colofón, Rodas, Sinope, Heraclea, Quersoneso de Crimea, y algunas otras), un estudio comparativo de las formas de las ánforas estampilladas y de las no estampilladas y de las inscripciones que llevan a veces, permitiría establecer el lugar de origen de algunas de la última clase, como, por ejemplo, las ánforas no estampilladas de Quíos (24).

Al vino y al aceite pronto añadió Grecia algunos productos de su industria. Testimonio de esto lo dan varios tipos de cerámica encontrados por toda Grecia y en todas las colonias, que datan de sus primeros tiempos. Los hechos son bien conocidos, y la distribución de estas distintas ramas de la cerámica griega primitiva ha sido ciudadosamente estudiada. Lo mismo puede decirse de los objetos griegos de metal —vasos, armaduras y armas, trípodes, etc.—, aunque el estudio de este material está todavía en sus primeros pasos.

El volumen del comercio griego aumentó gradualmente. Desde las colonias, los productos de la agricultura y de la industria penetraron en los países del interior. El comercio griego empezó a competir con fortuna con el fenicio, renovando así, en cierta medida, las relaciones comerciales que habían existido entre los centros comerciales egeos y micénicos y sus clientes. Los nativos de Sicilia, las tribus de Italia meridional y central, los etruscos, celtas del norte de Italia y de la Galia, iberos de España, ilirios y tracios de la costa adriática, de las regiones danubianas y de la parte septentrional de la península balcánica, los escitas de las estepas de Rusia meridional, los licios, lidios, frigios, tracios y otros pueblos de Asia Menor, Egipto, Chipre, Siria, Fenicia, Palestina, Arabia, Mesopotamia, e incluso Irán, todos se transformaron en clientes de Grecia y absorbieron cantidades cada vez mayores de vino, aceite y productos industriales griegos.

El apogeo de esta evolución se alcanzó en el siglo V a. de J. C., después de las guerras persas y de la creación del imperio ateniense. El material que nos permite reconstruir la vida económica del siglo V a. de J. C. es, por supuesto, escaso. Nuestros textos literarios se refieren casi exclusivamente a Atenas, y dentro de

ella, principalmente, al final del siglo IV a. de J. C., mientras que el material arqueológico y numismático está disperso y nunca ha sido colacionado en su totalidad y utilizado por los estudiosos de la historia económica. No es de extrañar, pues, que los principales eruditos difieran profundamente en sus estimaciones del carácter y amplitud del progreso económico griego durante este período, inclinándose unos a minimizar este progreso, otros a exagerarlo, y otros aún a adoptar una postura intermedia (25). Sin entrar en una discusión de este problema, puedo afirmar lo que todos aceptan: que en el siglo V a. de J. C. la agricultura, la industria y el comercio, tanto exterior como entre las ciudades, floreció como nunca había florecido anteriormente (26).

Sin embargo, este período de progreso no duró mucho. Después de la guerra del Peloponeso, las guerras incesantes de principios del siglo IV a. de J. C., y las repetidas revoluciones políticas y sociales dentro de las ciudades cambiaron completamente el aspecto económico de Grecia. Aunque seguía siendo próspera, y seguía incrementando y mejorando su producción agrícola e industrial, Grecia pasaba ahora por una crisis económica y social, que se fue agudizando gradualmente. Los hechos son bien conocidos y la documentación ha sido colacionada repetidas veces y discutida por eruditos eminentes (27).

La vida social y económica de la época se distinguió por dos hechos dominantes: en primer lugar, la caída de la población en el proletariado y, estrechamente relacionado con ello, el aumento del desempleo; en segundo lugar, un déficit de productos alimenticios, que a veces adquirió forma aguda y catastrófica. Lo primero nos es conocido por algunos pasajes aislados que describen las difíciles condiciones de vida de muchos pobres en las mayores ciudades de Grecia, y la enconada lucha de clases en estas ciudades; también poseemos un vivo testimonio de ello en el número cada vez mayor de ciudadanos adultos masculinos de las ciudades griegas que estaban dispuestos a vender sus servicios y hacerse soldados mercenarios en los ejércitos griegos y extranjeros (28). Lo segundo está aún mejor atestiguado. La escasez de alimentos y las medidas tomadas para remediarla eran acontecimientos familiares en la vida griega del siglo IV a. de J. C., y referencias a esto son excepcionalmente frecuentes en nuestras fuentes literarias y epigráficas. Un caso sobresaliente de una escasez aguda y prolongada de alimentos fue la famosa hambre padecida en toda Grecia en 331 y que duró varios años, por lo menos hasta 324 (29).

Estos dos fenómenos merecen una más amplia consideración. El material referente a ellos ha sido colacionado más de una vez, y los datos de nuestras fuentes documentales y literarias han sido investigados e interpretados*.

El aumento del número de proletarios hambrientos e inquietos en toda Grecia y la dificultad de alimentar a los que eran ciudadanos de las ciudades griegas no se debía generalmente al crecimiento de la población o, en otras palabras, a la superpoblación. No tenemos material estadístico fidedigno que trate de los cambios de población como conjunto. Pero son útiles ciertos datos. Es bien sabido que entre 480 y 431 a. de J. C. la población del Ática creció, y alcanzó un número muy alto a fines de dicho período: en 431 el número de ciudadanos ha sido calculado con cierta probabilidad en 172.000, y la población total, incluyendo los metecos y esclavos, en 315.000. Después de un período de crisis aguda, causada por la guerra del Peloponeso, durante la cual, la población del Ática decreció rápidamente, hubo un nuevo crecimiento, pero fue lento y nunca alcanzó el nivel de 480-431 antes de J. C. Cálculos aproximados, basados en datos más o menos fidedignos, demuestran que el máximo de población alcanzado en el último período no pudo exceder de 112.000 ciudadanos, o sea una población total de 258.000 (30).

Nuestro material estadístico se refiere sólo a Atenas. Sabemos que un desarrollo semejante (por lo que se refiere a los ciudadanos de pleno derecho) se produjo en Esparta. Sin embargo, no podemos decir que las condiciones que dominaban en Atenas fueran excepcionales en ningún sentido. Todas las grandes ciudades tenían las mismas dificultades, y vivían en la misma atmósfera general. Es, pues, probable que el bajo coeficiente de crecimiento de la población observable en Atenas y Esparta después de 400 a. de J. C. fuese un fenómeno general y no local.

En gran medida, la guerra y la lucha civil, que la acompañaba, dentro de las ciudades —la lucha entre los pocos ricos y los muchos pobres, una verdadera lucha de clases— fueron las causas del bajo coeficiente de crecimiento de la población; más que las pérdidas efectivas en las numerosas batallas libradas, era la general incertidumbre lo que impedía a los ciuda-

---

* Se encontrarán referencias a las fuentes en las obras citadas en las notas 23 y 25 de este capítulo, especialmente en el breve sumario de Glotz, *Hist. Gr.*, III, 1936, págs. 3 y sigs.

danos griegos permitirse el lujo de crear grandes familias. Al mismo tiempo se desarrollaron un individualismo y un egoísmo crecientes, una fuerte tendencia al esfuerzo concentrado en asegurarse la mayor cantidad posible de riqueza para sí mismo y la limitada familia propia. Hasta qué punto los griegos de la época recurrían a la exposición o abandono de niños como medio de restringir sus familias, es un asunto controvertido (31).

Comoquiera que sea, no fue un rápido crecimiento de la población lo que condujo a los fenómenos que, por otra parte, podrían ser explicados como su resultado natural. Si se excluye la superpoblación, ¿cuáles fueron las causas de la proletarización de las masas, del crecimiento del desempleo y de la escasez de víveres en Grecia en el siglo IV a. de J. C., y especialmente en su segunda mitad?

Sobre el tema de la proletarización y el desempleo se ha escrito mucho. La ruina de los pequeños propietarios a causa de las guerras y la devastación; la concentración de la población en las ciudades; la rápida acumulación de riqueza en manos de unas cuantas gentes ricas; el crecimiento de las grandes fortunas; la competencia de trabajo esclavo con el trabajo libre, y el número creciente de esclavos empleados en la agricultura y en la industria: tales han sido las causas apuntadas. Las pruebas de la existencia de estas condiciones son escasas, y las generalizaciones son peligrosas. Si admitimos, como es probable, que el empobrecimiento de los pequeños propietarios y la concentración de la tierra en manos de unos pocos fueran hechos sobresalientes en la vida económica de Grecia en esta época, hemos de admitir también que ello contribuiría ciertamente a la creación de un proletariado rural y a la concentración de los proletarios en las ciudades. Pero, aun así, dejamos sin explicación el aumento del desempleo que reinó en el campo y las ciudades, entre proletarios que indudablemente estaban deseosos de trabajar. Se nos dice que fue el crecimiento del número de esclavos lo que privó de trabajo al pueblo libre y lo llevó al hambre y a la indigencia.

No se puede negar que en los siglos V y IV a. de J. C. había gran número de esclavos en Grecia, especialmente en las ciudades más grandes y progresivas, como Atenas y Corinto. Su número, naturalmente, fluctuaba, aumentando en las épocas de prosperidad y decayendo en las de desastre económico. El desarrollo del comercio y de la industria elevó la demanda de trabajo; las

guerras y el comercio con los «bárbaros» suministraban a Grecia muchos esclavos, tanto griegos tomo extranjeros; el trabajo esclavo era más seguro que el trabajo libre, porque los esclavos estaban exentos del servicio militar; y finalmente la abundancia de esclavos relativamente grande hizo su trabajo, en conjunto, más barato que el de los hombres libres y contribuyó a rebajar los precios del trabajo en general.

Sin embargo, la existencia del trabajo esclavo y su aumento gradual no condujeron a crisis económica alguna en el siglo V antes de J. C., y no se puede decir que sólo a fines del siglo IV el trabajo esclavo se transformase en un importante factor de la economía de Grecia. Mientras no tengamos estadísticas fidedignas, sabemos que los esclavos eran numerosos en Atenas en el siglo V a. de J. C., probablemente más numerosos que antes y que después, en el siglo IV. Es muy probable que el número de esclavos no creciese mucho en Atenas durante el siglo IV antes de J. C. y no fuese excesivamente grande (se exagera mucho en nuestros textos). Además, como demuestran muchas inscripciones, el trabajo esclavo durante este siglo nunca logró desplazar en gran escala el trabajo libre, especialmente en la agricultura y en la construcción (32).

¿Por qué, pues, ocurrió que mientras en el siglo V a. de J. C. y principios del IV Grecia pudo alimentar a su creciente población libre y esclava en la segunda mitad del IV las ciudades-estados griegas estaban desamparadas ante el problema del paro creciente entre una población que aumentaba con mucha lentitud?

La existencia de una escasez de alimentos no es menos difícil de explicar. La escasez nunca se menciona como un problema serio en las ciudades griegas en época de paz durante el siglo V a. de J. C. ¿Por qué se transforma en un asunto tan grave en casi todas en el IV? Hemos visto que no se debía a la superpoblación. ¿Fue tal vez causada por una rápida disminución del abastecimiento de víveres, tanto producidos en el país como importados?

Ciertamente no hubo una decadencia rápida en la producción agrícola en Grecia en el siglo IV a. de J. C. El suelo de Grecia siguió siendo lo que había sido antes, pobre pero productivo, si era bien cultivado. Ninguna de nuestras autoridades habla de nada parecido a un agotamiento general e irreparable del suelo, aunque pudo haber parcialmente algún agotamiento local. No podemos decir que disminuyera el área cultivada. Las

guerras pueden haber tenido una influencia nociva sobre la agricultura. Las cosechas fueron destruidas, y los olivos y las vides, cortados; pero el daño de las cosechas, al menos, pronto se repara. Sin duda las guerras ocasionan la concentración de la tierra en manos de los ricos y la consiguiente ruina de los pequeños labradores, que caen en la clase proletaria. Sin embargo, esto no significa que la tierra produzca menos por unidad cultivada o que se cultive menos tierra. Por el contrario, la producción en manos de grandes terratenientes era más sistemática, mejor organizada y mejor planeada. La experiencia de siglos había sido recogida en manuales y puesta a disposición de los granjeros. Nuevos adelantos técnicos —mejores herramientas, irrigación y avenamiento más racionales, una más juiciosa rotación de cosechas— se hacían de uso general. No hay razón, pues, para creer que la ruina de los pequeños propietarios —que ciertamente fue un proceso muy lento— hubiese tenido ningún efecto en detrimento de la productividad agrícola de Grecia (33).

Tampoco hubo ninguna escasez de productos alimenticios en el mercado internacional de la época. Es verdad que Italia había cesado de exportar grandes provisiones de grano. Pero tanto en Tracia como en Rusia meridional se producía grano en grandes cantidades, y, en caso de fallar las cosechas en estas regiones, los compradores tenían a su disposición el grano producido en Asia Menor, Chipre, Fenicia y Egipto. Todas estas provincias del imperio persa estaban en estrecha relación comercial con Grecia, y el comercio de grano estaba bien organizado. Atenas era bastante fuerte para vigilar el mar Egeo y tomar cualquier medida de protección para sus barcos trigueros. La piratería existía, por supuesto, y aumentaba especialmente en tiempo de guerra, pero era un mal espasmódico más que permanente, que no desorganizaba un tráfico marítimo bien establecido (34). Por consiguiente, si hubo una escasez de alimentos en el siglo IV antes de J. C., no se debió a una disminución en el abastecimiento de víveres. Debemos, pues, buscar otra explicación.

El paro y la miseria no fueron remediados por la abundancia de moneda en circulación en la época, dinero que en parte había venido de fuentes exteriores, en la forma de halagos y regalos del rey persa y de Filipo. Esta abundancia contribuyó al enriquecimiento de los jefes políticos y facilitó las operaciones bancarias. Pero también condujo a una rápida subida de precios, que agravó grandemente la situación de los que tenían poco

o ningún dinero. Una subida de precios, aunque no siempre es signo de crisis económica, lo fue en este caso. El aumento de dinero acuñado no parece haber sido acompañado por un aumento correspondiente de la producción. El resultado fue una rápida alza en los precios de todos los bienes de consumo, tanto alimentos como productos industriales.

¿Cuáles fueron las razones de esos fenómenos perturbadores económica y socialmente? Sin duda, las guerras y las revoluciones deben ser tenidas en cuenta, pero no ofrecen una explicación suficiente. En mi opinión, la crisis económica incipiente de fines del siglo IV a. de J. C. hay que atribuirla a la tendencia general de evolución económica en el mundo antiguo. Me parece que en el siglo V a. de J. C. existía un cierto equilibrio estable entre producción y demanda, las condiciones del mercado eran sanas y Grecia podía proveer a su población en aumento. Ya no fue así en el siglo IV, porque el equilibrio se destruyó, y producción y demanda dejaron de crecer al mismo ritmo.

Dado que este fenómeno no ha sido estudiado por los eruditos modernos y estamos acostumbrados a considerar el siglo IV antes de J. C. como una época de brillante progreso económico, me incumbe establecer los fundamentos para pensar que el período muestra, por el contrario, signos de tensión e incomodidad económica.

Con el fin de entender el crecimiento gradual del desequilibrio en la economía griega del siglo IV a. de J. C., debemos primero pasar revista a las condiciones de la industria y del comercio de la época, dado que eran principalmente estas ramas de la actividad económica las que entonces se desarrollaban y absorbían el grueso de la mano de obra griega. La agricultura había alcanzado su apogeo, su plena capacidad de empleo, anteriormente en la historia de Grecia, y los nuevos métodos de cultivo, a que me he referido, no requerían más brazos que los métodos más primitivos que los precedieron. Una mirada rápida a los hechos reunidos en las obras que tratan de la historia económica de Grecia es suficiente para mostrar que la industria en los siglos V y IV a. de J. C. se desarrollaba rápidamente en líneas «capitalistas». La producción de los artesanos individuales en sus casas o en pequeñas tiendas para un restringido mercado local era todavía, por supuesto, la forma predominante de industria. Pero en los centros principales no eran raros los talleres mucho más grandes y especializados, que se aproxima-

ban al tipo de pequeñas factorías. Estos talleres funcionaban la mayoría de las veces con trabajo servil, como empresas capitalistas, y producían mercancías que sólo en parte eran absorbidas por el mercado local y por las demás ciudades griegas; el resto tenía que ser exportado a países extranjeros, sirviendo como intermediarios los mercaderes griegos en las colonias helénicas. Tales tiendas están descritas repetidas veces por los contemporáneos como un hecho común en la vida industrial de Atenas, y este testimonio no se puede invalidar por las interpretaciones de los textos, ni aun por las más ingeniosas.

Es igualmente cierto que había muchas ciudades en el mundo griego que estaban especializadas en determinadas mercancías. Muchas de estas ciudades tenían tal éxito, que lograban una especie de monopolio en la producción y venta de estos productos y se aseguraban un mercado tanto en Grecia como fuera de ella. Puedo citar algunos ejemplos: Mégara con su manufactura al por mayor de los tipos más corrientes de vestido (especialmente exómides). Laconia, Beocia y Eubea (especialmente Calcis), con su manufactura de armaduras y armas de hierro; Delos, Egina y Corinto, centros de producción de bronce y objetos de este metal, para lo cual importaban la materia prima; Egina, famosa por sus artículos de quincalla, que sus buhoneros vendían por toda Grecia; las múltiples manufacturas conocidas de cerámica, especialmente Atenas; y varios lugares famosos por su carpintería, lana y lino excelentes (35).

También puede notarse que la producción agrícola se industrializó cada vez más durante el siglo IV a. de J. C. Ya he mencionado que las grandes unidades de explotación agrícola eran ahora predominantes. Estos latifundios se organizaban muchas veces en forma capitalista, y hay que añadir que sus productos eran vendidos principalmente en el mercado, no consumidos por los productores. Esta práctica no era nueva, especialmente por lo que se refiere al vino y al aceite; pero ahora se hizo casi general.

La creciente complejidad que resultaba del desarrollo de las actividades industriales y agrícolas en «líneas» modernas iba acompañada por el desarrollo correspondiente en la organización del comercio, especialmente en el marítimo. Se invertían en él grandes sumas de capital; se utilizaban mayores y mejores barcos; ciertos principios legales concernientes a las transacciones comerciales, especialmente las hipotecas sobre barcos, muy corrientes, eran reconocidas por los tribunales de las ciudades-

estados más progresivas; se tomaban repetidas veces medidas efectivas contra la piratería, aunque Grecia nunca pudo eliminarla por completo; el intercambio mercantil se hizo cada vez más sistemático, llegando los mercaderes a considerar sus negocios como una profesión, que a menudo era hereditaria*; y se garantizaban suministros regulares de productos para los mercaderes profesionales para sus clientes fijos, especialmente en el comercio de grano, vino, aceite y madera.

El proceso de regulación y sistematización fue grandemente ayudado por el desarrollo de la banca, que asumió un carácter profesional. Los bancos se ocupaban habitualmente de las transacciones monetarias, que incluían toda clase de operaciones de crédito, tales como préstamos sobre fianza o hipotecas, e incluso operando en un sistema de transferencias de crédito.

Sin embargo, debemos cuidar de no exagerar, y no hablar de tendencias como si fueran realidades establecidas. Las relaciones de negocios complicadas eran un fenómeno nuevo en la vida griega, y los adelantos más recientes estaban aún en su infancia en el siglo IV a. de J. C.

¿Pero por qué, en estas condiciones, no se «modernizó» la industria completamente, eliminando las formas anticuadas de producción, aumentando su rendimiento y absorbiendo la mano de obra parada que vagaba por Grecia? ¿Por qué, en vez de esto, se apoderó de Grecia una aguda crisis económica, una crisis causada en parte por la evolución política del país, pero que, a su vez, contribuyó ampliamente a intensificar la crisis política y la hizo más desastrosa?

En mi opinión, la explicación está en las condiciones del mercado para los productos agrícolas e industriales griegos. Este mercado, que se había expandido rápidamente en los siglos VI y V a. de J. C., decayó considerablemente en el IV, y ya no pudo absorber las mercancías que Grecia tenía para ofrecerle. La posición merece un examen más detallado porque afecta directamente al desarrollo económico del mundo griego en la época helenística.

Empezaré por el mercado. Es notorio que Grecia nunca fue un país rico. Por consiguiente, su poder adquisitivo fue siempre

---

* Un ejemplo de ello puede verse en el uso corriente de los «papeles del barco» que servían para identificarlo y daba los nombres del armador, de los socios y del capitán.

bajo. Además, la mayor parte de las ciudades tenían sus propias industrias florecientes, y la mayoría de estas industrias satisfacían las necesidades del mercado local de productos industriales. En el siglo IV a. de J. C., bajo la pasión de las guerras y de la violenta lucha política dentro de las ciudades, era muy difícil que la capacidad adquisitiva de las ciudades-estados experimentase incremento alguno. Por el contrario, en la mayoría de las ciudades de Grecia y Asia Menor las dificultades de encontrar los medios de adquirir alimentos y de pagar los ejércitos mercenarios condujeron a repetidas crisis económicas.

Además del mercado local, existían el mercado colonial y el extranjero. Era ciertamente el último a quien Grecia debía, por lo menos en parte, su relativa prosperidad en los períodos arcaico y clásico de su vida. ¿Cuál era el estado de este mercado en el siglo IV a. de J. C.?

Al hablar de los países orientales, es decir, las distintas partes del imperio persa, apunté que el comercio griego, en especial el de Atenas con el Oriente, estaba plenamente desarrollado en los siglos V y IV a. de J. C. Los productos de la industria griega, en particular el ateniense, se encuentran en grandes cantidades en Egipto y en la parte occidental del imperio persa, sobre todo Siria, Fenicia y Palestina, y lo mismo puede decirse de las monedas griegas, que son casi exclusivamente atenienses.

Esto ocurría en el siglo V y comienzos del IV a. de J. C. A mediados del siglo IV observamos, sin embargo, un gran cambio. La cerámica ateniense aparece más raramente en las tumbas y ruinas de las ciudades y, lo que es aún más importante, las monedas genuinamente atenienses acuñadas en Atenas son sustituidas casi enteramente por monedas locales, algunas de las cuales reproducen las monedas atenienses o las imitan. Observamos también este fenómeno en Egipto y Siria, Fenicia y Palestina. Es obvio que el comercio griego con el imperio persa declinaba. Evidentemente, disminuía la demanda de mercancías atenienses o griegas en general, con lo cual decrecía también la influencia comercial de Atenas. Los productos locales reemplazaban a las mercancías griegas, y la moneda local era ahora el vehículo de intercambio.

Podemos relacionar esta decadencia con las condiciones políticas generales de la época, particularmente con la agitada situación política de principios del siglo IV a. de J. C. en Grecia y Oriente, y más concretamente con el renacimiento nacionalista

del imperio persa en las fuertes manos de Artajerjes III Oco. En todo caso, es muy probable que la balanza del comercio griego con Oriente se desequilibrase de manera considerable, y no en favor de Grecia. La demanda griega de mercancías orientales no decrecía (por ejemplo, la demanda de trigo estaba claramente en alza antes que en baja), mientras que declinaba la exportación de mercancías griegas. Por sus importaciones de mercancías orientales, Grecia, según todas las apariencias, tenía que pagar en plata, que era reacuñada en Oriente. Es un hecho interesante que las monedas orientales de plata de este período, excepto la moneda real persa, nunca llegaron a Grecia: no se encuentran en los tesoros griegos de la época. Al-Mina, destruida por el fuego hacia 375 a. de J. C., parece haberse independizado de Atenas en el período subsiguiente de su existencia; emitía su propia moneda. Un estudio más cuidadoso de la cerámica importada encontrada en el segundo nivel, especialmente la cerámica negra vidriada, puede mostrar que parte de ella vino aún de Atenas. Hasta la época de Alejandro la ciudad no volvió a ser un centro importante de comercio internacional (36).

El comercio de Grecia con sus propias colonias y con los países situados al Nordeste, Norte y Oeste de ella, le eran mucho más favorable. Tenemos en primer lugar la costa norte del mar Negro, una región que ha sido explorada por completo, ha producido abundante material arqueológico y ha desempeñado un papel importante en la historia económica. Es de común conocimiento que las estepas del sur de Rusia —tanto los territorios agrícolas de las ciudades griegas como las áreas cultivadas por los súbditos y siervos de los reyes escitas— eran los principales proveedores de grano, y que los ríos de Rusia meridional eran una de las fuentes de abastecimiento de pescado, para el mundo griego, particularmente Atenas, en la segunda mitad del siglo V y principios del IV a. de J. C. Éste es un tema que he tratado más de una vez, y no repetiré aquí lo que ya dije sobre él (37). El volumen de exportación a Grecia de estas regiones del Ponto ha sido estimado de manera diferente (38). En todo caso, era muy grande y se deduce que Grecia debió de haber exportado, a su vez, una gran cantidad de sus propias mercancías. Los clientes de los griegos en Rusia meridional eran, primero y ante todo, las ciudades griegas de la costa: Panticapeo, Fanagoria, Teodosia, Tanáis, Quersoneso, Olbia, Tiras y muchos establecimientos griegos más pequeños, especialmente en Crimea; también eran clien-

tes algunas aldeas y ciudades semigriegas fortificadas a lo largo de los cursos bajos de los ríos Dniéper, Bug y Don. Además de ellas, había los reyes escitas y los señores feudales que vivían en sus campamentos, y en algunos casos, en ciudades fortificadas, todos en las estepas de Rusia meridional, desde el Ural y el Volga hasta las regiones más allá del Dniéster.

No hay duda de que las ciudades griegas de la Rusia meridional llevaban una vida puramente griega, por lo menos en los siglos VI, V y IV a. de J. C. Las mismas ciudades estaban construidas a la moda griega. Una gran cantidad de material de construcción griego, especialmente mármol, fue empleada en los templos y edificios públicos de estas ciudades, y las estatuas de mármol y bronce griegos se emplearon con profusión para el adorno de templos y plazas públicas. Algunas de estas estatuas eran obra de grandes artistas griegos. Incluso las tumbas-estelas para las necrópolis —las ciudades de los muertos— eran a veces importadas de la madre patria, otras hechas *in situ* de material importado de Grecia. Es más difícil decir cuál de los objetos menores de lujo o de uso diario, de carácter puramente griego, que han sido encontrados en las ruinas y tumbas de las ciudades pónticas, fueron importados y cuáles hechos en la Grecia póntica. La mayor parte de la mejor cerámica era, con seguridad, importada, como lo eran también muchas lámparas y algunas estatuillas de terracota.

También es muy probable que fuesen importadas la mayor parte de las armaduras y armas, el oro, la plata y las joyas de oro y plata, las gemas y los entalles. Algunas telas finas encontradas en las tumbas de principios del siglo IV a. de J. C. no eran, ciertamente, de fabricación local, y lo mismo puede decirse de los muebles de maderas finas, especialmente los adornados con marfil y vidrios de colores. Las famosas placas de marfil grabadas que se encontraron en el túmulo de Kul Oba, y que probablemente pertenecían a un lecho ricamente adornado o a una especie de baldaquino, fueron, con toda probabilidad, hechas en Atenas.

Sin embargo, no puede negarse que algunos de los objetos de uso diario pueden haber sido fabricados en las ciudades pónticas. La joyería común, espejos de plata y bronce, platos de bronce común, armaduras y armas, estrígilos, fíbulas, cuchillos y cucharas, pueden haber sido productos de la industria póntica. Pero incluso la importación de esos objetos no está fuera de cuestión. Solamente con un cuidadoso estudio comparativo de

sus formas y del material de que están hechos (estudio que nunca se ha hecho) se puede esperar alcanzar conclusiones más o menos ciertas.

Además de los productos de la industria griega, se importaban en las ciudades pónticas muchos productos orientales, tales como incienso, especias, piedras preciosas y semipreciosas. La mayor parte de estos productos llegaba a su destino, no por tierra (por las rutas de caravanas, atravesando el Turquestán y las estepas del sur de Rusia), sino a través de las grandes salidas del comercio oriental en el Egeo: las ciudades marítimas de Asia Menor y Rodas. Lo mismo puede decirse del vidrio y la porcelana de Egipto. Los perfumes eran en su mayor parte preparados en Grecia, de donde asimismo venían productos manufacturados de ebonita y marfil.

Finalmente —y éste no es un punto de poca importancia—, no cabe la menor duda de que estas ciudades pónticas consumían grandes cantidades de vino y aceite griegos. Muchas ánforas de barro y fragmentos de éstas encontrados en las ruinas y las tumbas de dichas ciudades, si se estudiaran desde el punto de vista de la forma y el material, se encontraría, seguramente, que habían venido de Grecia y Asia Menor. La mayor parte de las ánforas del último período, cuando las asas se estampillaban, han resultado haber sido importadas de Rodas, Cnido, Tasos y probablemente Sinope. No hay razón para suponer que las ciudades pónticas consumían menos vino extranjero y aceite en los siglos VI y V a. de J. C. que en el período helenístico (39).

Muchos objetos de origen griego han sido encontrados en las tumbas reales y principescas escitas de las región del Cubán, entre el Don y el Dniéper, y entre éste y el Bug: artículos de equipo militar, partes de jaeces de caballo, oro, plata y bronce, ornamentos de oro para vestidos y alfombras, piezas escogidas, muebles de metal y madera y alguna cerámica. En las tumbas antiguas, las piezas importadas son unas de manufactura oriental, y griega otras. A fines del siglo V y en el IV a. de J. C. los objetos orientales son raros (unas cuantas gemas) y predomina lo griego. También debemos anotar que en casi todas las tumbas más ricas se encontraron ánforas de vino griegas, testimonio de una gran importación de vino griego en Escitia (40).

El cuadro cambia algo en el siglo IV a. de J. C. Ahora se encuentran grandes cantidades de cerámica local junto con cerámica griega importada en todas las ciudades griegas del sur de Rusia.

Esta cerámica ha recibido muy poca atención; pero recientemente la señorita T. N. Knipovich ha hecho un cuidadoso estudio del material cerámico en las ruinas de un establecimiento comercial en la boca del Don (Elizabetovskaya Staniza). Esta fundación era greco-«escita», siendo la población local una mezcla de habitantes escitas y preescitas de la región; floreció en los siglos V y IV a. de J. C. y fue probablemente abandonada en el III. La señorita Knipovich lo identifica con la antigua Tanáis, trasladada en el siglo III a. de J. C. a otro lugar, la moderna Nedvigovka. Su análisis demuestra que en el siglo V a. de J. C. la cerámica negra brillante ateniense aparece allí con gran frecuencia, y con ella la rama anatólica de la misma cerámica. Después, en el siglo IV a. de J. C., estas cerámicas fueron reemplazadas por una imitación de Panticapeo, que coexiste con grandes cantidades de cerámica sin vidriar de formas griegas, sin duda igualmente fabricada en Panticapeo: las importaciones áticas y jónicas desaparecen en esta época casi completamente (41).

En la misma Panticapeo, que, como otras ciudades griegas del sur de Rusia, era el mejor cliente de cerámica ática en el siglo IV a. de J. C., la cerámica ática importada encontró peligrosos rivales en algunos productos locales. La mayor parte de los últimos vasos de figuras rojas del estilo llamado de Kerch eran ciertamente importados, pero no es en modo alguno cierto que algunos de ellos no fueran de fabricación local. Las ramas locales de la cerámica de barniz negro han sido antes mencionados. Y finalmente, contemporáneos con los vasos tardíos de figuras rojas del estilo de Kerch (dado que han sido encontrados en las mismas tumbas), fueron los vasos pintados llamados «de color de agua», hechos exclusivamente para uso funerario, una imitación y continuación de los últimos vasos áticos del estilo de Kerch. No se puede asignar fecha exacta ni a los últimos vasos de figuras rojas, ni a los de color de agua, pero es muy probable que los primeros fuesen contemporáneos de Alejandro el Grande, e indudablemente lo fueron también los primeros vasos de color de agua (42).

En las ruinas de muchas ciudades del Bósforo, al lado de las ánforas estampilladas y sin estampillar de origen jonio, tracio, rodio, cnidio y sinopense y que pertenecen más o menos al mismo período, encontramos muchas ánforas y fragmentos de ellas, estampilladas y sin estampillar, que no pueden clasificarse en ninguno de estos grupos. El empleo de una arcilla similar a la del Quersoneso, y la presencia en las estampillas de nombres que se

encuentran frecuentemente en inscripciones de la ciudad, pueden apuntar al origen quersonesio de estas ánforas estampilladas, que pueden asignarse a los siglos IV y III a. de J. C. y muestran inequívocas afinidades megareas. La frecuencia con que las ánforas de probable origen quersonesio han sido halladas en el reino del Bósforo sugiere la exportación de vino de esa ciudad. Por las inscripciones y las ruinas de las casas-granjas en este territorio sabemos que en el siglo IV a. de J. C. desarrolló una industria vitivinícola y de este modo se transformó en un rival de los centros vinícolas de la Grecia propia, de las islas y de Asia Menor (43).

Finalmente, estudios recientes de las tejas usadas para edificios de Panticapeo y otras ciudades del reino del Bósforo han demostrado que mientras a principios del siglo IV a. de J. C. eran importadas a las ciudades griegas del sur de Rusia probablemente desde Sinope, en la segunda mitad de este siglo comenzaron Panticapeo y Fanagoria a producir ellas mismas tejas, a menudo estampilladas. En esta industria desempeñaban una parte importante los arcontes (o reyes) del Bósforo, como lo demuestran las estampillas frecuentemente encontradas en estas tejas, que mencionan los nombres de los reyes del Bósforo y sus parientes o (en un cierto período) caracterizando a las tejas como «reales» (βασιλικὴ πλινθίς, βασιλικὸς καλυπτήρ). Aquí volvemos a encontrar una emancipación de gran alcance del reino del Bósforo, y probablemente de otras ciudades del sur de Rusia, de la dependencia de los productos de la Grecia continental. No tengo duda de que un estudio ciudadoso de otros objetos de uso diario (si puede llevarse a cabo con resultados convincentes) demostraría la misma evolución general (44).

Respecto a las tumbas escitas, muchos de los objetos encontrados en ellas, especialmente de metal, no eran importados, ni siquiera en los siglos VI y V a. de J. C., sino hechos en Olbia por artesanos griegos locales. En el siglo IV a. de J. C. la mayor parte de los objetos de oro y plata que fueron enterrados con los reyes y caudillos escitas puede demostrarse, por el análisis de sus estilos, que son, con toda probabilidad, productos de arte local (predominantemente de Panticapeo), especialmente los que están adornados con composiciones helenizadas del llamado «estilo animalístico» y con imágenes antropomórficas de dioses escitas, los que representan escenas de la vida religiosa escita y los que reflejan el *epos* heroico escita.

La influencia irania y especialmente persa en el arte de Panticapeo de los siglos V y IV a. de J. C. era tan fuerte como la griega. Se revela en la forma de distintos objetos (por ejemplo, los cuencos rituales esféricos, tan corrientes en Rusia meridional y Bulgaria, encuentran sus mejores paralelos en cuencos semejantes encontrados en las necrópolis semiiranias de Deve Hujuk, en Asia Menor, y el famoso palacio de Vouni en Chipre)*, en la elección de temas representados y en la composición y estilo del tratamiento de estos temas. De estos productos del arte grecoiranio de Panticapeo he tratado en otro lugar (45).

De este modo, en el siglo IV a. de J. C. las colonias griegas de Rusia meridional, aunque todavía ofrecían un excelente mercado para los productos de la agricultura e industria griegas, se fueron independizando de la madre patria por lo que hace a la última. Gradualmente desarrollaron su propia industria y empezaron a competir con la Grecia propia en la manufactura de objetos, no sólo para su propio uso, sino también para sus clientes escitas. Además, en el siglo IV a. de J. C. el Quersoneso desarrolló su propia viticultura, y su ejemplo pudo haber sido seguido por algunas ciudades del reino del Bósforo. En consecuencia, la importación de vino de Grecia se redujo considerablemente.

Sin embargo, no decreció la exportación de productos alimenticios a Grecia. Por el contrario, su volumen aumentó gradualmente. He afirmado antes que la población de Grecia comenzó una vez más a crecer en el siglo IV a. de J. C. Además, como es bien sabido, en el mismo siglo la exportación italiana de productos alimenticios, especialmente granos, no era tan grande como lo había sido anteriormente. Egipto, Chipre y Fenicia no podían producir grandes cantidades de grano, y Egipto aún no había adquirido en el mercado mundial el importante papel que desempeñó en el período helenístico. La balanza comercial en las ciudades pónticas se hizo, pues, en el siglo IV a. de J. C., con toda probabilidad, menos favorable que antes para Grecia. No es extraño que en tales circunstancias Atenas hiciese grandes esfuerzos por renovar su tratado con los gobernantes del Bósforo y por otorgarles grandes honores y privilegios, para asegurarse, por lo menos, una gran parte del trigo exportado a Grecia por los mercaderes coronados de Panticapeo (46).

---

* Véase nota 18.

La historia de las relaciones comerciales entre Grecia (especialmente Jonia y Atenas) y Tracia es parecida. Tracia exportaba a Grecia a través de las colonias griegas del Euxino (Apolonia y Mesembria) y las de la costa egea (especialmente Abdera, Maronea, Eno y Anfípolis) grandes cantidades de los mismos productos que se exportaban del sur de Rusia (principalmente grano y pescado), así como de metales y madera. Las importaciones de Tracia en la época antigua eran probablemente compensadas por exportaciones de vino y aceite de Grecia. Pero las ciudades griegas de la costa tracia se transformaron pronto en notables centros de producción vinícola, y los mismos tracios fueron, desde muy temprano, expertos viticultores. Es, pues, muy probable que desde tiempos muy antiguos las exportaciones de Grecia a las ciudades griegas de Tracia y Tesalia consistiera principalmente en aceite de oliva y productos manufacturados.

Hay otro aspecto en el que Tracia era semejante a Rusia meridional. El papel desempeñado por el reino del Bósforo en el sur de Rusia lo desempeñó Tracia en el reino de los odrisios, que, si no era una creación de Atenas, fue apoyado por ella, de la misma manera y por las mismas razones por que lo fue el reino del Bósforo. En consecuencia, encontramos la misma evolución general de las relaciones comerciales entre Grecia y Tracia que entre aquélla y el reino del Bósforo y su *hinterland* escita. El comercio antiguo estaba en su mayor parte en manos de los griegos jonios, mientras en el siglo V a. de J. C. y primeros años del IV la influencia predominante, tanto política como comercial, fue la de Atenas. No puedo detenerme extensamente en este particular, y debo limitarme a esta nota de pasada (47).

Estas conclusiones, basadas en las fuentes literarias y epigráficas, están fuertemente apoyadas por los testimonios arqueológicos. El estudio arqueológico de Tracia, sin duda, no ha sido tan completo como el de Rusia meridional. Ninguna de las ciudades de Tracia (excepto, en cierta medida, Apolonia) ha sido excavada sistemáticamente. La exploración de las tumbas de túmulo de los reyes de los odrisios y de sus vasallos tracios está sólo en sus comienzos. Aunque la documentación puede ser y será sustancialmente aumentada, ya tenemos mucho material accesible y los hallazgos de los últimos años dan suficientes datos para permitirnos trazar, en sus rasgos generales, la evolución de las relaciones comerciales entre Tracia y Grecia en los siglos VI, V y IV a. de J. C. (48).

Dado que no existe ningún examen general de estos hallazgos desde un punto de vista histórico y económico, puedo ofrecer aquí uno, aun a riesgo de sobrecargar al lector con enfadosos nombres geográficos y detalles arqueológicos. El lector que no sienta interés por ello, puede saltar las cuatro páginas inmediatas y pasar a las notas generales sobre las relaciones comerciales entre Grecia y Tracia en las páginas 106 y siguientes.

Las tumbas de túmulo más ricas y notables fueron todas descubiertas en una sola región del sur de Bulgaria, cerca de Filipópolis (Plovdiv). El grupo más importante, que ha sido explorado completamente, es el de los alrededores de Duvanlij. Todas las tumbas ricas pertenecen a este período clásico.

Podemos dividir estas tumbas en tres series. La más antigua pertenece al final del siglo VI a. de J. C. y primeros decenios del V. Está formado por algunas tumbas del grupo de Duvanlij: Muchovitza, Kukuva, Lazarskata, y de una tumba rica cerca de Dalboki (Stara Zagora). En todas estas tumbas predominan los objetos importados, especialmente armaduras y armas, vajilla de plata y bronce, joyería, cerámica, vidrio y alabastro. Mientras que los objetos metálicos son, con toda probabilidad, de origen jonio, y el vidrio y el alabastro, o son importaciones de Egipto o imitaciones griegas de productos egipcios, la cerámica es ática. Las armaduras y armas necesitan un estudio cuidadoso. Junto con estos objetos griegos importados hay una cierta cantidad de productos locales. Uno o dos objetos de Kukuva Mogila (un pectoral y algunas placas en forma de peces) pueden ser escitas, probablemente importados del sur de Rusia. Puedo añadir que relaciones con Escitia están atestiguadas por un hallazgo reciente aislado (cerca de Garcinovo): un molde-prensa para la manufactura de placas de oro y plata, adornadas con figuras de animales escitas.

A la serie siguiente (que data de las últimas décadas del siglo V a. de J. C. y los primeros años del IV) pertenece una serie de tumbas muy ricas. En el grupo Duvanlij (por orden cronológico): Arabadzijskata Mogila, Gomelata Mogila y Bachova Mogila. A éstas podemos añadir los túmulos de Rachmanlij y Alexandrovo y la rica tumba de Urukler, cerca de Stara Zagora.

Los mejores objetos de metal en estas tumbas, como el plato de plata grabado y dorado, exactamente igual al plato encontrado en los kurganes Semibratnij en la Rusia meridional (Cubán), fueron importados de los talleres atenienses. Las piezas selectas

de cerámica son también atenienses, y los anillos de oro encontrados en muchos túmulos son griegos característicos. Pero algunos de los anillos son ciertamente imitaciones locales de originales griegos. La joyería tiene en su mayor parte un aspecto jonio. Hay una espada de hierro muy interesante, de Golemata Mogila, con empuñadura de marfil. Recuerda las espadas con puño de marfil que fueron una de las especialidades de la pequeña factoría que poseyó el padre de Demóstenes (49). También eran importadas las armaduras y las armas, pero es preciso un apurado estudio comparativo para determinar su lugar de origen. Lo mismo cabe decir de la vajilla de bronce. La sítula de Urukler, y otras similares de diversas tumbas muestran formas itálicas y probablemente provienen de Italia meridional (¿Tarento?). Las copas-ónfalos en forma de lengüeta eran probablemente de origen itálico (50). Además, en todas las tumbas se encontró un cierto número de objetos de fabricación local (51).

Un tercer grupo, probablemente del siglo IV a. de J. C., consta de algunas tumbas peculiares encontradas en la proximidad de Brezovo, Bedniakovo y Panaguriste, al norte de Plovdiv, y de Raduvene, cerca de Lovcen. Mientras que los objetos importados de Grecia son comunes en ellos, estas tumbas derivan su carácter especial de la presencia de gran cantidad de objetos que son escitas en todos sus rasgos distintivos y originariamente formaron parte de los jaeces de caballos. Algunos vasos esféricos de bronce y plata de Panaguriste y Brezovo son casi duplicados de vasos rituales similares encontrados en Rusia meridional (52). La tumba de Verbitza, que no muestra conexiones escitas, es de fecha más tardía (fines del siglo IV a. de J. C. o principios del III).

Una de las peculiaridades más notables de estas tumbas está en el hecho de que contienen no sólo artículos escitas, importados del sur de Rusia o fabricados en las ciudades pónticas griegas de Tracia, sino también algunos productos de la artesanía local, de carácter griego o semigriego, hechos para uso de los tracios, probablemente en Anfípolis o en otras ciudades griegas de la costa póntica y egea. Ciertas placas de plata (¿jaeces?) del túmulo de Panaguriste son de excepcional interés. Algunas son griegas, pero otras muestran una simplificación particular de motivos del arte griego que recuerdan la evolución del arte céltico, especialmente la simplificación gradual o tratamiento geométrico de tipos monetarios griegos en las monedas célticas de los períodos clásico y helenístico. La placa argéntea de Panaguriste es típica a este

respecto; probablemente formó parte de algunos jaeces y muestra una figura casi completamente geometrizada de Heracles llevando un jabalí salvaje (uno de los trabajos de Heracles o Hércules) y figuras simplificadas de grifos y una sirena, todo en un diseño geométrico. Muy parecido es el cinturón de plata dorada de Lovec, en Bulgaria meridional, que tiene paralelos, en cuanto a forma, en Italia (cinturones vilanovianos, etruscos y samnitas) y en Oriente (Luristán), mientras que su decoración muestra una mezcla curiosa de motivos ornamentales y figurativos derivados del Oriente (los arqueros y la palmeta central), y en parte griegos (los jinetes). El cinturón me recuerda el famoso caldero de Gundestrup, que considero producto de este arte céltico del Este bajo la influencia del oriental. Los dos objetos arriba mencionados, que son probablemente de fabricación tracia, no céltica, demuestran que Tracia trataba en el siglo IV a. de J. C. de emanciparse del arte griego y crearse el suyo propio, asemejándose en esto a los celtas y los sármatas, con la diferencia de que mientras en estos dos pueblos lo lograron, especialmente en desarrollar su propio arte ornamental, Tracia fracasó (53).

Unas cuantas palabras pueden añadirse aquí sobre un grupo de tumbas muy interesante, recientemente explorado en Mezek, Bulgaria meridional, que contenía una multitud de objetos, muchos de ellos de gran belleza. Unas cuantas tumbas más antiguas de la región pertenecen al final del siglo V a. de J. C., pero la mayoría son de principios y finales del IV. Una de las particularidades de este grupo, en comparación con otros similares, es la frecuencia de tumbas de cúpula monumental del mismo tipo y construcción que las del período correspondiente en el sur de Rusia, particularmente en las proximidades de Panticapeo. En construcción y disposición, estas tumbas son las últimas supervivencias del tipo de las tumbas reales micénicas, mientras que el grupo de las tumbas reales o principescas en Macedonia, cerca de las principales capitales del reino macedónico, muestran una intención arquitectónica más avanzada, en tanto que incorporan en su construcción, no la bóveda escalonada y la cúpula «micénicas» tradicionales y primitivas, sino la bóveda de cañón, mucho más moderna, recordando también en este aspecto a algunas tumbas de cámara del sur de Rusia. El aspecto general de los hallazgos hechos en esas tumbas de cúpula y en otras menos elaboradas en la región de Mezek, es el mismo que el de otras contemporáneas del sur de Bulgaria. La masa de objetos, sobre

todo los vasos de figuras rojas y los bellos utensilios de bronce (es especialmente notable un candelabro fino) eran importados de Grecia y Asia Menor. Pero algunas piezas de jaeces de metal (oro y plata), y ornamentos de lo mismo, se hacían ciertamente *in situ*, y son productos interesantes del estilo escitotracio local (54).

En resumen: Tracia, en los siglos VI, V y IV a. de J. C. era uno de los mejores clientes de Grecia. Fue probablemente Cícico (cuyas monedas circulaban en grandes cantidades tanto en Rusia meridional como en Tracia) la que en la época primitiva abasteció el mercado tracio, a través de Apolonia, con productos de la metalurgia jónica. Simultáneamente surgieron relaciones comerciales con Atenas, con probabilidad a través de Eno, y se desarrollaron de manera constante. En el siglo V a. de J. C. fue Atenas la que dominó el mercado tracio. Aún existía la exportación jónica, pero ya no tenía la misma importancia que antes. Fue probablemente de Anfípolis, remontando el Estruma (Estrimón), por donde las exportaciones atenienses alcanzaban Tracia. A finales del siglo V a. de J. C. tenemos noticia de un nuevo fenómeno. Al lado de artículos importados, en las tumbas semigriegas encontramos imitaciones locales de ellos. Éstas aumentan gradualmente en cifras, y van acompañadas en algunas tumbas (probablemente las de los príncipes escitas o señores tracios, vasallos de los escitas) de numerosos objetos, ya importados del sur de Rusia, ya hechos en el lugar, imitando tales importaciones, y de algunos artículos de estilo y factura tracios indígenas. Este cambio no puede atribuirse exclusivamente a las condiciones políticas, que habían cambiado. La influencia escita debe, por supuesto, ser atribuida al avance de los escitas en la península balcánica, que condujo a las expediciones, bien conocidas, de Filipo y Alejandro. Pero, por otra parte, tenemos que presumir un cambio similar al que hemos registrado en Rusia meridional. Las colonias griegas de Tracia, como las del sur de Rusia, lanzaban sus propias mercancías para satisfacer a sus clientes tracios y escitas, que ahora preferían estos productos locales a las mercancías griegas importadas, más costosas. Ésta debe de ser la razón de la baja gradual en la intensidad de las relaciones comerciales entre Grecia y Tracia, que vemos reflejada en el distinto aspecto del contenido de las ricas tumbas del siglo IV a. de J. C. En este siglo, Tracia, como el sur de Rusia, ya no era tan buen mercado para Grecia como lo había sido (55).

No era diferente la situación en la desembocadura del Danubio y Danubio arriba, en regiones donde los getas formaban la población indígena, y los escitas eran, como en Bulgaria, sus dominadores, con sus centros políticos en Transilvania y norte de Hungría (en el Tisza) y en las estepas del sur de Rusia, al norte de Olbia. Istro, en el bajo Danubio, era el lazo de conexión entre los getas y sus soberanos escitas, de una parte, y Grecia de otra. Fundada, como Olbia, como una colonia pesquera, se desarrolló en el siglo VI y V a. de J. C. en una ciudad comercial floreciente, que importaba grandes cantidades de mercancías griegas, la mayor parte para su propio consumo, pero el resto para reexportarlas a la región del bajo Danubio. Hallazgos dispersos de vasijas jonias (¿o suditálicas?) de bronce a lo largo del Danubio, algunas de ellas en establecimientos comerciales griegos, dan testimonio de estas relaciones.

Sin embargo, en los siglos VII, VI y V a. de J. C. la fortaleza escita en la región del Danubio —Transilvania— no había estado en conexión con Grecia por medio de Istro. Para los agatirsi de Transilvania, el principal centro griego era Olbia, y era a través de Olbia y los escitas pónticos por donde recibían los espléndidos objetos de metal —jonios, escitas de manufactura olbiense, y escitas de manufactura escítica—, que son un rasgo tan típico de los ajuares de sus tumbas.

Tenemos poca información sobre el desarrollo económico tanto de Transilvania como del *hinterland* del Istro en el siglo IV antes de J. C. Sin embargo, parece probable que durante ese siglo, el Estado escita de Transilvania se quedase aislado de su madre patria escita y perdiese su estrecha relación con Olbia. Sufrió profundamente del avance de los celtas, y pronto fue absorbido por ellos. En consecuencia, las relaciones orientales fueron reemplazadas por las occidentales. En la región del Istro ocurrió una evolución similar a la que parece haber ocurrido en otras partes de Tracia. Los restos escitas encontrados en Craiova, incluyendo jaeces de plata, recuerdan a los de Panaguriste y Brezovo (56).

Otro mercado importante de productos de la industria griega en los siglos VI y V a. de J. C. fue Iliria. Recientemente se ha revelado que durante esos siglos, el comercio corintio de bronce se extendía a Iliria, por los notables hallazgos en las metrópolis indígenas cerca de Trebeniste (al lado del lago Lichnitis, la moderna Okrida), excavada primero por los arqueólogos búlgaros y más tarde por los servios. Las tumbas más ricas de esta necrópolis

pertenecen todas a la última parte del siglo VI a. de J. C. Estaban llenas de objetos importados de Grecia: ajuar funerario de oro (máscaras, guanteletes, etc.), bellos platos de oro y armas y cerámica griegas. Los objetos de metal importados son todos de factura corintia, mientras que la cerámica es exclusivamente ática. Además de las cosas importadas, se encontraron en las tumbas artículos de fabricación local, sobre todo en las tumbas más pobres. Es digno de notarse que en ninguna de estas tumbas —ni, conviene advertirlo, en ninguna de las tumbas escitas— se encontraron monedas griegas. El comercio se hacía, y siguió haciéndose en lo fundamental, por trueque (57).

El carácter y la actividad del tráfico greco-ilirio no sólo son ilustrados por los descubrimientos arqueológicos, sino también por una referencia literaria casual. Estrabón ha conservado una afirmación de Teopompo de que restos de ánforas tasias y quiotas se encontraban con frecuencia en el río Naro*. Los vinos tasios y quiotas llegaban al río Naro, y desde allí penetraban en el interior, como los hallazgos de Trebeniste, probablemente a través de las colonias de Apolonia y Epidamno (Dirraquio). Sin duda, estas dos ciudades debían principalmente su prosperidad al comercio ilirio, prosperidad atestiguada por los interesantes descubrimientos de los arqueólogos franceses e italianos en sus excavaciones de las ruinas de Apolonia. Es seguro que un estudio sistemático de éstos proyectaría luz clara sobre las vicisitudes en la historia de Apolonia y probablemente de Epidamno, y aportaría un cuadro instructivo de sus relaciones comerciales con Grecia, Italia meridional y la región iliria. Los dispersos testimonios que ahora poseemos apuntan a un gran desarrollo del comercio en los siglos VI y V a. de J. C. Más tarde, a principios del siglo IV, Dionisio el Antiguo, cuando fundó su grupo de colonias en las islas situadas enfrente a la desembocadura del Naro (Isa, Faros, Corcira, Nigra, Mélite), asestó un duro golpe al comercio apolonio y epidamnio, probablemente reemplazando los productos de la agricultura e industria griegas en los mercados ilirios por los de Sicilia y sur de Italia. Aun después, el aumento de la piratería ilírica hizo muy azarosas las relaciones comerciales con Iliria. Aquí, pues, el siglo IV a. de J. C. vuelve a ser un período de firme declinar para el comercio griego (58).

---

* Estrabón, VII, 5, 9; *F. Gr. H.*, 115, fr. 129.

Hallazgos dispersos de los países panonios (como en Savaria y Sirmio) y de Istria aportan testimonios de un comercio relativamente activo entre estas regiones y Grecia. Mientras Iliria era suministrada de productos griegos a través de Apolonia y Epidamno, el comercio greco-panonio y greco-istrio tomó parcialmente la antigua ruta del Axio y el Margo, pero principalmente la del Danubio, el Save, y el Drave desde el Istro y las regiones pónticas. Tenemos testimonio de ello en un pasaje de un tratado seudoaristotélico* que nos cuenta que los mercaderes pónticos traían vino de Lesbos, Quíos y Tasos a los emporios interiores de Istria, y allí compraban ánforas corcíricas. El comercio en estos emporios balcánicos, establecidos desde hacía mucho tiempo, probablemente se hacía sobre todo por trueque o permuta. Aquí también, en los siglos V y IV a. de J. C. la competencia itálica, en este caso la etrusca, minó la prosperidad del comercio griego (59).

En relación con ello hay que advertir que eran estos mismos etruscos y no los griegos de Marsella quienes servían de lazo de unión entre Tracia y el mundo céltico. La bella broncería céltica de los siglos V y IV a. de J. C. era imitada de originales griegos traídos a los celtas por los mercaderes etruscos y no por los griegos (60).

En los períodos arcaico y clásico, los productos griegos encontraban un mercado importante en Italia, no sólo en la Magna Grecia y Sicilia, sino también en la Italia central y septentrional. Nuestra información literaria respecto a las condiciones económicas en Italia durante estos períodos es escasa. Aún más escasos son los testimonios que se refieren a las relaciones comerciales entre Italia y Grecia. Estos testimonios literarios son, sin embargo, suplidos por la abundancia de descubrimientos arqueológicos hechos en Italia, como resultado tanto de las excavaciones piráticas y esporádicas de la primera época de la exploración arqueológica de Italia, como de las excavaciones científicas y sistemáticas de nuestro tiempo. Una gran cantidad, poco frecuente, de material arqueológico se ha acumulado en los ricos museos de Italia y en casi todos los de Europa y de los Estados Unidos de América. Disponemos de cuidadosos informes, muy minuciosos, sobre la mayoría de las excavaciones de los siglos XIX y XX, colacionados (61) y extensamente usados

---

* *De mir. auscult.*, 104, pág. 839 b, 8.

en cientos de libros, monografías y artículos (62) para la reconstrucción en líneas generales del desarrollo cultural y artístico de Italia. Este material arqueológico ha ayudado mucho al estudio del desarrollo del arte y de las artes industriales de Grecia, especialmente en lo que se refiere a la cerámica, toréutica y joyería. Sin embargo, no se ha hecho ningún intento serio de usar este material, que ha sido cuidadosamente estudiado, clasificado y fechado, para la reconstrucción de la historia económica de Italia y Grecia desde el siglo VII al IV a. de J. C. Los estudiosos de la historia económica de Italia, con la atención concentrada en Roma, claramente dejan esta tarea a los que se dedican a investigar la evolución económica de Grecia (63), mientras que estos últimos desprecian completamente las fuentes arqueológicas (64). La historia económica del sur de Italia, Sicilia y la federación etrusca, es, pues, casi una laguna. No es la intención del autor llenar esta laguna. Bastarán unas cuantas palabras para el propósito de este capítulo introductorio.

Algunos pasajes aislados de nuestros textos hablan de Sicilia e Italia como exportadoras de grano a Grecia en los siglos V y IV antes de J. C. (65). Los productos metalúrgicos etruscos se dice que eran muy apreciados por los griegos (66). Los tejidos de lana teñidos itálicos, y especialmente tarentinos, eran famosos incluso en Grecia, y hay menciones de la importación por Atenas de camas y ropas de cama sicilianas (67). Por otra parte, abundantes hallazgos de todas clases de cerámica, no sólo en Sicilia y Magna Grecia, sino también en Etruria, que se remonta a los primeros establecimientos griegos en Italia meridional, atestiguan una gran importación de cerámica griega en Italia. No cabe la menor duda de que esta cerámica era importada y no hecha en Italia por artesanos griegos o nativos helenizados. Firmas de ceramistas áticos aparecen en gran cantidad en la cerámica encontrada en Italia, y no se pueden explicar como falsificaciones. Además, nuestro conocimiento de la cerámica griega es tan exacto, y esta cerámica ha sido tan cuidadosamente estudiada, que los expertos reconocerían en seguida las imitaciones y las piezas contrahechas (68). No sólo vasos de gran calidad artística, sino también grandes cantidades de cerámica corriente se han encontrado en Italia en las tumbas y ruinas de las antiguas ciudades. Esto hace imposible el pensar que la cerámica de Grecia era importada principalmente para servir de ofrendas a los muertos. No hay lugar a duda de que la cerámica griega se usaba corrientemente desde el siglo VII

hasta mediados del V a. de J. C. por toda Italia, y especialmente en las ciudades griegas del sur de Italia y en Etruria (69).

Además de la cerámica se ha descubierto en Italia ejemplares de estatuas griegas y estatuillas (mármol y bronce), muchas terracotas griegas, y una gran cantidad de objetos griegos de plata y oro, joyas de oro y plata. La mayor parte de los eruditos del siglo XIX las consideraban como productos del arte griego importados en Italia. Sin embargo, en las décadas actuales se ha iniciado una reacción contra este punto de vista. Es evidente que la mayor parte de la metalurgia etrusca estaba fabricada en la misma Etruria y no importada de Grecia. Por lo que hace a las pocas piezas que muestran un puro estilo griego, una gran proporción puede haber sido importada de las ciudades griegas de Italia meridional y Sicilia. Hay una gran cantidad de testimonios que demuestran de un modo definitivo que no mucho después de que los artistas y artesanos vinieran a Italia meridional y Sicilia desde Grecia, se emanciparon de la madre patria y empezaron por su propia cuenta la producción de estatuas, estatuillas, terracotas, vajilla de plata y bronce, armas y armaduras, joyas y artículos de uso diario. Sus arquitectos eran capaces de construir fortificaciones, erigir los más bellos templos, edificios públicos, algunos lujosamente adornados con esculturas hechas en el lugar por los artistas indígenas. ¿Por qué los escultores, toreutas, fabricantes de figuras de terracota (coroplastas), y joyeros residentes en Italia y Sicilia no habían de surtir a los clientes locales, griegos e itálicos, con los productos de sus propios talleres, empleando para este propósito mármol, plata y oro importados, y cobre y hierro nativos? De hecho, sabemos, por ejemplo, que Siracusa, Capua y Tarento eran notables como centros de industria metalúrgica, y vamos aprendiendo poco a poco a reconocer las estatuas, bajorrelieves, vajilla de plata y oro, que indudablemente fueron hechos en Tarento en el siglo V y sobre todo en el IV antes de J. C. (70).

Si estas deducciones son ciertas, nos veremos obligados a cambiar de ideas respecto al volumen del comercio greco-itálico. Se hace cada vez más probable que, en lugar de importar objetos metálicos de Grecia, el sur de Italia y Etruria empezaran en época temprana a exportar a Grecia su propia metalurgia.

No cambia la situación en otros campos de la producción. El vino y el aceite probablemente fueron exportados a Italia desde Grecia en mayores o menores cantidades, sólo durante un tiempo

breve, empezando pronto Italia su viticultura y oleicultura propias (71). Es verdad que algunas regiones itálicas iban más bien retrasadas en la satisfacción de sus propias necesidades de estos productos (72). El Lacio probablemente estaba entre ellas, y quizá Etruria. Pero hay razones poderosas para pensar que no era Grecia la única que surtía de vino y aceite a la Italia central y septentrional en la época clásica. Sicilia e Italia meridional estaban más cerca, y sus variedades de vino y aceite pronto igualaron en calidad a los de Grecia. Por supuesto, no puede ser demostrado de una manera absoluta lo que hemos sugerido aquí, pero todas las probabilidades están en favor de una fuente de abastecimiento itálica y en contra de una griega.

Lo mismo puede decirse de los tejidos. En época muy temprana, Tarento se dio a conocer como productor de una de las clases de lana más finas del mundo, y sus tejidos de lana tuvieron una sólida y duradera reputación.

Finalmente, la misma evolución se ve en la esfera del dinero. Las monedas de las principales ciudades comerciales griegas —Atenas y Corinto— poco a poco dejaron paso al dinero local en el siglo V a. de J. C., principalmente al de Siracusa y algunas otras ciudades sicilianas. Las siguieron de cerca las ciudades de Italia meridional.

De este modo, la Italia etrusca y griega, que probablemente en época antigua fueron importantes clientes de Grecia, pronto empezaron a librarse de su dependencia, y antes de mucho tiempo abastecieron tanto sus propias demandas como las de sus vecinos. Esta evolución alcanzó su punto culminante en el siglo IV antes de J. C. Es bien sabido que en este siglo la importación de cerámica griega a Italia fue discontinua durante largo tiempo. Había aún una gran demanda de vasos de tipo ático en Etruria y en Italia meridional. Pero esta demanda no era satisfecha, como antes, por la cerámica importada, sino por los productos locales. Los vasos de figuras rojas de estilo y temas locales aparecen por toda Italia meridional a fines del siglo V y comienzos del IV antes de J. C. Apulia y Tarento, Lucania y Campania compiten entre sí en esta producción. Etruria empezó su propia producción de vasos de figuras rojas aún más temprano. Este tipo peculiar de cerámica no duró mucho tiempo, pero nunca fue reemplazado por artículos importados. Su puesto fue ocupado por productos italianos: cerámica apulia, productos campanoetruscos, seguidos por los de Cales, y distintos tipos de fabricación etrusca local (73).

Se pueden observar fenómenos similares en otros campos de la producción industrial. Capua y Tarento tomaron la dirección en metalurgia, y sus productos fueron exportados a todas partes, al oriente griego entre otras regiones. La producción local de productos metálicos sirvió primariamente para abastecer las necesidades de la misma Italia. Por no hablar de la metalurgia etrusca, una ojeada a los objetos metálicos, particularmente armaduras y armas, hallados en las tumbas samnitas, basta para mostrar con qué inteligencia los artistas y artesanos de italia meridional se adaptaron a las peculiaridades de la vida militar de los samnitas. Lo mismo puede decirse de lo que llamamos «los pequeños bronces» de este período, que reflejan con toda pureza la vida y la religión de los distintos pueblos itálicos del siglo IV a. de J. C. (74).

Finalmente, en los tesoros monetarios vemos la misma tendencia hacia la emancipación. Los tesoros de monedas áticas se hacen excepcionales, mientras Corinto sigue manteniendo su terreno hasta cierto punto. Pero, como se ha dicho, era la moneda local la que Italia usaba en este período. La moneda siracusana fue reemplazada por la de Tarento, y en menor escala por las emisiones de muchas ciudades de Italia meridional (Turios, Metaponto, Velia, Crotona, etc.) (75).

Probablemente es en el desarrollo de la conciencia nacional entre los distintos pueblos donde debemos encontrar la explicación de la emancipación de Italia antes descrita. El proceso era paralelo al que hemos observado en Escitia y Tracia. Para Grecia fue un duro golpe. Su comercio exterior, que pagaba el costo de los productos alimenticios y de las materias primas importadas, declinaba gradualmente y no había esperanza de restablecer el equilibrio. En mi opinión, fue esta crisis en el comercio exterior de Grecia, junto con las condiciones políticas generales, lo que produjo la difícil situación económica en que Grecia se encontraba a fines del siglo IV a. de J. C. La decadencia fue gradual, no catastrófica. Grecia se enfrentaba con la necesidad de reajustar de algún modo su vida económica.

NOTAS

(1) Véase la excelente y nueva edición del tratado, con utilísimos comentarios: B. A. van Groningen, *Aristote, le second livre de l'Économique*, etc., 1933. Por desgracia, el autor ha ignorado algunas importantes contribuciones modernas al problema planteado por el tratado,

que están enumeradas en A. M. Andreades, *A History of Greek Public Finance,* 1933, págs. 83 y sigs.

(2) Sobre el medio en que los Πόροι fueron escritos y sobre el tratado mismo: K. von der Lieck, *Die xenophontische Schrift von den Einkünften,* tesis doctoral, Colonia, 1933; cf. W. Jaeger, *Demosthenes,* 1938, pág. 219, nota 17.

(3) El autor utilizó sin duda fuentes literarias para su obra. Estas fuentes no van más allá de Alejandro. El autor pudo, pues, haber vivido algo más tarde.

(4) Hay muchos resúmenes de la administración financiera de los reyes persas, de su política económica y de sus fuentes de ingresos; el más reciente es el de Andreades, loc. cit., págs. 89 y sigs. Sin embargo, en libros modernos no he hallado ningún intento de analizar en detalle la vida económica de Persia y de sus distintas satrapías, aunque por lo que hace a algunas partes de sus dominios, como Babilonia, Egipto y Fenicia, no falta información, como por ejemplo, las tabletas de arcilla de Babilonia del período persa, la inscripción que recuerda la construcción del palacio de Susa, algunos textos egipcios, etc. La única excepción a este respecto es el reciente libro de F. Heichelheim, *Wirtschaftsgeschichte des Altertums,* 1938. Aunque no dedica ningún capítulo especial a Persia, al tratar, en su cap. VI (págs. 294 y sigs.), de «la época clásica de la economía de la *polis* desde Pisístrato a Alejandro (hacia 560-hacia 330 a. de J. C.)» hace de cuando en cuando, en sus subsecciones sistemáticas, valiosas observaciones sobre la vida económica de las partes integrantes del imperio persa. Por desgracia, la obra llegó a mis manos demasiado tarde para ser debidamente considerada en este y en los siguientes capítulos de mi libro.

E. Cavaignac, *Population et capital dans le monde méditerranéen antique,* 1923, págs. 1 y sigs. (caps. I-IV), investigó en un breve estudio el tributo persa, que se sacaba de las cuatro satrapías de Egipto, Babilonia, Siria y Asia Menor, a la luz de la tradición contemporánea, pero su investigación no añade nada esencial al cuadro general que he dado en el cap. II. Sus cálculos del montante del tributo de las satrapías del imperio persa son en gran medida hipotéticos.

Sobre el imperio persa en general (con un buen examen de las fuentes originales y una bibliografía al día): A. Christensen, *Die Iranier,* Müller-Otto, *Handb. d. Altertumsw.,* III, 1, 3; cf. U. Wilcken, *D. Literaturz.,* LVII (1936), págs. 1867 y sigs. Nuevo material arqueológico sobre el imperio persa y consideraciones sobre la historia política y religiosa del Irán: E. Herzfeld, *Archaeological History of Iran,* 1935, págs. 1-44.

(5) Sobre la historia política de la meseta irania, véase G. G. Cameron, *History of Early Iran,* 1936, que dedica especial interés a la historia política de Elam y de otros pobladores preiranios de la meseta y dedica la atención debida a la historia de los medos y persas primitivos. El libro contiene una excelente bibliografía al día. Un libro similar sobre la historia cultural, económica y social del Irán primitivo, incluyendo los nómadas iranios, sigue siendo un *pium desiderium.* Véase el libro de Herzfeld citado en la nota precedente. Sobre la estructura social primitiva del Irán oriental tal como se revela por los gatas y

yats del Avesta: H. S. Nyberg, *Die Religionen des Alten Iran* (traducido por H. H. Schaeder), 1938, especialmente caps. III y IV.

(6) Sobre el estado político de Siria y Mesopotamia durante la dominación persa y bajo Alejandro, y particularmente su visión en satrapías, véase el reciente libro de O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung Syrien und im Zweistromlande von 520-320*, 1935 (publicado después de su muerte en *Schr. d. Königsb. Gelehrten-Ges.*, XI, 4); cf. sobre las satrapías orientales: A. Foucher, *Les satrapies orientales de l'Empire Achéménide*, en *C. R. Ac. Inscr.*, 1938, págs. 336 y sigs. Sobre las tablillas de los períodos persa y helenístico encontradas en Babilonia, véanse las notas de M. San Nicolò, *Beitr. z. Rechtsgeschichte im Bereiche der keilschr. Rechtsquellen*, 1931, pág. 132; cf. A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), pág. 6; innovaciones de la época persa en el campo del derecho civil: A. Aymard, ibíd., págs. 11 y sigs.; condiciones económicas y precios: ibíd., págs. 23 y sigs.

(7) Sobre los sucesores de Babilonia: A. Götze, *Hethiter, Churriter und Assyrer*, etc., 1936. La conexión entre Babilonia y los países limítrofes en el campo del derecho, y el desarrollo jurídico sobre bases independientes de cada uno de los vecinos, han sido establecidos recientemente en el admirable resumen general de P. Koschaker, *Keilschriftrecht*, en *Zeitschr. d. D. Morgenl. Ges.* N. F. XIV (1935), págs. 1 y sigs. Idénticas o similares relaciones entre Babilonia y los países vecinos han sido registradas en el campo del arte (cf. A. Moortgat, *Bildwerk und Volkstum Vorderasiens zur Hethiterzeit*, 1934), y probablemente en el de la economía y cultura material. Casi todas las excavaciones recientes de los *tells* sirios y de Mesopotamia septentrional han evidenciado un período persa en la vida de los poblados. Puedo citar *exempli causa* el excelente informe de F. Thureau-Dangin y M. Dunand, *Til Barsib*, 1936; cf. M. E. L. Mallowan, *Antiquity*, XI (1937), págs. 328 y siguientes.

(8) M. Rostovtzeff, *Caravan Cities: Petra, Jerash, Palmyra, Dura*, 1932 (ed. italiana en 1934).

(9) Sobre Ras Shamra véanse los informes anuales de C. F. A. Schaeffer en *Syria* y el breve resumen de R. Dussaud, *Ras Shamra*, en *Liverp. Ann. of Arch. and Anthr.*, XXI (1934), págs. 93 y sigs.; cf. C. F. A. Schaeffer, *Die Stellung Ras-Shamra-Ugarit zur Kretischen und Mykenischen Kultur*, en *J. D. A. I.*, LII (1937), págs. 139 y sigs., y sobre los comienzos del comercio fenicio, R. Dussaud, *Le commerce des anciens Phéniciens à la lumière du poème des dieux gracieux et beaux*, en *Syria*, XVII (1936), págs. 59 y sigs. De la rica bibliografía sobre Ras Shamra aparecida después de 1937, debo citar los dos resúmenes que C. F. A. Schaeffer da de su propio trabajo: *Ugaritica. Études relatives aux découvertes de Ras Shamra*, serie 1.ª, 1939, y *The cuneiform texts of Ras Shamra-Ugarit*, en *Schweich Lectures of the British Academy* (1936), 1939. Para las excavaciones de Biblos que ahora se han cerrado: P. Montet, *Byblos et l'Égypte*, 1928, y M. Dunand, *Fouilles de Byblos*, I, 1926-32, Atlas, 1937 (el volumen de texto aún no ha aparecido; véanse entretanto sus informes en *Syria*). Sobre las relaciones entre Siria y Egipto en la época del Imperio Nuevo: P. Montet, *Les reliques de l'art syrien dans l'Égypte du Nouvel Empire*, 1937. Sobre Sidón: el artículo de

Honigmann en *P. W. K.*, IV A, 221 y sigs. No hay una buena monografía sobre Tiro. Sobre monedas: E. T. Newell, *Tyrus Rediviva*, 1923. Sobre Cartago: St. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, IV: *La civilisation carthaginoise*, 1920. Sobre las ciudades fenicias y su comercio en la época prepersa: F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 226 y sigs. Sobre Al-Mina: véase la nota 19 de este capítulo. Sobre las excavaciones (aún en curso) en Tal Atchana, antigua Alalkha, entre Antioquía y Alepo, que atestiguan las relaciones entre los primeros puertos «fenicios» y las ciudades del norte de Siria: Leonard Woolley, *J. S. H.*, LVI (1937), págs. 125 y sigs. *Antiquaries Journ.*, XVIII (1938), págs. 1 y sigs. y XIX (1939), págs. 1 y sigs., y *Br. Mus. Quart.*, XII (1938), págs. 113 y sigs.; cf. Arthur Evans, *J. H. S.*, LVI (1937), págs. 133 y sigs. (sobre la imitación local de la cerámica minoica); C. F. A. Schaeffer, en *Syria*, XIX (1938), págs. 30 y sigs., y S. Smith, *Antiquaries Journ.*, XIX (1939), pág. 38 (sobre las tablillas cuneiformes encontradas en las ruinas y sobre la historia de Alalja o Alalaj). Véase también Sidney Smith, *Alalakh and Chronology*, 1940.

(10) Comercio fenicio con Grecia: véanse los libros y artículos sobre el desarrollo económico de Grecia citados en la nota 25. Comercio fenicio con Occidente: E. Meyer, *Gesch. d. Altert.*, II, 2, 2.ª ed. (1931), págs. 77 y sigs., y la bibliografía de Heichelheim, *Festg. f. Sombart*, nota 51; cf. notas 16 y sigs.

(11) No puedo dar aquí una bibliografía de libros y artículos que tratan de la vida social y económica de Palestina en los distintos períodos de su vida prehistórica e histórica. Sobre el período de la dominación persa: S. A. Cook, *C. A. H.*, VI (1927), págs. 167 y sigs., y bibliografía, pág. 578, y especialmente C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, II, 1935, págs. 1 y sigs. Se encontrará una visión general de Palestina, con buena bibliografía, en F. M. Abel, *Géographie de la Palestine*, V, 2, 1938.

(12) Sobre Anatolia: A. Götze, en Müller-Otto, *Handb. d. Altertumsw.*, III, 1, 3; U. Wilcken, *D. Literaturz.*, LVII (1936), págs. 1862 y sigs., y A. Götze, *The present state of Anatolian and Hittite Studies*, en *Havenford Symposion of Archaeology and the Bible*, 1937, págs. 136 y sigs.; cf. los informes sobre las excavaciones de Tal Atchana antes citados. Cuanto más conocemos de los hititas de Asia Menor y norte de Siria, más nos damos cuenta de lo que sobrevivió la organización hitita de Asia Menor en los períodos persa y helenístico.

(13) Sobre Egipto en la época persa: G. Posener, *La première domination perse en Égypte*, en *Bibl. de l'Inst. Fr. d'Arch. Or.*, XI (1936), una colección de todas las inscripciones geroglíficas relativas a la primera dominación persa en Egipto, con valiosos comentarios. Cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XIII (1938), págs. 166 y sigs., y la nota siguiente.

(14) W. Schur, *Zur Vorgeschichte des Ptolemäerreiches*, en *Klio*, XX (11) (1926), págs. 270 y sigs.; cf. mis notas en *C. A. H.*, VII, pág. 110, y la bibliografía, ibíd., pág. 892; cf. cap. VI. Sobre la tumba de Petosiris y sus relaciones iranias o griegas: Ch. Picard, *Mél. Victor Loret*, en *Bull. Inst. Fr. Arch. Or.*, XXX (1930), págs. 201 y sigs. Véase lámina XII, 1.

(15) A. Andreades, *Le montant du budget d'Alexandre le Grand*, en *XXII[e] session de l'Institut International de Statistique*, sec. 2, Comm., 1934, págs. 3 y sigs.

(16) No hay datos estadísticos referentes a las monedas griegas, especialmente atenienses, descubiertas en las satrapías orientales y sirofenicias del imperio persa y en las regiones no costeras de Asia Menor. Sin embargo, son bien conocidas por todos los numismáticos. Sobre este punto y la imitación de las monedas atenienses, véase K. Regling, artículo *Münzwesen*, en *P. W. K.*, XV, 467. Los múltiples tesoros ricos de monedas del siglo IV a. de J. C. encontrados en estas regiones se registran en S. P. Noe, *A bibliography of Greek coin-hoards*[2], en *Num. Notes and Mon.*, LXXVIII (1937), por ejemplo, Antioquía (núm. 55, monedas griegas exclusivamente), Beithir (núm. 134), Cilicia (núm. 252; cf. E. T. Newell, *Num. Chr.*, XIV, 1914, págs. 1 y sigs.), Qasr Naba (Siria, núm. 846) y el río Tigris (núm. 1109). Una interpretación histórica de los tesoros de monedas registrados por Noe ha sido sugerida recientemente por F. Heichelheim, en su artículo *Wirtschaftshistorische Beiträge zur klassisch-griechischen und hellenistichen Münzortstastitik*, en *Trans. of the Intern. Numismatic Congress*, 1936, págs. 68 y sigs. Cf. A. Blanchet, *Rev. Num.*, XXXIX (1936), págs. 1 y sigs.

Dos hallazgos recientes ilustran las condiciones del siglo IV a. de J. C.: uno realizado en Susa (Elam), el otro en Palestina. En Susa se descubrió una caja de madera, escondida, al parecer, por un soldado de Alejandro o de uno de sus inmediatos sucesores. En ella había un collar fenicio que constaba de distintas cuentas y muchas pequeñas monedas de plata, en su mayoría del siglo IV a. de J. C. Las monedas dan idea del dinero que se usaba en Persia en esta época. Había sólo una moneda «real» (Jerjes I); el resto eran monedas locales de distintas satrapías, predominando las de Fenicia y Asia Menor: Bagoo, sátrapa de Egipto; Árados, Sidón, Tiro, Gaza, Pisidia, Cilicia; Hecatomno de Caria, y quizá Apolonia. Además había monedas de Alejandro Magno y uno de sus sucesores inmediatos. Algunas monedas no han sido identificadas. Véase J.-M. Unvala, *Mém. de la Mission Arch. de Perse*, Min. Éd. Nat., XXV (1934), págs. 78 y sigs. y lám. II, cf. Allotte de Füye, ibíd., pág. 89 (no registrado por Noe).

Muy similar en muchos aspectos es el reciente hallazgo en Palestina, cerca de Gezer (probablemente un gran tesoro); véase C. Lambert, *The Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine*, II (1933), págs. 1 y sigs. y láms. I y II; Noe[2], núm. 429. El hallazgo consiste, aparte dos o tres monedas de Alejandro, en grandes cantidades de pequeñas monedas de plata de Atenas, Sidón y Tiro, y de cecas locales (egipcioárabes, filisteoárabes, etc.). Algunas monedas filisteoárabes de este tesoro fueron adquiridas por E. T. Newell y admirablemente estudiadas por él en relación con las monedas publicadas por Lambert, en *Philisto-Arabian Series*, en *Num. Notes and Mon.*, LXXXII (1938), págs. 47 y sigs. Las monedas de la colección Newell fueron acuñadas en Ascalón o Ashdod, en Gaza y en Shol, por un gobernador persa de Palestina (hacia 400 a. de J. C.). Véanse las monedas halladas en un grupo de tumbas de diferentes fechas (siglos VII-III a. de J. C.) excavadas en las ruinas del castillo de los Cruzados de Atlit, en Palestina; véase C. N. Johns,

Quart. Dep. Ant. Pal., II (1933), págs. 41 y sigs., especialmente página 57.

Un rasgo interesante de la historia económica del siglo IV a. de J. C., hecho notar en el texto, es la ausencia de monedas reales persas en los tesoros arriba mencionados, y la desaparición gradual de las monedas atenienses importadas. Fueron reemplazadas por emisiones locales. Algunas de estas monedas son imitaciones de monedas atenienses y fueron acuñadas por los representantes locales del gobierno persa. En Palestina, por ejemplo, encontramos emisiones del sátrapa persa Manapates, de Yehud y de Hezekiah, y en Gaza del tirano local Batis. Véase para Palestina: E. L. Sukenik, *Journ. Palest. Or. Soc.*, XIV (1934), págs. 178 y sigs.; W. F. Albright, *Bull. Am. Sch. Or. Res.*, LII (1933), págs. 20 y sigs.; F. M. Abel, *Rev. Bibl.*, XLIV (1935), págs. 578 y sigs.; O. R. Sellers, *The citadel of Beth-Zur*, 1933, págs. 73 y sigs.; E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, LXXXII (1938), págs. 53 y sigs., y para Gaza, págs. 49 y sigs. Hablaré de esto más adelante, en este capítulo. Véase lám. XI.

(17) Los hallazgos de cerámica de época prehelenística en Palestina han sido discutidos recientemente por J. H. Iliffe, *Pre-Hellenistic Greek Pottery in Palestine*, en *Quart. Dep. Ant. Pal.*, II (1933), págs. 15 y sigs., láms. V-IX; cf. O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur*, 1933, pág. 41. Un ejemplo llamativo de las estrechas relaciones entre Grecia y Palestina en los períodos greco arcaico y clásico lo dieron las excavaciones del cementerio de Atlit en 1930-31; véanse C. N. Johns, *Excavations at 'Atlît (1930-31): the South-Eastern Cemetery*, en *Quart. Dep. Ant. Pal.*, II (1933), pág. 41 (tumbas de época persa), e ibíd., VI (1937), págs. 121 y sigs. (tumbas arcaicas). Objetos egipcios, egipciofenicios, fenicios y griegos predominan en las tumbas de los siglos VI al IV a. de J. C. La mejor cerámica es griega (la mayor parte importada de Atenas), como lo son algunos de los objetos metálicos (por ejemplo, espejos), y las armas (en parte persas, especialmente puntas de flechas iranias, pág. 56, fig. 14). Parecidos y contemporáneos son los hallazgos de las tumbas de Tell Far'a, llamadas «tumbas filisteas» de Gezer. La cama y la silla de madera encontradas en el primer lugar de los citados (ahora reconstruida en el Museo Palestino de Jerusalén) son de gran interés, y presentan formas áticas casi puras. Sobre este hallazgo: J. H. Iliffe, *Quart. Dep. Ant. Pal.*, IV (1934), págs. 182 y sigs.; cf. *Palestine Museum, Jerusalem, Bull.*, IV (1927), lám. VII (cerámica); y sobre un tesoro de bronces egipcios del siglo IV hallado con trozos de cerámica: J. H. Iliffe, loc. cit., V (1935), págs. 61 y sigs. Sobre los monumentos y hallazgos de tumbas en Palestina del período de la dominación persa en general: C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, II, 1935, págs. 4 y sigs.; cf. F. M. Abel, *Rev. Bibl.*, XLIV (1935), pág. 579. Sobre Licia: G. Rodenwaldt, *Griechische Reliefs in Lykien*, en *Berl. S. B.*, XXVII (1933), págs. 1028 y sigs. Cf. los hallazgos de Deve Huyuk, en el norte de Siria: C. L. Woolley, *Liverp. Ann. of Arch.*, VII (1914-16), págs. 115 y sigs. Sobre Susa y Uruk, véase nota 22.

(18) Para la helenización del arte fenicio en los siglos V y IV a. de Jesucristo bastará referirnos a la bien conocida serie de sarcófagos antropoides fenicios y cartagineses de este período y al famoso sarcófago esculpido de Sidón; para el estado floreciente de Sidón en esta

época y las influencias iranias, a los bellos restos del palacio del gobernador persa en Sidón, ahora en el Museo de Beirut (*Syria*, IV (1923), láms. 43 y 44). Esperamos con expectación los resultados de las excavaciones que acaban de empezar en Saida (Sidón). Las excavaciones persas de G. Contenau en 1914 (*Syria*, I (1920), págs. 16, 108, 198, 287 y sigs.) y de la señora De Lasseur, en Tiro, en 1921 (*Syria*, III (1922), págs. II y sigs.), dieron en su mayoría tumbas y restos de épocas posteriores. Las excavaciones sistemáticas de Biblos no han dado mucho material de los últimos períodos de existencia de la ciudad; véase la nota 6 de este capítulo.

Sobre Chipre durante la dominación persa, véanse las observaciones generales de S. Casson, *Ancient Cyprus*, 1937, págs. 192 y sigs. y especialmente el informe de la excavación del gran palacio de Vouni por la Swedish Expedition, E. Gjerstad, etc., *The Swedish Cyprus Expedition*, III (1937), págs. 111 y sigs. (el palacio); cf., págs. 76 y sigs. (templo de Atenea). Véanse particularmente las observaciones de E. Gjerstad sobre la fecha e historia del palacio a la luz de los hechos contemporáneos, págs. 286 y sigs. y *A. J. A.*, XXXVII (1933), págs. 593 y sigs. Del mayor interés son los hermosos cuencos de plata y brazaletes de oro de factura persa (págs. 238 y sigs., 274 y sigs. y láms. IV y XC-XCII), y la cerámica ática de barniz negro y de figuras rojas (págs. 262 y sigs., láms. LXXXIII-LXXXVI).

(19) Véase el informe preliminar de C. L. Woolley, *Excavations at Al-Mina, Sueidia*, en *J. H. S.*, LVIII (1938), págs. 1 y sigs., y E. S. G. Robinson, *Coins from Al-Mina (1936)*, en *Num. Chr.*, XVII (1937), págs. 182 y sigs.; cf. mi lám. XII, 2. Podemos considerar estaciones comerciales similares a Al-Mina el asentamiento en la región de Antárados recientemente excavado por E. Forrer, con ayuda de Bryn Mawr College (comunicación de M. H. Seyrig), y el de Cheikh Zanab, cuatro kilómetros al sur de la desembocadura de Nahr-el-Kebir (Eléutero), al que perteneció la necrópolis excavada por el Cap. de la Bassetière. En una de las tumbas de la necrópolis se encontraron un hermoso ritón de figuras rojas y varios platos negros barnizados del siglo v a. de J. C.; véase C. L. Brosse, Cap. de la Bassetière y E. Pottier, *Syria*, VII (1926), págs. 193 y sigs. La existencia y activo comercio de Ugarit están atestiguados para finales del siglo VI a. de J. C. por un tesoro de monedas (Cl. F. A. Schaeffer, *Mél. Syr. off. R. Dussaud*, 1939, págs. 461 y sigs.) y para el siglo IV por algunas tumbas (por ejemplo, *Syria*, XVI (1935), pág. 153).

(20) Tesoro monetario de Beni Hassan: J. G. Milne, *Rev. Arch.*, 1905, pág. 257; *J. E. A.*, 1933, pág. 119; Noe[2], núm. 144; E. G. S. Robinson, *Num. Chr.*, 1937, págs. 197 y sigs.; de Samanud, Noe[2], núm. 957; E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, LXXXII (1938), págs. 62 y sigs. Cf. los tesoros de Demanhur, Noe[2], núm. 323, y Garbier, Noe[2], núm. 420. Sobre las series egipcioárabes en general: E. T. Newell, loc. cit., página 59.

(21) Sobre Náucratis en general: Kees, *P. W. K.*, XVI, 1954 y sigs.; cf. R. M. Cook, *Amasis and the Greeks in Egypt*, en *J. H. S.*, LVII (1937), págs. 227 y sigs. El último período de la historia de Náucratis, especialmente a fines del siglo v a. de J. C. y principios del IV, ha sido

muy poco estudiado. En Náucratis se encontraron muchos fragmentos de vasos atenienses de figuras negras y más aún de figuras rojas; véase H. Prinz, *Funde aus Naukratis*, en *Klio*, VII, 1908, págs. 75 y sigs. Monedas atenienses encontradas en Náucratis: el tesoro del platero, Noe², núm. 729 (enterrado hacia 439 a. de J. C.), cf. Noe², núm. 730. Imitaciones de monedas atenienses en Náucratis en el siglo IV a. de J. C. E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, LXXXII (1938), págs. 60 y sigs. Una bella crátera de figuras rojas encontradas en Menfis, ahora en El Cairo, C. C. Edgar, *Cairo Mus. Catal.*, Greek Vases, núm. 32, 378, págs. 84 y sigs. y lám. XI.

(22) Sobre los fragmentos de Susa: E. Pottier, *Mém. Délég. Perse*, XIII, pág. 100, y M. Pézard y E. Pottier, *Catal. d. Ant. d. la Susiane*, Mus. Nat. du Louvre, 2.ª ed., 1926, pág. 234, y lám. XII, 3. Sobre el fragmento de Uruk: J. Werner, por F. Heinrich, *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, II (1935), pág. 36, lám. 31 *a*. El doctor Werner atribuye el trozo de plato negro indicado a la segunda mitad del siglo IV a. de J. C.

(23) Sobre las condiciones económicas en Grecia en el siglo IV antes de J. C.: K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, III, 2.ª ed., I, págs. 313 y sigs., especialmente 344 y sigs.; H. Berve, *Gr. Gesch.*, II, págs. 76 y sigs. (2.ª ed., 1952), y sobre todo G. Glotz, *Hist. gr.*, III (1936), págs. 3 y sigs. Las obras citadas en la nota 25 no distinguen con precisión entre los siglos V y IV a. de J. C., y sus juicios sobre la situación económica en el período clásico se basan en fuentes que se refieren a la situación en el siglo IV, en particular a fines de éste.

(24) Sobre las ánforas griegas estampilladas y no estampilladas y la cuestión de los recipientes de formas y materiales diversos empleados en Grecia en los períodos arcaico y clásico: B. N. Grakov, *Embalaje y almacenamiento de productos agrícolas en la Grecia Clásica de los siglos VI a V a. de J. C.*, en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CVIII (1935), páginas 147 y sigs., especialmente pág. 175 (en ruso); véase la bibliografía en *C. A. H.*, VIII, págs. 786 y 791. Un nuevo intento de fechar las ánforas estampilladas encontradas en Atenas lo hizo Virginia Grace, *Hesp.*, III (1934), págs. 197 y sigs.

(25) Nadie esperará que dé una bibliografía completa de las obras modernas que tratan de la historia económica griega. La tendencia a interpretar los hechos desde puntos de vista modernos, representada principalmente por E. Meyer y K. J. Beloch, han encontrado apoyo recientemente en muchos artículos de Schwahn. Los principales exponentes del punto de vista opuesto son Bücher y Hasebroek y algunos discípulos del último. La mayor parte de los principales eruditos en el campo de la historia antigua siguen un camino intermedio: Francotte (inclinándose hasta cierto punto a la opinión de Bücher), Glotz, Oertel, Tod, Ziebarth (que se inclina más a la de Meyer y Beloch), Berve, Heichelheim, y yo. Una bibliografía excelente de las obras que tratan de la historia económica de Grecia en el siglo V a. de J. C. se encontrará aneja al lúcido capítulo sobre este tema de M. N. Tod, *C. A. H.*, V, 1927, págs. 1 y sigs., y págs. 491 y sigs. Para una cuidadosa discusión de la controversia, véase F. Oertel, en Poehlmann-Oertel, *Geschichte der soz. Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, II², 1925, págs. 517 y sigs. (con bibliografía).

Mencionaré las contribuciones más importantes y recientes. Destacado en la controversia: J. Hasebroek, *Staat und Handel im alten Griechenland*, 1928, y *Griechische Wirtschafts- und Gesellschaftgeschichte*, 1931 (véase mi recensión de este libro en *Zeitschr. f. ges. Staatsw.*, XCII (1932), págs. 333 y sigs.); cf. H. Knorringa, *Emporos*, 1926, y G. M. Calhoun, *The business life of ancient Athens*, 1926. Apoyando el punto de vista de Hasebroek: K. von der Lieck, *Die xenophontische Schrift von den Einkünften*, tesis doctoral, Bonn, 1933, y H. Winterscheidt, *Aigina*, 1938. Contra Hasebroek en muchos puntos esenciales: E. Ziebarth, *Beiträge zur Geschichte des Seeraubs und Seehandels im alten Griechenland*, 1929; cf. su *Neue Beiträge zum griechischen Seehandel*, en *Klio*, XXVI (1933), págs. 231 y sigs., especialmente 236 y sigs., donde ha enumerado las recensiones de su libro y ha formulado los puntos controvertidos en la discusión. Más radical en apoyar a Meyer-Beloch es W. Schwahn, *Demosthenes gegen Aphobos*, 1929; cf. sus artículos, *Die xenophontischen* Πόροι *und die athenische Industrie im vierten Jahrhundert*, en *Rh. Mus.*, LXXX (1931), págs. 253 y sigs., y *Schiffspapiere*, ibíd., LXXXI (1932), págs. 39 y sigs. Contra Meyer-Beloch: F. Oertel, *Zur Frage der attischen Gross-Industrie*, en *Rh. Mus.*, LXXIX (1930), págs. 230 y sigs., y F. Heichelheim, *Schmollers Jahrb.*, LIV (1930), págs. 181 y sigs. (969 y sigs.). Últimas contribuciones a la discusión: F. Heichelheim, *Die Ausbreitung der Münzgeldwirtschaft und der Wirtschaftsstil im archaischen Griechenland*, en *Schmollers Jahrb.*, LV (1931), págs. 37 y sigs. (229 y sigs.), *Welthistorische Gesichtspunkte zu den vormittelalterlichen Wirtschaftsepochen*, en *Festgabe f. W. Sombart*, *Schmollers Jahrb.*, LVI (1933), págs. 181 y sigs. (1021 y sigs.); cf. artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 833 y sigs., y *Monopole*, ibíd., V, A, y *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, 1938. Sobre las dificultades de aplicar términos modernos a los distintos rasgos de la vida económica de la Grecia clásica, véanse las juiciosas consideraciones de M. I. Filkenstein, «Εμπορος, ναύκληρος» y κάπηλος, en *Cl. Phil.*, XXX (1935), páginas 320 y sigs.

Puedo mencionar también el tratado general de historia de Grecia de H. Berve, *Griechische Geschichte* (2.ª ed., 1951-52) y G. Glotz, *Histoire grecque*, I-III, 1925-36, y *La cité grecque*, 1928. Es inútil enumerar los distintos libros y artículos que tratan de la historia económica de Grecia escritos y publicados en la Rusia soviética. La mayor parte dependen enteramente de la llamada «ciencia burguesa», a la que insultan con vehemencia, aunque no añaden ninguna fuente o punto de vista nuevos, repitiendo a diestro y siniestro las consideraciones generales, hace tiempo superadas, de Marx y Engels sobre la economía de las sociedades «esclavistas».

(26) La gran expansión del comercio griego y la prosperidad de Grecia en el siglo v a. de J. C. están bien ilustradas por el análisis histórico de los tesoros monetarios de este siglo hallados en las distintas regiones del mundo griego. Algunas notas sobre el tema se encontrarán en el trabajo de F. Heichelheim, en *Trans. of the Intern. Numismatic Congress*, 1936, págs. 68 y sigs.; cf. A. Blanchet, *Rev. Num.*, XXXIX (1936), págs. 1 y sigs., y F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 294 y siguientes.

(27) Los materiales están colacionados en los libros y artículos citados en las notas 23 y 25. K. von der Lieck, en su disertación *Die xenophontische Schrift von den Einkünften*, 1933, ha señalado el cambio de interés en Atenas, que pasó de las cuestiones puramente políticas a las económicas (cf. H. Berve, *Gr. Gesch.*, II, págs. 114 y sigs.), que empezó en 354 a. de J. C. y que condujo al gobierno de Eubulo y más tarde llegó a ser uno de los rasgos principales de la política griega en general. Este cambio fue debido ciertamente, no sólo a la bancarrota de Atenas, sino también —y en gran medida— a la necesidad de salvarla de la ruina y del hambre por todos los medios posibles. El seudo Aristóteles (*Oecon.*, II) demuestra que otras ciudades griegas estaban en una situación parecida, en la misma época. El remedio sugerido por el seudo Jenofonte (Πόροι), por supuesto, es más bien propaganda política que una idea seria de un financiero experimentado. El autor puede que haya creído en su remedio, recordando en esto a sus múltiples sucesores en los Estados Unidos y Europa, que sugieren igualmente planes fantásticos, aunque aparentemente simples para resolver la presente crisis económica del mundo. Ciertamente no fue Eubulo quien escribió los Πόροι.

(28) H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers*, 1933, págs. 113 y siguientes.

(29) El hambre está bien documentada en varios juicios de Demóstenes (34, 39; 42. 20 y 31) y de otros escritores contemporáneos, por la actividad de Cleómenes en Egipto (véase seudo Aristóteles, *Oecon.*, II, 33 *e*, y los comentarios de Groningen), por lo que se conoce como la Estela de los Cereales, de Cirene, y por muchos decretos atenienses en honor de distintos mercaderes que en aquella época importaban grano a Atenas. Véase Schäfer, *Demosthenes*, III, 2.ª ed., 295. La inscripción de Cirene ha sido publicada recientemente por G. Oliverio, *Doc. antichi dell'Africa Italiana*, II, 1 (1933), y en *S. É. G.*, IX, 2; cf. F. M. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 847, y M. Segre, *Mondo Classico*, IV (1934), págs. 398 y sigs. Los decretos atenienses están citados por Heichelheim, loc. cit., pág. 850. El hambre no fue debida al cambio de orientación de la política económica a principios de la época helenística, sino que fue una herencia del pasado. En las nuevas condiciones económicas del período helenístico, Atenas volvió a ser próspera muy pronto. Lo atestiguan las comedias de Menandro.

(30) A. W. Gomme, *The Population of Athens in the Fith and Fourth Centuries B. C.*, 1933; cf. G. Glotz, loc. cit. Por lo que respecta a los datos estadísticos discutidos por Gomme, véase las estupendas consideraciones de G. de Sanctis, *Riv. Fil.*, LXV (15) (1937), págs. 288 y sigs. (en una recensión del libro de Gomme). Señala cuán contradictorias y difíciles de interpretar son las cifras dadas por las fuentes de que disponemos para los años 431-430 y 324-323 a. de J. C. Véanse A. W. Gomme y G. de Sanctis, locs. cits., LXVI (16) (1938), págs. 169 y siguientes.

(31) A. W. Gomme, loc. cit., págs. 79 y sigs. Podemos encontrar otra expresión del ánimo deprimido de la población de Grecia a finales del siglo IV a. de J. C. en la frecuencia de los suicidios, atestiguada por la reacción de Platón y los pitagóricos contra él. Una figura intere-

sante es la de Hegesias, el πεισιθάνατος, un hedonista de la época de Tolomeo Soter, que predicaba el suicidio; el término ἀποκαρτερεῖν inventado por él para expresar la muerte voluntaria por hambre era muy popular en la comedia ática. La cuestión del suicidio era aún tema de discusión en la época de Zenón y Crisipo. Véase H. Diels, *Der antike Pessimismus,* 1921, pág. 24; U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Der Glaube der Hellenen,* II (1932), pág. 271, nota 1; E. Benz, *Das Todesproblem in der stoischen Philosophie,* 1929, págs. 54 y sigs.

(32) Véase el excelente artículo *Sklaverei,* de W. L. Westermann, en *P. W. K.*, supl. VI, 902 y sigs. Cf. F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 401 y sigs.

(33) Un buen tratado resumido de este punto se encontrará en G. Glotz, *Hist. gr.*, III, págs. 10 y sigs. (con bibliografía).

(34) El material está colacionado en el artículo *Sitos,* de F. M. Heichelheim, mencionado en la nota 29.

(35) Las fuentes literarias sobre este punto fueron colacionadas hace mucho tiempo por H. Blümner, *Die gewerbliche Thätigke der Vôlker des klassischen Alterthums,* 1869, y B. Büchsenschütz, *Die Hauptstätten des Gewerbefleisses im klassischen Alterthume,* 1869. Desde aquella época se ha acumulado una masa de nuevas fuentes papirológicas, epigráficas y arqueológicas, pero nunca se han reunido por completo. Las colaciones de fuentes hechas por Büchsenschütz y Blümner, aunque viejas y sin ordenar cronológicamente, son del mayor interés, y una revisión de los dos libros, con nueva documentación, y una distribución cronológica de las fuentes, ofrecería una fundamentación segura y de gran necesidad para una historia económica de la Grecia arcaica, clásica y helenística. Las *Beiträge zur Kenntnis des Gewerbes im hellenistischen Ägypten,* 1913, de Th. Reil, el libro inacabado de M. Chvostov, *Bosquejo de la organización de la industria y el comercio en el Egipto griego y romano,* I, 1914 (en ruso), y *Die Landwirtschaft im hellenistischen Ägypten,* I, 1925, de Schnebel, así como la obra, desgraciadamente inacabada, de Jardé, *Les céréales dans l'antiquité grecque,* I: *Production,* 1925, pueden servir, hasta cierto punto, de modelos para una cuidada colación e interpretación de las fuentes. No existe nada similar a los volúmenes de Reil y Chvostov para el período clásico y helenístico de Grecia, Asia Menor, el Ponto, Sicilia e Italia. Se necesita imperiosamente un libro del tipo de la *Economic Survey of Ancient Rome,* de T. Frank, que dedique la debida atención al material arqueológico. Se encontrará un buen resumen de los hechos conocidos, teniendo en cuenta el material arqueológico, en F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 373 y sigs., notas 33 y sigs.

(36) Véanse pág. 79 y notas 16 y sigs. Se ha escrito muy poco sobre Persia en la época de Artajerjes III Oco y Darío III, o sobre la segunda dominación persa en Egipto. Sobre Persia: W. W. Tarn, *C. A. H.*, VI, págs. 21 y sigs. Sobre Egipto: H. R. Hall, ibíd., págs. 151 y sigs., y W. Schur, *Klio,* XX (2) (1926), págs. 270 y sigs. Las grandes obras de Artajerjes III muestran lo fuerte y rico que era el imperio persa en esta época. Su política en Egipto debe ser estudiada de raíz. Se necesita imperiosamente una cuidadosa colación e interpretación del material existente, por el estilo del libro de Posener sobre la primera do-

minación persa, y también es necesaria una excavación más cuidada de las ruinas de Náucratis, atendiendo debidamente al último período de su historia.

(37) Sobre la historia económica de Rusia meridional, véase la bibliografía de mi capítulo *The Bosporan Kingdom*, en *C. A. H.*, VIII, págs. 785 y sigs.; cf. mis artículos *Olbia* y *Panticapeo*, en *Encicl. Ital.*, y los de E. Diehl sobre Olbia, Ninfeo y Fanagoria, en *P. W. K.*

(38) Véase F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 838, y A. Kočevalov, *Rh. Mus.*, LXXXI (1932), págs. 321 y sigs.; A. W. Gomme, *The Population of Athens*, págs. 28 y sigs.

(39) Sobre los hallazgos en las ruinas, y el contenido de las tumbas de Panticapeo y las demás ciudades griegas del reino bosforano, véase mi *Skythien und der Bosporus*, 1931, págs. 164 y sigs. Sobre Olbia y sus dependencias, véase la bibliografía citada en la nota 37.

(40) Una enumeración de los hallazgos de las tumbas escíticas de los distintos períodos, ordenada cronológica y geográficamente, está incluida en mi *Skythien und der Bosporus*, págs. 277 y sigs.; cf. mi *Iranians and Greeks in South Russia*, 1922, págs. 35 y sigs. y 83 y sigs.

(41) T. N. Knipovich, *Ensayo de caracterización del yacimiento cerca de Elizabetovskaya Staniza sobre la base de los descubrimientos hechos en 1928 por la expedición de la Academia Estatal de Historia de la Civilización Material*, en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CI (1935), págs. 111 y sigs., especialmente págs. 137 y sigs. y 180 y sigs. (en ruso).

(42) Sobre los vasos de estilo Kerch: K. Schefold, *Untersuchungen zu den Kertscher Vasen*, 1934. Sobre los vasos de color de agua, véanse mis *Skythien und der Bosporus*, págs. 182 y sigs.; cf. las breves observaciones de E. Pfuhl, *Malerei und Zeichnung*, págs. 913, 1002, y M. Swindler, *Ancient Painting*, págs. 357 y sigs. K. Schefold, loc., cit., pág. 137, apunta que los vasos de color de agua eran una imitación y continuación de la *Dutzendware* de estilo de Kerch. No cree en la producción local de vasos de figuras rojas de este estilo en el sur de Rusia. Un estudio cuidadoso de la arcilla, estilo y formas demostrarán probablemente que está equivocado. El llorado E. von Stern colacionó todos los vasos de color de agua y los preparaba para su publicación, pero su libro no llegó a aparecer.

(43) Sobre las ánforas «megareas» (de las cuales se han encontrado más de ochocientas, parte en las ciudades griegas y parte en establecimientos indígenas de Rusia meridional), véase B. N. Grakov, *Estampillas incisas en los cuellos de algunas ánforas helenísticas*, en *Estudios del Museo Histórico Estatal*, I (1926), págs. 165 y sigs. (en ruso). La señorita Knipovich (loc. cit., págs. 157 y sigs.) se inclina a considerar estas jarras, no importadas de Calatis o Heraclea (Grakov), sino productos del Quersoneso (hay que advertir que estas estampillas no se encuentran en la colección de estampillas de Calatis publicada por Cantacuzène). (Véase más adelante.) Es característico de las relaciones comerciales de los siglos v y iv a. de J. C. que en Elizabetovskaya se encontraron en distintas zanjas exploratorias: seis fragmentos de ánforas tasias estampilladas; uno de ánfora rodia (siglo iv-iii); cinco de ánforas del Quersoneso; once de ánforas con nombres de ἀστυνόμοι (muy probablemente de factura sinópica; B. N. Grakov, *Estampillas*

en la cerámica griega antigua con nombres de astinomos, 1929 (en ruso); cf. Cantacuzène, *Timbres amphoriques trouvés à Callatis,* en *Rev. Hist. du Sud-est Européen,* 1935, la mayoría son estampillas con nombres de astinomos), y ocho del grupo «megareo» con estampillas incisas. La mayor parte de las ánforas sin estampillar (algunas son jonias, otras tasias y rodias) son muy similares al grupo de ánforas con estampillas incisas (Knipovich, loc. cit., págs. 156 y sigs.).

Sobre el Quersoneso como país productor de vino, véase mi artículo *Chersoneso,* en *Encicl. Ital.,* y la bibliografía allí citada. Investigaciones recientes han demostrado que en el período romano el vino se producía en algunas ciudades del reino del Bósforo. V. F. Gaydukevich, *Material cerámico de construcción en el reino del Bósforo. Tejas bosforanas,* en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.,* CIV (1935), pág. 215 (en ruso).

(44) B. N. Grakov, *Documentos epigráficos del tejar real de Panticapeo,* en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.,* CIV (1935), págs. 202 y sigs., y el importante artículo de Gaydukevich citado en la nota anterior, págs. 211 y sigs. (ambos en ruso).

(45) Véase mi capítulo *Bosporan Kingdom,* en *C. A. H.,* VIII, págs. 582 y sigs.; cf. Knipovich (memoria citada en la nota 41), pág. 177. La señorita Knipovich sugiere que los objetos de oro encontrados en los túmulos cerca de Elizabetovskaya Staniza tienen un color pálido, y muestran un estilo muy diferente al de los objetos de oro panticapeos. ¿Eran productos locales?

Sobre la escuela panticapea, véanse mis libros citados en *C. A. H.,* VIII (bibliografía). Me he ocupado en distintas ocasiones de los temas iranios tratados por los artistas panticapeos y de los elementos iranios en su composición y estilo, véase mi breve resumen en *Skythien und der Bosporus,* págs. 387 y sigs.; cf. *L'art gréco-iranien,* en *Rev. des Arts Asiat.,* XXVIII (1933), págs. 202 y sigs.; *The great hero of Middle Asia and his exploits,* en *Artibus Asiae,* V (1932), págs. 99 y sigs.; *Some new aspects of Iranian art,* en *Sem. Kond.,* VI (1933), págs. 161 y sigs., y *Dura and the problem of Parthian Art,* pág. 169 y nota 9. Sobre el estilo animalista «póntico» y su desarrollo, K. Schefold, *Der Skythische Tierstil in Südrussland,* en *Eurasia Septentrionalis Antiqua,* XII (1938), págs. 1 y sigs. La señorita G. M. Richter, *A Greek sword-sheath from South Russia,* en *Metr. Mus. St.,* IV, 1 (1932), págs. 109 y sigs., cree que fueron artistas atenienses establecidos en Panticapeo durante la guerra del Peloponeso y después de ella los que deben ser considerados como creadores de este estilo.

(46) *C. A. H.,* VIII, págs. 566 y sigs. y 574 y sigs. Cf. F. Heichelheim, *P. W. K.,* supl. VI, 836 y sigs. y *Wirtschaftsg.,* págs. 329 y siguientes.

(47) G. Kazarov, *C. A. H.,* VIII, págs. 559 y sigs.; cf. su *Origen y evolución del reino Odrisio, en la antigua Tracia,* en *Učiliščen Pregled,* XXXII (1933), págs. 737 y sigs. (en búlgaro); cf. *P. W. K.,* VI A, 421 y sigs. (artículo *Thrake,* de Lenk, Betz y Kazarov). La enorme riqueza de los reyes de los odrisios era proverbial en Atenas en el siglo IV a. de J. C. Véase la descripción del banquete nupcial de Ipícrates por Anaxandrides en su *Protesilao* (en Ateneo, IV, pág. 131; Kock, II, 151) y la famosa pintura de Jenofonte (*Anab.,* VII, 3, 21) del simposio de Seutes.

(48) El grupo de tumbas de túmulo de Duvanlij está descrito e ilustrado en el excelente libro de D. Filov (en colaboración con I. Velkov y Mikov), *La necrópolis de tumbas de túmulo de Duvanlij, Bulgaria meridional*, 1934. Sobre Kukuva Mogila: B. Diakovich, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, III (1925), págs. 111 y sigs.; B. Filov, ibíd., IV (1926-27), págs. 27 y sigs. (en búlgaro). Bachova y Muchovitza: B. Filov e I. Velkov, *Hallazgos de tumbas de túmulo en Duvanlij, Bulgaria meridional*, en *J. D. A. I.*, XLV (1930), págs. 281 y sigs. Golemata, Lazarskata y Arabadzijskata: B. Filov, *Nuevos descubrimientos de tumbas de túmulo tracias en Duvanlij, Bulgaria meridional*, en *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VII (1932-33), págs. 217 y sigs. Dalboki: V. Projorov, *Excavaciones búlgaras cerca de Eski Zagora*, San Petersburgo, 1880 (en ruso); B. Filov, *La antigua tumba de piedra de Dalboki*, en *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VI (1930-31), págs. 45 y sigs. (en búlgaro). Urukler: I. Velkov, *Nuevos hallazgos de tumbas de túmulos en Bulgaria*, ibíd., V (1928-29), páginas. 25 y sigs. (en búlgaro). Garcinovo: *Der Skythische Fund-von Gartschinowo*, en *Acta Arch. Mus. Nat. Hung.*, XV (1934); cf. B. Filov, *Ein «skythisches» Bronzerelief aus Bulgarien*, en *Eurasia Septentrionalis Antiqua*, IX (1934), págs. 197 y sigs. Panaguriste, Brezovo, etc.: B. Filov, *Denkmäler der thrakischen Kunst*, en *Röm. Mitt.*, XXXII (1917), págs. 21 y sigs., e I. Velkov, en *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VIII (1934), págs. 1 y sigs. (una tumba de mediados del siglo v a. de J. C., muy parecida a las de Duvanlij). Recientemente se descubrió en Mumdzilar una interesante tumba del siglo v a. de J. C., con ornamentos de oro importados: G. Feher, ibíd., págs. 110 y sigs. También se ha descubierto recientemente, cerca de Gornjani, en la región de Nevrokop, una rica tumba de la época de Filipo II de Macedonia: V. Mikov, en *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XI (1937), págs. 207 y sigs. Véase mi *Skythien und der Bosporus*, págs. 535 y sigs., y Radu Vulpe, *L'âge du fer dans les régions thraces de la péninsule balcanique*, 1930, págs. 131 y sigs. (con un mapa excelente).

Un análisis excelente de algunos hallazgos búlgaros a los que nos acabamos de referir lo contiene la recensión de K. Schefold del libro de Filov sobre los hallazgos de Duvanlij, en *Gnomon*, XII (1936), páginas 572 y sigs. En esta recensión, Schfold sugiere fechas exactas para las distintas tumbas del grupo búlgaro, y clasifica los hallazgos según su lugar de origen.

(49) Para la espada con puño de marfil, véanse los inventarios de Delos, donde se registra regularmente una μάχαιρα ἱππικὴ ἐλεφαντίνη προσηλωμένη ἀνάθεμα Φυμώδα τοῦ Μέντορος (véase B. Durrbach y Roussel, *Inscr. de Délos*, núm. 1441 A I, lín. 65).

(50) Otra sítula tarentina de bronce del siglo v al IV a. de J. C., ésta con hermosos bajorrelieves repujados, se descubrió recientemente en Pastrovo y fue publicada por D. Zontschev, en *J. D. A. I.*, LI (1936), 411. En este artículo, Zontschev da una lista completa de otras sítulas halladas en Bulgaria; véase la lista aneja de sítulas de este tipo encontradas en la península balcánica y en Asia Menor por J. Werner. Nótese que de diecisiete sítulas, sólo una se encontró en Asia Menor, siendo el resto descubierto en la península balcánica y la mayoría en Bulgaria. Véase nota 54.

(51) Debo apuntar que las tumbas tracias y escíticas de los siglos VI al IV a. de J. C. muestran una enorme semejanza en sus contenidos. Los centros desde donde se exportaban las mercancías son los mismos para ambos países. Sin embargo, debe notarse que mientras en el sur de Rusia la mayor parte de las tumbas, incluso de los siglos VI y V a. de J. C. dan numerosos objetos escíticos, probablemente de artesanía local, en las tumbas antiguas de Tracia los objetos escíticos son raros y eran, sin duda, de importación. Los objetos locales muestran un inconfundible carácter de Hallstatt tardío y son parecidos a los de las tumbas de Trebeniste. Así, pues, estas tumbas pertenecieron a los señores tracios. Las tumbas del último grupo son mucho más escíticas. Cf. Kazarov, en *P. W. K.*, VI A, 535 (una lista excelente de distintos grupos de tumbas excavadas en Bulgaria). También ha de notarse que los objetos de fabricación jonia, frecuentes en el sur de Rusia, son raros en Bulgaria, por lo menos en el siglo V.

(52) Véase mi artículo *El vaso de plata de Voronej*, en *Mat. Arqueol. Sur Rusia*, XXXIV (1914), págs. 91 y sigs. (en ruso).

(53) El *Pferdestirnstück de* Panaguriste: B. Filov, *Röm. Mitt.*, XXXII (1917), pág. 40, fig. 25; del cinturón de Loveč: I. Velkov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VIII (1934), págs. 18 y sigs. Sobre las formas de los cinturones de metal en Italia: M. Rostovtzeff, *Notes d'Arch. Orientale*, en *Syria*, XIII (1932), págs. 327 y sigs.; los cinturones de Luristán: íd., *Some remarks on the Luristan bronzes*, en *Ipek*, VII (1931), pág. 53, lám. V, 1, y R. Dussaud, *Ceinture en bronze de Louristan*, en *Syria*, XV (1934), págs. 187 y sigs. El caldero de Gundestrup: M. Rostovtzeff, *The Great Hero of Middle Asia and his exploits*, en *Artibus Asiae*, IV (1932), pág. 108, nota 11. Celtización de las monedas griegas: R. Paulsen, *Die ostkeltischen Münzprägungen. Die Münzprägungen der Boier*, 1933; cf. *C. A. H.*, vol. III de láminas, págs. 16 y 17. El mismo proceso se nota en las monedas de los reyes odrisios, *C. A. H.*, vol. III de láminas, págs. 18 y 19; cf. la evolución de los anillos encontrados en las tumbas tracias: B. Filov, *Die Grabhügelnekropole bei Duvanlij in Südbulgarien*, 1934, págs. 191 y sigs.

(54) I. Velkov, *J. D. A. I.*, XLVI (1931), págs. 418 y sigs. B. Filov, *Las tumbas de cúpula de Mezek*, en *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XI (1937), págs. 11 y sigs. (en búlgaro, con resumen en alemán), e I. Velkov, *Las excavaciones de Mezek y Svilengrand*, ibíd., págs. 117 y sigs. (en búlgaro, con resumen en alemán). Nótese especialmente el candelabro, págs. 38 y sigs., figs. 37-46; la sítula (¿tarentina?), págs. 57 y sigs., figs. 60 y 61, y el vaso y ornamento escitotracio, págs. 154 y sigs., figs. 122-125. Véase la tumba de Lozengrad, F. W. Hasluck, *Ann. Br. Sch. Athens*, XVII (1910-11), págs. 76 y sigs., y B. Filov, *Sbornik Shishmanov*, pág. 46 (en búlgaro).

(55) Es una lástima que no haya sido excavada ninguna de las ciudades griegas de Tracia. Sin embargo, lo poco que sabemos de ellas demuestra que su aspecto y desarrollo eran similares al de las ciudades griegas de la costa norte del Euxino. Debo llamar la atención al lector sobre el gran número de ánforas estampilladas encontradas en Bizona, Odeso y otros lugares de Bulgaria y publicadas por K. Shkorpil, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VIII (1934), págs. 24 y sigs. Como en Rusia me-

ridional, predominan las estampillas de Tasos, Rodas y Sinope, mientras que las estampillas cnidias y parias aparecen esporádicamente. Además de éstas, hay un cierto número de ánforas estampilladas probablemente de origen local. Por desgracia, Shkorpil no hizo ningún intento de fechar los sellos. Dan testimonio de una producción cerámica local muchos hornos descubiertos en Calatis, Heraclea, Odeso y algunos otros lugares no identificados (Shkorpil, loc. cit., págs. 25 y sigs.). Shkorpil no ha intentado fechar los hornos.

(56) V. Parvan, *Dacia,* 1928, págs. 35 y sigs. y 74 y sigs.; cf. Radu Vulpe, *L'âge du fer dans les régions thraces de la péninsule balcanique,* 1930; A. Alföldi, *Studi Ungheresi sulla Romanizzazione della Pannonia,* en *Gli Studi Romani nel mondo,* II (1935), págs. 267 y sigs.; E. Panaitescu, *Momenti della Civiltà Romana nella Mesia,* ibíd., págs. 225 y sigs. (con bibliografía); B. Saria, *Eine Emonenser Landsmannschaft in Savaria,* en *Pannonia-Könyvtár,* VIII (1935), págs. 5 y sigs.; C. Daicoviciu, *La Transylvanie dans l'Antiquité,* 1938. Sobre las recientes excavaciones de Istro, véase, además del resumen de Parvan, S. Lambrino, en *Rev. Ét. Lat.*, IX (1931), págs. 77 y sigs. y XI (1933), págs. 457 y sigs. *Dacia,* III-IV (1927-32), págs. 376 y sigs. Sobre la cerámica de Istro: M. F. Lambrino, *Dacia,* III-IV (1927-32), pág. 362, y *Les vases archaïques d'Histria,* 1938. Un análisis semejante de otros grupos de cerámica suministrará material importante para la historia económica de Grecia y Roma. Muy interesantes para las primeras relaciones comerciales entre la Rumania moderna (especialmente su costa) y Grecia es la rica colección de vasos griegos de Kalinderu, algunos de los cuales, por lo menos, se encontraron en Rumania. Véase E. Cotin, *La Collection des vases grecs du Musée Kalinderu,* 1937 (S. Lambrino, *Bibliothèque d'Istros,* I). Los hallazgos escíticos en Hungría y Rumania son estudiados por N. Fettisch, en mi *Skythien und der Bosporus,* págs. 484 y sigs.

(57) B. Filov, *Die archaische Nekropole von Trebenischte am Ochridasee,* 1927; N. Vulič, *Ein neues Grab bei Trebenischte,* en *Öst. Jahresh.*, XXVII (1932), págs. 1 y sigs., y *Neue Gräber in Trebenischte,* ibíd., XXVIII (1933), págs. 164 y sigs., en *Rev. Arch.*, VI (1934), págs. 26 y sigs.; cf. *J. D. A. I.*, XLV (1930), Anz., 276 y sigs. y 461 y sigs. Sobre los orígenes de los bronces de Trebeniste, C. Praschniker, *Zu den neuen Funden von Trebenischte,* en *Öst. Jahresh.*, XXVII (1932), págs. 106 y sigs. El intento de atribuir los bronces a talleres italianos (E. Pernice, *G. G. A.*, CXCI (1929), págs. 445 y sigs., y A. K. Neugebauer, *Forsch. u. Fortschritte,* 1931, págs. 193 y sigs.) debe ser considerado como un claro error. Tampoco considero probable la sugerencia de V. Čajkanovič, *Das Rätsel von Trebenište,* en *Rev. Int. Ét. Balkan.*, I-II (3-4) (1936), págs. 137 y sigs., de que las tumbas de Trebeniste sean las de los celtas que regresaban a su patria después del saqueo de Delfos (¡que nunca ocurrió!). El contenido de las tumbas y su fecha probable no apoya la hipótesis. Así, pues, sería de esperar el encontrar en las tumbas el equipo militar típico de La Tène (por ejemplo, las espadas); pero, que yo sepa, no se halló en ellas ningún objeto de La Tène. Sería más sorprendente aún, si las tumbas pertenecieran al período helenístico, no encontrar en ellas monedas u otros objetos de la época clásica final y helenística. En el artículo de Čajkanovič el lector encontrará un resumen de las

múltiples conjeturas respecto a la nacionalidad de los hombres y mujeres sepultadas en las tumbas.

(58) Sobre Iliria, véase la bibliografía de M. Holleaux en *C. A. H.*, VII, pág. 932. Añádase sobre Albania en general: M. Ugolini, *Albania Antica, Ricerche archeologiche*, I (1928), *L'Acropoli di Fenice*, II (1932), y sobre Apolonia: *Albania*, I (1925)-V (1935). Cf. L. Rey, *Répertoire topobibliographique des Antiquités d'Albanie*, 1928, y *Lettre d'Albanie*, en *Rev. Int. Ét. Balkan.*, III, 1 (5) (1937), págs. 301 y sigs. Véase también la revista *Japigia*. Sobre las relaciones entre el mar Adriático y Grecia antes del siglo IV a. de J. C.: R. L. Beaumont, *J. H. S.*, LVI (1936), págs. 162 y sigs. Sobre Dionisio y sus colonias ilirias: M. Holleaux, *C. A. H.*, VII, págs. 825 y sigs. Sobre los textos de Teopompo y el seudo Aristóteles: Francotte, artículo *Naro*, en *P. W. K.*, IX, 1410, e ibíd., XVI, 1742.

(59) L. Marton, *Die Frühlatenezeit in Ungarn*, en *Arch. Hungarica*, XI (1933); cf. A. Alföldi (citado en la nota 56).

(60) P. Jacobsthal, *Einige Werke keltischer Kunst*, en *Die Antike*, X (1934), págs. 17 y sigs., y *Bodenfunde griechischer Vasen nördlich der Alpen*, en *Germania*, XVIII (1934), págs. 14 y sigs.; cf. H. Hubert, *Les Celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de La Tène*, 1932, págs. 98 y sigs., y W. von Jenny, *Keltische Metallarbeiten aus heidnischer und christlicher Zeit*, 1935.

(61) Puedo citar como ejemplo de cuidada colación de material la de F. von Duhn, *Italische Gräberkunde*, I, 1924, y II, 1939.

(62) Un buen resumen en A. Della Seta, *Italia antica*, 2.ª ed., 1928 (con buena bibliografía).

(63) Véase, por ejemplo, T. Frank, *An Economic Survey of Ancient Rome*, I; *Rome and Italy of the Republic*, 1933, donde no se dedica ningún capítulo a la historia económica de la Magna Grecia, Etruria y el resto de Italia prerromana. En el vol. III (1937) de la *Econ. Survey*, V. M. Scaramuzza, en la sección que trata de Sicilia, empieza su resumen con la primera guerra púnica. Algún material (centrado en torno al Lacio y Etruria) se encontrará en el excelente libro de T. Frank, *An Economic History of Rome*, 2.ª ed., 1927, cap. II: *The early trade of Latium and Etruria*, págs. 16 y sigs.; cf. cap. VII: *Industry and Commerce*, págs. 108 y sigs. En la *C. A. H.* se dedica un capítulo (más bien reducido) (cap. IV: *The outer Greek world in the sixth century*, de P. N. Ure) a las condiciones del siglo IV a. de J. C., pero no se han dedicado capítulos especiales a la evolución de Italia y Sicilia desde el punto de vista económico y cultural en los siglos V y IV a. de J. C. Cf. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, cap. VI, donde dedica la atención debida a la historia económica de Italia.

(64) Véase, por ejemplo, la recensión que hace B. F. Schachermeyr del libro de Hasebroek, *Griechische Wirtschafts- u. Gesellschaftsgeschichte*, 1931, en *Klio*, XXVI (1932-33), págs. 121 y sigs.

(65) La documentación ha sido colacionada e ilustrada repetidas veces; véase, por ejemplo, B. H. Knorringa, *Emporos*, 1926, páginas 98 y sigs. El pescado salado se importaba a Grecia de Italia (Tarento) por mercaderes brucios y campanianos; Eutidemo, περὶ ταρίχων, en Ateneo, III, 116 *c;* también se importaba mucho de Cádiz (Ateneo,

ibíd., y III. 118 *d* y *e*, de Antífanes y Nicóstrato). Así siguió siendo en tiempos posteriores; véase el famoso libro de cocina de Arquéstrato, fr. 52, Ribbeck; fr. 38, Brandt (atún siciliano).

(66) Bastará citar a Blümner, *Die gewerbliche Thätigkeit*, etc., página 106, y a la copiosa bibliografía sobre la vajilla de bronce etrusca en Della Seta, loc. cit., págs. 465 y sigs.

(67) Blümner, loc. cit., págs. 121 y sigs. Para las camas y cojines sicilianos, Eubulo (Kock, II, 200).

(68) Véase el artículo de Schachermeyr, citado en la nota 64.

(69) Véanse las observaciones de R. Hackl, *Merkantile Inschriften auf attischen Vasen*, en *Münch. Arch. Studien*, 1909, pág. 103. Nótese la gran cantidad de cerámica ática barata, a que se refieren las inscripciones mercantiles y los bajos precios de la cerámica en general. Las importaciones de pequeñas cantidades de esta cerámica no pagarían. Sobre los vasos griegos importados a Italia véase la bibliografía en Della Seta, loc. cit., pág. 449.

(70) Mucho se ha escrito recientemente sobre el arte tarentino y en particular sobre la toréutica tarentina: véase E. Pernice, *Die hellenistische Kunst in Pompeji*, IV: *Gefässe und Geräte aus Bronze*, 1925; K. A. Neugebauer, *Reifarchaische Bronzevasen mit Zungenmuster*, en *Röm. Mitt.*, XXXVIII-XXXIX (1923-24), págs. 341 y sigs.; P. Wuilleumier, *Le trésor de Tarente* (colección E. de Rothschild), 1930; cf. A. Rumpf, *Relief in Villa Borghese*, en *Röm. Mitt.*, XXXVIII-XXXIX (1923-24), págs. 446 y sigs.; W. Amelung, *Studien zur Kunstgeschichte Unteritaliens und Siziliens*, ibíd., XL (1925), págs. 181 y sigs.; G. E. Rizzo, *Nuovi studi sul cratere di Buccino*, ibíd., págs. 217 y sigs. Sobre las sítulas tarentinas encontradas en la península balcánica, véanse notas 50 y 54. Sobre los bronces de Sicilia, véase la bibliografía recogida por Della Seta, loc. cit., pág. 450.

(71) Véase B. Hehn, *Kulturpflanzen*, etc., 6.ª ed., págs. 72 y sigs. y 11 y sigs.; cf. A. Jardé, artículo *Vinum*, en Dar. et Saglio, *Dict.*, V, páginas 923 y sigs.

(72) T. Frank, *An Economic History of Rome*, 2.ª ed., 1927, págs. 60 y siguiente.

(73) Della Seta, loc. cit., págs. 167 y sigs., y bibliografía, pág. 453; cf. Courby, *Les Vases grecs à reliefs*, París, 1922.

(74) M. Rostovtzeff, *Notes d'archéologie orientale*, II: *Les agrafes de ceintures*, en *Syria*, XIII (1932), págs. 328 y sigs.; cf. E. Pernice, *Die hellenistische Kunst in Pompeji*, IV: *Gefässe und Geräte aus Bronze*, pág. 7; cf. 6 (sobre la coraza italiana hallada en África).

(75) Véanse las contribuciones de F. Heichelheim citadas en las notas 16 y 26.

CAPÍTULO III

ALEJANDRO Y SUS SUCESORES

No es fácil trazar el desarrollo económico general de Grecia y de las monarquías helenísticas durante los tres siglos que siguieron a la muerte de Alejandro (1). Nuestras fuentes son escasas y están desigualmente distribuidas. Cada período tiene sus propias peculiaridades por lo que respecta a las fuentes en que nos apoyamos para su historia económica, y por ello debemos tratarlos separadamente: esto es lo que haré en los capítulos siguientes.

Para la época de Alejandro y sus sucesores, que constituye el tema del presente capítulo, nuestro material varía en calidad para las distintas regiones. Para Atenas es bueno y fidedigno. Menandro y los fragmentos de otros autores cómicos contemporáneos, los *Caracteres* de Teofrasto, las vidas de los filósofos atenienses del primer período helenístico incluidas en la colección de Diógenes Laercio, y los oradores áticos tardíos, contribuyen a dar un buen cuadro de las condiciones sociales y económicas en atenas a finales del siglo IV y primeros años del III a. de J. C. Un gran número de inscripciones y copiosas series de monedas atenienses completan su testimonio. Los hallazgos de cerámica en Grecia y otros países, aunque nunca colacionados en su integridad, nos ayudan grandemente a formarnos una idea de la extensión del comercio durante este período. Las fuentes literarias y epigráficas contienen mucha información respecto a los precios corrientes de ciertos productos de consumo en Atenas.

No podemos establecer series continuas de precios sobre períodos largos, pero los testimonios que poseemos nos dan una idea adecuada de los precios medios que prevalecen en Atenas y en otros lugares en vísperas del período helenístico y durante sus primeros años.

Para el resto del imperio de Alejandro no poseemos testimonios comparables a los referentes a Atenas. Las fuentes literarias, tan excelentes y completas para la época de Alejandro, y todavía fidedignas y abundantes para la de los sucesores, se ocupan muy poco de las condiciones económicas de esta época. De cuando en cuando damos con una alusión instructiva, pero nada más. Las inscripciones son casi siempre mudas por lo que se refiere a la época de Alejandro; suministran alguna información más, aunque muy dispersa, para el período siguiente, especialmente para Delos. Los textos epigráficos más importantes que se refieren a las condiciones económicas en la época de los sucesores serán citados y discutidos más adelante en este capítulo. La información numismática es inapreciable: es tan abundante como fidedigna. La utilizaré al máximo lo mejor que pueda, lo mismo que el escaso material arqueológico que ha sido reunido y estudiado, al discutir algunos problemas económicos del período a considerar.

La crisis económica que hemos visto desarrollarse en Grecia en el siglo IV a. de J. C. fue mitigada por los sucesos políticos de fines del siglo, es decir, la expedición de Alejandro y su conquista del imperio persa. El estado de los mercados exteriores de Grecia en el Occidente y el Nordeste siguió sin alteración en la mayoría de los casos; pero incluso en estas regiones entraron en juego algunos nuevos factores económicos durante esta expedición y después de ella (2).

La situación creada por la conquista del Oriente por Alejandro ha sido comparada muchas veces con la que resultó, en la historia más reciente, del descubrimiento de América. Un nuevo mundo, se dice, se abrió a la empresa económica del viejo. Esta afirmación general conduce en gran manera a una visión equivocada. No debemos olvidar que el Oriente era bien conocido para Grecia, al menos ya en los siglos V y IV a. de J. C., y que era un mundo de civilización muy antigua y de una actividad económica altamente desarrollada. Había habido relaciones comerciales entre Grecia y Persia mucho antes de los días de Alejandro, y la conexión entre el Este y Grecia, especialmente durante el siglo IV antes de J. C., había sido cada vez más estrecha. Valgan como testigos la rápida helenización de Chipre y las principales ciudades fenicias y palestinas, así como el creciente número de inmigrantes griegos en Egipto (véase cap. II). Alejandro no descubrió un mundo nuevo hasta entonces desconocido; ni abrió de golpe a los griegos una tierra de nadie, ni conquistó un país cuyos habitantes

fueran después gradualmente exterminados, a pesar de una desesperada resistencia. Las hazañas de Alejandro fueron grandes, pero completamente distintas de las de Colón y sus sucesores. Alejandro creó un imperio greco-oriental, y de este modo logró llevar a cabo un plan que durante siglos había sido el sueño de los reyes persas: el de unificar bajo un solo mando la totalidad de la parte oriental del mundo mediterráneo civilizado. La unificación política fue la principal hazaña de Alejandro, no su aspiración cardinal. Su intención no era que los macedonios y griegos fueran los únicos dueños de este mundo unificado: habían de compartir el dominio con los primeros gobernantes del Oriente, los iranios, mientras los demás pueblos indígenas tendrían una posición apropiada en el nuevo imperio. La conquista del Oriente fue, pues, completamente diferente de la conquista de América en sus resultados políticos, sociales y económicos (3).

Naturalmente, la conquista de Alejandro tuvo importantes consecuencias económicas para Grecia y las partes helenizadas de Asia Menor, por un lado, y para el Oriente Próximo, por otro. Pero los griegos occidentales de Italia y Sicilia, que tenían vida económica y política propia, estrechamente relacionada con la de Italia y Cartago, durante mucho tiempo apenas participaron en las nuevas posibilidades abiertas a la Grecia oriental, y se vieron poco afectados en su evolución económica por la nueva situación del Oriente.

Los principales efectos económicos de la conquista de Alejandro sobre Grecia y sobre el Oriente pueden resumirse como sigue. Para empezar con un asunto de menor importancia, Alejandro enriqueció ciertamente a Grecia de varias maneras: por regalos y garantías inmediatas, dando a los griegos y macedonios oportunidades de aumentar y ampliar su actividad económica y abriéndoles nuevos mercados para los productos griegos. Diremos algo sobre estos extremos. La manera de Alejandro de manejar el botín, la pródiga liquidación de los tesoros persas de oro y plata, que fueron transformados en monedas acuñadas en gran escala, tuvieron como efecto el enriquecimiento de un número de personas, algunas de las cuales hasta entonces habían sido pobres y proletarias. El servicio en el ejército de Alejandro significaba para sus macedonios y griegos no sólo un empleo temporal, sino la riqueza y prosperidad para los que sobrevivían. Las historias que nos quedan de la conquista de Alejandro, se muestran unánimes en alabar su liberalidad hacia las tropas y contienen referencias

ocasionales a la propiedad acumulada por sus generales, oficiales y simples soldados, que era transportada en la impedimenta del ejército. Una parte importante de estas posesiones procedía del botín, que no se lo apropió Alejandro, sino que lo compartió con sus compañeros.

No hay duda de que la riqueza que pasó libremente, en diversas formas, de los tesoros persas a manos de los soldados de Alejandro no toda fue atesorada por éstos. Mucha fue gastada pródigamente en Oriente y, después de su regreso, en Grecia. El tren del ejército ofrecía abundantes oportunidades para gastar dinero. Muchos mercaderes, probablemente tanto griegos como fenicios, seguían al ejército de Alejandro, compraban el botín de los soldados y les ofrecían en cambio distintos artículos, naturalmente productos griegos en su mayor parte. El ejército fue, pues, durante años, un excelente mercado para los productos griegos (4).

Además del ejército de campaña, había los destacamentos dejados a retaguardia de la guarnición en los puntos estratégicos más importantes, y también los oficiales administrativos de las satrapías de Alejandro. Naturalmente, muchos de los sátrapas de Alejandro eran orientales. Pero al lado de éstos estaban los comandantes militares griegos, y en algunas satrapías agentes fiscales griegos. Todos estos administradores tenían grandes oficinas, y como el lenguaje oficial del imperio de Alejandro era el griego, la mayor parte de los miembros de estas oficinas eran indudablemente griegos.

El mundo griego encontró otra fuente de riqueza, y los productos griegos otro mercado importante, como resultado de la colonización de Alejandro. La extensión de esta colonización fue algún tanto exagerada por los autores de época tardía. El número de más de setenta y cinco dado por Plutarco para las colonias de Alejandro no está comprobado por las fuentes (Apiano y Diodoro) que se remontan a la misma época de Alejandro. Pero Alejandro creó en el Oriente Próximo unos cuantos establecimientos grandes y ricos de tipo urbano griego (por ejemplo, Alejandría en Egipto), así como algunos que no eran griegos (Gaza en Palestina, y quizá Tiro en Fenicia, ambas fundadas de nuevo, después de haber sido destruidas por Alejandro). Su actividad infundió además nueva vida a muchos centros de comercio de exportación griegos que existían antes de él, y que no necesitaban ser fundados de nuevo, como Gaza y Tiro, dado que no

habían sido molestadas nunca por él. Entre éstos estuvieron probablemente varias ciudades grecofenicias, como, por ejemplo, Sidón, de la que he hablado antes y que se helenizó más aún en la época de Alejandro y bajo sus sucesores. Véase el famoso «sarcófago de Alejandro» encontrado allí (nota 23 de este capítulo). Sin embargo, el ejemplo más notable de un emporio semigriego revivido de su pasado es el puerto de Al-Mina, al que se ha hecho referencia en el capítulo anterior (págs. 80 y 96). La historia de este centro de exportación ateniense en los siglos V y IV a. de J. C., tal como lo han revelado las excavaciones de Leonard Woolley, muestra que después de un período de relativa decadencia a principio y mediados del siglo IV a. de J. C. la ciudad portuaria tuvo un nuevo y grande aunque breve renacimiento de la actividad y prosperidad en la época de Alejandro y sus sucesores, hasta que fue reemplazada por el nuevo puerto de Seleuco Nicátor, Seleucia de Pieria. Esta vigorosa sensación de prosperidad está atestiguada por las ruinas de la ciudad que pertenecen a este período, así como por la abundancia de cerámica ateniense y las numerosas monedas de Alejandro, tanto de plata como de cobre, que la excavación ha producido.

Las colonias militares y no militares de Alejandro, grandes y pequeñas, en los territorios iranios, en Bactriana e India, fueron muchísimo más numerosas. Todas habían sido antes comunidades indígenas, algunas de ellas ciudades grandes e importantes. Ahora todas se transformaron en comunidades urbanas de tipo griego, algunos de cuyos miembros al menos eran griegos y macedonios, como por regla general, soldados del ejército de Alejandro heridos o incapacitados, o que no eran de fiar políticamente. Faltos de estadísticas, no podemos siquiera adivinar la fuerza numérica de la nueva población griega de estas colonias, pero no debe subestimarse. Hemos de tener presente, por ejemplo, los numerosos soldados mercenarios que dejó Alejandro en Bactriana y Sogdiana y las muchas «ciudades» (ocho o doce) que allí fundó. No podemos admitir la cifra de 23.000 que Diodoro da como número de griegos mercenarios exterminados en Bactriana después de la muerte de Alejandro, cuando se sublevaron y trataron de forzar la retirada a Grecia. Podemos pensar que el número verdadero era de 3.000. En todo caso, el hecho de la revuelta demuestra que había muchos miles de mercenarios griegos asentados en Bactriana en la época de Alejandro, y esto está confirmado por la historia posterior del país, que, de acuerdo con nuestra tradi-

ción histórica, tenía una inmensa población griega y muchas ciudades (5).

Además de los colonos de Alejandro, debemos tener en cuenta a los griegos que fueron a Oriente con el tren del ejército buscando provechosos negocios. Es permisible sugerir que muchos se establecieron en las colonias de Alejandro, y aún más en los centros urbanos de vida oriental donde Alejandro no había hecho un asentamiento oficial. ¿Cuántos de estos griegos, por ejemplo, se establecieron en la capital de Alejandro, Babilonia?

De este modo, el primer resultado, en lo que a Grecia concierne, y el que apareció más claro al pensamiento griego, fue un aumento de riqueza para el mundo griego, y, por lo menos, un alivio parcial de la superpoblación que había pesado tan duramente sobre el desarrollo social y económico de Grecia en el siglo IV a. de J. C.

Pero este alivio de pobreza y superpoblación de Grecia, aunque en aquella época fue el resultado económico más notable de las conquistas de Alejandro, distaba de ser el más importante. De consecuencias mucho mayores fue un intento de lograr la unificación económica de Grecia (incluyendo sus dependencias y ramificaciones económicas) con lo que había sido el imperio persa (incluyendo también su extensa esfera de influencia).

Esta unificación no fue resultado automático de la conquista del imperio persa. En sí, esta conquista no produciría necesariamente ni la unidad política duradera ni la económica perdurable. De hecho, el sistema político de Alejandro fue de corta duración, mientras que la unidad económica duró varias generaciones. Esta permanencia fue debida principalmente a ciertas medidas de gran alcance adoptadas por Alejandro, sin duda alguna con el fin de fundir su imperio en un todo económico unitario.

Desde este punto de vista, fue más importante la colonización del Oriente. Veintenas de *poleis* griegas se diseminaron por todas las partes de su imperio. Fueron colocadas en los puntos nodales de las grandes vías estratégicas y comerciales, que desde tiempo inmemorial habían unido entre sí las partes más civilizadas y progresivas del mundo oriental. Además de éstas, se establecieron comunidades griegas en los principales puertos orientales, como, por ejemplo, en Gaza y Tiro, mientras que las ciudades portuarias griegas de nueva creación dieron nuevas salidas al mar a partes tan importantes del mundo oriental como Egipto y Babilonia. Estos nuevos puertos fueron, ante todo y sobre todo, Ale-

jandría, el excelente puerto y maravillosa ciudad griega «cerca de» Egipto, columbrada por el fino ojo de Alejandro o quizá de sus consejeros, y, en segundo lugar, Alejandría del Tigris, en Babilonia.

En sí misma, la colonización de Alejandro, en cuanto la conocemos, no constituye un nuevo punto de partida en la evolución económica de la antigüedad. Porque la colonización de Alejandro fue, primariamente, una medida militar, pensada para salvaguardar las comunicaciones militares de su imperio. Las aspiraciones sociales y económicas que sin duda también tenía en cuenta, eran secundarias, además, la mayor parte de las *poleis* griegas creadas por Alejandro no eran ciudades de nuevo cuño (como lo era Alejandría) ni transformaciones de pequeñas aldeas en centros comerciales e industriales. En la mayoría de los casos, sus *poleis* eran ya centros comerciales. Tampoco fueron creación de Alejandro las vías que las ponían en contacto entre sí. Él heredó las vías de su imperio de los persas y no sabemos nada de él como constructor de vías. Finalmente, no fue Alejandro quien puso en comunicación los grandes centros del comercio caravanero con el mar. Las principales rutas de caravanas habían conducido desde tiempo inmemorial a los grandes puertos de la India y a las costas del golfo Pérsico, el mar Negro, el mar Rojo y el Mediterráneo.

No obstante, su colonización abrió una nueva era en la vida económica del mundo antiguo. Su efecto nuevo y momentáneo fue la transformación de los emporios orientales en centros de negocios de un tipo hasta entonces desconocido en Oriente. La mayor parte de sus colonias fueron indudablemente ciudades-estados griegas, con todo lo que esto significa, no sólo desde el punto de vista político y social, sino también económico. Estas ciudades griegas, con sus vías que las enlazaban, formaban una red de canales por los que la vida mercantil griega se difundía a través del imperio, penetrando profundamente en la sólida masa de orientalismo y aportando su influjo transformador que actuó sobre la estructura económica de Oriente. Al mismo tiempo, aunque hundidas en el ambiente oriental, las colonias de Alejandro no estuvieron aisladas del resto del mundo griego. Como *poleis* griegas estuvieron ligadas por numerosos lazos con las ciudades-estados de la madre patria e hicieron fáciles y cómodas las relaciones mercantiles entre Grecia y el Oriente.

Por supuesto, lo que Alejandro hizo fue tan sólo el principio; y sus escasas colonias, si no hubiesen sido apoyadas y reforzadas,

se habrían hundido en el orientalismo que las rodeaba y habrían acabado por desaparecer. De sus fundadores, por una parte, y de sus sucesores, por otra, dependía el que su gran destino tuviese resultados perdurables. El éxito demostró que su designio estaba bien concebido. La colonización de Alejandro produjo una cierta especie de unión económica en el mundo antiguo.

Sin embargo, la colonización fue solamente una de las medidas adoptadas por Alejandro para sus fines. Trató asimismo de fomentar la unión aumentando y abaratando los medios de comunicación por mar entre las partes más ricas e importantes de su imperio. India, Babilonia y Egipto eran sus tres pilares económicos. Envió a Nearco a explorar el golfo Pérsico y la ruta del mar desde la India a Babilonia, con el fin de establecer un canal nuevo y seguro para el tráfico entre la India y Mesopotamia. Con el mismo fin, pero por medios más adecuados, trataba de efectuar la exploración de la costa sur de Arabia, con objeto de enlazar el área indobabilónica con Egipto, donde, al fundar Alejandría, había abierto la perspectiva de un desarrollo económico importante. Los proyectos de Alejandro respecto a estas dos rutas marinas no eran nuevos, sino que los había heredado de los persas. Lo que era nuevo era su combinación con un esquema de colonización. Por lo que sabemos del método de Alejandro en Asia central, la exploración de las rutas marinas era un paso preliminar para la colonización, por cuanto estas nuevas rutas de comercio se enlazarían con la red económica que se extendía por su imperio.

Un elemento no menos importante que la exploración y colonización en los designios unificadores de Alejandro fue su política monetaria. Sin duda, lo mismo que en punto a colonización, también en la adopción de su sistema monetario, Alejandro se movió más por consideraciones políticas que por las económicas. Pero las medidas que tomó en esta esfera fueron de gran importancia, porque ofrecía una sólida base para la misión económica que tenía a la vista. Es evidente que su acuñación excelente, abundante y uniforme por sí misma ayudó al desarrollo de los negocios en el imperio. Pero su política monetaria tuvo unas consecuencias mucho más amplias. Su moneda no fue una continuación de la persa, sino que tuvo especial significación. En primer lugar, fue pensada para dar un aspecto y un carácter griegos a la vida económica y a los negocios del imperio. Los tipos de sus monedas eran griegos; su patrón, ático. Era, pues,

una moneda adaptada a la red de colonias griegas y fue pensada, en primer lugar, para ellas. Además, el nuevo dinero, en virtud de su calidad y abundancia, estaba destinado, no sólo a sustituir para siempre la moneda imperial persa y las monedas locales del imperio persa, sino también para acabar con la anarquía monetaria que reinaba en el mundo griego. Finalmente, es probable que, dotando a los nuevos centros comerciales griegos en Oriente con moneda abundante, Alejandro deseara promover el uso de la moneda como un medio de cambio, en lugar del comercio por trueque que aún prevalecía en muchas partes del mundo oriental (6).

Sin paz y seguridad no podía prosperar ni arraigar el nuevo mundo económico unificado de Alejandro. Éstas fueron aseguradas, durante el corto espacio de su vida, por él para la mayor parte del imperio. En Grecia y Asia Menor la paz permaneció ininterrumpida durante su gran expedición. Los piratas profesionales —un azote de Grecia en el siglo VI a. de J. C.— desaparecieron por algún tiempo. La piratería organizada de las ciudades-estados griegas fue suprimida. Las vías de Asia Menor y las del Oriente Próximo fueron mejoradas y limpiadas para el tráfico. El sistema postal persa se extendió a Grecia, y, aunque empleado principalmente para asuntos estatales, también contribuyó, sin duda, al desarrollo de los negocios y el comercio.

La unión política y económica del mundo greco-oriental efectuada por Alejandro le sobrevivió. La larga lucha entre sus generales después de su muerte fue, sobre todo, una lucha entre los partidarios y los contrarios de esta unión. Durante mucho tiempo la unidad política existió no sólo *de jure*, sino también *de facto,* y no se acabó en la práctica hasta la batalla de Corupedión (281 a. de J. C.). Durante todo este período perduró y se desarrolló la organización del imperio de Alejandro, aunque fue modificada poco a poco, primero por los sátrapas de Alejandro y después (306 a. de J. C.) por los reyes de las partes constitutivas del imperio.

La paz y la seguridad, que habían favorecido la unidad y la prosperidad bajo Alejandro, cesaron, es cierto, en la época de los sucesores. Esta época fue realmente un período de guerra casi incesante, que afectó a todas las partes del imperio de Alejandro, y ciertamente la guerra no contribuyó al desarrollo económico normal del mundo helenístico. Pueden aducirse algunos hechos.

Los grandes ejércitos de los diádocos, en constante movimiento y lucha continua, no eran una pura bendición para los países

por los que la guerra pasaba. Aun si un territorio no era devastado —que lo era con frecuencia, unas veces por el ejército del enemigo, y otras por piratas profesionales—, el ejército de ocupación evidentemente vivía a expensas de la población, por medio de requisas y pillaje. Puedo citar un ejemplo. Al final de la guerra lamiaca, cuando Antípatro estaba preparándose para invadir el Ática, Foción le pidió hacer la paz con Atenas, mientras estaba aún en Beocia, es decir, evitarle entrar en el Ática. Crátero se opuso diciendo: «Foción pide una cosa absurda: nos quiere indisponer con un aliado y un país amigo permaneciendo en él, cuando podemos vivir a expensas de nuestros enemigos.»*

Además, los diádocos necesitaban gran cantidad de dinero para pagar sus ejércitos, para procurarse alimentos, armas y equipo, y para mantener de buen humor a los oficiales y soldados por medio de regalos y recompensas de todas clases (7). Su precaria situación política, su falta de todo legítimo derecho al poder, los forzaba a ser pródigos y ostentosos con sus aliados y ciudades griegas sometidas. Su prodigalidad a este respecto era fabulosa: hacían grandes regalos y daban subsidios a las ciudades, distintos δωρεαί (incluidas estatuas) a sus amigos y a su estado mayor, y grandes sumas a los oficiales y soldados de sus enemigos para inducirlos a traicionar a sus amos (8). Construían nuevas ciudades y reconstruían otras ya existentes. Ya me referiré más adelante, con gran pormenor, a sus nuevas capitales: Antigonia, Casandria, Lisimaquia, Tesalónica, Demetrias; y a su ampliación y reforma de ciudades, como, por ejemplo, Esmirna, Éfeso (sinoicismo con Colofón y Lébedos), Teos y Lébedos, Colofón, Antigonia de Tróade y otras, por no hablar de las muchas colonias de Asia Menor y Siria (9). Y por último, aunque no es lo menos importante, muchos de ellos, excepto Tolomeo y Lisímaco, vivían con un lujo personal sin precedente, y gastaban sumas enormes en vivienda, banquetes y mujeres (10).

Este inmenso gasto no podía pagarse con los ingresos de unos impuestos estabilizados y ordenados, y había que buscar otras fuentes, como las contribuciones de guerra impuestas a las ciudades griegas aliadas y sometidas, únicos centros donde se encontraba dinero. Estas contribuciones tomaban a veces la forma de tropas aliadas pagadas por las ciudades o, más frecuentemente, de barcos donados por las ciudades a la marina. En la mayoría de

---

* Plutarco, *Phoc.*, 26.

los casos se pagan en dinero en forma de un tributo regular (φόροι), o de coronas (στέφανοι), o de contribuciones irregulares (ἀποφοραί). Todos los sucesores tuvieron que recurrir a estas fuentes de recursos para financiar sus operaciones militares. Antípatro lo hizo después de Triparadisos*[1]; también Éumenes*[2], y especialmente Antígono y Demetrio. Plutarco cita un dicho de Antígono: «Antígono exigía contribuciones con severidad. Cuando alguno objetaba: "Pero Alejandro no era tan duro", replicaba: "Sin duda, porque él estaba segando Asia, mientras que yo estoy espigando"»*[3]. Y en su carta a Escepsis, el mismo Antígono reconocía cuán duramente pesaba esta carga sobre las ciudades: «Viendo las molestias que vosotros y los otros aliados sufren por el servicio militar y los gastos»*[4].

Pueden citarse algunos casos particulares. En una carta a Mileto, Tolomeo II menciona los distintos beneficios hechos a la ciudad por él y por su padre, especialmente un favor de Soter: «Haberos aliviado de los duros y opresivos impuestos y peajes que algunos reyes os habían impuesto»*[5]. La fecha de este beneficio de Soter es desconocida. Se ha sugerido que Soter gobernó en Mileto en 314-313 a. de J. C. y que, por lo tanto, los reyes que sujetaron a los milesios al opresivo tributo fueron los reyes persas y carios y Alejandro o Antígono. No creo que Tolomeo Soter (si Filadelfo se refiere a él) o el mismo Filadelfo incluyeran a Alejandro entre «ciertos reyes»; la expresión implica una buena parte de crítica y desaprobación, y no se referiría a Antígono sólo en plural. Sin embargo, si entendemos por los «reyes» de la inscripción a los rivales y enemigos de Soter, Antígono y Demetrio, el tono de la nota de Soter o Filadelfo se entiende fácilmente. La dificultad está en que no es fácil encontrar tiempo

---

*[1] Dittenberger, *O. G. I.*, 4, 10: Ἀ[ν|τιπ]άτρῳ γὰρ ἐπιτάξαντος χρήματα εἰς | τὸμ πόλεμον εἰσφέρῃν.

*[2] Justino, XIV, 1, 6: «tunc exercitu in Aeoliam promoto pecunias civitatibus imperat, recusantes dare hostiliter diripit.»

*[3] *Apophthegmata*, 182: Ἀντίγονος εἰσέπραττε χρήματα συντόνως· εἰπόντος δέ τινος «ἀλλ' οὐκ Ἀλέξανδρος ἦν τοιοῦτος», «εἰκότως» εἶπεν «ἐκεῖνος μὲν γὰρ ἐθέριζε τὴν Ἀσίαν, ἐγὼ δὲ καλαμῶμαι».

*[4] *O. G. I.*, 5, 44, Welles, *R. C.*, 3, 42: ἅμα δε καὶ ὑμᾶς ὁ|ρῶντες κα[ὶ] τοὺς ἄλλους συμμάχους ἐνοχλου|μένους ὑπό τε τῆς στρατείας καὶ τῶν δαπανη|μάτων.

*[5] Rehm, *Milet. Erg. d. Ausgr.*, I, 3, núm. 139; Welles, *R. C.*, 14: καὶ φόρων τε | σκληρῶν καὶ χαλεπῶν ἀπολύσαντα καὶ παραγωγίων παρ' ὑμῖν ἅ τινες | τῶν βασιλέων κατέστησαν.

entre Demetrio (295-294 a. de J. C.) y Lisímaco (289-288 a. de J. C.) incluso para un breve mando de Soter sobre Mileto, ni está mencionado en nuestras fuentes. Sin embargo, en sí, no es imposible en modo alguno una ocupación temporal de Mileto, inmediatamente después del mando de Demetrio (11).

Después de un breve período de trato considerado por parte de Soter, Mileto vivió años duros, una vez más, bajo el mando de Lisímaco. Una inscripción de Mileto menciona un préstamo contraído por la ciudad con el fin de sacar dinero «con que tenemos que pagar al rey Lisímaco el segundo plazo*[1]». El pago a Lisímaco era probablemente una contribución o φόρος regular. El mismo parece ser el caso de Eretria de Eubea, que pagaba a Demetrio 200 talentos al año*[2]. Además había en esta época barcos de Eretria en la flota de Demetrio (302 a. de J. C.)*[3]. Severas presiones debieron de haber sido ejercidas también por Demetrio sobre los miembros de la Liga de las Islas. Algunas inscripciones de la primera parte del siglo III a. de J. C. se refieren a préstamos contraídos por las ciudades, probablemente en Delos, el gran centro monetario del Egeo. Este préstamo fue obtenido por la ciudad de Amorgos*[4], y otro por diversas ciudades de las islas. Filocles, almirante de Filadelfo, ayudó a los delios (hacia 280 a. de J. C.) a recoger estos préstamos*[5]. Probablemente fueron pedidos para pagar a Demetrio las εἰσφοραί, que Tolomeo Soter perdonó a los isleños*[6]. De nuevo nos encontramos con otro agente de Filadelfo, dedicado a los mismos negocios, recaudando deudas en Cartea de Ceos*[7]. Es muy probable que Demetrio, con el fin de que le pagaran las contribuciones, mandara a algunas ciudades que estableciesen nuevos impuestos*[8]. Aunque un préstamo no siempre es una señal de ruina financiera, en el mundo antiguo presagia, por lo menos, un gran apuro financiero. Uno se da cuenta de cuán grave era este apuro, cuando se lee la famosa ley de Éfeso sobre la hipoteca de propiedades*[9], que data de

---

*[1] Rehm, *Milet. Erg. d. Ausgr.*, I, 3, núm. 138, 7: ὧν δεῖ ἀποδοῦναι ἡμᾶς βασιλεῖ Λυσιμάχωι εἰς τὴν δευτέραγ καταβολήν.

*[2] Diógenes Laercio, II, 140.

*[3] *S. I. G.*³, 348.

*[4] *I. G.*, XII, 7, 68, 69, 70.

*[5] F. Durrbach, *Choix d'inscr. de Délos*, 18.

*[6] *S. I. G.*³, 390, 15.

*[7] *I. G.*, XII, 5, 2, 1066.

*[8] Poyesa de Ceos, *I. G.*, XXII, 5, 570.

*[9] *S. I. G.*³, 364.

alrededor del 297 a. de J. C. Las condiciones eran tan inestables y la moneda tan escasa, que los propietarios no encontraban compradores cuando querían vender su tierra con el fin de pagar sus hipotecas. Hablando de la unión (sinoicismo) de Teos y Lébedos, Antígono menciona los préstamos exteriores contraídos por Lébedos (véase más adelante, págs. 157 y sigs.) (12).

La pesada carga fiscal impuesta por los sucesores sobre las ciudades de las islas y de Asia Menor contribuyeron a hacer precarias e inestables las condiciones de vida en ellas. De cuando en cuando tenemos noticias de disturbios, probablemente de carácter social (ταραχαί), ocurridos en Cartea de Ceos, que se solucionaron gracias a la intervención de Filocles y Bacón, los bien conocidos agentes de Soter y Filadelfo en el Egeo*[1]. Parecidos disturbios ocurrieron en Íos, donde algunos esclavos huyeron de sus amos, y probablemente se colocaron como remeros, en navíos descubiertos (πλοῖα ἄφρακτα). Fueron devueltos a sus amos por Zenón, almirante de Soter*[2]. Los disturbios no cesaron al desaparecer los sucesores de Alejandro. Volveré sobre el asunto en el próximo capítulo.

La lucha de los diádocos por la Grecia continental fue una fuente de los mayores males. Grecia en esta época era aún la presa más codiciada por ellos. Todos trataban, por distintos medios, de tenerla a su lado. El método de Antípatro, antes y después de la guerra lamiaca, era mantener guarniciones en las ciudades más importantes y establecer en la mayoría de ellas una oligarquía o una tiranía. El sistema fue heredado por Casandro. Sus enemigos protestaron contra él, insistiendo en la observancia de la Liga: que las ciudades serían completamente libres y autónomas bajo la hegemonía general del rey. En consecuencia, las ciudades fueron proclamadas repetidas veces libres e independientes, primero por Poliperconte, después por Antígono, Demetrio y Tolomeo, y finalmente por Tolomeo otra vez. Esta política tuvo a la mayoría de las ciudades en un estado de guerra, y cada ruptura de hostilidades llevaba consigo la guerra civil en ellas. Las condiciones recuerdan en alguna medida el período de anarquía que dominó inmediatamente antes de los días de Filipo. Podemos, pues, aplicarles, *mutatis mutandis,* la penetrante descripción de este último período, que da Isócrates en sus *Pa-*

*1 *I. G.,* XII, 5, 1065.
*2 Ibíd., XII, 5, 1004; *O. G. I.,* 773; cf. *S. I. G.*³, 367.

nath; 258: «De todas las ciudades griegas [excluida Esparta], con ser tantas, ni una sola puede citarse ni encontrarse que no haya sido envuelta en las calamidades que suelen ocurrir a las ciudades...: guerra civil, crímenes, destierros ilegales, rapiñas, violación de mujeres y niños, cambios de constitución, abolición de deudas y reparto de tierras.»

Puedo citar, en apoyo de este juicio, unos cuantos ejemplos sacados de los años 318-314 a. de J. C., años tan vívidamente descritos por Diodoro. La proclamación de libertad por Poliperconte fue seguida de su carta a Argos y otras ciudades, en la que recomendaba la ejecución de algunos partidarios de Antípatro, el destierro para los demás, y, por supuesto, la confiscación de sus propiedades, para privarlos de los medios de apoyar a Casandro. Estas recomendaciones fueron repetidas por segunda vez, con el resultado de que muchas ciudades peloponésicas siguieron el consejo, y hubo cosecha de asesinatos y destierros en muchas de ellas (318 antes de J. C.)*[1]. En 315, Apolónides, general de Casandro, reprimió una revuelta en Argos de un modo despiadado. Encerró quinientos de sus enemigos en el pritaneo y los quemó vivos. De los restantes, unos fueron muertos y otros desterrados*[2]. El mismo año se apoderó Casandro de Orcómeno y capturó a todos los amigos de Alejandro, hijo de Poliperconte, que se había refugiado en el santuario de Ártemis. Permitió a los de Orcómeno hacer de ellos lo que quisieran. Los orcomenios sacaron a los refugiados del santuario y los asesinaron, «violando la costumbre internacional griega» (παρὰ τὰ κοινὰ τῶν Ἑλλήνων νόμιμα), anota Diodoro (Jerónimo)*[3].

Este recurrir al asesinato y a las ejecuciones no se debía a ninguna crueldad especial en el carácter de Casandro. Aristodemo, general de Antígono en Grecia, que fue allí en 314 a. de J. C. para liberar las ciudades, actuó exactamente del mismo modo. Así, por ejemplo, no pudo liberar a Egio porque sus soldados empezaron a pillar la ciudad: muchos ciudadanos fueron asesinados y casi todas sus casas destruidas. En Dime, de Acaya, mientras los ciudadanos trataban de tomar la acrópolis y capturar la guarnición de Casandro, Alejandro llegó y se apoderó de la ciudad. De los dimeos mató a algunos y desterró a muchos. Entonces

---

*1 Diodoro, XVIII, 57, 1, y 69, 3-4.
*2 Íd., XIX, 63, 2.
*3 Íd., XIX, 63, 5.

llegaron los soldados de Aristodemo, que con ayuda de los dimeos tomaron la acrópolis, y muchos dimeos amigos de Alejandro sufrieron la misma suerte*[1]. Otra vez, Cratesípolis, la mujer de Alejandro, en el mismo año de 314, después de haber aplastado una revuelta de los sicionios, crucificó a treinta de sus jefes. La conducta del propio Demetrio, el gran libertador, fue precisamente la misma. En 303 a. de J. C., cuando se proclamó en Grecia «la unión de los corazones», tomó a Orcómeno, de Arcadia, y capturó la guarnición de Poliperconte. Crucificó en las afueras de la ciudad a Estrómblico, comandante de la guarnición, y unos ochenta de los que le fueron hostiles*[2]. Los ejemplos pueden multiplicarse. No hay más que leer la lamentable historia de Sición antes del golpe de mano de Arato, tal como la cuentan Diodoro y Plutarco, o recordar la historia de Tebas en esta época, o las bien conocidas vicisitudes de Atenas, para darse cuenta de lo que las guerras de sucesión significaban para Grecia. Menandro, de cuando en cuando, da una elocuente expresión de los sentimientos de Grecia en esta época*[3]. La devastación de territorios, las contribuciones de guerra y las requisas, deben ser incluidas en la suma de sufrimientos del país. En comparación con la suerte de las ciudades de la Grecia continental, la de las islas y las ciudades de Asia Menor era afortunada.

Debemos procurar no exagerar el lado negro del cuadro. Grecia, ciertamente, sufrió mucho, porque aún dominaban las antiguas costumbres de la guerra, y éstas eran extraordinariamente crueles y despiadadas. Los sucesores de Alejandro, en el curso de sus guerras en Grecia, a veces se veían obligados a adaptarse a la inveterada brutalidad de sus aliados o enemigos. Pero, por su parte, no había tendencia a hacer la guerra más cruel y ruinosa de lo que era costumbre. En los anales de sus guerras no encontramos testimonios de destrucciones completas de ciudades, de matanzas de poblaciones enteras, o de esclavización de mujeres y niños. En sus luchas entre sí, fuera de Grecia, trataban de ser lo más humanos y caballerosos que podían. No extendieron las costumbres griegas de la guerra a sus nuevos países. Y al tratar con las ciudades griegas, mientras con una

---

*[1] Diodoro, XIX, 66.

*[2] Íd., XX, 103, 6.

*[3] Menandro, Περικειρ., 409 y sigs. (Allison; 280 y sigs. Sudhaus): πολλῶν γεγονότων ἀθλίων κατὰ τὸν χρόνον τὸν νῦν—φορὰ γὰρ γέγονε τούτου νῦν καλὴ ἐν ἅπασι τοῖς Ἕλλησι δι᾽ ὅτι δήποτε...

mano sembraban la discordia y la destrucción, con la otra ayudaban a las ciudades con regalos y concesiones. Pegaban fuerte de cuando en cuando, pero tenían mucha consideración hacia la opinión pública de Grecia, y trataban de evitar la crueldad y la rudeza innecesarias. Grecia estuvo en estado de inquietud, las guerras y revoluciones estaban en el aire, los contrastes económicos y sociales se hacían cada vez más pronunciados. Pero la población sin empleo y sin hogar de Grecia encontró alivio en los nuevos países del Oriente y en los ejércitos de los diádocos.

Con todo, incluso la guerra no era en todos sus aspectos una fuente de desdichas en la vida económica de Grecia y del mundo oriental de la época. Aunque parezca una paradoja, es un hecho, y un hecho de cierta importancia. Este aspecto benéfico de las guerras de los sucesores de Alejandro fue casi siempre resultado del carácter de sus ejércitos, que son un caso único en su género en la historia universal. Los ejércitos de los diádocos eran completamente diferentes y serán descritos, en sus aspectos económicos y sociales, más adelante en este libro. Los ejércitos de los sucesores de Alejandro han sido comparados con los de los condotieros de la historia medieval. Pero, en mi opinión, no existe entre ellos ni la menor semejanza. Me propongo, pues, tratar este tema con mayor pormenor del que podría esperarse de una historia económica porque, como he indicado, el ejército era en sí, probablemente, uno de los factores más importantes, no sólo en la vida política, sino también en la social y económica del período que consideramos (13).

El ejército de Alejandro no fue desmovilizado después de su muerte. Fue distribuido entre los distintos sátrapas de la monarquía, quedando el núcleo en manos del gobierno central. Se conservó movilizado y dispuesto para la guerra, por lo menos hasta la batalla de Ipso, y aun después, tanto por el gobierno central como por sus oponentes. En cierto sentido, fue un ejército permanente bajo el mando de uno u otro de los sucesores de Alejandro. Perdicas, Antípatro, Antígono, Éumenes, Poliperconte, y otra vez Antígono y Demetrio, tuvieron sucesivamente el mando del cuerpo principal del gran ejército. Después de Ipso, primero Demetrio, después su hijo Antígono, retuvieron una parte de este cuerpo principal, mientras Seleuco, Lisímaco y Tolomeo aumentaron su participación en él, por la adición de distintos contingentes. El ejército macedonio de Casandro fue, en cierto modo,

una excepción. Fue el renacer del ejército macedonio de Filipo, y de Alejandro antes de la gran expedición.

Nunca desmovilizado, el gran ejército de Alejandro estuvo casi constantemente moviéndose de un lugar para otro, luchando o preparado para luchar. Pasaría cortas temporadas en cuarteles de invierno, y los destacamentos serían estacionados de cuando en cuando como guarniciones en distintas ciudades. Esto es cierto, sobre todo, para la infantería y la caballería macedónicas. Los contingentes auxiliares —aliados, mercenarios y destacamentos extranjeros— fueron añadidos a este núcleo o separados de él, de acuerdo con las circunstancias.

El ejército de los sucesores de Alejandro no era sólo un instrumento bélico en sus manos; era una especie de cuerpo político, un estado y una corte móviles, dado que del apoyo del ejército dependía la existencia política de sus comandantes. Este aspecto del ejército es especialmente importante en la historia de Perdicas, y en la lucha entre Éumenes y Antígono. En tanto que el ejército —generales, oficiales y soldados— apoyaba al comandante, era un factor en la vida política de la época. Tan pronto como le traicionaban estaba perdido, hasta que pudiera encontrar otro ejército que le apoyase. Estas traiciones son frecuentes en los anales de los diádocos, pasando el ejército con la mayor presteza al otro lado, antes o incluso después, de una batalla decisiva. Una de las armas más poderosas de la época en las filas de un ejército hostil era una propaganda inteligente y bien organizada, ayudada por las venalidades. Tampoco eran infrecuentes los casos de amotinación, incluso entre los macedonios (14). De hecho, los ejércitos de los sucesores de Alejandro no eran tanto instrumentos en sus manos como sus σύμμαχοι, sus conmilitones, sus asociados, pareciéndose en esto a las ciudades griegas. Obedecían a sus comandantes —también como las ciudades griegas— mientras les eran bienquistos (εὖνοι) (15). Esta εὔνοια dependía de varias cosas. Primero y sobre todo, de una paga buena y regular y de frecuentes oportunidades de pillaje y saqueo (16), y estrechamente ligado con ello, de la habilidad y la suerte del comandante y de su modo de tratar a sus hombres.

Las consideraciones de carácter más elevado o ideal desempeñaban una parte casi despreciable en las relaciones entre los ejércitos y sus comandantes. Los ejércitos, excepto el de Macedonia, eran grandes cuerpos, en constante movimiento, de hombres prácticamente apátridas, que luchaban, no por su patria, sino

para apoyar la ambición personal de su comandante y conquistar a beneficio de éste territorios extranjeros en los que no tenían interés alguno. Su patria real era su campamento siempre errante, donde tenían sus familias, su dinero y sus pertenencias. Este campamento con su bagaje (ἀποσκευαί) constituía su *polis* móvil, y por ella estaban dispuestos a luchar y a morir, y, si se daba el caso, a traicionar a sus jefes. Había, sin duda, entre ellos cierto orgullo nacional y profesional, que hacía de los macedonios excelentes luchadores cuando se enfrentaban en combate con enemigo igual o inferior.

La lealtad a la casa de Filipo y Alejandro (mientras esta casa existió) fue un factor de muy poca importancia. Al principio influyó algo en la conducta de los ejércitos macedonios. Pero esta adhesión a la dinastía fue muy efímera, y no fue sustituida por la vinculación a ninguna otra casa reinante con ambiciones de poder basadas en la herencia. Además, casi no tenemos noticia alguna de que la religión influyese en grado apreciable en la conducta política del ejército. El culto de Alejandro —en una u otra forma— pudo haber existido en los campamentos. No sabemos nada de él, excepto la famosa tienda de Alejandro en el campamento de Éumenes. Si los diádocos fomentaron la ostentación del sentimiento religioso (si hubo alguno) en su favor, tal como lo conocemos en las ciudades griegas, no lo sabemos. Los cultos dinásticos de que tenemos noticia no se desarrollaron en los campamentos, sino en las ciudades griegas, súbditas o aliadas de los sucesores de Alejandro.

Los grandes ejércitos en movimiento de estos jefes eran un fenómeno nuevo en la vida social y también, hasta cierto punto, en la vida económica del mundo helenístico. Se mantuvieron continuamente grandes fuerzas de soldados profesionales, bien adiestrados en el oficio militar. El núcleo de cada ejército se componía de macedonios, pero estaba rodeado de contingentes de diversas nacionalidades: griegos, tracios, ilirios, iranios, anatolios, semitas e indios, que juntos formaban una hueste numéricamente tan fuerte como el cuerpo principal de macedonios. El campamento era, pues, una mezcolanza de naciones y lenguas, un fiel reflejo del imperio de Alejandro y del mundo helenístico de la época. No faltaban distinciones entre las clases y entre ricos y pobres. La aristocracia estaba formada por los oficiales de distinta categoría (su jerarquía nos es poco conocida) de las distintas unidades. Los macedonios eran, por supuesto, más ricos

y orgullosos que el resto del ejército. Entre ellos los jinetes tenían más categoría que los infantes. Entre los combatientes y los civiles del campamento había la gran masa de técnicos de diferentes clases: ingenieros y mecánicos para las máquinas de sitio y de la artillería, intérpretes y guías, doctores y veterinarios, etc.

Finalmente, miles de civiles acompañaban al ejército: esposas y concubinas de oficiales y soldados, sus hijos, sus criados y esclavos. Todo el que lea en Plutarco y Diodoro la descripción del tren-bagaje (ἀποσκευαί) del ejército de Éumenes o la historia de la muerte del general indio Ceteo en su campamento, y la disputa entre sus dos mujeres por el honor de morir con él, se dará cuenta de que una gran multitud de hombres, mujeres, niños y animales vivían en el campamento del ejército o cerca de él. Añádase a éstos los mercaderes, prestamistas, traficantes del botín, heteras profesionales, etc., y se verá claramente que un ejército helenístico de esta época era una enorme ciudad móvil, comparable a las ciudades móviles de los nómadas orientales en Europa oriental y Asia (17).

Las armadas de este período eran diferentes. Los barcos eran demasiado pequeños para llevar las ἀποσκευαί, y el tren de la flota quedaba en tierra. La descripción de la flota de Demetrio durante el sitio de Rodas demuestra que, a su manera, una flota recordaba los campamentos móviles de los ejércitos de tierra. Los barcos de guerra (200) y los transportes de tropa (170) iban acompañados por un número mucho mayor de otros barcos: comprendía los piratas, fieles aliados de Antígono y Demetrio, y expertos en las artes de devastar un país, y capturar los mercantes enemigos, y los barcos que llevaban suministros regulares para las fuerzas navales y militares. Además, alrededor de la flota de Demetrio había distintos navíos particulares tratando de ganar dinero de una u otra manera, dispuestos igualmente a vender alimentos a los sitiadores o a los sitiados, según las circunstancias, y cerca de un millar de mercantes particulares preparados para el caso de la captura de la opulenta ciudad de Rodas para comprar el botín y los esclavos a los conquistadores (18).

De este modo, el campamento de un ejército era una gran ciudad móvil, o más bien una capital móvil, con una población más grande que la de muchas capitales griegas; y además una ciudad rica. Los generales y oficiales de los ejércitos de los diádocos eran, en su mayor parte, hombres muy ricos, comparables en este aspecto a los generales y oficiales del ejército de Alejan-

dro. Hay referencias ocasionales a las grandes sumas de dinero que llevaban consigo (19). Algunos simples soldados rasos tenían también importantes ahorros que habían acumulado en sus años de servicio. Este dinero no estaba ocioso. Tenemos noticia de préstamos hechos a los generales por los oficiales, y con razón podemos suponer que los oficiales prestaban dinero no sólo a sus superiores, sino también a sus subordinados, o se lo tomaban prestado. El conjunto del ejército, pues, con los civiles que le acompañaban, formaba un enorme concierto mercantil. El dinero corría libremente de las bolsas de los soldados a las arcas de los civiles, y viceversa. Parte del dinero quedaba, sin duda, en los países a través de los cuales pasaba el ejército o donde éste tenía sus cuarteles de invierno; pero esta parte era pequeña, porque el ejército, por regla general, no compraba, sino que requisaba lo que necesitaba (20).

Aunque los ejércitos de los sucesores de Alejandro estaban en una marcha incesante, los oficiales y soldados que componían las distintas unidades iban cambiando gradualmente. Pronto desaparecieron los sexagenarios que formaban el cuerpo llamado «los escudos de plata» de Éumenes. Muy pocos de los soldados que habían luchado en el ejército de Alejandro estaban aún vivos en la época de la batalla de Ipso, y difícilmente ninguno en la época de la batalla de Corupedión. Muchos cayeron en la guerra. Es equivocado decir que fueron pequeñas las pérdidas en las batallas de los diádocos: en los pocos casos de que poseemos información fidedigna, vemos que fueron considerables. En Capadocia, por ejemplo, Éumenes, en 320 a. de J. C., perdió 8.000 hombres en el combate con Antígono. Su ejército constaba de unos 20.000 infantes y 5.000 caballos, mientras que Antígono tenía una fuerza mucho menor: 10.000 de infantería, 2.000 de caballería y 30 elefantes. En la batalla de Paretacene (317) Antígono tenía unos 36.800 hombres en conjunto, Éumenes 41.000. Antígono perdió 3.700 infantes y 54 de a caballo muertos, y 4.000 heridos, es decir, un quinto de su fuerza. Las pérdidas de Éumenes fueron mucho más reducidas: unos 500 ó 600 muertos y 900 heridos. La batalla de Gabiene costó a Antígono, cuyo ejército era algo menor que en Paretacene, 5.000 hombres de su infantería pesada solamente. Finalmente, en Gaza el ejército de Demetrio, de 17.000, tuvo 500 muertos y 8.000 prisioneros*.

---

* Capadocia (320 a. de J. C.): Diodoro, XVIII, 40, 7; cf. Arr. τὰ μετὰ 'Αλέξανδρον 43 (Roos). Paretacene (317 a. de J. C.): Diodoro, XIX,

No es necesario referirse a los casos frecuentes de rendiciones de ejércitos enteros. Los que eran cautivados de este modo (αἰχμάλωτοι) eran tratados con afabilidad. Las matanzas en masa o la venta de los cautivos como esclavos fueron excepcionales durante las grandes guerras de los reyes, y más frecuentes en las pequeñas luchas internas en Grecia. Los prisioneros, o bien prestaban juramento de adhesión a los vencedores y se incorporaban a su ejército, o eran rescatados (λυτροῦν) por sus propios comandantes o por quienes estuvieran interesados en ello. Así, en el sitio de Rodas Demetrio y los rodios pusieron una tarifa para los αἰχμάλωτοι (1.000 dracmas por un hombre libre, 5.000 por un esclavo)*. Así, pues, los que se entregaban proporcionaban siempre una ventaja a los vencedores: si los prisioneros no volvían a empuñar las armas, eran, por lo menos, una buena fuente de provecho, probablemente tanto para el comandante como para los oficiales y la tropa.

La mayoría de los macedonios, licenciados a causa de la edad o de las enfermedades, probablemente se asentaban en alguna de las numerosas colonias militares fundadas por los diádocos, especialmente en Asia Menor y en Siria; algunos licenciados volvían a la patria. Las vacantes debidas a muerte o a licencia se llenaban con nuevos reclutas, algunos de los cuales vinieron de Macedonia. Pero los gobernantes de este país pronto se lo reservaron como campo de reclutamiento para ellos mismos. Desconocemos cómo llenaron los demás los huecos de sus falanges macedónicas y la caballería. Probablemente reclutaron hijos de soldados macedónicos, nacidos y educados en los campamentos, o nacidos en las primeras colonias militares, especialmente en las de Alejandro. El método de reclutamiento posterior establecido por los epígonos de Alejandro no se había desarrollado aún.

La situación en Egipto es cuestión aparte. El sistema de soldados asentados, clerucos militares que no constituían comunidades separadas como las colonias de Alejandro y de sus sucesores asiáticos, no fue, probablemente, una creación de Filadelfo, sino que debe de remontarse a Soter. Una gran proporción de los primeros colonos de Tolemaida, la capital griega del sur de Egipto,

---

27-31, especialmente 31, 5. Gabiene: Diodoro, XIX, 43, 1. Gaza (312 antes de J. C.): Diodoro, XIX, 85, 3.

* Diodoro, XX, 84, 6. Véase el episodio de Malos de Cilicia, donde Tolomeo vendió como esclavos a los que sobrevivieron al asalto. Diodoro, XIX, 79, 6 (312 a. de J. C.).

eran soldados. Sabemos casualmente que 8.000 soldados capturados en Gaza fueron establecidos en Egipto (21).

Desconocemos cómo los sucesores de Alejandro trataban a los mercenarios cuando acababan su plazo de servicio o quedaban inválidos. Algunas veces se les asignaba tierra. Tenemos un ejemplo de esto en Casandria en 279 a. de J. C., cuando el demagogo Apolodoro procuró lotes de tierra en Palene a los mercenarios de Eurídice. En Teángela (Caria) los soldados que se rindieron a Eupólemo hacia 315-314 a. de J. C. y sirvieron con él, recibieron tierra o fueron confirmados en sus derechos como propietarios. Me inclino a pensar que lo mismo sucedió en Aspendo en 310-306 ó 301-298 a. de J. C., cuando los mercenarios —panfilios, licios, cretenses, griegos, pisidios— recibieron la ciudadanía por un decreto especial después de una guerra victoriosa, probablemente por recomendación de Tolomeo Soter. Creo muy probable que por lo menos algunos recibieran al mismo tiempo lotes de tierra en algún lugar cerca de Aspendo; en parte, tal vez en el territorio de la ciudad, porque es difícil comprender qué valor tendría la ciudadanía para unos huéspedes meramente temporales de Aspendo. Tenemos un caso semejante más tarde (244 a. de J. C.), cuando los soldados asentados en Magnesia del Sípilo y en Palemagnesia recibieron la ciudadanía de Esmirna (22).

Los oficiales retirados y los licenciados formaban una importante clase, y muchos de ellos no permanecieron en las monarquías orientales, sino que probablemente volvieron a Grecia y Asia Menor. En su mayor parte estaban en buena situación, y alguna vez tenemos noticias de ellos. Tales fueron Gorgo de Yaso, antiguo ὁπλοφύλαξ de Alejandro*[1], Tesipo de Neso*[2], Malusio de Gárgara*[3], Laomedonte de Mitilene, interventor de los prisioneros de guerra bárbaros (ἐπὶ τοῖς αἰχμαλώτοις βαρβάροις) bajo Alejandro y uno de sus trierarcas, más tarde (323 a. de J. C.) gobernador de Siria; su hijo Larico llegó a ser un habitante muy honrado de Priene*[4]. Al mismo grupo pertenecía el bien conocido Cárano, un macedonio de noble origen, cuya pródiga fiesta nupcial fue descrita por Hipóloco en una carta a Linceo, el famoso contemporáneo y discípulo de Teofrasto. La riqueza de Cárano era cierta-

*1 *S. I. G.*³, 312; *Ephippus*, en *Ateneo*, XII, 538 *b* (F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 126, frag. 5); cf. *S. I. G.*³, 307.
*2 *O. G. I.*, 4.
*3 *S. I. G.*³, 330.
*4 *Inschr. v. Pr.*, 18; *O. G. I.*, 215

mente fabulosa, y podemos suponer que la había adquirido él o su padre al servicio de Alejandro*. Finalmente, hay muchas probabilidades de certeza en la hipótesis de S. Robert de que los extranjeros (dos de ellos macedonios) que en la época de Antígono (entre 311 y 306 a. de J. C.) suscribieron grandes sumas de dinero para la inclusión del lugar de la «ciudad vieja» (παλαιὰ πόλις) a Colofón, fueran oficiales del ejército de Alejandro que quizá lo hicieron movidos por espíritu público o por alguna consideración de interés personal. Mientras muchos de estos oficiales se contentaban con ser ciudadanos distinguidos de su ciudad natal o de su nuevo lugar de residencia, otros eran más ambiciosos. En Asia Menor, antes de los días de Alejandro, muchas ciudades habían sido gobernadas por tiranos, protegidos y a veces nombrados por los reyes persas. Los casos mejor conocidos son la dinastía de Hecatomno y Mausolo, los tiranos de Halicarnaso, los gongílidas y los dematáridas de Pérgamo, el conocidísimo filósofo tirano Hermias de Atarneo; Mania, la reina tirana de Eólide, y Nicágoras de Celea. La tradición estaba aún viva en la época de Alejandro, e incluso en los días de los diádocos había tiranos de este tipo. No es extraño que algunos de los oficiales de Alejandro, que poseían riqueza y experiencia militar, en el tumulto del período siguiente, llegaran a ser tiranos de las ciudades donde la tradición tiránica estaba aún viva. Uno de éstos fue probablemente Eupólemo, tirano de Yaso a fines del siglo IV a. de J. C. (23).

Estos hombres ricos y ambiciosos llevaban consigo grandes sumas de dinero, que sin duda invertían de un modo u otro en sus ciudades. También gastaban libremente el dinero en las ciudades griegas los mercenarios o macedonios todavía en el servicio militar —*milites gloriosi*— cuando estaban con licencia o, en el caso de los mercenarios, buscando empleo, y tenemos noticias de grandes grupos de ellos que esperaban en distintos lugares, especialmente en Ténaro, oportunidad de hallar colocación.

Así, la guerra fue, hasta cierto punto, un factor beneficioso en la vida económica de esta época, pues puso en circulación grandes sumas de dinero que habían constituido el fondo de reserva de Alejandro. Este dinero estimuló el comercio, lo mismo que el tráfico animado que se desarrolló en los campamentos y alrededor de ellos. Muchos beneficiarios de la guerra, además de

---

* Ateneo, IV, 128 *c* y sigs.; cf. H. Berve, *Das Alexanderreich*, II, núm. 412: Κάρανος.

los oficiales y soldados, se hicieron ricos, y la gran demanda de armas, barcos y máquinas de guerra estimularon las correspondientes ramas de la industria; a veces, incluso los abastecimientos requeridos para la subsistencia del ejército y el material para municiones, quizá fueran comprados y no requisados a la población.

Pero la guerra, aunque fuera importante, no ejerció una influencia dominante sobre la evolución económica del imperio de Alejandro durante el período relativamente corto del gobierno de sus sucesores. Siempre en peligro de perder la obediencia de su ejército y de los territorios que gobernaban, siempre preparando la guerra o metidos en ella (24), estos gobernantes no tenían tiempo ni sosiego para organizar las satrapías o los reinos sobre una base sólida. No obstante, es sorprendente lo mucho que lograron en este aspecto. Conocemos muy poco de las medidas que adoptaron, pero las que conocemos son importantes y algunas de ellas tuvieron una influencia decisiva sobre el desarrollo económico de las regiones a que afectaban.

Sólo puedo tratar brevemente este punto en este libro. La dificultad con que se enfrentaron los diádocos no estaba en sus territorios orientales. Allí habían heredado de Alejandro un sólido y seguro sistema de administración, impuestos y organización económica, que Alejandro había heredado, a su vez, de los reyes persas. La verdadera dificultad estaba en sus súbditos griegos en Oriente. No hay duda de que, respecto a las ciudades griegas de Asia Menor, lo mismo Alejandro que sus sucesores se consideraban herederos de los reyes persas, que ciertamente siempre, y sobre todo después de la paz de Antálcidas (386 a. de J. C.), habían tratado a estas ciudades como a súbditas, a las cuales podían otorgar, según su voluntad, cierto grado de autonomía. Aunque Alejandro liberó a las ciudades griegas de Asia, probablemente no las trató igual que a las ciudades libres de la Grecia propia, es decir, nunca las admitió en la Liga de Corinto y nunca hizo tratados de alianza separados con ellas. Les otorgó, como acto de gracia, unas veces alguna libertad y autonomía, y otras veces mucha, pero probablemente nada más. Su política a este respecto fue seguida por sus sucesores, que siempre consideraron a las viejas ciudades de Asia Menor como súbditas suyas, y obraron en consecuencia (25).

Sin embargo, la discordia nacía de que las ciudades griegas nunca aceptaron este estado de cosas. Siempre esperaban recobrar de alguna manera su plena libertad, y en consecuencia prestaban su apoyo moral y material a uno u otro de los pretendientes rivales

a la sucesión de Alejandro, de acuerdo con el grado de fe que prestaban a sus promesas, en las que desempeñaba un gran papel la plena libertad. Es triste ver cómo las principales ciudades griegas mudaban su apoyo de un pretendiente a otro, sin que nunca alcanzaran estabilidad en este sentido (26).

Cuando uno u otro de estos rivales gozaba de un control más o menos tranquilo sobre las ciudades griegas de Asia Menor, trataba de distintos modos de dar cierto grado de estabilidad a sus relaciones con ellas, con el fin de asegurarse su apoyo permanente, pero manteniendo el principio básico de que las ciudades habían de considerarse como súbditas, no como aliadas. Algunos —por ejemplo, Antígono y Demetrio— estaban dispuestos a ir muy lejos en las garantías de libertad y autonomía a las ciudades, tratándolas como aliadas, no como súbditas, y confiriéndoles exenciones tributarias y espléndidos regalos. Por otra parte, Lisímaco y Tolomeo trataron por distintos métodos de convencer a las ciudades de que no eran estados independientes, sino comunidades súbditas, sujetas por ello a los tributos y a la ocupación militar por destacamentos del ejército del gobernante.

Pero el estado de guerra continuo anuló todos los intentos de encontrar un *modus vivendi* aceptable para ambas partes, y redujo la situación a la confusión y casi a la anarquía. Esta inestabilidad explica la adopción de distintas medidas que tuvieron consecuencias económicas directas o indirectas. Aunque nunca intentaron cambiar el tipo de sistema económico establecido en las ciudades-estados griegas, los sucesores de Alejandro intentaron de varias maneras de librarlo de los elementos que eran particularmente viciosos y dañinos. En este aspecto no hay diferencia entre los amos más rigurosos de las ciudades griegas y los más liberales, entre Tolomeo y Lisímaco, de un lado, y Antígono y Demetrio, de otro.

Uno de los rasgos más sorprendentes de la economía griega fue su minúscula subdivisión: cientos de unidades independientes que trataban de vivir en autarquía económica, muy a menudo en detrimento de sus vecinas, y siempre sin consideración para sus intereses, mientras que éstas, a su vez, seguían exactamente la misma política. Los gobernantes, molestos por este estado de cosas, intentaban superarlo, en sus aspectos político y económico, por múltiples expedientes.

Presentan un gran interés los distintos tipos de federaciones o ligas de ciudades en la época de Alejandro y bajo sus sucesores.

No es éste el lugar adecuado para tratarlos en detalle: bastarán unas cuantas líneas. Algunas de las ligas habían existido antes, tales como la Jónica, la Eolia, la Ilia (?), la Licia y la Caria, en Asia Menor. Fueron resucitadas por Alejandro o sus sucesores. Otras fueron nuevas creaciones de los últimos. La mejor conocida y más importante fue la federación de los isleños, primero creada por Antígono y heredada por los Tolomeos. Indudablemente fue una organización política que tuvo consecuencias económicas porque ayudó a los caudillos de la época a frenar los piratas del Egeo. Mucho menos se sabe de las ligas de Asia Menor. Los eruditos modernos no están de acuerdo sobre su carácter. Algunos las consideran meras asociaciones religiosas, otros se inclinan a pensar que eran al mismo tiempo unidades administrativas. Como quiera que sea, el establecimiento de un contacto más estrecho entre varias ciudades de la misma región era un intento dirigido contra el aislamiento político, social y económico de las ciudades (27).

De menos importancia fueron los intentos de muchos diádocos para transformar varias pequeñas ciudades en un Estado más rico, más grande y de más recursos. Esto se lograba mediante el sinoicismo (συνοικισμός), del que hay varios ejemplos en la época que estudiamos. Las circunstancias bajo las cuales Antígono intentó realizar el sinoicismo de Teos y Lébedos son bien conocidas. Nuestra información es menos buena en lo que se refiere a la ampliación de Colofón por la misma época, y sabemos aún menos del método por el cual la ciudad de Escepsis y algunas otras ciudades menores se incorporaron en Antigonia, la nueva ciudad fundada por Antígono en la Tróade. El sinoicismo fue llevado a cabo en gran escala por Lisímaco en el caso de Éfeso, Colofón y Lébedos.

Es muy probable que la mayor parte de estos sinoicismos se realizaran con objeto de fortalecer a las ciudades económica y financieramente. Las ciudades pequeñas, con escaso territorio y población restringida eran propensas —como sucedió repetidas veces— a pedir prestadas cantidades, que eran incapaces de pagar, tanto a los ciudadanos ricos como a las ciudades, templos o individuos extranjeros; a sobrecargar a su pueblo con liturgias y donaciones o préstamos obligados, y a reclamar derechos de propiedad sobre tierras que pertenecían a ciudades vecinas (como, por ejemplo, en los casos de Priene y Samos), etc. Todo esto lo hacían con el fin de asegurar a su población un cierto nivel de comodidad

material y cultural, cuando no para evitar la pobreza y el hambre. Este aspecto de la vida de las ciudades griegas será tratado con mayor amplitud en los siguientes capítulos de este libro. Sus dificultades económicas y sociales condujeron constantemente a interminables procesos, guerras civiles y conflictos armados con sus vecinos, que los obligaban a buscar ayuda de fuera, es decir, de sus señores, los caudillos temporales de alguna parte del mundo griego, naturalmente. A ellos apelaban con frecuencia las ciudades griegas en busca de ayuda material o política.

Ahora los nuevos señores, como se ha dicho, estaban vivamente interesados en la prosperidad material de las ciudades griegas en sus satrapías o reinos respectivos. De la mayor parte de las ciudades se esperaba que pagaran al señor un tributo regular, y en caso de guerra, contribuciones extraordinarias (véanse páginas 141 y sigs.), y ofrecían el mercado más natural para disponer de los sobrantes de grano, vino, aceite, ganado, etc., producidos en sus extensos dominios, heredados por él, en la mayoría de los casos, de los antiguos amos del país. La prosperidad de las ciudades tenía además la ventaja, para sus amos temporales, de que si eran prósperas, estaban menos predispuestas a traicionar a sus amos temporales y pasarse a sus rivales, que si eran indigentes.

Los gobernantes creían que una de las razones más importantes de la pobreza y miseria de las ciudades era el excesivo número de ellas, y por ello opinaban que el sinoicismo era un remedio excelente. Así, pues, trataban de convencer a las ciudades de los méritos de su remedio e inducirlas a llevar a cabo su unión con los vecinos, por su propia voluntad y decisión. En esto fracasaron las más veces, y por eso tuvieron que recurrir a la coacción, so capa de benévola orientación. Esto es lo que sucedió en el caso de Teos y Lébedos, en el de Escepsis y en el de Éfeso, por no hablar de la creación de las grandes capitales de los diádocos, de las que volveré a ocuparme en seguida (28).

Ésta era la política de los nuevos señores del mundo griego respecto a las ciudades griegas en sus dominios, especialmente en Asia Menor. La situación en Grecia propia y en las islas era, por supuesto, más difícil y complicada.

Los sucesores de Alejandro tenían muchas menos dificultades en aquellas partes de sus posesiones que no habían tenido experiencia de las condiciones políticas griegas, y en consecuencia eran mucho más manejables y obedientes que las griegas, amantes de

su libertad. Por desgracia, tenemos poca información respecto a la administración de esas regiones, pero es cierto que todos ellos reanudaron la obra donde Alejandro la había dejado y le dieron una amplia extensión. Esto es especialmente cierto para la obra de colonización y helenización del Oriente Próximo y de la parte septentrional de la península balcánica.

Tolomeo Soter, que gobernó Egipto durante toda una larga vida, desarrolló Alejandría en amplia y generosa escala, haciéndola su capital y una de las ciudades mayores y más hermosas del mundo griego. A Alejandría añadió una segunda ciudad griega y una segunda capital, Tolemaida, en el Egipto meridional. Alejandría estaba pensada como una segunda Menfis; Tolemaida, como una segunda Tebas, quizá como una Alejandría del Sur, el centro de las relaciones comerciales entre Egipto y África central y Arabia. Pero Soter no tenía la claridad de visión de Alejandro, porque Tolemaida nunca fue una segunda Alejandría.

Para rivalizar con Alejandría, los demás caudillos, uno tras otro, edificaron nuevas capitales para sus nuevos reinos: Lisimaquia, Casandria, Tesalónica y Demetrias, en Europa; Antigonia, luego sustituida por Antioquía del Orontes, en Siria. También reemplazaron algunos centros antiguos de comercio griego con el Oriente, por nuevas ciudades comerciales griegas. Tales fueron, por ejemplo, los puertos de Antioquía, Seleucia de Pieria y Laodicea. La primera sustituyó el próspero puerto semiateniense de Al-Mina, del que ya he hablado; la segunda heredó, de un modo u otro, la actividad comercial de la antigua ciudad fenicia de Ugarit (Ras Shamra), enfrente de Chipre.

Otras fundaciones de los sucesores de Alejandro tuvieron un carácter algo diferente. Fueron destinadas a ser tanto plazas fuertes militares de los nuevos imperios como centros de la vida económica griega y macedónica, especialmente agrícola. Tal fue, por ejemplo, Apamea de Siria, la capital militar del reino de Seleuco. Tales fueron también las decenas de colonias militares de diferentes tipos, algunas de ellas poblados rurales, pero la mayoría ciudades regulares, establecidas en todo el Oriente y en la parte septentrional de la península balcánica. La obra más notable de este tipo fue la realizada por Seleuco (y continuada por sus sucesores) en Asia Menor, Siria, Mesopotamia e Irán. Sabemos mucho menos de lo realizado por sus predecesores; hay muy pocos datos para las colonias que se dice haber fundado Perdicas en Palestina y Transjordania.

Paralelamente a las colonias militares se fundaron muchos establecimientos puramente civiles en todos los reinos, y ciertamente se dio protección a los colonos que, en número siempre creciente y a su propio riesgo, vinieron a Oriente y se establecieron en las nuevas ciudades griegas, en las orientales o en aldeas. Así ocurrió que la población griega en Oriente aumentó firme y rápidamente bajo los diádocos, y que su crecimiento nunca fue detenido durante cerca de cien años, desde la muerte de Alejandro. Es de lamentar que no tengamos estadísticas: todos los intentos de los eruditos modernos para estimar la población griega del Oriente en el período helenístico están fundados en datos muy imprecisos (29).

Esta gran actividad colonizadora en el Oriente y en cierta medida en el norte del imperio de Alejandro tuvo una enorme influencia en la marcha general del desarrollo económico de este imperio. El rápido crecimiento de Alejandría y después de Antioquía, y la espléndida expansión de otras ciudades cerca de Antioquía y de Seleucia de Babilonia, muestran que los esfuerzos de Alejandro y de sus sucesores dieron un buen fruto. Mientras la guerra ardía en Asia Menor, Grecia y partes de Siria, Egipto disfrutó de paz después de la invasión de Perdicas, como le ocurrió a Siria cuando, más tarde, quedó bajo el mando de los seléucidas, después de la lucha entre Éumenes y Antígono y la expedición de Demetrio. Así, Egipto, parte de Siria y Mesopotamia probablemente alcanzaron un alto grado de prosperidad. Aunque no tenemos testimonios fidedignos, podemos dar por cierto que el comercio se desarrolló rápidamente en el Oriente, que la agricultura fue estimulada por los nuevos métodos de cultivo importados por los griegos, y que la industria gozó de mercados más amplios y más ricos.

La riqueza de lo que había sido el imperio oriental de Alejandro está casualmente ilustrada por dos pasajes que se refieren al período inmediatamente posterior a su época. Los dos se relacionan con Antígono el Cíclope. En 319 a. de J. C.* Antígono, que había sido nombrado por Antípatro comandante con plenos poderes (στρατηγὸς αὐτοκράτωρ) en Asia, decidió, después de la muerte de Antípatro, no obedecer a los reyes ni a sus guardianes. Tenía ya un fuerte ejército, pero esperaba poder aumentarlo indefinidamente, si era preciso, «pues Asia podía suminis-

* Diodoro, XVIII, 50.

trar fondos inagotables para el pago de mercenarios». Un poco después, en 315 a. de. J. C., Diodoro (Jerónimo)* da un resumen de los recursos a disposición de Antígono: además del dinero depositado en Quinda (10.000 talentos), tenía un ingreso regular anual de su satrapía de 11.000 talentos (66 millones de dracmas). El texto está corrupto, pero la cifra parece ser exacta.

La ola de prosperidad en Oriente se notó en todo el imperio y especialmente en Grecia y Asia Menor. Los nuevos colonos y los soldados de los diádocos, que constituían el mercado principal del nuevo mundo, eran en parte macedonios helenizados y en parte griegos que estaban acostumbrados a la vida griega y, naturalmente, continuaron viviendo esta vida en sus nuevas patrias. La vida griega significaba comida griega, traje griego, casa y muebles griegos, templos griegos, edificios públicos griegos, vajilla griega, joyas griegas, etc. Durante algún tiempo todos estos productos griegos fueron, sin duda, importados de Grecia. Hubo de pasar algún tiempo hasta que los nuevos centros de vida griega pudieran empezar su producción propia de mercancías griegas. De este modo, ocurrió que durante algún tiempo, en algunos casos muy prolongado, los productos griegos importados pudieron competir en el Oriente mismo con los productos de la industria oriental, muy desarrollada, y encontraron un fácil mercado en las nuevas ciudades y otros establecimientos griegos. Este mercado estaba bien provisto de dinero. Lo poco que sabemos de los colonos griegos nos muestra que la mayoría de ellos eran gente acomodada. Los colonos militares recibían parcelas de tierra fértil *(cleroi)* y, con seguridad, alguna ayuda material para empezar su vida en las nuevas condiciones. Algunos recibían sus lotes después de un largo servicio militar, durante el cual podían haber ahorrado dinero. Los funcionarios civiles tenían buenas pagas y muchas oportunidades de hacer dinero. Los arrendatarios de impuestos probablemente marchaban bien en el nuevo mundo. Toda clase de artistas y artesanos encontraron empleo remunerativo en las ciudades nuevas y crecientes, porque los habitantes estaban ansiosos de poseer toda clase de edificios, a los que se habían acostumbrado en su patria, mientras los reyes nunca abandonaron su celo por adornar sus nuevas capitales.

Casi todo lo que hemos dicho, hay que reconocerlo, está basado en consideraciones generales. Las pocas ciudades de Oriente

---

* Diodoro, XIX, 56, 5.

que han sido excavadas han producido, en la mayoría, ruinas y objetos de época posterior. El gobierno de Alejandro duró poco tiempo y el período de sucesores no fue mucho mayor; en conjunto, no pasaron de cincuenta años.

Sin embargo, hay algunos hechos elocuentes. La cerámica ateniense jamás había sido tan solicitada como a finales del siglo IV y principios del III a. de J. C. Atenas, con su genio maravilloso para adaptarse a las nuevas condiciones, cambió el estilo de sus productos cerámicos. La demanda de la cerámica de figuras rojas del pasado ya no era lo que había sido. Atenas comprendió la situación, captó el espíritu de la época, y en el siglo IV a. de J. C. aumentó la producción de algunas cerámicas que ya fabricaba y lanzó algunos tipos nuevos. Éstos fueron en su mayoría imitaciones de vajilla metálica: maravillosa cerámica de barniz negro, tanto de calidad barata como de lujo. Puedo mencionar algunas variedades de esta cerámica: cerámica negra con adornos impresos, varios tipos de vasos adornados con ornamentos de barbotina dorada imitando metal, con igual decoración incrustada; un tipo con figuras en relieve y medallones aplicados, y finalmente cerámica fina con adornos pintados en blanco y color rosa que se conoce con el nombre de «cerámica del tajo occidental» (30). Todas estas nuevas variedades de cerámica se encuentran en grandes cantidades en distintos lugares a través del mundo helenístico y en Italia. Muchos ejemplares han sido descubiertos, por ejemplo, en Rusia meridional, en un mercado ateniense inmemorial, que seguía siendo tan bueno en el período que consideramos como en el siglo IV a. de J. C. Al estudiar los productos cerámicos atenienses de los tipos descritos, encontrados en las ricas tumbas de Panticapeo, debemos tener en cuenta que algunas de ellas pueden ser contemporáneas de los vasos atenienses de figuras rojas del siglo IV a. de J. C. (31). Aún más abundante era la cerámica ateniense en los mercados del Oriente. Los hallazgos arqueológicos en Alejandría son significativos. Las importaciones atenienses —no sólo en el terreno de la cerámica— predominan allí a fines del siglo IV y principios del III (32). Lo mismo puede decirse de Palestina, Siria y Mesopotamia. Estoy convencido de que Antioquía del Orontes y Seleucia del Tigris demostrarán a este respecto, cuando se excaven más, las mismas características que Alejandría. Entretanto, tenemos testimonio de condiciones similares, por ejemplo, en Al-Mina, al norte de Fenicia (véanse páginas 80 y sigs.), en Samaria y muchos otros lugares de Pa-

lestina (33), así como en Dura (34), donde la cerámica negra brillante es un rasgo típico en los estratos de principios del helenismo. En Éfeso la cerámica ateniense negra brillante era aún considerada a fines del siglo IV y principios del III a. de J. C. como la mejor del mercado, aunque casi toda era de fabricación local, en parte por ceramistas venidos de Atenas (35).

Aunque cargada de importantes consecuencias económicas, la conquista de Alejandro en Oriente no fue la única. Las guerras de Filipo en la parte norte de la península balcánica, las afortunadas expediciones de Alejandro en las mismas regiones, la actividad de los sátrapas de Alejandro en Tracia, y especialmente la expedición (aunque desafortunada) de Zopirión contra los escitas (331 a. de J. C.), que le llevó hasta Olbia, hicieron de Tracia una parte del imperio de Alejandro* y permitieron a Lisímaco, primero sátrapa y después rey del territorio septentrional de los Balcanes, extender y consolidar las conquistas de Filipo y Alejandro. Vemos testimonio de esto en Lisimaquia, la brillante capital fundada por Lisímaco en el Quersoneso Tracio, y en su emisión de grandes cantidades de moneda de oro y plata que competían con éxito con las acuñaciones de Alejandro en el Norte y fueron durante mucho tiempo el principal numerario de las regiones balcánicas y norte del Ponto. Puede observarse que muchas ciudades comerciales —Bizancio, Calatis, Rodas y muchas otras—, así como los reyes del Bósforo, imitaron la moneda de Lisímaco después de su muerte, con el fin de asegurar una fácil circulación para sus emisiones.

En la época de Filipo, Alejandro y Lisímaco, Tracia y las regiones célticas adyacentes fueron tan buen mercado para las mercancías griegas como lo habían sido antes. Considérese la amplia distribución de las monedas de Filipo, Alejandro, Filipo Arrideo y Lisímaco entre los celtas danubianos y mucho más allá de las regiones que fueron ocupando gradualmente, y la rapidez con que los celtas danubianos empezaron a desarrollar su propia moneda, principalmente sobre el modelo de las acuñaciones reales macedonias. La expansión céltica después de la muerte de Lisímaco, aunque perjudicial para un sano desarrollo económico de la región balcánica, antes suspendió que acabó con el desarrollo de las relaciones mercantiles entre Grecia (especialmente Macedo-

---

* Nótense los comienzos de urbanización llevada a cabo en Tracia por Filipo y Alejandro.

nia) y los países tracio y danubiano. Volveré sobre esto más tarde. Es una lástima que el material arqueológico encontrado en las tumbas de fines del siglo IV y principios del III a. de J. C. en Bulgaria y Rumania nunca fuese enteramente colacionado e ilustrado. Un buen ejemplo de las ricas tumbas de este período puede verse en el de Verbitza, ya mencionado (pág. 105), que es de fecha helenística temprana (36).

No es sorprendente que en estas circunstancias Grecia, a pesar de las guerras y revoluciones, se recobrase rápidamente de la crisis económica de finales del siglo IV a. de J. C. Basta leer a Menandro y otros autores de la «comedia nueva» para ver cuán próspera era Atenas en esta época. Lo que conservamos de Menandro y las imitaciones de sus comedias y de las de sus contemporáneos, en Plauto y Terencio, los *Caracteres* de Teofrasto, y algunas de las biografías de filósofos de Diógenes Laercio que se remontan a fuentes contemporáneas, nos dan una vívida pintura de la vida de un ciudadano ateniense de la época. Este típico ciudadano, para quien Menandro escribía sus comedias y a quien él y Teofrasto retrataban principalmente en sus obras, no es un aristócrata de sangre y dinero, ni es un pobre, ni un proletario. Es un propietario de clase media, un hombre de negocios, o un rentista de buen pasar, pero no extraordinariamente rico. Saca sus ingresos de su granja, que dirige personalmente de un modo racional con ayuda de sus esclavos o del trabajo asalariado, de sus operaciones comerciales, en su mayoría de aventuras marinas, o del préstamo. A estas fuentes de ingreso podemos, con toda seguridad, añadir, basándonos principalmente en Demóstenes, los talleres industriales, minas de plata en el Laurión, y alquiler de esclavos. No faltan los pobres en los cuadros de Menandro, pero desempeñan un papel secundario. El auditorio de Menandro no estaba formado por ellos, por lo menos en su mayor parte, sino de un público de clase media. Ni tampoco los nuevos ricos, soldados de fortuna u otros aventureros, figuran mucho en el cuadro de la «sociedad» ateniense. Están allí para mostrar la enorme diferencia entre estos ricos improvisados y cazafortunas y los atenienses respetables (véase nota 16). Estos miembros de la alta aristocracia ateniense y los millonarios del día (si los había) no se aceptan como atenienses típicos y por ello no aparecen en las comedias de Menandro.

El burgués ateniense es un hombre acomodado. Vive en una casa pequeña pero confortable, y posee uno o dos esclavos domés-

ticos. No es avaro, y en las grandes ocasiones gasta el dinero alegremente; pero se preocupa de sus negocios. Su familia no es muy grande: generalmente tiene uno o dos hijos. A las muchachas les da una dote buena, pero no excesiva, generalmente de uno, dos, tres o cuatro talentos de plata, lo más dieciséis. Le gusta que su hija vaya bien vestida y le compra trajes importados. Sus hijos, mientras son jóvenes y antes de adquirir la mentalidad de sus padres, lo pasan bien: banquetes y fiestas, vino y cortesanas, algunas de éstas muy caras (por ejemplo, tres minas por día). Sin entrar en detalles, podemos ver que el nivel de vida de un ateniense era relativamente alto; simple, pero confortable. Es interesante saber que, según Teles, el joven Metrocles, cuando vino a Atenas a dedicarse a la filosofía con Teofrasto y Jenócrates, se sintió avergonzado de su pobreza: él no podía permitirse el vestir tan caro como sus condiscípulos, tener esclavos, vivir en una casa grande, comer alimentos costosos ni beber vinos selectos (37).

El cuadro diseñado por Menandro no da la impresión de que Atenas estaba gastando, a fines del siglo IV a. de J. C. lo que le quedaba de la riqueza que había acumulado en el pasado. En el tono de las comedias de Menandro vemos reflejado el aspecto de hombres que prosperan, confiados en el presente y sin temor al futuro. Menandro se queja a veces de la dureza de los tiempos, de las continuas guerras, pero nunca habla de ruina, pobreza o miseria generales. Y la misma impresión puede sacarse del intencionado y humorístico cuadro de la sociedad ateniense contenido en los *Caracteres* de Teofrasto.

No hay duda, pues, de que Atenas prosperaba en los tiempos de Alejandro y sus sucesores. Y Atenas, con toda probabilidad, no era una excepción. Que el dinero abundaba en Grecia a fines del siglo IV y principios del III a. de J. C. se ve, en primer lugar, por la frecuencia con que se han encontrado por toda Grecia tosoros de monedas relativamente ricos de este período. Algunos de estos tesoros fueron enterrados en vida de Alejandro (Ciparisia, 327 a. de J. C.); otros, poco después de su muerte (Andritsena, hacia 315 a. de J. C., y Lamia, hacia 308 a. de J. C.), y otros aún más tarde (los dos tesoros de Cilíler, en Tesalia, 285-275 antes de J. C.; los tesoros de Salónica, 287-280 a. de J. C., y de Olimpia, después de 250 a. de J. C.). El contenido de todos tiene el mismo carácter: grandes cantidades de monedas de Alejandro y Filipo III de varias cecas, y además, cantidades menores de monedas grie-

gas, la mayor parte numerario ateniense y corintio autónomo. Monedas de los diádocos (distintas de las de Lisímaco) aparecen en los tesoros más tardíos sólo en pequeñas cantidades. Estos tesoros muestran que el dinero circulaba firmemente en Grecia en la época de Alejandro y sus sucesores de todas las partes del Oriente y el Norte (38).

Otro signo de prosperidad creciente fue la considerable alza de precios de todos los artículos de consumo y del trabajo en toda Grecia, con fluctuaciones ocasionales espasmódicas causadas por las frecuentes guerras del período de los diádocos (véanse págs. 1 y sigs.). En general, el oro y la plata eran relativamente baratos* (39). Su baratura y la concentración de grandes cantidades de ellos (así como de piedras preciosas) en manos de muchos reyes y otros personajes están ilustradas por el uso corriente de vajilla de plata y oro en todo el mundo helenístico, hecho bien conocido de todos los arqueólogos y epigrafistas y suficientemente atestiguado por los inventarios de los grandes templos griegos: Delfos, Dídima, Delos. Una moda especial del día eran los objetos de oro y plata, sobre todo vajilla, adornada de piedras preciosas (λιθοκόλλητοι, διάλιθοι), las más antiguas ciertamente de factura oriental. Estratonice, mujer de Seleuco I, ofrendó un grupo de vasos tallados y joyas en Delos, y su marido hizo lo mismo en Dídima. Cuán extendido estaba el gusto por la vajilla de metal lo demuestra el hecho de que los ceramistas atenienses e itálicos pasaran en esta época de la manufactura de vasos pintados a la de vasos con relieves, imitación de cerámica metálica. Hablaré de esto con más detalle (40).

La subida y fluctuación de precios ya mencionadas no pueden interpretarse como resultado de una especie de inflación y signo de malos tiempos. Es verdad que entraron en circulación grandes sumas de un numerario excelente y perfectamente sano por obra de Alejandro y sus sucesores, y que éstos aumentaron considerablemente la cantidad de moneda que circulaba por el mundo griego. Resultado natural de esta medida sería una cierta depreciación del oro y la plata, en otras palabras, un alza de precios. Pero la razón principal y duradera de la subida de precios no hay

* Especialmente el oro; el valor del oro en relación con la plata bajó en esta época de la media de 1 a 14 ó 13 en el siglo V a. de J. C., a 1 a 12 en la época de Filipo, y de 1 a 10 en los días de Alejandro y sus sucesores, mientras que el precio de todos los demás productos expresados en plata subieron considerablemente.

que buscarla en la abundancia y relativa baratura sólo de la moneda. La causa principal fue el rápido aumento en la demanda de productos griegos, tanto para el consumo como para la exportación. El mercado no estaba en situación de enfrentarse con ella, porque la producción no iba de acuerdo con la demanda. La consecuencia inevitable fue un alza de precios. Naturalmente, este aumento de precios afectaba principalmente a las clases trabajadoras, pero estas clases, por otro lado, encontraron nuevas salidas para sus energías en las vastas regiones abiertas a ellas por Alejandro. Ferguson ha citado textos referentes a los grupos de atenienses que emigraron a Cirene y a Antigonia, la nueva capital de Antígono. Y Atenas no fue una excepción en este aspecto*[1].

Un desequilibrio parecido entre demanda y oferta, así como las guerras frecuentes y sus dislocaciones consecuentes, cuenta para las condiciones irregulares del comercio, especialmente el de grano, en el mundo helenístico. Ya me he referido*[2] a la gran hambre de la época de Alejandro, hambre que alteró profundamente la vida económica de Grecia. Por una parte, el hambre condujo a la especulación desatada (de la que Cleómenes de Náucratis ofrece el ejemplo mejor conocido), y por otra, a sorprendentes manifestaciones de solidaridad griega y de prosperidad general, como se ve en la ayuda prestada a Grecia por Cirene (hacia 331-328 antes de J. C.), por los reyes, y por muchos particulares ricos. Pero aun después que la crisis había pasado, el mercado de grano siguió en un estado de desequilibrio durante toda la época de los diádocos. Una masa de documentación epigráfica y literaria presenta a ciertas ciudades en un estado infernal debido a la escasez de trigo, y recibiendo frecuente ayuda de los reyes y de personas particulares. Otra crisis de grano en Atenas, que puede fecharse por los años 289-288 a. de J. C., es mencionada en muchas inscripciones. Con intermitencias, duró hasta 282-281 a. de J. C. La explicación puede ser que el mundo antiguo, entre los disturbios políticos y económicos de la época, encontrase dificultad en adaptar sus relaciones comerciales a las nuevas condiciones con suficiente prontitud. Me parece probable que la escasez de alimentos en Grecia en esta época no fue debida a las mismas causas que en la época anterior a Alejandro (véase pág. 89), sino que la crisis era de carácter puramente comercial y no un síntoma

---

*[1] Ferguson, *Hell. Athens.*, págs. 67 y 69.
*[2] Véase cap. II, nota 29.

de empobrecimiento ni una calamidad económica permanente. Había abundancia de grano en el mercado y, en la mayoría de los lugares, abundancia de dinero para comprarlo. El problema era cómo distribuir y regular el abastecimiento y cómo estabilizar el precio. Atenas, el gran mercado triguero de la antigüedad, no era capaz de realizar esta tarea, y sus sucesoras, Alejandría, Rodas, Mileto y Éfeso, necesitaban tiempo para descubrir los métodos apropiados (41).

Grecia, bien surtida de dinero, como se ha descrito, llegó a ser a su vez un excelente mercado para el Oriente. Egipto estaba seguro de venderle grano, así como otros productos (papiro, lino, vidrio, fayenza, etc.) en grandes cantidades. Las mercancías, transportadas por caravana a Asia Menor, Siria y Egipto del lejano Oriente, India, Arabia y África oriental, encontraban compradores ricos y espléndidos en Grecia.

Aunque el comercio con Egipto y el Oriente enriquecía a las grandes ciudades comerciales de Grecia, los centros de comercio tendían a trasladarse cada vez más hacia el Oriente. Atenas, que en el siglo IV a. de J. C. se había visto obligada a compartir su hegemonía comercial con otras ciudades, especialmente Rodas, y los principales puertos de Asia Menor, en tiempo de Alejandro y de sus sucesores era cada vez más eclipsada por Rodas, Mileto y Éfeso, la primera una excelente casa de cambio para Egipto, Chipre y Siria, mientras que Mileto y Éfeso eran salidas naturales para el comercio caravanero de Asia Menor.

RODAS era en la época de los diádocos una de las ciudades comerciales más importantes del mundo griego. Durante toda la época helenística gozó de reputación no sólo de rica y fuerte, sino también de ser gobernada de un modo excelente y de haber resuelto, por juiciosas medidas sociales y económicas, los agudos problemas sociales y económicos de la época*. Era especialmente su situación entre Egipto, Chipre, las costas sirias y fenicias y el círculo de ciudades griegas lo que hacía de Rodas un importante intermediario comercial. Esto era verdad en las épocas preclásica y clásica, pero aún lo era más en la época helenística. Debo recordar al lector el bien conocido juicio de Polibio (v. 90, 3).

---

* Diodoro, XX, 81; Estrabón, XIV, 2, 5, pág. 652, y las celebradas descripciones de Rodas en época posterior por Dion Crisóstomo y Arístides, que en parte depende de fuentes helenísticas. Para más detalles, véase el cap. V.

Ya se ha dicho que en el siglo IV a. de J. C. Rodas llegó a ser uno de los más importantes mercados trigueros, especialmente para el trigo que venía de Egipto y de los ricos campos trigueros de Chipre, Siria y Fenicia. En la época de los sucesores de Alejandro, Rodas se hizo prácticamente la agencia principal de Egipto para el mercado del Egeo en general, y del comercio de grano en particular. Esto lo demuestra el hecho de que fue escogida por Cleómenes de Náucratis en la época de su gran especulación de grano (332-331 a. de J. C.) como sede de sus agentes y centro de sus operaciones. Relacionado con esto, podemos citar una anécdota muy característica sobre Bion el Cínico y Rodas. Cuando a Bion le preguntaron en Rodas por qué enseñaba filosofía siendo así que los atenienses se especializaban en retórica, replicó con su manera intencionada, empleando un símil familiar a Rodas: «¿He de vender cebada cuando importé trigo?»

No es extraño que Atenas tuviese celos y se alarmase. Las estrechas relaciones de Rodas con Egipto, vitales para el desarrollo de la prosperidad e importancia comercial de la primera, fueron probablemente la razón principal por la que Antígono, en 305 antes de J. C., emprendió el sitio de esta ciudad. Quería que Rodas fuese una de sus ciudades y su agente comercial para los productos de su reino, y no un Estado independiente y neutral, tan amigo suyo como de Tolomeo. Sabemos cuánto contribuyó el sitio a la popularidad de Rodas a los ojos de las ciudades griegas amantes de la libertad. No puede haber duda de que, incluso para su comercio, el sitio fue, en última instancia, favorable a Rodas. La promesa de salvaguardia, dada por Antígono a los mercaderes rodios en Siria, Fenicia, Cilicia y Panfilia, condicionada a que no tendrían relaciones con la ciudad sitiada, es prueba de la actividad de las relaciones comerciales entre su imperio oriental y Grecia, y de la gran cantidad de mercancías que colocaba gracias a los servicios de los mercaderes rodios.

Los años de relaciones cordiales con los Tolomeos fueron años de gran prosperidad para la isla. Incluso nuestro escaso material revela a Rodas a principios del siglo III a. de J. C. como la sede de poderosos mercaderes y banqueros influyentes. Usaba su moneda y su diplomacia, no sólo para fomentar sus propios intereses, sino también para ayudar a las ciudades griegas en su prosecución de la independencia y del gobierno constitucional, mostrándose siempre como fiel partidaria de estos dos pilares de la vida ciudadana griega. Así, en 300 a. de J. C. prestó dinero a los ciudadanos

de Priene para ayudarles a afianzar su libertad contra un tirano. Igualmente prestó 100 talentos, sin interés, a Argos para reforzar sus fortificaciones y mejorar su caballería. Hemos de anotar que los dos préstamos, de tipo puramente político, fueron garantizados, no por banqueros particulares, sino por la ciudad. Ésta, sin duda, tenía importantes reservas de dinero (¡caso raro en la historia de las ciudades griegas!) almacenadas en el tesoro o puestas en depósito en bancos públicos o privados, en la ciudad o en otros sitios.

En realidad, era más frecuente que estos préstamos, incluso para fines políticos, fueran hechos, no por la ciudad, sino por ciudadanos particulares, ricos mercaderes y banqueros. Así, Éfeso, que mantenía las relaciones más cordiales con Rodas, y probablemente dependía de aquella ciudad para su abastecimiento de granos y, sin duda, para su comercio —como se ve en la reforma de la acuñación, por esta época, sobre modelos rodios—, fue ayudada en momentos críticos por un rodio rico, que le vendió una gran cantidad de grano más barato que el precio corriente, muy elevado (42).

Atenas tenía otros peligrosos rivales, sólo inferiores a Rodas en este aspecto en los principales puertos de Jonia: MILETO y ÉFESO. Muchos hechos atestiguan la creciente importancia de estas dos ciudades. Debo mencionar, en primer lugar, los grandes esfuerzos de los diádocos rivales para obtener el control de las dos ciudades y ganar su leal adhesión. La historia política del período anterior e incluso posterior a Ipso demuestra con cuánto esfuerzo Demetrio, Tolomeo Soter, Seleuco y Lisímaco trataron de asegurar Mileto y Éfeso y cuán dispuestos estaban a otorgar a estas ciudades la mayor cantidad posible de autonomía. Los principales esfuerzos de Mileto se dirigían a dos objetivos. Uno era conseguir ser, o más bien seguir siendo, la salida principal, nada menos, del comercio caravanero de Oriente —de Mesopotamia y de las regiones iranias, y, por su mediación, de la India y quizá de China— que pasaba por Asia Menor camino de Grecia. Desde los tiempos del imperio persa, muchos mercaderes habían preferido las rutas terrestres «reales», seguras y bien organizadas, que iban del Éufrates a los puertos fenicios y sirios. Más tarde, las vías a los nuevos puertos seléucidas del Mediterráneo, Seleucia de Pieria y Laodicea (creadas por Seleuco I y Antioco I para desviar el mercado oriental de las ciudades fenicias), rivalizaron en seguridad y comodidad con las vías que atravesaban Asia Menor. Pero llevó algún tiempo a los primeros seléucidas organizar

estas nuevas comunicaciones, y mientras tanto la antigua vía real a través de Asia Menor era aún la más segura, si no la más corta. Ésta fue una fuente de gran prosperidad para Mileto y Éfeso. No tenemos información directa respecto al volumen de este comercio, pero algunos hechos atestiguan su gran importancia.

Puedo citar, por ejemplo, el regalo hecho a Mileto por Antioco, el hijo mayor de Seleuco I, hacia 300 a. de J. C. Construyó allí un pórtico de un estadio de largo, cuyas ganancias las había de dedicar la ciudad a la construcción del gran templo de Dídima. La inscripción, que recuerda la construcción, y las ruinas del pórtico fueron halladas por excavadores alemanes. El pórtico —190 metros de largo— estaba situado en el mercado sur de Mileto, y tenía 78 tiendas. Es interesante anotar que el decreto por el cual la ciudad aceptaba el regalo y confería grandes honores a Antioco*[1] fue presentado por Demodamas, hijo de Arístides, el mismo hombre que, como general de Seleuco I, hizo una expedición al Turquestán, cruzó el Yaxartes, y dedicó allí altares a Apolo de Dídima*[2], una expedición que ciertamente tenía objetivos comerciales tanto como políticos. Probablemente fue un aumento importante en el volumen del comercio oriental, de Mileto, como había sido favorecido por Seleuco, Antioco y Demodamas, lo que sugirió la construcción de un nuevo pórtico, como inversión remuneradora. No menos significativo es el espléndido regalo hecho por Seleuco I al santuario de Apolo en Dídima en 288-287 a. de J. C. Además de oro, plata, y plata dorada, alguna de manufactura oriental, el rey dio al templo grandes cantidades de especias orientales: diez talentos de incienso, un talento de mirra, dos minas de casia, dos minas de canela, dos minas de costo*[3].

Mientras estaba ocupada en desarrollar sus conexiones con el reino seléucida (no olvidando al mismo tiempo sus relaciones con Egipto)*[4], Mileto hizo cuanto pudo para asegurarse otro mercado activo y provechoso para sus mercancías (mercancías tanto en tránsito como de su fabricación). Desde tiempo inmemorial había estado en conexión con las regiones pónticas, pero

---

*1 *O. G. I.*, 213.

*2 Plinio, *N. H.*, VI, 49.

*3 *O. G. I.*, 214; Welles, *R. C.*, 5, líns. 49-51: λιβανωτοῦ τάλαντα δέκα, σμύρνης τάλαντον ἕν, κασίας μναῖ δύο, κινναμώμου μναῖ δύο, κόστου μναῖ δύο.

*4 Welles, *R. C.*, 14.

durante algún tiempo había sido suplantada por Atenas en el mercado póntico. Durante el reinado de Alejandro y después de él, Mileto trató de recobrar este mercado haciendo tratados de simpolitia con sus más prósperas e importantes colonias del Nordeste. Aún conservamos los decretos adoptados por Olbia, Cícico, Istro y más tarde por Cíos, y es probable que su actividad a este respecto fuese mucho más amplia y más sistemática de lo que se revela en nuestro escaso material. Todo esto hace natural que, a pesar de las guerras y revoluciones que acompañaban a éstas, Mileto habría alcanzado un alto grado de prosperidad, del que tenemos testimonio, por ejemplo, en la obra hecha en el bello templo de Apolo Didimeo (43).

Es lamentable que, debido a la escasez de nuestro material, no podamos diseñar un cuadro más detallado del aspecto económico y social de Rodas, Mileto y Éfeso a comienzos del período helenístico, tal como hemos hecho al tratar de Atenas. Nuestros textos literarios son casi mudos, las inscripciones pocas, y Rodas nunca ha sido excavada sistemáticamente. Mileto y Éfeso han sido excavadas, Mileto por los arqueólogos alemanes y Éfeso por los austriacos. Pero los resultados de estas excavaciones no han sido publicados por completo, y Éfeso ha proporcionado muy poco material referente a la época helenística. En la medida en que ha sido publicado me he servido de ese material en la descripción anterior.

Mientras que es imposible formarse una idea adecuada de las condiciones sociales y económicas que dominaron durante este primer período en castas grandes y opulentas ciudades, centros de una desarrollada vida agrícola, industrial y comercial, la excavación completa realizada por los alemanes en las ruinas de una ciudad mucho más pequeña y modesta de Asia Menor —Priene, junto a Mileto— ha dado bastante material para justificar un intento de dar un cuadro general de la vida social y económica en una ciudad de este tipo.

PRIENE, como Mileto y Éfeso, fue en tiempos una ciudad junto al mar, con una buena bahía y probablemente algún comercio e industria. Los arrastres del Meandro la privaron de su puerto, y la rivalidad de sus vecinos más fuertes, de su comercio e industria. La ciudad fue reconstruida hacia el 350 antes de J. C., con ayuda de Atenas, lejos del mar, en la vertiente meridional, aireada y soleada, de la Teloneya, una roca que forma parte de la cadena montañosa de Mícale. Después de esto,

Priene fue una ciudad agrícola, pequeña pero próspera, de unos cuantos millares de habitantes que vivían de la producción de su fértil territorio. La ciudad procuró aumentarlo a expensas de su vecina y enemiga, la rica y poderosa ciudad-isla de Samos, anexionándose alguna tierra productiva en el Anaítir o Batinetis, enfrente de Samos.

Las inscripciones y ruinas de Priene nos permiten una clara ojeada a las condiciones sociales y económicas de la ciudad, condiciones que con toda probabilidad fueron típicas de las que prevalecían en muchas ciudades agrícolas de Asia Menor. Hay mucho de atractivo e ilustrador en el aspecto de la ciudad, tal como fue fundada de nuevo hacia 350 a. de J. C. y desarrollada y extendida en el período de Alejandro y sus sucesores, a pesar de distintas complicaciones, internas y externas, de su historia (la efímera tiranía de Hierón, litigios y guerras con sus vecinos y con sus propios súbditos no griegos).

Priene no era una ciudad de hombres ricos. Había unos cuantos, algunos de ellos extranjeros allí establecidos y que habían llegado a ser (como sus descendientes) ciudadanos de pleno derecho. Eran bienquistos y altamente honrados si demostraban espíritu público y estaban dispuestos a poner su riqueza al servicio de la ciudad en un caso de emergencia. Pero tales hombres eran excepciones. La masa de la población constaba de propietarios acomodados y algunos artesanos y tenderos. Su ámbito económico era tan estrecho como su horizonte político. No poseían un comercio de exportación importante, dado que tenían poco que exportar. Su industria trabajaba para clientes locales, y su comercio era local en su mayor parte. Poseían algunos esclavos. Hombres como Larico*, hijo de Laomedonte, general de Alejandro, uno de los extranjeros ricos de la ciudad, que cultivaba una gran área con ayuda de esclavos, era una excepción.

Al mismo tiempo que los ciudadanos y quizá unos cuantos extranjeros residentes (μέτοικοι) de modestos medios, el territorio de la ciudad estaba ocupado por antiguos habitantes del lugar, los pedieos indígenas, que eran πάροικοι o κάτοικοι, no ciudadanos de Priene. Algunos de ellos residían en la parte del territorio de la ciudad que era propiedad real —heredada por Alejandro de los persas y que pasaba a su sucesor, quien-

* *Inschr. v. Pr.*, 18; *O. G. I.*, 215.

quiera que fuese, en esta parte del mundo— y fue probablemente denominado γῆ βασιλική. Estaban vinculados al suelo y es probable que se llamaran λαοὶ βασιλικοί. Otros pueden haber sido λαοί o antiguos grandes propietarios que cultivaban la tierra de sus sucesores. Algunos también, quizá fueran arrendatarios de los ciudadanos de Priene. Pero la mayor parte eran pequeños arrendatarios que pagaban renta o impuesto territorial a la ciudad. Los pedieos rurales indígenas, que vivían en sus pueblos, tenían poco afecto a los griegos de la ciudad y estaban dispuestos a levantarse contra ellos en cuanto se ofreciera oportunidad.

De este modo, la ciudad de Priene era en lo fundamental una comunidad agrícola de propietarios acomodados. No tenemos noticia de un proletariado ciudadano grande y en aumento, aunque pudo haber existido. El trabajo lo aportaban los esclavos, y hasta cierto punto la población rural indígena, parte de la cual pudo haberse asentado en la ciudad.

Estrechos en sus miras, alejados de los centros de cultura, y dueños sólo de una riqueza moderada, los prienenses, sin embargo, mantenían las tradiciones de la cultura griega. Sus exigencias intelectuales y artísticas eran altas. Uno de los primeros edificios que erigieron en su nueva ciudad fue un bonito teatrito. Su «catedral», el perfecto templo de Atenea, era un ejemplo clásico del estilo jónico. Fue descrito por su constructor en una monografía especial y era citado en todos los antiguos tratados de arquitectura. Su creador fue Piteo, eminente en la teoría y en la práctica de la arquitectura, que construyó el celebrado Mausoleo de Halicarnaso. Las fortificaciones de la ciudad no tenían rival en eficiencia técnica y sobria belleza. Aún despiertan la admiración de los raros visitantes de las ruinas de Priene.

La ciudad fue trazada con gusto e inteligencia, según los mejores principios de planificación urbana de la época: calles rectas cruzándose en ángulo recto; un mercado espacioso y despejado, abierto a la calle principal y rodeado por tres lados de pórticos; un excelente abastecimiento de agua bien protegido contra un posible ataque; una bonita plaza de reunión para la asamblea popular y el consejo del Estado, y un gimnasio grande y bien trazado para la educación espiritual y física, pronto complementado por otro nuevo para los estudiantes mayores *(neoi)*. Todos los edificios públicos y plazas estaban adornados con estatuas de mármol y bronce de los mejores artistas, y algunas de las primeras fueron pintadas en un estilo simple y elegante.

Las casas particulares eran aún más características de una comunidad burguesa pequeña, pero próspera, democrática en su constitución y en su estructura social y económica. Cada manzana estaba dividida en cuatro partes, cada una con una casa. Las casas más grandes y de más pretensiones son raras y la mayor parte de fecha posterior. Las casas, aunque pequeñas y modestas, eran confortables, higiénicas y atractivas. La luz y el aire llegaban al comedor y a la sala de estar y las alcobas desde el patio interior. Las habitaciones no eran muy grandes, pero no estaban sobrecargadas de muebles. Los pocos modelos de muebles encontrados en las casas demuestran que los prienenses tenían un nivel artístico elevado, también en este campo. Bonitos lechos, bien proporcionados; mesas elegantes, hornillos finamente modelados, exquisitas estatuillas de bronce y arcilla, eran rasgos característicos de Priene (44).

Es imposible entrar en mayores pormenores, pero lo que se ha dicho bastará para mostrar el aspecto típico de una ciudad griega de esta época. Es verdad que no tenemos derecho a generalizar. Ni dos ciudades en Asia Menor —ni en la Grecia propia ni las islas— eran exactamente iguales; cada una tenía sus peculiaridades. Sin embargo, todas tenían muchos rasgos en común, especialmente en su sistema político, social y económico. Aquí no me ocupo del aspecto político de las ciudades. Pero puede presentarse un paralelo con la estructura económica de Priene que es instructivo tanto en sus semejanzas como en sus diferencias.

Ocurre que conocemos un poco más de TEOS que de otras ciudades de Asia Menor, aunque menos que de Priene. Previamente me he referido a ella al tratar del sinoicismo de Teos y Lébedos, que fue planeado, y quizá llevado a cabo, por Antígono. En un decreto que trata de su simpolitia con Lébedos (finales del siglo IV a. de J. C., tal vez contemporáneo de la inscripción referente al sinoicismo) se enumeran algunos impuestos de la ciudad. Esta enumeración, aunque incompleta, nos da una idea bastante buena de la estructura económica de la ciudad. Como Priene, Teos vivía sobre todo de la agricultura y de la ganadería: ovejas y cerdos eran una de sus principales fuentes de ingresos. Además se obtenían beneficios de la explotación de los bosques. Los árboles eran cortados y transportados con ayuda de esclavos y asnos, y probablemente hacían carbón vegetal. Había inmensos jardines. Florecía la agricultura, como en tantos otros lugares del mundo antiguo (Atenas, Rodas, Teángela y otras partes

de Caria, etc.). Y finalmente, a diferencia de Priene, Teos tenía una industria floreciente, la manufactura de ciertas clases de prendas de vestir, como χλάνδια y ἀμπέχονα, de lana milesia.

Es interesante saber que los ciudadanos sacaban una ganancia importante del alquiler de esclavos, y que el servicio sanitario estaba organizado más o menos de la misma manera que en Cos, cuyas leyes fueron impuestas a Teos y Lébedos por Antígono (véase el capítulo siguiente). Podemos añadir que la ciudad, no satisfecha con unas contribuciones extensas y variadas, obligaba a los esclavos y animales de tiro particulares a prestar servicios públicos obligatorios.

La impresión producida por la inscripción anteriormente analizada y por la referente al sinoicismo es también la de una pequeña comunidad de acomodados burgueses, que obtienen sus principales ingresos del cultivo intensivo de la tierra, y en menor cuantía de algunas industrias. Los ciudadanos viven una vida estrecha dentro de su territorio, consumiendo principalmente sus propios productos. A veces exportan algunos; pero más a menudo, especialmente cuando fallan las cosechas, tienen urgente necesidad de importar alimentos (45).

En conclusión, puede afirmarse que el cuadro de Teos es muy parecido al de PIDASA en época posterior*.

Tales fueron las pequeñas ciudades de Asia Menor en el período que estudiamos. Naturalmente las ciudades mayores, centros de comercio e industria como Mileto y Éfeso, eran diferentes. Pero lo que sabemos de ellas, en particular de Mileto, muestra que en su aspecto general, es decir, en plan y arquitectura, sobre todo en lo que se refiere a las áreas residencial y política, no diferían grandemente de Priene. Debemos, por supuesto, imaginarnos además un puerto ruidoso y probablemente sucio, grandes bazares llenos de gente, pintorescos muelles con tiendas, cabarets, fondines, burdeles ¡y de todo! Las plazas y edificios públicos deben imaginarse más abundantes y más grandes. Sin embargo, en lo principal, incluso una gran ciudad griega de la época no debía de diferir mucho de la modesta y elegante ciudad de Priene. Volveré sobre esto cuando, más adelante, trate de Alejandría, Rodas, Cos, Mileto y Delos.

La prosperidad de algunas ciudades, tal vez la mayoría de las del continente griego, de las islas y de Asia Menor, era pro-

---

* *Milet,* I, 3, pág. 350, nota 149; véase cap. V.

bablemente compartida por las de las ciudades que desempeñaron el papel de Atenas, Corinto, Rodas, Mileto y Éfeso, en la Propóntide y en la costa póntica. Volveré sobre la mayor parte de estas ciudades en el capítulo próximo: Cícico, Bizancio, Calcedonia, Heraclea Póntica, Sinope, Amiso y las ciudades florecientes de la costa póntica occidental. Aquí sólo me referiré a las lejanas ciudades del sur de Rusia. Lo dicho para ellas es aplicable también, *mutatis mutandis,* a otras ya mencionadas. Todas se aprovecharon de la recuperación de Grecia, y el final del siglo IV a. de J. C. en Rusia meridional fue muy próspero, un brillante período, sin duda. Muchas tumbas maravillosamente ricas en Panticapeo y muchos espléndidos hallazgos en Olbia pertenecen a esta época, como ocurre con gran cantidad de tumbas escitas que contienen exquisita joyería griega, cerámica, y obra de toréutica, en parte importada de Grecia y Asia Menor, en parte hecha en Panticapeo y Olbia.

Puede añadirse que la influencia de la prosperidad griega fue sentida no sólo en Oriente, sino también en Occidente, como podemos deducir del brillante desarrollo de ciertas ramas de la industria greco-itálica, especialmente en Tarento (46).

El vivo intercambio de mercancías entre las partes constituyentes del Oeste y el Nordeste fue facilitado por el hecho, ya subrayado, de que el imperio de Alejandro, a pesar de la guerra de los diádocos, siguió siendo una unidad política durante casi cincuenta años. Este período era una repetición —en gran escala— de los días gloriosos del imperio ateniense, pero sin sus métodos de coacción. El mar estaba relativamente libre de piratas. Las medidas de policía tomadas por Alejandro fueron continuadas por Antígono y Demetrio, que poseían una fuerte marina y tenían la Liga de las Islas a su disposición. Lisímaco, Tolomeo Soter, Rodas, Cícico, Lámpsaco, Bizancio, Heraclea Póntica, Sinope y los reyes del Bósforo, todos contribuyeron a esta seguridad (47).

Que el imperio de Alejandro, porque era una unidad política en los días de los diádocos, fuese también una unidad económica, sólo puede afirmarse con reservas. Grecia seguía siendo ahora, como lo había sido antes, un complejo de ciudades sueltas e independientes, cada una persiguiendo, por todos los métodos legales e ilegales, una mezquina política dirigida a la autosuficiencia y la autodefensa. Ninguna ciudad griega abolió sus medidas restrictivas contra sus vecinas, ni sus opresivos derechos de

aduanas (48). No obstante, el imperio de Alejandro, en la época de los diádocos, se aproximaba al carácter de una unidad económica, aún más que el imperio ateniense. Nuestro material es escaso, pero suficiente para demostrarlo.

Para empezar, recordaré al lector la subida general de precios en todo el imperio en la época de Alejandro y sus sucesores. Luego, el testimonio suministrado por las monedas. Tesoros numismáticos enterrados en todas las partes del imperio y fuera de él, en vida de Alejandro y durante el gobierno de los diádocos, demuestran que la unidad monetaria se había logrado casi por completo. Permítaseme recordar algunos hechos bien conocidos relacionados con esto (49).

La moneda de Alejandro no sólo era abundante, sino uniforme respecto a los tipos, pureza del metal y patrón (ático). Después de su muerte y durante unos diecinueve años los sucesores emitieron moneda exactamente de los mismos tipos y patrón en las mismas cecas en nombre de Filipo Arrideo y más tarde de Alejandro IV, para uso de todo el imperio, excepto Egipto. En este país empezó una cierta diferenciación, y después se extendió a otras partes del mundo helenístico, cuando sus caudillos asumieron el título real. Todos éstos tenían sus propias acuñaciones abundantes, y los más prominentes a este respecto fueron Lisímaco, Tolomeo Soter y Seleuco I. Sin embargo, sus monedas, por lo que hace al peso, pureza y patrón (con excepción de las de Tolomeo, que finalmente pasaron al llamado patrón fenicio), eran casi exactamente iguales a las de Alejandro. La única diferencia estaba en los tipos, la cabeza de Alejandro deificado, y más tarde los retratos de los diádocos sustituyendo en el anverso a los tipos alejandrinos bien conocidos, y los nuevos reversos reemplazaron al diseño único de Alejandro.

Comparadas con las nuevas emisiones, las principales del pasado fueron de escasa importancia. Pronto desaparecieron los «arqueros» y otras monedas del imperio persa. En las emisiones de las ciudades, aún abundaban las «lechuzas» atenienses. Atenas parece haber conservado su derecho de acuñar desde la época de Alejandro hasta cerca del 220 a. de J. C., cuando un nuevo estilo de acuñación sustituyó al antiguo. La mayoría de los eruditos modernos se inclinan a pensar, contra la antigua opinión, que no hubo suspensión de la acuñación ateniense entre 322 (o 261 a. de J. C.) y algún tiempo después de 229 a. de J. C., excepto en una breve interrupción en los días de Antígono Go-

natas (50). Se dejaron de acuñar los *poloi* corintios ya en el siglo III a. de J. C., y nunca fueron muy populares en el Egeo. Siguieron operando cecas en unas cuantas ciudades más, y las ligas griegas preferían emitir monedas de tipos alejandrinos. Es curioso que el rey Areo de Esparta, cuando decidió acuñar su propia moneda (hacia 280 a. de J. C.), empezase a acuñar tetradracmas alejandrinos de peso ático, pero inscritos con su propio nombre (51).

Todas estas emisiones, empero, fueron arrinconadas por la acuñación real. Esto no fue resultado de la coacción o la legislación, como en tiempos del imperio ateniense, sino de la evidente conveniencia de una unidad monetaria, y de la abundancia y calidad de la moneda real. Tenemos prueba indiscutible de esto en la estadística de tesoros, tal como la reunió Noe. En todos los tesoros de la última parte del siglo IV y principios del III antes de J. C. la moneda de Alejandro (añadiéndole un cierto número de filipos) excede a la totalidad de las otras acuñaciones. Incluso las monedas de los diádocos (excepto las de Lisímaco) figuran sólo rara y esporádicamente (52). La moneda de Alejandro fue tan famosa y popular en el mundo helenístico, que cuando, después de Magnesia, muchas ciudades recobraron su derecho de acuñación (perdido en la época de los sucesores de Alejandro y del equilibrio de potencias), se ponen de acuerdo para empezar su acuñación autónoma con la emisión de la moneda de plata uniforme alejandrina y lisimaquia, que acuñaron en grandes cantidades*. Estoy hablando, por supuesto, de las grandes acuñaciones de la época, las monedas que desempeñaron el papel más importante en la vida comercial y eran guardadas por la gente rica en sus casas y en los bancos. Para los gastos de la vida diaria en las ciudades de la Grecia propia, Asia Menor y el Oriente Próximo, se usaba casi exclusivamente, siendo sólo en cierta medida suplementada por las monedas de las ciudades vecinas. Esta moneda fue en su mayor parte cobre y pequeñas piezas de plata. Su preponderancia en la vida diaria está demostrada por los hallazgos en las ciudades griegas de Grecia y Asia Menor, especialmente Priene (como fue bien demostrado por el difunto doctor Regling) y Pérgamo.

Teniendo en cuenta todo esto, el reino de Alejandro y el período de sus sucesores fueron una época de gran esperanza

---

* Esta moneda se estudia en un capítulo posterior.

y grandes posibilidades para el imperio creado por Alejandro, incluida Grecia. Ésta perdió su independencia política, aunque luchó desesperadamente por conservarla, pero fue compensada por una prosperidad material que tenía todas las apariencias de ser duradera (53).

Pero esta apariencia era ilusoria. El período de prosperidad, por lo menos en lo que a Grecia concierne, estaba destinado a ser de corta duración.

NOTAS

(1) Los mejores resúmenes generales del desarrollo económico del mundo helenístico se encontrarán en: G. Glotz, *Le travail dans la Grèce ancienne*, 1920, págs. 379 y sigs. (hay una traducción inglesa); U. Wilcken, *Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft*, en *Schmollers Jahrb.*, XLV (2) (1921), págs. 45 y sigs.; F. Oertel, en Pöhlmann, *Geschichte der soz. Frage und des Sozialismus in der antiken Welt*, II, 2.ª ed., 1925, págs. 537 y sigs.; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 2.ª ed., 1925, págs. 270 y sigs.; W. W. Tarn, *Hellenistic civilization*, 2.ª ed., 1930, págs. 73 y sigs. (3.ª ed., 1952, con G. T. Griffith, págs. 79 y sigs.); F. Heichelheim, *Welthistorische Gesichtspunkte zu den vormittelalterlichen Wirtschaftsepochen*, en *Festgabe f. W. Sombart*, 1933, págs. 181 y sigs., y *Wirtschaftsg.*, cap. VII. Sobre Atenas hay excelentes libros de W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, 1911, y S. Jebelev, *Historia de Atenas de 229 a 230 a. de J. C.*, 1898 (en ruso).

Los problemas relacionados con el papel desempeñado por las ciudades griegas en el desarrollo del mundo antiguo desde la época de Alejandro han sido estudiados recientemente por A. H. M. Jones, *The Greek City from Alexander to Justinian*, 1940. Este libro es un suplemento sistemático a su volumen anterior, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, 1937, que he citado con frecuencia en esta obra. Llegó a mis manos demasiado tarde para tenerlo en cuenta en el texto y notas. En esta breve nota no puedo discutir todos los puntos en que estoy de acuerdo o discrepo con el autor.

(2) Sobre Alejandro y su actividad económica: U. Wilcken, *Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft*, en *Schmollers Jahrb.*, XLV (2) (1921), págs. 45 y sigs., y *Alexander der Grosse*, 1931, págs. 238 y sigs.; cf. págs. 263 y sigs.; W. W. Tarn, *C. A. H.*, VI, págs. 427 y sigs.; H. Berve, *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, I, 1926, págs. 291 y sigs., y *Griechische Geschichte*, II, 1933, págs. 159 y sigs. (2.ª ed., 1951-52, págs. 173 y sigs.); A. M. Andreades, Σύστημα Ἑλληνικῆς δημοσίας οἰκονομίας, I, 2, 1, 1930, del que hay una traducción francesa; véase su artículo *Le montant du budget d'Alexandre le Grand*, en *XIIe Session de l'Institut International de Statistique*, Londres, 1934 (La Haya, 1934). Sobre las fuentes: E. Kornemann, *Die Alexandergeschichte des Königs Ptolemaios I. von Ägypten*, 1935, especialmente págs. 159 y sigs. (2.ª ed., págs. 173 y sigs.); A. M. Andreades, Σύστημα Ἑλλην. δημ. οἰκον., I, 2, 1, 1930; existe traducción francesa; cf. W. Koe-

be, *Die Weltreichsidee Alexanders des Grossen*, en *Freiburger Wiss. Gesellsch.*, XXV (1936); W. W. Tarn, *Alexander the Great and the Unity of Mankind*, en *Proc. Brit. Acad.*, XIX (1933), págs. 123 y sigs.; U. Wilcken, *Die Letzten Pläne Alexanders des Grossen*, en *Berl. S. B.*, XXIV (1937), págs. 192 y sigs. (acerca de los planes de Alejandro sobre el Occidente) y V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, 1938.

(3) Alejandro y Colón: U. Wilcken, *Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft*, loc. cit., pág. 50. La única semejanza que puedo ver entre el descubrimiento de América y la conquista del Oriente por Alejandro es el aumento del oro y plata en circulación subsiguiente en Europa occidental y en Grecia respectivamente. No veo un paralelismo notable entre el desarrollo del mundo después de las conquistas de Alejandro y la evolución del mundo moderno.

(4) Véase H. Berve, *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, II, 1926, págs. 169 y sigs.; cf. págs. 193 y sigs.

(5) Véanse las referencias de la nota 2. Listas excelentes de las colonias de Alejandro se encontrarán en H. Berve, *Das Alexanderreich*, II, págs. 291 y sigs., y V. Tscherikower, *Die hellenistischen Städtegründungen von Alexander dem Grossen bis auf die Römerzeit*, en *Philol. Suppl.*, XIX (1926), págs. 138 y sigs.; cf. W. W. Tarn, loc. cit., y E. Bikerman, *Gnomon*, IV (1928), págs. 351 y sigs. V. Chapot, *Alexandre fondateur de villes*, en *Mél. Glotz*, I, 1932, págs. 173 y sigs., va demasiado lejos en su intento de minimizar los resultados de la colonización de Alejandro. Sobre las colonias atribuidas a Alejandro, véase A. H. M. Jones, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, 1937, Índice, voz «Alexander». Sobre Bactriana, trato que dio Alejandro al país, y la matanza de 23.000 griegos mercenarios (Diod., XVIII, 7; cf. XVII, 99, 5 y sigs.); véase W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 72, (2.ª ed.; Addenda, pág. 523). Sobre Bactriana a principios del período helenístico, véase cap. IV.

(6) Se ha escrito mucho sobre las acuñaciones de Alejandro. Un resumen general útil, basado en su mayor parte en las monografías magistrales de E. T. Newell, se hallará en Ch. Seltman, *Greek Coins*, 1953, págs. 203 y sigs. Es muy probable que Alejandro escogiese el patrón ático no sólo pensando en su popularidad en el mundo Egeo, sino también porque se usaba mucho en el imperio persa, junto al del país, especialmente en Palestina; véase O. R. Sellers y W. F. Albright, *Bull. Am. Sch. Or. Res.*, XLIII (1931), pág. 10. El único patrón monetario que competía con el ático en la época de Alejandro era el rodio. Véanse notas 38 (sobre los tesoros de monedas de Alejandro) y 49.

(7) Sobre la paga de los soldados helenísticos, que comprendían ὀψώνιον, σῖτος o μέτρημα, σιτώνιον o σιτηρέσιον, ἱματισμός o ἐσθής, véanse las observaciones de Kromayer-Veith, *Heerwesen* (*Handbuch Alt.-Wiss.*, IV, 3, 2), 1928, págs. 122 y sigs. (con bibliografía), y M. Rostovtzeff, *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), pág. 11; cf. H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers*, 1933, pág. 233, y G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, 1935, págs. 264 y sigs.

Con frecuencia los soldados recibían regalos o adelantos antes de las grandes batallas, como una especie de garantía (δόμα, δωρεαί). Adelantos en dinero (πρόδομα) se pagaban a veces a los mercenarios

recién reclutados (Polibio, XV, 25, 16, mal interpretado por A. Passerini, *Athen.*, IX (1931), pág. 263; cf. U. Wilcken, *Aktenst. d. Th. Bank*, VI, 14, y VII, 9-10; debo esta referencia a G. T. Griffith). Sobre σιτηρέσιον y μέτρημα, véanse las inscripciones de Cos, Paton-Hicks, núm. 10 y 11; A. Neppi Modona, *L'isola di Coo nell'antichità classica*, 1933 (*Mem. pubbl. a cura dell'Ist. Storico-Archeol. di Rodi*, I), pág. 43; una lista de inscripciones para costear el σιτηρέσιον (Paton-Hicks, 10) y el μέτρημα (11) a los soldados en 201 a. de J. C. Véase G. Cardinali, *Riv. Fil.*, XXXV (1907), págs. 7 y sigs. Nuevos testimonios sobre el ὀψώνιον y σιτώνιον en Egipto, Hunt, *P. Teb.*, 722 y 723; U. Wilcken, *P. Würzb.* (*Berl. Abh.*, 1933), núm. 7; cf. *P. Br. Mus.*, II, núm. 219-27 (págs. 1-9); Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 160 y 164; *P. S. I.*, IV, 350, 4; Wilcken, *Arch. Pap.*, VII, pág. 89; E. P. Wegener, *J. E. A.*, XXIII (1937), pág. 222, número VI.

Para la organización del ejército egipcio, véase cap. IV. Se daban frecuentemente grandes regalos a los oficiales del ejército como recompensa por los servicios pasados o para asegurar su lealtad. Estos regalos se dieron, por ejemplo, a dos oficiales, uno cretense y otro etolio de la guarnición tolemaica de Gaza, por los reyes (probablemente dos reyes sucesivos, Evérgetes I y Filopátor, o más probablemente Filopátor y Epífanes, poco antes de la toma de Gaza por Antioco III). Se les menciona en un epigrama funerario erigido por uno de los oficiales a su hijo y su nieta (*S. E. G.*, VIII, 269, donde se encontrarán referencias a las publicaciones anteriores y discusiones); líns. 9 y sigs.: ἦ μὴν ἀμφοτέρους γε παλαίπλουτοι βασιλῆες | Αἰγύπτιοι χρυσεαῖς ἠγλάϊσαν χάρισιν. Las χρυσεαὶ χάριτες eran probablemente coronas de oro.

(8) Véase el juicio general de Plutarco donde compara a Cleómenes con los otros monarcas helenísticos (Plut., *Cleom.*, 13, 5): ἃς μὲν γὰρ οἱ λοιποὶ τῶν βασιλέων ἐπὶ τοὺς ἀνθρώπους θήρας ἐποιοῦντο χρήμασι καὶ δωρεαῖς, δελεάζοντες αὐτοὺς καὶ διαφθείροντες, ἀτέχνους καὶ ἀδίκους ἐνόμιζε εἶναι, κτλ. No había, pues, mucha diferencia a este respecto, entre los sucesores y los últimos reyes helenísticos. Un tema interesante para investigar es el de la historia y carácter de las δωρεαί. El origen de los δωρεαί, posteriores, donaciones de tierra revocables a amigos, altos oficiales, filósofos distinguidos y otras celebridades literarias, cortesanos, etc., tanto en Oriente (sobre todo el imperio persa) como en el Occidente (en especial Macedonia), ha de encontrarse en la estructura feudal tanto en Persia como de Macedonia. No es necesario referirse a los bien conocidos δωρεαί de los reyes persas a persas y particularmente a extranjeros (todos pensarán a este respecto en Temístocles). Más importante para la historia de los δωρεαί helenísticos es la práctica inmemorial de los reyes macedónicos por los cuales se daba fundos grandes o pequeños a macedonios y griegos: véase F. Hampl, *Der König der Makedonen*, 1934, pág. 28 (Hegesipo [Dem.], *Halon*, 41, cf. 39), 40 y sigs. y 45. La mayor parte de estos δωρεαί estaban fuera de Macedonia, pero algunos fueron dados por los reyes macedónicos a sus ἑταῖροι en la Macedonia propia. Puedo citar, por ejemplo, el trato entre Casandro y Poliperconte (Diod., XX, 28, 2 y 3) en 309 a. de J. C.: Casandro garantiza su apoyo a Poliperconte τὰς προγεγενημένας κατὰ Μακεδονίαν δωρεάς. Sobre Filipo V véase cap. V.

La donación de *doreai* personales, feudal en su origen, se transformó en un factor importante en la política de Alejandro y sus sucesores. Llamaré la atención, por ejemplo, sobre los dados a Éumenes en Asia Menor por Alejandro y Perdicas (Diod., XVIII, 57, 3 y sigs.), los otorgados por Antípatro a Crátero en 323 a. de J. C. (Diod., XVIII, 18, 7), el trato que dio Tolomeo Soter en 312 a Andrónico, estratego de Tiro, que permaneció fiel a Antígono y Demetrio durante el sitio y después fue capturado por Tolomeo (Diod., XIX, 86, 2: οὐ μὴν ὅ γε Πτολεμαῖος ἐμνησικάκησεν ἀλλὰ τοὐναντίον δοὺς δωρεὰς εἶχε περὶ αὑτόν, ἕνα τῶν φίλων ποιησάμενος καὶ προάγων ἐντίμως), los distintos casos de refugiados políticos recibiendo δωρεὰς μεγάλας καὶ συντάξεις de diferentes reyes helenísticos de comienzos del siglo III a. de J. C. según Teles περὶ φυγῆς (Hense), pág. 23, etc. Existía el mismo motivo político y la misma supervivencia de las tradiciones macedonia y persa en las donaciones de Antioco Epífanes, como, por ejemplo, en su regalo de Tarso y Malos a su querida Antióquide. Más tarde, el regalo de *doreai,* especialmente en Egipto y Siria, se hizo uno de los métodos de la política económica de los Tolomeos y seléucidas por igual; véase M. Rostovzeff, *Studien z. Gesch. d. röm. Kolonates,* 1910, págs. 251 y sigs., y *A large estate in Egypt,* 1922, págs. 42 y sigs. y 143 y sigs. Véanse caps. IV y V.

Es difícil decidir si debemos relacionar con los *doreai* de este tipo los regalos de tierra hechos por un poder superior a uno subordinado, como, por ejemplo, la donación hecha por Antígono a Asandro de su satrapía caria, δωρεάν, similares regalos de tierra por los romanos después de Magnesia a varias ciudades y reyes δωρεάν (por ejemplo, a los clazomenios: Polibio, XXI, 45, 5; Éumenes, II, íd., XXI, 45, 10; a los rodios, íd., XXII, 5, 4; XXV, 4, 5 y 5, 1; cf. A. Heuss, *Die völkerrechtlichen Grundlagen der röm. Aussenpolitik in rep. Zeit,* en *Klio,* N. F. 18, pág. 108).

No necesito citar casos particulares de grandes regalos hechos a distintas ciudades por los sucesores de Alejandro. Los mejor conocidos son los regalos de Antígono a Atenas en 306-305 y de nuevo en 305-304 a. de J. C. (Diod., XX, 46, 4; Plut., *Demetr.,* 10, 1; *S. I. G.*³, 334). Puedo citar también el préstamo otorgado por Lisímaco a la ciudad de Mileto, que fue devuelto con gran dificultad por la ciudad con ayuda de otro préstamo suministrado por algunos ciudadanos ricos de Cnido (Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.,* 1, 3, págs. 294 y sigs.; 282 a. de J. C.), los grandes regalos de grano a Rodas por Soter, Casandro y Lisímaco durante el sitio de la ciudad (Diod., XX, 96 y 100). Dos regalos bien conocidos de Lisímaco a Atenas, después de Ipso (10.000 medimnos de grano y después 130 talentos); véase A. M. Andreades, *A history of Greek public finance,* I, 1933, pág. 176, y Ἡ δημοσιονομικὴ πολιτικὴ τοῦ βασιλέως Λυσιμάχου, en *Hellenica,* II (1929), págs. 257 y sigs. (= *Mél. P. Thomas,* 1930, págs. 6 y sigs.).

(9) Véase cap. IV.

(10) Es característica de los primeros reyes helenísticos, y especialmente de Antígono, la respuesta de este último a uno de sus amigos, Aristodemo, que se suponía ser hijo de su cocinero, cuando Aristodemo le aconsejó que fuese menos pródigo en sus gastos y regalos: «οἱ λόγοι σου», εἶπεν, «ὦ Ἀριστόδημε, περιζώματος ὄζουσιν» Plut., *Mor. Apophthegm.,*

182 'Αντιγόνου, D, 11. Véase una de las muchas acciones escandalosas de Demetrio (Plut., *Demetr.*, 27, 1): ordenó a los atenienses que le pagaran 250 talentos καὶ τῆς εἰσπράξεως συντόνου καὶ ἀπαραιτήτου γενομένης, ἰδὼν ἠθροισμένον τὸ ἀργύριον ἐκέλευσε Λαμίᾳ καὶ ταῖς περὶ αὐτὴν ἑταίραις εἰς σμῆγμα δοθῆναι. Véase también la descripción general de una corte helenística de Plutarco (*Cleom.*, 13): su lujo, su gran tono, su multitud de criados y funcionarios.

(11) La fecha e interpretación de la inscripción de Mileto son controvertidas: véase W. W. Tarn, *J. H. S.*, XLVI (1926), págs. 158 y sigs.; *Hermes*, LXV (1930), págs. 446 y sigs.; *J. H. S.*, LIII (1933), pág. 62, núm. 50, y W. Otto, *Beiträge zur Seleukidengeschichte*, 1928, págs. 25 y sigs.; *Phil.*, LXXXVI (1931), págs. 400 y sigs. Cf. W. Peremans, *Rev. Belge*, XII (1933), págs. 49 y sigs. (sobre la fecha de la batalla de Cos), y C. B. Welles, *R. C.*, núm. 14. De acuerdo con mi punto de vista (gobierno de Tolomeo entre 295 y 289 a. de J. C.), P. Roussel en G. Glotz, *Hist. Gr.*, IV, 1, pág. 354, nota 29.

(12) Sobre los préstamos recogidos por Filocles: J. A. O. Larsen, *Roman Greece;* T. Frank, *Econ. surv.*, IV, pág. 340. Los préstamos recogidos por Filocles los considera Larsen contraídos para el pago del tributo, no a Demetrio, sino a Filadelfo, lo cual considero muy improbable. Sobre los préstamos en general, véase cap. V, lám. 22. Cf. las tres inscripciones de Beocia recientemente publicadas (N. G. Pappadakis, 'Αρχ. Δελτίον, VIII (1923), págs. 182 y sigs.; W. Schwahn, *Boiotische Stadtanleihen aus dem III. Jahrhundert v. Chr.*, en *Hermes*, LXVI (1931), págs. 337 y sigs.), que se refiere a los préstamos contraídos por las dos ciudades de Beocia (Carsie y Acrefia), la primera con la ciudad de Tisbe, y las otras con dos particulares, sobre hipoteca de toda su propiedad. Ninguno de los préstamos fue pagado cuando se debía. Las inscripciones muestran cuán seria era la situación financiera de algunas ciudades griegas en el siglo III a. de J. C., ciertamente no sólo como resultado de una mala administración financiera.

(13) No existe ningún estudio general bueno sobre los ejércitos del período helenístico. Los primeros tratados de «antigüedades militares griegas» —como los de Köchly y W. Rüstow, *Geschichte des gr. Kriegswesens*, 1852; H. Droysen, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen*, 1889; Ad. Bauer, *Griechische Privat- und Kriegsaltertümer*, 2.ª ed. (*Handb. kl. Altertumswissensch.*, IV, 1, 2)— dedican muy poca atención a la cuestión de la organización de los ejércitos helenísticos y tratan la época helenística como una unidad, sin distinguir entre los diversos períodos (constituye una excepción el libro, excelentemente ilustrado, de P. Couissin, *Les Institutions militaires et navales des Grecs*, 1931). En este aspecto son imitados por los resúmenes más modernos, como, por ejemplo, Kromayer-Veith, *Heerwesen*, etc., 1928, págs. 120 y sigs., y M. Cary, *A History of the Greek World*, 1932, págs. 231 y sigs.

De los estudios especiales que tratan de los ejércitos helenísticos en general puedo citar aquí: K. Grote, *Das griechische Söldnerwesen der hellenistischen Zeit*, 1913; A. Spendel, *Untersuchungen zum Heerwesen der Diadochen*, 1915; mis propias observaciones en *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), págs. 5 y sigs.; H. Berve, *Das Alexanderreich*, etc., I, 1926, págs. 101 y sigs.; H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest*

Times to the Battle of Ipsus, 1933, especialmente parte V: *The Age of Alexander,* y VI: *The Age of the Diadochi,* págs. 177 y sigs., y G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World,* 1935. Las obras que tratan de los ejércitos de cada uno de los estados helenísticos se citarán más adelante en este libro. Dos documentos recientemente encontrados, uno en Anfípolis y otro en Calcis, ofrecen un importante esquema de las ordenanzas de los ejércitos macedónicos. El primer documento pertenece sin duda a la época de Filipo V, y el segundo con toda probabilidad, y ambos tratan de las condiciones que regían en las guarniciones macedónicas. Es probable que ordenanzas parecidas a las contenidas en estos dos documentos se observasen en los ejércitos macedónicos antiguos. Una de ellas, la encontrada en Anfípolis, que es fragmentaria, ilustra distintos aspectos de la vida de la guarnición de la ciudad; véase P. Roussel, *Rev. Arch.*, V (1934), págs. 39 y sigs., y M. Feyel, ibíd., VI (1935), págs. 29 y sigs. La otra, encontrada en Calcis, está completa y contiene regulaciones concernientes a la administración de los οἰκονόμοι (y φρούραρχοι) de los almacenes militares; véase Σ. Β. Κουγέας, 'Ελληνικά, VII (1934), págs. 177 y sigs. Esta última es un διάγραμμα del rey publicado por el comandante de Calcis. El documento no está fechado, pero la forma de las letras apunta a la época de Filipo V. La suprema jurisdicción en el caso de ofensas se reserva al rey. Véanse sobre los documentos: C. B. Welles, *A. J. A.* XLII (1938), págs. 245 y sigs., y E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XII (1938), págs. 295 y sigs. Con estos documentos podemos comparar una inscripción de 181 a. de J. C. recientemente encontrada en Macedonia (Eordaya) (en un lugar llamado Κοιλάδα cerca de Kozane) y publicada por Χ. Ι. Μακαρόνας, 'Αρχ. 'Εφ., 1934-35, págs. 117 y sigs., y C. B. Welles, loc. cit., pág. 246. Contiene una carta de Filipo V en respuesta a una petición (fragmentaria) de varios oficiales y soldados de un λόχος acaudillada por un τετράρχης. Los títulos militares de los soldados y oficiales son de gran interés. (Sobre este documento se insiste más adelante, cap. V, nota 35 y sigs.)

(14) Los motines y traiciones de los ejércitos, o parte de ellos, contra los sucesores de Alejandro son demasiado familiares a los estudiosos de la época helenística para que necesiten el apoyo de las citas. Por lo que hace a revoluciones declaradas, puedo citar de pasada la de los macedonios contra Antípatro (Polieno, IV, 6, 4) y la de 3.000 soldados macedonios contra Antígono en Capadocia (íd., IV, 6, 6). Cf. Parke, loc. cit., pág. 208. El tipo del soldado que obtiene ascensos y se hace rico después de traicionar a su antiguo comandante es bien conocido de la «comedia nueva». Menandro Κόλαξ, 40 y sigs., habla de uno de éstos, probablemente un tracio, que cambió su nombre, Βῖθυς en Βίας, un διμοιρίτης con cantidades de dinero. Asombrado sobre el origen de su riqueza, Fidias, su rival, dice: πόλ[ιν τιν' ἢ ναῦ]ν ἢ σατράπην ἢ σ[υμμάχους] | [προδοὺς ἐκέρδα]νέν τι δῆλός ἐστι (las restauraciones están apoyadas por las expresiones de Fidias que siguen a lo restaurado).

(15) Sobre las relaciones entre las ciudades y los gobernantes, y sobre las relaciones similares entre los ejércitos y sus comandantes en jefe, basadas en la συμμαχία y εὔνοια véanse: F. Schröter, *De regum hell. epistulis*, etc., 1933, pág. 44; E. Bikerman, *Bellum Antiochenum,*

en *Hermes*, LXVII (1932), págs. 58 y sigs. y 59, 1; cf. 63 y sig.; V. Ehrenberg en Gercke-Norden, *Einl.*, III, 3, 1932, pág. 83; M. Holleaux, *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 37 y sigs.; C. B. Welles, *R. C.*, Índices, voz εὔνοια y págs. 66 y sig.; P. Zancan, *Il monarcato ellenistico nei suoi elementi federativi*, 1934, págs. 19 y sigs.; E. Bikerman, *Alexandre le Grand et les villes d'Asie*, en *Rev. É. G.*, XLVII (1934), págs. 346 y sigs.

Un buen resumen de los puntos de vista, expresados por distintos eruditos, concernientes al estado constitucional de las ciudades griegas de Asia Menor en la época de Alejandro y sus sucesores se encontrará en el estudio de Th. Lenschau sobre la historia griega en *Bursians Jahresb.*, CCLIII (1936), págs. 151 y sigs. A éste hay que añadir una reciente revisión del problema por V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, 1938, págs. 41 y sigs. (cf. W. W. Tarn, *Cl. Rev.*, LII (1938), págs. 234 y sigs.) y también por E. Bikerman, *Institutions des Séleucides*, 1938, págs. 133 y sigs. (ciudades) y 51 y sigs. (ejército). Debemos distinguir con toda exactitud entre el estado legal del ejército y las ciudades y la situación de hecho. Legalmente, los sucesores de Alejandro eran los amos del ejército y dueños de las ciudades griegas. De hecho dependían casi enteramente de ellos y actuaban en consecuencia. Sobre la εὔνοια en general, tal como aparece en los documentos oficiales de distintas clases, para denotar un sentimiento que anima tanto al gobernante como al gobernado, W. Schubart, *Das hellenistische Königsideal nach Inschriften und Papyri*, en *Arch. Pap.*, XII (1936), págs. 8 y sigs. Sobre la noción de εὔνοια en Grecia, especialmente en el siglo IV a. de J. C. y el significado político-técnico de esta palabra, E. Skard, *Zwei religiös-politische Begriffe Euergetes-Concordia* (*Avh. utgitt av Det Norske Videnskaps Akad.*, II, *Hist.-fil.*, Kl., 1931, núm. 2, págs. 29 y sigs.). Por lo que respecta a las ciudades y los súbditos de los reyes en general, compárese también el tratado περὶ βασιλείας de Ecfanto (Estobeo, IV, 7, 64) el Pitagórico (¿siglo II a. de J. C.?): «y debe existir una total buena voluntad (εὔνοια) primero por parte del rey hacia sus súbditos, y en segundo lugar por parte de éstos hacia el rey, la misma que tiene un padre hacia su hijo, un pastor hacia sus ovejas, y la ley hacia los que la utilizan» (traducción de E. Goodenough, *Yale Class. Stud.*, I, 1928, pág. 84); cf. otro fragmento de Ecfanto (Estobeo, IV, 7, 65) traducido por E. Goodenough, *Yale Class. Stud.*, I (1928), pág. 89. Sobre la fecha de Ecfanto: W. W. Tarn, *Alexander the Great and the Unity of Mankind*, en *Proc. Brit. Acad.*, XIX (1933), pág. 128.

Más instructiva por lo que se refiere a las relaciones de hecho entre las ciudades, el ejército y el rey en época de peligro y guerra es el documento, bien conocido, o más bien la serie de documentos que se refieren a Esmirna y a los soldados reales estacionados y asentados en Magnesia (*O. G. I.*, 229, Seleuco, II). Esmirna apoyó de todo corazón a Seleuco II en su lucha con Egipto. Sus relaciones con el rey se describen varias veces en este informe como εὔνοια καὶ φιλία (lín. 3) o εὔνοια καὶ φιλοτιμία (lín. 8). En sus tratos con los soldados rebeldes de Seleuco II en Magnesia, Esmirna los exhortó, διαφυλάσσειν τὴν φιλίαν καὶ συμμαχίαν τῶι βασιλεῖ (líns. 15 y 18), o διατηρεῖν τὴν συμμαχίαν καὶ τὴν εὔνοιαν τῶι βασιλεῖ (líns. 37, 62, 93). Sobre esta inscripción véanse: V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, pág. 48; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 100 y sigs.;

C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna*, 1938, págs. 114 y sigs. Véase la carta de Lisímaco a Priene (*O. G. I.*, 12; C. B. Welles, *R. C.*, núm. 6) donde Lisímaco describe su poder basado en sí mismo, sus amigos y sus δυνάμεις; las mismas expresiones emplea la ciudad de Ilión en el decreto relativo al rey Antioco I (*O. G. I.*, 219): téngase en cuenta, sobre todo, lín. 16, donde al hablar del reino de Antígono, los de Ilión lo describen como próspero y brillante μάλιστα μὲν διὰ τὴν ἰδίαν ἀρετήν, εἶτα καὶ διὰ τὴν τῶμ φίλων καὶ τῶν δυνάμεων εὔνοιαν. Sobre el papel político desempeñado por los ejércitos de los diádocos antes de establecer el equilibrio de potencias, véanse: F. Granier, *Die makedonische Heeresversammlung*, 1931, págs. 58 y sigs.; F. Hampl, *Der König der Makedonen*, 1934, pág. 63; P. Zancan, *Il monarcato ellenistico*, etc., 1934, págs. 35 y sigs.

(16) Me gustaría reconocer en un interlocutor de un interesante fragmento de los Ἁλιεῖς, de Menandro, 24 K., a un soldado mercenario que blasona de su riqueza: εὐποροῦμεν οὐδὲ μετρίως. ἐκ Κυΐνδων χρυσίον, | Περσικαὶ στολαὶ δὲ κεῖν[τ]αι πορφυραῖ, τορεύματα | ἔνδον ἐστ', ἄνδρες, ποτήρι' [ἄλλα τ' ἀργυρώματα] | κἀκτυπωμάτων πρόσωπα, τραγέλαφοι, λαβρώνια. Véase el inventario de regalos donados a Apolo de Dídima por Seleuco I (*O. G. I.*, 214; Welles, *R. C.*, núm. 5). La vida de los soldados de los ejércitos de los diádocos no era aburrida. Bías, el διμοιρίτης del Κόλαξ de Menandro (293 K.) presume de sus hazañas en el beber: κοτύλας χωροῦν δέκα | ἐν Καππαδοκίᾳ κόνδυ χρυσοῦν, Στρουθία, | τρὶς ἐξέπιον μεστόν γ'. (Στρουθ.) Ἀλεξάνδρου πλέον | τοῦ βασιλέως πέπωκας. (Βι.) οὐκ ἔλαττον, οὐ | μὰ τὴν Ἀθηνᾶν. (Στρ.) μέγα γε. No es extraño, pues, que estos soldados ricos fueran odiados por el elemento civil de la Atenas de la época de Menandro (Men., Περικειρ. 65 y 173 y sig. (Allinson); Κόλαξ, 40 y sigs. (Allinson); Σικυώνιος, 439 K.).

(17) Un cuadro excelente de un gran ejército en movimiento y de su campamento se encontrará en la descripción del ejército de Éumenes en Oriente que hacen Plutarco, Diodoro y Polieno (Plut., *Eum.*, 9; Diod., XIX, 43, 7; Just., XIV, 3, 6; Polieno, *Strat.*, IV, 6, 13). El último da una descripción breve pero gráfica del campamento y la ἀποσκευή: Ἀντίγονος δὲ τῶν Εὐμενείων στρατιωτῶν εἰδὼς ἀπομένειν τὴν ἀποσκευήν, ἐν ᾗ γυναῖκες ἦσαν αὐτῶν καὶ τέκνα, καὶπαλλακαί, καὶ οἰκέται, καὶ χρυσός, καὶ ἄργυρος, καὶ ὅσα ἄλλα ἐκτήσαντο ἀπὸ τῆς μετὰ Ἀλεξάνδρου στρατείας. Compárese el relato de la muerte de Ceteo, el indio στρατηγός, y la disputa entre sus dos mujeres por el privilegio de ser quemadas en su pira funeraria en el campamento de Éumenes (Diod., XIX, 33 y sigs.). Una de estas mujeres entrega sus joyas antes de morir a las parientas y amigas jóvenes. Nótese la presencia de todas estas mujeres, con sus joyas y esclavas, en el campamento. Todas ellas pertenecían a la ἀποσκευή. Parecidas condiciones se daban en el ejército de Ofelas cuando marchó contra Cartago (Diod., XX, 40-41, 1). Véanse las ἀποσκευαί de los autariates que servían en el ejército de Lisímaco (Polieno, *Strat.*, IV, 12, 1).

Es digno de mención que en muchos casos la ἀποσκευή desempeñaba un papel importante en la decisión de grandes batallas, preocupándose los soldados más de ella que de sus comandantes. El caso mejor conocido es el de Éumenes antes citado. Compárese el caso de Tolomeo I en 306 a. de J. C. (Diod., XX, 47, 4). Después de la derrota del ejército de Menelao cerca de Salamina (Chipre) Demetrio cogió 3.000 prisioneros

y los incorporó a su ejército ἀποδιδρασκόντων δ' αὐτῶν πρὸς τοὺς περὶ τὸν Μενέλαον διὰ τὸ τὰς ἀποσκευὰς ἐν Αἰγύπτῳ καταλελοιπέναι παρὰ Πτολεμαίῳ, γνοὺς ἀμεταθέτους ὄντας ἐνεβίβασεν εἰς τὰς ναῦς καὶ πρὸς Ἀντίγονον εἰς Συρίαν ἀπέστειλεν. Se observará que Tolomeo prefería que las fuerzas que servían fuera de Egipto no tuvieran sus ἀποσκευαί con ellos. Cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, VIII (1927), pág. 89. Sobre los ἀποσκευαί en general, W. Schubart, *G. G. A.*, CLXXV (1913), pág. 617; E. Bevan, *House of Seleucus* II, 1902, pág. 291; Kromayer-Veith, *Heerwesen*, página 126; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 91 y sigs. Sobre el significado técnico y jurídico de ἀποσκευή, M. Holleaux, *Rév. É. G.*, XXXIX (1926), pág. 355 [= *Études*, III, págs. 15 y sigs.]; E. Kiessling, *Arch. Pap.*, VIII (1927), págs. 241 y sigs.; U. Wilcken, ibíd., pág. 88 (P. Bad. 48); H. Kortenbeutel, *Zum Sondergericht der Aposkeuai*, *Aeg.*, XVI (1936), págs. 292 y sigs.; U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XII (1937), págs. 23 y sigs.; cf. M. Holleaux, Ἡγεμὼν τῶν ἔξω τάξεων, *Rev. É. G.*, XXXV (1922), pág. 198 [= *Études*, III, págs. 1 y sigs.]; D. Cohen, Οἱ ἔξω τάξεων, *Mnem.*, LIV (1926), pág. 82. Sobre los ἀποσκευαί de los ejércitos de los diádocos: H. W. Parke, *Greek Mercenary Soldiers*, pág. 207 y nota 7.

(18) Diodoro, XX, 82 y sigs.; cf. 84, 5 y 97, 5, y la descripción de la flota de Demetrio en 302-301 (Diod., XX, 110): ψιλικὰ δὲ τάγματα καὶ πειρατῶν παντοδαπῶν τῶν συντρεχόντων ἐπὶ τοὺς πολέμους καὶ τὰς ἁρπαγὰς οὐκ ἐλάττους ὀκτακισχιλίων. Sobre los piratas y el papel que desempeñaron en la vida política de este período, véase capítulo IV.

(19) Plutarco, *Eum.*, 13 (cf. 2): el relato de Éumenes y los trescientos talentos con que se le suponía contribuir a la construcción de la flota de Nearco. Pretendía no tener que pagarlos y recoger el dinero (probablemente de sus deudores) con dificultad a través de sus ἐπίτροποι. Sin embargo, cuando su tienda fue destruida por el fuego, se fundió oro y plata hasta una cantidad de más de mil talentos, que se encontró en las cenizas.

(20) Saqueo: muchos casos: por ejemplo, en Polieno (IV, 6, 6); requisas: en Plutarco (*Phoc.*, 26). Me inclino a creer que el tercer párrafo del artículo de Suidas sobre βασιλεία (véase nota 24) se refiere a estas contribuciones y requisas forzosas, como opuestas a la tributación regular. No puedo encontrar en este párrafo crítica alguna del sistema fiscal tolemaico, sino más bien una aprobación velada del mismo.

(21) Véase P. Jouguet, *La politique intérieure du premier Ptolémée*, en *Bull. de l'Inst. Fr. d'Arch. Or.*, XXX (1930), págs. 528 y sigs., y *L'Égypte Ptolémaïque*, 1934 (G. Hanotaux, *Hist. de la nation Égyptienne*, III), págs. 36 y sigs.; cf. C. Préaux, *Politique de race ou politique royale*, en *Chr. d'Ég.*, XI (1936), págs. 111 y sigs.; véase cap. IV.

(22) Sobre los veteranos e inválidos: H. Haessler, *Veteranenfürsorge im griechischen Altertum*, 1926; O. Jacob, *Les cités grecques et les blessés de la guerre*, en *Mél. Glotz*, 1932, págs. 461 y sigs. El tema no ha sido tratado por G. T. Griffith, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, 1935. Cf. H. Berve, *Das Alexanderreich*, etc., I, 1926, pág. 197 (sobre el ejército de Alejandro). Sobre los mercenarios que recibían lotes de tierra de sus amos: G. T. Griffith, loc. cit., págs. 314 y sigs. Casandria: Polieno, VI, 7, 2; Teángela: M. Rostovtzeff, *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), págs. 18 y sigs. Aspendo: véase cap. I, nota 7. Esmirna: loc. cit., 229 (véase nota 15). Los casos de Éfeso (*S. I. G.*[3], 363), de Dime (529) y

de Farsalo (?) —*I. G.*, IX, 2, 234— son diferentes; véase L. Robert, *Coll. Fröhner*, I, *Inscr. Gr.*, págs. 94 y sigs.

(23) Sobre los veteranos de Alejandro véanse las excelentes notas de L. Robert, *Ant. Class.*, IV (1935), pág. 164. Sobre Gorgo y Minión de Yaso: L. Robert, loc. cit., pág. 166, y W. Peek-R. Herzog, *Ath. Mitt.*, LVII (1932), págs. 52 y sigs. Sobre los macedonios y otros extranjeros en Colofón, véanse los decretos publicados por B. D. Meritt, *A. J. Ph.*, LVI (1935), págs. 358 y sigs., y la mejor lectura y correcta interpretación de estos decretos dadas por L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 162 y sigs., y especialmente 162, nota 2. Fueran o no macedonios, los suscriptores de Colofón se enriquecieron al servicio de Alejandro o Antígono. Sobre Laomedonte, por cuyo encargo se supone fue construido el sarcófago de Alejandro encontrado en Sidón, véanse: H. Berve, *Das Alexanderreich*, núm. 464; I, Papastavru-C. F. Lehmann-Haupt, *Amphipolis*, en *Klio*, XXXVII (1936), págs. 88 y sigs. El conocido Artemidoro de Perge pertenece a época posterior; Artemidoro, después de servir en el ejército de uno de los Tolomeos, se estableció en Tera, donde construyó su famoso τέμενος; *I. G.*, XII, 3, supl., págs. 294 y sigs.; Hiller von Gaertringen, *Thera*, III, págs. 89 y sigs.; U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Der Glaube der Hellenen*, II, 1932, págs. 387 y sigs. Sobre los pequeños tiranos en Asia Menor durante el final de la dominación persa y la época de Alejandro, véase mi artículo en *Anatol. Stud. pres. to Sir William Ramsay*, 1923, pág. 373, y A. H. M. Jones, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, págs. 28 y sigs.; cf. 46 y sigs. Sobre Hermias de Atarneo: D. E. W. Wormell, *Yale Class. St.*, V (1935), págs. 57 y sigs. Sobre los tiranos posteriores, véase cap. IV, nota 230.

(24) Este carácter del gobierno de los diádocos está bien definido en el juicio que Suidas incorpora como párrafo segundo en su artículo βασιλεία, siendo el primero una definición de βασιλεία basado en Crisipo. El juicio parece que no se deriva de algún tratado περὶ βασιλείας, sino de un historiador o publicista de principios de la época helenística. Este párrafo debe citarse completo: οὔτε φύσις οὔτε τὸ δίκαιον ἀποδιδοῦσι τοῖς ἀνθρώποις τὰς βασιλείας, ἀλλὰ τοῖς δυναμένοις ἡγεῖσθαι στρατοπέδου καὶ χειρίζειν πράγματα νουνεχῶς. οἷος ἦν Φίλιππος καὶ οἱ διάδοχοι Ἀλεξάνδρου· τὸν γάρ υἱὸν κατὰ φύσιν οὐδὲν ὠφέλησεν ἡ συγγένεια διὰ τὴν τῆς ψυχῆς ἀδυναμίαν, τοὺς δὲ μηδὲν προσήκοντας βασιλεῖς γενέσθαι σχεδὸν ἁπάσης τῆς οἰκουμένης. Véase J. Kaerst, *Stud. z. Entw.*, etc., págs. 59 y sigs. W. W. Tarn, *Antigonos Gonatas*, págs. 253 y sigs. Sin embargo, no puedo estar de acuerdo con Tarn en el punto de vista de que el párrafo tercero, que contrapone las exacciones ilegales de los reyes a una tributación bien organizada, demuestre que el estoicismo condenaba los reinos helenísticos al uso. No hay nada específicamente estoico en el tercer párrafo de Suidas, y el juicio no puede ir dirigido contra los Tolomeos, cuyo deseo era organizar una tributación regular de un modo eficiente. El primer párrafo puede ser otra excerpta de la misma fuente de la que se deriva el párrafo segundo. La idea fundamental del párrafo segundo es parecida a la de Jenofonte (*Mem.*, III, 9, 10): los verdaderos reyes y gobernantes son los que saben gobernar; véase Diotógenes el Pitagórico περὶ βασιλείας (Estobeo, IV, 7, 61), que considera que el caudillaje militar, la justicia y el culto son los principales deberes de un rey.

Una evolución ulterior del cuadro dado por la fuente de Suidas es la afirmación de Elio Arístides εἰς 'Ρώμην, 27. Sin embargo, Arístides contrapone la realeza macedonia a la verdadera βασιλεία, aunque destaca en las monarquías macedónicas el mismo punto que la fuente de Suidas, es decir, el hecho de que los macedonios eran reyes hechos a sí mismos: ὑφ' ἑαυτῶν αὐτοὶ γεγενημένοι; cf. M. Rostovtzeff, *Ges. u. Wirtsch.*, I, pág. 240, nota 6. Es evidente que Arístides pensaba también en los diádocos, no en los últimos reyes macedónicos.

(25) Sobre las relaciones de Alejandro y los diádocos con las ciudades griegas, véase la bibliografía citada en la nota 15. Es sabido que los eruditos modernos no están de acuerdo sobre la cuestión de si Alejandro admitió o no las ciudades de Asia Menor en la Liga de Corinto. Mientras E. Bikerman, *Alexandre le Grand et les villes d'Asie*, en *Rev. É. G.*, XLVII (1934), págs. 346 y sigs. (cf. *Inst. Sél.*, págs. 133 y sigs.), insiste en el segundo punto de vista, apoyado por V. Ehrenberg, *Ost und West*, 1935, pág. 227 —véase *Alexander and the Greeks*, págs. 1 y sigs. (Alejandro) y 41 y sigs. (los diádocos)— y G. Radet, *J. d. Sav.*, 1935, págs. 149 y sigs. (véase U. Wilcken, *Berl. S. B.*, XXVIII (1935), pág. 302, nota 5), P. Zancan defiende la primera opinión (*Il monarcato ellenistico*, págs. 8 y sigs.; véase Th. Lenschau, citado en la nota 15, y W. Schubart, *Das Königsbild des Hellenismus*, en *Die Antike*, XIII (1937) págs. 272 y sigs.). Debe decirse que aunque los diádocos se consideraban legalmente como amos, no como aliados, no eran consecuentes a este respecto y hablaban un lenguaje muy distinto en su propaganda. Ésta es la razón por la que ponen tanto énfasis en sus declaraciones oficiales y las de sus súbditos sobre la συμμαχία y εὔνοια como rasgos principales de las relaciones entre el rey y las ciudades (véase nota 15). A este respecto es muy interesante el juicio de Diodoro (Jerónimo), XIX, 57, 3 (315 a. de J. C.) sobre Antígono cuando estaba haciendo los preparativos para la guerra contra la coalición de sus enemigos. Apela a las ἔθνη, πόλεις, y δυνάσται y les pide ayuda: τά τ'ἔθνη καὶ πόλεις καὶ δυνάστας προσεκαλεῖτο εἰς συμμαχίαν. ¿Apeló tan sólo a las tribus, ciudades y dinastas que eran sus súbditos, o también a las que caían fuera de la esfera de su dominio? Sobre la fórmula y los términos técnicos empleados por Antígono (el juicio de Diodoro se remonta sin duda al texto publicado de la proclamación de Antígono), véase Índice de esta obra, voz ἔθνος, y sobre la situación política general V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, pág. 43. Véase también A. Heuss, *Antigonos Monophthalmos und die griechischen Städe*, en *Hermes*, LXXIII (1938), págs. 133 y sigs., cuyo interesante punto de vista no podemos discutir aquí.

(26) Hay muchas cosas interesantes en la serie de decretos abreviados de Éfeso de fines del siglo IV y principios del III a. de J. C. reeditados (con adiciones) y comentados por J. Keil, *Jahreshefte*, XVI (1913), págs. 231 y sigs. Muestran las vicisitudes de Éfeso en la época posterior a la muerte de Alejandro: primero apoyando a Perdicas (II, *h*, *n*), después tomando partido por Antígono (II, *p*), y más tarde bajo el señorío de Demetrio (III, *b*). Llegamos en seguida a las amistosas relaciones con Tolomeo Soter (decreto en honor de Calícrates, el amigo de Tolomeo I; véase Diodoro, XX, 21, 310 a. de J. C.) y la época de la dominación

de Lisímaco (III, *c:* construcción de la muralla por Lisímaco con la cooperación de un ciudadano de Cícico; sin duda Cícico caía en la esfera de influencia de Lisímaco; véase cap. IV). El grupo de decretos muestra al mismo tiempo el amplio ámbito de las relaciones comerciales de Éfeso. En la conocida historia de Hierón, tirano de Priene, la lucha de los demócratas de Priene contra él, y la ayuda que recibieron aquéllos de Éfeso con grandes dificultades financieras, se ve la gran libertad de acción de las ciudades grandes y pequeñas en tiempo de guerra. *Inschr. v. Pr.*, núm. 37; *S. I. G.*[3], 363; Pausanias, VII, 2, 10.

(27) Sobre la alianza corintia, véase cap. I, nota 7. Sobre la συμπολιτεῖαι y las otras κοινά (la jonia, la doria y la eólica): W. Schwahn, Συμπολιτεία *P. W. K.*, IV A, 1262 y sigs., y E. Kornemann, Κοινόν, ibíd., supl. IV, 918 y sigs. Sobre κοινὸν τῶν Ἰώνων, Th. Lenschau, en *Iones*, ibíd., IX, 1876 y sigs.; U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Berl. S. B.*, 1906, págs. 38 y sigs. Sobre el κοινόν licio y sus destinos bajo Alejandro y después de él: A. H. M. Jones, *The Cities of the Eastern Roman Provinces,* págs. 99 y sigs. Sobre el κοινὸν τῶν Καρῶν y el κοινὸν τῶν Χρυσαορέων, L. Robert, *Ét. Anat.*, 1937, pág. 571. Sobre los nesiotas: A. Guggenmos, *Die Geschichte des Nesiotenbundes bis zur Mitte des 3. Jahrh.*, tesis doctoral, Würzburgo, 1929, y los artículos de Schwahn y Kornemann antes citados, y Schwahn, *Nesiotai,* en *P. W. K.*, XVII, 74 y sigs.; W. A. Laidlaw, *A History of Delos,* 1933, págs. 94 y sigs. En general, W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 66 (3.ª ed., págs. 70 y sigs.), y Schwahn, Συμμαχία, *P. W. K.*, IV A, 1129 y sigs. Aquí se encontrarán nuevas bibliografías. Sobre el carácter de las Ligas Anatolias: V. Ehnrenberg, *Alexander and the Greeks,* pág. 42, y H. Bengtson, *Philol.*, XCII (1937), págs. 139 y sigs.

(28) U. Kahrstedt, artículo *Synoikismos,* en *P. W. K.*, IV A, 1440 y sigs. Sobre la política de Antígono respecto al sinoicismo y sobre el sinoicismo de Teos y Lébedos: C. B. Welles, *R. C.*, núms. 3 y 4; cf. pág. 8 (fundación de Antigonia en la Tróade); cf. A. Wilhelm, *Zu König Antigonos, Schreiben an die Teïer,* en *Klio,* XXVII (1935), págs. 280 y sigs., y P. Zancan, *Il monarcato ellenistico,* etc., 1934, págs. 28 y sigs. No puedo estar de acuerdo con Zancan en que el συνοικισμός fue acordado por las dos ciudades después del terremoto de 304-303 y no les fue impuesto por Antígono. Sobre la fecha del decreto de Teos (*S. E. G.*, II, 579) que debe referirse al sinoicismo de Teos y Lébedos: A. Wilhelm, loc. cit., págs. 282 y sigs.

La ampliación de Colofón en la época de Antígono (311-306 a. de J. C.) es muy similar al sinoicismo de Teos y Lébedos. Antígono no aparece en primer término, aunque probablemente actuó entre bastidores. Es digna de mención la participación de los extranjeros ricos en la ἐπίδοσις que, como en Teos y Lébedos, fue adoptada para hacer frente a los gastos de la ampliación de la ciudad. Véase la inscripción publicada por primera vez por B. D. Meritt, *A. J. Ph.*, LVI (1935), págs. 358 y sigs., y después discutida y fechada por L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 158 y sigs. (cf. nota 23). Sobre la ampliación de Colofón: A. Wilhelm, *Anat. Stud. pres. to W. H. Buckler,* 1939, págs. 345 y sigs.; cf. L. Robert, *Rev. É. G.*, LII (1939), págs. 497 y sigs. Como Antígono, Lisímaco era un entusiasta del sinoicismo. Sobre su sinoicismo de Éfeso, Colofón y Lébe-

dos: F. Geyer, *P. W. K.*, XIV, 25 y sigs., y sobre su sinoicismo en general: A. M. Andreades, *Hellenica*, II (1929), págs. 257 y sigs. Además de Éfeso, trató de Esmirna, Ilión y Alejandría de Tróade. Nótese que en tres casos reanudó el proceso donde había sido dejado por Antígono; cf. V. Tscherikower, *Die Hellenistischen Städtegründungen*, etc., *Phil. Suppl.*, XIX (1927), págs. 154 y sigs; F. Oertel, *P. W. K.*, XI, 2 y sigs.; A. H. M. Jones, *The cities*, etc., págs. 41 y sigs.

(29) Trataré del tema de la colonización de Oriente por los diádocos y epígonos de Alejandro en el próximo capítulo. Sobre las pretendidas colonias de Perdicas: A. H. M. Jones, loc. cit., pág. 239, y mi artículo *Le Gad de Doura et Seleucus Nicator*, en *Mél. syriens R. Dussaud*, 1938, págs. 281 y sigs. Sobre los de Antígono, véase cap. IV.

(30) La cerámica fabricada y empleada en Atenas en la época helenística es bien conocida por los hallazgos en los tajos occidental y septentrional de la Acrópolis (A. Watzinger, *Ath. Mitt.*, XXVI (1901), págs. 67 y sigs., y M. Z. Pease, *Pottery from the N. slope of the Acropolis*, en *Hesp.*, IV (1935), págs. 293 y sigs.), y los realizados durante las recientes excavaciones americanas del Ágora (Homer A. Thompson, *Two Centuries of Hellenistic Pottery*, en *Hesp.*, III (1934), págs. 311 y sigs.). Véase F. Courby, *Les Vases grecs à reliefs*, 1922.

(31) Sur de Rusia: véase cap. II, notas 17 y sigs.

(32) Cerámica ateniense en Alejandría: E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, VIII (1905), págs. 95 y sigs., y *Necropoli di Sciatbi* (Cat. Gén., etc.), págs. 45 y sigs.; R. Pagenstecher, *Die griechisch-ägyptische Sammlung E. v. Sieglin*, II, 3, 1913, págs. 5 y sigs. (*Exped. E. v. Sieglin, Ausgrab. in Alexandria*, II). No puedo discutir aquí el problema de las ánforas panatenaicas cuyos fragmentos se encontraron en Alejandría, sobre si fueron importadas o de fabricación local. Sobre las ánforas panatenaicas helenísticas en general: S. Dow, *Panathenaic Amphorae from the Hellenistic Period*, en *Hesp.*, V (1936), págs. 50 y sigs. Véase mi lám. XX.

(33) SAMARIA: G. A. Reisner, C. S. Fisher, D. G. Lyon, *Harvard Excavations at Samaria*, I, 1924, págs. 274 y sigs. GEZER revela las mismas características que Samaria: R. A. Macalister, *The Excavations of Gezer*, II, 1912, págs. 211 y sigs., y lám. CXXXVI, 14 (de engobe negro) y 18 (escarpe occidental); lo mismo que TANTURAH (Dora), *Bull. Brit. Sch. Arch. Jer.*, VII (1925), págs. 82 y sigs. (G. M. Fitzgerald); BETH-SHAN: G. M. Fitzgerald, *The Four Canaanite Temples of Beth-Shan*, II, parte II, *The Pottery*, 1930, págs. 15 y sigs. (*Publ. Pal. Sect. Mus. Pennsylv.*, II); véase A. Rowe, *The Topography and History of Beth-Shan*, 1930 (*Publ. Pal. Sect. Mus. Pennsylv.*, I), págs. 44 y sigs.; y BETH-ZUR: O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur* (*A Preliminary report*, etc.), 1933, págs. 41 y sigs. Sobre la cerámica de barniz rojo brillante de Oriente, con algunas notas sobre la cerámica helenística encontrada en Siria y Palestina en general: J. H. Iliffe, *Sigillata ware in the Near East*, en *Quart. Dep. Ant. Pal.*, VI (1936), págs. 4 y sigs. Las excavaciones en Seleucia del Tigris dieron sobre todo cerámica de época parta (N. C. Debevoise, *Parthian Pottery from Seleuceia on the Tigris*, 1934, y una comunicación de la señorita W. van Ingen de la Universidad de Michigan del 26 de agosto de 1935. Lo mismo podemos decir de las demás ciudades babilonias.

Las excavaciones de ANTIOQUÍA no han dado tantos hallazgos de principios de la época helenística; véase *Antioch-on-the-Orontes*, I, 1934, págs. 67 y sigs. (*Pottery*, de F. O. Waagé). Durante mi corta estancia en Antioquía, en 1937, pude echar una ojeada a los nuevos hallazgos, que, en mi opinión, sugieren las mismas conclusiones que otros yacimientos. El doctor Waagé publicará en breve un nuevo informe sobre la cerámica encontrada en Antioquía y en Dafne. La ciudad portuaria de Al-Mina, en la desembocadura del Orontes, no lejos de Seleucia de Pieria, recién excavada por Leonard Woolley (véanse lám. XII y págs. 80 y sigs.), no ha dado mucho material del siglo IV a. de J. C. (C. L. Woolley, *Excavations at Al-Mina, Sueidia*, en *J. H. S.*, LVIII (1938), pág. 26). Sin embargo, Woolley afirma que la ciudad era próspera en la época de Alejandro y seguía importando, como antes, grandes cantidades de cerámica, casi exclusivamente ática. La ciudad dejó de existir después de la fundación de Seleucia de Pieria el 301 a. de J. C. (véase pág. 97). Los testimonios hasta ahora publicados sobre las demás ciudades de Siria y Fenicia son endebles y muy poco estudiados. Es de desear que los excavadores de yacimientos sirios dediquen en el futuro más atención a la cerámica de época helenística y romana. Los arqueólogos e historiadores necesitan urgentemente un buen estudio de la cerámica encontrada en las múltiples excavaciones de ciudades de Palestina, Siria y Mesopotamia. El material es rico y fácilmente accesible, aunque está disperso entre los museos de Oriente Próximo, Europa y los Estados Unidos.

(34) DURA: F. E. Brown, miembro del equipo de Dura durante muchos años y ahora director de campo de las excavaciones, escribe lo siguiente: «La cerámica ática negra con el típico lustre metálico sobre el engobe es la cerámica importada más antigua en el yacimiento y aparece junto a cerámicas indígenas (cerámica común, etc.) en los niveles inferiores de todas las partes helenísticas de la ciudad. Parece haber sido la única cerámica importada durante mucho tiempo.» Es interesante observar que sólo se encuentran dos formas de esta cerámica en Dura: 1) un plato con un ligero borde y un pie ancho, más bien alto, y 2) un cuenco plano, con un pie más alto y más delicado y bordes rectos. Otras formas de barniz negro son excepcionales. Hemos de anotar que no se ha encontrado en Dura ninguna cerámica ateniense cara. Sólo se importaba cerámica relativamente barata, pero en gran cantidad. Por supuesto, a finales del siglo III y en el II a. de J. C. la cerámica de barniz negro ya pudo no ser importada de Atenas, sino una imitación siria. El estudio del profesor P. V. C. Baur y mío de los fragmentos de cerámica helenística ahora guardada en la Galería de Bellas Artes de Yale ha confirmado la afirmación de Brown. Un fragmento representa el tipo de cerámica pintada del escarpe occidental. Algunos fragmentos de engobe negro brillante pueden ser de fabricación siria local.

(35) PÉRGAMO: A. Conze, *Kleinfunde aus Pergamon*, en *Berl. Abh.*, *phil.-hist. Kl.*, 1902, págs. 1 y sigs., y *Alt. von Pergamon*, I (con la colaboración de R. Zahn); Th. Wiegand y H. Schrader, *Priene*, 1904, págs. 394 y sigs. (R. Zahn); ÉFESO: J. Keil, *Jahreshefte*, XVI (1913), pág. 232, I *e:* Κίττωι καὶ Βακχίωι παισὶ Βακχίο 'Αθηναίοις, ἐπειδὴ ἐπαγγέ-

λλονται τῆι πόλει τὸγ κέραμ[ογ] τὸμ μέλανα ἐργάσεσθαι καὶ τῆι θεῶι τὴν ὑδρίαν λαμβάνοντες τὸ τεταγμέν[ον] ἐν τῶι νόμωι. La «cerámica negra» (quizá empleada para fines litúrgicos, como la hidria de la diosa) es, con toda probabilidad, la cerámica ateniense negra brillante. Nótese su popularidad y la presencia de atenienses en Éfeso para ejecutar un pedido importante.

(36) Conquista y reorganización de Tracia por Filipo: F. Hampl, *Der König der Makedonen,* 1934, págs. 39 y sigs.; véase A. Momigliano, *Filippo il Macedone,* 1934. Sin duda, Filipo fundó en Tracia muchos establecimientos nuevos de carácter más o menos urbano. Sobre Filipos (Crénides): P. Collart, *Philippes, ville de Macédoine,* 1937, págs. 161 y sigs. Sobre Alejandrópolis de Alejandro: V. Tsecherikower, *Die hellenistischen Städtegründungen,* 1927, pág. 1; véase A. H. M. Jones, *The cities of the eastern Roman provinces,* págs. 4 y sigs. Reorganización de Tracia por Alejandro como satrapía: B. Lenk, artículo *Thrake,* en *P. W. K.*, VI A, 428 y sigs. Expedición de Zopirión contra los escitas y Olbia: S. Jebelev, *Mileto y Olbia,* en *Bol. Ac. Ciencias de la U. R. S. S., Clase de Humanidades,* 1929, págs. 447 y sigs. (en ruso). Zopirión fue el tercer gobernador de Tracia, después de Alejandro Lincestio y Memnón; éste se sublevó contra Alejandro (¿aliado con los escitas?).

El cuarto sátrapa de Tracia (después de la sublevación de Seutes) fue Lisímaco. Sobre la actividad de Lisímaco véanse: F. Geyer, artículo *Lysimachus,* en *P. W. K.*, XIV, 1 y sigs., y Lenk, artículo *Thrake,* ibíd., VI A, 448 y sigs. Véase A. M. Andreades, δημοσιονομικὴ πολιτικὴ τοῦ βασιλέως Λυσιμάχου, *Hellenica,* II (1929), págs. 257 y sigs. En su artículo, Andreades ha estudiado la política económica de Lisímaco en todos sus aspectos. El mejor testimonio de sus éxitos políticos, y especialmente los económicos, lo dan las monedas. Sobre su capital, Lisimaquia: Tscherikower, loc. cit., pág. 162. Tesoros de monedas: nota 52. Varias ciudades acuñaron monedas lisimaquias después de su muerte: Geyer, loc. cit., 27, véase K. Regling, artículo *Münzwesen,* en *P. W. K.*, XV, 471 y 474, y *Klio,* XXII (1922), págs. 292 y sigs., y E. T. Newell, *The Alexandrine Coinage of Sinope,* en *A. J. Num.*, LII (1918), págs. 118 y sigs. Sobre la ocupación del Danubio por los celtas: H. Hubert, *Les Celtes depuis l'époque de La Tène et la civilisation celtique,* 1932, págs. 69 y sigs. Imitaciones célticas de monedas griegas en las regiones orientales: R. Forrer, *Keltische Numismatik der Rhein- und Donaulande,* 1908, págs. 210 y sigs.; R. Paulsen, *Die Münzprägungen der Bojer,* 1933; véase Hubert, loc. cit., págs. 76 y sigs. y 308 y sigs., y mis caps. II, nota 53, y VI, nota 30.

La riqueza de Grecia septentrional y Tracia no sólo está atestiguada por las monedas, sino también por varios ricos hallazgos de joyas realizados en Tesalia, Macedonia y Tracia: R. Segall, *Museum Benaki, Katalog der Goldschmiede-Arbeiten,* 1938, págs. 31 y sigs., especialmente 46 y sigs.

(37) Véase el bello cuadro de la vida ateniense en la época de Demetrio de Falero dado por W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens,* págs. 65 y sigs. En las notas a pie de página, el lector encontrará referencias a las fuentes, que por ello no necesitan ser repetidas aquí. Sin embargo, mi interpretación de los textos difiere en algunos puntos de la de Ferguson.

No creo que Menandro escribiera para aristócratas, ni entiendo lo que Ferguson entiende quiere decir con esta palabra. Si entiende las clases propietarias en general, estoy de acuerdo con él.

Por lo que hace a las fuentes de donde estas clases sacaban sus ingresos, el cuadro trazado por Teofrasto coincide en líneas generales con el de Menandro, pero es más completo. Los pasajes más interesantes son los siguientes: Agricultura: II, 12; III, 4; IV (ἄγροικος), 3 (μισθωτοὶ ἐν ἀγρῷ), 8, 10, 11 (este capítulo está lleno de interesantes testimonios sobre la administración de una finca rural por un ciudadano ateniense respetable); X, 8; XIV, 3. Comercio: I, 5; XXI, 14; XXIII, 4; hay un cuadro delicioso del ἀλαζών hablando de su riqueza y observaciones comerciales y bancarias a los extranjeros del puerto (en el muelle), XXIII, 1. Préstamo de moneda: I, 5; VI, 9 (una enumeración curiosa de mercaderes por menor a quienes el «carácter» de Teofrasto prestaba dinero); IX, 7; XXIII, 4. Junto a las profesiones respetables hay algunas deshonrosas: πανδοκεῦσαι, πορνοβοσκῆσαι, τελωνῆσαι, κηρύττειν, μαγειρεύειν, κυβεύειν (VI, 5). Mercancías y trajes extranjeros usados en Atenas: Teofrasto, *Char.*, XXI, 15; Menandro, *Epitr.*, 272; Eubulo (Kock, II, 201). Sobre Metrocles: Teles, περὶ πενίας καὶ πλούτου, pág. 40 (Hense): τότε μὲν γὰρ ἐξ ἀνάγκης ἔδει ὑπόδημα ἔχειν, καὶ τοῦτο ἀκάττυτον, εἶτα χλανίδα, παίδων ἀκολουθίαν, οἰκίαν μεγάλην, εἰς τὸ σύνδειπνον ὅπως ἄρτοι καθαροί, ὄψον μὴ τὸ τυχόν, οἶνος ἡδύς, ὑποδοχὰς τὰς ἐπιβαλλούσας ἵνα πολυτελῶς. Véanse: Menandro, 537 K.; Teofrasto, *Char.*, II, 12, y XXIII, 9; Dion Crisóstomo, *Or.*, IV, pág. 169 R.; G. A. Gerhard, *Phoinix*, páginas 116 y sigs. y 128 y sigs. Atenas, por supuesto, con los reyes y nobles «bárbaros» o los potentados helenísticos, pero los menús de los atenienses han sido recogidos por Ateneo de distintas fuentes helenísticas (Ateneo, IV, 130 *e* y sigs.) no son de pobres.

(38) Se han hallado muchos tesoros de monedas de Alejandro en Grecia (las más típicas son ocho en el Peloponeso y tres en Tesalia; a saber: Andritsena, Corinto, Epidauro, Ciparisia, Olimpia, Ougri, Patras, Tripolitsa del Peloponeso y Cilíler (2) y Lamia de Tesalia), y seis por lo menos en Macedonia (las dos más típicas en Pela y Salónica). Después de Grecia viene Egipto, luego Siria, Fenicia y Chipre, Asia Menor y Occidente (Italia). Anótese también el tesoro de Taxila y el de Azerbaiján. Véase S. P. Noe, *A Bibliography of Greek Coin Hoards*, 2.ª ed., *Num. Notes and Mon.*, LXXVIII (1937), y las excelentes monografías sobre cada uno de los tesoros de monedas de Alejandro, por E. T. Newell, en *Num. Notes and Mon.*, III (Ciparisia), 1921; XXI (Andritsena), 1924; y XXXIX (Olimpia), 1929. A los tesorillos griegos mencionados anteriormente hay que añadir dos más, en posesión de E. T. Newell, mencionados en su libro *The Coinages of Demetrius Poliorcetes*, 1927, págs. 163, nota 13.

Es interesante mencionar que los tesoros de Grecia no son tan ricos como los de Oriente, sobre todo los de Egipto (especialmente Abu Hommos, con 2.800 AR; Abukir, con 600 AV y 20 medallones de oro; Demanhur, por lo menos con 8.000 tetradracmas de plata, y Samanud, con más de 1.000 AR; véanse las notas de E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, XIX, 1923), y Siria (especialmente Alepo, con 3.000 AR, y los dos tesoros de Saida, con 3.600 cada uno; véase E. T. Newell, *Dated Alexander coinage of Sidon and Ake*, 1916, pág. 57; y véase su *Tyrus*

rediviva, 1923). Los tesoros de Grecia representan probablemente los ahorros de los típicos burgueses griegos, que nunca llegaron a ser tan ricos como los nababos del Oriente. Se mencionan gran número de tesoros de monedas de Alejandro (81) en la obra de Ch. Seltman, *Greek coins,* pág. 215, nota 1, que probablemente incluyó en su lista tesoros acuñados después de 190 a. de J. C. También ha de anotarse que, según un observador del mercado sirio de monedas tan agudo como H. Seyrig, los hallazgos casuales de tetradracmas son muy frecuentes en Siria, y en consecuencia el mercado está lleno de ellas.

(39) Véase F. Heichelheim, *Preisschwankungen,* págs. 8 y sigs. y 41 y sigs.; W. W. Tarn, *Economica,* X (1930), pág. 316; M. Cary, *Sources of silver for the Greek world,* en *Mél. Glotz,* 1932, págs. 133 y sigs. Cary no acepta el punto de vista de Tarn según el cual a principios de la época helenística iba de España a Oriente un abundante suministro de plata; cf. para los primeros Tolomeos: M. Rostovtzeff, *Commerce of Ptolemaic Egypt,* en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.,* IV (1932), pág. 754. Sobre la relación entre el oro y la plata a fines del siglo IV a. de J. C. no están de acuerdo los eruditos más competentes en este campo; véase, por ejemplo, Th. Reinach, *Du rapport de valeur des métaux monétaires dans l'Égypte aux temps des Ptolémées,* en *Rev. É. G.,* XLI (1928), págs. 126 y sigs., que atribuye a la época de Filipo la proporción 1-10, mientras que Ch. Seltman, loc. cit., pág. 206, asigna este tipo a la época de Alejandro, y a la de Filipo el de 1-12. En Egipto el tipo subió considerablemente en el reinado de Tolomeo Soter. W. Giesecke, *Das Ptolemäergeld,* 1930, debe utilizarse con gran cuidado. Sus principios se basan con frecuencia en textos que han sido mal comprendidos y mal traducidos. La tabla de precios dominantes en Atenas en los últimos años del siglo IV a. de J. C. que da Ferguson, *Hell. Athens,* págs. 66 y sigs., no tiene en cuenta algunos precios mencionados por Diógenes Laercio en sus biografías de Zenón y Diógenes (VI, 35; cf. *Gnomol. Vat.,* 495; VII, 106, ambos sobre el precio del trigo) y por Teles, περὶ αὐταρκείας (Teles, II, ed. Hense); cf. *Gnomol. Paris,* 33 Sternb.

(40) Sobre las λιθοκόλλητα y διάλιθα véase mi *Iranians and Greeks in South Russia,* pág. 236, nota 8. A las fuentes citadas en esta nota añádanse: Fenias el Peripatético, en Ateneo, II, págs. 48 y sigs. (regalo de Artajerjes al cretense Entimo); ibíd., XV, pág. 689 *e* (Antífanes: κάλπις χρυσοκόλλητος); Clemente Alejandrino (¿Musonio?), II, 35; Cicerón, *Verr.,* II, 4, 27; Plutarco, *Luc.,* 40, 1. Se puede sacar una buena idea de una pátera λιθοκόλλητος de manufactura siria o irania, no sólo por ser ejemplares del sur de Rusia, sino también por una de plomo y los moldes con que se hacían estas páteras, encontradas en Dura: F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos,* págs. 222 y sigs. y lám. LXXXV, 1, y P. V. C. Baur, *Dura Report,* IV, págs. 236 y sigs.; cf. M. Rostovtzeff, *Skythien und der Bosporus,* págs. 205 y sigs., 248, 404, 573 y sigs., 602, 610. Cf. R. Segall, *Museum Benaki, Katalog der Goldschmiede-Arbeiten,* 1938 (págs. 31 y sigs. sobre el rico tesoro de Tesalia), y G. H. Macurdy, *A. J. A.,* XXXVI (1932), págs. 27 y sigs. (joyas persas usadas por Demetrio Poliorcetes y consagradas por Estratonice en Delos). Sobre las páteras de arcilla de Apulia y Bolsena que imitan vasos de oro y plata: P. Wuilleumier, *Le trésor de Tarente,* 1930, págs. 81 y sigs.; véase

cap. VIII; sobre la cerámica de relieve griega en general y la *orfèvrerie gemmée* de origen oriental en Italia: Wuilleumier, loc. cit., pág. 28,

(41) F. Heichelheim, artículo *Sitos,* en *P. W. K.*, supl. VI, 847 y 851 (ayuda de Cirene); comercio y donaciones de grano: 849 y sigs.; precios: 856 y sigs.; y tabla: 885 y sigs. En este artículo encontrará el lector una colección y una excelente interpretación de las fuentes en orden cronológico. Puedo añadir los testimonios sobre la crisis ateniense de 289-288 a. de J. C. La conocida inscripción de Fedro, *I. G.*, II², 682; las líneas 28-30 de esta inscripción que mencionan la embajada de Fedro a Tolomeo en demanda de grano son atribuidas por B. D. Meritt, *Hesp.*, VII (1938), págs. 106 y sigs., al año 289-288 a. de J. C. Según Meritt, la crisis no había pasado en el 288-287 (*I. G.*, II², 650, 651), en 287-286 (ibíd., 653-655) o en 282-281 a. de J. C. (ibíd., 670 A). Las dificultades experimentadas por Atenas a finales del siglo IV y principios del III antes de J. C. en abastecer su mercado de bienes de consumo se reflejan en los chistes que circulaban por toda Grecia, en los que Atenas aparece como centro reconocido de la vida intelectual y artística, pero como ciudad «hambrienta», viviendo al buen aire y de esperanzas; véanse Eubulo (Kock, II, 176) y seudo Heraclides Crítico, *F. H. G.*, II, 254 y sigs., 162 y sigs. y 210 y sigs.

(42) La importancia de Rodas a fines del siglo IV a. de J. C. y su competencia con Atenas están atestiguadas en muchos textos colacionados por E. Ziebarth, *Zur Handelsgeschichte der Insel Rhodos,* en *Mél. Glotz,* págs. 911 y sigs.; cf. Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, 772 y sigs., y mis notas en *C. A. H.*, VIII, páginas 620 y sigs., que estoy utilizando ampliamente en este resumen. Sobre Cleómenes, véase cap. IV, nota 34. Por lo que se refiere a Antígono y su política hacia Rodas, no debemos olvidar que Asia Menor, Siria y Chipre (esta última estuvo temporalmente en manos de Antígono) producían grandes cantidades de grano para la exportación y eran rivales de Egipto a este respecto. Réplica de Bion: Diógenes Learcio, IV, 49 (Bion). Priene: *Inschr. v. Pr.*, núm. 37, líns. 65 y sigs.; *S. I. G.*³, 363, y nota 4. Argos (¿278-272 a. de J. C.?): Vollgraf., *Mnem.*, XLIV (1916), págs. 219 y sig. Éfeso: *S. I. G.*³, 354 (hacia 300 a. de J. C.); cf. *I. G.*, XII, 7, núm. 9 y 8; *O. G. I.*, 10, y R. Heberdey, *Forsch. in Eph.*, II, pág. 104, núm. 453.

(43) Se hallarán testimonios sobre el renacimiento de Mileto en Fr. Bilabel, *Die ionische Kolonisation,* págs. 137 y sigs., y A. Rehm, *Milet,* I, 3, núms. 136 y sigs.; cf. J. Röhlig, *Der Handel von Milet,* 1933, págs. 18 y sigs. Sobre la importancia política de Mileto en la época de los diádocos, véanse los textos citados por W. W. Tarn y por mí en *C. A. H.*, VII, págs. 77 y sig., 92, 98, 162, y más completo por Hiller von Gaertringen, artículo *Miletos,* en *P. W. K.*, XV, 1603 y sigs.; cf. Welles, *R. C.*, 5 y comentarios, pág. 37 y núm. 14; véase nota 11. Sobre los tratados de simpolitia o decretos mutuos de Mileto y sus colonias: Olbia (*Milet,* I, 3, núm. 136; cf. S. Jebelev, *Mileto y Olbia,* en *Bol. Ac. Ciencias de la U. R. S. S.*, 1929, págs. 421 y sigs., en ruso); Cícico (*Milet,* I, 3, 137), y más tarde Cíos (*Milet,* I, 3, 136). Una inscripción recientemente descubierta en Istro e ilustrada por L. Robert, que fue el primero en descubrir que era un decreto de Mileto, pertenece a la

misma época que los decretos de Olbia y Cícico (L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 170 y sigs.; cf. ibíd., LIII (1929), págs. 151, 1, y S. Lambrino, *Dacia*, III-IV (1927-32), págs. 398 y sigs.).

(44) Los resultados de las excavaciones de Mileto se encontrarán en la voluminosa publicación *Milet: Ergebnisse der Ausgrabungen*, que aún no está completa. La publicación final de los resultados de las excavaciones austriacas en Éfeso, *Forschungen in Ephesos*, está aún en sus comienzos; los informes sobre las excavaciones en curso aparecerán en los *Jahreshefte* del Instituto Arqueológico Austriaco. Sobre Priene: Th. Wiegand y H. Schrader, *Priene*, 1904; F. Hiller von Gaertringen, *Inschriften von Priene*, 1906; K. Regling, *Die Münzen von Priene*, 1927. Cf. M. Schede, *Die Ruinen von Priene*, 1934. Sobre la terratenencia en Priene, véase mi *Kolonat*, pág. 59.

(45) Inscripción de Teos: *S. E. G.*, II, 579. El documento ha sido cuidadosamente estudiado varias veces: R. Demangel y A. Laumonier, *B. C. H.*, XLVI (1922), págs. 307 y sigs.; R. Herzog, *Koische Forschungen und Funde*, 1899, págs. 204 y sigs.; cf. C. B. Welles, *R. C.*, págs. 25 y 29; A. Wilhelm, *Klio*, XXVII (1934), págs. 270 y sigs. La explotación de madera para la producción de carbón es típica de muchas ciudades griegas. Es bien conocida la «importancia» de los carboneros en Atenas. Sobre la ley del carbón de Delos, véase el artículo de L. Robert, *Rev. É. G.*, XLVI (1933), págs. 430 y sigs. y cap. IV, nota 66. No alcanzo a ver que Pérgamo —W. W. Tarn, *Hell. Civ.*², pág. 145 (3.ª ed., página 166)— o Egipto —F. Heichelheim, *Wirtschaftsg*, II, pág. 1121, nota 54— pudieran tener influencia alguna en la organización tributaria en Teos o Teángela a fines del siglo IV a. de J. C.

Al tratar de la situación económica en las ciudades griegas durante la última parte del siglo IV a. de J. C. no pude consultar el reciente libro de H. Michell, *The Economics of Ancient Greece*, 1940. Al enumerar las fuentes de ingresos de las ciudades griegas no mencioné la importante ganancia que les proporcionaban sus pesquerías. El tanto por ciento con que cargaban las pesquerías era muy alto: πέμπτη ἰχθύων aparece en las inscripciones de Colofón y Calimna, un τετάρτη (probablemente también un impuesto sobre las pesquerías) en una de Cícico; véase A. Wilhelm, *Anat. St. pres. to W. H. Buckler*, 1939, págs. 361 y sigs.; para este período, véase el cap. IV, nota 71 y en general el cap. VIII.

(46) Sobre Rusia meridional: M. Rostovtzeff, *C. A. H.*, VIII, páginas 574 y sigs.; véanse págs. 77 y sigs. Sobre Tarento, véase pág. 83 y nota 70.

(47) Uno de los puntos importantes en la organización de la Liga Corintia el 336 fue la libertad de navegación (Demóst., 17, 19): καὶ μηδένα κωλύειν αὐτοὺς μηδὲ κατάγειν πλοῖον μηδένα; cf. el programa de Isócrates (VIII, 20, y IV, 115). Solía ser política ateniense (Plut., *Pericl.*, 17, 1).

(48) Véase la colección de distintos arbitrios a este respecto en el seudo Aristóteles (*Oecon.*, II) que debe atribuirse a la época de los diádocos y reflejan las ideas entonces en boga; véanse caps. II, nota 3, y IV, págs. 361 y sigs.

(49) Sobre los tesoros de monedas de Alejandro, véase nota 38 de este cap. Sobre sus cecas: Ch. Seltman, *Greek Coins*, 1933, págs. 206 y sigs. y 217 (basado en los excelentes estudios de E. T. Newell, citado

por él, pág. 206, nota 2). Sobre el gran número de cuños usados en las distintas cecas y sobre la producción de cecas particulares: ibíd., pág. 207, nota 1. Se encontrarán excelentes sumarios de la historia de la moneda en la época helenística (yo doy sólo una pequeña selección) en G. Macdonald, *The Evolution of Coinage,* 1916; K. Regling, *Münzkunde* en Gercke-Norden, *Einl.,* II, 1, 2, 4.ª ed., 1932, págs. 17 y sigs.; del artículo *Münzwesen,* en *P. W. K.,* XVI, 471 y sigs.; J. G. Milne, *Greek Coinage,* 1931, págs. 108 y sigs.; Ch. Seltman, loc. cit., págs. 218 y sigs. (todos estos sumarios contienen referencias bibliográficas).

(50) Interrupción de la acuñación ateniense entre 322 y 229: Head, *H. N.,* 2.ª ed., pág. 378; cf. U. Köhler en los artículos citados por Ferguson, *Hellen. Athens.,* pág. 184. No interrupción en la época de Antígono Gonatas: W. W. Tarn, *C. A. H.,* VII, pág. 220. Una breve interrupción en esta época: Ch. Seltman, loc. cit., págs. 257 y sigs. Sobre las monedas de Lácares: W. S. Ferguson, *The Treasures of Athena,* 1932, pág. 126. Sobre las monedas de «nuevo estilo»: J. Sundwall, *Untersuchungen über die athenischen Münzen des neueren Stiles,* en *Ofversigt of Finska Vetenskaps Societens Forhandinger,* XLIX (1906-07), núm. 9; Seltman, loc. cit., pág. 260; véase cap. V, nota 36. Nótese que en los negocios corrientes en la época de Demetrio Poliorcetes, y probablemente en la de los diádocos en general, las transacciones se efectuaban exclusivamente en moneda ateniense alejandrina y demetria: véase, por ejemplo, la inscripción de Arcesine (Amorgos) *I. G.,* XII, 7, 69, lín. 21 (devolución de un préstamo en: ['Α]ττικὸν ἢ 'Αλε|[ξάνδρειον ἢ Δημητ]ρίειον).

(51) Para las monedas de Grecia a principios de la época helenística: Seltman, loc. cit., cap. XV: *The Leagues and free cities,* págs. 252 y sigs. La fecha de los últimos *poloi* corintios es discutida. Los principales numismáticos se inclinan ahora a asignar los últimos *poloi* a los comienzos del siglo III a. de J. C., no después del 280 a. de J. C., en tanto que antes era costumbre fechar su absorción por la acuñación aquea hacia 243-223. Véase O. Ravel (y E. T. Newell), *Corinthian hoards,* en *Num. Notes and Mon.,* LII (1932), págs. 24 y sigs.; cf. O. Ravel, *Les «poulains» de Corinthe,* I, 193 y sig. (sobre la historia antigua de los *poloi*). Puedo citar además algunas ciudades (fuera de la Grecia propiamente dicha) que acuñaban monedas de plata en la época de Alejandro y los diádocos: Sinope, Calcedonia, Cíos, Heraclea Póntica, Adramition, Cícico (hasta 280 a. de J. C.), Abidos (hasta 280), Cebrén (hasta 280), Gárgara (hasta 284), Ilión (hasta 240), Selge, Malos, Soli, Tarso, Tasos (después de 280, durante unos años), Clazómenas (hasta 280), Éfeso (desde 280 hasta 258), Mileto, Samos, Cnidos, Cos, Rodas. Por supuesto, la lista está lejos de ser completa. Se basa en B. V. Head, *Hist. Num.,* 2.ª ed., 1911, y no he tratado de ponerla al día.

Las ciudades que acuñaban monedas alejandrina y lisimaquina antes de 190 a. de J. C. eran: Bizancio, Lámpsaco, Calcedonia, Éfeso (295-280 a. de J. C.), Esmirna, Magnesia del Meandro, Perinto, Eno. También empleo para esta lista a Head, *Hist. Num.,* 2.ª ed. Para las ciudades cilicias y fenicias véase la misma obra; sin embargo, para las monedas tan discutidas de Tiro, véanse las observaciones, lúcidas y convincentes, de E. T. Newell, *Tyrus rediviva,* 1923, y *The Coinages of Demetrius Poliorcetes,* 1927, págs. 44 y sigs. (Tiro) y 48 y sigs. (Tarso); y sobre

Sidón y Ace: *The dated Alexander coinage of Sidon and Ake*, en *Yale Oriental Series*, II, 1916, del mismo autor. Sobre Argos: Seltman, loc. cit., pág. 256. Las monedas de Cleómenes y Nabis son imitaciones de las monedas seléucidas: ibíd.

(52) Sobre los tesorillos de monedas de Alejandro, véase nota 38 de este capítulo. De Lisímaco: Anadol (Noe 2, núm. 76: 1.000 áureos: Alejandro y Lisímaco en enorme mayoría (694 y 250), además de 11 monedas de Filipo II, 21 de Filipo III, 2 de Demetrio Poliorcetes y 1 de Seleuco I), Tuapse (Noe, núm. 1116: Lisímaco sólo 90 áureos), Asia Menor (Noe, núm. 74: Alejandro, 172 áureos; Lisímaco, 56; Filipo III, 1), Salónica (Noe, núm. 896: tetradracmas de plata de Alejandro, Demetrio Poliorcetes y Lisímaco). Cf. E. T. Newell, *Tyrus rediviva*, 1923, pág. 11. El decreto ateniense de 448: M. N. Tod, *Gr. Hist. Inscr.*, 1933, núm. 67; cf. D. M. Robinson, *A. J. Ph.*, LVI (1935), págs. 149 y sigs.; M. Segre, *Clara Rhodos*, IX (1938), págs. 149 y sigs. [= *ATL*, I, pág. 579, T 69].

(53) Empleo el término «prosperidad» para describir las condiciones generales de un determinado período: aumento en la producción, tráfico activo, acumulación de capital. La prosperidad general no significa necesariamente que las clases trabajadoras gozasen de unas condiciones satisfactorias. Eran las últimas en aprovecharse de ella. Esto se debía a varias causas, de las cuales la existencia de la esclavitud no era la única.

CAPÍTULO IV

EL EQUILIBRIO DE POTENCIAS

PARTE I

LAS CIUDADES: GRECIA Y LAS ISLAS

El breve resumen del capítulo I de los sucesos políticos ocurridos durante el período del equilibrio de potencias (281-221 antes de J. C.) ha demostrado que, como el que le precedió, fue una época de hostilidades casi continuas en todo el antiguo imperio de Alejandro. La región que más sufrió fue la Grecia continental, después las islas y Asia Menor, y finalmente Siria. Egipto fue envuelto en la guerra, fuera de su territorio, y por ello sufrió menos. Pero fue algo más que una época de hostilidades. Excepto en Grecia —e incluso en Grecia en cierta medida—, fue una época de gran actividad política creadora. En este breve lapso, cada una de las monarquías antiguamente comprendidas en el imperio sentaron las bases de su estructura política, social y económica, estructura que iba a sobrevivir casi inalterada hasta su incorporación al imperio romano e incluso más tarde.

Debemos, pues, pasar revista separadamente a las condiciones de cada una de estas regiones, teniendo presente que todas, a pesar de las diferencias desarrolladas entre ellas, formaban todavía parte de una amplia y singular unidad, los antiguos dominios de Alejandro, el mundo helenístico.

Empecemos por Grecia. De las varias fuentes de que procede nuestra información referente a ella, los textos literarios que se refieren a su historia, tanto política como económica, durante este período, son muy escasos. En el campo político, son insuficientes para darnos una relación continua de los acon-

tecimientos (1). Por lo que respecta a las condiciones económicas y sociales, son aún menos informativas. Ni para Atenas tenemos nada comparable al copioso material referente al período anterior.

La falta de fuentes literarias está compensada por los datos que pueden recogerse del material epigráfico. Las inscripciones de este período son numerosas y de carácter variado, y no pueden describirse como un conjunto único. Las estudiaré grupo por grupo cuando trate de los distintos aspectos de la vida económica de las ciudades griegas.

Sin embargo, un grupo, formado por las cuentas anuales oficiales de la administración de los templos de Delos, rendidas por los *hieropoioi*, exige algunas consideraciones preliminares. Tenemos importantes fragmentos de estas cuentas durante casi un siglo, de las que es posible compilar fácilmente listas completas y fidedignas de los precios de los productos de consumo y animales domésticos, así como de las tierras y casas, de las rentas de unas y otras, y de las pagas y salarios. Como es natural, los eruditos se han aprovechado ampliamente de este material para reconstruir la historia económica del Egeo durante el período de que estamos tratando (2). Su valor, ciertamente, no puede sobrestimarse, porque con su ayuda podemos seguir las fluctuaciones de precios en un lugar del mundo egeo, y, correlacionándolos con los acontecimientos políticos contemporáneos, podemos averiguar las causas especiales que los provocaron. Además, por ellos sabemos el valor real de la moneda en una parte importante del mundo helenístico en los últimos años del siglo III y primera parte del II a. de J. C.

Aun siendo valioso, el material de Delos tiene sus limitaciones. No debemos olvidar que era un lugar especial, único en su género, diferente de cualquier otra ciudad de Grecia, excepto en cierta medida, Delfos y Olimpia. Isla árida, con muy poca tierra fértil, sin recursos minerales ni de otra clase, Delos vivió durante siglos como un apéndice de su famoso templo de Apolo. Más tarde llegó a ser un centro comercial y bancario del Egeo, y posteriormente, incluso del Mediterráneo, una de las casas de cambio del mundo antiguo.

Así, pues, Delos dependió casi exclusivamente, durante toda su existencia, de sus importaciones, y la balanza de su comercio era claramente desfavorable. Este rasgo peculiar de su economía tuvo necesariamente una cierta influencia en los precios que

dominaron en la isla. Por otro lado, en sus últimos días —el período que mejor conocemos— se transformó en un centro de comercio de tránsito y en residencia de muchos extranjeros, mercaderes, hombres de negocios y banqueros. Este hecho, junto con el carácter físico de la isla, su falta de recursos naturales, influyó, sin duda, en los precios de los artículos de consumo, trabajo, tierra, casas, esclavos, etc. Los precios, tal como aparecen en las cuentas de los templos, no eran arbitrariamente fijados por el templo, sino que reflejan el flujo y reflujo de la vida económica en Delos, de la que se sabe muy poco. Todo esto hace difícil considerar como representativos de todo el Egeo los precios que encontramos en Delos, a menos que sean confirmados por documentos de otras localidades.

Además, los datos contenidos en las inscripciones de Delos no deben tomarse tales como parecen a primera vista. Así, por ejemplo, hay una tendencia entre los eruditos modernos a calcular los ingresos anuales de una familia de asalariados por los jornales y salarios pagados diariamente por el templo a sus obreros y empleados, pero W. W. Tarn ha demostrado que ninguno de los asalariados que aparecen en las cuentas del templo eran empleados por éste continuamente durante un año. Todos eran empleados de un modo temporal, y en los intervalos trabajaban, seguramente, en el puerto o la ciudad, o quizá en parcelas o tierras alquiladas o de su propiedad. Lo que ganaban es desconocido. Además, debemos considerar que otros miembros de sus familias pueden haber obtenido algún ingreso de sus negocios propios o de su trabajo.

De este modo, el material de Delos es especialmente valioso por la luz que arroja en la historia económica de esta isla. Puede ser utilizado con gran cuidado, para ilustrar las condiciones económicas de las islas del Egeo y quizá de Grecia. Es punto de controversia y no puede discutirse aquí por extenso el saber si estamos autorizados para hacer generalizaciones de largo alcance y considerar válidas también para el resto del mundo egeo las curvas de precios observadas en Delos. Y me pregunto aún más si tenemos derecho a comparar las curvas de precios establecidas para Delos y Egipto durante un período* dado e inferir de ciertas coincidencias en ellos una fluctuación general uniforme de precios en todo el mundo helenístico hasta Mesopotamia y Babi-

---

* Sobre los precios en Egipto, véanse págs. 262 y 263

lonia*[1]. Egipto no era menos excepcional que Delos, y los precios estaban gobernados por múltiples condiciones locales completamente diferentes de los que prevalecían en Delos.

Paso ahora a resumir los diferentes aspectos de la vida social y económica de la Grecia continental tal como se reflejan en nuestras distintas fuentes, y trataré primero de la influencia de la guerra y sus concomitancias, un rasgo importante en la historia del mundo helenístico durante el período de que tratamos. El asunto exige una cuidada consideración (3).

Se ha mencionado en el capítulo precedente que las costumbres griegas de la guerra eran primitivas y brutales. Las leyes no escritas de guerra consideraban normal y legal actos como el pillaje y la devastación del país enemigo: véase, por ejemplo, la nota de Polibio (XXIII, 15, 1-3). Igualmente permitían la destrucción completa de las ciudades capturadas; la esclavización y venta de los prisioneros de guerra, generalmente (pero no necesariamente) en el entendimiento de que podían liberarse si alguien los rescataba; requisas de bienes, alimentos, hombres y animales de tiro para las necesidades de las fuerzas en campaña, incluso en los países aliados, por no hablar de lo que llamaríamos neutrales, noción extraña al mundo antiguo; levas obligatorias de hombres, etcétera.

Estas ideas estaban firmemente asentadas en el mundo antiguo y eran muy difíciles de desarraigar. Ya he indicado cómo los sucesores de Alejandro, cuando hacían la guerra en Grecia, se permitían adoptarlas, por lo menos en cierta medida. Lo mismo puede decirse de los caudillos que los siguieron.

La opinión más sensata de Grecia protestaba vehementemente, una y otra vez, contra estos abusos. Platón dio una expresión elocuente a la protesta*[2] condenando los asesinatos en masa y esclavización de los griegos durante sus guerras internas, el incendio de las casas y la destrucción de las cosechas (4). La actitud de Platón (y de Aristóteles) ante la guerra fue un lugar común en los primeros años del helenismo. Las principales escuelas de filosofía de este período compartían las ideas de Platón. No hay necesidad de subrayar el amor de los epicúreos por la paz: ni eran menos explícitos los cínicos y los estoicos. Para Crisipo la

*[1] Sobre los precios en Babilonia, véase parte II, apartado C) de este capítulo.

*[2] *Rep.*, 470 y sigs.; cf. *Polit.*, 307-308; véase también *Menex.*, 239 y 242, distinguiendo entre guerras entre griegos y con los bárbaros.

paz era uno de los *prima bona*. Cuando describe el estado de lucha que reina incluso en tiempo de paz, en cada casa y en cada hombre, Filón, siguiendo probablemente a un escritor estoico antiguo, da una vívida descripción de los horrores de la guerra*1. «Roban, saquean, venden como esclavos, despojan, asuelan, ultrajan, destruyen, maltratan, deshonran, asesinan a escondidas o, si son bastante fuertes, abiertamente» (5).

La actitud de la opinión pública hacia la guerra y la paz, en el siglo III a. de J. C. está, además, ilustrada por algunos hechos muy interesantes. Para un griego, el ideal de vida fue siempre εἰρήνη y πλοῦτος, paz y riqueza; siempre oró por alcanzarla, pero nunca con más frecuencia ni con mayor fervor que a finales del siglo IV, en el III y en el II a. de J. C. No hay más que leer la plegaria de Isilo por la ciudad de Epidauro*2, o el grito impresionante de un personaje de la «comedia nueva»: «Danos paz, ¡oh señor Zeus!, término a la lucha y la miseria»*3. Tiene un paralelo en el ruego dirigido a Demetrio por Atenas en el famoso itífalo de 291 a. de J. C.*4, y en la plegaria de Magnesia del Meandro a Zeus Sosípolis en 196 a. de J. C.*5. No es extraño que en las listas de magistrados publicadas en el siglo III antes de J. C., y más tarde por algunas ciudades griegas, encontremos a menudo una nota elocuente: «En su tiempo hubo paz, orden, prosperidad, concordia»*6. Polibio da una expresión vigorosa a este sentimiento general de Grecia cuando dice*7: «Porque si hay un don por el que todos pedimos a los dioses, y todo lo supeditamos a su consecución, y que es el único de las llamadas bendiciones que nadie discute, ese don digo que es la paz» (6).

---

*1 *De conf.*, 12, págs. 411 y 412: συλῶσιν, ἁρπάζουσιν, ἀνδραποδίζονται, λεηλατοῦσι, πορθοῦσιν, ὑβρίζουσιν, αἰκίζονται, φθείρουσιν, αἰσχύνουσι, δολοφονοῦσιν, ἄντικρυς ἢν ὦσι δυνατώτεροι κτείνουσι, etc.

*2 Isilo, B., 22 y sigs.; *Anth. Lyr.*, II, pág. 282 D; cf. I. U. Powell, *Collect. Alex.*, 1925, págs. 132 y sigs., y I. U. Powell y E. A. Barber, *New chapters*, etc., I, 1921, págs. 46 y sigs.

*3 *Nov. com. fr. in pap. rep.*, ed. Schröder, núm. 1, 23: γένοιτο δ' εἰρήνη ποτ' ὦ Ζεῦ δέσποτα [δι]άλυσις [ἔχθ]ρας [ἀθλίων τ]ε πραγμάτων.

*4 Ateneo, VI, 62, pág. 253 *d, e*.

*5 *S. I. G.*3, 589, 27 y sigs.

*6 ἐπὶ τούτων ἦν εἰρήνη, εὐνομία, εὐετηρία, ὁμόνοια (o palabras similares).

*7 Polibio, IV, 74, 3: εἰ γὰρ ἧς πάντες εὐχόμεθα τοῖς θεοῖς τυχεῖν, καὶ πᾶν ὑπομένομεν ἱμείροντες αὐτῆς μετασχεῖν καὶ μόνον τοῦτο τῶν νομιζομένων ἀγαθῶν ἀναμφισβήτητόν ἐστι παρ' ἀνθρώποις, λέγω δὲ τὴν εἰρήνην...

Cuando después de haber estado algún tiempo en suspenso, la costumbre más cruel de la guerra —la destrucción total de las ciudades y la esclavización de los ciudadanos— reapareció con la toma de Mantinea (223 a. de J. C.) por aqueos y macedonios, la indignación de Grecia fue intensa. Esta indignación fue expresada vigorosamente en la obra perdida de Filarco, que dedicó algunas páginas conmovedoras a la descripción de los horrores que acompañaron a la toma de Mantinea. Es más que probable que condenase con igual vehemencia otros actos de crueldad innecesaria cometidos durante las guerras que describía. Y sin embargo, la conducta de Arato encontró un defensor en Polibio, quien invocó las leyes de guerra admitidas (κατὰ τοὺς τοῦ πολέμου νόμους) para justificar la esclavización en masa de hombres libres, mujeres y niños. Añade que el trato de Mantinea fue en represalia por ciertos actos cometidos por los mantineos, actos que, aunque menos crueles, no estaban de acuerdo con «las leyes de las naciones» (τοὺς κοινοὺς τῶν ἀνθρώπων νόμους). Sin embargo, no hay duda de que en este caso Grecia estaba de acuerdo con Filarco y no con Arato y los aqueos, cuyas excusas, probablemente, repetía Polibio (7).

No hay duda, pues, de que la opinión pública ilustrada de Grecia era unánime al condenar las costumbres de la guerra que dominaban en Grecia en el siglo III a. de J. C. Pero Grecia estaba desamparada. La «necesidad militar» era más fuerte que la opinión pública. Durante esta época la guerra siguió siendo un episodio de la vida de Grecia, tan ruinoso, tan cruel y tan bárbaro como lo había sido antes. Como defensa, Grecia adoptó ciertas medidas encaminadas a hacer la guerra menos destructora. Estas medidas han sido enumeradas por Tarn: creación de ligas que garantizaban la paz a sus miembros, por lo menos dentro de la liga; tratados interestatales de un nuevo género, por los que ciertas ciudades y templos eran reconocidos como sagrados y exentos de sujeción al pillaje (συλᾶν, ῥυσιάζειν); uso generalizado del arbitraje para el arreglo de disputas entre ciudades y de conflictos dentro de ellas; y tratados por los cuales ciertas ciudades aceptaban la obligación de no esclavizar a los ciudadanos una de la otra (8). Estos pactos dieron algún alivio a determinadas ciudades griegas. Pero su misma existencia y su carácter atestiguan la persistencia de las viejas costumbres y la impotencia de Grecia para cambiarlas. La guerra siguió siendo, repitámoslo, tan cruel y despiadada como lo había sido, y probablemente impidió, aún

más que en el pasado, el desarrollo normal del país. Pueden aducirse algunos hechos para ilustrarlo.

No tenemos información fidedigna sobre las pérdidas en la mayoría de las grandes batallas. No sabemos, por ejemplo, el número de muertos en los combates navales decisivos de la época, tales como los de Cos y Andros. No obstante, sabemos que Selasia (222 o más probablemente en 221 a. de J. C.), la única batalla de que estamos bien informados, de los 6.000 macedonios que tomaron parte en ella, fueron muertos 5.800, y que entre los mercenarios de Cleómenes las bajas fueron importantes*[1]. No creo que la batalla de Selasia fuese excepcional a este respecto.

Uno de los hechos más importantes, en conexión con la guerra en los tiempos antiguos, es que era universalmente considerada como un método no sólo de arreglar cuestiones políticas, sino también de enriquecer a los vencedores a expensas de los vencidos. El pillaje del país era práctica común en la guerra antigua. En este aspecto el período que estudiamos no fue una excepción. Polibio se inclina a hacer responsables a los etolios de una excesiva frecuencia del pillaje y del saqueo en esta época. Pero los otros estados empleaban exactamente los mismos métodos. Todos los beligerantes estaban acostumbrados a hacer incursiones en territorio enemigo, devastarlo y hacer todo el botín que podían. Es innecesario acumular testimonios sobre esto. Podemos dar dos ejemplos que ilustran los métodos de guerra practicados por Cleómenes III, héroe de Filarco. Poco después de su reforma en Esparta, Cleómenes invadió el territorio de Megalópolis: «Recogió mucho botín e hizo una gran devastación del país», dice Plutarco*[2]. Lo mismo hizo en la invasión del territorio de Argos, después de ser ocupada la ciudad por Antígono: «Dejó el país saqueado y se lo llevó todo»*[3], según Plutarco, quien un poco más adelante describe un nuevo e ingenioso método adoptado por Cleómenes: «Al devastar la llanura, no hizo como suelen los invasores, que es cortar el trigo con hoces y puñales, sino que lo abatió con grandes instrumentos de madera en forma de anchas espadas, de manera que sus hombres se divertían en la

---

*[1] Plutarco, *Cleom.*, 28, 5.

*[2] ὠφελείας τε μεγάλας ἤθροισε καὶ φθορὰν πολλὴν ἀπειργάσατο τῆς χώρας (ibíd., 12, 2).

*[3] διαφθειρομένης γὰρ τῆς χώρας ὑπ' αὐτοῦ καὶ πάντων ἀγομένων καὶ φερομένων (ibíd., 25, 4).

marcha y machacaban y destruían toda la cosecha sin molestia»*1 (9).

Los grandes maestros y modelos en este género de guerra de devastación eran los piratas (10). En este período, como en el precedente, la piratería era un hecho aceptado en la vida del mundo griego. Los piratas extranjeros eran de poca importancia. Los tirrenos desaparecieron del Egeo después de Demetrio, los ilirios hacían sus negocios en sus propias aguas, y los piratas del mar Negro nunca cruzaron los estrechos. En este período, los estados hegemónicos helenísticos nunca trataron en serio de librar el mar de las depredaciones organizadas. Los Tolomeos, en los tiempos de su talasocracia, tampoco intentaron suprimirlos de modo efectivo. Pudieron jactarse de haberlo hecho, pero sus pretensiones no eran más que bravatas sin valor (11). De cuando en cuando, sus almirantes tomarían represalias de los piratas por el pillaje de territorios que estaban bajo la protección de los Tolomeos (12). Pero durante la primera guerra siria (274) Filadelfo utilizó cuerpos de piratas organizados para realizar su famosa incursión sobre las ciudades costeras del reino de Antioco I, siguiendo así la práctica de Demetrio, como ya se dijo (13). Exactamente lo mismo hizo Antígono Gonatas*2, y repetidas veces los etolios a partir de la época de Demetrio (14). Bandas organizadas de piratas tenían sus puertos propios bien protegidos (no sólo en Creta) y eran bien recibidos en todos los puertos comerciales cuando aparecían cargados de botín.

Ésta era la situación en la época de los diádocos. El relato de la toma de Éfeso por Lisímaco, que se la arrebató a Demetrio, tal como lo cuentan Polieno y Frontino, puede servir de ejemplo característico. Cuando Demetrio poseía Éfeso y estaba devastando los territorios vecinos con ayuda de los piratas, Lico, estratego de Lisímaco, sobornó a Andrón, caudillo pirata al servicio de Demetrio. Un día apareció Andrón en Éfeso llevando consigo gran número de prisioneros, para venderlos. Los pretendidos prisioneros eran soldados de Lisímaco que tomaron la ciudad y la entregaron a su amo*3.

---

*1 πορθῶν τὸ πεδίον καὶ τὸν σῖτον οὐ κείρων, ὥσπερ οἱ λοιποί, δρεπάναις καὶ μαχαίραις ἀλλὰ κόπτων ξύλοις μεγάλοις εἰς σχῆμα ῥομφαίας ἀπειργασμένοις, ὡς ἐπὶ παιδιᾷ χρωμένους ἐν τῷ πορεύεσθαι σὺν μηδενὶ πόνῳ πάντα συγκατατρῖψαι καὶ διαφθεῖραι τὸν καρπόν (ibíd., 26, 1).

*2 Polieno, 4, 6, 18 (hacia 276 a. de J. C.).

*3 Frontino, *Strat.*, 3, 3, 7; Polieno, 5, 19.

Tampoco cambia el panorama en el período siguiente. Unos cuantos ejemplos mostrarán que Grecia, especialmente en tiempo de guerra —por ejemplo, durante la guerra cremonídica—, estaba a merced de piratas y ladrones. En esta época Delfos tenía las mayores dificultades para conseguir, por medio de embajadas a los reyes Antígono y Tolomeo, la seguridad de los *teoroi* que venían a Delfos para la celebración de las Pitias y mediante embajadas a todos los griegos, la seguridad de los que intentaban ir a las Pileas*[1]. Me siento inclinado a atribuir a la misma época el decreto de los anfictiones de Delfos en honor de los *hieromnemones**[2], a quienes se alababa porque hicieron «inviolable y segura la asamblea en Piles*[3] e hicieron posible a todos los griegos el acceso a la asamblea festival (πανήγυρις, quizá las Soterias). Tenemos mención de embajadores enviados a insistir en que se ha de respetar la *asylia* délfica. El mismo decreto cita la decisión de los etolios de «que no se exijan rescates en ninguna parte y que nadie vaya contra las leyes de los anfictiones*[4]. Esto demuestra que la acción ilegal y desautorizada de los etolios contribuía en gran manera a la inseguridad de los tiempos. El decreto etolio mencionado por los *hieromnemones* aún se conserva probablemente*[5] (15).

A este respecto puede mencionarse también la conocida convención (σύμβολον) entre Pelana de Acaya y Delfos, que puede ser fechada tanto entre 262 y 251 a. de J. C. o antes, como entre 285 y 280 a. de J. C. En este tratado las dos ciudades prometen mutuamente que «el délfico no se llevará a un pelaneo contra su voluntad, ni el pelaneo al délfico»*[6]. Si alguien compra *mala fide* un hombre libre, pierde el precio y paga una multa. Igual protección se hace extensiva al ganado y los esclavos. El párrafo anterior al citado trata de los bienes «cogidos» de los barcos; si un hombre los compra, es multado y las mercancías no pueden venderse*[7]. Este párrafo y los siguientes demuestran que las in-

*1 *S. E. G.*, II, 261; *F. D.*, III, 479.

*2 *S. I. G.*³, 483.

*3 τὴν] Πυλαίαν ἄσυλον καὶ ἀσφαλῆ (lín. 6).

*4 ἵνα μηδαμοῦ λύ]τρον γένηται καὶ μηθεὶς ἄγηται [παρὰ τοὺς νόμους τοὺς ἀμφικτιονικο]ύς (líns. 15 y sig.).

*5 *I. G.*, IX, 1, 2.ª ed., 171; *S. I. G.*³, 484.

*6 ὁ Δελφὸς τὸμ Πελλανέα [μὴ] ἀ[γέ|τω] μηδὲ ὁ Πελλανεὺς τὸ[ν] Δελφὸν εἰ μὴ κελ[εύοντος] (o κελ[εύοντα]).

*7 Yo sugeriría leer en la línea 4 αὐτά, no αὐτῶι.

cursiones de los piratas eran corrientes en el golfo de Corinto en el siglo III a. de J. C. (16). Quizá fuese por la misma época (252 a. de J. C.) cuando Salamina fue asaltada por los piratas, probablemente al servicio de Alejandro de Corinto, y Heráclito de Atmonón, comandante de la guarnición del Pireo por Antígono, tuvo gran dificultad para proteger la isla*[1].

Los etolios, como hemos visto, eran maestros en el arte de hacer la guerra con ayuda de los piratas. Sus víctimas eran sobre todo las islas del Egeo. Éstas y las ciudades de la costa eran devastadas por sucesivas incursiones. No es raro que algunas pretendieran protegerse mediante tratados especiales con Etolia. Las escasas fuentes epigráficas incluyen varios decretos que garantizan la seguridad frente a las incursiones etolias a determinadas islas y ciudades. Se ha sugerido que un grupo de ellos pertenece a los años 254-239, y otro a fines del siglo III a. de J. C., después de 244-243, períodos ambos de anarquía en el Egeo. El primer grupo consta de un decreto referente a Delos, otro a Tenos y Ceos, y de un tercero a Quíos, de algunos fragmentos que pueden pertenecer a un decreto similar referente a Atenas, y quizá de un tratado entre Mileto y Etolia, que, sin embargo, es atribuido por su editor a la segunda mitad del siglo III a. de J. C. y puede, por consiguiente, pertenecer al segundo grupo. En este segundo grupo aparecen Mitilene y Teos, así como Magnesia del Meandro (17). El texto de los decretos es el mismo, con ligeras variantes, en todos los ejemplos citados. Los términos del que se refiere a los magnesios son como sigue: «No se permitirá a ningún etolio, o residente en Etolia, capturar a ningún viajero de parte alguna del territorio de los magnesios por tierra o mar. Si alguno lo hiciere, el magistrado principal exigirá tanta propiedad como haya sido visiblemente arrebatada, y por la propiedad que se gastará con los consejeros sufrirá sentencia de una multa que éstos crean oportuna, como si se tratara de públicos malhechores, exigiendo los daños correspondientes e indemnizando a los perjudicados»*[2].

---

*[1] *S. I. G.*[3], 454.

*[2] *I. G.*, **IX**, 1, 2.ª ed., núm. 4, 17 y sigs.: καὶ μηθενὶ ἐξουσίαν εἶμεν | Αἰτωλῶν μηδὲ τῶν ἐν Αἰτωλίαι κατοικεόντων ἄγε[ι]ν | μηθένα ἐκ τᾶς χώρας τᾶς Μαγνήτων μηδαμόθεμ ὁρμω|μένους μήτε κατὰ γᾶν μήτε κατά θάλασσαν. εἰ δέ τίς | κα ἄγηι, τὰ μὲν ἐμφανέα ἀναπράσσειν ἀεὶ τὸν στρατα | γὸν τὸν ἔναρχον, τῶν δὲ ἀφανέων το(ύ)ς συνέδρους κατα|δικάζοντας ζαμίαν, ἅν κα δοκιμάζωντι, ὡς τὰ κοινὰ βλαπτόντων καὶ ἐκπράσσοντας τὰς καταδίκας καὶ ἀποδι|δόντας τοῖς ἀδικουμένοις κυρίο(υ)ς εἶμεν.

Un grupo de inscripciones similares muestra que los cretenses adoptaron la misma práctica. Aquí también nuestra información se refiere principalmente a épocas de inseguridad más o menos aguda en el mundo helenístico. En un documento*[1] la ciudad de Anafe y su territorio son declarados inviolables (ἄσυλοι) por la Liga Cretense (κοινόν). Un decreto en dialecto cretense encontrado en Atenas, puede, como se ha apuntado, considerarse como una garantía de *asylia* en favor de Atenas por una ciudad cretense*[2].

Es de notar que los piratas de Etolia estaban en amistosas relaciones con los cretenses y usaban los puertos de Creta como puntos de reunión y lugares donde podían disponer de sus cautivos. Hay una viva ilustración de estas relaciones en el conocido decreto en honor de Eumaridas de Cidonia*[3]. Después de la incursión de Bucris (durante la guerra demetriaca) muchos de los ciudadanos atenienses capturados y otros prisioneros fueron transportados por él a Creta. Eumaridas puso el dinero para redimirlos y devolverlos a su país. Esto condujo al envío de una embajada por parte de Atenas a las dos ligas-ciudades rivales con el fin de llegar a un entendimiento con ellas y probablemente obtener la garantía de *asylia* (compárese el documento antes citado). Eumaridas ayudó a Atenas a tratar con Cnosos y sus aliados con Polirrenia. Más tarde, durante el gobierno de Euriclides y Mición de Atenas, él y su hijo ayudaron aún a los atenienses a mantener buenas relaciones con Creta*[4].

Quizá fuese un poco más tarde (pero antes de 220 a. de J. C.) cuando Mileto concluyó tratados con Cnosos, Gortina y Festo. Una de las cláusulas de estos tratados regula las condiciones bajo las cuales han de alcanzar su libertad los esclavos que antes fueron ciudadanos libres de Mileto o de las mencionadas ciudades cretenses. Los que los compraban *mala fide,* esto es, sabiendo que eran hombres libres, perdían su dinero y pagaban una multa*[5]. Al mis-

---

*[1] *I. G.*, XII, 3, 254; *G. D. I.*, 5146 (¿siglo III a. de J. C.?); cf. A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, 1924, pág. 154; G. Daux, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 94 y sigs.; LXI (1937), págs. 439 y sigs.; véase también *I. G.*, XII, 2, 17 (Mitilene).

*[2] *I. G.*, II, 2.ª ed., 1130; *G. D. I.*, 5148.

*[3] *S. I. G.*³, 535.

*[4] Ibíd., 536 y 537.

*[5] Rehm, *Milet. Erg. d. Ausgr.*, III, 1, núm. 140; *Inscr. Cret.*, Cnosos, 6; Festo, I.

mo grupo, aunque de fecha posterior, pertenecen los distintos documentos que regulan las relaciones entre Creta por un lado y Magnesia*1 y Milasa*2 por otro (véase más adelante). Más tarde, en el siglo II a. de J. C., Paros hace un tratado especial con la ciudad cretense de Alaria*3 (18).

Las inscripciones antes mencionadas revelan otra serie de hechos que atestiguan la incertidumbre de la vida y la propiedad en Grecia durante el siglo III a. de J. C. Era costumbre inmemorial en Grecia considerar inviolables (ἄσυλα) los santuarios de los dioses. Todo el que infringía esta santidad de la casa del dios era responsable de sacrilegio (ἱερόσυλος). La misma santidad se vinculaba a las grandes fiestas de Olimpia, Delfos, Corinto, etc., y a los invitados a tomar parte en ellas (ἐκεχειρία, «tregua»). No había necesidad de garantías especiales de inviolabilidad para los templos y las fiestas. La ἀσυλία era algo sagrado y universalmente respetado.

Pero los tiempos cambiaron. La política era una fuerza más poderosa que la religión y ocurrieron algunos casos de violación de la ἐκεχειρία en la guerra del Peloponeso y en las guerras del siglo IV a. de J. C. (19). En el siglo III a. de J. C. toda Grecia oyó horrorizada el relato del ataque de los galos al templo de Apolo Délfico y se alegró con el milagro mediante el cual se salvó el templo. Ni siquiera los sacerdotes de Delfos estaban completamente seguros en su propio santuario, a pesar del hecho de estar Delfos bajo la protección de los etolios, principales alteradores de la paz. Ya me he referido a la inscripción que muestra la dificultad experimentada por los delegados y peregrinos en llegar a Delfos en la época de la guerra cremonídica, y ahora podemos añadir otro hecho significativo.

Los artistas dionisiacos de Atenas, ya en 278-277 a. de J. C., se daban cuenta de que no podían viajar con seguridad en Grecia a menos de que estuvieran protegidos por un decreto especial de los anfictiones garantizándoles en nombre de todos los griegos (ὑπὸ πάντων τῶν Ἑλλήνων), completa inmunidad de toda molestia, por no combatientes y exentos del servicio militar en Atenas (20).

Así, pues, no nos sorprende encontrar ejemplos ni que los organizadores de los juegos, al carecer de la protección concedida

*1 *G. D. I.*, 5133-6.
*2 Ibíd., 5157-63.
*3 Ibíd., 4940.

por su antiguo origen y venerable reputación, hicieran cuanto pudieran, mediante negociaciones diplomáticas —especialmente con las de las potencias de las que más se podía temer el sacrilegio—, para asegurar un reconocimiento de inviolabilidad. Poseemos un grupo de inscripciones en que ciertas ciudades informan a los reyes, ligas y ciudades (ἐπάγγελμα); de una aparición milagrosa *(epiphaneia)* de su dios o diosa, a consecuencia de lo cual se instituyen nuevas fiestas religiosas y solicitan que se respete la santidad e inviolabilidad de los templos en cuestión y, en determinadas fechas, de las ciudades en que están enclavados. En la respuesta, los destinatarios, con toda delicadeza, notifican haber recibido la ἐπάγγελμα, y algunas acceden a respetar la santidad de los templos y ciudades en cuestión. Tenemos muchos fragmentos de estos intercambios de correspondencia, el más completo de los cuales es el que se refiere a Magnesia del Meandro y Teos (21). Los documentos más antiguos de este tipo pertenecen a mediados del siglo III a. de J. C. En estos casos se ve que la iniciativa partió de los anfictiones (22).

La nueva práctica se extendió rápidamente por toda Grecia a finales del siglo III y durante el II a. de J. C. cuando se hicieron corrientes los casos de sacrilegio (ἱεροσυλία). Tenemos incidentes tales como el saqueo por parte de los etolios de templos importantes y venerados, como, por ejemplo, el de Ártemis en Lusoi, de Posidón en Tenaro, de Hera en Argos, de Posidón en Antinea, ya en 244 a. de J. C.: y el saqueo más famoso, por los mismos etolios, de los grandes santuarios de Dion y Dodona en 219 antes de J. C., que Filipo devolvió saqueando el más famoso templo de los etolios en Termo. Estos ultrajes demostraban a las comunidades griegas lo precario de la inmunidad de la mayor parte de sus lugares sagrados.

Los comentarios de Polibio sobre las ἱεροσυλίαι etolias y las amargas frases de Licisco de Acarnania en Esparta en 211 antes de J. C., que da el mismo historiador, demuestran cuán profundamente se dolía Grecia de estos sacrilegios. Esta indignación y los comentarios de Polibio muestran que eran un caso nuevo e inaudito (23).

Los hechos sobre los que llamé la atención indican que los métodos de guerra, lejos de mejorar, se hacían cada vez más bárbaros. Las medidas tomadas por las ciudades eran de carácter defensivo y no pueden aducirse como muestra de una humanización gradual de la guerra durante el período helenístico. Ade-

más, no tenían efectos duraderos. Por el contrario, el sacrilegio llegó a ser cosa corrientísima durante más de un siglo.

Volviendo a los piratas, encontramos la plaga de la piratería extendiéndose por todo el Egeo en el período 280-221 a. de J. C. Fue más aguda en los tiempos revueltos, especialmente durante las grandes guerras, pero los piratas estaban en activo incluso durante la paz relativa. El ciudadano raptado de una ciudad griega es una figura familiar a todo estudioso de la literatura helenística, por ejemplo, en las comedias de Menandro por lo que se refiere a la época de los diádocos y en los epigramas helenísticos que ilustran estos tiempos y los siguientes. Decenas de inscripciones se refieren a las incursiones piráticas y a las trágicas experiencias de hombres, mujeres y niños raptados por los piratas y vendidos como esclavos. Una simple lista de los lugares mencionados en inscripciones del siglo III a. de J. C. que han sufrido de sus ataques da una viva idea de la inseguridad de las ciudades costeras de Grecia y Asia Menor: Tera, Naxos, Amorgos, Anafe, Delos, Quíos, Teos, Tenos, Ceos, Salamina, Chipre, Magnesia del Meandro, Mileto, Teángela de Caria y las costas del Ática (24).

También aquí el cuadro tiene dos aspectos. El fenómeno no era nuevo. La piratería se había practicado de hecho en Grecia desde tiempo inmemorial, pero la frecuencia de las inscripciones helenísticas que se refieren a ella, aunque las inscripciones de este período son relativamente raras, indica que esta antigua práctica se había hecho ahora muy frecuente y se ejecutaba con cínica crueldad. Hay otro testimonio de esto en el hecho de que las islas griegas no empezaron hasta el siglo IV a. de J. C. a construir torres de vigilancia y de refugio para proteger su población pacífica contra las incursiones de los piratas, y esta actividad es especialmente notable en el siglo III a. de J. C. (25). La opinión pública reaccionó vivamente ante este nuevo fenómeno social. Los griegos eran muy sensibles a la solidaridad con las desgraciadas víctimas. Las medidas para poner fin a estas incursiones estaban más allá de su alcance y los griegos demostraron sus sentimientos de un modo distinto. Era un caso muy frecuente en esta época que las almas caritativas, al ver a respetables ciudadanos de alguna comunidad amiga expuestos para la venta en el mercado de esclavos, llegasen y pagasen su rescate o les ayudaran de cualquier otro modo (26).

Tampoco era mejor la situación de las ciudades del continente. En nuestros escasos textos literarios hay varias referencias

a incursiones de ejércitos y de bandas de ladrones en las que miles de hombres fueron apresados y vendidos como esclavos. Se ha mencionado del caso de Mantinea (223 a. de J. C.), donde fue vendida la población entera, hombres, mujeres y niños. Podemos dar otro ejemplo. Cuando los etolios devastaron Laconia*[1], poco antes de las reformas de Cleómenes, llevaron 50.000 esclavos. Las cifras pueden ser exageradas, pero no es menos cierto que no sólo las incursiones de los etolios, sino cualesquiera otras semejantes tenían como resultado el apresamiento de cientos y a veces de miles de hombres, libres o esclavos, como, por ejemplo, los llevados a cabo por Escerdiledas de Iliria, según narra Polibio (27). De un modo muy característico de las condiciones de su época, Plutarco cita la observación de un viejo espartano respecto a esta captura de Laconia de 50.000 hombres, probablemente *perioeci*, ilotas y esclavos, diciendo que el enemigo había hecho un buen servicio a Laconia librándola de una carga*[2].

Puede añadirse que la práctica de llevar y vender como esclavos gran cantidad de combatientes y no combatientes no se limitaba a Grecia. Tolomeo Filadelfo y su sucesor Evérgetes se llevaron muchos cautivos cogidos en el curso de sus guerras, especialmente en Siria. Algunos de éstos se transformaron en esclavos; otros —que habían sido soldados— quizá fueran hechos clerucos (κληροῦχοι), y los restantes pudieron haber sido empleados, como «labradores reales» (βασιλικοὶ γεωργοί) en cultivar las tierras del Fayum recientemente roturadas, o como pastores de los rebaños reales de ovejas y cabras que probablemente también formaban parte del botín (28).

Pero volvamos a Grecia. El gran número de prisioneros de guerra hechos en aquel país durante las guerras del siglo III a. de J. C. puede atribuirse en gran medida a la pobreza del mismo, al bajísimo nivel de vida que existía en la mayoría de las ciudades y al carácter casi exclusivamente agrícola de la mayor parte del territorio. El único botín que podía compensar a los beligerantes los gastos de la guerra —y la mayor parte contaban con hacerlo— eran los hombres, libres o esclavos, y el ganado. Nótese, por ejemplo, el relato que da Polibio de la toma de Megalópolis y Mantinea, del que trataré en seguida. Puede tomarse como un hecho demos-

---

*[1] Plutarco, *Cleom.*, 18, 3.

*[2] ὡς ὤνησαν οἱ πολέμιοι τὴν Λακωνικὴν ἀποκουφίσαντες.

trado que la vida era muy difícil en Grecia en el siglo III a. de J. C. y que la libertad personal era tan precaria como la vida. Muchos que fueron libres un día eran esclavos al siguiente.

Los prisioneros de guerra cuyas familias eran acomodadas o que tenían amigos ricos o influyentes no permanecían esclavos toda su vida. Ya he indicado que existía entre las clases superiores de la población de Grecia una especie de común acuerdo, de seguridad mutua, que actuaba para libertar cautivos de esta clase. Pero nadie se preocupaba de los metecos, los proletarios de las ciudades o de los pobres labradores: si uno de éstos era vendido como esclavo, seguía siendo esclavo hasta la muerte. El rescate (λύτρωσις), hay que destacarlo, era, por regla general, un asunto privado. En este sentido las ciudades estaban desamparadas: sus medios eran limitados y sus medidas diplomáticas generalmente inútiles.

La incertidumbre de la vida, el carácter precario de la libertad personal y la inestabilidad general en Grecia obstaculizaban un sano desarrollo económico y social. Añádanse a esto los factores permanentes que incluso en época normal retrasaban el progreso económico del país: la pobreza del suelo, la escasez de minerales, madera y otras materias primas para la industria, y sobre todo el inveterado particularismo de las ciudades-estados griegas, la minúscula subdivisión política de Grecia y la ambición de cada ciudad por dominar al resto (*Herrschaftstrieb,* como le llama B. Keil), peculiaridades que encuentran su expresión no sólo en la vida política del país, sino también en la económica. Algunos eminentes eruditos han sugerido que este particularismo económico se moderó en el período que consideramos con la formación de las ligas o simpolitias griegas, especialmente las mayores, como la aquea, etolia y beocia. Pero no es cierto que una liga griega, como tal, formase una unidad económica como formaba una unidad política, ni que un ciudadano de un Estado miembro de una liga determinada recibiese automáticamente derechos económicos plenos en todas las ciudades de esa liga, en particular el derecho de adquirir propiedad sobre las cosas, el de tener casa y tierra (ἔγκτησις γῆς καὶ οἰκίας), y el derecho concomitante de matrimonio (ἐπιγαμία). Un estudioso de la vida política griega tan distinguido como H. Swoboda ha pensado que no era así, dado que muchas distinciones griegas de la época indican que estos derechos no se daban, en los decretos de proxenia, por una ciudad a los ciudadanos de otra ciudad del mismo

koinon. Se ha sugerido que los decretos de proxenia sean muchas veces documentos puramente honorarios redactados según una fórmula establecida desde antiguo y que no quieren decir necesariamente lo que en ellos se lee. Sin embargo, es sorprendente ver que la fórmula se emplea con tanta frecuencia, repitiendo las mismas palabras, incluso la concesión ἔγκτησις γῆς καὶ οἰκίας y ἐπιγαμία. Esta repetición de la vieja fórmula sugiere que la concesión de estos derechos, aun dentro de la misma liga, tuviera una cierta importancia, probablemente crucial. En todo caso, la existencia de las ligas, aunque pudo mitigar en cierta medida los efectos perniciosos del particularismo económico, no constituyó ciertamente ningún cambio radical en los inveterados hábitos ni en el orgullo económico de las ciudades griegas (29).

La consecuencia más notable de estos factores políticos y económicos fue el empobrecimiento del país, especialmente de algunas regiones, donde en la segunda mitad del siglo III a. de J. C. se produjo muy rápidamente. Este empobrecimiento fue debidamente notado y registrado por los observadores contemporáneos, especialmente a causa del contraste que presentaba con la situación floreciente de las nuevas monarquías orientales. Daremos unos cuantos ejemplos.

Plutarco, al hablar de la riqueza de los reyes espartanos de la época de Agis y Cleómenes, anota que los esclavos de los sátrapas orientales y de los servidores de Tolomeo y Seleuco eran más ricos que todos los reyes espartanos juntos (30).

Polibio hace una afirmación más explícita y exacta al referirse al botín tomado por Cleómenes en Megalópolis. Rechaza enfáticamente la afirmación de Filarco de que Cleómenes se apoderó de un botín (λάφυρα) por valor de 6.000 talentos. Esta suma, declara, es muy exagerada. «Digo —hace notar—, hablando no de los tiempos en que el Peloponeso había sido completamente arruinado por los reyes macedónicos, y más aún por las continuas guerras de sus habitantes entre sí, sino de nuestros propios tiempos, en los que se cree que el Peloponeso goza de la mayor prosperidad, que sería imposible juntar esta suma en todo el Peloponeso, contando los bienes muebles (ἔπιπλα), sin contar los seres humanos (σώματα)»*. Y añade en el mismo pasaje que de hecho Megalópolis y Mantinea —grandes ciudades que se juzgaban ricas— sólo ofrecieron a sus conquistadores

* Polibio, II, 62, 1.

(los lacedemonios y Antígono) botín por un valor de 300 talentos cada una.

En sus magistrales comentarios a este pasaje, A. Wilhelm muestra que la mayor parte de esta suma de 300 talentos consistió en el producto de la venta de cautivos, y que el valor de la propiedad mueble en las granjas, excluyendo el ganado, probablemente no pasó de 75 a 100 talentos.

La afirmación de Polibio, que estaba mucho mejor informado sobre el particular que algunos eruditos modernos que se inclinan a ponerlo en entredicho, demuestra cuán bajo había caído el nivel de vida de algunas de las ciudades rectoras de Grecia (tanto Megalópolis como Mantinea eran, por supuesto, ciudades agrícolas que poseían poca industria o comercio) y lo pequeño que era su capital acumulado. Ciertamente se trataba de un fenómeno nuevo en la vida del Peloponeso, y Polibio está en lo cierto al atribuirlo a las hostilidades incesantes (31).

Las causas generales que contribuyeron a la decadencia gradual de la riqueza en Grecia afectaron, naturalmente, a todas las clases de la población. La poca gente muy rica sufrió probablemente menos que el resto. Pero todo el material histórico que trata de Grecia en los siglos IV y III a. de J. C. muestra que la fuerza sólida de la vida política social y económica griega no descansaba en unos escasos hombres de gran riqueza, sino en la clase media, la burguesía, en su mayor parte terratenientes. Ya he señalado que esto sucedía en Atenas en la época de Menandro. Lo mismo puede afirmarse de la Liga Aquea, y probablemente de muchas ciudades, si es que no de todas. Las tasas y liturgias eran soportadas principalmente por la clase media, tema que trataré con gran detalle en el capítulo siguiente. Esta clase sufrió en verdad mucho de las guerras y males a ellas anejos. En algunas ciudades —por ejemplo, en Esparta, de la que hablaré en seguida— la clase media desapareció casi por completo, concentrándose la riqueza y especialmente la propiedad rústica en muy pocas manos. Algunas familias hasta entonces acomodadas descendieron al estado de proletarios. Estas nuevas condiciones, que no se limitaban a Esparta, son registradas por los contemporáneos. Por casualidad poseemos una expresión de Cércidas de Megalópolis, que no era un revolucionario, sino más bien un miembro de la clase acomodada y un destacado político: una frase en ella suena como una advertencia, dirigida a los enriquecidos de la revolución: cuando se vean obligados a «vomi-

tar» (γείοθεν ἐξεμέσαι) las riquezas que se han apropiado. La clase media, por supuesto, no se hundió de repente en el proletariado: el proceso fue lento y gradual. No obstante, incluso de esta forma paulatina, contribuyó sin duda a la turbación e intranquilidad generales.

El número creciente de gente que no poseía propiedad o poseía muy poca y que vivía de su rudo trabajo diario, era por naturaleza una fuente de peligro. Añádase a esto que, con toda probabilidad, aunque no hay datos para fundamentar la afirmación, las oportunidades de empleo disminuían constantemente y la tarifa de remuneración por cualquier clase de trabajo descendía sin cesar.

No tenemos medios de afirmar hasta qué punto el trabajo servil competía con el trabajo libre. He indicado las razones (captura de prisioneros de guerra, piratería en el mar, incursiones en tierra, etc.) que me inducen a creer que los esclavos abundaban en el mercado griego en el siglo III a. de J. C. Es una pena que las actas de manumisión, tan numerosas en el siglo II a. de J. C. en Delfos, en Naupacto y sus alrededores, en Tesalia y en otras partes de Grecia, sean extremadamente raras en el III, y que no suministren información sobre el número de esclavos y países de origen de los mismos en este siglo. La impresión que he sacado del estudio del escaso material existente es que el número de esclavos no disminuyó en el siglo III a. de J. C. en Grecia, en conjunto, aunque pudo haber bajado en Atenas (32).

Aparte la competencia del trabajo de los esclavos, la dificultad de encontrar trabajo para el número cada vez mayor de proletarios se intensificó por una evolución que afectó a la producción y al cambio en toda Grecia. Esta evolución se manifestó en una demanda cada vez menor de productos griegos, especialmente mercancías manufacturadas, tanto en la Grecia propia como en los mercados extranjeros. En Grecia esta situación fue resultado del empobrecimiento de la clase media y de la reducción de poder adquisitivo del público en general, por las causas expuestas; en otras partes fue debida a la lenta pero firme emancipación del Oriente, sobre todo Egipto, Siria y Asia Menor, de la dependencia de Grecia para los bienes industriales de consumo masivo. Volveré más adelante sobre este desarrollo, en este mismo capítulo. Todo esto tuvo un efecto adverso para la demanda de trabajo en Grecia, que no aumentaba *pari passu* con la cantidad de mano de obra, cada vez mayor.

Finalmente, es muy probable que, debido a la competencia del trabajo esclavo y a la decreciente demanda de obreros asalariados, bajaran los jornales, mientras que los precios de los alimentos y mercancías manufacturadas no bajaron en proporción. No tenemos datos referentes a la Grecia continental, pero las curvas de precios de los alimentos y de sueldos en Delos son muy ilustrativos, y Heichelheim puede tener razón al afirmar que se mantenían altos en el resto del mundo helenístico, o en todo caso en Grecia (33).

De este modo, se hizo cada vez más notable y llegó a ser peligroso el contraste entre el número creciente de pobres y el cada vez menor de aquellos en cuyas manos se concentraba más y más la riqueza, mientras se agudizaba el descontento de los proletarios. Naturalmente, este estado de cosas condujo a guerras civiles y revoluciones. El ejemplo clásico es la Esparta de la época de Cleómenes y Agis.

La historia de Agis IV y su sucesor Cleómenes es tan conocida de todos los estudiosos de la historia antigua, que bastará aquí un breve resumen. De acuerdo con la fidedigna narración de Filarco, el cuerpo de ciudadanos espartanos cuando Agis subió al trono se había hecho muy pequeño. Toda la tierra estaba en manos de un pequeño grupo de gente rica, entre los que había muchas mujeres. La mayoría de la población eran pobres, hombres que habían perdido su tierra y, por ende, su ciudadanía. Con el fin de restaurar a Esparta en su antigua fuerza, y quizá para remediar la miseria de las clases más pobres, Agis trató de llevar adelante una reforma económica y social. Durante mucho tiempo la idea de una reforma o revolución de este género había arraigado en la mente de los griegos. El proyecto comprendía dos medidas principales y dos secundarias. Las medidas principales de carácter positivo fueron la abolición de las deudas y, como era natural en un país de economía principalmente agraria, redistribución de la propiedad rústica (χρεῶν ἀποκοπή y γῆς ἀναδασμός). Antes de la redistribución de la tierra era necesaria una confiscación de la propiedad y, como medio efectivo de realizarla, se recurrió a la liberación de esclavos en muchos casos.

Agis intentó realizar su programa por medios pacíficos. Las deudas fueron canceladas, puesto que esto convenía a los intereses tanto de los pobres sin tierra como de la mayoría de los propietarios cuyas tierras estaban hipotecadas. Pero nunca se llegó a la redistribución de la tierra. Esto, sin duda, no podía hacerse

sin una revolución, y Agis no quería o no podía llegar tan lejos. Pereció a manos de sus enemigos políticos. Su herencia, sin embargo, fue recogida y su programa llevado a cabo por Cleómenes, que no se asustó ante un golpe de Estado. No necesito repetir la historia de Cleómenes; bastará recordar la profunda impresión producida por sus reformas en el resto de Grecia, y la fiebre revolucionaria que rápidamente se extendió por todo el Peloponeso, destruyendo casi la Liga Aquea, que se basaba en el predominio de la clase burguesa en las ciudades. Si no hubiere sido por las concesiones hechas por Arato a Antígono y porque Cleómenes se negó a continuar todo el programa de sus partidarios, el resultado de las reformas de Agis y Cleómenes podría haber sido una revolución social en gran escala, quizá toda Grecia, que ellos mismos consideraban más política que social y económica.

Las condiciones de Esparta eran típicas de las que prevalecían en toda Grecia en el siglo III a. de J. C. La lucha de clases era frecuente, y el duro contraste social entre ricos y pobres condujo a conflictos agudos tanto en la Grecia propia como en las islas. Puedo recordar al lector las expresiones usadas en las inscripciones arriba citadas, en las que se ensalza a los magistrados por haber mantenido durante su período de mando la paz, la prosperidad, la legalidad y la concordia (εὐνομία y ὁμόνοια). Esta fórmula nuestra que en la mente de los contemporáneos los factores principales que alteraban la vida normal de una ciudad y acarreaban la miseria fueron la guerra y la revolución.

Las revoluciones (ταραχαί en la terminología oficial) tomaron distintas formas, pero la más frecuente era el establecimiento de una tiranía apoyada en el proletariado. No todos los tiranos de esa época —en su mayoría protegidos por Macedonia— eran de la pésima clase de Apolodoro, tirano de Casandria, cuyas atrocidades eran proverbiales, y Aristótimo, tirano de Elea. Algunos fueron excelentes gobernantes, como Aristómaco de Argos y Aristodemo de Megalópolis. Pero ninguno fue capaz de establecer su gobierno sobre una base firme. Generalmente acababan siendo asesinados, y la lucha empezaba de nuevo dentro de la ciudad, una lucha principalmente de carácter político, pero a menudo guiada en parte por consideraciones sociales y económicas. El señuelo levantado por la mayoría de estos tiranos era el viejo tema del reparto de la propiedad y la abolición de las deudas. Pero este programa nunca se llevó a cabo del todo en ninguna ciudad griega, ni aun con la ayuda de los tiranos. El proletariado por sí mismo,

sin apoyo de fuera, era inerme, y los que tenían fuerzas militares a su disposición no eran amigos de la revolución social (34).

La mayor parte de los testimonios que he aducido se refieren al Peloponeso y a la última parte del período que revisamos. Sin duda alguna, el Peloponeso fue el que más sufrió durante este período, pues las guerras y revoluciones eran menos frecuentes en el resto de Grecia y especialmente en ciertas partes de la Grecia central.

No podemos, pues, generalizar, y debemos cuidarnos mucho de no exagerar. Hemos de tener presente que Grecia, gracias a los prolongados y vigorosos esfuerzos de su pueblo, había desarrollado considerablemente sus recursos naturales, a pesar de que éstos eran pobres. No existe la menor duda de que, incluso en el siglo III a. de J. C., Grecia era uno de los países mejor cultivados del mundo. Sus viñedos y olivares, sus huertos de frutas y hortalizas eran famosos. El nivel de su agricultura era muy alto y la calidad de sus pastos muy estimable. Miles de hombres se ocupaban de la riqueza del mar: había abundancia de pesca, sal, esponjas y moluscos para teñidos, y su explotación estaba bien organizada. Las minas y canteras se explotaban mientras había minerales que extraer, así como las mejores clases de piedra, especialmente mármol. La industria griega contaba con una larga tradición, y los artesanos griegos eran todavía los más eficientes y artísticos. Las relaciones comerciales estaban firmemente establecidas entre las distintas partes del mundo griego.

Las guerras constantes, la competencia de Oriente, el descenso de la exportación, la disminución del poder adquisitivo de la moneda en el mercado interior, minaron gradualmente la prosperidad de Grecia. Pero fue un proceso lento, que difícilmente pudieron comprender los observadores contemporáneos, y, como he demostrado, no afectó a todas las regiones de Grecia simultáneamente. En consecuencia, no encontramos nada sobre la decadencia económica en los escasos fragmentos que sobreviven de una obra anónima (en ocasiones atribuida a Heraclides Crítico), escrita probablemente en la segunda mitad del siglo III a. de J. C., que contiene cuadros satíricos y jocosos de algunas ciudades de Grecia central: del Ática, Beocia y Eubea, pero de ninguna situada en el Peloponeso, aunque el autor está vivamente interesado en la vida económica de las ciudades que describe. El Ática aparece en estos cuadros como una región bien cultivada, que produce los alimentos más escogidos: «los productos del suelo son todos

inestimables y sin rival en punto a sabor, pero se hacen algo escasos»*. Beocia es una región agrícola floreciente. En su costa la población se ocupa en el mar. En Antedón hay pesca, extracción de púrpura, recolección de esponjas, construcción de navíos, y transporte a Eubea. Oropo está llena de aduaneros (de dudosa honradez), de viajeros y mercaderes (35). El puerto y emporio de Calcis están no menos repletos de mercaderes. Algunos caminos son buenos y están bien provistos de posadas confortables, aunque muy pocas se hallan libres de bandidos. No hay una palabra sobre la pobreza y desastre económico en estas partes de Grecia. Es verdad, que Atenas no es ya la Atenas del pasado. Sigue siendo una gloriosa ciudad, un centro de diversión, de arte y de vida intelectual. Pero los productos alimenticios locales, aunque finos, son más bien escasos (σπανιώτερα), y la escasez de alimentos (λιμός) es una catástrofe constante. Nada se dice sobre el Pireo, el puerto, el comercio de Atenas. Ciertamente no impresionaban al autor. Atenas está llena de extranjeros. Pero vienen como turistas y estudiantes, no como hombres de negocios y mercaderes. En Oropo y en Calcis la principal característica es el comercio; no así en Atenas. Es una lástima que no tengamos una descripción de Corinto, el Peloponeso y Tesalia (el fragmento sobre Tesalia no pertenece a la misma obra y es puramente geográfico). Pero lo que queda es de un valor inestimable y altamente instructivo, tanto por lo que respecta a la mentalidad de los hombres educados como por lo que atañe al aspecto económico de parte de Grecia de aquella época (36).

Desearía poder completar este cuadro con un análisis de las condiciones sociales y económicas en cada una de las ciudades de la Grecia continental. Debe recordarse que la vida en estas ciudades estaba altamente diversificada y era individualista en alto grado. Si consideramos diferentes categorías —los santuarios de Delfos y Olimpia, de Epidauro y Eleusis, de Oropo, de Dodona, el Ptoión y otros muchos que existen en estrecha conexión con sus respectivas ciudades, pero no enteramente absorbidos por ellas; luego Atenas y Corinto, los dos grandes centros del comercio, industria y banca del pasado, que ahora pierden gradualmente su importancia comercial e industrial, y las diferentes ciudades industriales y comerciales menores, tales como Sición, Gitio, Patras,

---

* τὰ γινόμενα ἐκ τῆς γῆς πάντα ἀτίμητα καὶ πρῶτα τῇ γεύσει, μικρῷ δὲ σπανιώτερα.

Naupacto, etc.; después, Esparta, Argos, Megalópolis, Mantinea, Mesene y las ciudades aqueas del Peloponeso, la mayor parte de las cuales son comunidades casi puramente agrarias con industria y comercio muy escasos: Tebas y las demás ciudades agrícolas de Beocia; las comunidades primitivas de pastores y labradores de Arcadia, Acarnania, y especialmente Etolia—, encontramos que todas las ciudades poseen su propia economía y estructura social peculiares, sus propios intereses y preocupaciones. El período helenístico trajo muy pocos cambios en su modo de vida e hizo poco por unificarlo y regularizarlo.

Sin embargo, esta tarea no puede emprenderse aquí, porque requeriría un estudio especial muy detenido, para el que apenas existe ningún trabajo preparatorio. No poseemos para las otras ciudades griegas el abundante material que ilustra todos los estadios de la historia de Atenas y Delfos. Estas ciudades, en el período helenístico, han encontrado intérpretes elocuentes y competentes en S. Jebelev y W. S. Ferguson, para Atenas, y E. Bourguet, P. Roussel, R. Flacelière y G. Daux, para Delfos. La situación es completamente diferente respecto a las otras ciudades de Grecia. Nuestros textos literarios son escasos, porque el período helenístico no fue el más brillante de su vida. Tampoco es abundante nuestra información epigráfica: los períodos clásico y romano tienen ventaja en este particular. Algunas ciudades, no puede dudarse, han sido recientemente excavadas y han dado ruinas importantes, obras de arte mayor y menor e inscripciones. Tales son Corinto, Esparta, Olimpia, Epidauro, Oropo, el Ptoión, Dodona, Eleusis y algunas otras. Los excavadores de estas ciudades han llevado a cabo una obra excelente. Los resultados de Olimpia han sido publicados por completo. Se hacen rápidos progresos con Corinto y Esparta. Para otras ciudades excavadas tenemos excelentes informes preliminares y estudios basados en parte del material excavado. Pero no puede decirse que lo ya publicado ofrezca una base suficiente para un historiador del período helenístico. El material helenístico es escaso y no goza del favor de los excavadores y estudiosos de la antigüedad. Por ello, algunos descubrimientos, especialmente los de importancia capital para el estudio de la historia económica, son ignorados o su publicación ha sido indefinidamente aplazada. Me refiero a la cerámica, terracotas, lo que se conoce por bronces menores, instrumentos de bronce y hierro, etc. Las ánforas en general, especialmente las estampilladas, son de gran importancia. Hasta que este mate-

rial se publique, el estudio de la vida económica de cada una de las ciudades y del conjunto de Grecia presenta graves dificultades. Y sin este tipo de estudio los historiadores se ven obligados a limitarse a bosquejos generales como el que se ha expuesto (37).

No obstante, daré una visión general de las dos ciudades de Grecia mejor conocidas, Atenas y Delfos, durante nuestro período, o más bien un resumen de lo que sobre el tema han dicho los eruditos ya mencionados.

ATENAS, después de su liberación del yugo de Poliorcetes, especialmente después de Corupedión, vivió una vida pacífica y creadora durante casi una veintena de años bajo el benéfico gobierno de Gonatas, que hizo de la ciudad su capital intelectual. Sus cleruquías en el mar tracio le fueron devueltas por Antioco I (279-278 antes de J. C.); Antígono, aunque mantenía una guarnición en el Pireo, no se entrometía en su autonomía y derechos políticos; su prestigio era alto en el mundo helenístico y los gobernantes helenísticos eran felices sirviéndola. Su actitud era pacífica y no estaba dispuesta a embarcarse en proyectos arriesgados y ambiciosos. Aunque amenazada por la invasión céltica, no había sido afectada por ella.

Atenas era aún la gran capital intelectual y artística del mundo griego, un centro de gran actividad creadora en los campos de la filosofía, el drama, la historia, la ciencia y el arte; y con toda probabilidad conservó su puesto director en el campo económico, aunque su preeminencia era aquí, por supuesto, menos notable. La guarnición macedónica en el Pireo no tenía sólo una intención política. Gonatas deseaba controlar este importante puerto porque probablemente lo hizo su centro comercial, su principal casa de cambio, rival de Rodas y Delos, los grandes emporios de los Tolomeos, y de Mileto y Éfeso, cuyo control detentaban alternativamente Tolomeos y seléucidas. El alcance del comercio ateniense era ahora, sin duda, más restringido de lo que había sido, pero Atenas era aún el principal centro comercial del norte del Egeo y el Ponto. Es significativo, por ejemplo, que poco después de su liberación de Demetrio, Espartoco III, rey del Bósforo, se apresurase a renovar sus relaciones con Atenas y contrajese con ella una sinmaquía regular (289-208 a. de J. C.)*[1] y que Audoleón, rey de los peonios, le enviase su felicitación y un regalo (289-288 antes de J. C.*[2]. No hay razón para suponer que estas amistosas

*[1] *S. I. G.*[3], 370.
*[2] Ibíd., 371.

relaciones cambiaran en los años subsiguientes. La acción de Espartoco y Audoleón no fue dictada precisamente por razones sentimentales, sino que reflejaba las activas relaciones mercantiles entre ellos y Atenas. Grecia era todavía un importante mercado, diríamos el más importante, para Peonia, Tracia y el Ponto. Los privilegios conferidos por los délficos hacia 252-251 a. de J. C. (?) a un grupo de setenta personas de distintos lugares de Calcídica, Tesalia, Macedonia, Tracia, la Propóntide y el Ponto (Calatis, Quersoneso, Olbia, Panticapeo) pueden haber sido el resultado de un viaje de los *theoroi* délficos. Probablemente, la ruta de los *theoroi* no era muy distinta del itinerario corriente de los mercaderes atenienses de la época*. Las condiciones que prevalecían en Atenas en esta época eran muy semejantes a las del período precedente, porque los numerosos fragmentos de la «comedia nueva» de autores posteriores a Menandro presentan el mismo tipo de sociedad y despliegan el mismo cuadro de la vida social y económica.

La guerra cremonídica (207-206 a. de J. C.) marca una solución de continuidad en la vida tranquila de la ciudad, y el comienzo de una época de revueltas y dificultades. No es éste el lugar adecuado para relatar la historia del agitado período que comprende la guerra cremonídica y su posguerra. Baste decir que después de la humillación de 263 ó 261 a. de J. C. Atenas permaneció hasta 229 como una parte del reino macedónico, fiel a sus amos Antígono Gonatas y Demetrio II. El gobierno de éstos no fue opresor. La política de Antígono hacia Atenas fue siempre liberal, y se hizo más liberal en medio de las dificultades de sus últimos años, cuando estaba en guerra con los Tolomeos y luchaba por el dominio de Grecia. Después de su muerte, en 239, su política fue continuada por su sucesor.

Nuestro material informativo sobre la vida económica y social de Atenas en esta época no puede compararse con el que tenemos para los dos períodos precedentes. Conocemos la dificultad de la posición de Atenas en los últimos años de Antígono y cuán duramente oprimida estaba en la época de la guerra demetriaca. Las invasiones aqueas del Ática por tierra, y las incursiones etolias en la costa (Bucris) fueron una dura prueba. Tanto la frontera marítima como la terrestre del Ática fueron guardadas

---

* R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, pág. 220, y pág. 459, número 46, *a*. 4.

por destacamentos de atenienses y macedonios, que requerían un gran esfuerzo militar por parte de la ciudad; aunque estas medidas militares no pudieran rechazar a los invasores. No es extraño que la vida en la ciudad durante la guerra fuera anormal, que se suspendieran las ceremonias religiosas regulares, que el abastecimiento regular de grano a la ciudad estuviera desorganizado, y que, debido a la carga financiera, hubiera que recurrir a medidas extraordinarias. La agudización de la crisis está ilustrada por los numerosos decretos en honor de los comandantes de las tropas de guarnición o de vigilancia, y por el decreto ateniense de 232-231 antes de J. C. que organizaba un ἐπίδοσις o suscripción, «con el fin de que, además de las sumas pagadas, el tesorero pueda hacer frente a los gastos y que durante el resto del año las cosechas de los campos puedan recogerse con seguridad»; en otras palabras, costear el gasto de los destacamentos de tropas que guardaban el Ática. También hay que mencionar que, probablemente hacia esta época, Atenas fue forzada a recurrir a préstamos: en las inscripciones de Tespias*[1] y de Tebas*[2] se recuerda un préstamo de cada una de estas ciudades.

Pero los males de la situación no deben ser exagerados ni se debe presentar tan sólo el lado negro. Como ciudad macedónica bajo la protección de los macedonios, Atenas no perdió todas sus relaciones mercantiles, especialmente en el período anterior a la guerra de Demetrio. La Delos macedónica, por razones no muy claras para nosotros, competía con Atenas en el comercio de grano en esta época, con el apoyo quizá de Antígono y Demetrio; pero esta competición no minó seriamente el comercio ateniense. Delos puede haber sido apadrinada por Antígono y Demetrio porque el lugar era más seguro que Atenas y sus relaciones con Rodas y el Oriente eran amistosas, o puede haber sido determinado por consideraciones políticas. En todo caso, Atenas y sus ciudadanos no se arruinaron. La suscripción mencionada aportó una suma considerable, y aún había algunos hombres muy ricos entre los atenienses. Puedo mencionar el famoso Eurílides, que gastó su fortuna liberalmente en beneficio de Atenas y todavía pudo dejar a sus herederos lo suficiente para hacerlos una de las familias más ricas de la ciudad. Difícilmente podía adquirirse ri-

---

*[1] *I. G.*, VII, 1737, 1738.

*[2] Ibíd., VII, 2405, 2406. Debo decir que las fechas de las inscripciones tespia y tebana son conjeturales.

queza en Atenas sin una participación directa o indirecta en el comercio. Teniendo en cuenta todo, podemos decir que el período de la dominación macedónica, a diferencia en este aspecto del período del protectorado macedónico, no fue un tiempo de paz y prosperidad para Atenas; su vida económica estaba en decadencia y los ciudadanos ricos eran una excepción. Pero tampoco fue una época de ruina, miseria y postración (38).

Es muy instructivo comparar las vicisitudes de Atenas en el siglo III a. de J. C. con las de Delfos. Nuestros datos referentes a la última, aunque abundantes, se refieren en su mayor parte a materias de poco interés para los fines de la presente historia. Pero son conocidos ciertos hechos que revelan claramente su evolución general social y económica durante el período en cuestión (39).

El suceso más importante en la historia política de Delfos fue su absorción gradual por la Liga Etolia y su progresiva dependencia de ella. Esta absorción empezó muy pronto y se desarrolló paso a paso hasta que a mediados del siglo III a. de J. C. era un hecho indiscutido y aceptado, aunque a regañadientes, por toda Grecia. El proceso fue acelerado, y la vida de Delfos profundamente afectada por la invasión céltica de Grecia. Por su gallarda defensa de Delfos y Grecia, los etolios habían adquirido para sí el derecho a manejar una parte importante de los negocios délficos. Por otro lado, los celtas perturbaron profundamente el modo de vida en Delfos, como se manifestó de distintas maneras durante los años que siguieron a su invasión. Algunos documentos délficos de este período apuntan a condiciones muy cambiantes e inseguras. Poseemos, por ejemplo, seis decretos de los anfictiones garantizando honores a los que les habían ayudado a detener los ladrones que habían despojado el templo de algunos de sus tesoros. Todas estas inscripciones están fechadas hacia 270 antes de J. C. Estos pillajes, en mi opinión, no sólo reflejan las perturbadas condiciones en Delfos, después de la invasión céltica, y atestiguan la existencia allí de muchas personas sin empleo que van al crimen por la desesperación, sino que también evidencian el estado de revuelta de la Grecia central en general en esta época (40).

Después vino la guerra cremonídica y de nuevo predominó la intranquilidad, no sólo en el territorio alrededor de Delfos, sino también en una gran parte del mundo griego. He citado (págs. 209 y 210) documentos que demuestran la ansiedad de los anfictiones

por que se permitiera a los miembros de la anfictionía que alcanzaran las Termópilas y a los *theoroi* y peregrinos que llegaran a Delfos para la celebración de las Pitias y Soterias. A mediados de siglo, sin embargo, mientras muchas partes de Grecia sufrían duramente por las guerras y devastaciones, Delfos gozaba de paz y prosperidad bajo la protección de los etolios, que ahora estaban en el cenit de su poder político. Flacelière ha recogido recientemente todo el material relativo a este período de la historia de Delfos, y ha demostrado que los etolios consideraban el lugar como su capital intelectual y, añadiría yo, como el centro de su propaganda panhelénica. Hicieron de Delfos una réplica etolia de la Atenas macedónica.

Pueden citarse algunos hechos significativos. El famoso festival pítico de Delfos era celebrado en esta época con mucha pompa. Como ya se ha dicho (cap. I, nota 12), los etolios le añadieron la Soteria, al que —después de transformarla en una fiesta etolia, probablemente en 243 a. de J. C.—, invitaban, mediante embajadas especiales, a todo el mundo griego. Las invitaciones encontraron un recibimiento más bien frío y la Soteria etolia no tuvo un éxito muy sonado. No obstante, se celebró regularmente como un gran *agon stephanites*.

Durante este período el santuario de Apolo se llenaba de regalos y dedicaciones, los más notables de los cuales eran los regalos del *koinon* etolio y de distintos etolios influyentes. Basta mencionar el gran monumento etolio a Apolo Pítico en conmemoración de la invasión celta —una estatua de Etolia, sentada en un trofeo de armas célticas— y otra en conmemoración de la victoria etolia sobre los acarnanios, que consistía en estatuas de Apolo y Artemisa y de los generales etolios victoriosos. También puedo recordar al lector los famosos monumentos de Delfos que desempeñaron un papel tan importante en la historia del arco triunfal romano: me refiero a los monumentos compuestos de dos columnas, el más famoso de los cuales es el de Aristéneta, probablemente una dama etolia. Las dos columnas jónicas construidas por ella soportaban estatuas suyas, de sus padres y de su hijo Timolao. Alguno de los monumentos erigidos en Delfos por los caudillos etolios ponían de relieve las conexiones políticas de Etolia con las potencias directoras de la época. Tal era el grupo de estatuas de Evérgetes (o Filopátor) y de los miembros de la familia real*.

---

* R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, pág. 268, nota 3.

Los potentados del día rivalizaban con los etolios en el embellecimiento del santuario. El regalo más notable fue el de Átalo: el famoso pórtico (*pastas*) de Delfos, construido algunos años antes de 223-222 a. de J. C., fecha en que los anfictiones intentaron por un decreto especial evitar que se atestara de dedicaciones y fuese desfigurado por los peregrinos*[1]. La amistad con Delfos era hereditaria en la familia gobernante de Pérgamo*[2].

Los decretos de proxenia de la época dan testimonio del gran prestigio de que gozaba Delfos en todo el mundo griego y de la actividad de su diplomacia, aunque en esta época era muy difícil saber dónde acababa Delfos y empezaba Etolia. Puede llamarse la atención, por ejemplo, sobre un decreto en favor de Lisias, el famoso potentado de Asia Menor (242 a. de J. C.); y sobre los decretos en favor de un cirenaico, un sidonio ἐγ Βηρυτέου, siracusanos y otros. Ya he mencionado las relaciones de Delfos con el Norte hasta Olbia, Quersoneso y Panticapeo.

Finalmente, Delfos era todavía un centro que atraía poetas consagrados y otras celebridades literarias. Entre los próxenos de Delfos en esta época hay varios autores de poemas, himnos, etcétera, en honor de los dioses délficos. Todavía conservamos los dos himnos de Arístono de Corinto en honor de Apolo y Hestia*[3]. Hay que notar también que los conferenciantes famosos eran saludados con alborozo en Delfos. Tal era Licón el peripatético, que es honrado en un decreto anfictiónico*[4].

La evolución de las ISLAS GRIEGAS en el siglo III a. de J. C. es muy parecida a la de la Grecia continental. Nuestras fuentes literarias son muy escasas, mucho más que las relativas a las ciudades de la Grecia propia, y el material epigráfico y arqueológico está repartido muy desigualmente. Muy pocas ciudades de las islas del Egeo han sido excavadas sistemática y cuidadosamente. Se ha hecho buen trabajo en Delos, Tasos, Samotracia, Egina, Tenos, Rodas, Cárpatos, Creta, Chipre y algunas otras islas. Pero la mayoría de las islas griegas nunca han sido tocadas por la piqueta y sólo han sido objeto de cuidadosas investigaciones de superficie. Sobre todo, incluso donde han sido excavadas las ciudades no ha sido publicado todo el material encontrado. La

---

*1 *S. I. G.*[3], 523.
*2 *F. D.*, III, 1, 432.
*3 J. Audiat, *B. C. H.*, LVI (1932), págs. 299 y sigs.
*4 *F. D.*, III, 3, 167.

única excepción es Tera. Después la sigue Delos. Para lugares como Cos y Lindos, ni siquiera el material epigráfico ha sido publicado completo, por no hablar de lo que llamamos hallazgos menores.

Por consiguiente, tampoco aquí se puede trazar, sobre todo sin el recurso de estudios especiales, un cuadro general satisfactorio de las condiciones sociales y económicas. Casi no es necesario decir que la vida de las islas griegas estaba individualizada en tan alto grado como la del continente. Cada isla tenía su aspecto especial y mostraba un peculiar desarrollo: Delos contaba con su templo y su próspera ciudad comercial; Rodas era la gran ciudad mercantil del Egeo y un centro floreciente de agricultura y ganadería; Cos contaba con su fama de lugar de curación, su templo de Asclepio, su escuela médica y sus sederías; Eubea, con sus minas de cobre y ricos pastos y campos; Tasos, con su vino y su oro, y con sus vecinas Imbros y Samotracia; Ceos, con su *rubrica;* Paros y Naxos, con su mármol; Quíos, Samos y Lesbos eran grandes islas agrícolas y vitivinícolas: todas las islas presentan importantes problemas para su estudio particular, mientras que muy pocas ofrecen material suficiente para realizarlo.

Además, cada una de estas islas tenía sus conexiones políticas sociales y económicas propias: algunas de ellas eran dependencias de la Grecia septentrional; otras estaban estrechamente vinculadas a la Grecia central o al Peloponeso; un grupo grande e importante eran fragmentos de Asia Menor; mientras otras formaban, por así decirlo, los estribos de los distintos puentes que conectaban Grecia y Anatolia. Chipre, como parte que era del mundo oriental, ocupaba una posición peculiar, y lo mismo Creta. Las islas jónicas estaban conectadas principalmente con el mundo occidental (41).

Dadas estas circunstancias, nadie se extrañará si el siguiente resumen resulta breve, incompleto, demasiado general y particular a la vez. Aun así, comprendo, en el estudio del tema puedo haber pasado por alto algún testimonio importante, por el que se podrían elucidar algunos puntos dudosos.

Las islas del Egeo no tuvieron importancia política suficiente para llegar a ser objetivo importante de las interminables guerras de los reyes helenísticos rivales. Su atención se centró en la Grecia continental y en las grandes y prósperas ciudades de Asia Menor. Pero aunque no fueran el objetivo principal de su rivalidad, las islas del Egeo no dejaron de ser afectadas por las vicisitudes de las guerras. Durante cierto tiempo, algunas islas, miembros de

la Liga insular, gozaron de la protección de sus soberanos, los Tolomeos (Soter y Filadelfo). Tuvieron que pagar por ello con barcos y dinero y con la pérdida virtual de su libertad política. Ya he citado testimonios que muestran lo duramente que sufrieron de los piratas, especialmente de los etolios y cretenses. La época de más dura prueba fue después de la guerra cremonídica, que dio a los piratas oportunidades de llevar a cabo sus rapiñas en nombre de una u otra de las ciudades cretenses o etolias, o, en todo caso, en provecho o por instigación de uno de los beligerantes. La ordalía se repitió cuando en la segunda mitad del siglo III a. de J. C. no interesaba a nadie la policía del Egeo: los Tolomeos se habían retirado, la Liga de las Islas dejó de existir, y en consecuencia, el mar quedaba a merced de los piratas hasta que los rodios tomaron gradualmente las riendas en sus manos. Me refiero especialmente a la época de la guerra demetriaca y la de Antígono Dosón.

No es sorprendente que se mencione a menudo en las inscripciones, por escasas que éstas sean, dificultades económicas y financieras en muchas islas. A este respecto, tenemos una situación típica en Arcesine de Amorgos. Una serie de inscripciones fragmentarias*[1] muestra con qué frecuencia recurría la ciudad a los préstamos extranjeros. En muchos casos las razones del préstamo no se especifican. Sin embargo, se ha supuesto, con cierta probabilidad, que uno de los últimos préstamos (siglo II a. de J. C.) *[2] fue contraído para la redención de algunos ciudadanos capturados por piratas cretenses. Y razones parecidas pudieron haber dado ocasión para préstamos anteriores. Las causas principales del desastre económico en las ciudades griegas eran siempre las mismas: malas cosechas y escasez de alimentos, contribuciones opresoras exigidas por los beligerantes que alcanzaban la posesión de la ciudad o incursiones de piratas (42).

Ahora bien: varios préstamos fueron contraídos por Arcesine en condiciones especialmente onerosas*[3]: los préstamos fueron garantizados por personas privadas sobre la seguridad no sólo de toda la propiedad de la ciudad, sino también de todos los ciudadanos y otros residentes (es decir, los metecos), tanto si radicaban en la ciudad como si se hallaban en ultramar (ὑπερπόντια).

---

*[1] *I. G.*, XII, 7, 63-70.
*[2] Ibíd., XII, 7, 63; cf. 64.
*[3] Ibíd., XII, 7, 67 y 69; *S. I. G.*[3], 955.

Estas severas condiciones no fueron impuestas a consecuencia de la pobreza del prestatario. La tarifa de interés estipulado era baja y el crédito de la ciudad era bueno en la época del préstamo. Era la incertidumbre general —los peligros que amenazaban a la ciudad y la aprensión de revueltas interiores— lo que hizo tan exigentes a los acreedores. Y la ciudad no pudo rehusar los términos exigidos, porque los préstamos eran uno de los pocos recursos con que podía hacer frente a los gastos de emergencia en las dificultades imprevistas. La frecuencia con que tales dificultades surgían en Arcesine es característica de las condiciones de la época (43).

El caso de CEOS es instructivo en sumo grado. Dejando a un lado el estado legal político anterior de las cuatro ciudades ceanas —Cartea, Poyesa, Yulis y Coresia—, puedo mencionar el hecho interesante, conocido por los decretos de los etolios, naupactianos y ceanos*1, que hacia esta época las cuatro ciudades formaban una simpolitia. La fecha es discutida. Me inclino a aceptar la más temprana, sugerida por R. Flacelière, y asignarla aproximadamente a la misma época que los decretos etolios parecidos concernientes a Delos y Tenos, esto es, a mediados del siglo III a. de J. C. En el torbellino que entonces predominaba, las ciudades de Ceos pudieron haber formado una simpolitia (o renovado otra de fecha más temprana) con el fin de asegurarse el reconocimiento de la *asylia* e isopolitia de los más peligrosos apoyos de la piratería, etolios y naupactianos. Sin embargo, esta simpolitia se disolvió, probablemente, tan pronto como el peligro se hizo menos agudo; en todo caso, no existía en 206 antes de J. C.*2. Pero, entrada la segunda mitad del siglo, quizá en el turbulento período que siguió a la muerte de Antígono Gonatas y en el reinado de Filipo V, las ciudades de Cartea y Poyesa de un lado, y las de Yulis y Coresia de otro, entraron en estrechas relaciones, concertando cada pareja una especie de sinoicismo o simpolitia*3. Cartea y Poyesa pudieron haberlo hecho antes de 206 a. de J. C.; Yulis y Coresia, después de esta fecha. En todo caso, las razones de estas medidas han de buscarse en la inseguridad general de los tiempos y en la existencia de pobreza, deudas y discordia interna (44).

---

*1 *S. I. G.*³, 522.
*2 Ibíd., 562, 79-80.
*3 Estrabón, X, 5, 6; pág. 486.

Islas aún más grandes y ricas, como SAMOS, tenían sus dificultades y discordias. En una inscripción en honor de Bulágoras*1, los samios se quejan amargamente del mal trato que les daban los φίλοι de Antioco II, de la falta de dinero, y de una gran hambre, remediada en cierta medida por la intervención de Bulágoras.

La inseguridad de la vida y la inestabilidad económica llevaban, naturalmente, a revueltas dentro de la ciudad. Ya he llamado la atención sobre los bajos salarios corrientes en esta época y la escasez de demanda de trabajo libre; volveré sobre el tema al tratar de Delos. No es de extrañar, pues, que ocurrieran disturbios (ταραχαί), corrientes en la Grecia continental, y relativamente frecuentes también en las islas. Algo más puede añadirse, siempre en el siglo III a. de J. C. En la época de Filadelfo se menciona una ταραχή en Íos*2; fue arreglada por los enviados de Filadelfo. Otra estalló hacia la misma época en Tera*3. Durante el reinado de Antígono Dosón la situación en Amorgos era difícil (véase lo dicho sobre los préstamos contraídos por las ciudades de la isla)*4, e Íos pudo haber tenido revueltas a su vez*5.

Sin embargo, la intranquilidad parece haber sido más intermitente en las islas que en la Grecia continental y Asia Menor. En las primeras había mucho dinero en circulación, y hay abundantes indicaciones de que las clases superiores, por lo menos, disfrutaron de una cómoda prosperidad mientras los productos especiales de las islas tuvieron una gran demanda, especialmente en Egipto y Siria. Mostraré en seguida, al hablar de Rodas, que las mercancías quiotas, lesbias y tasias eran objeto de una gran demanda en Egipto durante el reinado de Filadelfo (véase página 237), que la tarifa de interés era baja, y que había aún muchas oportunidades para la emigración y provechosos negocios en el exterior (45). Todo esto, como ahora sabemos, fue pasajero, y la actividad mercantil ya estaba declinando ligeramente. En la isla de Delos, por ejemplo, la irregularidad general de precios, su caída en el período de 270-250 a. de J. C. y la subida subsiguiente, pueden considerarse como la causa de una reducción en el número

---

*1 *S. E. G.*, I, 366.

*2 *I. G.*, XII, 5, 7.

*3 F. Hiller von Gaertringen, *Hermes*, XXXVI (1901), págs. 444 y siguientes.

*4 *I. G.*, XII, 7, 221; cf. 222 y 223.

*5 Ibíd., XII, 5, 1008.

de extranjeros metidos en los negocios del templo (46). Sin embargo, hubo de pasar algún tiempo antes de que esta tendencia hacia la decadencia se agudizara. Mientras tanto, la situación era clara y las perspectivas para el futuro no eran descorazonadoras.

Esto no quiere decir que todas las clases sociales de la población fueran prósperas. La superpoblación, aliviada por la apertura del Oriente, volvió a ser una fuente de peligro, sobre todo por lo que se refiere al trabajo. Las tarifas de jornal corrientes en Delos demuestran lo míseramente que se pagaba a los obreros (47). La competencia del trabajo de los esclavos era aguda, porque las guerras y la piratería hacían que éstos fueran baratos y abundantes, incluso en las islas pequeñas, por no hablar de las más grandes (48). Hacia esta época, Egipto había absorbido todo el trabajo libre que podía emplear. Aquí tenemos la explicación de la intranquilidad social y económica en las islas, de que he dado ejemplos.

De las islas del Egeo, RODAS siguió siendo la más destacada en lo económico y en lo político. Era todavía el principal emporio del Egeo y el principal socio comercial de Egipto, especialmente en el comercio de grano. En la lucha con Demetrio, Rodas aseguró su independencia, tanto política como económica. La aseguró por segunda vez contra Filadelfo, cuando, aliada probablemente con Antioco II, derrotó a la flota egipcia a la entrada de Éfeso (fecha incierta). No puedo encontrar explicación para este hecho, excepto que Rodas luchaba por su libertad; hay que suponer que Filadelfo había mostrado una tendencia a tratar a Rodas, no como a un aliado, sino como a un vasallo, de la misma manera que había tratado a las islas de la Liga Insular, y hasta cierto punto a Delos, a la que pudo haber mostrado cierta preferencia ofensiva para Rodas (49).

Sin embargo, la batalla de Éfeso no fue más que un episodio desagradable en la historia de las relaciones entre Rodas y Alejandría. No hay recuerdo de ningún conflicto político o militar posterior entre Rodas y los Tolomeos. Por el contrario, Rodas mostró gran miramiento hacia ellos, y aunque por regla general fue parca en rendir honores y erigir estatuas a los monarcas, hizo una excepción en su favor, como se ve por muchas inscripciones y algunas esculturas (50). Parece probable que se concertara alguna forma de entendimiento entre Rodas y Egipto.

El carácter de los negocios rodios a mediados del siglo III antes de J. C. y de las relaciones comerciales que existían entre

Rodas y el imperio egipcio está ilustrado por un pequeño documento que forma parte de la correspondencia de Zenón. Trataré de esta correspondencia con mayor pormenor después, en este mismo capítulo. El documento en cuestión es una nota de hacia 258 a. de J. C. (ahora en la biblioteca Rylands) enviado por Zenón a Nicanor, ambos miembros del estado mayor o casa de Apolonio, dioceta o administrador de los asuntos económicos egipcios bajo Filadelfo. Nicanor es informado de que han llegado para él algunos regalos junto con otros enviados a Apolonio por un cierto Abdemún el Sidonio. Los regalos han sido embarcados desde Rodas por Zenón, hermano de Abdemún. Los derechos de aduana fueron pagados por Aristeo, contador de Apolonio (51).

Apolonio, que era administrador de los negocios del rey no sólo en el Egipto propio, sino también en los dominios extranjeros del rey, estaba ciertamente en relaciones activas con las provincias sirias de los Tolomeos, con poderes oficiales. Además, tenía importantes intereses privados en ellas: era propietario de un latifundio en Palestina y pudo haber tratado en mercancías sirias en Alejandría, y, en todo caso, su rica casa (οἶκος) era un gran consumidor de estos bienes, especialmente alimentos, vino y aceite de oliva (52). Naturalmente, recibía fletes regulares de mercancías sirias: mercancías del comercio caravanero como incienso, mirra y similares, y alimentos, vino y aceite de oliva. Poseemos listas de estos cargamentos en forma de cuentas de pago relacionadas con la descarga de barcos en el puerto de Alejandría: grandes tarifas aduaneras, derechos portuarios, portes, impuestos menores, etc. (53).

El embarque mencionado en la nota de Zenón a Nicanor era, sin embargo, diferente: se trataba de un regalo. Sabemos que estos regalos (ξένια) eran enviados de cuando en cuando al rey y a los miembros influyentes de su corte por personajes eminentes de los dominios extranjeros de los Tolomeos. Las dos bien conocidas cartas de Tubías, el jeque vasallo de Transjordania, a Apolonio, se refieren a un regalo de animales a Filadelfo y de esclavos a Apolonio (54). Otro regalo enviado a Apolonio por una persona desconocida, desde un lugar también desconocido, pero ciertamente de Fenicia o Siria, es descrito por Nicanor, que era, a lo que parece, uno de los principales agentes de Apolonio para sus negocios sirios*. Finalmente, un re-

* *P. S. I.*, 594.

galo del mismo carácter, enviado, según parece, a Apolonio desde la misma ciudad de Sidón por un magistrado de la ciudad, es mencionado en un memorándum no fechado, ahora en Michigan, del mismo tipo que el de la biblioteca de Rylands: «de Teódoto, arconte de Sidón: de miel ática, una jarra; de mirra rosa...»*. Es una lástima que no conozcamos de qué clase de cosas constaba el regalo de Abdemún. Pudieron haber sido semejantes a las enviadas por el magistrado sidonio.

Dado que Abdemún enviaba regalos a una persona de tan elevada posición como Apolonio, es natural suponer que él mismo era hombre rico e influyente. Como tenía un hermano en Rodas que cuidaba de sus fletes y probablemente de sus negocios en general, podemos concluir que Abdemún tenía allí importantes intereses. Finalmente, como era sidonio, es altamente probable que fuera uno de los mercaderes fenicios que desde tiempo inmemorial expedían mercancías desde Arabia y la misma Fenicia a Egipto, Grecia, Italia, norte de África y España, haciendo uso de Rodas en sus transacciones con el Norte y Occidente, lo mismo como puerto expedidor que como banco. Era, pues, natural para un sidonio estar en estrecha relación comercial con Alejandría y Rodas. Sin embargo, es interesante ver que un embarque para Alejandría va primero a Rodas, aunque era mucho más breve y conveniente enviarlo a lo largo de las costas fenicias y palestinas a Gaza, Pelusio y Alejandría. El hecho muestra que para Abdemún y los mercaderes sidonios en general, Rodas y no Alejandría era el gran centro, la casa de cambio. Aquí residían los agentes de las grandes casas comerciales de Sidón, Tiro, Árados, etc. Aquí recibían pedidos de mercancías fenicias y los hacían de mercancías griegas. Aquí encontraban los barcos fenicios con sus variados cargamentos, los descargaban si era preciso y distribuían las mercancías entre los distintos cargueros dispuestos para zarpar con rumbo a Alejandría, Atenas, Mileto, Cícico o Italia, y despachaban a los puertos fenicios otros cargamentos que venían a Rodas de todas las partes del mundo. Es posible que los regalos de Apolonio fueran enviados desde Sidón, pero no me sorprendería que algunos de ellos fueran sacados por Zenón, hermano de Abdemún, de los almacenes del último en Rodas. Sabemos que en Delos, que en cierta manera heredó

---

* *P. Mich. Zen.*, 3: παρὰ Θεοδότου | τοῦ ἐκ Σιδῶνος ἄρχοντος | μέλιτ[ο]ς Ἀττικοῦ | στάμνος α' | μύ[ρο]υ ῥοδίνου . . .

a Rodas en su papel de casa de cambio, los mercaderes y armadores (ἔμποροι y ναύκληροι) eran al mismo tiempo propietarios de almacenes o depósitos (ἐγδοχεῖς).

El pequeño documento que hemos analizado nos da, pues, una viva pintura de Rodas como casa de cambio para el comercio fenicio y egipcio. Este cuadro puede ampliarse si examinamos alguna de las listas (citadas anteriormente) de los fletes enviados a Apolonio desde Siria. La más extensa describe un embarque que se dice haber venido de allí. Sin embargo, contiene no sólo mercancías «sirias», sino también mercancías de Cilicia, Licia, Caria y Rodas, por un lado, y de Quíos, Tasos, Samos, Lesbos, Atenas y el Ponto, por otro. Parece como si los barcos que traían todas estas mercancías a Alejandría, suponiendo que fueran los mismos que habían zarpado de Fenicia, no singlaran hacia el Sur directamente a Alejandría, sino que se movieran a lo largo de la costa hacia el Norte, arribando a los puertos de la Cilicia y Licia, tomando más cargamento y llegando a Rodas, donde embarcaban más envíos. Éstos los recibían de los agentes de Apolonio en Rodas, que compraban allí vino de Tasos y Quíos, «tierra» samia, miel de Teángela, nueces del Ponto, aceite de oliva milesio y samio, y añadían a esto productos rodios: miel, higos secos, quizá coles, etc. (55).

Rodas sacó gran provecho del cambio de situación política que resultó de la decadencia del poderío tolemaico en el Egeo y el consiguiente establecimiento en este mar de la preponderancia, por lo menos parcial, de Antígono, que se reflejó en las inscripciones de Delos. Antígono Gonatas, en la medida de nuestros conocimientos, nunca se esforzó en atraer a Rodas a su órbita política. Por el contrario, parece como si Antígono, después del repliegue parcial de Filadelfo del Egeo, no hiciera ningún intento serio por recoger la herencia de los Tolomeos y ejercer un dominio comercial en el mar. Nuestro escaso material muestra que descuidó su propia marina y tácitamente permitió a los rodios poseer el dominio del mar o compartirlo con los Tolomeos, con todas las consecuencias que esto implicaba, en particular la obligación de perseguir la piratería. En el Egeo, Rodas mantuvo «la libertad de los mares», lo que significaba que no había privilegios para nadie, la mayor seguridad posible en la navegación, un mínimo de impuestos y derechos, y el reconocimiento de ciertos principios legales generales para gobierno del comercio marítimo. Rodas trató de mantener estos principios mediante un entendi-

miento común entre todas las ciudades que tomaban parte activa en el comercio ultramarino, y pronto adquirió la reputación de ser «el protector de los que siguen el mar» (προεστάναι τῶν κατὰ θάλατταν)*[1]. El comercio de Rodas, aunque ya muy importante en el pasado, se desarrolló rápidamente, como vemos por la distribución de las asas estampilladas de las ánforas rodias en distintos centros de la vida griega. Más adelante trataré con más pormenor de este tema y de la fecha de estas ánforas. Otros nuevos testimonios los debemos a la rápida expansión de las acuñaciones reguladas introducidas por Rodas poco después del sinoicismo y adoptadas no sólo por la mayoría de las islas del Egeo y muchas ciudades de Asia Menor, sino también por ciudades del Helesponto y de la Propóntide y en Tracia; asimismo debemos los nuevos testimonios a la extensión de las alianzas de Rodas, especialmente con las islas del Egeo, como, por ejemplo, Íos*[2].

En interés por su comercio, Rodas hacía uso de su fuerte marina permanente para combatir la piratería en el Egeo, y lo hacía con éxito. Ya a mediados del siglo III a. de J. C. actuó de protectora de las islas (véase nota 59 de este capítulo), y después, de cuando en cuando, despliega una enérgica acción contra Demetrio de Faros (220 a. de J. C.), el pirata rey bien conocido, y contra los cretenses*[3]. La importancia de Rodas como centro comercial y su popularidad entre las potencias comerciales rectoras de la época está vivamente ilustrada por las cuentas de Polibio (véanse págs. 82 y sigs.), sacadas de fuentes oficiales, de la ayuda prestada a Rodas después del famoso temblor de tierra de 226 ó 227 a. de J. C. La asistencia vino de Sicilia, de Tolomeo Evérgetes, de Antígono Dosón y Criseida su mujer, de Seleuco Calínico, de Prusias de Bitinia, de Mitrídates del Ponto y de algunos tiranos menores de Asia Menor. No hay duda de que no fue por pura caridad por lo que estos potentados se mostraron tan pródigos en sus regalos, ni solamente por admiración a la grandeza de Rodas, sino, en un gran tanto por ciento, por el deseo de remediar a un Estado que actuaba como una agencia conveniente para una venta provechosa de sus productos.

---

*[1] Polibio, IV, 47, 1.

*[2] *I. G.*, XII, 5, 8 = 1009.

*[3] Polibio, IV, 19, 8; Diodoro, XXVII, 3.

Mientras el curso general del desarrollo de Rodas puede, a pesar de lo inadecuado de nuestra información, trazarse con más o menos certeza, la ascensión de DELOS hasta ser un factor importante en el comercio egeo no es tan fácil de seguir. Los textos literarios son casi enteramente silenciosos y el material epigráfico, aunque abundante, no es fácil de interpretar (56).

La situación de Delos era particularísima. Una isla pequeña e insignificante, casi desprovista de tierra fértil que carecía de un puerto natural bien protegido, consiguió ser en época muy temprana la sede de uno de los templos más importantes del mundo griego —el de Apolo Delio— y el centro de una federación religiosa importante. El *panegyris* de Delos atraía grandes multitudes de peregrinos; el tesoro del dios se llenaba rápidamente con las costosas ofrendas de los ricos y con las modestas de los pobres, y el templo acumuló gradualmente un capital relativamente grande en oro y plata y moneda acuñada, por no hablar de la tierra y casas que poseía dentro y alrededor de la ciudad en crecimiento. El tesoro del templo evolucionó pronto, transformándose en un banco. Como otros ricos templos, el de Apolo prestó dinero a interés, y la santidad del lugar garantizaba la seguridad de los depósitos.

Sin embargo, mientras la ciudad fue vasalla o casi vasalla de Atenas no pudo alcanzar un desarrollo económico considerable. La situación cambió cuando en 315-314 a. de J. C. recobró su independencia completa. Por supuesto, esta independencia era sólo nominal, porque el prestigio de Apolo era demasiado grande para que Delos fuera olvidada por los gobernantes de la época. Así, Antígono y Demetrio la hicieron probablemente el centro de la Liga de las Islas, y los Tolomeos, sucesores de Antígono y Demetrio en el Egeo, se cuidaron de mantener las mejores relaciones con la isla sagrada. Filadelfo en particular demostró la más alta consideración por ella, y repetidas veces envió valiosos regalos al santuario. Bajo la protección de Antígono, Demetrio, Soter y Filadelfo, y quizá no sin su estímulo, Delos desarrolló su tradicional actividad bancaria. Las cuentas de los *hieropoioi* mencionan varios préstamos a distintas ciudades, hechos por medio de la ciudad de Delos como intermediaria. Filadelfo se interesó vivamente por esta actividad. Incidentalmente, tenemos noticia de cómo en 280 a. de J. C., con la ayuda de Filocles, rey de los sidonios y almirante de Tolomeo Soter y Filadelfo, Delos recogió de la Liga de las Islas dinero que le

había prestado*. Se ha sugerido que el dinero había sido prestado por Delos bajo la presión de Demetrio, con el fin de pagar la contribución por él impuesta a las islas griegas. El préstamo no fue devuelto a tiempo, y Filadelfo ayudó a Delos a recaudarlo con el fin de permitirle *ayudarle* en la colación de este tributo de las islas (57). El gran interés tomado por Filadelfo, tal como se revela en esta fuente, puede sugerir, aunque no se trate más que de una conjetura, que fue él quien, de acuerdo con Rodas, hizo de la isla una especie de sucursal de banca para el comercio de Egipto, especialmente con la parte norte del Egeo. Esto explicaría las estrechas relaciones comerciales entre Delos y Rodas en la última parte del siglo IV y primera del III, y de nuevo en la segunda mitad del III a. de J. C., y también las relaciones posteriores de Delos con los reyes macedonios (58).

Después del colapso de la Liga de las Islas, Delos desarrolló relaciones cada vez más estrechas con Macedonia. El papel de Filadelfo, y durante algún tiempo el de Evérgetes, fue ahora desempeñado por Gonatas y sus sucesores. No contento con mostrar su gran respeto por Delos y el dios delio, parece que Antígono desarrolló además las actividades comerciales de la isla favoreciendo su comercio de grano y haciéndola depósito para el comercio macedónico en madera, pez, brea y quizá plata. De otro modo sería difícil dar razón de las abundantes inscripciones que hablan de honores otorgados por Delos a los macedonios y de dos interesantes documentos, uno que se refiere a la compra de grano en Delos por Demetrio II de Macedonia a través de su agente, y otro a una compra similar hecha hacia la misma época por un *sitones* de Histiea, ciudad vasalla de Macedonia. Debe advertirse que la segunda compra se hizo con dinero adelantado por un banquero rodio, probablemente residente en Delos. Debemos recordar que las relaciones entre Rodas y Macedonia siguieron siendo cordiales hasta los primeros años de Filipo V (59).

Si de hecho Delos fue constituida por Rodas y los reyes macedonios en casa de cambio importante para el comercio egeo, es fácil de entender por qué el rey bosforano Perisades II, el gran tratante de grano que estaba en estrechas relaciones comerciales y diplomáticas con Filadelfo en 254 ó 253 a. de J. C., aparece en Delos como donante en 250 a. de J. C. de una fiala

---

* *S. I. G.*[3], 391; Durrbach, *Choix*, 18.

al lado de Antígono Gonatas y Estratonice. Hacia la misma época encontramos entre los próxenos de Delos un quersonesio y dos panticapeos (60).

Finalmente, es de no poco interés observar cuán duraderas fueron las estrechas relaciones entre Delos de una parte y Cícico, Lámpsaco, Abidos, Bizancio y Calcedonia, por no hablar de Olbia y Panticapeo, por la otra (61). También es digno de mención el regalo de grano hecho en una fecha posterior a Delos por el rey númida Masinisa*.

En vista de todo ello, es altamente probable que, por los esfuerzos conjuntos de Rodas, Filadelfo, Antígono Gonatas y sus sucesores, Delos a principios del siglo III a. de J. C., además de ser la sede de un famoso santuario, se transformase también en un centro importante del comercio egeo, papel que conservó y desarrolló posteriormente.

Sabemos muy poco de la actividad comercial de Delos. Es muy probable que gran parte del comercio y de la banca estuviera en manos de extranjeros mientras los mismos delios tenían escasa participación en ellas (62). El volumen del comercio delio a principios del siglo III a. de J. C., cuando justamente estaba empezando a desarrollarse, puede calcularse por la renta que la ciudad sacaba de los derechos de aduana o del impuesto de importación y exportación del 2 por 100 (πεντηκοστή). En 279 antes de J. C. subió a 14.910 dracmas (incluyendo los impuestos sobre las ventas de los labradores sujetos a tributación), y en 278, a 18.800. Si de la última suma deducimos los impuestos sobre las ventas *(eponion)*, queda como producto de las aduanas 17.900 dracmas. Esta suma implica un comercio que alcanza un poco por debajo del millón de dracmas, comienzo verdaderamente modesto si lo comparamos con el desarrollo posterior (véanse capítulos V y VI) (63).

Pero si nuestro conocimiento del comercio delio es escaso, sabemos más de los negocios del templo. Es oportuno decir unas cuantas palabras sobre ellos, porque la economía del templo de Delos es típica de lo que predominaba en este período en otros templos que estaban en estrecha conexión con una ciudad. Nuestra información referente a Delos se deriva de las cuentas anuales de unos magistrados especiales, los *hieropoioi*, encargados del tesoro estatal durante el período de independencia. Estas cuentas

---

* *Inscr. de Délos*, 442, A, 100-106.

se guardaban cuidadosamente y se publicaron desde finales del siglo IV hasta el 166 a. de J. C., cuando Delos se transformó en una cleruquía ateniense y cambió el carácter de las cuentas publicadas. Algunas de las estelas en que estas cuentas están grabadas se conservan casi completas; de otras quedan sólo fragmentos.

El capital y los ingresos del templo eran relativamente modestos. El total de su propiedad, incluyendo los edificios sagrados, la ha estimado Homolle, hacia 279 a. de J. C., sobre los cinco millones y medio de dracmas, de los que cinco millones representan el valor de los edificios y 300.000 el de los objetos de culto y ofrendas. Por consiguiente, la parte que producía ingresos podía sumar alrededor de las 200.000 dracmas. Sólo un cuarto aproximadamente de esto (50.000 dracmas) quedaba disponible, como capital flotante, para gastos y préstamos, y el resto representaba el valor de la tierra y casas que se alquilaban y producían un ingreso anual. Más tarde, en la primera mitad del siglo II antes de J. C., los cálculos se hacen más difíciles por el cambio de sistema de cuentas. Los eruditos que han estudiado cuidadosamente estas cuentas han llegado a la conclusión de que los ingresos no eran menores que hacia 275 a. de J. C. y aun posiblemente fueran algo mayores, pero había menos fondos líquidos. Además de los edificios sagrados, la propiedad del templo consistía en granjas y jardines en Delos, Renea y Micono; en casas en la ciudad, en objetos consagrados a los dioses y diosas, la mayor parte vajilla de oro y plata, pero también otros objetos (de éstos se publicaba y guardaba cada año un cuidadoso inventario con las cuentas), y en fundaciones y regalos hechos al templo por muchos donantes coronados y no coronados, para sacrificios, juegos, etc.

El ingreso regular se sacaba de la tierra y casas alquiladas por rentas en dinero, de las sumas prestadas a particulares y a ciudades (entre ellas la ciudad de Delos) a una tarifa relativamente baja, de los pequeños regalos en las cajas de colecta del templo (θησαυροί), (64) y de algunas otras fuentes menores. Las granjas y casas eran alquiladas, las primeras por diez años y las últimas por cinco, a personas particulares. En los últimos tiempos se extendía un contrato modelo (ἱερὰ συγγραφή) para regular la renta de la propiedad real. El dinero prestado salía la mayor parte de las veces de regalos y fundaciones. Los préstamos se hacían sobre seguro. La ciudad de Delos, por ejemplo, empeñó los ingresos de ciertos impuestos de la ciudad.

Los ingresos del templo costeaban sus gastos anuales. Esto comprendía la construcción de nuevos edificios y el mantenimiento de los antiguos, la compra de materiales diferentes (por ejemplo, papiro para las cuentas), jornales y salarios para los empleados, y sacrificios y otras ceremonias rituales, especialmente los distintos *agones* (esto último implicaba el alquiler de numerosos artistas: actores, músicos, cantores, etc.) (65).

Mientras el presupuesto del templo es relativamente bien conocido, apenas tenemos información respecto al de la ciudad. No obstante, podemos obtener alguna idea de los ingresos de la ciudad por el carácter de los impuestos recogidos por ella con ayuda de los recaudadores. Encontramos entre ellos los derechos de aduana, anteriormente mencionados, sobre las importaciones y exportaciones (2 por 100), un impuesto sobre los metecos (10 por 100 del alquiler de sus casas), derechos de pesca, 10 por 100 de las cosechas o del precio de trigo importado, y un impuesto sobre las ventas (ἐπώνιον). Como otras ciudades griegas, Delos carecía de un presupuesto bien organizado y tenía que recurrir constantemente a préstamos del templo (66).

Los gastos de la ciudad eran los mismos que los de otras ciudades griegas. En una ciudad como Delos, que apenas producía grano ni otros alimentos, los magistrados atribuían gran importancia a la organización del abastecimiento de víveres. No tenemos información sobre esta rama de la economía municipal en el siglo III a. de J. C., pero podemos formarnos una idea de su importancia por las cuentas de los compradores de grano (σιτῶναι) de principios del siglo II a. de J. C. que administraban un fondo municipal especial, apartado para este propósito (σιτωνικόν). Las fuentes a nuestra disposición demuestran que el fondo era administrado con gran habilidad y contribuía a estabilizar el precio del grano, con escasas fluctuaciones, aunque relativamente alto, a principios del siglo II a. de J. C. Es probable que en el siglo III a. de J. C. se tomaran medidas parecidas para salvaguardar un abastecimiento regular de trigo a la población (67).

Las cuentas de los *hieropoioi* son una mina de información no sólo para el tono general de la vida en un templo próspero y en una ciudad que gradualmente se va haciendo un centro importante de comercio, sino también para conocer los precios de diferentes artículos, así como los jornales y salarios. Ya me he referido más de una vez a estos datos. Uno de sus resultados

más interesantes es la gran inestabilidad de precios que revelan. Se observan amplias fluctuaciones desde alrededor de 310 hasta hacia 270 a. de J. C. Los precios se estabilizan algo entre 270 y 250 a. de J. C., pero las fluctuaciones son aún frecuentes. La tendencia general de los precios en el primer período es ascendente. Bajan gradualmente desde 270 a 250. Desde hacia 250 ó 246 a. de J. C. la subida se renueva y continúa hasta el final del siglo III a. de J. C.

Dado que Delos era un centro de comercio estrechamente relacionado con Rodas y Alejandría, podemos inferir sin temor a equivocarnos que las fluctuaciones de precios en Delos reflejan el movimiento de los mismos en toda Grecia. Pero dudo en sacar conclusiones de largo alcance de las curvas de precios de Delos, tomando como base datos estadísticos que distan mucho de ser completos. Sabemos muy poco de la historia general del mundo egeo en el siglo III a. de J. C., y más concretamente de la historia de Delos, para poder determinar las causas de las fluctuaciones. Sin embargo, parece razonable atribuir la estabilización gradual y la baja de precios entre 270 y 250 a. de J. C. a la hegemonía tolemaica en el Egeo. Con la caída de esta hegemonía hubo una recurrencia de las revueltas, y los precios empezaron a subir. Es igualmente razonable inferir durante el período 270-250 antes de J. C. una cierta correspondencia entre los precios en Egipto y en el Egeo, particularmente en lo que respecta al grano y al papiro. Quizá podamos ver una cierta relación entre los precios de la pez, brea y madera y las vicisitudes de los reyes macedonios. No me atrevo a pasar de aquí.

Sin embargo, de los datos delios puede deducirse sin temor un punto: la tarifa excesivamente baja de los jornales, tanto para el trabajo cualificado como para el no cualificado; sigue siendo bajo, y constantemente baja más, a despecho de las fluctuaciones de precios (68).

De los testimonios reunidos en las páginas precedentes podemos inferir que a principios y a finales del siglo III a. de J. C. era Delos una ciudad pequeña, pero próspera, en rápido crecimiento y que continuamente atraía un número creciente de extranjeros de todas las partes del mundo griego. El santuario se beneficiaba de los regalos de los donantes coronados, que rivalizaban entre sí en demostrar su respeto por el dios, tratando de hacer patente por sus regalos y fundaciones su riqueza y su importancia en la vida política del Egeo. Sabemos menos

sobre el aspecto de la ciudad. Sus ruinas, tal como fueron dejadas desnudas por los arqueólogos franceses, nos dan una buena idea de la ciudad tal como era en el siglo II a. de J. C., pero se encontró muy poco que ayude a reconstruirla en los primeros momentos de su desarrollo (69).

Rodas y Delos fueron comunidades excepcionales, no típicas de las islas del Egeo. En Rodas la vida se concentraba en la capital y dependía del comercio y de la banca, mientras que la agricultura desempeñaba un papel secundario, excepto en cuanto producía vino, probablemente la principal exportación rodia. En Delos el templo y el puerto eran los únicos factores en la vida económica y social, mientras la χώρα o elemento rural era prácticamente inexistente.

Las condiciones en COS, mejor conocidas que en otra isla cualquiera del Egeo, son más típicas, especialmente para el período que estudiamos. Tenemos obras literarias que describen varios aspectos de la vida de Cos (los mimos de Teócrito y especialmente los de Herondas), tenemos algún conocimiento de los avances científicos de la escuela médica de Cos, y poseemos gran número de inscripciones, algunas de ellas recogidas de la superficie y admirablemente publicadas por Paton, otras descubiertas en excavaciones sistemáticas del asclepión por R. Herzog y el Servicio Italiano de Antigüedades, y otras, en fin, descubiertas en diversas partes de la isla por los arqueólogos italianos. Finalmente, tenemos las interesantes ruinas del asclepión, cuidadosamente excavado y bien descrito. Sin embargo, es de lamentar que no todo el material epigráfico encontrado por Herzog y el Servicio Italiano ha sido publicado, aunque todos los documentos de importancia han sido dados a conocer de un modo u otro (70).

Cos es una de las mayores islas del Egeo; con una superficie de 286 kilómetros cuadrados, sólo es inferior en tamaño a Rodas y Cárpatos, entre las islas del Dodecaneso. Su historia primitiva es poco conocida y no nos interesa ahora. Su gran época comienza con el sinoicismo de 366 a. de J. C., una medida que aparece frecuentemente en la historia de las ciudades griegas en el siglo IV a. de J. C., más tarde adoptada y aplicada en gran escala por los diádocos.

Sin embargo, no fue hasta la época de Alejandro cuando Cos, libre de la dominación de los tiranos carios, alcanzó el cenit de su prosperidad. Su estrecha relación con Rodas, su situación

(véase más adelante), su excelente clima, y su vecindad con Alejandría la hicieron, después de un período de dependencia de Antígono y Demetrio, una de las privilegiadas ciudades amigas y aliadas de Soter y Filadelfo, quienes, como los miembros de su círculo artístico e intelectual, a menudo pasaron sus vacaciones de verano en esta isla afortunada, como actualmente los ricos ciudadanos de Alejandría y El Cairo gustan de retirarse a Rodas en verano. Es digno de mención que Filadelfo había nacido en Cos durante la larga estancia de Soter y Berenice en la isla.

No tenemos información sobre la historia de Cos en los momentos críticos de mediados del siglo III a. de J. C. Siendo hasta cierto punto una dependencia política y económica de Rodas, Cos siguió probablemente las directrices políticas de aquélla y tomó partido durante algún tiempo por Antioco II contra los Tolomeos. Pero esta conexión con Alejandría y la dependencia de ella fueron restablecidas pronto. Hacia 240 a. de J. C. Cos envió embajadas a los principales gobernantes de aquel momento, especialmente aquellos con quienes estaba en estrechas relaciones (conocemos estas embajadas a Evérgetes I, a Seleuco Calínico y a Ziaelas de Bitinia) para pedir el reconocimiento de la *asylia* de su asclepión. Ziaelas destaca en su respuesta las estrechas relaciones entre Cos y Evérgetes: «y porque el rey Tolomeo, nuestro amigo y aliado, está bien dispuesto hacia vosotros»*.

Más tarde, después del colapso casi completo del imperio tolemaico en el Egeo, Cos cayó definitivamente en la órbita de Rodas, transformándose en el fiel y eficiente aliado de ésta, capaz de ayudarla de distintas maneras, especialmente con su bien organizada flota, que actuaba como fuerza auxiliar de la de Rodas. En el próximo capítulo volveré sobre este período de la historia de Cos, que no fue muy feliz para la isla.

Por su situación geográfica, opuesta a Halicarnaso y Cnido a la entrada del golfo Cerámico, y por su posesión de un buen puerto, Cos estaba vinculada naturalmente con Rodas por un lado y con los Tolomeos por otro, porque ambos tenían importantes intereses políticos y económicos en Caria y deseaban

---

* *S. I. G.*[3], 456; Welles, *R. C.*, 25, líns. 22 y sigs.: καὶ διὰ τὸ | τὸμ βασιλέα Πτολεμαῖον | οἰκείως διακεῖσθαι τὰ πρὸς ὑμᾶς | ὄντα ἡμέτερον φίλον καὶ σύμ | μαχον.

tener un seguro puerto de arribada para sus navíos en sus viajes hacia el Norte. Cos encontró en esta vinculación una excelente oportunidad de transformarse en ciudad comercial y de encontrar mercados para sus productos agrícolas e industriales: vino de Cos, que pudo haber suplantado los vinos de Rodas y Cnido, y las sedas de Cos.

Pero Cos era principalmente una comunidad agrícola o grupo de comunidades. Su suelo era fértil. Como las otras islas mayores del Egeo, trataba de cultivar suficiente cantidad de trigo y cebada para su población. Su vino tenía buena reputación. Producía madera en cantidad probablemente suficiente para las necesidades de la isla. Como otras muchas islas del Egeo, obtenía considerables ingresos de sus pesquerías. También como otras muchas islas del Egeo, Cos tenía una industria especial propia, que fue famosa por toda Grecia e Italia. Me refiero a la industria de la seda, que no floreció en ninguna otra parte del Egeo. El lector no necesita que se le recuerde la reputación que tuvieron en Roma las *vestes coae* durante mucho tiempo.

La vida social y económica de Cos está bien ilustrada por una inscripción del siglo II a. de J. C., cuando la isla estaba bajo la influencia rodia*. La inscripción es fragmentaria y su carácter no es completamente claro; pero la comparación con textos parecidos ofrece cierta probabilidad de que el documento fuese una especie de νόμος ὠνῆς, municipal, un conjunto de regulaciones respecto a la venta de ciertos sacerdocios de la ciudad. Como el principal ingreso de los sacerdotes provenía de los sacrificios, algunos de éstos eran obligatorios para grupos particulares de habitantes que tomaban parte activa en la vida económica de la ciudad, integra este documento una lista de sacrificios obligatorios. En la lista figuran dos grupos. En el primero están incluidos todos aquellos que de una forma u otra se relacionan con los muelles y la marina de la ciudad, es decir, el gremio de obreros o contratistas portuarios, constructores de remos (κωποξύσται) y obreros de los muelles (νεωλκοί) por un lado, y por otro el personal de marina, desde el almirante (ναύαρχος) hasta los simples marineros (ὑπηρέται τᾶν μακρᾶν ναῶν). La segunda lista la componen los contratistas de la recaudación de ciertos impuestos. En ningún caso la lista es completa: faltan el comienzo del primer grupo y el final del segundo.

---

* *S. I. G.*[3], 1000.

El texto refleja evidentemente las condiciones que predominaron en Cos durante el período rodio. Ciertos hechos se explican por la fecha del documento: la preeminencia de la marina y los muelles —los barcos y los muelles pesaban mucho en la vida de Rodas— y quizá la multitud de impuestos pequeños y opresores, que pueden haber sido el resultado de la presión de Rodas sobre sus aliados. Sin embargo, en lo principal, la lista de impuestos se remonta al período tolemaico. Unos impuestos diversificados y opresores no eran una novedad en el sistema fiscal de las ciudades griegas.

La lista de impuestos de Cos es altamente iluminadora y única en su amplitud, aunque ciertamente no completa, como se verá más adelante. Está compuesta —por lo menos desde nuestro punto de vista— de una manera desordenada, probablemente de acuerdo con los archivos oficiales a disposición del compilador del texto. La interpretación de algunos de los impuestos es oscura y sujeta a controversia, pero en su mayor parte podemos clasificarlos como sigue.

Para empezar, es curioso notar que la lista no incluye ningún impuesto pagadero por productores, como, por ejemplo, impuestos sobre la tierra arable, viñas, huertos, ganado, canteras, ni por conceptos industriales. No se deduce necesariamente que estos impuestos no existieran en Cos. Pudieron haber figurado en la parte perdida del texto, o puede ocurrir que no estuvieran arrendados, o que los arrendatarios de estos impuestos no estuvieran sujetos a sacrificios obligatorios. Pero debe tenerse en cuenta que esta ausencia de impuestos directos estaba de acuerdo con las tradiciones firmemente establecidas de la mayor parte de las ciudades griegas.

El único impuesto mencionado que pudo haber sido establecido sobre la producción es el que grava la τετράποδα (ganado); pero éste pudo haber sido un impuesto sobre las bestias de carga. Por otra parte, los tres impuestos recogidos por los recaudadores en la dependencia o *demo* de Cos, la isla de Calimna, son todos de este carácter («en Calimna sobre las viñas, yuntas de animales de tiro, y lana»*) (71).

El resto de los impuestos de Cos puede clasificarse como sigue: 1.º Tasas pagadas por los mercaderes minoristas: sobre distintos alimentos (trigo, cebada, judías, pan, pescado salado, car-

---

* Línea 9: ἐν Καλύμναις οἴνου ἐξ οἰ[ν]οπέδων, ζευγέων, ἐρίων.

ne fresca, una clase especial de vino de Cos), sobre materias primas de la industria doméstica (lana) y para consumo doméstico (madera), sobre materias litúrgicas (incienso). 2.º Impuestos profesionales y personales: sobre prostitutas (ἑταῖραι), esclavos en las viñas (ἀμπελοστατεύντες), esclavas de particulares γυναικεῖα σώματα), y finalmente el impuesto médico (ἰατρικόν), que fue probablemente un impuesto personal pagado por los habitantes de Cos para el mantenimiento de un servicio sanitario público (difícilmente un impuesto pagado por los doctores); podemos añadir la ἐνοίκια, un impuesto sobre el alquiler de las casas, probablemente pagado por los metecos residentes en Cos. 3.º Pagos por el uso de las «torres de observación» (σκοπαί) públicas y privadas relacionadas con las pesquerías. Los recaudadores de impuestos probablemente recaudaban los derechos pagados por los pescadores por el uso de estas torres. 4.º Derechos de los contratistas que arrendaban los ingresos de algunos templos (72).

El texto analizado y algunas otras inscripciones de Cos representan una especie de excelente sección vertical de la comunidad de Cos. Aparte de los distinguidos visitantes extranjeros, inválidos que venían al asclepión en busca de salud, y el grupo exclusivo de doctores de la escuela hipocrática vinculada al asclepión, la clase superior constaba de terratenientes, ricos o acomodados, la aristocracia ciudadana de la que salían los magistrados y sacerdotes. Se les menciona en varias inscripciones y son productores de alimentos registrados en las listas de impuestos. Con ellas podemos clasificar estos habitantes de Cos como campesinos que vivían en aldeas y granjas (κῶμαι y χωρία), cultivando con sus propias manos o con ayuda de unos cuantos esclavos la tierra de su propiedad o arrendada. Pero el número de estos αὐτουργο fue disminuyendo gradualmente en toda Grecia. Las listas de impuestos muestran que, paralelamente a los campos de trigo, cebada y judías, las viñas desempeñaban un importante papel en la economía de la isla. Ésta parece haber sido cultivada principalmente por esclavos. También eran los labradores —ricos, acomodados o pobres— quienes producían la lana y poseían los bosques que daban la madera y el carbón vegetal (73). Próximos en importancia a los terratenientes fuera de la ciudad eran los pescadores que abastecían de pescado fresco el mercado de Cos.

Varias industrias, especialmente la de la seda, florecían en la ciudad, en las casas particulares o en talleres grandes y chicos.

Puede pensarse que las γυναικεῖα σώματα mencionadas en la lista de impuestos eran esclavas ocupadas en la producción de telas de seda: sabemos que las esclavas eran empleadas para fines parecidos en Pérgamo y Egipto.

Comerciantes por menor, κάπηλοι y μετάβολοι, eran numerosos en la ciudad y probablemente en los pueblos. Figuran preponderantemente en las listas de impuestos.

Dominando sobre todos éstos —productores, tenderos, consumidores— estaba la voraz multitud de recaudadores de impuestos, τελῶναι, uno de los rasgos más peculiares de la vida ciudadana griega. Eran profundamente odiados y temidos por todas las clases sociales, porque ni siquiera la intimidad del hogar era sagrada para ellos: «Toda puerta tiembla ahora ante los recaudadores de impuestos»*, dice una respetable señora de Cos (Herondas, mimo VI, lín. 64).

Frecuentemente encontramos miembros de estas diferentes clases sociales en los cuadros satíricos de Herondas y Teócrito. Frasidemo y Antígones, propietarios de una heredad en Cos y huéspedes de la tertulia literaria de Teócrito en Talisias (Teócrito, VII) representan el más alto estrato de la población urbana de la isla. Probablemente a la misma clase pertenece Bitina, la celosa señora que poseía el esclavo amante Gastrón (Herondas, mimo V), y ciertamente el alto aristócrata Grilo, hijo de Matacine, hija de Patecio, ganador de premios en los juegos délficos, corintios y olímpicos, pretendiente de la pobre y abandonada Metrique y cliente del viejo Gilo (Herondas, mimo I).

Un escalón más abajo están los pequeños burgueses de Cos. Herondas nos presenta algunas de sus mujeres: Metrotime, la madre del perverso muchacho Cotalo (Herondas, mimo III), y Cocale y Cino, los dos visitantes del templo de Asclepio (Herondas, mimo IV). Las clases intelectuales están representadas por el maestro de escuela Lamprisco (Herondas, mimo III) y por los doctores encargados del servicio sanitario de la ciudad y del campo.

Debajo de esta sociedad respetable de ciudadanos de Cos están los metecos. Bátaro, el portero fenicio del burdel, es un tipo de esta clase: arrogante, seguro de sí mismo, desvergonzado y al mismo tiempo humilde meteco, que conoce su puesto en la comunidad cuando está ante los jueces de Cos (Herondas, mimo II,

---

* τελώνας πᾶσα νῦν θύρη φρίσσει.

especialmente lín. 29: «sabiendo como sé vivir con miedo del último ciudadano»*1).

Con Bátaro abandonamos los barrios residenciales de la ciudad y los distritos rurales. Llegamos al puerto con todo su ruido y basura. Aquí Tales el frigio, antiguamente Artimes, un rico importador de grano de Tolemaida-Ace, que ha salvado a Cos del hambre, se encuentra con Bátaro el tirio y seguramente con sus jóvenes esclavas importadas. De aquí Mandris, amante de Metrique, zarpó para Alejandría con su cargamento. Aquí está amarrada la flota y vemos al κωποξύσται y al νεωλκοί de la lista de impuestos y al ναυτικὸς ὄχλος yendo a sus negocios.

En el último peldaño de la escala están los cientos de esclavos que trabajan en los muelles y en el puerto, en los campos y viñedos y en las tiendas y casas. Herondas tiene hacia ellos una silenciosa simpatía. Difícilmente podremos decir lo mismo de su actitud hacia las clases altas. El lector de Herondas y de las inscripciones de Cos no puede resistir la impresión de que la población esclava de esta isla era numerosa y no se empleaba solamente para el servicio doméstico.

Cos puede ciertamente ser considerada como una isla típica del Egeo. Semejantes a ella, aunque más ricas, eran las grandes islas de Quíos, Lesbos y Samos. De éstas, QUÍOS tenía la reputación de ser la más rica del Egeo en los siglos V y IV a. de J. C. en lo que se refiere a recursos naturales y comercio*2. Nunca ha sido explorada sistemáticamente ni excavada ninguna de sus ciudades. Sin embargo, en su superficie ha sido hallado un gran número de inscripciones pertenecientes a la época helenística. Esto sugiere que Quíos era opulenta y tenía extensas relaciones comerciales. Si la señorita Vanseveren (señora L. Robert) tiene razón al pensar que tres listas fragmentarias de nombres con *ethnica* que han sido encontrados en la isla son listas de próxenos, y no de mercenarios, podemos inferir de ellos que había estrechas relaciones (probablemente comerciales) entre Quíos y muchas ciudades de Asia Menor y algunas de Grecia. Una de estas listas menciona también ciudadanos de Lámsaco, Cícico, Bizancio y Panticapeo que pueden hacer pensar en relaciones comerciales con el Euxino. Además, el hecho de que en la correspondencia de Zenón se mencionen más de una vez recipientes quiotas, quizá llenos de

---

*1 εἰδότ' ὡς ἐγὼ ζώειν τῶν δημοτέων φρίσσοντα καὶ τὸν ἥκιστον.

*2 Aristóteles, *Pol.*, IV, 4; Tucídides, VIII, 45.

productos quiotas o pónticos, puede indicar que había un intercambio comercial entre Alejandría y Quíos y que ésta actuaba de intermediario entre el Euxino y Alejandría. Este papel de intermediario quizá esté apoyado por el hecho de que un mercader de Quíos recibió dos veces en 306-305 y de nuevo en 296 antes de J. C. la comisión de suministrar pez a Delos*. Es evidente que Quíos no producía pez (74).

Sobre LESBOS y MITILENE en la época helenística se sabe menos. No obstante, puedo mencionar una interesante lista de impuestos en Mitilene (*I. G.*, 2, 74-75), del siglo III a. de J. C., que muestra grandes semejanzas con la lista de Cos antes estudiada. En este documento Mitilene y Lesbos aparecen en general como comunidades principalmente agrarias, con producción de vino en abundancia, aceite de oliva, toda clase de verduras y flores (para ungüentos), así como exploración de pesquerías, bosques, canteras de mármol y otras clases de piedra.

Lo mismo puede decirse de otras muchas islas, incluso de la mayoría. Un estudio de los pocos textos literarios que se refieren a ellas, de las numerosas inscripciones (recogidas en parte en el *I. G.*, XII) y de la información que se refiere a distintas islas resumida en los artículos de la enciclopedia de Pauly-Wissowa, hace casi evidente que había una semejanza general en sus principales rasgos económicos.

Finalmente, CRETA, con su historia singular y su complicado desarrollo social y económico, requiere una nota especial. Heredera del glorioso pasado de la Creta minoica, las ciudades dorias de la isla tenían su propia y peculiar evolución interna, semejante, pero en modo alguno idéntica, a la de las demás ciudades dorias del mundo griego, en particular Esparta. Las ciudades cretenses, organizadas más o menos en la misma línea que Esparta, con sus *perioeci* e ilotas propios (la clase llamada ἡ μνοία), nunca alcanzó la unidad política. La guerra entre ellas era endémica. Por otro lado, los cretenses continuaron a su manera la tradición marinera de los minoicos. En lugar de ser mercaderes se transformaron en piratas profesionales y traficantes en los productos de la piratería, sobre todo esclavos. Es muy necesario un cuidadoso estudio de estos dos aspectos de la vida cretense: el desarrollo social y económico de la gente de la isla y sus especiales actividades en el mar. Un requisito previo es la publicación del ma-

* *I. G.*, XI, 2, 144 A 113 y 154 A 48.

terial epigráfico derivado de una larga y sistemática exploración de la isla por los eruditos italianos, especialmente Halbherr. Hasta que se termine la publicación de las *Inscriptiones Cretae* ahora en curso, no se podrá intentar trazar un cuadro general útil de la vida social y económica de Creta. Y sin este cuadro toda descripción general de la Grecia helenística será, si no imperfecta, en todo caso incompleta (75).

PARTE II

LAS MONARQUÍAS MAYORES

Después de Ipso (301 a. de J. C.) y aún más después de Corupedión (281 a. de J. C.) hubo un cambio en el aspecto político de lo que había sido el imperio de Alejandro y en las principales potencias que lo componían. El imperio estaba ahora, y para mucho tiempo, en trance de desintegrarse en sus partes constitutivas, y su desintegración progresaba sin cesar. En este mundo desintegrado las ciudades griegas desempeñaron un papel secundario, porque en su mayoría estaban sujetas a las grandes monarquías de la época, o dependían de ellas de alguna manera. Entre éstas, Macedonia, Egipto y Siria, cada una gobernada por una dinastía macedónica, eran las principales. Al reino del Bósforo se añadieron otras monarquías pónticas, antes satrapías persas, y algunas satrapías del imperio de Alejandro: Bitinia, Ponto, Capadocia y Armenia. En su vecindad, en el corazón de Asia Menor, Pérgamo y el Estado tribual gálata alcanzaron y aseguraron su independencia. Unas cuantas *dynasteiai* menores, semejantes a Pérgamo, surgieron de cuando en cuando en el sur de Asia Menor y duraron más o menos tiempo. Templos-estados de tipo oriental luchaban acá y allá, y en algunos casos conseguían su independencia, como por ejemplo Olba de Cilicia. En el Oriente Medio, India y algunas satrapías iranias, las últimas bajo el caudillaje de los partos, aseguraron su libertad y su carácter nacional, mientras Bactriana formaba un enclave griego entre los territorios indios e iranios. Puede añadirse que más allá de las fronteras del mundo helenístico, en la península balcánica y en las estepas del sur de Rusia, había cuerpos políticos más o menos helenizados: en la primera, los estados tracios, ilirios, escitas y célticos, y en la última las monarquías escita y sármata.

Todas estas nuevas monarquías helenísticas habían pertenecido al mundo civilizado mucho antes de la época de Alejandro, y tenían su historia y características propias. La mayor parte de ellas habían sido partes del imperio persa y, por ello, gobernadas por los sátrapas de Alejandro y sus sucesores. Sus sistemas sociales y económicos diferían extraordinariamente (véanse págs. 72 y sigs.). No menos variadas eran sus creencias religiosas y sus culturas. Sin embargo, todas tenían razón en aspirar a formar parte del grupo de monarquías helenísticas. En casi todas ellas comenzó una nueva fase de evolución política bajo nuevas dinastías en el período que nos ocupa. Todas estas nuevas dinastías, macedónicas o no, organizaron sus respectivos reinos según nuevos modelos, más o menos uniformes, reproduciendo en líneas generales la constitución creada por Alejandro para su imperio. Animadas por una admiración y un respeto profundos por la cultura griega, todas las monarquías tuvieron una complexión helénica, y los monarcas trataron de «helenizar» más o menos sus respectivos reinos. Esto significa que todos ellos sintieron que formaban parte de un mundo, el nuevo mundo creado por el genio de Alejandro, a pesar del hecho de que todos luchaban por la independencia política y la defendían contra cualquiera que la amenazaba con el pretexto de unificar este mundo helenístico.

Sus ideas políticas y sus ideales eran tan uniformes como la constitución que adoptaban, y que no se diferenciaba mucho de las de las ciudades-estados griegas. Independencia política, autosuficiencia política (αὐτάρκεια) y en lo posible preeminencia y caudillaje políticos en un círculo más o menos amplio (hegemonía), eran los motivos dominantes de su conducta política. Sus aspiraciones económicas eran parecidas. Buscaban en la mayor medida posible la autosuficiencia económica como base sólida de su independencia política. Para obtener ésta luchaban por desarrollar al máximo los recursos de sus reinos, movilizando y organizando todas las fuerzas creadoras de su pueblo y añadiéndole nuevas fuerzas, las de los inmigrantes griegos o helenizados. Para la producción de sus países trataban de asegurar los mercados más amplios posibles estableciendo relaciones comerciales tan amplias como podían, lo que implicaba abrir sus países al resto del mundo y acabar con el aislamiento económico. La manera más cómoda de realizarlo era poder disponer de importantes rutas comerciales marítimas y terrestres y de este modo asegurarse alguna manera de hegemonía económica como complemento de su economía política.

Aunque uniformes, las aspiraciones de las monarquías helenísticas fueron realizadas por métodos distintos, de acuerdo con los peculiares fundamentos sociales y económicos y los antecedentes políticos de cada monarquía. No hubo uniformidad a este respecto. Un resumen general del desarrollo económico de las monarquías helenísticas tomadas en conjunto será, pues, insuficiente y conduciría a error. El desarrollo de cada monarquía debe ser estudiado por separado. Sin tal estudio no se puede obtener una idea exacta de la evolución económica del mundo helenístico en conjunto. La tarea es difícil y complicada, y nuestras fuentes de información son escasas y están dispersas.

A) *MACEDONIA*

De las tres principales monarquías helenísticas, Macedonia es la menos conocida. Tenemos alguna información sobre la época de Filipo y Alejandro. Nuestro conocimiento de ella durante el reinado de Filipo V se ha ido completando continuamente con el descubrimiento en los últimos años de muchas nuevas inscripciones. El período de las intervenciones, el de los reinados de Casandro y Demetrio y de Antígono Gonatas, Demetrio II y Antígono Dosón, queda, excepto para sus guerras, en una oscuridad casi completa. Se conoce algo de su sistema administrativo y de sus relaciones con las ciudades griegas que caían dentro de sus límites y fuera de ellos, pero no hay testimonios fidedignos, literarios o epigráficos, que arrojen luz sobre los cambios en el sistema económico y social del país.

Parece que hubo en ellos, de hecho, cambios importantes. Social y económicamente, Macedonia seguía siendo lo que había sido en el pasado: un país de estructura tribual casi feudal, bajo un rey que poseía grandes dominios en Macedonia propia así como vastas áreas, si no provincias, en los territorios conquistados: Calcídica, Peonia, Atintania, y aquellas partes de Tracia y quizá de Iliria que en uno u otro tiempo formaron parte del reino macedónico.

En Macedonia propia los miembros de la aristocracia, propietarios de grandes dominios como el rey mismo, formaban el cuerpo de los pares del rey. Los pequeños propietarios constituían la espina dorsal del país. Los reyes hacían de cuando en cuando «regalos» de tierra a sus amigos, no como propiedad absoluta,

sino como donaciones revocables. Esta clase de donaciones las hacían casi siempre en territorio conquistado (no en la misma Macedonia). En este territorio asentaban también a los viejos soldados, algunos de ellos macedonios sin tierra, otros de origen extranjero, que habían servido en sus ejércitos como mercenarios.

Las tierras de los reyes y nobles en Macedonia misma eran probablemente cultivadas por arrendatarios libres, pero no tenemos testimonios sobre este punto; tampoco sabemos si se empleaban esclavos para este fin o si sobrevivían aún reliquias de la antigua servidumbre. En las «provincias» la tierra de los reyes (γῆ βασιλική) y los dominios regalados a sus camaradas (ἑταῖροι) pudieron haber sido cultivados por los habitantes aborígenes del país en una u otra condición.

Una ojeada al mapa de Macedonia mostrará el gran número de ciudades incluidas dentro de sus fronteras. Además, los diádocos fundaron ciudades adicionales, la mayor parte por sinoicismo, divisa común de esta época. Casandria (que reemplazó a Potidea) en la Calcídica y Tesalónica en Macedonia fueron fundadas por Casandro; Demetrias (que absorbió a Págasas) en Tesalia fue fundada por Demetrio Poliorcetes. Estas ciudades continuaron existiendo, aunque no como grandes capitales de reino, bajo Antígono Gonatas y sus sucesores. La poca información que poseemos sobre el asunto muestra que Pela, la capital, y las otras ciudades macedónicas se transformaron en *poleis* regulares griegas con una constitución también regular griega. No sabemos hasta qué punto este nuevo estado jurídico afectó a su vida económica. De las nuevas creaciones del período helenístico, Casandria sigue siendo un misterio, pero Demetrias y Tesalónica van siendo cada vez mejor conocidas, cuanto más material arqueológico se recupera, gracias al esfuerzo de los arqueólogos griegos. El período de la mayor prosperidad económica de Demetrias fue el siglo III a. de J. C. Sus ruinas, sus estelas funerarias pintadas y esculpidas la revelan como una ciudad industrial y comercial floreciente, con una población mezclada de macedonios, griegos de la Grecia propia, las islas y Sicilia, y de inmigrantes de Asia Menor, Siria y Fenicia. Lo mismo, probablemente, puede decirse de Tesalónica. De esta última volveré a ocuparme en seguida.

Macedonia era en verdad una región muy rica en la época de Alejandro y bajo sus inmediatos sucesores. Mucha de su riqueza fue aportada al país por los generales, oficiales y soldados que volvían a casa después de su servicio en los ejércitos de Alejandro

o sus sucesores. El conocido resumen dado por Hipóloco (véase página 153) de las fiestas de las bodas del noble macedónico Cárano (Ateneo, IV, págs. 128 y sigs.) nos muestra lo ricos que eran estos *reduces*. Cárano se había hecho rico, de un modo u otro, en la expedición de Alejandro. Sus regalos de oro y plata a sus huéspedes fueron tan regios, que después del banquete éstos se apresuraron a invertirlos en tierras, casas y otros bienes.

Es verdad que Macedonia fue terriblemente devastada por los celtas, y así perdió parte de la riqueza acumulada. Pero los celtas eran incapaces de capturar ciudades fortificadas y el daño hecho a los campos y huertos fue fácilmente reparado. Más importante para Macedonia fueron los resultados generales de la invasión céltica del país y de su asentamiento en algunas partes de las regiones tracias. La paciente obra de Lisímaco en su imperio euxino fue debilitada y parcialmente destruida, y Antígono y sus sucesores nunca pudieron restaurarla. El problema del Norte era, pues, tan grave y tan difícil para Macedonia en la época de Antígono como lo había sido antes de Filipo, Alejandro y Lisímaco; requería mucha solicitud y grandes gastos.

Sin embargo, el frente norte y las guerras de Antígono en Grecia y en el Egeo, de que hablé en el capítulo I, no afectaron a la situación económica general de Macedonia. El país, como he dicho, gozó de prosperidad durante los reinados de Antígono Gonatas y sus sucesores. Esta prosperidad puede explicarse por la tendencia general de su política económica. Sus gastos personales y exigencias eran modestos, pues nunca cayó en el lujo oriental de sus ricos vecinos del Este. El núcleo principal de sus ingresos provenía de sus dominios, y los impuestos no parecen haber sido opresivos. Hay que tener presente que los dominios reales incluían, además de grandes campos y prados, las minas de plata y oro y los bosques, que producían excelente madera de construcción, y pez y resinas abundantes.

Aunque no poseemos información directa aprovechable, podemos deducir sin temor a duda, que Antígono hizo cuanto pudo para desarrollar las ricas fuentes naturales de su país nativo, y sobre todo de sus dominios, con el fin de aumentar sus ingresos sin oprimir a sus súbditos. Al mismo tiempo deseaba ansiosamente participar en el comercio interestatal en competencia con las demás potencias comerciales de la época. Sus esfuerzos en esta dirección están atestiguados por el abundante y excelente dinero de oro y plata acuñado por él y sus sucesores. Las acuña-

ciones de Antígono intentaban, naturalmente, desempeñar un papel importante en la moneda universal de la época. El patrón (ático) y los tipos de sus acuñaciones eran continuación de los de las acuñaciones de Alejandro. Y tuvieron un gran éxito: las monedas macedónicas circularon a lo ancho y a lo largo del mundo helenístico. Es interesante observar, sin embargo, que en esta acuñación Antígono no siguió el ejemplo de los Tolomeos y seléucidas: nunca emitió monedas que llevasen su retrato (como tampoco lo había hecho su padre) y sus inmediatos sucesores siguieron su política a este respecto. En esto podemos reconocer una concesión a las ideas helénicas y un esfuerzo por facilitar la circulación de sus monedas en las ciudades griegas. Respecto a estas ciudades, su política monetaria se parece a la de los seléucidas. A sus ciudades vasallas no se les permitió emitir oro o plata de grandes unidades; su numerario fue limitado a monedas de poco valor de plata y cobre para la circulación local. La κοινά griega y las ciudades que eran legalmente independientes de Antígono continuaron, por supuesto, acuñando su propia moneda.

Otro hecho importante de su política económica fueron las relaciones con Rodas y Delos.

Ya he dicho que después de sus victorias sobre los Tolomeos, Antígono entró en estrechas relaciones comerciales y políticas con Rodas y Delos, relaciones que fueron mantenidas por sus sucesores. El puerto desde donde se embarcaba el grano de parte de Macedonia y el producto de los bosques macedónicos era, con toda probabilidad, Tesalónica. Debe decirse que Aristobulo, el intendente del trigo (σιτώνης) de Demetrio II*[1], era ciudadano de Tesalónica, con todas las señales de un hombre con experiencia en los negocios, y que Admeto el Macedonio, cuyo lugar de residencia parece que era Delos, gozó de grandes honores tanto en Delos como en Tesalónica, donde se le erigieron estatuas*[2]. Dado que no se encuentra mención de los reyes en las inscripciones en honor de Admeto ni indicio alguno de que el último tuviese ningún puesto oficial, es más probable que fuese un rico hombre de negocios que organizó relaciones comerciales regulares entre Macedonia y el mundo griego. Por el contrario, Autocles, de Calcis, llamado «un amigo del rey Demetrio» (φίλος ὢν τοῦ

---

*1 *I. G.*, XI, 4, 666; Durrbach, *Choix*, 48.

*2 *I. G.*, XI, 4, 664, 665, y 1053; cf. 1076; Durrbach, *Choix*, 49; Filemón, su hijo, fue enterrado en Renea, *C. I. G.*, 2322 *b*.

βασιλέως Δημητρίου), era probablemente un oficial macedónico, quizá de la marina*.

Todos estos testimonios délicos indican la importancia rápidamente creciente de Tesalónica como centro comercial y probablemente el esfuerzo de los reyes macedónicos por organizar los negocios comerciales de su país hasta en sus últimos pormenores (76).

B) *EGIPTO*

1. *FUENTES DE INFORMACIÓN*

La monarquía macedónica sobre la que estamos mejor informados es, indudablemente, Egipto, donde la dinastía de los Tolomeos se estableció firmemente durante tres centurias. Nuestro conocimiento de ella, derivado de las fuentes literarias, epigráficas, papirológicas y arqueológicas, es particularmente completo si se compara con nuestro conocimiento sobre Macedonia y Siria. Y, aun así, nuestras fuentes de información, incluso sobre Egipto, no son realmente abundantes y están muy desigualmente distribuidas. Los pasajes literarios que tratan de la vida social y económica del país son más escasos que los referentes al resto del mundo helenístico. Las inscripciones son más pobres en número y contenido que en Asia Menor. Los papiros constituyen nuestra fuente principal de información. Pero los papiros griegos y demóticos son relativamente escasos para la época de los Tolomeos (se estiman en unos 10.000 textos publicados, mientras que los de la época romana son muchos más), y la luz que proyectan sobre las diferentes partes de Egipto, los distintos siglos y los diversos aspectos de la vida, está más desigualmente repartida.

El período mejor conocido es el que estudiamos, que abarca los reinados de Filadelfo y Evérgetes I. Nuestro conocimiento de los reinados posteriores es mucho menos completo y muy irregular. Hablaré de los documentos de este último período en los capítulos subsiguientes; aquí trataremos de los papiros que pertenecen a la época de Filadelfo y Evérgetes I.

De estos papiros, muy pocos se refieren a las condiciones generales o emanan del gobierno central. Tales documentos, como los que comprenden las reales órdenes de Tolomeo Filadelfo que

* *I. G.*, XI, 679, 680; Durrbach, *Choix*, 47.

regulan la recaudación de algunos impuestos reales (quizá denominados oficialmente διάγραμμα o νόμοι τελωνικοί, mientras los primeros editores del documento le llamaron «leyes de las rentas»), o las directrices (ὑπομνήματα o ἐντολαί) dadas por el dioceta o administrador económico, a sus subordinados en la época de Evérgetes I o Filopátor, son excepcionales. A estos dos pueden añadirse los extractos de algunas leyes y recopilaciones (la mayor parte relativas a la ciudad de Alejandría) colacionados por una parte en un juicio y denominadas por los editores del documento δικαιώματα. Por desgracia, sólo tenemos malas copias de estos tres documentos; están incompletos y con lagunas, y los dos últimos no son originales, sino extractos.

De los otros numerosos papiros, algunos de los cuales forman grupos de documentos que en su día pertenecieron a las memorias de una sola persona o a una sola oficina, son de un interés excepcional. Tales son, en particular, los documentos de los archivos de Zenón, uno de los auxiliares de Apolonio, el gran administrador (διοικητής) de los negocios financieros y económicos de Filadelfo. Especialmente instructivos son los documentos que pertenecieron al primer período de la vida de Zenón, cuando administraba los negocios de Apolonio en Palestina y después le ayudó en Alejandría y en sus viajes de inspección. Más tarde cuando fue nombrado administrador de la gran finca de Apolonio en Filadelfia, en el Fayum, ya no volvió a estar en contacto con los intereses más amplios de su amo, sino que dedicó toda su atención y energía a su finca. Inmediatamente después de los archivos de Zenón, en punto a interés e importancia, están los documentos del mismo período de la oficina de los ingenieros Cleón y Teodoro, que estaban encargados de los trabajos de roturación en el Fayum. Y finalmente tenemos entre los documentos de los reinados de Evérgetes y Filopátor los llamados papiros de Magdola y Ghoran, en el Fayum, que en su día formaron parte de los archivos o del estratego del nomo o del jefe de policía (ἐπιστάτης) del pueblo*[1]. También puedo mencionar el grupo de documentos procedente de los archivos de Tebtunis, en el Fayum, de Ancirómpolis, la moderna Hibeh, en el Medio Egipto*[2], y los que se encontraron en Elefantina, en el sur de Egipto*[3].

---

*[1] O. Guéraud, Ἐντεύξεις, 1931-32.
*[2] Grenfell y Hunt, *The Hibeh papyri*, I, 1106.
*[3] O. Rubensohn, *Elephantine papyri*, 1907.

Pero estos grupos de papiros relacionados entre sí son excepcionales. La masa de documentos griegos escritos en papiro consta de actas sin relación entre sí, de carácter variado. Muchos de ellos son oficiales o semioficiales, que ilustran las relaciones entre el gobierno y las distintas clases de la población de Egipto, tales como órdenes y decisiones de los reyes y sus ministros, papeles oficiales varios (inventarios, cuentas) relacionados con los impuestos y la administración de las riquezas reales, peticiones y reclamaciones de los habitantes de Egipto dirigidas al rey o a sus oficiales y funcionarios, registros de procesos, recibos de impuestos, etc. No menos numerosos que los documentos oficiales son los que registran distintas transacciones entre particulares, especialmente contratos de distintas clases. Y finalmente hay una gran cantidad de cartas particulares.

Además de los papiros griegos, se ha descubierto en Egipto un número cada vez mayor de documentos en caracteres demóticos, especialmente en las ruinas de los templos y en casas particulares relacionadas con ellos. Algunos de estos documentos forman series continuas, que representan el contenido de archivos privados: tales son, por ejemplo, las series de documentos de Gebelen que empiezan en el siglo VI a. de J. C., y otra colección que ilustra la condición económica de una familia desde 317 hasta 217 a. de J. C. En su mayor parte pertenecen a una época posterior y serán citados en los capítulos siguientes. Son de la mayor importancia, en particular por la luz que proyectan sobre la organización económica de los templos. La riqueza de papiros domésticos acumulada en nuestros museos y bibliotecas atrae la atención de los eruditos en medida creciente, y hay la esperanza de que muchos documentos domésticos serán pronto publicados con buenas traducciones y adecuados comentarios.

Aunque grande e importante, el testimonio papirológico tiene sus limitaciones. No debemos olvidar que nuestros papiros vienen sólo de algunas partes del llamado «campo» (χώρα) del Fayum, de algunos lugares del Medio Egipto, y de otros del sur de Egipto. Han sido recogidos de las ruinas de ciudades y pueblos, de los montones de escombros de varios establecimientos, y especialmente de los sarcófagos y envolturas de las momias, para las que se usó como material papel desechado. No hay esperanza de que se encuentren documentos papirológicos en Alejandría, de ningún período ni de ningún género. Pero podemos esperar, como sucedió en Abusir el Melek, que los arqueólogos puedan una vez más

descubrir documentos alejandrinos exportados de Alejandría como papel viejo a algún lugar más seco y cerca del desierto. Ni es probable que se encuentren muchos papiros (aparte de papiros carbonizados) en el Bajo Egipto, excepto en sus bordes al Este y el Oeste, que rara vez han sido tocados por la pala de los papirólogos.

Por otra parte, es menos casualidad que el Medio Egipto y el Alto Egipto hayan producido pocos documentos comparados con el Fayum, y que los encontrados allí pertenezcan en su mayor parte al último período tolemaico. Aquí, y especialmente en el sur de Egipto, pueden hacerse importantes descubrimientos de documentos tolemaicos en cualquier momento. Los hallazgos de Elefantina y los numerosos documentos griegos y demóticos de nuestro período que vienen del sur de Egipto, y que he mencionado anteriormente, demuestran que esta región esta llena de promesas.

Además, como se ha dicho, muy pocos se refieren a todo Egipto. La enorme mayoría refleja las condiciones locales, que varían de un lugar a otro, ya que la situación económica de Egipto y las tradiciones históricas distaban mucho de ser uniformes. Finalmente, los documentos pertenecen sólo en parte a archivos oficiales. El uso de este material para juicios generales es muy expuesto a equivocación.

Bastará un ejemplo. Además de otra valiosa información en asuntos económicos, los papiros —en este aspecto comparables con las cuentas delias, pero diferentes a ellas (véanse págs. 202 y sigs.)— nos suministran una gran cantidad de datos estadísticos de varias clases. Estos datos son, por supuesto, discontinuos, pero pertenecen a una clase de fuentes documentales que raras veces está a disposición de los modernos estudiosos de historia antigua. Son muy valiosos, pero deben ser utilizados con gran prudencia. Los que se refieren a los precios de productos de consumo y de la tierra, casas, trabajo, rentas, etc., son de excepcional importancia. Han sido frecuentemente colacionados y estudiados por los eruditos modernos. Pero este material tiene sus limitaciones y no debe sobrestimarse su valor. En primer lugar, hay que recordar que los documentos en que se mencionan los precios varían mucho de carácter. No poseemos nada parecido a los registros oficiales de Delos. Ciertos precios aparecen en documentos oficiales, otros en privados; unos son fijados por el gobierno, otros por acuerdo particular, ninguno representa necesariamente el precio corriente, y la mayoría se refiere a localidades particulares

solamente, y a intereses y circunstancias económicas individuales, que en la mayoría de los casos desconocemos.

Además, el estudio comparativo de los precios en Egipto e incluso en partes de Egipto (un nomo, una toparquía, un pueblo) se hace muy difícil por muchas circunstancias peculiares. Esto es verdad, por ejemplo, para los precios de un artículo de consumo tan básico como el grano. En las listas estadísticas compiladas por los eruditos modernos, el precio del grano se da por artabá, como si la artabá fuese una medida constante. De hecho, como han demostrado Wilcken y Tarn, se usaban al mismo tiempo y en una misma región de Egipto muchas artabaes de varios tamaños.

A pesar de sus limitaciones, el material papirológico es de un valor enorme para el estudioso de la historia económica. Para ningún otro país tenemos una información tan abundante y fidedigna para la época grecorromana. En el campo de la historia antigua, sólo las tablillas y cilindros cuneiformes babilónicos dan un material comparable (77).

Al testimonio de los papiros sigue en importancia el material arqueológico. Todo el mundo sabe que las ruinas y tumbas de Egipto son una mina de riqueza para los arqueólogos, por lo que hace a la época antigua de su historia, así como para las épocas helenística, romana y posterior. Grandes cantidades de objetos de la época helenística están almacenados en el Museo de El Cairo y aún más en el de Alejandría, y otros muchos se hallan distribuidos entre los museos europeos y americanos. En la mayor parte de los museos, los hallazgos hechos en la misma Alejandría forman una gran parte de los que se refieren al período helenístico en general. La escultura y pintura decorativa, figurillas de bronce y terracota, vajilla de plata y oro, joyas, fragmentos de vestidos y zapatos, objetos de madera, hueso y marfil, cerámica de distintas clases, y vidrio se han encontrado en grandes cantidades tanto en Alejandría como en las ciudades y pueblos de la χώρα, especialmente en el Fayum. Además tenemos abundancia de restos de artículos de uso común: armas y armaduras, instrumentos agrícolas, utensilios caseros tales como cestas, cuerdas, escobas y cepillos; fragmentos de telares y demás equipo industrial, arneses de caballos, asnos y camellos; instrumentos de caza y pesca, etc., en gran variedad y de distintos períodos.

Algunos de estos hallazgos han sido estudiados y publicados en los catálogos de los Museos de El Cairo y Alejandría y en otras diversas publicaciones, pero muchos, que quizá tengan la máxima

importancia para la historia económica de Egipto (por ejemplo, los instrumentos agrícolas e industriales), aún aguardan su publicación. Esperamos que los excavadores de Caranis, donde se ha encontrado la mayor cantidad de estos objetos, nos darán un estudio comparativo de conjunto y un análisis técnico de ellos (78).

Finalmente, tenemos una rica colección de monedas —oro, plata y cobre— de gran importancia para la historia económica del Egipto tolemaico. Hablaré de ella más adelante con todo pormenor en esta sección.

A pesar de su carácter fragmentario, la riqueza de material que presenta Egipto para un historiador de las condiciones económicas, es abrumadora y aumenta rápidamente. La investigación científica del material acumulado intenta estar al día con su rápido crecimiento, pero queda mucho que hacer, como se evidencia si consideramos la enorme cantidad sólo de papiros sin publicar que están almacenados en los distintos museos del Viejo y Nuevo Mundo. Incluso un hallazgo tan sensacional como la correspondencia de Zenón, dividida como fue entre varios museos y alguna parte de ella en manos de comerciantes profesionales, no se ha publicado completamente todavía. Es difícil estimar el número de papiros no publicados del período tolemaico, pero ciertamente ascienden a miles, si no docenas de miles. Y cada año trae una nueva remesa del suelo inagotable de Egipto. Lo mismo puede decirse del material arqueológico y numismático. Dadas estas circunstancias, no se esperará aquí un tratado exhaustivo de la evolución económica de Egipto en la época helenística. Todo lo que puede esperarse es un breve resumen de los resultados obtenidos. No obstante, el lector debe tener en cuenta que las generalizaciones contenidas en este y en los siguientes capítulos son en gran parte conjeturales. Hay muy pocos puntos de la economía egipcia sobre los que podamos presumir de un conocimiento exacto y definitivo. Cada nueva publicación de papiros, cada nueva inscripción, proyecta nueva luz sobre problemas viejos y suscita otros nuevos; todo importante aspecto de la actividad económica egipcia está aún, y lo estará mucho tiempo, en discusión (79).

2. *EGIPTO ANTES DE FILADELFO*

No era un país incivilizado el que se transformó en campo de acción política social y económica de Tolomeo Soter y sus sucesores. Egipto tenía una larga y gloriosa historia, una cultura

altamente desarrollada, y fuertes tradiciones que se remontaban a miles de años y que afectaban a todos los aspectos de su vida religiosa, política, administrativa, jurídica, intelectual, social y económica. Tampoco había sido Egipto en el pasado un país cerrado a las influencias exteriores. En el período saíta, durante las dos dominaciones persas, y aún más en los sesenta años de independencia en su intermedio, Egipto se había adaptado a las nuevas condiciones políticas y económicas entonces vigentes en el mundo antiguo. En este período Egipto estuvo estrechamente relacionado con el mundo griego, y fue un factor importante en la situación política y económica. Pero nuestra información no alcanza más allá del hecho de que durante su independencia admitió cantidades relativamente grandes de griegos, soldados y mercaderes, en su territorio, y que la dominación persa abrió el país a muchos extranjeros, tanto persas como otros súbditos del rey de Persia. No sabemos hasta dónde la estructura económica y social de Egipto fue afectada por la influencia persa ni en qué extensión las costumbres egipcias fueron modificadas, especialmente durante el gobierno de las dinastías XXVIII, XXIX y XXX (80).

Tampoco sabemos mucho de los procedimientos de agentes de Alejandro en Egipto (excepto para ciertas transacciones de Cleómenes) o de las condiciones que dominaron allí durante el largo gobierno de Soter. Las fuentes literarias son casi mudas y el testimonio documental nos falta casi por completo. Hasta el reinado de Filadelfo no empezamos a percibir los rasgos generales de la organización de Egipto, y dado que se ve claramente, por nuestro material, que Filadelfo desarrolló una actividad febril, nos inclinamos a atribuirle la mayor parte de lo que conocemos y a subestimar tal vez las realizaciones de Cleómenes y Soter. Sin embargo, es cierto que Filadelfo heredó de sus predecesores la mayor parte de sus problemas. La condición política y económica de Egipto bajo Alejandro y Soter no pudo haber seguido siendo la misma exactamente que había sido bajo los persas, porque el curso de los acontecimientos había introducido nuevos elementos en la situación. Como una de las satrapías de Alejandro, Egipto pudo muy bien haber continuado su modo de vida tradicional. El ejército persa fue reemplazado por un destacamento del ejército macedónico, y el tributo que Egipto había pagado antes a Artajerjes Oco y Darío III pasó al tesoro de Alejandro.

Las condiciones cambiaron bajo Soter. Egipto se transformó en un reino macedónico independiente, envuelto en una dura lucha por su independencia y por un papel hegemónico en los asuntos del mundo. Los requisitos de la independencia y del prestigio internacional fueron, sin duda, un ejército y una marina fuertes, y amplios recursos, especialmente un gran ingreso en oro y plata. En la lucha por el poder, un ejército indígena egipcio habría sido inútil. Los otros sucesores tenían a su disposición ejércitos bien adiestrados de macedonios y griegos, los mejores soldados de la época, mandados por oficiales expertos y equipados con todo lo que la técnica militar griega podía idear. La superioridad de tales fuerzas, aun para el excelente ejército persa, había sido probada por las campañas de Alejandro y de sus sucesores. Lo mismo ocurría con la marina. Sin una marina bien equipada y al día, igual a la de las demás potencias griegas, estaba amenazada la existencia política de Egipto. Pero este país no tenía marina nacional ni tradición naval, cuando Soter se hizo gobernador y luego rey de Egipto. El intentar crear con los elementos indígenas un ejército y una marina leales y bien equipados habría sido un experimento peligroso. En las condiciones de la época no se podía tomar en serio. Soter se vio, pues, forzado a apoyarse sobre el ejército y la marina grecomacedónicos heredados de Alejandro y a incrementarlos, fortificarlos y disciplinarlos por todos los medios posibles. Esto no podía hacerse a menos que oficiales y soldados tuvieran asegurada una buena paga, suficiente para permitirles mantenerse ellos y los suyos (ἀποσκευαί), y a menos que estuvieran de algún modo ligados a su nueva patria, es decir, asegurados de una posición privilegiada en ella.

Soter era un macedonio helenizado; su educación le había dado una mentalidad griega, y difícilmente pudo haber conocido mucho de la lengua egipcia o de la gloriosa historia del país de que ahora era el amo. Si colocaba indígenas en los puestos de la administración civil del país, difícilmente podría entender a sus propios ministros y demás oficiales. No hay nada que pruebe que él distinguiera en principio entre macedonios, griegos e indígenas. Pero su intento de emplear egipcios como auxiliares, de lo que hay buenos testimonios, probablemente le convenció, como había convencido a Alejandro, de la dificultad de hacer uso extenso de la aristocracia indígena en la administración del país, por bien adiestrada que estuviera, y aunque pudiera probar una lealtad intachable. De este modo, naturalmente, ha-

bía de rodearse de un estado mayor civil compuesto en su mayoría de oficiales que poseyeran la misma destreza y mentalidad que la suya propia y, por consiguiente, que congeniaran con él. A estos griegos y macedonios, no menos que a sus fuerzas militares, estaba obligado a asegurarles buena paga y privilegiada posición.

Para su ejército, su estado mayor civil y su política exterior, Soter necesitaba dinero, oro y plata, en grandes cantidades. Egipto, como veremos en seguida, era un país muy rico, casi autárquico en lo económico y que regularmente daba a sus gobernantes una gran renta. El uso del dinero, especialmente moneda exterior (véase pág. 83), como medio de cambio, no era desconocido en Egipto antes de Alejandro. Había grandes cantidades de oro y plata en el país en poder de los templos y en mano de particulares. Pero, en lo esencial, los negocios en Egipto no se realizaban mediante dinero, sino mediante permuta o trueque. Para asegurarse un ingreso regular de oro y plata, Soter estaba obligado a cambiar esta costumbre. El oro y la plata habían de ser puestos en circulación en una escala mucho mayor, y los bienes de consumo que se producían en Egipto en abundancia y para los que había una demanda en el mercado mundial, habrían de producirse en cantidades mucho mayores que hasta entonces. Egipto debía ser abierto a los países mediterráneos a través de Alejandría, su nueva puerta maravillosa. Todo esto no podía hacerse sin la cooperación de los extranjeros, hombres que estaban acostumbrados a la economía monetaria y que entendían el sistema comercial del mundo mediterráneo. Esto significaba no sólo la admisión de extranjeros en el país, lo que se había hecho antes, y en gran escala, sino recibirlos con agrado, incorporarlos a él, asegurándoles una parte directora en sus asuntos.

Las posibilidades económicas de Egipto eran muy grandes, pero el ritmo de la actividad económica era lento, como en la mayoría de las monarquías orientales. Soter exigía un mayor rendimiento de sus recursos, en particular una explotación más intensa, mejor organizada y mejor planeada. Esto implicaba un mejoramiento de la máquina económica que había heredado de sus predecesores. Para esta obra de reajuste y mejora necesitaba fieles auxiliares, capaces de entenderle, de buena voluntad y dispuestos a ayudarle. Esta ayuda no podía esperarse de los indígenas y se vio forzado a apoyarse en sus paisanos macedonios y en los griegos y semitas helenizados.

Finalmente, Soter necesitaba prestigio a los ojos del mundo griego. Tal prestigio nunca podría adquirirlo un nuevo faraón, por grandes sumas de dinero que gastase en los países griegos. Egipto debía tener por lo menos una fachada griega, debía figurar como una monarquía griega, no egipcia. Una capital griega para el nuevo Egipto era una imperiosa necesidad. Menfis, por internacional que fuese su población, no servía para este propósito, ni tampoco Tebas. Alejandría, la fundación de Alejandro era el lugar ideal. Ligaba a Soter con Alejandro y era desde la fundación una ciudad griega. Era, pues, necesario que Alejandría no fuese sólo la fachada política y económica del país, sino también una ciudad griega, un centro de arte, estudio y vida griegas. No es preciso suponer un cambio en la política de Soter para entender su cambio de la capital de Menfis a Alejandría. Menfis fue su capital mientras no se sintió seguro de un ataque exterior. Tan pronto como su ejército y su marina fueron bastante fuertes para asegurar su posición en Alejandría, se trasladó a esta ciudad griega, y al hacerlo la hizo capital de Egipto.

Así, pues, había que crear una superestructura griega en Egipto, por obra de los sucesores de Alejandro, ya fuese Tolomeo, ya otro cualquiera. Sin ella el reino de los Tolomeos no hubiese sido un reino «helenístico», una prolongación, dentro de sus fronteras, de la monarquía de Alejandro.

Pero la superestructura griega de Egipto, por importante que fuese, no era más que una superestructura. Como he dicho, había extranjeros asentados, en grupos de distinta entidad, en todas partes a lo largo del país antes de los días de Alejandro. Había colonias compactas de ellos en las ciudades griegas de Náucratis y tal vez en Paretonio, y otros grupos en Menfis y quizá en Tebas. Había una gran colonia de civiles y militares en Elefantina, en el sur de Egipto, y había muchos otros extranjeros que venían a Egipto con los persas. Esta población extranjera creció en número e importancia en la época de Alejandro y Soter. He hablado de Alejandría. Soter añadió a ésta Tolemaida como capital meridional para equilibrar a Tebas. Las guarniciones macedonias y griegas estaban estacionadas por todo el país, y con ellas vinieron muchos colonos.

Sin embargo, los indígenas egipcios formaban el cuerpo principal de la población. Aunque no tenemos estadísticas, no puede dudarse de que esta población contaba millones, mientras los inmigrantes contaban miles. Tenemos demasiado poca información

sobre las condiciones sociales de Egipto en el siglo IV a. de J. C. para decir si había en aquella época una línea divisoria exacta entre los ricos e influyentes señores de los templos del tipo del bien conocido Petosiris y la aristocracia laica. Lo que ocurrió a lo último, en tiempo de Soter y después de éste, no lo sabemos. Raramente se la menciona en los textos que nos quedan, y puede haberse mezclado con la aristocracia sacerdotal. Los templos siguieron siendo centros de vida religiosa, con su numeroso sacerdocio y su organización estable, con su sistema económico y social tradicional, que se remontaba a milenios. Los documentos demóticos de últimos del siglo IV a. de J. C. bajo Tolomeo Soter como sátrapa, no muestran cambios en sus costumbres tradicionales. Los templos y el clero eran una gran fuerza en Egipto, como sabía muy bien Soter. Los dioses de Egipto eran sus verdaderos señores y todos los gobernantes sucesivos del país, excepto quizá Artajerjes Oco, lo reconocieron. Con relación a los dioses y a los templos, Soter escaló la posición de los últimos faraones y fue reconocido oficialmente como su sucesor por los sacerdotes, cualesquiera que fueran sus auténticos sentimientos.

Al lado de las comunidades de los templos, en el Egipto prehelenístico, estaba el poderoso cuerpo de oficiales reales, los escribas de distintos grados. El estrato superior de éstos desapareció gradualmente, quedando los escribas bajos como representantes de la población ante la corona. Tuvieron que aprender griego y adaptarse a sus nuevos amos y a su nuevo señor supremo, y así lo hicieron. Es una pena que sepamos tan poco de esta clase durante el gobierno de Soter. Fue uno de los principales éxitos del nuevo gobierno el poder educar de nuevo esta espina dorsal del sistema administrativo, económico y financiero del país: enseñarles la lengua griega y el sistema de cuentas griego. Un descubrimiento de los primitivos documentos de los archivos de un escriba de pueblo puede que un día nos permita comprender el proceso.

Los últimos en la escala social eran los millones de indígenas en los miles de ciudades y pueblos de Egipto: labradores, artesanos, mercaderes, soldados establecidos en el país, y sería del mayor interés conocer su modo de vida en la época de Soter. La excavación sistemática de uno de los pueblos, no del Fayum, sino del Bajo, Medio o Alto Egipto, puede algún día darnos la información que tanto necesitamos. Del Fayum hay poco que esperar a este respecto. Los habitantes de los nuevos pueblos

en el borde del desierto —los únicos pueblos que dieron abundancia de papiros— eran griegos o indígenas, casi todos nuevos colonos, inmigrantes.

Aunque no tenemos información positiva sobre este punto, es obvio que Soter no podía considerar la población indígena de Egipto como un elemento despreciable, como semiesclavos obligados a trabajar para él y para los hombres que vinieron con él a Egipto. Le interesaba tenerlos de buen humor y asegurarles una buena cuenta de prosperidad y felicidad. Era su rey lo mismo que para sus paisanos y para los griegos. El principal problema con que se enfrentaba Soter como gobernante de Egipto era, pues, encontrar un *modus vivendi* para los dos sectores de la población, resolver la antinomia inherente a la peculiar estructura de su monarquía «helenística». En otras palabras, su problema era sacar ventaja para sus propios fines de una situación resultante de causas ajenas a su voluntad y elección. Hemos de admitir que no tenemos testimonios que muestren cómo resolvió el problema (81).

3. *LA REFORMA DEL SISTEMA ECONÓMICO Y SOCIAL POR FILADELFO*

Sabemos mucho más sobre Egipto en la época del sucesor de Soter, Filadelfo, quien se encontró con las mismas dificultades fundamentales, pero no podemos decir en qué medida la situación revelada por los millares de documentos de esta época fue creación propia, ni hasta qué punto las líneas principales habían sido ya puestas por Soter (82).

El poder de los Tolomeos en Egipto, tal como se refleja en los documentos del reino de Filadelfo y épocas posteriores, tenía tres aspectos diferentes. Herederos de Alejandro —e insistían en una conexión directa con Alejandro en su genealogía—, eran reyes de los macedonios que estaban con ellos en Egipto, originariamente soldados del ejército de Alejandro, que le habían ayudado a conquistar el país. Egipto, desde el punto de vista de los Tolomeos, los reyes macedónicos, y de su ejército macedónico, era un país «ganado por la espada» (δορίκτητος χώρα), es decir, una propiedad de los reyes macedónicos.

Pero, una vez establecidos en Egipto, los Tolomeos (como Alejandro) se consideraron sucesores de los faraones, y fueron reconocidos como tales por los sacerdotes de los cultos nacionales.

De acuerdo con el antiguo concepto religioso y político de la realeza dominante en Egipto, el rey era el hijo de Amón Ra, un dios que residía temporalmente en la tierra. Dado que el dios o los dioses eran los dueños auténticos y propietarios de Egipto y estaban autorizados a usar del país y sus habitantes como les pareciese, los reyes de Egipto, en el período de su independencia, eran considerados supremos poseedores y dueños tanto de la tierra como de sus habitantes. Esta propiedad suprema fue recabada por los Tolomeos como sucesores de los faraones.

Finalmente, los súbditos griegos de los Tolomeos reconocieron gradualmente a éstos como descendientes de los dioses y como dioses residentes en la tierra, y se estableció un culto oficial de los Tolomeos, tanto en su capital como en el campo, culto suplementario del igualmente oficial de Alejandro deificado. No puedo discutir aquí el problema tan acaloradamente debatido de la historia y carácter del culto real de los Tolomeos. Sin embargo, no hay duda de que fue desde sus principios una institución religiosa y política de carácter puramente griego, organizado como tal por los reyes e impuesto por ellos a todos los habitantes de Egipto, griegos e indígenas. El culto oficial del rey viviente fue añadido ciertamente por Filadelfo (no más tarde de 271-270 antes de J. C.) al culto igualmente oficial de los reyes difuntos. No puedo interpretar esta institución de otro modo que como un intento de los Tolomeos de dar a su gobierno absolutista sobre los griegos una sanción religiosa aceptable para éstos.

La aceptación de la institución por los griegos fue equivalente al reconocimiento de los reyes como sus divinos amos y de sí mismos como sus súbditos.

Además, la filosofía griega en la primera época helenística añadió a su concepción política y religiosa, para los griegos que tenían alguna educación filosófica, la teoría según la cual la realeza era la mejor forma de gobierno, identificaba a los reyes con el Estado y en cierto modo, los consideraba una encarnación de él. Varias escuelas, que contribuyeron poderosamente a modelar la mentalidad griega en la época helenística —estoicos, neopitagóricos, peripatéticos e incluso epicúreos— rivalizaban entre sí por encontrar argumentos para probar que la monarquía, desde el punto de vista filosófico, era la mejor forma de gobierno posible. Algunos de ellos llegaban hasta declarar que los reyes eran la «ley viviente», que había de ser ciegamente obedecida por sus súbditos.

La teoría de la realeza del «mejor hombre», que por esto *es* verdaderamente rey, fue adoptada de plano por los Tolomeos. Si Filadelfo recibió o no alguna educación especial en filosofía, y particularmente en filosofía moral, no lo sabemos. Pero es cierto que él leía los tratados sobre la realeza y es probable que su padre los hubiera leído también, dado que había sido aconsejado a hacerlo por Demetrio de Falero. A sus ojos, como a los de la población griega, los Tolomeos, como otros monarcas helenísticos, eran «salvadores», «benefactores», «dioses manifiestos» dedicados al bien de su país, promotores de la justicia, patronos de las ciencias y de las artes, generosos dadores y pagadores de los helenos y especialmente de sus soldados, fuertes defensores de su país contra los enemigos, corteses y afables en su trato diario con sus súbditos, devotos adoradores de los inmortales; en una palabra, verdaderos reyes y no tiranos. Tenemos testimonios definitivos de este punto de vista en los idilios de Teócrito, en un tratado político, últimamente descubierto, del siglo III a. de J. C., y después en la discusión ético-política en el banquete de griegos y judíos descrito en la epístola del llamado seudo Aristeas, en muchas frases y expresiones que ocurren en las reales órdenes e instrucciones, y se repiten con modificaciones por los oficiales reales y por los súbditos de los reyes en sus peticiones (83).

Reconocidos por todas las partes constitutivas de la población de Egipto como gobernantes absolutos del Estado, los Tolomeos actuaron en consecuencia. Gobierno absoluto, tanto desde el punto de vista egipcio como macedónico, significaba la propiedad del Estado, de su suelo y subsuelo, y, en última instancia de los productos del suelo y subsuelo. El Estado era la «casa» (οἶκος) del rey, y su territorio su heredad (χώρα, οὐσία). De este modo, el rey administraba el Estado como un simple macedonio o griego administraría su casa. Hay que notar que muchos títulos de los oficiales del rey en el campo de las finanzas y economía eran términos sacados del derecho privado griego y de la economía griega pública y privada. El auxiliar mayor del rey en economía y finanzas era su administrador (διοικητής), representado en el país por administradores locales (διοικηταί o ὑποδιοικηταί). En las subdivisiones de Egipto —los nomos (departamentos)— los intereses del rey eran cuidados por sus mayordomos (οἰκονόμοι). Las cuentas las llevaba en Alejandría el contador mayor del rey, el ἐκλογιστής, y en los

nomos las cuentas del mayordomo eran comprobadas por un ἀντιγραφεύς (*contrascriptor*, empleado verificador, interventor).

Para los griegos, realmente, la idea de un Estado que fuese propiedad privada de alguien era una noción extraña. Pero los ciudadanos griegos en general estaban embebidos, desde sus primeras épocas, en la doctrina de que los intereses del Estado eran supremos y los intereses particulares de los ciudadanos debían estar subordinados a ellos, doctrina fundamental de la filosofía política griega. Ahora la misma filosofía política griega, que había enseñado y enseñaba aún esta doctrina, proclamaba la identificación del rey con el Estado, y, en cierto modo, la encarnación del Estado en el rey. Los griegos podían, pues, en el supuesto que aceptasen la teoría filosófica de la realeza, reconciliar con sus conciencias la idea de que el rey era el propietario del Estado.

Como propietario y supremo administrador del Estado, el rey, de acuerdo con las ideas egipcias, tenía a su disposición no sólo sus recursos materiales, sino también el trabajo de la población, con que le ayudaban activamente en la explotación de su heredad. La propiedad de la tierra por el rey y el trabajo obligatorio para su explotación como representación de la divinidad y del reino (y, por ello, como un gobierno para beneficio de la comunidad como un todo) eran los dos pilares gemelos que soportaban la fábrica del Estado egipcio y de los Estados orientales en general. Esta idea del servicio obligatorio al Estado era también familiar a los griegos. Para ellos la supremacía del Estado implicaba la asistencia activa de todos los ciudadanos, especialmente en caso de emergencia, de guerra o de necesidad relacionada con la guerra. Los ciudadanos tenían, pues, que servir a la comunidad con su trabajo y su hacienda, prestar una liturgia (λειτουργία) si era reclamada por el Estado (84).

No sabemos si esta concepción de las relaciones entre el rey de Egipto y su país fue alguna vez formulada por los contemporáneos, si fue completamente entendida por ellos, ni si llegó a ser el principio guía de su actividad. Con toda probabilidad, no lo fue. Pero las dos nociones principales que comprendía formaron la base, quizá una base inconsciente, de la actuación de los Tolomeos en Egipto, y fueron tenidas por buenas por los reyes y sus súbditos. Al formularlas, no estamos proponiendo una teoría moderna para explicar los hechos, porque las ideas, formuladas o no, dominaron realmente, de acuerdo o en desacuerdo, según los gustos.

Al tratar de hacer a Egipto políticamente independiente, económicamente autárquico y una potencia directriz en el mundo civilizado, los Tolomeos, y probablemente los sátrapas de Alejandro, antes de ellos, no podían dejar de observar que la productividad del país podía ser incrementada en gran manera. Se requería un sistema económico más apropiado, más eficiente y más lógico. Se necesitaba imperativamente una reforma de alguna clase, y se produjo. Vemos la nueva organización en parte hecha, y en parte haciéndose, en manos de Tolomeo Filadelfo. Esta nueva organización económica la conocemos en líneas generales por el material papirológico arriba descrito. En ella se funden dos sistemas, para formar un todo que funcionaba bien equilibrado y armónicamente: la práctica inmemorial de Egipto y los métodos del Estado griego y de la economía griega privada.

La reforma presenta dos aspectos al estudioso. Por un lado, trató de concentrar los esfuerzos del pueblo en un aumento de la producción, mediante una organización más apropiada y más completa. Por otro, buscó la forma de desarrollar los recursos del país adoptando los adelantos técnicos que se habían puesto en uso en otras partes del mundo civilizado. El objeto último de esta reforma era evidentemente aumentar y estabilizar los ingresos reales, de que dependía la seguridad y fuerza del rey y de su reino. Trataré primero del primer aspecto.

La reforma económica, social y financiera que voy a describir, llevada a cabo por los dos Tolomeos, se basaba, como he dicho, en los principios básicos que sostenían el edificio de un Estado oriental, a saber: identidad del rey y la nación; la nación, propiedad del rey; obediencia ciega del pueblo a los dictados del rey y de los dioses. Estos principios condujeron en la mayoría de las monarquías orientales a una organización económica más o menos planificada, tendiendo a un control estatal (estatismo) destinado a aumentar la producción sobre una amplia gama de industrias. Pero en ninguna de estas monarquías fue llevado a la práctica este sistema de un modo lógico y sistemático. Se encontró restringido por el poder de los sacerdotes, las ciudades, y la aristocracia, y por la fuerte tendencia de las monarquías orientales a feudalizarse, transformación que se efectuaba de hecho, en mayor o menor grado, de cuando en cuando. Pero incluso en las monarquías orientales feudalizadas los principios en cuestión predominaron en cada una de

las partes que constituían la monarquía. Los Tolomeos se apropiaron y desarrollaron al máximo estos principios fundamentales de la economía oriental, principios que eran, por supuesto, diametralmente opuestos a aquellos en que se fundaba la ciudad-estado griega.

Sin embargo, al organizar la economía egipcia sobre estas bases orientales, los Tolomeos estuvieron fuertemente influidos por su formación griega y por la experiencia griega de sus colaboradores. El nuevo sistema económico griego de los Tolomeos era oriental en esencia, pero estaba fuertemente helenizado. La influencia griega se ve, para empezar, en la práctica de regular los distintos departamentos por leyes escritas rigurosas, órdenes e instrucciones de un carácter elaborado. Documentos escritos de este género no eran desconocidos para las monarquías orientales, y alguna legislación económica y financiera tolemaica se remonta a prototipos orientales. Pero las regulaciones son estrictamente griegas en su espíritu, su lógica y su coherencia. La influencia griega se ve igualmente en gran parte del sistema, terminología y organización de impuestos, en su carácter altamente casuista e inquisitorial. De Grecia fue tomada la idea de introducir entre los contribuyentes y los funcionarios gubernamentales una clase de intermediarios, los arrendatarios de impuestos (τελῶναι), garantizados por fiadores (ἔγγυοι) y actuando a veces en grupos o sociedades. Ayudaban al Estado, en cierta medida, a recaudar sus impuestos, pero su función principal era actuar de suscriptores, garantizando la recaudación completa de los distintos ingresos del rey. Finalmente, la intervención administrativa en los distintos ingresos reales era de carácter griego, especialmente el sistema de contar, enteramente diferente del hasta entonces existente en Egipto y mucho más lógico y eficiente (85).

No obstante, la reforma tolemaica ignoraba casi enteramente la esencia del sistema económico griego: la propiedad privada reconocida y protegida por el Estado como base de la sociedad, y el libre juego de las fuerzas e iniciativa económicas, en los que el Estado se interfería muy raramente. Éstas no podían ser suprimidas totalmente, pues figuraban entre los factores que ayudaban a los Tolomeos a realizar su segundo objeto, la mejora de los inventos técnicos y el desarrollo de los recursos naturales del país; pero fueron limitados y restringidos con el fin de ponerlos en armonía con el esquema general tolemaico de control

estatal centralizado. Aunque restringidos y limitados, estos rasgos nunca desaparecieron del sistema económico de Egipto, y, por el mero hecho de su existencia, crearon dentro de él una especie de antinomia de la que los Tolomeos nunca pudieron librarse, sino que, por el contrario, se hizo más y más clara a medida que pasaba el tiempo.

La organización económica de Egipto creada por los primeros Tolomeos puede ser percibida por nosotros en sus líneas principales sólo en cuanto sus rasgos emergen oscuramente, uno a uno, de la escasa documentación de la época. Con toda seguridad, no fue creado todo en seguida como resultado de una reforma radical basada en determinadas concepciones teóricas y filosóficas. Está casi fuera de discusión que los problemas a resolver fueron abordados sucesiva o simultáneamente, y que una rama de la vida económica después de otra fue regulada de manera tal que se acomodara mejor a los intereses del rey. No tenemos medios de seguir esta evolución. Lo que podemos hacer, más o menos, es trazar las líneas generales de la organización y caracterizar sus rasgos dominantes. Esto, por supuesto, es el fruto de una obra paciente, obra de colación de textos importantes, de restauración y de interpretación de los mismos. Una presentación detallada de este tipo, de los documentos y deducciones, no puede intentarse aquí: requeriría, al menos, un volumen para ella sola. Lo que sigue es un mero resumen adaptado al propósito de este libro. Para un tratamiento más amplio del asunto, el lector debe dirigirse a los estudios especiales citados en mis notas y a los libros dedicados al Egipto Tolemaico que allí se mencionan, especialmente al más reciente y más detallado de ellos, el de la señorita C. Préaux.

Agricultura

La agricultura era el fundamento del sistema económico egipcio. Es bien sabido cuán favorecido es el país a este respecto: su clima es excelente, el agua de que dispone en años normales, si se administra juiciosamente, es suficiente para asegurar una abundante cosecha, su suelo es muy fuerte y adaptado a gran variedad de cosechas: cereales, verduras, hierba, plantas oleaginosas de todas clases, viñas y olivos, árboles frutales y legumbres. A los ojos del resto del mundo antiguo, Egipto era un Eldorado agrícola, un regalo que el generoso Nilo hacía a su pueblo.

Abastecimiento de agua. Es natural que todo gobernante de Egipto haya prestado su atención principal a la agricultura. Pero la agricultura en Egipto era imposible sin una cuidadosa administración del agua disponible, sin un sistema planificado para su conservación y distribución después de la inundación. Esto implica un control de largo alcance sobre la agricultura en general y una completa organización del trabajo de la nación para la construcción y mantenimiento de una red de canales y diques. Obra organizada, por supuesto, significa trabajo obligatorio, y así ha sido en Egipto para los fines del sistema de irrigación desde tiempo inmemorial: por ello, en ciertas estaciones era movilizada toda la población con sus animales de tiro para la tarea común. Así fue en el Egipto faraónico y así siguió siendo bajo los Tolomeos. No hay duda de que los Tolomeos heredaron el sistema faraónico, y es muy probable que lo ampliaran y mejoraran: en qué medida y en qué dirección, escapa a nuestro conocimiento. Con el sistema de irrigación, los Tolomeos heredaron de sus predecesores el método de mantenerlo mediante el trabajo obligatorio estacional de todo el pueblo. Como los faraones, los Tolomeos otorgaban, por supuesto, algunas exenciones de esta obligación al servicio personal. Algunas clases tenían el privilegio de que se les permitía sustituir el trabajo por dinero. Tal privilegio se otorgaba en el período tolemaico probablemente a los inmigrantes, «los griegos» como se les llamaba, a todos o quizá sólo a ciertos grupos. Del mismo privilegio siguieron disfrutando los sacerdotes.

Catastro de la tierra. Otra rama necesaria de la administración agrícola, también heredada del pasado por los Tolomeos, era el registro cuidadoso, basado en mediciones (γεωμετρία), de toda la tierra de Egipto. Los registros de la tierra fueron compilados en la época tolemaica por la administración del lugar, los jefes del lugar (κωμάρχαι) y los escribas del lugar (κωμογραμματεῖς) bajo la vigilante inspección (ἐπίσκεψις) de altos oficiales (los «escribas reales», βασιλικοὶ γραμματεῖς). Eran renovados cada año y se les dedicaba gran atención. El propósito de los distintos tipos de mediciones (mejor representados por los documentos encontrados en Tebtunis) era mantener un registro de la tierra arable, señalando el carácter de sus diferentes parcelas (que con frecuencia cambiaban de año en año) y las personas responsables de su cultivo en un año dado. La parcela puede ser sembrada (ἐσπαρμένη) o no, puede ser sobreinundada

(ἔμβροχος) o seca (ἄβροχος), es decir, la parcela puede estar en perfectas condiciones desde el punto de vista de las cosechas y los pagos debidos a la corona (τὸ ἀπηγμένον), o sujeta a una renta reducida, o no sujeta a renta alguna (ὑπόλογος). Los registros del lugar eran tabulados desde el punto de vista fiscal por los toparcas (oficiales de los *topoi*, subdivisiones del nomo) y enviados a los nomarcas (νομάρχαι), oficiales especiales del nomo responsables del cultivo de la tierra real. Ellos, a su vez, enviaban sus informes de todo el nomo a Alejandría, donde servían de material para la preparación de una lista de percepción general (86).

Clases de tierra. Bien regado y cuidadosamente registrado, el suelo de Egipto era entregado a sus cultivadores inmediatos. Desde tiempo inmemorial había habido diferentes tipos de terratenencia y diferentes clases de tierra, de acuerdo con el estado jurídico de los responsables de su cultivo y su relación con la tierra. No tenemos información exacta sobre las condiciones pretolemaicas a este respecto. Ni siquiera para la época tolemaica es suficientemente clara y definida nuestra información. No debemos olvidar que estaba reservado a Roma el crear una terminología precisa en el campo del derecho público y privado. En este punto, Grecia no alcanzaba a Roma, y el Egipto tolemaico era aún menos preciso. Parece ser que, por lo menos en la última época, se distinguían dos clases de tierra: la γῆ βασιλική, la tierra administrada directamente por el rey, y la γῆ ἐν ἀφέσει, la tierra «concedida» o «dejada» por el gobierno y entregada a otras personas, quedando así fuera del cuidado directo del rey y sus agentes. Una tercera clase puede haberla constituido la γῆ πολιτική, tierra asignada a las nuevas ciudades griegas de Alejandría y Tolemaida, y la tierra en posesión de Náucratis. Tenemos poca información sobre su estado jurídico bajo los primeros Tolomeos. De acuerdo con las ideas griegas, la γῆ πολιτική sería una propiedad privada de la ciudad y sus habitantes, un enclave griego en la γῆ βασιλική. Pero en este caso particular podemos pensar en la γῆ πολιτική como una subdivisión de la γῆ ἐν ἀφέσει.

Es imposible dar una idea aproximada de cuánta tierra de Egipto pertenecía a la primera clase y cuánta a la segunda. Nuestra información se refiere a las condiciones del Fayum, donde predominaba la tierra puesta de nuevo en explotación, que, por supuesto, era «tierra real». La situación a este res-

pecto era probablemente distinta en otros nomos, pero no podemos conjeturar siquiera en qué medida.

A la tierra «concedida» pertenecían: la tierra de los templos (γῆ ἱερά o ἱερὰ πρόσοδος y γῆ ἀνιερωμένη) y la empleada para remunerar a los distintos servidores del Estado (γῆ ἐν συντάξει), incluyendo soldados (γῆ κληρουχική) y servidores civiles de distintos grados; los más altos auxiliares del rey, civiles y militares recibían grandes lotes de «tierras regaladas» (γῆ ἐν δωρεᾷ). Finalmente, había áreas de tierra de propiedad privada: κτήματα y γῆ ἰδιόκτητος.

Esta terminología, como se ha dicho, no era precisa. El término general γῆ ἐν ἀφέσει aparece en nuestros documentos incluyendo unas veces la γῆ ἱερά y la γῆ ἐν συντάξει y ἐν δωρεᾷ, y otras no; es decir, que unas veces tenía significado amplio y otras restringido (87).

Nuestra información sobre las distintas clases de tierra está muy desigualmente repartida. El sistema de explotar la γῆ βασιλική es relativamente bien conocido, tenemos alguna información sobre la γῆ κληρουχική, y la correspondencia de Zenón proyecta mucha luz sobre la γῆ ἐν δωρεᾷ. Conocemos mucho menos de la γῆ ἱερά y la tierra privada. Sin embargo, hay una cosa clara: el rey se consideraba como propietario real de toda la tierra de Egipto, y la propiedad o uso de la tierra no era un derecho conferido a individuos particulares como, con algunas restricciones, ocurría en Grecia, sino una concesión de los reyes.

Tierra real. La tierra real (γῆ βασιλική) era cultivada por los labradores o granjeros reales (γεωργοὶ βασιλικοί). Esto era también una herencia del pasado. La mayor parte de los labradores reales vivían dispersos por todo el país, en miles de ciudades y pueblos. Eran registrados como tales en un pueblo o ciudad, que era su domicilio o lugar de residencia (ἰδία). Un labrador real se suponía que vivía en su ἰδία, pero no estaba estrechamente vinculado a su lugar o a su tierra. Con frecuencia ocurría que muchos «extranjeros» (ξένοι), hombres cuya ἰδία era otro lugar, residían en un lugar que no era el suyo. La práctica era tan común, que recaudadores de atrasos especiales eran nombrados para buscar a estos «extranjeros» (πράκτορες ξενικῶν), mientras otros recaudadores (πράκτορες ἰδιωτικῶν) se encargaban de los que permanecían en su propio lugar o ἰδία. No sabemos si se requería permiso especial para esta migración.

Los labradores reales eran hombres libres, no siervos o vinculados a un lugar. Esto está demostrado por muchos hechos. He

mencionado su libertad de movimientos. Su estado jurídico también está atestiguado por las relaciones de los poseedores de tierras regaladas *(doreai)* y tierra de clerucos, con los labradores reales. Las tierras regaladas concedidas por el rey a sus «grandes» nunca constaron de uno o más pueblos con su tierra y habitantes, como en Asia Menor, sino siempre de un número (a lo sumo 10.000) de aruras de tierra. En los pocos casos conocidos, esta tierra no era labrada por los que habían sido poseedores hereditarios de sus parcelas, sino por cultivadores de distintas clases, especialmente por arrendatarios de su poseedor, que pagaban un canon por la tierra, la mayoría por poco tiempo. Lo mismo puede decirse de los poseedores de pequeñas parcelas de tierra concedida, como por ejemplo, los clerucos. Todos estos arrendatarios pertenecían a la clase de los labradores reales, porque aunque esta clase comprendía gente que había cultivado la «tierra real» durante generaciones, el nombre de «labrador real» se daba también a los que de un modo u otro cultivaban la «tierra real», porque en última instancia eran renteros del rey. Finalmente, las relaciones entre el rey y los labradores reales no estaban basadas en la tradición, sino en contratos regulares escritos. En la primera época tolemaica la mayoría de los contratos eran de corta duración. Aunque no tenemos información directa sobre este punto, por lo que concierne a la tierra real administrada directamente por el rey, esta práctica está bien atestiguada por las tierras regaladas y por las posesiones de clerucos, que eran, en suma, partes de la tierra real. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que en la última parte del siglo II a. de J. C. los arriendos eran con frecuencia por plazos más largos, y a veces por términos no fijados, y la tierra seguía siendo cultivada en las condiciones existentes, hasta que se anunciase un nuevo arriendo general, puesto en vigor por el gobierno (διαμίσθωσις). De ningún modo es cierto que estas formas de contrato fueran desconocidas en el primer período tolemaico y fueran introducidas por primera vez en los últimos tiempos por la fuerza de las circunstancias. Creo que representan una vieja práctica que pudo haberse usado en Egipto desde tiempo inmemorial, y haber sido continuada por los primeros Tolomeos simultáneamente con la nueva práctica de los contratos a corto plazo.

Por los lotes de tierra real que cultivaban, los labradores reales pagaban una renta anual al rey (ἐκφόριον). Podemos pensar que probablemente en la época pretolemaica esta renta pagada

por los labradores era una *pars quota*, 20 por 100 de la cosecha (πέμπτη)*, aunque esto no ha de considerarse como un hecho probado. Sin embargo, en la época tolemaica, era un *pars quanta*, no *quota*; se determinaba por varias consideraciones, y estaba sujeta a variación, de acuerdo con la condición en que cada parcela se encontrara después de la inundación anual.

Además de la renta, el labrador pagaba un sinnúmero de distintos impuestos por el privilegio de cultivar su tierra. La lista de estos impuestos, aunque incompleta, es imponente. El número de artabaes pagadas como renta por cada arura y la cantidad de grano pagado por los distintos impuestos se mencionan a menudo en los documentos a nuestra disposición. Pero quedamos reducidos a simples conjeturas cuando tratamos de calcular qué parte de cosecha pagaban los labradores reales al rey. Con toda seguridad, no era inferior a la mitad, sino quizá superior.

Obligado a cultivar la parcela de tierra que había arrendado, el labrador se suponía que permanecía en el lugar durante la estación agrícola hasta que había cumplido su obligación con el rey. Esta obligación la reconocía expresamente bajo juramento cuando recibía del rey el grano de simiente.

Durante la época de la siembra el labrador real era estrechamente vigilado por numerosos oficiales del gobierno: varios guardas, el jefe del lugar (κωμάρχης), el escriba del lugar (κωμογραμματεύς), y especialmente los representantes del rey en los nomos (los οἰκονόμοι) personalmente o por medio de sus agentes. El labrador real recibía su simiente de la corona. Uno de los objetivos del gobierno al hacer este préstamo obligatorio era asegurarse de que la parcela había de sembrarse cualesquiera que fueran las circunstancias del agricultor, y que la semilla sería de buena calidad. Era obligación del ecónomo evitar el uso de la simiente para otros fines.

El agricultor no era libre de cultivar su tierra como quisiera. Una instrucción especial (διαγραφὴ σπόρου) regulaba el cultivo de acuerdo con la economía planificada del Estado. La ordenanza era estricta y el ecónomo estaba obligado a hacerla cumplir. Para este propósito, y para ver si la tierra estaba bien labrada, este oficial inspeccionaba las cosechas cuando estaban brotando.

En la época de la cosecha el labrador volvía a ser cuidadosamente vigilado. Recogía la cosecha, la transportaba a la era, la

* Génesis, XLVII, 24-6.

trillaba, todo bajo el ojo vigilante de la administración, nombrándose para este propósito guardias responsables especiales (γενηματοφύλακες). En la era, el grano era inspeccionado y dividido entre la corona y el labrador, y lo que quedaba después de que las exigencias de la corona eran satisfechas (ἐπιγένημα) era abandonado (ἄφεσις) por sus representantes y llevado a casa por el labrador. El grano del gobierno era después transportado a las trojes reales, esparcidas por todo el país, y entregado a los guardadores de grano (σιτολόγοι). De las trojes locales era transportado por agua o tierra a los almacenes centrales más grandes, y de allí, en parte a los gigantescos graneros de Alejandría. El procedimiento a seguir en la recolección de grano estaba fijado en un διάγραμμα real especial (περί τῶν σιτικῶν o σιτολογικόν) (88).

Las cosechas especiales distintas del grano, como la hierba y el lino, eran tratadas de forma semejante. Por lo que respecta a la hierba sembrada después de la cosecha (χλωρὰ ἐπίσπορα) o como cosecha rotatoria empleada para forraje, el gobierno hacía contratos especiales, válidos para una estación solamente, siendo tratada a este respecto la γῆ ἐν ἀφέσει exactamente lo mismo que la tierra real (89); al menos, sabemos que así era para la tierra clerúquica.

Tierra sagrada. Una gran parte de la tierra cultivada y cultivable de Egipto pertenecía en la época pretolemaica a los templos (γῆ ἱερά o ἱερὰ πρόσοδος). La tierra se consideraba como propiedad de alguna divinidad, como su «tierra del impuesto sagrado». Era labrada por «esclavos» de la divinidad, ἱερόδουλοι en griego. Parte de ella estaba en posesión hereditaria de los sacerdotes, que eran libres de venderla, arrendarla o legarla, como si fuera propiedad particular suya. Las parcelas labradas por los «esclavos» del dios eran también, al parecer, asignadas a ellos por un tiempo indefinido, siendo los tenedores libres de disponer de ellas. Hay que añadir que el total de la población de un templo eran «esclavos» del dios, sin tener en cuenta sus profesiones. Incluso los sacerdotes menores, tales como guardianes y alimentadores de los animales sagrados, eran denominados ἱερόδουλοι.

La organización de la tierra sagrada, tal como la hemos bosquejado, la conocemos —hemos de admitir que muy imperfectamente— por los documentos de la época helenística, sobre todo de la última época helenística, en su mayoría demóticos. Bien pudo, pues, ser el resultado de una evolución ocurrida en el período helenístico. Sin embargo, me parece mucho más probable que fuese

heredada del pasado por los Tolomeos y que éstos no la alterasen en sus rasgos esenciales.

Vemos cuán cautos fueron los Tolomeos en modificar las inmemoriales costumbres de los templos. Ciertamente, no secularizaron la propiedad del templo. No tenemos noticia, por ejemplo, de ninguna confiscación en gran escala, es decir, de ninguna transformación de γῆ ἱερά en γῆ βασιλική. Por el contrario, toda clase de donaciones a los templos, incluida tierra (γῆ ἀνιερωμένη), fueron frecuentes durante el gobierno de los Tolomeos; y esto desde el principio.

No obstante, ciertos cambios parecen haber ocurrido en las relaciones entre los templos y la corona. Aunque nuestra información es defectuosa, conocemos algunos de estos cambios, en primer lugar en lo que respecta a la terminología. Γῆ ἱερά es un término exactamente del mismo tipo que γῆ βασιλική. El primer término aparece en los documentos de última época junto al segundo de tal modo que sugiere igualdad de trato. Lo mismo le ocurre al término ἱερὰ πρόσοδος. Es evidente, pues, que en la época tolemaica la tierra e ingresos de los templos formaban una de las ramas de la economía real, parte de la propiedad de la casa real. Detrás de esta terminología hay una estrecha conexión entre el rey y los templos. Esta conexión pudo haber sido establecida por primera vez por los Tolomeos y no haber existido en épocas anteriores. Podemos pensar también que fueron los Tolomeos quienes primero dieron al traste con la independencia económica de que los templos habían gozado bajo los últimos faraones. Pero es posible que los Tolomeos encontrasen los templos ya privados de su independencia por los persas. Ya hemos mencionado las medidas tomadas a este respecto por Darío el Grande y Jerjes (pág. 77). Es bien sabido que Artajerjes Oco y Darío III mostraron poco respeto por los dioses y sacerdotes egipcios. Incluso pudo ocurrir que los Tolomeos, al fijar sus relaciones con los templos, se mostrasen más liberales que los reyes persas. Otros muchos rasgos de la organización de los templos denotan la misma estrecha conexión entre éstos y la corona. He aquí algunos.

Considero probable, por ejemplo, que fueran los Tolomeos quienes fundaran un nuevo cargo, el de presidente de un templo, ἐπιστάτης. Con toda probabilidad, este presidente era nombrado por el rey y era su representante en el templo, siendo especialmente responsable de las obligaciones financieras del templo para con la corona, en el campo, por ejemplo, de la agricultura y la in-

dustria. Otro ejemplo de intervención estatal en los negocios de los templos es la administración de los distintos oficios sacerdotales, desde el punto de vista económico. Estos oficios eran conceptos de no pequeño valor. Tenían anejas prebendas y daban una buena suma de ingresos, como fue probablemente el caso de los templos orientales (por ejemplo, los de Babilonia). Antes de los Tolomeos, los oficios y los ingresos relacionados con ellos, con toda probabilidad, los asignaban los templos a los sacerdotes y los esclavos del templo de la misma manera que se les asignaba la tierra, es decir, eran vendidos o alquilados al mejor postor. El mismo sistema se practicaba bajo los Tolomeos, pero ahora era la administración, no los templos, la que vendía los oficios, y los arriendos no eran hereditarios como lo habían sido antes.

Es altamente probable que la tierra del templo, de cualquier clase que fuera, estuviera sujeta a un sistema parecido de administración. Parece cierto, por lo menos en lo que hace al Fayum y al último período tolemaico, que la administración local tuviese la tierra sagrada registrada exactamente como hacía con la tierra real, que vigilase estrechamente su cultivo y que tratase su producto —la renta que se pagaba de una forma u otra por su uso— como parte de la renta real, cuidando de que la renta se pagase completa y que la tierra siguiera siendo cultivada. Este sistema de cultivo difícilmente puede ser una innovación de los últimos Tolomeos, ya que éstos no eran bastante fuertes para intervenir de esta manera en los derechos de los templos (véanse capítulos V y VI). Con toda probabilidad, la estrecha relación entre templos y gobierno respecto a la tierra sagrada fue establecida o restaurada por los primeros Tolomeos. En lo que insistían los Tolomeos era en el cultivo bueno y eficiente y en el pronto y completo pago de la renta al tesoro del Estado. El título de los cultivadores a sus tierras era asunto de poca importancia para ellos, y probablemente en la mayoría de los casos no chocaban con las tradiciones del templo a este respecto.

Lo que principalmente importaba al rey era ver que los templos no costaban más de lo que producían, que no dependían de los créditos y regalos del gobierno, y además de esto, asegurarse que habría un excedente de ingreso, que iría a parar al rey como parte de sus ingresos regulares. En cuanto a la importancia de este excedente, no lo sabemos. El mantenimiento de los templos era un negocio costoso y es probable que la mayor parte de lo que producían retornase a ellos en la forma de σύνταξις, pagado

a los templos por el gobierno. Encontramos una situación semejante respecto a lo que se conocía con el nombre de ἀπόμοιρα, impuesto que alcanzaba un sexto del producto de las viñas y que los propietarios de éstas habían pagado a los templos antes del reinado de Filadelfo. Por orden especial de Filadelfo, como representante de los divinos negocios en la tierra, esta renta fue asignada al nuevo culto de la consorte de Filadelfo, Arsínoe, y una ley especial (νόμος) reguló cuidadosamente la recaudación de esta tasa por el gobierno. Sin ello el gobierno no habría podido recaudar por completo la renta que había de proveer a lo requerido por el nuevo culto. Sin duda, parte del ingreso se gastaba para los fines que se recaudaba. Si, como es probable, el culto de Arsínoe fue introducido en todos los templos de Egipto, cada templo recibiría su parte. Si no, el dinero se gastaría en los nuevos templos de la nueva diosa. En todo caso, si había un sobrante, el gobierno lo gastaría como quisiera, y de hecho así lo hacía*.

Aunque nuestra información es escasa, lo probable es que la γῆ ἱερά estuviera administrada, en todos los aspectos, con arreglo a la misma política y a los mismos métodos que la γῆ βασιλική, cuyo principal propósito era apoyar a los templos como instituciones estatales, para hacer su existencia segura y fácil. Si, como resultado de una cuidadosa administración, la tierra sagrada proporcionaba un excedente al gobierno, era justo que el gobierno lo empleara a su gusto. Teniendo en cuenta todas estas consideraciones, no es posible asegurar si los templos ganaban o perdían en el cambio de condiciones. Ciertamente se resentían de la nueva orden porque los privaba de la antigua superintendencia paternal de sus ingresos, disminuía la influencia de los sacerdotes en los negocios del templo, y abría las puertas de éste a los agentes del gobierno, que eran en su mayoría extranjeros. Tal estado de cosas no podía agradar a los sacerdotes, aunque no fuese completamente nuevo para ellos (90).

Tierra de clerucos. Desde tiempo inmemorial, los labradores reales, por un lado, y los templos y sacerdotes, por otro, habían estado estrechamente ligados a la vida agrícola de Egipto. El ejército presentaba a los Tolomeos un problema de no menor importancia. No era posible el reformar la antigua milicia indígena (en terminología griega μάχιμοι) y transformarla en un ejército nacional permanente. Por otro lado, era peligroso y excesivamen-

---

* *P. Col. Zen.*, 55.

te caro el mantener un ejército permanente de mercenarios, que la mayor parte del tiempo estarían ociosos en sus cuarteles. La solución del problema adoptada por los Tolomeos fue sugerida en parte por las tradiciones egipcias y en parte por la práctica de Alejandro y los diádocos, y fue modelada, en cierta medida, según el modelo de las cleruquías griegas, especialmente atenienses.

Los Tolomeos mantenían un ejército permanente de macedonios y mercenarios de diverso origen, pagando a la mayor parte de ellos, no en moneda y especie como era costumbre (véase página 141), sino en especie solamente, y esto lo hacían asignándoles lotes de tierra, cuya renta se daba por supuesto que proporcionaba a los soldados y sus familias los medios de subsistencia. Los hombres que recibían del rey este lote de tierra se llamaban clerucos (κληροῦχοι).

Sabemos muy poco de la creación y aplicación de este esquema en tiempo de Soter y Filadelfo. Es cierto que los Tolomeos no adoptaron el sistema de Alejandro y los diádocos, llevado a cabo metódicamente por Seleuco y sus sucesores, de asentar los soldados en grupos considerables en las ciudades o en asentamientos especiales (κατοικίαι), que gozaban de una especie de autogobierno. Los soldados del ejército egipcio estaban distribuidos por todo el país. Los lotes de tierra asignados a ellos se hallaban en territorios de las antiguas poblaciones o en los de pueblos y ciudades de nueva creación. Un ejemplo del último tipo era el asentamiento de un gran grupo de soldados, tanto recién reclutados (νεανίσκοι) como veteranos (πρεσβύτεροι), de a pie y de a caballo, en Filadelfia y en los alrededores de esta ciudad, recién fundada por Filadelfo, su dioecetes Apolonio, y el mayordomo de éste, Zenón. La tierra que se les asignó no fue, probablemente, parte de la regalada a Apolonio.

Los lotes militares *(cleroi)* eran de distintos tamaños, según la graduación y quizá la antigüedad del oficial o soldado. Conocemos dos escalas, que demuestran que no había uniformidad a este respecto. Los lotes más amplios raras veces excedían de cien aruras. La tierra, tanto si había sido cultivada siempre como si acababa de ser roturada, era entregada a los soldados en condiciones tales que el trabajo agrícola podía empezar en seguida, habiéndose hecho ya la irrigación y desecación necesarias, por los mismos soldados a sus expensas (con la ayuda del rey, en forma de préstamos).

Dado que los soldados eran movilizados o llamados (ἐπάγγελμα) con mucha frecuencia —para la guerra, servicio de guarnición en Egipto o en el exterior, servicio en la capital, maniobras—, no podían, especialmente en los primeros tiempos tolemaicos, atender personalmente a sus tierras y generalmente las arrendaban a labradores locales. Zenón, administrador de Apolonio en Filadelfia, regularmente se encargaba de muchas de estas tierras de los clerucos de Filadelfia y pueblos vecinos. En casos excepcionales, especialmente antes de que la tierra fuera asignada a los soldados, el propio gobierno emprendía el cultivo de los lotes y entregaba el producto a los soldados*[1]. Algunos pormenores relacionados con los *cleroi* esperan todavía interpretación y explicación. Tales son, por ejemplo, los casos en que el lote era dividido en dos *hemicleria*, uno de los cuales era tratado como un *cleroi* (impuestos, no renta, siendo pagado por ello por el cleruco), y el otro como si fuera un trozo de tierra sujeto a renta (ἐκφόριον)*[2].

Además de los lotes, a los soldados se les asignaba cuarteles (σταθμοί). En los nuevos pueblos como Filadelfia, el rey les construía casas de nueva planta; en las ciudades y pueblos viejos donde era densa la población y escaso el espacio para construir, los soldados eran alojados por boletos en las casas de los vecinos. Esto provocaba a menudo incomodidades, litigios interminables, y a veces disputas sangrientas. Desde la época más antigua, el sistema de boletos era un serio defecto en la organización militar tolemaica y una fuente de irritación para la población indígena.

En el siglo III a. de J. C. no era intención de los Tolomeos el que los soldados fueran propietarios de sus lotes. Los lotes y cuarteles eran propiedad real y las concesiones eran revocables a voluntad de la corona. El cleruco no tenía derecho a vender, hipotecar ni legar su lote. Sin embargo, en la práctica, si todo iba bien, seguiría en quieta posesión de él hasta su muerte, y después su hijo lo entregaría. De hecho, en algunos casos encontramos al hijo en calidad de coarrendatario (σύγκληρος) al mismo tiempo que su padre*[3].

Los clerucos pagaban distintos impuestos por su tierra (en parte los mismos que los labradores reales): el dinero corona-

---

*[1] *P. Freib.*, 7; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 412.
*[2] *Teb.*, 746.
*[3] *P. Cairo Zen.*, 59001, con notas de Edgar sobre líns. 46 y 51.

rio (στέφανος), un impuesto moderado sobre la tierra sembrada (ἀρταβιεία), impuestos por la conservación de los terraplenes (χωματικόν), por el servicio de vigilancia (φυλακιτικόν), por el servicio médico (ἰατρικόν), y probablemente otros, además de los impuestos regulares pagados por la población de Egipto, que ahora habían aumentado. No estaban sujetos al trabajo forzado, pero el rey podía llamarlos para servicios extraordinarios (λειτουργία) en un caso de emergencia.

El sistema de asignar trozos de tierra valiosa a los soldados con el fin de proveerlos de un ingreso regular y hacerlos autárquicos requería un gran aparato de supervisión administrativa. El poseedor de un *cleros* era responsable de su cultivo ante el gobierno y era estrechamente vigilado por sus superiores y por la administración civil ordinaria de la corona: por ejemplo, la ley sobre la simiente suministrada por el gobierno como préstamo, también le era aplicable. Sin embargo, el cleruco tenía más libertad en la administración de su lote que el labrador real. La διαγραφὴ σπόρου, o distribución oficial de cosechas, no era aplicada a las tierras de los militares. Excepto para ciertas cosechas (plantas oleaginosas y quizá forrajes), el cleruco era libre de cultivar su tierra como le placiese. Sabemos que algunos, en lugar de cultivar grano, transformaban sus lotes o parte de ellos en viñas, olivares o jardines. Hacían esto probablemente con permiso especial del gobierno y en las condiciones corrientes aplicables a la plantación (καταφύτευσις) de la tierra.

Sin embargo, el rey se consideraba propietario de los *cleroi*. Lo primero que exigía era el producto de la tierra. Como en el caso de los labradores reales, las cosechas del cleruco quedaban secuestradas hasta que éste pagaba las diversas tasas. El cleruco sólo podía tomar de los campos y eras su porción de cosecha para llevarla a casa cuando los oficiales reales le concedían el «permiso» (ἄφεσις).

En la creación de las cleruquías, los Tolomeos se guiaron por distintas consideraciones, en parte políticas y en parte económicas. Ya me he referido a algunas, y puedo mencionar otras. La escasez de moneda acuñada pudo haber sido un motivo, aunque no el primero. Las consideraciones de mayor importancia, realmente predominantes, fueron de un orden muy diferente: ante todo y sobre todo, el deseo de vincular el personal del ejército a Egipto, de hacer de Egipto su patria y establecer relaciones entre el rey y el ejército. Luego vino la intención de introducir en el país

nuevos métodos de trabajo y cultivo, un nuevo espíritu económico. Es cierto que los clerucos no eran propietarios absentistas con poco interés por sus posesiones. Muchas cartas de la correspondencia de Zenón muestran lo interesados que estaban en sus nuevas casas, en su ganado, en sus aves y en el cultivo de su tierra. Acostumbrados a la vida de campo en sus propios países, expertos algunos en agricultura, viticultura, oleicultura y cría de ganado, eran felices de verse nuevamente propietarios, y volver, aunque con intermitencias, a su trabajo habitual. Debemos recordar que Grecia y Asia Menor eran todavía en gran medida países cuya vida económica estaba basada en la agricultura. Finalmente, los Tolomeos deseaban que el dinero que recibían sus soldados, tanto en concepto de paga como en el de participación en el botín —en otras palabras, sus ahorros—, no saliera del país, sino que permaneciera en él, y se invirtiera en la tierra, que, de otro modo, podía quedar baldía. El trabajo agrícola en Egipto siempre fue más bien escaso, mientras que la extensión de territorio agrícola es muy elástico. Cuánto más dinero, hombres y energía hubiera, tanto más se ampliaría el área cultivable (91).

Doreai. Las mismas consideraciones condujeron a los Tolomeos a asignar tierra a sus empleados civiles (γῆ o κλῆροι ἐν συντάξει, categoría a la que pertenecía también la κληρουχικὴ γῆ) y a crear grandes δωρεαί, «tierras regaladas», otorgados por los primeros Tolomeos, especialmente por Filadelfo, a sus principales auxiliares en los negocios militares y civiles. Muchos de estos *doreai* son mencionados en nuestras fuentes, y uno de ellos lo conocemos a la perfección. Es el de Apolonio, el dioceta mayor de Filadelfo. Ya he tratado del origen y carácter de los *doreai* en general y hablaré del *dorea* de Apolonio más adelante, en este capítulo. Baste decir aquí que, aparte de la tendencia natural de todo rico propietario a vincular a su persona sus principales auxiliares mediante espléndidos regalos, el principal motivo que llevó a los Tolomeos a hacer estas concesiones fue el deseo de ensayar el sistema macedonio y persa de latifundios, paralelamente al sistema anticuado griego de los pequeños *cleroi*, como medio de mejorar la explotación de Egipto. Estos latifundios eran otorgados a los auxiliares más activos y económicos del rey, hombres capaces de aplicar a una gran finca —un Egipto en miniatura— los métodos que el rey había adoptado para todo el Egipto. Hay que observar que, como los *cleroi*, los *doreai* eran revocables y seguían formando parte de la tierra del rey.

De hecho, sus tenedores eran una especie de mezcla de propietarios y criados reales, que actuaban en ayuda del rey y según sus instrucciones.

Tierra privada. Finalmente llegamos a los κτήματα y la γῆ ἰδιόκτητος, es decir, la tierra de propiedad privada. No hay la menor duda de que, además de estas tenencias en el área de la tierra de los templos, existían, repartidas por todo Egipto, muchas parcelas de tierra poseídas por particulares. Casas, viñas y jardines eran denominados κτήματα en la primera época del gobierno tolemaico. Además de éstos, algunas áreas de tierra cerealista, especialmente en el Egipto meridional, eran libremente vendidas, compradas, hipotecadas, legadas, etc.; es decir, eran tratadas, con el conocimiento del gobierno, de la misma manera que la propiedad privada. El origen de esta tierra es desconocido. Probablemente existía en Egipto en la época faraónica, y su incremento fue ciertamente promovido por el gobierno persa. En todo caso, por lo que sabemos, los Tolomeos no recurrieron a la confiscación o medidas similares respecto a esta tierra, sino que aceptaron la situación *de facto*. En esta esfera, como en la del derecho civil en general, nunca intentaron introducir modificaciones sustanciales ni cambios violentos.

Realmente, los Tolomeos fomentaron desde el principio el desarrollo de la propiedad privada de la tierra. La γῆ ἰδιόκτητος o tierra vendida por el gobierno era creación suya, y fueron ellos quien regularon la tenencia enfitéutica (o catafitéutica). La existencia de un cuerpo de propietarios de la tierra llenos de energía, económicos, que aumentaran el área plantada y transformaran parte del reino en viñas y jardines, formaba parte de sus intereses. Necesitaban una clase de propietarios de la que sacar oficiales, contratistas, garantías para éstos, y similares, en número considerable, que pudieran garantizar la eficiencia de su servicio mediante sus intereses en la tierra. Por supuesto, la tierra privada no estaba exenta de impuestos, y el gobierno vigilaba estrictamente su cuidadoso cultivo (por ejemplo, la siembra de cosechas especiales, si se ordenaba) e insistía en el pago regular de los impuestos. En caso de incurrir en alguna falta, el rey recurría a la confiscación y venta de la tierra (92).

Tales eran las diversas formas de terratenencia en Egipto. De mi breve examen resulta evidente la atención con que el gobierno supervisaba y cuán estrechamente vigilaba la agricultura del país. Esto no es sorprendente, dado que de la tierra cul-

tivada sacaba el gobierno sus principales ingresos. La renta (ἐκφόριον) y los impuestos menores pagados por los labradores reales; los distintos impuestos satisfechos por los clerucos y propietarios privados; el 33 $^1/_3$ por 100 de las viñas; el ἀπόμοιρα de un sexto (o un décimo) de los víveres; los impuestos sobre los jardines y huertos, todos estos tributos juntos formaban una partida importante en los muy diversos ingresos de los Tolomeos, a la cual contribuían todas las clases de terratenientes.

Sin embargo, no podemos decir, que al organizar la vida agrícola del país, los primeros Tolomeos ejecutaran un plan preconcebido, basado en premisas teóricas. Es evidente que en la reorganización de esta rama de la economía egipcia se guiaron por consideraciones muy diversas, algunas de las cuales hemos especificado antes. Deseaban intensificar la producción con el fin de aumentar sus ingresos. Querían reservarse para sí la mayor parte posible de la producción agrícola, pero deseaban igualmente no ir demasiado lejos en esta dirección, con el fin de no excitar la resistencia pasiva (o eventualmente activa) en parte de su pueblo. Sin duda modificaron y mejoraron el modo de recaudar sus ingresos agrícolas, haciendo la máquina recaudadora mejor y más eficiente. Pero detestaban abandonar las tradiciones existentes, romper con los hábitos y costumbres profundamente arraigados del país. Trataron de poner bajo su intervención directa el mayor número posible de áreas agrícolas, pero también cuidaron de no perjudicar demasiado los intereses de importantes sectores de población, sobre todo el cuerpo de sacerdotes y grandes grupos de propietarios privados. Realmente, los Tolomeos fueron llevados por consideraciones políticas y económicas a crear muchos nuevos islotes de propiedad privada a expensas de la tierra bajo su directa intervención: tierras regaladas, cleruquías, tierras privadas. De esta tierra «privada» se aseguraban bonitas rentas y siempre ejercieron cierta vigilancia sobre su administración, pero, en la medida de lo posible, sin perjudicar los intereses de los poseedores. Se consideraban a sí mismos como amos todopoderosos del país que tenía que obedecerlos ciegamente, e investían a sus oficiales con algunos de sus poderes, y sin embargo, incluso en la administración de su propia tierra (la «tierra real») toleraban la práctica tradicional adoptada por la población agrícola —sus propios «labradores reales»— de protestar contra ciertos actos injustos de la administración recurriendo a «huelgas de secesión» (ἀνα-

χώρησις, huida a un templo, o ἐκχώρησις, emigración a otra parte del país, a otro nomo), que generalmente no eran arregladas por la fuerza, sino más o menos amigablemente, de mutuo acuerdo. El resultado fue el establecimiento de un sistema que recuerda el de intervención estatal (estatismo) de los tiempos modernos, pero esta intervención no era rígida ni estricta.

El mismo sistema de administración fue aplicado por los primeros Tolomeos a otras ramas de la actividad económica referentes a la explotación de los recursos naturales del país que estaban igualmente bajo su intervención.

Tierra de pastos. Además de la tierra laborable y la tierra plantada de viñas, árboles frutales, etc., los Tolomeos eran propietarios de toda la tierra de pastos (νομαί) y reclamaban para sí el derecho a disponer del forraje producido en prados cultivados (χορτονομαί) y en los campos, como rotación de cosechas y como rastrojo después de las cosechas (χλωρὰ ἐπίσπορα). Poseyendo tan amplios recursos de forraje, los Tolomeos, naturalmente, mantenían grandes rebaños y manadas de diferentes animales domésticos: vacas y bueyes, empleados en su mayoría para cultivar los campos; asnos, empleados para el transporte; ovejas y cabras, cuidadas especialmente por su lana y su leche; cerdos y gansos. A estos animales domésticos tradicionales de Egipto hay que añadir toda clase de volatería; grandes yeguadas que proveían de monturas a la caballería; parques de elefantes para fines militares, y gran número de camellos, rápidamente incrementado (93).

Animales domésticos. Los animales domésticos más importantes eran los empleados para el cultivo de los campos y el transporte: bueyes, vacas, asnos y, esporádicamente, camellos. El rey los necesitaba en gran número para el cultivo de su tierra y para el transporte de su mercancía. No podía contar con los animales de tiro de propiedad particular. La mayor parte de los tenedores de tierra real tenían pocos, y no en las mejores condiciones, y había muchos labradores que no poseían ganado alguno. Lo primero que importaba a los reyes era saber exactamente cuántos bueyes, vacas y asnos había en un lugar determinado. Sabemos por el *Teb.*, 703 (líns. 69-70) que para este fin todos los años en cada nomo hacía el ecónomo un cuidadoso registro (ἀναγραφή) de todos los animales de tiro reales y particulares. Los registros eran tenidos al día por frecuentes inspecciones. Estas inspecciones se explican fácilmente, pues una

escasez de estos animales o su mal estado iba en detrimento de la eficiencia del trabajo agrícola, lo mismo que los canales o diques defectuosos, y de ellos dependía en gran manera el transporte de oficiales y mercancías del Estado. Para la economía planificada del rey era esencial saber el número de animales de que se disponía y del estado de los mismos.

Se otorgaba particular atención a la cría de terneras, tanto «reales» como particulares; se guardaban en criaderos especiales (μοσχοτροφεῖα) al cuidado de expertos (μοσχοτρόφοι)*. Debe recordarse que algunas de estas terneras se empleaban para sacrificios, como se mencionan frecuentemente en los documentos del siglo III a. de J. C.

No sabemos exactamente cómo criaba el rey sus bueyes, vacas y asnos. Parece que se distribuían entre los arrendatarios reales, que probablemente eran responsables de ellos. La distribución de los animales de tiro a los arrendatarios era una de las principales ocupaciones de Zenón, el administrador del fundo regalado de Apolonio. Hay que añadir que los *cerdos* eran cuidados, más o menos, de la misma manera, dado que se empleaban para el trabajo agrícola (para hollar o pisotear la semilla en la tierra) así como para el sacrificio. Porqueros especiales, que pertenecían a la clase de «hombres relacionados con los ingresos» (ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις), cuidaban de los cerdos «reales» (quizá tomándolos en alquiler al rey). Pero, por supuesto, también la gente particular poseía cerdos. Sabemos que en ocasiones se construyeron en Filadelfia pocilgas especiales. Hay que añadir que esta rama de la real economía estaba organizada casi de la misma manera que era costumbre en la época faraónica (94).

Los *caballos* y *elefantes* ocupaban una posición especial. Los elefantes se cuidaban solamente para fines militares. Los caballos, probablemente, no se empleaban nunca para trabajos agrícolas y raras veces para transporte pesado. El rey y los notables viajaban a veces en coches tirados por caballos, o montados, pero la mayoría de los caballos se destinaban al ejército. De cuando en cuando venían del exterior nuevas remesas: de Cirenaica, de Siria y quizá de Palestina, así como también, con toda probabilidad, de Cartago y Sicilia (véase pág. 383). No tenemos testimonios para saber de qué manera se proveía de caballos

* *Teb.*, 703, líns. 183-191; cf. 66-70.

al ejército, ni si se repartían o no los caballos «reales» entre los soldados en servicio y los clerucos, ni en qué condiciones. La existencia de especiales «inspectores de los caballos» (ἱπποσκόποι) y de pagos especiales hechos por los caballos —un tributo equino (φόρος ἵππων) y un impuesto llamado ἀνιππία (cuyo significado es oscuro para mí)— sugiere que los caballos «reales» pudieron haber sido distribuidos entre los soldados y oficiales que no tenían caballos propios. En todo caso, todos los clerucos pagaban impuestos especiales, ya mencionados, quizá destinados a cubrir los gastos del rey en relación con la cría y transporte de caballos (95).

Las *ovejas* y *cabras* eran criadas especialmente por su lana y por su leche. De la lana hablaré en seguida. El queso era un alimento de uso general para indígenas y griegos. Los indígenas comían carne sólo en ocasiones; los griegos con más frecuencia. El rey y los particulares tenían grandes rebaños de ovejas y cabras. Al final de esta sección se hablará del cuidado dedicado por los reyes a la cría de ovejas y cabras. Al lado de las ovejas y cabras, nuestros documentos mencionan grandes manadas de *gansos*. Las «reales» manadas eran cuidadas por pastores expertos y ganseros (ποιμένες y χηνοβοσκοί), que a veces, si no siempre, los alquilaban, cobrando en dinero o en especie. Tal era también la práctica de los poseedores privados de ganado menor, como, por ejemplo, Apolonio (96).

Un papel especial y muy importante en la economía agrícola de Egipto fue desempeñado por las *palomas*. No sólo eran el lujo más barato en la alimentación del pueblo, sino que eran muy apreciadas por el excelente abono que producían en gran cantidad. Las palomas figuraban de modo destacado en la vida egipcia desde tiempo inmemorial, y los palomares forman todavía hoy un rasgo destacado del paisaje. En las aldeas del Egipto tolemaico y del romano, los palomares ocupaban un gran espacio: como prueba, baste señalar los grandes ejemplares hallados por la expedición de Michigan en Caranis. Ciertamente, los reyes poseían algunos palomares, y en Filadelfia, eran sin duda, tan numerosos como en Caranis. En su mayoría, sin embargo, eran de propiedad privada. El rey sacaba grandes provechos de los impuestos que los gravaban: el tercio de la producción (τρίτη περιστερεώνων), probablemente calculado por el número de palomas y de su cría anual vendida en el mercado; el πηχισμὸς περιστερεώνων, elevado impuesto pagado en dinero y establecido

de acuerdo con el espacio ocupado por los palomares, era probablemente un impuesto sobre el estiércol producido por las palomas. El primer impuesto, que era arbitrario y difícil de evaluar, conducía a disputas, abusos y riñas, de las que tenemos una pintura en un interesante documento. Por ello desapareció pronto en algunas partes de Egipto. Pero el segundo impuesto, que era menos arbitrario y más fácil de recaudar, duró por lo menos hasta época romana (97).

Los animales domésticos particulares en general eran cuidadosamente registrados por la administración para fines de impuestos. Esto era una obligación importante del ecónomo. Cada año, en la época de la inundación del Nilo, todos los animales eran contados y registrados (ἀναγραφή, *Teb.*, 703, líns. 165-174). Las listas eran usadas probablemente para comprobar las declaraciones individuales o censo (ἀπογραφαί) de ganado hecho con fines fiscales. El mismo procedimiento está atestiguado para Palestina y Siria en la época tolemaica. El principal impuesto que gravaba el ganado —parte muy importante en los ingresos del rey, resultante de su propiedad de toda la tierra de pastos— era el ἐννόμιον, impuesto semejante al que con el mismo nombre era pagado todo el mundo helenístico (véase cap. VI), y a la *scriptura* romana. El pueblo era obligado a pagar un impuesto en dinero para la administración de la tierra de pastos por el gobierno. El pago de este impuesto tal vez fuese condición inexcusable para adquirir el derecho de que gozaban los propietarios de ganado, de pedir permiso para usar determinados pastos bajo pago de rentas especiales, que variaban de acuerdo con la clase de tierra de pastos (χορτονομαί o χλωρὰ ἐπίσπορα,* o νομαὶ ἐκτὸς μισθώσεως) y con el estado jurídico del aplicante (los labradores reales y los sacerdotes debieron de ocupar una posición privilegiada). Un impuesto adicional quizá fue pagado por cada animal doméstico (98).

Apicultura. Ésta fue una rama importante del trabajo semiagrícola y desempeñó un importante papel en la economía del mundo antiguo en general: la miel era el azúcar de la antigüedad. No es extraño, pues, que la apicultura fuera practicada en amplia escala en todo el mundo antiguo y cuidadosamente estudiada por sus eruditos. Las disertaciones sobre apicultura formaban una parte muy importante en los tratados de agri-

---

* Véanse págs. 282 y 293.

cultura en general. Por distintos documentos de la correspondencia de Zenón sabemos que existían muchos colmenares en el Fayum y en los nomos vecinos. Tenemos noticia de un propietario de mil colmenas diseminadas por los nomos de Heracleópolis y Menfis en tiempo de Evérgetes; y en una carta de los archivos de Zenón se mencionan cinco mil. En esta rama industrial se ocupaban griegos e indígenas. Una clase especial de agricultores experimentados (μελισσουργοί) se contaban entre los ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις. Muchas colmenas pertenecían al rey, pero no se intentó monopolizar esta rama de la actividad económica egipcia. Sabemos de muchos propietarios de colmenares. Pagaban un elevado impuesto (25 por 100 de sus ingresos) y quizá también una licencia; pero eran libres de vender su mercancía al precio del mercado y estaban protegidos contra la competencia de productores extranjeros por elevados impuestos aduaneros sobre la miel importada (25 por 100) (99).

Caza

El Nilo, los lagos y los marjales formaban parte de la propiedad real. Es probable que algunas veces el rey organizase expediciones a los pantanos y al desierto, realizadas por cazadores expertos (κυνηγοί), algunos de los cuales estaban adscritos al servicio real. Sabemos que ésta era la manera como los Tolomeos organizaban la captura de elefantes (véase pág. 373). En Egipto el rey, siguiendo remotas tradiciones, de cuando en cuando tomaría parte en estas expediciones. No hay que olvidar que la caza no sólo era el deporte preferido de todos los reyes orientales, sino también el principal placer de los reyes y nobles de Macedonia. Baste recordar el llamado sarcófago de Alejandro, las pinturas de época helenística en una tumba cerca de Marisa, en Palestina, y la escena de caza (de factura alejandrina) en el plato de Trasílico, en Calabria. La correspondencia de Zenón muestra que él mismo y probablemente su amo Apolonio eran muy aficionados a este deporte.

Mas por regla general los Tolomeos miraban la caza desde el punto de vista fiscal, y los derechos de caza eran arrendados a concesionarios especiales (τελῶναι u οἱ ἐξειληφότες τὴν θήραν), que dirigían ellos mismos las expediciones, con ayuda de obreros a sueldo, o permitían que lo hicieren los particulares, pagando ciertos derechos. Esto es cuanto hemos podido ave-

riguar de los pocos documentos que se refieren a la caza en Egipto. Esta rama de la economía real no era despreciable, pues los marjales de Egipto estaban llenos de caza (especialmente animales acuáticos) y la caza constituía desde tiempo inmemorial una parte importante en la alimentación del pueblo (100).

Pesca

Aún más importante que la caza era la pesca, que en Egipto practicaban en gran escala experimentados pescadores. La pesca era transportada del lugar donde se pescaba a los mercados, y, es sabido que el pescado era un elemento muy importante en la dieta de los griegos en su patria. La pesca, explotada en Egipto por el sistema capitalista, debía servir al mismo propósito que la producción de vino y aceite: proveer a los nuevos colonos con abundantes provisiones de la comida a que estaban acostumbrados, sin recurrir a la importación. Un documento fragmentario de 235 a. de J. C. encontrado en Tebtunis (*Teb.*, 701) nos informa de que la pesca, transporte y venta del pescado estaban organizados por grandes empresas que, o bien eran negocios reales, o bien estaban administradas por el tenedor de un fundo regalado. Las cuentas registradas en este documento muestran cuán grande era la parte de beneficio que correspondía al rey o al tenedor de los *dorea*, y lo escasa que era la que le quedaba al verdadero pescador. Sin embargo, en la mayoría de los casos la administración egipcia aplicaba a la pesca un sistema similar al empleado por los Tolomeos al organizar la explotación de otras fuentes de ingresos. Los derechos de pesca se cedían a *telonai* especiales que suscribían el contrato de pesca (ἰχθνικὴ ὠνή), que era practicada por pescadores expertos obligados a pagar a la corona el 25 por 100 de su pesca (τετάρτη ἁλιέων o ἰχθυικῶν) además de otros impuestos menores (101).

Minas y canteras

No menos exclusivo que los derechos del rey sobre el río, lagos y pantanos, era su derecho sobre las minas y canteras, cuya mayor parte estaba situada en el desierto. Egipto es muy pobre en minerales. Parece que las minas de cobre de Sinaí estaban agotadas en fecha remota, y la expedición de Harvard a estas minas no encontró restos de haber sido beneficiadas en

las épocas tolemaica y romana *[1]. Chipre y Siria eran, sin duda, las fuentes de abastecimiento de cobre de Egipto desde la época del Imperio Nuevo, y posiblemente antes. A veces se citan minas de cobre en el Fayum. Se extraía algún hierro en el desierto oriental. Se explotaban minas de oro en el desierto oriental y en Nubia. La plata aparece en pequeñas cantidades en el mismo Egipto y en Chipre. Egipto era mucho más rico en distintas clases de piedra de construcción, y el hermoso granito egipcio era particularmente famoso. En varios lugares de los límites del país se encontraban piedras preciosas y semipreciosas. Finalmente, la sal se extraía de los lagos, de las salinas de la costa y de minas; y las playas y lagos surtían a Egipto de nitro*[2] (νίτρον) y alumbre (στυπτηρία).

No estamos bien informados sobre la explotación de estos recursos naturales, pero es cierto que el rey se reservaba el derecho exclusivo de beneficiarlos. La explotación de las minas de oro en Egipto y Nubia se hacía por trabajo forzado de prisioneros de guerra y criminales, que eran tratados como esclavos. Eran vigilados por un estado mayor técnico y por oficiales y soldados del ejército (págs. 371 y sigs.). El sistema de explotación de las canteras era semejante, pero como las canteras estaban situadas más cerca de las tierras cultivadas de Egipto, el empleo de prisioneros de guerra y criminales no era tan corriente como en las minas de oro. Generalmente el trabajo lo hacían especialistas en el oficio, miembros de un gremio de picapedreros (λατόμοι), que contrataban la extracción de cierta cantidad de piedra de una determinada cantera. Los contratos se hacían en la oficina del ingeniero jefe del nomo, que dependían del dioceta. El trabajo lo hacían los mismos picapedreros y sus obreros alquilados, bajo la vigilancia de un inspector (ἐργοδιώκτης) y con la protección y colaboración de los soldados, para quienes el servicio en las canteras era una pesada liturgia. Las herramientas eran suministradas por el rey (el hierro era escaso en Egipto, véase pág. 358). En caso de necesidad, el rey debía proporcionar a los contratistas la mano de obra, generalmente prisioneros y criminales. El trabajo en las canteras era duro y peligroso, y las condiciones de vida, abominables. Los productos de las minas, canteras, salinas, etc.,

---

*[1] Véase Apéndice II.

*[2] Cf. *S. E. G.*, VIII, 366 (judíos trabajando ἐν Νιτρίαις).

eran empleados por el gobierno, o éste disponía de ellos, aunque los objetos de metal eran producidos por artesanos y artistas, quienes los vendían a la gente de Egipto y quizá también a mercaderes extranjeros. Los artesanos no estaban todos al servicio del gobierno, y probablemente obtenían licencia para trabajar el material que compraban o recibían en comisión del gobierno. No poseemos información exacta sobre este punto (102).

Arboricultura

Finalmente, en relación con todo esto puedo mencionar la forma de administración de lo que llamaríamos productos forestales. Egipto no fue un país sin árboles. Muchas clases de árboles crecían en él, y algunos podían emplearse como buen material para la construcción de edificios y barcos, carretas y vagones, instrumentos agrícolas, cestos y otros utensilios domésticos. Tales eran el sicomoro, el avellano, la acacia, y distintas especies de palmera. Incluso los bosques o bosquecillos no eran desconocidos en Egipto. Teofrasto (*Hist. Pl.*, IV, 2; 8) menciona un bosquecillo de acantos y robles en la Tebaida. Pero en Egipto la necesidad de madera era grande y el área disponible para los árboles muy pequeña. En consecuencia, los gobernantes egipcios prestaron siempre gran atención a la plantación y tala sistemática de árboles. Nuestra información a este respecto es muy poco fidedigna, pero la correspondencia de Zenón muestra su ansiedad por obtener una suficiente provisión de madera, así como la importancia que atribuía a la explotación forestal en su programa a realizar en la finca de Apolonio. Además, un párrafo en las instrucciones del dioceta a los ecónomos citado en *Teb.*, 703, 191-211, y una de las ordenanzas (προστάγματα) de Evérgetes II (*Teb.*, 5, 200 y sigs.), junto a algunas inscripciones y papiros de la época romana, proporciona una información muy valiosa, aunque escasa, sobre la plantación y tala de árboles.

La única área utilizable para plantar árboles se encontraba, y aún se encuentra, en las orillas del Nilo y de los canales, que servían al mismo tiempo de caminos. La plantación más importante de árboles la hacía la administración en los terraplenes destinados a contener las aguas. Probablemente se realizaba mediante trabajo forzado de la población bajo la vigilancia de la administración y con la garantía de contratistas especiales. Árboles (sauces,

moreras, acacias) y arbustos (especialmente tamariscos) se plantaban primeramente en viveros y después se trasplantaban a los terraplenes. Se tomaban medidas para proteger los árboles jóvenes contra las ovejas, y, por supuesto, contra las cabras y otros animales domésticos. La corta de árboles viejos y ramas y el empleo de árboles caídos estaban también estrictamente regulados. El gobierno daba igualmente órdenes respecto al empleo de los árboles que crecían en tierra privada. Pero sobre esto hay muy pocas noticias (103).

La agricultura, el pastoreo, la pesca y la caza, así como la arboricultura, la minería y las canteras suministraban al gobierno gran cantidad de productos alimenticios y materias primas. La parte principal estaba formada por granos de distintas clases. La seguían en importancia el vino y las semillas de las plantas oleaginosas. El grano era usado como moneda por el gobierno, el cual liquidaba sus distintas obligaciones mediante pagos en trigo y cebada. El método de pago en especie estaba profundamente arraigado en Egipto, y los Tolomeos nunca pensaron en sustituirlo enteramente por el pago en moneda. El sobrante de grano se ponía a la venta, pero no en el mercado interior; porque era mucho más provechoso para el rey exportar el grano y ofrecerlo al mercado internacional, asunto sobre el que volveré. Otros productos alimenticios eran vendidos a la población. Ahora veremos cómo estaba organizada esta rama de la economía del Estado.

Industrias

Sin embargo, una gran parte de los productos en posesión del gobierno no podía ser consumida directamente. Esta parte se componía de materias primas para la producción industrial: semillas para hacer aceites, cebada para la cervecería, leche para la fabricación de queso, pieles para cuero, lino y lana para tejidos, cáñamo para cuerdas, etc., papiro para esteras, cestos y especialmente papel. Lo mismo puede decirse de las gangas minerales, sal, nitro, distintas clases de piedra y madera de construcción. En el mundo griego, la manufactura de las materias primas era un asunto que se dejaba, con pocas excepciones, a la iniciativa privada. Artesanos privados que trabajaban para su propio provecho y vendían sus productos a los consumidores o a otros artesanos y mercaderes, industrias y manufactura privadas, eran rasgos característicos de la vida comercial griega. El gobierno de

una *polis* nunca quiso pensar en ocuparse con estas trivialidades.

La situación en Egipto y probablemente en otras monarquías orientales de la época prehelenística era diferente. Aquí las necesidades de la casa real eran provistas por los talleres reales, en los que miles de artesanos se ocupaban en hacer la cerveza, aceites vegetales, queso y similares, o en trabajar el metal, la lana o la piedra, tejer o bordar. La producción doméstica en gran escala era un rasgo típico de la economía real de Egipto. Las casas de los grandes dioses de Egipto rivalizaban con la casa real. Cada templo tenía sus propias tiendas que proveían a las necesidades de los dioses y de la población del templo. Las casas de los dioses menores y algunas de la nobleza acomodada reproducían estas grandes casas en una escala menor. Las esculturas y pinturas de las tumbas egipcias, reales o no, de distintas épocas, indican claramente la importancia de la industria en la vida de Egipto y el orgullo de los gobernantes por sus talleres. Todas estas tiendas probablemente vendían sus productos al público, especialmente artículos de artesanía refinada.

Paralelamente a esta producción casera en gran escala, en las ciudades y pueblos de Egipto existían industrias domésticas dirigidas por miembros de una familia para sus propias necesidades. Además de éstos, había probablemente en las ciudades mayores numerosos artesanos agrupados por profesionales e inspeccionados por el gobierno, que trabajaban en parte para el rey y en parte para el público y que producían en su mayor parte simples artículos de uso diario.

Es más que probable que el ejemplo de los templos influyese en la manera como los Tolomeos orientaron la cuestión de la producción industrial. En Egipto encontraron abundancia de operarios experimentados y de una habilidad de primera clase. Algunos de éstos, acostumbrados a trabajar en el pasado para los templos, otros para la corte del rey y sus nobles, otros, en fin, para los habitantes de ciudades y pueblos. Con Alejandro y Soter desaparecieron las cortes, pero quedaron los templos, y los artesanos que habían trabajado para las cortes, probablemente pasaron a engrosar el número de los que lo hacían para los templos, las ciudades y los pueblos. Tenemos poca información sobre las actividades industriales de los templos en la época pretolemaica. Sus manufacturas de lino eran especialmente famosas, y algunos otros oficios también pudieron haber florecido en ellos. Es proba-

ble que en la época inmediatamente anterior a Alejandro los templos se hubieran asegurado una posición tan predominante respecto a ciertos artículos de consumo, que se pueda hablar de la existencia de algo parecido a un monopolio. La producción de aceite —costosa de instalar y mantener— pudo haber sido organizada en los templos en gran escala y haber dominado el mercado. Es probable que algunos tejidos especiales se fabricaran exclusivamente en los templos, como por ejemplo los lienzos finos, el famoso *biso*.

El papel representado por los templos en el sistema económico de Egipto pudo haber sugerido a los primeros Tolomeos la organización de la industria egipcia por ellos adoptada, y que conocemos por distintos documentos. Los dos requisitos esenciales para su establecimiento sobre una base rentable estaban en sus manos: disponían de enormes cantidades de materia prima concentradas en sus almacenes y tenían a su disposición una gran cantidad de trabajo especializado. Una inteligente combinación de estos dos elementos produjo lo que llamamos, utilizando un término moderno, los «monopolios» tolemaicos, o con mayor precisión, su economía dirigida en el campo de la industria (104).

Aceites vegetales. El mejor conocido de estos «monopolios» es el de los aceites vegetales, en terminología tolemaica el ἐλαικὴ ὠνή. Nos queda una copia de una ley (νόμος) de la época de Filadelfo (259-258 a. de J. C.) que regula esta rama de la economía real. Formó parte originariamente de un νόμος τελωνικός, general, que contenía una sección que trataba de los contratos (ὠναί) de arrendamientos en general, y νόμοι especiales, que regulan el ajuste de contratos particulares. No sabemos cuántas «leyes» especiales contenía originariamente el documento. Los fragmentos que poseemos contienen, además de la sección general, el texto casi completo del νόμος ἐλαικῆς, partes sustanciales de las relaciones concernientes al impuesto de vinos de los templos (*apomoira*, véase pág. 286), y fragmentos mal conservados de las que tratan de la industria textil (ἐριηρά, ὀθονιηρά, στύππιον), banca (τραπεζιτική), industria cervecera (ζυτηρά), y el impuesto de pastos (ἐννόμιον). La ley, como hemos visto, es una revisión de la ley original, que puede remontarse a los primeros años de Filadelfo, e incluso a la época de Soter.

La sección de las leyes fiscales de Tolomeo Filadelfo, como se llama generalmente al documento, referente a los aceites vegetales (ἐλαική) es única por su perfección y nos permite echar

una profunda mirada en la política y práctica de Filadelfo, y posiblemente de Soter.

El νόμος ἐλαικῆς regulaba la producción de los aceites vegetales más ampliamente usados en Egipto: de sésamo, ricino *(croton)*, cártamo *(enecos)*, calabaza *(colocynthos)* y linaza (λίνου σπέρμα). La materia prima era suministrada por los cultivadores. Cada año la superficie destinada al cultivo de plantas oleaginosas era distribuida por el gobierno central entre los distintos nomos, por la administración local de cada nomo entre sus distintos pueblos y por la administración de los pueblos entre cada cultivador (διαγραφὴ σπόρου). Habían de plantarse tantas aruras de cada planta oleaginosa, y fuera de las áreas permitidas, nadie tenía derecho a cultivar ninguna de estas plantas especificadas. La responsabilidad por la exacta ejecución del «plan de siembra» recaía en la administración. Cada cultivador recibía del gobierno la semilla necesaria, que luego había de restituir al gobierno. Las cosechas se recogían bajo la atenta vigilancia de la administración y de los contratistas, suscriptores o garantes responsables del producto de la ὠνή. El producto de los campos era medido: una cuarta parte se pagaba como impuesto, y el resto lo tomaba el contratista, que pagaba a los cultivadores el precio de la suma entregada por ellos. El precio de pago era fijado por una tarifa (διάγραμμα) publicada por el rey. El contratista tenía que entregar después al gobierno la cantidad recogida. Ésta era transportada a los graneros del gobierno y después a las factorías oleícolas de éste, situadas en ciudades y pueblos. No se permitían almazaras privadas, con la única excepción de las que pertenecían a los templos. Éstos conservaban sus almazaras, pero tenían que registrarlas, y podían fabricar, bajo la inspección de contratistas y oficiales, una determinada cantidad de aceite de sésamo en sus propias almazaras y para su propio uso durante dos meses solamente. El resto del año permanecían selladas sus almazaras. Si necesitaban aceite de ricino, tenían que comprarlo a los contratistas. No se permitía a los templos la venta de aceite.

Las almazaras al servicio del rey estaban bajo la estricta inspección de la administración y del contratista. Todas las almazaras estaban registradas, y se ponía un sello a las que no se usaban, así como a toda la maquinaria vacante en las almazaras. El trabajo hecho en ellas era organizado por el contratista y los oficiales administrativos, encargados de dotar a cada almazara de la cantidad suficiente de materia prima, ni menos ni más de la re-

querida por su efectiva capacidad de trabajo. También eran responsables de la eficiencia del trabajo hecho en cada almazara.

Los trabajadores aceiteros (ἐλαιουργοί) eran hombres libres, ni esclavos ni siervos, pero estaban vigilados estrechamente. Trabajaban en las almazaras, durante la estación manufacturera, y mientras trabajaban estaban ligados a su trabajo y al lugar donde estaban situadas las almazaras, es decir, a un nomo determinado. Durante la época de trabajo, el contratista y los oficiales administrativos eran los «amos» (κύριοι) de sus obreros y de las almazaras. Sea cual fuere el significado exacto de este término griego desde el punto de vista jurídico, su empleo demuestra que durante la estación de trabajo los obreros y las almazaras estaban a disposición completa de los agentes del gobierno. Por su trabajo recibían remuneración, a tanto por artabá de semilla. Si al final de la estación había un sobrante (ἐπιγένημα), se les daba una bonificación.

El estado legal exacto de los obreros aceiteros no está completamente claro. Pertenecían a la clase de «los que estaban relacionados con los ingresos» (ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις), clase que compartía ciertos privilegios y restricciones con los agricultores reales. Sin embargo, esto no define su estado legal. Aunque no tenemos una información exacta sobre este punto, es probable que fueran hombres expertos en el oficio, quizá organizados por el gobierno en una especie de gremio, que habían hecho el mismo trabajo durante generaciones.

El hecho de que en la época de los primeros Tolomeos existiesen probablemente almazaras y maquinaria poseída pero no usada por los particulares (fuere cual fuere su estado legal), muestra que en un pasado no muy lejano, los almazareros trabajaban, al menos en parte, en sus propias almazaras. Pero llegó un tiempo —quizá bajo los primeros Tolomeos, tal vez antes— en que la producción privada de aceite estaba enteramente prohibida a los almazareros profesionales, y la industria almazarera se transformó en privilegio exclusivo de la corona. No había más opción para los artesanos almazareros que entrar al servicio del gobierno. Su estado legal particular —su semivinculación— dudo considerarla como una innovación de los Tolomeos. Más bien supongo que era una herencia del pasado, de la época en que los gremios en templos y ciudades trabajaban, por lo menos en parte, para los dioses y el rey en almazaras que en su mayor parte les pertenecían (105).

Los aceites vegetales se vendían por todo el país en pueblos y ciudades, incluso Alejandría, exclusivamente por mercaderes autorizados (κάπηλοι y μετάβολοι en el «campo», παλινπρατοῦντες en Alejandría), que los compraban al gobierno y lo vendían a sus clientes. Las relaciones entre vendedores y contratistas eran minuciosamente reguladas. El precio de venta por menor de los aceites era fijo, y nadie podía subirlo ni bajarlo. Cada minorista recibía cierta cantidad para la venta. La distribución de aceite y la inspección de los minoristas estaba en manos de un contratista especial (εἰληφὼς τὴν διάθεσιν καὶ τὸ τέλος τοῦ ἐλαίου), que era responsable de los comerciantes y se le exigía tener especial vigilancia contra los intentos de vender a precios superiores a los fijados por la corona, y contra el contrabando, para el que había duros castigos. El precio del aceite era desaforadamente alto, mucho más alto que el del mejor aceite de oliva en Grecia, y el rey sacaba un provecho enorme de su monopolio para cuya protección se imponían unos derechos de aduana elevados (50 por 100) al aceite de oliva importado, incluso al que venía de los dominios tolemaicos. Además, los concesionarios del comercio de carne (μάγειροι), que tenían gran cantidad a su disposición, eran vigilados ciudadosamente y su comercio estaba sujeto a regulaciones especiales. No satisfecho con esta ganancia, el rey hacía pagar al público un impuesto especial (ἐλαική), quizá un impuesto *per cápita*, por el derecho a usar el aceite monopolizado. El impuesto estaba destinado probablemente a cubrir el coste de producción (106).

Era natural que estas regulaciones minuciosas, que estaban en continuo conflicto con los intereses del público, llevasen a repetidas infracciones de la ley por parte de los tenderos al por menor y los clientes. El espionaje, las denuncias y los registros domiciliarios estaban a la orden del día. Muchos documentos dan un vivo cuadro del modo como el monopolio del aceite influía en el Fayum.

Tejidos. La manufactura de tejidos presentaba un problema más difícil y complicado. Las fábricas de lienzo eran una antigua especialidad de Egipto. Seguían en importancia los paños de lana, y finalmente los distintos productos en que se utilizaba el cáñamo, especialmente requerido para jarcias de barcos. Al tratar de las manufacturas textiles hay que tener en cuenta la extensión que había alcanzado el hilado y tejido en las casas privadas y el gran desarrollo de la industria textil de los templos. Naturalmente, en las leyes de Filadelfo las tres ramas de la industria textil —lana,

lino y cáñamo (ἐριηρά, ὀθονιηρά, στύππιον)— se tratan en el mismo y único capítulo. Pero en las instrucciones del *dioecetes*, dadas en *Teb.*, 703, se trata sólo de las manufacturas de lana.

Me inclino, pues, a pensar que los tres departamentos estaban organizados según las mismas directrices generales, pero cada uno tenía sus rasgos peculiares.

La rama mejor conocida es la de la industria del lino, y aun en ésta hay muchos puntos oscuros. El esquema general de la organización presentada en *Teb.*, 703 (nuestra mejor fuente de información) parece coherente. La organización era muy parecida a la de la manufactura de aceites vegetales. Es probable que la producción de lino no fuese libre, sino intervenida por el gobierno (*Teb.*, 769), y que fuera entregada al Estado una determinada cantidad, mientras que el resto quedaba libre. Para subvenir a las necesidades del Estado, y quizá también para fines de venta y exportación, el rey tenía sus propias factorías de lino. Tejedores especialmente adiestrados, dispersos por todo el país, trabajaban para él, algunos en las factorías gubernamentales, pero la gran mayoría en sus propias casas, donde tenían sus propios telares. Cada año la manufactura de una cierta cantidad de paño y vestidos era asignada por la administración central a cada uno de los nomos; la obra era entonces distribuida entre las ciudades y los pueblos del nomo, y sus lotes distribuidos entre los tejedores. Con estos tejedores el gobierno hacía contratos. Cada uno de ellos recibía un pedido separado por una cierta cantidad de paño y vestidos cuidadosamente especificados, a veces para ser adornadas con bordados. Según parece, el hilo, el nitro y el *kiki* para lavar la tela eran suministrados a los tejedores por el gobierno. No sabemos quién hilaba. Después de la entrega del paño y los trajes según el pedido y su cuidadoso examen por el ecónomo, los tejedores eran pagados de acuerdo con una tarifa (διάγραμμα). En el caso de faltar cantidad o calidad, los tejedores eran cargados con la diferencia según el διάγραμμα (probablemente el mismo antes mencionado). Cuando no trabajaban los telares eran cerrados a los tejedores y guardados bajo sello en los almacenes de la capital del nomo.

Los documentos concernientes a la venta o uso de los productos entregados por los tejedores es muy escaso. *Teb.*, 703, es mudo a este respecto, y la información obtenida de otros documentos es contradictoria. No puedo discutir aquí el problema. En mi opinión, los paños y trajes tejidos en los talleres reales, o fabricados

para el rey por los particulares, se destinaban a proveer ante todo y sobre todo a las necesidades del propio rey y de su enorme corte. Algunos productos más finos pueden haberse vendido a mercaderes extranjeros. Ignoramos de cuántos se disponía para el mercado egipcio y en qué condiciones. Tampoco hay testimonios sobre las restricciones impuestas a la producción casera y a las factorías privadas. Los templos producían aún, probablemente en gran escala, el lino fino llamado *biso*. Parte de él era entregado al rey, quien era muy rígido en la ejecución de sus pedidos, tanto en lo referente a la calidad como a la cantidad. Lo mismo que los tejedores reales, los templos tenían que responder del paño que dejaban de entregar y debían pagar ciertas multas por la tela que no alcanzaba las medida y calidad exigidas. No es improbable que algunos de estos tejedores particulares tuvieran un permiso o licencia (por lo que sin duda pagarían) para producir mercancías con destino al mercado general. No sabemos exactamente si estos productos se vendían o no a un precio fijado por el gobierno o por los mercaderes con licencia especial del gobierno. Los templos tenían el derecho a vender el biso a los mercaderes extranjeros. Una inscripción nos informa de que un mercader árabe, que era al mismo tiempo sacerdote de un templo egipcio, importaba algunos *aromata* de Arabia y entregaba en cambio biso de su propio templo (véase pág. 377) (107).

Aún más escasa es nuestra información en lo referente a la manufactura de paños de lana. En este terreno los Tolomeos tenían que ser muy prudentes. Trajes de lana, tapetes, alfombras y colchones eran usados especialmente por los griegos. Los egipcios vestían trajes de lino y usaban colchones de cañaheja, hojas de palma y otros materiales. Los griegos llevaron consigo la costumbre de que sus trajes y los de sus familiares fueran tejidos por sus propias esposas y criadas. Todo el mundo recuerda la descripción que hace Teócrito de un ama de casa de Alejandría furiosa con su marido porque le había comprado lana sucia e inferior en el mercado. En estas circunstancias, dudo mucho de que los Tolomeos impusieran restricciones de gran alcance al mercado lanero o a la producción casera de tejidos y vestidos de lana. Pudieron haber tenido sus propias factorías laneras en Alejandría en el siglo I a. de J. C.*, pero no es probable que creasen algo semejante a un monopolio real de tejido de lana y al comercio

* Orosio, *Hist. adv. paganos*, VI, 19, 20.

lanero. No hay duda de que ciertos requerimientos especiales del gobierno (por ejemplo, la entrega de un género especial de tejidos de lana llamados sirios (συρίαι), muy usados en el ejército) eran satisfechos por manufactura obligatoria realizada por obreros especializados, y organizados de la misma manera que los tejedores de paños y vestidos de lino. Pero esto era una excepción. Poseemos muchos documentos que hablan del comercio lanero en términos que hacen pensar en su libertad. Por ejemplo, conocemos por la correspondencia de Zenón que Apolonio tenía talleres en Menfis y quizá en Filadelfia en los que se producían grandes cantidades de tela de lana; y sabemos que estos talleres trabajaban tanto para las necesidades de los empleados de Apolonio en su dominio como para el mercado general. No creo que este caso sea excepcional. Muchos documentos hablan de trajes, quizá la mayoría de lana, vendidos por diferentes gentes. En conjunto, parece probable que la manufactura de telas de lana fuera organizada según las mismas líneas generales que la de lino, pero con menos restricciones (108).

Cerveza. Como artículo de consumo, la cerveza fabricada de cebada sólo cedía en importancia a los aceites vegetales. La cerveza era la bebida nacional de Egipto. Se consumía, especialmente en la época de calor, en grandes cantidades. Desde tiempo inmemorial, había existido en Egipto una industria especial de cerveceros profesionales, que producía una cerveza mucho mejor que la fabricada en casa. En la época tolemaica, estos cerveceros profesionales formaban gremios locales al servicio del Estado. No se sabe si éste permitía la fabricación casera de la cerveza. No era fácil evitarlo, incluso para el Estado tolemaico. En todo caso, la producción comercial de cerveza y su venta en cervecerías estaban concentradas en manos del Estado. Los cerveceros (ζυτοποιοί) eran concesionarios del gobierno. Recibían del rey una determinada cantidad de cebada (σύνταξις), y la cerveza fabricada de ella la vendían directamente a los consumidores o la pasaban a los minoristas. Agentes especiales del gobierno (πιστολογευτής y ταμίας) estaban encargados de su inspección. Además de pagar un alto precio por la cerveza, el público pagaba por el derecho a comprarla; seguramente había un gravamen especial por el permiso de hacerla en casa. Como en otras ὠναί, «contratistas» especiales suscribían la recaudación de este ingreso por el gobierno (109).

Sal. Es bien conocido el importante papel que desempeñaron en la historia los impuestos sobre la sal; por ejemplo, en Fran-

cia antes de la Revolución, en Italia (los famosos *sale e tabacchi*) y en Rusia. En la antigüedad tenemos noticia de que la sal estaba sujeta a una regulación especial en muchos estados, entre ellos, la república y el imperio romanos y varias monarquías helenísticas (véase nota 258 de este capítulo, sobre los seléucidas). Era tan fácil como provechoso para el gobierno el monopolio de la producción y venta de la sal, y ciertamente ningún otro bien de consumo era usado por tan gran número de consumidores. No es sorprendente, pues, que el monopolio de la sal fuese estricto y total en Egipto. Desconocemos completamente cómo estaba organizada la producción. Se la obtenía de minas de sal, de lagos salados y de agua del mar. No hay duda de que las salinas pertenecían al gobierno y eran explotadas lo mismo que las minas y canteras. Después la sal era vendida exactamente lo mismo que el aceite y la cerveza. El gobierno vendía la sal al público por medio de mercaderes autorizados por todo el país, y también en grandes cantidades y a un precio reducido, directamente por el gobierno a cuerpos privilegiados, como el ejército, los sacerdotes y los oficiales. Todo habitante de Egipto (con la excepción de las clases especiales que estaban exentas por real orden), además de pagar por la sal que consumían, satisfacían el impuesto de la sal (ἁλική), del cual se conservan muchos recibos. El precio era elevado, y el impuesto pesaba sobre la población, especialmente porque era estrictamente administrado. En el siglo II a. de J. C. el odiado impuesto fue probablemente reformado. En la época romana aún perduraba en el nomo de Arsínoe. La abundancia de documentos sobre este impuesto probablemente no se debe a la casualidad. Es casi seguro que era mucho más opresivo que otros impuestos semejantes relacionados con los monopolios (si es que podemos suponer que la existencia de estos impuestos puede darse como probada), desempeñando casi el papel de un impuesto de capitación (110).

Nitro y alumbre. El nitro y el alumbre eran tratados de la misma manera. Como la sosa mezclada con aceite de ricino se usaba como jabón, principalmente por los bataneros (γναφεῖς, στιβεῖς) y lavadores (πλυνεῖς), estos artesanos pagaban todos un impuesto especial (νιτρικὴ πλύνου) por el derecho de comprar sosa de la corona.

Cuero. De menos importancia era el comercio del cuero (δερματηρά), que estaba organizado por el gobierno de una manera similar al comercio del lino.

Papel. La producción de papel del famoso papiro egipcio era un asunto no sólo de importancia local, sino internacional. La demanda de papiro, tanto en Egipto como en el extranjero, era muy grande. Que lo era en Egipto lo sabemos con certeza. Se han encontrado en el país miles de documentos oficiales, y con ellos muchos fragmentos de libros y cartas particulares, escritos todos en papiro. Es interesante ver cómo el uso del papiro aumenta rápidamente en Egipto en la época tolemaica: mientras los documentos de la época de Soter son raros, bajo Filadelfo se hacen muy corrientes. Esto, ciertamente, no es accidental. Sin duda alguna, durante los reinados de Soter y Filadelfo la producción de papiro fue mejorada y aumentada, y el precio del rollo de papiro bajó a causa de esto. Esta suposición está confirmada por un documento, recientemente publicado, de los archivos de Zenón: una cuenta de 258-257 a. de J. C. que trata de la compra de rollos de papiro (χάρται) y de su distribución entre las distintas oficinas del administrador general económico de Tolomeo II, Apolonio (*P. Col. Zen.*, 4). Los rollos eran muy baratos, tres óbolos y medio cada uno. Se empleaban no sólo para escribir, sino también como papel de envolver (ibíd., 10: εἰς ἐνειλήματα καρπάσ[ων]). Por desgracia, no sabemos el tamaño de los rollos usados en las oficinas de Apolonio. En todo caso, dos hechos se indican en este documento: había producción masiva de rollos de papiro en Egipto en el reinado de Filadelfo, y su precio era muy bajo.

Tampoco decrecía el consumo de papiro en el mundo griego y latino. Sin duda, en Siria y en el Asia pergamena, después de Átalo I, se usaba principalmente el pergamino, y no es improbable que seléucidas y atálidas impusieran algunas restricciones a la importación de papiro en Siria y el reino pergameno. No obstante, el resto del mundo usaba el papiro. Sabemos, por ejemplo, que la administración del templo de Delos compraba anualmente una provisión de papiro para sus cuentas. Lo mismo hacían miles de ciudades y templos de Grecia, y decenas o cientos de miles de particulares en todas las partes de Grecia, en toda el área de colonización griega y en Italia.

Así aumentó rápidamente la demanda de papiro, y la producción siguió a la demanda. Sabemos muy poco de cómo se organizó esta producción en la época de Filadelfo, ni quién cultivaba las plantaciones de papiro. Con toda probabilidad, éstas eran arrendadas por el gobierno a cultivadores especializados,

que las cuidaban. Estos cultivadores entregaban el papiro a factorías locales, donde se hacían los rollos de distintos tamaños; los tallos de papiro no podían transportarse a largas distancias porque el papel se hacía exclusivamente de tallos recién cortados. En estas factorías se empleaban muchos artesanos expertos, que los Tolomeos habían heredado de épocas anteriores. Conocemos imperfectamente la manera como estaban organizadas estas factorías y como se vendía el producto ya terminado. Un documento de 159 a. de J. C. (*Teb.*, 709) muestra que en esta época existía un «departamento de papel» especial, una ὠνὴ χαρτηρά. En este departamento, un oficial nombrado «inspector de la venta del papel real» (ὁ πρὸς τῆι διαθέσει τῶν βασιλικῶν χαρτῶν) vigilaba la venta del «papel real», que expendían minoristas que pagaban por el derecho de venta exclusiva. Estos mercaderes tenían clientes obligados, como, por ejemplo, los notarios públicos, a quienes no se permitía comprar el papel a minoristas particulares (ἰδιωτικὰ φορτία). Así, pues, en el siglo II a. de J. C. había una especie de monopolio parcial de papiro. El rey producía su propio papiro en sus factorías para clientes obligados. Al lado de esto existía papel manufacturado particularmente y vendido por tratantes particulares (probablemente con licencia) bajo la inspección de la administración de la ὠνή.

Tal era aproximadamente el estado de cosas en el siglo II antes de J. C. Del III no tenemos información. La correspondencia de Zenón muestra que éste y Apolonio compraban su provisión de papiro en el mercado libre. Algún papel se hacía para ellos por encargo especial. Por otro lado, la existencia del «departamento del papel» o «contratación del papel» (χαρτηρά, es decir, ὠνή) es un hecho establecido. También conocemos la existencia de un impuesto especial llamado χαρτηρά, impuesto quizá parecido al de ἁλική. Podemos pensar que en la primera época tolemaica el gobierno se satisfacía con una intervención estricta sobre la producción privada y con una participación en sus productos, pero no poseía factorías propias. Si en aquella época y más tarde los templos conservaron o no el derecho de manufacturar papel para sus propias necesidades y quizá papel de calidad especial, lo mismo que manufacturaban biso, no hay testimonio para demostrarlo.

Tampoco tenemos ninguna información exacta que se refiera a la organización del comercio exterior del papel, ni de la parte que en este comercio tenía el rey. El material delio es difícil de interpretar. No hay duda de que en 296 a. de J. C. el precio de un

rollo de papel (χάρτης) en Delos era de unos tres óbolos, mientras que en 279 subió a dos dracmas o un poco menos. El precio volvió a bajar después de 267 a. de J. C. Esta rápida subida de precio ha sido explicada por Glotz como debida al establecimiento de un monopolio de papiro en Egipto por Filadelfo. Pero hay muchas objeciones a esta teoría. No sabemos si hubo un monopolio del papiro en Egipto a comienzos de la época tolemaica, ni qué clase de rollos fueron comprados en Delos en 296 y 279 respectivamente, es decir, si los rollos eran del mismo tamaño y calidad; y finalmente, no podemos comparar los precios que predominaban en Egipto con los que prevalecían en Delos, puesto que un rollo variaba de tamaño y calidad (111).

Baños. El rey sacaba grandes ingresos de los baños (βαλανεῖα). Nuestras fuentes sobre su administración, aunque abundantes, son contradictorias y oscuras. Sabemos que los baños pagaban al rey la tercera parte de sus ingresos (τρίτη). Al mismo tiempo hay frecuentes menciones del pago de un φόρος. No sabemos si estos dos pagos son idénticos. Al parecer, el alto impuesto pagado por los dueños particulares de baños podría sugerir que el rey consideraba como cesión de un derecho el permiso dado para construir y administrar los baños. Hay algunas indicaciones en nuestras fuentes de que el rey en persona poseía varios baños que arrendaba a particulares. La gran cantidad de combustible de que disponían los reyes y el libre uso de agua en ciudades y aldeas tal vez los indujeran, especialmente en los primeros años de su dominación, a construir varios baños. Puedo recordar al lector que los baños públicos eran una innovación griega y que su construcción en los primeros años del gobierno tolemaico era una empresa arriesgada, una especie de obra de innovador. Sin embargo, el rey no impedía a los particulares el participar en estos negocios, siempre que accedieran a pagar por ello un impuesto muy alto (112).

«*Aromata*». Finalmente, debemos mencionar la intervención por parte del rey del comercio del incienso, la mirra, la canela, la casia, etc., productos conocidos con el nombre de ἀρώματα, la mayor parte importados a Egipto de Arabia, África oriental e India. Tanto el consumo privado de estos productos como materia prima o transformados en perfumes, ungüentos, etc., como su exportación estaban, en gran medida o del todo, bajo la administración real. Al parecer, los precios que les ponían los minoristas eran fijos (113).

Parece, pues, cierto que además de la intervención estricta de la agricultura, que le suministraba un gran ingreso en productos alimenticios y materias primas, y de la minería, canteras, pesca, caza, etc., el rey intervenía, en algunos casos de un modo completo y en otros parcial, otras muchas ramas de la actividad económica. La producción y venta de los bienes de consumo básicos estaban, pues, en sus manos, y eran administradas por un sistema bien calculado. De esta fuente sacaba enormes ingresos.

Es imposible fijar exactamente cuántas ramas de la producción estaban organizadas de la manera descrita, pero es importante notar que las escasas fuentes a nuestra disposición no mencionan ninguna rama de la producción, agrícola o industrial, que no esté regulada y hasta cierto punto administrada de una manera u otra por el Gobierno. Lo mismo puede decirse del comercio. Hemos visto cómo algunos de los bienes monopolizados llegaban a la población mediante minoristas que eran, de hecho, agentes del gobierno. Lo mismo puede afirmarse prácticamente, de todas las demás ramas de la producción respecto a las cuales la suerte nos ha conservado noticias. Los comerciantes que aparecen en los documentos son todos concesionarios del gobierno, hombres que a cambio del pago de unos derechos recibían una licencia y sólo tenían derecho a tratar en ciertas mercancías. De cuando en cuando tenemos noticias de estos concesionarios que venden vino, pan, carne, queso, carne y pescado salados, incluso lentejas cocidas, semillas de calabaza tostadas, ladrillos y joyas. Para algunas mercancías había precio fijo, para otras no, pero todas las ramas del comercio eran intervenidas por el gobierno. Hay un pasaje muy instructivo en *Teb.*, 703, líns. 174 y sigs. en que el dioceta da al ecónomo estas directrices: «Cuide también de que las mercancías en venta (ὤνια) no se vendan a precios más altos de lo prescrito. Haga asimismo una cuidadosa investigación de las mercancías que no tienen precio fijo y a las que los vendedores pueden poner el precio que quieran; y después de señalar una ganancia justa sobre las mercancías en venta...*, disponga de ellas» (114).

Transporte. Tal era la administración de la producción y venta dentro del país. Los negocios de transporte estaban orga-

---

* El coste y la demasía añadida al mismo componen el precio de venta; la ganancia del contratista es lo que queda después de la deducción de lo pagado al Gobierno.

nizados según los mismos principios generales. Por supuesto, el transporte privado no estaba estrictamente regulado, aunque se pagaban impuestos por los animales de tiro, especialmente los asnos, y se exigían pagos especiales a los que se ocupaban profesionalmente en negocios de transportes (ὀνηλάται). Lo mismo ocurría probablemente con el transporte por agua en barcas de distinto tamaño. En muchos textos hay menciones de barcos de propiedad privada, y también de animales de tiro de propiedad particular. Apolonio, por ejemplo, poseía muchos medios de transporte por tierra y agua que usaba para sí mismo, para su estado mayor y para la conducción de los productos de sus fincas. Un jefe especial estaba encargado de su flota. Pero el caso de Apolonio puede haber sido excepcional. Como en otros muchos casos, tampoco en materia de barcos podemos decir si él tenía tantos a su disposición como dioceta del rey o como particular; los barcos formaban parte de su *dorea*.

El transporte era cosa muy importante en la economía de los Tolomeos. Las exigencias militares en tiempo de paz y guerra; los frecuentes viajes del rey, de su estado mayor y de sus distintos empleados; el servicio postal gubernamental, y concretamente el transporte de enormes cantidades de grano y otros productos desde los lugares de producción hasta los almacenes reales de Alejandría y otros puntos del país (χώρα), todo esto exigía miles de animales de carga y conductores, y cientos o miles de barcos grandes y pequeños, con sus tripulaciones.

Como otros propietarios de «casas», los reyes tenían a su servicio medios de transporte propios: caballos, camellos, asnos, mulas y carruajes, carretas, etc., por un lado, y botes de varios géneros, desde los enormes *dahabiehs* hasta los modestos barcos de grano con sus tripulaciones, por otro. Sobre la organización de este departamento de la casa real, excepto por lo que se refiere al servicio postal (del que no puedo hablar aquí), estamos muy imperfectamente informados. Los conductores y remeros eran probablemente indígenas libres que servían por contrato, pero en caso de necesidad eran obligados al servicio.

Sin embargo, en tiempo de guerra, de importantes movimientos de tropas dentro del país, o de largos viajes de inspección del rey, y todos los años en la época de la cosecha, cuando se movilizaban por carretera, río o canales millones de quintales de grano y otros productos, los medios de transporte poseídos por el rey eran insuficientes. En estas circunstancias los Tolomeos hacían

pleno uso del derecho inmemorial del gobierno a requisar para estos fines hombres, animales de tiro y barcos. En épocas normales la movilización de medios privados de transporte se efectuaba mediante contratos con sus poseedores; se hicieron contratos en particular con conductores de asnos profesionales (ὀνηλάται) y marineros profesionales (ναύκληροι). Pero en caso necesario los Tolomeos habrían recurrido al antiguo sistema de ἀγγαρεῖαι y habrían obligado a los animales de tiro, hombres y barcos, a prestar servicio obligatorio al gobierno: una pesada y odiada forma de liturgia (115).

Requisas. Estrechamente relacionadas con el transporte estaban las requisas de alimentos y otros abastecimientos para el rey, el ejército y los altos oficiales, cuando marchaban de una parte a otra. Estos auxilios requisados eran conocidos por el nombre de ξένια («regalos») o παρουσία y κοίτη. No conocemos exactamente hasta qué punto se empleaba la requisa para alimentar a los soldados en marcha o estacionados en el país, especialmente en la época de los primeros Tolomeos*[1]. Sin embargo, es muy probable que si se pagaba algo por lo requisado, se hiciera tomando como base los precios fijados por el gobierno. Ésta era la práctica, por ejemplo, en casos de compra de grano por el gobierno, que era con frecuencia una forma de requisa (ἀγοραστός, συναγοραστικός, βασιλικὸς πυρός o σῖτος) (116).

Impuestos. A las numerosas cargas descritas que gravitaban sobre la población hay que añadir los impuestos regulares. Ya se han mencionado mucho estos impuestos, tales como los pagados por los granjeros y terratenientes de distintos tipos, por los artesanos y por el público en general (impuestos *per cápita* relacionados con los monopolios). Además de estos impuestos había una gran variedad de otros, cuya enumeración y clasificación no se relaciona directamente con el asunto de este libro. Sin embargo, puede decirse que no parece que se haya establecido una capitación personal sobre la población bajo los primeros Tolomeos. Por otra parte, había impuestos detallados sobre la propiedad, por ejemplo, de casas y esclavos; sobre los actos legales relacionados con la propiedad, tales como el registro de documentos privados y la καταγραφή*[2], ventas (ἐγκύλιον), subastas y herencias; so-

---

*[1] Se encontrará alguna información sobre este tema en *P. Ryl. Zen.*, 9 (251 a. de J. C.) y *Teb.*, 729 (siglo II a. de J. C.).

*[2] El significado de καταγραφή es discutido con ardor por los eruditos modernos. Sobre el estado actual de la controversia, véase:

bre el comercio exterior, tanto de exportación como de importación; sobre el comercio interior, en lo que se refería al intercambio de mercancías entre el Alto y el Bajo Egipto; sobre el uso de puertos, desembarcaderos, caminos, etc. Ya he señalado que los impuestos estaban altamente diversificados, y que, por ende, eran muy opresivos (117).

Condiciones sociales y económicas en Egipto

El sistema económico de los Tolomeos, tal como lo hemos bosquejado anteriormente, estaba inspirado por un motivo: la organización de la producción con el fin primordial de hacer al Estado —en otras palabras, al rey— rico y poderoso. Todo el esfuerzo del pueblo se concentraba en este objeto principal. Todos eran requeridos para trabajar, primero y sobre todo, para el Estado, de acuerdo con un plan ideado por el gobierno, cuidadosamente ejecutado por la administración y rígidamente reforzado por toda clase de sanciones; la responsabilidad material y la responsabilidad individual estaban juiciosamente combinadas.

Los indígenas egipcios. A las distintas clases de la población les quedaba muy poca iniciativa u oportunidad de promover sus intereses privados. El margen de provecho individual era muy escaso. Para los indígenas egipcios era casi nulo, dado que sobre ellos pesaban las cargas más onerosas. Debo recordar al lector que la mayoría de los indígenas estaban de una manera u otra ligados al trabajo por el gobierno, tanto si eran labradores reales como si constituían cualquiera de los distintos grupos de «pecheros» (ὑποτελεῖς) y «hombres relacionados con los ingresos» (ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις): obreros de las factorías, guardianes de rebaños y manadas, cazadores y pescadores profesionales, mercaderes por menor, remeros y marineros, mineros y canteros, etcétera. Además de a su trabajo habitual, estaban sujetos a muchos servicios obligatorios. Muy a menudo su diaria rutina era interrumpida por el trabajo obligado en canales y diques, y de cuando en cuando en minas y canteras, probablemente en la pesca y la caza, en la plantación y transporte de árboles. No conocemos exactamente la forma legal que asumían estas relaciones.

A. B. Schwarz, *Actes du V[e] Congr. Pap.*, 1938, págs. 381 y sigs.; E. Schönbauer, *Arch. f. Pap.*, XIII (1938), págs. 39 y sigs.; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, 1938, págs. 286 y sigs. (que traduce «droits de mutation»); cf. F. G. Brown, *A. J. A.* XLII (1938), pág. 613.

Es probable que en muchos casos fueran de carácter contractual. Pero los contratos entre el gobierno y los que trabajaban para él eran de un género particular. Por lo regular contenían una importante cláusula por la cual en caso de no pagar las deudas «la ejecución se hará como es costumbre en el caso de las reclamaciones reales» (ἡ πρᾶξις ἔστω πρὸς βασιλικά en el caso de las deudas al gobierno, y ὡς πρὸς βασιλικά en el de las deudas privadas). Un documento recientemente descubierto muestra que esta fórmula implicaba el derecho del gobierno a exigir por vía de ejecución contra la persona lo que se debía a la corona, lo que significaba encarcelamiento o esclavización. Este documento se refiere a las condiciones de Siria. Trata de los λαοί, de la clase trabajadora solamente. ¿Quiere esto decir que la sujeción a la esclavitud se limitaba a ellos? La misma regla se aplicaba probablemente al Egipto propiamente dicho.

Aún más dependientes del gobierno o del rey, y sobrecargados de trabajo y abrumados de responsabilidad, estaban los indígenas obligados al servicio real como miembros de algunas de las distintas clases de guardias que había. A éstos, en sus diversas esferas, se les encargaba vigilar atentamente a cuantos trabajaban para el Estado, especialmente en el campo de la agricultura. Su responsabilidad, tanto personal como material, era pesada, y repugnante su trabajo. No es extraño que tratasen por todos los medios de rehuir esta obligación. También implicaba más responsabilidad que provecho el desempeño de los oficios menores de la administración real que estaban abiertos a los indígenas, tales como los de cabeza del lugar (κωμάρχαι) y los escribas de lugar (κωμογραμματεῖς). Éstos gozaban, por supuesto, de una posición prominente en los pueblos, pero su trabajo era duro y complicado; había una cierta posibilidad de provecho en ello, pero en lo principal, en los pueblos los cargos eran *munera*, no *honores*, y su desempeño implicaba más peligro y responsabilidad que disfrute de prestigio y provecho.

Por supuesto, no hay fundamento alguno, como ya he dicho, para hablar de las clases trabajadoras como de siervos comparables a los de las monarquías orientales y templos, o aquellos de cuya existencia tenemos testimonios ocasionales en el mundo griego o en las tribus de Europa central. Los λαοί egipcios no estaban estrechamente ligados a sus profesiones o a su lugar de residencia; poseían bastante libertad social y económica en general, y libertad de movimientos en particular, y sus relaciones nor-

males con el gobierno, en cuanto concernían a su actividad económica, eran contractuales; el servicio obligatorio que se les exigía era remunerado (aunque a bajo precio). Sin embargo, no eran enteramente libres. Estaban vinculados al gobierno y no podían escapar de su vínculo, porque de él dependían sus medios de subsistencia.

Este vínculo no era nominal, sino efectivo. Oficiales reales y recaudadores de impuestos se entrometían en los asuntos domésticos de los que trabajaban para el gobierno, ya que toda acción de los obreros podía afectar a los «ingresos» del rey, cosa sagrada a los ojos oficiales, meta última hacia la que todos los esfuerzos debían dirigirse. Estos obreros entendían muy bien que el gobierno estaba interesado en su existencia principalmente porque la seguridad de sus ingresos dependía de su trabajo. Así, en sus frecuentes peticiones, los trabajadores apelan no sólo a la justicia del rey y a su equidad, sino también, muy a menudo, al hecho de que el mal trato sufrido por el peticionario podía impedir a éste trabajar, lo cual redundaría en detrimento de los ingresos reales. No es sorprendente que en estas condiciones los λαοί mostraran poco entusiasmo ni energía ni actividad creadora en su trabajo.

No es posible decir qué proporción de indígenas no estaba de ningún modo ligada al gobierno. Sacerdotes, oficiales de la corona (incluyendo muy pocos de alta categoría) y propietarios particulares de tierra estaban más o menos fuera del círculo de vinculación directa, y los artesanos libres, si existían en Egipto, estarían en la misma situación. Pongo muy en duda que hubiera muchos indígenas que ganaran su vida como trabajadores asalariados sin ejercer otra profesión al mismo tiempo. Las mujeres y los niños, por supuesto, no estaban vinculados al gobierno (118).

Esclavos. El papel desempeñado por la esclavitud en la vida social y económica de Egipto se conoce de modo muy imperfecto. Hay que distinguir dos formas de esclavitud, la indígena y la griega. La primera era el resultado de una forma u otra de vinculación, y tenemos poca información sobre ella. La segunda fue importada en Egipto por los griegos. La forma indígena de esclavitud mejor conocida para nosotros es la de los templos o *hierodulia*, de la que he hablado antes y volveré a hablar más adelante. Era el fundamento económico de las actividades de los templos, y ciertamente evitaba que penetrasen en ellos los esclavos importados y la forma griega de esclavitud. En la vida de las masas de la población egipcia la esclavitud —en cualquiera de sus for-

mas— no pudo desempeñar un papel importante. Un labrador real o un obrero de uno de los monopolios no era nunca bastante rico para mantener esclavos, fueran indígenas o importados, ni tan pobre como para ofrecer trabajo barato a todo el que lo necesitase. Esto hacía casi imposible el desarrollo en Egipto de la esclavitud, de la clase que fuere, en cualquier escala.

El único grupo importante de habitantes de Egipto que quería y podía tener esclavos indígenas o importados era el constituido por sus nuevos amos y gobernantes: el rey y su corte y casa, los altos funcionarios, los jefes, oficiales y soldados de su ejército (que a menudo aparecen en sus tumbas acompañados por esclavos), y los miembros de la burguesía griega e indígena helenizada, que aumentaba gradualmente. Todos ellos estaban acostumbrados al empleo del trabajo esclavo y muchos no podían existir sin él. En Egipto encontraron (especialmente durante las grandes guerras exteriores de Soter, Filadelfo y Evérgetes y después de ellas) un mercado de esclavos bien abastecido de material humano, y ellos sabían cómo reducir a la esclavitud a algunos de los indígenas con quienes estaban en relaciones comerciales. Sus esclavos los empleaban principalmente para el trabajo doméstico, pero ciertamente también intentaban utilizar el trabajo esclavo en la industria y el comercio, principalmente en Alejandría. No veo razón para pensar que en lo que se refiere al fundo de Apolonio no se empleó trabajo esclavo al mismo tiempo que trabajo asalariado. Sin embargo, no debemos sobrestimar el número de esclavos en las casas de los amos y gobernantes de Egipto. Su aumento no fue favorecido por el rey, que imponía considerables restricciones a la expansión de la forma griega de esclavitud, oponiéndose a la esclavización de indígenas, limitando el número de esclavos exportados e importados y poniendo altos impuestos a su comercio interior.

En suma, la esclavitud, como factor económico fue de menor importancia en el Egipto tolemaico que en otras partes del mundo helenístico (119).

Sacerdotes. Como los funcionarios reales inferiores, los sacerdotes formaban una clase privilegiada de los indígenas. Gozaban de ciertos privilegios importantes, tales como la exención de trabajos obligatorios, que de hecho no siempre era respetada por la administración; se les permitía un cierto grado de autogobierno; y atendían a sus propios negocios profesionales sin injerencia por parte del gobierno. Sobre todo, sacaban algunos ingresos de sus

asuntos profesionales, de la agricultura como propietarios dentro de los límites de la tierra sagrada, y como inspectores de las industrias del templo y del comercio que estaba en sus manos. Pero, como hemos visto, una gran parte, quizá la mayor, de sus ingresos iba al tesoro real (βασιλικόν).

«Hieroduli». Nos agradaría saber más de los *«esclavos» de los dioses*, ἱερόδουλοι, que no pertenecían a ningún grado del sacerdocio pero trabajaban para los templos como labradores de la tierra sagrada (γῆ ἱερά), obreros en las factorías de los templos, guardianes de sus rebaños y obreros manuales (de ambos sexos) que desempeñaban diversas funciones relacionadas con la conservación de los edificios del templo y de distintas ceremonias religiosas. Llamarles esclavos en el sentido griego de la palabra, es una equivocación. Se necesita más luz sobre su particular condición, luz que sin duda será proyectada por los documentos demóticos que aún esperan publicación o estudio cuidadoso. ¿Eran los granjeros del templo un grupo de labradores reales (βασιλικοὶ γεωργοί)? ¿Eran los artesanos del templo de la misma clase que los ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις, los obreros «relacionados con los ingresos»? Para estas preguntas no hay todavía contestación (120).

Extranjeros. Así, pues, los indígenas de Egipto, exceptuando los funcionarios del gobierno, unos cuantos poseedores de tierra, y quizá los sacerdotes y algunos artesanos, tenían pocas oportunidades de enriquecerse mediante el ahorro, la energía y la capacidad para los negocios. A este respecto, la situación de otra clase privilegiada, los inmigrantes extranjeros que al establecerse en Egipto se hacían súbditos de los Tolomeos, era muchísimo más favorable.

No puedo estudiar aquí el estatuto político y legal de los extranjeros en los primeros años del Egipto tolemaico. El tema es controvertido y se han sugerido muchas soluciones a los problemas con él relacionados. Sin embargo, no hay duda de que podemos hablar de extranjeros —de los que millares de distintas clases y profesiones afluyeron a Egipto en el siglo III antes de J. C.— como de una parte separada de la población, perfectamente aparte de la masa de indígenas y subdividida en varios grupos, principalmente étnicos. El tránsito de un individuo de un grupo de indígenas a otro de extranjeros y viceversa, o de una subdivisión de extranjeros a otra, sin especial autorización del rey, estaba seriamente prohibida. Aunque for-

maban un grupo separado, desde el punto de vista del rey y del gobierno los extranjeros eran legalmente tan súbditos del rey como los indígenas, no obstante gozar de ciertos privilegios que les otorgaba la voluntad y decisión del rey. Los que no eran residentes o visitantes temporales —como fue durante algún tiempo la situación jurídica de la mayoría de los extranjeros en Egipto en los primeros días del régimen tolemaico—, sino que se encontraban asentados de un modo permanente en Egipto, se hallaban sujetos al pago de impuestos con que se les gravaba, como los indígenas, y no estaban exentos de los monopolios; tenían que participar en las cargas financieras extraordinarias impuestas al pueblo, y se suponía que realizarían cualquier obra que les pidiese el gobierno.

Sin embargo, en la organización de su vida y su situación de hecho había ciertas peculiaridades que los distinguían claramente de los indígenas y que los podemos llamar, sin temor a errar, privilegiados. El grupo mayor y mejor organizado, el ejército tolemaico, vivía su vida propia y peculiar privilegiada, gobernado por tradiciones hondamente arraigadas y por ordenanzas para oficiales y soldados dadas por el rey. Le seguían en importancia grandes grupos de colonos pretolomaicos y de inmigrantes que formaban los cuerpos de ciudadanos de las escasas ciudades griegas de Egipto: Náucratis y quizá Paretonio, Alejandría y Tolemaida. Sin duda se les permitía un cierto grado de autonomía, y su organización no era muy diferente de la de las *poleis* griegas en general.

La mayor parte de los griegos que vivían en el campo egipcio (la χώρα) a lo que parece no tenían gobierno autónomo reconocido por el Estado. Pero tenían sus instituciones educativas propias *(gimnasios),* que gozaban de ciertos privilegios, tales como poseer tierra y recibir su producto, y formaban asociaciones de carácter religioso, nacional o social. Lo más interesante e importante de estas asociaciones, aunque muy poco conocido, era los πολιτεύματα, nacionales, en su mayoría relacionados con el ejército. A cada uno de estos πολιτεύματα pudieron habérsele concedido derechos y privilegios especiales. Por ejemplo, el πολίτευμα de judíos de Alejandría tenía sus casas propias de oración y quizá su jurisdicción propia. De parecida importancia que los πολιτεύματα, y quizá relacionados con ellos eran las asociaciones de alumnos de los gimnasios (οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου), que mantenían con sus contribuciones y administraban estas institu-

ciones básicas de la vida griega en Egipto. Estos grupos también estaban estrechamente relacionados con el ejército territorial de los Tolomeos. Se organizaron tribunales especiales para los extranjeros y fue reconocida por el rey la validez del derecho civil griego incorporado al código legal de Alejandría y probablemente de otras ciudades griegas de Egipto y quizá de ciertas asociaciones nacionales (πολιτικοὶ νόμοι) aunque hay que destacar que sólo podía recurrirse a esta ley por los jueces griegos —*chrematistae*— y por los oficiales reales, que a veces actuaban como jueces, sólo en los casos que no estaban previstos por las leyes o las diferentes ordenanzas (προστάγματα, διατάγματα, διαγράμματα, etc.) del rey. Pero a este respecto la situación de los indígenas era similar. Éstos conservaron sus tribunales indígenas (λαοκρίται, jueces para los λαοί), que basaban sus veredictos en la legislación civil egipcia en defecto de las reales órdenes o reglamentos. Finalmente, por favor especial, los extranjeros, o más exactamente algunos de los súbditos no indígenas del rey, inmigrantes o descendientes de inmigrantes, probablemente estaban exentos del trabajo obligatorio, y ciertas clases de ellos, así como individuos, tenían privilegios especiales por lo que hace a los impuestos.

Sin embargo todos estos «privilegios», todas estas peculiaridades en el trato de los extranjeros, eran justamente lo que la palabra «privilegio» significa: mercedes del rey a individuos o grupos, y por ello revocables. No eran derechos reconocidos como tales por el rey (121).

También debemos tener en cuenta que una gran parte de la población extranjera de Egipto estaba de una manera o de otra al servicio del rey. Ya he hablado del ejército. En este caso las relaciones eran peculiares, pero de nuevo he de destacar que el ejército lo era del rey y no tenía deberes hacia el país. No era el ejército de Egipto, sino el ejército de cada uno de los Tolomeos. Por lo que se refiere a los extranjeros civiles, la mayor parte de ellos, o al menos aquellos de quienes tenemos alguna información, pertenecían a la casa privada (οἶκος) del rey. Eran sus servidores particulares. Y cada uno de ellos tenía su propia οἶκος, también con una serie de dependientes. Apolonio, el dioceta, tenía a su disposición sus propios hombres (οἱ παρὰ Ἀπολλωνίου o οἱ περὶ Ἀπολλώνιον, o incluso οἱ ὑπὸ Ἀπολλωνίου); el mayordomo de su dominio de Filadelfia, Zenón, tenía a su vez, su propia οἶκος; y también sus subordinados. Excepto para

las ciudades griegas, es difícil encontrar en la χώρα extranjeros que no perteneciesen a una u otra οἶκος, y no estuvieran bajo la protección (σκέπη) de sus empleadores. Los que no lo estaban eran considerados del mismo círculo de οἶκοι por la parte reservada para ellos en el sistema económico de los Tolomeos. Hablaré de ellos en seguida (122).

En suma, la situación de hecho de los extranjeros, social, política y económicamente, era diferente por completo de la de los indígenas, y mucho más ventajosa. Los altos funcionarios civiles eran todos extranjeros, como lo eran también los oficiales y soldados del ejército. Los ciudadanos de Alejandría y su población extranjera obtuvieron un estatuto «político» excepcional y muchas oportunidades de incrementar su prosperidad. En la agricultura los extranjeros tenían más posibilidad que los indígenas de llegar a ser propietarios y de sacar un importante producto de la tierra (123). En la industria eran contratistas, no obreros. En la administración de los impuestos, eran los inspectores, fiadores, suscriptores, y no agentes menores. La mayor parte de los bancos «reales» y privados estaban dirigidos por ellos. En una palabra, los extranjeros, aunque legalmente súbditos del rey como los indígenas, eran prácticamente los asociados y auxiliares del monarca, con el cual compartían el gobierno de los indígenas. El régimen de los primeros Tolomeos en Egipto a este respecto recuerda en cierto modo el establecido en los tiempos modernos por los países europeos en sus colonias, especialmente en la primera época del desarrollo colonial europeo. Las relaciones de los europeos con los indígenas en aquella época eran de dominación antes que de asociación, y la ambición de los colonizadores era principalmente la explotación del territorio colonizado para su propio beneficio material. Y así fue en cierta medida con los primeros Tolomeos y su círculo, aunque su gobierno sobre los indígenas quería ser más benévolo y realmente lo era.

Sin embargo, el poder de los extranjeros no debe ser sobrestimado. Los altos funcionarios tenían, por supuesto, gran influencia en los asuntos del país, pero eran enteramente dependientes del rey y de sus superiores. Su responsabilidad material y personal era grande. El semidiós de hoy podía caer mañana en desgracia, ser encarcelado y ejecutado, y serle confiscada por el rey la riqueza que había acumulado. Incluso los escasos recuerdos que tenemos contienen muchos ejemplos de estas caídas.

La misma suerte podían correr los funcionarios de segundo orden, como vemos por la correspondencia de Zenón. Eran criados del rey, y si se demostraba que eran deshonestos o ineficaces, el monarca no dudaba en indemnizarse confiscándoles sus propiedades. Con qué frecuencia sucedía esto, no podemos decirlo. Pero podía ocurrirle a cualquier funcionario en cualquier momento.

Oficiales y soldados. Hay que añadir unas palabras sobre algunas de las distintas clases de residentes extranjeros. Los oficiales y soldados del ejército tenían alguna oportunidad de enriquecerse. El servicio en la guardia personal del rey o en las guarniciones estaba probablemente bien remunerado. Una guerra afortunada traía pingües beneficios para el ejército victorioso. No sabemos cómo se comportaban los Tolomeos en cuestiones de botín, aunque sí estamos informados de que Filopátor después de Rafia dio una liberal bonificación a sus soldados, y algunos oficiales de Evérgetes y Filopátor se vanagloriaban de haber recibido regalos de oro de los reyes (124). Finalmente, cuando se establecían en el país en posesión de un *cleros,* tenían una fácil oportunidad de que prosperase su tierra, mejorándola con su trabajo, añadiéndole lotes de γῆ ἰδιόκτητος, plantando viñas, olivos y frutales. Los impuestos que pagaban los clerucos no eran tan altos como los de los labradores del rey (en concepto de ἀπόμοιρα pagaban un décimo del vino que producían, en vez de un sexto) y tenían mucha más libertad económica. Algunos clerucos tuvieron éxito como terratenientes; es difícil decir cuántos, aunque yo no calcularía que fuese una pequeña proporción. Los clerucos eran macedonios, griegos, tracios, sirios y anatolios; pertenecían, pues, a estirpes que producían trabajadores duros y hombres de energía e iniciativa. Y con todo había muchos obstáculos para su éxito económico. El servicio en el ejército en la época de Filadelfo no era una sinecura, y sus soldados estaban muy a menudo de servicio. En ausencia de los clerucos los fundos eran a veces tomados por el gobierno o eran administrados por extranjeros. Los clerucos no eran completamente libres en su trabajo agrícola. Estaban cuidadosamente vigilados y sufrían casi tanto como los indígenas de la deshonestidad e insuficiencia de los funcionarios y de las dificultades que provocaba la economía planeada de los Tolomeos. A veces los clerucos se veían obligados a vender el grano, no en el mercado libre, sino al gobierno a un precio fijado por éste (véase página 316).

Propietarios de tierra y casas. Que había una clase de propietarios acomodados de tierra y casas, aparte de los oficiales y funcionarios de la corona, y de los soldados asentados en el campo, está atestiguado no sólo por los testimonios antes aducidos, sino también por un hecho peculiar del sistema económico egipcio. Nuestra información sobre esto procede de ciertos documentos interesantes, la parte introductora de las llamadas leyes de los Ingresos de Filadelfo, que contienen las normas generales concernientes a la recaudación de impuestos (ὠναί) —el νόμος τελωνικός por excelencia—, y un documento similar posterior de la época de Epífanes (203-202 a. de J. C.) que contiene una serie de reglamentaciones de los impuestos que se recaudaban en el nomo oxirrinquita (*U. P. Z.*, 112). La información que reflejan estos dos documentos se completa con la sacada de varios otros que tratan de una manera u otra de los ὠναί.

Hemos visto cómo estaba organizada la vida económica de Egipto. Millones de productores, consumidores y contribuyentes, algunos de los primeros vinculados al gobierno por contratos, contribuían a la riqueza del rey. Sus contribuciones al tesoro real (βασιλικόν), a sus bancos (τράπεζαι), y a sus almacenes (θησαυροί), eran recaudadas por miles de agentes oficiales de distintas categorías, desde el más elevado funcionario hasta el humilde recaudador, los λογευταί. Estos funcionarios eran responsables ante el rey del cumplimiento de las obligaciones contenidas en los contratos que ligaban con el monarca a los cultivadores de la tierra y a las distintas clases de los ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις.

Arrendatarios de impuestos. En este bien equilibrado sistema con los contribuyentes de un lado y los recaudadores de otro, los Tolomeos introdujeron un tercer cuerpo de hombres relacionados con la recaudación de impuestos: un grupo de intermediarios, τελῶναι, arrendatarios de impuestos, individuos o asociaciones, a los que se asignaba un papel especial en la recaudación de los impuestos reales.

En Grecia estos agentes eran, de hecho, los recaudadores de los impuestos. Pagaban un tanto alzado al Estado, y de este modo adquirían el derecho a recaudar determinados impuestos. En Egipto era diferente. La recaudación material era deber de los funcionarios del Estado, que entregaban las sumas o mercancías recaudadas por ellos en los bancos o almacenes reales. Los τελῶναι de Egipto tenían muy poco que ver con la

recaudación propiamente dicha; pero tenían un vivo interés en ella y tomaban parte activa en la vigilancia tanto de los productores como de los recaudadores, puesto que por sus contratos con el rey, le garantizaban y suscribían la recaudación completa de un determinado ingreso, es decir, una cantidad especificada de bienes o una determinada suma de dinero. En caso de deficiencia, los τελῶναι, sus socios (μέτοχοι) y sus fiadores (ἔγγυοι) eran requeridos para completarla. En caso de insolvencia, el gobierno confiscaba y vendía la propiedad que había servido de garantía a los contratistas y sus fiadores. Por otra parte, si todo iba bien y la recaudación superaba lo previsto, esta demasía (ἐπιγένημα) era su ganancia, y además recibían del gobierno una bonificación o salario (ὀψώνιον).

Este sistema tolemaico de recaudación de impuestos, basado principalmente en el sistema griego, era ingenioso. Al introducir intermediarios entre los contribuyentes y los recaudadores, los Tolomeos protegían sus intereses con eficiencia. Dos grupos —los recaudadores y los arrendatarios de impuestos— responsables, ambos ante la corona, estaban empleados en sacar los impuestos a los contribuyentes. Sus intereses a este respecto eran idénticos y su colaboración hacía casi imposible para los contribuyentes eludir sus obligaciones. Por otro lado, la deshonestidad o laxitud por parte de los agentes afectaba a los intereses del grupo de los arrendatarios. De este modo los arrendatarios ejercían una fiscalización efectiva sobre los recaudadores. En este arreglo los que salían perdiendo eran los contribuyentes. Los recaudadores y los arrendatarios de impuestos estaban obligados bajo severas penas a recaudar la tributación completa, y poco les importaba que al final de la operación el contribuyente quedara arruinado o no. Para el rey, sin duda, era cosa de gran interés, e insistía en que los contribuyentes no fuesen maltratados, despojados o estafados. Pero por regla general, los funcionarios y recaudadores eran más fuertes que el rey.

La profesión de arrendatario de impuestos, aunque con riesgos, era probablemente remuneradora en conjunto. En la primera época tolemaica se presentaban muchos solicitantes de contratos, y no encontraban dificultad para las garantías. El número de contratistas parece haber sido relativamente grande, porque los impuestos recaudados eran numerosos, aunque no podamos decir cuantos eran. Aunque un hombre rico podía concertar varios contratos en diferentes lugares a la vez y concentrar una gran

parte de negocios en sus manos —como hizo Zenón, especialmente después de su retiro a la vida privada—, probablemente la regla general fue la dispersión de contratos más bien que su concentración. Debemos tener en cuenta que los ὠναί eran recaudados en la localidad, en el ámbito de un distrito que nunca sobrepasaba un nomo, y que se requería un conocimiento minucioso de las condiciones locales para que el recaudador calculase con acierto el importe del impuesto. Su trabajo no era una sinecura y requería su presencia personal e innumerables operaciones relacionadas con la evaluación y recaudación de cada tributo individual. La mayoría de los arrendatarios de impuestos eran, pues, hombres de la localidad, que estaban bien familiarizados con los contribuyentes y los recaudadores. Eran ciertamente hombres acomodados y con relaciones comerciales. Ellos y sus fiadores tenían que ofrecer buenas garantías, y éstas, corrientemente, tomaban la forma de propiedad de bienes: casas, viñas, huertos, tierra.

La burguesía griega. La existencia del sistema de recaudación de impuestos y monopolios muestra, pues, que había en Egipto en el reinado de Filadelfo una clase considerable de hombres acomodados, la mayor parte de los cuales tenían propiedades, hombres que poseían ahorros y estaban deseosos de invertir su dinero en negocios rentables. La gran mayoría de ellos eran griegos. Podemos inferir, de acuerdo con ello, que por esta época se había desarrollado una burguesía griega que no era idéntica ni a los funcionarios que trabajaban al servicio de la corona (a éstos les estaba prohibido solicitar contratos de impuestos o actuar como socios o fiadores de los arrendatarios de impuestos) ni a los clerucos.

De grado inferior, pero metidos en negocios similares, eran los miles de minoristas que arrendaban del gobierno el derecho a tratar en mercancías especiales y eran responsables ante él. Para estos negocios se necesitaba un cierto capital. Esta clase no estaba formada de griegos solamente. Los vendedores al por menor eran indígenas en su mayoría, pero su existencia atestigua el crecimiento, al lado de la alta burguesía, de una clase de pequeños burgueses estrechamente relacionada con la nueva organización de Egipto.

¿Quiénes eran los miembros de la burguesía griega? Algunos pudieron haber sido funcionarios retirados, oficiales o soldados, y sus descendientes; otros, los descendientes de los griegos esta-

blecidos en Egipto antes de la conquista de Alejandro. Pero muchos no pertenecían a ninguna de estas categorías. Eran, con toda probabilidad, emigrantes de Grecia que vinieron a Egipto no como soldados ni como funcionarios, sino como hombres que tenían alguna riqueza y buscaban una buena inversión para ella. He demostrado en un capítulo anterior cuán grande debía de ser el número de los que adquirieron algo de riqueza en tiempos de Alejandro y los diádocos. He tratado de demostrar al mismo tiempo la inseguridad de la vida en Grecia y en las islas. No nos extrañe, pues, que muchos griegos se vieran atraídos por la situación pacífica de Egipto y por su fama de Eldorado para los emigrantes.

En todo caso, en Egipto estaba en curso de formación una burguesía griega. Los Tolomeos eran conscientes de este hecho y abrían las puertas de su nuevo sistema económico a esta nueva clase. La perspectiva de compartir ganancias con el gobierno, puede haber sido seductora para estos griegos. Algunos eran expertos recaudadores de contribuciones en su propio país y deseaban continuar en la profesión en Egipto con tanto éxito como en Grecia. Además, no había muchas salidas para los negocios en Egipto. Las oportunidades para el comercio eran limitadas: Alejandría y el comercio exterior estaban abiertas a ellos, pero una gran parte del comercio interior del país era monopolio del gobierno. La industria estaba parcialmente en manos del gobierno y en gran medida en las de los indígenas, también con la posible excepción de la industria de Alejandría. Lo que quedaba eran las inversiones en tierra y una activa participación en la administración en los πρόσοδοι, los ingresos reales.

Extranjeros de clase inferior. Además de los estratos superiores de la población extranjera en Egipto, había ciertamente muchos inmigrantes que ganaban su vida trabajando duramente en la agricultura, la industria y el comercio como obreros, artesanos, dependientes, etc. Sin temor a equivocarnos podemos deducir la existencia de esta clase en Alejandría. Pero grupos de gente de esta clase estaban también dispersos por toda la χωρα. Una ojeada a la lista de hombres empleados en los distintos tipos de trabajo agrícola, industrial y doméstico compilada por W. Peremans, la mayor parte del papiro Zenón, muestra cuántos griegos estaban empleados en las actividades económicas de tipo distinto al del fundo de Apolonio en Filadelfia, actividades en las que competían con los indígenas. Por supuesto, algunos

pudieron haber sido hombres de ciertos medios: contratistas que se comprometían a realizar determinado trabajo o personas que invertían su dinero, por ejemplo, en la viticultura o en la producción de trigo. Deben ser clasificados con la burguesía, pero algunos probablemente eran artesanos y obreros corrientes (125).

Sería interesante saber el número de extranjeros domiciliados en Egipto en sus distintos empleos. Por desgracia, no poseemos datos sobre este particular. Recientemente, A. Segré intentó calcular las cifras de población griega basándose principalmente en el número de hombres movilizados para sus ejércitos por los Tolomeos en Egipto, especialmente para el ejército de Filopátor en Rafia, que es fidedigno. Las conclusiones de Segré son que Egipto había absorbido casi 150.000 varones adultos de la población de Grecia y Macedonia, y que Siria y Asia Menor habían absorbido el doble (sobre esto véase nota 275), es decir, un quinto de la población de Grecia. Sin embargo, estas cifras están basadas en testimonios muy débiles y controvertibles. Se equivoca sobre la fuerza de la caballería y la infantería griegas en Rafia, y no tiene en cuenta los griegos de Alejandría y los de fuera de ella que no eran colonos militares. No tenemos la menor idea sobre si estos griegos fueron movilizados además de los colonos militares y en qué proporción. Además, es muy probable que el número de griegos en Egipto en 217 a. de J. C. no represente el número de inmigrantes originarios de Grecia y Macedonia. Incluso los extranjeros eran muy prolíficos en Egipto (126).

4. *LOS DOMINIOS EGIPCIOS*

Los Tolomeos obtenían grandes rentas no sólo de Egipto, sino también de sus dominios exteriores. En el siglo III a. de J. C. tenía Egipto muchas posesiones exteriores. Las más importantes y más permanentemente ligadas a Egipto eran Chipre, Cirene y la Cirenaica, y la llamada Celesiria, con Fenicia y Palestina. Licia con sus valiosos bosques, Caria con su comercio, manufacturas, viticultura floreciente (Cnido) y apicultura (por ejemplo, Teángela), parte de Jonia (especialmente Mileto, Samos y Éfeso), un grupo de islas egeas que formaban una liga, la grande y rica isla de Lesbos, parte de Creta, Tera y ciertas plazas del Peloponeso, durante varios años formaron parte del imperio tolemaico. Finalmente Egipto poseyó durante algún tiempo parte

de Tracia, con el Quersoneso y Samotracia. La adquisición y pérdida de estas provincias ha sido referida anteriormente y no puede ser tratada aquí.

Nuestro problema principal es descubrir cuáles eran las relaciones económicas de los Tolomeos con sus dominios exteriores en el siglo III a. de J. C., y especialmente en qué medida los Tolomeos aplicaban a sus provincias los principios de una economía planificada, que era el fundamento de su política en Egipto. Temo que no pueda darse una respuesta satisfactoria a esta cuestión por lo que se refiere a las provincias. Las fuentes son extraordinariamente escasas y dispersas (127).

De estas provincias, Cirenaica ocupaba una posición particular. Era una especie de apéndice de Egipto, gobernada por un miembro de la dinastía tolemaica. Económicamente era de gran importancia. Se trataba de un país muy rico en agricultura, uno de los graneros del mundo antiguo, y patria de una de las mejores razas de caballos (de los que los Tolomeos tenían una urgente necesidad). Desde la época de su fundación, Cirene era un importante centro comercial. Sabemos poco de su organización económica y de la de Cirenaica. Sin embargo, había una gran semejanza entre la estructura social de Cirene y la Cirenaica tal como la describe Estrabón* y la de Alejandría y Egipto. La ciudad tenía una gran población no griega, principalmente judíos; al lado de los ciudadanos con plenos derechos y ciudadanos con derechos limitados, había una masa de extranjeros (metecos) que no eran ciudadanos, en parte probablemente indígenas libios; la población rural constaba de labradores (γεωργοί) que cultivaban el campo perteneciente a la ciudad o al rey. La última clase pudo muy bien haber incluido soldados asentados como clerucos (128).

La posición de las islas del Egeo también era excepcional. Las islas incluidas en la Liga Insular nunca fueron tratadas por los Tolomeos como una provincia regular. De esta Liga los Tolomeos eran poderosos aliados, no dueños. Las contribuciones de los aliados iban al tesoro de la Liga, no al de los Tolomeos, y los fondos de la Liga, aunque bajo la intervención de los reyes (representados por sus navarcas, nesiarcas y ecónomos), se gastaba principalmente en elman tenimiento de la flota, elemento importante en las fuerzas navales tolemaicas.

---

* Véase Flavio Josefo, *A. J.*, XIV, 115 y sigs.

Aparte estas obligaciones, los miembros de la Liga eran libres de administrar sus propios asuntos como querían y parece que no estaban sujetos al pago de impuestos reales*[1].

Mucho menos libertad se dejaba a las ciudades griegas en los dominios regulares o provincias del imperio tolemaico: en el continente griego (Metana), en Jonia, Caria, Licia, el Quersoneso Tracio, Samos, Lesbos, Tera y Creta. Por supuesto, nuestra información es muy defectuosa y dispersa, pero podemos formarnos una idea general de las relaciones de estas ciudades con los Tolomeos. Esta cuestión no puede tratarse aquí en detalle; me limitaré a su aspecto económico y financiero.

Se da por supuesto que el principal deber de todas las ciudades griegas bajo el gobierno tolemaico era participar en la defensa del imperio egipcio. Todas tenían fuertes guarniciones estacionadas en ellas. Sobre estas guarniciones tenemos algunas noticias respecto a Tera y Chipre. De Chipre hablaré en seguida. En el caso de Tera un grupo de inscripciones proyecta una viva luz sobre la ocupación militar de la isla y sobre distintos aspectos de la vida de los destacamentos allí estacionados (129). Desde el punto de vista económico, la presencia de guarniciones en las ciudades implicaba la obligación por parte de las ciudades de dar alojamiento y alimentos a los soldados (σταθμοί, ἐπισταθμία) y piensos para los caballos. Podemos echar una ojeada a la situación por una de las cartas de la correspondencia de Zenón*[2]. En Calinda de Caria los soldados de la guarnición eran asignados a los ciudadanos, y ciertos propietarios eran requeridos para que suministrasen forraje para los caballos de algunos soldados.

Aún más pesadas eran las obligaciones de las ciudades para con la marina real. Una gran parte de la flota era provista por las ciudades del imperio, griegas y fenicias, por el método de la trierarquía griega. La carga no se limitaba a las ciudades provinciales: Alejandría y Náucratis tenían en ello una buena parte (130).

Pero la carga más pesada impuesta a las ciudades era la intervención real de las finanzas y los impuestos reales. Todas las ciudades griegas en los dominios tolemaicos conservaban, por supuesto, su gobierno autónomo y su derecho a imponer

---

*[1] Sobre la Liga, véanse págs. 156 y 157; cf. W. Peek, *Ath. Mitt.*, LIX (1934), pág. 57, nota 13.

*[2] *P. Cairo Zen.*, 59341 *b*.

tributos a sus ciudadanos y otros residentes (πάροικοι) y a gastar en sus propias necesidades el dinero que recaudaban. Pero, al parecer, ni siquiera en este aspecto eran enteramente libres. Los gastos eran vigilados e intervenidos por los agentes financieros del gobierno central, y su libertad económica era restringida. Pueden citarse unos cuantos casos. Halicarnaso envió una embajada al rey para obtener permiso para construir un nuevo gimnasio para los *neoi*, llamado el Filipeo *[1]. La razón de enviar la embajada, según parece, fue que la ciudad tenía que organizar una suscripción y pedir un préstamo para la construcción del gimnasio, y tenía dificultades financieras*[2]. En Samotracia era asunto del rey y su gobierno permitir o prohibir la importación de trigo de otras provincias del imperio*[3] (131).

Más enojosas para las ciudades que la intervención eran los nuevos impuestos reales exigidos a sus habitantes en adición a las contribuciones tradicionales recaudadas por las ciudades. Aunque tenemos pocas fuentes concernientes a estos impuestos reales, su existencia e importancia en la vida económica de las ciudades no ofrece duda alguna. He aquí unos pocos ejemplos. Un papiro fragmentario del año cuarto de Epífanes*[4] contiene extractos de cartas dirigidas por el dioceta de Alejandría a los ecónomos de varias provincias tolemaicas (Tracia y Lesbos, Licia, quizá Caria). Mientras estas cartas reflejan hasta cierto punto la revuelta situación de la época (la de la expedición de Filipo V), en general dan un buen cuadro de la rutina de la administración fiscal provincial tal como la establecieron los primeros Tolomeos. Una de ellas, dirigida al ecónomo o agente del dioceta en Tracia y Lesbos, y lo mismo en Caria, es una petición de emergencia de despacho de dinero, trigo y otras mercancías*[5] almacenadas en las provincias, probablemente con el fin de salvarlas de Filipo. Aunque es un documento de emergencia, demuestra que en las provincias se depositaban grandes sumas de dinero, y grandes cantidades de trigo y otras mercancías (probablemente vino y aceite), que habían sido recogidas en la población en concepto de impuestos. Aún más interesantes son los

---

*1 A. Wilhelm, *Jahreshefte,* XI (1908), págs. 56 y sigs., núm. 2.

*2 Ibíd., págs. 53 y sigs., núms. 1 y 56 y sigs., núm. 2; cf. *O. G. I.*, 46, y nota 132 *a.*

*3 *S. I. G.*³, 502.

*4 *Teb.*, 8 (Wilcken, *Chr.*, 2).

*5 Creo que debería leerse τῶν ἄλλων φορ(τίων), no φόρ(ων).

sumarios de cartas escritas a Nicóstrato en Licia. La primera carta le informa de que el dioceta ha logrado recaudar los impuestos en dinero de Licia en mayor cantidad que antes, siendo el aumento de seis talentos, 1.312 dracmas y cuatro óbolos. Por otro lado, el impuesto de puertas (διαπύλιον) muestra una disminución de dos talentos y 1.366 dracmas. El principal artículo de portazgo era el vino. La carta siguiente trata de la ξυλική, probablemente un impuesto obtenido de la explotación de los bosques: debemos recordar que Licia era rica en madera y que a los Tolomeos les interesaba mucho un suministro regular de madera. La última carta se refiere al producto sacado de la púrpura (πορφυρική, es decir, ὠνή), que fue arrendado por cinco años, siendo el pago anual de los contratistas un talento y 1.800 dracmas.

Condiciones similares predominaban en la grande y fértil región de Licia, que tenía como capital a la floreciente ciudad de Telmeso. La historia de esta región en la primera época tolemaica es muy peculiar. Ha sido revelada por muchas inscripciones, la mayor parte halladas en Telmeso, y por noticias ocasionales en los textos literarios, y ha sido reconstruida de la siguiente manera. Esta región constaba de la ciudad de Telmeso con su territorio y la tierra real (γῆ βασιλική) adyacente. Durante el gobierno de Filadelfo formó parte de la provincia de Licia, que había heredado de su padre. Por algún tiempo, en el reinado de Filadelfo, una parte de la tierra real fue otorgada como *dorea* a Tolomeo, hijo de Lisímaco y Arsínoe, joven enérgico y de talento, que desempeñó un papel de cierta importancia en los sucesos de la época. Después de la muerte de Filadelfo y al final de la guerra siria de Evérgetes I, éste transformó la región de Telmeso en una especie de *dynasteia* o reino vasallo, como Cirenaica, y posteriormente Chipre y muchas *dynasteiai* dentro del reino seléucida (véase nota 230), y entregó esta *dynasteia* en 240 a. de J. C. al mencionado Tolomeo, hijo de Lisímaco. Esto pudo haber ocurrido por razones políticas y militares o dinásticas, o quizá por ambas (131 *a*).

Tolomeo, hijo de Lisímaco, encontró esta *dynasteia* en una situación ruinosa. Un decreto de la ciudad en honor de Tolomeo*[1] suministra detallada información sobre ello. La ciudad y su territorio habían sufrido mucho durante las guerras, y los ciudadanos habían sido duramente castigados*[2]. El nuevo gobernante tomó

*[1] *O. G. I.*, 55 (*T. A. M.*, II, 1).
*[2] Líneas 11-12: ἐν πᾶσιν [θλιβο]μένους.

ciertas medidas para remediar su desgracia, medidas que ofrecen un interesante cuadro de la administración fiscal de la ciudad organizada por Filadelfo. La región de Telmeso era principalmente un país de huertas y pastos. Los propietarios de las huertas pagaban un impuesto a la corona (ξυλίνων καρπῶν) y los propietarios de rebaños pagaban derechos de pasto (ἐννόμιον). Estos dos impuestos principales fueron remitidos por Tolomeo (probablemente por un tiempo determinado solamente). Podían haber sido pagados en moneda como en Egipto. Además, los propietarios de la ciudad (ciudadanos y πάροικοι) pagaban una ἀπόμοιρα, según parece una especie de ἐκφόριον, una *pars quanta* del producto de sus campos: trigo, judías, mijo de dos clases, sésamo y altramuces. Estos pagos eran estrictamente (σκληρῶς) recaudados por los arrendatarios de impuestos de acuerdo con una ley especial (νόμος, es decir, τελωνικός), indudablemente similar a los νόμοι τελωνικοί de Filadelfo (véase pág. 303) y a la *lex Hieronica* de Sicilia. Tolomeo no hizo remisión de estos pagos, pero cambió el carácter de estos impuestos y el sistema de su recaudación por el que había prevalecido en Asia Menor y era familiar a los hacendados de Telmeso, sustituyendo el pago de un diezmo (δεκάτη) a los recaudadores del diezmo (δεκατῶναι), probablemente sobre la base de acuerdos (συγγραφαί) entre los propietarios y los arrendatarios de impuestos, como en Sicilia y después en Asia Menor (véase cap. VI). Ciertos impuestos menores relacionados, como en Egipto, con la σιτηρὰ ἀπόμοιρα* fueron remitidos (131 *b*).

Por las fuentes fragmentarias aducidas anteriormente, es evidente que Caria y Licia, las posesiones tracias, algunas islas grandes y pequeñas del Egeo, y Jonia fueron organizadas por los primeros Tolomeos, desde el punto de vista fiscal, más o menos sobre las mismas directrices. Las ciudades fueron duramente gravadas de impuestos. Por supuesto, las ciudades continuaron, como antes, recaudando los impuestos corrientes de los ciudadanos y otros residentes para pagar sus propios gastos. Pero también fueron obligadas a contribuir con su parte a los ingresos reales. Esta contribución pudo en algunos casos tomar la forma de un tributo, un tanto alzado (φόρος, σύνταξις), pero en la mayoría de los casos se hizo mediante el pago de impuestos reales exigidos directamente a los habitantes de las ciudades y el campo. Estos

* τῶν συνκυρόντων τῆι σιτηρᾶι ἀπομ[οίραι] ἀφῆκεν πάντων ἀτελεῖς.

impuestos eran probablemente tan pesados y diversificados como en Egipto, gravitando algunos sobre el producto de viñas, huertos, olivares, campos, bosques y pesquerías; sobre el ganado, industria y comercio (derechos de aduanas, portazgos), etc. Un texto de época tardía (véase cap. V) parece indicar que la capitación era todavía pagada en el siglo II a. de J. C. por los habitantes de la región de Telmeso, quizá solamente por la gente del campo, los λαοί de la tierra real. Posiblemente ésta era una herencia de la época tolemaica.

Además de las ciudades y sus territorios que estaban bajo la autoridad real, había en todas las provincias grandes extensiones de tierra real. He hablado de esto al tratar de la región de Telmeso. Era un rasgo característico en el Quersoneso Tracio y las posesiones tracias de los Tolomeos. Estos dominios tracios pasaron de los Tolomeos a los atálidas *(agri Attalici)* y de los atálidas a los romanos (véanse caps. V y VI). Nada se sabe de la administración tolemaica de la tierra real en las provincias de que tratamos. Probablemente la administración estaba basada en los mismos principios tradicionales del reino seléucida, del cual tenemos alguna información sobre el asunto (véase apartado C). Como los seléucidas, los Tolomeos otorgaban de cuando en cuando partes de esa tierra a miembros de su familia*[1], y probablemente a grandes de su reino; partes de ella pudieron haberse dado también a las ciudades. Puedo citar como ejemplo el caso de Mileto, aunque se desconozca la situación jurídica exacta de la tierra donada por el rey a la ciudad*[2].

Los impuestos pagados por los residentes en las ciudades griegas eran arrendados. Los arrendatarios de impuestos, mencionados en los documentos anteriormente citados, eran gentes de la misma localidad, pero los contratos para la recaudación de impuestos eran garantizados a los contratistas, no en las provincias, sino en Alejandría, como podemos deducir de varios documentos de la correspondencia de Zenón (especialmente *P. Cairo Zen.*, 59037), lo que hace probable que el cuadro esbozado por Josefo *A. J.*, XII, 169 y sigs.) de una subasta de los impuestos provinciales de Celesiria sea en conjunto exacto. Josefo describe

---

*[1] Véase lo dicho anteriormente sobre Tolomeo, hijo de Lisímaco.

*[2] A. Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 3, núm. 139; Welles, *R. C.*, 14; *Milet*, loc. cit., núm. 123 y pág. 305, nota 1, sobre los fundos de Eurídice.

cómo los candidatos para los contratos —los ricos sirios— se reunían en Alejandría, y cómo se hacía la subasta (132).

En las provincias, los intereses de los reyes eran vigilados por agentes especiales del dioceta de Alejandría, denominados *ecónomos*, como está atestiguado en los casos de Tera (nota 129) y de Chipre (véase abajo). La dependencia de las ciudades de provincias respecto del dioceta está ilustrada por muchas cartas en la correspondencia de Zenón, que le fueron escritas, como el auxiliar de confianza de Apolonio, por sus amigos de las ciudades carias de Halicarnaso, Cauno (patria de Zenón) y Calinda. Los remitentes piden el apoyo de Zenón cuando sus casos sean vistos por Apolonio. Los testimonios suministrados por estas cartas pueden completarse con los sacados de las inscripciones (132 *a*).

Es altamente probable que en las provincias en que no se desarrollaba vida urbana, o se desarrollaba según el modelo oriental, fueran tratadas de modo distinto que aquellas en que predominaba la vida urbana griega. CHIPRE era un ejemplo destacado del primer grupo, con sus ricas minas de cobre, su producción de madera y su agricultura floreciente, y sus ciudades de carácter semifenicio y semigriego, centros de agricultura, industria y comercio. Las minas probablemente eran consideradas propiedad del rey. Sabemos por una inscripción que un gobernador especial con poder militar, un antistratego, estaba encargado de ellas*[1]. Nada se sabe sobre los bosques. En la última parte del período tolemaico, según Polibio (XVIII, 55), las rentas reales de Chipre eran recaudadas por el estratego de Chipre y pasadas al dioceta de Alejandría. Pero sabemos por algunos papiros de Zenón*[2] que en el siglo III a. de J. C. el dioceta de Egipto tenía sus propios agentes en Chipre —ecónomos y *grammateis*— que probablemente tenían a su cargo las rentas del rey. La correspondencia de Zenón induce a creer en una estrecha relación entre Chipre y Fenicia.

Lo que sabemos de Chipre, en su mayor parte, se deriva de documentos de época posterior. No todos han sido publicados. La impresión producida por ellos es que Chipre no sólo estaba en estrechas relaciones económicas con Fenicia, como ocurría desde los tiempos del reino floreciente de Ugarit (Ras Shamra), sino que también probablemente estaba organizada según las mismas directrices que la provincia tolemaica de Siria y Fenicia, es decir,

---

*1 *O. G. I.*, 165.
*2 *P. Cairo Zen.*, 59016; *P. S. I.*, 505, cf. 428, 56.

de modo muy parecido al mismo Egipto (véase más adelante). Una inscripción recientemente descubierta de la época de Evérgetes II muestra, por ejemplo, que una amnistía decretada por el rey fue publicada no sólo en Egipto, sino también en Chipre en términos similares: por ejemplo, el párrafo que trata de las huelgas (ἀναχώρησις) aparece en la misma forma (133).

Estamos mejor informados sobre la administración tolemaica de SIRIA y FENICIA y de PALESTINA que sobre otras provincias. Otra vez es la correspondencia de Zenón la fuente de donde brota nuestra información. Zenón fue durante algún tiempo (en 259 antes de J. C.) el agente principal de Apolonio en estas provincias, y es difícil distinguir en sus cartas entre sus actividades como agente del dioceta de Alejandría y como representante de los intereses particulares de su amo (134).

Tenemos además un documento recientemente publicado de la colección Rainer de Viena. Consiste en fragmentos de dos órdenes (προστάγματα) de Filadelfo referentes al registro (ἀπογραφή) que debía hacerse por la población de Siria y Fenicia de su propiedad mueble con fines, al menos en parte, de tributación. Los fragmentos se refieren al ganado (λεία) y un grupo especial de λαοί (σώματα λαϊκὰ ἐλεύθερα). Las dos órdenes citan otros varios documentos según los cuales se organizaba la actividad económica de Siria y Fenicia: una carta real que ordena el registro de ganado (col. izq., 25), un διάγραμμα (col. izq., 6-7, 26, 30-31) que regula las multas impuestas a los que no cumplían las órdenes reales referentes a la *apographe* del ganado, y finalmente una «ley sobre arrendamiento» (νόμος ὁ ἐπὶ τῆς μισθώσεως) (col. der., 21-22) referente a los λαϊκὰ σώματα ἐλεύθερα. Esto muestra cuán activo era Filadelfo en Siria y Fenicia reorganizando la vida social y económica de estas provincias. La legislación siria era contemporánea y similar en carácter a la legislación que se aplicaba en Egipto, de la que las «leyes de la renta» (estudiadas anteriormente) son tan buen ejemplo. No me sorprendería si las νόμοι τελωνικοί sirias similares a las «leyes de la renta» se encontraran un día entre los papiros egipcios (135).

A estos documentos tempranos hay que añadir el famoso relato de Josefo (anteriormente citado) de los expedientes de un notable de Palestina llamado Josefo en relación con el amillaramiento y recaudación de impuestos en Siria y Palestina; y otra valiosa información referente a Palestina la proporcionan la conocida carta del seudo Aristeas, los libros de los Macabeos y,

más tarde, el Nuevo Testamento. Es muy probable que los seléucidas heredasen de los Tolomeos la organización fiscal de Palestina, y los romanos de los seléucidas (véanse caps. V y VI).

Por estas fuentes, y especialmente por el papiro de Viena, parece que la organización fiscal de la provincia tolemaica de Siria y Fenicia (como se le llama oficialmente en el documento) estaba hecha en gran medida sobre los mismos moldes que la de Egipto, o en todo caso su parte rural. Siria y Fenicia estaban divididas en *hiparquías*, en vez de nomos, sistema probablemente heredado de los persas, Alejandro y los diádocos; y las hiparquías a su vez estaban divididas en pueblos (136). Como en Egipto, la población constaba de griegos e indígenas, λαοί. La población griega se componía de funcionarios reales, el ejército de ocupación*1, y quizá los soldados asentados en el país (clerucos), muchos inmigrantes de regiones griegas o helenizadas (οἱ κατοικοῦντες en el documento de Rainer*2), y probablemente la población helenizada de las ciudades sirias y fenicias. Me he referido a la población fenicia helenizada al tratar de Rodas y sus relaciones con algunos notables de Sidón. Los ejemplos mejor conocidos de fenicios helenizados de alta categoría son los conocidos Filocles, rey de Sidón, y Diotimo, hijo de Dionisio, que aparece como vencedor en las carreras de caballos de los juegos nemeos en una inscripción de Sidón, a finales del siglo III a. de J. C. Sidón, en el período tolemaico, era en muchos aspectos un centro de helenismo: una ciudad con una aristocracia helenizada, una constitución griega o helenizada, comercio extensivo, y una población de mercaderes y hombres de negocios internacionales, una fuerte guarnición y πολιτεύματα de soldados extranjeros o de extranjeros en general. Puede mencionarse aquí que el territorio de Sidón era muy grande y que tenemos noticias de «colonias» de sidonios —en parte sidonios griegos— en Palestina (137).

No tenemos información directa respecto a la situación de las clases privilegiadas, pero probablemente era la misma que en Egipto. Para los λαοί (indígenas en general o sólo una parte de ellos: ¿los cultivadores del campo?), el segundo prostagma del documento de Viena contiene alguna información importante sobre ellos; pero éste, por desgracia, se refiere sólo a un rasgo particular de su vida. El prostagma concierne solamente a

---

*1 Papiro de Rainer, col. der., 12-13.
*2 Ibíd., col. der., 13-17.

os λαοί (σώματα λαϊκά) que eran poseídos (como esclavos) por otras personas, mediante compra u otro modo de adquisición (la reconstrucción del texto mutilado es incierta). Ordena que estos λαοί deben ser declarados al ecónomo de cada hiparquía en el plazo de veinte días. Los que no lo hagan perderán sus esclavos y pagarán una multa de 6.000 dracmas por cada uno. Sin embargo, a los que puedan probar que han comprado los esclavos ὄντα οἰκετικά (el significado de este término es controvertido: véase más adelante), se les devolverán los esclavos. No se establece lo que ocurrirá a los esclavos cuando no pueda probarse que han sido comprados. Con toda probabilidad eran vueltos a la libertad. El prostagma procede en el futuro a prohibir la compra, empeño o aceptación como empeño de σώματα λαϊκά libres.

La interpretación de este prostagma es muy difícil. ¿Era sólo un esfuerzo de Filadelfo por liberar a los indígenas o labradores que durante el desorden del tiempo de guerra habían sido esclavizados ilegalmente, una medida similar a la que, según el seudo Aristeas, tomó respecto a los judíos prisioneros de guerra (αἰχμάλωτοι) en Egipto? ¿O tenía la medida más amplios fines y un carácter más general? ¿Trataba de poner fin a los intentos de esclavizar gente libre en general, y especialmente de transformar en esclavitud regular ciertas formas locales de servidumbre estrechamente vinculadas a la servidumbre oriental, y resultantes de distintas clases de obligaciones contractuales, incluyendo la autoesclavización y la venta por los padres de sus propios hijos? Además, y esto es de especial importancia, ¿la ordenanza de Filadelfo se confinaba a Siria y Fenicia, y aquí sólo a los λαοί, o era la ampliación a una de las provincias tolemaicas, de una regulación de mayor alcance, no limitada a los λαοί, que ya estaba vigente en Egipto?

No puedo entrar aquí en un estudio detallado de este problema, pero puedo dar brevemente mi opinión. Me inclino a creer que la medida no se limitaba a Siria, sino que también se aplicaba a Egipto (véase nota 119). Era primordialmente un intento de proteger a las clases trabajadoras de ambos países contra los empeños de cierta gente en esclavizar trabajadores libres, sobre todo transformando la servidumbre oriental, parecida a la esclavitud, en esclavitud regular de tipo griego. Ésta puede ser la base de la distinción que se hace en el papiro de Viena entre σώματα λαϊκὰ ἐλεύθερα (servidumbre oriental) y la σώματα ὄντα οἰκετικά. Puede sospecharse que la institución de la servidum-

bre oriental está detrás de algunas compras de esclavos por Zenón en su viaje por Palestina. El acta de Filadelfo es fácil de interpretar. Se oponía a la esclavización de hombres libres y especialmente de la población trabajadora de Siria y Egipto, porque esta esclavización le privaría a él, el rey, del valioso trabajo libre, especialmente de los λαοί, en la agricultura e industria. Ya he señalado cómo escaseaba la mano de obra en Egipto y probablemente también en Siria, y lo ansioso que estaba Filadelfo de aumentar su número y eficiencia. Pero la cuestión es difícil y complicada y de momento insoluble, porque el tema de la servidumbre y esclavitud orientales, incluyendo el de los esclavos sagrados (ἱερόδουλοι), y de su evolución en la época helenística, está muy necesitado de un estudio especial y de una investigación exhaustiva. En todo caso es evidente que la práctica y las ideas griegas en materia de esclavitud no coincidían en muchos aspectos con las que predominaban en Oriente, y que los gobernantes griegos de los reinos orientales se enfrentaban, en consecuencia, con problemas nuevos para ellos y que habían de resolver de alguna manera (138).

Aunque las provisiones del prostagma de Filadelfo respecto a los indígenas eran liberales, contenían una excepción: no afectaban a los λαοί que eran vendidos como esclavos por los agentes de la corona; en su caso, el agente fiscal del rey en Sirofenicia (ὁ διοικῶν τὰς κατὰ Συρίαν καὶ Φοινίκην προσόδους) conservaba su derecho general de «ejecución contra la persona» y de vender como esclavo a todo el que estaba sujeto a esta ejecución bajo el νόμος μισθώσεως.

En relación con la cuestión de la libertad personal de los λαοί (σώματα λαϊκά), el mismo prostagma hace que sea provisión especial para el caso de cohabitación de soldados griegos y residentes extranjeros en Sirofenicia con mujeres indígenas. Indica que estos λαϊκὰ σώματα no eran tratados de la misma manera que los λαοί esclavizados ilegalmente, es decir, no declarados. Es significativo encontrar las concubinas de los griegos y otros extranjeros así identificados con los λαϊκὰ σώματα que han sido vendidos como esclavos. ¿Se debía a que la mayor parte de las concubinas eran adquiridas de una forma semejante a como otros λαϊκὰ σώματα se hacían esclavos? ¿Y confería la orden del rey un privilegio a las mujeres cambiando su estado legal, o a los hombres en cuya posesión estaban? Y finalmente, ¿tenemos algún fundamento para suponer que la medida fue una incitación

a los matrimonios mixtos? Todas estas cuestiones quedarán sin solución hasta que se descubran nuevas fuentes.

El rey estaba representado en Siria y en Fenicia por un estratego, al menos en lo concerniente al gobierno militar y la administración. En el campo de la economía y finanzas sus representantes eran probablemente un dioceta local (encargado de las rentas del rey, πρόσοδοι) y ciertamente un ecónomo por cada hiparquía. La organización es casi la de Egipto. No me sorprendería que se encontrara un día un documento parecido al *Teb.*, 703, en el que se regulasen las funciones de los ecónomos sirios y fenicios*[1].

Algunos pasajes del documento de Viena plantean cuestiones importantes y proyectan luz sobre el estado jurídico de la población rural de Siria y Fenicia.

En este segundo prostagma, Filadelfo cita la «ley sobre la recaudación» (col. der., 21-22: καθότι ἐν τῶι νόμωι τῶι | ἐπὶ τῆς μισθώσεως γέγραπται), relacionada con la regulación concerniente al derecho del *dioecetes* sirio a usar de la ejecución contra las personas (πρᾶξις καὶ ἐκ τοῦ σώματος) en caso de los λαοί. Otro pasaje del mismo documento (primer prostagma, col. izq., 17-20) que trata de la *apographe* o censo de ganado, dice así: «Los que han arrendado los pueblos y las comarcas registrarán al mismo tiempo el ganado de los pueblos sujeto a impuestos y el exento de ellos.»*[2] «Los que han arrendado los pueblos» equivale ciertamente a los κωμομισθωταί conocidos en Bethanath de Palestina y en Tebtunis de Egipto (139).

Un estudio detallado de este pasaje no puede hacerse aquí, pero puedo exponer brevemente mi punto de vista. Es evidente que en Siria y Fenicia y en Palestina la unidad fiscal y económica era el pueblo habitado por los λαοί. Cada pueblo, como conjunto, estaba con toda probabilidad alquilado, de acuerdo con las prescripciones de una ley especial, a los recaudadores generales de la renta, denominados κωμομισθωταί, que pertenecían a una categoría superior en la vida del pueblo a la de los jefes de éste. En el documento de Viena ocupan un lugar que en Egipto estaba reservado a los escribas de pueblo. Sus funciones no están especificadas, pero se ve que en general estaban encargados de todas las

*[1] Papiro de Viena, col. izq., 1; col. izq., 37, y col. der., 1; col. der., 19.

*[2] Ἀπογράφεσθαι δὲ καὶ τ[οὺς] με | μισθωμένους τὰς κ[ώμ]ας κα[ὶ] τοὺς κωμάρχας ἐν τ[ῶι] αὐτῶι | χρόνωι τ[ὴν] ὑπάρχ[ουσαν ἐν] ταῖς κώμαις λείαν ὑποτελῆ | καὶ ἀτελῆ, κτλ.

rentas del rey recaudadas en un pueblo determinado y eran responsables de ellas. Les incumbía el estado jurídico de los habitantes del pueblo y sus obligaciones, así como el ganado que poseían. Es tentador considerar a los κωμομισθωταί como un cuerpo de recaudadores y funcionarios del rey. Además de sus deberes fiscales, pudieron haber actuado como servidores del rey, encargados de hacer contratos para el cultivo de la tierra real con los λαοί, individualmente, como en Egipto. En este caso debemos inferir que los λαοί, de Fenicia eran tratados como los λαοί βασιλικοί de Egipto, como tenedores libres de la parcela de tierra que arrendaban a la corona por medio del κωμομισθωτής. Si esto fuese así, la χωρα de Fenicia cultivada por los λαοί tendría la misma consideración jurídica que la tierra de la corona (χώρα βασιλική) de Egipto y no la del *ager stipendiarius* de la terminología romana. Sin embargo, hay que destacar que no tenemos testimonio directo sobre esta cuestión.

En todo caso, la existencia de κωμομισθωταί puede ayudarnos a un mejor entendimiento de Josefo (véase pág. 336) cuando habla de los arrendatarios de impuestos de Siria responsables de una u otra ciudad, y de la posibilidad de un arrendatario general de todos los pagos correspondientes a una provincia entera. No sabemos si estos contratistas de los pueblos, las ciudades y la provincia eran responsables de la recaudación de todos los impuestos sin excepción (incluyendo los «monopolios» reales, si existían en Siria y Fenicia), o lo eran solamente del impuesto de la tierra. Es muy probable que desempeñaran el mismo papel de «suscriptores» que en Egipto, y que la intención de los Tolomeos fuese, como en este país, hacer que las clases ricas de la población compartieran la responsabilidad de la recaudación de los ingresos reales.

El carácter de los impuestos que conocemos y el método de su recaudación eran exactamente los mismos que en Egipto. La parte del papiro de Viena que trata del registro de ganado como cosa previa a la recaudación del impuesto sobre el ganado y los derechos sobre los pastos (ἐννόμιον) contiene las mismas regulaciones que las que encontramos en *Teb.*, 703. Tampoco las ordenanzas sobre el registro de esclavos en Siria y Fenicia eran muy diferentes de las que regían en Egipto. El registro (ἀπογραφή) tendía no sólo a evitar la esclavización ilegal de ciudadanos libres, sino también a tener un inventario de los esclavos con vistas a la recaudación de los impuestos sobre los mismos (140). Final-

mente, hay testimonios de que las cargas fiscales impuestas por los seléucidas en Palestina y que se mencionan como especialmente onerosas para el pueblo (véase pág. 346) existían todas en Egipto, excepto la capitación personal. Ha de notarse que el impuesto de la sal en Palestina estaba organizado según las mismas directrices que en Egipto, y no era menos impopular. Volveré sobre esto en la próxima sección de este capítulo.

Además de los testimonios anteriormente aducidos, ciertos documentos, especialmente los que constituyen la correspondencia de Zenón, proyectan una viva luz sobre los distintos aspectos de la actividad de los negocios en Siria y Fenicia en la época de Filadelfo. La información que dan se refiere principalmente a la actividad de los extranjeros, los agentes del gobierno central y hombres de negocios particulares que venían a Siria desde Egipto, generalmente con el fin de comprar mercancías locales e importadas y exportarlas a Egipto. Volveré sobre este tema más adelante, en esta misma sección.

Por mucho que conozcamos, quedan importantes lagunas en nuestro conocimiento. Debemos esperar al descubrimiento de nuevos documentos para obtener una idea más exacta del régimen de la tierra, de la división de distintas clases y de la administración de la tierra de la corona (χώρα βασιλική), la situación económica de los λαοί, las relaciones de sacerdotes y templos con la corona, la estructura social de las grandes ciudades, y temas parecidos. En el estado actual de nuestros conocimientos, parece muy probable que Siria y Fenicia fueran en muchos aspectos reorganizadas en las mismas directrices que Egipto.

Lo poco que sabemos de PALESTINA sugiere unas conclusiones semejantes, con la diferencia de que en Palestina los Tolomeos fueron constructores de ciudades. A Palestina propiamente dicha, país organizado desde época antigua y ahora en actitud recalcitrante, la rodearon con un cinturón de ciudades fortificadas de tipo griego: la línea de ciudades costeras desde Gaza a Fenicia, otra línea al este del Jordán, y una tercera al sur del país de los idumeos. Algunas de estas fortalezas conservaron sus nombres indígenas, pareciéndose en esto a las ciudades de Fenicia; otras recibieron nuevos nombres dinásticos (Tolemaida-Ace); otras eran fundaciones recientes, algunas de época pretolemaica, que databan de Alejandro y los diádocos, probablemente todas ellas colonias militares, que recibieron nombres macedónicos o dinásticos. Esto está especialmente ilustrado en Transjordania, donde encon-

tramos Filadelfia (Rabat-Amán), Filotera, en el mar de Galilea, y quizá Arsínoe de un lado, y Pela, Dion, etc., por otro. Los Tolomeos perseguían fines puramente militares y políticos a juzgar por las medidas que tomaron en las regiones fronterizas de Judea, y de ningún modo fueron influidos por consideraciones económicas. Aspiraban a una ocupación efectiva del país, que de otro modo podía servir como importante base militar para los enemigos de Egipto. Tenemos un cuadro excelente de una fortaleza tolemaica en la frontera entre Judea e Idumea en la pequeña pero floreciente ciudad fortificada de Beth-Zur, excavada recientemente (141).

Para fines de administración y quizá de tributación, Palestina estaba probablemente subdividida en regiones. Conocemos los nombres de algunas. Idumea con su capital Marisa, ciudad floreciente con una gran población griega y fenicia y con un comercio importante, atestiguado por la correspondencia de Zenón; Amanitis con su capital Filadelfia, otro centro importante militar y civil de los Tolomeos, y varias otras regiones, la mayor parte de las cuales lleva un nombre terminado en *-itis* (por ejemplo, Galaaditis). Por otra parte, tenemos noticias de que en épocas posteriores Palestina estaba dividida en *nomos* y *topoi* o *toparquías*. También hay ejemplos del uso de la palabra *meris*. Los testimonios no son abundantes ni claros, pero la elección de los términos parece indicar más bien el período tolemaico y sugiere un sistema administrativo similar a los de Siria y Egipto. También debe mencionarse que Palestina aparece en la correspondencia de Zenón llena de distintos agentes de los Tolomeos tanto militares como civiles (142).

Si, no obstante, el país estaba de hecho subdividido en áreas uniformes de distinta extensión, y por ende adquiría una unidad administrativa, esta unidad difícilmente conciliaría los fuertes contrastes económicos y sociales que presentaba como provincia tolemaica. Comprendía el estado-templo o estado sacerdotal de Judea, con su organización teocrática y sus numerosos pueblos bajo sus jeques (no hay testimonio de la existencia de ciudades dentro de sus límites); comprendía también muchas ciudades florecientes de tipo griego u oriental, ocupadas en el comercio e industria o enteramente con la agricultura; había tribus indígenas o agregados de tribus tales como las que en tiempos de Filadelfo vivían en Amanitis, bajo su propio jeque, el famoso Tubías, bien conocido por distintas fuentes (143). Había colonos griegos en las

diferentes partes de Palestina (con excepción probablemente de Judea). Ya he mencionado la colonización militar de los Tolomeos. Conocemos algunos pormenores de una de estas colonias combinada con un asentamiento de indígenas en Birta, la plaza fuerte de Tubías en Amanitis*[1]. Probablemente debemos asignar a otro establecimiento militar, o a una de las ciudades-guarniciones de Palestina, los griegos enumerados en uno de los documentos de la correspondencia de Zenón*[2]: militares (ἀκροφύλαξ, φυλακάρχαι) y civiles (δικαστής, γραμματεύς, ἀρχυπηρέτης, y un hombre denominado ὁ παρὰ τοῦ βασιλέως). Debe notarse que, por lo que hace a Judea, de acuerdo con Josefo (*A. J.*, XII, 159) Evérgetes I amenazó a Onías, hijo de Simón, «que confiscaría las tierras y enviaría soldados para ocuparlas»*[3].

Sobre el tema de los impuestos nuestra información es escasa. Es interesante observar que la ley y regulaciones de Filadelfo referentes al sistema tributario de Siria y Fenicia, no se aplicaban, a lo que parece, a Palestina. La administración fiscal de la última era probablemente diferente. Podemos suponer que la tributación de las regiones fronterizas vasallas, tales como Amanitis, no fue reorganizada según nuevas directrices por los Tolomeos. Puede presumirse que los jeques de estas regiones estaban sujetos a ciertas obligaciones militares y quizá pagaban una especie de tributo. Por otra parte, no hay razón para pensar que el sistema fiscal de las ciudades costeras fuese diferente al de las ciudades fenicias. Probablemente éstas conservaban su propia organización fiscal y pagaban tributo al rey. Tenemos noticia, en época posterior, de que los arrendatarios de impuestos desempeñaban un papel muy importante en su recaudación (144).

La organización de Judea era con toda probabilidad algo diferente. La historia del recaudador de impuestos de Judea contada por Josefo nos muestra al rey-sacerdote en el papel de contratista general responsable ante los Tolomeos de la renta de toda la región. El mismo sistema se describe en el relato que da de la paz entre Antioco III y Epífanes*[4]. Su narración también demuestra que el mismo sistema prevalecía anteriormente*[5] (145).

---

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59003; nota al δικαστής, lín. 18.

*[2] Ibíd., 59006; cf. 59007.

*[3] κληρουχήσειν αὐτῶν τὴν γῆν ... καὶ πέμψειν τοὺς ἐνοικήσοντας στρατιώτας.

*[4] Flavio Josefo, *A. J.*, XII, 155.

*[5] Ibíd., XII, 158-159.

Sin embargo, dudo que los Tolomeos se conformasen en Palestina con un tributo impuesto, un tanto alzado, pagado por el rey-sacerdote a cuenta de Judea, y quizá por los representantes de las ciudades de gobierno autónomo de la costa a cuenta de estas ciudades; es decir, que Palestina era tratada, en materia de impuestos, como Amanitis. Es muy probable que en Palestina —y con toda probabilidad en Siria también—, además del tributo recaudado del pueblo por las autoridades locales según remotas tradiciones, impusieran los Tolomeos una serie de nuevos impuestos reales, que no formaban parte del tributo, y recaudados por agentes especiales. Por la famosa carta de Antioco III, que eximía a los judíos de los impuestos durante tres años como recompensa por su ayuda*[1], podemos suponer que había conservado en lo esencial el sistema tolemaico de tributación. Ahora bien: entre los impuestos mencionados por Antioco III, más tarde remitidos a los judíos por sus sucesores (véanse capítulos V y VI), por ser especialmente odiosos, había algunos que eran impuestos reales típicos de la época helenística y comunes a todos los reinos helenísticos. Difícilmente fueron innovaciones de los seléucidas; con toda probabilidad fueron heredados por ellos de los Tolomeos. Su existencia sugiere que los Tolomeos llevaron a cabo en Judea una reforma de la tributación semejante, en líneas generales, a la que siguieron en Siria y Fenicia.

Además, en la época de Jesucristo, Judea y Galilea estaban llenas de τελῶναι (mal traducido por «publicanos»), que eran odiados a causa del trato opresor que daban al pueblo y de sus denuncias sin escrúpulos. Ya señalé hace mucho tiempo que la condición de Palestina tal como se pinta en el Nuevo Testamento recuerda mucho la del Egipto tolemaico y, como la división de Judea en once toparquías, se remonta a la reforma fiscal tolemaica. Llamé la atención sobre el gran papel desempeñado por los denunciantes (μηνυταί) tanto en Egipto como en Siria y Fenicia durante el reinado de Filadelfo. Es imposible afirmar si los recaudadores de contribuciones de Judea eran recaudadores locales de impuestos en general (un recaudador o un grupo de ellos para cada pueblo)*[2] como en Siria y Fenicia, o recaudadores locales de un solo impuesto (146).

*[1] Flavio Josefo, *A. J.*, XII, 138 y sigs.
*[2] Véase nota 139.

En todo caso, parece razonable suponer que los primeros Tolomeos (acaso Filadelfo) organizaron Judea, y probablemente otras partes de Palestina, para fines de recaudación más estrictamente que antes. Como podría esperarse, la población rural, que probablemente fue tratada de la misma manera que la de Egipto y Siria, se resintió del nuevo sistema y odió los nuevos impuestos y a sus recaudadores, mientras la población ciudadana privilegiada estaba satisfecha con el nuevo régimen y se helenizó rápidamente. Encontramos un eco de los sentimientos del pueblo de Judea en los lamentos del autor del Eclesiastés, que hacia el 200 antes de J. C., aunque aristócrata, describe la tierra llena de lágrimas de los oprimidos y considera la muerte más feliz que la vida. Los espías de Tolomeo, que abundaban tanto que «un pájaro del aire llevaría la voz» del que maldijera al rey en secreto, eran con toda seguridad μηνυταί fiscales y políticos (147).

Una vívida idea de las condiciones económicas en Palestina en la época de Filadelfo puede sacarse de la correspondencia de Zenón. Éste, agente de Apolonio, estuvo en Palestina en viaje de negocios desde fines de 260 a fines de 259 a. de J. C. Viajó por todo el país con una especie de gran estado mayor de griegos. Además de visitar Gaza y otras ciudades de la costa, Judea y Galilea, él o sus agentes penetraron hasta Idumea, Amanitis, las proximidades de Damasco y las fronteras de los nabateos. En sus viajes, Zenón hizo negocios de muchas clases: alguna vez prestó dinero, compró esclavos (estas compras ocupan un lugar importante en su correspondencia), también caballos y productos de las caravanas nabateas. Esta penetración comercial griega en Palestina ¿era una bendición o una maldición para la población, o ambas cosas a la vez? (148).

Los griegos penetraron en Palestina y Siria no sólo como mercaderes y hombres de negocios. Ya he hablado de las ciudades griegas fundadas por los Tolomeos, y de los clerucos asentados por ellos en Palestina, y tal vez también en Siria y Fenicia. De este modo fueron introducidos nuevos elementos por los Tolomeos entre las clases terratenientes. Tenemos razón para pensar que Apolonio poseía un fundo en Bethanath de Palestina y obtenía de él grandes ingresos. Con toda probabilidad, no era una excepción. ¿Le había regalado el rey esta finca, o la había adquirido de otra manera? (149).

Aparte de los impuestos y explotación de los ricos recursos de las provincias sirias (por ejemplo, los bosques del Líbano), los

Tolomeos indudablemente sacaban un importante producto de la floreciente industria de las ciudades fenicias. Por desgracia, no tenemos prácticamente ninguna información sobre el asunto. Aún más importantes eran sus ingresos de los derechos de aduana, y sobre todo, del comercio caravanero con Arabia. Hablaré de esto más adelante en este mismo capítulo.

Finalmente, debo mencionar que bajo Soter y Filadelfo las ciudades griegas y las fenicias y chipriotas de sus dominios contribuían con una gran proporción de navíos para la flota egipcia y que para estos fines se adoptó el sistema griego de las trierarquías (véase especialmente *P. Cairo Zen.*, 59036).

5. *DESARROLLO DE LOS RECURSOS NATURALES DE EGIPTO*

Volvamos ahora a Egipto y dediquemos nuestra atención al otro problema importante con que se enfrentaron los Tolomeos: el desarrollo de los ricos recursos naturales del país, el aumento y la sistematización de su producción, y el perfeccionamiento de las oportunidades industriales y métodos de su población. Los fines propuestos, como ya he señalado, eran dos. El primero, hacer autárquico al país, es decir, todo lo menos dependiente posible de las importaciones exteriores. Esto no era fácil, pues Egipto, debemos recordarlo, tenía ahora una grande y creciente población griega cuyas necesidades peculiares no podían satisfacerse con la producción local, a no ser que se tomasen medidas especiales para este fin. El segundo era obtener para Egipto una balanza favorable en el comercio internacional, asegurándole así una buena entrada de oro y plata desde el exterior. Este fin sólo podía obtenerse aumentando la cantidad y mejorando la calidad de aquellos artículos egipcios para los que había demanda en el exterior. Además, era necesario que los productos egipcios, especialmente los manufacturados, se adaptasen rápidamente a los gustos cambiantes de los clientes extranjeros de Egipto.

El primer fin fue alcanzado, en lo que concierne a la producción de alimentos, y aumentando el cultivo de ciertas plantas que, aunque conocidas en Egipto, nunca habían sido cultivadas en gran escala, e introduciendo y aclimatando otras nuevas, prácticamente desconocidas antes de esta época.

La vid. A la primera clase pertenecía la vid. Las viñas existían en el Egipto faraónico y los egipcios consumían vino, pero

la bebida nacional de Egipto era la cerveza. Uno de los primeros pasos dados por los Tolomeos para satisfacer la siempre creciente demanda de vino por parte de los habitantes griegos de Egipto fue una plantación extensiva de vides de distintas clases, especialmente en las tierras recién puestas en cultivo. Hay testimonio de esto en muchos documentos. Nuestra información más completa se refiere al nomo arsinoíta. Este nomo, en la época de Filadelfo, fue cubierto de viñas grandes y pequeñas, algunas plantadas por los reyes, pero la mayoría por inmigrantes, no por indígenas. Tenemos noticias de una que producía hasta 898 y $^1/_6$ de metretas de vino (Petrie, III, 67). Con febril actividad se plantaron vides en los *doreai* (fundos donados) de Apolonio el dioceta. Se experimentaron muchas clases de vides. En 257 a. de J. C. Apolonio envía mensajeros a un cierto Lisímaco, quizá también propietario de un *dorea*, para obtener esquejes de vid y de árboles. Nicias, administrador de Lisímaco, responde al mensaje de Apolonio y le envía una lista de esquejes. Se citan once variedades de vid entre las cuales están la cilicia, la mendea (de Mende de Calcídica), la maronea (de Maronea de Tracia), la fenicia y la alejandrina, y algunas otras, todas famosas por su calidad*[1]. Muchas de las cartas de Apolonio a sus administradores Panacéstor y Zenón tratan de la plantación de vides, olivos, frutales, flores, etcétera. En una carta, Apolonio habla de 10.000 vides (φυτὰ ἀμπέλινα) y 1.700 brotes (μοσχεύματα)*[2], en otra de 20.000 φυτά, parte de ellas por lo menos sarmientos*[3], y hay un largo pasaje en un memorándum sobre el transporte de sarmientos por asnos y mulas*[4]; otros eran enviados por barco*[5]. La plantación de vides fue continuada en menor escala por otros griegos, algunos de ellos clerucos. Así, por ejemplo, Alceo informa a Sosifón en una carta que ha plantado 300 cepas y algunos frutales entre ellas (Petrie, I, 29).

Era natural que los griegos de Egipto, familiarizados desde la niñez con el laboreo de las viñas, plantasen vides en su nueva patria. La demanda de vino en el nuevo Egipto de Soter y Filadelfo era grande, y su producción ciertamente remunerativa. Además, la plantación de vides fue indudablemente fomentada por

*1 *P. Cairo Zen.*, 59033.
*2 Ibíd., 59159, 59162.
*3 Ibíd., 59222.
*4 Ibíd., 59736; cf. *P. S. I.*, 499.
*5 *P. S. I.*, 568.

Soter, Filadelfo y Evérgetes, que otorgaban muchos privilegios a los plantadores. Las parcelas de tierra plantadas con estos y otros árboles, según la práctica tolemaica, pasaban a ser propiedad particular de los plantadores. Parte de los *apomoira* era remitida a los clerucos, que pagaban un décimo en vez de un sexto de su producto. Los tolomeos, por supuesto, no olvidaban sus propios intereses: las viñas estaban sujetas a pesados impuestos: un tercio o la mitad del producto era pagado en dinero, y además un sexto o un décimo como *apomoira*, fuera de otros impuestos menores*[1]. Vigilaban cuidadosamente la vendimia y la fabricación del vino con el fin de asegurarse para ellos y los templos los derechos exigidos a los plantadores; regulaban minuciosamente la recaudación de impuestos en especie o en dinero, amontonando responsabilidad sobre responsabilidad: plantadores, arrendatarios de impuestos (suscriptores) y funcionarios de distintos grados, todos eran responsables ante el rey de la recaudación completa de esta parte de la renta real. Es instructivo leer y analizar la parte de los νόμοι τελωνικοί de Filadelfo que se refiere al *apomoira* y ciertos documentos que ilustran la recaudación del impuesto principal del vino. El espíritu es el mismo que en el caso de los monopolios, aunque los métodos son algo diferentes. Por otra parte, el rey defendía a los plantadores de vides contra la competencia, imponiendo pesados derechos de aduanas de carácter compensatorio*[2] o proteccionista sobre el vino importado (150).

El olivo. Los Tolomeos y los colonos griegos realizaron en Egipto una obra de precursores plantando olivos. No tengo que destacar la importancia del aceite de oliva para los griegos, para el que no aceptarían sustitutivo alguno. Habían estado acostumbrados al aceite de oliva auténtico desde la niñez, y no podían prescindir de él. Los olivos no eran desconocidos en el Egipto faraónico, pero se cultivaban sobre todo para producir aceite de mesa. En algunas partes había arraigado la práctica de cultivar olivos. Así, Teofrasto*[3] conocía plantaciones de olivos en Tebaida, probablemente en el oasis de Jargeh (donde aún existen estas plantaciones), y dice que el aceite producido en Egipto no era inferior al griego.

---

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59236; cf. 59357, 59361, 59367.

*[2] Por ejemplo, igualando el precio de los productos importados y del país.

*[3] Teofrasto, *H. P.*, IV, 2, 9.

Sin embargo, estaba reservado a los Tolomeos el extender el área de los olivares en Egipto y fomentar la producción de aceite de oliva indígena. Nuestras fuentes sobre las plantaciones de olivos en el siglo III a. de J. C. son escasas, pero la correspondencia de Zenón demuestra que Apolonio plantó muchos ἐλαιῶνες en su finca y deseaba extenderlos gradualmente*[1]. Como resultado de ello llegó a ser uno de los productores de aceite para el comercio. Es posible que una interesante carta escrita por él a Zenón se refiera a este asunto*[2]. En esta carta, Apolonio da instrucciones a Zenón para descargar un barco de aceite a su llegada al emporio de Alejandría desde su *oicos* y guardarlo cuidadosamente bajo custodia en un almacén seguro hasta que Apolonio pueda encargarse personalmente de él. Edgar cree que el aceite procedía del fundo sirio de Apolonio. Esto es posible, pero puede quizá considerarse como un envío desde el Fayum al puerto fluvial de Alejandría y descargarlo allí.

Al plantar extensivamente olivares, Apolonio no hacía nada excepcional. De acuerdo con Estrabón (XVII, I, 35), el nomo arsinoíta producía en sus tiempos grandes cantidades de aceite de oliva, mientras alrededor de Alejandría había muchos olivares que surtían a la ciudad de aceitunas para el consumo. Esto confirma la existencia de la oleicultura en gran escala en la época helenística, especialmente a finales de ella. La afirmación de Estrabón está confirmada por numerosos documentos que atestiguan la abundancia de olivares en el Fayum en la época romana y su presencia en otras partes de Egipto. Hay que notar, sin embargo, que según Estrabón el aceite egipcio era de muy pobre calidad.

No sabemos en qué extensión la producción y venta de aceite de oliva egipcio era intervenida por el gobierno. El aceite de oliva no aparece en la ley de Filadelfo que regula la venta de otros aceites vegetales. Esto no quiere decir que en esta época la cantidad de aceite de oliva producido fuese demasiado pequeña para que no mereciese la atención del gobierno. Es más probable que el aceite de oliva fuese regulado en disposiciones especiales. Si mi interpretación de la mencionada carta de Apolonio es correcta, se imponía algunas restricciones a la importación de aceite de oliva a Alejandría desde el resto del país. Apolonio parece desear

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59072, 59125, 59157, 59184, 59244, 59734, 59788, líneas 18 y 27; *P. Mich. Zen.*, 45, lín. 26.

*[2] *P. Col. Zen.*, 14, completado por C. C. Edgar, *Arch. Pap.*, XI (1935), pág. 218.

atender en persona a las formalidades del pago relacionado con la importación de un gran envío de aceite de oliva indígena, que en aquella época podría haber sido una novedad (la fecha de la carta es de 257 a. de J. C.). No hay testimonios para demostrar que el aceite de oliva estuviese sujeto a las mismas reglamentaciones, *mutatis mutandis,* que regulaban otros aceites vegetales. Su precio, ciertamente, no era inferior al de los aceites vegetales citados en el νόμος ἐλαικῆς; pero el precio lo desconocemos, porque el término ἔλαιον que se usa en las cuentas se emplea para todos los aceites vegetales. El elevado arancel sobre el aceite importado (50 por 100) tenía como finalidad proteger a los aceites indígenas, incluso el de oliva. No podemos decir el tiempo que duró esta protección. En el siglo II a. de J. C. no era tan estricta como en el I (*Teb.*, 728).

En todo caso, es cierto que los primeros Tolomeos intentaron proveer de aceite de oliva indígena a la población griega de Egipto, con el fin de conseguir que también en este aspecto el país fuese independiente de los suministros extranjeros (151).

Otras plantas extranjeras. Los primeros Tolomeos ensayaron la aclimatación de otras plantas extranjeras hasta entonces desconocidas o poco cultivadas en Egipto. Esto se hizo también con el objeto de hacer frente a la demanda por parte de los griegos de verduras y frutas a las que estaban acostumbrados, y de reducir las importaciones. En el fundo filadélfico de Apolonio se plantaron diferentes árboles frutales con la misma energía que el olivo y la vid: higos de las mejores especies extranjeras*[1], membrillos, granados, manzanas tempranas y tardías, albaricoques (?) y nueces. Hay razones para pensar que el alfóncigo fue cultivado por primera vez en Egipto por esta época. Algo semejante se hizo en lo que respecta a las verduras. Sabemos, por ejemplo, que se introdujo el ajo, muy usado aún por los italianos y griegos de nuestro tiempo. Dos clases de ajos se cultivaban en las fincas de Apolonio, el famoso de Tlos de Licia y una especie que crecía en los oasis de Egipto*[2]. Por la misma época se intentó mejorar la calidad de la col cultivada en Egipto importando semilla de Rodas*[3] (152).

---

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59033.

*[2] *P. S. I.*, 428, 85 y 433; cf. 332, y *Lond. Inv.*, 2097, líns. 14 y siguientes.

*[3] Dífilo de Sifnos (contemporáneo del rey Lisímaco) en Ateneo, IX, 9, págs. 369 y sig.

Debo referirme, además, a uno de los documentos de la correspondencia de Zenón, una carta de Apolonio a Zenón (*P. Cairo Zen.*, 59157) en que recomienda plantar por lo menos trescientos pinos por todo el parque (παράδεισος) en Filadelfia y alrededor de la viña y los olivares, añadiendo, «porque el árbol tiene una sorprendente apariencia y será en servicio del rey» (como traduce C. C. Edgar). Al decir «servicio del rey», Apolonio pensaba en el empleo último de los árboles para madera. En el mismo parque había grandes plantaciones de rosas, la mayoría cultivadas con fines meramente decorativos*[1].

Ganadería. La misma política de innovaciones puede observarse en la cría del ganado. Se dedicó gran atención, en particular, a proveer a Egipto de lana de la mejor calidad. Como ya he dicho, los griegos usaban casi exclusivamente vestidos de lana, estaban acostumbrados en su país al paño excelente hecho de lanas de la mejor calidad. De acuerdo con esto, los Tolomeos trataron de producir en Egipto lana igual a la de Grecia, Asia Menor y Arabia. La manera más fácil de hacerlo era importar ganado extranjero y aclimatarlo en Egipto.

En este asunto como en otros, Apolonio ayudó al rey. Poseía un rebaño muy admirado y valioso de ovejas milesias, del que hay frecuente mención*[2]. Una carta de Apolonio a Zenón y Panacéstor de 254 a. de J. C. (*P. Cairo Zen.*, 59195) es de especial interés. Apolonio enviaba a Filadelfia un pastor experimentado llamado Marón, para hacerse cargo del rebaño milesio. Panacéstor y Zenón debían entregarle el rebaño, el redil y todo el material (κατασκευή), y poner a sus órdenes los pastores y cuatro aprendices. Había buenas perspectivas de aclimatar el ganado lanar milesio (ὑποδίφθερα), porque los pastos de las marismas del Fayum no diferían mucho de los de las riberas del Meandro.

Aún más afortunados fueron los esfuerzos por aclimatar ovejas árabes. El ovino árabe y los pastores árabes (*P. Cairo Zen.*, 54933, 22 y sigs.) son citados con frecuencia en la correspondencia de Zenón y en otros lugares*[3]. Debo decir que en la gran procesión organizada por Filadelfo y descrita por Calixeno*[4] se

---

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59269, 59735 y 59736, 23.

*[2] Ibíd., 59142, 59195, 59430.

*[3] Ibíd., 59430, cf. 59405, 59406, y quizá 59404; *P. S. I.*, 429, 17; 377, 14; *Hib.*, 36, 6,11. Lana árabe: *P. Cairo Zen.*, 59287; cf. *P. Edg.*, 107.

*[4] Ateneo, V, pág. 201 *c*.

presentaron al público ovinos árabes, etíopes, y euboicos, como testimonio de los grandes esfuerzos que hacía el rey para subvenir a las necesidades de sus súbditos griegos.

Se ha dicho que los cerdos se empleaban sólo para los sacrificios. Sabemos además que el cerdo era un plato favorito de los griegos cuando se entregaban al lujo de comer carne. En consecuencia, no nos extrañe que tengamos noticias de cerdos sicilianos en Egipto. Son mencionados en una de las cuentas de Zenón, que se refiere a los alimentos para varios animales domésticos*[1]. Pudieron haber sido guardados en una pocilga especialmente construida en Filadelfia (*P. Mich. Zen.*, 84).

Las mismas cuentas mencionan perros que eran animales favoritos de Zenón, dado que era un ardiente cazador, pareciéndose en esto a los macedonios y griegos*[2]. Sin embargo, los perros mencionados en las cuentas eran probablemente perros pastores, no perros de caza, como el perro de caza indio de Zenón, de raza importada*[3].

Finalmente, puedo mencionar la atención dedicada por los Tolomeos a los caballos, a la mejora de la raza de asnos mediante importaciones de Siria*[4], y al aumento del número de camellos, que eran empleados corrientemente, por ejemplo, en el *dorea* de Apolonio, como bestias de carga*[5]. Con relación a esto, opino que los animales en su mayor parte domésticos, dados a Filadelfo por Tubías, el jeque transjordano, estaban dedicados, no a aumentar el parque zoológico del rey, sino a contribuir a la mejora de las razas egipcias (153).

Grano. El segundo objeto —PRODUCCIÓN AGRÍCOLA— fue tomado muy en serio desde el principio por los conquistadores macedonios de Egipto, país que había empezado a exportar grano bajo los persas, o tal vez antes. Los persas parecen haber sido los primeros en introducir en Egipto el cultivo de una calidad mejor de trigo, el medo, junto al de inferior calidad del país. El experimento de Cleómenes, sátrapa de Egipto en tiempo de Alejandro, mostró el gran provecho que podía derivarse del comercio de trigo para los amos de aquel fértil trigal. En los días de los primeros Tolomeos, el grano, especialmente el trigo,

---

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59710 y 59711.
*[2] Ibíd., 59532.
*[3] Ibíd., 59075; cf. Ateneo, V, pág. 201 *b*.
*[4] *P. Cairo Zen.*, 59075.
*[5] Ibíd., 59143, 59207; *P. Mich., Zen.*, 103, cf. *B. G. U.*, 1351 y 1353.

tenía una gran demanda, cada vez mayor, en Grecia. Por aquella época el grano siciliano e italiano raras veces aparecía en el mercado griego. Antes de los días de Alejandro, Tracia y sur de Rusia eran las principales fuentes del suministro de Grecia, y así continuaron en su tiempo y en el de Lisímaco, cuya riqueza se derivaba probablemente, en parte, de las grandes exportaciones de grano a Grecia. Pero el suministro de Tracia y Rusia meridional no era ilimitado, y dependía en gran parte de las buenas cosechas, que a su vez dependían de una lluvia suficiente. Además, la invasión de la península balcánica por los celtas y de Escitia por los sármatas desorganizó la producción y exportación de grano tracio y ruso. Todos los demás países productores de grano —Chipre, Fenicia, Cirenaica— estaban en manos de los Tolomeos. Éstos tenían, en consecuencia, una excelente oportunidad de asegurarse el control del mercado griego de grano, y no dejaron de aprovecharla. Con el fin de estar en situación de colocar grandes cantidades de grano en el mercado griego, tuvieron primero que aumentar la producción en Egipto, y en segundo lugar hacer un cambio considerable en la calidad del producto egipcio.

Aumento del área cultivada. Para el primer propósito, los Tolomeos no sólo reorganizaron el sistema agrícola egipcio, tal como se describió anteriormente, sino que además tomaron otras medidas. Para empezar, aumentaron el área de la tierra cultivada en Egipto. Se ganó nueva tierra con la extensión y mejora de la irrigación, la desecación de tierras pantanosas y el riego cuidadoso de los bordes arenosos y pedregosos del desierto. Conocemos bastante bien cómo se realizaron estas medidas en el nomo arsinoíta. La correspondencia de Cleón y Teodoro, ingenieros jefes de regadíos en el Fayum en los reinados de Filadelfo y Evérgetes, pintan vivamente la ejecución de la obra allí realizada por los esfuerzos y conocimientos técnicos combinados de griegos y egipcios. El cuadro dado por la correspondencia de Zenón se amplía y completa con numerosos documentos que ilustran el progreso y los distintos aspectos de las mejoras llevadas a cabo en el fundo de Apolonio, de 10.000 aruras, en parte por el mismo Cleón y en parte por especialistas al servicio del propietario. Y finalmente una investigación completa de la región de Caranis, una de las nuevas ciudades del nomo arsinoíta, que ha sido cuidadosamente excavado por la expedición de Michigan, por las señoritas G. Caton Thompson y E. W. Gard-

ner, nos ha permitido ver en un mapa moderno el resultado de las medidas tomadas por los primeros Tolomeos. En esta investigación se dedicó especial atención al sistema de riegos, que se demostró haber empezado en el reinado de Filadelfo.

No es éste el lugar adecuado para describir los métodos con que se llevaron a cabo las mejoras. El aspecto técnico debe ser investigado por especialistas familiarizados tanto con la práctica moderna como con la historia de la ciencia y la técnica de los tiempos antiguos. Para la historia económica del período es importante señalar que la obra se hizo principalmente con trabajo libre y por contratistas pagados por el gobierno o terratenientes que empleaban trabajo asalariado. El trabajo forzado parece que no desempeñó papel apreciable en la ejecución de esta gran empresa, aunque hubo algún empleo de criminales custodiados (δεσμῶται).

La obra fue empezada sin dilación. La investigación italiana de la región alrededor de Tebtunis parece haber proporcionado testimonios concluyentes de un asentamiento temprano de clerucos aquí, lo que significa que la obra data de la época de Soter. Fue realizada allí y en el Fayum con la máxima diligencia por Filadelfo, y aún continuaba bajo Evérgetes I.

No tenemos estadísticas que nos permitan formarnos una idea exacta de cuánta tierra fue ganada en el nomo arsinoíta bajo los primeros Tolomeos. Pero el fundo de Apolonio de 10.000 aruras, cerca de Filadelfia, da una idea de la escala de lo que se consiguió. Debemos también recordar que se dio mucha tierra a los clerucos en esta región. Sería, pues, una equivocación subestimar los resultados conseguidos aquí por los primeros Tolomeos. Y Filadelfia no es un caso único. Una ojeada al mapa y a la lista de nombres de las distintas ciudades, pueblos y aldeas del nomo arsinoíta bastará para demostrar cuántos centros nuevos de vida semejantes a Filadelfia se fundaron en esta parte de Egipto en el siglo III a. de J. C. Los asentamientos llevan nombres de distintos tipos. Algunos son puramente griegos, dinásticos o religiosos; otros son egipcios. Sin embargo, casi todos los asentamientos, incluso los de nombre egipcio, o eran nuevas creaciones de los Tolomeos, o llegaron a ser grandes y prósperos a consecuencia de las medidas tomadas por ellos. Tenemos ejemplos en Filadelfia, Caranis, Tebtunis y especialmente en la capital del nomo, Crocodilópolis o Arsínoe. Debe observarse además que muchos asentamientos con nombres egipcios son homónimos

de pueblos del Medio Egipto o del Delta. Esto sugiere que fueron habitados por emigrantes oriundos de aquellos pueblos.

¿Fue el nomo arsinoíta una excepción? No tenemos información directa sobre este punto, pero es razonable suponer que una obra parecida fue llevada a cabo en muchos lugares. No hay duda, por ejemplo, de que el estado floreciente de la región alrededor de Alejandría, con su famoso vino mareótico, era debido en lo principal a la actividad de los primeros Tolomeos. Y lo mismo podría decirse probablemente de muchas de las otras partes del Delta. Nos gustaría conocer más de las regiones fronterizas del Delta, especialmente en el Oeste (154).

Los Tolomeos aplicaron los más modernos inventos, algunos producto de la investigación científica griega, a la extensión del área cultivada. Y se plantea el problema de hasta qué punto en el mismo período la agricultura egipcia se benefició de inventos técnicos similares. Nuestra información sobre este punto es escasa. Apenas hay alguna fuente literaria; los papiros mencionan de cuando en cuando instrumentos agrícolas, pero las referencias no son fáciles de interpretar; y los mismos instrumentos agrícolas, aunque encontrados en gran número, como ya hice notar, nunca han sido colacionados, descritos y analizados desde un punto de vista técnico e histórico. Para la primera época tolemaica, de nuevo es la correspondencia de Zenón la que proporciona la mejor información.

Provisión de hierro. Una de las grandes realizaciones de este período respecto a la agricultura fue la introducción de la «edad del hierro». El hierro escaseaba en el Egipto faraónico y había sido usado sólo esporádicamente. Los Tolomeos fueron los primeros en proveer de hierro a Egipto, la mayor parte importado, en cantidad suficiente para ser empleado ampliamente en la vida diaria.

Es interesante ver con qué cuidado se organizaba la provisión de hierro en el fundo de Apolonio en Filadelfia. Una larga cuenta (*P. Cairo Zen.*, 59782 *a*), completada por otros documentos, detalla las entregas diarias de hierro por la administración a los distintos miembros de la dirección de la explotación: los que tratan de la agricultura (incluyendo la irrigación) y transporte, con la edificación y decoración de casas y otros edificios, y con varios oficios que requieren instrumentos de hierro (por ejemplo, barberos: *P. Mich. Zen.*, 54). En el departamento de agricultura, el hierro se usaba para fabricar y re-

parar distintos instrumentos y para adosar superficies cortantes a las hojas de ciertos instrumentos. Los utensilios de hierro se usaban mucho en Filadelfia. En la época faraónica, la mayor parte de las herramientas agrícolas se hacían de madera, y en la explotación de Apolonio aparecen en su mayoría de hierro total o parcialmente: las rejas de los arados tienen ahora vaina de hierro (ὕνεις); zapapicos y palas (σκαφεῖα y ἅμαι) y probablemente azadones (δίκελλαι), guadañas de distintas formas y para diferentes fines (δρέπανα y ψέλια) tenían hojas de hierro; las hachas (ἀξῖναι, πελέκεις) eran de hierro, y este metal se usaba mucho para vagones, sobre todo en las ruedas. Un uso tan amplio del hierro en Egipto para la agricultura tenía categoría casi de revolución. No es sorprendente, pues, que Zenón tuviese tanto cuidado de su hierro (155).

Mecanismos de riego. Casi de la misma importancia fueron las mejoras en los ingenios usados para el riego de la tierra más allá de la zona alcanzada por la inundación nilótica. Durante miles de años Egipto se había contentado con regar esta tierra a mano (διὰ χειρός) o por medio de los primitivos *shadufs* (κηλώνια). Para algunas parcelas de tierra, éste era casi el método más primitivo de riego, y todavía se emplea en Egipto.

Pero muchos fundos de tierra valiosa por otros conceptos no podían ser regados por estos métodos. Se necesitaba algún ingenio mejor y más científico. Para la ciencia mecánica de los griegos, desarrollada como estaba en los siglos IV y III antes de J. C., era tarea fácil construir una rueda simple y eficiente mediante la combinación de una rueda dentada y una polea sin fin. Así se introdujeron el conocido *sakiyeh* y otras máquinas parecidas de la región del Éufrates y el Orontes que todavía se usan ampliamente en Egipto y Siria. En los documentos griegos de la época helenística y romana, en Egipto el *sakiyeh* se llama μηχανή o μηχανὴ ἀντλοῦσα, ὄργανον, μηχανικὸν ὄργανον. Se menciona por primera vez en un papiro del siglo II antes de J. C. (*P. Con.*, 5), después en uno del año 5 antes de J. C. (*B. G. U.*, 1120, 27), y frecuentemente en documentos de la época romana.

Menos usada fue una bomba basada en el tornillo de Arquímedes, porque es menos eficiente para los fines agrícolas. Diodoro (I, 34) atestigua positivamente, y no hay fundamentos serios para dudar de su afirmación, que el Delta era regado por medio de una máquina especial, «que había sido inventada

por Arquímedes de Siracusa y que se llamaba «caracol» (κοχλίας), a causa de su forma. Este invento parece haberse generalizado en el Delta en la época helenística y aún se emplea en algunas partes del Medio Egipto. En la correspondencia de Zenón no se menciona el *sakiyeh* ni la cóclea o caracol, pero hay testimonios de éste en la época romana, y se representa en algunas pinturas y esculturas como usado para riego de jardines (156).

Arado sembrador. Otros inventos mecánicos para hacer el trabajo agrícola más fácil y eficiente se usaron en Egipto en los comienzos de la época romana: tal era el arado sembrador, conocido desde hacía siglos en el mundo antiguo y de uso corriente en Babilonia, y el *norag,* un trillo que aún se usa en Egipto y en otras partes, llamado por los romanos *plostellum punicum.* El primer instrumento se menciona expresamente en documentos del período helenístico. El último es citado probablemente en un documento del siglo III a. de J. C. (*B. G. U.*, 1507) relacionado con lo que había sido antes el *dorea* de Apolonio (157).

Almazaras y lagares. Es lamentable que conozcamos tan poco sobre las almazaras y los lagares del período tolemaico. Por un documento fragmentario (*P. S. I.*, 624) podemos inferir que Zenón estaba bien informado sobre los progresos hechos en viticultura en la época helenística, y es muy posible que usara para su propia información y para la instrucción de sus subordinados uno de los muchos tratados entonces corrientes sobre agricultura en general y viticultura en particular. Si las prensas de tornillo de nuevo tipo, que fueron introducidas en Italia en el siglo I a. de J. C. eran conocidas en Grecia antes de que aparecieran en Italia, él ciertamente tuvo noticia de su existencia y pudo haberlas empleado. Sin embargo, el problema de la fecha de las prensas de tornillo está lejos de ser resuelto. Plinio (*N. H.*, XVIII, 317) lo considera un invento de su propio tiempo. Por otro lado, Herón conocía todos los tipos de prensas y las describe minuciosamente. Por desgracia, la fecha de Herón es discutida. Si floreció en la época helenística, las prensas de torno (no el *prelum* y la prensa, que eran muy conocidos, por todo el mundo helenístico) eran familiares a los griegos antes de ser introducidas en Italia (158).

Aceñas. Un problema relacionado con el que acabamos de mencionar es el que presenta la historia de la aceña para la moltura de grano. Estrabón (XII, 556) se refiere a una aceña

en Cabeira del Ponto en relación con el palacio construido por el gran Mitrídates. Este tipo de molino era muy conocido en la primera época del imperio romano con su nombre griego *hydraletes* y es descrito por Vitruvio (X, 257) y Plinio (*N. H.*, XVIII, 97). Restos de aceñas fueron hallados en algunos lugares: puedo citar las reliquias de una descubierta en el Ágora ateniense, y las ruedas de molino de madera halladas en Italia y en otros lugares. ¿Debemos atribuir el invento de la aceña al Oriente, o relacionarlo con los progresos de la ciencia técnica griega del período helenístico? Es interesante ver que parece no existir mención de aceñas en los papiros de la época helenística ni romana en Egipto. ¿Hemos de explicarlo por la dificultad de emplear el Nilo para las aceñas? Aún es más sorprendente, en vista de los progresos hechos por la antigua técnica en materia de irrigación, no encontrar restos de molinos de viento ni en Egipto ni en otras partes del mundo helenístico y romano (159).

Un aumento de la producción agrícola en general de Egipto y de grano en particular fue el resultado natural de las innovaciones ya descritas. Indudablemente debemos atribuir a la necesidad de esta mejora, tanto en cantidad como en calidad, los progresos técnicos de la agricultura egipcia en la primera época helenística.

De la misma manera debemos explicar algunas otras mejoras agrícolas de carácter diferente introducidas por los Tolomeos. Una de las cartas de Apolonio nos informa de que el rey le pidió que adoptara en sus fincas el sistema de dos cosechas al año (*P. Cairo Zen.*, 59155). El sistema no era nuevo. Había sido muy usado en varias partes del mundo —en Grecia, Siria, y Arabia—, y probablemente no era desconocido ni había quedado sin ensayar en Egipto. Sin embargo, es característico del celo reformador de Filadelfo el deseo de verlo aplicado en la finca que había dado a Apolonio (160).

Finalmente, al deseo de los primeros Tolomeos de conseguir un gran aumento en la exportación de grano se debió el hecho de que se cambiase la especie de grano cultivado en Egipto. En el Egipto pretolemaico, la olira (escanda, *triticum dicoccum*) era cultivada con preferencia al trigo, porque la olira era el alimento corriente de la población. Pero no tenía demanda en otros países: lo que allí se pedía era trigo, y trigo de la mejor calidad, capaz de competir con el de Rusia meridional, Tracia y Asia Menor. Mediante su sistema de agricultura planificada,

los Tolomeos pudieron aumentar la producción de trigo. Al mismo tiempo que experimentaban con objeto de mejorar la calidad del trigo egipcio, y ensayaban muchas especies de semillas, tenemos noticias del trigo calindiano, y sabemos que el trigo sirio era popular en Egipto en el siglo III (161).

Estos intentos tuvieron éxito. No poseemos estadísticas, pero mediante una interpretación cuidadosa de los datos que poseemos, podemos inferir que en los años normales Egipto no sólo podía alimentar a su población y su ganado, sino también exportar un gran sobrante, probablemente no menos de diez millones de artabaes al año (162).

La situación respecto a la PRODUCCIÓN INDUSTRIAL era casi la misma que en lo referente a la agrícola. Desde tiempo inmemorial Egipto había producido distintos productos manufacturados tanto para su población como para la exportación. En muchas ramas de la industria, tales como el papiro, telas, vidrio y fayenza, no tenía rival; y a estos artículos se pueden añadir otros hechos de marfil, así como ébano, especias, etc., traídos por las caravanas, que también fueron durante mucho tiempo una especialidad de Egipto.

Cuando los Tolomeos se apoderaron del país, tomándolo de los persas, se encontraron con los mismos problemas en el campo de la industria que en el de la agricultura. Aparecieron nuevos clientes en Egipto que tenían preferencias especiales y no se conformaban con los extraños productos de la industria egipcia: eran los inmigrantes, en su mayoría griegos o personas acostumbradas al modo de vida griego. Se habrían contentado comprando estas mercancías importadas de su propio país, pero los Tolomeos no se lo habrían permitido. Ya he explicado que uno de los principales objetivos de su política era la autarquía. Por otra parte, el poder adquisitivo de los países extranjeros y la demanda de mercancías egipcias aumentaban continuamente. Sin embargo, el mercado helenístico no era fácil de satisfacer. Tenía sus preferencias peculiares, a las que habían de adaptarse los productores. Era evidente, pues, que con el fin de obtener un buen rendimiento de la industria egipcia, no bastaba monopolizar algunas de sus ramas e intervenir la producción y venta de otras. Había que aumentar la producción de ciertos bienes de consumo y adaptar su carácter a las necesidades de los clientes que eran griegos o tenían gustos y hábitos griegos. Se impuso, pues, una helenización de la industria egipcia.

Estamos todavía menos informados de la industria egipcia que de la agricultura. Los documentos revelan la organización de la industria por los Tolomeos, como se indicó anteriormente, pero callan sobre el carácter de sus productos y sus procesos técnicos. Para algunas industrias, el material arqueológico es abundante y se describirá más adelante. Sin embargo, los testimonios, sobre todo los papiros, hablan con certeza en un punto: los Tolomeos no olvidaron ninguna de las antiguas industrias de Egipto. He demostrado anteriormente que los Tolomeos desarrollaron con excelentes resultados la industria del papiro. De otras ramas de la industria hablaré en seguida, pero puedo decir ya que fueron los Tolomeos quienes introdujeron en Egipto la industria de la lana en gran escala.

Los resultados alcanzados fueron notables. Egipto se hizo autárquico en casi todas las ramas industriales y pudo exportar en el siglo III a. de J. C. mercancías manufacturadas. Describiré estos resultados en las distintas industrias en la medida que la conocemos por los testimonios literarios, documentales y, sobre todo, arqueológicos. El material arqueológico reunido por mí es, sin duda, insuficiente, y es de esperar que pronto sea completado por arqueólogos competentes.

Cerámica. Empezaré con la cerámica, la rama mejor conocida de la industria egipcia. Ya he explicado cómo Alejandría llegó a ser a finales del siglo IV a. de J. C. y comienzos del III uno de los mejores mercados de los alfares atenienses y suditálicos (véase pág. 162). La importación de cerámica extranjera, por supuesto, no cesó nunca enteramente. Objetos cerámicos importados aparecen en Alejandría de cuando en cuando, de todo el mundo helenístico. Pero en la última parte de este período las importaciones eran relativamente raras. Muy a principios del siglo III a. de J. C. los ceramistas alejandrinos empezaron a competir con los importadores extranjeros. Comenzaron esta competencia imitando los diferentes modelos atenienses y suditálicos. Pronto fueron más allá y manufacturaron para el mercado alejandrino nuevos tipos cerámicos, algunos de los cuales fueron exportados (especialmente a los dominios egipcios e Italia). No puedo entrar en pormenores, y algunos puntos son todavía controvertidos. Pero no hay duda de que enterraron las cenizas de sus muertos en hidrias especialmente pintadas, llamadas «vasos de Hadra», hechos en Alejandría, quizá en parte imitación de ciertos tipos de cerámica beocia y apulia. Es igualmente probable

que fuese en Alejandría donde surgiera un tipo especial de cerámica en relieve, producida en la Grecia continental y conocida con la denominación de «vasos megareos», se egipcianizase y contribuyese a su enorme éxito no sólo en Alejandría y Egipto en general, sino también en casi todos los centros griegos fuera de Egipto. Sin embargo, debe notarse que muy pocos vasos «megareos» se hallaron en Alejandría o en otros asentamientos urbanos de Egipto (por ejemplo, Canopo), especialmente ejemplares de fecha temprana, siendo la mayoría de ellos de fecha tardía e importados. Todo el problema de los vasos «megareos» necesita una cuidadosa investigación. Lo mismo podemos decir de los hornos portátiles y los incensarios con decoración en relieve. Su historia es poco conocida. Pueden haber nacido en el sur de Italia, pero también pueden haber sido remodelados en Alejandría y haberse extendido desde aquí por todo el mundo helenístico. Un tipo especial de cerámica, imitación de vajilla metálica ampliamente distribuido por el país, los llamados «vasos de relieve con fondo brillante», fue fabricado en los distritos rurales de Egipto para uso de la población griega y helenizada. Finalmente, fue Alejandría la que modificó la antigua fayenza egipcia (incluso cuentas de collar y escarabajos sagrados), adaptándolas al gusto griego e iniciando una producción grande y de gran aceptación. Un ejemplo curioso de esta cerámica se ve en los enocoes alejandrinos típicos, que llevan los nombres de reinas y reyes (Arsínoe, esposa de Filadelfo, Berenice, esposa de Evérgetes I, y Filopátor) (163).

Vidrio. El vidrio había sido desde los tiempos antiguos una especialidad de la industria egipcia. La fabricación, algo fosilizada y pasada de moda, recibió nueva vida en el período helenístico. Un nuevo tipo de vasos de vidrio, sólo un poco conocido, gracias a algunos ejemplares hallados en el sur de Rusia, en tumbas de los siglos II y I a. de J. C., que o bien eran fundidos en moldes y pulidos, o bien eran labrados de bloques sólidos de vidrio fundido, a imitación de la vajilla de metal (algunos montados en bronce u oro incrustado de piedras preciosas), pueden haber sido hechos primeramente en Egipto, quizá en algún momento del siglo III o a comienzos del II a. de J. C. y después imitado en Oriente. Los ejemplares de este tipo de vidrio hallados en Rusia recuerdan algunas ofrendas votivas en los templos de Delos (164).

Unos cuantos vasos de factura algo diferente —vasijas, copas y platos, todo con ornamento de oro— son, sin duda, de

origen alejandrino. Los adornos de estas vajillas son de pan de oro empastado sobre un fondo de vidrio coloreado o no, y a veces cubierto con una capa de vidrio transparente e incoloro. Los mejores cuencos de este tipo son reproducciones exactas de los cuencos «megareos» o de sus prototipos metálicos. Bellos ejemplares de este estilo y técnica han sido hallados en Palestina y sur de Italia. Sin embargo, en Egipto han aparecido algunos finos fragmentos, que atestiguan su origen alejandrino. Todos los eruditos están ahora de acuerdo en asignar este tipo de vasijas de vidrio al período helenístico primero y último. Desaparecen del mercado a principios del imperio romano para reaparecer en gran cantidad a finales del mismo (siglos IV y siguientes después de J. C.) (165). Fue probablemente la invención del cristal soplado la que acabó con los vasos de vidrio adornados de oro, que fueron reemplazados por los vasos pintados de vidrio (166).

Al mismo tiempo que los vasos anteriormente descritos, Egipto produjo grandes cantidades de vajilla vítrea de lo que se conoce por técnica *milflores*, que había sido una especialidad de Egipto, al menos desde la época del Imperio Nuevo. Cuentas de este género se exportaron hasta China, y allí dieron origen a una producción local de cuentas de collar similares. Las piezas de cristal *milflores* eran usadas comúnmente en sustitución de las piedras preciosas en la manufactura de joyas. Placas cuadradas de la misma técnica, la mayor parte con ornamentos florales, se fabricaban para adornar las paredes y techos de los edificios públicos y casas particulares, piezas de muebles y otros artículos de madera. Todos estos productos helenizados de la antigua industria egipcia del vidrio tuvieron larga vida y una gran demanda en todo el imperio romano en los primeros tres siglos de su existencia. Pero la mayor parte de los objetos aparecidos en las ruinas de ciudades y de tumbas por todo el mundo civilizado son imitaciones locales, especialmente suditálicas, de la cerámica original egipcia.

Todo lo que conocemos sobre el vidrio en Egipto lo hemos aprendido en algunos textos literarios y en los hallazgos arqueológicos. Los papiros guardan silencio sobre el tema. Ni siquiera en la correspondencia de Zenón hallamos mención alguna del vidrio. Éste era producido principalmente en Alejandría para la exportación, como una rama de curiosidad cara. En el mismo Egipto la gente rica parece que prefería la vajilla de metal (167).

Industria del metal. La industria del metal, especialmente la producción de vajilla de oro, plata y bronce, había florecido en

el Egipto faraónico. No hay la menor duda de que el Egipto helenístico heredó y llevó adelante las espléndidas tradiciones de aquellos remotos tiempos. Hay muchos testimonios de ello, especialmente en los copiosos hallazgos ocurridos en Egipto, de vajilla de oro y plata, utensilios litúrgicos y joyas de principios del siglo III a. de J. C. Puedo citar algunos ejemplos, sin pretender ser exhaustivo. El más rico hallazgo, datado con precisión por monedas de Soter y de los primeros años de Filadelfo, se realizó en 1905 en las ruinas de un templo en Tuj el Qarmus, al norte del Delta. Consistió en un hermoso lote de vajilla de oro y plata, objetos litúrgicos y joyería, de factura local y de estilo griego, egipcio y grecopersa. Semejante, aunque más antiguo, es el hallazgo de Mendes (168).

Algo posteriores al hallazgo de Tuj el Qarmus son los interesantes vaciados de yeso hechos de vasos de metal y otros objetos metálicos hallados recientemente en Mit-Rahineh. La mayoría de ellos son acertadamente atribuidos al siglo III a. de J. C. Sin duda pertenecieron originariamente a las grandes y bien surtidas tiendas de metal de Menfis. Muchos moldes y modelos (yeso, arcilla y piedra) para distintos objetos metálicos eran y son todavía, frecuentemente hallados en Egipto (puedo mencionar, por ejemplo, los bellos modelos en piedra para cascos del siglo III antes de J. C. descubiertos en Menfis). La mayoría de los que pertenecen al período helenístico proceden de los talleres de Menfis. Junto a los vaciados en yeso, son de inapreciable valor para los estudiosos del arte y la técnica antiguos. Los abundantes descubrimientos ocurridos en Menfis atestiguan la importancia de esta ciudad como centro de producción de objetos de metal. Otro centro importante era Hermúpolis. Los frecuentes hallazgos de hermosa vajilla de plata en este lugar (de la última época helenística y primera época romana) demuestran la existencia de una floreciente industria del metal que probablemente empezó antes del período helenístico final (169).

La popularidad de los objetos de metal en Egipto durante el período que estudiamos está además ilustrada por varias imitaciones en arcilla de vajilla de metal. Puedo recordar al lector los anteriormente mencionados vasos «megareos» y sus réplicas en fayenza con decoración vegetal grecoegipcia en relieve (una mezcla de hojas de acanto y de ninfea). Son, sin duda, reproducciones en arcilla de vasos de metal de la misma forma y decoración hechos en Egipto. Estos vasos metálicos han sido hallados oca-

sionalmente en Egipto, y uno de factura egipcia fue excavado recientemente en Siria en Ras Shamra (170). Vaciados de vasos de forma semejante y con parecida ornamentación existen entre los hallazgos habidos en Mit-Rahineh, y puede observarse el mismo tipo de decoración en la tapadera de plata de una píxide procedente de Tarento y en varios cuencos de Cività Castellana, que probablemente pertenecen al siglo III a. de J. C. y pueden considerarse importados de Egipto. Otros tipos distintos de cerámica hecha en Egipto proceden, sin duda, de originales de metal (171).

Puedo, además, llamar la atención sobre el hecho de que los vasos de metal con decoración nielada de fecha helenística y romana, algunos adornados parcialmente con figuras y dibujos grecoegipcios, atestiguan el renacimiento de esta vieja técnica egipcia en la época helenística. Esta vajilla, como otros tipos de vajillas metálicas, fue, al menos en el último período, exportada desde Egipto. Los mejores ejemplares han sido hallados en Egyed, Hungría (172).

Ofrecen gran interés algunos modelos de bronce de artículos de tocador, la mayoría agujas para el pelo con cabeza trabajada en forma de figuras u otros adornos, hallados recientemente en Galjub, cerca de El Cairo y ahora en el Museo Pelizaeus. Estos moldes de bronce servían como muestras en la tienda de un platero y orífice, y eran reproducidos en oro o plata por encargo de los clientes. Un negocio de este tipo se explotaba, por ejemplo, en el taller de Mistarión, en Alejandría, a principios de la época romana. Los objetos hallados en Galjub se atribuyen en la obra que los describe al siglo II a. de J. C. (173).

La importancia e influencia del trabajo alejandrino del metal en la época helenística puede deducirse de estos pocos ejemplos. Aunque no son muy numerosos los ejemplares de vajilla de plata y bronce, y de sus derivados posteriores, su análisis cuidadoso nos llevaría a atribuir a Alejandría varios tipos de ellos.

Sin embargo, no debemos exagerar el papel desempeñado por Alejandría. Ya pasó el tiempo en que todos los productos de la toréutica helenística se atribuían en bloque a esa ciudad. Etruria, Campania, Sicilia, Tarento, Corinto, Calcis, Delos y Atenas eran centros famosos de metalurgia en el período clásico, y no hay razón para suponer que todos ellos dejaran de trabajar en la época helenística. Las tradiciones fueron heredadas, no sólo por Alejandría, sino también, un poco más tarde, por Pérgamo, que pronto iba a entrar en competencia con sus viejos rivales. En Oriente —Ba-

bilonia, Asiria, Fenicia, Armenia e Irán— el arte de la toréutica era tan viejo y floreciente como en Egipto. No hay duda de que los vasos de oro y plata y otros objetos incrustados con piedras preciosas que he mencionado en el capítulo III eran fabricados asimismo por artistas que residían no sólo en Egipto, sino también y acaso principalmente, en el imperio seléucida, y que la Siria seléucida fue otra rival de la Alejandría tolemaica en este campo. En su famosa pompa, Antioco IV desplegó ante el pueblo de Antioquía gran profusión de vajilla de oro y plata, la mayor parte de la cual, indudablemente, había sido fabricada en su imperio (174).

Sin embargo, todas las fuentes, tomadas en conjunto, muestran que la producción alejandrina de vajillas de oro, plata y bronce era muy grande. Sin duda, cubría ampliamente las necesidades de la población de Egipto, y se exportaba alguna. Para darse cuenta del número y esplendor de las piezas de oro y plata que poseían los Tolomeos, la mayoría de las cuales deben suponerse de fabricación local, debe leerse la descripción que hace Calixeno de la pompa y banquete organizados por Filadelfo en los primeros días de su reinado. Cientos y quizá miles de vasos y otros objetos de oro y plata fueron expuestos en estas brillantes funciones. No menos importantes que la descripción de Calixeno es la lista que el seudo Aristeas hace de los regalos de vajilla de lujo que Filadelfo presentó al templo de Jerusalén. Como tantas cosas en esta carta, la descripción está basada en observaciones, aunque probablemente nunca se envió tal regalo a Jerusalén (175).

Industria textil. Sabemos muy poco de los productos de la industria textil en el Egipto helenístico. Hasta ahora no se han hallado materiales de lana o lino de ningún valor artístico en las tumbas egipcias de la época helenística. Las famosas telas «coptas» aparecidas en tan grandes cantidades en Egipto son todas de fecha muy posterior, aunque en técnica y decoración pueden remontarse a la época helenística. Pero numerosos papiros que hablan de la industria textil en Egipto, especialmente un gran grupo de documentos de principios de la época tolemaica, dan un testimonio elocuente de su estado de florecimiento en aquella época. Se producían manufacturas de lino, bajo la intervención e inspección del gobierno, en grandes cantidades y fina calidad: bisos finos, vestidos bordados o con adornos entretejidos, y toda clase de materiales corrientes se mencionan frecuentemente en los papiros. Se fabricaban grandes cantidades de tejidos y vestidos de lienzo a

petición y para uso del rey. Dado que el lino escaseaba en otras partes del mundo griego, y Egipto era famoso por sus tejidos de lino, no hay duda de que parte de los tejidos de lino en posesión del rey se vendían a mercaderes extranjeros. El remanente y todo lo que fabricaban los tejedores por su propia cuenta abastecía la demanda interior. La manufactura de la lana no era una especialidad egipcia en la época antigua, porque los egipcios, por regla general, usaban materiales de lino. En el período tolemaico, como he afirmado anteriormente, se hicieron esfuerzos para poner en marcha una industria lanera en gran escala bajo la inspección

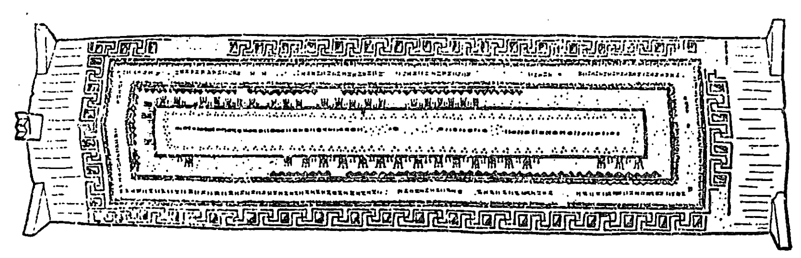


FIG. 2. — Tapa de un sarcófago de madera hallada en Magdola (Fayum), con pintura que representa un tapiz. Museo de El Cairo

y con la protección del gobierno. He dicho que se importaron y aclimataron en Egipto ovejas milesias, euboicas y árabes. Esto se hizo, sin duda, para suministrar a la industria materia prima mejor que la lana de las ovejas egipcias. La lana egipcia era protegida por las tarifas compensatorias contra la competencia de la lana extranjera. Tenemos testimonios de que había talleres para la manufactura de paños de lana en la finca de Apolonio, y que eran considerados como una innovación. Todo esto se hacía para proveer de tejidos de lana a la población griega de Egipto sin recurrir a la importación, y es cierto que las manufacturas egipcias de lana encontraron muy pronto clientes en los países extranjeros (176).

Dado que tanto las fabricaciones de lino como las de lana se destinaban en parte a la exportación y en parte al uso de la población griega en Egipto, los tejedores egipcios tuvieron que cambiar su estilo de producción y adaptarse a las nuevas exigencias. Esto lo hicieron con gran éxito, como lo atestiguan los colchones, almohadas y alfombras que con frecuencia se representan en los lechos funerarios en las tumbas pintadas de Alejandría de los siglos III y II a. de J. C. y en las tapas de los sarcófagos de madera

del mismo período. Los ornamentos y modelos en estas representaciones son griegos, no egipcios, y sus originales no fueron importados del exterior (177). Encontramos igualmente estilos y ornamentación griegos en algunos mosaicos tempranos de Alejandría, que sin duda reproducen tapices de lana (178). Y finalmente la descripción de la tienda del banquete de Filadelfo por Calixeno y de la villa flotante de Filopátor, ambas decoradas con todo lujo con tapices de colores y ornamentales, atestigua el carácter griego de los tapices y su manufactura local (aunque algunos tapices —sin duda para buscar el contraste— se describen como persas y fenicios) (179).

Escultura. Con los productos de la industria y las artes aplicadas pueden clasificarse los de la escultura, particularmente la escultura decorativa y sepulcral (estelas y estatuas funerarias). También en este caso los primeros productos se hicieron de mármol ático por artistas atenienses, ya en Atenas, ya más probablemente, en Alejandría, pero en una fecha muy temprana los escultores locales crearon su estilo propio (puramente griego) y proveyeron las necesidades de la población griega de Alejandría y del «campo» (χώρα). La escuela alejandrina de escultura sobresalió principalmente en el retrato. Al mismo tiempo que ella, los artistas indígenas continuaron produciendo para sus templos, altares y tumbas según el estilo a la antigua moda. Sin embargo, en unos cuantos casos se puede notar una mezcla de los dos estilos (180).

6. *COMERCIO, MONEDA Y BANCA*

La inteligente política comercial de los primeros Tolomeos, por medio de la cual desarrollaron sistemáticamente las relaciones comerciales de Egipto, contribuyó a su gran éxito en reorganizar la agricultura e industria egipcias y aumentó su riqueza. Su política comercial fue dictada por su política interior, siendo su meta principal fortalecer y consolidar su posición en Egipto y adquirir la hegemonía, o por lo menos una influencia todo lo grande posible, en el mundo civilizado. No tengo que repetir que la base de la fuerza e influencia egipcias era su prosperidad económica, que les permitía mantener un ejército y una marina fuertes y bien organizados, y llevar una política exterior acertada. Esto último descansaba en gran parte en los subsidios en dinero y grano que donaban a sus partidarios en el mundo mediterráneo (181).

Comercio con los dominios

Egipto era un país muy rico y los Tolomeos, con sus esfuerzos, lo hicieron casi autárquico. Pero su autarquía no fue completa. Ya he dicho que Egipto era pobre respecto a ciertos artículos indispensables para satisfacer algunas necesidades fundamentales del ejército y la marina: metales, caballos y elefantes, y buena madera. Los cuatro metales básicos —hierro, cobre, plata y oro— tenían que importarse, al menos en parte. Por su política exterior, aunque ésta no estaba dirigida exclusivamente por consideraciones económicas, los Tolomeos lograban satisfacer algunas de sus necesidades. Los mencionados artículos eran suministrados a Egipto por sus dominios y dependencias exteriores más importantes: Chipre lo proveía de cobre; Siria, Cilicia, Licia y también Chipre lo abastecían de madera y de algo de plata; Cirenaica, de caballos; Nubia, de una cierta cantidad de oro; Meroe, de algún hierro (de calidad inferior) y de oro, importado este último probablemente de Abisinia; África oriental, especialmente Somalilandia, le suministraba elefantes. Debemos decir algo respecto a Nubia, Meroe y África central.

Oro. El oro lo extraía Egipto en dos regiones: en el desierto de Nubia al sur de Egipto, y en el desierto oriental, entre los caminos que van de Copto y Apolinópolis a Berenice, en el mar Rojo. Las minas de Nubia las conocemos gracias a una maravillosa descripción hecha por Agatárquides en el siglo II antes de J. C.*. Estaban situadas al este de Dakke, en Uadi-Alaki. El descubrimiento de algunas inscripciones en este lugar y las referencias a ellas en los textos egipcios demuestran que las minas habían sido explotadas durante mucho tiempo antes de caer en manos de los Tolomeos. Por otro lado, la descripción de Agatárquides muestra las dificultades con que se realizaba la explotación de estas minas en un desierto tórrido y sin agua. Las condiciones de trabajo eran aterradoras y realmente mortíferas para los mineros reclutados entre criminales y prisioneros de guerra. El problema de la mano de obra para estas minas era evidentemente de gran dificultad. Además, estaban prácticamente fuera de Egipto y su conservación exigía un considerable esfuerzo militar por parte de los Tolomeos. Y no sólo era mano de obra lo

---

* Agatárquides, *De mar. Er.*, Focio, 23-29, y Diodoro, 23-29 (*G. G. M.*, I, págs. 122 y sigs.); cf. Diodoro, III, 12-17.

que se necesitaba: era necesario un fuerte destacamento de soldados para mantener la disciplina entre los mineros y guardar las minas de un ataque por parte de ladrones y enemigos. Es difícil evaluar la riqueza de las minas. Teniendo en cuenta que habían sido explotadas durante cientos de años, su producción, aun con una técnica algo más adelantada, no podía ser muy grande. Sin embargo, el interés demostrado hacia ellas por Agatárquides y los grandes esfuerzos hechos por los Tolomeos para mantenerlas en producción, demuestran que eran las minas de oro más importantes bajo el dominio tolemaico. Es altamente probable, pues, que las minas del desierto oriental egipcio, conocidas por la exploración arqueológica moderna, las de Barramija, Dunkash y Fawakir, no fuesen de gran importancia. Por ello dudo mucho de que el producto de las minas de oro dominadas por los Tolomeos cubriesen sus exigencias de oro. La balanza tenía que ser equilibrada por otras fuentes.

No fue tan sólo la necesidad de proteger sus minas de oro la causa que llevó a los primeros Tolomeos a esforzarse por conservar Nubia y extender su influencia a Meroe: la exploración arqueológica ha demostrado que allí se extraía algún hierro y que los meroítas tenían algún oro (¿importado de Abisinia?). Difícilmente pudieron emplearlo todo en el país. Parte de él se exportaba probablemente a Egipto, aunque no tengamos información directa sobre este punto. Otras mercancías pueden haber venido a Egipto a través de Meroe, de África central: marfil, plumas y huevos de avestruz, y algunos esclavos.

A la luz de estas consideraciones podemos entender mejor las relaciones de los dos primeros Tolomeos con Nubia y Meroe. La primera información sobre Meroe fue obtenida para Soter, o para Filadelfo en los primeros años de su reinado, por Filón*[1]. Después de esto, Filadelfo fue el primero en intimidar a los nubios marchando a su territorio*[2], y estableció su mando sobre sus minas de oro, y acto seguido tuvo a Meroe bajo estrecha observación por una sucesión de expediciones que llegaron y rebasaron Meroe*[3]. Estas expediciones y exploraciones del mismo tipo bajo el pretexto de cacerías*[4] fueron ciertamente realizadas con fines puramente

---

*1 Plinio, *N. H.*, XXXVII, 108.
*2 Diodoro, I, 37, 5.
*3 Plinio, *N. H.*, VI, 183.
*4 Agat., *De mar. Er.;* Diodoro, 78.

científicos. Su objeto era, sin duda, al mismo tiempo comercial y diplomático, y mantuvieron a Meroe abierto a la influencia tolemaica. Los principales propósitos, en mi opinión, de estas relaciones con Meroe, además de la protección de la frontera meridional de Egipto, era salvaguardar las minas de oro de Nubia y conservar el abastecimiento meroítico de hierro y oro para Egipto, y proteger las expediciones de cazadores que visitaban el país regularmente bajo Filadelfo (182).

Elefantes. No menos valiosos para los Tolomeos que el oro y el hierro de Nubia eran los elefantes de África oriental. Debe recordarse que el empleo de elefantes era lo más avanzado de la técnica militar. Los rivales de los Tolomeos —Seleuco y sus descendientes— los tenían en abundancia y de la mejor calidad, obteniéndolos de la India. Los Tolomeos no podían soportar el ser inferiores a este respecto. La reputación de los elefantes de guerra entre los expertos militares del momento era muy alta y no había disminuido por su fallo en la expedición de Pirro, porque su éxito sensacional cuando se emplearon contra los celtas había equilibrado el fracaso en Italia. Tenemos testimonio de ello en la confianza depositada en estos animales por un general de la talla de Aníbal. Ahora bien: los elefantes abundaban en África, y no había razón para que no domesticasen y adiestrasen a estas fieras de África expertos domadores importados de la India. Tales fueron probablemente las consideraciones que llevaron a Filadelfo a emprender la formación de un contingente de elefantes africanos.

Estaría fuera de lugar repetir aquí la historia de esta aventura. Baste decir que exploró cuidadosamente la costa occidental del mar Rojo y la costa de los somalíes y estableció numerosas estaciones para cazar elefantes, puertos para embarcarlos y otros donde podían desembarcarse en territorio egipcio. Los dos puertos principales en la costa egipcia eran Filotera y Berenice, enlazados con el Nilo por caminos de caravanas; éstas estaban bien organizadas, bien guardadas y bien provistas de agua. Han sido cuidadosamente explorados por los exploradores modernos, y un documento recientemente descubierto ilustra el movimiento de caravanas a lo largo de estos caminos y su organización en la época de Filopátor. Las caravanas constaban de pesados carros que llevaban, entre otras cosas, la correspondencia oficial con los jefes de las expediciones de cazadores de elefantes. A los dos puertos arriba mencionados, pronto se añadió un tercero, Míos Hormos,

más al Norte. Los elefantes, cuando llegaban a Egipto, eran guardados, alimentados y adiestrados en parques especiales (183).

Grano, etc. Además de algún oro y plata, algún hierro, una gran provisión de cobre, caballos y elefantes, los Tolomeos podían contar con sus dominios para un abundante abastecimiento de grano en caso de escasez en Egipto: en el decreto de Canopo se menciona la importación de grano de Siria y Chipre. Conocemos la fertilidad del suelo de Siria, Chipre y Cirenaica. Además de esto, Siria producía vino y aceite de oliva de alta calidad, y Licia y Caria (especialmente Cnido) podían proveer de vino y excelente miel, además de otros artículos de menor importancia.

Se sabe muy poco de cómo se organizaba el comercio con los dominios. Nuestra única fuente de información —la correspondencia de Zenón— se refiere a Siria y Palestina solamente, con algunas irradiaciones a Asia Menor y Rodas. De Cirenaica y Chipre no sabemos prácticamente nada. En tanto alcanzan las fuentes, podemos inferir que el comercio estaba en manos de mercaderes particulares. Al parecer, la exportación de mercancías de Palestina y Siria era libre, aunque, naturalmente, había algunas restricciones. Con toda probabilidad, se cargaban derechos de exportación, y para algunos bienes exportables (por ejemplo, esclavos) se requería licencia especial.

Sin embargo, hay algunos puntos vitales sobre los que no tenemos información. El primero es por qué medios los Tolomeos se aseguraban la importación exclusiva o preferente de sus provincias de algunos artículos esenciales, tales como metales, madera, pez y brea, caballos y similares, y grano cuando lo necesitaban. Podemos deducir que el trigo venía de la tierra real, y que las minas y bosques de los dominios eran de su propiedad y explotados por ellos directamente. Podemos pensar que tenían grandes yeguadas en Cirenaica. Pero esto no es más que una suposición.

Por lo que se refiere a otras mercancías, los mercaderes de los dominios tenían probablemente manos libres en sus relaciones con países extranjeros. Pero por lo que respecta a Egipto estaban sujetos a muchas restricciones de distintos tipos. Egipto, con su sistema económico peculiar, con sus numerosos monopolios de todas clases destinados a obligar al consumo de las mercancías producidas en casa, no podía permitirse el mantener relaciones comerciales libres con los dominios de los Tolomeos. Éstos se defendían de hecho frente a sus dominios mediante barreras aduaneras. Por el νόμος ἐλαικῆς y por algunos documentos de la

correspondencia de Zenón conocemos bien cómo la importación de aceite de oliva de Siria a Alejandría y Pelusio estaba sujeta a elevadas tarifas aduaneras y otros impuestos, con el fin evidente de salvaguardar los intereses del monopolio del aceite de los Tolomeos. Sin entrar en pormenores estudiados cuidadosamente por mí y otros, y que ilustran con toda claridad la política de los Tolomeos a este respecto, debo señalar que en materia de derechos de aduanas se hacía distinción entre los productos de los dominios tolemaicos y los de las ciudades y reinos extranjeros. Así, en la ley del aceite de Filadelfo se distingue entre el aceite «sirio» y el «extranjero» (Σύρον y ξενικὸν ἔλαιον) (*R. L.*, 52, 25 y sigs.). Pero nuestra información sobre este punto es muy vaga. No sabemos exactamente qué se quiere decir por ξενικὸν como opuesto a Σύρον. Es muy probable una cosa. Los Tolomeos disuadían a sus súbditos de comprar productos de los dominios con el fin de asegurarse un mercado firme y estable para los bienes que ellos mismos producían en Egipto (184).

Comercio exterior

Lo que he dicho del intercambio de bienes entre Egipto y los dominios exteriores de los Tolomeos muestra que con la ayuda de estos dominios eran, por lo que respecta a los productos vitales, casi independientes de las importaciones extranjeras. Sin embargo, quedaban algunas necesidades urgentes que no podían satisfacerse con las importaciones de las provincias. El suministro de oro probablemente no era suficiente para las necesidades de los Tolomeos; tenían poca plata dentro de su imperio, ningún estaño y casi ningún hierro. Estos artículos habían de importarse de fuera y en grandes cantidades. La plata y el oro eran necesarios para el numerario tolemaico y para los pagos que los Tolomeos tenían que hacer dentro y fuera del país, y sin grandes cantidades de estaño y hierro no podían subvenir a las necesidades de la agricultura, del ejército y de la industria en Egipto y en el imperio. Esto, junto con el deseo natural de los Tolomeos de tener a su disposición grandes reservas, explica sus esfuerzos por desarrollar sus relaciones comerciales con los países extranjeros.

Egipto tenía relaciones comerciales con países extranjeros en tres direcciones: en una escala importante, con el África oriental, Arabia, India, y no menos con el Egeo y el Euxino; al mis-

mo tiempo, su comercio con el Oeste y el Noroeste ganaba continuamente en volumen.

El Sur y el Este. Sus relaciones comerciales con el Sur y el Este eran de un carácter peculiar. Es cierto que necesitaban mercancías meridionales, para consumir en su propio territorio, en sus templos, en la corte del rey, y entre la población en general. Pero los Tolomeos deseaban traer mercancías del Sur, principalmente con el objeto de reexportarlas al Nordeste y al Noroeste, en parte como mercancías de simple tránsito, y en parte como mercancías manufacturadas producidas en los talleres de Alejandría y Egipto en general. Las importaciones que los Tolomeos fomentaban del Sur eran, a juzgar por lo que sabemos, de un carácter muy especial: de Trogoditice y Somalilandia, marfil, mirra, incienso y canela; de Arabia, lo mismo (con excepción del marfil), y además nardo y bálsamo, perlas, corales y oro. Finalmente, India suministraba a Egipto marfil, conchas de tortuga, perlas, pigmentos y tintas (índigo especialmente), arroz y distintas especias: pimienta, nardo, costo, malabatro, algunas maderas raras, distintas sustancias medicinales, y algodón y seda.

Era un problema de cierta dificultad traer estas mercancías a Egipto. Había dos rutas por las que llegaban las mercancías africanas, arábigas e indias. Una —poco usada antes de la época tolemaica— era la ruta marítima a lo largo de las costas de Arabia o África, respectivamente, y por el mar Rojo al golfo Heroompolita o al Elanítico. La otra era la antigua ruta terrestre desde Arabia meridional, a lo largo de la costa de Arabia, al país de los nabateos y Petra, y de aquí a Gaza o, cruzando la península del Sinaí, a Egipto.

La segunda ruta era mucho más importante que la primera. En la época persa estaba dominada por los nabateos, tribu árabe fuerte, frugal y bien organizada. Mientras los Tolomeos no estuvieron en firme posesión de Palestina y Fenicia, dependieron de los nabateos para el suministro de mercancías caravaneras. Los nabateos podían dirigir éstas, de acuerdo con su deseo o provecho, a Egipto o a un lugar fuera del dominio egipcio. Debe notarse que los nabateos estaban también en poder del golfo Elanítico y eran osados piratas tanto como mercaderes. Sin embargo, tan pronto como los Tolomeos se establecieron firmemente en Palestina y Fenicia, los nabateos estuvieron a su merced y hubieron de someterse. Filadelfo les demostró su poderío enviando una expedición naval contra ellos y fundando (probablemente, el punto es

discutido), una estación naval y militar llamada Berenice en el propio golfo Elanítico.

Sin embargo, con el fin de tener completamente libres las manos para tratar con los nabateos, Filadelfo exploró y desarrolló la ruta del mar Rojo anteriormente descrita, y, haciéndola segura, trató de recomendarla a los mercaderes. Con el mismo propósito de asegurar esta ruta fue enviada la expedición naval contra los nabateos y fundada Berenice en el golfo Elanítico; con igual objeto exploró Aristón las costas occidentales para Filadelfo, y tal vez con el mismo fin se fundase la ciudad-puerto griega de Ampelone, opuesta al gran centro comercial de El-Ela, primero de los mineos y después de los lihyanitas. Pero en particular, con esta misma intención se construyeron los puertos y rutas del desierto para la importación de elefantes, adaptándolos a fines comerciales. Se coronó esta paciente y costosa obra con la restauración hacia 275 a. de J. C. del antiguo canal egipcio y persa que unía el golfo Heroompolita con el Nilo. El Suez tolemaico recibió el nombre de la gran consorte de Filadelfo, Arsínoe.

Durante algún tiempo fue usada la nueva ruta. Ya he mencionado la inscripción funeraria minea del Fayum, probablemente del reinado de Filadelfo, que cuenta la historia de un mercader mineo que era al mismo tiempo sacerdote de un templo egipcio e importaba mirra y cálamo para el templo en su propio barco, cambiándolo por biso. Otra inscripción de Redesiyeh, en el sur de Egipto, fue dedicada por un griego llamado Zenodoto, hijo de Glauco, que volvía sano y salvo a Egipto de la tierra de los sabeos. Por la misma ruta marina se cambiaron embajadas entre el gran Asoca de la India y Filadelfo.

E incluso en la época de los primeros Tolomeos esta ruta parece no haberse hecho muy popular entre los mercaderes griegos y árabes. El mar Rojo es traidor e inhóspito, y era entonces muy poco conocido, mientras que la ruta de tierra, aunque cara, estaba bien organizada por las poderosas tribus árabes, tanto del Sur (mineos y sabeos) como del Norte (lihyanitas y nabateos). Conducía a las antiguas ciudades comerciales de Palestina y Fenicia, que habían establecido relaciones comerciales y estaban acostumbradas a tratar con los complicados negocios del comercio caravanero.

No es, pues, sorprendente que Filadelfo adoptase una política pacífica hacia los nabateos en vez de su primera hostilidad y encontrase un modo de regular satisfactoriamente sus relaciones con las ciudades fenicias en lo que se refiere a las mercancías

árabes e indias. Los resultados fueron excelentes. La correspondencia de Zenón se refiere repetidas veces a las mercancías compradas en Palestina a las caravanas, y ocasionalmente a tratos con los nabateos. Además, parece haber sido un hecho aceptado entre los contemporáneos de Filadelfo que los Tolomeos sacaban un ingreso enorme en oro del comercio caravanero de Arabia con la ayuda de las ciudades fenicias* (185).

Mientras de este modo el comercio árabe recobró muy pronto su carácter tradicional, Filadelfo tuvo éxito en atraer todo el comercio africano hacia sus nuevas estaciones comerciales y de caza. Hay una sugerencia muy interesante, hecha por W. W. Tarn, según la cual la razón por la que el precio del marfil bajó en el mercado délico entre 264 y 250 se habría debido a que Filadelfo, en competencia con el rey de Siria, ofreció al mercado grandes cantidades de marfil africano (186).

No tenemos un conocimiento exacto de lo que se hacía con las mercancías importadas a Palestina y Fenicia, y de aquí a Egipto, o de las que se importaban directamente a Egipto desde Arabia y África. El comercio en mercancías árabes e indias en Palestina y Fenicia parece haber sido libre. Me he referido a los tratos de Zenón y otros agentes de Apolonio en estas mercancías en Palestina y Fenicia. Naturalmente, las mercancías pagaban impuestos de aduanas al entrar en el territorio de Palestina y Siria y probablemente también al salir para Egipto. No poseemos información sobre las relaciones de los mercaderes sirios y palestinos en mercancías arábigas e indias con los estados extranjeros (incluyendo acaso los demás dominios de los Tolomeos). Podemos pensar que este comercio directo no era tolerado y se suponía que todas las mercancías indias y arábigas pasaban por Alejandría antes de llegar a los mercados extranjeros. Se pagaba una nueva serie de derechos de aduana y de puerto cuando las mercancías arábigas e indias llegaban desde Siria y Palestina a los puertos o a la frontera terrestre de Egipto.

Tan pronto como las mercancías de India, Arabia y África alcanzaban el suelo egipcio debían ser entregadas a la corona por un precio fijado en una tarifa especial. No sabemos exactamente cómo los bienes así adquiridos eran tratados después. Nuestros testimonios son escasos y ambiguos. Al parecer, una parte de

---

* Agatárquides, *De mar. Er.*, 102, probablemente tomado del tratado de Aristón, citado anteriormente.

ellos iba a los almacenes reales de Alejandría y a las tiendas reales. Desde los almacenes la mercancía se exportaba, mientras en los talleres reales era transformada en perfumes, ungüentos, cremas olorosas, medicinas, etc. Podemos suponer que otra parte se entregaba a los templos. El resto se reservaría para manufacturas y tratantes privados. En todo caso no hay mercado libre de estas mercancías. Sólo a los mercaderes minoristas con licencia se les permitía vender los productos del monopolio de especias (ἀρωματική) (187).

El Egeo. El comercio de los Tolomeos en el Egeo puede ser descrito con brevedad. Ya me he referido a él en relación con Rodas, Delos y Cos, y hablaré más adelante, en este mismo capítulo, de las fuentes que tenemos relativas al comercio con Pérgamo, Bitinia, las ciudades de los Estrechos, del mar de Mármara y del Euxino. La política de los Tolomeos en el Egeo, los Estrechos y el Euxino fue dictada por consideraciones políticas. Pero lo mismo que la política de los atenienses en la antigüedad, también la de los Tolomeos, fue guiada, en gran medida, por fines mercantiles. Los intereses políticos y los comerciales se daban la mano en la política egea de los Tolomeos. Sabemos que esta política dio resultado durante algún tiempo, con el establecimiento de la hegemonía tolemaica en el mar Egeo, que tenía a la vez carácter político y comercial. Esta hegemonía no duró mucho tiempo, ni fue interrumpida siquiera en los reinados de Filadelfo y Evérgetes I. Pero mientras duró permitió a los Tolomeos resultados duraderos. Lograron hacer de Alejandría una de las ciudades comerciales más importantes del mundo, igual en importancia a Rodas, y muy superior a las demás ciudades comerciales del momento. Los comerciantes iban a Alejandría en gran número, y los comerciantes alejandrinos eran sin duda figuras familiares en todo el Egeo y probablemente hasta el Euxino. Las relaciones entre Perisades del Bósforo (véase pág. 557) y los reyes de Bitinia (véase nota 335 de este capítulo) por una parte y los Tolomeos por otra, son significativas. Pero dudo mucho de que en la época de Filadelfo y Evérgetes desempeñara Alejandría el mismo papel en el comercio del Egeo que desempeñó Atenas en el siglo V y durante parte del IV a. de J. C. Nuestra escasa información sugiere que Rodas, como banca para el comercio egeo, era tan importante como Alejandría. Además, las rivales de Rodas —Mileto y Éfeso— estaban sólo intermitentemente en manos de los Tolomeos. Tampoco debemos sobrestimar

el progreso que Antioquía y sus puertos hacían en esta época en lo que se refiere al comercio.

Sin embargo, sea de esto lo que fuere, Alejandría dominaba, en la época de Filadelfo y Evérgetes una parte muy importante del comercio del Egeo, comercio que era indudablemente de gran volumen. Debe recordarse que en esta época el mercado egeo era aún el centro dominante del comercio mundial.

El artículo principal que absorbía este mercado en grandes cantidades era el grano. Su capacidad a este respecto era muy grande. Por ello casi no se puede hablar de competencia entre los grandes productores de grano en el Egeo, aunque sus intereses chocaban, sin duda, en algunos aspectos. Probablemente fueron estos intereses contrapuestos los que se arreglaron en Alejandría por los enviados de Perisades del Bósforo, y condujeron a activas relaciones diplomáticas entre Bitinia y los Tolomeos. Pero el asunto tenía más bien un carácter comercial que político, y con toda probabilidad se llegó a un *modus vivendi,* no por negociaciones diplomáticas, sino por mediación de los banqueros y mercaderes de Rodas (188).

No tenemos medios de estimar el volumen del mercado de grano egeo. Los precios, por lo menos en Delos, son conocidos. Bajaron de una manera continua después de 270 a. de J. C., hecho que atestigua, tanto la abundancia de provisiones como el estado saneado del mercado (189). Tenemos otros testimonios de que estas condiciones siguieron vigentes. Mientras que en la época de los diádocos el mercado de grano era fluctuante y las ciudades de Grecia y Asia Menor sufrían frecuentemente escasez de trigo y se veían obligadas a recurrir a la ayuda de los reyes y ricos mercaderes, en la época de la hegemonía tolemaica tenemos muy pocas indicaciones de hambres o escasez de alimentos. De cuando en cuando tenemos noticia de que alguna ciudad tenía dificultades financieras, que se resolvían de alguna manera, pero la impresión general que sacamos es que el abastecimiento de grano era abundante y regular y las ciudades griegas suficientemente ricas para alimentar a sus poblaciones. Para asegurar esta regularidad de los abastecimientos, las ciudades recurrían frecuentemente a la asistencia (por el método de la liturgia) de los ciudadanos ricos, pero las cargas de la burguesía parecen no haber sido muy opresivas (190).

El grano no era, por supuesto, el único artículo que se exportaba de Egipto al mar Egeo y al Euxino. No tenemos información

directa (excepto sobre el papiro), pero parece cierto que algunas especialidades de Egipto y artículos obtenidos mediante el comercio con el Sur continuaban teniendo una gran demanda. En la distribución de los productos arábigos e indios, los Tolomeos tenían una fuerte competencia en los seléucidas y, en cierto aspecto —por lo que concierne a las mercancías chinas y quizá indias—, en los reyes del Bósforo (191).

Se plantea la cuestión de cómo pagaba Egipto sus importaciones del Sur y cuál era el balance de su comercio en el Egeo. Sobre el primer punto no tenemos información definitiva, aunque por lo que hace al África oriental podemos estar seguros de que las importaciones eran compensadas con los productos de la industria egipcia. El problema es más difícil para Arabia. Excavaciones más sistemáticas en Petra y la exploración arqueológica en el sur de Arabia pueden darnos algunos testimonios que necesitamos en sumo grado. Respecto a Grecia, la balanza comercial estaba en favor de Egipto. Grecia y Asia Menor exportaban a Egipto cierta clase de productos agrícolas e industriales, a pesar de las tarifas protectoras o compensadoras. Tenemos noticia del vino, el aceite de oliva, la lana y ciertos alimentos especiales, como miel, pescado salado, salsas de pescado, carnes de clase especial, nueces, frutas, verduras, queso y otros artículos parecidos. Sobre los productos manufacturados, los papiros no dan información, pero el volumen de estas exportaciones no pudo haber sido muy grande. Las tarifas protectoras aumentaban mucho el precio de las mercancías importadas y las hacían inasequibles, excepto para la gente rica, que era una fracción pequeña de la población griega. Por otra parte, Grecia era incapaz de suministrar a Egipto las materias primas que necesitaba. El mármol, es cierto, se exportaba a Egipto en grandes cantidades, y probablemente obras de arte hechas de mármol y bronce: estatuas, estatuillas, vasos decorativos, capiteles para columnas. Pero se observa con frecuencia que en muchas estatuas es de mármol sólo la cabeza, y aun no toda ella, pues parte era de yeso; y ésto hace pensar que el mármol era caro en Alejandría; en otras palabras, que probablemente pagaba derechos de aduana muy altos. Además del mármol, pudo haber sido exportado algún hierro del Peloponeso. Por lo demás, las importaciones griegas eran pagadas en buena plata, de la que los Tolomeos tenían una necesidad tan acuciante. De esta manera, fue el comercio egeo el que proveyó de plata a Egipto (192).

El Oeste y el Noroeste. Si ahora pasamos al Oeste y el Noroeste (193), encontramos que bajo Filadelfo Egipto era la primera potencia helenística que estableció relaciones diplomáticas con Roma, hecho que siempre dejó perplejos a los estudiosos de la historia helenística y romana. Se sabe con certeza que ya en 273 a. de J. C. llegó a Roma una embajada de Filadelfo, que dio por resultado la conclusión de un acuerdo *(homología)* entre las dos potencias. Egipto y Roma no tenían intereses políticos comunes, y ni siquiera el fracaso de Pirro en su intento de humillar a Roma es una explicación satisfactoria para el envío por Filadelfo de una misión política a esta ciudad (194).

Sin embargo, esta negociación no fue un hecho aislado. Fue solamente un lazo en la política de Filadelfo. Es bien sabido que por la misma época existían relaciones amistosas entre Siracusa y Egipto. Se ha sugerido con frecuencia que Agatocles acuñaba monedas de ley tolemaica y que Hierón II hacía lo mismo. Además las relaciones amistosas de Hierón con Filadelfo están atestiguadas por las notables coincidencias entre la ley de impuestos del primero *(lex Hieronica)* y las νόμοι τελωνικοί de Filadelfo. Es más que probable que la legislación de Filadelfo sea la más antigua (195).

Aún más estrechas fueron las relaciones entre Filadelfo y Cartago. Si Cartago pidió a Filadelfo el préstamo de una gran suma (2.000 talentos) durante la primera guerra púnica (Apiano, *Sic.*, I), esto quiere decir que Cartago tenía esperanza de recibir el dinero. No hay duda de que había constantes relaciones entre Cartago y Alejandría antes de la primera guerra púnica y probablemente durante la misma. Algunas referencias aisladas a Timóstenes, uno de los grandes almirantes de Filadelfo, y a la información sobre los puertos del norte de África en la costa al oeste de Cartago, que incorporó a su obra geográfica sobre los puertos, muestran que Timóstenes había estado con su flota en Cartago por lo menos una vez, y había recibido permiso de Cartago, celoso guardián de su monopolio comercial de Occidente, para navegar al oeste de Cartago hasta el estrecho de Gibraltar. Hay testimonio de estas relaciones amistosas también en los hallazgos de monedas tolemaicas en Túnez y en el hecho de que cuando Cartago instituyó por primera vez una acuñación regular adoptase el patrón tolemaico (196).

Estas relaciones no pueden explicarse solamente por el hecho de que Filadelfo era dueño de Tiro, la ciudad madre de Cartago, y que Alejandría heredase por ello la estrecha relación comercial entre Tiro y Cartago que había existido durante siglos. Filadelfo

enía razones más importantes para intentar el juego diplomático de estar en buenas relaciones de amistad tanto con Roma y Sicilia, de un lado, como con Cartago, de otro.

Es más probable que estos contactos con el Occidente no fuesen políticos, sino comerciales. Estoy convencido de que el genio comercial de Filadelfo comprendió lo mucho que podía contribuir el mercado occidental a la prosperidad de su reino. Cartago, como es bien sabido, era rica en caballos, y lo mismo le ocurría a Sicilia. Cirenaica, país famoso por la cría de caballos y provincia de los Tolomeos, proveía, sin duda en parte, a Egipto de los caballos que le pedía, pero era necesario un abastecimiento auxiliar de Cartago y Sicilia. Italia meridional, Sicilia y las islas Lípari producían azufre, que Egipto empleaba tanto en la industria como en la agricultura (especialmente en la viticultura) (197). Más importante era la plata de España, que en la primera época helenística era monopolio de Cartago. A través de Cartago y Masalia, Filadelfo pudo haber recibido el muy necesitado estaño de Britania. Y después de las guerras samnitas Roma era quien poseía las más ricas minas de hierro, beneficiadas antiguamente por los etruscos; el resto de su aprovisionamiento lo obtenía Egipto a través de Marsella. También debemos tener en cuenta que Roma dominaba ahora en el Tirreno, lo cual significaba que tenía sujetos a los piratas etruscos, la plaga mayor del mar Egeo a principios del siglo III a. de J. C.

Tenemos algunos indicios de activas relaciones comerciales entre Italia y Egipto. Ya he mencionado que éstas empezaron antes de la época de Filadelfo. La presencia de la cerámica gnatia en Alejandría y de cerámica alejandrina en Apulia es significativa. He aducido algunos hechos referentes a otros productos alejandrinos (especialmente vidrio y vajilla de metal) hallados en el sur de Italia (198). Es lamentable que los objetos helenísticos aparecidos en Italia, Sicilia, Galia y norte de África nunca hayan sido colacionados ni estudiados, porque sin duda darían testimonios muy importantes. En lo que concierne al norte de África, este estudio no ofrece dificultad. Una ojeada a los tesoros de arte e industria artística que se exhiben en el Museo Lavigerie de Cartago y en el Museo del Bardo de Túnez revelará la fuerza de la influencia alejandrina en Cartago. Lo mismo puede decirse de las antiguas ciudades púnicas, como Hadrumeto e Hipo Regio. Estoy convencido de que la influencia alejandrina en Pompeya empezó antes de la época imperial (199).

Organización del comercio alejandrino

Es una verdadera lástima que sepamos tan poco de la organización del comercio alejandrino. Ciertamente, el rey disponía de gran cantidad de mercancías para la venta. ¿Cómo las distribuía? Sabemos que Apolonio tenía una gran flota de altura. Sabemos también que estos barcos navegaban a los puertos sirios y fenicios, y es probable que navegaran, si era preciso, a otros puertos en

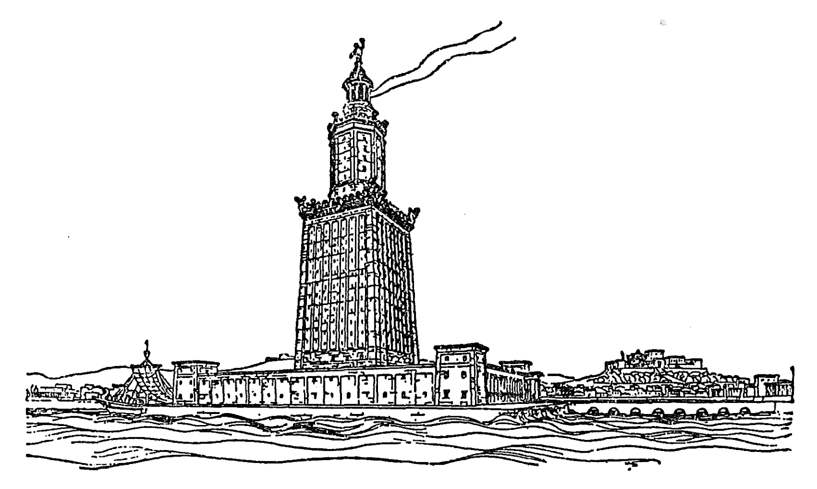


FIG. 3. — Reconstrucción del faro de Alejandría (Faros), construido por Sóstrato de Cnido. Según Tiersch

otros dominios tolemaicos, a Rodas y aún más lejos. ¿Tenía el rey también su propia flota comercial, y la flota de Apolonio era parte de esta flota? No tenemos información directa sobre este punto (200).

Sin embargo, por un curioso documento de la correspondencia de Zenón, documento del que trataré en seguida, sabemos que había muchos mercaderes extranjeros en Alejandría que venían para comprar mercancías y estaban bien provistos de oro y plata para este fin. Se nos dice que no limitaban sus compras a Alejandría, sino que solían ir al país y hacer compras también allí. La última afirmación es más bien desconcertante, a menos que supongamos que ahorraban dinero remontando el Nilo en sus propios barcos y comprando a la corona o a los particulares en el campo, no en Alejandría, las remesas que deseaban exportar. Hay, sin duda, otras muchas explicaciones posibles.

En todo caso, la presencia en Alejandría de muchos mercaderes extranjeros, armadores y almacenistas, es justamente lo que era de esperar. No había, pues, necesidad para el rey de exportar sus mercancías en sus propios barcos, a menos que desease sacar algún provecho del transporte, lo que, por supuesto, no es imposible. Además, en la última época tenemos noticia de la existencia en Alejandría de corporaciones de armadores y almacenistas que tenían relaciones comerciales con Delos, y no hay razón para suponer que no existiesen bajo los primeros Tolomeos. Pero sus relaciones con la administración real son desconocidas. ¿Eran completamente libres y llevaban sus negocios por su propia cuenta, pagando los derechos de aduana corrientes? ¿O tenemos que suponer que, como los armadores del Nilo, trabajaban principalmente para la corona, sirviendo bajo contratos y transportando mercancías del rey? En este caso, las corporaciones serían precursoras de los *navicularii* de la época romana, armadores que si era preciso trabajaban para el rey, llevando, o quizá recibiendo, para la venta con comisión mercancías de propiedad real.

Moneda

La política económica de los primeros Tolomeos encontró expresión admirable en su abundante, hermosa y peculiar acuñación monetaria. La moneda y el sistema monetario que le servía de base fueron únicos en el mundo helenístico, diferenciándose en muchos aspectos de los de las demás monarquías helenísticas. Trataré de ellos brevemente*.

Mientras fue sátrapa y en los primeros años de su reinado, Soter siguió, naturalmente, la política monetaria de Alejandro y acuñó las mismas monedas de ley ática que se usaban en el resto del mundo helenístico. Sin embargo, pronto inició una nueva política. Varió el sistema emitiendo monedas de plata de peso más ligero, probablemente con objeto de ajustarlas a los precios corrientes de los metales preciosos que iban subiendo continuamente en el caso de la plata, y bajando en el del oro. El nuevo sistema no coincidió exactamente con ninguno de los aceptados

---

* Lo que aquí se dice sobre los cambios sucesivos de ley monetaria es hipotético y discutible, estando basado en el peso más o menos sistemático y extendido de las monedas que nos quedan. Sigo el punto de vista de E. S. G. Robinson del Museo Británico (véase su Apéndice al final de este libro).

en la época, pero se aproximaba más al rodio de finales del siglo IV a. de J. C. (antes del sitio de la ciudad) y pudo haber sido pensado para facilitar las relaciones comerciales con Rodas. Durante algún tiempo fue popular: Cirene, por ejemplo, lo adoptó.

Más adelante, en su reinado, Soter dio un paso más, que casi aisló completamente a Egipto del resto del mundo helenístico: redujo aún más el peso de su plata y adoptó un sistema que era casi idéntico al usado en las ciudades fenicias. Este nuevo sistema se conservó hasta el final de la dinastía tolemaica. Con toda probabilidad, fue adoptado por Rodas después del asedio, y llegó a usarse en todo el imperio marítimo de los Tolomeos, así como por todos los que de una manera u otra cayeron bajo su influencia. Esta separación total del resto del mundo helenístico puede explicarse en parte por consideraciones de carácter comercial (véanse págs. 370 y sigs.). Los Tolomeos necesitaban grandes cantidades de moneda para el comercio caravanero, que por lo menos en sus primeros días estaba en gran parte en manos de las ciudades fenicias, ahora súbditas suyas. Además, las mercancías de las caravanas y otras mercancías egipcias encontraban un excelente mercado en Occidente, y allí el principal cliente era Cartago, la gran ciudad comercial fenicia.

Era natural que esta nueva moneda no se acuñara en Egipto, sino en las principales ciudades fenicias: Tiro, Sidón, Tolemaida-Ace, Joppa y Gaza, y después Chipre. Las monedas de estas cecas eran fácilmente reconocidas por las marcas de acuñación y por las formas especiales en que aparecía el nombre del rey (Πτολεμαίου Σωτῆρος, no Πτολεμαίου βασιλέως). Podemos suponer que la marca de cuño de una de las ciudades fenicias —viejas clientes de los árabes— hizo que la nueva moneda fuese más aceptable para el comercio caravanero.

Además del patrón fenicio, había otra peculiaridad en la política monetaria de los Tolomeos que separaba a Egipto del resto del mundo helenístico y le daba un sistema monetario peculiar. Mientras en los primeros días la moneda tolemaica estaba basada en el mismo fundamento bimetálico (plata y oro) que en todos los demás países helenísticos, y el cobre se usaba prácticamente como una moneda simbólica, en una fecha posterior —en la segunda mitad del reinado de Filadelfo— se hizo un cambio importantísimo: se acuñaron en Egipto pesadas monedas de cobre, con cabezas de dioses egipcios, que ya no fueron simbólicas, sino monedas de ley regulares, aceptadas por su valor

metálico. De este modo se introdujo un sistema trimetálico, desconocido en el resto del mundo helenístico. Según parece para esta innovación hubo dos razones principales. En primer lugar, el anterior sistema no era popular entre los indígenas. Éstos tomaban las monedas de plata, pero las trataban como plata en barras, según se ve por los tesoros de aquel tiempo. No estaban familiarizados con la plata ni acostumbrados a su uso: desde tiempo inmemorial habían empleado cobre solamente (y oro) como medio de cambio. Los nuevos y pesados cobres tolemaicos eran, pues, una concesión a los indígenas, y se hicieron muy populares. Desde la aparición de las nuevas monedas de cobre en el mercado, las monedas de plata casi desaparecen de los tesoros de Egipto, y ocupan su lugar los nuevos cobres. En consecuencia, la acuñación de cobre de Filadelfo fue otro símbolo y expresión del dualismo que se estableció en Egipto por el sistema de organización tolemaico: el viejo Egipto, el Egipto de los indígenas, con su pesado cobre toscamente anticuado, coexistía con el nuevo Egipto, el de Alejandría y los griegos, con su plata elegante y manejable y su magnífico oro. Pero la meta de Filadelfo al introducir la nueva acuñación de cobre no era sólo satisfacer las exigencias de los indígenas. Previó que las nuevas monedas pondrían fuera de la circulación la plata y el oro, y que las monedas hechas de estos dos metales poco a poco irían a parar al tesoro real y serían utilizadas por el rey para sus propios fines. Y esto sin duda fue lo que sucedió, especialmente después de esta época.

Como se ha dicho, la moneda de los Tolomeos trataba, en primer lugar, de satisfacer las necesidades de su comercio y de Egipto tal como lo habían organizado. Esta intención halló su expresión en la emisión de monedas de cobre que estaban destinadas a ser la principal moneda del «campo» (χώρα), y de abundantes y modestas tetradracmas de plata, de carácter uniforme y valor estable, que estaban casi exclusivamente reservadas para el uso de Alejandría, los dominios y los países extranjeros. Pero al mismo tiempo la moneda tolemaica era un medio de propaganda internacional cuyo instrumento era el oro. Este metal no era muy usado en el comercio interior, especialmente las emisiones más hermosas: los pentadracmas *(trichrysa)* de Soter y más tarde las octodracmas *(mnaeia)* y tetradracmas (o «pentecontadracmas», como su equivalente en plata) de Filadelfo y Arsínoe, con los bellos retratos de los soberanos reinantes. Estas monedas

se usaban principalmente para el comercio exterior y los subsidios políticos, y no podían dejar de impresionar a los contemporáneos por su magnificencia ligeramente bárbara y la riqueza y poder que simbolizaban.

Orgullosos de su moneda y confiados en su riqueza y poder, los Tolomeos no dudaron en dar otro paso hacia la separación del resto del mundo helenístico. Querían que su imperio fuese una unidad bien trabada, una sólida estructura con una organización uniforme y una uniforme moneda. Esta tendencia hacia la uniformidad y la autarquía se manifestó en varias de estas medidas. Como Atenas en el pasado, los Tolomeos trataron de hacer su propio dinero, el dinero exclusivo para el conjunto de su vasto imperio, diferenciándose en este aspecto de sus vecinos los seléucidas. El primer paso que dieron para alcanzar esta meta fue hacer obligatorios su sistema monetario y su moneda en sus dominios exteriores. Por regla general no se permitió a las ciudades griegas sometidas a su autoridad conservar su moneda propia, y en los raros casos en que se les permitió, fueron obligadas a convertirla al patrón fenicio. El mismo uso exclusivo de la moneda tolemaica se hizo obligatorio para las ciudades de Fenicia y Palestina; cesó su acuñación propia, y las más importantes se transformaron en las principales cecas tolemaicas. Como resultado de esta política, la moneda tolemaica pasó a ser la única usada en los dominios egipcios. No se han encontrado otras monedas en los estratos tolemaicos de las ciudades de Palestina que han sido cuidadosamente excavadas, como, por ejemplo, Gezer, Marisa, Samaria y Beth-Zur. No hay nada de extraño en esta unificación monetaria.

Sin embargo, los Tolomeos no se contentaron con esto. Dieron otro paso más importante y menos frecuente en la misma dirección. Mientras los seléucidas toleraban la circulación de monedas extranjeras del mismo sistema que las suyas dentro de su imperio, Filadelfo tomó ciertas medidas para excluir la moneda extranjera del mercado egipcio. En este sentido me inclino a interpretar un documento perteneciente a los archivos de Zenón, una carta en la que un cierto Demetrio, probablemente un oficial real relacionado con la ceca de Alejandría, informa a Apolonio de ciertas dificultades surgidas en relación con la orden del rey de reacuñar todas las monedas de oro locales usadas y también las monedas de oro de cecas extranjeras importadas a Egipto. Esta carta (como E. Bikerman me ha sugerido)

ofrece un claro testimonio del establecimiento en Egipto de una especie de monopolio real del cambio, al menos en lo que se refiere al oro, monopolio muy provechoso para el rey y oneroso para los comerciantes: no se permitía que éstos realizaran los cambios, ni cambistas de moneda particulares, ni bancos privados, ni siquiera reales. Todo el negocio se concentraba en Alejandría en manos de un funcionario real especial. Medidas similares no fueron desconocidas para el mundo griego en el pasado. La mera existencia de tal monopolio implicaba prácticamente la exclusión del oro extranjero del mercado. La real orden de reacuñarlo hacía esta exclusión aún más estricta: significaba que el rey daba por descontado que todas las transacciones mercantiles importantes en Egipto en las que se empleaba el oro como medio de cambio se suponían hechas en moneda tolemaica. Naturalmente, tal restricción de la libertad de comercio, agravada por formalidades burocráticas que hacían el proceso de cambio y reacuñación lento e irregular, provocaba la indignación de los mercaderes extranjeros (201).

La política monetaria de los primeros Tolomeos, tal como la hemos descrito, presenta dos aspectos. Por un lado reafirma la idea de que Egipto era propiedad del rey, su finca, que tenía una existencia aparte y estaba relacionado con el resto del mundo helenístico sólo a través del rey. Éste fue el significado de la introducción de la moneda egipcia de cobre. Por otro lado, los Tolomeos reclamaban para sí mismos una posición excepcional en el mundo helenístico. No querían ser simples miembros de la balanza helenística de poderes. Insistían en vivir en un espléndido aislamiento, a menos que pudieran gradualmente traer el resto del mundo helenístico a su esfera de influencia. A esta dirección tendía su aceptación del patrón fenicio y su imposición del monopolio real de moneda en todo su imperio. Su política fue coronada por el éxito. Aunque nunca pudieron imponer su hegemonía sobre el mundo helenístico, ciertamente aislaron a Egipto del resto de él, y este aislamiento llegó a ser gradualmente el rasgo característico de la vida del país.

La moneda de los Tolomeos, aunque principalmente era un instrumento de su política exterior y de sus tratos comerciales con sus provincias y con el resto del mundo, alteró considerablemente las condiciones económicas en el mismo Egipto. El uso de la moneda no era desconocido en el mismo Egipto pretolemaico. Circulaban en el país grandes cantidades de moneda acuñada,

tanto local como extranjera. Pero su empleo se limitaba a las clases superiores de la población, y sobre todo a los extranjeros. Entre los indígenas estaba firmemente arraigado el sistema de trueque. Después de la conquista de Alejandro, el uso de moneda acuñada empezó a reemplazar al trueque. Entre los griegos fue adoptado como un hecho natural. Pero es difícil decir en qué medida y con qué rapidez la moneda sustituyó al trueque entre los indígenas. Nuestra información, aunque abundante, es insuficiente. Además de los archivos de Zenón —especialmente las cuentas—, cientos de documentos oficiales y ciertos rasgos de la política interna de los Tolomeos (por ejemplo, el pago parcial en especie a los soldados, empleados y obreros, y las asignaciones de *cleroi* a los soldados), sugieren que durante el reinado de Filadelfo había alguna escasez de numerario en Egipto. Por otro lado, los indígenas, según parece, se aferraban a sus viejos hábitos. Esto llevó a la persistencia del trueque en muchas ramas de la actividad económica egipcia. Así, en los archivos de Zenón las cuentas de dinero y las cuentas de bienes gastados figuran casi en igual proporción. De modo semejante, en el sistema fiscal de los primeros Tolomeos encontramos muchos impuestos pagados en especie (por ejemplo, las rentas de los labradores reales, varios impuestos de la tierra, los *apomoira,* etcétera) al lado de impuestos pagados en dinero. Fue la escasez de moneda lo que explica, en mi opinión, el alto tanto por ciento de interés en los préstamos, tanto de los bancos reales como de las personas particulares, siendo la tarifa fijada probablemente por el gobierno. Este tanto por ciento —24— era mucho más alto que la tarifa corriente en Grecia, donde la moneda acuñada era abundantísima (202).

Banca

La situación peculiar de Egipto en lo que se refiere a la circulación de dinero, y la lenta y gradual expansión de su uso como medio de cambio, están ilustradas por el desarrollo de la banca en el país. Los principales poseedores de moneda eran los reyes. Sabemos poco de los negocios financieros de los Tolomeos, pero alusiones aisladas en los textos literarios muestran que en los primeros tiempos algunos miembros de la dinastía prestaban dinero tanto en el país como fuera de él: tenemos noticias de un préstamo por Soter de cincuenta talentos a los sacerdotes de

Menfis para el entierro de Apis*1, y de la petición de Cartago a Filadelfo de un préstamo de dos mil talentos*2. Un papiro publicado hace poco, perteneciente a la correspondencia de Zenón (*P. Cairo Zen.*, 59503), tal como lo interpreta U. Wilcken*3, hace probable que las transacciones extranjeras de moneda fuesen efectuadas por el banco real de Alejandría (βασιλικὴ τράπεζα), que puede haber sido al mismo tiempo el tesoro central de los reyes, aunque ha de distinguirse del βασιλικόν, que es el término general con que se designa la administración financiera del rey, incluyendo el tesoro. Si admitimos la interpretación del documento sugerida por Wilcken, es probable que Apolonio el dioceta dirigiese este banco.

El banco real tenía sucursales distribuidas por todo el país bajo la administración general del dioceta: oficinas en las capitales de los nomos y suboficinas locales en los pueblos. De la dirección de estos bancos tenemos una ligera idea por los escasos fragmentos de una ley especial que regulaba los negocios bancarios del país, que fue incorporada a las llamadas *leyes de los Ingresos* de Filadelfo (fragmento de la col. 73-78) y por varios documentos que ilustran la actividad de algunos banqueros locales, especialmente Pithón, director del banco real de Crocodilópolis-Arsínoe, contemporáneo de Apolonio y Zenón, y Clitarcos, el banquero del *topos* Koites en tiempo de Evérgetes I. Los testimonios son escasos y difíciles de interpretar. Los bancos, como tales, estaban estrechamente relacionados y tal vez identificados con las ramas locales del tesoro real (ambos denominados βασιλικὴ τράπεζα) al que iban todos los pagos debidos al rey: una mezcla curiosa de oficina del tesoro y de banco regular griego del tipo bien conocido para nosotros, por ejemplo, en Atenas en el siglo IV a. de J. C. La banca real de Egipto es un fenómeno interesante y único en la historia del mundo antiguo, fenómeno que ofrece otro ejemplo del dualismo en las estructuras sociales y económicas del país. La banca tolemaica, en su organización, se remonta a las monarquías orientales, al mismo tiempo que va más allá que ellas, y en alguna de sus operaciones privadas muestra su dependencia del sistema bancario de las *poleis* griegas a la vez que muchas mejoras sobre él. No puedo

---

*1 Diodoro, I, 84, 8.
*2 Apiano, *Sic.*, I; véase pág. 382.
*3 *Arch. Pap.*, IX (1930), págs. 233 y sigs.

entrar en pormenores, pero mencionaré que una de las novedades más notables, en comparación con la práctica de los bancos griegos, era el cambio completo del trato oral (parcialmente usado en las ciudades griegas) por el trato escrito de los negocios bancarios. Una contabilidad refinada, basada en una terminología profesional bien definida, reemplazó a la contabilidad más bien primitiva de la Atenas del siglo IV a. de J. C.

Los banqueros reales eran antes que nada administradores del dinero real, agentes del rey. Es probable que como los *telonai* o «suscriptores» en la recaudación de impuestos y en la administración de «monopolios» fuesen concesionarios del Estado, suscriptores de la τραπεζιτικὴ ὠνή, de la que se trata en la sección de las leyes de Ingresos ya mencionadas. No podemos decir si, como tales, administraban el dinero real exclusivamente, o invertían su propio dinero o el de sus clientes en las operaciones bancarias (por ejemplo, en préstamos e hipotecas). Tampoco hay testimonios bastantes para demostrar si junto a los bancos reales había bancos privados en Alejandría y en el resto de Egipto, es decir, si los negocios de banca estaban completamente monopolizados por el rey, o sólo lo estaban de un modo parcial. No hay razón para negar *a priori* la existencia de estos bancos privados. Las transacciones de dinero entre particulares —préstamos, hipotecas, etc.— eran corrientes en el Egipto tolemaico. ¿Por qué los capitalistas particulares no habían de organizar bancos regulares de estilo griego para realizar estas transacciones con licencia especial o bajo la inspección del Estado?

La existencia de una red de bancos y una información, tal como la que tenemos sobre sus transacciones, muestran una vez más la posición predominante del rey en la economía del país. La mayor parte del dinero le pertenece y sabe cómo emplearlo en su propio provecho. Pero el solo hecho de la existencia de los bancos da la certeza de que, a pesar de todas las restricciones, el empleo de la moneda como base de los negocios privados se desarrolló ampliamente bajo Filadelfo. Había ahorros en el país que buscaban una inversión segura, y el espíritu de negocios estaba despierto. Es verdad que los negocios de banca se concentraban casi enteramente en manos de los griegos: casi todos los banqueros eran griegos, y lo mismo los clientes. ¿Sucedía esto porque los indígenas eran demasiado pobres y demasiado poco familiarizados con el uso de la moneda, o porque preferían guardar sus ahorros en los templos, bajo la protección de sus dioses, como antiguamente? (203).

Almacenes. Sin embargo, debe tenerse presente que además de los bancos había los θησαυροί, almacenes reales, que formaban una red tan desarrollada como la de los bancos, o acaso más. Las operaciones de estos almacenes eran del mismo género que las de los bancos, o incluso más diversificadas, especialmente por lo que respecta a las transferencias de crédito. Esto demuestra que el trato en especie desempeñaba un papel importante tanto en los negocios del rey como en los de los particulares. Y así prosiguió hasta el final del período tolemaico (204).

7. *LA PROSPERIDAD DE EGIPTO*

Las reformas económicas y otras medidas de los primeros Tolomeos produjeron resultados maravillosos. Los Tolomeos fueron ciertamente considerados por sus contemporáneos como los reyes más ricos de la época. Tenemos fuentes excepcionalmente buenas de esto. El cuadro trazado por Teócrito del esplendor de Filadelfo (Teócr., XVII, 95, y XIV, 58 y sigs.) puede considerarse como una pieza de reclamo, lo mismo que descripción, inteligente pieza de propaganda política y económica, por Calixeno, de la gran procesión o pompa (πομπή) preparada por Filadelfo. No obstante, ningún historiador del Egipto tolemaico puede despreciar el testimonio contenido en sus descripciones directas e indirectas del Egipto de aquella época. En lo fundamental son exactas.

Podemos detenernos un momento en la descripción de Calixeno, porque ilustra admirablemente los motivos y realizaciones de Filadelfo en su política exterior y comercial. Dado que la pompa fue probablemente organizada para celebrar el éxito político del rey en su guerra siria, tenemos motivos para ver en la mayoría de los grupos religiosos y simbólicos desplegados en la procesión, alusiones a sus realizaciones que serían fácilmente entendidas por el pueblo de Alejandría. Tales eran las pintorescas carrozas que exhibían la riqueza y las maravillas de la India, Arabia y África oriental. Naturalmente, ilustraban los hechos de Dioniso; pero todo el mundo, entre la multitud, se daba cuenta que era el rey quien, por sus éxitos militares y diplomáticos, hacía accesibles estos dones del Oriente y del Sur en aquella época a Egipto y al mundo griego. En segundo lugar se llamaba forzosamente la atención sobre otro motivo fundamental de la política de

Filadelfo, el establecimiento de fuertes lazos entre Egipto y el Egeo, uniendo la tierra del Nilo a Grecia, capitaneada por Corinto, y las ciudades griegas de Asia Menor y las islas que habían sido liberadas de los persas «por sus antepasados», Alejandro y Soter. Muy notable es el pasaje que se refiere a los países del Sur y el Este y a sus exóticos productos, que muestra lo orgulloso que estaba el rey de sus éxitos en esta región, éxitos iguales o superiores a los más grandes de sus predecesores, los grandes faraones y el mismo Dioniso*[1]. «Éstos iban seguidos inmediatamente por carros tirados por mulas. Éstos tenían tiendas bárbaras, bajo las que iban sentadas indias y otras mujeres vestidas de cautivas. Después venían camellos, algunos de los cuales llevaban trescientas libras de incienso, trescientas de mirra y doscientas de azafrán, cañafístula, canela, lirio de Florencia y otras especias. Los seguían etíopes portadores de tributos, algunos de los cuales traían seiscientos colmillos de elefante; otros, doscientos troncos de ébano; otros, sesenta cuencos llenos de oro y plata y polvo de oro»*[2]. Sigue un despliegue de animales exóticos, pájaros y árboles (205).

Mientras el encomio de Teócrito y la descripción de Calixeno de la pompa tienen como fin el anuncio y la propaganda, y probablemente contienen un buen tanto por ciento de exageración, la enumeración humorística, pero justa, y tal vez algo tendenciosa, de la riqueza, belleza y atractivos de Egipto y Alejandría en el mimo I de Herondas (líns. 23 y sigs.) representa ciertamente las ideas que predominaban entre los griegos de la época de Filadelfo. Podemos anotar esta enfática afirmación: «Todo lo que existe y puede producirse en cualquier región de la tierra *está* en Egipto» y la preeminencia atribuida a la riqueza (πλοῦτος) y el oro (χρυσίον), en la enumeración de las bendiciones que espera Mandris en Egipto.

Sin embargo, no hay reclamo alguno en el bien conocido comentario de Teles (Περὶ πλούτου καὶ πενίας, 29, 6). Da por supues-

---

*[1] Ateneo, V, 200 y sig.-201 *a*: αἷς ἐπηκολούθουν ἀπῆναι ὑφ' ἡμιόνων ἀγόμεναι. αὗται δ' εἶχον σκηνὰς βαρβαρικάς, ὑφ' ὧν ἐκάθηντο γυναῖκες Ἰνδαὶ καὶ ἕτεραι κεκοσμημέναι ὡς αἰχμάλωτοι. κάμηλοι δ'αἱ μὲν ἔφερον λιβανωτοῦ μνᾶς τριακοσίας, σμύρνης τριακοσίας, κρόκου καὶ κασίας καὶ κινναμώμου καὶ ἴριδος καὶ τῶν λοιπῶν ἀρωμάτων διακοσίας. ἐχόμενοι τούτων ἦσαν Αἰθίοπες δωροφόροι, ὧν οἱ μὲν ἔφερον ὀδόντας ἑξακοσίας, ἕτεροι δὲ ἐβένου κορμοὺς δισχιλίους, ἄλλοι χρυσίου καὶ ἀργυρίου κρατῆρας ἑξήκοντα καὶ ψήγματα χρυσοῦ.

*[2] Traducción de Loeb ligeramente modificada.

to que los jóvenes al servicio de Tolomeo adquieren riqueza. Lo mismo puede decirse del juicio de Ateneo (V, 203 *c*) que sigue la descripción de la pompa de Filadelfo y reproduce ideas corrientes en la época helenística y romana respecto a la riqueza de Egipto. Estas ideas nacieron en la época de Soter*[1] y aún prevalecían bajo Evérgetes I y Filopátor, en cuyos días un oficial del ejército se gloría de haber recibido obsequios de oro de «los reyes de Egipto, ricos desde la antigüedad» (παλαίπλουτοι βασιλῆες Αἰγύπτου). No obstante algunos enemigos políticos y rivales de los Tolomeos, que habían recibido subsidios de ellos durante algún tiempo, eran o pretendían ser escépticos; por ejemplo, Arato en su comentario sarcástico respecto a la riqueza de Evérgetes I*[2].

En una época tan tardía como el reinado de Soter II, si ésa es la fecha de Isidoro, cuyos himnos a Hermutis Isis han sido recientemente descubiertos en Ibión, cerca de Tebtunis, tenemos un poeta local que traza un cuadro entusiástico de la riqueza de los piadosos reyes y de la prosperidad del país. En su himno tercero leemos*[3]: «Todos los que viven más benditos, los hombres de más valor, los reyes portadores de cetro y todos los que gobiernan; los que guardan tus santos mandamientos aun en la vejez, dejando a sus hijos y a sus nietos que les suceden la abundancia y la riqueza brillante y gloriosa. Pero aquel a quien nuestra reina (es decir, Hermutis Isis)*[4] tiene por el más amado entre los gobernantes, gobierna (no sólo sobre Egipto, sino) también sobre Asia y Europa; y trae la paz, y los *frutos* de los campos, y los *campos* que producen los frutos le colman de bendiciones de todo género.» La referencia a los reyes en plural sugiere que no debemos atribuir los himnos de Isidoro a la época del imperio romano, sino al final de la época tolemaica. Sin embargo, sea

---

*1 Plutarco, *Reg. et imp. apopht.*, 181 y sig.

*2 Íd., *Arat.*, 15, 3.

*3 Publicado por A. Vogliano, *Atti IV Congr. Pap.*, 1936, páginas 491 y sigs., 1, 7 y sigs., y *Primo Rapporto degli scavi di Mādīnet Mādī*, 1936, pág. 37; *S. E. G.*, VIII, 550; *S. B.*, 8140: ὅσσοι δέ ζώουσι μακάρτατοι, ἄνδρες ἄριστοι σκαπτοφόροι βασιλεῖς καὶ ὅσσοι κοίρανοί εἰσι, | οὗτοι σοι ἐπέχοντες ἀν<ά>σσουσ' ἄχρι τε γήρω[ς] | λαμπρὸν καὶ λιπαρὸν καταλείποντες πολὺν ὄ[λβον] | υἱάσι θ'υἱωνοῖσι καὶ ἀνδράσι τοῖσι μεταῦ[τις]. | ὃν δέ κε φίλτατον ἔσ⟨χ⟩ε ἀνάκτων ἡ βασίλε[ια](?) | οὗτος καὶ 'Ασίας τε καὶ Εὐρώπης τε ἀν⟨ά⟩σσει | εἰρήνη<ν> τε ἄγων καρποὶ βρίθουσιν ἐπ' αὐτῶι | παντοίων ἀγαθῶν καρπόν τε φέροντες ἄρ[ου]ρ[αι(?). La segunda frase es un poco oscura, pero no hay duda de su significado.

*4 Cf. *S. E. G.*, VIII, 548, 1.

lo que fuere, las líneas citadas recuerdan varias obras de arte que celebran la fertilidad y prosperidad de Egipto, tales como los mosaicos de Antioquía y Leptis Magna, en los que los Καρποί y *Aroura* están representados al lado del Nilo y Egipto, y quizá el bien conocido bajorrelieve encontrado en Cartago* (206).

La riqueza de los reyes era compartida por muchos de los inmigrantes griegos. No sólo los hombres de gran posición, como Apolonio y otros terratenientes de «fundos regalados», ayudantes del rey civiles y militares destacados, sino hombres de modesta condición, como Zenón, el fiel criado de Apolonio, y probablemente muchos otros miembros de su estado mayor, eran ricos o de buen pasar. Todos estos funcionarios civiles griegos pertenecían a la casa del rey o a los οἶκοι de sus ayudantes. Hemos visto cómo invertían su propiedad durante el tiempo de servicio y después de él. Se transformaban en terratenientes, granjeros progresivos, que compraban o alquilaban grandes extensiones de tierra o participaban de alguna manera en los negocios relacionados con la nueva economía de los Tolomeos: en contratos de construcción de una u otra clase, en contratos relacionados con los impuestos y con los monopolios reales, en negocios de banca o en el préstamo de dinero. Carecemos de medios directos de conocimiento para saber hasta qué punto tenían éxito en estas aventuras. Pero teniendo en cuenta que en la época de Filadelfo nunca tenemos noticias de que se careciese de contratistas dispuestos a colaborar con el gobierno, podemos inferir que en conjunto sus negocios eran remunerativos. Zenón, tal como se revela en las cartas que escribe en su retiro durante el reinado de Evérgetes I, era un representante típico del hombre rico de esta época: primero, miembro de una οἶκος influyente; después, próspero granjero, criador de ganado, «contratista», prestamista (207).

De los indígenas sabemos muy poco. No podemos decir hasta qué punto el sistema económico de Filadelfo afectó a su prosperidad. Lo único que conocemos positivamente es que no lo recibieron con gran entusiasmo. Eran frecuentes los conflictos en el campo de la agricultura. Algunos, como sabemos principalmente por la correspondencia de Zenón, acababan en ἀναχωρήσεις, es decir, huidas de los campesinos a los templos bajo la protección de los dioses. No menos frecuentes eran los conflictos que se

---

* Véase lám. XL y su descripción.

producían en relación con la nueva organización de la industria y del comercio. El contrabando y la venta de mercancías sin licencia fueron de ocurrencia común tan pronto como apareció el nuevo sistema. Finalmente, las distintas clases de trabajo y servicio de carácter obligatorio o semiobligatorio conducían inevitablemente a conflictos y huelgas. Al gobierno le disgustaba esta oposición. Los castigos infligidos a los «amotinados» (στασιασταί) eran duros, y los informadores (μηνυταί) florecían (208).

Pero probablemente no debemos buscar la causa de estos conflictos en un empobrecimiento acarreado por el nuevo sistema económico. Sabemos que en el reinado de Filadelfo los jornales, si se tiene en cuenta el precio de los alimentos y otros bienes de consumo, eran más altos en Egipto que en Grecia, mientras la tendencia general de los precios era la misma en los dos países. Esto no sugiere una pobreza general (209). Las causas de los conflictos son más profundas. En primer lugar pueden explicarse por los defectos naturales de todo nuevo sistema, por el hecho de que ni los que lo administraban ni aquellos a quienes se aplicaba estaban familiarizados con todos sus aspectos. Era el estadio experimental. Pero estos ligeros defectos no pueden explicar por sí solos los disturbios. Había en el nuevo sistema mismo muchas peculiaridades que irritaban a los indígenas.

Ya he hablado de los sacerdotes. Era natural que se sintieran agraviados por el nuevo sistema. Habiendo tenido durante muchos años una posición dominante, primero fueron convertidos en esclavos de los señores persas, y después, cuando esperaban, con el advenimiento de Alejandro, ver restaurado su poder, fueron amargamente defraudados por la política de Soter y Filadelfo. Oficialmente no mostraron más que entusiasmo por el nuevo régimen y lo expresaron en decretos adoptados en sus reuniones. Pero, sin duda alguna, sentían resentimiento.

La situación de la población indígena (λαοί) no era exactamente igual. Ellos siempre habían obedecido ciegamente a los reyes y sus funcionarior, y estaban acostumbrados a trabajar, no para ellos, sino para cualquier otro. Pero siglos de evolución los había acostumbrado a una forma de opresión más bien benigna. Además, dentro del sistema faraónico había lugar para mucha libertad en las relaciones sociales y jurídicas. Y los gobernantes eran después de todo sus compatriotas (no siempre, pero por regla general), y en todo caso eran hombres que hablaban

su misma lengua, tenían la misma religión, las mismas ideas y el mismo género de vida.

Con los Tolomeos se produjo un cambio notable. El sistema seguía siendo el mismo en lo esencial, y los egipcios conservaban hasta cierto punto su independencia jurídica. Pero ahora el viejo sistema se administraba de un modo diferente. Era dirigido por una máquina enorme, complicada y más bien triste e impersonal, en la que los extranjeros desempeñaban la parte más importante, extranjeros que se consideraban muy superiores a los indígenas, y que no solamente no hablaban su lengua ni tenían intención de aprenderla, sino que además obligaban, al menos a algunos indígenas, a aprender la suya. Habían traído con ellos a sus propios dioses, que adoraban en sus templos propios, y tenían en general un modo de vida y hábitos de negocios completamente diferentes de los que eran familiares a los indígenas. En particular, el gobierno trataba de forzar a la población indígena, mediante la intervención y el establecimiento de fuertes impuestos, a que trabajase más y con mayor energía que antes. Se le aplicaron índices de producción europeos, de una eficiencia a la que no estaba acostumbrada, lo cual es siempre una política cargada de peligros. La respuesta característicamente oriental fue la huelga en su peculiar forma también oriental: *secessio*, ἀναχώρησις.

De este modo, bajo el nuevo régimen, los indígenas tenían que trabajar dura y penosamente, y no para sus propios dioses y su rey indígena sino para un conquistador extranjero, rodeado de extranjeros a quienes daba los mejores puestos y abundantes oportunidades de enriquecerse. Casi todos estos extranjeros eran relativamente ricos, mientras los indígenas eran pobres. Si un indígena necesitaba tomar prestado dinero o grano, generalmente tenía que recurrir a los extranjeros; si quería alquilar un trozo de tierra, corrientemente era tierra que pertenecía a uno de ellos; y así sucesivamente. Los extranjeros no siempre eran duros y despóticos; los reyes eran muy considerados con los indígenas, y lo mismo ocurría con muchos de sus ayudantes. Pero, de hecho, los indígenas comprendían —y esto no requería mucha inteligencia por su parte— que ya no estaban en su patria, en Egipto, sino que de ellos se esperaba que fueran instrumentos obedientes en manos de extranjeros.

En esta atmósfera, incluso un aumento de prosperidad no habría disminuido la tensión. Pequeñas desigualdades de trato

conducirían a graves conflictos, y estos conflictos en algunos casos no se arreglarían por mutuas concesiones, sino por la violencia y la coacción. Naturalmente, el resentimiento de los indígenas se hizo cada vez más agudo. Vieron mejor de lo que podemos ver nosotros todos los defectos y absurdos del nuevo régimen, y los criticaron amargamente, no sólo entre sí. El gobierno reaccionó más bien duramente, y cada expresión de la opinión fue considerada como un crimen. De este modo el abismo entre los gobernantes y los indígenas se hizo cada vez más profundo (210).

Ligeras indicaciones de cuando en cuando en los papiros muestran que todas estas causas de discordia que existían bajo Filadelfo se agudizaron rápidamente durante los reinados de Evérgetes I y Filopátor.

Los efímeros éxitos de Evérgetes I en Siria y los resultados finales de sus esfuerzos por mantener su supremacía en el Egeo, mantuvieron el prestigio de los Tolomeos en el mundo griego, y la gran victoria de Filopátor en Rafia contribuyó a su fama entre los países extranjeros (211). Estas hazañas, además, aportaron oro y plata en cierta cantidad a los tesoros reales. Parte del botín fue distribuido entre los oficiales y soldados de los ejércitos victoriosos, pero el grueso se lo apropiaron los reyes. Sin embargo, los éxitos de Evérgetes y Filopátor no fueron duraderos, y el aumento en el depósito de dinero y metales preciosos no tuvo influencia en las tendencias económicas generales de la época. Éstas parecen haberse inclinado más bien en el sentido de la decadencia. No conocemos bien el estado económico de Egipto en la segunda mitad del siglo III a. de J. C., pero incluso la escasa información que poseemos incluye algunos hechos significativos.

Los grandes esfuerzos exigidos por las guerras de Evérgetes I requirieron a su vez un aumento de la presión del gobierno sobre la población. En ocasiones hallamos noticias de movilización de la milicia indígena egipcia (μάχιμοι) de egipcios obligados al odiado servicio naval, de aumento en la dureza en los métodos burocráticos, y de que las tierras reales arrendadas están sujetas a rentas de extorsión (ἐκφόρια). Como resultado hubo casos de gente que escapó de sus casas, de deserción de los pueblos recién fundados, e incluso de resistencia armada. Fue bajo Evérgetes, durante la guerra siria, cuando por primera vez tenemos noticia de disturbios en Egipto. Muy probablemente

se trató de una revuelta indígena. Hubo otros casos más tarde, después de la batalla de Rafia (212).

Al mismo tiempo, ciertos hechos me llevan a pensar que la libre iniciativa de la población, incluso de los griegos, fue restringida gradualmente. Algunos fundos regalados (δωρεαί) sobrevivieron aún, y fueron otorgados otros nuevos, pero muchos otros habían sido reincorporados a la corona y eran ahora administrados por medios puramente burocráticos. Los fieles servidores del rey ahora eran recompensados con frecuencia, no con grandes fincas —campo para toda suerte de experimentos—, sino con el derecho a recaudar diferentes impuestos y derechos menores, en detrimento del pueblo. Con la confiscación de los fundos regalados desaparecieron muchas de las oportunidades para desplegar la energía y el talento emprendedor. Lo que aún quedaba de la administración paternal, personal y de viejo estilo de Egipto era más y más reemplazado por la pura burocracia, impersonal y exasperante por su misma impersonalidad (213). De las nuevas tendencias mostradas por la política de Filopátor respecto a los indígenas antes y después de Rafia, hablaré más adelante en este libro.

8. *ALEJANDRÍA Y FILADELFIA*

No obstante, los siniestros fenómenos de que he hablado eran difícilmente perceptibles para los contemporáneos, aunque fueran buenos observadores. La nota predominante era el esplendor y progreso rápido. Este progreso se manifestaba claramente en el maravilloso crecimiento de los nuevos establecimientos urbanos.

El más espectacular de éstos era, por supuesto, ALEJANDRÍA (214). Con una rapidez meteórica se transformó en la mayor ciudad griega del mundo, mayor que las más grandes ciudades del pasado: Atenas, Corinto, Siracusa, y, por lo menos, tan grande como las capitales seléucidas: Antioquía del Orontes y Seleucia del Tigris. No es éste el lugar para trazar un cuadro detallado de esta espléndida capital de los Tolomeos, con su organización peculiar y su más bien extraña relación con Egipto. No era la capital de Egipto. No estaba *en* Egipto, sino *junto a* Egipto (πρὸς Αἰγύπτωι o κατ' Αἴγυπτον). Era la residencia del rey, su ciudad, y al mismo tiempo una ciudad-estado, que actuaba

como si fuera una ciudad griega autónoma y libre. Tal como aparece en las descripciones de la época, a los ojos de Teócrito y Herondas, Alejandría es primero y sobre todo la ciudad universal, la manifestación principal del poder tolemaico. Resplandece en su belleza única. No se puede formar uno idea de su aspecto por los restos de edificios que están ocultos bajo la floreciente ciudad moderna, pero algunos de los rasgos salientes de su aspecto los conocemos por las descripciones literarias, por determinados epigramas helenísticos del siglo III a. de J. C., por ciertos papiros y por las representaciones en las pinturas de aquel tiempo y posteriores, esculturas y obras artísticas menores. Hemos oído hablar de los puertos de Alejandría y del famoso faro, una de las maravillas del mundo. El palacio real, un inmenso bloque de edificios que ocupaba un tercio de la ciudad, era su barrio más conspicuo: todo el mundo ha oído hablar del mausoleo de Alejandro, de la biblioteca y del famoso museo, la real «academia» de ciencias y letras, de los parques y paseos, del magnífico «zoo», todo ello incluido en los recintos del palacio. Los edificios reales estaban ricamente adornados por dentro y por fuera: sus muros estaban construidos o con sillares de piedras de colores, especialmente alabastro, o de ladrillo recubierto de estos sillares; las habitaciones estaban llenas de elegantes muebles de madera decorados con ornamentos y figuras hechas de marfil y metales preciosos y tapizados con hermosos tapices; los suelos, adornados con finos mosaicos. No menos ricas y majestuosas eran las altas casas de la aristocracia. Podemos sacar una idea del aspecto y mobiliario de los palacios reales y particulares, por algunas pinturas pompeyanas, por la decoración pintada de las tumbas alejandrinas del período helenístico y por algunas terracotas. En los parques y jardines reales había hermosas fuentes monumentales. Una de estas fuentes se describe en un epigrama, probablemente de Posidipo o de un poeta de su escuela, como construida de costoso material —mármol del Himeto y de Paros y la famosa sienita egipcia— y adornada por los retratos de Filadelfo y Arsínoe, a quienes estaba dedicada la fuente. Otro epigrama describe un altar de Homero construido por Filopátor y probablemente relacionado con el Museo. No eran menos imponentes los demás aspectos de la gran ciudad: las dos grandes avenidas que se cruzaban en ángulo recto y conducían a las cuatro puertas de la ciudad, con sus pórticos iluminados durante la noche; las calles menores,

con sus nombres peculiares (algunos dinásticos), los parques y plazas, los gimnasios y palestras, los espaciosos hipódromos, los teatros, los estadios, los templos —entre ellos el gran serapeo— y las sinagogas. Fuera de la ciudad estaban la lujosa ciudad de los muertos, con sus mausoleos ricamente pintados y sus jardines, las villas de los suburbios, y Canopo, notable por su alegría, mencionado con tanta frecuencia en la literatura antigua y reproducido en miniatura por Adriano en su villa de Tibur.

Esta ciudad estaba habitada por una sociedad peculiar, compuesta del rey y su corte, el ejército, los altos funcionarios, los magistrados y sacerdotes de la ciudad, los miembros del Consejo de la ciudad (Bulé), los estudiantes, poetas, escritores, y filósofos del museo y la biblioteca, efebos y escolares y muchachas, sacerdotes griegos e indígenas, ricos negociantes (súbditos del rey o extranjeros), modestos tenderos, artesanos, buhoneros, lampareros, marineros en los muelles y puertos, navegantes y esclavos.

En Alejandría se hablaban muchas lenguas: el griego en sus distintos dialectos era, por supuesto, el predominante, pero en los barrios indígenas el egipcio era el lenguaje de sus habitantes, mientras que en los barrios judíos el hebreo o el arameo era aún la lengua dominante. Además del hebreo, se podían oír en las calles y el puerto otras lenguas semíticas y tal vez algún dialecto indio.

Un pormenor acá y otro allá, en una carta particular, en un documento escrito en papiro, en una inscripción o en un texto literario, en una terracota, en una pintura o en una tumba, o en una estela funeraria, en un bajorrelieve, o en una pintura esquemática en cerámica, o en un grafito: todo ello sirve para iluminar una parte del cuadro, pero es solamente una esquina y sólo se ilumina por un momento. Obtenemos una visión del aspecto oficial del imperio tolemaico cuando leemos la descripción de Calixenos de la gran celebración de Filadelfo, su magnífica pompa: los soldados de su ejército, las estatuas de los dioses, el despliegue simbólico de las proezas del rey en el interior y en el exterior, la lujosa tienda que servía para el gran banquete e impresionó la imaginación de los contemporáneos. Sacamos otras visiones de este aspecto cuando Aristeas describe en una carta un banquete de la corte, o cuando Flavio Josefo pinta tan vivamente una subasta de los impuestos y tributos que pagan las provincias. Y finalmente Teócrito nos muestra en *Adoniazusai* una gran ceremonia religiosa, el misterio de la muerte de Adonis

y su resurrección celebrada en el palacio y abierta al público, una ceremonia en la que los papeles principales eran representados por una estrella de ópera mundialmente famosa del día.

Tenemos una miniatura de la corte tolemaica en la casa de Apolonio. La correspondencia de Zenón proyecta un mar de luz sobre ella. La figura del gran dioceta está en el trasfondo. Ante nosotros aparece su gran estado mayor de empleados de varios grados y de distintos tipos: criados, tesoreros, administradores de su casa, comandantes de sus barcos, sus agentes comerciales en el extranjero y en Egipto, etc. Es imposible en esto distinguir entre el dioceta y el cabeza de una gran casa particular. Junto al estado mayor de Apolonio estaban sus sirvientes personales, muchos de ellos esclavos. Se mencionan muchas clases de éstos, especialmente en las cuentas de Zenón: cocineros y panaderos, porteros y reposteros, cocheros y conductores, incluso músicos que tocaban en sus banquetes. Aunque parezca extraño, en esta casa tan rica, la principal preocupación de jefes y criados era (de una manera o de otra) obtener sus sueldos, que siempre recibían con retraso. Así, Sátira, la arpista (κιθαρωδός), se queja amargamente de no recibir dinero ni trajes: estará «desnuda» dice *[1]. Las dos batas de lino fino (χιτῶνες βύσσινοι) que recibe por fin*[2] la han vestido algo, pero, sigue «desnuda». En el mismo documento encontramos menciones de la casa o las casas de Apolonio*[3] y de los muebles de sus habitaciones*[4]. Los viajes de Apolonio (e hizo frecuentes visitas de inspección) también eran reproducción casi exacta de los del rey. Apolonio viaja en su *dahabieh*, una villa flotante*[5], o a caballo, o en coche, rodeado de sus ayudantes, un gran estado mayor de escribas, y sus criados. Caen como una nube de langosta sobre el país, aunque oficialmente Apolonio paga los gastos (215).

La *Aetia* de Calímaco nos muestra otro ángulo del cuadro: un banquete de los hombres de letras de Alejandría y algunos invitados extranjeros. En su famoso idilio, ya mencionado, Teócrito nos lleva a la casa particular de un griego de Alejandría:

---

*[1] *P. Cairo Zen.*, 59028, cf. 59059.

*[2] Ibíd., 59087.

*[3] Ibíd., 59326, 189 y sigs.; cf. *Large Estate*, Índice, voces «Artemidorus» y «House», y *P. Cairo Zen.*, 59150 y 59398.

*[4] Véase, por ejemplo, *P. S. I.*, 483; cf. *P. Cairo Zen.*, 59059.

*[5] Véase, por ejemplo, ibíd., 59053 y 59054; cf. 59242 y *P. S. I.*, 533.

encontramos a su mujer, su huésped, su hijo, su esclava, y vamos con ellos en una excursión por las concurridas calles y plazas de Alejandría.

Distribuidas por Egipto había Alejandrías en miniatura. Eran los establecimientos urbanos recientemente fundados por Filadelfo. Y tenían a su alrededor sus pequeños Egiptos: los grandes *doreai* o fincas donadas por el rey a sus ayudantes, probablemente esparcidas por todo el país. Conocemos bien una de estas ciudades, FILADELFIA, y una de estas fincas, la de Apolonio, íntimamente relacionada con Filadelfia. He utilizado ampliamente el material suministrado por la correspondencia de Zenón, el administrador del fundo de Apolonio, para reconstruir distintos aspectos de la estructura social y económica de Egipto. Ahora añadiré unas cuantas palabras sobre los *dorea* de Apolonio y la ciudad de Filadelfia en general.

De hecho, la finca de Apolonio era una reproducción en pequeña escala del nuevo Egipto de los Tolomeos. Filadelfia era Alejandría en miniatura, con su plano de tablero de ajedrez, sus calles rectas cruzándose en ángulo recto, sus flamantes templos griegos e indígenas, sus edificios públicos, sus baños, sus jardines particulares, y el gran parque (παράδεισος) de Apolonio lleno de árboles ornamentales, viñas, árboles frutales y flores, las espaciosas casas de los nuevos colonos, cuidadosamente construidas y finamente decoradas. Éstos eran griegos en su mayoría, con puestos en la administración tolemaica, u oficiales y soldados del ejército.

También recordaba a Alejandría en su aspecto social. La administración de la finca, con Zenón a la cabeza, y los funcionarios, oficiales y soldados con sus grandes casas (οἶκοι), formaban la aristocracia del lugar. Después venían los pequeños empleados de la explotación y los distintos artistas y artesanos de origen extranjero atraídos por la fama (δόξα) de esta espléndida «ciudad» nueva, como le llama una carta de Zenón, y por las oportunidades que ofrecía. En el extremo inferior de esta escala había indudablemente un gran número de indígenas que suministraba la mano de obra requerida para la construcción y servicio de la ciudad y para el desarrollo y administración de la explotación.

Como Alejandría, también Filadelfia estaba rodeada por su propio Egipto —el territorio de la ciudad—, en parte incluido en el dominio de Apolonio, y en parte distribuido entre los co-

lonos civiles y militares del lugar. En este dominio realizaba Apolonio, con ayuda del rey y para su propio provecho, una obra muy similar a la que se realizaba en todo Egipto por orden y con ayuda de su real señor. Apolonio actuaba en Filadelfia por medio de su representante Zenón. Apolonio y Zenón mejoraban la tierra y la hacían apta para el cultivo. Con la ayuda de contratistas griegos e indígenas cultivaban los campos y producían grandes cantidades de grano de distintos tipos, plantas oleaginosas, lino, cáñamo y hierba. También plantaban, con ayuda de granjeros en su mayoría de origen griego, grandes extensiones de tierra roturada, viñas, olivos, frutales y verduras. Organizaron la apicultura según nuevos principios. Tenían grandes rebaños y manadas de ganado agrícola, animales de tiro, ovejas, cabras, cerdos y distintas aves de corral. A las cosechas, árboles y animales domésticos indígenas del país añadieron nuevas especies, haciendo de la finca una especie de centro experimental. Establecieron y organizaron talleres y factorías de nuevo tipo, empleando mano de obra en parte indígena y en parte importada —la especializada—, y para algunas ramas, de acuerdo con la costumbre griega, trabajo esclavo. Crearon un gran estado mayor para la venta de los productos del fundo. Finalmente, con la ayuda de funcionarios regulares griegos e indígenas, inspeccionaban la organización de los habitantes de la ciudad y de la finca en sus relaciones con el gobierno (216).

El estudio de los archivos de Zenón es particularmente importante porque muestra mejor que otros documentos la interacción de los principios que actuaban en el Egipto tolemaico: las costumbres establecidas desde hacía mucho tiempo de Egipto, por un lado, y por otro, el nuevo espíritu, la nueva mentalidad, la nueva energía de los invasores de un mundo completamente diferente que había venido a reorganizar su vida. ¿Era intención de los Tolomeos amalgamar el viejo mundo y el nuevo en Filadelfia, y de igual modo en Egipto, o sobreponer el uno al otro? No podemos decirlo. En todo caso, en la época de Filadelfo, los griegos de Filadelfia y su contorno, como los griegos de Alejandría y del resto de Egipto, conservaron intacta su mentalidad griega exactamente lo mismo que la de sus compañeros griegos de la Grecia continental, de las islas o de Asia Menor. El *homo politicus,* aún vivo en Grecia, dio paso al *homo oeconomicus* y al *homo technicus* en Egipto. Los griegos de Filadelfia y de Egipto en general, eran, o se fueron haciendo gradualmente,

especialistas en un campo u otro de la actividad: intelectual, militar, administrativa o económica. Era el *homo oeconomicus* el que prevalecía en Filadelfia. Los intereses materiales eran los que dominaban en su mente, y su actividad febril estaba dedicada principalmente a enriquecerse sin reparar en medios ni maneras. Por supuesto, no quiero decir que estas tendencias fuesen exclusivas. Los griegos de Filadelfia deseaban enriquecerse —para eso habían ido a Egipto—, pero al mismo tiempo deseaban conservar su alto nivel intelectual, seguir siendo propiamente griegos en este aspecto, y educar a sus hijos para que fueran como ellos, es decir, hombres ilustrados. Leían sus clásicos griegos en sus horas de asueto, eran aficionados al teatro y a la música, y tan entusiastas del deporte como sus hermanos griegos del continente. Y deseaban que sus hijos tuvieran las mismas aficiones. Ésta era la razón por la que gastaron mucho dinero en dar una buena educación de «gimnasio» a sus muchachos y muchachas (217).

El experimento que tan claramente se presenta a nuestros ojos en el *dorea* de Apolonio fue repetido por Filadelfo en muchos otros *doreai* y en menor escala en los millares de pequeñas fincas otorgadas por él a sus funcionarios, oficiales y soldados. Por desgracia, ninguno de éstos lo conocemos como el *dorea* de Apolonio. Esperemos que el futuro ponga a nuestra disposición los archivos domésticos de alguno de los clerucos de Soter o Filadelfo.

C) *EL IMPERIO SELÉUCIDA*

Hemos podido presentar las líneas generales de la estructura económica y evolución de Egipto en la época de los primeros Tolomeos. Nada parecido puede hacerse respecto a Siria, el imperio de Seleuco I Nicátor y sus sucesores, porque nuestra información sobre él, especialmente en la primera época seléucida (bajo Seleuco I, Antioco I Soter y Antioco II Teos), es míseramente exiguo (218).

1. *FUENTES DE INFORMACIÓN*

Las fuentes literarias casi son silenciosas. Las fuentes epigráficas no pueden compararse en volumen e importancia con las fuentes epigráficas y papirológicas combinadas referentes al Egipto tolemaico. Además, están muy desigualmente repartidas.

La mayor parte de las inscripciones en piedra que dan información sobre los seléucidas han sido halladas en Asia Menor y se refieren principalmente a las vicisitudes de las ciudades griegas de esta región. Las inscripciones de época helenística halladas en el resto del imperio seléucida son muy pocas, y la mayoría de ellas carecen de importancia. En Siria propiamente dicha, Antioquía ha dado solamente una piedra importante (las excavaciones ahora en curso han producido algunas inscripciones, y éstas de época posterior); Seleucia de Pieria ha sido un poco más productiva, mientras Apamea (ahora en curso de excavación) y Laodicea del Mar no han contribuido con nada digno de mención. Fuera de Siria propiamente dicha, Seleucia del Euleo, donde las excavaciones de una expedición francesa han sido proseguidas durante muchos años y aportaron un pequeño grupo de textos epigráficos del período helenístico (la mayor parte de ellos manumisiones), y Seleucia del Tigris y Babilonia, aunque parcialmente excavadas, apenas han añadido nada a nuestro conocimiento. Dura-Europos, en Parapotamia, cuya parte más importante ha sido sistemática y completamente excavada, tampoco ha sido rica en inscripciones helenísticas (219).

Por esta escasez de inscripciones en piedra, se esperaría encontrar compensación, especialmente en Babilonia y ciertas ciudades de Mesopotamia, en una abundancia de documentos escritos en tablillas de arcilla, dado que éstas son tan características del período helenístico, no sólo en estos dos países, sino también en Asia Menor, Siria, Fenicia y Palestina, por una parte, y la meseta irania, por otra. Por desgracia, este deseo no corresponde a la realidad. Muy pocos documentos en tablillas cuneiformes del período helenístico han sido hallados en Babilonia, y ninguna, que yo sepa, fuera de ella. La mayor parte procede de Orcoi (Uruk-Uarka), mientras Babilonia sólo añadió un pequeño grupo. Algunas de estas tablillas están aún inéditas (220). El uso de la escritura cuneiforme y de tablillas de arcilla, que ya estaba en decadencia en la última época asiria, neobabilónica y persa, se encontraba moribundo en el período helenístico y se extinguió por completo en la época parta. El alfabeto arameo, más conveniente y menos complicado, desterró los signos cuneiformes, y con el alfabeto arameo vino la tinta y el pergamino o el papiro. Además, los griegos, nuevos amos del país de los dos ríos, estaban tan acostumbrados al uso de la tinta, el pergamino y el papiro como los arameos y los que adoptaron su escritura. Ahora bien:

el papiro y el pergamino se encuentran muy raramente en las ruinas de Babilonia, Mesopotamia y los restantes países del Oriente Próximo, salvo Egipto. Las excepciones son pocas. En Dura debemos a circunstancias peculiares la conservación de cierto número de pergaminos y papiros. Sólo uno de estos pertenece al período helenístico. En Avromán (Curdistán) algunos pergaminos de la época pártica fueron hallados en un ánfora. Fragmentos de papiro han aparecido en Seleucia del Tigris. Esto es todo. Pero indudablemente hubo abundancia de documentos sobre papiro y pergamino en todos los lugares habitados del imperio seléucida. Este hecho obvio es ilustrado por dos hallazgos ocurridos en Babilonia. En Orcoi (Uruk) se hallaron en algunas habitaciones de un templo de época helenística junto con tablillas cuneiformes, muchos sellos-estampas de arcilla que en su día habían estado adheridos a documentos de pergamino o papiro, y también bulas de arcilla estampadas, sirviendo de sobre para el mismo tipo de documentos, todos ellos de época helenística. Un hallazgo semejante ocurrió en Seleucia del Tigris, en una casa particular grande y suntuosa. Es evidente que éstos eran los restos de los archivos de casa y templo; constaban de documentos, la mayor parte o exclusivamente escritos sobre pergamino o papiro (221).

Además de las inscripciones, tablillas, pergaminos y papiros, poseemos muchos lotes de monedas acuñadas por los seléucidas. Son de gran importancia en relación con la historia política y, en cierta medida, religiosa de la monarquía seléucida. Su contribución a la historia económica será tratada más adelante (222).

Finalmente, tenemos los testimonios arqueológicos. Asia Menor, Siria, Fenicia, Palestina, el Haurán, Transjordania, Mesopotamia y Babilonia, y la meseta irania son un Eldorado para los arqueólogos. En pocos países del mundo se han conservado tantas bellas ruinas de templos, palacios y ciudades. Debemos esto a una causa evidente y que no es necesario discutir aquí. Como en África romana y Egipto, en estas regiones la gran civilización de las épocas prehelenística y grecorromana estuvo durante muchos siglos en completa decadencia, y los centros urbanos y pueblos que un día fueron florecientes, sólo fueron en parte habitados en los últimos tiempos.

Un importante grupo de ciudades que fueron de gran importancia en la época helenística ha sido excavado y estudiado a fondo por los arqueólogos modernos en Asia Menor. Puedo citar algunos

ejemplos, como Pérgamo, Mileto y su templo de Apolo Didimeo, Éfeso y su templo de Ártemis, Heraclea de Latmos, Magnesia del Meandro, Priene, Afrodisias, Aso, Angora, Ezani, Ilión, Sardes con sus templos respectivos: hermosas y a veces bien conservadas estructuras, han sido todas investigadas cuidadosa y más o menos completamente, con la debida atención al período helenístico de su historia. En todas ellas se ha descubierto un gran número de monumentos y objetos menores, la mayoría de los cuales ha sido publicada. Lo mismo puede decirse de algunos cementerios (puedo citar los de Mirina y Cime, así como algunos de las ciudades anteriormente citadas). La mayor parte de las antigüedades halladas en Asia Menor se guarda en el Museo Otomano de Estambul, los museos de Esmirna y Brusa, el Museo Británico, el Museo de Berlín y el Louvre (223).

La situación de Siria es diferente. La mayoría de las ruinas que quedan datan de la época romana o bizantina, como, por ejemplo, las ruinas de Palmira y Baalbek. Palmira era insignificante en la época helenística, y en Baalbek no se han encontrado restos prerromanos. Lo mismo puede decirse del Haurán, algunas de cuyas espléndidas ruinas han sido excavadas (224). Gerasa de Transjordania y Petra de Arabia no llegaron a ser importantes hasta la época romana. La única ruina helenística de gran interés en Transjordania es Amir el Araq, cerca de Amán. Aquí las minuciosas excavaciones han dado resultados importantes. Pero durante el período que estamos tratando, Transjordania y Petra estaban en la esfera de influencia, no de los seléucidas, sino de los Tolomeos, lo mismo que Palestina y Fenicia. No fue hasta el reinado de Antioco III cuando se transformaron en satrapías seléucidas. Las antigüedades halladas en Palestina y Transjordania se conservan en el Museo Nacional de Antigüedades de Jerusalén, con excepción de unas cuantas en museos europeos y americanos (225).

En Mesopotamia y Babilonia la edad helenística fue un breve episodio en los muchos siglos de su historia. Aquí, y especialmente en Babilonia, se excavó gran número de ciudades. Algunas de ellas no estaban habitadas o eran pequeñas comunidades en el período helenístico, y en consecuencia se encontraron en ellas muy pocos restos o ninguno de este período. Otras, como Babilonia y Orcoi, fueron importantes en las épocas helenística y parta. Éstas dieron algún material de fecha helenística, que había sido despreciado por los excavadores, pero ha sido cuidadosamente

recogido en nuestros días (226). El gran centro helenístico de Babilonia —Seleucia del Tigris— está ahora siendo explorado por una expedición de arqueólogos de Michigan. Ya se han hecho allí importantes descubrimientos, y podemos esperar otros. Las antigüedades encontradas en Babilonia y Orcoi están en parte en el Museo de Bagdad, y en parte en Berlín, mientras los de Seleucia están en el Museo de Bagdad, en la Universidad de Michigan y en el Museo de Toledo (Estados Unidos) (227).

La única ciudad helenística y romana de Mesopotamia que ha sido bien excavada es Dura-Europos, una de las colonias militares fundadas por Seleuco I. Existió como centro más o menos floreciente de vida urbana durante casi seis siglos y fue tomada y destruida poco después de 256 d. de J. C. por el rey sasánida Sapor. El período más brillante de su historia fue el de la dominación parta. La mayoría de los monumentos descubiertos en la ciudad pertenece al período parto y al último, es decir, a la época romana de su existencia. Poco se ha hallado en la ciudad que date del período helenístico. Las antigüedades encontradas en Dura han sido repartidas entre el Museo de Damasco y la Universidad de Yale (228).

Las ciudades helenísticas de la meseta irania, Bactriana e India han contribuido aún menos a aumentar nuestro conocimiento. Bactriana ha sido realmente desilusionadora, porque las monedas son los únicos vestigios de este floreciente Estado en su fase helenística. Algunos reflejos de su cultura pueden encontrarse en los monumentos contemporáneos de India, especialmente en la India septentrional, donde la fuente más importante de información es la ciudad de Taxila. Ruinas susceptibles de ser fechadas con certeza se han hallado abundantemente en Sirkap, la segunda ciudad de Taxila, la de los reyes helenísticos, sakas y pahlavis. Aún menos sabemos de las ciudades de la meseta irania. Las únicas excepciones son Persépolis en Persia y Susa en el Elam, fundada de nuevo esta última por Seleuco I, con el nombre de Seleucia del Euleo. Pero los monumentos helenísticos de Persépolis aún no han sido publicados, y Seleucia era en la época helenística una ciudad pequeña e insignificante y sus ruinas de esta época están muy mal conservadas y tienen muy poca importancia. Persépolis y Susa alcanzaron su cenit en la época persa, y Susa especialmente en las épocas prepersa y elamítica. La importancia de los restos helenísticos de estas ciudades está en que indican que otros centros urbanos políticos y comerciales

de la meseta irania, si se explorasen, podían ofrecer monumentos parecidos o más ricos del mismo período (229).

Además de los materiales derivados de excavaciones sistemáticas, se encuentra en las tumbas helenísticas de esta región una gran riqueza en lo que se llama antigüedades menores. Pero hasta ahora no se han descubierto y excavado por los arqueólogos ningún cementerio importante de este período. Los excavadores de ocasión, indígenas que cavan con el fin de vender lo que encuentran, han sido más emprendedores y afortunados. Miles de objetos encontrados por ellos se incluyen en distintas colecciones públicas y privadas de Europa y Estados Unidos. Hay un grupo numeroso en el Museo Otomano, y los museos locales de Siria van acumulando rápidamente tesoros de objetos menores, algunos del período helenístico: me refiero a los museos de Beirut, Damasco, Latakieh (Laodicea), Antakieh (Antioquía), Alejandreta, y Suweida, en el Yebel druso.

En las condiciones actuales, como indiqué anteriormente, no se puede dar una respuesta fidedigna a la cuestión de la estructura económica y a la evolución de la monarquía seléucida. En las páginas que siguen no se pretende sino dar un esquema general. La interpretación de los hechos conocidos es, por regla general, necesariamente conjetural.

2. *POLÍTICA GENERAL DE LOS SELÉUCIDAS*

El área del imperio seléucida fue ampliada en la época de Seleuco I, pero disminuyó rápidamente bajo sus primeros sucesores. Seleuco ocupó Babilonia en 312, y muy pronto le añadió las satrapías iranias, después Siria y Mesopotamia (en 301) y Cilicia (en 296). Después de Corupedión (281) se hizo dueño de Asia Menor, con excepción del Ponto, Bitinia y algunas otras ciudades griegas. Sin embargo, perdió India en los primeros días de su gobierno (304 a. de J. C.).

Después de su muerte empezó la desintegración de su reino, y ya no cesó hasta los últimos días de la dinastía. Las guerras gálatas iniciaron el proceso en la parte occidental del imperio, y se intensificó por las llamadas guerras sirias, de seléucidas y Tolomeos. Durante estas guerras, muchas ciudades importantes de Asia Menor pasaron por más o menos tiempo, a manos de los Tolomeos. Parte de Frigia fue ocupada por los gálatas. Pérgamo y el valle del Caico afirmaron su independencia bajo el caudillaje

de Filetero y sus sucesores, y fue finalmente consolidado en la guerra iniciada por Éumenes y ganada en 263-262 a. de J. C. Hacia la misma época, Capadocia dejó de reconocer la soberanía de los seléucidas. Las satrapías iranias nunca fueron muy leales a los seléucidas y sus sucesores, y los establecimientos griegos en las más ricas de estas satrapías siempre tendieron al separatismo, con el fin de protegerse mejor contra la ola irania. De este modo, la insubordinación de los sátrapas y la secesión de algunas partes del reino bajo gobernantes iranios estuvieron a la orden del día. Persis parece haberse independizado (probablemente sólo por algún tiempo) ya en el reinado de Antioco I. Mientras Antígono II estaba ocupado en reconquistar los territorios del Occidente, Bactriana aseguró poco a poco su «autonomía» y finalmente se separó del reino bajo Seleuco II, cuando estaba ocupado, primero en recobrar su reino de Tolomeo Evérgetes I, y después luchando con su propio hermano. Probablemente fue un poco antes cuando Partia se revolvió bajo Andrágoras, y una tribu nómada irania, los parnis, bajo el caudillaje de su rey Arsaces, invadió algunas partes del reino seléucida y en consecuencia venció a Andrágoras y se apoderó de Partia, creando así el núcleo del gran imperio parto del futuro, bajo la dinastía de los arsácidas. Finalmente, en medio del torbellino de la guerra dinástica bajo Seleuco II, un nuevo grupo de pequeños tiranos surgió en Asia Menor y algunos estados-templos declararon su independencia o semindependencia. Tenemos como ejemplo varias tiranías en Cilicia, Pisidia, Frigia y Caria, y el famoso templo-estado de Olbia, en Cilicia, gobernado por la casa de Teucer (230).

Es difícil describir el carácter del gran imperio de los seléucidas en su aspecto económico. Era el heredero del imperio persa y, como él, constaba de muchas regiones que tenían muy poco en común y nunca pudieron ser soldadas en algo parecido a una unidad económica. Ya he dado (véase cap. II, págs. 72 y siguientes) una descripción general de las condiciones en las distintas partes del imperio persa, descripción que es válida para el período seléucida. Fue imposible aplicar a los seléucidas una organización general tal como la introducida por los Tolomeos en Egipto, y no se intentó nada en este sentido. La cohesión económica del imperio dependía enteramente de su unidad política, y la política económica de los seléucidas fue tan sólo una parte de su política general —militar, religiosa y social— que aspiraba a mantener unidas las distintas regiones.

La unidad política del imperio seléucida fue creada por Seleuco I, y su conservación dependió de él y sus descendientes. El gobierno de los seléucidas, como el de los Tolomeos, fue personal y dinástico. Descansaba en una gran parte en su capacidad de alcanzar un máximo de victorias en sus guerras interiores y exteriores. Los éxitos militares en que se basaba su gobierno fueron debidos, en última instancia, a las cualidades personales de los gobernantes y a su estrecha conexión con sus «amigos» y su ejército, y el apoyo recibido de ellos.

Esta situación se refleja en muchos documentos de la época, por ejemplo, en el discurso (probablemente espurio) de Seleuco I a sus amigos y tropas que nos da Apiano (*Syr.*, 61), y en un decreto aprobado por la ciudad de Ilión en honor de Antioco I por haber asegurado la paz a las ciudades y ensanchado su reino «gracias principalmente a su valor personal (ἰδία ἀρετῇ) y a la devoción de sus amigos y tropas»*[1].

Para este gobierno personal sobre las regiones que formaban su reino, los reyes fundamentaron una legitimación adicional de un tipo más alto, aunque secundario, en las instituciones religiosas y filosóficas que apoyaban el principio dinástico. Aspiraban a ser no sólo los sucesores, sino también los descendientes de Alejandro, participando de este modo en su victoria sobre el Oriente. En este aspecto los seléucidas no diferían de los Tolomeos, ni, hasta cierto punto, de los antigónidas. Descendientes de Alejandro, eran al mismo tiempo descendientes de los dioses. Desde los días de Seleuco I, y ciertamente desde los de Antioco I*[2], los seléucidas declararon públicamente, quizá por medio del oráculo de Dídima, la descendencia divina de Seleuco I respecto de Apolo.

Esta descendencia de Apolo hizo posible para muchas ciudades griegas el establecimiento espontáneo del culto al rey gobernante. Esto ocurrió, por ejemplo, en Ilión. Sabemos, además, que se tributaron honores divinos primero a Seleuco y después a sus sucesores en las ciudades por ellos fundadas. Muy pronto no hubo probablemente ninguna ciudad griega en el imperio seléucida sin culto del soberano reinante, su familia y sus antepasados (πρόγονοι) en una u otra forma.

Paralelamente al culto municipal de los reyes vivos y difuntos, encontramos desde la época de Antioco III un culto real de Estado,

---

*[1] *O. G. I.*, 219.

*[2] Ibíd., 219, 26; cf. 227, 5-6 y 137, 5.

organizado por el mismo rey para cada satrapía, y quizá para las subdivisiones de las satrapías, con una sede especial, por lo menos, en las ciudades más importantes de las distintas satrapías. Las relaciones de este culto estatal con el culto municipal son mal conocidas. Es posible que los dos fueran instituciones separadas coexistiendo los templos, sacerdotes y ceremonias municipales del culto real con los del culto estatal. Sin embargo, es igualmente probable que el nuevo culto estatal se injertase de una manera u otra en el culto municipal, compartiendo en cada ciudad los mismos templos, recintos sagrados y cuevas, ceremonias, etc., con el culto municipal. Nuestras fuentes son escasas y no se pueden sacar de ellas conclusiones seguras (231).

Simultáneamente con la institución de este culto, varias escuelas filosóficas rivalizaron entre sí en dar una sanción filosófica al poder real en general. Los seléucidas, como otros reyes helenísticos, aceptaron los pronunciamientos de los filósofos y los utilizaron en algunas ocasiones. Por ejemplo, podemos percibir un eco de uno de estos pronunciamientos en el discurso de Seleuco I a su ejército a que me he referido anteriormente. Espurio o no, el discurso se remonta a una fuente helenística más antigua y representa exactamente las ideas de la época. En este discurso, explicando el matrimonio de Antioco I con su propia madrastra, dice Seleuco: «No es la costumbre de los persas y otros pueblos la que os impongo, sino *la ley que es común a todos*, según la cual, lo decretado por el rey es siempre *justo*» (232).

Tales eran los fundamentos del poder real de los seléucidas a los ojos de sus súbditos griegos y aliados. No conocemos exactamente el tipo de doctrina, si hubo alguno, que encontraron para los habitantes no griegos de su imperio. Sobre ellos gobernaron por decreto de conquista, como descendientes de Alejandro. Esto fue destacado especialmente en las monedas de Seleuco I, continuación de la acuñación de Alejandro. Además es probable que los seléucidas, como los reyes de la monarquía póntica y, más tarde, los reyes de Comagene, con el fin de conciliarse la población irania de su imperio, destacaron su conexión con la extinta dinastía persa de los aqueménidas. En esto parece que no tuvieron éxito, y que los iranios nunca reconocieron sus aspiraciones. Hay también razón para pensar que en la figura del supremo dios de su monarquía —Zeus Olímpico—, una figura que habían heredado de Alejandro, intentaran erigir un dios universal de su complejo imperio más o menos como el Sérapis tole-

maico: Zeus, Ahuramazda y Bel, todos en uno. Esta tendencia se hizo preeminente más tarde, en la época de Epífanes, cuando se creía que Zeus Olímpico desempeñaba en los destinos del imperio seléucida el mismo papel que Júpiter Capitolino en los del imperio romano, en continuo crecimiento.

En general, los primeros seléucidas, como los Tolomeos, tuvieron mucho cuidado de no ofender los sentimientos religiosos de sus súbditos (233). En Babilonia hicieron profesión de profunda reverencia hacia los dioses indígenas, de lo que tenemos prueba suficiente en el ambicioso proyecto abrigado por Alejandro Magno y Antioco I de reconstruir el gran templo de Babilonia, Esagila, y la restauración de Ezida en Borsipa por Antioco I (268 a. de J. C.). La misma actitud encuentra expresión en la donación de tierra hecha por Antioco I en 279 a. de J. C. al que permaneciera en Babilonia en esta época (después de la fundación de Seleucia), regalo retirado a los babilonios, cutlos y borsipanos cinco años más tarde. También puedo citar la historia de la cesión a los templos de Babilonia del regalo hecho por Antioco II a Laódice y sus hijos. Finalmente, recordaré la tentadora sugestión de E. T. N. Newell según la cual una serie de tetradracmas de Seleuco I con la figura de un Baal sentado en el anverso y el león en el reverso, continuación de las series prealejandrinas de monedas, pero ciertamente acuñadas en Babilonia entre 301-281 a. de J. C., pueden haber sido moneda de templos acuñada por los sacerdotes. Monedas similares aparecen en Susa y en Ecbatana (234).

La misma política fue adoptada por los seléucidas en otras ciudades de su satrapía babilónica. Tenemos buenas fuentes de esto en Uruk-Uarka, la ciudad santa de Babilonia, que en la época de los seléucidas se hizo cada vez más el centro de la religión, instrucción y ciencia babilónicas. Los grandes templos de Uruk habían sido abandonados por los reyes persas, y en la época de Alejandro probablemente estaban en ruinas. En los días de los seléucidas volvieron a ser escenario de una gran actividad constructiva. Un templo tras otro fueron reconstruidos desde sus cimientos. La obra no fue llevada a cabo por los mismos reyes, sino, con su aprobación y apoyo, por los representantes del poder real en Uruk. Nuestras fuentes, más bien escasas e incompletas, que sin duda, pronto serán enriquecidas por ulteriores excavaciones, mientras que la Bit-reș —el complejo de edificios alrededor del templo de Anu— fue restaurado, o mejor completamente recons-

truido, por Anu-ubalit, el «segundo oficial» de la ciudad en 243 antes de J. C., bajo Seleuco II. El segundo nombre de este oficial —Nicarco— era griego y le fue otorgado por Antioco II Teos. Un poco después, en 201 a. de J. C. bajo Antioco III, un hombre del mismo nombre babilónico, quizá miembro de la misma familia, Anu-ubalit, cuyo segundo nombre, griego, era Cefalón y que era «el grande, señor de la ciudad de Uruk, construyó en el mismo grupo su famoso templo de Anu y Antún. Fue él mismo quien infundió nueva vida a otro gran recinto sagrado de Uruk, el llamado Südbau» o «Construcción Sur». Esta restauración de Uruk desde su estado de decadencia a su primer estado de esplendor por los representantes del gobierno, que probablemente desempeñaron en Uruk el mismo papel que los epístates y los estrategos en otras ciudades del imperio seléucida, es un importante episodio, porque estos representantes actuaban, sin duda, con permiso y probablemente con el apoyo de los reyes gobernantes, cuyos fieles servidores eran.

Contratos privados y otros documentos del período seléucida escritos en acadio sobre tablillas y probablemente en arameo o griego sobre pergamino y papiro, y algunos textos semiliterarios y literarios escritos sobre tablillas en acadio, que se han encontrado en los templos de Uruk en número relativamente grande, aclaran que bajo los seléucidas estos templos volvieron a disfrutar de su pasada prosperidad y desempeñaron una vez más su antiguo papel importante en la vida de la ciudad y quizá de Babilonia en general. Se debió, sin duda, a la política liberal de la administración seléucida el que los templos llevasen sus propios negocios, en su propia lengua, y de acuerdo con su propia ley, el que se vieran libres de la obligación de registrar sus contratos en el *chreophylakion* real, y sus archivos sirvieran de depósito, no sólo a los documentos cuneiformes relacionados con la vida de los templos, sino también a documentos en griego y arameo que probablemente, por lo menos en parte, no tenían relación con él. El ejemplo de los reyes fue seguido por los griegos que vivían en Orcoi. En los documentos del templo aparecen no sólo como devotos de los dioses locales —Istar, Anu y Antún y los demás—, sino como participantes activos en el culto y negocios de los santuarios locales (235).

No fue diferente la política de los seléucidas en el Elam. Las recientes excavaciones francesas en Susa —la Seleucia del Euleo helenística— han demostrado la prosperidad e influencia de que

gozó el famoso templo de Nanaía en esta ciudad; era grande y hermoso edificio que no fue olvidado por los reyes y sus representantes locales. Entre las piedras del templo, que usaron después los sasánidas para la construcción de su palacio, se encontraron restos de inscripciones griegas de los períodos seléucida y parto, entre ellas varias manumisiones: lo cual muestra que en esta época el templo era el centro principal de la ciudad, el lugar donde se publicaban importantes documentos, se erigían estatuas, etcétera (236).

Los documentos que se refieren a la reconstrucción de Esagila y Ezida y muchos otros documentos del período seléucida en Babilonia y Uruk muestran que la terminología oficial de los seléucidas eran representados allí como sucesores legítimos de los reyes de Babilonia, como gobernantes que, igual que Alejandro, habían recibido su poder de manos de Bel y Marduk.

No obstante, es más que probable, aunque tenemos poca información sobre el tema, que se instituyera un culto a los reyes de alguna forma en los templos babilónicos y elamitas. En una tablilla encontrada en Uruk de fecha incierta (después del año 100 de la era seléucida, esto es, bajo Antioco III o después de él) hay una mención de ofrendas de carne ante las estatuas de los reyes en los días de sacrificios regulares. Es bien sabido que tales ofrendas y alguna especie de culto real no eran extraños a la religión babilónica (237).

En Siria, meollo del imperio, Seleuco y sus descendientes adoptaron una actitud semejante respecto de los dioses y tradiciones locales. Malalas (pág. 198, Bonn), en su conocido relato de la fundación de Seleucia de Pieria y Antioquía de Orontes por Seleuco Nicátor, nos cuenta cómo Seleuco, buscando un lugar para su proyectada ciudad portuaria, sacrificó a Zeus Casio, dios local de la tormenta y el rayo, que le mostró donde encontrarlo. Tres días después Seleuco organizó una celebración religiosa del dios local Zeus Ceraunio, en el santuario que se decía haber sido fundado para él por Perseo cerca de Iópolis, y se celebró un sacrificio el primer día de Artemisio. La historia demuestra la reverencia mostrada por Seleuco I hacia los dioses locales, y especialmente hacia el dios del firmamento, la tempestad y el rayo, que era al mismo tiempo el gran dios militar de Siria, Anatolia y Fenicia: Hadad-Teshub-Baal. Esta política es la misma que se siguió con el iranio Ahuramazda y el Bel babilonio. No debemos olvidar que el culto de los dioses supremos y locales fue, con toda probabilidad, el origen del culto de los dioses militares heleniza-

dos de Siria, la triada de Bel, Jahribol y Aglimbol, dioses de la luz y la victoria, con quienes los monumentos de Palmira y Dura nos han hecho tan familiares. Al mismo grupo pertenecen los dioses militares árabes, sirios y anatólicos, representados a caballo y en camello. Los conocemos por las esculturas y dedicaciones de época romana, pero el traje militar con que están representados no es puramente romano, sino que muestra algunos rasgos helenísticos. Los dioses fueron probablemente creaciones de la última época seléucida, dioses del ejército seléucida, que en aquella época se había orientalizado mucho (238).

Junto al dios del rayo y la victoria apareció en el panteón sirio la gran Atargatis, mujer y consorte de Hadad, la Συρία θεά de los griegos y la *dea Syria* de los romanos. Como el culto de Hadad-Teshub-Baal, su culto fue adoptado y helenizado por Seleuco I. Su famoso templo en Bambice (Hierápolis) fue reconstruido por Estratonice, esposa de Seleuco I (Luciano, *De dea Syria,* 17-19). Esta construcción era ciertamente helenística, comparable a los templos de los mismos dioses en Baalbek y de Bel en Palmira, ambos de comienzos de la época imperial romana. Es una desgracia que no sea posible una excavación completa de las ruinas del templo de Bambice, ya que su lugar está ocupado por una mezquita. Los resultados de algunas excavaciones exploratorias por Pedrizet y Seyrig en el lugar nunca han sido publicadas, que yo sepa. Los artistas griegos de la Siria helenística crearon imágenes de la diosa, como hicieron con Hadad-Teshub-Baal. En estas imágenes aparece como otra versión de la gran diosa madre anatólica, cuyo animal sagrado era el león, mientras que el animal de Hadad era el toro. La predilección de Seleuco por los cuernos del toro y la frecuencia con que aparecen en sus monedas son bien conocidas.

Debo citar de paso que los Tolomeos siguieron la misma política en sus dominios sirios y fenicios. La popularidad de los cultos de Astarté, Adonis y Atargatis-Hadad en Egipto lo mismo en Alejandría que en el «campo» (χώρα), refleja claramente la alta consideración en que los Tolomeos tenían a estos dioses en Siria y Fenicia. Por lo que respecta a Egipto, bastará recordar al lector la reverencia que la gran Arsínoe tuvo por los misterios de Adonis (Teócrito), y los papiros que atestiguan la popularidad de Adonis, Astarté y Atargatis en el «campo» (239).

No es improbable que en Siria y Mesopotamia, como en Babilonia, alguna forma de culto dinástico se relacionara con la prác-

tica de los dioses locales patrocinada por los seléucidas. Si es así, la adoración de los seléucidas en Siria a este respecto no era distinta a la de los Tolomeos en Egipto. Pero, que yo sepa, no tenemos testimonios directos ni indirectos sobre este punto.

Seleuco y los seléucidas probablemente siguieron la misma política de benevolencia y protección en sus relaciones con los ricos e importantes templos de Asia Menor, pero de estas relaciones sabemos muy poco. Una inscripción esporádica hallada en Nisa*[1] muestra que Seleuco I y Antígono otorgaron a la ciudad de Atimbria varios privilegios importantes para su Plutonión, con toda probabilidad un viejo santuario indígena; y está específicamente establecido que al obrar así lo hacían guiados por su piedad y su deseo de ser agradables a las ciudades griegas. Otra inscripción*[2] atestigua la reconstrucción por Seleuco I del templo de Zeus Olbio en Olbia de Cilicia. Y no existe la menor duda de que Seleuco y sus sucesores tuvieron a los grandes templos de Asia Menor en general en gran estima, como, por ejemplo, el de Ártemis en su capital, Sardes, y los de Éfeso y Mileto. Sabemos que el templo de Ártemis en Sardes era muy rico*[3], y de cuando en cuando hallamos noticias de los pródigos regalos otorgados por Seleuco I y sus sucesores al templo de Dídima (240).

La unidad del imperio de los seléucidas encontró expresión, primero y sobre todo, en la uniformidad de su organización militar y administrativa, que los seléucidas heredaron principalmente de los reyes persas y de Alejandro. Sería rebasar el ámbito de la presente obra, estudiar extensamente este punto. Todo el material referente a él ha sido recientemente recogido y comentado por E. Bikerman en su *Institutions des Séleucides*, donde el lector encontrará información de garantía sobre lo poco que sabemos de la organización de la administración central y provincial del imperio en general, del ejército seléucida, de la corte real, de los agentes financieros del rey, y de otras materias.

Baste decir aquí que la administración seléucida muestra una uniformidad general, con ligeras variantes de un sitio a otro. Su terminología es casi idéntica a la de la administración tolemaica, con sólo ligeras diferencias, siendo una mezcla de la terminología

---

*[1] C. B. Welles, *R. C.*, 9.

*[2] A. Wilhelm, *Denkschr. d. Wien. Akad., phil. hist. Kl.*, XLIV (1898), núm. VI, págs. 85 y sigs.

*[3] Buckler, *Sardis, Gr. and Lat. inscr.*, núm. 1.

griega y persa: sátrapas, estrategos, hiparcas, toparcas, meridarcas, etc., para la administración provincial; βασιλικόν, ὁ ἐπὶ τῶν προσόδων, ῥισκοφύλαξ, γαζοφύλαξ, διοικητής, οἰκονόμος para la administración financiera central y provincial; βασιλικοὶ δικασταί para los tribunales; χρεοφύλακες y βιβλιοφύλακες para oficinas de contabilidad, etc. (241).

3. *POLÍTICA ECONÓMICA Y FINANCIERA*

a) *Seudo Aristóteles, "Oeconomica, II"*

No muy abundante y no menos difícil de interpretar es la información que tenemos respecto a la política económica y financiera de los seléucidas. Volvamos ahora a ella nuestra atención.

Podemos empezar nuestro estudio de la organización económica y financiera del primer período del imperio seléucida analizando el interesantísimo tratado de economía que forma el segundo libro de la *Economía* de Aristóteles, y que, sin duda, aunque peripatético de carácter, no puede ser considerado como una obra de Aristóteles (véase pág. 70). El tratado consta de dos partes. La segunda es práctica e histórica: contiene una serie de historias que ilustran las distintas medidas de emergencia adoptadas por las ciudades y tiranos griegos y por los sátrapas persas para remediar las crisis financieras agudas en sus ciudades y satrapías. Por otra parte, la primera parte es puramente teórica. Pensada como una a manera de prefacio de la segunda, trata de dar la teoría financiera en breve resumen. De hecho, clasifica los diferentes tipos de economía, tanto públicos como privados, y caracteriza brevemente cada uno; por ejemplo: economía real, economía satrápica, economía urbana y economía privada.

El autor y la fecha del tratado no se conocen con precisión. El escritor usó, sin duda, fuentes antiguas no posteriores al siglo IV a. de J. C. Ninguna de estas historias es posterior a Alejandro, y la parte teórica está basada en un estudio de la última parte del imperio persa y de la monarquía de Alejandro. El tratado parecería, pues, que no tiene relación con el tema de este libro. Sin embargo, no es ésta mi opinión. Para empezar, hay razón para creer que el autor del tratado, aunque empleó exclusivamente fuentes no posteriores al siglo IV a. de J. C., vivió probablemente en la época posterior a Alejandro, en los úl-

timos años del siglo IV y primeros del III a. de J. C. A lo dicho antes sobre este tema (véase pág. 70), puedo añadir que el tratado, tal como lo poseemos, se adapta muy bien a la atmósfera literaria del primer período helenístico. Evidentemente no es una producción literaria puramente teórica e histórica. Con toda probabilidad, fue pensado para servir a fines prácticos, para ser una especie de manual o guía para los que se enfrentaban con problemas de género económico y financiero, tanto en las ciudades como en las monarquías de la época. Esto no era infrecuente. Varias escuelas filosóficas de principio del helenismo rivalizaban entre sí en producir manuales similares en distintos campos. Baste mencionar los numerosos tratados περὶ βασιλείας, algunos de los cuales fueron escritos por los primeros sucesores de Aristóteles, como, por ejemplo, Teofrasto.

Si estoy en lo cierto y el libro fue publicado como una especie de guía o vademécum en el primer período helenístico, y con toda probabilidad no en Grecia, sino tal vez en Asia Menor, para uso de los contemporáneos que se enfrentaban con problemas económicos y financieros, el autor, en su prefacio clasificatorio y teorético, tuvo sin duda a la vista no sólo el pasado, la estructura del reino persa y el imperio de Alejandro, sino también el presente, la organización económica y financiera que él mismo observaba en el mundo en que vivía. Este mundo no pudo ser probablemente el Egipto tolemaico ni la Macedonia antigónida. Lo que sabemos de estos países muestra que su organización económica y financiera era muy diferente de la descrita en el prefacio. El mundo que el autor tenía a la vista y trataba implícitamente de caracterizar, paralelamente a Persia y el imperio de Alejandro, puede haber sido el reino de Antígono el Cíclope (242).

Si es así, parece apropiado exponer y analizar los testimonios proporcionados por *Oeconomica,* II, antes de discutir la escasa información que tenemos referente a la estructura financiera y económica del imperio seléucida. El resumen revelará las líneas generales de una organización económica y financiera que era, con toda probabilidad, muy parecida o idéntica a la del imperio seléucida, o por lo menos del mismo tipo. Además, al estudiar el imperio seléucida, me parece oportuno dejar de lado las clasificaciones modernas y seguir la subdivisión en tipos y la descripción de cada tipo sugerido por el autor de nuestro tratado, agudo observador perfectamente familiarizado con las condiciones de la época de que trataba.

He mencionado anteriormente que el escritor distingue cuatro tipos de organización económica y financiera: la οἰκονομία βασιλική, es decir, la administración general de los negocios económicos y financieros por el rey personalmente; la οἰκονομία σατραπική, la organización económica y financiera de cada satrapía; la οἰκονομία casi autónoma de la *polis*; y la base de todas estas «economías», la administración de sus propios asuntos por la gente particular, independientemente de su nacionalidad y su régimen político.

La economía real trataba, según el autor del tratado, con muy pocas materias. Su descripción de éstas resume muy bien los principales departamentos de la administración financiera que eran necesariamente llevados por el rey personalmente, o por el jefe de su βασιλικόν, lo mismo en la monarquía persa que en las helenísticas. La primera frase*[1] trata de la política monetaria: cuánta moneda debe acuñarse en un momento dado y de qué clase (oro y plata en Persia; oro, plata y cobre en las monarquías helenísticas), cuándo cara y cuándo barata (quizá una alusión a las variaciones de patrón monetario, tal como está atestiguado en el caso del primer Tolomeo; véase pág. 385). Sabemos que la moneda era casi un monopolio de los reyes persas y de Alejandro. Hemos visto la atención dedicada por los Tolomeos a esta cuestión, y cuán estricto era su monopolio monetario. Vemos ahora que en su moneda, los seléucidas heredaron las tradiciones de Persia y Alejandro.

El siguiente apartado*[2] ha sido interpretado de distintas maneras por los eruditos modernos. En mi opinión, debe traducirse como sigue: «acerca de las mercancías exportadas e importadas: que parte de los bienes que el rey ha recibido de sus sátrapas como suma (ταγή) estipulada le será provechoso venderla, y cuándo». La interpretación de este párrafo es evidente. Trata de la política comercial del rey, especialmente respecto al comercio con los países extranjeros. Al rey estaba reservado decidir qué cantidad de mercancías recibidas de sus sátrapas había de venderse y exportarse, y qué importaciones necesitaba su reino. Ningún sátrapa era competente para hacerlo. Ya he mostrado anteriormente la

---

*[1] ποῖον (νόμισμα) καὶ πότε τίμιον ἢ εὔωνον ποιητέον (II, 1, 3, página 1345 *b*, 23).

*[2] περὶ δὲ τὰ ἐξαγώγιμα καὶ εἰσαγώγιμα, πότε καὶ τίνα παρὰ τῶν σατραπῶν ἐν τῇ ταγῇ ἐκλαβόντι αὐτῷ λυσιτελήσει διατίθεσθαι (ibíd.).

importancia del mercado exterior persa, y he destacado en la sección precedente de este capítulo la preeminencia del comercio exterior en la economía de los Tolomeos y su estrecha relación con su política monetaria y económica en general. No era menos importante para los seléucidas y los monarcas helenísticos en general. Volveré en seguida sobre este punto.

Lo que sigue —el tercero y último párrafo* de la sección sobre economía real— trata de los gastos. Según nuestro autor (al final de la sección de teórica), el principal requisito en todo tipo de economía es equilibrar el presupuesto. En el caso del rey, la mejor manera de hacerlo es reducir los gastos. Luego viene la cuestión de cómo es más provechoso emplear los ingresos del reino en dinero y especie para cubrir los gastos. Es evidente que éstos eran problemas vitales tanto para Persia como para las monarquías helenísticas.

El rey trata, pues, solamente de materias de importancia primaria. Los impuestos —fijación y recaudación de los ingresos— en Persia y probablemente en la monarquía de Alejandro era asunto de los sátrapas. En Egipto, como hemos visto, era de otra manera. Con toda probabilidad, la monarquía seléucida estaba organizada en este aspecto más o menos de la misma manera que en Persia. En *Oeconomica,* II, la οἰκονομία σατραπική se interesa principalmente con los ingresos (πρόσοδοι). Se distinguen seis clases de ingresos: ingresos de la tierra; ingresos de otra propiedad del Estado; ingresos del tráfico y comercio; ingresos de los impuestos sobre la tierra y sobre distintas transacciones; ingresos del ganado, e ingresos de los impuestos personales. Al distinguir estas distintas clases de ingresos, el autor es muy breve, y la brevedad le hace oscuro. No puedo discutir aquí todos los puntos controvertidos, y tan sólo daré brevemente mi opinión. Los ingresos estatales de la tierra se describen como ἐκφόριον y δεκάτη. El significado de esta expresión no está claro. Sabemos que en Egipto ἐκφόριον significaba renta, una *pars quanta* pagada por los cultivadores del suelo a los terratenientes; el significado de δεκάτη es obvio. Es posible que el autor encontrase en su fuente los dos tipos de pago diferenciados y descritos en detalle, pero él despreció esto y empleó los términos ἐκφόριον y δεκάτη, sin distinguir entre ellos, para englobar el impuesto

* περὶ δὲ τὰ ἀναλώματα, τίνα περιαιρετέον καὶ πότε, καὶ πότερον δοτέον νόμισμα εἰς τὰς δαπάνας ἢ ἃ τῷ νομίσματι ὤνια.

real sobre la tierra. Su intención principal era destacar la importancia del impuesto territorial en los presupuestos de las satrapías y en la economía satrápica. En todo caso, el pasaje no nos ayuda a una mejor intelección del sistema de impuestos sobre el suelo tal como estaba establecido en el imperio persa o en las satrapías de Alejandro.

El párrafo siguiente trata de las ἴδια, el ingreso de lo que consistía en oro, plata, cobre y otros productos. La interpretación más probable de este pasaje no es la que yo sugerí hace algunos años. Las ἴδια son probablemente las posesiones particulares del rey distintas de la tierra de labor, su ἴδιος λόγος: primero y sobre todo, minas, canteras, salinas, bosques, lagos, etc. En Egipto éstas eran propiedad privada del rey y explotadas por él. No veo razón para suponer que fuese de otra manera en Persia y en el imperio de Alejandro. Seleuco y sus sucesores no hicieron cambio en este estado de cosas.

Después sigue el ingreso de los ἐμπόρια, ingresos que los sátrapas recaudaban para el rey, del comercio interior y exterior de sus respectivas satrapías en forma de derechos de aduana, derechos portuarios, pagos relacionados con ferias, derechos percibidos en las fronteras de las satrapías.

El siguiente apartado que enumera τέλη κατὰ γῆν y ἀγοραῖα τέλη, es oscuro. El primero ha sido explicado como derechos percibidos por el uso de caminos, y puede ser correcto; el último puede considerarse como impuestos pagados en la ἀγορά, es decir, sobre transacciones tal y como se hace por regla general en el mercado de ciudades y pueblos: toda clase de impuestos sobre ventas, impuestos por el registro de documentos, etc. El capítulo siguiente*, el ingreso derivado de los βοσκήματα (ganado) no necesita explicación, excepto que no sé si los ἐπικαρπία y la δεκάτη mencionados como ingresos de los βοσκήματα eran idénticos. La ausencia de ἐννόμια o impuesto de pastoreo puede deberse al hecho de que los pastos eran propiedad real y se incluían en el segundo apartado.

Después vienen los impuestos personales: ἐπικεφάλαιον y χειρωνάξιον. El último es el pago que hacen los artesanos por el derecho a ejercer su oficio. Es muy dudoso si por el ἐπικεφάλαιον se quería decir una capitación personal. Más tarde veremos que hay testimonio de un impuesto de este nombre en Palestina.

---

* ἡ ἀπὸ τῶν βοσκημάτων, ἐπικαρπία τε καὶ δεκάτη καλουμένη (II, 1, 4).

Debe observarse que no se hace mención bajo el título de οἰκονομία σατραπική del ingreso sacado por el rey del tributo (φόρος) pagado por las ciudades. Ni este título se menciona en la descripción de la οἰκονομία βασιλική. Nuestro autor se calla igualmente sobre el tema de los gastos de los sátrapas. Muy probablemente los sátrapas no estaban facultados para manejar este aspecto del presupuesto provincial. En *Oeconomica,* II, aparecen como meros recaudadores de los ingresos reales. Esto no está de acuerdo con lo poco que sabemos sobre los poderes de los sátrapas persas, pero puede ser cierto en lo que respecta a los gobernadores provinciales de los seléucidas.

De la economía urbana trata brevemente. Aparece de menor importancia para el autor, y así ocurrió, sin duda, durante el período helenístico y en un tratado que se ocupa principalmente de la estructura del imperio persa. Los ingresos de una ciudad salían de sus propiedades en el territorio que le pertenecía, de los impuestos sobre el comercio (ἐμπόρια καὶ διαγωγαί), y de los ἐγκύκλια, distintos impuestos relacionados con las transacciones mercantiles de los habitantes de la ciudad. Ya he tratado del tema de la economía urbana (págs. 248 y sigs.). La enumeración que de las fuentes de ingresos municipales hace el autor es correcta.

El autor es un poco más explícito en materia de economía privada. El hecho de que, en su opinión, los ingresos de una persona particular salgan sobre todo de la tierra es interesante como indicación del carácter principalmente agrícola del sistema económico de la época. Después viene el enigmático ἐγκλήματα (¿ἐγκτήματα?), término único de significación desconocida. 'Εγκτήματα puede estar relacionado, como el profesor C. B. Welles sugiere, con ἔγκτησις en su sentido técnico: el derecho a su propia propiedad en tierra o casas. Finalmente viene ἀργύριον, la acuñación de moneda.

Veamos hasta qué punto la política económica y los impuestos de los seléucidas están de acuerdo con el resumen de *Oeconomica,* II, para lo cual expondré la información que pude sacar de fuentes fidedignas.

b) *Moneda, pesas y medidas*

Los seléucidas, como los Tolomeos y los demás reyes helenísticos, prestaron gran atención a su *moneda,* que sucedió sin descrédito a las acuñaciones de Alejandro. Como éste, los seléucidas

guardaron estrictamente el patrón ático. Y también como Alejandro trataron de hacer moneda abundante, estable, de garantía y de excelente calidad. Las emisiones de las distintas cecas seléucidas se distribuyeron ampliamente no sólo por su imperio anatólico, sirio, mesopotámico e iranio, sino también por el resto del mundo helenístico*. La moneda fue muy simplificada por Antígono I, y se hizo la moneda básica del Oriente. Su popularidad allí se muestra por el hecho de que después de la secesión de Bactriana y Partia la moneda independiente de estos reinos fue de hecho una continuación de la de los seléucidas. Además, las monedas de los primeros seléucidas se extendieron ampliamente por el interior de Asia y fueron copiadas una y otra vez, como fue el caso de las monedas de Atenas en los siglos V y IV a. de J. C. (Milne). Conviene advertir que las acuñaciones de los seléucidas eran de carácter más personal que las de los reyes persas y los Tolomeos. Cada rey emitía monedas con su propio retrato (243).

Los reyes de la dinastía seléucida acuñaron tres metales: oro, plata y cobre. El oro se acuñó regularmente hasta la segunda mitad del siglo III a. de J. C., época en que cesó la acuñación, reanudada de cuando en cuando por los últimos seléucidas sólo en ocasiones especiales. La explicación de esta curiosa historia de su acuñación de oro (los Tolomeos acuñaron oro regularmente hasta una época mucho más tardía, casi hasta el final de su gobierno en Egipto) puede encontrarse, según mi opinión, en la escasez de oro en el Oriente Próximo en general. El principal abastecimiento de oro —descarto el oro del norte de la península balcánica, que nunca alcanzó el Oriente Próximo— venía o de Egipto (Nubia), o del norte asiático, de las minas de oro de Siberia y el Altai. Los Tolomeos, por supuesto, guardaban el suministro de oro solamente para sí. De este modo, las únicas fuentes abundantes de oro para los seléucidas eran Siberia y el Oriente Medio (Asia Menor difícilmente producía mucho oro en aquella época). Dado que el oro siberiano alcanzaba primeramente Bactriana, era natural que la moneda de oro se emitiera en grandes cantidades especialmente en esta satrapía seléucida. Tan pronto como Bactriana se hizo independiente y se separó de Siberia, mientras los partos se interponían entre los seléucidas y el norte asiático,

---

* Nótese la imitación de estas monedas por Cleómenes III y Nabis de Esparta, y la circulación de las monedas seléucidas reestampadas en Bizancio y Calatis.

el oro se hizo muy escaso en el reino seléucida, y los reyes que siguieron a Seleuco II tuvieron que abandonar sus acuñaciones de aquel metal. Podemos, pues, suponer que la cuestión del aprovisionamiento de oro fue una de las razones para la expedición oriental de Antioco III (244).

La moneda principal del reino seléucida era de plata. Mientras que Asia Menor, con sus abundantes minas de plata, estuvo en manos de los seléucidas, nunca sufrieron escasez de ella. La pérdida de Asia Menor por Antioco III cambió la situación: hablaré de esto en mi próximo capítulo. Ya he mencionado que la acuñación de tetradracmas de los primeros seléucidas estaba distribuida por todo el imperio, estableciéndose muchas cecas. Sin embargo, esto no quiere decir que las ciudades del imperio seléucida tuvieran ningún derecho de acuñación. Acuñaban para el rey y en nombre del rey. Los primeros seléucidas consideraban la acuñación de monedas de oro y plata grandes como privilegio exclusivo suyo, y, como Alejandro y sus sucesores, no tolerarían ninguna competencia por parte de las ciudades griegas de su imperio. Se conocen algunas excepciones a esta regla, pero las concesiones ocasionales a las ciudades, en este respecto, debidas a consideraciones políticas, sólo sirven para confirmar la regla.

Mucho más liberal fue la política seléucida respecto al cobre. Cobre (y a veces monedas pequeñas de plata) fue regularmente acuñado por la mayoría de las ciudades griegas de Asia Menor para circulación local y regional. El cuidadoso estudio del material hallado en Priene llevado a cabo por el llorado doctor Regling prueba esto con toda certeza. Y Priene, por lo demás, no fue una excepción. Debe destacarse que los seléucidas nunca reconocieron, como los Tolomeos, el sistema trimetálico. El cobre de su imperio siempre se pensó para el cambio local con una circulación muy limitada.

Mientras a las antiguas ciudades griegas de Asia Menor se les otorgaba el privilegio de acuñar su propia moneda pequeña de cambio, nunca se dio este privilegio a las nuevas ciudades fundadas por Alejandro y los seléucidas en Siria ni a las satrapías orientales. Como el oro y la plata, el cobre fue moneda real, acuñada en nombre de los reyes. No obstante, parece muy probable que en ocasiones las monedas no fueran producidas en una de las cecas reales, sino en las municipales, que actuaban como concesionarias y con ayuda de los reyes. Se emitieron grandes cantidades de este cobre local en las distintas ciudades de Siria y Oriente,

como puede deducirse del estudio de las monedas halladas en Dura-Europos, Seleucia del Euleo y Seleucia del Tigris. Como el cobre de las ciudades anatólicas, el cobre seléucida de Siria y el Oriente no tuvo sólo una circulación dentro de las ciudades, sino que circulaba como cambio menor en las áreas relativamente extensas (245).

Uno de los rasgos más interesantes de la circulación de monedas en el imperio seléucida se revela por el estudio de muchos tesoros hallados en Siria, Mesopotamia y Asia Menor. Estos tesoros, en contraste con algunos aparecidos en las casas de varias ciudades, son una buena ilustración de la manera como circulaba la moneda a través del imperio, ya que representaban los ahorros de la gente rica. Muestran que el núcleo de los ahorros de los habitantes del imperio seléucida constaba, no tanto de plata seléucida y en ocasiones de oro, que no forman un elemento muy importante en los tesoros del siglo III a. de J. C., como de acuñaciones de Filipo, Alejandro y Lisímaco, con una cierta mezcla de monedas de otros sucesores. Las monedas de Alejandro y Lisímaco son las más importantes. En parte son emisiones hechas durante su vida, pero en su mayoría se trata de emisiones póstumas por distintas cecas de fuera y dentro del imperio. Además de estas monedas y del oro y plata seléucida en estos tesoros se encuentran a menudo, en pequeñas cantidades, monedas de otros reyes independientes del mundo helenístico en el siglo III antes de J. C., especialmente los gobernantes pergamenos. La única excepción son los Tolomeos. Fuera de Grecia, en ninguno de los tesoros del siglo III a. de J. C., que yo sepa, se ha encontrado plata u oro tolemaico. Al parecer la moneda tolemaica era cuidadosamente excluida del reino seléucida.

El carácter de los tesoros, como brevemente hemos descrito, refleja algunos rasgos importantes de la vida económica del siglo III a. de J. C. y en particular de la política económica de los seléucidas. Parece que éstos —tan distintos de los Tolomeos en este aspecto— hacían grandes esfuerzos por mantener la unidad monetaria del mundo helenístico. Por una especie de mutuo acuerdo, todas las cecas principales de la época guardaron estrictamente un mismo patrón, el ático, y emitieron grandes cantidades de moneda internacional según el modelo de las póstumas de Filipo y Alejandro. Estas monedas circularon libremente por todo el mundo helenístico, al parecer sin restricción, en el reino seléucida, en las monarquías anatólicas, en Grecia y en la península

balcánica. La única excepción fue el imperio tolemaico. Cuando los Tolomeos cambiaron su patrón monetario por el fenicio e introdujeron un estricto monopolio monetario en todo su imperio, se aislaron del resto del mundo helenístico. No se encuentran monedas de cecas extranjeras o de patrón ático en los tesoros del siglo III a. de J. C. descubiertos en Egipto o en los dominios tolemaicos, y, como ya dije, no se encuentran monedas de cecas tolemaicas en ningún tesoro sirio o anatólico. El mundo helenístico del siglo III a. de J. C. estaba claramente dividido en dos esferas de actividad económica: la tolemaica, con su expansión principalmente hacia Occidente, y la seléucida, con sus conexiones principalmente orientales (246).

La tendencia de los seléucidas a mantener la unidad de moneda está atestiguada por otro rasgo importante de su política monetaria. El núcleo de monedas de Seleuco I en sus primeros años constaba de oro y plata, que prácticamente repetía la acuñación de Alejandro, con la sola diferencia de que los nombres de Alejandro y Filipo III fueron gradualmente, aunque no por completo, reemplazados por los de Seleuco. Sin embargo, en los últimos diez años del gobierno de Seleuco, sus tipos se diversificaron más y adquirieron un carácter más personal. Reaccionaron contra esto Antioco I y II, que de nuevo emitieron grandes cantidades de monedas alejandrinas de Seleuco, e incluso reacuñaron algunas de las últimas monedas de Seleuco como monedas del tipo Alejandro-Seleuco, acentuando por ello el carácter internacional de su política económica y la demanda de tal política dentro y fuera de su reino (246 *a*).

Es cierto que la acuñación de los seléucidas tendía tanto a promover el uso de la moneda en su imperio como a servir de poderoso instrumento para el desarrollo de su comercio exterior. No sabemos hasta qué punto tuvieron éxito en la primera de estas aspiraciones. No tenemos testimonios comparables a los de los papiros griegos del período tolemaico en Egipto. Las escasas tablillas publicadas de Babilonia y Uruk han sido muy poco estudiadas desde el punto de vista de la historia económica. Esperamos, además, tener pronto un gran número de tablillas de Seleucia; nadie se atrevería a sentar conclusiones generales sobre el escaso material ahora a nuestra disposición, sabiendo que cientos de tablillas esperan aún su publicación. La impresión dejada por estos documentos, tal como han sido publicados y traducidos, es que el uso del dinero estaba firmemente establecido en la Ba-

bilonia seléucida, aunque no había sustituido completamente al trueque. En todo caso, el dinero circulaba libremente y era usado extensamente para toda suerte de transacciones; pero no es posible afirmar con cuánta mayor extensión que en la época persa. Es interesante notar que en los documentos cuneiformes de la época seléucida los pagos eran registrados, de acuerdo con el antiguo método, en minas y siclos, aunque se efectuaran en estateras seléucidas, probablemente según una tarifa oficial de cambio (hay frecuentes alusiones a la «tarifa babilónica») (247).

Si estas condiciones predominaban en Babilonia a pesar de sus tradiciones inmemoriales, debieron haber prevalecido igualmente en las partes helenizadas del imperio sirio, no sólo entre los habitantes griegos de estos distritos, sino también entre la población indígena. Los griegos, por supuesto, llevaban sus negocios sobre una base monetaria. Probablemente sabríamos mucho más del tema si a los hallazgos de monedas de las excavaciones de las ciudades sirias, mesopotámicas y babilónicas se les hubiera dedicado la misma atención que se ha dedicado a muchos hallazgos de Palestina. El número de monedas de los Tolomeos, y más tarde de los seléucidas, que han sido halladas en las ciudades de Palestina es sorprendente, y lo mismo puede decirse de las excavaciones de Seleucia y Dura, donde todas las monedas encontradas han sido y son cuidadosamente recogidas, limpiadas, identificadas y publicadas. La proporción de monedas de los seléucidas, y especialmente de los primeros, es realmente pequeña, y no puede ser de otra manera; pero son suficientemente numerosas para demostrar la parte que desempeñaron en los negocios de Seleucia y Dura-Europos, y que no había otra moneda en uso en las dos ciudades en la época de la dominación seléucida (248).

Estrechamente relacionada con la moneda y su administración estaba la organización de un sistema racional de pesas y medidas. Muchos sistemas eran de uso corriente en el reino seléucida: el babilónico, el fenicio, el ático. ¿Siguieron los seléucidas una política definida en este particular? ¿Intentaron una especie de unificación?

Nuestra información en este sentido es muy escasa. Excepto las tablillas de Uruk, no tenemos documentos escritos que iluminen el problema. Las tablillas babilónicas de fecha helenística sugieren que no hubo cambio respecto a las pesas y medidas usadas en Babilonia en la época helenística: las pesas y medidas tradicionales eran aún de uso exclusivo (249). Pero dos pesas de

bronce de período pártico (56-55 a. de J. C. y 72-73 d. de J. C.), una hallada cerca de Babilonia y que lleva el nombre del agoránomo de la ciudad, la otra en Seleucia, con el monograma del jefe de la policía de la ciudad (el *paraphylax*), parecen atestiguar el uso del sistema ático en la Babilonia pártica, junto con el babilónico (250).

Para Siria no poseemos documentos semejantes a las tablillas de Uruk y Babilonia. No obstante, por vía de compensación, tenemos una serie única de pesas de bronce, plomo y piedra, de distintas fechas y lugares. Muchas están fechadas con precisión y pertenecen al período del gobierno seléucida. Las series de pesas fechadas empiezan con el reinado de Antioco III y alcanzan hasta los últimos días del régimen seléucida. Estas pesas pueden dividirse en dos clases. La primera, que es muy escasa en número, puede llamarse el grupo de pesas reales. En ellas están inscritos los nombres de los reyes gobernantes (Antioco IV, Demetrio Soter, Antioco VIII Gripo y Antioco X (Eusebio), la denominación *(mna)* y en el último el nombre del agoránomo). En el anverso hay también algunos símbolos oficiales, los mismos que aparecen en las monedas: Posidón y el ancla, Nice o la Victoria seléucida y el ancla. La segunda clase de pesas consta de las que parecen ser pesas de ciudades, que son más numerosas. Algunos ejemplares fechados son del período helenístico, otros son anteriores o posteriores. Fueron hechos en distintas ciudades del reino seléucida, Antioquía, Seleucia de Pieria y Laodicea, Damasco y muchas ciudades de Fenicia: Árados, Biblos (?), Trípoli, Berito, Sidón, Tiro. Unos cuantos fueron hallados en Gezer de Palestina.

Los más interesantes de las pesas que con certeza pertenecen al período helenístico proceden probablemente de Antioquía del Orontes y Seleucia de Pieria. Muestran una sorprendente semejanza con las pesas reales. Vemos inscritos en ellas el nombre de la ciudad, la fecha, la denominación (*mna* y sus divisiones) y los nombres y títulos de los magistrados que se encargaban de este departamento de la administración municipal, casi exclusivamente los agoránomos, mientras la mayor parte de la superficie está ocupada por una de las divisas heráldicas de los seléucidas: el ancla, el trípode, la proa, el elefante, el caballo, el cebú, la Victoria, la Tique. A veces llevan contramarcas similares a las de las monedas.

De esta breve descripción de las pesas reales y de las de Antioquía y Seleucia, quizá podamos deducir que eran pesas de

peso oficial, contrastados por el gobierno, aunque la mayoría de ellos pueden haber sido emitidos por las ciudades bajo la inspección de los magistrados municipales. Pueden sugerir la existencia en la administración seléucida de un departamento de pesas y medidas que emitía las pesas de patrón real, y contrastaba los emitidos por los magistrados, por lo menos, de las ciudades más importantes del reino.

Por desgracia, no hay una colección completa de las numerosas pesas del reino seléucida ni un cuidadoso estudio de ellas. Mis observaciones son, pues, necesariamente algo vagas y conjeturales. Una cuestión de gran importancia es el sistema de las pesas reales y semirreales que he descrito. No siendo un especialista en metrología y no habiendo pesado yo mismo las pesas que quedan, no me atrevo a ofrecer siquiera sugerencias hipotéticas en este asunto. La deducción natural sería que representan el sistema ático, pero puede no haber ocurrido así. Lo común a la mayoría de las pesas que pertenecen al período helenístico es su carácter oficial y real (251).

c) *Comercio internacional*

Me he referido a la importancia de la moneda seléucida en el comercio internacional de la época, y particularmente en el comercio asiático. El comercio de Siria con el resto de Asia (especialmente India y el Oriente Medio) y Arabia, por un lado, y con el Occidente y Norte, por otro, fue ciertamente de grandes consecuencias para el reino como conjunto y para sus habitantes. Aunque tenemos poca información sobre el tema, estamos en situación de formarnos una idea general de las relaciones comerciales mantenidas por Siria con Arabia e India. La política de Alejandro Magno en este aspecto, a que ya he aludido, fue continuada por Seleuco I y sus sucesores. Tenían dos objetivos. El primero era atraer mercancía india, centroasiática y arábiga a Siria, de modo que el mercado de tránsito de estas mercancías pasara a través de su territorio en vez del de Egipto. El otro era encontrar buenos mercados para sus mercancías en tránsito, así como para los productos de su reino; en otras palabras, desarrollar el comercio de Siria con el Norte y el Oeste. Los historiadores del período helenístico se inclinan a atribuir las relaciones entre los seléucidas y los Tolomeos, sus incesantes hostilidades, sólo a motivos políticos, olvidando la rivalidad económica entre

los dos reinos. Pero las consideraciones políticas y económicas están tan estrechamente vinculadas, que encuentro difícil distinguirlas.

Se ha visto que los Tolomeos dedicaron gran atención al desarrollo de su comercio con Arabia e India, y que esto se vería muy favorecido si poseían los puertos de Palestina y Fenicia y ejercían tutela política sobre Transjordania y los nabateos. Los ingresos que los Tolomeos obtenían de Siria, Fenicia y Palestina debían de ser muy grandes, y no fue sólo por motivos militares por lo que trataban tan obstinadamente de asegurarse la posesión de los puertos de estos países.

Los seléucidas no mostraron menos interés que los Tolomeos en el comercio con el Oriente y el Sur. Su política en estas direcciones estaba dictada tanto por consideraciones políticas y militares, como por el deseo de asegurarse la parte más grande posible del comercio de tránsito indio, centroasiático y arábigo. Asia central y la India estaban relacionadas con el Occidente y especialmente con Siria por muchas rutas, dos de las cuales estaban al Norte. Una de éstas —la ruta comercial centroasiática— corría a lo largo de la costa norte del Caspio y terminaba en el reino del Bósforo. En cierta medida, esta ruta pudo haber servido para el transporte de mercancías no sólo de Asia central, sino también indias, pero su importancia consistía principalmente en ser una de las rutas chinas de la seda, y nunca estuvo bajo el dominio de los seléucidas. La sección occidental de la otra ruta corría a lo largo de la costa meridional del mar Caspio, y después a lo largo del río Ciro (hoy Kura) hasta la costa oriental del mar Negro. Esta ruta se conoce imperfectamente. Nunca fue muy popular entre los mercaderes, y su porción occidental no estuvo nunca completamente bajo el dominio de los seléucidas. Seleuco I y Antioco I pudieron haber estado interesados en la posibilidad de desarrollarlo. Sin duda, la expedición militar de Demodamas de Mileto atravesando el Yaxartes tuvo como fin primordial proteger el imperio seléucida por el Norte, y la exploración parcial del mar Caspio por Patrocles fue motivada por consideraciones militares y políticas. Pero estas dos empresas pueden, en alguna medida, haber sido motivadas por el deseo de establecer comunicaciones más cortas y convenientes, en parte por río y en parte por mar, entre las regiones noroeste y nordeste del imperio seléucida, facilitando así la defensa de la frontera nordeste contra los nómadas del Norte y sirviendo a la vez a fines comerciales (252).

Las rutas de antigüedad inmemorial que enlazaban la India con Babilonia eran en su mayor parte, mucho más frecuentadas, más importantes y mejor desarrolladas. Estas rutas convergían en Seleucia del Tigris, la gran ciudad política y comercial de Seleuco I, la capital oriental de aquél y sus sucesores, heredera de la preeminencia de Babilonia.

Una de estas rutas era la ruta marítima, o mejor dicho rutas, a lo largo de las playas del golfo Pérsico. Hablaré en seguida de la ruta a lo largo de la ribera occidental del golfo. La segunda, la que va por la orilla oriental, existía y se empleaba, sin duda, pero se sabe muy poco de ella, especialmente durante el primer período seléucida. La existencia de algunas ciudades portuarias en el golfo Pérsico —Antioquía de Persia (Bushire), Seleucia «del mar Eritreo» y Antioquía-Cárax—, no implica necesariamente que esta ruta tuviese importancia en los primeros tiempos seléucidas, y está muy pobremente atestiguada una extensa colonización tanto de la costa oriental del golfo como de la occidental. Si la ruta que va a lo largo de las satrapías seléucidas de Persia y Carmania hubiese sido muy utilizada y existiese un vivo tráfico por tierra y mar entre la India de Chandragupta y Asoca y el reino seléucida, deberíamos esperar que el número de monedas seléucidas halladas en la India fuera mayor del que es (véase nota 243). En el estado actual de nuestros conocimientos, es probable que la principal comunicación entre el primer imperio seléucida y la India se estableciese en parte por rutas terrestres: una (la septentrional) cruzando Bactriana; otra (la meridional), a través de la Gedrosia, Carmania, Persia y Susiana, y en parte por la ruta marítima occidental a través de Gerra. Es posible que más tarde, cuando Babilonia pasó a integrar el imperio parto, se usara más la ruta marítima oriental. Esto influiría en la decadencia de Gerra en la época parta (véase pág. 435), y en el crecimiento y desarrollo en esta época de un importante centro comercial en el golfo de Ormuz, que compitió con Gerra con éxito. Las fuentes sobre el comercio entre el golfo de Ormuz y la India en los siglos II y I a. de J. C. han sido recientemente colacionadas por W. W. Tarn.

La ruta marítima a lo largo de la costa occidental o arábiga del golfo Pérsico, reforzada por la antigua ruta terrestre a lo largo de la misma costa, fue mucho más importante y más frecuentada. Esta ruta combinada de mar y tierra, como la ruta similar a lo largo de la orilla oriental del mar Rojo, estaba en

manos de poderosas tribus árabes, que se dedicaban activamente a un comercio muy desarrollado. En el mar Rojo estas tribus eran los nabateos, los lihyanitas y los sabeos; en el golfo Pérsico, los gerreos. Estos últimos constituían un estado árabe bien organizado, cuyas relaciones comerciales se extendían hasta Arabia meridional y la India, por un lado, y Babilonia y los nabateos por otra. Los seléucidas encontraron a los gerreos en posesión de la ruta marítima a lo largo de la orilla occidental del golfo Pérsico y de las grandes rutas caravaneras de Arabia, una de las cuales estaba relacionada con Gerra, la capital de los gerreos, y con Arabia Feliz, y la otra con Petra, a través de Dumeta y Taima.

Es importante advertir que el grueso de nuestra información sobre Gerra se deriva de las fuentes helenísticas y se remonta en lo esencial a Aristobulo, Eratóstenes, Artemidoro y Agatárquides*[1]. Podemos inferir que Gerra alcanzó su cenit en los días de los seléucidas y que su decadencia empezó con la dominación parta.

Los seléucidas trataron a los gerreos de un modo muy parecido a como los Tolomeos trataron a los nabateos. Con el fin de evitar que los gerreos*[2] robasen los barcos seléucidas que navegaban entre Babilonia y la India, mantenían una flotilla en el golfo Pérsico. Al mismo tiempo trataban, por acción diplomática o intervención militar, de mantener a los gerreos más o menos bajo su dominio y de obtener de ellos una gran proporción de las mercancías arábigas e índicas adquiridas por sus mercaderes. A esta luz podemos entender mejor el relato de Polibio (en la forma fragmentaria en que los tenemos)*[3] de la expedición de Antioco III contra los gerreos. Fue una demostración militar en gran escala que no condujo ni podía conducir a la conquista de Gerra, pero fue bastante importante para amedrentar a los gerreos y hacerles aumentar la cantidad de mercancías que enviaban a Seleucia, a expensas probablemente de nabateos y Tolomeos*[4].

---

*[1] Estrabón, XVI, 766 (Aristobulo y Eratóstenes), 776-778 (Artemidoro); Diodoro, III, 42 (Agatárquides); cf. Plinio, VI, 147; XXXI, 78.

*[2] Los gerreos poseían un importante puerto en el golfo Pérsico y transportaban sus mercancías no sólo por tierra, sino también por mar.

*[3] Polibio, XIII, 9; cf. Plinio, VI, 152.

*[4] Nótese que los gerreos en su carta a Antioco insistían en que ellos habían gozado en el pasado ἀΐδιον εἰρήνην καὶ ἐλευθερίαν.

De la escasa información que poseemos, podemos concluir con razonable certeza que fue principalmente a través de los gerreos por donde los seléucidas recibían su principal abastecimiento de mercancías arábigas y por lo menos una buena cantidad de mercancías indias. La importancia de este comercio no debe ser subestimada. Siria recibía abundantes mercancías árabes, de las que una gran parte era para el consumo propio, mientras otra parte importante era reexportada. Tenemos testimonio de ello, por ejemplo, en los regalos que Seleuco I y Antioco hicieron al templo de Apolo Didimeo de Mileto: diez talentos de incienso, un talento de mirra, dos minas de casia, dos minas de canela y dos minas de costo*.

Una vía de comercio índico no menos importante que la del golfo Pérsico la proporcionaban los antiguos caminos a través de la meseta irania a Seleucia. Estos caminos son bien conocidos, y han sido descritos y cartografiados tantas veces, que no necesito repetir la descripción. Eran los principales medios de comunicación entre la parte oriental y la occidental del imperio seléucida. Los seléucidas no descuidaron estos caminos, sino que mantuvieron y aumentaron el número de ciudades fortificadas y fuertemente guarnecidas que los defendían. Aunque eran militares en su carácter y fines, también servían estos caminos las necesidades comerciales. El transporte por estas rutas, aunque largo y difícil, era, sin embargo, más seguro y quizá más barato que por el golfo Pérsico, dado que todo su curso caía en territorio seléucida. Fue probablemente por consolidar la seguridad de estas rutas por lo que Seleuco I abandonó sus aspiraciones a una parte de la India y prefirió el tráfico pacífico con Chandragupta y su imperio de Magadha a una guerra continua y ruinosa. Mediante cordiales relaciones y repetidas embajadas (tales como las de Megástenes y después de Daimaco), los seléucidas se aseguraron un creciente suministro de elefantes de guerra y de mercancías de la India. Cuando sus comunicaciones con la India se vieron amenazadas por la secesión de Bactriana y de Partia, Antioco III lanzó su famosa expedición, que llevó a un acuerdo amistoso con Bactriana y a una retirada temporal de los partos, y restableció por algún tiempo la supremacía de los seléucidas a lo largo de las rutas en cuestión.

---

* Welles, *R. C.*, 5, 49 y sigs.

La importancia de las rutas terrestres anteriormente mencionadas, desde los puntos de vista político y económico, se destaca por el hecho de que sus principales ciudades claves fueron cecas notables de los primeros seléucidas. La principal aportación de monedas venía de la extraordinariamente activa ceca de Seleucia del Tigris. La ruta meridional de la India era abastecida de moneda por las cecas de Susa (Seleucia del Euleo) y Persépolis. Aún más importantes eran las cecas de las rutas del norte de Bactriana: Ecbatana, la capital de Media, la fuente principal del abastecimiento de caballos para el imperio seléucida (es de notar que la marca de la ceca de Ecbatana era el prótomo de un caballo comiendo); Alejandría de Asia (moderna Herat), capital de la fértil satrapía de Asia y punto nodal del camino a Bactriana e India (a través de Drangiana), y la gran ciudad de Bactra, de la que se hablará más adelante. Todas las cecas anteriormente enumeradas emitieron moneda que satisfacía por igual las necesidades administrativas y militares del reino seléucida. Puede mencionarse que, con el fin de facilitar el comercio de Bactriana con la India, Antioco I, en la época de su gobierno conjunto con Seleuco (285-280 a. de J. C.), hizo una emisión especial de moneda de sistema indio en lugar del ático.

La casa de cambio para todas las mercancías que alcanzaban el imperio seléucida desde Asia central, India y Arabia era Seleucia del Tigris, que, en consecuencia, creció rápidamente y pronto se hizo la más grande y probablemente la más rica ciudad de aquel imperio. Nuestra información sobre ella data en su mayor parte de los períodos parto y romano de su historia, pero los fundamentos de su prosperidad fueron echados indudablemente en la época seléucida. Fue ciertamente el comercio de Seleucia lo que enriqueció a sus habitantes, no sólo a los indígenas, que acumularon capital y experiencia del comercio caravanero en los tiempos prepersas y persas, sino también a los griegos residentes.

Desde Seleucia las mercancías arábigas e índicas eran conducidas al Norte y Oeste por caminos que desde los primeros tiempos habían relacionado Babilonia con aquellas regiones, corriendo a lo largo del Tigris y el Éufrates, y desde allí a las costas fenicias y sirias. Estas rutas estaban bien organizadas y completamente aseguradas. Eran guardadas a todo lo largo de su curso por cadenas de fuertes y prósperas colonias griegas, que al mismo tiempo ofrecían convenientes estaciones de descanso para las

caravanas. Conocemos una de éstas: Dura-Europos, en el Éufrates medio. Como las ciudades fenicias estaban en manos de los Tolomeos, los primeros seléucidas desarrollaron su sistema de caminos de modo que evitase a las caravanas ir a Tiro o Sidón o a los puertos tolemaicos. Algunos de los caminos seléucidas antiguos llevaban desde Mesopotamia a través de Asia Menor, a los puertos anatólicos, pero la mayoría convergían en la nueva capital del imperio, Antioquía del Orontes, y en sus puertos: Laodicea del Mar y Seleucia de Pieria. La ruta a través del desierto a Palmira y de Palmira a Damasco probablemente fue muy poco usada por las caravanas seléucidas más antiguas (253).

De las relaciones comerciales entre el imperio seléucida y el mar Egeo y el Mediterráneo occidental sabemos muy poco. El imperio tenía muchas mercancías que exportar. Veremos más adelante, en esta misma sección, lo abundantes y variados que eran los productos de la agricultura y la industria sirias, a las que hay que añadir las mercancías en tránsito de Arabia e India. Pero su exportación presentaba dificultades en la época de los primeros seléucidas. El mar estaba en manos de los Tolomeos. Incluso Seleucia de Pieria fue abandonada a Evérgetes I (en 246 antes de J. C.) y permaneció en manos de los Tolomeos hasta 219 antes de J. C. Los grandes puertos de salida para el comercio caravanero en Asia Menor —Éfeso, Esmirna y Mileto— sólo estuvieron intermitentemente en manos de los seléucidas. Así, pues, el siglo III a. de J. C. no fue una época muy brillante en su historia. Sin embargo, hay varias razones para creer que, a pesar de estos factores desfavorables, el comercio seléucida por las rutas anatólicas de mar y tierra fue importante y contribuyó no poco a la prosperidad del reino.

Ya he indicado que los seléucidas deseaban guardar estrictamente el sistema ático en sus monedas, y que muchas monedas extranjeras, especialmente anatólicas, se encuentran en los tesoros sirios de la primera época seléucida. Ya he destacado también el hecho de que la moneda tolemaica fue cuidadosamente excluida de las regiones donde predominaban las monedas de sistema ático. A mi parecer, estos hechos indican la existencia de relaciones comerciales firmes e ininterrumpidas entre Siria, de un lado, y Anatolia, el Egeo y el mundo póntico de otro, aun cuando la *entente cordiale* monetaria entre Siria y las regiones pónticas y egeas no llevasen a tratados especiales. La misma relación comercial está atestiguada por las relaciones políticas de

los seléucidas con las otras potencias del mundo helenístico en los primeros años.

En el mar, Rodas era la potencia comercial hegemónica de la época. Dependiente de Egipto durante algún tiempo, Rodas recobró pronto su libertad comercial (véanse págs. 234 y sigs.), y los barcos de los seléucidas eran tan bien recibidos como los de los Tolomeos. Las relaciones entre Rodas y Siria se conocen muy imperfectamente. En los primeros días de Seleuco I, éste y Demetrio habían utilizado a un rodio como embajador suyo en Éfeso y otras ciudades griegas*[1]. No tenemos más información hasta el reinado de Seleuco II o III. Aunque el regalo o venta de Estratonicea de Caria a los rodios*[2] probablemente pertenece a una época más tardía, las relaciones comerciales entre Siria y Rodas están bien atestiguadas para las últimas décadas del siglo III a. de J. C. Cuando la ciudad sufrió duramente por el famoso terremoto (¿227-226 a. de J. C.?), todas las potencias importantes de la época vinieron en su ayuda. Entre ellas estaba Seleuco II, o mejor Seleuco III. El carácter de estos regalos es interesante*[3]: dona a los rodios diez quinquerremes, una gran cantidad de material para construcciones navales, una buena cantidad de trigo, y *ateleia* (quizá exención de los derechos de aduanas simplemente, no una exención general de impuestos) a los rodios que «navegaban a su reino» (εἰς τὴν αὐτοῦ βασιλείαν πλοϊζομένοις). Un estudio de las asas de ánforas rodias halladas en Antioquía y en otras ciudades de Siria, Seleucia del Tigris, Uruk, Dura-Europos y Tarso sería muy interesante, y podría mostrar si alguna de ellas es anterior al reinado de Antioco III.

Mientras las relaciones comerciales entre Rodas y Siria nunca fueron completamente interrumpidas, los primeros seléucidas no fueron muy populares en la isla sagrada de Delos. Ningún seléucida antes de Antioco III fue honrado allí con estatuas, sólo Seleuco I y Estratonice aparecen como donantes en los inventarios delios. Un regalo de Seleuco (del modelo de un barco) se relaciona probablemente con una de sus victorias navales (254).

Este resumen del comercio exterior de los seléucidas, a pesar de sus deficiencias, justifica plenamente mi interpretación del

---

*[1] *O. G. I.*, 10.
*[2] Polibio, XXX, 31, 6.
*[3] Íd., V, 89, 8.

segundo párrafo del sumario de la economía real en *Oeconomica*, II. El comercio de exportación indudablemente desempeñó una parte muy importante en la economía del imperio seléucida y producía grandes ingresos y mucho provecho a numerosos habitantes griegos e indígenas. Es una pena que no conozcamos nada de los derechos aduaneros seléucidas y de su política de tarifas.

d) *Ingresos de la tierra*

La sección de *Oeconomica*, II, que trata de la «economía satrápica» da la impresión de que todas las satrapías estaban uniformemente organizadas respecto a los ingresos obtenidos de ellas. De esto pueden sacarse dos deducciones diferentes: o que esta uniformidad existía en el imperio persa y fue heredada de Persia por Alejandro y los seléucidas, o que el autor (o su fuente) no conocía de hecho la práctica en todas las satrapías y extendía a otras satrapías la información relativa a Asia Menor, la parte del imperio persa mejor conocida para los griegos. Porque es difícil creer que el mismo sistema de impuestos se aplicase exactamente de la misma manera por todo un imperio como el persa y el seléucida, cuyas partes variaban tan ampliamente en historia, instituciones y condiciones económicas. Aparte esta consideración general, tenemos poco que nos guíe en nuestra elección entre las dos alternativas. Conocemos muy poco el sistema de tributos del imperio persa, y no mucho más del del imperio seléucida.

He mencionado anteriormente que el autor de *Oeconomica*, II, al hablar de los ingresos de los reyes y de los sátrapas, nunca menciona el tributo (φόρος) pagado por las comunidades que eran partes constituyentes de las satrapías del reino: las ciudades, templos y tribus. Sabemos que todos estos cuerpos autónomos pagaban de una forma u otra su *phoros* o una *syntaxis*, que en todos los casos conocidos era un tanto alzado mayor o menor. El principio en que se basaba este *phoros* y el modo de recaudarlo son poco conocidos; serán estudiados en seguida.

Para el autor de *Oeconomica*, II, el principal ingreso que de cada satrapía obtenía el Estado procedía de los impuestos sobre la tierra. Menciona este ingreso brevemente. Probablemente era tan familiar para sus lectores, que no se precisaban detalles. Afirma solamente que se denominaba ἐκφόριον y δεκάτη. Es típico del carácter defectuoso de nuestras fuentes no poder apenas añadir nada interesante a esta breve afirmación.

Sabemos, en su mayor parte por fuentes epigráficas, que en Asia Menor y probablemente en otras satrapías del imperio persa y después en el seléucida, la tierra estaba dividida en varias clases, más o menos de la misma manera que en Egipto. Por un lado había la tierra que dependía directamente de los reyes, la χώρα βασιλική o quizá la χώρα en general, siendo la χώρα βασιλική sólo una parte de ella, los fundos particulares de los reyes. Por otro lado, había la tierra que era propiedad de las ciudades griegas, de los templos, y probablemente de algunas tribus. Entre los dos grupos estaba la tierra asignada por los reyes de la *chora* o la *chora basiliké* a distintas instituciones, grupos de individuos, o individuos bajo distintas condiciones, es decir, a ciudades fundadas por los reyes, a dioses y templos, a grupos de κάτοικοι o κληροῦχοι, algunos soldados establecidos, y a particulares que eran miembros de la real casa, funcionarios de la corona, o amigos de los reyes.

Respecto a los pagos, colectivos o individuales, hechos por estos distintos tipos de terratenientes se sabe muy poco. Estamos mejor informados sobre la χώρα o χώρα βασιλική de Asia Menor. La tierra de esta clase era cultivada, bajo la inspección de funcionarios reales, por arrendatarios hereditarios llamados *laoi*, hombres vinculados al suelo o a su lugar de residencia (la mayor parte pueblos). Probablemente eran estos funcionarios, no contratistas generales *(telonai)*, quienes recaudaban los pagos de los *laoi* o *laoi basilikoi*, los labradores anatolios o labradores reales. Nuestra información sobre estos funcionarios es muy ligera. No es muy probable que hubiera una clase administrativa especial encargada de la administración de la χώρα o χώρα βασιλική. Con toda probabilidad, el encargo de la χώρα y de los λαοί estaba confiado a administradores generales de las satrapías y de sus subdivisiones y a funcionarios cuyos deberes especiales eran de carácter fiscal.

De cuando en cuando tenemos noticias de que los *laoi* pagaban sus *phoroi* a los reyes, en especie o en dinero. El primer método predominaba en las χώρα βασιλική, cerca de Teos y Lébedos, el último en el estado de Laódice, en la Tróade, y en el fundo de Mnesímaco cerca de Sardes. Se desconoce cómo se registraban los pagos en especie: pueden haber sido una *pars quota* (δεκάτη) o diezmo de la cosecha, o una *pars quanta* (ἐκφόριον). Los pagos en dinero en los fundos de Laódice y de Mnesímaco pueden haber representado el equivalente en dinero *(adaeratio)* ya de una *pars quota*, ya de una *pars quanta*.

Algunos textos aislados pueden sugerir que de una manera o de otra el amillaramiento de los *phoroi* de las ciudades griegas en Asia Menor se hacía con relación al producto del impuesto territorial, una parte del cual era recaudada por la tesorería de la ciudad, y la otra por el tesoro real a través de la administración financiera real (βασιλικόν). En mi libro sobre el *Kolonat* (páginas 244 y sigs.) dije que la *chora*, o territorio de las ciudades, estaba sometida al pago de un *phoros*. Por ello Seleuco II*[1] otorgó a los esmirneos libertad e inmunidad para la ciudad y la *chora*. En la bien conocida ley (νόμος κωλητικός) de la φυλὴ 'Οτορκωνδέων de Milasa*[2], quizá de cuando Milasa era una ciudad del reino seléucida, los pagos de los ciudadanos, propietarios y renteros hereditarios, se dividen claramente en dos grupos: los debidos al tesoro real (βασιλικόν) y los debidos al tesoro de la ciudad (πολιτικόν). Finalmente, en una suscripción fragmentaria de Seleucia-Trales*[3], citando una carta de Antioco III es remitido a la ciudad un décimo (δεκάτη) que hasta entonces se había pagado al tesoro real*[4].

Los testimonios aquí aducidos son escasos y oscuros y pueden interpretarse de diferentes maneras. Sin embargo, más tarde, en la época romana, el gobierno recaudaba un *phoros* de las ciudades de la provincia de Asia sobre la base de un δεκάτη uniforme que era impuesto a la tierra que formaba el territorio *(chora)* de una ciudad dada (véase cap. VII). ¿Era acaso la práctica romana una vuelta a la tradición seléucida después que los atálidas habían introducido algunas modificaciones en ella? ¿Podemos suponer que el *phoros* era recaudado de acuerdo con un amillaramiento basado en la *adaeratio*, o valor en dinero, de un impuesto territorial real, como otros impuestos reales (véanse págs. 445 y sigs.), una adición al *phoros*, que finalmente se repartía sobre la base de cálculos desconocidos para nosotros, como, por ejemplo, de acuerdo con la suma del ingreso general recibido por las ciudades de distintas procedencias, especialmente de los distintos impuestos recaudados por ellas?

Todavía más escasas son las fuentes relativas a otras corporaciones e individuos sujetos a impuesto territorial. Nada cierto se

---

*[1] *O. G. I.*, 228, 7 y sigs.: ἐπικεχώρηκε δὲ τοῖς [Σμυρ]ναίοις τάν τε πόλιν καὶ τὰν χώραν αὐτῶν ἐλευθέραν εἶμεν καὶ ἀφο[ρο]λόγητον.

*[2] Le Bas-Waddington, V, 404.

*[3] Welles, *R. C.*, 41.

*[4] Cf. Welles, loc. cit., 48, D, 3.

sabe sobre las relaciones entre los templos y el rey desde el punto de vista fiscal. Algunos templos de Asia Menor pudieron haber estado sujetos al pago de un determinado impuesto sobre la tierra en su posesión, quizá una δεκάτη. Probablemente se pagaba un diezmo por los colonos militares: tenemos noticias de que este pago se les condonó algunas veces. Y finalmente los tenedores individuales de la tierra recibida del rey no estaban libres de impuestos (255).

La única información de garantía sobre los impuestos territoriales en regiones del reino seléucida distintas de Asia Menor se refiere a Palestina en la época de los Macabeos. En las dos cartas por las que Demetrio I promete, y Demetrio II otorga diferentes favores (φιλάνθρωπα) a Jonatán y a los judíos, la primera habla, entre otras cosas, de la remisión de los impuestos territoriales corrientes que eran pagados por Judea y por los que se conocían por los tres νομοί o τοπαρχίαι, así como por su parte de la Samaritis y Galilea, que a lo que parece estaban relacionadas en materia fiscal con Judea antes de la época de Demetrio I. Estos impuestos*[1] eran un tercio del rendimiento de las cosechas sembradas (τρίτον τῆς σπορᾶς) y una mitad del καρπὸς ξύλινος (uvas, aceitunas, otros frutos, especialmente dátiles, etc.). Demetrio II parece que se refiere a los mismos impuestos cuando dice en su carta: «En favor de todos los que van a ofrecer sacrificios a Jerusalén *hacemos esta concesión:* en lugar de los tributos que el rey percibía antes de ellos cada año, de los frutos de la tierra y de los árboles»*[2] (256).

La contribución territorial recaudada por los seléucidas en Judea, era ciertamente muy alta, mucho más alta que los impuestos corrientes en Asia Menor en época romana (una décuma o diezmo) y que, como se dijo anteriormente, pudieron haber sido heredados de los seléucidas por los romanos. Sin embargo, el impuesto territorial palestino no era mucho más elevado que los pagos hechos en especie por los βασιλικοὶ γεωργοί en Egipto.

Dado que los pagos de los cultivadores del suelo en Judea en la época de César ascendían aproximadamente a la misma cantidad que los efectuados por la población rural de Judea en la

---

*[1] I Macabeos, X, 29-30.

*[2] Ibíd., XI, 34: καὶ πάντα τὰ συγκυροῦντα αὐτοῖς πᾶσι τοῖς θυσιάζουσιν εἰς Ἱεροσόλυμα ἀντὶ τῶν βασιλικῶν ὧν ἐλάμβανεν ὁ βασιλεὺς παρ'αὐτῶν τὸ πρότερον κατ'ἐνιαυτὸν ἀπὸ τῶν γενημάτων τῆς γῆς καὶ τῶν ἀκροδρύων.

época de Demetrio I y Demetrio II (véase cap. VII), me inclino a pensar que estos pagos eran tradicionales en Judea, y que la innovación de los seléucidas consistió tal vez en recaudar estas contribuciones directamente como una adición al tributo *(phoros)* de Judea, y no como una parte del mismo.

Esta interpretación la considero más probable que las de Bikerman*, quien se inclina a explicar los grandes tributos exigidos a Judea como un castigo impuesto por los seléucidas al pueblo por su revuelta en tiempo de los Macabeos. Según él, los reyes trataron al territorio de Judea después de la revuelta, no como *ager stipendiarius* (para usar la terminología romana), sino como *ager regius* (χώρα βασιλική), y los cultivadores del suelo, no como propietarios, sino como tenedores de los reyes.

Nada se sabe sobre el sistema de contribución territorial que prevalecía en Babilonia en la época helenística. Podemos conjeturar que pasó a los arsácidas y sasánidas, y que las contribuciones territoriales descritas en el Talmud para el período sasánida fueron heredadas de los seléucidas. Pero los datos del Talmud, aunque abundantes, no dan un cuadro coherente e inteligible, y no podemos estar seguros de que el sistema seléucida no haya sido alterado considerablemente por los arsácidas y los sasánidas. En todo caso es difícil decidir si el *taska* del Talmud era una renta o un impuesto, y si se pagaba en especie o en dinero. El problema se complica por una referencia a «la parte del rey» que puede ser la misma anteriormente citada o un pago adicional (257).

Los pocos casos que he aducido pueden sugerir que no había uniformidad en el amillaramiento de los impuestos territoriales y rentas por los reyes de la dinastía seléucida. Los pagos por el uso de la tierra, que en última instancia era considerada como propiedad del rey, si era cultivada por sus propios tenedores *(laoi basilikoi)* o por miembros de comunidades tales como tribus semindependientes, ciudades y templos con su población de hombres y mujeres que se consideraban esclavos de un dios o una diosa, eran recaudados según antiguas tradiciones que variaban de satrapía a satrapía, y dentro de una satrapía, de un grupo de tenedores a otro. Dudo muchísimo incluso si en cada satrapía las rentas de un mismo grupo eran uniformes, es decir, si todos los *laoi basilikoi*, todos los templos, tribus vasallas y ciudades tenían

---

* *Inst. Sél.*, pág. 179.

las mismas obligaciones hacia la corona. La renta o impuestos eran recaudados como *pars quanta* o *pars quota*, a veces en especie, a veces en dinero. Puede ser por esta razón por lo que el autor de *Oeconomica*, II, es tan poco explícito sobre el tema.

e) *Impuestos reales*

Nuestra información sobre los demás ingresos del rey tal como se explica en *Oeconomica*, II, no es mejor que sobre los impuestos y rentas territoriales. Sin duda existía en el reino persa, y más tarde en el seléucida, una clase de impuestos reales organizados de la misma manera por todo el imperio y probablemente recaudados por agentes de la corona. Los pagos hechos respecto a estos impuestos pudieron variar según las satrapías en algunos casos, como, por ejemplo, en el de la capitación, pero en la mayoría de los casos eran probablemente uniformes, amillarados y recaudados según el mismo principio y de la misma forma.

De ciertos textos referentes a Palestina antes, durante y después de Antioco III, podemos sacar alguna idea del carácter de estos impuestos. Según una carta de Antioco III (Fl. Jos., *A. J.*, XII, 138 y sigs.), los impuestos reales, además del tributo, pagados por el pueblo de Judea, en su propio tiempo, es decir, heredado por él de los Tolomeos, eran la capitación, el impuesto de la corona (στεφανιτικὸς φόρος), y el impuesto de la sal (περὶ τῶν ἁλῶν). Existían también algunos impuestos indirectos. Pocas personas estaban exentas de estos impuestos reales.

Impuestos parecidos se recaudaban en Judea en la época de Demetrio I. En su carta de 152 a. de J. C. prometiendo favores (φιλάνθρωπα) a Jonatán y los judíos (1 Mac., X, 29-30) habla del impuesto territorial, anteriormente mencionado, de los «tributos», que pueden ser el impuesto de la sal y el de la corona, y del «precio de la sal» (τιμὴ τοῦ ἁλός). Son difíciles de interpretar (ibíd., 31) los «diezmos» (δεκάται) y los peajes (τέλη), y (ibídem, 33) los «tributos de su ganado» (φόροι καὶ τῶν κτηνῶν αὐτῶν). En una fecha posterior, Demetrio II, en su carta (1 Mac. XI, 35) habla de los «diezmos» y «peajes» (δεκάται καὶ τέλη), y además de «salinas» (τὰς τοῦ ἁλὸς λίμνας) y de las «coronas» (στέφανοι).

Impuesto de la sal. De los tres impuestos reales mencionados en estos textos, el mejor conocido es el impuesto de la sal. Las citas de este impuesto en Josefo y en los libros de los Macabeos sugieren que el producto del impuesto de la sal era uno de

los más importantes de la corona. Es muy probable: 1) que la corona considerase las salinas propiedad suya; 2) que el pueblo pagase un impuesto especial sobre la sal, probablemente como contribución a la explotación de las salinas, y 3) que recibiese una ración de sal del gobierno sobre el pago de una cierta suma de dinero cada año en adición al impuesto de la sal.

Esta organización es similar, como sabemos por muchos documentos, a la que existía en el siglo III a. de J. C. en Egipto (véase pág. 309). En Egipto, como en Palestina, las salinas eran propiedad de la corona, el pueblo pagaba un impuesto de la sal muy parecido a la capitación y recibía su sal (probablemente una cantidad prescrita) a precios fijados por la corona. Es muy probable también que fuesen los Tolomeos quienes organizaran el monopolio de la sal en Palestina, adoptando el sistema que habían establecido en Egipto. Las características principales de este sistema pueden haber sido heredadas por los Tolomeos de la administración financiera persa.

En Babilonia el método de recaudar los impuestos de la sal era muy parecido, según sabemos por algunas estampillas impresas en bulas de arcilla halladas en el templo de Anu y Antún de Uruk y en una casa particular de Seleucia. Ya he tratado de estas estampillas en una memoria especial y no es preciso repetir aquí lo dicho en aquel lugar. Baste decir que el ἁλική, esto es, el ἁλικὴ ὠνή, el departamento del impuesto de la sal, existía en Babilonia desde la época de Seleuco II hasta, por lo menos, los últimos años de la dominación seléucida en esta región, y que con toda probabilidad esta ὠνή se organizó según las mismas normas que en Egipto y Palestina. Esto sugiere que Tolomeo Soter y los seléucidas heredaron de los persas el impuesto y las principales características del sistema de recaudarlo (258).

Capitación e impuesto de la corona. Mucho menos se sabe sobre la capitación y el impuesto de la corona mencionados en los textos anteriormente citados. La capitación fue renovada temporalmente en una fecha posterior por los romanos en Cilicia y en otras partes de Asia Menor como un impuesto de emergencia (véase cap. VII). Esto puede indicar que era uno de los impuestos recaudados por los seléucidas en todas las satrapías. El impuesto de la corona era conocido en Egipto y tuvo una larga vida. En la época seléucida parece haber sido un impuesto real general. Como los impuestos de la sal y la capitación, el de la corona fue probablemente un impuesto personal. Lo mismo pue-

de decirse del χειρωνάξιον, impuesto pagadero por los artesanos que se menciona en *Oeconomica,* II, y aparece en Egipto, pero del que no hay referencia en documentos del período seléucida. Finalmente, había el impuesto sobre el ganado, citado en *Oeconomica,* II, que se encuentra en el Egipto helenístico y en el Asia Menor tálida y romana (la *scriptura* romana), pero no se menciona en los documentos seléucidas (259).

Ἀνδραποδική. La naturaleza del impuesto llamado ἀνδραποδική, que se recaudaba en Babilonia y está atestiguado por algunas bulas, es discutida. Puede haber sido un impuesto general sobre esclavos. En Egipto se conocen varios impuestos relacionados con los esclavos (260).

Impuestos de aduanas. Ya he dicho que en el imperio seléucida existían otros varios impuestos, de evidente carácter real. Tales eran los distintos derechos aduaneros heredados de los seléucidas por los romanos (*portoria,* véase caps. VI y VII), y varios impuestos del mismo género, como, por ejemplo, el exigido por el uso de los caminos reales. Parecido a los últimos, con toda probabilidad, era el impuesto πλοίων Εὐφράτου, que se menciona en una de las bulas de Uruk.

Impuesto sobre ventas. En el mismo grupo puede incluirse el ἐπώνιον, una contribución general sobre las rentas impuestas en Uruk, y el impuesto por el registro de documentos, que están bien atestiguados en Uruk, y en otras partes fueron recaudados por χρεοφύλακες y βιβλιοφύλακες. Puede anotarse que un ἐπώνιον provincial fue impuesto por Pisón en Macedonia y Grecia (véase capítulo VIII).

Minas, etc. Finalmente, los gobernantes seléucidas obtenían un gran ingreso de los distintos recursos naturales de su vasto imperio. Ya he dicho que eran propietarios de las salinas, y hay razón para creer que también poseían muchas minas, canteras, bosques, pesquerías, etc. Estas fuentes de ingresos se mencionan en *Oeconomica,* II, pero no en documentos del período seléucida.

Aunque escaso, el material a nuestra disposición nos permite formarnos una idea general de la política fiscal de los seléucidas. Sin duda, su sistema fiscal lo heredaron de los reyes persas, Alejandro y los diádocos. Hasta qué punto lo cambiaron y cuántas innovaciones introdujeron en él, no podemos decirlo. Sin embargo, parece muy probable que los seléucidas fueran más conservadores que los Tolomeos, y que el sistema fiscal seléucida fuera menos minucioso que el tolemaico.

No podemos formarnos idea de la suma total de los ingresos de los seléucidas. Éstos eran tan ricos y tan pródigos como sus rivales egipcios. Sabemos muy poco sobre los gastos de los seléucidas, pero lo poco que sabemos muestra que gastaron grandes sumas de dinero en el ejército y la marina, en la administración, colonización (véase más adelante), y en política exterior, en la que los regalos y sobornos desempeñaron un papel importante (261).

Hasta qué punto la carga de los impuestos oprimió al pueblo es una cuestión que no puede ser contestada. La situación en Judea, tal como la conocemos, probablemente fue típica. Pero incluso en el caso de Judea no podemos decir si fue la carga de los impuestos en sí o la humillación de pagarlos a gobernantes extranjeros lo que produjo el mayor resentimiento.

4. *POLÍTICA SOCIAL*

a) *Colonización*

El desarrollo económico y social del imperio seléucida fue grandemente influido por la llamada colonización seléucida, la política de imponer un estrato grecomacedónico sobre la población indígena mediante la fundación de asentamientos de griegos y macedonios en forma de ciudades y pueblos. Esta política fue iniciada por Alejandro y Antígono, y muy extendida por Seleuco I y sus dos primeros sucesores, Antioco I y Antioco II. Seleuco I fue más activo en Siria, Cilicia y Mesopotamia, y Antioco I dedicó su principal atención a los países iranios; los tres prosiguieron esta política en Asia Menor (262).

Sabemos cuán diversos eran los elementos del imperio de Seleuco I y sus sucesores. Este imperio comprendía estados y regiones que poseían tradiciones inmemoriales y firmemente arraigadas, naciones y pueblos que recordaban los días en que todos habían sido independientes, y algunos de ellos incluso habían gobernado imperios. Tales eran, sobre todo, los iranios, y después los babilonios y arameos. En el tiempo que estudiamos, las ciudades fenicias y los judíos, igualmente orgullosos de un glorioso pasado, aún no eran súbditos de los reyes seléucidas. Edificar una unidad política, social y económica con estos estados, naciones, tribus y ciudades, desvinculados unos de otros y con impulsos naturales en distintas direcciones, era una tarea difícil. Pero los sucesores de Alejandro se dieron cuenta perfecta de que si no se

unía el imperio seléucida, sucesor del imperio persa y del de Alejandro, no podría sobrevivir. Los predecesores de los seléucidas tenían detrás de sí fuerzas que les ayudaban a mantener unidas las diversas partes constitutivas de sus imperios. Los reyes persas poseían un sólido fundamento para su gobierno en sus súbditos iranios, y especialmente los persas, que habían sido siempre la nación dominante en el imperio persa, a pesar de la política liberal de sus reyes. Alejandro tenía detrás de él a su propio pueblo, los macedonios, y sobre ellos y sobre el hechizo de su propia personalidad se fundamentó su poder hasta su muerte. Con el pueblo macedónico detrás de él, Alejandro podía permitirse el lujo de las experiencias. Sabemos cómo trató de fundir sus soldados macedonios e iranios en un solo cuerpo muy adiestrado y bien disciplinado, cómo deseaba extender este experimento y probar la misma política de amalgamación en otros terrenos y en otras naciones. Parece que soñaba con la fusión orgánica de los mejores elementos de su imperio, prescindiendo de su nacionalidad, y con la creación, por ello, de una nueva clase gobernante esencialmente desprovista de prejuicios nacionales y superior a éstos. Esta clase, en su imaginación, poseería todos los dones de la civilización, entre los cuales los de la cultura griega eran, desde su punto de vista, preeminentes. En mi opinión, esto era la suma y sustancia de la pretendida «helenización» de Oriente por Alejandro. No es imposible que este sueño fuera más amplio y que pensara en crear en última instancia un estado universal en el que se borrasen las distinciones nacionales (véanse págs. 132 y sigs.).

Seleuco I y sus sucesores estaban en una situación mucho más difícil. No podían asumir y proseguir la política de Alejandro. Los experimentos eran peligrosos en la atmósfera reinante de hostilidades continuas, y la experiencia de Alejandro había tenido demasiado poco éxito, incluso en sus días, para ser repetida. Seleuco I siempre deseó poder volver como soberano a su propio país, Macedonia. Pero le fue completamente imposible encontrar una política práctica en la que este deseo fuese algo más que una esperanza. Macedonia como base sólida de su poder era una posibilidad del futuro, no un hecho actual; y para sus sucesores, incluso esta posibilidad se desvaneció. Fallando los macedonios, no había nación alguna en los dominios de los seléucidas que pudiera servir de sostén a su gobierno. Seleuco y Antioco estaban convencidos por larga experiencia de que los iranios, la única nación

acostumbrada a ejercer la autoridad y capaz de luchar con eficiencia, eran completamente inadecuados para sus fines. Los iranios habían soportado a Alejandro, aunque a regañadientes. Pero no soportarían como rey a uno de sus generales, aun cuando Seleuco hubiera decidido dejar que sus macedonios fueran gradualmente absorbidos por los iranios. Seleuco podía vivir en buenas relaciones con ellos y emplear algunos como destacamentos auxiliares en el ejército real, pero fundar su dominio sobre ellos, no había ni que pensarlo.

La única política que le quedaba a Seleuco y sus sucesores era la seguida por sus vecinos y enemigos los Tolomeos. Esta política consistía en apoyarse sobre los elementos de la población que desde el principio habían estado estrechamente ligados con los gobernantes y les habían ayudado a conquistar su imperio: los macedonios y griegos del ejército, los colonos macedónicos y griegos, militares y civiles, que se habían repartido por todos sus territorios, pero estaban más concentrados en unas cuantas ciudades fundadas por Alejandro y Antígono, y finalmente su propio estado mayor civil y militar: sus amigos personales. Este fundamento no era numéricamente muy fuerte, pero era fiel y flexible, y podía aumentarse firme y rápidamente. El problema con que se enfrentaba Seleuco era, pues, el mismo que tenían ante sí los Tolomeos: cómo incrementar el número de macedonios y griegos que residían permanentemente en su reino, y cómo organizar las relaciones de los nuevos inmigrantes con el gobierno, por un lado, y con los indígenas, por otro, de tal modo que los inmigrantes absorbieran y helenizaran al mayor número posible de indígenas.

Hemos visto cómo los Tolomeos se ocuparon del problema. Seleuco y sus sucesores adoptaron una solución diferente. Mientras los Tolomeos rompían con la práctica de Alejandro de fundar ciudades, los seléucidas recogieron y llevaron adelante la tradición de Alejandro y Antígono; de hecho, fueron los primeros en dar a estas tradiciones el carácter de una política definitiva con un propósito también definitivo.

Hay que hacer notar que sólo en muy pocos casos podemos trazar la historia de los establecimientos postalejandrinos remontándonos a Antígono. Son típicos los casos de Europos (Dura) y Antioquía-Arabis*, identificable esta última con Edesa o con

---

* Plinio, *N. H.*, VI, 117.

Nisibis. Se ha sugerido, sin base documental suficiente, que el fundador de estas dos ciudades, Nicanor, quien según Plinio era prefecto de Mesopotamia, fue el Nicanor, sátrapa de Media bajo Antígono, que sucumbió ante Seleuco. Ahora sabemos que Europos-Dura fue fundada por mandato, no de Antígono, sino de Seleuco I (véase lám. LI, 2), y lo mismo puede decirse de Antioquía-Arabis. Nicanor, el prefecto de Mesopotamia, fundador de Europos y Antioquía-Arabis, fue probablemente uno de los dos regentes de Oriente —Nicanor y Nicomedes— nombrados, según Malalas, por Seleuco I, ambos sobrinos suyos, hijos de su hermana Didimea*. Su cometido, como puede suponerse, era, en primer lugar, prevenir un posible ataque a Mesopotamia por los rivales de Seleuco, ataque parecido a los de Demetrio y Antígono en 310-308 a. de J. C., y en segundo lugar proteger el imperio contra sus belicosos vecinos, los montañeses del Norte y los árabes. Para el último propósito se estableció un grupo de colonias fuertemente fortificadas a lo largo de las vías estratégicas más importantes. Sabemos, por ejemplo, que Edesa —una fortaleza muy importante— fue fundada en 302 a. de J. C. (263).

Las medidas tomadas por Seleuco I y sus inmediatos sucesores respecto a la colonización militar y civil de su imperio son demasiado bien conocidas para que se precise aquí una descripción minuciosa. Baste decir que, mediante una obra sistemática e incansable, llevada a cabo con rapidez, energía y talento, los tres primeros reyes —Seleuco I, Antioco I y Antioco II— lograron formar en Asia Menor, Siria, Mesopotamia, Babilonia, Elam y en parte de sus satrapías iranias, grandes concentraciones de colonos griegos y macedónicos, y los establecimientos fueron enlazados por buenos caminos (264).

Aunque los mapas modernos del imperio seléucida tienen muchas lagunas, y la identificación de los lugares antiguos con los modernos es incompleta y en muchos casos incierta, una ojeada mostrará la distribución general de estos asentamientos y el carácter e intensidad de la colonización de las distintas regiones. Los grupos de ciudades grecomacedónicas fundadas por Seleuco y sus dos primeros sucesores se extendían desde las costas del

---

* Este nombramiento fue el comienzo de la política seléucida de escoger el gobernador general de Oriente entre los miembros de la casa real; a Nicanor y Nicomedes les sucedió el hijo de Seleuco, el futuro Antioco I (en 292 a. de J. C.).

Egeo a través de Asia Menor, Siria, Mesopotamia, Parapotamia y Babilonia, hasta Bactriana y Sogdiana.

Partiendo del Oeste, el primero era el grupo lidio, frigio y cario. Comprendía varias ciudades y muchos establecimientos militares (κατοικίαι) del tipo de pueblos desparramados por todo el país, parcialmente a lo largo de las grandes vías militares y comerciales, pero principalmente en las regiones más fértiles. Las capitales de este grupo eran las antiguas ciudades florecientes de Sardes y Celenas (Apamea-Cibotos), que por la época de Seleuco ya tenían una gran población griega y probablemente una organización también griega. Después venía el grupo cilicio. Junto a mucha ciudades indígenas, algunos templos-estados (Castabala-Hierópolis), que en algunos casos fueron reforzados por colonos macedonios, el grupo cilicio comprendía ciudades fundadas por los dos primeros gobernantes. De estas ciudades, Seleucia del Calicadno y Antioquía del Píramo eran las más importantes de la Cilicia Tráquea, y Egea y Alejandría, en el golfo de Isos, las más importantes de la Cilicia Pedias.

No menos importante que los grupos anatolios eran los de Siria y norte de Mesopotamia. En esta región, el centro de su potencia y la sede de sus grandes capitales, Seleuco trató de dar pleno desarrollo a la política que he descrito. Sus principales intenciones y sus ideas directrices están reflejadas ante todo y sobre todo en la reorganización administrativa del núcleo de su imperio. Sus cuatro bases en lo que se llamó la Siria seléucida (Σελευκίς) eran sus cuatro capitales grecomacedónicas: de las cuales Antioquía del Orontes, fácilmente accesible desde el mar, pero no en el mar, era su capital política; Apamea, más al interior, era su capital y base militar, y Seleucia de Pieria y Laodicea del Mar eran sus dos puertos capitales, que guardaban abiertas sus comunicaciones con el mundo griego aun cuando se perdiera completamente la costa occidental de Asia Menor. Estas cuatro espaciosas y hermosas ciudades, todas de nueva construcción, llegaron a ser sendas capitales de las satrapías más ricas y mejor cultivadas del imperio.

Fue política constante de Seleuco y sus sucesores proteger a la Siria seléucida por el Sur, el Norte y el Este. Ésta es la razón por la que se esforzaron en arrebatar la Siria meridional y Fenicia a los Tolomeos, y empezaron durante el corto período de éxito, un intento, ligeramente fracasado, de transformar la Celesiria, de la misma manera que sus demás dominios, mediante la

fundación de ciudades griegas y macedónicas. La Siria meridional pronto pasó a manos de los Tolomeos, y fue una satrapía de los Tolomeos, no de los seléucidas, la que llevó durante algún tiempo el glorioso nombre de Siria (véanse págs. 338 y sigs.). Por el Norte, la Siria seléucida estaba protegida por Cilicia, y por el Norte y el Este por otra región intensamente helenizada, la satrapía de Mesopotamia, a la que podemos añadir la Parapotamia a lo largo del Éufrates y acaso algunas partes del desierto arábigo, por lo menos en tanto que estaba ocupado por tribus que reconocían la supremacía de Seleuco y sus sucesores.

Siria seléucida y Mesopotamia con Parapotamia se llenaron de nuevos establecimientos, todos los cuales llevaron nombres griegos y macedónicos. Es interesante anotar que las regiones en que los establecimientos se concentraban se conocen hoy por dos series de nombres. Oficialmente se llamaban Seleucis (con sus cuatro satrapías), Mesopotamia y Parapotamia. Pero ciertas partes de estas satrapías eran conocidas entre los colonos por otros nombres puramente macedónicos. La región costera junto a Seleucia fue llamada Pieria, a imitación de la región costera de Macedonia; la región entre el monte Amano y el Éufrates y una parte de Mesopotamia se enorgullecían de llevar nombres macedónicos: Cirréstica y Migdonia.

Los nombres dados por Seleuco y sus sucesores a sus nuevos asentamientos urbanos eran, o bien geográficos, repeticiones de los nombres macedónicos y griegos, la mayoría los primeros: Europos, Pela, Beroea, Edesa, Cirro, Perinto, Maronea, etc., o bien dinásticos derivados de los nombres de sus fundadores o sus madres y esposas: Seleucia, Antioquía, Apamea, Laodicea, etcétera.

Estos hechos aclaran que los seléucidas intentaban transformar el núcleo de su reino en una nueva Macedonia, con capitales, puertos principales y cientos de ciudades y colonias con nombres macedónicos y griegos y ocupadas por una población macedónica y griega. El área de esta nueva Macedonia siria y mesopotámica no era mucho más pequeña que su original. No podemos ni siquiera conjeturar el número de su población griega. No conocemos aún el número exacto de establecimientos, y mucho menos la población de cada uno (265).

Ya he dicho que esta región fue enlazada con Babilonia por una cadena de plazas fuertes a lo largo del Éufrates y por otra a lo largo del Tigris. Babilonia fue hasta cierto punto un duplicado de Siria seléucida. Aquí, en el lugar de la antigua Opis, estuvo

Seleucia del Tigris, la nueva capital oriental del imperio seléucida, residencia del virrey de las satrapías orientales.

No se sabe hasta qué punto Seleuco y sus inmediatos sucesores intentaron rodear a Seleucia, como habían rodeado sus capitales occidentales, con otras ciudades de carácter griego. No era necesario urbanizar a Babilonia, urbanizada desde tiempo inmemorial, y realmente había poco espacio para muchas nuevas fundaciones de tipo macedónico y griego. Puede haber habido, desde los primeros años de los seléucidas, tentativas para repoblar las ciudades babilónicas abandonadas o para transformar algunas existentes en asentamientos macedónicos o griegos. La mayoría de las veces, nuestras fuentes se refieren al reinado de Antioco IV, que hizo lo que pudo, por ejemplo, para helenizar ciudades como Babilonia y quizá Uruk. En todo caso, al fundar Seleucia, Seleuco contribuyó en grado no pequeño a la helenización de Babilonia.

Se hicieron grandes esfuerzos para proteger a Babilonia por el Este contra el ataque de las hordas del Irán oriental. Se crearon muchas fortalezas macedónicas en Media (de la que los seléucidas sacaban caballos para su ejército), Susiana y Persis, las partes más ricas y civilizadas del mundo iranio. Rages (Europos) y Ecbatana (después Epifanía), los dos centros mayores de Media, si se excavaran, se encontrarían probablemente muy semejantes a Susa, la cual, como sabemos por sus excavaciones, después de ser capital del Elam y más tarde una de las capitales del imperio persa, fue fundada de nuevo por Seleuco I como ciudad macedónica con el nombre de Seleucia del Euleo. Antioquía de Persis fue otra ciudad seléucida: fue fundada por Antioco I y nos es conocida como «colonia» de Magnesia del Meandro por dos inscripciones allí encontradas, una de ellas un decreto de la ciudad*[1].

Poco se sabe de la actividad de los seléucidas en la mitad oriental de su imperio. Debe recordarse que esta parte de Asia estuvo en manos de Seleuco y sus sucesores sólo durante cincuenta años. Seleuco y Antioco parece que previeron el futuro papel de Partia e intentaron evitar una invasión parta desde el Norte fundando allí varias colonias militares*[2].

El anterior resumen está basado especialmente en fuentes literarias, epigráficas y numismáticas dispersas, por las que conocemos principalmente los nombres y a veces la fecha aproximada de

---

*[1] *O. G. I.*, 231 y 233; *Inschr. v. Magnesia*, núms. 18 y 61.
*[2] Apiano, *Syr.*, 57.

fundación de varias ciudades macedónicas y griegas en el imperio de los seléucidas. Sin embargo, los nombres solos no nos permiten formarnos una idea adecuada de lo que fue realmente su política al fundar las ciudades.

Antioquía del Orontes fue la principal capital del imperio, y por ello puede suponerse haber presentado rasgos sociales y económicos similares a los de Alejandría de Egipto, mejor conocida. El rey, su corte, su administración, sus «amigos», una parte importante de su ejército, formaban el núcleo de la población. Este núcleo estaba completado, desde la fundación misma de la ciudad, por muchos macedonios y griegos, ricos y pobres, propietarios, mercaderes minoristas, artesanos, etc., y una numerosa población siempre creciente de indígenas. La ciudad creció rápidamente, y tenemos noticia de que se le añadieron nuevos barrios en rápida sucesión.

Antioquía y sus ciudades hermanas, Apamea, Seleucia y Laodicea, eran, como he dicho, los centros de grandes y prósperas satrapías. Lo que sabemos de estas satrapías en la época romana y principios de la bizantina debe poder aplicárseles bajo los seléucidas. El país era rico, bien cultivado, y densamente poblado mucho antes de Seleuco, y siguió siendo floreciente y próspero bajo él y sus sucesores. Como más tarde, debió de haber estado densamente cubierto de pueblos indígenas y casas de labor de ricos propietarios y de templos ricos e importantes. No sabemos en qué clase de relaciones estaban estos pueblos propietarios y templos con la ciudad de Antioquía.

Pero Antioquía y sus hermanas no sólo eran capitales de ricas satrapías, sino que, como todas las ciudades griegas, tenían sus propios «territorios», es decir, áreas considerables de tierra cultivable y cultivada. Se desconoce su extensión. Un texto tardío sugiere que el territorio de Antioquía era muy grande. El emperador Juliano habla de la ciudad que poseía cien *cleroi* en su territorio*. Estos *cleroi* pueden haber sido una herencia de su remoto pasado. Puede suponerse que inmediatamente después de la fundación de Antioquía el territorio asignado a ella fue medido y dividido en lotes, *cleroi*, como se hacía en las colonias griegas en general. Algunos de estos *cleroi* pudieron haber sido dados a la ciudad en su calidad corporativa y el resto dividido entre los primeros colonos de la ciudad, griegos y macedonios, nobles y pueblo,

---

* *Misop.*, 362 C; cf. 370 D; 371 A.

soldados y civiles. No podemos decir lo que ocurrió a la población indígena del territorio ciudadano, a sus pueblos y aldeas, y a sus templos. Veremos después que en Asia Menor los nuevos poseedores de la tierra fueron superpuestos a la antigua población indígena.

Si éste fue el proceder de Seleuco I, ello significa que, como Tolomeo I en Egipto, se consideraba como el propietario del país que había conquistado con su lanza (δορίκτητος χώρα). Sus compañeros de conquista eran sus camaradas macedonios y griegos, que, naturalmente, reclamaban su parte en la tierra conquistada (266).

Sabemos muy poco de las relaciones entre el gobierno central y las ciudades mayores del reino. Una inscripción de la época de Seleuco IV muestra a Seleucia de Pieria organizada como una ciudad griega con su δῆμος, quizá su βουλή y sus ἄρχοντες. No cabe duda que allí, junto a los arcontes de la ciudad había un gobernador real de la ciudad, y probablemente una guarnición real; y que donde se veían afectados los intereses reales, se dejaba muy poca libertad a la ciudad. El πρόσταγμα del rey no podía ignorarse. Pero las órdenes del rey se llevaban a cabo en forma constitucional, como si fuera una libre decisión de la ciudad. Las relaciones de Seleucia con el gobierno eran probablemente, *mutatis mutandis,* las de todas las grandes ciudades del imperio, incluyendo Antioquía del Orontes y Seleucia del Tigris (267).

De las ciudades menores —las numerosas ciudades con nombres macedónicos y dinásticos— sabemos algo más. Es ocioso especular si los establecimientos con nombres macedónicos y los de nombres dinásticos pertenecían a clases diferentes, tanto de colonias militares y más o menos civiles respectivamente como de establecimientos organizados como pueblos (κατοικίαι) y ciudades regulares. Los dos establecimientos que mejor conocemos —Europos (Dura) de Parapotamia, como se llamaba oficialmente, en el Éufrates medio, y Seleucia del Euleo (Susa)—, de hecho, no muestran diferencia en lo que se refiere a su constitución. Seleucia, tal como la conocemos en los documentos de época parta, era una fortaleza macedónica exactamente como Europos, y esta ciudad probablemente tenía la constitución de una *polis* (véanse págs. 459 y sigs.) griega regular, de la misma manera que Seleucia o Antioquía de Persis. Hasta que podamos disponer de más información hay que evitar las generalizaciones atrevidas (268).

Europos. La mejor conocida de las fundaciones menores es Europos, la colonia de Seleuco. Excavaciones sistemáticas por un período de doce años han revelado la historia de la ciudad. Ya he mencionado que por una combinación de fuentes literarias arqueológicas, epigráficas, numismáticas y papirológicas sabemos con certeza que Europos (conocida anteriormente y también des-

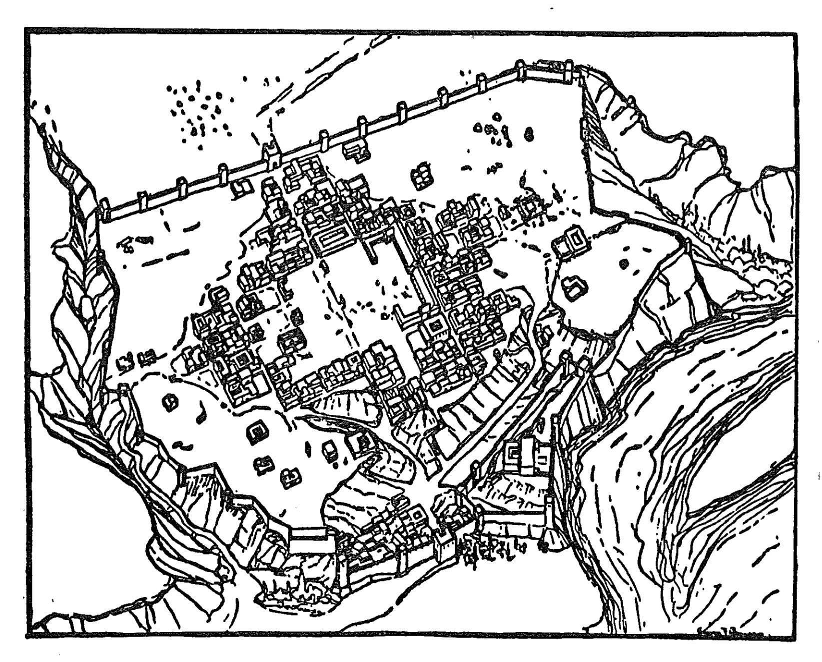


FIG. 4. — Europos helenística, a vista de pájaro. Reconstrucción. Dibujo de H. Pearson

pués por el nombre de Dura) fue fundada por Nicanor, gobernador de Mesopotamia bajo Seleuco. Es interesante anotar que la nueva ciudad se llamó Europos por el lugar de nacimiento de Seleuco. Es probable que por lo menos algunos de los primeros colonos fuesen compatriotas de Seleuco, como él naturales de Europos de Macedonia. En todo caso, la aristocracia de Europos, en la época helenística, parta y romana, llevaba casi exclusivamente nombres griegos.

Sabemos poco de la ciudad en el primer período de su existencia. Alcanzó su máxima prosperidad bajo la dominación parta, cuando fue completamente reedificada según modelos orientales.

Pero lo que nosotros sabemos de su plan primitivo, edificios y constitución, muestra que la Europos de los primeros seléucidas no era una mera fortaleza o población militar, sino una combinación de plaza fuerte y una ciudad regularmente planeada y bien construida.

La ciudad estaba en una posición de gran fortaleza natural, sobre una meseta rocosa que cae sobre el Éufrates, y flanqueada por dos profundos torrentes. Estaba rodeada por fuertes paredes de piedra con una superestructura de adobes, atravesada por tres puertas monumentales incluyendo una ciudadela por el lado del río.

Se ve por el mapa de la ciudad y el territorio circundante que Europos estaba de hecho situada en un punto que dominaba la vía comercial y militar a lo largo del Éufrates, y que al cerrar sus puertas podía fácilmente interrumpir la comunicación entre la Alta y la Baja Mesopotamia. Como la meseta rocosa incidía en el río en este punto, obligaba a la vía a apartarse de la orilla del Éufrates que había seguido más arriba de Europos, ascendiendo a la meseta y descendiendo después al río. El uadi por donde descendía el camino estaba incluido, donde se aproximaba al río, en las fortificaciones de la ciudad. De este modo, Europos era la clave estratégica de la vía del Éufrates en la Mesopotamia central, y por esta razón fue protegida por sus fundadores con imponentes fortificaciones, cuyas partes más fuertes fueron el muro y puerta del desierto y la ciudadela, los primeros para proteger a la ciudad contra cualquier ataque del desierto, y la última para dominar tanto el camino del Éufrates como el río. Dentro de la ciudad se construyó un gran palacio a comienzos de la época helenística, y se planearon grandes cuarteles para acomodar la guarnición de la ciudad. El palacio puede haber sido el del gobernador (estratego) de Parapotamia, y Europos la capital de esta provincia, o pudo haber sido para el comandante de la guarnición, el frurarca. Hay que añadir que los ambiciosos planes de Seleuco y Nicanor nunca fueron realizados por completo: las fortificaciones de Europos nunca se vieron terminadas, y los cuarteles de la ciudadela nunca se empezaron. El plan original de Seleuco I y Antioco I fue abandonado por sus sucesores, probablemente a causa de la situación política.

La historia de la ciudadela muestra que la poderosa fortaleza de Europos en Parapotamia, pensada primero para ser una de las más importantes fortalezas del camino del Éufrates, y por ello

probablemente ocupada por una guarnición de soldados en servicio activo, poco después de la fundación de la ciudad fue dejada enteramente al cuidado de los ciudadanos, que a lo que parece se les suponía lo bastante fuertes y suficientemente adiestrados para defender su propia ciudad de los ataques de los árabes vecinos y de cualquier otro enemigo. Dado que parece se les confió a ellos solos la tarea de acabar las fortificaciones, es probable que los reyes los juzgasen bastante ricos para hacerlo.

Dentro de las murallas, la espaciosa ciudad fue dispuesta según lo que se conoce como plano hipodámico, rasgo característico de la mayoría de las primitivas ciudades helenísticas: Priene, Mileto, Alejandría y, en Siria, Damasco, Alepo y Latakieh*. Dos calles principales corren de Norte a Sur y de Este a Oeste, y las calles laterales, más estrechas, corrían paralelas o en ángulo recto a éstas, formando bloques cuadrangulares. Una gran ágora se abría en el lado norte de la calle principal, orientada de Este a Oeste, constituyendo una ampliación de esta calle. Algunos de los bloques cuadrangulares estaban ocupados por templos. Uno estaba dedicado a Apolo y Ártemis, los grandes protectores de Seleuco.

Opuesto a la ciudadela, más allá del uadi antes mencionado, un espolón rocoso, parte de la meseta principal de la ciudad, formaba la acrópolis. Las escarpas de este espolón fueron fortificadas con hermosos muros de soporte. En la cima se construyó una casa palacial con peristilo. Creo probable que esta casa fuese el cuartel general y residencia oficial o del epístate (gobernador) macedonio de la ciudad, o del magistrado principal, el estratego. Por desgracia, no se encontraron inscripciones del período helenístico en las ruinas del palacio.

Detrás de él, en el mismo espolón, había un templo griego, después dedicado a Zeus Megisto. Puede suponerse que fue originariamente un templo del gran Zeus Olímpico, dios de los seléucidas, y quizá construido en la época de Antioco Epífanes.

No tenemos testimonios contemporáneos referentes a la constitución de la ciudad en el período helenístico. Pero las inscripciones y pergaminos nos permiten hacernos una idea aceptable de ella en el período parto. Es difícil creer que fuesen los partos quienes dotasen a Europos de una constitución griega, porque no

---

* La topografía de Damasco y Latakieh ha sido recientemente estudiada por Sauvaget (véase cap. VIII).

estaría de acuerdo con sus costumbres. Es mucho más probable que permitiesen a la ciudad conservar la constitución que poseían desde el tiempo de su fundación. Ni es probable que los romanos cambiasen la constitución en ningún aspecto esencial.

Tenemos noticias del Consejo ciudadano (βουλή) en la época romana. Al frente de la ciudad bajo la dominación parta y romana estaban el primer magistrado y el comandante de la guarnición, denominados estratego y epístate, respectivamente. Hay fundamento para creer que esta combinación fue una innovación parta. En el primer período de su historia, Europos, como Seleucia de Pieria en la época helenística y Seleucia del Euleo en la época parta*, pudieron haber tenido sus magistrados electos con un estratego o arconte al frente, y junto a ellos un gobernador real. Sabemos de varios magistrados menores en Dura, en la última época: ἀγορανόμοι, ταμίαι, σιτῶναι, y sus aparitores, por ejemplo κήρυκες. Además de los magistrados de la ciudad, había un grupo de funcionarios reales que desempeñaban distintas funciones. Tenemos noticias de jueces reales encargados de un tribunal real organizado según modelo griego. En el χρηματιστήριον y χρεοφυλάκιον se sentaban los conservadores de archivos y registradores, oficiales reales o municipales. Por último, recientemente se han descubierto documentos que muestran que en el último período romano había todavía en Europos sacerdotes epónimos, similares a los que sabemos existieron en muchas otras ciudades seléucidas de la época helenística. El grupo de sacerdotes en Europos incluía sacerdotes de Zeus, probablemente Zeus Olímpico, de Apolo y de la dinastía seléucida, hacía tiempo extinguida. En la fórmula de época romana, por supuesto, se omitía el rey reinante, pero se conservaba sus antepasados (πρόγονοι). El último entre ellos era el sacerdote del fundador de la ciudad, Seleuco Nicátor, cuyo culto se conservó siempre vivo en Europos, como se ve por un interesante bajorrelieve de la época parta (lám. LI, 2). Esta supervivencia del culto dinástico es muy sugestiva. Demuestra el gran prestigio de los seléucidas en sus dominios, especialmente entre los descendientes de los griegos y macedonios, y el cuidado tomado por los partos y romanos en evitar ofender a la población griega del primer imperio seléucida.

La constitución de Europos, tal como se reconstruye anteriormente, en la mayor parte sobre fuentes tardías, es casi idéntica

---

* *S. E. G.*, VII, núm. 1.

a la de otras ciudades reales del imperio seléucida, a juzgar por lo que conocemos. Ya me he referido a Seleucia de Pieria, Antioquía de Persis, Seleucia del Euleo y Seleucia del Tigris; y por lo que se refiere a Asia Menor, encontramos la misma semejanza en lo poco que sabemos de las constituciones de Antioquía de Pisidia*[1], Antioquía de Caria*[2] y Laodicea del Lico*[3]. Podemos, pues, inferir que la política seléucida daba a sus nuevas ciudades una constitución uniforme, basada, con toda probabilidad, en la de algunas ciudades de Asia Menor.

La población de Europos en el primer período constaba claramente de varios elementos. La guarnición de la ciudadela fue, con toda probabilidad, un destacamento del ejército real regular. Sin embargo, los soldados que la formaban pudieron haber sido reclutados entre los macedonios establecidos en Europos, como probablemente ocurrió en Seleucia del Euleo en la época parta (véanse págs. 463 y sigs.).

El núcleo de la población estuvo formado por los primeros colonos, todos con nombres griegos o macedónicos, y sus familias. A este núcleo muy pronto se añadieron números siempre crecientes de inmigrantes griegos e indígenas y de esclavos. No tenemos fuentes directas de esto, pero era el proceso natural.

Por desgracia, no hay fuentes que demuestren de dónde procedían los colonos fundadores de Europos. Pero dado que llevan casi exclusivamente nombres macedónicos, es legítimo inferir que eran veteranos o soldados del ejército de Seleuco que no estaban en servicio activo en aquel momento. El pergamino más antiguo que nos queda de Europos*[4], un extracto de un contrato de venta, indica que los habitantes de nombre griego o macedónico poseían *cleroi* o lotes, y eran, por consiguiente, κληροῦχοι. Quizá podamos sacar la misma deducción de la conocida ley o regulación de la herencia de la que se encontró un fragmento en Europos*[5]. El texto que poseemos es tardío, pero en su forma original la ley databa probablemente de la época seléucida. Podemos considerarla como una de aquellas leyes u ordenaciones (προστάγματα o διαγράμματα) por las que los seléucidas regu-

*[1] *Inschr. v. Magn.*, 80 y 81.
*[2] Ibíd., 90.
*[3] Michel, 543.
*[4] *D. Perg.*, I, de 190 a. de J. C.; F. Cumont, *Fouilles*, págs. 286 y siguientes.
*[5] *D. Perg.*, 5; F. Cumont, loc. cit., págs. 309 y sigs.

laban la vida de los nuevos colonos en su imperio. Aparecen con frecuencia referencias a leyes similares en los pergaminos y papiros hallados en la misma ciudad, y muestran que a este respecto también las tradiciones seléucidas seguían vivas mucho tiempo después de extinguida la dinastía. El fragmento de la ley de Herencia contiene las disposiciones sobre la herencia *ab intestato*. Al final prescribe que a falta de herederos especificados en las líneas precedentes, la οὐσία o fundo del difunto recaerá en el rey (βασιλικὴ ἡ οὐσία ἔστω). Esta prescripción general puede tener especial referencia a la propiedad de los clerucos, sus *cleroi*. Los que habían sido concedidos fuera de la tierra real (χώρα βασιλική) eran tratados de manera especial, prescrita por la ley, y no de acuerdo con la ley general referente a los *bona caduca*.

En el pergamino más antiguo (*D. Perg.*, I) se menciona a los *cleroi* y los *hecades*, aquéllos subdivisiones de éstos. Tanto los *cleroi* como los *hecades* se distinguen por nombres personales (*hecas* de Aribas, *cleros* de Conón). Esto demuestra que un *hecas* en el período helenístico era una subdivisión de la tierra clerúquica de Europos, mientras que los *cleroi* eran subdivisiones de las *hecades*. Sin embargo, en la última época, encontramos el territorio de Europos dividido en pueblos y no en *hecades*. A muchos de estos pueblos hay referencias en los papiros y pergaminos de Dura pertenecientes al período parto y romano; tienen nombres locales y ciertamente no son creaciones de ese período.

Parece, pues, probable que, cuando la nueva colonia de Europos fue fundada por primera vez, se les asignó un determinado «territorio», es decir, un trozo considerable de tierra a lo largo del Éufrates, incluyendo un grupo de pueblos. Parte de este territorio fue medido y dividido en *hecades*. Éstas fueron subdivididas en *cleroi*, y los *cleroi* asignados a los nuevos colonos. Esto quiere decir que, por lo menos, parte de la tierra asignada a la nueva ciudad fue tomada de sus primeros poseedores y dada a los recién llegados, a menos que tengamos que suponer que los nuevos colonos recibieron la tierra que primero había sido barbecho, pero que acababa de ser puesta en cultivo y regada por los nuevos gobernantes del país*. Tanto si fue tomada de sus antiguos poseedores o recientemente puesta en cultivo, la tierra se transformó en propiedad privada de los colonos. Éstos tenían derecho a venderla,

* Véase la tierra enfiteútica de *D. Perg.*, 23; C. B. Welles, *Münch. Beitr.*, XIX, págs. 380 y sigs.

hipotecarla y legarla. Podía ser poseída por mujeres igual que por hombres. No sabemos cómo se cultivaba. En *D. Perg.*, I, los *cleroi* aparecen como granjas prósperas con casas de labor, huertos de frutales, viñas y tal vez palmerales. Documentos más tardíos hablan de muchas viñas en el territorio de Dura, y de campos sembrados de cebada; y condiciones semejantes prevalecieron, sin duda, en la época seléucida más antigua. Estos huertos, palmerales y viñas pudieron haber sido plantados por los nuevos colonos, o podían haber estado plantados cuando les fueron tomados a sus antiguos poseedores. Los colonos pudieron haber cultivado sus *cleroi* en persona o por medio de trabajo servil; o pudieron también haberlos arrendado a sus primeros poseedores.

Aunque fue una ciudad menor en comparación con ciudades tan importantes como Antioquía del Orontes, Laodicea del Mar, Apamea, Seleucia de Pieria y Seleucia del Tigris, Europos desempeñó un papel no exento de importancia en la vida de los países mesopotámicos. Fue una fortaleza militar y un centro administrativo, y al mismo tiempo una ciudad próspera, un centro de agricultura, horticultura, viticultura y ganadería, y comercio local; y fue también una estación para las caravanas. Todo esto se refleja en sus monumentos y se destaca en el hecho de que Europos fue una de las cecas menores de los seléucidas, por lo menos en tiempos de Antioco I. Descubrimientos recientes han mostrado que hubo al menos tres emisiones de monedas de bronce en Dura durante su reinado. Si la ceca de Europos fue puramente local para pequeño cambio regional, administrada por la ciudad, o tuvo un ámbito mayor, es una cuestión que no puede contestarse sin nuevos testimonios (269).

Seleucia del Euleo. Esta ciudad fue parecida en todos los aspectos a Europos del Éufrates. Ya he mencionado que tenía una constitución urbana regular en la época parta, muy similar a la de Seleucia de Pieria, Antioquía de Persis y Europos*[1]. Sus leyes y ordenanzas fueron de la misma clase que las de Europos. Las manumisiones de Seleucia siguen estrictamente los modelos griegos*[2]. Además, Seleucia, como Europos, fue un importante centro militar. Bajo los seléucidas estuvo, sin duda, fuertemente guarnecida*[3], y también como en Europos,

---

*[1] *S. E. G.*, VII, núm. 1; C. B. Welles, *R. C.*, 75.
*[2] *S. E. G.*, VII, núms. 15 y sigs.
*[3] Ibíd., VII, núm. 4.

por lo menos parte de la población extranjera eran colonos militares. En dos dedicaciones métricas del período parto*[1] se alaba a la administración parta por los «guardianes del ἄκρα»*[2], habitantes de la ciudad, por el beneficio que se les confirió con la restauración del sistema de riegos. Como resultado, dicen, los *cleroi* que se habían resecado, volvieron a la fertilidad. Es probable que los ἀκροφύλακες o ἀκροφυλακῖται de Seleucia fueran descendientes de los antiguos clerucos seléucidas a los que se habían asignado lotes de tierra en el territorio de la ciudad y que, como tales, prestaban servicio militar activo en defensa de la ciudad (270).

Hay buenos fundamentos para creer que otras colonias seléucidas de Mesopotamia, fundadas a lo largo del Éufrates y el Tigris y en los países iranios, pertenecían a la misma categoría que Europos y Seleucia. Se puede encontrar apoyo para este punto de vista en los contratos de venta en los pergaminos hallados en Avromán, los más antiguos de los cuales son de tipo griego y redactados en griego, mientras uno de fecha posterior es de tipo oriental y redactado en pahlevi. En mi opinión, las partes contratantes de estos contratos eran descendientes de colonos seléucidas de nacionalidad irania (271).

Sin embargo, nuestra información es insuficiente para permitirnos sacar la conclusión de que las primeras fundaciones seléucidas en Siria, Mesopotamia e Irán, con excepción de las grandes ciudades, eran *todas* del mismo tipo que Europos de Parapotamia y Seleucia del Euleo. Aunque escasos, los conocimientos que tenemos nos permiten ver que la colonización de estos países por los seléucidas no fue uniforme. Es cierto, por ejemplo, que en algunas de las colonias, la mayoría de los colonos, si no todos, fueron macedonios, y que en otras (por ejemplo, Larisa, con su población tesalia, y Antioquía de Persis, fundada por emigrantes de Magnesia del Meandro) fueron griegos. De cuando en cuando hallamos testimonios de colonias que no eran griegas ni macedónicas, sino judías, establecidas, por ejemplo, en Asia Menor (véase pág. 466). Algunas colonias se establecieron en ciudades orientales preexistentes, de extensión e importancia considerables, tales como Hamat, Halab, Edesa, Nisibis, Susa, etcétera, mientras que otras absorbieron pueblos y aldeas indí-

---

*[1] *S. E. G.*, VII, núms. 12 y 13.
*[2] Véanse los ἀκροφυλακῖται de Babilonia, *O. G. I.*, 254.

genas poco conocidos. A la última clase pertenecieron sin duda Europos y probablemente algunas ciudades de la Siria seléucida de nombre macedónico. Sabemos que el nombre oriental de Europos, Dura, fue el del pueblo indígena que quince siglos antes había pertenecido al reino de Hana.

La mayoría de las colonias, como he demostrado, toman una constitución urbana y eran *poleis* regulares griegas. Sin embargo, veremos en seguida que en Asia Menor, si no todos los establecimientos macedónicos, por lo menos muchos de ellos eran comunidades rurales (κατοικίαι), con una organización especial. No hay nada que nos impida suponer que éstas κατοικίαι existieron en Siria también, aunque no conozcamos ningún caso.

No sabemos cuáles de estas colonias fueron establecimientos militares y cuáles civiles, esto es, en cuáles los primeros residentes fueron sacados de las filas del ejército seléucida y en cuáles fueron reclutados entre los civiles de las comunidades griegas del reino seléucida. Lo primero fue probablemente el caso de Europos y Seleucia del Euleo; lo último ocurrió, casi con seguridad, en Antioquía de Persis. Los habitantes de esta ciudad, en un decreto que contesta a una carta de Magnesia del Meandro (*O. G. I.*, 233), dicen que los magnesios son sus parientes y amigos, porque fueron los que, a instancia de Antioco I, fundador de la ciudad, habían enviado una colonia a Antioquía para incrementar su fuerza y su prosperidad*[1]. Tenemos noticia de otra colonia parecida que fue enviada a Antioquía de Pisidia*[2].

Sin embargo, la cuestión más importante es la de las relaciones de los centros urbanos y rurales ya descritos fundados por los seléucidas, con el rey que las fundó y sus sucesores, especialmente en lo que respecta al papel que desempeñaban en los asuntos militares del imperio. Trataré este problema después de pasar revista a algunos rasgos de la colonización seléucida en Asia Menor.

Los seléucidas no fueron menos activos en asentar macedonios y griegos en Asia Menor. Algunas de sus nuevas colonias fueron organizadas como ciudades griegas regulares; otras fueron establecimientos rurales (κατοικίαι). El caso de Magnesia del Sípilo muestra que incluso en las antiguas ciudades griegas

---

*[1] Antioco había hecho la petición φιλοτιμ(ο)[υ](μ)ένου ἐπα[υξ]ῆσαι τὴν πόλιν ἡμῶν.

*[2] Estrabón, XII, 8, 14, pág. 577.

podían ser asentados colonos seléucidas y, sin embargo, conservar su antigua población*[1].

De la constitución y modo de vida de las colonias seléucidas en Asia Menor sabemos muy poco, y lo poco que sabemos se refiere sobre todo a épocas posteriores (272). Un pasaje de Flavio Josefo*[2] que ha sido objeto de mucha discusión nos da una viva pintura de la fundación de una colonia en Asia Menor por Antioco III. Según este pasaje, Antioco decidió asentar dos mil familias judías de Mesopotamia y Babilonia en Lidia y Frigia. Es indiferente que se trate de un hecho histórico o de una mera invención, o que la carta de Antioco a Zeuxis citada por Josefo sea auténtica o no*[3] (273). Sin duda alguna, la carta nos muestra exactamente el procedimiento seguido por los seléucidas cuando fundaban una colonia. Encaja muy bien con lo que he dicho de Europos. Los amigos del rey resolvieron asentar dos mil familias con sus efectos en ciertos puestos fortificados. A los colonos se les donó autonomía, solares para casas, lotes de tierra para agricultura y viñas, exención de impuestos sobre las tierras durante diez años, grano para subsistir los colonos y cuantos de ellos dependían durante el primer año, y seguridad contra un ataque, seguramente en forma de fortificaciones.

La mayoría de los colonos del imperio seléucida, en Asia Menor y en otras partes, fueron asentados por grupos en ciudades y pueblos recién fundados; unos cuantos fueron establecidos en grupos sobre la población de las ciudades y pueblos existentes. Ya me he referido al ejemplo de Magnesia del Sípilo, y en el capítulo precedente a la incorporación de un grupo de mercenarios al cuerpo de ciudadanos de la antigua ciudad griega de Aspendo; y excepcionalmente se debió de recurrir a otros métodos de asentamiento. La inscripción de Mnesímaco*[4] da la impresión de que *cleroi* individuales pudieron ser asignados a oficiales y soldados fuera de la tierra real que no formaba parte del territorio de una ciudad o de una κατοικία. La tierra destinada a este fin se tomaba a veces de un templo, como sin duda fue el caso de los colonos que recibieron sus *cleroi* de lo

---

*[1] *O. G. I.*, 229.
*[2] Flavio Josefo, *A. J.*, XII, 148.
*[3] Su estilo recuerda de un modo especial el de la carta del mismo Antioco a la ciudad de Amizón, Welles, *R. C.*, 38.
*[4] *Sardis. Gr. and Lat. Inscr.*, núm. 1.

que había sido antes propiedad del Zeus de Ezani*[1], y lo mismo pudo haber ocurrido en el caso de Mnesímaco.

Algunas de las ciudades y establecimientos creados en Asia Menor por los seléucidas no fueron militares. Tenemos noticia, por ejemplo, de la fundación de Nisa del Meandro por Antioco I*[2]. El rey formó su ciudad asentando allí la población de tres comunidades vecinas. Éste era el método ordinario de sinoicismo, y se recurrió a él con frecuencia. El templo relacionado con la ciudad (el Plutonión, véase pág. 419) recibió el privilegio de *asylia*, después confirmado por Antioco III. Encontramos un procedimiento similar en Lisimaquia*[3], la antigua capital de Lisímaco, destruida por los tracios y restaurada por Antioco III. El rey llamó a los antiguos habitantes de la ciudad (entre ellos prisioneros de guerra, a quienes redimió), y al mismo tiempo invitó a nuevos colonos, les dio ganado y herramientas de labor, y fortificó la ciudad por su propia cuenta.

No sólo se establecían extranjeros —la mayoría de origen macedónico o griego— sobre la población indígena mediante el regalo de porciones de territorio real (χώρα βασιλική) a las ciudades, colonias rurales (κατοικίαι), y clerucos individuales; se sabe de otros muchos métodos. A veces grandes áreas de tierra real, con pueblos y habitantes incluidos, eran vendidas a las ciudades griegas, a miembros de la casa real o de la alta aristocracia del imperio. Tenemos, por ejemplo, compras por la ciudad de Pitana en el reinado de Antioco I*[4] y por la reina Laódice en la época de Antioco II*[5]. La tierra en posesión de Mnesímaco, además de los *cleroi* anteriormente citados (véanse páginas 441 y 466), pudo haber sido una compra de este tipo. En otros casos se dieron parcelas de tierra real como presentes del rey *(doreai)* a personas eminentes en el imperio, como, por ejemplo, a Aristodicides de Aso en la época de Antioco I*[6], a Meleagro y Ateneo, almirante este último de Antioco I*[7]. Donaciones reales de este y otros tipos (presentes de ciudades con sus territorios) siguieron siendo frecuentes en la última

---

*1 *O. G. I.*, 502.
*2 Esteban de Bizancio, en su voz; Estrabón, XIV, 1, 46, pág. 650.
*3 Apiano, *Syr.*, I, 1.
*4 *O. G. I.*, 335.
*5 Ibíd., 225; Welles, *R. C.*, 18.
*6 *O. G. I.*, 221; Welles, *R. C.*, 10-12.
*7 Ibídem.

época seléucida, como, por ejemplo, el regalo de la ciudad de Ecrón por Demetrio I a Jonatán, y el de Antioco IV a su amante. También puedo citar a este respecto la conocida donación de tierra a Mileto hecha por Filadelfo*[1].

En algunos casos encontramos tierra real en posesión de los griegos, pero no conocemos el modo como pasó a sus manos. Tenemos un ejemplo en un tal Demetrio, hijo de Demetrio, nieto de Mnaseo, que fue durante algún tiempo propietario del pueblo sagrado de Betocece, en la satrapía de Apamea. El informe de esta tierra, aludido en la inscripción del templo de Zeus Betoceceno, cerca de Tarto*[2], no dice cómo entró en posesión del pueblo. Tampoco sabemos cómo adquirió Larico su latifundio en el territorio de Priene (véase pág. 172); posiblemente comprando partes de la χώρα πολιτική o parcelas de la χώρα βασιλική), ni en qué circunstancias los «amigos» más conspicuos de Antioco II se repartieron el territorio llamado Anaítis, que era propiedad de los samios*[3]. A veces una compra pudo haber sido un regalo disfrazado (como en el caso de Laódice), o un regalo pudo ser una compra fingida.

Las ventas, asignaciones y donaciones de parcelas de tierra real no se limitaban a Asia Menor y Siria. Casualmente nos enteramos del regalo de tierra y ganado hecho por Antioco I en 279 a. de J. C. al grupo de habitantes de Babilonia que vivía alrededor del templo de Bel (todo lo que quedaba de la ciudad después de la creación de Seleucia del Tigris), y que les fue tomado otra vez para la casa real por el gobernador de Babilonia cinco años después. Una copia de una inscripción en piedra de 236 antes de J. C. conservada en una tablilla babilónica de 173-172 antes de J. C. cita donaciones de tierra y otras propiedades en Babilonia hechas por Antioco II a su mujer Laódice. Sus hijos Seleuco y Antioco cedieron la tierra a los babilonios, borsipanos y cuteos, y más tarde pasó a propiedad de los templos babilónicos. La tierra en cuestión había pertenecido a Seleuco I y Antioco I antes de que pasara a manos de Antioco II*[4]. La tablilla nunca fue cuidadosamente publicada y estudiada, y es dudoso si la tierra formó parte de la χώρα βασιλική, como aquella de que disponían los primeros seléucidas en Asia Menor y Siria, o formó

*[1] Welles, *R. C.*, 14.
*[2] Ibíd., 70.
*[3] *S. E. G.*, I, 366.
*[4] Véase nota 234.

parte de los fundos privados de los primeros reyes, que los seléucidas poseyeron como sucesores de los reyes persas y de Alejandro, siendo las condiciones de arriendo de la tierra quizá diferentes de las de Asia Menor.

Las tierras compradas por particulares al rey, en la mayoría de los casos se transforman en propiedad privada; pero dado que, fuera de las ciudades griegas, los derechos de propiedad eran muy precarios, era condición de la compra que la tierra había de ser adscrita al territorio de alguna ciudad. En algunos casos la tierra regalada, como la tierra comprada, se transformó en propiedad privada, con la misma condición de adscripción al territorio de una ciudad. Tenemos un ejemplo de ello en el caso de Aristodicides. Sin embargo, con gran frecuencia las tierras donadas eran mantenidas como fundos, y podían ser reclamadas por el rey cuando quisiera. Demetrio de Betocece y Meleagro, el antiguo poseedor de la tierra asignada a Aristodicides, estuvo sujeto a esta obligación.

El caso de Mnesímaco era especial. Pudo haber recibido del rey parte de este fundo cerca de Sardes como feudo, en consideración al pago de un tanto alzado. Sobre la composición de este fundo, que probablemente fue característico de muchas otras propiedades similares, puede sacarse información muy interesante de la inscripción de Sardes a que me he referido. La inscripción contiene fragmentos de una venta «sujeta a redención» o, para emplear términos modernos, a una hipoteca, por la que Mnesímaco transfiere a la diosa Ártemis, a favor de él y de sus descendientes, las tierras especificadas en el acta en compensación de un préstamo que le fue otorgado por el templo. Este préstamo pudo haber sido contraído con el fin de pagar al rey. El fundo constaba de varios pueblos y de dos lotes *(cleroi)*. Con los pueblos y lotes iban las viviendas, los siervos con sus enseres y pertenencias, los barriles de vino (o quizá el producto de factorías cerámicas, como sugiere el profesor C. B. Welles), y los tributos de los siervos pagables en dinero y trabajo (φόρος ἀργυρικός y el λητουργικός). Antes de que el latifundio fuese definitivamente asignado a Mnesímaco se hizo una división (διαίρεσις) (no estamos informados en qué circunstancias ni por quién se hizo). Como resultado de ello, dos hombres con nombres griegos o macedónicos —Piteo y Adracasto— recibieron en el territorio de los pueblos mencionados su propiedad separada (ἐξαίρημα), que constaba de una casa o residencia de labranza,

casas de siervos y esclavos y jardines, en un pueblo, y viviendas, jardines y esclavos en otro. No se nos dice si el ἐξαίρημα de Piteo y Adracasto constaban de sus *cleroi*. En todo caso es evidente que el documento distingue exactamente entre pueblos y *cleroi*. Es de lamentar que no podamos discernir lo que constituía la diferencia entre los dos. En lo que se refiere a los impuestos, no había diferencia alguna. Ambos pagaban renta o impuesto al rey en oro; los dos formaban parte del latifundio de Mnesímaco; y los dos eran cultivados por λαοί, indígenas que después de la compra del latifundio por Mnesímaco se transformaron en sus siervos. Probablemente la diferencia estaba en el título del poseedor a la tierra y en las diferentes condiciones bajo las que la tierra se le entregaba y bajo las que le podía ser reclamada por el rey. El *cleros,* además, estaba generalmente situado fuera del pueblo indígena y era generalmente dado por el rey a extranjeros, no a los naturales del país.

Además de los descritos, pudo haber habido otros medios de establecer islotes de agricultura griega en distintas partes de la tierra real. Los seléucidas pudieron muy bien haber alquilado parcelas a inmigrantes y animarlos, como hicieron las ciudades griegas y los Tolomeos, a plantar viñas y árboles en la tierra que hasta entonces había producido poco o nada (καταφύτευσις, ἐμφύτευσις). El rey pudo también haber vendido parcelas de suelo real, no sólo a las ciudades y compradores ricos, sino también a miembros de la recién creada burguesía griega de sus nuevas colonias (274).

En todo caso, por su política de asentar grupos de inmigrantes en las tierras de la corona y de crear arrendamientos, grandes y pequeños, para griegos particulares, los seléucidas, como los Tolomeos en Egipto, introdujeron un nuevo elemento en el sistema económico del imperio. Nos sería mucho más fácil valorar las distintas consecuencias de esta medida si pudiéramos formarnos una idea, aunque fuera aproximada, de cuánta tierra fue asignada a los nuevos colonos, y cuántos de ellos permanecieron establecidos en el imperio de modo permanente.

En cuanto a la cantidad de tierra asignada a los nuevos colonos, no hay fuentes, y la cuestión no puede ser contestada. Ni siquiera conocemos el número exacto de los nuevos establecimientos, y sabemos muy poco sobre la extensión de tierra asignada a cada uno. Tenemos aún menos información sobre las donaciones de tierras. Sin embargo, es cierto que permane-

cieron en manos de los indígenas grandes extensiones de territorio, probablemente la mayor parte de él.

Respecto al número de colonos que permanecieron en el imperio de modo permanente, tampoco se puede dar una respuesta. Es imposible llegar a una estimación probable del número de extranjeros que se asentaron en el imperio bajo los primeros seléucidas (véase pág. 453). Tenemos, es verdad, algunas cifras. Sabemos que la falange macedónica sumaba 20.000 hombres en Rafia, y que la falange tenía 17.000 en Magnesia, y 20.000 en la revista celebrada en Dafne bajo Antioco IV. Si añadimos la caballería macedónica, las guarniciones de las ciudades y la policía militar, podemos formarnos una idea general muy aproximada de la fuerza numérica mínima de la parte del ejército que fue reclutada de los inmigrantes que se llamaban a sí mismos macedonios y griegos. Pero debemos recordar que desconocemos qué proporción de población extranjera establecida en las distintas satrapías estaba sujeta al servicio militar (véanse págs. 473 y sigs.). Ni siquiera podemos conjeturar qué proporción de hombres en edad militar y sujetos al servicio militar se movilizaba en los momentos críticos de la historia de la dinastía seléucida. Al decidir el volumen y composición del ejército, los reyes y su estado mayor se guiaban por muchas consideraciones, tanto militares como económicas. La provisión de alimentos, transporte y alojamiento para un gran ejército con su bagaje y dotaciones (ἀποσκευή) era asunto de no menos importancia que dificultad, y a mayor ejército, mayores dificultades. Además, había objeciones tácticas para una falange de número desproporcionado: la caballería de distintos tipos y las tropas especiales eran tan importantes como la infantería macedónica, y las mejores caballerías y tropas especiales se sacaban de otras fuentes que no eran los colonos macedónicos. Por todas estas razones, no tenemos justificación para basar en las cifras citadas de «macedonios» movilizados ninguna conclusión referente al número de la población griega y macedónica del imperio seléucida (275).

El estudio de Dura-Europos nos previene contra una evaluación exagerada del número de colonos militares macedónicos en las colonias militares de los seléucidas. Podemos formarnos una idea del número de familias macedónicas en la Dura pártica por las inmensas inscripciones, y especialmente por los nombres de las damas de las principales familias de la ciudad, la mayor parte macedónicas, inscritos en sus asientos en los *pronaoi,* en

forma de teatro, de los tres templos principales de la Gran Diosa. La información así deducida no es exacta. Es verdad que muchas familias de los primeros colonizadores pudieron haber desaparecido, y que en la última época seléucida no se añadieran nuevos colonos de origen macedónico a los que residían en Europos en el primer período helenístico. Sin embargo, es sorprendente encontrar tan pocas familias macedónicas, no más de una veintena, o a lo sumo dos veintenas, viviendo en Dura en la época parta. Aunque este número se multiplicase por diez, e incluso por veinte, el total no sería grande. Esto no debe asombrarnos, porque en los ejércitos de Alejandro y sus sucesores, los macedonios nunca fueron numerosos. Distribuidos entre muchas veintenas de colonias militares, sólo podían dar, a lo sumo, un puñado de colonos a cada una, que formaron en la última época no más de una pequeña minoría aristocrática de la población.

A falta de estadísticas para el período seléucida, quizá podamos buscar ayuda en ciertos datos de época posterior. Poseemos algunos datos más o menos fidedignos referentes a la población de Antioquía del Orontes y Seleucia del Tigris bajo el imperio romano. Estos datos dan a Antioquía una población, en números redondos, de unos 500.000 habitantes, y a Seleucia de unos 600.000*. Pero es difícilmente posible sacar de estas cifras una idea aproximada de la población griega de las dos ciudades en los primeros tiempos seléucidas. No sabemos cuántos indígenas o inmigrantes no griegos contienen, y debemos tener en cuenta el largo período transcurrido y los muchos cambios que se habían operado entre las dominaciones seléucida y romana. Estamos algo mejor informados respecto a Apamea. Según el censo de Quirinio (de 6-7 d. de J. C.), había 117.000 ciudadanos (de ambos sexos y de todas las edades) en esta ciudad y su territorio. No hay duda de que es un número sorprendente, pero debemos tener en cuenta que el territorio de la ciudad romana de Apamea era muy grande e incluía cientos de ciudades y pueblos. Además, en la época romana muchos indígenas se hicieron ciudadanos de Apamea. Y finalmente debemos considerar que las ciudades de la Siria seléucida nunca dejaron de crecer, y que este crecimiento fue acaso tan rápido en los agitados tiempos de los últimos seléucidas como lo había sido en la época más tranquila de los sucesores inmediatos de Seleuco. Debemos, pues,

---

* Plinio, *N. H.*, VI, 122.

reducir considerablemente el número anteriormente citado, para llegar a una cifra aplicable al primer período seléucida; en cuánto debemos reducirlo, es imposible decirlo (276).

Sin embargo, puede ser que en la primera época del imperio seléucida los «helenos» fueran muchos y su número creciese constantemente. Pero también es cierto que, comparados con los indígenas, los helenos formaban una pequeña minoría. No sabemos nada de la cifra de la población total del imperio seléucida. Los cálculos basados en datos estadísticos modernos dan una cifra entre los 25 y 30 millones. De éstos, los griegos eran, sin duda, una fracción muy pequeña.

En conclusión, volvemos a la cuestión básica que he planteado antes. ¿Cuál fue el carácter general de la colonización seléucida y cuáles fueron las intenciones de los seléucidas al llevarla a cabo? ¿Fue su fin principalmente militar? ¿Deseaban tener en los establecimientos griegos y macedónicos de su gran imperio una reserva todo lo grande posible de la que sacar núcleos de ejércitos bien adiestrados y de confianza? ¿O su intención era más bien política que militar? ¿Consideraban sus colonias principalmente como mallas de una red griega extendida por todo su imperio para mantener unidas sus diversas partes y asegurar así su dominio sobre él y preservarlo de una desintegración interna y de ataques exteriores? ¿O tal vez, al fundar sus colonias y crear islotes griegos en su imperio, perseguían una política de helenización esperando que estas islas absorbiesen la población indígena?

La escasez de nuestro material nos impide dar una contestación definitiva a esta cuestión. Algunos eruditos se inclinan a pensar que una gran parte de las colonias seléucidas, tanto urbanas como rurales, eran asentamientos militares, siendo su población considerada como soldados del ejército seléucida que temporalmente no estaban en servicio activo, pero que se hallaban dispuestos a incorporarse a las filas del ejército en campaña o a actuar como guarniciones a la llamada del rey. Este sería prácticamente el mismo sistema que el de los Tolomeos, con la diferencia de que los soldados reservistas de los seléucidas estaban establecidos en grupos en las ciudades y pueblos, mientras que las reservas tolemaicas se encontraban dispersas por todo el país en ciudades y pueblos ya existentes o en colonias recién fundadas, que, sin embargo, no eran puramente establecimientos militares.

Esta opinión ha sido recientemente combatida por E. Bikerman*. Si le interpreto correctamente, este autor no admite que los establecimientos urbanos de los seléucidas fueran de carácter militar, es decir, que los ciudadanos de estas ciudades estuvieran de algún modo sujetos al servicio militar en el ejército real o incluso que combatieran en la falange o la caballería macedónicas. Como los ciudadanos de todas las ciudades griegas, eran, por supuesto, soldados-ciudadanos. Todos ellos estaban armados y recibían instrucción militar para defender la ciudad en caso de necesidad. Los ciudadanos de cada ciudad no sólo formaban un cuerpo político, sino que también estaban organizados como un ejército en potencia, una milicia local. Sin embargo, sólo ocasionalmente tomaba parte esta milicia en las guerras de su señor, y cuando lo hacía, luchaba como aliada, no como súbdita. En resumen, en cuanto a sus obligaciones militares, las colonias seléucidas estaban exactamente en la misma situación que las antiguas ciudades griegas del reino, especialmente las de Asia Menor.

Por consiguiente, las ciudades-colonias de los seléucidas eran establecimientos «civiles», no militares, aunque los seléucidas tenían en ellas una reserva militar de la que sacaban recursos cuando era necesario. Esta reserva eran los colonos macedónicos distribuidos por el imperio en comunidades rurales, en κατοικίαι. Estos hombres que no pertenecían a ciudad alguna, estaban sujetos al servicio militar y eran reclutados y movilizados cuando los seléucidas necesitaban incrementar su ejército permanente. Eran incorporados a la falange o a la caballería macedónica. La situación jurídica de la κατοικία tesalia de Larisa era más o menos parecida, y así era quizá la de Cardaces de Licia (véase cap. V, nota 51). El sistema era, en lo principal, el mismo que heredaron en la Macedonia de Filipo, Alejandro y los antigónidas. Puede añadirse que para fines de movilización el imperio estaba dividido en varios distritos, que tal vez fuesen las quiliarquías mencionadas en la inscripción de Mnesímaco.

Este punto de vista no puede discutirse aquí minuciosamente. Me parece demasiado lógico y que trasciende mucho más a jurista que a historiador. Es difícil creer que los macedonios de Europos fueran tratados por los seléucidas como los ciudadanos de Mileto y Éfeso. Mi impresión es que desde el punto de vista militar,

---

* *Inst. Sél.*, págs. 72 y sigs.

Europos fue tratada como una κατοικία, no como una *polis,* aunque en todos los demás aspectos fuese una *polis;* y de este modo, en mi opinión, fueron tratados los demás establecimientos del mismo género. Sus habitantes recibieron sus *cleroi* de la corona como soldados en potencia del ejército y estaban obligados a responder a la llamada del rey en caso de movilización. No puede decirse si las fundaciones urbanas más extensas fueron tratadas de la misma manera; en otras palabras, si tenían un núcleo de *cleruchoi* sujeto al servicio militar. Estoy convencido de que los seléucidas no tenían en este aspecto un esquema rígido, sino que actuaban según las circunstancias. Y como he afirmado anteriormente, no llamaban a filas a muchos soldados para sus combates, particularmente soldados desgastados por la vida de las grandes ciudades. Sin embargo, no veo razón para que, en caso de necesidad, no utilizasen a los ciudadanos más vigorosos y mejor adiestrados de sus capitales y de las grandes ciudades del imperio, que ellos mismos habían fundado. Por ejemplo: sabemos que algunos antioquenos lucharon en las filas del ejército*.

Así, pues, las consideraciones militares fueron un factor importante en la política colonizadora de los seléucidas. Pero no fueron las únicas: los motivos políticos tuvieron probablemente igual importancia. Es cierto que al extender una red de colonias macedónicas, griegas y otras, los seléucidas tendían primero y ante todo a dotar de sólidos fundamentos a su gobierno sobre un imperio tan vario. Los colonos de las nuevas ciudades y comunidades, organizados como *poleis* griegas y pueblos macedónicos, estaban en estrecha relación con el rey, que les había ayudado a empezar una nueva vida y era el fundador *(ktistes)* semidivino de sus comunidades. Muchos habían servido bajo su mando y estaban acostumbrados a cumplir sus órdenes. Del rey recibían sus medios de subsistencia, y se daban perfecta cuenta de que su prosperidad y seguridad dependían enteramente de la prosperidad y seguridad del imperio. Al mismo tiempo eran hijos de Grecia y Macedonia, y llevaron a sus nuevas residencias la mentalidad de griegos y macedonios, sobre todo una profunda devoción a su patria, fuera una ciudad o una comunidad cuasi urbana. Por ella y por todo lo que ella significaba para macedonios y griegos, estaban dispuestos a morir si era necesario. De este modo, los seléucidas fundaron en sus colonias un sólido e indefectible apoyo de su dominación.

---

* E. Bikerman, *Inst. Sél.,* pág. 72.

Al colonizar su vasto imperio, ¿quisieron también los seléucidas helenizarlo y unificarlo extendiendo un modo especial de vida y una civilización determinada? Cuando hablamos de helenización, realmente estamos usando un concepto moderno, no antiguo. Los griegos, en su larga historia, nunca intentaron helenizar a nadie: esta noción les era extraña. La colonización griega en la época clásica y helenística produjo una cierta helenización que fue el resultado de un proceso natural de los deseos y aspiraciones de los colonos griegos en países extranjeros. Y éste fue el caso de los seléucidas. Los indígenas se helenizaron, y los macedonios y griegos se orientalizaron. Era inevitable. Pero los seléucidas nunca se dieron cuenta de la importancia de este proceso. Nunca trataron de acelerarlo o detenerlo. Nunca soñaron con un estado nacional griego y macedónico resultante de la colonización de su imperio oriental.

Militar y política en su esencia, la colonización de Oriente tuvo, sin embargo, importantes consecuencias económicas y sociales, aunque estas consideraciones fueran completamente extrañas a los seléucidas, que nunca pensaron en términos económicos y sociales. Cuáles fueron estas consecuencias lo veremos en seguida.

b) *La tierra real: templos, latifundios, pueblos, ciudades indígenas*

En la terminología de los distintos señores, incluyendo los romanos, que gobernaron el Oriente Próximo, las unidades políticas con que tuvieron que tratar y que, por serlo, se las consideraba en posesión de poderes más o menos soberanos, eran reyes (βασιλεῖς), gobernantes menores (δυνάσται), ciudades (πόλεις o δῆμοι), y «pueblos» (ἔθνη). Estos términos podían ser aplicados, y probablemente lo fueron, no sólo a unidades políticas fuera del imperio seléucida, sino también a formaciones estatales más o menos autónomas dentro de él: los reyes vasallos, los dinastas vasallos, las ciudades y las tribus semindependientes, más o menos urbanizadas y civilizadas, algunas organizadas según el modelo de κοινά helenística (por un lado, algunas tribus montañesas de Asia Menor y varios estados tribuales en las partes semítica e irania del Oriente, y por otro, los licios, carios y quizá los gálatas en Asia Menor) (277).

La enumeración anterior de las unidades autónomas en el imperio seléucida no trata de ser una lista exhaustiva de sus partes

constituyentes. Por supuesto, omite los territorios sin autonomía, considerados propiedad del rey, como parte de su «casa» (οἶκος), la llamada χώρα o χώρα βασιλική. La χώρα, sin duda, formaba una parte tan grande del imperio seléucida como los territorios que conservaron o recibieron de los reyes cierto grado de autonomía. Ambas divisiones del imperio fueron habitadas por súbditos que estaban obligados a prestar obediencia incondicional al rey. La diferencia entre ambas residía en el hecho de que cada una conservaba particularidades estructurales heredadas del pasado. Un breve examen de las dos divisiones puede empezar por las condiciones de vida en el territorio real.

La estructura social y económica de la χώρα puede haber sido diferente en las diversas satrapías del imperio seléucida. Lo poco que conocemos sobre ello se refiere solamente a dos regiones: Asia Menor y Babilonia. Para Siria y Mesopotamia nuestra información es muy escasa, y para las satrapías iranias no tenemos ninguna.

Así, pues, resumiré brevemente lo que se sabe de las regiones ya mencionadas. En Asia Menor, aparte de los cuerpos autónomos ya citados, y los establecimientos militares rurales, encontramos tres tipos principales de estructura social y económica: 1.º Los templos (muchos de ellos templos-estados con su organización peculiar). 2.º Los latifundios prehelenísticos, especialmente característicos de Asia Menor en la época persa, y 3.º Los pueblos indígenas (278).

Templos. Los templos tenían su propia organización religiosa, económica y social, firmemente establecida desde tiempos remotos (279). Había muchos templos extendidos por toda Asia Menor. Algunos habían sido absorbidos o estrechamente asociados con las antiguas ciudades griegas de aquella región mucho antes de Alejandro y Seleuco. Exteriormente, los templos presentaban un aspecto griego, como, por ejemplo, respecto a los nombres de sus dioses y diosas, su arquitectura y sus estatuas, sus ofrendas votivas, etc. Sus relaciones sociales y económicas con las ciudades variaban en las distintas partes de Asia Menor. No es éste el lugar adecuado para examinar de cerca las cuestiones relacionadas con los templos, dado que el período helenístico no fue más que una breve fase en los siglos de evolución de los santuarios de este tipo, tales como el de Ártemis de Éfeso, el de Ártemis de Sardes o el de Apolo de Claros.

Sin embargo, muchos templos no tenían relación con ninguna ciudad griega. Algunos eran probablemente modestos santuarios

estrechamente vinculados con pueblos indígenas. Muy probablemente los indígenas consideraban el pueblo como propiedad del dios o la diosa cuya estatua se elevaba en él, y los sacerdotes del dios o de la diosa desempeñaban sin duda un papel importante no sólo en la vida religiosa de la comunidad, sino también en la vida social, administrativa, judicial y económica. Las estrechas relaciones entre templo y pueblo están a veces atestiguadas por los nombres teóforos de pueblos, como Menocome, Hermocome, Dioscome, Atiocorión y otros parecidos. Uno de los santuarios mejor conocidos de este tipo, el de Apolo Helios Laerbeno, en el Meandro de Frigia, ha sido cuidadosamente explorado más de una vez en los tiempos modernos. El santuario mismo y el pueblo en torno o cercano pudieron haber sido asignados, en época helenística o romana, a la ciudad de Hierápolis (no a Dionisópolis), que está a poca distancia de él. El santuario, antes de su absorción por la ciudad, quizá puede haber estado relacionado con el pueblo o ciudad de Motela. En todo caso, el cambio de situación jurídica no afectó a los negocios del templo o a la parte que los sacerdotes tomaban en la vida del distrito.

Es una lástima que no sepamos prácticamente nada de los santuarios de este tipo ni de sus pueblos durante el período helenístico. Toda la información que tenemos se refiere a los últimos años de la época romana. Pero la organización y vida de los templos en la época romana eran muy arcaicas y completamente orientales, excepto para los nombres helenizados de las divinidades, la arquitectura de los templos, el aspecto de sus imágenes y la lengua de la mayor parte de las dedicaciones, consagraciones y confesiones escritas por los adoradores o por escribas profesionales para ellos, la mayoría en griego. Es, pues, razonable suponer que los seléucidas no chocaron con el sistema religioso tradicional de estos templos, ni probablemente con su organización social y económica, y que incluso les dejaron desempeñar un papel director en la vida de sus respectivos pueblos (280).

Es imposible trazar una clara línea divisoria entre los templos-pueblos de distinta importancia y los santuarios grandes, ricos e influyentes, que gozaban de gran reputación, visitados por miles de fieles, dotados de edificios imponentes y numeroso clero, templos que sin temor a dudas pueden llamarse templos-estados, dado que su territorio era grande y su organización recordaba la de un Estado. La diferencia entre ellos probablemente no era tanto en organización y estructura como en grandeza, riqueza e impor-

tancia. Los templos del segundo tipo más celebrados estaban situados, no en el imperio seléucida, sino en el Ponto, en Capadocia, en Armenia y en Frigia, y se tratará de ellos más adelante en este libro. No se puede decir con precisión cuántos templos similares en Asia Menor formaron parte del imperio seléucida. El mejor conocido es el de Olba de Cilicia, el santuario de Zeus Olbio, cerca de Seleucia del Calicadno, ciudad fundada por Seleuco I. Probablemente tenemos un templo-estado parecido en la primera fase de Comagene, que más tarde llegó a ser una monarquía helenística regular. Otro templo de gran importancia fue el de Zeus Crisaoreo, de Caria, que por algún tiempo formó parte del imperio seléucida, hasta que se hizo primero rodio, luego macedonio y después rodio de nuevo. El Plutonión, cerca de Nisa de Caria, fue también un templo de considerables dimensiones e importancia. Pero estuvo estrechamente ligado con la ciudad de Atimbria, probablemente antes de que Caria formase parte temporalmente del imperio seléucida.

Las relaciones entre los seléucidas y estos grandes templos son muy poco conocidas, y más pobre todavía es nuestra información sobre los templos menores, en su mayoría de pueblos. Ya me he referido a la reverencia guardada por los reyes a estos templos, como el de Zeus Olbio y el Plutonión. Sin duda, no hicieron cambios importantes en la organización del templo de Olba, dado que la antigua dinastía de los teucridas gobernaba aún en este templo-estado, en los últimos años de la época seléucida. Podemos, pues, suponer que los seléucidas no se inmiscuyeron en la organización social y económica de los grandes templos-estados, lo mismo que no lo hicieron en los templos-pueblos*. Hay que suponer que se conservó la elaborada jerarquía del clero del templo. Los grandes sacerdotes y sus colegas continuaron siendo los señores y amos de todos los habitantes del templo propiamente dicho, de la ciudad del templo y de los pueblos del templo. Todos éstos eran ἱερόδουλοι, «esclavos» de dios o de la diosa, y todos eran requeridos para trabajar para su divino señor o su divina señora, como asistentes del templo (término que comprendía cantores, músicos y danzantes), como prostitutas del templo, como artesanos y artistas, como cultivadores del

* Debe destacarse esta actitud de los seléucidas respecto a los templos, en notable contraste con el trato arbitrario dado a los mismos por los romanos.

suelo o encargados del ganado y la volatería. Se encuentran excelentes cuadros de las condiciones que predominaban en un templo-estado en las descripciones de Estrabón de los templos del Ponto, Capadocia, Armenia, en las inscripciones de Nimruh Dagh de Comagene y en el tratado de Luciano sobre la *Dea Syria* (281).

No obstante, los seléucidas, como los Tolomeos de Egipto, se consideraban señores y propietarios de los templos de Asia Menor. No habrían dudado, si les hubiese parecido oportuno, establecer impuestos sobre los templos de Asia Menor, apoderarse de partes importantes de su tierra y regalarlas a sus favoritas o distribuirlas entre sus soldados, otorgar o rehusar reconocimiento de sus *asylia*, o pedirles grandes sumas de dinero en casos de apuro (282). Se sabe de casos en que trataron de «urbanizar» los templos, es decir, de disponer la subordinación obligatoria de un templo indígena a una ciudad griega, tal como se había hecho en algunas ciudades griegas antiguas de Asia Menor. Nuestra información es escasa y se presta a diversas interpretaciones, pero lo que sigue está entre los casos mejor atestiguados. He mencionado la posibilidad de que el santuario de Apolo Laerbeno se uniera a la ciudad Hierápolis ya en época de los seléucidas, y no posteriormente bajo los reyes de Pérgamo y los romanos. Antioquía de Pisidia pudo haber recibido la tierra a ella asignada a expensas del templo de Men Ascaeno, que se encontraba cerca de la ciudad*[1]. Estratonicea de Caria, fundada por Seleuco I y denominada así en honor de su primera mujer, en aquella época esposa de Antioco I, pudo haber sido originariamente una κατοικία militar*[2] y probablemente le había asignado algunos pueblos que pertenecieron al σύστημα Χρυσαορικόν, es decir, el grupo organizado o anfictionía de pueblos cuyo centro era el templo de Zeus Crisaoreo. El templo-estado de Castabala de Cilicia pudo haber sido transformado en una ciudad semigriega con el nombre de Hierápolis (283).

Se plantea la cuestión de si los hechos anteriormente narrados denotan la adopción por parte de los seléucidas de una política deliberada hacia los templos, o deben ser considerados como medidas aisladas dictadas en algún caso urgente. Las fuentes son escasas, pero esto ocurre en todos los aspectos de la historia se-

---

*1 Estrabón, XII, 3, 31; pág. 557, y 8, 14, pág. 577.

*2 Íd., XIV, 2, 25, pág. 660; cf. Esteban de Bizancio, en su voz.

léucida, y los hechos, a mi entender, son elocuentes. Seleuco y sus sucesores nunca ofendieron los sentimientos religiosos de sus súbditos, pero mientras fueron fuertes y tenían confianza en sí mismos, no toleraron ninguna insubordinación o excesiva autonomía. Por su trato hacia los templos, sobre todo disponiendo a veces de las tierras de los mismos, les hicieron ver con toda claridad que se les consideraba parte del Estado, unidades administrativas como los pueblos, y nada más. Si gozaban de ciertos privilegios, era con permiso de los reyes. Ésta parece haber sido siempre la política de los seléucidas. En tiempos más difíciles, en períodos revueltos, bajo Seleuco II y Antioco III, la situación cambió. Como en Egipto, los templos, y lo mismo las ciudades, lucharon por alcanzar una mayor independencia. El resultado fue la aparición de tiranías o «dinastías» en las ciudades y de gobiernos del mismo tipo en los templos, donde el papel de los dinastas era desempeñado por los grandes sacerdotes.

Latifundios. Toda la tierra real que no estaba en posesión de los templos y no fue vendida o dada a las ciudades o a personas particulares que la incorporasen al territorio de alguna ciudad, conservó su primitiva estructura económica y social. La mayor parte de esta tierra en la época persa constaba de latifundios de los barones locales. Cuando se estableció el dominio seléucida, algunos de estos latifundios fueron dados a nuevos barones macedonios o griegos, y otros fueron administrados por oficiales de las finanzas del rey. Probablemente en ambos casos se conservó la estructura de los latifundios. La mayor parte de la población se concentró en casas de campo fortificadas —como el castillo de Tubías, en tierra de los amonitas—, a las que en la inscripción de Laódice*[1] y en la de Magnesia*[2] se las conoce con la palabra anatólica *bãris*. También se les daba el nombre de *tyrsis* (quizá palabra hitita), y en griego se les denominaba *pyrgos, tetrapyrgion, aule, epaulion,* etc. (284). Alrededor de la casa de campo estaban los pueblos *(mandrai)* de los indígenas. Sus habitantes y cultivadores de la tierra a su alrededor se hallaban, sin duda, *adscripti glebae* o *adscripti vicis* y estaban obligados a entregar al propietario del fundo una cierta cantidad de la cosecha, o un pago fijo en dinero o especie, y también, probablemente, una cierta cantidad de trabajo. Carecemos de una información más

*[1] *O. G. I.*, 228; Welles, *R. C.*, 36.
*[2] *Inschr. v. Magn.*, 122 *d*, 4.

exacta sobre las obligaciones de los habitantes de los pueblos. La palabra técnica empleada por la administración para designar a estos habitantes era, como en el Egipto y en la Siria tolemaicos, λαοί o λαοί βασιλικοί. Es de lamentar que sepamos tan poco de ellos. Sin duda no eran esclavos; poseían, por ejemplo, una cierta libertad de movimientos y probablemente una especie de organización corporativa. Pero, sin duda también, eran siervos, es decir, vinculados a su pueblo y a la parcela que cultivaban. Ellos y sus ajuares iban con la tierra y el pueblo si éstos se vendían (véanse págs. 467 y sigs.). No sabemos hasta qué punto eran protegidos por su real señor contra los tenedores temporales de los feudos reales, y contra la administración real. Un pasaje aislado* puede interpretarse como alusivo a un juez que hace justicia a los βασιλικοί (es decir, λαοί) de la Eólide (δικαστὴς βασιλικῶν τῶν περὶ τὴν Αἰολίδα) probablemente en nombre del rey de Pérgamo. Sin embargo, si con Meineke leemos δικαστὴν βασιλικόν en vez de δικαστὴν βασιλικῶν o suplimos πραγμάτων después de δικαστήν (como sugiere C. B. Welles), podemos interpretar el texto como relativo a uno de los jueces reales de la Eólide, quien, como los jueces reales de Dura anteriormente mencionados (pág. 460), actuaba como juez tanto para los griegos como para la población indígena de la Eólide, especialmente en los casos que afectaban a los intereses del rey. Con toda probabilidad, los partos de Dura y los reyes de Pérgamo tomaron esta institución de los seléucidas.

Aquí se plantea la misma cuestión que con respecto a los templos. ¿Siguieron los seléucidas una política definida en su trato con el territorio real y los siervos súbditos que cultivaban el suelo? Los seléucidas nunca tuvieron presente respecto a los siervos súbditos —lo mismo que respecto a los templos— ninguna reforma radical, tal como una emancipación completa de los siervos y su transformación en pequeños propietarios. No podemos decir hasta qué punto mejoraron su condición por la legislación, ordenanzas especiales o concesiones (φιλάνθρωπα). A diferencia de los λαοί de Egipto, los siervos de Asia Menor eran pasivos y silenciosos, y hasta la época de Aristónico no hubo estallidos de descontento. Esto quizá pueda interpretarse como un signo de que los seléucidas les demostraban alguna consideración; pero, por otra parte, puede atribuirse también a que las circunstancias

* Demetrio de Escepsis, en Ateneo, XV, 697 D.

no eran las mismas en Asia Menor que en Egipto, pues en Asia Menor los λαοί vivían en pequeños grupos casi aislados.

Hay un aspecto en el trato de la tierra real bajo los seléucidas que requiere discusión. Me refiero a los frecuentes casos en que esta tierra, después de la venta o donación, alteraba completamente su régimen jurídico y se transformaba en tierra de ciudad. Cuando esto ocurría, los λαοί podían también cambiar su designación oficial, si no su situación jurídica, y en vez de ser λαοί podían transformarse en πάροικοι o κάτοικοι de la ciudad. Sabemos muy poco de esta última clase: no podemos decir, por ejemplo, si hubo en la época seléucida una división exacta entre ellos y los λαοί, si los πάροικοι y los κάτοικοι tenían, como habitantes de ciudades, más libertad personal que los λαοί; si sus obligaciones económicas eran menos duras, si tenían su propia organización económica, si estaban sujetos a las leyes de la ciudad a la que estaban adscritos, y si eran tratados de la misma manera que los μέτοικοι, πάροικοι y κάτοικοι, residentes en la ciudad. La suerte ulterior de los λαοί será estudiada en los capítulos siguientes (285).

La estructura social y económica de la Siria seléucida, Mesopotamia, y Parapotamia, antes de la urbanización de estas regiones por Alejandro, Antígono, Seleuco y sus sucesores, es menos conocida que la de Asia Menor. Debe recordarse que en el período que nos ocupa, Fenicia, con sus condiciones peculiares, y Palestina, incluyendo las ciudades costeras y Transjordania, no formaron parte del imperio seléucida (véanse págs. 338 y sigs.).

Como el interior de Asia Menor, la Siria seléucida, Mesopotamia y Parapotamia eran regiones de templos-estados y pueblos. Las pocas ciudades que llegaron a ser ricas y populares como centros agrícolas, de comercio caravanero e industria —Damasco, Hamat, Halab, Emesa, Edesa, Nisibis y otras— son muy poco conocidas. Tenían una larga historia detrás de ellas y en el curso de ésta su régimen político había cambiado repetidas veces. Pero en ninguna de las fases de su evolución se trazó una línea divisoria en su organización entre estado y dios, entre palacio real y templo. Las ruinas de las ciudades muestran claramente que el templo principal fue el rasgo dominante en su aspecto externo. En algunos de ellos el templo conservó permanentemente el papel director. Emesa, por ejemplo, siguió siendo un templo-estado y un templo-ciudad, a pesar de todas las vicisitudes sufridas hasta finales del imperio romano. Nunca recibió un nombre griego o macedónico. Estos templos-estados, como en Asia Menor, eran

de distinta importancia y diferente renombre. El templo de Atargatis de Bambice recuerda los grandes templos-estados de Asia Menor, mientras que los templos y pueblos de Betocece o de Doliquea son muy parecidos a los templos-pueblos de que ya he hablado en la misma región (286).

Por desgracia, las ruinas helenísticas y romanas excavadas en Siria y Mesopotamia son pocas. Sólo mediante excavaciones sistemáticas podemos esperar la consecución de información referente al régimen jurídico de los templos-ciudades, templos-pueblos y pueblos de Siria y Mesopotamia en las épocas prehelenística, helenística y romana. En lo que respecta al período de que tratamos, la principal cuestión planteada es la que se refiere, en primer lugar, a la actitud de los primeros seléucidas hacia los templos, los templos-ciudades, los templos-pueblos y los pueblos, y en segundo lugar la que atañe a las relaciones entre las nuevas ciudades griegas y las antiguas ciudades y pueblos indígenas.

Respecto a los templos y templos-ciudades, algunos hechos aislados pueden servir de ilustración a la política seléucida. He mencionado anteriormente que en Betocece uno de los primeros seléucidas transformó la ciudad sagrada del dios en feudo de uno de sus funcionarios, y uno de los últimos seléucidas la restituyó al dios. En todos los demás aspectos, los seléucidas no se inmiscuyeron en la vida interna del templo y lo dejaron en quieta posesión de sus ingresos. Los ingresos del templo los gastaban, por lo común, el gran sacerdote (que era nombrado por el dios) en sacrificios mensuales y otros fines que aumentaron la fama del santuario (287).

Por lo que hace a los antiguos templos-ciudades de Siria, sabemos que algunos fueron reconstruidos según modelos griegos y recibieron nombres también griegos de los Tolomeos y seléucidas. De este modo, el venerable templo-estado de Bambice fue llamado Hierápolis, probablemente en época de Seleuco I*; Halab recibió, probablemente en la misma época, el nombre de Beroea; Damasco, como su plano demuestra, fue reconstruida según modelos helenísticos, quizá bajo los Tolomeos, y pudo haber recibido un nombre griego; Hamat probablemente recibió su nombre griego de Epifanía en fecha posterior, bajo Antioco IV. ¿Significa esto en todos los casos que fue añadido un cuerpo de griegos y macedonios a la antigua población del templo-ciudad, que la ciudad y el templo no sólo fueron reconstruidos, sino tam-

---

* Eliano, *De Nat. An.*, XII, 2.

bién organizados según modelos griegos, y que los pueblos del templo se hicieron dependientes de la ciudad en vez de serlo del templo? Cito estas posibilidades para demostrar lo poco que sabemos y la cantidad de nuevos conocimientos que es de desear lleguemos a poseer.

De un modo parecido, respecto a los pueblos asignados a las ciudades, es decir, incluidos en el «territorio» ciudadano (como hemos visto que ocurrió en Europos), podemos preguntar cuál era el régimen jurídico de los cultivadores del suelo antes de la conquista de Alejandro; si eran siervos u hombres ligados a los pueblos como en Asia Menor; cuál era su régimen jurídico después de que el pueblo había pasado a formar parte del territorio de la misma ciudad, y cuál era, bajo los seléucidas, el régimen jurídico de estos pueblos cuando no eran asignados al territorio de una ciudad y no formaban parte de templos-estados.

Sabemos que tanto en la Siria tolemaica (véanse págs. 338 y siguientes), como en Egipto y Asia Menor, los labradores indígenas eran llamados λαϊκὰ σώματα o λαοί. Pero el nombre sólo no ilumina su situación jurídica. Hemos visto que no hay indicación de que en Fenicia los λαοί fueran siervos u hombres vinculados, pero tampoco hay indicación de que no lo fueran.

Tenemos copiosa información sobre los pueblos de Siria y Mesopotamia en la época romana. Algunos fueron incluidos en los territorios urbanos, otros no. En ninguno encontramos traza de servidumbre: los habitantes de estos pueblos eran hombres libres, súbditos de los emperadores romanos. Tampoco hay muchos ejemplos de una organización teocrática. La administración de la mayoría de los pueblos no era teocrática en absoluto, sino una especie de combinación de la organización tribual con la de la ciudad-estado griega. La mayor parte de nuestra información, sin duda, se refiere al Haurán, que fue transformado por el gobierno imperial romano de un país de pastores y tribus seminómadas, en un país de ciudades y pueblos. Pero lo poco que sabemos de los pueblos en el norte de Siria, en la antigua Siria seléucida, y en Mesopotamia en la época romana, demuestra que fueron organizadas en gran parte según los mismos principios que el Haurán. Es una sugerencia natural la de que la organización de los primeros pueblos fue la que sirvió de modelo para la organización del último (288).

Así, pues, es probable que paralelamente a las ciudades de tipo oriental, y de los templos-estados de distintas dimensiones

hubiera en Siria y Mesopotamia, como en Palestina, miles de pueblos con una población de labradores libres, siendo cada pueblo una organización semitribual. No sabemos si los seléucidas heredaron esta organización y la conservaron inalterada.

Tampoco hay testimonio alguno de la existencia en estas partes del reino seléucida de latifundios reales con pueblos habitados por siervos o vasallos reales.

La situación de Babilonia era diferente de la de Asia Menor y Siria. Babilonia tenía gloriosas tradiciones, una larga historia y una civilización peculiar y refinada, un culto y una religión muy elaboradas, una estructura social y económica bien establecidas, y un derecho muy elaborado. Ya me he referido a su actitud hacia los templos babilónicos. Es bien sabido que mostraron no menos respeto por la vida intelectual relacionada estrechamente con los templos. Beroso de Babilonia es el gemelo de Manetón de Egipto, y los babilonistas tienen mucho que decir sobre el renacimiento del saber babilónico en el período seléucida (289).

Muchas tablillas de arcilla con documentos mercantiles en ellas escritos, algunos sobres de arcilla para documentos en pergamino y papiro con sellos en ellas impresos, varios sellos de arcilla aplicados a los documentos y unos cuantos ladrillos inscritos —material que he citado y en parte usado anteriormente (págs. 406 y sigs. y nota 220)— nos dan una bella estampa de la vida religiosa, política, social y económica de Babilonia, particularmente de Uruk ("Ορχοι), el venerable centro del saber babilónico al que los primeros seléucidas infundieron nueva vida.

Las tablillas cuneiformes se refieren en su mayor parte a los templos y sacerdotes de Babilonia y Uruk. Excepto algunos textos literarios de gran interés, son documentos de negocios que se refieren a transferencia de propiedad por venta, donación, cambio, división de varios trozos de propiedad de tierra, casas, esclavos «beneficia» (γέρα en la terminología tolemaica); y registran los nombres y sellos de las partes y los testigos. Todas fueron escritas por escribas profesionales, los mismos sacerdotes. El derecho en ellas aplicado era el «derecho cuneiforme» tradicional, término usado por los babilonistas modernos para designar el derecho babilónico antiguo, que fue algo transformado en el período neobabilónico y persa (290).

Los sobres y sellos de arcilla se empleaban para los documentos en pergamino y papiro, que al parecer eran depositados en los archivos del templo para su segura custodia. Las partes que ne-

gociaban las distintas clases de negocios y los testigos están representadas sólo por sus sellos. No conocemos sus nombres. Ni siquiera conocemos exactamente el carácter de los documentos que guardaban ni las formas legales que se usaban. Pero el empleo de pergamino y papiro para la escritura, el uso probable del griego y el arameo, ambos lenguas francas en Siria y Babilonia, familiares a la mayoría de los habitantes más o menos desnacionalizados de estas regiones, y también el estilo de las impresiones y el carácter de las figuras impresas, en parte griegas y en parte babilónicas, sugieren que las partes del documento y sus testigos pertenecían a la población mezclada de las ciudades babilónicas, en las que el elemento griego estaba fuertemente representado. La misma impresión dan los nombres y sellos de los testigos en las tablillas cuneiformes (291). He mencionado antes que los sobres y sellos llevan impresiones que atestiguan el pago por las partes de ciertos impuestos reales y que esto nos permite conjeturar el carácter de algunas de las transacciones de negocios (paginas 445 y sigs.).

Finalmente, las inscripciones en los ladrillos de Uruk dan testimonio de la fecha de reconstrucción de sus templos y los nombres y títulos de quienes ordenaron la reconstrucción.

Una combinación de los datos proporcionados por el material descrito nos permite formarnos idea cabal de la Uruk helenística. Las inscripciones sobre ladrillos de los templos proyectan luz sobre la constitución de la ciudad en los primeros años del helenismo. Nos informan de que los templos fueron construidos por dos miembros probablemente de una rica familia de Uruk, que ocupó altos puestos en la administración de la ciudad en los reinados de Antioco II o Seleuco II y Antioco III. En 243 a. de J. C. (bajo Seleuco II) Anu-ubalit, «a quien Antioco, rey de los países (Antioco Teos), dio como segundo nombre Niquigurgusa (Nicarco)», era el *shanu* («segundo oficial», como traduce A. T. Clay) de Uruk. Más tarde, en 201 a. de J. C. bajo Antioco III, un individuo del mismo nombre, que acaso pertenecía a la misma familia, Anu-ubalit, cuyo otro nombre es Cefalón, es llamado «el gran señor de la ciudad de Uruk» en las inscripciones de los ladrillos que empleó en reconstruir el templo de Anu y Antún. Los títulos que aparecen en los ladrillos no son necesariamente, como se inclinan a creer los eruditos modernos, traducciones de los títulos griegos, siendo el segundo equivalente al epístate o estratego griego. Sin embargo, es cierto que los dos oficiales, si

no nombrados por el rey (como es probable), por lo menos actuaron en calidad de gobernadores de la ciudad con la aprobación de su señor supremo. Parece, pues, que Uruk en los primeros tiempos seléucidas no fue una *polis* griega, esto es, que no se le impuso una constitución griega o semigriega como resultado del establecimiento de inmigrantes griegos o helenizados en la ciudad. Uruk probablemente mantuvo bajo los seléucidas su antigua constitución, lo mismo que conservó también su antiguo nombre (292).

Es interesante observar cuán leales eran los magistrados principales de la ciudad a los monarcas de la época, y lo honrados que se sentían por su confianza. El primero de ellos cita con orgullo que el rey le concedió el privilegio de añadir un nombre griego al suyo babilónico. Esto, probablemente, quiere decir que el favor cambió el estado social, si no el político, del recipiendario. Ahora era uno de los «helenos», cualquiera que fuese el significado político de este término. Más tarde, en el reinado de Antioco III, el segundo Anu-ubalit no menciona ningún permiso especial del rey para usar un nombre adicional, ya porque no se requería este permiso, ya porque el privilegio era hereditario (293).

Si Uruk en el primer período seléucida no fue una *polis* griega y si más tarde, todavía, en tiempos de Antioco III, no había recibido este privilegio, lo poco que sabemos de la ciudad adquiere un doble interés, ya que por primera vez nos da algunos cuadros de la vida de una ciudad indígena en la época helenística. Los templos, como atestiguan las tablillas cuneiformes, mantuvieron su organización y actividades tradicionales y contrataron negocios según el derecho babilónico. No necesitamos más descripciones: sería tan sólo repetir el cuadro familiar de la vida en otras ciudades babilónicas de época anterior y posterior.

Sin embargo, en la ciudad residía un grupo más o menos numeroso de extranjeros que tomaban parte activa en sus negocios y en los del templo. La población era, según parece, de carácter mixto. Es chocante encontrar, por ejemplo, a un griego llamado Nicanor, hijo de Demócrates, consagrando una esclava a Anu y Antún como ofrenda por la vida del rey, su propia vida y la de los individuos de su familia (294).

Con la dominación griega vinieron los impuestos griegos y los funcionarios del fisco griegos. Por medio de ellos pagaban los impuestos al *basilikon*, probablemente todos los habitantes de la ciudad, griegos e indígenas (295). El templo y los sacerdotes

parece que gozaron de algunos privilegios a este respecto. Al mismo tiempo apareció en el mercado el dinero griego, y las leyes reales regularon ciertos aspectos de la actividad mercantil (296).

Con las ciudades indígenas de Babilonia los seléucidas fueron, pues, muy liberales. Dejaron las cosas como estaban y no mostraron tendencias helenizadoras. El proceso de helenización, es decir, de penetración de los griegos, siguió su curso natural en la ciudad babilónica de Uruk.

Con todo, por liberales que fuesen en su respeto por la tradición babilónica, los seléucidas se consideraban sucesores de los antiguos gobernantes de Babilonia, como amos y propietarios del país. Probablemente nombraban los gobernadores de las ciudades, tanto griegas como indígenas; se mantuvieron vigilantes sobre las actividades económicas de los templos (297), recaudaron de la población los impuestos tradicionales y además los impuestos reales, que pudieron haber sido, por lo menos en parte, nuevos, y para este fin emplearon a sus propios funcionarios. Se consideraban propietarios de la tierra de Babilonia y, como tales, se sentían libres para asignar tierra babilónica (incluso tierra que pertenecía a templos y ciudades) a sus *poleis* y de otorgar porciones de ella a miembros de la casa real y probablemente a sus funcionarios, tanto altos como bajos (véase pág. 468).

Respecto a la política de los seléucidas en sus satrapías iranias, no tenemos fuentes. He hablado de las ciudades allí fundadas por Seleuco y Antioco I, pero no hay documentos que nos muestren el carácter de estos establecimientos. Tampoco estamos informados sobre el modo de vida de la nobleza y la clase media iranias, o de los labradores y siervos. Con toda probabilidad, fue la misma que encontramos bajo los primeros sasánidas. Los documentos de Avromán no son característicos: pertenecen a la época de la dominación parta y probablemente reflejan la vida de los clerucos iranios helenizados del período seléucida. Más ilustrativos son algunos hechos aislados relativos a la historia de ciudades tales como Persépolis y países semindependientes, como Persis. Ofrece gran interés lo que dice Herzfeld (*Arch. Hist. of Iran*, 1935, págs. 45 y sigs.) sobre los *fratedara*, los guardianes del fuego sagrado en Persépolis (véase pág. 410).

Las numerosas tribus árabes de los desiertos sirio y mesopotámico, con sus jeques (φύλαρχοι), no eran súbditos, sino sólo vasallos de los primeros seléucidas. Volveré sobre ellos en los

capítulos siguientes. Para el primer período seléucida las fuentes a ellos referente son muy escasas (298).

Éstos son los rasgos principales de las condiciones que prevalecían en las diversas satrapías del imperio seléucida. Las principales realizaciones de la política seléucida fueron éstas: el establecimiento de una administración uniforme; la introducción de una tributación sistemática y todo lo uniforme posible; la formación de un ejército y una marina reales bien organizados; la construcción y mantenimiento de una red de buenos caminos entre las distintas satrapías; la adopción de medidas destinadas a proveer moneda abundante y de confianza; una cierta regulación de las pesas y medidas, y finalmente, la introducción de una datación y un calendario uniformes (la era seléucida), que no sólo ha valido dentro del imperio, sino que fue adoptada por muchos de sus vecinos y que aún se usa en algunas partes del Oriente Próximo. El objeto principal de estas medidas fue reunir las diversas partes del imperio en un sólido organismo.

c) *Los griegos y los indígenas; helenización y orientalización*

Una consecuencia de esta política de unificación, o más bien parte de ella, fue el esquema de construir ciudades y atraer colonos griegos y macedónicos a sus dominios. Ya he dado mi opinión sobre las aspiraciones generales de esta política helenizadora de los seléucidas. El resultado de ella y de su actitud hacia los habitantes indígenas fue un cambio notable en el aspecto social y económico de su imperio.

El cambio más importante fue debido a la formación de un estrato grecomacedónico sobre los indígenas, estrato estrechamente relacionado con el rey y poseedor de privilegios mayores o menores y de una posición más alta que la de los antiguos habitantes. A la cabeza de esta clase estaba la nueva aristocracia del reino. Ante todo, los miembros de la casa real (οἶκος): la familia del rey y su corte, cada uno de cuyos miembros tenía su propia casa. Estos cientos de casas incluían no sólo familias, amigos y clientes, sino también una gran masa de esclavos. Junto a éstos, y en parte identificados realmente con ellos, venían los altos funcionarios. Todos estos hombres y mujeres eran muy ricos, y algunos adquirieron inmensas fortunas. De la riqueza de los miembros de la familia real tenemos un ejemplo en el latifundio de Laódice en la Tróade y en la tierra regalada a ella y sus

hijos en Babilonia, regalo del que nunca se preocupó. También hubo en la primera época de los seléucidas hombres ricos que no pertenecían a la familia real, tales como Aristodicides, Meleagro y Ateneo en la época de Antioco I, su contemporáneo Larico de Priene (véase pág. 153), el Mnesímaco de la inscripción de Sardes, el Demetrio de la inscripción de Betocece. En una fecha posterior, Hermias el Cario, el gran visir de Antioco III, era bastante rico para pagar tropas cuando el mismo rey, en la época de la insurrección de Molón, carecía de medios para hacerlo. Dionisio, el epistológrafo de Antioco IV, podía enviar miles de esclavos a tomar parte en una procesión en Dafne, con sendos platos de plata en las manos, de un valor de varios miles de dracmas o más. Al lado de estos grandes funcionarios podemos incluir, sin temor a dudas, entre la nueva aristocracia los mercaderes de las grandes ciudades comerciales, algunos de los cuales, por lo menos, eran de origen griego y macedónico.

Al lado de los grandes del imperio estaba el ejército permanente estacionado en las capitales del reino, especialmente en Antioquía del Orontes, Apamea y el campamento militar cerca de Seleucia del Tigris (más tarde Ctesifonte), y en muchas fortalezas militares. También se colocaron fuertes guarniciones en algunas de las más importantes ciudades griegas de Asia Menor. Los oficiales y soldados del ejército permanente recibían paga regular, vivían cómodamente en cuarteles o en casas particulares en las ciudades (σταθμοί), y utilizaban su estado privilegiado para mejorar las condiciones de su vida a expensas de las ciudades en que estaban estacionados.

Mucho más numerosos eran los nuevos hidalgos macedónicos y griegos dispersos por todo el imperio, parte en las ciudades griegas y macedónicas recientemente creadas y parte en las antiguas ciudades y pueblos anatólicos, semíticos e iranios. Entre éstos, un grupo importante lo formaban los funcionarios reales civiles, miembros de la nueva burocracia seléucida, la mayoría de los cuales estaba empleada como tasadores y recaudadores de impuestos. Los contratistas de impuestos, aunque eran hombres de negocios particulares, ocupaban, sin duda, una posición semioficial. Más numerosos eran los colonos seléucidas, los macedonios y griegos con algunos orientales, asentados en las colonias seléucidas. La mayor parte recibía del rey parcelas de tierra tomadas a los indígenas. Estos colonos se transformaron, por lo menos desde el punto de vista económico, en un cuerpo privilegiado, una

clase de propietarios acomodados. Finalmente, muchas ciudades griegas y orientales llegaron a tener entre sus residentes colonos independientes que habían emigrado de la Grecia continental, las islas, Asia Menor y distintas partes del imperio seléucida: filósofos, eruditos, profesores, doctores, abogados, artistas, artesanos, mercaderes que buscaban negocios provechosos en el nuevo mundo. Estos inmigrantes no gozaban de privilegios legales especiales, pero eran parientes de los griegos y macedonios privilegiados y se aprovechaban de ello.

La aristocracia y la burguesía griegas eran elementos nuevos añadidos a las clases correspondientes de la antigua población, indígenas de distintos grados de riqueza, de los que había probablemente muchos en Babilonia, en las ciudades caravaneras de Siria y en Asia Menor. Indudablemente los seléucidas mantenían cordiales relaciones con la clase superior de los orientales, y su política a este respecto recuerda la de los Tolomeos en Siria y Palestina. En relación con ello puedo recordar lo que ya he dicho anteriormente (pág. 339) sobre la actitud adoptada por Soter y Filadelfo hacia sus amigos y partidarios en Fenicia (especialmente Sidón), Palestina y Transjordania.

Algunos de estos indígenas acomodados, miembros de la clase superior en el pasado, gozaban de la confianza de los amos del día, y como agentes del gobierno desempeñaban un papel importante en la vida de sus propias ciudades. Puedo recordar al lector los dos hombres llamados Anu-ubalit —Nicarco y Cefalón— de Uruk. No sabemos qué grado de cordialidad existía entre la clase superior de los indígenas y los extranjeros. En la última época —por ejemplo, en Europos (Dura)— eran comunes los matrimonios entre familias acomodadas de griegos e indígenas. En Fenicia y Palestina la clase superior de las ciudades estaba en alto grado helenizada, como se ve, por ejemplo, en el caso de Filocles, rey de los sidonios, y de algunos sidonios mencionados en una inscripción de Sidón y en la correspondencia de Zenón; también por las tumbas de Marisa, por una parte, y por las fuentes históricas que se refieren a la Palestina tolemaica y seléucida, por otra.

Al extender sobre sus dominios una red de colonos griegos, cuyos habitantes pertenecían a la misma nacionalidad y hablaban la misma lengua que ellos, los seléucidas, inevitablemente, hicieron del griego la lengua oficial de su imperio, siguiendo en este aspecto las tradiciones de Alejandro. Por la misma razón se

hizo la lengua de la administración y de la recaudación de impuestos por todo el imperio, y asimismo la lengua del ejército y de la marina. Dado que los grecomacedonios eran en su mayor parte acomodados y tomaban parte activa en la vida económica del país, naturalmente el griego empezó a competir con el arameo como lengua del comercio y tendió a transformarse en lengua franca del imperio. El griego sacó ventaja del hecho de ser la lengua usada en el comercio con el Oeste y el Norte. Finalmente, las transacciones comerciales, en las que una parte era griega y la otra indígena, en la mayoría de los casos fueron reguladas, naturalmente, por la ley griega y registradas en documentos legales griegos, y los pleitos que originaban tales transacciones se vieron, por regla general, ante jueces reales griegos. De esta manera, los indígenas se familiarizaron con el derecho griego y las fórmulas y documentos legales griegos, y adoptaron éstos de cuando en cuando, incluso en transacciones con sus propios compatriotas.

De esta manera, sin presión ni coacción, y no como resultado de una política, se llevó a cabo un alto grado de helenización que afectaba principalmente a las ciudades y a las clases medias y superiores de éstas. Los esclavos empleados por los griegos, y probablemente muchos miembros de la clase libre trabajadora en las ciudades, se helenizaron también fácilmente. Pero dudo muchísimo de que el griego hiciese progreso alguno en templos y pueblos. Incluso en las ciudades, la burguesía indígena no usaba el griego exclusivamente. Ya en los primeros siglos antes y después de Jesucristo, una ciudad como Palmira usaba conjuntamente el griego y el arameo (Palmireno), y en Europos no son raras las inscripciones palmirenas del mismo período (299).

La helenización hizo notables progresos en la primera época seléucida, pero mano a mano con ella se desarrolló un proceso de orientalización. El poder persuasivo de las religiones y cultos locales, el esplendor y *pathos* de las ceremonias en los templos, el misterio de los cultos extraños, la *interpretatio graeca* de los dogmas orientales, el encanto de las mujeres orientales, todo ello llamó poderosamente los sentimientos de la población griega y siria de Asia Menor. Poco a poco, los colonos griegos se hicieron adoradores de los dioses locales, a los que llamaban con nombres griegos. En el siglo I d. de J. C. había en Europos (Dura) muchos templos de dioses locales que llevaban nombres griegos, pero durante doce años de excavaciones sistemáticas no se descubrió

un solo templo puramente griego. Es más: dos templos de dioses griegos fueron transformados por esta época en templos orientales. Hay que añadir que uno de estos templos fue primero construido (en el período helenístico) no según un plano griego, sino grecooriental, aunque probablemente fue dedicado al gran dios Zeus Olímpico, griego, pero orientalizado. El proceso de orientalización pudo haber empezado muy temprano en la Siria y Mesopotamia seléucidas.

Un factor muy fuerte en la orientalización de los griegos fueron los matrimonios mixtos. Nuestra información sobre este punto es muy limitada; no nos ayudan los nombres dobles —griego y babilonio— en Uruk. No hemos sacado ningún testimonio directo en Europos (Dura). En el documento en pergamino más antiguo encontrado allí (190 a. de J. C.) las partes interesadas y los funcionarios reales son griegos y macedonios. Después viene un gran vacío en las fuentes hasta el siglo I d. de J. C., cuando la clase superior de los habitantes de Europos parece ser de origen mixto. La mayor parte de las mujeres tienen nombres semíticos, y algunas, probablemente, eran de origen semítico. Los hombres conservan en su mayor parte los nombres ancestrales macedónicos y griegos, pero se les representa en traje oriental y adorando a dioses orientales. En Seleucia, los pocos nombres de mujeres que aparecen son todos griegos, pero con una excepción (300).

No podemos decir hasta qué punto la helenización afectó a la marcha general de la vida económica en Siria, Mesopotamia y Asia Menor. Ya he estudiado el progreso hecho en el uso de la moneda, como medio de cambio. Diré unas cuantas palabras más adelante, en esta sección, sobre la industria. Pero el tema más importante —la agricultura— sigue siendo oscuro. Nos gustaría saber si los grandes fundos de los griegos en Asia Menor y Siria se parecían al *dorea* de Apolonio, y si los propietarios intentaron helenizar su administración. La inscripción de Mnesímaco citada y estudiada anteriormente más bien sugiere que los fundos fueron cultivados al modo antiguo por labradores que cultivaban el suelo, guardaban el ganado y cuidaban los huertos y viñas de generación en generación de la misma manera. El cambio de propietario no significaba para ellos más que un cambio de señores, de amos, a los que tenían que pagar la renta y por los que eran obligados a trabajar. Las inscripciones de Laódice y Aristodicides dan la misma impresión. Nadie que compare estos docu-

mentos con la correspondencia de Zenón dejará de notar la diferencia entre ellos.

Se plantean otras cuestiones: si las condiciones anteriores predominaban en las tierras de los miles de clerucos de todo el imperio seléucida; si estos macedonios y griegos eran señores absentistas para quienes sus tierras eran cultivadas por esclavos, siervos y arrendatarios locales a la manera tradicional; o si cuidaban personalmente de sus *cleroi*, si no haciendo ellos mismos la obra agrícola, por lo menos vigilándola activamente y empleando sus propios métodos de cultivo y administración. Las contestaciones a estas cuestiones pueden ser dadas por ulteriores descubrimientos en Mesopotamia y Babilonia.

5. *LAS CIUDADES-ESTADOS GRIEGAS NO FUNDADAS POR LOS REYES*

Una parte considerable del Asia Menor seléucida constaba de ciudades-estados griegas con sus respectivos territorios, que variaban en extensión según la importancia y la historia de cada uno. Algunas de estas ciudades-estados, de los que ya he hablado, fueron fundadas de nuevo por Alejandro, Antígono, Seleuco y sus sucesores. Pero las más importantes tenían detrás una larga historia cuando fueron incorporadas por los seléucidas a su imperio. Ya me he referido a la dificultad experimentada por Alejandro y sus sucesores al establecer sus relaciones con estas antiguas ciudades griegas, y he manifestado lo poco que sabemos de su política sobre este punto. Pueden decirse aquí unas cuantas palabras sobre la política de los seléucidas respecto a ellas. La cuestión es de gran importancia para el estudio de la vida social y económica de su imperio.

La posesión de las ciudades griegas antiguas de Asia Menor, especialmente de las de la costa, eran de gran valor para los seléucidas: 1) Primeramente y sobre todo, aumentaban su prestigio político internacional. 2) En segundo lugar, eran importantísimas desde el punto de vista estratégico. 3) Además, servían para relacionar el imperio seléucida con el mundo griego y evitaban un aislamiento político y cultural que pronto le daría un carácter oriental. 4) Ponían a disposición de los seléucidas una inmensa reserva de hombres: especialistas de toda clase bien adiestrados, buenos colonizadores para sus nuevas ciudades griegas en Oriente y soldados mercenarios en potencia. 5) Hacían mucho más

fáciles y provechosas las relaciones comerciales entre el mundo griego y el imperio seléucida, porque ciudades como Mileto, Éfeso y Esmirna eran viejos y bien equipados centros de comercio internacional, y las puertas de las grandes rutas terrestres de Anatolia. 6) Finalmente, como las ciudades de Asia Menor eran muy ricas, para los seléucidas suponían un saneado ingreso procedente de los pagos regulares que hacían, además de dejar abierta la posibilidad, en caso de apuro, de meter la mano en su capital acumulado.

Era natural que la política seléucida con estas ciudades anatólicas fuera en conjunto una continuación de la de Alejandro y sus sucesores. La situación no era menos difícil para los seléucidas que lo había sido para sus predecesores. Los seléucidas no podían existir sin las ciudades, y éstas no podían vivir con aquéllos.

Todas las viejas ciudades griegas de Asia Menor se consideraban aún, como en los días de Alejandro y de sus sucesores, potencial y teóricamente libres (ἐλεύθεραι), esto es, estados independientes con su constitución, gobierno y leyes propias (αὐτόνομοι). Estas ciudades se vieron obligadas a someterse al señorío de los reyes, pero reclamaban ser, no sus súbditas, sino cuerpos políticos independientes. Los romanos, cuando intervinieron en los asuntos de Asia Menor, en sus discusiones diplomáticas con Antioco III y en la reorganización de Asia Menor que siguió a su victoria, hicieron una clara distinción entre las ciudades libres y las ciudades súbditas de esa región*. Sin embargo, en este asunto los seléucidas siguieron estrictamente las tradiciones de Alejandro y sus sucesores, y nunca reconocieron como válidas las aspiraciones de estas antiguas ciudades. Las consideraron como súbditas suyas, al margen del punto de vista mantenido por las propias ciudades, porque habían adquirido dominio sobre ellas por sus victorias, «por la lanza». Antioco III insistía repetidamente en este punto, y en esto seguía la política de sus predecesores.

Los seléucidas llamaban a veces a todas las ciudades griegas de su imperio sus aliados (σύμμαχοι), pero a la palabra «alianza» le daban su propio significado, es decir, que las ciudades estaban obligadas a ayudarles con todos los medios a su disposición. Y a

---

* Tito Livio, XXXIV, 57, 10, y Diodoro, XXVIII, 15, 2, por una parte, y Tito Livio, XXXVII, 56; cf. Polibio, XXI, 24; Tito Livio, XXXVII, 55; Diodoro, XXIX, 11, y Apiano, *Syr.*, 39, por otra.

estas ciudades se les suponía hacerlo a consecuencia de su buena voluntad (εὔνοια) y amistad (φιλία) hacia sus soberanos y benefactores (εὐεργέται)*[1]. Aquí los seléucidas mostraban cierta inconsistencia que se refleja en su terminología oficial. De este modo, Antioco I, en una de sus cartas a Meleagro*[2], evidentemente hace una distinción entre las ciudades que pertenecían a la χώρα, esto es, el territorio de los súbditos, y las que estaban en el territorio «aliado» o sinmaquía. Pero en otra carta al mismo Meleagro habla de todas las ciudades como si estuviesen en la sinmaquía*[3]. Esto muestra que para Antioco I el término *symmachoi* era más o menos equivalente al término *socii* usado más tarde por los romanos, y no implicaba la posesión de ningún derecho especial por las ciudades «aliadas».

En el imperio seléucida había algunas ciudades que poseían «libertad» (ἐλευθερία). Las pruebas documentales muestran que esta libertad (donde el término tenía un significado político más o menos preciso y no era usado con fines de propaganda) era un privilegio otorgado por el rey a ciudades particulares, que cada monarca tenía libertad para confirmar o retirar: de vez en vez tenemos noticias de ciudades que piden la «libertad», como, por ejemplo, el κοινόν jonio en el reinado de Antioco I*[4], Mileto en el de Antioco II*[5] y Esmirna en el de Seleuco II*[6]. No sabemos exactamente lo que significaba esta libertad así otorgada. Desde luego, no implicaba una independencia política general, ni derecho alguno a la acción independiente en las relaciones internacionales, excepto en algunos casos raros, cuando los seléucidas se veían obligados a refrenar su insistencia en su derecho de soberanía (como en el caso de Esmirna en el reinado de Seleuco II). Los seléucidas, como he dicho, consideraban bajo su dominio (ὑποτασσόμεναι)*[7], a todas las ciudades de su imperio, difícilmente creo que las ciudades libres fuesen una excepción a este respecto. El rey, por ejemplo, no dudaría en colocar guarniciones en las ciudades libres si se presentaba la

*[1] Véase, por ejemplo, *O. G. I.*, 229, líns. 8 y sigs.
*[2] *O. G. I.*, 221, lín. 45; Welles, *R. C.*, 11, lín. 21.
*[3] *O. G. I.*, 221, líns. 58 y 72; Welles, *R. C.*, 12, líns. 8 y 22 y sigs.
*[4] *O. G. I.*, 222, lín. 17.
*[5] Ibíd., 226, lín. 5.
*[6] Ibíd., 228, lín. 7.
*[7] Polibio, XXI, 43; *O. G. I.*, 231, 1, 25; cf. Welles, *R. C.*, 21, íns. 15 y sig. (Tolomeo II).

ocasión, o en nombrar un epístate como gobernador suyo en una ciudad libre*[1]. Así, pues, «libertad» probablemente no significa más que la autonomía reconocida de una ciudad: el término «autonomía» se usa a menudo como sinónimo de «libertad». Implica el derecho al gobierno autónomo y el derecho de actuar como un cuerpo político, como un «Estado» en las relaciones «internacionales» de las ciudades, teniendo en cuenta que la acción no fuese de importancia. Pudo haber significado, por regla general (las excepciones han sido mencionadas anteriormente), que no había epístates o guarnición en la ciudad.

Seleuco y sus sucesores nunca quitaron a las ciudades su derecho al gobierno autónomo, es decir, el derecho de conservar su propia constitución y sus propias leyes. Probablemente, incluso a las ciudades que fundaron les otorgaron constituciones similares a las que predominaban en Asia Menor. Pero fuesen libres o autónomas o no, la ley fundamental de la administración seléucida, según la cual una orden del rey prevalecía sobre cualquier decisión del pueblo, conservó todo su vigor. El ejercicio frecuente de esta autoridad suprema por parte del rey está atestiguado por una interesante observación de Polibio*[2]. Hablando de la situación en Asia Menor, después de la expedición de Manlio Vulso contra los gálatas y su pacificación, hace notar que las ciudades de Asia Menor apreciaron los beneficios de los romanos aún más que el hecho de haber sido previamente libertadas algunas por ellos de los impuestos, otras de las guarniciones y todas de las órdenes reales (βασιλικὰ προστάγματα) de Antioco III. No vale la pena citar los documentos que ilustran el papel desempeñado por las órdenes reales en los asuntos de las ciudades griegas. La inscripción de Bargilia, por ejemplo, anteriormente mencionada es típica*[3]. La garantía de autonomía debe, pues, ser considerada como una promesa por parte del rey de no hacer cambio alguno en la constitución existente de la ciudad y de no inmiscuirse en sus asuntos menores.

Finalmente, todas las ciudades del imperio seléucida estaban obligadas a hacer pagos regulares al rey (φόρος). Asimismo, solamente por una concesión especial una ciudad particular era

---

*[1] Por ejemplo, en Priene, *Inschr. v. Pr.*, núm. 37, lín. 135, y en Bargilia, *S. I. G.*[3], 426, lín. 46.

*[2] Polibio, XXI, 41, 2.

*[3] *S. I. G.*[3], cf. *Inschr. v. Pr.*, núm. 24.

eximida de los impuestos (ἀφορολογησία, exención). Este privilegio fue otorgado por el rey raras veces, y sólo en circunstancias especiales. Puedo citar los conocidos casos de Eritras, en el reinado de Antioco II*[1], y de Esmirna, en el de Seleuco II*[2]. Ya hemos visto que las ciudades se resistían en gran manera de la obligación de pagar al rey un φόρος, que ciertamente implicaba una especie de intervención en sus finanzas.

De este modo, la posición de la mayor parte de las antiguas ciudades griegas de Asia Menor bajo los seléucidas era que la ciudad conservaba su constitución y sus propias leyes, pero no tenía independencia política y estaba obligada a obedecer los mandatos del rey y a pagar tributos e impuestos al tesoro real. Por consiguiente, había muy poca diferencia por lo que respecta a su relación con el poder central entre las ciudades nuevas y las viejas del imperio seléucida (301).

La sujeción al rey se revelaba con más claridad en el pago del tributo. Esto se ve muy claramente en las quejas expuestas por los enviados de Antioco III a Roma y en el acuerdo romano que después de la batalla de Magnesia las ciudades que antes habían pagado tributo a Antioco serían exentas, mientras que las que lo habían pagado a Átalo continuarían pagándolo a Éumenes (los textos se citan en la página 496).

Es de lamentar que sepamos tan poco de la manera de repartición y pago del tributo. Un pasaje en Filón*[3] habla del pago de un tanto alzado anual, como regla general. Sin embargo, el pago de un tributo no eximía a los ciudadanos del pago de los impuestos reales de los que se ha hablado anteriormente. Como ilustración de lo que allí se ha dicho, puedo citar un decreto de una de las ciudades del Helesponto en honor de Corrago, estratego de aquella región, de la que el difunto M. Holleaux ha dado una interpretación magistral*[4]. Data probablemente de la época en que las ciudades del Helesponto habían pasado de Antioco III a Roma, y, habiendo sido «conquistadas por la fuerza de las armas» y obligadas a rendirse *(deditio)*, habían perdido todos sus derechos y fueron después entregadas por Roma a Éumenes. La situación era desesperada. La guerra había arruinado a la ciudad y a los

---

*1 *O. G. I.*, 223; Welles, *R. C.*, 15.

*2 *O. G. I.*, 228, 7.

*3 Filón, *De spec. leg.*, 4, 212, y 1, 142.

*4 *S. E. G.*, II, 663; M. Holleaux, *Études d'Épigr. et d'Hist. gr.*, II, págs. 73 y sigs.

ciudadanos, que estaban completamente a merced del conquistador. El rey restituye a la ciudad lo que antes había poseído: 1.º Sus leyes y su «antigua constitución». 2.º Los templos y parcelas de tierra sagrada, con fondos para afrontar el coste del culto y de la administración de la ciudad. 3.º Aceite para los jóvenes, y 4.º Todo aquello de que habían gozado antes. Además confirma a los ciudadanos su derecho de poseer la tierra, mientras los que no tenían nada, recibían donaciones de tierra del fundo del rey. Finalmente, exención de todos los impuestos por tres años, que fueron extendidos a cinco a petición del gobernador. Además, el rey hace muchas donaciones, y regalos personales el gobernador.

La inscripción muestra que bajo Antioco III, y probablemente antes, la ciudad gozaba de libertad y autonomía, pero pagaba tributo e impuestos al tesoro real. El rey reintegraba a la ciudad algunos de estos pagos, para los gastos del culto y cosas parecidas. El tesoro también entrega una cierta cantidad de aceite de oliva para las necesidades de las palestras y gimnasios de la ciudad. Era reconocida la propiedad privada de los ciudadanos sobre sus propias fincas y tierras. La tierra real era incluida en el territorio de la ciudad (como en el caso de Priene) o era añadida a él. La ciudad, en su calidad corporativa, poseía templos y sus tierras, pero a lo que parece no tenía otra propiedad rústica.

La misma ordenación de los impuestos puede verse en la carta de Antioco II a Eritras*. La ciudad era eximida de todos los tributos e impuestos, incluso de una contribución especial exigida para la defensa de la ciudad contra los galos. Pero esta exención apenas incluía libertad del pago de los impuestos reales y de los impuestos extraordinarios, como presentes para el rey, «coronas» u «oro para presentes». Probablemente, estos impuestos debían pagarlos tanto las ciudades sujetas a tributo como las exentas de él.

En un período anterior —una época de desgracia y adversidad durante la invasión gálata y la primera guerra siria— otra inscripción de Eritras en honor de Polícrito, hijo de Yatrocles, menciona el gasto hecho por él en relación con la guarnición de la ciudad, otros gastos de la ciudad y εἰς τὰ τῶι βασιλεῖ συμφέροντα, es decir, ciertos pagos que fueron bien recibidos por el rey, que había adelantado sus intereses. Esto puede significar contribuciones extraordinarias impuestas por el rey, o incluso un tributo regular (302).

---

* *O. G. I.*, 223; Welles, *R. C.*,15.

6. *PROSPERIDAD DEL IMPERIO SELÉUCIDA*

No es fácil formarse una idea del grado de prosperidad de que gozó el imperio seléucida bajo el gobierno de Seleuco y sus sucesores hasta la época de Antioco III. Las escasas fuentes que poseemos se refieren sólo a partes del imperio: Asia Menor, Siria y Babilonia. Y las deducciones de ellas sacadas no son las mismas para las distintas satrapías.

Para Asia Menor, el gobierno de Seleuco y de sus sucesores inmediatos difícilmente fue una bendición. La batalla de Corupedión no puso fin a las guerras devastadoras que destruían toda aquella región. El duelo entre los Tolomeos y los seléucidas se desarrolló principalmente, no en Siria, sino en Asia Menor. También debe recordarse que las primeras guerras dinásticas de la casa de los seléucidas afectaron a Asia Menor más que a Siria y que fue en Asia Menor, devastada por los gálatas (véase más adelante), donde las monarquías anatólicas menores, especialmente Pérgamo, llevaron a cabo su lucha por la independencia.

En esta prolongada lucha de los reyes helenísticos, las ciudades más ricas y eminentes de Asia Menor fueron las que más sufrieron. Estas ciudades, como Mileto, Éfeso y Esmirna, pasaron continuamente de unas manos a otras, sufrieron disturbios y dificultades y repetidas veces fueron sitiadas y capturadas. A pesar de los sufrimientos, nunca permanecieron pasivas en la lucha entre las potencias hegemónicas del mundo helenístico, y nunca abandonaron la esperanza de obtener completa autonomía y libertad, que cada potencia combatiente les prometía cuando no estaban en poder de ellas, pero que nunca les otorgaba. Mientras les negaban esta libertad, tanto los Tolomeos como los seléucidas, con el fin de seducir y apaciguar a las ciudades, les otorgaban regalos y las ayudaban a adornarse con grandes y costosos edificios. Pero esto no les impedía imponerles al mismo tiempo pesadas contribuciones en forma de requisas e impuestos de emergencia (303).

La invasión de Asia Menor por los galos fue una auténtica calamidad para las ciudades. Durante algún tiempo los galos extendieron el pillaje y el asesinato por todas las regiones. Incluso después de asentados en Galacia, nunca abandonaron su práctica de pillar y nunca dejaron de ser una amenaza para las prósperas ciudades anatólicas. La situación de estas ciudades hacia 270 antes de J. C., cuando los galos estaban robando Asia Menor, y To-

lomeo y Antioco estaban metidos en su más dura lucha, está ilustrada por algunas inscripciones. De éstas son especialmente interesantes dos de Eritras. Muestran a esta infortunada ciudad luchando por su existencia, obligada al mismo tiempo a comprar la inmunidad para sí y su territorio de los rapaces galos, y a cumplir sus obligaciones hacia su señor Antioco I. Estas obligaciones comprendían el mantenimiento de las fuerzas navales y militares que había estacionado en Eritras, que de hecho eran de muy poca utilidad para él. Además, la ciudad sufría duramente de las incursiones de los piratas, que probablemente estaban al servicio de Filadelfo, pero que actuaban en su propio provecho sin preocuparse de las flotas tolemaica ni siria, ocupadas en operaciones no muy distintas de la suya.

Condiciones parecidas existían en Mileto, que sufría mucho de las hordas galas, en Priene, en Tiatira de Lidia y en Celenas y Temisonio de Frigia. Tlos y otras ciudades de Licia se salvaron del pillaje y la devastación gracias a Neoptólemo el Pisidio, general y gobernador de Licia al servicio de Tolomeo Soter (304).

Cuando pasó la fase aguda del terror gálata, mejoró algo la situación de las ciudades de Anatolia y de las islas egeas, aunque continuaron las incursiones de los gálatas, a las que se añadieron otras de los piratas del Egeo, a mediados del siglo III a. de J. C. Los años más difíciles fueron aquellos en que la guerra devastó el Egeo, cuando las hostilidades dieron a los piratas la oportunidad de llevar a cabo sus depredaciones en nombre de uno u otro de los combatientes*.

Devastadas por las guerras entre los reyes, exhaustas por las incursiones de los gálatas y de los piratas, las principales ciudades de Asia Menor, eran incapaces de equilibrar sus presupuestos. Los ingresos de muchas de ellas ya no aumentaban como en el período precedente, sino que disminuían. Éfeso, Esmirna, Mileto y muchas ciudades de las grandes rutas, desde Siria a la costa de Asia Menor, sacaban una gran parte de sus ingresos del comercio de tránsito, como resultado de sus relaciones con el territorio sirio y, a través de él, con India, Persia y Arabia. Mientras las ciudades estuvieron en manos de los seléucidas, sus ingresos de este comercio fue ciertamente grande. Pero la mayor parte del tiempo los grandes puertos de Asia Menor estuvieron en poder de

---

* Anteriormente me he referido a los piratas y sus actividades en el Egeo (págs. 207 y sigs.).

los Tolomeos. En estas circunstancias, los reyes sirios hicieron cuanto pudieron por evitar que las caravanas cruzasen Asia Menor hasta los puertos anatolios, procurando hacer atractivo y provechoso para ellas, por caminos seguros y bien construidos, el viaje hasta Antioquía, y desde Antioquía hasta Seleucia o Laodicea. No sabemos hasta qué punto tuvieron éxito en esta diversión del tráfico a los puertos sirios, pero su rápido crecimiento sugiere que obtuvieron una participación importante en el tráfico internacional de la época.

Las pérdidas que Éfeso, Mileto y Esmirna sufrieron al ser súbditas de los Tolomeos fueron solamente compensadas en parte por las ganancias derivadas de la hegemonía tolemaica en el Egeo. Por lo demás, los puertos de Asia Menor, por importantes que fuesen políticamente, eran de escaso valor comercial dado que no eran grandes casas de banca para el comercio oriental en general. Sin embargo, Asia Menor y especialmente sus principales ciudades, encontraron una cierta compensación para sus pérdidas parciales del comercio caravanero meridional en el crecimiento gradual del mercado anatólico, a consecuencia de la helenización del interior de Asia Menor. Quizá también se beneficiaran de los nuevos mercados extranjeros que les abrió la hegemonía comercial de los Tolomeos y de las activas relaciones comerciales con las regiones pónticas. Es digno de mención el hecho de que Asia Menor se emancipó de la necesidad de importar cerámica mucho antes y de una manera mucho más completa que Egipto y Siria. Por las excavaciones sistemáticas de Pérgamo y Priene, sabemos, por ejemplo, con qué vigor muchas ciudades anatólicas se dedicaron a la manufactura de cerámica en la primera y última época helenísticas; y lo mismo podemos pensar de Mirina. Sin duda, estaremos mejor informados sobre este tema cuando se publique una descripción completa de la cerámica hallada en las excavaciones de Mileto. El desarrollo más completo en el campo de la cerámica data, en su mayor parte, de un período posterior al que aquí nos ocupa (me refiero a la producción de vasos en relieve y *terra sigillata,* quizá también cerámica pintada sobre fondo blanco, y los llamados λάγυνοι en general; véase cap. VIII). Pero se hizo gran progreso, especialmente en el campo de las cerámicas vidriadas negras, en la última parte del siglo IV y principios del III antes de J. C. Lo dicho de Asia Menor es aplicable también al sur de Rusia, que tan íntimas relaciones comerciales tenía con Asia Menor. En la Rusia meridional, como en Asia Menor, todas las

formas de la industria local, se desarrollaron rápidamente, en particular la cerámica (305).

Es una pena que Mileto, nuestro barómetro de la vida económica de Asia Menor, haya dado tan poca información referente al período que tratamos, y que la lista de esimnetas falte desde los años 259-258 a 232-231 a. de J. C. Es natural que encontremos a Apolo como esimneta durante los cuatro años de la guerra entre Filadelfo y Antígono Gonatas (266-265 a 263-262). Sería interesante conocer con qué frecuencia fue esimneta en el período siguiente, cuando Antioco II libertó a la ciudad de la tiranía de Timarco, y Évergetes reconquistó Mileto y el resto de Jonia. En todo caso, no hay señales de prosperidad en Mileto en el período que estudiamos, mientras existen algunas señales de miseria e infortunio (306).

Siria, Mesopotamia y Babilonia, aunque sufrieron menos que Asia Menor en las guerras sirias de los Tolomeos, fueron sin duda afectadas por ellas. En la Baja Mesopotamia, por ejemplo, la población se quejaba amargamente de los daños hechos a Babilonia por la primera guerra siria. Ciertos eruditos hablan incluso de una crisis económica aguda que afectó en este tiempo a todo el territorio sirio. Me inclino a creer que esta generalización no está apoyada por las fuentes y que la crisis fue local (307). Sin embargo, no hay duda de que la primera y segunda guerra sirias fueron graves episodios en la historia de los países sirios. Puedo recordar el número de esclavos sirios ofrecidos en el mercado egipcio durante el reinado de Filadelfo, algunos de los cuales, por lo menos, se establecieron en Egipto (véase pág. 215, nota 28).

No obstante, los reinos de Seleuco y de sus primeros sucesores fueron, sin duda, un período de prosperidad para Siria y Mesopotamia, y probablemente también para Babilonia. Aunque no tenemos fuentes directas en apoyo de esta conclusión, puedo recordar al lector la riqueza de Siria en el campo de la agricultura, horticultura y pastos. Ya me he referido al estado floreciente de Celesiria, Fenicia y Palestina durante la dominación tolemaica. No hay razón para suponer que Siria propiamente dicha, Mesopotamia y Babilonia, con sus grandes recursos agrícolas, fueran menos prósperas que los dominios tolemaicos. Más adelante veremos la abundancia de los productos agrícolas de Siria en los tiempos revueltos del siglo II a. de J. C. Sabemos que esta prosperidad fue duradera. Recientemente se han compilado listas muy ilustrativas de productos sirios para la época romana. Estas listas

se basan principalmente en los datos suministrados por Plinio y Estrabón, que sin duda recibieron su información de fuentes helenísticas. Por ellos sabemos que Siria fue un centro importante agrícola, pastoril y de horticultura en la última época helenística. Esta tardía actitud helenística de Siria no surgió por sí misma, sino que fue heredada del pasado. Sus productos principales en esta época tardía eran los mismos que los de Celesiria, Palestina y Fenicia en el siglo III a. de J. C.: trigo, uvas, vino, frutas, verduras, camellos, asnos y ovejas, así como ungüentos, para los que se empleaban flores indígenas. No cabe, pues, la menor duda de que la riqueza agrícola de Siria fue tan abundante en el siglo III como en el II y I a. de J. C. (308).

Lo mismo puede decirse para Mesopotamia. Ya he citado el caso de Europos (Dura), que figura en un documento de principios del siglo III a. de J. C. como centro de una rica región agrícola plantada de árboles y huertos.

Finalmente, unas cuantas palabras sobre Babilonia, donde encontramos testimonio, en el período seléucida, de una actividad económica tan regular y variada como lo había sido en la época neobabilónica y persa. Los pocos datos publicados referentes a los precios de los bienes de consumo más importantes, como grano, aceite de sésamo y dátiles, muestran que el alza de precios, rasgo característico del régimen persa en Babilonia, no continuó en el período seléucida. Tenemos datos exactos para 274-273 a. de J. C. y de nuevo para 233-232 a. de J. C. Los precios de estos años (bajo los seléucidas) eran un poco más bajos de lo que habían sido bajo los persas, pero en general parecen haber sido mucho más bajos. Sin embargo, las fuentes de que disponemos no nos permiten determinar cuáles fueron los precios medios del grano, aceite y dátiles, ni cómo variaron. Para esto tenemos que esperar que se publiquen, traduzcan y estudien más tablillas babilónicas del período seléucida.

Junto a los nuevos datos sobre precios de los artículos anteriormente mencionados y de los esclavos, tenemos varias tablillas de Uruk que incluyen precios de casas y solares (ψιλοὶ τόποι según la terminología egipcia). Por desgracia, el precio de una casa e incluso de un solar depende de tantos factores, aparte sus dimensiones, que dudo en sacar de nuestras escasas fuentes cualquier conclusión respecto a la subida y baja de los precios en Babilonia. En todo caso, un mercado animado de casas y solares puede tomarse como una indicación de una actividad

regular en los negocios en Uruk y de un cierto grado de prosperidad (309).

Finalmente, tenemos algunas fuentes claras que se refieren a los precios de los esclavos. Mientras el precio de los alimentos parece que fluctuaba en el período seléucida, el precio de los esclavos bajó considerablemente sobre los precios corrientes durante la dominación persa. Casi alcanzó el nivel más bajo del período neobabilónico. Es interesante notar que una mujer costaba más que un hombre. En general, como dije en la nota 260, nos sorprende encontrar un número tan grande de esclavos en Babilonia en el período seléucida. Había en Babilonia, como ha sido demostrado, diferentes tipos de esclavos: esclavos de los templos, esclavos al servicio del rey y de las distintas ramas de la administración, y esclavos pertenecientes a personas particulares. Sería de gran interés estudiar los nombres de los esclavos y ver la proporción en que eran «nacidos en el país» (οἰκογενεῖς). La misma abundancia de esclavos es un rasgo de Seleucia del Euleo en la época seléucida, como está atestiguado por las numerosas actas de manumisiones en el templo de Nanaía. Es digno de destacarse que todos los esclavos manumitidos de Seleucia (Susa) eran mujeres (310).

Sabemos muy poco de las condiciones comerciales existentes en las grandes ciudades de Siria, especialmente en las capitales del reino seléucida. Pero hay fundamentos generales para pensar que las ciudades situadas en la continuación de la costa siria y que tendían a ser centros de comercio e industria, tendrían en este sentido un rápido desarrollo similar al de Alejandría. Las circunstancias eran muy parecidas. Detrás de las grandes ciudades había áreas colonizadas por los seléucidas que contenían una población macedonia y griega cada vez mayor y que ofrecían un excelente mercado para los productos de la industria griega. Hemos visto que en los primeros tiempos de la dominación griega en Siria, Fenicia y Palestina, las condiciones seguían siendo en gran parte las mismas que habían sido anteriormente: las mercancías griegas eran importadas a estas zonas en grandes cantidades, como lo demuestra la abundancia de cerámica negra vidriada antigua y de cerámica gnatia suditálica hallada en las ruinas de las ciudades tanto palestinas como sirias y mesopotámicas (véase capítulo III, nota 33).

Sin embargo, este estado de cosas no duró mucho tiempo. La cerámica importada fue reemplazada pronto por una cerámica

local del mismo tipo o de otros. La cerámica negra vidriada fue complementada pronto por grandes cantidades, cada vez mayores, de cerámica en relieve, siendo la primera la que conocemos por cuencos «megareos». No se ha hecho ningún estudio cuidadoso de los ejemplos sirios de este tipo de cerámica (de los que tenemos una gran abundancia en los museos sirios, en el Louvre, en el Museo Británico, en el Museo de Berlín y otros) con el fin de distinguir los cuencos importados de los fabricados en el lugar. Mi propia impresión es que las vasijas «megareas» y los fragmentos hasta ahora hallados en Siria son todos de fabricación local, y es probable que algunos pertenezcan al siglo III a. de J. C. Es evidente que la producción local de vasos «megareos» empezó en Siria tan pronto como en Alejandría o un poco después. Probablemente se emprendió simultáneamente en Fenicia y Siria por ceramistas que habían tenido el mismo aprendizaje. Antes de esto, Palestina y Fenicia pudieron haber importado algunos productos cerámicos de Alejandría (311).

La evolución en la manufactura de vidrio fue parecida. El vidrio fundido se producía en el imperio persa antes de Alejandro. Un vaso de vidrio que imita un tipo especial de vasos de metal con una forma característica del imperio persa, como se ve por numerosos hallazgos dentro y fuera de él, fue hallado en Éfeso y probablemente fue fabricado en uno de los grandes centros fenicios de la producción de vidrio o en Egipto. Estos vasos de vidrio adornados con oro son citados por Aristófanes (*Acharn.*, 74) en 425 a. de J. C. Un embajador ateniense en Persia refiere cómo durante su viaje a través de Asia Menor bebió vino en vasos (ἐκπώματα) hechos de oro y vidrio. Con toda probabilidad, la producción de estos vasos de vidrio no cesó bajo Alejandro, y menos aún después. Por consiguiente, hay razón para creer que las vasijas de vidrio tallado conocidas por los hallazgos arqueológicos, inscripciones y fuentes literarias (véase pág. 364, notas 164 y 165) fueron manufacturados en la época helenística tanto en Alejandría como en Siria simultáneamente. En Siria fueron probablemente continuación de una tradición bien establecida en las ciudades fenicias en la época aqueménida, y de aquí trasladada a Antioquía. Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, de los llamados vasos de oro (véase pág. 364 y cap. VI, nota 198). Aunque de origen egipcio, con toda probabilidad los vasos de oro pudieron haber sido fabricados al mismo tiempo en los dominios tolemaicos de Fenicia y Palestina y en la Siria seléucida. Es interesante

destacar que uno de los más antiguos y más hermosos de estos vasos de cristal de la colección Rothschild, fue hallado en algún punto de Siria, Palestina o Fenicia (312).

Conocemos muy poco sobre la actividad de los artistas toréuticos en los comienzos del reino seléucida. Volveré sobre este tema en el próximo capítulo. Pero debe tenerse en cuenta que los artistas toréuticos del imperio persa, continuadores de las antiguas tradiciones, fueron famosos en todo el mundo e influyeron sobre el desarrollo del arte toréutico griego. Los productos de la industria aqueménida hallados en el sur de Rusia (puedo citar, por ejemplo, los antiguos ejemplares descubiertos en Kelermes, y los numerosos hallazgos de ejemplares de los siglos V y IV a. de J. C.) y en Bulgaria (véase cap. II) y la influencia que tuvieron sobre la evolución del arte toréutico griego en el sur de Rusia nos dan claro testimonio de ello. Con toda seguridad, se extendieron a lo largo y a lo ancho del imperio persa, incluido Egipto (lám. XLVII). Los centros de la fabricación de metal en ese imperio estuvieron probablemente en Siria y Armenia, y quizá también en Bactriana. No hay razón para suponer que la actividad de estos centros cesara en el período seléucida. Quizá podamos atribuir a la manufactura seléucida ciertos productos de arte toréutica hallados en el imperio seléucida y en Rusia. En primer lugar, algunas copas de oro y plata halladas en Siberia y en Nihavand (Persia) y un emblema de plata hallado en Siria que muestra una fuerte semejanza con las copas «megareas», tanto en forma como en ornamentación, puede considerarse como una obra siria de la última parte del siglo III y principios del II a. de J. C., dado que el estilo de su ornamentación vegetal recuerda uno de los ornamentos helenísticos tardíos que son típicos del desarrollo del arte decorativo de Palestina. En su transformación irania tuvieron una larga vida en Bactriana y en la India. Me inclino también a atribuir a los artistas sirios de la primera época helenística el hermoso emblema o fálara de origen desconocido que se encuentra en el Ermitage de Leningrado. La figura de un elefante de guerra con que está adornado y el estilo parecen más bien estar relacionados con Siria que con Bactriana (313).

Puede añadirse que los descubrimientos en Palmira, Dura, Mongolia y Lu Lan aportan testimonios (sin duda de un período mucho más tardío, aunque algunos tejidos de Dura fueron hallados en tumbas de comienzos del siglo I a. de J. C.), de una extensa

manufactura siria de tejidos de lana. Dado que Babilonia, Asiria y Fenicia fueron centros famosos de industria lanera desde época inmemorial, tenemos justificación para sugerir que los seléucidas no esperaron al último período helenístico para adaptar la manufactura lanera local a las necesidades de la nueva población de Siria y Mesopotamia (314).

Sin duda una de las principales tareas de los seléucidas fue emancipar a la población de su imperio de la dependencia de mercados exteriores, especialmente en lo que se refiere a mercancías de primera necesidad, y más particularmente de los importados de Alejandría y de las ciudades en poder de los Tolomeos. Tenemos una brillante ilustración en la historia de los materiales para la escritura en el imperio seléucida. Ya he señalado (pág. 407) que el Oriente Próximo (diferenciándose en esto de Egipto) fue desde tiempos antiquísimos la región en que la arcilla se empleó para escribir. No obstante, con la difusión de las escrituras y lenguas aramea y fenicia empezó el pergamino a competir con la arcilla. En el período helenístico las tablillas de arcilla empezaron a desaparecer poco a poco. Se plantea la cuestión de si su lugar fue ocupado por el papiro en rollos u hojas de pergamino. En ocasiones hallamos noticias de que el papiro crecía en Siria y de que se hacían rollos de papiro en Babilonia de una planta indígena, quizá ya en la época de los primeros seléucidas. Sin embargo, por el hecho de que en Dura-Europos durante todo el período parto se usó exclusivamente el pergamino, apareciendo por primera vez el papiro en Dura bajo los romanos, podemos conjeturar que el pergamino fue el principal material para escribir en él usado en el imperio seléucida. Veremos que los atálidas fomentaron igualmente el uso del pergamino, con el fin de reducir la importación de papiro de Egipto (315).

Nuestras conclusiones pueden resumirse como sigue. Lo poco que sabemos del imperio seléucida en el período del equilibrio de poderes muestra muchas vicisitudes en la historia de esta vasta monarquía, debidas a las guerras exteriores y a los disturbios interiores. No obstante, las fuentes de que disponemos, aunque escasas, nos dan la impresión de un avance económico general firme y rápido en casi todas sus partes, principalmente atribuible a la unidad que, a pesar de todas las dificultades, conservaron los primeros seléucidas. Este progreso fue acompañado por un rápido aumento de la población griega del imperio,

que llevó consigo, por lo menos en cierta medida, una intensificación del esfuerzo y la energía económicos, y la introducción de nuevos y probablemente más eficientes métodos en todos los campos de la actividad económica: agricultura, industria y comercio.

Tenemos una información muy pobre acerca de las tendencias generales de la política económica de los primeros seléucidas. Pero, aparte de algunos intentos de unificar los impuestos, y quizá (aunque esto es muy dudoso) de introducir algunos monopolios, no vemos trazas de nada comparable a las vigorosas reformas de los Tolomeos ni a sus esfuerzos por crear una economía planificada. Incluso en las partes de su imperio donde no eran desconocidos ciertos rasgos de economía dirigida (por ejemplo, en Babilonia), no podemos descubrir señal alguna de que los seléucidas persiguiesen sistemáticamente este fin. La impresión que dejan los escasos fragmentos de las fuentes es más bien la de que evitaban inmiscuirse en las peculiaridades de las partes constitutivas del imperio y la libertad económica de sus súbditos, especialmente los nuevos colonos, los «helenos».

7. *BACTRIANA*

Una de las satrapías más remotas del imperio seléucida, pero importante y floreciente, fue la formada por la montañosa Bactriana y la fértil y meridional Sogdiana. Relatar una vez más lo poco que sabemos de la historia política y dinástica de Bactriana estaría aquí fuera de lugar. El último, el más completo y el más ingenioso tratado de muchos problemas con ella relacionados es el de W. W. Tarn. Las fuentes son escasas y dispersas, y en consecuencia toda reconstrucción de la sucesión de hechos es necesariamente más o menos hipotética (316).

Para conveniencia del lector, baste decir que Bactriana empezó a asegurar su independencia política después de la mitad del siglo III a. de J. C., al mismo tiempo que Partia. Seleuco II se vio obligado a reconocer la semindependencia de esta remota satrapía, tratando con Diódoto, su ambicioso y capaz sátrapa, considerándolo aliado suyo más que gobernador, y dándole quizá una de sus hermanas en matrimonio. Cuando Diódoto murió (hacia 230 antes de J. C.), su hijo, que heredó su poder, dio un paso decisivo (a no ser que su padre lo hubiera dado antes) y asumió el cetro real con el apoyo de su contemporáneo, el rey parto Tirídates. Su gobierno fue corto. Pronto fue derribado por un tal Eutidemo,

un griego de Magnesia, apoyado por la viuda de Diódoto I, princesa seléucida (?), con cuya hija se casó después, por lo que probablemente se vinculó a la dinastía seléucida.

Eutidemo fue el auténtico fundador del reino bactriano y de la dinastía helenística bactriana. El período que abarca su reinado y el de su hijo Demetrio fue el más brillante en la historia del país.

Mientras el imperio seléucida fue fuerte, Eutidemo permaneció confinado dentro de las fronteras de su propia satrapía de Bactriana y Sogdiana. Su principal preocupación fue, naturalmente, consolidar su reino, expuesto a los formidables ataques de sus vecinos nómadas y del creciente reino de Partia. Cuando Antioco III llevó a cabo su gran expedición al Oriente para asegurar su supremacía sobre las satrapías orientales y frenar el avance de los partos, Eutidemo le ofreció una encarnizada resistencia. No pudiendo tomar la capital de Eutidemo —Bactra—, Antioco, como es bien sabido, se vio obligado a hacer la paz con Eutidemo, concluida en 206 a. de J. C., en términos honorables. Tarn ha demostrado que Antioco cedió ante la amenaza de Eutidemo de aliarse con los poderosos nómadas saces.

La partida de Antioco y su lucha catastrófica posterior con los romanos marcaron el comienzo del reino bactriano a expensas de los seléucidas y de los partos. Aunque no hay fuentes precisas, parece probable que el gobierno de Eutidemo y su hijo se extendiera en Oriente, por lo menos a una parte de Fergana y acaso a algunos trozos del Turquestán chino, y en el Oeste sobre algunas provincias partas, incluyendo Margiana (el rico oasis de Merve). En el Sur, Demetrio, después de la muerte de su padre (hacia 189 antes de J. C.), anexionó algunas de las provincias seléucidas: ciertamente Paropamisada y la mayor parte de Aria, Aracosia, y Seistán. Finalmente, se embarcó en su ambiciosa campaña de la conquista de la India, el curso de la cual es relativamente bien conocido: durante algún tiempo le hizo sucesor de los grandes reyes mauryas y el monarca más poderoso del mundo helenístico oriental.

El resumen de la historia política de Bactriana en los primeros tiempos, basado en la investigación de Tarn, es, por supuesto, tentativo e hipotético. Nuestra información es muy escasa, pero no hay duda de que en la última parte del siglo III y principios del II a. de J. C. Bactriana fue una gran potencia que pudo haber ejercido alguna influencia sobre el desarrollo general del

mundo helenístico, de no haber sido por los hechos subsiguientes, de que hablaré más adelante.

Nos gustaría saber más sobre la estructura económica y social del inmenso y rico reino de Bactriana, pero prácticamente no hay fuentes sobre él. Nuestras fuentes literarias contienen poco de valor, y el material arqueológico falta casi por completo. Las bellas series de monedas bactrianas, una de nuestras principales fuentes para la reconstrucción de la historia dinástica y política del país, nos dan alguna indicación de su importancia comercial y de sus relaciones mercantiles, pero, por otra parte, nos proporcionan muy poca información de tipo económico. La exploración arqueológica de Afganistán y del Turquestán ruso está en sus comienzos. Bactra, la capital, nunca fue excavada sistemáticamente. La excavación de ensayo de M. A. Foucher no alcanzó los estratos inferiores. La obra metódica hecha recientemente por M. Hackin y sus colegas en el Afganistán ha producido excelentes resultados, pero se refieren en su mayor parte a un período muy posterior. Sin embargo, muy recientemente, Hackin ha comenzado la exploración de un sitio muy prometedor, las ruinas de la rica y fuerte ciudad doble de Alejandría-Kapisa, capital de la satrapía de Paropamisada. Parece que pronto vamos a tener una rival de la famosa Taxila (317).

No hace falta hablar extensamente de las brillantes excavaciones de John Marshall y sus colaboradores y sucesores en Taxila, la conocida capital de Taxilo, el aliado de Alejandro. Bastarán unas breves palabras.

Las ruinas de las tres ciudades sucesivas de Taxila, construidas una cerca de la otra, han dado material abundante y fechado con precisión. Por desgracia, la ciudad de Demetrio y sus sucesores es la menos conocida de las tres. Ha de tenerse en cuenta que después de la conquista de Taxila, Demetrio no se preocupó de permanecer en la ciudad conquistada. Los hallazgos hechos en las ruinas de esta primera ciudad (bajo la colina de Bir), que están en proceso de excavación, datan todos de los siglos VII a III a. de J. C. Demetrio parece que construyó él mismo una nueva ciudad, hoy enterrada bajo la colina de Sirkap; ha sido completamente excavada, pero se ha descubierto muy poco de ella. Las excavaciones han mostrado que esta ciudad helenística, que estuvo en manos de los griegos desde 189 a 80 a. de J. C., fue completamente reconstruida por sus sucesores en Taxila, los saces y pahlavis, en los siglos I

antes de J. C. y I d. de J. C. Los abundantes descubrimientos hechos por los excavadores pertenecen todos a este período y demuestran que la ciudad de Sirkap, como sabemos, no fue griega, sino sacia. En la segunda mitad del siglo I d. de J. C. la Taxila sacia fue conquistada a su vez por los cusitas, que la abandonaron y construyeron una nueva ciudad, la tercera ciudad de Taxila, hoy enterrada bajo la colina de Sirsuj y que ha sido muy poco explorada.

El plano exacto de la ciudad helenística de Taxila y el tipo de sus edificios son, pues, desconocidos. El solo hecho de que podemos estar seguros se refiere a las fortificaciones y la extensión de la ciudad. Con toda probabilidad, fue más grande que la ciudad sacia y no estuvo rodeada por el muro de piedra que ahora existe, sino por un muro de tierra. Es imposible decir si los edificios excavados, de carácter indígena, existían en la misma forma o en otra casi parecida en el período helenístico. Es difícil creer, con Tarn, que Demetrio construyese una ciudad de tipo indígena y no griego (318).

Se sabe muy poco de la estructura económica y social del reino parto. El siguiente resumen, basado en el material recogido y estudiado por Tarn, no es más que un ensayo. Bactriana y Sogdiana, especialmente la última, eran ricas en recursos naturales. Todo el mundo conoce la riqueza natural del Turquestán ruso, el país que está alrededor de Samarcanda: rivaliza con Egipto y Babilonia en posibilidades agrícolas. No hay duda de que una agricultura floreciente existió allí desde tiempo inmemorial. Mientras Sogdiana era una región de ricos campos y hermosos jardines, la Bactriana propiamente dicha era un país de agricultura y extensos pastos. La caballería bactriana era famosa, y no hay razón para pensar que los caballos fuesen importados. El país era rico en grano y ganado, pero pobre en metales: ni en el Afganistán ni en el Turquestán modernos existen minas importantes de oro ni plata, y lo mismo ocurría en los tiempos antiguos. Algunas minas de piedras semipreciosas pudieron haber existido en Bactriana y Sogdiana, pero no añadirían mucho a la riqueza del país.

La fuente real de riqueza de Bactriana, aparte de su agricultura y pastos, era el comercio de tránsito a lo largo de las rutas caravaneras que cruzaban el país, relacionando la India con los países iranios y a través de ellos con Mesopotamia y Siria. Nuestra información sobre ello es pobre. Sin embargo,

sabemos que Bactra, la capital, era famosa por sus bazares y mercados, y que Bactriana tenía reputación de ser un país de mercaderes. Además, un reciente hallazgo de vidrio sirio de la más fina calidad (siglo I d. de J. C.) y de marfiles indios en las ruinas de Kapisa (véase pág. 512), aunque de época muy posterior, muestra que incluso en la época en que el comercio romano con la India se hacía en su mayor parte por el mar, las rutas caravaneras de tierra entre India y Siria, que pasaban a través de Bactriana, estaban todavía en uso activo. Debieron de haber sido mucho más empleadas en el primer período helenístico, cuando la ruta marítima no se había desarrollado todavía completamente. Ya he mencionado que los primeros seléucidas tenían abundancia de marfil y especias a su disposición, y estoy convencido de que una gran parte de éstas venían a Siria por tierra y no por mar (esto es, por el camino del golfo Pérsico). Volveré más adelante sobre este tema.

Enlazada con Siria al Oeste, Bactriana, con toda probabilidad, ejerció un vivo comercio con el Norte y el Noroeste, con Siberia occidental y el sur de Rusia. Los intermediarios entre los bactrianos y los iranios nómadas del Norte fueron probablemente los saces. De Siberia fue de donde recibía Bactriana en sus primeros días su abastecimiento de oro. Nuestros testimonios sobre estas relaciones comerciales con el Norte y el Noroeste en el período helenístico son escasos, pero, a mi modo de ver, concluyentes. Varios objetos muy hermosos de joyería y toréutica de un estilo muy peculiar, hallados en Siberia y sur de Rusia, especialmente en la región del Cubán y en la península de Tamán, fueron sin duda fabricados por artistas grecoiranios, que no eran del sur de Rusia, cuyo estilo nos es familiar. La deducción más probable es que fueron fabricados en Bactriana e importados a Siberia y sur de Rusia. Este estilo lo he estudiado en varios artículos. Sus rasgos característicos son, por una parte, la predilección por la policromía y, por otra, el naturalismo poderoso y patético, expresado la mayor parte de las veces en grupo de animales en lucha. Este estilo duró mucho tiempo. De los bactrianos fue heredado por los saces, con los que emigró al norte de la India y al sur de Rusia. Los saces lo transmitieron a los sármatas, y con ellos volvió por segunda vez al sur de Rusia. Estos hechos muestran que las relaciones entre Bactriana y el Norte, una vez establecidas, continuaron existiendo mucho tiempo después de la muerte política de la Bactriana helenística (319).

Las bellas monedas de los primeros reyes bactrianos —aun siendo una rama de la acuñación seléucida, con su sistema ático y sus distintos tipos seléucidas— estaban destinadas a ser, y fueron, instrumento del comercio caravanero de Bactriana e India. Tenemos una indicación de ello en la ausencia casi completa de monedas seléucidas en los tesoros bactrianos e indios (véase nota 243) y la rara aparición en hallazgos aislados, de monedas acuñadas por los seléucidas después de la separación de Bactriana. No es improbable que el oro y la plata seléucidas, que alcanzaron Bactriana directamente o a través de Partia, fuesen reacuñados por los reyes seléucidas. Además de las monedas de sistema ático, en su mayor parte tetradracmas, los reyes seléucidas y sus sucesores en la India, especialmente en el último período, acuñaron muchas monedas de peso más ligero para el tráfico local. Aunque el uso de dinero no era extraño a la India en el período pregriego, la conquista de Alejandro y la dominación griega en Bactriana e India hicieron destacar este rasgo de la vida económica en aquella parte del mundo civilizado, mientras Partia, con su moneda abundante y sus numerosas cecas en Occidente y en Oriente, servía de lazo de unión entre Bactriana y el imperio seléucida. Debe notarse que los sucesores de los griegos en Bactriana e India, los yechis (cusitas) y los saces, heredaron en este como en otros aspectos las tradiciones de sus antepasados.

El carácter de la estructura social y económica de Bactriana y Sogdiana es asunto controvertible. Ambos países poseían algunas ciudades griegas, la mayor parte fundaciones de Alejandro y fortalezas militares. Por lo menos, parte de su población era griega. No tenemos fuentes que nos permitan formar una idea de las constituciones de estas ciudades y de sus relaciones con el rey. Además de las ciudades, había en Bactriana, como en otras monarquías helenísticas, establecimientos rurales de carácter militar, las llamadas κατοικίαι.

Sin embargo, Bactriana era un país iranio. El núcleo de su población constaba de iranios y algunas tribus preiranias. El vigor y la actividad de su aristocracia irania, los señores feudales de muchos pueblos dispersos por Bactriana y Sogdiana, son conocidos por la historia de Alejandro; pero prácticamente no se sabe nada de sus destinos bajo el gobierno de Eutidemo y Demetrio. No obstante, el hecho de que el país conservase su fama por la excelencia de su caballería, y que Eutidemo em-

please 10.000 jinetes contra Antioco III, muestra que su aristocracia feudal era numerosa, fuerte y rica, y que vivía en relaciones pacíficas con los gobernantes griegos, lo que significa que los gobernadores bactrianos no hicieron cambio alguno en la estructura social y económica que habían heredado del pasado.

Como en otras partes del antiguo imperio persa, esta aristocracia feudal vivía en casas de campo fortificadas rodeadas de pueblos. En un país como Bactriana, expuesto a las incursiones de los nómadas, estos pueblos fueron fortificados poco a poco por sus señores feudales en su propio interés. Probablemente se hizo lo mismo en el caso de los grandes pueblos con aspecto de ciudad, con su población de artesanos y mercaderes, que pudieron haber dependido directamente de los reyes. Estas ciudades eran corrientes en el Oriente en esta época. Las ciudades y pueblos tenían sus propios nobles y jefes, y hasta cierto punto, una administración autónoma. Esto lo considero una evolución natural, en un país donde el poder central garantizaba a sus súbditos estabilidad social, y los señores feudales ya no temían a sus propios siervos. Es posible que esto fuera fomentado y promovido por el gobierno central, pero en nuestras fuentes, tan escasas, no veo huellas de ningún intento por parte de los reyes de transformar los siervos en labradores libres.

De esta manera, Bactriana y Sogdiana fueron pobladas gradualmente con cientos de ciudades, y pueblos y ciudades fortificados, y adquirieron fama de ser el país de las mil ciudades. Esta expresión se emplea en nuestras fuentes griegas, y Chang-K'ien, que visitó el país poco después de haber pasado de los griegos a los yechis, dice que el pueblo bactriano vivía en ciudades amuralladas. Hablando del período de transición entre el colapso del gobierno griego y el establecimiento de un nuevo régimen por sus nuevos amos los cusitas, Chang-K'ien describe el país diciendo que «no tiene gran rey o jefe, pero todas las ciudades tienen sus jefecillos». No hay nada sorprendente en esto. Los señores feudales del pasado habían sido exterminados por los cusitas y durante algún tiempo no habían sido reemplazados por otros nuevos; y en consecuencia los miembros más ricos y destacados de la comunidad actuarían como jefes en pueblos y ciudades. Era necesario que los cusitas tuvieran algunos agentes a quienes confiar los asuntos de tributación, y aún no podían proteger a sus nuevos súbditos de los ladrones y salteadores. No podemos decir cuánto duró esta «autonomía municipal», ni

hasta qué punto esta «autonomía» había existido bajo el gobierno griego.

Las relaciones entre los reyes griegos y los señores feudales, las obligaciones de los últimos hacia los reyes, y el sistema eutidémico de impuestos son completamente desconocidos.

No obstante, parece claro que los gobernadores de Bactriana llevaron a cabo lo que los seléucidas y sus sátrapas nunca pudieron realizar: crearon un entendimiento duradero entre los dos pueblos, los iranios y los griegos, y establecieron paz y armonía entre los hombres que vivían dos tipos muy diferentes de vida, basado en dos sistemas sociales y económicos diferentes, ambos bien establecidos y profundamente arraigados. En esto se parecían mucho a los partos, con la importante diferencia, sin embargo, de que los arsácidas eran iranios y que el papel director en su monarquía lo llevaban los iranios, no los griegos.

La organización de otras partes del imperio bactriano fue probablemente muy similar a la de aquel núcleo. Tarn ha demostrado que tenían un sistema político peculiar, aunque en otros aspectos no diferían mucho del imperio seléucida. Los señores de estas partes constitutivas no eran sátrapas, sino virreyes que pertenecían a la familia del monarca reinante. Cada uno de ellos tenía el título de rey y sus propios ingresos. Fue un sistema probablemente mejor adaptado que el seléucida al carácter iranio del imperio, en tanto que daba mayor autoridad a los gobernantes subordinados y satisfacía el orgullo de sus súbditos, los señores feudales iranios.

Es imposible estudiar aquí la organización que Demetrio estableció en sus virreinatos indios y legó a sus sucesores, los reyes griegos de la India. La escasa información que poseemos parece demostrar que los nuevos gobernantes griegos no hicieron cambios que afectasen fundamentalmente a la vida india. Si se cree en el carácter histórico y la fecha antigua del núcleo del Artasastra de Kautilya y en la centralización radical del gobierno indio efectuado por Chandragupta según modelos helenísticos, puede decirse que Chandragupta hizo más por la helenización de la India que Demetrio y Menandro. Pero el Artasastra parece ser más bien una obra teórica y especulativa, y muy probablemente no tiene nada que ver con Chandragupta y la organización maurya de la India (320).

El esplendor de Bactriana llegó a su final cuando Demetrio pereció en la lucha con Eucrátides que, o era un rebelde, o quizá,

como piensa Tarn, uno de los parientes de Antioco IV que actuaba en su ayuda y le auxiliaba en su intento de restaurar la unidad del imperio seléucida y aplastar a Partia. Los resultados de esta lucha fueron desastrosos. El elemento griego en Bactriana se dividió y debilitó, y Bactriana fue pronto presa fácil de los poderosos nómadas del Norte. Los griegos que quedaban se retiraron a India y contribuyeron a la supervivencia y estabilidad de algunos de los reinos griegos grandes y pequeños que, sin embargo, se indianizaron rápidamente.

Bactriana tuvo menos influencia que Partia sobre los destinos del helenismo en el mundo antiguo. Su importancia histórica se funda en que durante tres siglos mantuvo vivo un cuerpo político griego estrechamente asociado y aliado con elementos indígenas —iranios e indios— y sirvió de canal para cierto grado de penetración de la civilización griega en Asia central e India. No podemos discutir aquí la fuerza de esta influencia griega. La civilización y el arte de Bactriana son muy poco conocidos.

PARTE III

LAS MONARQUÍAS MENORES

Como ya he dicho, sólo una porción de Asia Menor estuvo sujeta a los seléucidas y Tolomeos. Sus regiones nórdicas fueron independientes y gobernadas por sus propios reyes. Bitinia nunca se sometió a Alejandro ni reconoció el gobierno de los seléucidas. La dependencia nominal del Ponto a Alejandro y sus sucesores terminó en 302 a. de J. C., cuando una dinastía local realizó la unificación de algunas partes de Capadocia con la denominación de reino póntico. Capadocia, durante algún tiempo satrapía seléucida, aseguró su libertad hacia 263 a. de J. C. Un poco antes, tribus de galos o gálatas se asentaron en parte de la gran Frigia y Capadocia. Finalmente, ya en 283 a. de J. C., la antigua satrapía de Misia, del reino persa, con Pérgamo como capital, entró en una fase de independencia casi completa bajo el gobierno de su dinasta Filetero.

Estos estados independientes no eran comunidades bárbaras sin participación en el desarrollo político y cultural de la época que nos ocupa, y por ello despreciables para nuestros propósitos. Todos habían vivido desde tiempo inmemorial en condiciones

civilizadas, y hacía mucho tiempo que habían entrado en contacto con los griegos. Bitinia había sido ocupada desde muy antiguo por tribus tracias que vivieron durante siglos bajo el gobierno de sus propios dinastas, en estrechas relaciones con las colonias griegas de la costa bitinia. Ponto y Capadocia formaron parte del gran imperio hitita, y en una época posterior fueron satrapías de Persia, importantes y fuertemente iranizadas. Algunas colonias griegas existían a lo largo de la costa póntica, pero tenían poca influencia sobre el carácter de las comunidades que después iban a formar los reinos del Ponto y Capadocia. Los galos o gálatas eran recién llegados e intrusos y poseían una civilización particular centroeuropea. En Anatolia vivieron en estrecha relación con los frigios, antiguo pueblo heredero de las grandes tradiciones frigias. Finalmente, los habitantes de Pérgamo o de la región de Misia estuvieron desde época muy temprana en contacto con la vida y la cultura griegas.

En el período helenístico todos estos países recibieron una nueva vida. Bajo el caudillaje de hombres capaces y enérgicos, aseguraron con determinación su aspiración a la independencia política. Sus gobernantes —la mayoría anatolios helenizados— se aplicaron vigorosamente a asegurarla, consolidando su poder, unificando y organizando sus países respectivos, desarrollando los recursos naturales de los mismos, ampliando sus territorios y aumentando sus ingresos. Los estados, una vez que establecieron firmemente su independencia, quisieron desempeñar su papel en los negocios políticos de la época y ejercer su influencia en el equilibrio de poderes helenístico, como iguales de las grandes monarquías macedónicas. Todos ellos se consideraban miembros del mundo civilizado y favorecían la cultura griega en sus respectivos reinos. Su estructura social y económica merece, pues, una atención más de cerca.

A) *PÉRGAMO*

El mejor conocido de ellos, el Estado pergameno, debe ser tratado el primero (321). Las fuentes relativas a la historia antigua de este reino no son abundantes. Conocemos los nombres de los primeros gobernantes, sus conexiones políticas, su lucha por la independencia y sus afortunadas guerras con sus vecinos, los salvajes gálatas. Pero tenemos muy poca información sobre el establecimiento gradual de su *dynasteia* y las medi-

das que tomaron para organizar su Estado y desarrollar sus recursos.

Es verdad que la ciudad de Pérgamo ha sido excavada cuidadosa y sistemáticamente. En tres series de campañas, eminentes sabios alemanes han puesto al día los monumentos más importantes de la Acrópolis, centro de la vida religiosa, política y dinástica de la ciudad, así como una parte conservada de la misma. Las excavaciones, aún en curso, han dado a luz un gran número de esculturas e inscripciones importantes. Pero muy pocas se refieren a los primeros tiempos de la *dynasteia*. La mayoría esclarece la época en que el reino estaba en su cenit y los gloriosos reinados de sus grandes gobernantes, en algunos casos Átalo I, pero con más frecuencia Éumenes II y Átalo II. Difícilmente ningún monumento arroja luz sobre el período anterior, cuando, bajo los modestos dinastas Filetero y Éumenes I se echaron los fundamentos de la gloria futura de Pérgamo.

Sin embargo, hay buenas razones para tratar de reconstruir, aunque sea en líneas generales, la historia de la *dynasteia* pergamena. Mis antiguos intentos de hacerlo me han llevado a las siguientes conclusiones.

La historia del reino pergameno debe dividirse en dos períodos principales: el de la *dynasteia* y el de la *basileia*. El fundador de la *dynasteia* pergamena fue Filetero, hijo de Átalo, un semigriego de Teos. A este hombre confió Lisímaco una de sus fortalezas de Asia Menor, la fortaleza de Pérgamo, donde guardaba una parte (9.000 talentos) de su tesoro. Filetero traicionó a su amo y entregó a Seleuco la ciudad de Pérgamo, pero no el tesoro. En cambio, se le dejó la posesión indiscutida de la ciudad y el territorio adyacente y el tesoro de Lisímaco, y fue probablemente reconocido como «dinasta» de Pérgamo. En calidad de tal, Filetero gobernó sobre su *dynasteia*, hasta su muerte (de 283 a 263 antes de J. C.) y permaneció fiel a su soberano.

Lo poco que sabemos del gobierno de Filetero demuestra que su política, en líneas generales, fue la misma que siguieron sus inmediatos sucesores. Su dominio no se limitaba a la ciudad de Pérgamo y su territorio (si poseía alguno). De nuestros escasos conocimientos sobre sus relaciones con Cícico y las otras ciudades griegas de la costa, podemos deducir que de hecho Filetero era el gobernante de lo que venía siendo la satrapía Misia del Orontes persa y dominaba toda la llanura del Caico. En sus relaciones exteriores Filetero adoptó desde el principio una política filohe-

lénica activa. Estaba preparado para ayudar a sus vecinos en las ciudades griegas de Misia, la Eólide y la Tróade, sin duda mirando a que le ayudasen a él después, e inició la política de sus sucesores, presentándose en la Grecia propiamente dicha como devoto de los dioses griegos y benefactor de los grandes santuarios panhelénicos. Son significativos sus regalos al Apolo de Delfos y a las Musas de Tespias.

Los principales esfuerzos de Filetero se dirigieron a construir un fuerte ejército, asegurándose el uso exclusivo de los puertos de la costa eólica, especialmente Elea, con fines militares y comerciales, salvaguardando sus fronteras* y organizando su país de un modo sano y eficiente. Finalmente, Filetero fue quien empezó la transformación de la fortaleza de Pérgamo en una morada permanente para él y sus dioses. Es característico de la mentalidad de Filetero que el santuario más antiguo de Pérgamo fue construido por él y su hermano Éumenes para su madre Boa, mujer paflagonia, y que fue dedicado a la gran diosa de la fertilidad y la procreación, la gran madre Deméter, cuyo culto místico atraía con tanta fuerza a los anatolios helenizados (322).

La política de Filetero fue heredada por su sobrino y sucesor Éumenes (263-241 a. de J. C.), y durante algún tiempo por su sobrino e hijo adoptivo del último, Átalo I (241-197 a. de J. C.). Como resultado de la actividad organizadora de Filetero, Pérgamo era ahora bastante fuerte para asegurar su completa independencia política. Esto suponía una ruptura con los seléucidas y una nueva orientación de la política exterior del Estado libertado. Una alianza con Filadelfo era la salida natural para un gobernante que desafiaba a Antioco I (262 a. de J. C.) y deseaba tener manos libres en el Egeo, con el fin de disponer de los productos sobrantes de su rico y bien organizado país. No se equivocó en el cálculo de sus oportunidades, como lo testifica la derrota de Antioco I en Sardes.

Cuando Átalo I sucedió a Éumenes, Pérgamo había dejado de ser una modesta *dynasteia*. Su organización era sólida, sus ingresos considerables, sus fuerzas militares bien ordenadas. No es sorprendente, pues, que Átalo I desafiase a los gálatas, rehusase pagarles tributo y los derrotase repetidas veces, asegurando de esta manera su dominio en el Oriente. Animado por estos éxitos,

---

* Nótese la loa de su lucha con los gálatas en la inscripción métrica de Delos, Durrbach, *Choix*, 31.

se consideró igual a sus antiguos soberanos los seléucidas, asumió el título de rey y empezó a transformar su antigua *dynasteia* misia en una *basileia* pananatólica (228 a. de J. C.).

Aquí termina el primer período de la historia de Pérgamo y empieza el segundo; el último será tratado en mi próximo capítulo. En este segundo período, la orientación de la política de los reyes de Pérgamo, su centro de gravedad, ya no fueron los mismos. La ambición de los reyes pergamenos fue imperialista, y sus medios se adecuaron a esta ambición. La obra de organizar el núcleo de su Estado fue completada en lo principal y empezó la de la expansión. La principal ocupación de los reyes de Pérgamo estaba ahora en sus relaciones exteriores y en la organización de las nuevas adquisiciones que estas relaciones traían consigo.

Podemos concluir que lo que sabemos de la organización del núcleo de la *basileia* pergamena fue en lo principal obra de los dinastas. A esto lo reyes añadieron muy poco. Será, pues, oportuno resumir aquí lo que sabemos de esta organización, reservando para el próximo capítulo lo poco que conocemos de la organización del imperio pergameno.

El territorio de la *dynasteia* pergamena no era muy grande. Su extensión no se conoce exactamente, y sin duda fluctuó, especialmente en el Norte. Su núcleo era el valle del Caico, tierra de aldeas y templos, de labradores y grandes terratenientes ocupados en la agricultura y la ganadería, de tierras cultivables, huertos y prados. Se extendía por el Este hasta las colinas y montañas de Abaítis, Abretena y Olimpena. Por el Oeste llegaba al mar. Había solamente unos cuantos establecimientos griegos en el valle del Caico, la mayor parte, probablemente, pequeñas comunidades militares y agrícolas.

En la costa, varias ciudades griegas dominaban los puertos y litoral fértil. Las salidas naturales del valle del Caico eran los golfos Eleático y Adramítico, con sus respectivas ciudades Elea y Adramitio. Elea, que formaba parte de este valle, fue la primera en someterse al gobierno de los dinastas pergamenos. Pero éste no podía ser el límite de sus esfuerzos. Era natural la expansión a lo largo de la costa al Sur y al Norte, y fue llevada a cabo sistemáticamente y con éxito. Hacia el Sur, los primeros dinastas pergamenos poseyeron probablemente las costas hasta Mirina; al Norte, toda la llanura adramítica y la ciudad de Adramitio, y por lo menos parte de la costa de la Tróade. Más al Norte no pudieron extenderse los pergamenos: Ilión, Abidos, Lámpsaco y

Cícico eran demasiado fuertes para ellos. Pero lograron mantener buenas relaciones con estas ciudades, especialmente las tres últimas, todas ellas centros florecientes e importantes del comercio del Helesponto y el mar de Mármara.

De no menos importancia vital para los dinastas pergamenos que la costa con sus puertos, pesquerías, olivares y viñas, era el dominio de la vertiente meridional del monte Ida. Lo consiguieron a comienzos de su historia y nunca lo perdieron. Esta región era la que les suministraba madera, pez y brea para sus barcos y construcciones, y un comercio de exportación provechoso en competición con Macedonia. Aquí era donde se criaban los mejores caballos para su ejército. Las minas del monte Ida les daban plata, cobre y un poco de oro. El oro lo recibían, sin duda, de las minas pónticas a través de Cícico (323). El territorio de la antigua dinastía pergamena consistía, pues, en: 1.°, la capital del reino, la ciudad de Pérgamo; 2.°, las pocas ciudades griegas de la costa y del valle del Caico, y 3.°, el trozo de campo en que estaban los pueblos y templos indígenas.

Podemos describir brevemente cada una de estas divisiones. La ciudad de Pérgamo era, en primer lugar, la ciudad de Filetero y de sus sucesores, su principal castillo y fortaleza, el centro de la organización militar y civil de su *dynasteia*, la morada de los dioses, que protegían a los gobernantes y al Estado. Al mismo tiempo era la ciudad griega más importante de la *dynasteia*, su capital intelectual y artística, su fachada griega. Pérgamo era para los atálidas lo que para los Tolomeos Alejandría, y fue construida y organizada de modo semejante a ésta. Probablemente se guiaron en la planificación y construcción de su capital por lo que conocían de la brillante ciudad del Nilo.

El centro de la ciudad de Pérgamo era su acra, la residencia de los dioses y de los reyes. En la ladera del acra y a sus pies se extendía la ciudad propiamente dicha, con sus templos, edificios públicos, amplios mercados y casas particulares. De esta ciudad sabemos muy poco.

El imponente grupo de monumentos del acra, elevándose en terrazas superpuestas, lo conocemos en la forma que se le dio en el período de la *basileia*, bajo Éumenes II y Átalo II (véanse capítulo V y lám. LXIII); pero es más que probable que el plan del acra fuese obra de los dinastas, no de los reyes. Éstos ampliaron cada uno de los edificios, los hicieron más magníficos y los llenaron con miles de estatuas, bajorrelieves y monumentos de-

corativos, pero nunca cambiaron las líneas generales de su disposición o su carácter general.

El imponente teatro con su larga y espaciosa terraza, su pórtico y templos, formaba una base recta desde la que se extendían en abanico los dos principales grupos de edificios del acra: la espléndida fila de templos y monumentos religiosos, y detrás de ella una segunda fila de edificios dinásticos y militares. El conjunto estaba rodeado de poderosas fortificaciones.

Dos templos, el de Atenea y quizá un templo o temenos dedicado a Zeus, eran los principales edificios religiosos del acra. El tercer gran monumento religioso de Pérgamo —el famoso altar con sus bellas esculturas, un monumento erigido por los atálidas para recordar a todo el mundo griego el mayor servicio prestado por ellos al helenismo: la derrota de los gálatas— fue una adición posterior. La última construcción de este grupo era un bonito mercado con un templo edificado para uso de la gran población del acra (324).

La segunda hilera de edificios estaba separada de la primera por una calle, la principal del acra, a la que daban frente palacios reales, jardines, cuarteles, almacenes y arsenales. Sólidos y fuertes, pero modestos en dimensiones y decoración, los edificios reales servían de poderosa protección a los santuarios y relacionaban íntimamente a los dioses con los reyes.

No es éste el lugar a propósito para un estudio del plan y el carácter artístico del acra. La idea general de su designio era la misma que la adoptada por los Tolomeos en Alejandría. Se pensó en que la residencia real dominase la ciudad que estaba a sus pies como un anejo subordinado. Esta idea fue realizada con gran inteligencia. Las filas imponentes de edificios reales, elevándose sobre la ciudad, causaban una impresión tan fuerte a los antiguos visitantes de Pérgamo como la causan sus imponentes ruinas a los turistas modernos.

Subordinada en su topografía al acra real, la ciudad de Pérgamo mostraba una subordinación similar en su constitución y modo de vida. Era ciertamente una ciudad griega, una *polis,* con su asamblea popular, su consejo y sus magistrados, sus tribus y su *demos*. Pero, como Alejandría en este aspecto también, esto no era más que una fachada. Detrás de la pantalla de su constitución, la vida de la ciudad se dirigía desde el acra. En la práctica, los principales magistrados —los estrategos— eran agentes de los reyes, lo mismo que los demás magistrados. Incluso las

tareas menores de mantener el orden y la limpieza en calles y plazas eran reguladas por decretos reales y hechas cumplir por los magistrados de la ciudad (los astinomos), de acuerdo con las prescripciones de la ley, y probablemente bajo la inspección real.

Las relaciones entre los gobernantes y las ciudades griegas de su *dynasteia* son muy poco conocidas. Ninguna de estas ciudades ha sido excavada, ni se han hallado en sus emplazamientos inscripciones importantes del período helenístico. Hay algún testimonio de que los dinastas pudieron haber empezado por otorgar ayuda y protección, préstamos y regalos a las ciudades griegas (325). No sabemos hasta qué punto esta relación de amistad originaria y de alianza fue transformada en sujeción, pero la transformación hay que aceptarla como un hecho. Átalo I, por su conveniencia, no dudó en trasladar, a la manera de Antígono el Cíclope, la población de Gergita, desde su antigua sede al norte del monte Ida, en la Tróade, a la fuente del Caico*[1]. El traslado de una parte de la población de Miletópolis a Gárgara, en el monte Ida, es de fecha desconocida. Pudo haberse realizado por iniciativa de la misma población, y en este caso no hay nada que nos impida atribuir el traslado a los primeros días de la *dynasteia**[2]. En el mismo tipo de actos arbitrarios podemos incluir la asignación de parte del territorio de Príapo a la ciudad de Parión, en la Tróade*[3], y una medida semejante que afectó a Dárdano y Abidos*[4], ambos probablemente de época posterior.

Las relaciones entre los gobernantes y las áreas rurales con sus templos y pueblos son asunto de la mayor importancia. En la terminología oficial de los atálidas, que aún se usaba en el reino de Átalo III y en los primeros días de los romanos, como se ve por el decreto de Átalo III (véase cap. VI), la *dynasteia* constaba de la *polis*, esto es, Pérgamo, y la *chora*, el resto del país. La *chora* no es el territorio de la ciudad de Pérgamo (esto no existió antes del período romano); es, sin duda, todo el territorio, fuera de la capital, en posesión de los dinastas. La terminología atálida es sorprendentemente parecida a la de los Tolomeos y diferente de la de los seléucidas.

*[1] Estrabón, XIII, 1, 70, pág. 616.

*[2] Íd., XIII, 1, 58, pág. 611; Mela, 1, 93; Esteban de Bizancio, voz Γάργαρα.

*[3] Estrabón, XIII, 1, 14, pág. 588.

*[4] Íd., XIII, 1, 28, pág. 595.

Desde tiempo inmemorial la *chora* estaba dividida en pueblos, con los que indudablemente se relacionaban la mayoría de los templos de la *dynasteia* pergamena. De estos templos ninguno era de importancia o dimensiones considerables: los que no estaban relacionados con ninguna ciudad griega eran, sin duda, templos menores de pueblo, de los que he hablado anteriormente (326). Ninguno de los pueblos ni templos fueron transformados en ciudades por los primeros atálidas, porque estos gobernantes no eran constructores de ciudades como los seléucidas, sino que en esto seguían el ejemplo de los Tolomeos. Sin embargo, hubo dos excepciones: Fileteria y Atalia. Ambas fueron probablemente meras fortalezas militares. Según parece, Fileteria no sobrevivió; Atalia, más tarde, llegó a ser una ciudad.

Los pueblos fueron, pues, el elemento predominante en la *dynasteia* pergamena. Formaron las principales unidades sociales y económicas y los centros administrativos, aunque no fueron considerados como las unidades administrativas principales. Las listas de efebos conservadas en el gimnasio pergameno muestran que la población del centro del Estado se dividía en tres clases: los ciudadanos de Pérgamo distribuidos entre las tribus de la ciudad, los que pertenecían a los *topoi* y los que, según la ley, eran extranjeros *(xenoi)*. Los *topoi*, en su mayor parte, o llevaban nombres geográficos (Liceta, Masdie, Dascilio, Timnoa, la llanura de Midas), probablemente algunos nombres de los centros y distritos administrativos (uno, por ejemplo, lleva el significativo nombre de Abucome), o eran designados *agroi*, latifundios, como, por ejemplo, «el latifundio de Apasión»; algunos, sin embargo, eran trozos de tierra de pastos (por ejemplo, Mandrai), o regiones habitadas por soldados de origen anatólico —misios y masdienos— asentados en la tierra (327).

Por consiguiente, podemos considerar los *topoi* como distritos. En éstos la mayor parte de la tierra pertenecía a los labradores, y era cultivada por ellos, o era cultivada por los soldados en ella establecidos o concentrados en un latifundio, probablemente regalo del rey *(dorea)*. Este sistema de subdivisión de la *dynasteia* se parece enormemente al que establecieron los Tolomeos en Egipto e introdujeron en su provincia de Palestina. Faltan los *nomoi* de Egipto, pero tenemos las *toparchiai* y pueblos. Sin embargo, es posible que varios *topoi* se agrupasen en una región. A veces sabemos de una región, como, por ejemplo, la Eólide, cuyo nombre no se usaba como término geográfico, sino admi-

nistrativo. Estas regiones corresponderían a los *nomoi**[1] egipcios. En época posterior la misma terminología se empleaba para las satrapías de la *basileia* atálida*[2].

Tenemos, pues, razones para suponer que los atálidas organizaron su *dynasteia* sobre el modelo tolemaico adaptado a las condiciones locales. Volveré a llamar la atención sobre las relaciones amistosas que llevaron, de hecho, a una alianza formal entre los primeros atálidas y los Tolomeos. La *polis* —Pérgamo— tenía una existencia aparte, y así tenía las ciudades griegas aliadas. El resto del país era la *chora*. Estaba subdividida en regiones, distritos (τόποι), y pueblos (κῶμαι), con sus templos respectivos. La tierra de la *chora* era probablemente propiedad del reino. Su mayor parte era cultivada por labradores indígenas, pero algunas parcelas se asignaban a colonos militares, mientras otras estaban en manos de griegos, en arriendos a largo o corto plazo, o acaso como γῆ ἰδιόκτητος. Grandes extensiones de tierra (quizá con pueblos incluidos) eran administradas por grandes terratenientes, probablemente como donaciones revocables del rey (328).

No tenemos información sobre el estado legal de los campesinos. Pero dado que en otras partes de Asia Menor eran siervos (λαοὶ βασιλικοί), podemos suponer que tuvieron el mismo estado en la *dynasteia* de los atálidas, con todo lo que esta condición implica. Su obra en los campos era inspeccionada probablemente por agentes del gobierno, como quiera que éstos fuesen designados[3]*.

Los labradores pagaban renta o impuestos al gobierno. Hemos visto que estos pagos no estaban determinados por regulaciones rígidas en la parte seléucida de Asia Menor (véanse págs. 441 y sigs.). Unas veces se hacían en moneda y otras en especie. Es probable, aunque está lejos de ser seguro, que los λαοί pagasen por regla general una *pars quanta*, un *ekphorion*, mientras los clerucos pagaban un diezmo, *dekate* o *eikoste* (329).

En los distritos rurales la justicia era administrada en nombre del rey por sus jueces. Ateneo los menciona incidentalmente*[4], pero la lectura del texto no es segura. Podemos suponer que había jueces reales en general —similares a los *chrematistai* y *lao-*

---

*[1] Ateneo, XV, pág. 697 *d*.

*[2] *O. G. I.*, 339, 12 y sig.; cf. 330.

*[3] τὰ βασιλικὰ πραγματευόμενοι era la expresión usual en época tardía; C. B. Welles, *R. C.*, 51, lín. 19.

*[4] Ateneo, XV, pág. 697; cf. pág. 508.

kritai tolemaicos—, o jueces que entendían en los asuntos concernientes a los intereses del rey, o incluso jueces especiales para los λαοὶ βασιλικοί.

En la *polis* y en la *chora* los gobernantes demostraban un notable interés por los asuntos económicos. No tenemos información directa sobre su actividad en relación con la agricultura y ganadería. Pero sabemos que estaban profundamente interesados por los tratados científicos de agricultura, y uno de ellos, Átalo III, escribió un tratado. Además sabemos que se dedicó al final de su vida a experimentos de horticultura. No podemos decir si se trataba de una afición personal o de un interés tradicional en la dinastía. Es digno de mención que la bibliografía de Varrón incluye muchos indígenas de Asia Menor entre los escritores de agricultura. Es probable, pues, que en su territorio real los atálidas dedicasen gran atención a la agricultura racional, y es cierto que sacaban sus principales ingresos de este territorio. Sin temor a dudas podemos decir que sus amigos y funcionarios que poseían o explotaban grandes fundos rivalizaron con ellos a este respecto*. Y es probable que fueran imitados por los colonos militares y los arrendatarios o propietarios de tierra privada.

El mismo profundo interés por los nuevos ensayos y mejoras demuestran los atálidas respecto a la ganadería. Asia Menor era famosa por sus ovejas y cabras, cerdos y caballos. No tenemos testimonios sobre las ovejas y cabras de Pérgamo. Pero sabemos que los caballos reales de Pérgamo se destacaban en Olimpia y en los grandes centros de carreras de Grecia en tiempo de Átalo I, e incidentalmente tenemos noticias de que Éumenes II compró algunas yeguas famosas en Aso. Sabemos también, por un pasaje aislado, que los reyes poseían grandes rebaños de ganado y troncos de caballos (330).

Los reyes pergamenos no eran menos celosos del desarrollo de la industria en las ciudades de su reino, especialmente en Pérgamo. Asia Menor fue siempre famosa como uno de los más grandes centros de manufacturas de lana. Frigia, Sardes, Mileto y muchas otras ciudades tenían fama universal en este terreno. Ciudades menores de la *dynasteia* pergamena, como Palescepsis,

---

* Se citan en el testamento de Átalo III (*O. G. I.*, 338, líns. 25 y sigs.) y conocemos los nombres de varios (en época posterior): Cratón, el famoso flautista de la época de Éumenes II; Diodoro Pásparo, el nabab de Pérgamo, después de la muerte de Átalo III. Véanse páginas 882 y sig.

Percote y Gambreón, en la Eólide y en la Tróade, eran famosas por sus telas y alfombras. Es, pues, natural que los gobernantes de Pérgamo hicieran grandes esfuerzos por aplicar la habilidad de sus súbditos y aliados a una producción extensa de tejidos de lana en su propia capital. Pérgamo se hizo conocida en todo el mundo como centro de producción de cortinas especiales *(aulaea)* y de brocado especial bordado con oro *(vestes attalicae)* que en los primeros tiempos había sido una especialidad de Lidia, particularmente de Sardes. El nombre puede referirse al Átalo más famoso: Átalo I. Podemos suponer que los gobernantes de Pérgamo no desdeñaron los descubrimientos contemporáneos de química aplicados al tinte de los tejidos. Debemos notar que fue por esta época cuando se comenzó en una relativa gran escala la explotación de dos tintes minerales: la *rubrica sinopensis* y la *sandarake.*

Se recordará que, aunque el pergamino no fue inventado por los atálidas, fueron ellos los primeros que le dieron importancia y le hicieron competir con el papiro egipcio. Aquí también debemos suponer que fueron los primeros miembros de la dinastía quienes desarrollaron la producción. Éumenes II, cuando estableció su famosa librería, tenía abundancia de pergamino a su disposición (331).

En el capítulo V volveré sobre algunas ramas de la industria pergamena. Aquí añadiré solamente que, aunque mis conclusiones referentes al desarrollo económico de Pérgamo se basan en gran parte en las fuentes que se refieren a los últimos atálidas, es probable que fueran los primeros dinastas quienes iniciaran este desarrollo. Confinados a un pequeño territorio, se vieron obligados a hacer cuanto pudieron para conseguir una explotación racional. Los últimos atálidas tenían otras preocupaciones, y sus ingresos eran mucho mayores, pero ciertamente no descuidaron la herencia.

No hay duda de que una gran parte de los productos agrícolas e industriales del país salían de la tierra real y de las factorías reales*. En la industria del trabajo esclavo se empleaba ciertamente en gran escala. Los esclavos reales son mencionados como una parte importante de la población pergamena en el decreto de Pérgamo, relacionado con la voluntad de Átalo III, que

---

* Véase *S. I. G.*^{3}, 1018, un regalo al templo de Asclepio de los ingresos de algunos *ergasteria.*

ya he citado. Algunos fueron empleados —como los posteriores *Caesaris* o *Augusti servi*— en las diversas oficinas reales, en instituciones como la biblioteca, en la administración de la *chora* y en la casa real; pero muchos, especialmente mujeres, trabajaban sin duda en las factorías reales. Los artesanos pergamenos tenían una reputación excelente en todo el mundo. Por el tiempo en que Átalo I construyó sus *pastas* en Delfos*[1], un tal Dameas residía allí (en 197 a. de J. C.) y era superintendente de las obras reales del rey Átalo; y manumitió a una esclava real*[2]. Más tarde, en 160-159 Éumenes II envió a Delfos, entre otros regalos*[3], «esclavos para reparar el teatro y otras dedicaciones». En 140-139 Átalo II despachó a Delfos tres pintores para restaurar las pinturas de un monumento que no se cita; no eran esclavos. Se ha observado que la técnica de los albañiles pergamenos fue adoptada por sus compañeros de oficio en varias ciudades de Grecia y Asia Menor. Finalmente, el trabajo en las minas reales y en los bosques era realizado principalmente por esclavos, y esclavos eran también los que cuidaban los caballos y la ganadería del rey (332).

No sabemos cómo estaba organizado el trabajo en las factorías reales, ni si algunas ramas de la industria eran monopolios reales, y es ocioso especular sobre estos puntos.

Por supuesto, el comercio se desarrollaba paralelamente a la agricultura y a la industria. Sin duda alguna, se exportaba grano. Por muchas inscripciones está atestiguado que había estrechas relaciones comerciales entre los atálidas y Grecia, mientras que sus pródigos y repetidos regalos de grano denotan la existencia de una amplia exportación de este producto. Pez, brea y madera pudieron haber sido exportadas a Egipto. Los tejidos pergamenos y el pergamino no se producían sólo para el consumo interior. Elea, el puerto de Pérgamo, fue, indudablemente, un puerto de mar muy activo (333).

En conjunto, estos distintos signos de actividad económica, aunque incompletos y esquemáticos, indican gran preocupación y cuidado por parte de los dinastas de Pérgamo hacia estas ramas de la administración. Nebulosamente divisamos un progra-

---

*[1] *S. I. G.*[3], 523.

*[2] *G. D. I.*, 2001; *S. I. G.*[2], 846: ὁ παρὰ βασιλέως Ἀττάλου ὁ ἐπὶ τῶν ἔργων τῶν βασιλικῶν. A la esclava se le llama βασιλικὰ παιδίσκα.

*[3] καὶ σώματα εἰς τὰν ἐπισκευὰν τοῦ θεάτρου [καὶ] τῶν ἄλλων ἀναθεμάτων, *S. I. G.*[3], 671 B 12 y sig.

ma bien pensado, una economía planeada, muy similar en muchos aspectos a la de los Tolomeos, mucho mejor conocida. El fin principal de las dos dinastías era el mismo: sacar todo el provecho posible de la tierra que estaba bajo su dominio directo y asentar su política general en este fundamento.

B) *BITINIA*

El vecino más cercano y el rival más peligroso de Pérgamo era el reino de Bitinia, en el noroeste de Asia Menor (334). El reino no era grande. En la época de su mayor expansión territorial constaba, prácticamente, del valle del Sangario y de la montañosa y accidentada tierra adyacente. Por el Norte y el Oeste se extendía hasta las costas de la Propóntide, el Bósforo Tracio y el Euxino, y por el Sur hasta las laderas del monte Olimpo. Por el Este la frontera era indecisa. Aquí se encontraba la poderosa ciudad de Heraclea Póntica, con su gran territorio, casi un pequeño reino, y tierra adentro gobernaban los reyes paflagonios y pónticos.

El país era rico. Arriano*[1], nacido en Bitinia y que conocía bien el país, dice que el Sangario era navegable, que los bitinios fueron buenos marineros en el pasado, y que poseían un territorio fértil, rico en árboles y canteras, especialmente canteras de cristal; en general, el país abundaba en toda clase de productos. Así era en el pasado y así podemos decir que es ahora. En particular, los bosques de Bitinia eran y son aún famosos y extensos, y suministran excelente material de construcción. La llanura de Brusa y algunas otras son todavía famosas por su fertilidad, y las colinas y montañas dan pastos excelentes.

El país estaba habitado por los tracios, que se creen haber venido de la península balcánica. Vinieron en gran número, y probablemente absorbieron la población indígena. Eran belicosos y valientes, y muy devotos de su país y de sus señores naturales. Mostraban más cohesión política que sus hermanos de Europa. En el mar eran piratas tan famosos como atrevidos, y tenían fama de ser muy xenófobos. Jenofonte*[2] es explícito sobre este punto. Dado que, como veremos en seguida, todos los puertos de la costa estaban ocupados por griegos, los bitinios fueron arrastrados a la

---

*[1] Arriano, *Bithyn.*, frag. 20, Roos.
*[2] Jenofonte, *Anab.*, VI, 4, 2.

piratería en vez de seguir oficios pacíficos, como mercaderes y navegantes.

Su costa fue ocupada por los griegos desde muy antiguo. Calcedonia en el Bósforo y Ástaco en el golfo de Ástaco eran antiguas colonias megareas. En frente de Ástaco estaba Olbia. Más al Oeste está Cíos, colonia de Mileto, y Mirlea, colonia de Colofón. La costa bitinia del Euxino es muy inhóspita. El primer puerto regularmente bueno es el de Heraclea Póntica, que también estaba ocupado por los megareos desde antiguo. Algunas ciudades griegas menores, cerca de Heraclea, dependían de esta ciudad. De este modo, los tracios de Bitinia estaban casi completamente aislados del mar, y en lo que respecta a la exportación de sus productos se hallaban a merced de sus vecinos griegos, especialmente de los más fuertes y ricos —Cícico en la Propóntide y Heraclea en el Euxino—, que dominaban el comercio póntico y mediterráneo.

Los historiadores griegos estaban muy familiarizados con la historia de los bitinios. Cícico y Heraclea habían tenido sus historiadores locales, y los historiógrafos de los reyes bitinios del período helenístico sacaron de ellos su información. La obra de Minfis, abreviada por Memnón y conservada en los resúmenes de Focio, registraba la primitiva historia de Heraclea Póntica, y muestra lo bien informados que estaban los escritores de esta clase. Las *Bithynica* de Arriano probablemente se remontan a los historiógrafos oficiales de la dinastía bitínica. Por desgracia, el resumen de Memnón sólo lo conocemos por excerptas, y los fragmentos de las *Bithynica* de Arriano que sobreviven son muy pobres y desprovistos de todo valor histórico.

Estaría fuera de lugar tratar aquí la historia de la dinastía bitínica. Bastará, pues, con presentar los rasgos fundamentales de la política de los caudillos que fundaron la monarquía helenística de Bitinia. Vasallos nominales de Persia durante algún tiempo, en los días de Alejandro los reyes bitinios desarrollaron una política bien definida. Sus principales aspiraciones fueron la independencia política, el aumento de territorio y el acceso al mar. Esta política, iniciada por Zipoites (327-280 a. de J. C.) y realizada por sus capacitados sucesores Nicomedes I (280-hacia 255) y Ziaelas (255-235), tuvo gran éxito. Mediante una valerosa lucha y un notable despliegue de inteligente diplomacia, estos reyes lograron mantener su independencia contra Alejandro, Lisímaco, Seleuco I y Antioco I. Sin duda fueron responsables de traer a los gálatas a Asia Menor; pero aunque esto fue una calamidad para

el resto de esta región, el asentamiento de los celtas en Frigia fue ventajoso para los bitinios y sus vecinos pónticos. Los gálatas les sirvieron de protección eficaz contra sus principales enemigos, los seléucidas.

La guerra bitinia de independencia fue acompañada de esfuerzos por salir del aislamiento político y económico y conseguir voz y voto en la política universal de su tiempo. Estos esfuerzos empezaron con la adquisición de un litoral griego para su reino tracio. En la época de Zipoites, Bitinia no tenía todavía acceso al mar. Cuando tomó el título de rey, en 297 (año inicial de la era bitínica), Zipoites se vio obligado a construir su capital tierra adentro. Zipoitión fue el nombre dado a esta efímera creación, a imitación de la práctica de sus contemporáneos macedonios. Pero su sucesor, Nicomedes, pudo trasladar su residencia al mar. En 264 fundó enfrente de Ástaco, que había sido destruida por Lisímaco, una nueva ciudad llamada Nicomedia, con habitantes griegos procedentes de Ástaco y quizá de Calcedonia, que al mismo tiempo de ser su capital era una réplica de la Alejandría de Egipto. Éste fue un acto decisivo destinado a presentar a Nicomedes ante el mundo griego como uno del grupo de caudillos que formaban el equilibrio de potencias helenísticas, un rey griego con un nombre griego y una capital griega. Es significativo que Nicomedes por esta época, con el fin de dar a su nueva capital una oportunidad de desarrollar su actividad comercial, concluyese una alianza con Filadelfo, el amo del Egeo. No es menos significativo que antes de morir Nicomedes nombrase protectores de sus hijos a Filadelfo y Antígono Gonatas, por una parte, y a algunas de las principales ciudades comerciales de la Hansa nórdica —Bizancio, Heraclea y Cíos—, por otra. Sin el apoyo de Tolomeo y Antígono, el Egeo quedaría cerrado para Nicomedes y una alianza con Heraclea y Bizancio era condición necesaria para la participación en el comercio póntico. Su política hacia las ciudades griegas de la Grecia propiamente dicha fue, por supuesto, la misma que la de sus contemporáneos. Trató de demostrar su filohelenismo mediante regalos a los grandes santuarios panhelénicos, como se ve por la estatua que le fue erigida en Olimpia*.

La política de su sucesor Ziaelas fue aún más «helenística». Ziaelas no cambió su nombre bitinio por uno griego, pero su política, en todos los aspectos, fue exactamente la misma que la de

* Pausanias, V, 12, 7.

Nicomedes. Se ha descubierto recientemente un documento que es muy ilustrativo a este respecto. Los de Cos, no sin una inteligencia con Evérgetes, su soberano, se habían dirigido a Ziaelas pidiéndole que reconociese la *asylia* de su asclepión, lo cual era una señal de respeto para Ziaelas. El documento en cuestión es la réplica a esta invitación, la carta que entregó a los embajadores de Cos *(theoroi)*. En esta respuesta leemos entre líneas que comprendía perfectamente la situación de Cos y la verdadera intención de la embajada. Insiste en que seguirá la política de su padre y permanecerá fiel a su amistad y alianza con Evérgetes. Su amistad a los de Cos era, de hecho, una expresión de sus sentimientos hacia Evérgetes: «y porque el rey Tolomeo, nuestro amigo y aliado, está bien dispuesto hacia vosotros»*[1]. Lo que los de Cos, y detrás de ellos Tolomeo, querían obtener de Ziaelas era una seguridad de su amistad y actitud benévola hacia los mercaderes griegos, que estaban dispuestos a comerciar con él en el caso de que obtuvieran esta seguridad. Ziaelas replica con toda claridad. Asegura a los embajadores que toma buen cuidado de «todos los griegos que acuden a nosotros»*[2]. Y en términos explícitos garantiza seguridad completa a todos los marineros que desembarquen en Bitinia o naufraguen en sus costas (335). El sentido general de su carta está claro. «Venid a Bitinia —dice—: ha pasado el tiempo en que los piratas bitinios solían molestar a los mercaderes. Ahora los bitinios son amistosos con los extranjeros (φιλόξενοι) y ya no son sus enemigos (μισόξενοι) como en los días de Jenofonte.» Las producciones literarias contemporáneas inspiradas por los reyes bitinios dan la misma nota. Nos parece un eco de ellas la afirmación de Nicolao de Damasco*[3] en que se alaba a los bitinios por su amistad hacia todos los extranjeros (esto suena como una réplica a Jenofonte). Quizá podamos ver una intención semejante en el ampuloso juicio de Arriano antes citado*[4] de que los bitinios fueron tradicionalmente grandes marineros (ναυτικώτατοι), desde los días de su mítico pasado.

Prusias I, sucesor de Ziaelas, continuó la tendencia política de sus predecesores. Su principal realización fue completar el li-

---

*1 *S. I. G.*³, 456; Welles, *R. C.*, 25, lín. 22: καὶ διὰ τὸ | τὸμ βασιλέα Πτολεμαῖον | οἰκείως διακεῖσθαι τὰ πρὸς ὑμᾶς | ὄντα ἡμέτερον φίλον καὶ σύμμαχον.

*2 Ibíd., 11: πάν|των μὲν ἀφικνουμένω[ν] πρὸς ἡμᾶς Ἑλλήνων.

*3 Frag. 113, *F. Gr. Hist.*, II, 90, pág. 389.

*4 Frag. 20, Roos.

toral griego, cubriendo el núcleo bitínico de su territorio por el lado del mar, con una línea de ciudades griegas fundadas de nuevo que llevaban nombres dinásticos. Sin embargo, en la última parte de su reinado tuvo que actuar en una atmósfera política distinta, y se adaptó a ella. Volveré a él y a sus procedimientos en el capítulo V. Baste decir que las líneas principales de su política eran las mismas que las de sus grandes predecesores.

No podemos decir cuáles fueron los desarrollos en el interior de Bitinia al otro lado de la pantalla griega. Bitinia es una de las partes de Asia Menor que han sido menos exploradas. Ninguna de las ciudades bitinias ha sido excavada. Los descubrimientos en los lugares donde estuvieron emplazadas se refieren, en la mayor parte de los casos, a las épocas romana y bizantina, cuando Bitinia alcanzó gran prosperidad. Nicea, la ciudad de Antígono y Lisímaco, que fue incorporada al reino bitinio durante algún tiempo en el período que nos ocupa, y Nicomedia, así como algunas de las ciudades fundadas por Prusias I, tuvieron en la época romana y bizantina enorme extensión y gran riqueza e importancia. Bajo sus ruinas yacen sepultados los restos helenísticos, modestos y relativamente pequeños, de época anterior.

Sin embargo, es casi seguro que el país, la *chora* de Bitinia, no era una tierra de ciudades sino de pueblos. No se puede decir que los reyes de Bitinia fuesen grandes urbanizadores. Fortificaron y desarrollaron las ciudades griegas de su reino, pero no tenemos noticia ninguna de que transformasen en ciudades los pueblos tracios. Tenemos alguna noticia de fundaciones como Bitinio y Cresa, pero no sabemos exactamente su situación ni su importancia. Tampoco tenemos idea alguna de la medida en que los bitinios adoptaron la política militar helenística de sus vecinos, el sistema de soldados mercenarios y *katoikoi* militares. Sus ejércitos parecen haber sido reclutados entre sus propios súbditos, reforzados por mercenarios gálatas.

Una cita casual de Cicerón* de los *agri Bithyniae regii* implica la idea de que la tierra no asignada a las ciudades, quizá con la excepción de la que está en manos de la aristocracia tracia, era propiedad privada del rey. Pero es inútil especular sobre si esta tierra real era lo que en otros reinos helenísticos se conoce como χώρα o χώρα βασιλική, es decir, todo el territorio del rey

* Cicerón, *De leg. agr.*, II, 50.

(excepto los territorios de las ciudades griegas), o simplemente latifundios privados del reino. Se encontrarán algunas sugerencias sobre este punto en el capítulo VII.

Tampoco sabemos nada de la política económica de los reyes: sus relaciones con las ciudades, sus impuestos, su desarrollo de los recursos naturales del país. Su política comercial muestra que fue un país próspero y que tenía mucho que exportar, pero no podemos ir más allá de este juicio general.

C) *PONTO Y PAFLAGONIA*

Bitinia, cuya estructura y evolución puede parecernos peculiar, pertenecía geográfica y culturalmente a la parte occidental de Asia Menor que desde tiempo inmemorial había estado relacionada con Europa occidental, y particularmente con Grecia. Sus vecinos orientales, Paflagonia y el Ponto, o Capadocia Póntica, estaban en una situación completamente distinta. Formaban el sector occidental del interior oriental de Asia Menor, de la parte de Asia Menor que mira hacia Oriente, no hacia el Occidente, y que tiene por aguas el mar Negro interior, un lago escitopersa, en otro tiempo iranio (336).

Aunque estrechamente vinculada al resto del interior oriental de Asia, la parte póntica de este sector ocupa una posición particular entre los territorios del Oriente de Asia Menor. La zona montañosa que bordea la costa del mar Negro y las regiones al Norte y Oriente del profundo canal del río Halis, tienen un clima más variado y son más diversas en carácter que la meseta anatólica. Las montañas que se abren desde el Cáucaso y corren hacia el Oeste en dirección paralela a la ribera meridional del mar Negro, están entrecortadas por ríos que labran su camino a duras penas hacia la costa. Cortos y rápidos en el Este, se hacen más largos y menos torrenciales a medida que nos acercamos al Oeste. Tres de ellos —el Termodonte (el famoso río de las Amazonas), el Iris y el Halis— forman en sus cursos bajos amplios deltas fértiles que son los únicos puntos donde la costa póntica ofrece una posibilidad de arribada en las tempestades del mar inhóspito *(Pontos Axeinos)*.

Más allá de la costa, el país es una sucesión de valles fluviales, amplios lagos, bonitas colinas y altas montañas. El clima es mucho más suave que el de la meseta capadocia, menos cálido en verano

y menos frío en invierno. La vegetación es lujuriante y el suelo muy fértil. El Ponto tenía reputación de ser un país rico: sus productos característicos se decía que comprendían ganado, ovejas y caballos, cosechas agrícolas, frutas, especialmente uvas y aceitunas y las famosas nueces y cerezas —nombre éste que se dice derivado de Ceraso, ciudad griega de la costa— y una gran profusión de flores y arbustos aromáticos.

Aún más importante era la riqueza mineral de la parte oriental del Ponto, que consistía especialmente en hierro, pero comprendía también cobre y plata. Era el distrito minero por excelencia del Oriente Próximo; y la tradición casi unánime del mundo antiguo atribuye la invención del hierro y el acero a los hábiles herreros cálibes. Durante cientos de años las caravanas habían llevado los metales del Ponto a Asiria, Babilonia, Siria, Fenicia y Palestina, por un lado, y a las capitales de los hititas y sus sucesores, a las playas de la Propóntide y los Dardanelos y a la costa occidental de Asia Menor, por otro. Sin embargo, no había pasado mucho tiempo desde que los griegos se dieron cuenta de las ventajas de la ruta del mar Negro sobre las rutas de tierra para llevar los metales a su país. Éste fue el comienzo de la colonización griega de la costa meridional del mar Negro.

Trapezunte, el puerto de los distritos mineros, y Sinope, la casa de banca para el comercio del metal, fueron las primeras fundaciones y conservaron este comercio en sus manos durante siglos. La próxima fundación fue Amiso, el Pireo del mar Negro, rival de Sinope en el comercio con Crimea, y, la última de todas, Heraclea, a la que antes nos hemos referido, así como las ciudades menores que después formaron la ciudad de Amastris, comunidades estrechamente vinculadas al Quersoneso de Crimea* y por ello rivales tanto de Amiso como de Sinope.

Las ciudades griegas de la costa póntica formaban un mundo propio. Sus relaciones se limitaban a las ciudades hermanas, en la costa del mar Negro, y al Occidente. Tenían poco interés con la tierra del Ponto, que geográficamente volvía la espalda al mar y a las ciudades de la costa. Por consiguiente, las ciudades griegas tuvieron muy poca influencia sobre las condiciones que predominaban entre los valles, colinas y montañas pónticos. La vida allí

---

* Ciudad jonia fundada de nuevo por los megareos, *polis* doria como Heraclea.

siguió siendo durante siglos, exactamente lo mismo que antes de la colonización griega de la costa.

El Ponto, con Capadocia, fue durante mucho tiempo el centro del gran imperio hitita, el cual se destacó por su cultura desarrollada y peculiar y su singular estructura social y económica. Bajo la dominación persa se transformó en una de las plazas fuertes del iranismo anatólico, poco conocido y poco estudiado. Estas tradiciones nunca murieron en los territorios pónticos y conservaron su influencia en la época helenística y romana. Ya nos hemos ocupado de ello al describir lo poco que sabemos sobre los dominios seléucidas en el interior de Asia Menor. Pero en ninguna parte de esta región fueron tan fuertes como en el Ponto y Capadocia, y no conocemos ninguna en su aspecto social y económico por una descripción tan completa y fidedigna. Porque el Ponto fue la patria de Estrabón, y su obra excepcionalmente minuciosa nos revela las fuentes de su fuerza y las causas de su importancia histórica en la época helenística. Volveré sobre el tema en el capítulo VI, cuando trate de Capadocia, y me limitaré aquí a lo que sabemos del Ponto.

Es evidente que el reino póntico y su estructura política, social y económica, tal como las describe Estrabón, no fueron creación de la dinastía mitridática, sino una herencia ligeramente helenizada de los hititas y los persas. El país era gobernado por el rey, y sus residencias fortificadas se repartían por todo el territorio. La capital, bajo los primeros mitridátidas fue Amasia, en cuya ciudadela había una guarnición al mando de un gobernador militar. En la ciudadela estaba el palacio del rey y un gran altar dedicado al divino protector de la dinastía, el iranio Ahuramazda (a quien los griegos llamaban Zeus Estratio), una indicación del carácter fuertemente iranio de la familia gobernante. Las demás residencias reales, Gaziura y Cabeira, eran probablemente parecidas a Amasia.

El Ponto estaba subdividido, de acuerdo con las tradiciones orientales, que fueron igualmente adoptadas por los seléucidas y los partos, en distritos o provincias, llamadas eparquías, bajo gobernadores cuyo título griego era el de estrategos. Al lado de las plazas fortificadas de los reyes, la aristocracia tenía otras fortalezas similares distribuidas por todo el país. Estrabón menciona algunas. Los dueños de estas fortalezas y de la tierra de sus alrededores eran señores feudales, la mayoría de origen iranio; uno de estos señores feudales, conocido por una inscripción griega, se

llamaba Farnabazo, mientras su vasallo lleva el nombre griego o helenizado de Meriones (337). En el Ponto no había ciudades de tipo griego, excepto las ciudades griegas de la costa. La forma típica de establecimiento era el pueblo. La rica llanura cercana a Amasia se llamaba Quiliocomón (la llanura de los mil pueblos) y se nos dice que Murena, en una incursión devastó cuatrocientos pueblos.

Los templos desempeñaban una parte importante en la vida del país. Estaban dedicados a dioses de distinto origen —el capadocio Ma, el anatólico Men Farnaco, la irania Anaítis con sus dos acólitos, el citado Zeus Estratio—, pero estaban organizados a la manera oriental. Un gran sacerdote era representante del dios o diosa y el jefe del templo y su territorio. Grandes extensiones de tierra eran cultivadas por labradores que se consideraban «esclavos» del dios. En el templo vivía gran número de esclavos similares que cuidaban de él bajo la dirección de distintos sacerdotes. Una parte importante en la vida del templo era desempeñada por las esclavas, las prostitutas del templo.

Muchos templos eran centros de industria y comercio. Éste era el caso del gran pueblo de Comana, del Ponto, principal emporio de comercio con Armenia. Tenía seis mil esclavos o siervos sagrados, y la población y el templo eran célebres por su lujo y vida disipada; un paraíso para soldados y mercaderes. No menos famoso era el templo de Anaítis de Zela.

En ciudades, pueblos y templos vivía una población mezclada y heterogénea. Si recordamos el número de idiomas escritos en las tablillas de arcilla descubiertas en los distintos centros del imperio hitita, no nos sorprenderá que en el Ponto se hablasen veintidós lenguas.

Es una pena que no tengamos material arqueológico que ilustre la descripción de Estrabón. Porque el Ponto, como Bitinia, nunca ha sido completamente explorado por los arqueólogos. No se ha excavado ninguna ruina de templos. La poca información que tenemos proviene de las ciudades griegas de la costa. Algún documento aislado ilustra algún aspecto de la vida del interior, pero no nos permite echar una ojeada de conjunto.

El Ponto era el Estado que, al aparecer en el horizonte político de la época que estudiamos, estaba destinado a ejercer una cierta influencia sobre la evolución del mundo helenístico, especialmente en la última fase de su existencia. Pero si Mitrídates VI pudo desempeñar un papel tan importante en esta historia tardía fue de-

bido no sólo a su ambición y energía, sino también a los recursos acumulados para él por sus predecesores menos conocidos.

Tenemos un conocimiento muy escaso de la historia más antigua de los mitridátidas. El fundador de la dinastía fue un noble iranio del Asia Menor póntica, tal vez uno de los tiranos de una ciudad a finales del siglo IV a. de J. C.; un caudillo de la ciudad de Cíos, de la Propóntide. Este Mitrídates, en su vejez, y su hijo, llamado también Mitrídates, estuvieron en el campamento de Antígono en 302 a. de J. C. y se preparaban a traicionarlo. El viejo Mitrídates pereció, el hijo sobrevivió, y después de Ipso estableció su residencia en Quimiata de Paflagonia, una de las fortalezas de que he hablado. Desde Quimiata como centro empezó a edificar su reino.

La política que adoptaron él y sus sucesores fue la misma que la de los reyes bitinios. Sus fines principales eran gobernar su reino con independencia, extender su territorio todo lo posible, y abrir el país al mundo exterior obteniendo el dominio de las ciudades griegas de la costa del mar Negro.

A principios de su gobierno lograron la posesión de Amasto, que les fue entregada por su dinasta Éumenes el 279 a. de J. C., cuando Mitrídates II compartía el gobierno con su hermano Ariobarzanes. Después extendieron su dominio a la rica, grande y gloriosa ciudad de Amiso. Hacia 255 a. de J. C., según Memnón*, cuando Mitrídates III estaba ocupado en la lucha con los gálatas, Heraclea envió grano a Amiso a requerimiento del rey. Pero aunque Amiso dependía de los reyes pónticos, no estaba sujeta a ellos. Los primeros mitridátidas nunca pensaron en hacerla su capital. Por otro lado, Sinope, la reina del comercio del Euxino, desafió los intentos de los reyes pónticos de apoderarse de ella, y conservó su completa independencia. Fue en 183 a. de J. C. (véase más adelante) cuando, apoderándose de Sinope, los mitridátidas completaron su conquista del litoral y pudieron aspirar a la igualdad con las otras monarquías helenísticas.

No era de menos importancia vital para los primeros mitridátidas extender su poder hacia Oriente, y obtener el dominio de las regiones mineras. Se desconoce hasta qué punto lo consiguieron. Estaba reservado a Farnaces I, contemporáneo de Prusias I, el dar los pasos decisivos por los que su reino se transformó en un rico y poderoso Estado helenístico.

---

* Memnón, 24.

D) *GALACIA*

He aludido varias veces al efecto producido sobre la evolución política y económica de las monarquías menores de Asia Menor por la existencia en el corazón de aquella región de un cuerpo de conquistadores extranjeros y bandidos profesionales que se había asentado allí y organizado un poderoso Estado. Éstos fueron los gálatas. Poco puede decirse sobre la estructura económica y social de esta comunidad extranjera.

Durante algún tiempo, a principios del siglo III a. de J. C., bandas organizadas de galos ocuparon una gran parte de la Gran Frigia en el Sangario y el Halis medios, comprendiendo una faja de tierra de unas 190 millas de largo por 100 de ancho. Hicieron esto o por presión violenta sobre los soberanos nominales del país, o con el consentimiento tácito de éstos, cualesquiera que fuesen en aquel momento: los seléucidas, los reyes pónticos o bitinios o Átalo I. En todo caso, cuando por primera vez tenemos noticia de su constitución y hábitos y costumbres, en la época de la expedición de Cneo Manlio Vulso el 189 a. de J. C.*, no eran recién llegados y habían adoptado un modo de vida sedentario (338).

El país que ocuparon no era muy atrayente. En su mayor parte, salvaje e inhóspito, a duras penas apropiado para la agricultura. Algunas regiones producían sólo cosechas regulares en los años de buenas lluvias. La población que las hordas galas encontraron en Galacia eran los frigios, también conquistadores impuestos sobre estratos de población más antiguos. Se remontaban a un glorioso pasado. Herederos de los llamados hititas, los frigios habían sido todopoderosos en sus dominios hasta que, diezmados por los cimerios, tuvieron que someterse primero a los lidios y después a los persas. En el imperio persa formaron parte de una importante satrapía, y más tarde vieron su país invadido por Alejandro. En la época helenística su territorio conservó su independencia política, porque por él pasaba una de las grandes rutas más importantes, que enlazaban las regiones orientales y occidentales del imperio de Alejandro.

Muchas ciudades de venerable antigüedad, intactas por la cultura griega, muchos templos famosos y millares de pueblos

---

* Las autoridades son Polibio, XXI, 33-41, y Tito Livio, XXXVIII, 12-17.

se extendían por todo el país. Las ciudades más importantes eran Pesinunte, patria de la Gran Madre Cibeles; Gordio, capital del antiguo reino frigio, y Ancira. Como Pesinunte, Ancira y Gordio eran centros de comercio local y estaciones en el cruce de las grandes rutas. Prácticamente, nada sabemos sobre la vida de estas notables ciudades.

Fue sin duda bajo la presión de la dura necesidad por lo que las potencias rectoras del siglo III a. de J. C. aceptaron la ocupación gala de una parte de Asia Menor, ocupación que había de tener tantas consecuencias políticas y económicas. Establecidos allí, los gálatas hicieron imposible toda unificación del Asia Menor oriental y dificultaron las comunicaciones entre Siria y la costa occidental de Asia Menor.

Dueños del país, los gálatas se extendieron por él. Sus tres tribus ocuparon cada una una parte: los tolistoageos (o tolistoboyos) se establecieron en el oeste del país; los tectosagos, en el centro, y los trocmos, en el este. Pesinunte y Gordio quedaron en la parte ocupada por los tolistoageos.

De este modo se creó una situación especial: un pequeño grupo de conquistadores extranjeros superpuesto a una población indígena de otra raza, con una religión, una estructura social y económica y una cultura completamente distintas. Estos conquistadores no eran unos meros bárbaros: traían consigo su organización tribual y cantonal profundamente arraigada, una elevada cultura material y habilidad artística. Estas características son bien conocidas por las noticias de los escritores griegos y romanos sobre las ramas occidentales del pueblo céltico en España, Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania, así como por las metódicas y fructuosas excavaciones de los castillos, aldeas y cementerios célticos tanto en Oriente como en Occidente (especialmente en Checoslovaquia, Rumania y Rusia meridional). Los únicos asentamientos célticos sobre los que carecemos de información son los de la parte nordeste de la península balcánica y Asia Menor (339).

El pequeño grupo de inmigrantes celtas encontró en Frigia, entre la situación política revuelta y un tanto caótica, un antiguo sistema social y económico firmemente establecido, una religión altamente organizada, y una cultura particular reflejada en tumbas rupestres y santuarios monumentales e imponentes, adornados con esmeradas esculturas, y en muchas inscripciones en escritura indígena que datan de las épocas pregriega, griega y helenística. Las escasas excavaciones que se han hecho en Frigia

aspiraban todas a descubrir los primeros restos de la vida civilizada en el país, pero ninguna ha dado material importante referente a los períodos frigio, lidio y persa de su historia. Cualquiera que haya sido esta vida, sin duda estaba basada en una tradición fuertemente arraigada.

Es más que probable que en los dos primeros siglos de su dominación en Frigia, los gálatas no hicieran ningún intento serio por fundir la cultura frigia con la suya propia. Ellos eran un puñado, mientras que los frigios sumaban sin duda varios cientos de millares. Por otra parte, en el primer período de su gobierno, permanecieron completamente ajenos a la cultura frigia. Los citados relatos de Polibio y Tito Livio demuestran que los gálatas mantenían en Asia Menor sus costumbres políticas, sociales y económicas hereditarias. No es preciso dar una vez más un resumen general de ellas. Toda buena descripción de la vida de los celtas occidentales, tal como se da en los principales libros a ellos dedicados, reproduce, uno por uno, todos los rasgos de la vida céltica en Galacia según las descripciones de Polibio y Tito Livio: organización tribual, reyes tribuales y tetrarcas cantonales, clanes de familias aristocráticas, comitivas militares dependientes de los reyes, tetrarcas y jefes de las familias principales, vida en los castillos fortificados, que eran centro de grandes latifundios, donde el trabajo agrícola y la ganadería eran realizados para los señores por labradores y pastores indígenas. Éstos eran los rasgos generales de la vida céltica, y eran los mismos por doquier, en la Galia, España, Italia, Gran Bretaña, el Danubio, el norte de la península balcánica, Rusia meridional y la Galia anatólica.

Galacia tenía un problema particular: el de las relaciones entre los galos y las ciudades y templos del país. No tenemos información sobre este punto. Parece que en el primer período de su dominación evitaron las ciudades y nunca las hicieron capitales de sus tres estados tribuales. Probablemente se contentaron con sacar de ellas pingües tributos. Los celtas eran un pueblo profundamente religioso y supersticioso, y con dificultad se atreverían a usurpar de manera indebida los derechos de los templos de los poderosos dioses de su nueva patria. Incluso podemos suponer que la religión de Asia Menor influyó sobre la suya propia. Podemos deducir esto del estudio de algunos vasos de plata y bronce empleados en la liturgia céltica, que se han encontrado tanto en Oriente como en Occidente: me parecen demostrar indefectiblemente la influencia de las ideas religiosas orientales y el estilo artístico de Oriente (340).

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, las relaciones entre los templos y los jefes gálatas se hicieron más íntimas. Repetidas veces tenemos noticia de que, en el período pergameno tardío, y después en tiempos del protectorado romano, los gálatas tomaban parte activa y destacada en la vida de los grandes templos, especialmente el de Pesinunte, como grandes sacerdotes de los santuarios (341).

Aislados en sus castillos (φρούρια), mandando sobre millares de labradores y pastores indígenas, que vivían en pueblos abiertos, los jefes gálatas y sus mesnadas llevaban, con toda seguridad, una vida perezosa y a veces lujosa. Muy pocos o ninguno fueron cultivadores activos del suelo, pastores, artesanos o mercaderes. Su ocio era interrumpido de cuando en cuando por guerras o incursiones en países vecinos, sirviendo ambas cosas para incrementar su fabulosa riqueza. Muchos miembros de las grandes mesnadas, cada vez mayores, de los jefes jóvenes ansiosos de aventuras y botín, ingresaban como mercenarios en los ejércitos de los reyes helenísticos. Los que sobrevivían y no se establecían en los países gobernados por sus patronos, volvían a su país natal con los cinturones llenos de oro y plata seléucidas, tolemaicos, pónticos, bitinios, macedonios y quizá también bactrianos (342).

Por los relatos de la primera expedición que penetró en Galacia —la de Cneo Manlio Vulso— desde que los galos se asentaron en su nueva patria, y por las noticias del botín que cogió y parte del cual fue llevado a Roma, es posible formarse una idea de la riqueza acumulada en los castillos de los nobles. No menos ilustrativo a este respecto es un texto literario aislado y poco utilizado por los eruditos modernos, que, sin embargo, no se refiere probablemente a los celtas anatólicos, sino a los tracios. Es un fragmento de un excurso etnográfico del historiador Filarco referente a un episodio del año 265-264 a. de J. C. Describe cómo Ariamnes, uno de los jefes gálatas y hombre muy rico, organizó un gran banquete (probablemente en la región que dominaba) para todos los gálatas que pudieron venir de los pueblos y ciudades del país, y también para todos los ξένοι que estuvieran de camino por las vías que cruzaban el territorio del anfitrión. El banquete se celebró en grandes tiendas levantadas en los caminos. Se compuso de pantagruélicas comidas de carne, pan y vino. Un detalle curioso es la mención de grandes calderas de bronce que Ariamnes encargó a los mejores artesanos de las ciudades. Nos recuerdan el caldero de Gundestrup y a los grandes calderos similares de los nómadas escitas, sármatas y mongólicos (343).

E) *LAS CIUDADES-ESTADOS DEL EUXINO Y EL REINO DEL BÓSFORO*

Los trascendentales cambios efectuados por los Tolomeos y los seléucidas y las duras exacciones de los reyes menores de Asia Menor alteraron el aspecto económico del mundo egeo. Los perfeccionados métodos de producción, los intensificados esfuerzos de repoblación, la economía dirigida de los reyes, todo contribuyó a este cambio. La calidad de los productos puestos en venta aumentó considerablemente, se organizó mejor el cambio de bienes, y las relaciones comerciales fueron cuidadosamente vigiladas por los poderosos gobernantes de la época, protegiendo cada uno de diferentes maneras su propio comercio.

El abastecimiento de bienes aumentó rápidamente, y lo mismo le ocurrió a la demanda. Ya he explicado cómo el número de compradores griegos que en el pasado había comprado toda clase de mercancías, aumentó ahora con el establecimiento de griegos en Oriente, y cómo la población indígena se fue acostumbrando poco a poco a los productos griegos.

La orientación general de las relaciones económicas en el Egeo cambió a consecuencia de ello, y el cambio afectó en cierta medida a todos los estados que hasta entonces habían destacado en la actividad mercantil, especialmente en las ciudades griegas del continente, de las islas griegas y de Asia Menor. He intentado demostrar en las páginas anteriores de qué manera influyó todo esto sobre el impulso del desarrollo económico de Atenas, Rodas, Delos y Mileto.

Paralelamente a estas ciudades —los principales emporios y las más prósperas comunidades del mundo egeo— había un número considerable de otras importantes que desempeñaban un papel activo, e incluso principal, en el sistema económico griego del período helenístico. Éstas eran las ciudades que tenían las claves del comercio nórdico, especialmente el comercio de las costas del mar Negro. Había seis grupos de ellas que participaban en la organización y regulación del comercio: 1.º, el grupo helespóntico, especialmente Sesto, Abidos y Lámpsaco; 2.º, el grupo de la Propóntide, cuya indiscutida cabeza era Cícico; 3.º, el grupo del Bósforo Tracio, Bizancio y Calcedonia; 4.º, el de la costa meridional o «derecha» del Euxino, en el que destacaban las grandes ciudades comerciales de Heraclea, Amiso y Sinope; 5.º, el

de la costa occidental o «izquierda» del Euxino, incluyendo Apolonia, Calatis, Odesa, Tomi e Istro, y 6.º, el grupo de la costa norte del Euxino y Crimea, que comprendía Olbia, Panticapeo y sus dependencias, y el Quersoneso.

Cada uno de estos grupos tenía su participación en el gran comercio que se realizaba entre los mundos póntico y egeo. Hay que recordar que durante casi dos siglos los países alrededor del Egeo habían sacado del Euxino sus principales provisiones de alimentos (especialmente pescado y grano, además de miel), de metales (particularmente hierro), de distintas materias primas (tales como lino del Cáucaso, cueros, cáñamo y cera), y de esclavos*. A éstos hay que añadir algunas mercancías orientales traídas por el comercio caravanero desde Asia al Euxino por una de las dos rutas que llegaban a él: la septentrional, que corría al norte del mar Caspio y terminaba en Panticapeo, y la meridional, la ruta caucásica, cuyos terminales en el Euxino eran las ciudades griegas de su costa oriental: Fasis y Dioscurias.

Olbia, Panticapeo y el Quersoneso, por un lado, y las ciudades de la orilla «izquierda» del mar Negro, por otro, expedían a las ciudades griegas del Egeo las mercancías importadas, así como las producidas en sus propios territorios y en los de sus vecinos táuricos y tracios. Las ciudades de la orilla «derecha» o meridional del Euxino comerciaban no sólo en los productos de aquel litoral, en particular hierro, cobre y plata, sino también en mercancías traídas del Cáucaso y Armenia. Bizancio y Calcedonia, además de ser puertos de escala para todos los buques que atravesaban el Bósforo Tracio, poseía productivas pesquerías. Cícico fue la gran casa de banca para el comercio del Euxino, y un centro bancario próspero. Finalmente, Lámpsaco, Abidos y Sesto dominaban los Dardanelos, y Lámpsaco desempeñaba además el mismo papel que Cícico, aunque en menor escala.

Las nuevas tendencias económicas del mundo helenístico, el traslado de su centro a Asia Menor, Siria y Egipto, afectaron profundamente el comercio del Euxino, que dejó de tener para Grecia la importancia del pasado. El volumen de este comercio declinó sin remedio. Pero no debe exagerarse la magnitud de la decadencia. El pescado póntico no tenía rival, y su demanda aumentó en lugar de disminuir. Era el alimento de consumo general de los griegos, y dondequiera que éstos se establecían había

---

* Polibio, IV, 38.

un gran consumo de él. Tampoco se produjo en el mundo antiguo suficiente grano para satisfacer su demanda. Probablemente la demanda de trigo póntico ya no era tan grande como lo había sido; en general, el grano bajó, pero no cabe duda de que el trigo póntico podía competir fácilmente con el egipcio, anatolio y sirio. Lo mismo puede decirse de las materias primas, especialmente los metales. El abastecimiento de metales al mercado griego nunca fue muy abundante, y las minas pónticas seguían siendo una de las pocas fuentes de este suministro. Por otro lado, la demanda, especialmente de hierro, era urgente; se necesitaban grandes cantidades, sobre todo para fines militares y para la mejora de los métodos agrícolas (344).

Sabemos muy poco de las actividades económicas de las ciudades comerciales más importantes del Norte. Poseemos algunos testimonios referentes a las vicisitudes políticas, su lucha por la independencia, y sus interrelaciones, pero nuestras fuentes son casi mudas sobre lo que fue el principal factor de sus vidas: el comercio. Sin embargo, algunos factores son conocidos y dedicamos unas cuantas palabras a algunas de las ciudades más importantes de la Hansa nórdica.

Cícico. Esta ciudad dominaba todavía el comercio de la Propóntide (345). Sin duda, ya no se acuñaban los famosos «cicicenos», la moneda más cotizada del comercio euxino desde el siglo VI al IV a. de J. C. Tampoco tenemos noticia de que los «cicicenos» fueran sustituidos por otras monedas acuñadas por la ciudad con destino al comercio exterior. Esto puede explicarse por su decreciente importancia como centro de contratación y banca. Por otra parte, podemos atribuir la desaparición de los «cicicenos» principalmente al hecho de que habían dejado de usarse. Ahora había gran abundancia de monedas excelentes y fuertes. Primero Filipo, después Alejandro y finalmente Lisímaco, habían emitido cantidades tan enormes de moneda, que prácticamente Cícico no tenía necesidad de acuñar su propia moneda para fines comerciales. El lugar de los «cicicenos» fue ocupado por la acuñación de Lisímaco, que se transformó en el medio de cambio corriente para el comercio euxino* (346).

Por otra parte, sabemos que en la época helenística Cícico seguía siendo una ciudad tan opulenta, hermosa y bien ordenada como en el pasado. Estrabón es explícito a este respecto en su

---

* Véase cap. III, notas 38, 49 y 52.

conocida descripción de la Cícico helenística, es decir, la Cícico anterior a la época de Mitrídates. Después de una breve descripción de la gran isla o península de Cícico, prosigue*: «La ciudad rivaliza con las más principales ciudades de Asia en extensión y hermosura y en su excelente sistema de gobierno en paz y en guerra. Su ornato parece ser de un tipo semejante al de Rodas, Masalia y la antigua Cartago. Dejando otros pormenores puedo decir que tiene tres arquitectos que cuidan de los edificios públicos y de las máquinas de guerra, y tres almacenes, uno para armas, otro para máquinas de guerra y otro para trigo, cuya putrefacción es evitada mediante una mezcla de tierra calcídica.» Teniendo en cuenta que el pasaje que sigue se refiere al asedio de la ciudad por Mitrídates, es evidente que sacó su descripción de una fuente helenística. También sabemos con certeza que el esplendor de Cícico no fue creación de la última época helenística.

El testimonio de Estrabón está apoyado por los pocos hechos de la historia de Cícico que conocemos. Parece probable que nunca se sometió a ninguno de los gobernantes helenísticos después de Alejandro. Por lo menos no hay nada que nos induzca a pensar que fuese una ciudad súbdita de Antígono, Lisímaco o Seleuco I. Pudo haber sido su aliada y contribuido a sus gastos, pero probablemente conservó su independencia política. Esto se demuestra por su lucha afortunada con Arrideo, y por sus relaciones con sus vecinos próximos, Bitinia y Pérgamo. Éstos nunca se atrevieron a atacarla. Ya me he referido a una inscripción que sugiere que Cícico tuvo una especie de alianza (sinmaquía) con Filetero de Pérgamo, y sus relaciones con Bitinia probablemente fueron muy similares (347).

Esto no es sorprendente, porque de hecho la ciudad de Cícico fue una *dynasteia* de moderadas dimensiones. Su territorio fue extenso y fértil. Estrabón describe la amplia provisión de alimentos almacenados en sus graneros. La tierra perteneciente a Cícico estaba ocupada en parte por sus propios ciudadanos, y en parte cultivada por siervos (λαοί) frigios. Sabemos que ésta

---

* Estrabón, XII, 8, II, pág. 575: ἔστι δ'ἐνάμιλλος ταῖς πρώταις τῶν κατὰ τὴν 'Ασίαν ἡ πόλις μεγέθει τε καὶ κάλλει καὶ εὐνομίᾳ πρός τε εἰρήνην καὶ πόλεμον. ἔοικέ τε τῷ παραπλησίῳ τύπῳ κοσμεῖσθαι ὥσπερ ἡ τῶν 'Ροδίων καὶ Μασσαλιωτῶν καὶ Καρχηδονίων τῶν πάλαι· τὰ μὲν οὖν πολλὰ ἐῶ, τρεῖς δ'ἀρχιτέκτονας τοὺς ἐπιμελουμένους οἰκοδομημάτων τε δημοσίων καὶ ὀργάνων, τρεῖς δὲ καὶ θησαυροὺς κέκτηται, τὸν μὲν ὅπλων, τὸν δ'ὀργάνων, τὸν δὲ σίτου· ποιεῖ δὲ σῖτον ἄσεπτον ἡ Χαλκιδικὴ γῆ μιγνυμένη.

era la situación de la vecina ciudad de Celea y de su territorio adjunto, que era tierra real (χώρα βασιλική) de los seléucidas. Hay buenas razones para pensar que Cícico tenía tantos siervos como sus vecinos (348). Podía, pues, no sólo proveer a las necesidades de su numerosa población y de los residentes temporales que venían de todas partes del mundo en la época de su famosa feria, sino también exportar parte de la producción de su territorio, como vino, y pescado, y ciertos productos industriales, tales como ungüentos (349).

Lámpsaco. Lámpsaco era una Cícico en pequeño, como se ve por sus abundantes acuñaciones, de electrón al principio, y de oro —los «lampsacenos»— en el siglo IV a. de J. C. La moneda de Lámpsaco compartió el destino de la de Cícico y por las mismas causas. Pero Estrabón*1 describe a Lámpsaco en términos comparables a los que aplica a Cícico: «Lámpsaco también es una notable ciudad marítima con buen puerto, y floreciente como Abidos.» Una prueba de la importancia de Cícico y Lámpsaco en el comercio de la época, la tenemos, por ejemplo, en el papel desempeñado por sus ciudadanos en Delos (véase pág. 241) (350).

Bizancio. Pareja a Cícico en fama, belleza, importancia y riqueza era Bizancio, la reina del Bósforo Tracio (351). Polibio describe su situación e importancia con lucidez y precisión*2. «Por el lado del mar —dice— la situación de Bizancio es más ventajosa que la de ciudad alguna en nuestra parte del mundo, en lo concerniente a seguridad y prosperidad, mientras que por el lado de tierra es en ambos respectos la más desfavorable de todas. Porque por el lado de mar domina de modo tan completo la boca del Ponto, que ningún mercader puede entrar ni salir contra su voluntad.» Y después de describir el carácter del comercio póntico, prosigue: «Así, pues, los bizantinos, como benefactores comunes de todos los griegos, pueden en justicia esperar recibir no sólo su gratitud, sino también su asistencia conjunta cuando les amenacen peligros de parte de los bárbaros.»

Polibio describe a Bizancio tal como era en 219 a. de J. C. Nada de lo que dice sugiere que su riqueza e influencia fuesen menores de lo que habían sido, o que declinase su comercio e importancia. Su afirmación está completamente apoyada por

---

*1 Estrabón, XIII, 1, 18, pág. 589: καὶ ἡ Λάμψακος δ'ἐπὶ θαλάττῃ πόλις ἐστὶν εὐλίμενος καὶ ἀξιόλογος συμμένουσα καλῶς ὥσπερ καὶ Ἄβυδος.

*2 Polibio, IV, 38.

lo poco que sabemos de la historia de la ciudad en el período helenístico. Después de la época de Alejandro pudo asegurar su independencia política. Acudió en auxilio de Cícico cuando esta ciudad fue atacada por Arrideo, el sátrapa de la Frigia Helespóntica (véase nota 347). Debemos recordar que Bizancio y Cícico eran vecinas, pues la primera poseía parte del territorio próximo al lago Dascilio, cuya otra parte estaba en poder de la segunda*[1]. Bizancio no tomó parte activa en las luchas de los tiempos tempestuosos de los sucesores y mantuvo estrechas relaciones con todas las potencias que dominaban el comercio póntico: Calatis, los caudillos del Bósforo y Sinope*[2]. Su principal esfuerzo consistió en apoyar los intereses de las ciudades pónticas. Después de Ipso, Bizancio aunque situada en el centro del imperio de Lisímaco, consiguió mantener su libertad*[3]. Después de Corupedión tomó parte activa en la guerra en la que las grandes ciudades comerciales del Euxino (incluyendo Heraclea, Calcedonia, Cíos y Tíos) se opusieron al ataque de Seleuco I a la independencia de Heraclea*[4]. Más tarde, Bizancio pudo haber seguido siendo miembro de la Liga Septentrional cuando esta Liga (que incluía Nicomedes de Bitinia, Antígono Gonatas y Heraclea) combatía a Antioco I (279 a. de J. C.)*[5]. La ciudad sufrió duramente en la gran tempestad céltica. El fuerte Estado celta de Tilis se formó en su vecindad inmediata, y Bizancio se vio obligada a pagar un tributo anual. La suma de tributos era entre 10 y 33 talentos, elevándose a 80 talentos poco después de 220 a. de J. C. El hecho de que la ciudad pudiese pagarlo es un testimonio de su gran riqueza.

El poder e influencia de Bizancio fueron reconocidos por Nicomedes I cuando la nombró, junto con los caudillos que en aquella época eran más poderosos en el mar —Filadelfo y Gonatas—, protectora de sus hijos*[6]. Durante la guerra doméstica entre los miembros de la Hansa póntica Bizancio demostró su fuerza obligando a Calatis e Istro a desistir de su ambicioso intento de establecer un dominio exclusivo de las aguas

---

*[1] Estrabón, XII, 8, 11, pág. 576.
*[2] Diodoro, XX, 25.
*[3] Plutarco, *Moral,* 338 B.
*[4] Memnón, 11.
*[5] Íd., 18, cf. 19.
*[6] Íd., 22.

del Euxino occidental y a quebrantar la resistencia de Tomi*[1]. Finalmente, con ayuda de Filadelfo, amo del Egeo, y un fuerte destacamento de la flota de Heraclea, pudo resistir un asedio de Antioco II*[2]. De sus últimos destinos y la gran guerra por la libertad de los estrechos de Rodas hablaré en el capítulo V.

La riqueza e importancia de algunos mercaderes bizantinos del siglo III a. de J. C. están atestiguadas por el decreto de Delos en honor de Dionisio de Bizancio, que vendió 500 medimnos de trigo a Delos a un precio favorable*[3]. Y Dionisio no fue una excepción*[4]. La potencia de Bizancio no sólo descansaba en sus ingresos procedentes del comercio. Lo mismo que Cícico, Bizancio poseía un gran territorio*[5], y pesquerías muy productivas*[6]. Su territorio estaba fuertemente fortificado y era cultivado por siervos*[7]. De hecho, como otras grandes ciudades pónticas, Bizancio era un Estado territorial de considerable extensión y habitado por una gran población.

Heraclea. Las ciudades principales de la costa meridional del Euxino presentan rasgos semejantes. La mejor conocida es Heraclea, un gran Estado territorial que poseía un extenso «territorio», poblado y cultivado por mariandinos. Es el ejemplo clásico de un Estado cuya prosperidad se basaba en el trabajo de los siervos (λαοί), citado frecuentemente en las especulaciones teóricas sobre cuestiones sociales y económicas del siglo IV a. de J. C. No es éste el lugar adecuado para discutir su historia tal como la narraron Ninfis y Memnón y se conservó en las excerptas de Focio. La «tiranía» de Heraclea, que duró más de un siglo, es el ejemplo mejor conocido, aparte los del Bósforo y Siracusa, de las tiranías griegas tardías y *dynasteiai*, tan extendidas en Asia Menor, de las que ya he hablado. Bastará observar que aunque rodeada de peligros y amenazada su misma existencia por los gálatas y sus ambiciosos vecinos, los reyes de Bitinia

*[1] Memnón, 21.
*[2] Íd., 23.
*[3] *I. G.*, XI, 4, 627; Durrbach, *Choix*, 46.
*[4] Véase Durrbach, ad loc., y pág. 232.
*[5] Polibio, IV, 45, 7, y para el período posterior Tácito, *Ann.*, XII, 63; Dion Crisóstomo, XXXV, 25; Herodiano, III, 1, 5.
*[6] Aristóteles, *Pol.*, pág. 1291 *b*, 23; Arquéstrato, en Ateneo, VII, 303 *e*, y seudo Hesiodo, ibíd., III, 116 *b*, cf. 116 y sig. y 117 *a*.
*[7] Polibio, IV, 52, 7: Prusias I restituyó a los bizantinos τάς τε χώρας καὶ τὰ φρούρια καὶ τοὺς λαούς.

y Ponto, Heraclea pudo conservar su libertad hasta la época de la segunda guerra mitridática (352).

Ya me he referido a la parte activa tomada por Heraclea, como potencia independiente, en los sucesos de la agitada época que siguió a la muerte de Alejandro, la mayor parte de las veces aliada con otras ciudades del mismo tipo, preparadas a luchar por su independencia. Pudo repetidas veces ayudar a sus aliadas con importantes fuerzas navales, enviarles trigo en grandes cantidades y pagar grandes sumas a los gálatas (353). Sus relaciones con Crimea, especialmente con el Quersoneso, fueron tan estrechas como en el siglo IV a. de J. C., y sus lazos comerciales con el mundo helenístico son bien conocidos (354).

Amiso. Sobre Amiso y Sinope se sabe menos. Amiso fue anexionada por Mitrídates en una fecha anterior de su historia. Sinope, casi un siglo después. Las dos ciudades fueron grandes y poderosas, con fértiles territorios, cuyos habitantes tenían fama de ser agricultores expertos y progresivos.

Ninguna de estas ciudades ha sido excavada de manera sistemática. Macridy Bey ha hecho recientemente en las necrópolis de Amiso y Karasamsun algunas excavaciones que produjeron un gran número de diferentes objetos, pero, por desgracia, no se han publicado los resultados. Además, las necrópolis, tanto las de Amiso como las de Sinope, han sido saqueadas durante mucho tiempo por excavadores y vendedores indígenas de antigüedades. Estas «ciudades de los muertos» son impresionantes. Su aspecto es muy parecido al de la necrópolis de Panticapeo, con sus túmulos monumentales, tumbas cavadas en la roca y tumbas cavadas en el suelo.

Es digno de mención que en el período helenístico Amiso y probablemente Sinope fueron centros importantes de industria cerámica. Ya se han citado las ánforas sinópicas (cap. II, pág. 100, nota 43). La cerámica amisia, hallada especialmente en Karasamsun, presenta rasgos especiales. Refleja el carácter híbrido de la cultura de la ciudad y del Ponto en general. Por una parte, tenemos una cerámica local, un tipo particular de vasos pintados de diversas clases. Sus formas y ornamentación se remontan en parte a los originales anatólicos protohistóricos, y en parte a los productos del arte plástico y cerámico iranio, con una ligera mezcla de elementos helenísticos. Las terracotas, que son esencialmente griegas, muestran un estilo peculiar, fundamentalmente distinto del de las terracotas de Mirina y Cime. Pueden

compararse con algunos productos del arte plástico pergameno de su tiempo.

Poco sabemos del comercio de la ciudad. Las relaciones con Atenas están bien atestiguadas por las inscripciones funerarias de amisios que murieron allí. En otro capítulo hablaré del papel que desempeñaron los amisios en la vida del reino póntico y en su comercio con el Egeo en la época de Mitrídates el Grande (355).

Sinope. Esta ciudad tuvo más importancia comercial y fue más rica que Amiso. Además de sus recursos agrícolas, los sinopenses poseían extensas y ricas pesquerías. El ámbito de sus relaciones comerciales no se estrechó: con el reino del Bósforo, por ejemplo, fueron tan íntimas como habían sido en el pasado*[1]. Lo mismo puede decirse del comercio entre Sinope y el Egeo.

Estas relaciones con el mundo helenístico están suficientemente ilustradas por el conocido relato de la conducción a Alejandría de la estatua de Serapis y de la petición de Tolomeo Soter. En una versión de la historia que da Atenodoro de Tarso*[2] fue Filadelfo y no Soter quien recibió la estatua de los sinopenses como presente (χαριστήριον) a cambio del grano que le envió la ciudad en tiempos de hambre. Aunque imaginario, el relato atestigua las activas relaciones entre Alejandría y Sinope. He mencionado que los productos de Sinope (por ejemplo, las nueces del Ponto) eran muy populares en Alejandría y el resto de Egipto en el siglo III a. de J. C. Puede también observarse que la ruta entre el mar Negro y Alejandría era bien conocida de los marineros alejandrinos y sinopenses*[3]. No menos activas fueron las relaciones comerciales entre Sinope y Rodas. En el capítulo V veremos cómo Rodas intentó por dos veces —en 220 y en 218 antes de J. C.— defender la libertad política de Sinope. Esto implica que por aquella época hacía mucho tiempo que se habían establecido relaciones comerciales entre las dos ciudades (356).

Ciudades de la costa tracia. Nuestra información respecto a las ciudades de la costa occidental es aún más defectuosa (357). Sin embargo, podemos recordar la heroica lucha de Calatis, la principal ciudad de esta costa, contra Lisímaco, lucha en la que

---

*[1] Véase, por ejemplo, Diodoro, XX, 25.

*[2] Clemente Alejandrino, *Protrept.*, IV, 48, 2, pág. 14 Sylb.; página 78 Stäh.; *F. H. G.*, III, 487, frg. 4.

*[3] Véase nota 354.

tuvo como aliadas a sus hermanas de la costa occidental, y fue apoyada por el caudillo bosforano Eumelo*1. También puedo mencionar el conflicto de intereses que surgió entre Calatis (apoyada por Istro) y Tomi*2. El período de miseria y decadencia no había llegado aún para las ciudades griegas de la costa tracia y del Euxino, a pesar de su devastación por los celtas, de los que ciertamente no sufrieron menos que la rica ciudad de Olbia en la desembocadura del Hikanis (Bug) (358). Tal vez sea ocioso referirse, con este motivo, a una hermosa y muy conocida inscripción de Olbia, un decreto de la ciudad en honor de su benefactor, Protógenes, que es un vivo retrato de las dificultades sufridas por la ciudad durante el caos producido por la invasión céltica de las estepas del sur de Rusia*3. La información se completa por otras inscripciones de Olbia. Quizá sea casual el que no conservemos documentos similares referentes a las ciudades de la costa tracia.

El reino del Bósforo. La ola céltica no alcanzó el grande y remoto reino del Bósforo. No puedo detenerme aquí extensamente en la historia peculiar y la estructura política, social y económica de este poderoso Estado griego. Situado en Crimea y en la Península de Tamán, comprendía muchas ciudades griegas y un gran territorio siempre creciente, asemejándose a los estados de Heraclea, Cícico y Bizancio, pero a una escala mucho mayor y con mucha más estabilidad. El reino del Bósforo desempeñó un papel memorable en la historia de las estepas del sur de Rusia, donde los escitas crearon un vasto y sólido imperio en el primer período de existencia del reino bosforano.

En el período durante el cual el Estado del Bósforo alcanzó su mayor expansión, prosperidad y estabilidad fue el de finales del siglo V y mediados del IV a. de J. C., cuando estuvo gobernado por arcontes fuertes y capaces (denominados «tiranos» en Atenas): Satiro I (433-389), Leucón (389-349), Espartoco II (349-344) y Perisades I (349-310). En este período fue cuando se echaron las bases del sistema político, social y económico del reino del Bósforo.

En esta época el reino bosforano no tomó parte activa alguna en la vida política del resto del mundo griego, en sus continuas

---

*1 Diodoro, XIX, 73, cf. XX, 25.

*2 Memnón, 21.

*3 *S. I. G.*[3], 495.

guerras. Se conformó con asegurar su libertad e independencia contra Atenas. Pero mientras se mantenían alejados de la política del Egeo y limitaban su interés al Euxino, los primeros espartócidas nunca se desinteresaron del Egeo, sino que se mantuvieron bien informados de lo que allí sucedía, porque de él dependía en gran parte su prosperidad. Su diplomacia siempre fue activa, y trataron de alcanzar sus fines por vía diplomática. Estos fines no eran de naturaleza política: era del sistema económico griego, no del político, del que deseaban ser miembros fijos. Y alcanzaron su meta. Su reputación era muy alta en Grecia, especialmente en Atenas, y llegaron a ser muy populares incluso entre la masa de la población griega. Esta reputación y popularidad eran debidas al importante papel que el Bósforo desempeñaba en la vida económica de Grecia, de que ya he hablado (págs. 97 y sigs.). Los espartócidas eran grandes exportadores de distintas mercancías, particularmente alimentos. Estos alimentos (grano, pescado y ganado) eran en parte producto de su propio territorio, las fértiles tierras de Crimea y de la península de Tamán. Los latifundios que poseían en estas regiones y las propiedades rústicas y arrendamientos de los griegos residentes en las ciudades del Bósforo eran cultivadas por *laoi* indígenas, esclavos y siervos, que también guardaban el ganado y caballos. Sin embargo, todavía más importantes eran sus reexportaciones. Éstas consistían en mercancías recibidas de sus poderosos vecinos y soberanos nominales, los reyes escitas, a cambio de los productos agrícolas e industriales de su país y por las mercancías que por su mediación recibían del mundo helenístico.

Los espartócidas se enriquecieron como grandes terratenientes y aún más como tratantes en todo género de mercancías. Su riqueza se refleja en el espléndido desarrollo de sus ciudades, y sobre todo en el contenido de las tumbas reales monumentales cerca de Panticapeo y de las tumbas más modestas de sus súbditos, los ciudadanos de las múltiples ciudades del reino bosforano. Su actividad comercial y el volumen e importancia de su comercio están demostrados por la fabulosa riqueza hallada en las tumbas de sus principales clientes, los reyes y nobles escitas, que se encuentran dispersas por todo el imperio escita, muchas de las cuales han sido excavadas por arqueólogos rusos. De estos dos grupos de tumbas he hablado en el capítulo II (págs. 99 y 101), donde he demostrado que los her-

mosos y costosos objetos de oro, plata y bronce, la cerámica, las telas y las ánforas llenas de vino y aceite de oliva que en ellos se han encontrado eran en gran parte importados de Grecia, pero en parte procedían también de los almacenes de los señores bosforanos y de los inteligentes artistas de las ciudades bosforanas (359).

Tal era la situación del reino del Bósforo en el siglo V antes de J. C., y a principios y mediados del IV. A finales del siglo IV y en la primera mitad del III cambió la situación política. En tiempo de las conquistas de Alejandro en Oriente, grandes hordas de iranios empezaron a moverse desde el Turquestán ruso hacia el Norte y el Oeste. Los escritores griegos les llaman saces y sármatas. Estas hordas empezaron a presionar sobre los escitas de las estepas del sur de Rusia, y los empujaron hacia el Oeste, a través de los grandes ríos rusos, hacia el Danubio y hacia el sur de Crimea. El reino escita empezó a desintegrarse. Las condiciones políticas revueltas en las estepas del sur de Rusia se hicieron aún más confusas debido al gran movimiento céltico que he descrito (págs. 22 y sigs.). He mostrado cómo esta oleada céltica alcanzó la región del Dniéper y ocasionó desastres y disturbios en Olbia (360).

Naturalmente, el reino bosforano fue afectado por estos acontecimientos. Perisades I y sus sucesores Eumelo (310-304 antes de J. C.) y Espartoco III (304-284 a. de J. C.) vivieron en tiempos difíciles: guerras exteriores, la mayoría con los escitas de Crimea, y las discordias dinásticas fueron frecuentes. Con Perisades II (284-250 a. de J. C.) los disturbios parece que se acabaron y la situación quedó más o menos estabilizada.

No es extraño, pues, que la prosperidad y el prestigio bosforanos no fuesen tan altos como en el período anterior. Pero aun así la situación del reino era mucho mejor que la de Olbia, como se ve por lo poco que sabemos de su vida política. Los espartócidas de finales del siglo IV y principios del III a. de J. C. pudieron realizar con éxito la política de sus antecesores. Conservaron intacta su independencia política y continuaron limitando su interés al mar Negro. Perisades I no sólo defendió su reino, sino que probablemente también lo ensanchó con guerras victoriosas con los escitas de Crimea. Eumelo, figura destacada en la tradición histórica de la época, se sintió bastante fuerte para concebir ambiciosos planes de creación de un vasto imperio póntico. Incluso cruzó su acero con Lisímaco, pero sólo para salvaguardar sus in-

tereses pónticos. Finalmente, Espartoco III renovó las antiguas relaciones amistosas entre su reino y Atenas*[1].

La política de los espartócidas del siglo III a. de J. C. con el mundo helenístico fue la misma de sus antepasados con los estados helénicos. El reino del Bósforo continuó aislado del resto del mundo griego. Los espartócidas del siglo III a. de J. C. no tomaron parte en las incesantes guerras de los sucesores de Alejandro y de los últimos reyes, y nunca tuvieron intención de hacerlo. A su vez, los reyes helenísticos no intentaron incorporar el reino bosforano a sus dominios. Incluso Lisímaco, cuando formó su imperio tracio, no pensó incluir el Bósforo y su territorio en él. Y lo mismo puede decirse de los otros diádocos y de sus descendientes: Antígono Gonatas y los antigónidas, los seléucidas, los Tolomeos y los primeros caudillos pergamenos. No sabemos de que estos caudillos intentasen nunca ni siquiera obtener ayuda de este reino en sus largas y destructivas guerras.

Con el fin de colocarse en pie de igualdad con sus contemporáneos, los espartócidas reorganizaron sus estados sobre modelos helenísticos, en su aspecto exterior. Así, por ejemplo, asumieron el título de rey: Eumelo fue quizá el primero en hacerlo.

Nuestra información sobre las relaciones comerciales de los espartócidas en el siglo III a. de J. C. es muy defectuosa, pero lo que conocemos muestra que los fundamentos económicos de su reino eran sólidos y sanos. El Bósforo seguía siendo, aunque por supuesto, en una escala un poco menor, lo que había sido siempre: un gran exportador de trigo y otras mercancías al mundo egeo. Como en el pasado, el Bósforo desempeñaba un importante papel en la vida económica del Egeo. Esto puede inferirse de algunos trozos dispersos de las fuentes. Las relaciones entre Rodas y Delos y el Bósforo, especialmente bajo Perisades II, ya han sido mencionadas (pág. 241). La importancia comercial y política del reino del Bósforo está atestiguada también por un documento de la correspondencia de Zenón*[2], que habla de los enviados de Perisades II que iban a Alejandría a ver a Filadelfo, según parece, en misión diplomática. En consecuencia, no nos extraña encontrar en Alejandría no sólo embajadores de los reyes, sino también algunos de sus súbditos, así como algunos griegos del Quersoneso y Olbia.

---

*1 *S. I. G.*³, 370.

*2 H. I. Bell, *Symb. Osl.*, V (1927), pág. 33, y mi artículo en *J. E. A.*, XIV (1928), pág. 13.

El material arqueológico está de acuerdo con lo que hemos dicho. Ya he citado la abundancia de asas de ánforas estampilladas rodias, tasias y otras halladas en Panticapeo. Puedo añadir que, aunque no es posible atribuir con certeza a la primera mitad del siglo III a. de J. C. ninguna tumba real o monumental de persona particular de ajuar rico, en algunas ruinas y tumbas de ciudades bosforanas son frecuentes los hallazgos de fecha helenística primitiva, como, por ejemplo, piezas escogidas de varias clases de la cerámica. También se pueden citar los notables productos de ceramistas atenienses, algunos hermosos vasos con relieves de factura pergamena, y finos *lagynoi* antiguos. En fecha muy temprana, los panticapeos empezaron a competir con la cerámica extranjera importada produciendo grandes cantidades de sus cerámicas propias, como, por ejemplo, los mencionados vasos color de agua y una hermosa serie de cuencos «megareos» (véanse págs. 100 y sigs. y lám. LXVIII, 2).

Naturalmente, la intranquila situación de las estepas del sur de Rusia afectó a la regularidad y estabilidad del comercio bosforano. Las provisiones de alimentos a disposición de los reyes del Bósforo ya no eran tan abundantes ni tan regulares como habían sido. Pero debemos evitar las exageraciones. Nuestras fuentes, aunque escasas, evidencian que el reino del Bósforo no sufrió pérdidas territoriales en el siglo III a. de J. C. Los espartócidas pudieron mantenerse en Crimea contra los escitas, que se retiraban ante los saces y sármatas, y también en la península de Tamán, en la que los nuevos invasores del sur de Rusia no parecen haber intentado penetrar. De este modo, el producto de este territorio, que naturalmente varió en cantidad, seguía en manos de los reyes del Bósforo.

Además, la desintegración del imperio escita fue un proceso lento y gradual. Acabo de decir que un grupo de escitas se retiró a Crimea, que le sirvió de refugio y transformó en su morada permanente. Otro grupo encontró refugio en Dobrudja. Sin embargo, incluso en las estepas entre el Dniéper y el Bug, los escitas pretendían todavía ser los amos en una fecha tan tardía como la de la inscripción de Protógenes, que no puede ser anterior a la época de la gran invasión celta. El nombre del rey Saitafernes es bien conocido. Así, pues, los escitas, especialmente los de Crimea, aún tenían mucho que vender a los mercaderes del Bósforo y les hacían grandes pedidos, aunque el volumen de su comercio fuera menor que antes.

Estas consideraciones generales serían confirmadas por los hallazgos arqueológicos, si fuera cierto que por lo menos algunas de las tumbas reales escitas de las estepas del sur de Rusia pertenecen a los comienzos del siglo III a. de J. C. y no antes. Sin embargo, su fecha es controvertida y no puede ser discutida aquí (361).

En las regiones del reino escita ocupadas por las hordas de saces y sármatas, los nuevos señores, naturalmente, heredaron las relaciones escitas con la población indígena y los reyes bosforanos. Saces y sármatas se hicieron automáticamente señores y amos de los indígenas establecidos en estas regiones, que ganaban su vida cultivando el suelo y guardando ganado, ovejas y caballos. Como sus predecesores escitas, los saces y sármatas recaudaban sus rentas y disponían del producto sobrante para los mercaderes bosforanos.

Estos nuevos caudillos del sur de Rusia no fueron en modo alguno más pobres que sus predecesores escitas. Algunas de sus tumbas han sido excavadas, como, por ejemplo, las que yacen bajo los túmulos de Alejandropol con sus ajuares fabulosamente ricos, probablemente las tumbas de un rey sace y su familia. Algunos hallazgos aislados en el distrito de Cubán y en las proximidades de Voronej demuestran que Alejandropol no es una excepción. Una opulencia semejante se observa en las primeras tumbas sármatas, de las que probablemente proceden los hermosos cinturones hallados, uno en Maikop, en el río Cubán, y otro en Bulgaria. Quizá se pueda deducir que la espléndida tumba en Karagodeuasj debe considerarse el lazo de unión entre las tumbas reales escitas y las sármatas, ya que no son ni enteramente escitas ni puramente sármatas, recordando en este aspecto las que están bajo el túmulo de Alejandropol (362).

Así, los mercaderes bosforanos tenían todavía grandes cantidades de mercancías que exportar al mundo egeo. Y, por consiguiente, aún podían importar de Grecia y el Próximo Oriente, vino y productos industriales para ellos y sus clientes antiguos y recientes de las estepas. Los artistas y artesanos de las ciudades del Bósforo continuaron trabajando no sólo para la población del reino del Bósforo, sino también para los caudillos de las estepas. Pero, sin duda, hubieron de adaptarse a los gustos y modas de saces y sármatas, lo cual hicieron con éxito, como se ve por los hallazgos antes mencionados, tan poco conocidos y estudiados, de las tumbas saces y sármatas.

En conjunto, las fuentes muestran que en el siglo III antes de J. C., a pesar de las vicisitudes políticas, el Bósforo seguía siendo, aunque en menor escala, lo que había sido en el siglo anterior. Su prosperidad se refleja en su moneda. Las hermosas monedas de plata y oro del siglo IV y principios del III a. de J. C., que representan la cúspide de las realizaciones artísticas panticapeas, continuaron acuñándose. En algún monumento del siglo III antes de J. C. las estateras de oro de tipo antiguo fueron poco a poco reemplazadas por una nueva moneda de oro real que era imitación de la de Lisímaco y llevaba el nombre de Perisades en vez del de Panticapeo, y un busto retrato en vez de los dioses e insignias de la ciudad. El estilo de estas monedas es muy inferior al de las antiguas series bosforanas, y es poco probable que fuese Perisades II el primero que las emitió (lám. LXXIX, 2).

NOTAS

PARTE I

(1) Véase cap. I, nota 13.

(2) G. Glotz, *J. d. Sav.*, 1913, págs. 16 y sigs., 206 y sigs., 251 y sigs., y *Rev. E. G.*, XXIX (1916), págs. 281 y sigs.; A. Segré, *Circolazione monetaria e prezzi nel mondo antico ed in particolare in Egitto,* 1922 (cf. su *Note sull'economia dell'Egitto ellenistico nell'età Tolemaica,* en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (8) (1934), págs. 257 y sigs.); W. W. Tarn, *The social question in the third century,* en *The Hellenistic Age* (Ensayos por J. B. Bury, E. A. Barber, E. Bevan, W. W. Tarn), 1923; F. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen der Zeit von Alexander bis Augustus,* 1930; J. A. O. Larsen, *Roman Greece,* en T. Frank, *Econ. Surv.*, IV, págs. 379 y sigs. Se encontrarán muchas correcciones al libro de Heichelheim en algunas recensiones a él dedicadas, que deben leerse al mismo tiempo que el libro: A. Segré, *Riv. Fil.*, LVIII (8) (1930), págs. 513 y sigs.; Tenney Frank, *Am. J. Ph.*, LIII (1932), págs. 181 y sigs.; K. Regling, *Z. N.*, XLI (1931), págs. 117 y sigs.; M. Rostovtzeff, *Z. f. d. ges. Staatswiss.*, LXXXIX (1930), págs. 577 y sigs., y especialmente F. Oertel, *Z. d. Sav.-Stift.*, LI (1931), págs. 572 y sigs.; G. Glotz, *Rev. É. G.*, XLV (1932), págs. 241 y sigs., y W. W. Tarn, *Economica,* 1930, págs. 315 y sigs. Véanse algunas notas adicionales del mismo Heichelheim: *New light on currency and inflation in Hellenistic-Roman times from inscriptions and papyri,* en *Economic history,* III, núm. 10, 1935, págs. 1 y sigs. y su *Wirtschaftsg.*, págs. 483 y sigs. y 1065, y algunas notas adicionales de distintos eruditos, como O. Schulthess, *P. W. K.*, XV, 2. 2078: W. Otto, *Zur Geschichte des 6. Ptolemäers,* 1934, pág. 25; M. Cary, *The sources of silver for the Greek world,* en *Mél. Glotz.*, 1932, págs. 133 y sigs. El material delio: *I. G.*, XI, 2 (1912): cf. *Fasciculi tertii tabulae* (1927); F. Durrbach, *Inscriptions de Délos, Comptes des Hiéropes (250-166 av. J. C.),* 1926 y 1929; cf. F. Durrbach y P. Roussel, *Inscriptions de*

Délos, Actes des fronctionnaires athéniens préposés à l'administration des sanctuaires après 166 av. J. C., 1935 (este último contiene casi exclusivamente inventarios de templos y muy poco material que trate de precios).

(3) El mejor tratado de las condiciones sociales y económicas de Grecia y las islas griegas en el siglo III a. de J. C. se encontrará en las brillantes exposiciones de W. W. Tarn, *The social question in the third century, The Hellenistic Age*, 1923, págs. 108 y sigs., y *Hell. Civ.*, 2.ª ed., 1930, cap. III: *The Greek cities: social-economic conditions*, págs. 73 y sigs. (3.ª ed., págs. 79 y sigs.); cf. *C. A. H.*, VII, págs. 211 y sigs.

(4) No puedo tratar aquí de la evolución del concepto de guerra y paz en Grecia en general. El lector encontrará el material reunido e ilustrado en muchos libros y artículos valiosos, tales como W. E. Caldwell, *Hellenic Conceptions of Peace*, 1919, especialmente págs. 129 y sigs., y sobre todo la brillante memoria de B. Keil, Εἰρήνη, *Ber. Sächs. Ges.*, 1916, 4; cf. H. Fuchs, *Augustin und der antike Friedensgedanke*, 1926 (*Neue Phil. Unters.*, III); H. Windisch, *Friedenbringer-Gottessöhne*, en *Z. f. Neutest. Wiss.*, XXIV (1925), págs. 240 y sigs., y W. Nestle, *Der Friedensgedanke in der antiken Welt*, en *Phil. Suppl.*, XXXI (1) (1938). O un breve tratado de I. H. Thiel, *Oud Grieksch oorlogsrecht*, 1927, o un breve resumen de F. Bender, *Völkerrecht und Kriegführung im Altertum*, en *Wien. Blätter f. Freunde d. Antike*, VII (1930), págs. 56 y sigs., 82 y sig., 109 y sigs. Cf. F. Heichelheim, *Bursian's Jahresb.*, CCL (supl. 1935), pág. 181, y el sumario de F. Lammert, artículo *Kriegsrecht*, en *P. W. K.*, supl. VI, 1351 y sigs.

El pacifismo de Isócrates y Jenofonte (o quienquiera que sea el autor de Πόροι), en oposición a los puntos de vista de Tucídides, ha sido discutido muchas veces, últimamente por K. von der Lieck, *Die Xenophontische Schrift von den Einkünften*, tesis doctoral, Colonia, 1933, págs. 6 y sigs., que trata de las discusiones más antiguas sobre el mismo tema. Parece cierto que la idea de la paz como máximo desiderátum en las relaciones internacionales fue formulada por primera vez por los publicistas y filósofos atenienses del siglo IV a. de J. C. después de las amargas experiencias de Atenas en la primera mitad de aquel siglo. A la misma época corresponde el nacimiento de la idea de que la φιλανθρωπία, πρᾳότης, ἐπιείκεια, εὔνοια, εὐεργεσία y similares habían de ser los principios directores de la conducta humana tanto en la vida privada como en los negocios públicos, no sólo dentro de la ciudad-estado, sino en el campo de las relaciones exteriores. Véase A. Elias, *De notione vocis clementia apud philosophos veteres et de fontibus Senecae librorum de clem.*, tesis doctoral, Königsberg, 1912; S. Lorenz, *De progressu notionis* φιλανθρωπίας, tesis doctoral, Leipzig, 1914; E. Skard, *Zwei religiös-politische Begriffe: Euergetes-Concordia*, Oslo, 1932 (*Avh. Ak. Oslo*, II, *Hist.-fil. Kl.*, 1932, núm. 2), y la larga serie de discusiones modernas sobre la historia de la idea de *humanistas:* R. Reitzenstein, *Werden und Wesen der Humanität im Altertum*, Estrasburgo, 1907; J. Kaerst, *Gesch. d. Hellenismus*, II, 2.ª ed., págs. 120 y sigs. R. Pfeiffer, *Humanitas Erasmiana*, en *Stud. d. Bibl. Warburg*, 1931, pág. 2, nota 3; H. Dahlmann, *Clementia Caesaris*, en *N. J. f. Wiss.*, X (1934), páginas 17 y sigs.; M. Pohlenz, *Antikes Führertum*, en *Neue Wege z. Anti-*

ke, II, 3, 1943; véanse los dos artículos de R. Harder, *Die Antike*, V (1929), págs. 300 y sigs., y *Hermes*, LXIX (1934), págs. 64 y sigs., y W. Otto, *Zur Geschichte der Zeit 6. Ptolemäers*, en *Bay. Abh.*, *Phil.-hist. Abt.*, N. F., XI (1934), pág. 40, nota 1, págs. 75 y 136.

(5) Cínicos: G. A. Gerhard, *Phoinix von Kolophon*, 1909, pág. 53; D. R. Dudley, *A history of Cynicism*, 1937, págs. 59 y sigs. Crisipo: Arnim, *S. V. F.*, III, pág. 27, núm. 115 (Sen., *Ep.*, 66, 5); cf. Plutarco, *De Alex. M. f. et v.*, I, 6 y 9 (pág. 329 C, 330 E). Filón, *De conf.*, XII, págs. 411 y sigs.; P. Wendland, *Philo und die kynischstoische Diatribe*, págs. 38 y sigs. La exigencia de practicar la φιλανθρωπία (véase la nota precedente) en la vida pública y privada la extendieron los estoicos a toda la humanidad. Casi todos los filósofos de la época helenística, estoicos, cínicos, neopitagóricos, peripatéticos, afirman como incuestionable que el gobernante debe practicar estas virtudes tanto en la guerra como en la paz. Esta doctrina fue heredada por los romanos y aplicada al emperador romano ideal. Véase la bibliografía citada en la página precedente, y por lo que se refiere al gobernante ideal y sus virtudes, E. R. Goodenough, *The political philosophy of the Hellenistic Kingship*, en *Yale Class. Stud.*, I (1928), págs. 55 y sigs. (Goodenough cita las contribuciones más antiguas a este problema); cf. P. Zancan, *Il monarcato ellenistico nei suoi elementi federativi*, Padua, 1934, pág. 16.

Sobre la teoría griega aplicada a los emperadores romanos por los filósofos y publicistas de época romana (Plutarco, Dion Crisóstomo, Plinio) véase mi *Storia soc. ed Econ. dell'Imp. Rom.*, págs. 131 y 138 y sigs. Añádase a la bibliografía allí dada: V. Valdenberg, *La théorie monarchique de Dion Chrysostome*, en *Rev. É. G.*, XL (1927), págs. 142 y sigs., y los artículos de M. P. Charlesworth, *Some Observations on Ruler-cult, especially in Rome*, en *Harv. Theol. Rev.*, XXVIII, 1 (1935), págs. 37 y sigs., especialmente 39, y *The Virtues of a Roman Emperor*, en *Proc. Br. Acad.*, 23 (1937). La mayoría de los reyes helenísticos profesaban seguir los dictados de la filosofía en su administración y sus relaciones con las ciudades griegas (cf. W. Schubart, *Arch. f. Pap.*, XII (1936-37), págs. 1 y sigs. y 268 y sigs.), pero no hay señales de la influencia de la filosofía sobre su método de llevar la guerra; en esto se guiaban más bien por la práctica tradicional griega. Lo mismo puede decirse de las ciudades-estados y las federaciones griegas.

(6) Véanse los artículos de B. Keil, H. Fuchs y H. Windisch citados en la nota 4. Se encontrará una plegaria a Zeus Soter muy parecida a la de Magnesia en la famosa inscripción de Filadelfia de Lidia, *S. I. G.*[3], 985; O. Weinreich, *Stiftung und Kultsatzungen eines Privatheiligtums in Philadelphia in Lydien*, en *S. B. d. Heid. Akad.*, X (1919), tratado 16 (al final de la columna IV, líns. 60 y sigs., pág. 6). Le dedica especial interés a la seguridad de mar y tierra. Se han encontrado listas de magistrados como las dadas en el texto, en Rodas, Tenos, Siros y Delos. En Delos la εἰρήνη aparece en la fórmula sólo tres veces (en 261, 255 y 179 a. de J. C.), lo que no puede ser un accidente. Sobre esta clase de inscripciones, además de los citados artículos de B. Keil y O. Weinreich, véanse: A. Wilhelm, Ἐπιτύμβιον *H. Swoboda dargebracht*, 1927, páginas 343 y sigs., y *Mél. Glotz*, 1932, págs. 903 (sobre δαψίλεια); M. Rostovtzeff, *Gesellschaft und Wirtschaft*, I, pág. 295; L. Robert, *Ét. Anat.*,

págs. 257 y sigs., y Chr. Blinkerberg, *Deux documents chronologiques Rhodiens*, en *Det. Kgl. Danske Videnskabernes Selskab, Arch.-Kunsth. Med.*, II, 4 (1938), pág. 9.

(7) Polibio, II, 56 y 57; cf. 58 y 59; Plutarco, *Aratus*, 45, 3-6; W. W. Tarn, *C. A. H.*, VII, págs. 211 y 760; cf. Plutarco, *Mor.*, páginas 251 y sigs., *Mulierum virt.*, XV (historia del tirano Aristótimo y especialmente la descripción del destino de mujeres y niños), y Justino, XXVI, 1. Actos más antiguos parecidos a la devastación de Laconia por los etolios (242 a. de J. C.), mencionada más adelante, no levantaron el mismo hado de indignación porque sus víctimas eran *perioeci*, ilotas y esclavos (Plut., *Cleom.*, 18, 3).

(8) W. W. Tarn, *C. A. H.*, VII, pág. 211. La 'Ασυλία ha sido estudiada muy recientemente en una tesis doctoral de Giessen por E. Schlesinger, *Die griechische Asylie*, 1933; cf. los artículos Λάφυρον en *P. W. K.*, XII, 770 y sigs. (de Kahrstedt) y Συλᾶν, ibíd., IV A, 1038 (de Latte), en C. B. Welles, *R. C.*, pág. 58. Sobre el arbitraje: A. Raeder, *L'Arbitrage international chez les Hellènes*, 1912; M. N. Tod, *International Arbitration amongst the Greeks*, 1913, y *Sidelights on Greek History*, 1932, págs. 39 y sigs.; De Sanctis, artículo *Arbitrato*, en *Encicl. Ital.*, III, págs. 995 y sigs.; cf. L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65), págs. 97 y sigs. Sin embargo, dudo de que todas las instituciones citadas por Tarn fueran creadas con el fin principal de humanizar la guerra. Las Ligas tenían larga historia y había muchas razones para su existencia. Del nuevo carácter que tomó la ἀσυλία en la época helenística se tratará más adelante, en otro capítulo. El arbitraje era una institución establecida desde antiguo en Grecia. Su rápida extensión en la época helenística se debe en parte al hecho de que fue impuesto a las ciudades desde arriba.

(9) Véase el bien conocido decreto ateniense en honor de Euriclides y Mición, *I. G.*, II, 2.ª ed., 79; *S. I. G.*[3], 497, lín. 9; cf. 491. Atestigua una terrible devastación del territorio de Atenas después del 229 a. de J. C.

(10) Sobre la piratería: H. A. Ormerod, *Piracy in the Ancient World*, 1924; E. Ziebarth, *Beiträge zur Geschichte des Seeraubs und Seehandels im alten Griechenland*, 1929.

(11) Puedo citar a este respecto el bello mosaico de Thmuis (ahora en el Museo de Alejandría) firmado por el artista Sofilo, que parece ser un memorial de una victoria naval dedicada por uno de los primeros Tolomeos (la fecha del mosaico es incierta; pero aunque fuera datable en el siglo I a. de J. C., como se ha sugerido, su original es mucho más antiguo). E. Breccia ha aducido ciertas razones que llevan a pensar en la posibilidad de que las proezas navales del Tolomeo en cuestión (Filadelfo o Evérgetes) se relacionaran con la piratería en el Egeo: cf. *Le Musée gréco-romain 1925-1931*, págs. 65 y 101, lám. A, LIII y LIV, y mi lámina XXXV. Cf. *S. E. G.*, VIII, 503, y P. Predrizet, *C. R. Ac. Inscr.*, 1934, pág. 173.

(12) Se conocen dos casos que se refieren a Tera. Uno es la famosa carta de un ναύαρχος (?) al servicio de Filadelfo o Evérgetes, al comandante de la guarnición de Tera, *I. G.*, XII, 3, 328 (¿hacia 260 a. de J. C.?). La cuestión a resolver es la de los αἰχμάλωτοι, algunos de ellos en las manos de sus ofensores —los alariotas (Creta)—, otros en las de los egipcios. Parecido es *I. G.*, XII, 3, 1291 (F. Hiller von Gaert-

ringen, en *Festschrift O. Hirschfeld*, pág. 91). Se trata de un decreto de Tera en honor de un ciudadano de Rauco, Creta, que era ναύαρχος y στρατηγός en Tera, por haber rechazado una invasión de piratas que habían capturado cuatrocientas mujeres, niños y esclavos. Cf. E. Ziebarth, *Seeraub*, pág. 23; W. W. Tarn, *J. H. S.*, LIII (1933), pág. 67. Tarn fecha esta última inscripción hacia 236 a. de J. C. Ambos casos parecen indicar más bien que los piratas se preocupaban poco de los Tolomeos, y no que los Tolomeos llevasen la guerra sistemática y con éxito contra los piratas.

(13) Pausanias, I, 7, 3; sobre la fecha, véanse los artículos de Otto y Tarn citados en el cap. III, nota 11. Sobre Demetrio y los piratas, véanse cap. III, nota 18, y más adelante en este mismo capítulo.

(14) Sobre la incorporación de los etolios a la piratería en general, véase Polibio, IV, 16, 4. Las incursiones etolias empezaron muy pronto. Tenemos noticias de ellas en la época de la primera y segunda ocupación de Atenas por Demetrio; cf. Plutarco, *Demetr.*, 40, 7-8, y el conocido *carmen ithyphallicum* (Bergk, *P. L. G.*[4], pág. 674; *F. Gr. H.*, 76 (Duris de Samos), fr. 13; Ateneo, VI, 253), especialmente líns. 25 y sigs.: Αἰτωλὸς ὅστις ἐπὶ πέτρας καθήμενος, | ὥσπερ ἡ παλαιά (sc. Σφίγξ), | τὰ σώμαθ' ἡμῶν πάντ' ἀναρπάσας φέρει, | κοὐκ ἔχω μάχεσθαι· | Αἰτωλικὸν γὰρ ἁρπάσαι τὰ τῶν πέλας, | νῦν δὲ καὶ τὰ πόρρω (cf. R. Flacelière, *Les Aitoliens à Delphes*, págs. 73 y sigs.). Véase el epigrama mucho más tardío en honor de Filipo V, *I. G.*, IV, 1372; *S. E. G.*, I, 78; Geffcken, *Griech. Epigr.*, núm. 174; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, 1921, 18, 73 y sigs., 5: πολλὰ μὲν Αἰτωλοῖσι κ[ακορρέκταις κακὰ ῥ]έξας. Varios documentos proyectan luz sobre la política etolia de esta época. Tales son los decretos en honor de Fedro de Esfeto, *S. I. G.*[3], 409, que Flacelière, loc. cit., pág. 74, nota 3, relaciona con el *carmen ithyphallicum* (sobre la fecha, véase P. Roussel y G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, 1, pág. 369, nota 71), y quizá uno en honor de Escrón, hijo de Próxeno (*I. G.*, II, 2.ª ed., 652; cf. A. Wilhelm, Πραγματεῖαι 'Ακαδ. 'Αθηνῶν, IV (1936), págs. 3 y sigs.), fechado en el arcontado de Diocles (¿288-287 a. de J. C.?), que atestigua un entendimiento entre Atenas y los etolios. Sobre la fecha de este documento, véanse: A. J. Reinach, *Journ. internat. d'arch. num.*, XIII (1911), pág. 225; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 2, 2.ª ed., pág. 65; y W. S. Ferguson, *Ath. Tribal Cycles*, pág. 22, que se inclinan a fecharlo en el arcontado de Diocles I (288-287 a. de J. C.). No obstante, véase G. de Sanctis, *Riv. Fil.*, LI (1) (1923), págs. 176 y sigs., y W. B. Dinsmoor, *The Archons of Athens*, págs. 214 y sigs. que prefiere Diocles II (215-214 a. de J. C.) (cf. Flacelière, loc. cit., pág. 79, nota 2). A la época de la guerra demetriaca pertenece la incursión de Bucris, *S. I. G.*[3], 535, del que diremos más en seguida. Véase, en general, G. Klaffenbach, *I. G.*, IX, 2.ª ed., pág. xv; R. Flacelière, *C. R. Ac. Inscr.*, 1929, pág. 146, *B. C. H.*, LIV (1930), pág. 88, nota 3, y *Les Aitoliens à Delphes;* R. Roussel y G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, 1, pág. 369, nota 71. Véase la nota de la pág. 208 sobre los piratas etolios al servicio de Antígono Gonatas hacia 276 antes de J. C. Sobre la política naval y la piratería etolias: H. Benecke, *Die Seepolitik der Aitoler*, 1934, especialmente pág. 32 (lista de próxenos etolios).

(15) P. Roussel, *B. C. H.*, XLVII (1923), págs. 35 y sigs.; R. Flacelière, *Les Aitoliens*, págs. 86, 197 y sigs., y 212 y sigs. Flacelière

se inclina a asignar los decretos a la época de la guerra cremonídica, 267-266 a. de J. C. Por supuesto, los tiempos de guerra ofrecían las mayores oportunidades para toda clase de desmanes; en este caso, los malhechores podían ser o ambos beligerantes, o piratas y bandidos de todas clases, algunos de los cuales podían estar al servicio de los beligerantes.

(16) B. Haussoullier, *Traité entre Delphes et Pellana,* 1917, página 20, I B, líns. 5 y sigs.; *F. D.*, III, I, 486 (E. Bourguet, pág. 309, sugiere la fecha de 285-280); cf. R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., pág. 88.

(17) Sobre los dos grupos de inscripciones: P. Roussel, *B. C. H.*, XLVII (1923), págs. 44 y sigs.; G. Klaffenbach, *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., pág. 6; H. Benecke, *Die Seepolitik der Aitoler,* 1934, págs. 17 y sigs. (discusión detallada de los tratados de *asylia* sin distinción de los tratados que protegían ciudades enteras y los que protegían sólo templos); R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., págs. 202 y sigs., 228, 243, 250, 289; G. Klaffenbach, *Berl. S. B.*, XX (1937), págs. 155 y sigs. Flacelière asigna fechas a los distintos decretos que difieren algo de las de Roussel y Klaffenbach. El *koinon* etolio hizo uso de la piratería de sus ciudadanos para promover sus intereses políticos y para ampliar el ámbito de su influencia política. Al discutir este aspecto de la política etolia en la *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), pág. 213, nunca quise sugerir que los etolios tratasen de establecer una talasocracia. Nunca poseyeron una marina regular en el curso de su historia. Es evidente el sentido de sus ambiciones políticas. En el segundo período de su política «imperialista», los etolios llegaron al Quersoneso, la Propóntide y el Bósforo, y sometieron las ciudades de Lisimaquia, Cíos y Calcedonia (Polibio, XV, 23, 7-9; Flacelière, loc. cit., pág. 312). Estas tres ciudades probablemente eran incapaces de protegerse de los peligros de la piratería etolia; no es extraño, pues, que Filipo V las atacase y las tratara tan duramente.

Las inscripciones que forman los dos grupos de decretos de *asylia* son éstos: Primer grupo: Quíos: *S. E. G.*, II, 258, 3-7, cf. 12-17; Delos: *I. G.*, XI, 4, 1050; F. Durrbach, *Choix,* núm. 41; *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., 185; Tenos: *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., 191; Ceos: *S. I. G.*³, 522, I; *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., 169; Atenas: J. Pomtow, *Klio,* XV (1917-18), pág. 7, núms. 35, 36. Segundo grupo: Mitilene: *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., 189, 190; Teos: *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., 192; Magnesia: *I. G.*, IX, I, 2.ª ed., 4, cf. ibíd., 135 (Lusoi); Mileto (?): G. Klaffenbach, *Berl. S. B.*, XX (1937), págs. 155 y sigs.

(18) Véase Van der Mijnsbrugge, *The Cretan Koinon,* 1931. En *I. G.*, XII, 3, 254; véanse sus observaciones, ibíd., págs. 17 y sigs., y 29 y sig. y G. Daux, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 94 y sigs. (con bibliografía). Sobre Bucris y Eumaridas: W. S. Ferguson, *Hellen. Athens.*, pág. 209 y las referencias de la nota 24. Sobre los tratados entre Mileto y las ciudades cretenses: W. Felgenträger, *Antikes Lösungsrecht,* 1933, páginas 63 y sigs.; E. Ziebarth, *Klio,* XXVI (1933), págs. 245 y sigs. Es probable que los vindicadores de los hombres ilegalmente esclavizados fueran los próxenos de sus ciudades respectivas.

(19) U. Wilamowitz, *Der Glaube der Hellenen,* II, págs. 355 y 394. Nótese que el reproche de ἱεροσυλία es un insulto lanzado frecuentemente por los personajes de Menandro, y que en la época de los diádocos el crimen en sí era probablemente más frecuente de lo que nosotros

sabemos; véase, por ejemplo, la historia de Demetrio Poliorcetes y el templo de Ártemis (Plut., *Dem.*, 30, 1): cuando Demetrio, después de su fiasco en Macedonia, llegó a Éfeso con un puñado de soldados, en la ciudad todos creían que, estando escaso de fondos, saquearía el templo; pero no lo hizo, dice Plutarco, porque temía que los soldados no ejecutasen sus órdenes.

(20) *S. I. G.*[3], 399; cf. para época posterior: *I. G.*, II-III, 2.ª ed., 1132 y *S. I. G.*[3], 692 (cf. 698); Schlesinger, *Die griech. Asylie*, págs. 56 y sigs.; Kahrstedt, *Gr. Staatsr.*, I, 1922, págs. 393.

(21) Schlesinger, *Die griech. Asylie*, págs. 59 y sigs. y 71 y sigs. (lista de inscripciones); Welles, *R. C.*, 31-34 (Magnesia) y 35 (Teos), cf. *Inscr. Cret.*, I, Cnosos, 8*; Ruge, artículo *Teos*, en *P. W. K.*, V A, 547 (lista de inscripciones y estudio de sus fechas), y A. Heuss, *Die völkerrechtlichen Grundlagen der röm. Aussenpolitik in rep. Zeit*, 1933 (*Klio*, 18). Sobre Magnesia y Teos, L. Robert, *Rev. É. A.*, XXXVIII (1936), págs. 13 y sigs.

(22) Mileto: *S. I. G.*[3], 590, 8-16; Antioquía de Caria (Alabanda): *G. D. I.*, 2529; *O. G. I.*, 234; Calcedonia: *S. E. G.*, IV, 720; Cos: R. Herzog, *Griechische Königsbriefe*, en *Hermes*, LXV (1930), págs. 455 y sigs.; Welles, *R. C.*, 21, 25-28; Esmirna: *O. G. I.*, 229 y 228; *F. D.*, III, I, 481 (hacia 242 a. de J. C.). Sobre estas inscripciones en general, después de Schlesinger, véanse: L. Robert, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 327 y sigs.; M. Segre, *Historia*, V (1931), págs. 241 y sigs.; Welles, *R. C.*, págs. 58 y sigs., y L. Robert, *Rev. É. A.*, XXXVIII (1936), págs. 5 y sigs. (con bibliografía completa).

Las respuestas a los requerimientos son con frecuencia, o reticentes en lo que se refiere a la *asylia* (aceptando lo propuesto), o contienen reservas veladas (véase especialmente la carta de Seleuco II a Cos, Welles, *R. C.*, XXVI, 25: τῶν καθ' ἡμᾶς ὄντων ἐν ἡ|συχίαι). Incluso el santuario de Apolo Délfico, después de la liberación de los etolios, sintió la necesidad de que el Senado romano reconociera la *asylia*. Los documentos relativos a este reconocimiento, publicados primero por Pomtow con muchas faltas, son ahora accesibles en una forma mucho más correcta en el artículo de M. Holleaux, *Le consul M. Fulvius et le siège de Samé*, en *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 38 y sigs., cf. P. Roussel, *Delphes et l'Amphictionie après la guerre d'Aitolie*, ibíd., LVI (1932), págs. 1 y sigs. (no incluidos en la bibliografía de Schelesinger), y G. Daux, *Delphes au II*[e] *et au I*[e] *siècle*, 1936, págs. 261 y sigs. Teniendo en cuenta que Delfos en el siglo III a. de J. C. dependía completamente de Etolia, la *asylia* otorgada por los anfictiones a los templos y asociaciones influyentes de *technitai*, cuya cooperación se requería para la celebración de los grandes festivales de distintos templos, era casi equivalente a la *asylia* conferida por los etolios.

En la nota 20 de este capítulo he citado la *asylia* otorgada a los artistas dionisiacos atenienses por los anfictiones en 278-277 a. de J. C. (*S. I. G.*[3], 399). Hacia 229-228 los anfictiones concedieron *asylia* al templo de Dioniso Cadmeo en Tebas y a los *technitai* ístmicos y nemeos (*F. D.* III, 1, 351, cf. L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 196 y sig., y, R. Flacelière, *Les Aitoliens*, pág. 263, cf. especialmente líns. 21 y sigs. εἶναι ... [ἄ]συλον καθάπερ καὶ τὸ ἐν Δελφοῖς), y hacia 200 a. de J. C.

al santuario de Apolo Ptoios en Acrefia y a sus juegos (Ptoia) (*S. I. G.*[3], 635 A, cf. G. Daux, loc. cit., pág. 293, nota 1, y R. Flacelière, op. cit., pág. 263, nota 4). Sin embargo, es significativo que hacia el 235-234 a. de J. C., en los tiempos revueltos de las guerras demetriacas, los *technitai* de Jonia y Helesponto y los de Istmo y Nemea parece que no estaban satisfechos con la protección de los anfictiones y deseaban una concesión especial de *asylia* por los mismos etolios (*S. I. G.*[3], 506-508; *I. G.*, IX, 1, 2.ª ed., 175; *F. D.*, III, 1, págs. 199 y 402; R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., págs. 260 y sigs.).

(23) Polibio, IV, 62, 2, y IV, 67, 3; cf. IX, 35, 6 (Dion y Dodona en 219 a. de J. C.; cf. Tarn, *C. A. H.*, VII, pág. 765): represalia de Filipo, Polinio, V, 9-12 (una crítica minuciosa de la acción de Filipo, en la cual el historiador señala que ninguno de sus predecesores hizo nada parecido. Cf. Tarn, *C. A. H.*, VII, pág. 767. Véase el discurso del acarnanio Licisco en Esparta el 211 a. de J. C. —respuesta al discurso del etolio Cleneas (Polibio, IX, págs. 28 y sigs.)—, en el cual Licisco da una lista de sus sacrilegios y estigmatiza a los etolios como ἱερόσυλοι: profesionales: «¿Quién eligió comandantes como los vuestros, que incluso osaron poner las manos en los santuarios inviolables, habiendo Timeo saqueado los de Posidón en Tenaro y el de Ártemis en Lusoi, mientras Fárico pillaba el lugar sagrado de Hera en Argos, y Polícrito el de Posidón en Mantinea? ¿Y qué diremos de Lábato y Nicóstrato? ¿No violaron en tiempo de paz la santidad del festival pambeocio, conducta digna de los escitas o de los galos? Nunca cometieron estos crímenes los sucesores de Alejandro» (Polibio, IX, 34, 8-11); cf. R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., pág. 240 (que acepta la fecha de Beloch, es decir, 244 a. de J. C.) y págs. 288 y sigs. (221 a. de J. C., saqueo del santuario de Atenea Itonia en Beocia, Polibio, IV, 25, 2). Nótese que el templo de Ártemis en Lusoi estuvo a punto de ser saqueado por los etolios por segunda vez el 220 a. de J. C. (Polibio, IV, 18, 9-12). Finalmente se concedió la *asylia* a Lusoi (véase nota 17 de este capítulo).

(24) Los abundantes testimonios sobre los αἰχμάλωτοι y su trato por sus cautivadores y sobre los términos empleados al respecto, especialmente λύτρον, etc., han sido colacionados por A. Wilhelm, *Jahreshefte,* XIV (1911), págs. 163 y sigs.; *Wien. Anz.*, 1922, págs. 16 y sigs.; 1924, págs. 97 y sigs.; cf. págs. 117 y 133; cf. M. Rostovtzeff, *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), págs. 210 y sigs.; C. Phillipson, *The International Law and Custom of Ancient Greece and Rome,* II, 1911, II, págs. 262 y sigs.; y W. Felgenträger, *Antikes Lösungsrecht,* 1933. El artículo de Lammert en *P. W. K.* XIV, 72, ignora el período helenístico: no cita las contribuciones de Wilhelm y Phillipson. Cf. Latte, *P. W. K.*, IV A, 1038.

A las referencias dadas en las notas 18 y 22 (inscripciones referentes a las concesiones de *asylia* y que atestiguan implícitamente la frecuencia de las incursiones de los piratas) puedo añadir aquí algunas inscripciones en las que se mencionan explícitamente incursiones y presas de αἰχμάλωτοι: 1) Tera: *I. G.*, XII, 3, 1291, lín. 8 (236 a. de J. C.); ibíd., 328 (¿hacia 260 a. de J. C.?); en el último caso los piratas son cretenses; nota 18. 2) Naxos: *S. I. G.*[3], 520 (siglo III a. de J. C.): los piratas son etolios. 3) Amorgos, Aigiale: *I. G.*, XII, 7, 386, 387; *S. I. G.*[3], 521 (siglo III a. de J. C.) Arcesine: *I. G.*, XII, 7, 36 (fines del siglo III antes

de J. C.; no citado por Ziebarth). 4) Chipre: *G. D. I.*, 5151 (Delfos): un vaxiano establecido en Chipre raptado por los etolios. 5) Salamina: *I. G.*, II, 2.ª ed., 1225; *S. I. G.*[3], 454 (hacia 252 a. de J. C.). 6) Ática: *I. G.*, II, 2.ª ed., 746 (después de 240 a. de J. C.), etolios. 7) Ática, incursión de Bucris: *S. I. G.*[3], 535; cf. *I. G.*, XI, 4, 692; *S. I. G.*[3], 510; Durrbach, *Choix*, 40-42 (fecha probable la guerra demetriaca, R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., pág. 250). 8) Teángela (Caria): *I. G.*, XI, 4, 1054 *a*; *S. E. G.*, III, 666, y mi artículo *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), págs. 210 y sigs., cf. L. Robert, Coll. *Fröhner: Inscriptions grecques*, I, núm. 53, págs. 86 y sigs. (siglo II a. de J. C.). Como demostración del gran temor que existía ante la esclavitud en Grecia, puedo citar a Menandro: Ἐφέσιος 195 K.: ἐγὼ μὲν ἤδη μοι δοκῶ νὴ τοὺς θεούς, | ἐν τοῖς κύκλοις ἐμαυτὸν ἐκδεδυκότα | ὁρᾶν κύκλῳ τρέχοντα καὶ πωλούμενον.

(25) Véase cap. V, nota 9.

(26) Este punto fue tratado por Wilamowitz, *G. G. A.*, 1914, pág. 85, cf. M. Rostovtzeff, *Rev. É. A.*, XXXIII (1931), págs. 210 y sigs. Un bello ejemplo de esta solidaridad nacional griega aparece en la inscripción de Trecén, *I. G.*, IV, 750 (hacia 287 a. de J. C., época de las operaciones de Demetrio en Asia Menor). Cf. el decreto en honor de Nosicas, un tasio que salvó y ayudó a algunos prisioneros lampsacenos cogidos por Demetrio en una batalla naval (¿302 a. de J. C.?), G. Daux, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 45 y sigs. [= *I. G.*, XII, supl. 354]; M. Cary, *J. H. S.*, L (1930), pág. 253. Daux ha colacionado muchos testimonios de ayuda prestada a soldados cautivos.

(27) Las incursiones Escerdiledas pertenecen al período siguiente, pero las menciono aquí porque no difieren en modo alguno de las características del período que consideramos. Polibio (IV, 29, 6) habla de un tratado entre Escerdiledas y los etolios durante la guerra social, mediante el cual el botín se dividiría entre los aliados. No obstante, después de la captura de Cinaita los etolios tomaron todos los σώματα y θρέμματα para sí mismos; cf. Polibio, V, 95, 4 (véanse las incursiones de Escerdiledas y sus ilirios). Filipo, por esta misma época, procedía exactamente igual (Polibio, IV, 86, 4, incursión por el territorio de los eleos; cf. V, 16 y 24, 10) lo propio que los aqueos (Polibio, V, 94).

(28) *P. Petrie*, II, 29 *e*, una orden para el cuidado y custodia de los αἰχμάλωτοι que se enviaban de un lugar a otro; cf. III, 104, lista de κλῆροι ἀνειλημμένοι de los que uno (104, 2) pertenecía a un tal Ἀχοάπις τοῦ Ἀλκέτου αἰχμαλ[ώ]των τῶν ἀπὸ τῆς [Ἀ]σίας. *P. Lille*, 3, IV, 64 y siguientes, trata del grano para los αἰχμάλωτοι. En los reinados de Tolomeo Filadelfo y Evérgetes estaba lleno Egipto de αἰχμάλωτοι apresados en las guerras sirias. Seudo Aristeas, 12 y sigs. y 22 y sigs. puede servir de paralelo; cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XII (1936-37), pág. 223, y W. L. Westermann, *Am. J. Phil.*, LIX (1938), págs. 1 y sigs. Cf. *P. Grad.*, 1, y *P. Hib.*, 29; cf. Plaumann y Wilcken, *S. B. Heid. Akad., phil.-hist. Kl.*, V (1914), 15, y H. Lewald, *Raccolta Lumbroso*, 1925, págs. 340 y sigs. (cf. Wilcken, *Arch. Pap.*, VIII (1927), pág. 75), documentos que tratan de un impuesto especial sobre la venta de esclavos, impuesto probablemente con motivo de la venta de gran número de αἰχμάλωτοι. Los problemas que plantean estos papiros han sido tratados de nuevo por W. L. Westermann, *Upon Slavery in Ptolemaic*

Egypt, 1929, págs. 33 y sigs.; a propósito de *P. Columbia Inv.*, núm. 480 (parte de un διάγραμμα τῶν ἀνδραπόδων de hacia 200 a. de J. C.) y C. Préaux, *L'Économie royale des Lagides*, 1939, págs. 305 y sigs.; cf. Wilcken, *Arch. Pap.*, IX (1928-30), págs. 252 y sig., y Westermann, artículos *Sklaverei*, en *P. W. K.*, supl. VI, 928. Trataré de este tema más adelante, págs. 319 y sigs.

Probablemente los αἰχμάλωτοι sirios eran los que formaban en el siglo III a. de J. C. la población de una Σύρων κώμη en el Fayum: para los numerosos Σύροι y Ἄραβες en general, Preisigke-Kiessling, *Wörterb.*, III, y pág. 269, pág. 272, y pág. 330; F. Heichelheim, *Auswärtige Bevölkerung im Ptolemäerreich*, págs. 84 y sigs.; cf. *Arch. Pap.*, IX (1928-30), págs. 47 y sigs., y XII (1936-37, págs. 54 y sigs.) (voz Ἄραψ, Ἀσία, Σύρος); U. Wilcken, *Festg. f. A. Deissmann*, 1927, págs. 1 y sigs.; *Arch. Pap.*, X (1931-32), pág. 247 (sobre *P. Enteux.*, 78); M. Rostovtzeff, *Aeg.*, XIII (1933), págs. 493 y sigs.; P. Perdrizet, *Une stèle d'Atargatis au Musée du Caire*, en *Ann. Inst. d. Phil. et Hist. Orient.*, IV (1936), págs. 890 y sig. *(Mél. Cumont)*; véase el superficial artículo de G. Vaggi, *Siria e Siri nei documenti dell'Egitto greco-romano*, en *Aeg.*, XVII (1937), págs. 29 y sigs., y el excelente volumen de W. Peremans, *Vreemdelingen en Egyptenaren in Vroeg-Ptolemaeisch Egypte*, 1937.

(29) H. Swoboda, *Zwei Kapitel aus dem griechischen Bundesrecht*, en *Wien. S. B.*, CXCIX, 2 (1924), págs. 16 y sigs. Contra Swoboda: Schwahn, *P. W. K.*, IV A, 1177 (artículo Συμπολιτεία). Schwahn tiene razón, sin duda, al insistir en que algunos decretos de proxenia tenían un carácter puramente honorario, careciendo los derechos conferidos de toda utilidad práctica o valor para el recipiendario. Pero Schwahn no ha podido probarlo con argumentos positivos. No sabemos cómo Arato adquirió propiedades en Corinto. Pudo haber sido un próxeno de la ciudad. Por otro lado, el hecho de que muchos etolios poseyeran tierra y casas en Delfos no demuestra el punto de vista de Schwahn, porque Delfos probablemente nunca fue oficialmente miembro de la Liga Etolia. Los etolios adquirían propiedades en Delfos, no por derechos legales, sino en razón de su posición política dominante. Cf. R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., págs. 220 y sigs. y 336 y sigs. La isopolitia de que gozaban podía valerles de excusa.

(30) Plutarco, *Agis*, 7: σατραπῶν γὰρ οἰκέτας καὶ δούλους ἐπιτρόπων Πτολεμαίου καὶ Σελεύκου κεκτῆσθαι πλείονα συμπάντων ὁμοῦ τῶν ἐν Σπάρτῃ βασιλέων. La riqueza de los reyes espartanos consistía principalmente en tierra. Plutarco, *Agis*, 5. Véanse las observaciones de Wilamowitz, *Der Glaube der Hellenen*, II, págs. 353 y sigs. y 358 y siguientes (sobre la pobreza de Grecia, como se ve en sus costumbres religiosas).

(31) Véase A. Wilhelm, *Urkunden aus Messene*, en *Jahreshefte*, XVII (1914), págs. 107 y sigs.; cf. J. Lipsius, *Rh. Mus.*, LXXI (1916), págs. 161 y sigs. Las discusiones posteriores sobre la τίμησις tratan exclusivamente de Atenas y la τίμησις de Nausínico del año 378-377 antes de J. C.; cf. B. A. Momigliano, *Athen.*, N. S. IX (1931), págs. 477 y sigs., y A. Andreades, *A History of Greek Public Finance*, I, 1933, libro IV, cap. III, D, y su Ἱστορία τῆς ἑλλην. δημ. οἰκονομίας II, 1931, págs. 155 y siguientes.

(32) W. L. Westermann, artículo *Sklaverei*, en *P. W. K.*, supl. VI, 934, cree que el número de esclavos en general declinó en Grecia en el período helenístico en relación con el siglo IV a. de J. C. Las fuentes que aduce en apoyo de esta opinión no son convincentes, en mi opinión. Sin embargo, carecemos de estadísticas. La cuestión debe ser estudiada de nuevo a la luz de todos los testimonios disponibles, especialmente los que dan las escasas actas antiguas de manumisión, que nunca han sido colacionadas por completo; véase cap. V, notas 22, 27, 30. La gran cantidad de esclavos «nacidos en casa» (οἰκογενεῖς) en el siglo II a. de J. C. es una prueba del gran número de esclavos comprados en el III.

(33) F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwankungen*, pág. 97, confróntese W. W. Tarn, *The social question*, etc., en *The Hellenistic Age*, páginas 117 y sigs.

(34) Sobre Agis y Cleómenes véase la bibliografía en *C. A. H.*, VII, pág. 885. Las contribuciones más recientes son las de W. W. Tarn en *The Hellenistic Age*, págs. 132 y sigs., y *Hell. Civ.*, 2.ª ed., 113 y sigs. (3.ª ed., págs. 122 y sigs.); M. Hadas, *The Social Revolution in Third-Century Sparta*, en *Class. Weekly*, XXVI (1932-33), págs. 65 y sigs. y 73 y sigs.; U. Kahrstedt, *Hermes*, LIV (1919), págs. 279 y sigs. El trasfondo filosófico subyacente a la política de Agis y Cleómenes está subrayado por F. Ollier, *Le philosophe stoïcien Sphairos*, en *Rev. É. G.*, XLIX (1936), págs. 537 y sigs. Los testimonios existentes son de escaso valor, y el papel desempeñado por Esfero en la reforma fue oscuro, si es que desempeñó alguno.

El conocido meliambo de Cércidas, contemporáneo de Cleómenes, poeta y hombre de Estado de Megalópolis (*P. Oxyr.*, 1082; J. U. Powell y E. A. Barber, *New Chapters in the History of Gr. Lit.*, 1921, págs. 2 y siguientes; J. U. Powell, *Collect. Alexandr.*, 1925, págs. 203 y sigs.; A. D. Knox, *Herodes, Cercidas and the Greek Choliambic Poets*, 1929 (Loeb Library), pág. 195, meliambo II; D. R. Dudley, *A History of Cynicism*, 1937, págs. 79 y sigs.) contiene un violento ataque a la injusta e inhumana distribución de la riqueza y una velada censura a Macedonia. El final del poema suele explicarse como una advertencia a los ricos sobre la revolución (tempestad) que amenaza, en la cual tendrán que vomitar su riqueza. Pero el texto es fragmentario y «es difícil... dar con el sentido» (Knox). En todo caso, el meliambo refleja vivamente la actitud que predominaba en Grecia entre parte de la población hacia la época de Cleómenes. Se ve un espíritu parecido en los fragmentos de una antigua antología griega. A. D. Knox, *The First Greek Anthologist*, 1932, y *Herodes, Cercidas*, etc., págs. 229 y sigs. (Cercidea). Véase el reparto parcial de la tierra sugerido por uno de los partidos en Megalópolis en 217 antes de J. C., después de la catástrofe del 223; refuerzo de la ciudad con nuevos ciudadanos y provisión a éstos de tierra de los viejos ciudadanos de Megalópolis, que «debían entregar la tercera parte de sus fundos» (Polibio, V, 93, 6).

Sobre el γῆς ἀναδασμός y χρεῶν ἀποκοπή del siglo IV a. de J. C.: A. Passerini, *Riforme sociali e divisioni di beni nella Grecia del VI sec. a. C.*, en *Athen.*, VIII (1930), págs. 273 y sigs. No es propio hablar de socialismo en Grecia. El socialismo como teoría es una creación de la

época moderna. Pero el descontento social estaba maduro en Grecia en los siglos IV y III a. de J. C., y los pobres luchaban con los ricos no tanto por derechos políticos cuanto por conseguir que se repartiesen las tierras de los ricos entre ellos y se aboliesen las deudas. Detrás de esta demanda de γῆς ἀναδασμός y χρεῶν ἀποκοπή no había un programa social elaborado basado en una teoría económica y social, como tampoco lo hubo detrás de las peticiones semejantes de los campesinos rusos antes de la gran revolución. Sin embargo, γῆς ἀναδασμός y χρεῶν ἀποκοπή estaban escritos en la bandera del proletariado griego y constituyeron la pesadilla de las clases acomodadas. Ésta fue la causa de que se introdujera una cláusula que repudiaba estas consignas en el juramento de los heliastas el 401 a. de J. C., en Atenas, y en la constitución de la Liga de Corinto del 338 a. de J. C. (Rostovtzeff, *Storia Soc. ed Econ. dell' Imp. Rom.*, pág. 3, nota 3). Sobre el apoyo prestado por el proletariado a Cleómenes, como resultado de sus deseos, véase Plutarco, *Cleom.*, 17, 5: ἐγεγόνει δὲ κίνημα τῶν Ἀχαιῶν, καὶ πρός ἀπόστασιν ὥρμησαν αἱ πόλεις, τῶν μὲν δήμων νομήν τε χώρας καὶ χρεῶν ἀποκοπὰς ἐλπισάντων, τῶν δὲ πρώτων πολλαχοῦ βαρυνομένων τὸν Ἄρατον, ἐνίων δὲ καὶ δι' ὀργῆς ἐχόντων ὡς ἐπάγοντα τῇ Πελοποννήσῳ Μακεδόνας. Cf. 16, 7, sobre los motivos de Arato para aliarse con Antígono: φεύγων δὲ τὴν μάζαν καὶ τὸν τρίβωνα, καὶ τὸ δεινότατον ὧν κατηγόρει Κλεομένους, ἀναίρεσιν πλούτου καὶ πενίας ἐπανόρθωσιν. Estas últimas palabras dan la fórmula del antiguo socialismo: abolición de la riqueza y remedio a la pobreza.

(35) El cuadro dado en esta obra anónima se confirma por algunos contratos de cesión de tierras en Tespias pertenecientes a 245-209 antes de J. C. Estos importantes textos han sido recientemente revisados por M. Feyel, que ha preparado una memoria sobre el tema, *Les Fermages de Thespies au III[e] siècle,* Ch. Picard, *C. R. Ac.*, Inscr., 1936, págs. 116 y sigs., da un sumario sustancial. Cf. A. D. Keramopoullos, 'Επιγραφαὶ Θεσπιῶν', 'Αρχ. Δελτ. XIV, 1931-32 (publ. 1935), págs. 12 y sigs.; M. Feyel, *Études d'épigraphie béotienne,* en *B. C. H.*, LX (1936), págs. 175, 389 y sigs.; donde el lector encontrará una lista de las inscripciones más importantes, con una bibliografía al día. Las cesiones de Tespias se refieren principalmente a tierras que pertenecían a dos santuarios de la ciudad: el de las Musas y el de Hermes. La propiedad de esos dos santuarios se había incrementado continuamente por los numerosos regalos de particulares, la mayoría ciudadanos de Tespias, y de reyes extranjeros, particularmente los Tolomeos y los reyes de Pérgamo. Los principales donantes fueron Filetero, hijo de Átalo (*I. G.*, VII, 1788-90; *O. G. I.*, 749-750); Filopátor (M. Holleaux, *Rev. É. G.*, X (1897), págs. 26 y sigs. [= *Études,* I, págs. 99 y sigs.] y Filetero, hijo de Eumenes (*B. C. H.*, XXX (1906), pág. 467). Cf. una dedicación por Filetero, hijo de Átalo: A. D. Keramopoullos, loc. cit., pág. 18, cf. *B. C. H.*, XXII (1902), pág. 156. Nótese que los dioses egipcios eran adorados en el santuario, *B. C. H.* XXVI (1902) pág. 293; L (1926), página 425. Sobre los regalos a los santuarios de Tespias: Fiehn, *P. W. K.*, VI A, 46 y sig. y 49 (artículo *Thespeia*). Sobre los regalos de Filetero y su identidad: M. Holleaux, *Rev. É. G.*, X (1897), pág. 33; XV (1902), págs. 302 y sigs. (*Études,* I, pág. 105; II, págs. 1 y sigs.); M. Rostovtzedf, *C. A. H.*, VIII, pág. 604.

Las tierras sagradas y públicas de la ciudad de Tespias se hallaban bien cultivadas, y estaban arrendadas en su mayor parte a largos plazos (cuarenta, veinte, diez, y seis años) a labradores, en su mayoría, ciudadanos de Tespias a veces en grupos. Algunos de los labradores arrendaban grandes áreas, como, por ejemplo, Andreas (Keramopoullos, 'Αρχ. Δελτ. XIV (1935) *A.*, líns. 38-45). La situación económica de los labradores parece haber distado mucho de ser miserable: pagaban sus rentas regularmente y no hay noticia de atrasos. Recuérdese que Tespias pudo durante la guerra demetriaca, quizá poco después de la muerte de Demetrio, otorgar a Atenas un préstamo importante (*I. G.*, VII, 1737 y 1738, con comentarios de Dittenberger, cf. Fiehn, loc. cit., pág. 39); véase cap. V, nota 22. Una curiosa inscripción de Acrefia recientemente publicada por M. Feyel, *B. C. H.*, LX (1936), págs. 27 y sigs., arroja un interesante rayo de luz sobre las condiciones económicas de Beocia. Se trata de una lista de clases de pescado, con indicación de peso y precio. Feyel sugiere una tarifa de precios fijos para el pescado y recuerda las conocidas quejas de los atenienses sobre el elevado precio del pescado en Atenas a fines del siglo IV a. de J. C., Ateneo, VI, 224 C; A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XII (1909), pág. 148; cf. A. Jardé, *B. C. H.*, XLVII (1923), pág. 303. La lista de Acrefia pertenece, sin embargo, a una época posterior (siglo II a. de J. C.).

(36) Los fragmentos de la obrita atribuida por algunos eruditos (con insuficiente fundamento) a Heraclides Crítico son anónimos y no llevan título. Están publicados en *F. H. G.*, II, págs. 254 y sigs., y *G. G. M.*, I, págs. 98 y sigs.; cf. H. Hitzig, *Die griechischen Städtebilder des Herakleides*, en *Festgabe f. H. Blümner*, 1914, págs. 1 y sigs. Bibliografía en Christ-Schmid, *Gr. Lit.*, 6.ª ed., II, 1, 1920, pág. 73, nota 8; véanse observaciones sobre la obrita: W. S. Ferguson, *Hellen. Athens*, págs. 261 y sigs. y 464 y sigs. No puedo discutir aquí el problema de la fecha de la obrita (texto y comentarios por F. Pfister, *S. B. Wien. Akad.*, 227 (2), 1951).

(37) Una bibliografía de las publicaciones que tratan de cada una de las ciudades excavadas de la Grecia propia sería larga y aquí fuera de lugar. Estas referencias se encontrarán en todos los manuales arqueológicos y en los numerosos resúmenes del trabajo arqueológico realizado en Grecia por distintas instituciones científicas. En todas las publicaciones periódicas dedicadas a la arqueología clásica se publican informes de este trabajo. En estas notas se dan referencias de estas publicaciones que contienen el material empleado en este libro, y continuaremos esta práctica.

(38) Los textos que apoyan las informaciones dichas se encontrarán en W. S. Ferguson, *Hellen. Athens*, págs. 137 y sigs. y 188 y sigs. Sobre la guerra demetriaca y los nuevos testimonios epigráficos que tratan de la vida de Atenas en la época de esta guerra, véase la bibliografía citada en el cap. I, nota 12. Sobre Delos, véanse las págs. 240 y sigs. Cf. A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, págs. 67 y sigs.

(39) Los testimonios han sido colacionados exhaustivamente e interpretados de un modo excelente por R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., págs. 226 y sigs., y especialmente 259 y sigs. En lo que sigue doy un resumen de sus afirmaciones, altamente instructivas.

(40) R. Flacelière, loc. cit., pág. 209.

(41) Véase nota 37. Lo que he dicho allí sobre las ciudades continentales es válido también para las islas.

(42) Por lo que se refiere a la escasez de alimentos, puedo decir que el período que consideramos —280 hasta 230 a. de J. C. aproximadamente— no fue muy malo si se compara con los que le precedieron y siguieron. La escasez de alimentos a principios y mediados del siglo III a. de J. C. fue esporádica, no continua. Puedo citar el caso de Cos, M. Segre, *Grano di Tessaglia a Coo,* en *Riv. Fil.*, LXII (12) (1934), págs. 169 y sigs., y la dura escasez en Samos aliviada en parte por Bulágoras (*S. E. G.*, I, 366). F. Heichelheim, artículo *Sitos,* en *P. W. K.*, supl. VI, 852 y sigs.

(43) Los préstamos de Arcesine han sido estudiados por W. W. Tarn, *The social question,* en *The Hellenistic Age,* págs. 108 y sigs., y E. Schlesinger, *Die griechische Asylie,* 1933, págs. 20 y sigs. Estoy de acuerdo en lo fundamental con las conclusiones de Tarn, aunque no creo que ὑπερπόντια signifiquen los barcos y cargamentos de los metecos (véase nota 15 en *S. I. G.*[3], 955).

(44) Simpolitia de las ciudades de Ceos: P. Graindor, *Mus. Belge,* XXV (1921), págs. 119 y sigs.; H. Swoboda, *Wien. S. B.*, CXCIX, 2 (1923), págs. 38 y sigs., especialmente 50 y sigs.; U. Kahrstedt, *P. W. K.*, IV A, 1440 (artículo *Synoikismos*); Schwahn, ibíd., IV A, 1265 (artículo Συμπολιτεία), y R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., págs. 204, 214.

(45) W. W. Tarn, loc. cit., tiene razón al asegurar que las clases altas de la población de las islas eran prósperas en esta época.

(46) M. Lacroix, *Les étrangers à Délos,* en *Mél. Glotz,* 1932, páginas 501 y sigs. En la época prehelenística la mayoría de los empresarios y contratistas eran extranjeros, mientras que en el siglo III a. de J. C. empezaron a predominar los delios. Lacroix probablemente tiene razón cuando atribuye esta disminución del número de extranjeros al descenso gradual de los jornales en Delos.

(47) F. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen,* pág. 97; confróntese W. W. Tarn, loc. cit.

(48) Véase la inscripción de 290-289 a. de J. C. (?), *I. G.*, XII, 5, 2, 1004, *O. G. I.*, 773, estudiada en el cap. III, pág. 143. Véanse mis notas sobre Cos en las págs. 246 y sigs., y sobre Priene y Teos, en las págs. 172 y siguientes.

(49) Sobre Rodas, véanse los libros y artículos citados en las páginas 168 y sigs., nota 42. Sobre la batalla de Éfeso: F. Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, 783, y E. Bikerman, *Rev. É. A.*, XL (1938), págs. 380 y sigs.

Sobre la protección rodia de Delos después de la retirada de los Tolomeos del mar Egeo, véase nota 59.

(50) M. P. Nilsson, *Timbres amphoriques de Lindos,* pág. 169 y fig. 2.

(51) C. C. Edgar, *A new group of Zenon papyri,* en *Bull. of the John Rylands Library,* XVIII (1934), págs. 111 y sigs., nota 1 [=*P. Ryl.*, 554]; cf. *Alexandrien und Rhodos,* en *Klio,* XXX (1937), págs. 70 y sigs.

(52) Sobre Apolonio, véase mi *Large estate in Egypt in the Third Century B. C.*, 1922, págs. 16 y sigs., y C. C. Edgar, *P. Michigan Zen.*, 1931. Introd., págs. 5 y sigs.; véanse págs. 403 y sigs.

(53) Sobre el incienso, mirra, etc., que Apolonio recibía de Palestina, sur de Siria y Fenicia, véase mi artículo en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), pág. 746, nota 9. Listas de embarques: *P. Cairo Zen.*, 59012, 59013, 59014 y 59015; véanse las interesantísimas listas *P. S. I.*, 428 y 535, que pueden ser listas de mercancías guardadas en los almacenes de Apolonio. Cf. págs. 371 y sigs.

(54) *P. Cairo Zen.*, 59075 y 59076.

(55) Las listas mencionadas en la nota 53 nunca han sido objeto de un estudio cuidadoso. Algunos puntos de ellas han sido estudiados con pormenor, como por ejemplo, la organización de los derechos de aduana tal como aparecen en las listas, por A. Andreades, *Des droits de douane prélevés par les Lagides*, etc., en *Mél. Glotz*, 1932, págs. 7 y sigs., y sus datos sobre algunos puntos de la política general fiscal y económica de Filadelfo, por W. W. Tarn, *Ptolemy II*, en *J. E. A.*, XIV (1928), págs. 155 y sigs.; cf. *Hellen. Civ.*, 2.ª ed., págs. 155 y sigs., 165 y sig. (3.ª ed. págs. 177 y sigs., 190 y sigs.). Por otra parte, encontramos observaciones generales sobre ellas, por ejemplo, en E. Ziebarth, *Beiträge zur Gesch. des Seeraubs*, etc., págs. 80 y sigs. y H. Schaal, *Vom Tauschhandel zum Welthandel*, 1931, págs. 134 y sigs. W. Peremans ha utilizado extensamente las listas para descubrir las importaciones y exportaciones mediterráneas del Egipto tolemaico en el siglo III a. de J. C. en su artículo *De Handelsbetrekkingen van Egypt*, etc., *Phil. St. (Kath. Un. te Leuven)*, III (1931-32), págs. 3 y sigs. y 81 y sigs. Las coles rodias: Ateneo, IX, 9, págs. 369 y sigs.; cf. mi *Large Estate*, pág. 105, nota 79. Véanse las observaciones sobre las listas de embarques por V. Tscherikower, *Palestine under the Ptolemies*, en *Mizraim*, IV-V (1937), págs. 24 y sigs. Naturalmente, es posible que los barcos que navegaban desde Alejandría fueran primero a Rodas y después, en su viaje de vuelta, arribasen a los puertos de Siria.

(56) Sobre Delos mis observaciones en *C. A. H.*, VIII, págs. 642 y siguientes (y bibliografía); W. A. Laidlaw, *A history of Delos*, 1933; M. Lacroix, *Les Étrangers à Délos*, etc., en *Mél. Glotz*, págs. 501 y sigs.; J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, en T. Franks, *Econ. Survey*, IV, págs. 334 y sigs. (esta parte del libro contiene un resumen sustancial de la vida económica de Delos, que trata no sólo de la época posterior al año 167 a. de J. C., sino también a la época independiente de Delos, y da una buena bibliografía). Sobre los contratos de edificación de la época de independencia, P. H. Davis, *B. C. H.*, LXI (1937), págs. 109 y sigs. Como los demás hombres de negocios de Delos, la mayor parte de los contratistas de la construcción eran extranjeros que residían en otras islas. Ninguno trabajaba en persona, como los contratistas de Atenas, Delfos y Epidauro en los siglos V y IV a. de J. C.: todos empleaban mano de obra pagada. Los llamados «hallazgos menores» de Delos (con excepción de las lucernas, hornos portátiles *(réchauds)*, la cerámica de época helenística y el vidrio) están publicados de manera ejemplar por W. Deonna, *Le Mobilier délien*, en *Expl. de Délos*, XVIII, 1938. Para su estudio de objetos de la vida privada de Delos, Deonna ha utilizado no sólo los objetos encontrados allí, sino también las referencias a ellos en los inventarios del templo délico. Especialmente ilustrativo es el capítulo sobre joyería. Hay que lamentar que los editores

de las series delias encontraran imposible imprimir en el volumen que acabamos de citar un capítulo introductorio sobre el comercio y la industria de Delos escrito por él.

(57) Sobre los préstamos de moneda hechos por el templo a través de la ciudad como intermediaria para las distintas ciudades del Egeo en el siglo III a. de J. C., véase J. Delamarre, *Rev. Phil.*, XXVIII, 1904, págs. 97 y sigs.; cf. J. A. O. Larsen, loc. cit., págs. 238 y sigs. Larsen se inclina a pensar que los préstamos devueltos por las ciudades egeas bajo la presión de Filocres fueron contraídos con el fin de pagar, no a Demetrio, sino a Tolomeo. La fecha de devolución citada por él como argumento contra Demetrio no tiene que ver con la cuestión. La devolución de préstamos es con frecuencia asunto muy lento.

(58) Un decreto de Delos en honor de Dionisio de Bizancio por haber vendido a la ciudad 500 medimnos de grano a un precio fijado por la ciudad (*I. G.*, XI, 4, 627; Durrbach, *Choix*, 46) se refiere, sin duda, a relaciones comerciales entre Bizancio y Delos. El decreto pertenece a la época de la hegemonía tolemaica (primera mitad del siglo III a. de J. C.). Las embajadas sagradas *(theoriai)* y dedicaciones de Rodas a fines del siglo IV y principios del III a. de J. C. atestiguan antiguas relaciones amistosas entre los rodios y Delos: *I. G.*, XI, 2, 161; *B*, 13-18; 63-75; ibíd., 287, *B*, 36-44; 84-86, y muchas otras menciones. Estas dedicaciones y embajadas no se debían sólo a la piedad; véanse las dedicaciones semejantes de Alejandría y su dependencia de Cos.

(59) Honores otorgados a los macedonios: *I. G.*, XI, 4, 679-680, Durrbach, *Choix*, 47, e *I. G.*, XI, 664, 665, cf. 1053; Durrbach, *Choix*, 49 (con los comentarios de Durrbach). Agente de Demetrio II en Delos: *I. G.*, XI, 4, 666; Durrbach, *Choix*, 48. Decreto de Histiea en honor de Atenodoro, banquero, ciudadano de Rodas: *I. G.*, XI, 4, 1055 y 1025; *S. I. G.*³, 493; Durrbach, *Choix*, 50. Las buenas relaciones entre Rodas y Macedonia están atestiguadas por las inscripciones en honor de los almirantes rodios dedicadas por Delos en la época en que la influencia macedonia era fuerte en Delos: *I. G.*, XI, 4, 1128; *S. I. G.*³, 455; Durrbach, *Choix*, 38; *I. G.*, XI, 4, 596; Durrbach, *Choix*, 39, e *I. G.*, XI, 4, 1135; Durrbach, *Choix*, 40; cf. E. Bikerman, *Rev. É. A.*, XL (1938), pág. 381, para otro punto de vista. Estas dedicaciones y las relaciones entre Delos y Etolia (véanse los comentarios de Durrbach sobre el número 40, y pág. 210, nota 17; cf. R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., pág. 202) muestran la inseguridad en el Egeo a mediados del siglo III a. de J. C., el peligro de las incursiones de los piratas, y la actividad de los rodios en combatir la piratería.

(60) *I. G.*, XI, 4, 609, cf. 1143, y *I. O. S. P. E.*, II, 11; *I. G.*, XI, 2, 287 B, 124 y sigs. Durrbach, *Inscr. de Délos, Comptes des Hiéropes*, 298, 95 y sig., con comentarios. Véase pág. 558. La importancia del grano bosforano en el mercado egeo a principios del siglo III a. de J. C. puede inferirse de la fluctuación de los precios del grano en Delos el 282 a. de J. C. A. Jardé, *Les Céréales dans l'antiquité*, I, págs. 168 y sigs., atribuye esta fluctuación al cierre o reapertura del Bósforo Tracio por Lisímaco. Cf. E. Ziebarth, *Beiträge zur Gesch. des Seeraubs*, etc., pág. 69, y F. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen*, etc., página 51.

(61) Véanse las inscripciones citadas por Durrbach, *Choix*, nota al núm. 46.

(62) M. Lacroix, *Les étrangers à Délos*, etc., en *Mél. Glotz*, páginas 514 y sigs. Debo mencionar a este respecto dos habitantes eminentes de Delos que se ocupaban del comercio y de la banca. Uno era Mnesalco, hijo de Telesárquidas. Hacia 280 a. de J. C. (M. Holleaux, *B. C. H.*, XXXI (1907), págs. 374 y sigs.; *I. G.*, XI, 4, 1049) ayudó a una ciudad sin identificar que le hizo su próxeno, en una σπανοσιτία (redimiendo los barcos de grano apresados por los acreedores de la ciudad) y otorgándole varios préstamos, lín. 9: ἀργύριόν [τε] πολλάκις τῆι πό||[λει] παρέσχηκεν εἰς ἀναγκαίας [χρ]είας καὶ τοῦτο | [ἐκο]μίζετο εἰς ὃ ἦν ὁ δῆμος δυνατὸ[ς] ἀποδοῦναι. Mnesalco es bien conocido como ciudadano influyente de Delos por otras varias inscripciones: *I. G.*, XI, 4, 558, 559; Durrbach, *Choix*, 18; *S. I. G.*[3], 391; cf. *I. G.*, XI, 2, 161 A, 29 (279 y 278 a. de J. C.). Hacia 250 a. de J. C. encontramos otro rico banquero, esta vez un quiota, Eutiquio de nombre, contemporáneo del etolio Bucris (cf. R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., pág. 202). En el decreto en su honor (Durrbach, *Choix*, 43) se le describe como οἰκῶν ἐν || Δήλωι καὶ συνεργαζόμενος ἀπὸ τοῦ δικαίου [τοῖς | τὴν θά]λατταν πλέουσιν (lín. 4). Eutico es conocido como fundador de un festival llamado Eutiquia (primera fiala mencionada el 230 a. de J. C.). Nótese en ambos casos la relación de la banca con el comercio marítimo y especialmente con el comercio de grano, y también que Mnesalco era delio, mientras que Eutico vino a Delos de Quíos.

(63) *I. G.*, XI, 2, 161 A, 25 y 26, y 162 A, 29 y 30; Schwahn, *P. W. K.*, XIX, 531 y sigs. y J. A. O. Larsen, loc. cit., págs. 354 y siguientes.

(64) Se han encontrado varias de estas cajas de recaudación en los santuarios de Delos y otras ciudades griegas (por ejemplo, Cos); véase W. Deonna, *Le Mobilier Délien*, en *Expl. arch. de Délos*, XVIII, páginas 367 y sigs. (con una bibliografía completa).

(65) Sobre los gastos del templo (¿y la ciudad?) por contratación de actores, citaristas, flautistas, cantantes, danzantes, poetas, etc., y procurarles ἆθλα todo lo necesario, W. Deonna, loc. cit., págs. 321 y siguientes.

(66) Véase nota 56. El texto completo de los ἱερὰ συγγραφή y valiosos comentarios (con bibliografía) se encontrará en Durrbach y Roussel, *Inscr. de Délos*, en *Actes des Fonct. Ath.*, etc., núm. 1416. Sobre las regulaciones del comercio local de carbón (*Inscr. de Délos*, 509), cf. L. Robert, *Rev. É. G.*, XLVI (1933), págs. 430 y sigs., y J. A. O. Larsen, loc. cit., pág. 352, que no cita a Robert.

(67) Sobre el *sitonicon* véanse las interesantes observaciones de J. A. O. Larsen, loc. cit., págs. 344 y sigs.

(68) Véanse págs. 202 y sigs., y nota 2.

(69) No podemos dar aquí una exposición del gradual crecimiento y embellecimiento del santuario en el siglo III a. de J. C. El lector debe consultar las obras citadas en la nota 56, y especialmente el librito de P. Roussel, *Délos*, 1925. Sobre las donaciones y otros regalos de los caudillos helenísticos y demás personas importantes de la época, que reflejan tan de lleno las vicisitudes políticas del período, véanse los

comentarios sobre las cuentas de los *hieropoioi* por Durrbach y Roussel; Roussel, *Délos, colonie athénienne,* págs. 173 y sigs.; y E. Ziebarth, *Delische Stiftungen,* en *Hermes,* LII (1917), págs. 425 y sigs.

(70) No puedo dar aquí una bibliografía detallada de los libros y artículos que tratan de los distintos aspectos de la vida en Cos. Un excelente examen del material, con una cuidada bibliografía, se encontrará en el reciente libro de Aldo Neppi Modona, *L'isola di Coo nell'antichità classica,* en *Mem. d. Ist. Storico-Archeologico di Rodi,* I, 1933 (con bibliografía en las págs. 11 y sigs.). Las mejores contribuciones a nuestro conocimiento de Cos han sido hechas, después de W. R. Paton, por R. Herzog, excavador del asclepión, en muchos libros y artículos (registrados en la bibliografía de Modona). Los estudiosos italianos de Cos han añadido gran cantidad de nuevos materiales a los reunidos por Paton y Herzog. En la bibliografía de Modona se enumeran, en parte, las contribuciones de A. Maiuri, G. Jacopi y M. Segre en particular. Sobre la escuela médica de Cos, su contribución al desarrollo de la ciencia médica y el papel de los médicos en la vida pública de Cos, véase R. Herzog, *Die Asklepiosheiligtümer als Heiltätten und Gnadenorte,* en *Münch. Mediz. Wochenschrift,* 1933, y S. d'Irsay, *The cult of Asclepius,* en *Bull. Inst. Hist. of Medicine,* III (1935), págs. 451 y sigs. Para los mimos de Herondas he utilizado la edición (con traducción francesa, bella introducción y algunas notas) de J. Arbuthnot Nairn y L. Laloy, *Hérondas Mimes,* en la *Collection de l'Assoc. G. Budé,* 1928, y la excelente traducción alemana con introducción y copiosos comentarios de O. Crusius y R. Herzog, *Die Mimiamben des Herondas,* 2.ª ed., 1926.

(71) El mejor análisis de las inscripciones de Cos, *S. I. G.*[3], 1000, se encontrará en A. Andreades, *Hist. of Greek public Finance,* I, páginas 150 y sigs. Para el producto de las pesquerías véase *S. I. G.*[3], 1024 (Micono). Una inscripción de Teos de fines del siglo IV a. de J. C., en *S. E. G.,* II, 579, sobre la cual véase cap. III, págs. 175 y sigs., nota 45, y las cuentas de los *hieropoioi* de Delos, en las págs. 202 y sigs., nota 2, nos ofrecen un excelente paralelo del sistema de impuestos tal como se ve en la inscripción de Cos. En asuntos de impuestos, la tradición y el sistema que existían en esta época eran distintos en Creta: véase la inscripción de Gortina, M. Guarducci, *Riv. Fil.,* LVIII (8) (1930), págs. 471 y sigs.; cf. G. de Sanctis, ibíd., págs. 483 y sigs. No puedo tratar en este libro el tema de los impuestos en las ciudades griegas. La época helenística no introdujo ningún cambio sustancial en el sistema firmemente establecido durante siglos en las ciudades griegas y también conocido, especialmente en Atenas durante los siglos V y IV a. de J. C. Sobre este sistema, que era típico de la ciudad griega, véase además del citado libro de Andreades, Schwahn, artículo Τέλη y Τελῶναι en *P. W. K.,* V A, 326 y sigs. y 418 y sigs. Hablaré más adelante de las novedades introducidas en el caso de las ciudades incorporadas a las monarquías helenísticas por los Tolomeos, seléucidas y atálidas.

Puedo mencionar algunas fuentes de ingresos características utilizadas por las ciudades helenísticas, a las que no se hace referencia en las inscripciones de Cos, Teos y Delos, como por ejemplo, la *venta de la ciudadanía,* medida de emergencia que se tomaba de cuando en cuando para aumentar el número de contribuyentes y prestatarios de liturgias

y al mismo tiempo para conseguir algún aumento de dinero. Véase E. Szanto, *Das griechische Bürgerrecht*, 1892, pág. 32; G. Busolt, *Griech. Staatsk.*, I, pág. 227; cf. M. Segre, *Aeg.*, XIV (1934), págs. 267 y sigs., que da una lista de inscripciones en que se menciona la venta de ciudadanía (sobre la inscripción de Tasos véase L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 131 y sigs.). No está fuera de lugar citar aquí la *venta de sacerdocios*, otra forma peculiar de impuestos que era de uso frecuente en muchas ciudades griegas desde el siglo v a. de J. C., especialmente en Asia Menor. Sobre este tema, véanse los artículos de L. Robert, *B. C. H*, LVII (1933), págs. 467 y sigs., y A. Laumonier, e ibíd., LVIII (1934), págs. 360 y sigs., donde el lector encontrará los testimonios epigráficos y notas bibliográficas completas. Cf. M. Segre, *Rend. Ist. Lomb.*, LXIX (1936), págs. 811 y sigs. Paulo Fabio Pérsico incluyó en su famoso edicto sobre Éfeso una dura crítica de esta forma de impuestos, *S. E. G.*, IV, 516, líns. 34 y sigs. (citado por L. Robert), cf. F. K. Dörner, *Der Erlass des Statthalters Paullus Fabius Persicus*, 1935.

(72) En la inscripción no se mencionan los ἱερὰ y δαμοσία χώρα que Cos poseía en Chipre (un regalo de uno de los Tolomeos), G. Patriarca, *Bull. Mus. Imp. Rom.*, III, en *Bull. Comm.*, LX (1932), pág. 6, núm. 3 (siglo I a. de J. C.).

(73) Véase la inscripción Paton-Hicks, núm. 344. Véanse las condiciones de la terratenencia en Quíos hacia 239-236 a. de J. C., B. Laum, *Stiftungen in der Gr. u. Röm. Antike*, II, 1914, núm. 62, *G. D. I.*, IV, 4, 894 y sigs. Átalo prestó una suma de dinero a Quíos. Esta suma fue prestada a su vez por la ciudad en pequeñas cantidades (unas 300 dracmas) a los pequeños propietarios a un bajo interés. ¿Era una forma de ayuda a los pequeños propietarios que tenían dificultades financieras?

(74) J. Vanseveren, *Rev. Phil.*, XI (1937), págs. 325 y sigs. Si las listas de Quíos son realmente listas de próxenos, atestiguan ciertamente no sólo las relaciones sociales y políticas, sino también comerciales con otras ciudades. Sobre la importancia de las listas de próxenos para la historia del comercio en general: E. Ziebarth, *Klio*, XXVI (1932-33), págs. 244 y sigs. Sobre la importancia comercial de Quíos y la actividad de su puerto en época posterior: L. Robert, *Rev. É. G.*, XLII (1929), págs. 32 y sigs.; cf. E. Ziebarth, loc. cit., pág. 246. Sobre la esclavitud en los siglos v y IV a. de J. C.: L. Robert, *Étud. épig. et phil.*, 1938, págs. 118 y sigs.

(75) No existe ninguna obra general sobre la Creta helenística, aunque se ha escrito mucho sobre Creta en esta época. Véase la bibliografía en Van der Mijnsbrugge, *The Cretan Koinon*, 1931; cf. cap. V, núm 8 (con bibliografía). Sobre los *perioeci* o ὕποικοι cretenses y su estado jurídico véanse las opiniones divergentes de M. Guarducci, resumidas a la luz de nuevos datos en *Riv. Fil.*, LXIV (14), 1936, págs. 356 y sigs., y de J. A. O. Larsen, artículo Περίοικοι, en *P. W. K.*, XIX, 828 y sigs. (1937).

PARTE II

(76) Sobre Macedonia en la época de Antígono: W. W. Tarn, *Antigonos Gonatas*, 1913; *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 58 y sigs. (3.ª ed., págs. 63 y sigs.); y *C. A. H.*, VII, págs. 197 y sigs. Sobre Antígono y

Rodas y Delos, véanse mis observaciones en *C. A. H.*, VIII, págs. 623 y sig., y pág. 642; véanse págs. 238 y 245 del presente libro; cf. E. Ziebarth, *Zur Handelsgeschichte von Rhodos*, en *Mél. Glotz*, pág. 914. Sobre el alquitrán y la pez: G. Glotz, *R. É. G.*, XXIX (1916), páginas 281 y sigs.; W. W. Tarn, *Economica*, nov. 1930, págs. 315 y sigs., y F. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen*, págs. 54 y sigs. Es evidente que Macedonia, aunque principal productora de alquitrán y pez, no tenía el monopolio de estos productos, pues existían pinares de excelente calidad en otras regiones distintas: en el Ponto, en Cilicia, en la región del Olimpo Misio y del monte Ida, bosques que estaban en manos de los reyes pónticos y bitinios, de los seléucidas (más tarde atálidas) y de los Tolomeos (véase Teofrasto, *H. P.*, IV, 5, 5). Como amos del Egeo, los reyes macedonios podían imponer sus precios en el mundo egeo. Sobre la estructura económica de Macedonia en general, F. Hampl, *Der König der Makedonen*, 1934, págs. 66 y sigs.; cf. E. Kornemann, *Die Alexandergeschichte des Königs Ptolemaios I. von Ägypten*, 1935, págs. 180 y sigs.

(77) Se encontrará un breve examen de las fuentes antiguas para el Egipto tolemaico en *C. A. H.*, VII, págs. 889 y sigs. Para las abreviaturas empleadas en las citas de publicaciones de papiros, véase el Índice de este libro. Un buen examen de la historia de la papirología y una inscripción útil de cada uno de los hallazgos, con buena bibliografía, ha sido publicada recientemente por K. Preisedanz, *Papyrusfunde und Papyrusforschung*, 1933 (las recensiones de este libro se enumeran en *J. E. A.*, XXI (1935), pág. 102). Véanse el examen y caracterización más breves de los documentos papirológicos como material para la historia de la época tolemaica por Claire Préaux, *L'Économie royale des Lagides*, 1939, págs. 10 y sigs. En el mismo libro (pág. 14, cf. 22) el lector encontrará referencias a los libros y artículos en que enumeran los papiros demóticos hasta aquí publicados (cf. Bibliografía, págs. 575 y sigs.). Los papiros de Gebelen han sido publicados por distintos autores y en diversos lugares; véase la bibliografía de la señorita Préaux, loc. cit., pág. 14, nota 1. F. Ll. Griffith, *The Adler Papyri*, 1939, pág. 63, se inclina a considerar todos los papiros de fecha anterior a 186-188 a. de J. C., que se dice haber sido hallados en Gebelen, como procedentes de otros lugares. El grupo de Gebelen trata exclusivamente de los asuntos de los Πέρσαι τῆς ἐπιγονῆς, locales, y pertenece a los siglos II y I a. de J. C. El papiro de Filadelfia: N. J. Reich, *The legal transactions of a family preserved in the Un. Mus. of Philadelphia*, en *Mizraim*, II (1936), págs. 13 y sigs., e ibíd., VII (1937), págs. 11 y sigs. Se encontrarán algunas observaciones útiles de carácter general sobre los papiros demóticos en W. F. Edgerton, *Demotica*, en *Papyri und Altertumswissenschaft*, 1934 (*Münch. Beitr.*, XIX), págs. 281 y sigs. Véanse las interesantes sugerencias sobre las conexiones entre papiros griegos y demóticos en E. Seidl, *Die demotische Zivilprozessordnung und die gr. Rechtsurkunden*, en *Chr. d'Ég.*, XIII-XIV (1932), págs. 210 y sigs.; *Demotische Urkundenlehre nach den frühptolemäischen Texten*, en *Münch. Beitr.*, XXVII (1937) y su bibliografía sobre el derecho nacional egipcio, *Krit. Vierteljahresschr.*, XXIV (1930), págs. 37 y sigs., y XXVII (1935), págs. 268 y sigs.

Puedo recordar al lector que las bibliografías de publicaciones corrientes sobre papiros y las contribuciones a la papirología en el amplio sentido de la palabra se encontrarán en muchas revistas, las más útiles y completas de las cuales son: *Archiv für Papyrusforschung, Journal of Egyptian Archaeology, Aegyptus, Revue des Études grecques, Chronique d'Égypte, Byzantion,* etc. Puedo añadir aquí una lista de las contribuciones más recientes a nuestro conocimiento de los principales papiros y grupos de papiros del período tolemaico: 1) Papiro Zenón: Listas al día: E. Balogh, *Bibliographie der Veröffentlichungen des Zenonarchivs,* en su artículo *Die richterliche Kompetenz des Dioiketen Apollonios,* en *Actes du Ve Congrès de Papyrologie,* 1938, págs. 68 y sigs., y C. Préaux, op. cit., pág. 10, nota 1; véanse las *Urkunden-Referate* periódicas deU. Wilcken en *Arch. Pap.* Se encontrarán excelentes selecciones en W. Schubart, *Griechische Briefe aus Ägypten, Die Antike,* VIII (1932), págs. 113 y sigs., y A. S. Hunt y C. C. Edgar, *Select Papyri,* I: *Private affairs,* 1932 (colección Loeb) 2) Directrices de los *dioecetes* a los *oeconomi* de los *nomoi, Teb.,* 703; K. F. W. Schmidt, *Phil. Woch.,* 1934, págs. 1307 y sigs. (en esta recensión se sugieren muchas nuevas lecturas en *Teb.,* 703). Sobre el documento en general: U. Wilcken, *Arch. Pap.,* IX (1933-35), págs. 148 y sigs.; L. Wenger, *Aeg.,* XIII (1933), págs. 582 y sigs.; E. Berneker, *Die Sondergerichtsbarkeit im gr. Recht Aegyptens,* etc., 1935, págs. 69 y sigs.; C. Préaux, *Chr. d'Ég.,* XXI (1936), págs. 163 y sigs. 3) Δικαιώματα de Halle: W. Schubart, *Arch. Pap.,* XII (1936-37), págs. 27 y sigs. Recientemente se han descubierto en El Cairo nuevos fragmentos de este documento.

(78) Se encontrarán referencias en la sección de este capítulo dedicado a la industria.

(79) Hay muchos y excelentes resúmenes de las condiciones económicas y sociales en Egipto. No podemos dar aquí una lista completa. Sobre las contribuciones más antiguas puedo citar el admirable libro de G. Lumbroso, *Recherches sur l'économie politique de l'Égypte sous les Lagides,* 1870, y su excelente resumen general *L'Egitto dei Greci e dei Romani,* 2.ª ed., 1896. De los estudios modernos, los mejores y más completos son los de U. Wilcken, como, por ejemplo, *Griechische Ostraka aus Ägypten und Nubien,* I-II, 1899; *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde,* 1912 (con L. Mitteis); *Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft,* en *Schmollers Jahrb.,* XLV, 2 (1921), págs. 349 y sigs.; *Alexander der Grosse,* 1931, págs. 267 y sigs. Se encontrarán muchas contribuciones valiosas a distintos problemas en sus informes sobre las publicaciones recientes de papiros en *Arch. Pap.* y en sus comentarios sobre los documentos reeditados por él en su *U. P. Z.* Le siguen en importancia el excelente resumen de W. Schubart, *Einführung in die Papyruskunde,* 1918. Naturalmente, se encontrarán capítulos y páginas dedicados a las condiciones sociales y económicas en el Egipto helenístico en las obras generales sobre la historia de la época helenística, tales como las de Niese, Beloch, Kaerst, etc., y sobre la historia del Egipto tolemaico, como las de Bouché-Leclercq, Mahaffy-Bevan, Schubart, y Jouguet (los títulos completos se citan en el cap. I, nota 1). Los textos astrológicos prestan una incalculable ayuda para entender el Egipto tolemaico tal como lo veían los contemporáneos. Algunos de

estos textos se remontan a los tratados tolemaicos sobre astrología y reflejan de una manera muy viva y clara distintos aspectos de la vida egipcia en los siglos III y II a. de J. C. F. Cumont ha sido el primero en reunir estos textos e ilustrarlos a la luz de nuestros testimonios literarios y documentales: véase su *L'Égypte des Astrologues,* 1937. Los textos astrológicos, tal como los conservamos, no dan un cuadro detallado del Egipto ptolemaico: más bien reflejan las condiciones que predominaban en la parte oriental del imperio romano en general. Pero contienen algunos datos valiosos que se refieren ciertamente a la época tolemaica, y estos datos deben ser estudiados cuidadosamente por todo erudito que se ocupe en el Egipto tolemaico. Cf. L. Robert, *Études épigraphiques et philologiques* (*Bibl. Ec. H.-Ét.,* 272), 1938, págs. 76 y sigs.

Puedo citar algunas obras valiosas sobre el tema en su conjunto o en parte: W. W. Tarn, *Hell. Civ.,* 2.ª ed., 1930 (3.ª ed. (con G. T. Griffith), 1952); W. Schubart, *Verfassung und Verwaltung des Ptolemäerreichs,* en *Der alte Orient,* XXXV, 4 (1937); W. L. Westermann, *The Greek exploitation of Egypt,* en *Polit. Science Quarterly,* XL (1925), págs. 517 y sigs.; F. Heichelheim, *Welthistorische Gesichtspunkte zu der vormittelalterlichen Wirtschaftsepochen,* en *Festgabe W. Sombart,* 1933, páginas 185 y sigs. (*Schmollers Jahrb.,* LVI, 6); A. Segré, *Note sull'economia dell'Egitto ellenistico,* en *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXIX (8) (1934); V. Martin y A. Calderini, *Papyri und Altertumswissenschaft,* 1934 (*Münch. Beitr.,* XIX), págs. 102 y sigs.; A. Andreades, *Budgets helléniques et budgets hellénistiques,* en *Atti d. IV Congr. d. Pap.,* 1936, págs. 51 y sigs., y H. Idris Bell, *Proposals for a Social History of Greco-Roman Egypt,* ibíd., págs. 39 y sigs. La contribución reciente más importante al estudio de las condiciones económicas y sociales es la de la señorita Claire Préaux, *L'Économie royale des Lagides,* 1938, que he tenido el privilegio de leer en pruebas. La señorita Préaux trata de demostrar el origen y desarrollo del sistema económico tolemaico y describir las vicisitudes de su conflicto con los rasgos individualistas de la vida económica egipcia y griega. Véanse mis propios resúmenes *The Foundations of Social and Economic life in Egypt in the Hellenistic times,* en *J. E. A.,* VI (1920), págs. 161 y sigs., y el cap. *Ptolemaic Egypt,* en *C. A. H.,* VII, págs. 109 y sigs. Algunos pasajes del último se encontrarán reproducidos en el texto con ligeras modificaciones.

(80) Sobre este punto, véanse los libros y artículos citados en *C. A. H.,* VII, pág. 892; véase también cap. III, notas 13 y 14. Para la vida económica de Egipto en época anterior: G. Dykmans, *Histoire économique et sociale de l'ancienne Égypte,* I-III, 1936-37, y H. Kees, *Ägypten,* en W. Otto, *Handb. d. Altertumsw.,* III, 1, 3, 1933.

(81) Sobre Egipto en la época de Soter, véanse las notables observaciones de E. Kornemann, *Die Satrapenpolitik des ersten Lagiden,* en *Racc. Lumbrosso,* 1925, págs. 235 y sigs. (véase su artículo *Aus der Geburtsstunde eines Gottes,* en *Mitt. d. schles. Ges. f. Volkskunde,* XXVII (1926), págs. 1 y sigs.), y P. Jouguet, *La politique intérieure du premier Ptolémée,* en *Bull. Inst. Fr. Arch. Or.,* XXX, 1 (1930), págs. 513 y sigs., repetido en su historia del Egipto tolemaico en la *Histoire de la nation égyptienne,* de G. Hanotaux, III; cf. C. Préaux, *Politique de race ou*

politique royale, en *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 111 y sigs. Sobre la aristocracia indígena (problema oscuro y discutido) véase W. Peremans, *Vreemdelingen en Egyptenaren in Vroeg-Ptolemaeisch Egypte*, 1937 (con resumen francés), págs. 97 y sigs. El caso de un egipcio que posee un *dorea* en el siglo III a. de J. C. (*P. Lille*, I, 47) es incierto y discutido. Cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 461. Sobre la vida de los habitantes indígenas relacionados con los templos véase la interesantísima serie de documentos demóticos en el Museo de la Universidad de Filadelfia. N. J. Reich, *The legal transactions of a family*, en *Mizraim*, II (1936), págs. 13 y sigs., y su artículo, *A deed of gift in 317 B. C.*, ibíd., págs. 57 y sigs.

(82) Mucho se ha escrito sobre Filadelfo. No puedo citar en esta nota todos los artículos y libros que tratan de su política. A la bibliografía citada en la nota 79 puedo añadir: W. W. Tarn, *Ptolemy II*, en *J. E. A.*, XIV (1928), págs. 246 y sigs., y los siguientes artículos de C. Préaux: *Quelques défauts de la politique intérieure de Ptolémée Philadelphe*, en *Aeg.*, XIII (26) (1933), págs. 547 y sigs.; *Réflexions sur les droits supérieurs de l'État dans l'Égypte lagide*, en *Chr. d'Ég.*, X (19) (1935), págs. 109 y sigs.; *Difficulté de requérir le travail dans l'Égypte lagide*, ibíd., X (20) (1935), págs. 343 y sigs.; *Politique de race*, etc., ibíd., XI (21) (1936), págs. 111 y sigs.; *Un problème de la politique des Lagides; la faiblesse des édits*, en *Atti IV Congr. Pap.*, págs. 183 y sigs.; *Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides*, en *Chr. d'Ég.*, XI (22) (1936), págs. 522 y sigs.; *La signification de l'époque d'Évergète II*, en *Actes Ve Congr. Pap.*, 1938, págs. 345 y sigs. Todos estos artículos están resumidos en el libro de C. Préaux antes citado.

(83) Los aspectos constitucional y religioso de las monarquías helenísticas están tratados en todas las historias del mundo helenístico citadas en el cap. I, nota 1. Se encontrará un excelente resumen en W. S. Ferguson, *C. A. H.*, VII, págs. 7 y sigs. (con bibliografía); cf. V. Ehrenberg, *Der griechische und der hellenistische Staat*, en Gercke-Norden, *Einl.*, III, 3 (1932), págs. 72 y sigs., y P. Zancan, *Il Monarcato ellenistico nei suoi elementi federativi*, 1934. Véanse mis notas del capítulo III, págs. 148 y sigs., y nota 17. Sobre Egipto en particular, véase la bibliografía dada en la nota 79. Sobre el culto real en Egipto: W. Schubart, *Die religiöse Haltung des frühen Hellenismus*, 1937, y especialmente U. Wilcken, *Zur Entstehung des hellenistischen Königskultes*, en *Berl. S. B.*, XXVIII (1938), págs. 308 y sigs.

Con frecuencia se ha dicho que los Tolomeos aceptaron las ideas filosóficas sobre la realeza corrientes en la filosofía griega; véase E. Schwartz, *Rh. Mus.*, XL (1885), págs. 254 y sigs., U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Staat und Gesellschaft der Griechen*, pág. 163; Th. Mommsen, *Röm. Gesch.*, V, pág. 559; U. Wilcken, *Alexander der Grosse und die hellen. Wirtschaft*, en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), pág. 349, y mis propias notas en *J. E. A.*, VI (1920), pág. 173, y *C. A. H.*, VII, pág. 164; cf. cap. III, págs. 148 y sigs., nota 15. Soter y Demetrio de Falero: Plutarco, *Apophth. reg.*, 189 D. Tratados περὶ βασιλείας: *Oxyr.*, 1611, líns. 38 y sigs. (cita de Teofrasto περὶ βασιλείας, II); Kunst, *Berl. klass. Texte*, VII, págs. 13 y sigs., líns. 34 y sigs. (Berl. Pap. P. 13045,

siglo I a. de J. C.), fragmentos de un tratado, probablemente περὶ βασιλείας, alabando a la monarquía en general y a los Tolomeos en particular, e implícitamente a Alejandría. Sobre la carta del seudo Aristeas: S. Tracy, *III Maccabees and Pseudo-Aristeas: a Study*, en *Yale Class. Stud.*, I, 1928; E. Bikerman, *Zeitchr. für d. neutest. Wiss.*, XLIX (1930), págs. 286 y sigs.; H. G. Meacham, *The oldest version of the Bible: «Aristeas» on its traditional origin*, 1932 (que contiene una traducción de la carta y algunos comentarios, especialmente págs. 172 y sigs.), y *The letter of Aristeas: a linguistic study*, etc., 1935 (que contiene una nueva edición del texto griego de la carta). A los tratados περὶ βασιλείας hasta ahora conocidos hay que añadir el de un tal Teopompo (no el famoso) incluido en la lista de libros de la biblioteca de un gimnasio de Rodas: véase A. Maiuri, *Nuova sill. ep. di Rodi e Cos*, 1925, núm. 4; M. Segre, *Riv. Fil.*, LXIII (13) (1935), páginas 214 y sigs., y LXIV (14) (1936), págs. 40 y sigs. W. Schubart, *Arch. Pap.*, XII (1936), págs. 1 y sigs., hizo una excelente colección de textos que tratan de la filosofía profesional de los reyes helenísticos y sus auxiliares. El texto fundamental sobre los empleados del rey es *Teb.*, 703, líns. 257-280; véase mi introducción, pág. 69.

Los fragmentos recientemente descubiertos de Teofrasto πῶς πόλεις ἄριστ' ἂν διοικοῖντο (W. Aly, *Forsch. u. Fortschr.*, XI (1935), pág. 302) muestran que la filosofía griega postaristotélica exigía a los magistrados de una ciudad-estado griega, no sólo una formación técnica (esto ya lo requería la filosofía postsocrática), sino también un alto nivel moral que está definido en detalle por Teofrasto. Estos requisitos morales de Teofrasto fueron aceptados por los reyes helenísticos y aplicados a sus propios funcionarios. Esto se ve por una notable coincidencia en las ideas y terminología entre los juicios de *Teb.*, 703, y los de Teofrasto. Véase *Studi e Testi*, 104, 1943, *Frag. Vat. de eligend. magistr.*, ed. W. Aly. Cf. V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, págs. 93, nota 3. Sobre el nivel moral de los Tolomeos tal como se refleja en las fuentes antes citadas, véanse: W. Schubart, *Verfassung und Verwaltung des Ptolemäerreiches*, etc. *Der alte Orient*, XXXV (1937), págs. 37; W. L. Westermann, *The Ptolemies and the welfare of their subjects*, en *Actes Ve Congr. Pap.*, págs. 574 y sigs., y *Am. Hist. Rev.*, XLIII (1938), págs. 280 y sig.; y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 557 y sigs. La señorita Préaux señala las semejanzas entre las concepciones del poder real egipcia y griega. Sin embargo, dudo de que los Tolomeos se diesen cuenta de ello: su ideal era puramente helénico. Sobre la vinculación de los Tolomeos a Alejandro, véase W. W. Tarn, *J. H. S.*, LIII (1933), págs. 57 y sigs.; mi artículo 'Πρόγονοι', *J. H. S.*, LV (1935), pág. 62, y C. F. Edson Jr., *The Antigonids, Heracles and Beroea*, en *Harv. Stud. in Cl. Phil.*, XLV (1934), págs. 221 y sigs.

(84) Que el Estado fuese propiedad del rey no significaba que no se reconociese la propiedad privada sobre la tierra y semovientes, sino que el único garante de esta propiedad era el rey. Es difícil decir hasta qué punto se desarrolló la propiedad privada en la época pretolemaica. En las épocas saíta y persa era una institución bien conocida la propiedad de tierra por parte de miembros de la comunidad del templo en los territorios de éstos. Sin embargo, es difícil afirmar por ello que la pro-

piedad privada fuese el principal soporte de la vida económica en el Egipto pretolemaico, como lo era en Grecia y Roma. En un país en que el bienestar del pueblo y del Estado se basaban en el trabajo obligatorio, donde el primer derecho a los productos de la tierra era la prerrogativa indiscutida del rey, y donde, en consecuencia, las requisas eran tan frecuentes como el trabajo obligatorio, es difícil hablar de un individualismo completamente desarrollado en la vida social y económica.

Sobre la λειτουργία en Grecia y Egipto véase F. Oertel, *Die Liturgie*, 1917, que no distingue con bastante precisión entre las dos formas de liturgia que se empleaban en Egipto: el trabajo obligatorio indígena y los servicios pedidos por el rey a sus súbditos griegos (por ejemplo, la trierarquía). Sobre estos últimos véanse: *P. Cairo Zen.*, 59042; *Hib.*, 78, y *P. S.I.*, 484; E. Bikerman, *Arch. Pap.*, VIII (1927), págs. 238; cf. *P. Cairo Zen.*, 59323; U. Wilcken, *Arch. Pap.*, IX (1930), pág. 230; W. Peremans, *Vreemdelingen*, etc., págs. 156 y sigs., y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 395 y sigs.

(85) De los impuestos y del sistema de recaudación hablaré más adelante, en este mismo capítulo. Sobre las *Urkunden* de los Tolomeos y el estudio de ellas en general: U. Wilcken, *Über antike Urkundenlehre*, en *Papyri und Altertumswissenschaft*, 1934, págs. 42 y sigs. Sobre la contabilidad: E. Grier, *Accounting in the Zenon Papyri*, 1934 (cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, X (20) (1935), págs. 384 y sigs.), y L. Bandi, *I conti privati*, etc., en *Aeg.*, XVII (1937), págs. 379 y sigs.

(86) Un buen resumen sobre la agricultura y otros recursos de Egipto en la época pretolemaica se encontrará en las obras citadas en la nota 80, y durante el período romano en A. Ch. Johnson, *Roman Egypt to the reign of Diocletian*, en T. Frank, *An Economic Survey of Ancient Rome*, II, 1936, págs. 1 y sigs. (*The Land*, I: *Agricultural products*), cf. págs. 7 y sigs. (II: *The Nile and Irrigation*). En lo principal, estos resúmenes valen también para el Egipto tolemaico. Sobre la agricultura en general y la obra de los Tolomeos en este terreno: M. Schnebel, *Die Landwirtschaft im hellenistischen Ägypten*, 1925. Este estudio es la base (aparte algunas adiciones) de los resúmenes generales posteriores, como los de O. Krüger, *La producción agrícola en el Egipto helenístico*, en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CVIII (1935) (en ruso), y N. Hohlwein, *Le blé d'Égypte*, en *Ét. de Pap.*, IV (1938), págs. 33 y sigs. Hay también excelentes estudios de todo el material que trata de la producción de grano en el Egipto tolemaico en F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, y en C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 53 y sigs. (obras públicas), y págs. 117 y sigs. (el trigo). Una discusión útil de algunos datos estadísticos sobre agricultura egipcia se encontrará en A. Segré, *Note sull'economia dell'Egitto ellenistico nell'età Tolemaica*, en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (1934), págs. 15 y sigs., y F. Heichelheim, loc. cit., 845 y sigs. Sobre el sistema de irrigación del Fayum, véanse mis observaciones sobre *Teb.*, 703, líns. 29-40, y G. Caton Thompson y E. W. Gardner, *The Desert Fayûm*, I, II, 1934; cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 200 y sigs., W. L. Westermann, *A lease from the estate of Apollonius*, en *Mem. Amer. Acad. in Rome*, VI (1927), pág. 6, y C. C. Edgar, *P. Mich. Zenon*, Introd., págs. 31 y sigs., y *P. Col. Zen.*, 54. Trabajo en los diques y canales, y clases de la población exentas

de él: F. Oertel, *Die Liturgie*, 1917, págs. 8 y sigs.; cf. U. Wilcken, *U. P. Z.*, 157; W. Peremans, *Chr. d'Ég.*, XI (22) (1936), págs. 517 y sigs.; *Vreemdelingen*, etc., págs. 156 y sigs., y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, páginas 395 y sigs. Sobre los catastros: U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 176 y sigs.; cf. A. Deleage, *Les cadastres antiques jusqu'à Dioclétien*, en *Ét. de Pap.*, II (1934), págs. 73 y sigs.

(87) Los primeros que estudiaron la división de la tierra de Egipto en distintas clases fueron Grenfell y Hunt en sus comentarios clásicos sobre los catastros de Tebtunis de fines del siglo II a. de J. C. En este estudio se basan las observaciones de mis *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates*, 1910, cf. *J. E. A.*, VI (1920), págs. 165 y 173; U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 270 y sigs., y *Alexander*, etc., en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), págs. 76 (380) y sig. La terminología nunca fue precisa, incluso en época posterior. El 209 a. de J. C. γῆ ἐν ἀφέσει se registra después de la γῆ ἐν συντάξει (?) καὶ δωρεᾷ *Teb.*, 705, 6 y sig.; cf. B. P. Grenfell, *Rev. Laws*, XLIII, 11-12, y las observaciones de Hunt sobre *Teb.*, 705. Nuestra información sobre el estado legal y administración de la tierra asignada a las ciudades griegas es extraordinariamente escasa. Conocemos la existencia de la 'Αλεξανδρέων χώρα y de una parte de ella llamada ἀρχαία γῆ (*Edict. Tib. Jul. Al.*, lín. 59). Wilcken, *Grundz.*, págs. 285 y sigs., sugiere, que ἀρχαία γῆ pudo haber sido la tierra asignada a los primeros colonos, los ἀρχαῖοι κλῆροι (Aristóteles, *Pol.*, VI, 4, pág. 1319 *a*, 10). Alguna tierra pudo también haber sido asignada a la ciudad en conjunto. Alguna información sobre esta tierra «municipal» puede sacarse un documento muy interesante publicado por H. I. Bell y C. H. Roberts, *Merton Papyri*, 1948, núm. 5, una petición a un conocido estratego de Tebaida, Boeto (149-135 a. de J. C.). Aquí una mujer, Berenice, ἀστὴ (?) ἀπὸ Πτολεμαίδος (?) aparece en posesión de una parcela de γῆ πολιτική, que compró (?) de un tal Panas Panopolites. La misma clase de tierra aparece después en época romana en *P. Lond.*, 604 B, 260, *Brit. Mus. Pap.*, III, pág. 84, y pertenece a la γῆ ἰδιωτική. Tenemos que esperar más testimonios antes de formarnos una idea sobre el estado legal de la γῆ πολιτική de Tolemaida.

(88) Sobre la γῆ βασιλική y las βασιλικοὶ γεωργοί véase mi *Kolonat*, págs. 47 y sigs., 62 y sigs.; U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 272 y sigs., y mis comentarios sobre *Teb.*, 703, líns. 40-63; cf. W. Peremans, *Vreemdelingen*, etc., pág. 109. Sobre los πράκτορες ἰδιωτικῶν y ξενικῶν, esto es, probablemente, los que recogían los pagos respectivamente de los que los pagaban en su ἰδία (ἰδιῶται) y los que hacían sus pagos mientras estaban en un lugar que no era el suyo, véase W. L. Westermann, *Mem. Amer. Acad. in Rome*, VI (1927), pág. 16, cf. *P. Col. Zen.*, 54, lín. 47. Puedo añadir que la interpretación de estos términos es disputada. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 131 y sigs., da una lista completa de los impuestos adicionales pagados por los labradores reales y otros terratenientes. Sobre la recolección y transporte de pagos en grano en general, y los de los labradores reales en particular: F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 865 y sigs., y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 129 y sigs., 143 y sigs., con notas bibliográficas completas. No puedo tratar aquí de los χειρισταί y su papel en el transporte de grano. El tema es controvertido; véase C. Préaux, loc. cit., pág. 146, nota 1. Por

lo que se refiere a los contratos entre los labradores reales y la corona, véase J. Partsch, en Sethe-Partsch, *Demotische Urkunden zum ägyptischen Bürgschaftsrechte vorzüglich der Ptolemäerzeit*, en *Abh. Sächs. Ges.*, XXII (1920), págs. 610 y sigs.; cf. C. Préaux, loc. cit., págs. 437 y sigs. (los contratos). Partsch se inclina a creer que los documentos 1-5 son arriendos regulares de γῆ βασιλική. Teniendo en cuenta que están hechos por un año solamente, la conclusión obvia, según Partsch, es que a principios de la época tolemaica la tierra real era administrada de modo muy diferente al adoptado en época posterior. Sin embargo, temo que los documentos en cuestión sean arriendos suplementarios especiales de tierra real y de otra clase para siembra de hierba después de la cosecha (χλωρὰ ἐπίσπορα) o en rotación, lo que no tiene nada que ver con arriendos regulares, que siempre se tratan de la misma manera; véase C. Préaux, loc. cit., pág. 439, que llega a las mismas conclusiones. Véase la nota siguiente. Sin embargo, la existencia de un sistema contractual como base de las relaciones entre el rey y los labradores reales está definitivamente atestiguada, no sólo por los documentos posteriores de Tebtunis (véase cap. VI; cf. los recibos de renta ligeramente anteriores y contemporáneos (μίσθωσις) pagados por los labradores reales, *Teb.*, 835-837), sino también, para la época de Filadelfo, por los documentos que tratan de los *laoi* de Siria, estudiados en las págs. 342 y sigs. y nota 139. No sabemos si el sistema de ἐκφόριον (en vez de una *pars quota*) fue introducido por primera vez por los Tolomeos o no. W. W. Tarn (*J. E. A.*, XIV (1928), pág. 256) lo da por garantizado. Un grupo de documentos (no publicados) del siglo III a. de J. C. en la colección de Yale (Evérgetes o Filopátor) procedentes de los archivos del *topogrammateus* León; arroja luz sobre algunos problemas de la organización agrícola de Egipto. Uno de estos documentos es una orden del dioceta al *basilicogrammateus* de entregar en una fecha dada la διαγραφὴ σπόρου para el año siguiente. La orden fue transmitida por el *basilicogrammateus* al *topogrammateus* y probablemente por el último al escriba del lugar.

(89) Véanse mis observaciones en *J. E. A.*, VI (1920), pág. 174. Sobre el lino, *Teb.*, 703, líns. 87-113, y especialmente *Teb.*, 769 (véase para nuevas lecturas, algunas de ellas muy dudosas, K. F. V. Schmidt, *Phil. Woch.*, 1934, pág. 1315), cf. F. Heichelheim, artículo *Monopole*, en *P. W. K.*, XII, 175.

(90) El carácter y la evolución de las relaciones entre los templos y los Tolomeos es uno de los problemas fundamentales de la historia de Egipto en la época helenística. Ha sido tratado de manera magistral por W. Otto, *Priester und Tempel in hellenistischen Ägypten*, I, 1905, y II, 1908, que después añadió algunas nuevas sugerencias en su artículo, *Ägyptische Priestersynoden in hellenistischer Zeit*, en W. Spiegelberg-W. Otto, *Eine neue Urkunde zu der Siegsfeier des Ptolemaios IV*, etc., en *Bayer. S. B.*, 1926, II, págs. 18 y sigs. Mis puntos de vista sobre esta cuestión los expuse en mi recensión del libro de Otto en *G. G. A.*, CLXXI (1909), págs. 603 y sigs. (por ejemplo, sobre el ἐπιστάτης y la venta de cargos; cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (22) (1936), pág. 547). En 1912, U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 603 y sigs. resumía el problema tal como se planteaba entonces y expresaba su opinión sobre los puntos controvertidos. Desde esa época se ha acumulado mucho material, especial-

mente papirológico. Muchos papiros demóticos que se refieren a los templos y sacerdotes de la época helenística son de fundamental importancia. Por ello es imperativa una reconsideración del problema. Por lo que respecta a la situación económica de templos y sacerdotes, debemos distinguir entre dos aspectos del problema. Por un lado tenemos la cuestión de la situación económica de los sacerdotes individualmente y los esclavos del templo; esto es, las relaciones económicas de cada uno de ellos con el templo como tal, y con la corona. Por otro lado debemos analizar cuidadosamente las relaciones económicas entre los templos como tales y el Estado. No se ha hecho ninguna obra de carácter amplio sobre ninguno de estos problemas en época reciente. Sobre la noción de «esclavos» del templo véase N. J. Reich, *Mizraim,* II (1936), pág. 36. En esta nota, Reich ha citado amplios testimonios de documentos demóticos y griegos sobre las profesiones de estos «esclavos» (labradores, pastores, pescadores, inspectores de obras en los canales) y sobre su estado legal civil (poseen propiedad, compran y venden, alquilan y toman a préstamo), primeramente reunidos por K. Sethe, *Dem. Urk. z. äg. Bürgschaftsrechte,* pág. 36, § 30; U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 46, 571, notas 3 y 5; F. Cumont, *Rev. Arch.*, VII (1936), pág. 236, nota 2; *hieroduloi* como arrendatarios hereditarios, *P. Demot. Zen.*, 6 (252-251 a. de J. C.) (Spiegelberg), cf. W. Peremans, *Vreemdelingen,* etc., pág. 111.

Se encontrarán nuevos testimonios sobre la ἱεροδουλία en la interesante colección de documentos demóticos del Museo Británico hallados probablemente en el templo de Sobek, en Tebtunis. Están fechados en 195 y 137 a. de J. C. Todos los documentos son autodedicaciones de un individuo (hombre o mujer); en otras palabras, autoesclavizaciones al dios «para siempre», a cambio de la protección del dios contra los malos espíritus. La mayor parte de estos devotos conocen a su madre, pero no a su padre, y han nacido en el recinto del templo; evidentemente, son hijos de prostitutas del templo. Los documentos serán publicados pronto por Herbert Thompson; véase su informe, *Actes Ve Congr. Pap.*, págs. 497 y sigs. (*J. E. A.*, XXVI, 1940, págs. 68-78). Los αἰλουροβοσκοί de Bubastis, *P. Cairo Zen.*, 59451.

Sobre la situación económica de los sacerdotes, especialmente como terratenientes: W. Otto, *Priester und Tempel,* II, págs. 200 y sigs., y sobre todo J. Partsch, en Sethe-Partsch, *Dem. Urk. z. äg. Bürgschaftsrechte,* págs. 626 y sigs., especialmente págs. 633 y sigs.; cf. J. Partsch, *Die griechische Publizität der Grundstückverträge im Ptolemäerrechte,* en *Festchr. f. O. Lenel,* 1921, pág. 78, notas 1 y 2. Recientemente han salido a luz nuevos testimonios importantes sobre este punto. Son especialmente ilustrativos dos grupos de documentos. Uno de estos dos grupos se halla en el Museo de la Universidad de Filadelfia (Estados Unidos) y representa los archivos de una familia relacionada con el templo de Zemi, descrito por N. J. Reich, *Mizraim,* II (1936), páginas 57 y sigs. y 13 y sigs.; los documentos empiezan el 317 a. de J. C. y llegan hasta la época de Filopátor. El otro grupo de documentos está en Londres; es un informe referente a un proceso de una familia sacerdotal de Siut en la época de Epífanes: Herbert Thompson, *A family archive from Siut,* 1934, cf. E. Seidl-B. H. Stricker, *Z. Sav.-Stift.*, VII

(1937), págs. 272 y sigs., y en el cap. V, nota 135. Sobre el serapeo de Menfis y los *choachytai* de Tebas, véanse los caps. V y VI.

Aún más importante es el problema de las relaciones de los templos como tales con el rey, y especialmente el problema de la γῆ ἱερά; sobre esta cuestión véase W. Otto, *Priester und Tempel*, II, págs. 82 y sigs. e Índice, voz γῆ ἱερά; mis observaciones en *G. G. A.*, CLXXI (1909), págs. 621 y sigs.; U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 278 y sigs.; J. Partsch, *Dem. Urk.*, etc., págs. 626 y sigs.; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 480 y sigs.; cf. págs. 461 y sigs. Especialmente instructivo es el documento demótico citado y traducido por E. Seidl, *Der Eid im Ptolem. Recht.*, 1929, págs. 95 y sig.; cf. *Teb.*, 876 (¿236 a. de J. C.?). Sobre los regalos: U. Wilcken, *U. P. Z.*, 153-155 (255-254 a. de J. C.). Sobre la ἀπόμοιρα, C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 115 y sigs.; *L'Écon. Lag.*, págs. 171 y sigs.; cf. *P. Ryl. Zen.*, 11, 16: μετρηταὶ Ἀρσινόης (ἑξάχοοι).

También es muy de desear un estudio más profundo y una colección más completa de material para el mejor entendimiento de la organización de la rama económica del templo relacionada con los llamados *beneficia* de los templos (los γέρα y ἡμέραι ἁγνευτικαί en la terminología griega), que en épocas antiguas estaban en posesión hereditaria de los sacerdotes, y en el período tolemaico les eran cedidas por los reyes. El problema requiere un estudio comparativo, dado que esta fuente de ingresos y una administración similar de ella aparece, por ejemplo, en los templos babilónicos (para la época helenística véanse: M. Rutten, *Contrats de l'époque Séleucide,* 1935, pág. 199; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 174 y sigs.; A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), páginas 18 y sigs. y 23), y ciertamente eran típicos de otros templos orientales. Cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 489 y sigs. En *Teb.*, 88, los treinta ἡμέραι ἁγνευτικαί son una fuente de ingresos del templo y los pagos de los «labradores reales» (una donación libre) son otra. El rey vendía o dejaba a los administradores del templo seis de los treinta días de servicio a los que el templo tenía derecho, y nada más. Es interesante encontrar a los griegos comprando cargos religiosos y ἡμέραι ἁγνευτικαί y λειτουργικαί en los templos egipcios, *Teb.*, 853, 25 (hacia 173 a. de J. C.); cf. U. Wilcken, *U. P. Z.*, II, pág. 7.

(91) El problema de la γῆ κληρουχική necesita en gran manera una reconsideración a la luz de los nuevos testimonios. Las fuentes más antiguas han sido reunidas de modo magistral por J. Lesquier, *Les Institutions militaires sous les Lagides,* 1911, págs. 202 y sigs.; cf. mi *Kolonat,* págs. 6 y sigs.; U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 280 y sigs. Han contribuido con valiosa información: *P. Freib.*, 7; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 412 (251 a. de J. C.); J. Lesquier, *Rev. É. G.*, XXXII (1919), págs. 359 y sigs., y otros muchos papiros. Esta información ha sido utilizada: por mí mismo, en mi *Large Estate,* págs. 138 y sigs.; por C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 119 y sigs., y *L'Écon. Lag.*, pág. 63 (los clerucos y la irrigación de sus fundos), pág. 68 (plantación de plantas oleaginosas, *Hamb.*, 24, 222 a. de J. C.) y págs. 463 y sigs. (evolución de las cleruquías), y por E. Kiessling, *Streiflichter zur Katökenfrage,* en *Actes du Ve Congr. Pap.*, págs. 213 y sigs.; cf. U. Wilcken, *P. Würzburg,* 4 y 7 (*Berl. Abh.*, 1933, núm. 6). La sugerencia de Kiessling (que en lo principal sigue a Gelzer) de que en la política de Filadelfo

no desempeñaron ningún papel las razones económicas en lo que se refiere a las cleruquías, y que la tenencia de ellas era por plazos cortos, se basa en muy débiles testimonios. Desprecia casi enteramente los documentos de la correspondencia de Zenón, y nunca cita casos que muestren una participación activa de los tenedores en la administración de sus *cleroi*. La parte que toman los clerucos en la irrigación y mejora de sus lotes está mejor ilustrada por *P. Petrie*, III, 42 (2), y *P. Lille*, I, 39-42; cf. mi *Large Estate*, págs. 63 y sig.; *P. Lille*, Introd., 39-51; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 63, y E. Balogh, *Actes Ve Congr. Pap*, pág. 55. Sobre los σταθμοί y ἐπισταθμία, C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 131 y sigs., y *L'Écon. Lag.*, págs. 387 y sigs., y 477 y sigs.; cf. M. San Nicolò, *P. W. K.*, VI A, 2178 y sigs.; U. Wilcken, *U. P. Z.*, 151 (259 a. de J. C.) y especialmente *Teb.*, 820 (200 a. de J. C.) (παραχώρησις de σταθμός). No he podido consultar F. Smolka, *Ptolemajska ustawa kwaterunkowa*, en *Arch. Towarzystwa naukowego w Lwowie*, XVI (1935), págs. 335 y sigs. Sobre los σταθμοί en otras monarquías helenísticas, véase esta voz griega en el Índice de este libro.

(92) Mi *Kolonat*, págs. 13 y sigs.; U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 284 y sigs., y sus comentarios sobre el papiro Zois, *U. P. Z.*, I, 114, pág. 525. Las condiciones del régimen de la tierra en el sur de Egipto, especialmente en Patiris (Gebelen), están ilustradas por varios grupos de papiros, la mayoría archivo de familia de Πέρσαι τῆς ἐπιγονῆς. Los hallazgos están dispersos y nunca han sido estudiados en su totalidad; véanse las referencias en C. Préaux, *L' Écon. Lag.*, pág. 14, nota 1, y E. N. Adler, *The Adler Papyri. The Archive of a family of Pathyris... between 134 and 88 B. C.*, en *Actes Ve Congr. Pap.*, págs. 12 y sigs.; cf. F. Pringsheim, *Z. d. Sav.-Stift.*, XLIV (1924), págs. 419 y sigs., y E. Bikerman, *Arch. Pap.*, VIII (1927), págs. 218 y sigs. Sobre la propiedad privada en la tierra de Egipto antes de los Tolomeos, véase V. Struve, *Journ. of the Board of Publ. Educ.*, enero de 1915, págs. 1-64, y julio-agosto de 1917, págs. 223 y sigs. (en ruso). En esta ocasión repetir lo que dije en la nota 87 sobre la γῆ πολιτική. Sobre el desarrollo de la terratenencia privada en épocas posteriores y sobre la tierra confiscada, véase el cap. V, nota 151. Los documentos de los archivos de Horo hallados en Gebelen y mencionados en estas notas están publicados por E. N. Adler, J. G. Tait, F. M. Heichelheim y F. Ll. Griffith, *The Adler Papyri*, 1939.

(93) Sobre la economía ganadera de los Tolomeos en general, véase el excelente capítulo *Viehzucht*, de la obra de M. Schnebel, *Die Landwirtschaft*, 1925, págs. 316 y sigs.; sobre la volatería (pichones, gansos y pollos), véase M. Cobianchi, *Ricerche di ornitologia nei Papiri dell'Egitto greco-romano*, en *Aeg.*, XVI (1936), págs. 91 y sigs.

(94) Sobre los bueyes, las vacas y los asnos empleados en el trabajo agrícola, véanse, además de las observaciones de Schnebel, la nueva información proporcionada por *Teb.*, 703, líns. 63-70, mis observaciones en *J. E. A.*, VI (1920), págs. 174 y sigs., y mis comentarios sobre este pasaje; cf. C. Préaux, loc. cit., págs. 207 y sigs. (la cría de animales domésticos) y Sh. Le Roy Wallace, *Taxation in Egypt from Augustus to Diocletian*, 1938, págs. 77 y sigs. Sobre los establos de vacas y terneras, véanse *Teb.*, 703, líns. 66-70 y 183-191, y mis notas sobre estos pasajes. Sobre el tratamiento del problema del ganado en la finca de

Apolonio, véanse mi *Large Estate in Egypt in the Third Century B. C.*, 1922, págs. 107 y sigs., y C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, 1931, págs. 36 y sig. Sobre la construcción de una empalizada en Filadelfia para proteger de las inundaciones a los cerdos y otros animales (con un dibujo de la construcción), véase *P. Mich. Zen.*, 84. Sobre los cerdos, véanse mis observaciones en *J. E. A.*, VI (1920), pág. 173 y *Large Estate*, Índice, voz «Pigs». M. Schnebel, loc. cit., págs. 328 y sigs.; F. Heichelheim, *Monopole*, en *P. W. K.*, XII, 190, y C. Préaux, loc. cit., págs. 221 y sigs. Nuestra información se deriva casi exclusivamente de la correspondencia de Zenón.

(95) Sobre los caballos, véase mi *Large Estate*, págs. 167 y sig.; cf. mi *Foreign Commerce*, en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 730 y W. W. Tarn, *J. E. A.*, XV (1929), págs. 20 y sig., y la ya citada pág. 396; C. Préaux, loc. cit., págs. 217 y sigs. Muy instructivo es *Teb.*, 743, 10-20: entrega de heno para los βασιλικοὶ ἵπποι τρεφόμενοι ἐν Κροκοδί(λων) πό(λει) τοῦ Ἀρσινοίτου νομοῦ.

(96) Véanse M. Schnebel, loc. cit., mi *Large Estate*, Índice, voz «Sheep». C. Préaux, loc. cit., págs. 217 y sigs. (ganado menor). También en este caso nuestro conocimiento se basa principalmente en la correspondencia de Zenón. Sobre los gansos, véanse mi *Large Estate*, página 110; F. Heichelheim, loc. cit., 186 (χηνοβοσκία); C. Préaux, loc. cit., págs. 270 y sig. Dudo mucho si los restos tan mal conservados de un πρόσταγμα de Filopátor, *B. G. U.*, 1212 D, han de interpretarse como testimonio de un monopolio real en la cría de gansos; la ordenanza probablemente trata de un caso especial. Véase *Teb.*, 875 (siglo II antes de J. C.,cuentas) 18: ζμηνῶν, χηνῶν, ὀρνίκων βασιλικῶν καὶ ἰδιωτικῶν οὐθέν.

(97) Sobre las palomas, véanse: el artículo de Cobianchi citado en la nota 93; C. Préaux, loc. cit., págs. 238 y sigs., y Wallace, loc. cit., págs. 69 y sigs. El documento mencionado en el texto es *P. Sorbonne inv.*, 391; M. Hombert, *Rev. Belge de phil. et d'hist.*, IV (1925), páginas 652 y sigs. Demuestra que el impuesto sobre los palomares era recaudado por contratistas especiales.

(98) El problema de la administración de la tierra de pastos por los Tolomeos y los impuestos con ella relacionados es muy complicado, y escasas nuestras fuentes. Véanse mis observaciones en *J. E. A.*, VI (1920), pág. 173, y mis comentarios sobre *Teb.*, 703, líns. 165-174; S. Avogadro, *Alcune osservazioni sulle tasse del bestiame*, etc., en *Aeg.*, XIV (1934), págs. 293 y sigs.; C. Préaux, loc. cit., págs. 225 y sigs.; y para la época romana, Wallace, loc. cit., págs. 386 y sigs. Además del *ennomion* y los pagos por pasturaje, se pagaba un impuesto para mantener guardias especiales en las tierras de pastos (φυλακιτικόν). Sobre Siria y el prostagma de Filadelfo, véase pág. 343.

(99) La apicultura florecía en el fundo de Apolonio: véase mi *Large Estate*, págs. 105 y sigs. Sobre apicultura en general: C. Préaux, loc. cit., págs. 233 y sigs., y F. Heichelheim, loc. cit., 187. Siendo cario, probablemente Zenón estaba familiarizado con la apicultura: no debemos olvidar que era una de las preocupaciones regulares de los griegos carios y que era famosa la miel caria; véanse A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XXIV (1929), pág. 167, y L. Robert, *L'Ant. Class*, IV (1935), págs. 170

y sigs. Cf. F. Heichelheim, artículo *Monopole*, en *P. W. K.*, XII, 187 y sig. y A. Andreades, *Hist. of Gr. publ. Finance*, I, pág. 157, nota 7.

(100) Caza: F. Heichelheim, loc. cit., 172 y sigs. (θηρία), y C. Préaux, loc. cit., págs. 197 y sigs. Sobre Apolonio y Zenón: mi *Large Estate*, pág. 112. Sobre el sarcófago de Alejandro, véase, por ejemplo, Springer-Michaelis-Wolters, *Die Kunst des Altertums*, lám. XIII y fig. 701 *a*. Sobre las pinturas en Palestina: M. Swindler, *Ancient Painting*, fig. 557; cf. C. Watzinger, *Die Denkmäler Palästinas*, II, lám. 25; cf. mi lámina LVIII; sobre el plato de Trasílico, mi lám. XLIV.

(101) Pesca: F. Heichelheim, loc. cit., 186 y sig. (ἰχθυηρά), y C. Préaux, loc. cit., págs. 201 y sigs. Varios pasajes de *Teb.*, 701 (235 a. de J. C.), cf. 721, proyectan mucha luz sobre la industria pesquera. Es interesante ver que grandes cantidades de pescado de la Μικρὰ Λίμνη eran llevadas al mercado egipcio y vendidas en Menfis, Alejandría y en la χώρα. Las relaciones entre los pescadores y el Estado eran parecidas a las que prevalecían en la industria textil. Los ἁλιεῖς pagaban un alto φόρος (30 y 40 por 100 del producto vendido, líns. 195-210) y recibían un préstamo para la compra de aparejo. Además gozaban de una ὀψώνια. Los pescadores trabajaban, pues, por su propia cuenta como contratistas estatales. Sin embargo, es posible que las cuentas de *Teb.*, 701, sean las de un administrador de un *dorea* que incluye pesquerías y no los de un ecónomo real.

(102) Sobre las minas, canteras, etc., y su explotación: K. Fitzler, *Steinbrüche und Bergwerke im ptolemäischen und römischen Ägypten*, 1910; F. Oertel, *Die Liturgie*, págs. 18 y sigs.; F. Heichelheim, loc. cit., 159 (ἅλς), 173 (μέταλλα y νιτρική), 175 (στυπτηρία), 186 (χρυσοχοϊκή), y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 243 y sigs. (las canteras) y 253 y sigs. (los metales); cf. A. C. Johnson, *Roman Egypt*, págs. 239 y sigs., y mi *Large Estate*, págs. 162 y sigs., y mi *Foreign commerce*, etc., en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 732 y sigs. En estos libros y artículos el lector encontrará referencias a otras valiosas contribuciones al estudio del Egipto antiguo y moderno en este aspecto. La plata en Egipto —H. Kees, *Ägypten*, pág. 131; en Chipre—: Cl. F. A. Schaeffer, *Mission en Chypre*, 1936, pág. 98; *Mél. syr. Dussaud*, 1939, pág. 476, núm. 2. Sobre las minas de cobre de Chipre, véase J. L. Bruce, *Antiquities in the mines of Cyprus*, en E. Gjerstad, *The Swedish Cyprus Expedition*, III (1937), págs. 639 y sigs. Debe observarse que las minas, canteras, etc., nunca tuvieron un estatuto especial en Egipto. Pertenecían al rey como parte del suelo egipcio en general. Sobre el *Bodenrecht* y el *Bergrecht*, véase el admirable estudio de E. Schönbauer, *Von Bodenrecht zum Bergrecht*, en *Z. Sav.-Stift.*, LV (1935), págs. 183 y sigs., y especialmente 221 y sigs. Es una pena que el artículo de Schönbauer no trate del estatuto de las minas, canteras, etc., en Oriente y en las monarquías helenísticas.

(103) Es interesante comprobar cuán exacta información tuvo Teofrasto sobre la vegetación de Egipto. Probablemente la recibió de Demetrio de Falero, esto es, a través de él, de los botánicos del Museo que probablemente hicieron —¿con ayuda del rey?— un completo estudio de la flora del país. Sobre la política forestal de los Tolomeos, véanse mis informaciones sobre el pasaje de *Teb.*, 703, citado en el texto;

F. Heichelheim, loc. cit., 188 (ξυλική), y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 159 y sigs. (el bosque). Un papiro de Oxford (*Chr. d'Ég.*, XXIV, 1949, págs. 289-294, época de Filadelfo, 251-250 a. de J. C.) habla de ἐπιχώρια ξύλα empleadas para la fabricación de barcos de guerra (véase pág. 66, nota 12).

(104) Vuelvo a referirme aquí al artículo de F. Heichelheim, *Monopole*, en *P. W. K.*, XVI, citado repetidas veces en notas anteriores, y al tratado aún más detallado de todos los ingresos de los Tolomeos en el libro de la señorita C. Préaux, *L'Économie Royale des Lagides*, 1939, citado con frecuencia. En estos dos estudios el lector encontrará citas exhaustivas de fuentes y modernas contribuciones al problema. Por lo que hace a la difícil cuestión del origen de los monopolios, véanse F. Heichelheim, loc. cit., C. Préaux, loc. cit., págs. 430 y sigs., y especialmente el artículo del difunto A. Andreades, *De l'origine des monopoles Ptolémaïques*, en *Mél. Maspero*, II, 1934-37, págs. 289 y sigs. Me inclino a creer, y en esto me apoya Andreades, que los monopolios más importantes de los Tolomeos se organizaron sobre modelos locales preexistentes que fueron remunerados conforme a las necesidades generales de los Tolomeos y según sus principios económicos directores. Estos últimos han sido bien formulados por la señorita Préaux: acumulación de riqueza, reducción de gastos, introducción de los menores cambios posibles en la estructura económica de Egipto, y horror al riesgo. Lo poco que sabemos de la organización de la industria en el Egipto pretolemaico ha sido reunido y estudiado por H. Kees, *Ägypten*, págs. 162 y sigs., y especialmente pág. 213, sobre tejidos. El material reunido por Kees muestra que los artesanos se dividían en dos grupos: uno que trabajaba para el rey directamente, y otro disperso por los pueblos y ciudades de Egipto, que entregaba parte de sus productos al tesoro del rey.

(105) Estamos muy mal informados sobre la organización de los gremios egipcios en general, y especialmente sobre los de los obreros al servicio de los monopolios reales, por lo que eran ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις. M. San Nicolò, en su valioso libro *Ägyptisches Vereinswesen z. Zeit der Ptolemäer und Römer*, I, 1913, y II, 1, 1915, ha reunido en su primer volumen el material que trata de ellos, pero nunca ha intentado (en otro volumen) distinguir exactamente entre los sindicatos indígenas que los Tolomeos heredaron del pasado y las nuevas asociaciones griegas, algunas de carácter profesional. Tampoco discierne entre los distintos gremios indígenas, los que estaban al servicio del Estado y los que no. Finalmente, no diferencia el material que se refiere al período tolemaico del de época romana. El problema de los diversos tipos de asociaciones en el Egipto tolemaico necesita una nueva investigación. En mi opinión, las asociaciones indígenas no deben confundirse con los gremios griegos, y deben dividirse en dos grupos: las asociaciones libres casi exclusivamente religiosas, relacionadas con los templos (fenómeno común en el Oriente en general), que gradualmente adquieren un carácter griego, y los grupos locales de hombres que trabajan para el rey en la agricultura e industria, organizados como tales por el Estado en clases de asociaciones profesionales, probablemente obligatorias, con sus propios representantes y cierta medida de organización corporativa. Una misma persona podía pertenecer a distintos

grupos profesionales de esta clase, siendo lo más natural que un labrador real o arrendatario en general fuese a la vez obrero de uno u otro campo de la industria (véase, por ejemplo, *Teb.*, 833, y las listas en W. Peremans, *Vreemdelingen*, etc., págs. 135 y sigs. Por otra parte, grupos de profesionales podían formar una asociación religiosa o un grupo de entretenimiento de carácter grecoegipcio. Sobre las asociaciones religiosas indígenas del período tolemaico, véanse: C. Roberts, Th. C. Skeat, A. D. Nock, *The Guild of Zeus Hypsistos*, en *Harv. Theol. Rev.*, XXIX (1936), págs. 72 y sigs.; A. E. R. Boak, *The organization of Gilds in Greco-Roman Egypt*, en *T. A. P. A.*, LXVIII (1937), pág. 212, y sobre los gremios profesionales, W. Peremans, *Vreemdelingen*, etc., pág. 88. La existencia de asociaciones profesionales en el Egipto pretolemaico fue conocida por Hecateo de Abdera (Dio., I, 74) y Herodoto (II, 64); cf. H. Kees, *Ägypten*, págs. 164 y 255. Por lo que se refiere a los gremios al servicio de monopolios reales, puedo citar un papiro de la colección Rainer de Viena (Gr. 12922 *b*) mencionado por H. Gerstinger, *Atti IV Congr. Pap.*, pág. 310. Es una queja de los λινεψοί a Apolonio, el estratego y συγγενής, contra los que habían intentado introducirse en el gremio. Demuestra que los miembros del gremio consideraban privilegiada su posición.

(106) Además de la bibliografía citada por Heichelheim y C. Préaux, véase el artículo de la última en *Atti IV Congr. Pap.*, págs. 184 y sigs. sobre el ἐλαϊκή y la pretendida contradicción entre la ley y la práctica corriente, tal como aparece en *P. Cairo Zen.*, 59015. Debo confesar que no veo esta contradicción, ni la ve C. C. Edgar en sus pormenorizados comentarios (*Select. Pap.*, núm. 75, *Ann. du Serv.*, XXIII, págs. 86 y sigs.): la importación de aceite de oliva a Alejandría no estaba prohibida, y no sabemos lo que sucedió al aceite importado por Apolonio después de pagar los derechos de aduanas. Véanse pág. 374 y nota 184. Sobre los μάγειροι (tratantes de carne y carniceros), véanse mi *Large Estate*, pág. 121; *P. Ryl.*, 562; U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1935), pág. 290, y VI (1927), págs. 79 y sig., y C. Préaux, loc. cit., pág. 229.

(107) Puede obtenerse información sobre la venta al por menor de ὀθόνια de *Teb.*, 733 (143-142 a. de J. C.), si K. F. W. Schmidt, *Phil. Woch.*, 1934, pág. 1313, tiene razón en su restauración e interpretación del documento fragmentario, especialmente líns. 4 y sigs.: τοῦ[ἐ]ξειληφότος τὴ[ν δ]ιά[θε]σιν τοῦ ⟨ὀ⟩θ⟨ονίου⟩ | αὐτῆς. Paleográficamente, la restauración es muy ardua. Además es difícilmente posible διάθεσις τοῦ ὀθονίου se esperaría τῶν ὀθονίων; Hunt sugiere τοῦ ἐρίου. Sobre βυσσουργοί *Teb.*, 702 (260 a. de J. C.), una interesante carta oficial de un hombre que se ocupaba y preocupaba con las deudas atrasadas de los βυσσουργοί de un templo. La fecha primitiva hace al texto doblemente interesante. Al parecer, los βυσσουργοί estaban bajo la intervención del gobierno ya el 260 a. de J. C. Los testimonios sobre la producción de lino en el *dorea* de Apolonio son contradictorios y no pueden discutirse aquí. Para un detenido estudio puedo remitir a C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 95 y sigs. Apolonio pudo haber tenido en Filadelfia telares que trabajaban en parte para el rey y en parte proveían a las necesidades de Apolonio y su casa. Véase cap. VIII.

(108) Nos dan nueva información sobre la producción de lana en los fundos de Apolonio las interesantísimas cartas de la correspondencia de Zenón, *P. Mich. Zen.*, 13, y *P. Col. Zen.*, 15 y 17; véanse las introducciones de C. C. Edgar y W. L. Westermann a estos papiros, y C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., pág. 37. Debo confesar que no puedo entender por qué Westermann es escéptico sobre la existencia de factorías de lana en Filadelfia y Menfis, propiedad de Apolonio y Zenón o dirigidas por ellos. El hecho de que aparezca un ἀντιγραφεύς en las cartas citadas y que estuviese estrechamente relacionado con los talleres me confirma en mi impresión de que las factorías de lana de Apolonio formaban parte de la ἐριηρά, y estaban bajo la inspección del ecónomo y de su *antigrapheus* y de contratistas especiales y sus *antigrapheis*. Si el Apolónides de las cartas (cf. *P. Mich. Zen.*, XXII y XXIV) era el *antigrapheus* del nomo o el *antigrapheus* de la ὠνή no puede afirmarse. Sin embargo, sabemos que los *antigrapheis* del nomo y las ὠναί se ocupaban ambos del trabajo hecho en los talleres. Si Apolónides era el *antigrapheus* de la ὠνή, gana en probabilidad mi sugerencia (rechazada por C. C. Edgar) de que el mismo Zenón pudo haber sido contratista de la ἐριηρά (¿actuando en nombre de Apolonio?).

Una cuenta detallada de las συρίαι y factorías laneras en los *doreai* de Apolonio se encontrará en C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 106 y sigs. Sobre los impuestos relacionados con la producción, administración y venta de tejidos, véase C. Préaux, loc. cit., págs. 115 y sigs.

(109) Sobre la producción de cerveza, véase F. Heichelheim y C. Préaux. Los documentos más instructivos relacionados con las cervecerías son varias cartas, en la correspondencia de Zenón, que tratan de los asuntos de dos cerveceros sucesivos en la fábrica de cerveza de Filadelfia, Ameneo y Pais: *P. Cairo Zen.*, 59199; *P. Mich. Zen.*, 36; *P. Col. Zen.*, 34; *P. Cairo Zen.*, 59202 y 59204. Sobre este tema véase mi *Large Estate*, pág. 118; W. L. Westermann, *P. Col. Zen.*, págs. 84 y sigs.; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 152 y sigs.; E. Balogh, *Actes Ve Congr. Pap.*, págs. 59 y sigs.

(110) Sobre el impuesto de la sal y la ἁλική, además del párrafo de Heichelheim, véanse: L. Amundsen, *Ostraca Osloensia*, 1933, páginas 1 y sigs. y C. Préaux, *Les Ostraca grecs... Wilbour au Musée de Brooklyn*, 1935, págs. 15 y sigs. cf. *L'Écon. Lag.*, págs. 249 y sigs. Casi no hay recibos de la ἁλική después de Epífanes. Vendedores por menor de sal: *Teb.*, 732 (hacia 142 a. de J. C.); véase el interesante documento de la época de Claudio A. E. R. Boak, *Am. J. Ph.*, LVIII (1937), páginas 210 y sigs. El carácter opresivo del impuesto de la sal está bien ilustrado en *P. Cairo Zen.*, 59130, de 256 ó 254 a. de J. C. Hizo falta una carta especial de Apolonio para proteger a sus arrendatarios de los recaudadores de impuestos de la sal. Para el período romano: Wallace, *Taxation*, págs. 183 y sigs.

(111) Además del párrafo correspondiente en el artículo de Heichelheim: N. Lewis, *L'Industrie du papyrus dans l'Égipte gréco-romaine*, 1934, y mi recensión de este libro en *Gnomon*, XII (1936), págs. 46 y sigs. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1935), págs. 286 y sigs.; A. Andreades, 'Τὸ μονοπώλιον τοῦ παπύρου', *Hellenica*, V (1932), págs. 245 y sigs.; y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 187 y sigs. Sobre la mentalidad de la

época helenística que hizo de los libros algo esencial en la vida de los «intelectuales» de esta época: K. Kerenyi, *Die Papyri und das Wesen der alexandr. Kultur*, en *Atti IV Congr. Pap.*, págs. 27 y sigs.; cf. pág. 497. Sobre los precios del papiro en Delos: G. Glotz, *Les prix du papyrus dans l'antiquité grecque*, en *Ann. d'Hist. éc. et soc.*, I (1929), págs. 3 y sigs., y *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXV (1930), págs. 83 y sigs., y los libros y artículos ya citados; cf. J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, páginas 396 y sigs.

(112) Sobre los baños: A. Calderini, *Rend. Ist. Lomb.*, LII (1919), págs. 297 y sigs., y LVII (1924), págs. 737 y sigs.; mi *Large Estate*, págs. 121 y sigs.; F. Heichelheim, loc. cit., 163; C. Préaux, loc. cit., págs. 338 y sigs.

(113) Sobre la mirra (σμύρνη) y el (λιβανωτός) y los perfumes confeccionados con ellos (στακτή), véase G. Senne, *Weihrauch und Myrrhe*, en *Die Ernte*, V (1927), págs. 161 y sigs.; R. O. Steuer, *Myrrhe und Stakte*, 1933; G. A. Wainwright, *J. E. A.*, XXI (1935), págs. 254 y sig., y especialmente A. Lucas, ibíd., XXIII (1937), págs. 217 y sigs. Aunque poseemos algunos documentos sobre el trato de estas especias en Egipto, no se puede obtener de nuestras fuentes un conocimiento exacto de cómo eran tratadas, aparte del hecho de que la propiedad de las especias importadas era privilegio exclusivo del rey. Véanse los últimos estudios del problema en F. Heichelheim, loc. cit., y C. Préaux, loc. cit., págs. 368 y sigs.; cf. A. Wilhelm, *J. R. S.*, XXVII (1937), págs. 148 y siguientes.

(114) En mis comentarios sobre el pasaje de *Teb.*, 703, citado en el texto, se mencionan las fuentes que tratan del comercio al por menor en las ciudades y pueblos de Egipto. Es necesario, pues, repetirlas aquí.

(115) Sobre el transporte, véanse mis artículos *Kornerhebung und Transport im gr.-röm. Ägypten*, en *Arch. Pap.*, III (1906), págs. 201 y sigs.; *Angariae*, en *Klio*, VI (1906), págs. 249 y sigs. Sobre el servicio postal: Preisigke, *Die ptolemäische Staatspost*, en *Klio*, VII (1907), págs. 241 y sigs., y Reincke, *P. W. K.*, XVI, 1523, artículo *Nachrichtenwesen;* cf. en general, U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 372 y sigs. y 376 y sigs.; F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 874, y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 143 y sigs. Las dos últimas dan una buena bibliografía de las contribuciones más recientes al tema. Para el transporte fluvial: M. Merzagora, *La navigazione in Egitto nell'età greco-romana*, en *Aeg.*, X (1929), págs. 105 y sigs., y Stoeckle, artículo *Navicularius*, en *P. W. K.*, XVI, 1906 y sig.

Se da gran importancia al párrafo de *Teb.*, 703, que trata del transporte de grano desde los nomos a Alejandría (líns. 70-87), que estaba regulado por un διάγραμμα especial del rey: cf. mis comentarios sobre estas líneas y las sugerencias de K. F. W. Schmidt, *Phil. Woch.*, 1934, págs. 1307 y sigs. La diligencia en la expedición del transporte de grano (ἐπισπουδασμός) es estudiada por H. Henne, *Aeg.*, XIII (1933), páginas 383 y sigs., en relación con *P. S. I.*, 901, II. Sus observaciones son valiosas, aunque su corrección de ἐπιδασμός en el documento por ἐπισπουδασμός es innecesaria (cf. δασμός, ἀειδασμός en formaciones similares). Sobre las corporaciones de ὀνηλάται en el siglo III a. de J. C., véase *P. Enteux.*, 38 (Filopátor). En este documento, un χειριστής de

un banco alquila de un ὀνηλάτης ochenta y tres asnos para transportar βασιλικὰ χρήματα. Véanse mis observaciones sobre los *nauclevoi,* en *Large Estate,* pág. 125, y C. Préaux, loc. cit., págs. 145 y sigs. Sobre los indígenas obligados al servicio en los barcos, véanse mis observaciones a *Teb.,* 703, líns. 215-222. Para el servicio postal relacionado con la caza de elefantes, véase pág. 373. Con respecto a esto, puedo señalar que la práctica de requisar la población para el servicio de transportes fue heredado de los Tolomeos por los romanos y siguió siendo una de las cargas más temibles. De poco después de la ocupación romana tenemos una serie bien conocida de órdenes por las que los gobernantes romanos trataban de poner fin a los abusos. Véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.,* págs. 409 y 435, y la nueva edición del edicto de Cneo Vergilio Cápito (49 d. de J. C.) por P. Jouguet, *Atti IV Congr. Pap.,* págs. 4 y sigs., y sus notas a los párrafos 1 y 2 de este edicto.

(116) U. Wilcken, *Grundz.,* págs. 356 y sigs.; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.,* pág. 328. Sobre el trigo comprado, también llamado σῖτος βασιλικός, véanse, además de U. Wilcken, loc. cit., mis observaciones en *J. E. A.,* VI (1920), pág. 175, y mi *Large Estate,* pág. 90; C. C. Edgar, *P. Cairo Zen.,* 59001; cf. Preisigke, *Wörterb.,* en su voz; F. Heichelheim, artículo *Sitos,* en *P. W. K.,* supl. VI, 869 y sigs.; y C. Préaux, *L'Écon. Lag.,* págs. 141 y sigs.

(117) Sobre el sistema de los impuestos tolemaicos y la clasificación de impuestos: U. Wilcken, *Ostraca,* I, págs. 199 y sigs., y *Grundz.,* págs. 169 y sigs., cf. *Alexander,* etc., en *Schmollers Jahrb.,* XLV (1920), págs. 81 (385) y sigs. Nuestra fuente principal de información es el cuerpo de recibos de impuestos sobre el papel y conchas *(ostraca).* Una lista completa de publicaciones de *ostraca* griegas se encontrará en C. Préaux, *Les Ostraca grecs... Wilbour du Musée de Brooklyn,* 1935, págs. 12 y sigs., y *L'Écon. Lag.,* pág. 575. La introducción de la señorita Préaux a la publicación de las *ostraca* de Brooklyn y sus notas introductoras a los distintos grupos de *ostraca* contienen muchas ideas interesantes sobre el carácter de los sistemas tolemaico y romano de impuestos en Egipto. Así, por ejemplo, C. Préaux ha demostrado que es probable que a principios de la época tolemaica no hubiera en Egipto un impuesto de capitación general parecido a la λαογραφία romana; cf. *L'Écon. Lag.,* especialmente págs. 382 y sigs., y H. I. Bell, *J. E. A.,* XXIII (1937), págs. 135 y sigs. Sobre los impuestos griegos en general: Schwahn, artículo Τέλη y Τελῶναι, *P. W. K.,* V A, 326 y sigs. y 418 y sigs. Sobre los derechos de aduanas y otros con ellos relacionados: A. Andreades, *Des droits de douane prélevés par les Lagides sur le commerce extérieur,* en *Mél. Glotz,* 1932, págs. 7 y sigs. Para los derechos de aduanas dentro de Egipto, véase la declaración tomada por un capitán de un barco: *P. Cairo Zen.,* 59289; cf. *B. G. U.,* 1792, y Mitteis, *Chrest.,* 340, y en general L. Fiesel, *Geleitszölle im griechisch-römischen Ägypten,* en *Gött. Nach.,* 1925, págs. 57 y sigs.; cf. N. Y. Clauson, *Aeg.,* IX (1928), págs. 240 y sigs. Sobre ἐγκύκλιον, W. L. Westermann, *Upon slavery in Ptolemaic Egypt,* pág. 61; cf. *Teb.,* 811, y Westermann, artículo *Sklaverei,* en *P. W. K.,* supl. VI, 939.

(118) Sobre los βασιλικοὶ γεωργοί y los ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις véase supra y nota 88; cf. mi *Kolonat,* págs. 62 y sigs.; U. Wilcken,

Grundz., págs. 248 y sigs. y 276 y sig.; *U. P. Z.*, I, núm. 110, pág. 491, comentario a la lín. 97 (ὑποτελεῖς), y núm. 119, págs. 560 y sig. Comentarios a las líns. 23 y 32-34, y mis observaciones en *J. E. A.*, VI (1920), pág. 166, que no mantengo en conjunto; véase nota 105 de este capítulo (sobre los gremios). Véanse las juiciosas afirmaciones sobre la libertad de que disfrutaban las clases en cuestión en la época de Filadelfo, hechas por W. L. Westermann, *Egyptian agricultural labour under Ptolemy Philadelphus, Agricultural History*, I, 1 (1927), págs. 46 y sigs., y las juiciosas consideraciones sobre la mentalidad de los λαοί en Egipto, de C. Préaux, *Restrictions à la liberté du travail dans l'Égypte gr. et rom.*, en *Chr. d'Ég.*, X (20) (1935), págs. 343 y sigs. Sin embargo, la libertad de las clases trabajadoras en la época de Filadelfo no era completa, y tenía necesariamente que dar paso poco a poco a una reducción aún mayor en época posterior; véanse caps. V y VI. Sobre los λαοί y su esclavización en caso de no poder satisfacer las exigencias fiscales, véase πρόσταγμα de Filadelfo para Siria y Fenicia sobre la esclavización legal e ilegal de los λαοί, sirios, H. Liebesny, *Aeg.*, XVI (1936), col. 1, líns. 33 y sigs., y col 2, líns. 1 y sigs., y comentario, págs. 271 y sigs., 275 y sigs. [= *S. B.*, 8008]. El único fundamento para la esclavización legal se expresa en la columna 2.ª, líns. 18 y sigs.: πλὴν τῶν ὑπὸ τοῦ διοικοῦντος | τὰς κατὰ Συρίαν καὶ Φοινίκην προσόδους ἐν προσ|βολῆι διδ[ο]μένων, ὧν ἡ πρᾶξις καθήκει καὶ ἐκ τοῦ | σώματος γίνεσθαι, καθότι ἐν τῶι νόμωι τῶι | ἐπὶ τῆς μισθώσεως γέγραπται. Sobre la responsabilidad de los funcionarios de distintos grados, especialmente su responsabilidad material, institución que desempeñó un papel enormemente importante en la vida económica y social de Egipto, véase C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 444 y sigs.

(119) Sobre el empleo de esclavos y su número en el Egipto tolemaico, véase W. L. Westermann, artículo *Sklaverei*, en *P. W. K.*, supl. VI, 932, y sigs. Sin embargo, temo que Westermann subestime el número de esclavos a principios de la época tolemaica. Los siete varones sirios que trabajaban con sus familias en las viñas de Apolonio (τοῖς πρὸς τοῖς κτήμασι γινομένοις) en *P. Cairo Zen.*, 59292, líns. 52 y sigs. (cuentas de grano), cf. *P. Mich. Zen.*, 49, probablemente eran esclavos en su mayoría (véase C. C. Edgar, contra Westermann, *Pol. Sc. Quart.*, XL (1925), pág. 536). A la lista de esclavos mencionada en la correspondencia de Zenón, tal como la da Westermann, debe añadirse *P. Cairo Zen.*, 59080 (Yolas el tejedor), 59335 (παιδίσκη fugitivo con su hijo; cf. *Hamb.*, 105), 59374 (un esclavo cario de Filamón, un ξεναγός, llamado Safo), 59442 (esclavo fugitivo). Éstos son casos ciertos. Pero es bien sabido que los términos δοῦλος y ἀνδράποδον se usan raras veces en el Egipto tolemaico. Σῶμα, παῖς, παιδάριον, παιδίσκη se emplean en Egipto en la época tolemaica lo mismo para esclavos que para trabajadores libres. Por ello es difícil decidir cuáles de los σώματα, etc., que aparecen en las cuentas de Zenón son esclavos y cuáles son trabajadores pagados (véase, por ejemplo, el Índice al *P. Cairo Zen.*, IV). Cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (22) (1936), págs. 590 y sigs., y *L'Écon. Lag.*, págs. 303 y sigs.

Sobre el activo tráfico de esclavos en Siria y Fenicia, sobre la esclavización de indígenas en esos países y sobre la importación de esclavos

desde aquí a Egipto véanse págs. 340 y sigs. El trato de los esclavos desde el punto de vista jurídico: R. Taubenschlag, *Das Sklavenrecht im Rechte der Papyri*, en *Z. Sav. Stift.*, L (1930), págs. 140 y sigs., y *Atti IV Congr. Pap.*, págs. 259 y sigs. Cf. V. Arangio-Ruiz, *Persone e Famiglia nel diritto dei Papiri*, 1930, págs. 1 y sigs., y E. Seidl, *Krit. Vierteljahrschrift*, XXV (1932), págs. 306 y sigs. Sobre ἐλεύθερα σώματα tratados como esclavos en Egipto: W. L. Westermann, *Upon Slavery in Ptolemaic Egypt*, págs. 20 y sigs. (*P. Col. Inv.*, 480, líns. 24-26 y 27-28); cf. su artículo en *Am. J. Ph.*, LIX (1938), págs. 10 y sigs., donde compara a los σώματα ἐλεύθερα esclavizados de Egipto con los σώματα λαικὰ ἐλεύθερα del documento de Viena (véase pág. 340). Véase también C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 307 y sigs., 539 y sigs. Me parece muy probable que las condiciones en Egipto y Siria fueran parecidas, y que en ambos casos los Tolomeos trataran con distintas formas de servidumbre transformadas por algunas transacciones privadas en esclavitud regular. La ley de la esclavitud en el Egipto pretolemaico y las relaciones entre la esclavitud griega y los distintos tipos de servidumbre son tan poco conocidos en Egipto como en Siria y Mesopotamia. Prohibición o restricción de exportar esclavos de Egipto: *P. Lille*, 29; Mitteis, *Chrest.*, 369: μηθένι ἐξέστω σώματα πωλεῖν [ἐπ'] ἐξαγωγῆι... La laguna después de la última palabra de esta cita nos impide saber si la exportación de esclavos de Egipto estaba prohibida en todo caso o era permitida bajo ciertas condiciones. Restricciones impuestas sobre la exportación de esclavos de Siria: *P. Cairo Zen.*, 59093. Una nueva interpretación de esta carta, que no puedo discutir aquí, ha sido sugerida por V. Tscherikower, *Palestine under the Ptolemies*, en *Mizraim*, IV-V (1937), págs. 18 y sigs., y 68 y sigs. La interpretación de Tscherikower no me ha convencido; cf. Westermann, *Am. J. Ph.*, LIX (1938), pág. 18.

(120) Sobre los sacerdotes y «esclavos sagrados», véase nota 90 de este capítulo. Sobre la ἀλειτουργία de los sacerdotes menores, *P. Cairo Zen.*, 59451.

(121) La situación de los extranjeros en Egipto en las épocas tolemaica primitiva y tardía es uno de los problemas fundamentales de la historia del Egipto tolemaico, y por ello discutida por casi todos los historiadores. La colección y discusión de las fuentes sobre el problema, empezada por A. Calderini, *Ricerche etnografiche sui Papiri Greco-Egizî*, en *St. d. Sc. Pap.*, III (1920), págs. 3 y sigs., ha sido continuada por F. Heichelheim, *Die auswärtige Bevölkerung in Ptolemäerreich*, en *Klio*, V (XVIII) (1925), que publica adiciones a su lista de extranjeros, loc. cit., págs. 83 y sigs., *Arch. Pap.*, IX (1930), págs. 47 y sigs., y XII (1936), págs. 54 y sigs., y por W. Peremans, *Vreemdelingen en Egyptenaren in Vroeg-Ptolemaeisch Egypte*, 1937; cf. W. Matthes, *Prosopographie der ägyptischen Deltagaue*, etc., 1932. Hay algunas observaciones agudas y juiciosas sobre la situación de los «helenos» en Egipto en E. Bikerman, *Der Heimatsvermerk und die staatsrechtliche Stellung der Hellenen im ptolemäischen Ägypten*, en *Arch. Pap.*, VIII (1927), págs. 216 y sigs.; contra su punto de vista, véanse: E. Schönbauer, *Z. d. Sav. Stift.*, XLIX (1929), págs. 345 y sigs.; V. Arangio-Ruiz, *Persone e Famiglia*, etc., 1930, págs. 23 y sigs., y W. Peremans, loc. cit., págs. 9 y sigs. Sobre el problema en general: C. Préaux, *Politique de race ou poli-*

tique royale, en *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 111 y sigs. Sobre problemas especiales: E. Kornemann, *Das «Hellenentum» der Makedonen in Ägypten*, en *Aeg.*, XIII (1933), págs. 644 y sigs. A. Neppi Modona, Πέρσαι τῆς ἐπιγονῆς 'ἀγώγιμοι', ibíd., págs. 472 y sigs.; A. Segré, *Note sullo status civitatis degli Ebrei nell'Egitto Tolemaico ed Imperiale*, en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXVIII (1933), págs. 143 y sigs.; O. Montevecchi, *Ricerche di sociologia*, etc., en *Aeg.*, XVI (1936), pág. 32; cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XII (23) (1937), pág. 120 (sobre matrimonios mixtos). Sobre πολίτευμα, además de Bikerman y Schönbauer: W. Ruppel, *Politeuma*, en *Phil.*, LXXXII (1927), págs. 269 y sigs.; A. Wilhelm, *Arch. Pap.*, IX (1930), págs. 214 y sigs.; P. Zancan, *Il monarcato ellenistico*, etc., pág. 85; R. Taubenschlag, *Atti IV Congr. Pap.*, pág. 259, nota 4.

Sobre derecho y jurisdicción: E. Berneker, *Die Sondergerichtsbarkeit im griechischen Recht Ägyptens*, 1935, cf. E. Balogh, *Act. V[e] Congr. Pap.*, págs. 21 y sigs., y C. Préaux, loc. cit., págs. 117 y sig.; R. Taubenschlag, *Die Geschichte der Rezeption d. gr. Privatrechts in Ägypten*, en *Atti IV Congr. Pap.*, págs. 259 y sigs., cf. E. Schönbauer, ibíd., págs. 434 y sigs., y su artículo *Reichsrecht, Volksrecht und Provinzialrecht*, en *Z. d. Sav. Stift.*, VII (1937), págs. 309 y sigs., especialmente 315 y sigs. Véase también R. Taubenschlag, *The ancient Greek city-laws in Ptolemaic Egypt*, en *Actes V[e] Congr. Pap.*, págs. 171 y sigs. El problema de derecho y jurisdicción con que se enfrentaron los Tolomeos era muy parecido al que se le plantea a la administración de las modernas colonias, como, por ejemplo, las colonias, dependencias y mandatos de Francia en África, Siria y el Lejano Oriente. En estos lugares las leyes indígenas se oponen con frecuencia a las del país gobernante, y la palabra decisiva siempre pertenece al gobierno central. Las leyes y órdenes del gobierno francés pueden compararse con los νόμοι, προστάγματα, διαγράμματα, etc., de los Tolomeos (R. Taubenschlag, *Atti IV Congr. Pap.*, pág. 260, nota 5), cf. R. Maunier, *Sociologie Coloniale*, I, 1932, y II, 1936.

Sobre los γυμνάσια griegos en la χώρα véanse las observaciones de H. Henne, P. Jouguet y O. Guéraud sobre el tema de una petición concerniente a un gimnasio en Samaria del Fayum; H. Henne, *Bull. Inst. Fr. Arch. Or.*, XXII (1923), págs. 191 y sigs; P. Jouguet, *Raccolta Ramorino*, 1927, págs. 381 y sigs.; O. Guéraud, *P. Enteux*, 8 (primer año de Filopátor), y las referencias a fuentes contenidas en estos artículos, cf. *S. E. G.*, VIII, 357 (siglos III-II a. de J. C.) y 504 (siglo II a. de J. C.). Sobre el gimnasio de Filadelfia: *B. G. U.*, 1256, y *P. S. I.*, 391. Sobre Afroditópolis: P. Roussel, *Mél. Maspero*, II (1934), págs. 33 y sigs. (*Mem. Inst. Fr. Arch. Or. du Caire*, LXVII), *S. E. G*, VIII, 531 (57-56 a. de J. C.). Sobre el gimnasio de un lugar desconocido: la inscripción *S. B.*, 7246, *S. E. G.*, VIII, 694 (siglos III-II a. de J. C.), estudiada por Henne, loc. cit. Sobre los gimnasios de los pueblos en general: W. Zucker, Γυμνασίαρχος κώμης, *Aeg.*, XI (1931), págs. 485 y sigs. Sobre el gimnasio de Tolemaida (?) H. Kortenbeutel, *Arch. Pap.*, XII (1936), págs. 44 y sigs.; *S. E. G.*, VIII, 641 (104 a. de J. C.). Sobre el más antiguo gimnasiarca conocido de Alejandría: *S. E. G.*, II, 864. Sobre los gimnasios del Egipto tolemaico en general: T. A. Brady, *The Gymnasium*

in Ptolemaic Egypt, en *Univ. of Missouri St.*, II (1936), págs. 9 y sigs. Sobre los gimnasios y otras corporaciones de Alejandría que poseían tierra en la *chora: Teb.*, 700. Οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου: *S. E. G.*, VIII, 504, 531, 641, 694. Sobre los clubs y asociaciones griegos e indígenas: M. San Nicolò, *Ägyptisches Vereinswesen zur Zeit der Ptolemäer und Römer*, I, 1913; II, 1915; cf. su artículo *Zur Vereinsgerichtsbarkeit im hellenistischen Ägypten,* en: Ἐπιτύμβιον *H. Swoboda*, 1927, págs. 255 y sigs., y los comentarios de C. H. Roberts, Th. C. Skeat, A. D. Nock, *Harv. Theol. Rev.*, XXIX (1936), págs. 39 y sigs., sobre un fragmento de un νόμος de un κοινόν religioso de la época de Auletes (69-58 a. de J. C.), especialmente págs. 72 y sigs. Sobre los gremios indígenas, véanse nota 105 de este capítulo y el cap. VIII.

No puedo entrar aquí en una discusión que se presenta a los modernos eruditos como el problema fundamental de la historia tolemaica: la política de los Tolomeos ¿fue una «política real», o una «política racial»? Me temo que esta antinomia sea completamente imaginaria. La política de los Tolomeos fue ante todo una política personal y dinástica. Egipto era su οἶκος y su base y trataban, sin prejuicios teóricos, de establecer su poder personal en Egipto de un modo firme, y hacerlo todo lo fuerte posible, empleando todos los medios a su alcance, según requerían las circunstancias. Si tuvieron *sentimientos* raciales, nunca les permitieron influir en su *política.*

(122) La correspondencia de Zenón es una mina de información sobre este punto. No puedo tratar aquí en detalle el importante problema de las relaciones entre «clientes» y «patronos» a principios de la época tolemaica. Eran, por lo menos en parte, una herencia del pasado (H. Kees, *Ägypten*, pág. 214). Puedo citar como ejemplo a *P. Cairo Zen.*, 59322, donde Critón protege a un cierto Demócrates ante Mosquión (probablemente un oficial de alta categoría) dándole como razón, lín. 9: ἔστιγ γὰρ παρ' ἡμῶν. Hay muchos casos de éstos, que se refieren en su mayor parte a las relaciones entre griegos de clase alta y baja. Otro aspecto de patronazgo es la protección (σκέπη) prestada por varios funcionarios, altos o bajos, a hombres que trabajaban para ellos o les estaban vinculados de otra manera; véase, por ejemplo, la famosa carta de Apolonio, *P. Cairo Zen.*, 59130, en la que protege a sus agricultores del impuesto de la sal, o la petición de los gateros o alimentadores de gatos, «esclavos sagrados» (ἱερόδουλοι) de Bubastis, *P. Cairo Zen.*, 59451, en la que protestan contra una liturgia que se les impuso, porque los que tenían que desempeñarla estaban protegidos por un funcionario. Cf. *P. Cairo Zen.*, 59307; *P. Hib.*, 35, 8, y 95, 9. El problema, por lo que se refiere a los primeros Tolomeos necesita una cuidadosa investigación. Se encontrarán algunas agudas observaciones sobre él en C. Préaux, *Réflexions sur les droits supérieurs de l'État dans l'Égypte Lagide,* en *Chr. d'Ég.*, X (19) (1935), págs. 109 y sigs. Sobre los tiempos posteriores, véanse caps. V y VI.

(123) Véanse los interesantes cálculos de A. Segré y C. Préaux (*L'Écon. Lag.*, págs. 133 y sigs.) sobre los moderados ingresos de un «labrador real» de su lote de tierra comparado con el provecho considerable, a expensas de los trabajadores, de los propietarios de los *doreai* de su tierra cultivada.

(124) Véase el famoso decreto de los sacerdotes de Egipto (estela de Pitón) en honor de Filopátor publicado por H. Gauthier-H. Sottas, *Un décret trilingue en honneur de Ptolémée IV*, 1925, y por W. Spiegelberg-W. Otto, *Bay. S. B.*, 1925, 4, cf. H. Sottas, *Rev. de l'Ég. Anc.*, I (1927), págs. 230 y sigs., y la traducción inglesa de E. Bevan, *History of Egypt under the Ptolemaic Dynasty*, 1927, págs. 388 y sigs. (traducción francesa: *Hist. des. Lagides*, 1934, págs. 263 y sigs.) [= *S. E. G.*, VIII, 467]. El pasaje que me interesa dice: «Él (el rey) ha incurrido en enormes gastos para su expedición militar, dando coronas de oro a su ejército hasta la suma de 300.000 piezas de oro.» Para la inscripción de Gaza, véase cap. III, nota 7.

(125) Sobre la recaudación de impuestos en Egipto, véase mi *Geschichte der Staatspacht*, etc., 1902 (*Philol. Suppl.*, IX) y U. Wilcken, *Ostraca*, I, págs. 650 y sigs., y *Grundz.*, págs. 182 y sigs.; cf. mis notas en *Woch. f. kl. Phil.*, XVII (1900), págs. 115 y sigs. El tema ha sido tratado de nuevo recientemente por G. McLean Harper Jr., *Tax-contractors and their relations to Tax-collection in Ptolemaic Egypt*, en *Aeg.*, XIV (1934), págs. 49 y sigs., y *The relation of* ἀρχώνης, μέτοχοι *y* ἔγγυοι *to each other*, etc., ibíd., págs. 269 y sigs.; cf. R. Taubenschlag, *Die societas negotiationis im Rechte der Papyri*, en *Z. Sav.-Stift.*, LII (1932), págs. 64 y sigs., y A. Steinwenter, *Aus dem Gesellschaftsrecht der Papyri*, en *Studi Riccobono*, I, 1932, págs. 487 y sigs. Véase también el artículo *Manceps*, por A. Steinwenter, en *P. W. K.*, XIV, 987 y sigs., y los de Schwahn, Νόμος τελωνικός, ibíd., XVII, 843 y sigs., y Τελῶναι, ibíd., V A, 418 y sigs. Sobre el desarrollo de la institución en Egipto, C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 450 y sigs. (la finca). Véase el resumen general de recaudación de impuestos por L. Walter, *Bay. S. B.*, 1935, páginas 33 y sigs.

(126) A. Segré, *Note sull'economia dell'Egitto ellenistico nell'età Tolemaica*, en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (1934), págs. 265 y sigs. No puedo estar de acuerdo con sus cálculos sobre la fuerza de la parte griega en el ejército de Rafia. Citando a Polibio (V, 65), dice que el ejército de Rafia constaba de 77.000 jinetes e infantes griegos y 20.000 egipcios, «lo que presupone una población de 70.000 varones griegos adultos en Egipto útiles para las armas». Ahora bien: la primera de estas cifras está equivocada. Según Polibio, el ejército constaba de los siguientes destacamentos griegos residentes en Egipto: ἄγημα 3.000, πελτασταί 2.000, φάλαγξ 25.000, ἱππεῖς περὶ αὐλὴν 700, Θρᾷκες καὶ Γαλάται κάτοικοι καὶ ἐπίγονοι 4.000, en total, 34.700. Los 10.000 mercenarios griegos, en parte, habían sido reclutados recientemente en Grecia, mientras que el resto, antes de ser llevados a Egipto, probablemente formaban las guarniciones de las ciudades tolemaicas fuera de Egipto: ἔξω πόλεις. No eran residentes en Egipto. Añádanse a esto 3.000 cretenses y 2.000 tracios y gálatas recientemente reclutados. El resto eran libios y egipcios. Por consiguiente, el máximo de «varones adultos griegos aptos para las armas» (por cierto, expresión equívoca, porque no sabemos cuántos de estos griegos no eran κληροῦχοι y por ello exentos del servicio militar) será la mitad de la cifra dada por Segré. Además, no toma en consideración que muchos eruditos modernos interpretan las cifras de Polibio de una forma muy diferente a como se

hacía antes. J. P. Mhaffy (*Hermathena*, X (1897-99), págs. 140 y sigs.), seguido, con algunas modificaciones de sus puntos de vista, por W. W. Tarn (*C. A. H.*, VII, pág. 730) y G. T. Griffith (*The Mercenaries of the Hellenistic world*, 1935, pág. 122), se inclina a considerar las dos falanges de Polibio —la griega y la egipcia— como una misma, que constaba de 20.000 egipcios y 5.000 grecomacedonios. De otra manera, es difícil explicar por qué la victoria de Rafia se atribuyó a la falange egipcia. Si ésta es la interpretación verdadera, debemos deducir 20.000 de nuestra cifra, lo que nos deja unos 15.000 soldados macedonios y griegos establecidos en Egipto. A éstos hay que añadir algunos macedonios y griegos que quedaron en Egipto en servicio militar, y cierto número de mercenarios establecidos en Egipto.

(127) Sobre los dominios extranjeros de los primeros Tolomeos: D. Cohen, *De magistratibus Aegyptiis Lagidarum regni provincias administrantibus* (sin fecha) y mis observaciones, *C. A. H.*, VII, págs. 126 y sigs.; cf. V. Ehrenberg, *Der griechische und der hellenistische Staat;* Gercke-Norden, *Einl.*, III, 3, págs. 85 y sigs. Algunas observaciones aisladas sobre el tema se encontrarán en P. Zancan, *Il monarcato ellenistico*, etc., 1934, y H. Heuss, *Stadt und Herrscher*, 1937.

(128) Sobre Cirene: mi *Storia Econ. e Soc. d. Imp. Rom.*, 1933, páginas 361 y sigs. Recientemente ha publicado G. Oliverio una interesante inscripción que trata de la organización de los pueblos en Cirenaica: *Doc. ant. dell'Africa Italiana*, II: *Cirenaica*, I, 1933, pág. 126, nota 135; cf. P. Roussel, *Mél. Navarre*, 1935, págs. 375 y sigs., y *S. E. G.*, IX, 354 (siglo I a. de J. C.). La κώμη tenía administración y liturgias propias, y un gran almacén para grano (σιτών). En general, Cirenaica era un país de muchos pueblos y muy pocas ciudades. Así ocurría en la época helenística y siguió ocurriendo hasta la época bizantina, véanse los comentarios de Oliverio sobre el decreto de Anastasio, en *Doc. ant. dell'Afr. Ital.*, II, Cirenaica, II, 1936, págs. 161; *S. E. G.*, IX, 356. Sobre la χώρα βασιλική nuestros testimonios se limitan a la época romana; cf. Oliverio, ibíd., II, I, págs. 128 y sigs.; *S. E. G.*, IX, 352 y 360.

No puedo tratar aquí de las relaciones entre los reyes de Egipto y las ciudades de Cirenaica, especialmente Cirene. Véanse las conocidas inscripciones encontradas en Cirene: la llamada constitución de Cirene (*S. E. G.*, IX, 1), el «testamento» de Evérgetes II (*S. E. G.*, IX, 7) y los edictos de Augusto (*S. E. G.*, IX, 8) —en *S. E. G.* se encontrará una bibliografía completa de estas tres famosas inscripciones— y finalmente la inscripción de fines del siglo II a. de J. C. (*S. E. G.*, IX, 5), de la que se trata en el cap. VI, nota 157.

(129) La inscripción de la época de Filométor encontrada en Tera ha sido publicada por F. Hiller von Gaertringen, *I. G.*, XII, 3, 327 (y Addenda) y 466, 467 [= *O. G. I.*, 59, 102 y 110]; cf. *I. G.*, XII, 3, 468; *O. G. I.*, 112. La administración financiera de Tera estaba estrechamente relacionada con su organización militar. Así, en *I. G.*, XII, 3, 327, el rey otorga a los soldados el producto de algunos fundos conquistados. Esto se hace por una orden dada al dioceta de Alejandría, y la confiscación es llevada a cabo por el ecónomo local. En *I. G.*, XII, 3, 466, cf. 467, el ecónomo de Tera sigue en autoridad al gobernador de la isla (ὁ τεταγμένος ἐπὶ Θήρας). Es al mismo tiempo el secretario

de la guarnición, y sus funciones se extienden también a Creta y a Arsínoe del Peloponeso: ὁ γραμμα[τεὺ]ς τῶν κατὰ Κρήτην | καὶ Θήρα[ν κ]αὶ Ἀρσινόην | τὴν ἐν [Πε]λοποννήσωι | στρατιω[τ]ῶν καὶ μαχίμων | καὶ οἶκον [ὀμ]ος τῶν αὐτῶν τόπων. Sobre la fecha de esta inscripción: F. Hiller von Gaertringen, *Klio*, XVII (1920-21), págs. 94 y sig., y U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, pág. 496. En general, véanse: Hiller von Gaertringen, *Die Insel Thera,* págs. 168 y sig., 173, y mi *Staatspacht,* pág. 361 (33), nota 59; cf. Hiller von Gaertringen, artículo *Thera,* en *P. W. K.*, V A, 2296 y sigs.

Sobre Creta, véase la inscripción de Itano, *S. E. G.*, II, 512 (265 a. de J. C.); cf. *O. G. I.*, 45; *G. D. I.*, 5059; *S. I. G.*³, 463 (hacia 246 a. de J. C.); *O. G. I.*, 119; M. Guarducci, *Hist.*, V (1931), págs. 266 y sigs. (época de Epífanes). Metana: Hiller von Gaertringen, Ἀρχ. Ἐφ., 1925-26, págs. 68 y sigs. [= *Mél. Picard,* en *Rev. Arch.*, 1949 (2), págs. 572 y sigs.].

Los Tolomeos mantuvieron una guarnición en la isla de Samos hasta 192 a. de J. C.: véanse las inscripciones discutidas por L. Robert, *Études épigr. et phil.*, 1938, págs. 113 y sigs. El conocido decreto en honor de Bulágoras (*S. E. G.*, I, 366) menciona el despacho de *theoroi* a Alejandría en la época de Evérgetes I y los gastos relacionados con su misión (gastos de viaje de los *theroi,* animales de sacrificio, coronas).

(130) Sobre la marina tolemaica, véanse mis notas en *C. A. H.*, VII, pág. 118, y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 37 y sigs. (con bibliografía). Sobre la trierarquía: *P. Cairo Zen.*, 59036; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 410, con los comentarios de este documento por U. Wilcken, *Zur Trierarchie im Lagidenreich,* en *Racc. Lumbroso,* 1925, págs. 93 y sigs. Cf. mi artículo 'Πλοῖα Θαλάσσια *on the Nile,* en *Ét. déd. à la mém. d'André Andreades,* 1940, págs. 367 y sigs.

(131) A. Heuss, *Stadt und Herrscher,* págs. 130 (Halicarnaso) y 92 (Samotracia), ha dado una interpretación distinta de los dos documentos citados en el texto. Por lo que se refiere a Halicarnaso, no puede encontrar una explicación probable de la petición de la ciudad, mientras que considera las actas del gobernador de Samotracia como φιλάνθρωπα, beneficios conferidos a la ciudad por el rey y su gobernador Hipomedonte. En mi opinión, la petición de Halicarnaso se explica fácilmente. La reorganización de los gimnasios obligó a la ciudad a grandes gastos y la forzó a recurrir a un préstamo de sus propios ciudadanos. Dado que estos ciudadanos eran responsables del pago del impuesto de la corona (véase más adelante) era natural que los agentes de ésta se ocupasen del asunto e informasen de él a Alejandría. Cf. A. Wilhelm, *Jahreshefte,* XI (1908), págs. 53 y sigs., y E. Ziebarth, *Aus. d. griech. Schulwesen,* 2.ª ed., 1914, págs. 49, 68 y sigs. En el caso de Samotracia, la inscripción dice explícitamente que la ciudad recibió de los reyes el derecho a importar trigo y la remisión de los derechos de aduanas; líns. 36 y sigs.: καὶ σίτου ἐξαγωγὴν καὶ ἀτέλειαν δοῦν[αι | τ]ῆι πόλει (ἐκ) Χερρονήσου καὶ ἄλλοθεν ὅθεν αὐτῶι εὔκαιρον φα[ί]|νηται εἶναι...), un derecho que, según parece, no poseía. Esta dependencia del rey en asunto tan vital era sin duda una limitación importante de la libertad económica de la ciudad. Recientemente se ha encontrado en Samotracia un texto paralelo. Fue primero publicada por A. Bakalakis y R. L. Scranton, *Am. J. Ph.*, LX (1939), págs. 452 y sigs.; han sugerido nuevas

lecturas y una interpretación diferente M. Rostovtzeff y C. D. Welles, ibíd., LXI (1940), págs. 207 y sigs.; L. Robert, *Rev. É. G.*, LII (1939), págs. 492 y sig.; cf. P. Roussel, *B. C. H.*, 1939. Por desgracia, la nueva inscripción no proyecta nueva luz sobre las relaciones entre Samotracia y los Tolomeos.

(131 *a*) Se encontrarán nuevas fuentes sobre Tolomeo, hijo de Lisímaco, y una discusión completa del problema de su identidad y de la historia de Telmeso en la época tolemaica y posterior, con una bibliografía completa, en los dos artículos recientes de M. Segre, *Atti IV Congr. Pap.*, 1936, págs. 359 y sigs., y *Clara Rhodos*, IX (1938), págs. 179 y sigs. Un decreto fragmentario de Telmeso de la época de Filadelfo (entre 265 y 257) en honor de un tal Limón, amigo de Tolomeo, hijo de Lisímaco (*Clara Rhodos*, IX (1938), págs. 183, fig. 1), muestra que Tolomeo, hijo de Lisímaco, estaba relacionado con Telmeso mucho antes de 240, cuando fue nombrado por Evérgetes dinasta de la región de la que fue capital. Por esta época probablemente dispuso de un *dorea* en la región de Telmeso que le concedió Filadelfo (el *ager Ptolemaei Telmessii* posterior, Tito Livio, XXXVII, 56, 4). El documento también hace probable que Tolomeo sea el hijo de Lisímaco, rey de Tracia, y de Arsínoe, hermana y reina de Filadelfo. Sobre los destinos posteriores de Telmeso, véase cap. V. Sobre Licia como provincia tolemaica: M. Segre, *Aeg.*, XIV (1934), págs. 253 y sigs.; cf. cap. I, nota 7, y cap. III, nota 22.

(131 *b*) Sobre la inscripción, véase mi *Kolonat*, págs. 278 y sigs., véase la bibliografía en *T. A. M.*, II, 1, y sobre la enigmática μετροῦντας νατα (la última palabra corregida en (ἕ)νατα). E. Kalinka, *Wien. St.*, 1936, págs. 148 y sigs.

(132) Sobre la historia de Josefo, véanse mis notas en *Staatspacht* (*Phil. Suppl.*, IX, 1907), pág. 32 (360) y sigs.; cf. E. Meyer, *Ursprung und Anfänge des Christentums*, II, 1921, págs. 128 y sigs., 32 y 462, y A. H. M. Jones, *The cities*, etc., págs. 240 y 448, nota 18 (no se hace uso del papiro de Viena).

(132 *a*) Importante información sobre las relaciones entre las ciudades de Caria y Apolonio se encontrará en *P. Cairo Zen.*, 59037 (Halicarnaso), cf. 59036 y especialmente 59056. El Apolodoto de estas cartas era probablemente el οἰκονόμος o quizá el *dioecetes* local de Caria. Cf. la conocida inscripción de Halicarnaso, *O. G. I.*, 46; *Gr. Inscr. in the Br. Mus.*, IV, 897; A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XI (1908), págs. 60 y sigs., véase también *Gr. Inscr. in the Br. Mus.*, IV, 906 y 907; *O. G. I.*, 16; N. Greipl, *Philol.*, LXXXV (1929-30), págs. 159 y sigs.; U. Wilcken, *Arch. Pap.*, IX (1928-30), págs. 223 y sigs., Caunos y Alejandría: *P. Cairo Zen.*, 59045 y *P. Col. Zen.*, 11; cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1935), págs. 287 y sig. Calinda: *P. Cairo Zen.*, 59036 y 59341.

(133) Véase T. B. Mitford, *Actes Ve Congr. Pap.*, 1938, págs. 291 y sigs.; cf. *Arch. Pap.*, XIII (1938), págs. 32 y sigs. El mismo ha publicado otras nuevas inscripciones tolemaicas de Chipre: *J. H. S.*, LVIII (1937), págs. 28 y sigs.; *Mnemosyne*, VI (1938), págs. 103 y sigs.; *Arch. Pap.*, XIII (1938), págs. 13 y sigs. La mayoría dan interesante información sobre los fuertes contingentes del ejército y la marina tolemaicos estacionados en la isla. Unos cuantos se refieren a la vida municipal de sus ciudades helenizadas. Cf. las inscripciones discutidas por L. Ro-

bert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), págs. 153 y sigs., que atestiguan una vez más el importante papel desempeñado por los altos funcionarios de los Tolomeos en la vida social y religiosa de las ciudades chipriotas. Sobre el aspecto arqueológico de Chipre en la época helenística, A. Westholm, *The temples of Soli,* 1936.

Se encontrará una visión general completa y excelente de la historia de la antigua Chipre en la *History of Cyprus,* I, 1940, de George Hill. La situación predominante en la época de la dominación persa, a las que me refiero en mi cap. II, se estudia en el cap. VII, págs. 111 y sigs.; la de la época de los diádocos, en el cap. VIII, págs. 156 y sigs., mientras que el cap. IX (págs. 173-211) trata de la época del gobierno tolemaico. Para todos los hechos conocidos de las vicisitudes políticas de la isla, su organización administrativa y militar en las épocas de que trato en mi libro, remito al lector a estos capítulos del volumen de Hill (los cuales debo decir han sido revisados por W. W. Tarn, mientras que el cap. IX fue escrito en colaboración con T. B. Mitford).

(134) Sobre Zenón en Palestina y su correspondencia con Siria: mi *Large Estate,* págs. 24 y sigs.; G. McL. Harper Jr., *Am. J. Ph.*, XLIX (1928), págs. 1 y sigs.; C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., págs. 15 y sigs.; W. L. Westermann, *P. Col. Zen.*, 2 y 3, cf. C. C. Edgar, *Arch. Pap.*, XI (1935), pág. 219, nota 1; V. Tscherikower, *Palestine under the Ptolemies,* en *Mizraim,* 4-5 (1937), págs. 9 y sigs.

(135) H. Liebesny, *Ein Erlass des Königs Ptolemaios II Philadelphos über die Deklaration von Vieh und Sklaven in Syrien und Phönikien* (*P. E. R., Inv.*, núm. 24552 gr.), *Aeg.*, XVI (1936), págs. 257 y sigs. [= *S. B.* 8008]; cf. W. L. Westermann, *Enslaved persons who are free,* en *Am. J. Ph.*, LIX (1938), págs. 1 y sigs., V. Arangio-Ruiz, *Riv. Fil.*, LXV (15), págs. 274 y sig. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XII (1937), pág. 223; C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XII (24) (1937), págs. 275 y sigs., y *L'Écon. Lag.*, págs. 312 y sigs., 540 y sigs.

(136) Sobre las hiparquías: K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 1, pág. 394 (cf. IV, 2, pág. 364), y mis notas *C. A. H.*, VII, pág. 166, y *Yale Class. Stud.*, II (1931), págs. 43 y sigs.; U. Kahrstedt, *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit,* en *Gött. Abh.*, N. F., XIX (1926), II, págs. 34 y sigs., especialmente 42 y sigs.; W. W. Tarn, *Seleucid-Parthian Studies,* en *Proc. Br. Ac.*, XVI (1930), págs. 128 y sigs.; *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 121 (3.ª ed., págs. 130 y sig.); *The Greeks in Bactria and India,* págs. 1 y sigs. (2.ª ed., Addenda a las págs. 1-4). Sobre las posesiones sirias de los Tolomeos: U. Kahrstedt, loc. cit.; W. Otto, *Beiträge z. Seleukidengeschichte,* en *Bay. Abh.*, XXXIV (1928), I, págs. 30 y sigs.; A. H. M. Jones, *The cities,* etc., págs. 239 y sigs. (escrito sin emplear el documento de Viena); y para la división administrativa de Siria más antigua: O. Leuze, *Die Satrapieneinteilung in Syrien,* etc., en *Schr. d. Königsb. Gelehrten Ges.*, XI, 4, 1935. Cf. V. Tscherikower, loc. cit., págs. 36 y sigs.

(137) Sobre el significado del término «helenos» en Siria, véase cap. VI, nota 130. Los λαοί de Siria y Fenicia se mencionan con frecuencia en el documento de Viena. La significación del término es discutida. En el mismo documento se menciona a los soldados, columna derecha, líns. 12 y sigs. Filocles de Sidón: Durrbach, *Choix,* págs. 26 y sigs.;

S. I. G.[3], 390 y 391. Sobre la aristocracia sidonia helenizada, véanse pág. 237 y mi artículo en *Klio*, XXX (1937), págs. 70 y sigs., y E. Bikerman, *Mél. syr. R. Dussaud*, 1939, págs. 91 y sigs.

Hay testimonios de cuatro πολιτεύματα en Sidón, en las conocidas estelas helenísticas pintadas de la ciudad, que representan figuras de soldados y sus correspondientes inscripciones: las de los caunios de Caria, de los termesios de Pisidia, de los pinareos de Licia, y uno que no puede identificarse. Las estelas no están fechadas. La forma de las letras y el estilo no excluyen una fecha ya de la segunda mitad del siglo III a. de J. C. y los *ethnica* sugieren que los soldados representados en las estelas son probablemente mercenarios tolemaicos antes que seléucidas. Sin embargo, es posible que los seléucidas, en la época de Antioco III y más tarde, empleasen los antiguos dominios tolemaicos como campo de recluta. Sobre el carácter y fecha de las estelas sidonias: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 88 y sigs., con bibliografía; Griffith, *The Mercenaries*, etc., no menciona las estelas sidonias. Los πολιτεύματα de Sidón pudieron haber sido asociaciones de soldados, o grupos de extranjeros en general a los que se unían los soldados que venían de las ciudades respectivas; véase W. Ruppel, *Politeuma*, en *Philol.*, LXXXII (1926-27), págs. 310 y sigs.; cf. L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), páginas 428 y sigs. Los πολιτεύματα sidonios no se mencionan en A. H. M. Jones, *The cities*, etc. Colonias de sidonios helenizados en Palestina: *C. A. H.*, VII, págs. 191 y sigs.; véase la nueva interpretación del nombre «sidonios» por E. Bikerman, *Rev. Hist. Rel.*, CXV (1937), págs. 203 y sigs. Esta interpretación no cuenta para *O. G. I.*, 593.

(138) Véase la discusión de este problema en los artículos antes citados, nota 135; véase nota 119. Sobre la compra de esclavos por Zenón, véase nota 140. Sobre las formas orientales de esclavitud y su relación con la servidumbre, véase nota 119. Sobre Babilonia, véase más adelante, sección C. Sobre India: B. Brelocz, *Kauṭalîya-Studien*, II (1928), págs. 11 y sigs.

(139) Por una carta de la correspondencia de Zenón, *P. S. I.*, 554, 13, conocemos un contratista de pueblo en Bethanath, de Palestina, donde actúa en relación con algunas deudas en especie (grano o vino) a pagar por los campesinos. En Egipto, en Tebtunis (*Teb.*, 183), se le dirige una queja de un labrador real. La escasez de la mención de κωμομισθωταί en Egipto quizá se deba a que estos contratistas eran una innovación en Egipto, posiblemente tomados de la organización de Siria y Palestina. Sobre el κωμομισθωτής, V. Tscherikower, *Palestine*, etc., pág. 46. Sobre los términos νόμος, διάγραμμα, πρόγραμμα, etc., C. B. Welles, *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 257 y sigs.

(140) Puedo citar que en una carta muy interesante de la correspondencia de Zenón (*P. Cairo Zen.*, 59093) se menciona una προσαγγελία de esclavos. Este registro pudo haber sido de naturaleza fiscal y llevado a cabo ante los aduaneros o también puede tratarse del mismo que se menciona en el papiro de Viena. El problema ha sido estudiado recientemente por W. L. Westermann, *Am. J. Ph.*, LIX (1938), pág. 18, y V. Tscherikower, loc. cit., págs. 18 y sigs., y 68 y sigs. No puedo tratar aquí de ello: véase nota 119 de este capítulo. Sobre los tratos en esclavos de Zenón en general (con Siria y Palestina): V. Tscherikower, loc. cit. págs. 16 y sigs.

(141) Ciudades de los Tolomeos en Palestina: G. Hölscher, *Palästina in der persischen und hellenistischen Zeit,* 1903 *(Quellen u. Forsch. z. alt. Gesch. u. Geogr.),* págs. 58 y sigs.; Th. Reinach, *L'Hellénisation du Monde Antique,* 1914, págs. 335 y sigs.; E. Meyer, *Urspr. u. Auf. d. Christ.,* II (1921), pág. 3; A. H. M. Jones, *The Urbanization of Palestine,* en *J. R. S.,* XXI (1931), págs. 78 y sigs.; V. Tscherikower, *Judíos y griegos en el período helenístico,* Tel Aviv, 1930 (en hebreo); véase su *Palestine,* etc., págs. 43 y sigs.; A. H. M. Jones, *The cities,* etc., páginas 241 y sigs., y nota 20. Sobre Beth-Zur: O. P. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur,* 1933. Sobre las colonias sidonias en Palestina (por ejemplo, Marisa), véase nota 137. Los rasgos económicos generales de Judea se describen en la conocida carta del seudo Aristeas, 112 y sig. Se exagera ligeramente la riqueza de Palestina, pero no hay razón para dudar de que la descripción sea verdadera en lo fundamental.

(142) Sobre las divisiones administrativas de Palestina: A. H. M. Jones, *The cities,* etc., pág. 241 y nota 19; cf. V. Tscherikower, *Palestine,* etc., págs. 32 y sigs. Μερίδες y μεριδάρχαι: Flavio Josefo, *A. J.,* XII, 5, 5 (258 y sig. Niese): I Mac., X, 65; E. Bikerman, *Rev. Hist. Rel.,* CXV (1937), págs. 188 y sigs. *Inst. Sél.,* pág. 198.

(143) Sobre Tubías y su familia y el papel de los tubiadas en la historia de Palestina: E. Meyer, *Urspr. u. Anf. d. Christ.,* II, págs. 128 y sigs.; cf. págs. 32 y 462; G. McL. Harper Jr., *Am. J. Ph.,* XLIX (1928), págs. 7 y sigs. (con bibliografía), donde no se ha utilizado el libro de Meyer. Cf. C. Watzinger, *Die Denkmäler Palästinas,* II (1935), págs. 13 y sigs.; V. Tscherikower, loc. cit., págs. 49 y sigs., y E. Bikerman, *Inst. Sél.,* págs. 171 y sigs.

(144) Véase el importante papel desempeñado en Ascalón por los τελῶναι judíos en la época de Alejandro Janeo: D. A. Schlatter, *Geschichte Israels von Alexander d. Gr. bis Hadrian,* 3.ª ed., 1925, págs. 158 y sigs.

(145) Impuestos de Palestina en la época de los Tolomeos: E. Meyer, *Urspr. u. Anf. d. Christ.,* II, pág. 126. Sobre la época seléucida, véanse págs. 443 y sigs.

(146) Véase mi *Staatspacht,* pág. 479 (151) y sig. Los τελῶναι en Egipto y Palestina: ibíd., pág. 343 (15); véase Preisigke, *Wörterb.,* en su voz, especialmente *Teb.,* 43, 26 y 36, nota 208 sobre μηνυταί. Μηνυταί en el documento de Viena, columna izquierda, 29 y sigs.; columna derecha, 6 y sigs. y 24 y sigs.; cf. *P. Hib.,* 29, líns. 5-6. Sobre los τελῶναι en Siria: F. Heichelheim, *Roman Syria,* en T. Frank, *Econ. Surv.,* IV, págs. 233 y sig., y sobre los τελῶναι en general, el resumen popular, por H. C. Youtie, *Publicans and Sinners,* en *Mich. Alumnus,* de *Quart. Rev.,* XLIII (1937), págs. 650 y sigs.

(147) Para un punto de vista diferente: W. W. Tarn, *Hell. Civ.,* 2.ª ed., págs. 183 y sigs., 201 y sigs. (3.ª ed., págs. 212 y sig., 230 y sig.). Tarn cree que la aristocracia de Palestina se oponía a los Tolomeos, mientras que el pueblo era partidario de Egipto. Como testimonio de la actitud del pueblo cita a Polibio (V, 86, 10). Sin embargo, en este pasaje, Polibio habla de Celesiria, no de Palestina, y probablemente de la población de las ciudades (los honores otorgados a Tolomeo VI, como στέφανοι, θυσίαι καὶ βωμοί, son típicos de las ciudades). La actitud del autor del Eclesiastés puede explicarse, con Tarn, como reflejo de una

disputa pasajera entre Filopátor y un grupo de la aristocracia judía helenizada.

(148) Véase la bibliografía en la nota 134.

(149) El fundo (κτῆμα) de Bethanath, en Palestina, se menciona en *P. S. I.*, 594, una carta de Nicanor sobre ξένια que envía a Apolonio (especialmente vino y algunos alimentos). En la columna III encontramos los títulos: τὰ παρὰ Μέλανος ἐκ τοῦ | ἐν Βαιτανάτοις κτήματος, κτλ. Melas aparece de nuevo en una larga carta (*P. S. I.*, 554) que trata de labradores y viñas y escrita por alguien distinto en su nombre; cf. *P. Lond. Inv.*, 2358 A; *P. Cairo Zen.*, 59004, 59019. Parece cierto que el κτῆμα de Bethanath era un fundo vinícola que perteneció a Apolonio. Probablemente Nicanor fue uno de los jinetes y clerucos de Tubías, y al mismo tiempo agente de negocios de Apolonio; véanse *P. Cairo Zen.*, 59003, 59093, 59012, y *P. S. I.*, 495. Un fundo de Apolonio en Chipre (?): *P. S. I.*, 428, col. V, 56: ἐνεβαλόμεθα ἐκ τῆς Τετταφου (?) (C. C. Edgar, *P. Cairo Zen.*, 59016, nota sobre la lín. 9, sugiere Πάφου; cf. *P. S. I.*, 505, 6, y U. Wilcken, *Arch. Pap.*, VI (1918-20), pág. 394).

Se encontrará un estudio minucioso del fundo de Bethanath en V. Tscherikower, loc. cit., págs. 45 y sigs. Sin embargo, no puedo aceptar las conclusiones de gran alcance que saca del escaso material. Da por establecido que Bethanath era un *dorea* (en *P. S. I.*, 594, se le llama κτῆμα); de esto infiere que un *dorea* debe ser parte de la χώρα βασιλική; y de acuerdo con ello deduce que una gran parte, si no la mayor, de la tierra de Palestina era tierra real. Ninguna de estas afirmaciones está apoyada por el contenido de los escasos documentos de la correspondencia de Zenón que tratan de Bethanath. El κτῆμα pudo haber sido comprado por Apolonio, y el κωμομισθωτής que trata con los labradores del pueblo ha de interpretarse más bien como un arrendatario de impuestos del pueblo, que como un funcionario encargado de la tierra real; nota 139.

(150) Sobre las viñas y su cultivo en el Egipto tolemaico: M. Schnebel, *Landwirtschaft*, págs. 239 y sigs. Para la plantación de vides en general, y especialmente en el fundo de Apolonio, véase mi *Large Estate*, págs. 93 y sigs., y C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., págs. 35 y sigs. Sobre el carácter legal de la tierra cultivada: mi *Kolonat*, págs. 14 y sigs., y *Large Estate*, pág. 94. Sobre todos estos aspectos de la viticultura: C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 165 y sigs. Intervención del gobierno e impuestos: C. Préaux, loc. cit., págs. 177 y sigs., donde el lector encontrará un fino análisis de la sección *apomoira* de los *nomoi telonikoi* de Filadelfo y referencias bibliográficas a las obras modernas que tratan de esta cuestión; véase nota 90. Sobre los derechos de aduanas protectores o compensadores, véase el artículo de Andreades citado en la nota 117. No todos los clerucos pagaban el diezmo del producto como *apomoira*. En el siglo II a. de J. C. la nueva generación de clerucos, *machimoi* con *cleroi* reducidos, pagaban el sexto corriente. Véase *P. Ryl.*, 583, un contrato elaborado de una cesión de una viña el 170 a. de J. C. (pássim). Debo gratitud al Dr. F. Heichelheim por darme a conocer este importante documento antes de su publicación.

(151) Sobre este tema, véase Ch. Dubois, *L'olivier dans l'ancienne Égypte*, en *Rev. Phil.*, XLIX (1925), pág. 60 (en que apenas hace uso de la correspondencia de Zenón), y M. Schnebel, *Landwirtschaft*, pá-

gina 302 y sig.; cf. A. S. Pease, *P. W. K.*, XVII, 2004 y 2454 y sigs. Sobre el trato de ἐλαικὰ φορτία importados a Alejandría desde la χώρα véase *R. L.*, col. 53; cf. Edgar, *Sel. Pap.*, núm. 75 (*Ann. du Serv.*, XXIII, pág. 90). Contra mi interpretación de *P. Col. Zen.*, 14, tenemos el hecho de que no conocemos nada sobre un ἐμπόριον y almacenes en el puerto fluvial, mientras sabemos mucho del ἐμπόριον en el puerto marítimo, A. Calderini, *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano,* 1935, voz 'Αλεξάνδρεια. Sin embargo, nunca es válido el argumento *ex silentio,* y el puerto fluvial de Alejandría que estaba situado πρὸς τῶι ἐν 'Ρακώτει Σαραπιείωι, se menciona en una declaración muy interesante de un ἐπίπλου a cargo de dos lanchas del río. [Este documento se publicó como *P. Ryl.*, 576.]

(152) Árboles frutales en general: M. Schnebel, *Landwirtschaft,* págs. 292 y sigs. y 311 y sigs.; sobre el fundo de Apolonio: mi *Large Estate,* pág. 104; C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., pág. 35. Sobre el árbol pistacho, véanse las ingeniosas síntesis: M. Wellmann, *Die Georgika des Demokritos,* en *Berl. Abh.*, 1921, IV, pág. 19. Sus observaciones sobre el árbol persa son más atrevidas.

(153) Ganadería: M. Schnebel, *Landwirtschaft,* págs. 316 y sigs.; U. Wilcken, *Alexander,* etc., en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), pág. 107 (411); mi *Large Estate,* págs. 107 y sig.; C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., págs. 36 y sigs. Caballos: mi *Large Estate,* págs. 167 y sigs. Camellos: Herbert Thompson, *A family Archive at Siut,* 1934. Por estos documentos, parece que Tefope, sacerdote, inició un proceso el 174-173 a. de J. C., y que por esta época «Dionisio era su pastor y Har su camellero»: en época posterior estos camellos se emplearon (junto con los caballos) para el servicio postal: *Teb.*, 252 *(Apographe),* por 95-94 ó 62-61 a. de J. C.; U. Wilcken, *Grundz.*, pág. 373.

(154) Sobre las obras de riego, véanse los libros y artículos citados en la nota 86. Un estudio de los nombres de los establecimientos en el Fayum, después de reunir y publicar todas las fuentes, nos ayudaría mucho a comprender mejor la obra hecha por los primeros Tolomeos en el Fayum y otras partes de Egipto. Una lista rudimentaria de los lugares habitados del Fayum se encontrará en *Teb.*, II, y de Egipto, en general, en Preisigke-Kiessling, *Wörterbuch.*, III. A. Calderini ha empezado recientemente la publicación de su diccionario de nombres geográficos en Egipto, *Dizionario dei nomi geografici e topografici dell'Egitto greco-romano,* I, 1, *A*-'Αλικαρνασσεύς, 1935.

(155) Empleo del hierro en general en el fundo de Apolonio: E. Grier, *Accounting in Zenon Papyri,* 1934, pág. 54 y notas 78-81, y M. Schnebel, *Landwirtschaft,* pássim (sobre σκαφεῖα, pág. 105); cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 265 y sigs.

(156) Sobre las máquinas de riego: M. Schnebel, *Landwirtschaft,* págs. 73 y sigs.; O. Krüger, *Agricultural production,* págs. 37 y sigs. (citado de modo completo en la nota 86). Krüger, págs. 38 y sigs., trata de demostrar, sobre base insuficiente, que Arquímedes no es el inventor del «caracol» o tornillo que lleva su nombre. Contra este punto de vista: A. Rehm, *Zur Rolle der Technik in der gr.-röm.*, en *Arch. f. Kulturg.*, XXVIII, 2, pág. 146, nota 28: «die archimedische Schraube... ist als Erfindung des Mannes, dessen Namen sie trägt, so

gut bezeugt wie nur möglich». En su citado artículo, Rehm da un resumen general, muy interesante, del papel desempeñado por la técnica en el mundo grecorromano y excelentes referencias bibliográficas.

(157) M. Schnebel, *Landwirtschaft,* págs. 131 y 175 y sigs.; O. Krüger, loc. cit., págs. 86 y sigs., al tratar de las máquinas de trillar, da una interesante interpretación de *B. G. U.*, VII, 1507 (siglo III a. de J. C.), que, si se acepta, establece el hecho de que el *norag* se empleaba a principios de la época helenística.

(158) Sobre lagares y almazaras: A. G. Drachmann, *Ancient Oil Mills and Presses,* 1932 (*Det Kgl. Danske Videnskabernes Selskab Arch.-Kunsth. Meddelelser),* págs. 50 y sigs., y *J. H. S.*, LII (1932), págs. 116 y sigs., y LVI (1936), págs. 72 y sigs. Cf. A. Hug, artículo Μύλη, *P. W. K.*, XVI, 1064 y sigs., y E. G. Kagarow, *Máquinas agrícolas en la antigua Roma,* en *Problemas de la historia de la civilización material,* VII-VIII, 1933 (en ruso).

(159) Sobre molinos de agua: H. Blümner, *Technologie und Terminologie,* etc., I², 1912, págs. 46 y sigs.; L. Lindet, *Les origines du moulin à grains,* en *Rev. Arch.*, XXXV (1899), págs. 413 y sigs.; XXXVI (1900), págs. 17 y sigs.; R. Bennett-J. Elton, *History of corn-milling,* II, 1899; A. Baudrillart, artículo *Mola,* Dar. et Saglio, *D. A.;* Hug, artículo Μύλη, *P. W. K.*, XVI, 1067; M. Bloch, *Avènement et conquêtes du moulin à eau,* en *Ann. d'Hist. Écon. et Soc.*, VII (1935), págs. 538 y sigs. (bibliografía, págs. 561 y sig.). Sobre el molino de agua del ágora ateniense y otros restos de molinos romanos: A. W. Parsons, *A Roman water-mill in the Athenian Agora,* en *Hesp.*, V (1936), págs. 70 y sigs. Recientemente se han encontrado en Venafro fragmentos de una rueda hidráulica y algunas piedras de molino (siglo I d. de J. C.); véase L. Jacono, *La ruota idraulica di Venafro,* en *L'Ingegnere,* XII (1938), págs. 1 y sigs. (separata).

(160) Sobre el sistema de dos cosechas al año: R. Johannesen, *Ptolemy Philadelphus and scientific agriculture,* en *Cl. Phil.*, XVIII (1923), págs. 156 y sigs.; H. A. Thompson, *Syrian wheat in Hellenistic Egypt,* en *Arch. Pap.*, IX (1928-30), págs. 207 y sigs.; O. Krüger, loc. cit., pág. 51; A. Segré, *Note sull'economia dell'Egitto Ellenistico,* en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (1934), págs. 28 y sigs., y las observaciones de C. C. Edgar en su última edición de la carta de Apolonio en *P. Cairo Zen.*, 59155, contra las conclusiones de M. Schnebel, *Landwirtschaft,* págs. 145 y sigs. Práctica del διoπορεῖν en el sur de Arabia e India: Estrabón, XVI, 4, 2, pág. 768.

(161) O. Krüger, loc. cit., págs. 50 y sigs.; A. Segré, loc. cit., págs. 15 y sigs., que discute y registra los datos estadísticos que tratan de la importancia relativa de las distintas cosechas cultivadas en Egipto; cf. F. Heichelheim, artículo *Sitos,* en *P. W. K.*, supl. VI, 847 y sig. Especies extranjeras de trigo aclimatadas en Egipto: C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 120. Trigo de Calimna, *Etym. Magn.*, voz Κάλυμνος, pág. 486, 25; Esteban de Bizancio, en su voz. M. Wellmann, *Die Georgika des Demokritos* (*Berl. Abh.*, 1921, IV), pág. 19.

(162) A. Segré, loc. cit., págs. 35 y sigs.; F. Heichelheim, loc. cit.

(163) Alejandría y Egipto en general han dado una gran cantidad de cerámica, ya encontrada en tumbas fechadas, ya fechadas por ins-

cripciones sobre los mismos vasos. A este respecto son especialmente importantes los hallazgos realizados en la necrópolis de Chatbi, de principios de la época helenística: E. Breccia, *La necropoli di Sciatbi*, 1912 (*Catal. Gén. d. Ant. Ég., Mus. d'Alexandrie*), págs. 45 y sigs.; cf. *Bull. Soc. Arch. Alex.*, VIII (1905), y de Hadra: E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXV (N. S. 7, 1) (1927), págs. 99 y sigs.; *Le Musée gréco-romain 1925-1931*, publicado en 1932, págs. 23 y sigs.; ibíd., 1931-32, publicado en 1933, págs. 9 y sigs. Cf. los hechos en la necrópolis de Mustafá Bajá, recientemente excavada: A. Adriani, *Ann. Mus. gr.-röm.*, *1933-34*, *1934-35* (publicado en 1936). Se encontrará una excelente clasificación, datación e ilustración de la cerámica descubierta en Alejandría en R. Pagenstecher, *Die griechisch-ägyptische Sammlung E. v. Sieglin*, II, 3 (1913), págs. 21 y sigs.; cf. F. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922. Los cuencos «megareos» fueron la rama más popular de la cerámica en el mundo helenístico a fines del siglo III y durante el II a. de J. C. Son cuestiones disputadas el primer desarrollo de los cuencos «megareos» en uno o más centros principales de producción, y su producción posterior en otros lugares (véase cap. V, nota 17). En lo principal me inclino a los puntos de vista expresados por R. Zahn, quien considera a Egipto y Alejandría como el centro donde los cuencos «megareos» recibieron por primera vez su forma y decoración típicas que los popularizaron en todo el mundo helenístico. La misma forma y una decoración similar pudieron haberse empleado independientemente en algunas partes del norte de Grecia. Véase R. Zahn, en Wiegand-Schrader, *Priene*, 1904, págs. 401 y sigs., y *J. D. A. I.*, XXIII (1908), págs. 45 y sigs.; también su contribución al libro de C. W. Lunsingh Scheurleer, *Grieksche Ceramiek*, 1936; cf. R. Pagenstecher, loc. cit., págs. 64 y sigs., y F. Courby, loc. cit., págs. 277 y sigs. Los puntos de vista de Zahn por lo que se refiere al origen de los cuencos «megareos» han sido recientemente confirmados por el descubrimiento de un cuenco de bronce de forma y decoración «megareos» en Ras Shamra, de Siria; cf. C. F. A. Schaeffer, *Syria*, XVI (1935), pág. 153, lám. XXX, 4. El cuenco fue hallado en una tumba fechada por monedas y cerámica pertenecientes a la segunda mitad del siglo IV a. de J. C. y fue ciertamente importado a Siria desde Egipto. Sobre algunos cuencos «megareos» antiguos hechos probablemente en Tarento: P. Wuilleumier, *B. C. H.*, LVI (1932), págs. 399 y sigs., y mis notas sobre los cuencos «megareos» en *A. J. A.*, XLI (1937), págs. 86 y sigs. La relativa escasez de cuencos «megareos» en Egipto se ve por las estadísticas de los descubrimientos, como, por ejemplo, los hechos en la necrópolis de Mustafá Bajá en Alejandría —véase A. Adriani, *Ann. Mus. gr.-rom. 1933-34*, *1934-35*, págs. 145 y sigs. (sobre los cuencos «megareos»)— y por el hecho de que en los museos de Alejandría y El Cairo se ven muy pocos cuencos de esta clase. Sobre los hallazgos hechos en Canopo, véase más adelante. Sobre estos cuencos, véase también I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt*, 1937, págs. 129 y sigs.

Sobre los incensarios: W. Deonna, *Brûle-parfums en terre cuite*, en *Rev. Arch.*, 1907, II, págs. 245 y sigs.; P. Wuilleumier, *Brûle-parfums en terre cuite*, en *Mél. d'Arch. et d'Hist.*, XLVI (1929), págs. 42 y sigs., cf. W. Deonna, *Le mobilier délien*, en *Expl. de Délos*, XVIII (1938),

págs. 371 y sigs. Para el mismo fin servían los pequeños altares portátiles; sobre éstos véase W. Deonna, *Le mobilier délien*, en *B. C. H.*, LVIII (1934), págs. 381 y sigs., y *Expl. de Délos*, loc. cit., págs. 373 y sigs. Los hornos de carbón de Delos, parecidos a los de Priene y otras ciudades helenísticas, aún esperan su publicación. En estilo y ornamentación son muy semejantes a los cuencos «megareos» y otros productos de la cerámica en relieve, como la sítula de cerámica de Olbia: E. von Stern, *Bol. Com. Imp. Arqueol.*, III (1902), págs. 93 y sigs., láms. XIV-XV (en ruso). El origen alejandrino de estos productos de la industria cerámica dista de ser seguro. El problema requiere mayores estudios.

Sobre los vasos de Hadra: loc. cit., págs. 33 y sigs. (muchos atribuidos a principios del siglo III a. de J. C.) y los informes de Breccia y Adriani citados a comienzos de la nota; cf. Ch. Picard, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (N. S. 10, 1), 1938, págs. 3 y sigs., y bibliografía, pág. 5, nota 1. Añádase a esta bibliografía mi artículo en *Monuments of the Museum of Fine Arts... in Moscow*, I-II (1912), págs. 61 y sigs., lám. XI (urna de Hadra con la representación de un δρόμος ὁπλίτης); cf. E. von Stern, *Zapiski of the Soc. of Hist. and Antiquities of Odessa*, XXVIII (1910). Sobre los vasos en bajorrelieve con ligero fondo producidos fuera de Alejandría, loc. cit., págs. 70 y sigs.; cf. E. Zahn, *Scherben antiker Tongefässe mit mehrfarbigem Reliefschmuck*, en *Bulletin van de Vereeniging tot Bevordering det Kennis van de Antieke Beschaving*, II, 1 (1927), págs. 4 y sigs. Cerámica de fayenza: R. Pagenstecher, loc. cit., págs. 118 y sigs.; F. Courby, loc. cit., págs. 501 y sigs.; E. Breccia, *Le Musée gréco-romain, 1931-32*, pág. 19, lám. VI, 23-24 (dos *askoi*); *Allard Pierson Museum, Algemeene Gids, 1937*, págs. 176 y sigs. (nótense las placas de fayenza, semejantes a las de vidrio, infra, nota 167, para el adorno de muros o muebles; ibíd., pág. 53, núms. 506 y 507, lám. XXVII). Sobre la técnica: A. Lucas, *Glazed ware in Egypt, India and Mesopotamia*, en *J. E. A.*, XXII (1936), págs. 141 y sigs. Para los enocoes de Arsínoe-Berenice: E. Breccia, *Inscr. greche e latine*, 1911 *(Catal. Gén.)*, págs. v y sigs.; F. Courby, loc. cit., págs. 509 y sigs.; I. Noshy, loc. cit., pág. 129; hay hermosos fragmentos de estos vasos en el Louvre y en el Museo Allard Pierson de Amsterdam: *Allard Pierson Museum, Algemeene Gids*, pág. 177, núm. 1633, lám. LXXXII. Muchos de estos productos de Alejandría, antes mencionados, especialmente los vasos de Hadra y la fayenza eran exportados en su mayoría a los dominios tolemaicos, como, por ejemplo, Creta (¿para uso de las guarniciones egipcias?) y a Italia. Canopo es semejante a Alejandría respecto a la cerámica que allí se encontró; véase E. Breccia, *Mon. de l'Égypte gréco-romaine*, I (1926), lám. XLIII y págs. 77 y sigs. Nótese el fragmento de un vaso gnato (lám. XLIII, 3), de un excelente cuenco «megareo» (lám. XLIII, 1), de un *cantharos* de fayenza adornado con bajorrelieves imitando metal (lám. XLIII, 6), de un ritón similar (lám. XLIII, 2), de un enocoe de Berenice (lám. XXXVI, 9) y de muchos vasos de fayenza. Véanse mis láminas XLI y XLII.

(164) Sobre la industria del vidrio en Egipto en la época helenística: A. Ippel, *Das griechische Kunstgewerbe*, en Th. Bossert, *Geschichte des Kunstgewerbes*, IV, 1930, págs. 240 y sigs. Vasos de vidrio moldeados y cincelados o tallados de bloques de vidrio sólido a imitación

de la vajilla metálica: M. Rostovtzeff, *Iranians and Greeks*, págs. 127 y 233, y *Skythien und der Bosporus*, págs. 550, 554 y sigs. y 566 y sig.; cf. infra. Un bello ejemplo de este tipo de vidrio, encontrado en el sur de Rusia y ahora en el Museo de Berlín, puede fecharse hacia 200 a. de J. C. Es un ánfora que consta de dos partes (superior e inferior) ajustadas. Las dos partes fueron talladas en bloques de vidrio sólido. La juntura va reforzada por una banda de bronce con una hiedra. La parte superior de la tapa y el pitorro son igualmente de bronce; el último tiene la forma de un Sileno sosteniendo un odre. Véase R. Zahn, *Amtl. Ber. K. Kunstsamml.*, XXXV, 3 (1913), págs. 113 y sigs., y mis láms. XLIII y LXVI. El vaso del mismo tipo que se dice hallado en China (en Honán) y que ahora está en el Museo de Toronto (D. M. Robinson-C. G. Harcum, *Catal. of Greek vases in the Royal Ontario Museum*, 1930, núm. 626 (pág. 269), lám. 99), la cree producto alejandrino de principios de la época helenística, y algunos expertos lo consideran de manufactura moderna. Se menciona un A ὑελοῦς πίναξ διπηχύς του τὴν διάμετρον, ἐν θήκῃ κατακείμενος ἀργυρᾷ πλήρης ἰχθύων ὀπτῶν como uno de los regalos del rico macedonio Cárano a sus huéspedes (a principios del siglo III a. de J. C.), Ateneo, IV, 129 *d*. Inventarios delios: véase la nota siguiente.

(165) Sobre los vasos de vidrio con ornamentos de oro, véase A. Kisa, *Das Glas*, III, 1908, pág. 838, que los atribuye al período romano. Yo he sido el primero que ha señalado su fecha helenística y su origen alejandrino y el que publicó un ejemplar de esta clase encontrado sin duda en Egipto: M. Rostovtzeff, *Vasos de vidrio pintados de arte helenístico tardío*, en *Bol. Com. Arqueol. de Rusia*, 1914, págs. 22 y sigs., láms. III y VIII (en ruso); cf. Morin-Jean, *Rev. Arch.*, 1917, I, págs. 310 y sigs.; M. Rostovtzeff, *Hellenistisch-römische Architekturlandschaft* (*Röm. Mitt.*, XXVI, 1911), pág. 65, fig. 38. A la misma clase pertenece una bella copa encontrada en Italia (Trasílico, Calabria) y ahora en el Museo de Reggio, Calabria. Va adornada con dos figuras de cazadores, uno a caballo, que recuerda una figura bien conocida imitada en una tumba de Marisa (véanse mis láms. XLIV y LVIII; cf. C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, II (1935), págs. 18 y sigs.; Watzinger considera alejandrino el estilo de las pinturas de Marisa). Creo que la copa es de principios de la época helenística y de factura alejandrina o siria (publicada por G. Moretti, *Boll. d'Arte*, 1913, pág. 226; P. Orsi, *Arch. Storico della Calabria*, I (1912-13), pág. 638; R. Delbrück, *J. D. A. I.*, XXIX (1914), Anz., columna 199, fig. 9; R. Paribeni, *Le Terme di Diocleziano e il Museo Nazionale Romano*, 1932, pág. 299, núm. 1027; y recientemente: E. Galli, *Riflessi di pittura Alessandrina in Calabria*, en *Riv. R. Ist. Arch. e St. dell'Arte*, VI (1937), págs. 32 y sigs., junto con otros objetos seguramente encontrados en la misma tumba).

El ejemplo más bello de un vaso de vidrio con ornamentos de oro (no cubiertos con una capa de vidrio), que es una imitación de los cuencos «megareos» o de sus prototipos de metal, se encontró en Palestina y se guardaba en la colección del difunto E. Rothschild. Sin duda pertenece al siglo III a. de J. C.; véase P. Wuilleumier, *Le Trésor de Tarente*, 1930, págs. 29 y sigs., láms. XI-XII. Del mismo tipo son los cuencos del Museo Británico y del Museo de Génova (todos del sur de Italia),

Wuilleumier, loc. cit., lám. X, 5, y W. Deonna, *Rev. E. A.*, XXVII (1925), págs. 15 y sigs. Todos estos cuencos recuerdan extraordinariamente los bellos ejemplares de cuencos «megareos» encontrados en Alejandría: R. Pagenstecher, *Samml. Sieglin*, III, pág. 72, fig. 83, 4, lám. XXII, 1, y pág. 196; F. Courby, loc. cit., pág. 398, fig. 84; cf. el cuenco «megareo» de Canopo: E. Breccia, *Mon. de l'Égypte grécoromaine*, 1926, lám. XLIII, 1. Citas de vasijas de vidrio y otros objetos de lo mismo, en parte adornados con oro, en los inventarios delios, especialmente en el inventario del templo de Afrodita: βωμί[σκον ὑάλι]νον π[εριχ]εχρυσω[μέ]νον βάσιν ἔχον[τα ἐξ] ἐλέφαντος καὶ θ[ύας], Durrbach-Roussel, *Inscr. de Délos*, 1429 A, II, 24; ἐξάλειπτρον ... ὑάλινον ἐν πλινθείῳ, ibíd., 1417, A II, 12; φωκαιίδια ἐν ὑαλίνω(ι) ποτηρίωι, ibíd., 1429 B I, 68; 1432 Ab II, 41; 1450, A, 92; cf. σκύφους ὑαλίνους ἐγ κιβωτίωι δύο, ibíd., 1439 Abc I, 64; 1441, A, I, 77; 1450, A, 53. Cf. la descripción de Calixeno de la πομπή de Filadelfo (Ateneo, V, 199 y sigs.): en la procesión figuraban copas de vidrio, ὑάλινα, descritos como διάχρυσα. Véase mi lám. XLIII.

(166) Véanse mis artículos citados en la nota precedente. La transición de los vasos de vidrio con ornamentos de oro a los vasos pintados se ve ilustrada en un fragmento de un cuenco del Museo Metropolitano de Nueva York (combinación de ornamentos de oro y pintados) (véase mi lám. XLIII, 4) y en un bello jarro de color verde con ornamentos dorados de oro agregados a su superficie exterior en el Anticuario de Berlín, R. Zahn, *Die Antike*, V (1929), págs. 45 y sigs. Una pequeña copa parecida se dice que se encontró en Olbia y ahora está en el Museo Metropolitano de Nueva York.

(167) Placas ornamentales de vidrio: E. Breccia, *Le Musée égyptien*, III, 1915, págs. 25, lám. XIII, figs. 14-15; M. Rostovtzeff, *Vasos de vidrio pintados del último período helenístico*, en *Bol. Com. Arqueol. de Rusia*, 1914, pág. 11, lám. VI, 1-3 (en ruso); un bello ejemplar en el Museo de las Termas, de Roma: C. Ricci, *Boll. d'Arte*, 1914, pág. 273. Las imitaciones italianas son frecuentes, se encontrarán en casi todos los museos de arte antiguo. Véase mi lám. CX, 2. Se encontraron recientemente en Lo Yang cuentas de vidrio importadas de Alejandría a China o imitadas allí: *Ill. Lond. News*, 28 oct., 4 nov. y 9 dic. 1933; cf. W. Yetts, ibíd., 12 mayo 1934. Para las joyas adornadas con placas de vidrio policromo, véanse, por ejemplo, los hallazgos en el Curgán Artyujov, en el distrito del Cubán (a fines del siglo III y principios del II a. de J. C.): M. Rostovtzeff, *Skythien und der Bosporus*, pág. 248; L. Stephani, *C. R. de la Comm. Arch.*, 1880, supl., lám. I, 13 y 17; E. H. Minns, *Scyth. and Greeks*, pág. 431, fig. 321. Ausencia de toda alusión al vidrio en los pairos: Th. Reil, *Beitr. z. Kenntnis d. Gewerbes im hell. Äg.*, 1913, págs. 47 y sigs. Incluso después de la invención del vidrio soplado, la vajilla de vidrio no era popular en Egipto: D. B. Harden, *Roman Glass from Karanis*, 1936, págs. 38 y sigs.

(168) Hallazgo de Tuj el Qarmus: C. C. Edgar, *Le Musée égyptien*, II, 1907, págs. 57 y sigs.; P. Wuilleumier, *Le Trésor de Tarente*, 1930, págs. 48 y sigs., especialmente págs. 52 y sig.; véase el jarro de plata contemporáneo, *Allard Pierson Museum, Algem. Gids*, núm. 882, lámina XLII. Véase mi lám. XLVII. El hallazgo de Mendes —equivo-

cadamente atribuido a Thmuis, W. v. Bissing, *Metallgefässe*, 1901 *(Catal. gén.)*, lám. III— se atribuye ahora a los siglos v o iv a. de J. C.: C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, 1935, II, pág. 10. Cf. H. B. Walters, *Catal. of silver plate in Br. Mus.*, 1921, y *The Art of the Greeks*, 1937, pág. 264. Las joyas tolemaicas hechas en Alejandría no faltan en nuestros museos, principalmente en el de Alejandría; pero nunca han sido reunidas por completo y estudiadas. En 1931 se halló un grupo de excelentes joyas tolemaicas de la segunda mitad del siglo iii a. de J. C., fechadas por una moneda de Evérgetes I de 235-222 a. de J. C., probablemente en alguna parte del Fayum. Son, sin duda, de factura alejandrina. Una serie de joyas que formaba parte de este hallazgo se encuentra ahora en el Museo Metropolitano de Nueva York. Véase Ch. R. Clark, *Bull. Metr. Mus.*, XXX (1935), págs. 161 y sigs. Sobre un grupo de pendientes, con toda probabilidad, de origen egipcio: R. Zahn, *Zur hellenistischen Schmuckkunst*, en *K. Schumacher-Festschrift* (editado por la Dirección del Museo Central Romano-Germánico de Maguncia), 1930, págs. 202 y sigs., y *Ant. Denkm.*, IV, lám. 42.

(169) Mith-Rahineh: O. Rubensohn, *Hellenistisches Silbergerät in antiken Gipsabgüssen*, etc., 1911 (Museo Pelizaeus); G. Roeder-A. Ippel, *Die Denkmäler des Pelizaeus-Museums zu Hildesheim*, 1921, págs. 139 y sigs.; F. Courby, loc. cit., págs. 336 y sig. A. Ippel, *Guss und Treibarbeit in Silber. Untersuchungen z. antiken Modellabgüssen des Pelizaeus-Museums*, en *Winckelmannsprogr.*, XCVII, 1937; cf. A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (10) (1938), págs. 189 y sigs. La última contribución de Ippel contiene un cuidadoso análisis de algunos inventos técnicos empleados por los antiguos artistas toréuticos. En el mismo trabajo publica una serie de moldes de medallones de metal que, según él, son mucho más tardíos que los moldes de Mit-Rahineh (siglo i antes de J. C.). Sobre el molde de yeso de un emblema con los bustos de Soter y Berenice —espléndido producto de comienzos del arte helenístico—: A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (10. I) (1938), págs. 77 y sigs. Sobre los moldes de Mit-Rahineh y otros lugares: C. C. Edgar, *Greek Moulds*, en *Catal. Gén. Ant. égypt. du Musée du Caire*, 1903; G. Roeder-A. Ippel, *Die Denkm. d. Pelizaeus-Museums*, etc., págs. 149 y sigs. Sobre los modelos de cascos en piedra: ibíd., pág. 163, núms. 1101, 1851-54, 1808. Los hallazgos de Hermúpolis, atribuidos por E. Pernice, *Hellenistische Silbergefässe im Antiquarium der Kön. Museen*, en *Winckelmannspr.*, LVIII, 1898, al siglo ii a. de J. C., son ahora fechados, a la luz de los últimos hallazgos y el estudio cuidadoso del estilo, mucho más tarde por A. Adriani, *Le Gobelet en argent des Amours vendangeurs du Musée d'Alexandrie*, en *Soc. R. d'Arch. d'Alexandrie*, I (1939). Sobre la toréutica helenística en general: A. Ippel en T. Bossert, *Gesch. d. Kunstgewerbes*, IV, págs. 233 y sigs. Véanse mis láms. XLV, 1, y XLVIII.

(170) Vaso hallado en Egipto, del estilo de los cuencos «megareos»: H. Wallis, *Egypt, Ceramic Art*, I, 1898, lám. XXVI, 2. Cuenco «megareo» de bronce de Ras Shamra: véase nota 163. Imitación en otros materiales de vasos de metal alejandrinos hallados en Egipto: C. C. Edgar, *Le Musée égyptien*, II, 1907, págs. 57 y sigs.; E. Breccia, *Necropoli di Sciatbi*, pág. 29, núm. 40, lám. XXXVII, 46, y *Le Musée gréco-romain 1925-31* (1932), lám. XLVI, fig. 61.

(171) P. Wuilleumier, *Le Trésor de Tarente*, págs. 28 y sigs., y lámina II, 2 (tapadera de píxide); págs. 68 y sigs. y lám. X, 3, 4 (cuencos de Cività Castellana). Varios vasos de plata de estilo parecido se han hallado en el sur de Rusia y en Grecia, el más importante es el del Curgán Artyujov, en el distrito del Cubán; véase mi *Skythien und der Bosporus*, págs. 248 y sigs.; su fecha (principios del siglo II a. de J. C.) no es segura: está apoyada en una moneda de Perisades y la presencia en la tumba de cuencos «megareos» y *terra sigillata* anatólica. Pudieron haber sido imitaciones anatólicas o griegas de originales greco-egipcios. Para otras referencias véase Wuilleumier, loc. cit.

(172) Jarro y cacerola de Egyed, Hungría: A. Hekler, *J. D. A. I.*, XXIV (1909), págs. 28 y sigs.; R. Zahn, *Glaskännchen im Berliner Antiquarium*, en *Die Antike*, V (1929), págs. 48 y sigs.

(173) A. Ippel, *Der Bronzefund von Galjûb (Modelle eines hellenistischen Goldschmieds)*, 1922. El taller de Mistarión: *B. G. U.*, IV, 1065; Tg. Reil, *Beitr.*, pág. 59; U. Wilcken, *Arch. Pap.*, IV (1907-08), pág. 561.

(174) Véase cap. V, nota 118.

(175) No es necesario citar el pasaje en que Calixeno habla de las vajillas de oro y plata desplegadas en la πομπή de Filadelfo. En la tienda del banquete se exhibían vasijas de oro en una κλίνη especial: ἃ δὴ πάντα χρυσᾶ τε ἦν καὶ διάλιθα, θαυμαστὰ ταῖς τέχναις, Ateneo, V, 197 *c*. El peso de toda la vajilla de plata y oro de la tienda era de 10.000 talentos. La larga descripción del seudo Aristeas se encontrará en su *Epist. ad Philocr.*, 51-82. Sería útil reunir todos los textos que se refieren a dedicaciones, por parte de los Tolomeos, de vajilla de oro y plata en distintos santuarios. Los textos de Calixeno y Aristeas han sido analizados por Pernice en su monografía sobre el hallazgo de Hermúpolis citado en la nota 169. Puedo añadir que la vajilla de plata (ἀργυρώματα) se cita con frecuencia en la correspondencia de Zenón (por ejemplo, *P. Cairo Zen.*, 59038, 59044, 59327), y que en los escasos contratos matrimoniales de la época tolemaica se encuentran frecuentes referencias a joyas de plata y oro; véase O. Montevecchi, *Ricerche di sociologia*, etc., en *Aeg.*, XVI (1936), págs. 4 y sigs. Cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 265. No haría falta decir que el primero que atribuyó el papel principal en la toréutica en la época helenística a Alejandría fue Th. Schreiber, *Die alexandrinische Toreutik*, 1894. Sus puntos de vista han sido criticados muchas veces por distintos eruditos. Fue Schreiber también quien insistió en el origen helenístico de los llamados relieves de paisaje hallados en grandes cantidades en Italia, y sobre su dependencia de la toréutica alejandrina en lo referente a su técnica y composición. Este punto de vista, discutido por muchos eminentes eruditos y casi abandonado en general, ha sido resucitado por destacados especialistas, como G. Méautis, H. Lippol, y Ch. Picard (véase la bibliografía en Ch. Picard, *Observations sur l'origine et l'influence des reliefs pittoresques dits alexandrins*, en *Mél. Maspero*, II, págs. 313 y sigs.; cf. A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (1938), págs. 191 y sigs.).

(176) Sobre la industria del lino y su organización (la ὀθονιηρά), véanse págs. 306 y sigs. Sobre los talleres donde se tejía la lana en distintos paños, y especialmente donde se hacían colchones (στρώματα) y

almohadas (προσκεφάλαια) y mantas (περιστρώματα), véase mi *Large Estate*, págs. 115 y sigs.; cf. Heichelheim, *P. W. K.*, XII, 175 y sigs. Se encontrarán importantes fuentes adicionales en algunos papiros recientemente publicados de la correspondencia de Zenón que se refiere a distintos artículos producidos en los talleres de Apolonio, *P. Mich. Zen.*, 13, 22, 24; *P. Col. Zen.*, 15 y 17; cf. *P. Cairo Zen.*, 59060 y 59092. Sobre la exportación: C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 110 y sig.

(177) En varias tumbas pintadas de las necrópolis de Alejandría se representan camas cubiertas de colchones, almohadas y alfombras. Las mejor conservadas son las de Suk el Wardian, Sidi Gaber y Mustafá Bajá. Para la descripción y reproducción en color de estas camas, véase E. Breccia, *La tomba dipinta di Such el Wardian*, en *Lé Musée égyptien*, II (1907), págs. 63 y sigs. y *Le Musée gréco-romain 1925-1931* (1932), lám. XXVII; H. Thiersch, *Zwei Antike Grabanlagen bei Alexandria*, 1904, láms. II y III, y A. Adriani, *La nécropole de Moustafa Pacha*, en *Ann. du Musée gréco-romain*, 1933-34 y 1934-35, págs. 101 y sigs., y láms. XXXIII y D. Es sorprendente la exactitud con que las camas funerarias reproducen los lechos empleados en las casas ricas de Alejandría. Adriani destaca la exacta coincidencia de la descripción de Calixeno (Ateneo, V, págs. 197 *a-b*) con las camas funerarias de Mustafá Bajá. Nótese específicamente la mención de ψιλαὶ Περσικαί, que servían como colgaduras en el frente de las camas. Sobre estas colgaduras bordadas, véase Teofrasto, *H. P.*, IV, 2, 7. Sobre las alfombras que se empleaban para cubrir los sarcófagos y las tiendas funerarias del Egipto tolemaico y sus reproducciones, véanse: M. Rostovtzeff, *Decoración mural pintada antigua en el sur de Rusia*, 1913, págs. 62 y sigs., láms. XXV y XLVIII, 2 (en ruso); R. Pagenstecher, *Nekropolis*, 119, pág. 181. El famoso ὑφάντης Παθυμίας, egipcio, que rivalizaba en reputación con los grandes artistas de Chipre Ἀκεσᾶς y Ἑλικών, Ateneo, II, 48 *b*; véase uno de los fragmentos de las comedias de Platón, Kock I, 654 (camas y alfombras fenicias y sardianas). Véase mi lámina XLVI.

(178) El mosaico más interesante y antiguo de Alejandría, que probablemente imita una alfombra, fue hallado en la necrópolis más antigua de Alejandría, la de Chatbi; cf. E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XIX (5) (1923), págs. 158 y sigs., lám. V, 2; véanse mis observaciones en *Mon. de l'Égypte gréco-romaine*, 1926, pág. 82 y *Le Musée gréco-romain 1925-1931* (1932), lám. LV. Posterior es el hermoso mosaico hecho por Sofilo, ibíd., láms. A y LIV (véase nota 11), que, como se ve por el adorno del borde, es una imitación de una alfombra (sobre este modelo, véase M. Rostovtzeff, *Decoración mural pintada*, página 62). El mosaico de Chatby es muy parecido, en estilo y técnica, a los mosaicos de guijos del siglo IV a. de J. C. de Olinto y Olbia; véase D. M. Robinson, *A. J. A.*, XXXIX (1936), págs. 210 y sigs., y *Die Antike*, XI (1935), págs. 284 y sigs.; cf. H. Payne, *J. H. S.*, LIV (1934), pág. 193; G. Karo, *J. D. A. I.*, L (1935), Anz. col. 218 y sig., y F. V. Lorentz, *Röm. Mitt.*, LII (1937), págs. 165 y sigs.

(179) Alfombras en la tienda del banquete de Filadelfo: Ateneo, V, 196 *b*, *c* y especialmente *f*; 197 *b*; cf. F. Studniczka, *Das Symposion Ptolemaios II*, en *Abh. Sächs. Ges.*, XXX (1914); Jacoby, artículo

Kallixeinos, en *P. W. K.*, X, 1751 y sigs.; A. Frickenhaus, *Griechische Banketthäuser*, en *J. D. A. I.*, XXXII (1917), págs. 118 y sigs. Los αὐλαῖαι de púrpura en la habitación en forma de tienda del θαλαμηγός de Filopátor: Ateneo, V, 206 *a* (nótese que la habitación era muy parecida a las tiendas funerarias mencionadas en la nota 177), y la vela de biso reforzada por una gavia de púrpura: ibíd., 206 *c;* cf. F. Caspari, *Das Nilschiff Ptolemaios IV*, en *J. D. A. I.*, XXXI (1916), págs. 1 y sigs.; A. Köster, *Die Thalamegos des Ptolemaios*, en *Klio*, XXXII (1934), págs. 20 y sigs. Puede sacarse una excelente idea de estas alfombras de una muy bonita representada como si estuviera extendida sobre el techo de la Aula Isiaca en el Palatino (época de Calígula). Véase G. E. Rizzo, *Pittura ellenistico-romana*, III, Roma, fasc. II: *Le pitture dell'Aula Isiaca di Caligola*, 1935, láms. I y II y págs. 20 y sigs. Esta alfombra ha de compararse con las representadas extendidas sobre la bóveda de la antigua tumba helenística en el sur de Rusia; véase mi *Decoración mural pintada*, etc., láms. XIV y XV; véase mi lám. XLVI, 2, y nota 177. No veo razón para dudar de que la pintura del techo representa una alfombra, y si es así, en un Aula Isiaca (lo que ciertamente era la habitación) la alfombra debe ser alejandrina. Cf. Lumbroso, *Recherches*, págs. 107 y sigs.

(180) I. Noshy, *The Arts of Ptolemaic Egypt*, 1937, págs. 83 y sigs.; F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?*, en *From the Collections of the Ny-Carlsberg Glyptothek*, II (1938); G. Kleiner, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (N. S. X, 1) (1938), págs. 41 y sigs. (escultura funeraria); y Adriani, ibíd., págs. 76 y sigs. (retratos).

(181) Sobre el comercio extranjero de los Tolomeos, véase mi artículo *Foreign commerce in Ptolemaic Egypt*, en *Journ. Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 728 y sigs., muchos pasajes del cual reproduzco en el texto. Cf. E. Leider, *Der Handel von Alexandreia*, 1934.

(182) Véase mi *Foreign commerce*, etc., págs. 732 y sig., y mi *Ges. u. Wirtsch. im röm. Kaiserreich*, págs. 31 y sigs. Minas de oro: además de las referencias dadas en mi *Foreign commerce*, véanse H. Kees, *Ägypten*, págs. 128 y sigs. (historia de la minería del oro en el Egipto faraónico); C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 253 y sigs. Política africana de Filadelfo: H. Kortenbeutel, *Der ägyptische Süd- und Osthandel in der Politik der Ptolemäer und römischen Kaiser*, tesis doctoral, Berlín, 1931, págs. 16 y sigs.

(183) Sobre los elefantes: H. Kortenbeutel, loc. cit., págs. 23 y sigs.; mi *Foreign commerce*, etc., págs. 740 y sigs.; cf. L. Amundsen, *Ostr. Osl.*, núm. 2; U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1933-35), pág. 139, núm. 1; A. S. Hunt, *J. E. A.*, XX (1934), pág. 125. Sobre el coste de los elefantes: C. Préaux, loc. cit., págs. 34 y sigs.

(184) El comercio con Siria está muy bien ilustrado por los numerosos documentos de la correspondencia de Zenón que datan de la época de cuando era agente de Apolonio en Palestina, Siria y Fenicia, y de los posteriores que proceden de su estancia en el extranjero. Sobre estos documentos se ha escrito mucho. Véanse: G. McL. Harper Jr., *A study in the commercial relations between Egypt and Syria in the Third Century B. C.*, en *Am. J. Ph.*, XLIX (1928), págs. 1 y sigs.; H. Schaal, *Vom Tauschhandel zum Welthandel*, 1931, págs. 131 y sigs.; W. L. Wester-

mann, *P. Col. Zen.*, 2 y 3; C. C. Edgar, *Arch. Pap.*, XI (1935), págs. 219, nota 1; V. Tscherikower, *Palestine*, etc., págs. 15 y sigs. Sobre las mercancías importadas de Siria y Palestina a Alejandría: W. Peremans, *De Handelsbetrekkingen van Egypte met het Middellandsche Zeegebied in de 3e eeuw v. C.: De verhandelde Waren*, en *Phil. Stud.* (Kath. Univ. te Leuven), III (1931-32), págs. 3 y sigs. y 81 y sigs. Sobre la importación de aceite de oliva sirio y la protección del monopolio del aceite egipcio, véanse A. Andreades, artículo citado en la nota 117, y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 83 y sigs. (utiliza todas las contribuciones modernas); cf. V. Tscherikower, loc. cit., págs. 20 y sigs. Libertad de comercio de grano en Egipto, Siria y Palestina: C. Préaux, loc. cit., págs. 149 y sigs., y V. Tscherikower, loc. cit. Comercio con los nabateos: V. Tscherikower, loc. cit., págs. 25 y sigs., y C. Préaux, loc. cit. pág. 362.

(185) Mucho se ha escrito sobre el comercio meridional y oriental de Egipto en la época de los Tolomeos. No puedo dar aquí una bibliografía completa. La obra general sigue siendo el libro ruso de K. Chvostov, *Historia del comercio oriental del Egipto greco-romano*, Kazán, 1907; véanse mi resumen de este libro y algunas notas suplementarias en *Arch. Pap.*, IV (1908), págs. 298 y sigs., e ibíd., V (1909), pág. 181, y mi artículo *Foreign commerce* anteriormente citados. De fecha más reciente son los lúcidos planteamientos en U. Wilcken, *Alexander*, etc., en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), pág. 63 (367); W. Schubart, *Ägypten von Alexander dem Grossen bis auf Mohammed*, 1922, págs. 1 y sigs.; H. Kortenbeutel, *Der äg. Süd- und Osthandel*, etc. y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 353 y sigs.; cf. W. W. Tarn, *Ptolemy II and Arabia*, en *J. E. A.*, XV (1929), págs. 9 y sigs. Todas las historias de la época helenística y las del Egipto tolemaico tienen, por supuesto, capítulos sustanciales que tratan del comercio meridional y oriental de Egipto. Para algunas contribuciones modernas, véanse las notas precedentes. Las inscripciones de los pocos mercaderes conocidos: N. Rhodokanakis, *Zeitschr. f. Semitistik*, II (1924), pág. 113; W. Schwarz, *Die Inschriften des Wüstentempels von Redesiye*, en *Jahrb. f. kl. Phil.*, CLIII (1896), pág. 157, nota 9. La fecha de la expedición nabatea y la fundación de Berenice es discutida. Acepto la fecha más antigua de Tarn, véase C. Préaux, loc. cit., pág. 357.

(186) W. W. Tarn, *J. E. A.*, XIV (1928), pág. 258.

(187) Véase nota 113.

(188) Exportación de grano: véase mi *Foreign commerce*, etc., páginas 728 y sigs.; A. Segré, loc. cit., págs. 35 y sigs.

(189) Precios de grano en Delos: F. Heichelheim, *Wirt. Schwankungen*, págs. 51 y sigs.; en *Ägypten*, págs. 56 y sigs.; cf. J. A. O. Larsen, *Roman Greece* (T. Frank, *Econ. Surv.*, IV), págs. 383 y sigs.

Las relaciones comerciales entre Alejandría y las ciudades de la costa noroeste del Euxino están atestiguadas, para la época helenística, por una inscripción de Calatis recientemente publicada por Th. Sauciuc-Saveanu, *L'Archéologie en Roumanie*, 1938, fig. 74; Θέων Ποτάμωνος | Ἀλεξανδρεύς. Conocí este libro y la inscripción citada por la mención que se hace de ellas en R. Flacelière, J. Robert, L. Robert, *Rev. É. G.*, LII (1939), pág. 483, núm. 235, cf. 227.

(190) F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 852 y sig.

(191) Véase el citado artículo de W. Peremans, nota 184.

(192) Véase la nota precedente.

(193) Sobre el comercio occidental de Egipto, véase mi *Foreign commerce*, etc., págs. 752 y sigs.; cf. U. Wilcken, *Alexander*, etc., en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), págs. 114 y sigs.

(194) Sobre las relaciones entre Roma y Filadelfo, véanse M. Holleaux, *C. A. H.*, VII, pág. 823 (con bibliografía), y W. Otto, *Zur Geschichte der Zeit des 6. Ptolemäers*, en *Bayer. Abh.*, XI (1934), págs. 38 y sigs., 56, 81, 90 y sigs., 133, 136. Si tomamos en consideración lo dicho anteriormente sobre las relaciones comerciales entre Italia y Egipto, no nos asombraremos de encontrar un «romano» en el ejército de Filadelfo, H. I. Bell, *Arch. Pap.*, VII (1926), págs. 17 y sigs.; *Lond. Inv.*, 2243, lín. 12 (252-251 a. de J. C.). Por supuesto, Dinno es tan romano como sus contemporáneos de origen itálico en Grecia.

(195) Sobre las monedas: Ch. Seltmann, *Greek Coins*, pág. 248. Sobre Hierón II y Filadelfo: mi *Kolonat*, págs. 233 y sigs.; J. Carcopino, *La loi d'Hiéron et les Romains*, 1914; T. Frank, *C. A. H.*, VII, pág. 796, y *Economic History of Rome*, 2.ª ed., 1927, pág. 90; A. Schenk Graf von Stauffenberg, *König Hieron II. von Syrakus*, 1933.

(196) S. Gsell, *Histoire de l'Afrique*, IV, pág. 166; cf. II, pág. 322. Timóstenes: Estrabón, II, 1, 39 y sigs.; págs. 92 y sigs.; III, 1, 7, pág. 140; XVII, 3, 6, pág. 827; cf. IX, 3, 10, pág. 421, y XII, 2, 5, pág. 618; Tolomeo, I, 15, 3 (ed. Müller, pág. 40); Gsell, loc. cit., IV, pág. 120. Fue el mismo Timóstenes el que exploró África central: H. Kortenbeutel, loc. cit., pág. 18. Monedas tolemaicas encontradas en Túnez: A. L. Delattre, *Carthage: Nécropole punique de la colline de St. Louis*, 1896, pág. 79. Monedas cartaginesas: Seltman, loc. cit., pág. 249.

(197) El azufre se menciona muy poco en los papiros; véase Preisigke, *Wörterb.*, voz θεῖον. Sobre su empleo en la agricultura y especialmente en la viticultura, véanse los textos citados por Blümner, artículo *Schwefel*, en *P. W. K.*, II A, 796 y sigs., especialmente Catón, *R. R.* 95; Plinio, *N. H.*, XVII, 264; *Geop.* XIII, 7. Se menciona a Egipto como consumidor de azufre en relación con la nueva técnica del niel (véase nota 172), Plinio *N. H.*, XXXIII, 131; Blümner, loc. cit., 800.

(198) Sobre la cerámica gnatia en Alejandría y la cerámica alejandrina en Apulia: A. Pagenstecher, *Samml. Sieglin*, II, 3, págs. 120 y sigs. Es digno de notar que la producción de cerámica en Italia era tan floreciente a principios del siglo III a. de J. C. como lo había sido en el IV. Sobre algunos productos del sur de Etruria y el Lacio que pertenecen a esta época, véase R. Zahn, *Aus dem Antiquarium*, en *Ber. aus den Preuss. Kunstsamml.*, LV (1934), págs. 2 y sigs. Esta cerámica del sur de Etruria está íntimamente relacionada con la cerámica gnatia. Compárese la rama tarentina de la primitiva cerámica megarea: P. Wuilleumier, *B. C. H.*, LVI (1932), págs. 399 y sigs. Vino alejandrino en Italia: véase nota 165. La reanudación de una importación activa de productos griegos en Italia, después de una interrupción relativamente larga, a fines del siglo V y durante el IV a. de J. C., es uno de los fenómenos que señalan el final del aislamiento de Italia de Grecia en los campos de la política, la economía y la cultura. La nueva helenización de Italia no sólo se debió a la expedición de Pirro y a la con-

quista de parte de Sicilia en la primera guerra púnica, sino también a los esfuerzos comerciales y políticos de los Tolomeos. Esto se ve, por ejemplo, en la aparición de los cuencos italianos en la Αἴτια de Calímaco, como se ha demostrado por el hallazgo reciente del Διηγήσεις de Calímaco (véase, por ejemplo, Altheim, *Die Welt als Geschichte,* II (1936), págs. 75 y sigs., y 90 y sigs.), y por la exacta información sobre vegetación italiana que Teofrasto incorpora en sus tratados (por ejemplo, *H. P.*, V, 8, 1 y sigs., sobre los bosques de Córcega).

(199) Durante algún tiempo fue común opinión de arqueólogos e historiadores del arte antiguo que los primitivos mosaicos de Pompeya, especialmente algunas piezas escogidas de la Casa del Fauno, habían sido importadas a Pompeya de Alejandría y habían de asignarse a comienzos del período helenístico; véase, por ejemplo, Elia, *Pitture murali e mosaici nel Museo Nazionale di Napoli,* 1932. Pero, hace poco, varios eruditos han mantenido resueltamente que casi todos los mosaicos de la Casa del Fauno fueron hechos en Pompeya en el siglo II a. de J. C. o incluso después (hacia la época de Sila) y no tienen relación con Alejandría; véase el interesante estudio de H. Fuhrmann, *Philoxenos von Eretria,* 1931 (cf. la recensión por A. Ippel, *Gnomon,* X (1934), págs. 75 y sigs.), y E. Pernice, *Pavimente und figürliche Mosaiken,* en *Die hellenistische Kunst in Pompeji,* VI, 1938. No puedo discutir aquí este complicado problema que se relaciona íntimamente con la historia de la construcción de la casa. Sobre este punto me remito a los demás volúmenes de la serie: *Die hellenistische Kunst in Pompeji,* por E. Pernice. Este autor se inclina a subestimar la importación alejandrina a Pompeya y la influencia alejandrina sobre ésta en la época helenística.

(200) He hablado antes de las relaciones comerciales de Apolonio con Palestina, Siria y Fenicia. Sus negocios comerciales en Egipto mismo no eran menos activos. Tenía muchos agentes comerciales en su equipo, algunos de ellos quizá esclavos; véase, por ejemplo, *P. Mich. Zen.*, 28, cf. *P. S. I.*, 302 y 427 (Soso, que vendía vino y trigo y compraba cueros): *P. Cairo Zen.*, 59446 (dos hombres que compran vino); 59375 (Adayo, que vende vino); *P. S. I.*, 859 y 860 (transporte de grandes cantidades de vino); *P. Cairo Zen.*, 59516 (miel); 59470 (lino). Después de la muerte de Apolonio, Zenón traficó en grano y vino: *P. Cairo Zen.*, 59363, 59522. En *P. Cairo Zen.*, 59509, un guarda de almacén se ocupa de comprar grano de los colonos militares y rehúsa hacerlo de los labradores de la corona.

(201) Sobre la moneda tolemaica, además de la clásica obra de Werk von Svoronos, véanse: W. Schubart, *Z. N.*, XXXIII (1922), págs. 68 y sigs.; J. G. Milne, *Ptolemaic coinage in Egypt,* en *J. E. A.*, XV (1929), págs. 150 y sigs.; Th. Reinach, *Rev. É. G.*, XLI (1928), págs. 121 y sigs.; W. Giesecke, *Das Ptolemäergeld,* 1930; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 267 y sigs.; J. G. Milne, *The currency of Egypt under the Ptolemies,* en *J. E. A.*, XXIV (1938), págs. 200 y sigs., y las obras generales citadas en la nota 79. Lo limitado del área en la que circularon las monedas tolemaicas lo demuestra el hecho de que no se encontraron tesoros de ellas en Grecia, Asia Menor o el reino seléucida. Incluso tesorillos que contengan alguna moneda tolemaica son desconocidos

en Asia Menor y el reino seléucida. Estos tesoros se limitan a la Grecia propiamente dicha: Micenas (S. P. Noe, *A Bibliography of Greek Coin Hoards*, 2.ª ed. (*Num. Notes and Mon.*, LXXVIII (1937), núm. 716), Olimpia (Noe², núm. 754), Soficón (Noe², núm. 997) y Esparta (Noe², núm. 1004). Es de observar que las monedas tolemaicas encontradas en estos tesoros pertenecen exclusivamente al reinado de los tres primeros Tolomeos. Me inclino a explicar la aparición de estas monedas primitivas en los tesoros griegos y algunos hallazgos dispersos de ellas en Asia Menor como el resultado del influjo político de los reyes en algunas partes de Asia Menor y en Grecia, especialmente el Peloponeso, durante los reinados de Filadelfo y Evérgetes I. La misma influencia política explica la circulación, tanto en Corinto como en Nemea, de cantidades relativamente grandes de monedas de cobre de Evérgetes I; véase *Corinth*, VI, *Coins*, por K. M. Edwards, 1933, págs. 73, núm. 468 y A. R. Bellinger, *The Excavations of Nemea in 1924-25, 1926-27* (Universidad de Cincinati) (en preparación). Por otra parte, en Occidente no se desconocen monedas de los Tolomeos (Banco de Aisaro, Calabria, Noe², núm. 25, y el hallazgo en Bretaña, mi *Foreign commerce*, en *Journ. Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), pág. 757), y hallazgos aislados de estas monedas son frecuentes, por ejemplo, en Cartago.

Por lo que hace a la política perseguida por los Tolomeos, de imponer por la fuerza su moneda en sus dominios exteriores, puedo recordar al lector que, por regla general, la acuñación autónoma cesó en las ciudades griegas y fenicias bajo su control. Esto ocurrió también en Chipre y Fenicia, así como en Asia Menor, con escasas excepciones (podemos suponer, aunque no es seguro, que Éfeso acuñó desde 258 al 202 a. de J. C.; Mileto no dejó de acuñar durante la soberanía tolemaica; Lébedos (Tolemaida) emitió algunas monedas de bronce de carácter semimunicipal entre 266 y 203 a. de J. C.; hubo emisiones de Cauno (Caria), que permaneció en manos de los Tolomeos desde el 309 al 189 a. de J. C., quizá por Halicarnaso y Telmeso; para referencias: Head, *H. N.* 2.ª ed. en sus voces); cf. E. T. Newell, *Tyrus Rediviva*, 1923, pág. 19, y A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, pág. 197; Hallazgos de monedas tolemaicas en Palestina: Samaria: G. A. Reisner, C. S. Fisher, D. G. Lyon, *Harvard Excavations at Samaria*, I, 1924, págs. 252 y sigs.; Beth Zur: O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur*, 1933, págs. 69 y sigs. En general: W. F. Albright, *Bull. Am. Sch. Or. Res.*, XLIII (1931), octubre, págs. 10 y 12.

Carta de Demetrio, con una importante corrección de Th. Reinach: *Rev. É. G.*, XLI (1928), pág. 191; *P. Cairo Zen.*, 59021; W. Schubart, *Gr. Pap.*, núm. 2; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, 409. Además de las obras citadas al comienzo de esta nota, véanse: U. Wilcken, *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), pág. 84 (388) y sig.; *Arch. Pap.*, VII (1926), pág. 76; E. Ziebarth, *Beitr. zur Geschichte des Seeraubs*, etc., pág. 84; F. Heichelheim, *Wirtschaftl. Schwankungen*, págs. 10 y sigs. y artículo *Monopole*, en *P. W. K.*, XVI, 174 y sigs.; C. Préaux, loc. cit., págs. 271 y sigs.; A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, pág. 195 (incompleto y anticuado). En esta carta, los ἔμποροι que desempeñan un papel tan importante en la vida de los negocios de Egipto, no son exclusivamente mercaderes de los dominios extranjeros de los Tolomeos, sino mercaderes extran-

jeros en general; véase la distinción hecha entre ξενικὸν y Σύρον ἔλαιον en *R. L.*, col. 52, 25 y sig.: ὅσοι δὲ τῶν ἐμπόρων | ἐκ Πηλουσίου ξενικὸν ἔλαιον ἢ Σύρον παρακομίζ[ω]σιν εἰς ['Αλ]εξάνδ[ρ]ειαν. La medida de Filadelfo probablemente no fue original. Antes, en su reinado y en el de Soter, circulaban en Egipto monedas extranjeras. Sin embargo, debo advertir que la reacuñación de monedas fuera de circulación no fue desconocida en el mundo antiguo. Para el mundo helenístico, puedo citar la reacuñación en gran escala de monedas fuera de uso y circulación en monedas de tipo alejandrino por Antioco I en Susa. E. T. Newell, *The coinage of the Eastern Seleucid mints*, en *Num. St.*, I (1938), págs. 127 y sigs. Además, no hay duda de que las monedas tolemaicas que llegaron a manos de los seléucidas fueron reacuñadas. La reacuñación obligatoria de las monedas extranjeras y la novedad de la moneda acuñada en la vida egipcia debió de llevar a la creación de «inspectores» comprobadores de monedas especiales δοκιμασταί, que se suponía recibían e inspeccionaban todos los pagos en dinero dentro y fuera de los τράπεζαι, véase *U. P. Z.*, 156 (259 a. de J. C.); cf. *P. Hib.*, 41, 106, 107 y 109, y los comentarios de U. Wilcken, ibíd.; cf. R. Herzog, *Aus der Geschichte des Bankwesens im Altertum: Tesserae nummulariae*, 1919, pág. 27. Sin embargo, es dudoso que la medida de Filadelfo siguiera en vigor bajo sus sucesores. En *Teb.*, 739, 23 (163 ó 145 a. de J. C.) una estatera de oro focea ocasionaba algunas dificultades, pero no era totalmente rechazada.

(202) Sobre el trueque o permuta y el empleo de moneda, véanse las notas de U. Wilcken, *Alexander*, etc., en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), págs. 78 (382) y sigs.; E. Grier, *Accounting in the Zenon Papyri*, 1934, págs. 36-45 (cuentas de dinero) y págs. 46-55 (cuentas de materias primas, etc.). Sobre el tipo de interés en Egipto en la época tolemaica: A. Segré, *Il mutuo e il tasso d'interesse nell'Egitto greco-romano*, en *Atene e Roma*, V (1924), págs. 119 y sigs.; C. Préaux, loc. cit., págs. 282 y sigs. Para el tipo de interés en Grecia: F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank*, págs. 126 y sigs. y J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, págs. 368 y sigs. Yo no creo que un tipo tan alto de interés como el 24 por 100 se mantuviera en Egipto a causa de la atracción de capital extranjero que ejercía este país. No hay el menor testimonio de que el capital extranjero tomase parte activa en los negocios de Egipto, excepto en el campo del comercio. Tampoco considero probable que el interés se fijara en beneficio del rey, principal prestamista, aunque pudo haber desempeñado un papel secundario. Véase cap. VIII.

(203) Banca: U. Wilcken, loc. cit.; W. L. Westermann, *Warehousing and Trapezite Banking in Antiquity*, en *Journ. Econ. and Bus. Hist.*, III (1930), págs. 30 y sigs.; E. Ziebarth, *Hellenistische Banken*, en *Z. N.*, XXXIV (1923), págs. 36 y sigs.; F. Heichelheim, artículo *Monopole*, en *P. W. K.*, XVI, 181 y sigs. (con bibliografía) y *Wirtschaftsg.*, págs. 562 y sigs.; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 280 y sigs. (los bancos). Los banqueros egipcios (3 de cada 25; el resto, griegos); W. Peremans, *Vreemdelingen*, etc., pág. 52. Muchos problemas importantes sobre la banca esperan aún solución. Por ejemplo: ¿debemos distinguir entre la βασιλικὴ τράπεζα, oficina del tesoro y la βασιλικὴ τράπεζα, banca real? ¿Eran dos departamentos administrados separada-

mente, el primero dirigido por funcionarios gubernamentales, y el segundo por concesionarios? Y si era así, ¿qué relaciones había entre los dos? ¿Tomaban parte los bancos en la inversión del dinero de sus clientes? Para contestar a estas y otras preguntas tenemos que esperar a reunir más datos. Puede decirse que existían ramas de la banca real no sólo en el Egipto propiamente dicho, sino también en los dominios. Véase *P. Cairo Zen.*, 59036, sobre Halicarnaso, donde la banca real trabajaba en estrecha relación con el tesoro de la ciudad y actuaba dirigida por un oficial real (probablemente el ecónomo). Los templos emitían su propia moneda en la época tolemaica: C. Préaux, loc. cit., págs. 273 y sigs. Templos que actuaban como bancos: ibíd., págs. 293 y sigs. Véase cap. VIII.

(204) Sobre los *thesauroi*, véanse las notas precedentes y A. Calderini, Θησαυροί, *St. d. Scuola Papir.*, IV, 3, 1924; F. Preisigke, *Girowesen im griech. Ägypten*, etc., 1910; F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 871 y sigs.; C. Préaux, loc. cit., pág. 142.

(205) Sobre la fecha de la pompa de Filadelfo, véanse: cap. III, nota 11; W. Otto, *Beitr. z. Seleukidengesch.*, en *Bay. Abh.*, XXXIV (1928), I, págs. 5, 8, 88, y *Phil.*, LXXXVI (1930-31), pág. 414, nota 27, y W. W. Tarn, *J. H. S.*, LIII (1933), págs. 59 y sigs. Sobre la descripción de ella por Calixeno: F. Caspari, *Studien zu dem Kallixenosfragment Athenaios*, 5, 197 *c*-203 *b*, en *Hermes*, LXVIII (1933), pág. 400 (nótese, especialmente en la pág. 405, el paralelo trazado entre la pompa de Filadelfo y las de los reyes indios: Estrabón, XV, 1, 69, pág. 718). La comparación de Caspari de la pompa helenística con las procesiones triunfales romanas del período que sigue a las grandes victorias sobre los monarcas helenísticos, es discutida por A. Bruhl, *Les influences hellénistiques dans le triomphe romain*, en *Mél. d'Arch. et d'Hist.*, XLVI (1929), págs. 77 y sigs. Sobre el significado del carro con Alejandro, Soter y las ciudades griegas: V. Ehrenberg, *Alexander and the Greeks*, 1938, págs. 2 y sigs. (véase la recensión de este libro por W. W. Tarn, *Cl. Rev.*, LII, 1938, págs. 234 y sig.).

(206) Sobre el *Ptolemaios* de Teócrito: U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Hell. Dichtung*, II, 1924, págs. 130 y sigs., especialmente pág. 134. Sobre la fecha del juicio de Teles: W. S. Ferguson, *Hell. Athens*, pág. 177, nota 2; cf. pág. 202, nota 2. El punto de vista de Ateneo era un lugar común en la época romana; véase *Oxyr.*, 1796, lín. 8 y sig. (A. Körte, *Arch. Pap.*, VII (1923-24), pág. 118), y la canción de los marineros del Nilo: *Oxyr.*, 425. Cf. Parmeno, *Iambi*, 3 (J. U. Powell, *Collect. Alex.*, pág. 237). El epigrama de Gaza: *S. E. G.*, VIII, 269; véase cap. III, nota 7, y el epigrama sepulcral, *S. E. G.*, VIII, 768 (siglo II a. de J. C.), líns. 25 y sigs. εἰμὶ γὰρ εὐέρκτης['Απολ]λώνιος, ὃν βασιλῆε[ς] κρίναντες φιλία[ις αἶσι κατηγλάϊσαν. El pasaje del tercer himno de Medinet Madi y los dos mosaicos citados en el texto se tratan en mi artículo 'Καρποί' en *Mél. G. Radet.* Debo citar a este respecto que el Nilo se llama χρυσορόας tanto en el pasaje de Ateneo (V, 203 *c*) citado antes, como en el segundo himno de Isidoro (*S. E. G.*, VIII, 549, 17). El culto del Nilo era muy popular entre los griegos de Egipto; véase *S. E. G.*, VIII, 453 (220-215 a. de J. C.), grabada en la base de una estatua de Arsínoe dedicada por un hombre (el nombre está borrado) que era

ὁ τοῦ Νείλου ἱερεύς; véase una estatua del Nilo encontrada en Egipto, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXVI (N. S. 7), págs. 258 y sigs., lám. XXV. No es necesario recordar al lector la popularidad en el mundo grecorromano de las estatuas del Nilo divinizado, creadas por primera vez por artistas griegos de Alejandría (la famosa estatua del Vaticano).

(207) Sobre los negocios privados de Zenón, véase *Large Estate*, págs. 158 y sigs., y C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., págs. 43 y siguientes.

(208) Véanse mis notas, *Large Estate*, Índice, voz «Strikes». Se encontrará una colección completa del material en W. Peremans, *Ptolémée II Philadelphe et les indigènes égyptiens*, en *Rev. Belge*, XII (1933), págs. 1005 y sigs., y *Égyptiens et étrangers en Égypte au IIIe siècle avant J. C.*, en *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 151 y sigs.; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 515 y sigs. Los ejemplos son muchos y distintos, y muestran cuán difícil era para Filadelfo romper la resistencia pasiva de los indígenas a su nuevo sistema. Sobre los informadores (μηνυταί), *P. Cairo Zen.*, 59489 (pretendido robo de στίππυον), 59484 (un tejedor denuncia a otro por στασιαστής), 59499, lín. 87 (un γεωργός de ser στασιαστές *(sic)*; cf. seudo Aristeas, 25; véase nota 146. Cf. O. Schulthess, artículo Μήνυσις, en *P. W. K.*, supl. VI, 298 y sigs.

(209) W. L. Westermann, *Egyptian agricultural labour under Ptolemy Philadelphus*, en *Agricultural History*, I (1927), págs. 34 y sigs.; F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank.*, págs. 101 y sigs. Las conclusiones de estos dos eruditos (el artículo de Westermann no fue conocido por Heichelheim), basadas en el mismo material estadístico, no coinciden. Westermann, que no comparó las condiciones delias con las de Egipto, adopta un punto de vista menos favorable que Heichelheim. Cf. E. Crier, *Accounting in the Zenon Papyri*, 1934, pág. 51, y C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, X (20) (1935), págs. 384 y sigs. Una comparación de *P. Cairo Zen.*, 59569, líns. 135-136, de 246 a. de J. C. con *P. Cairo Zen.*, 59562, de 253 a. de J. C., llevó a la señorita Grier a creer que entre 253 y 246 antes de J. C. habían aumentado en un 60 por 100 los pagos en especie hechos por el *dorea* de Apolonio (grano proporcionado regularmente), y efectuados por Heraclides, inspector del trabajo agrícola. Pero su interpretación de estos dos documentos, como me ha señalado el profesor C. B. Welles, es más bien dudosa: lo que se registra en el primer documento es un pago satisfecho por Heraclides, mientras que en el segundo es un pago percibido por éste. Por lo que hace a los cálculos de Heichelheim, debemos tener en cuenta que dista de ser verdad que los jornaleros del fundo de Apolonio estuviesen ocupados todo el año sin interrupción.

(210) Sobre las inconsistencias del nuevo sistema de los Tolomeos y la reacción de la población frente a ellos, véanse los artículos de C. Préaux citados en la nota 82. Algunas de sus observaciones están incorporadas a lo que he dicho en el texto.

(211) El papel desempeñado por Evérgetes I en los negocios griegos está ilustrado por su política activa en Grecia (véase cap. I, pág. 33) y por documentos como el conjunto de inscripciones encontradas en Cos y estudiadas por R. Herzog, *Hermes*, LXV (1930), págs. 463 y sig. [Welles, *R. C.*, 27; Herzog-Klaffenbach, *Berl. Abh.*, 1952 (1), núm 8]; cf. el decreto de Samotracia en favor de Hipomedonte, gobernador de

Evérgetes, *S. I. G.*[3], 502 (228-225 a. de J. C.). Sobre Filopátor, véase cap. V.

(212) Sobre la revolución indígena en Egipto en la época de Evérgetes, *Teb.*, 703, introducción (este documento es nuestra fuente más rica de información para la situación reinante en Egipto en la segunda mitad del siglo III a. de J. C.). Μάχιμοι y ναῦται *Teb.*, 703 (de la época de Evérgetes I o Filopátor), lín. 215, cf. *U. P. Z.*, 157, líns. 30 y sigs.; desafueros de los oficiales: *Hib.*, 59, 245 a. de J. C.; *Ent.*, 87 (año 25 de Evérgetes I); labradores reales arruinados por ἐκφόρια, *Teb.*, 703, lins. 60 y sigs.; huida de hombres obligados al servicio y ἀναχώρησις, *U. P. Z.*, 157, líns. 33-34 (¿Evérgetes I?); en este documento se registra entre los grupos que no son aptos para el trabajo en los diques: 37 φυγάδες; 21 χοαχύται ὡσαύτως; total, 58. En *Teb.*, 703, lín. 217 se cita ὑπόμνημα περὶ τῶν ἀνακεχωρηκό[τ]ων σωμάτων ἐκ τῶν | ἔργων. *Hib.*, 71 (245-244 a. de J. C.), una carta de Antioco a Dorión, lín. 5: περὶ τ[ῶν] ἀνακεχωρηκότων σωμάτων ἐκ τῆς ἐ[ν] Κεφαλαῖς λατομίας. En *Teb.*, 701 (235 antes de J. C.) un pueblo se queda ἔρημος porque muchos de sus habitantes están presos. Véase nota 208.

Por supuesto, es posible que algunas de las medidas opresoras de Evérgetes fuesen temporales, dado que estaban motivadas por la gran tensión de la guerra siria, que duró hasta el 240 a. de J. C. (*U. P. Z.*, 157, se atribuye con probabilidad al 241 a. de J. C.). Lo mismo puede decirse de *Teb.*, 703, cuya fecha exacta se desconoce (véase lín. 236: ἀκολούθως τοῖς περιέχουσι καιροῖς). Por otra parte, podemos registrar las admoniciones del *dioecetes* a su οἰκονόμοι en *Teb.*, 703, para que trate a la población con amabilidad y justicia (cf. *Hib.*, 59, 9), y el gran cuidado que se toman el rey y el dioceta en aumentar la producción del país (*Teb.*, 769, líns. 27 y sigs. y 72 y sigs.). Sin embargo, el γεωργός en *Teb.*, 769, advierte al gobierno de que el injusto trato a que ha sido sometido puede evitar que otros arrienden y siembre la tierra real; y las admoniciones de *Teb.*, 703, sugieren que la regla general era un trato distinto a la población. La explicación de la actitud de la población indígena en Egipto que sugiero en el texto y en esta nota desarrolla ideas que he expresado repetidas veces, por ejemplo, en mi *Kolonat* y en mi *Foundation of Social and Economic life*, en *J. E. A.*, VI (1920), págs. 170, 178. Mis ideas coinciden con el punto de vista de la señorita Préaux, subrayadas por ella en muchos de sus artículos (véase nota 84), especialmente en *Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides*, en *Chr. d'Ég.*, XI (22) (1936), pág. 522. Este artículo llegó a mis manos mucho después de haber escrito esta sección de mi libro. Me alegro mucho de poder afirmar que nuestras conclusiones, sacadas del mismo material, coinciden en todos los puntos esenciales. Sin embargo, debo destacar que la señorita Préaux subestima la influencia de los indígenas por el hecho de que sus gobernantes eran extranjeros.

Mi punto de vista sobre la posición privilegiada de los griegos en Egipto en el siglo III a. de J. C., posición que producía un amargo resentimiento en los indígenas y otros elementos no griegos de clase alta y baja establecidos en Egipto, está apoyado por algunos documentos recientemente descubiertos, que yo desconocía cuando escribí estos pasajes. Uno es *P. Yale Inv.*, 1627-28, de la época de Evérgetes I (inédito).

Un sacerdote de clase alta, en cuya casa fue alojado un cleruco griego, dice acerca de su oponente en su *enteuxis*, lín. 13: καταφρον]ήσας μοῦ ὅτι Αἰγύπτιός εἰμι. Otro es uno de los papiros de Zenón, ahora en la Universidad de Columbia (*Inv.*, 274), publicado como *P. Col. Zen.*, 66, por el profesor W. L. Westermann (a quien debo mi conocimiento de este papiro). Un árabe al servicio de Zenón en Filadelfia, puesto por el último a las órdenes de Jasón, se queja por las irregularidades en el pago de su salario y dice que le tratan como ὅτι εἰμὶ βάρβαρος (lín. 19) y ὅτι οὐκ ἐπίσταμαι ἑλληνίζειν (lín. 21). Cf. los excelentes comentarios de Westermann. Puedo añadir que en la lista de cualidades exigidas a un funcionario tolemaico (citadas por mí en el cap. VIII, nota 35, y mencionadas en *Teb.*, III, núm. 703, pág. 31) figura la de ser φιλέλλην.

(213) Es muy probable que Evérgetes recompensase el *dorea* dado por Filadelfo a Apolonio; véase mi *Large Estate*, pág. 20; cf. páginas 170 y sigs. Lo mismo puede decirse del *dorea* mencionado en *Teb.*, 773, líns. 1 y 780, líns. 7-8; véanse además las fuentes citadas en mi *Large Estate*, loc. cit.; *B. G. U.*, VI, 1238, 13 (siglo III a. de J. C.); 1504, 4; 1540, 3 (Filopátor); *Pap. Rev. Belge*, IV, 8 E, 3 (siglo III a. de J. C.), y *P. Mich.*, 182 (182 a. de J. C.); cf. 193 y 200 (nótense los pagos al rey de renta por la tierra que pertenecía a un *dorea*). Impuestos donados como un *dorea: P. Col.*, 480; Hunt, *Sel. Pap.*, 205, líns. 7 y sigs. (y nota de Westermann); J. G. Tait, *Greek Ostraka in the Bodl. Libr.*, 1930, núm. 32 (232 a. de J. C.); C. Préaux, *Les Ostraca grecs... Wilbour au Musée de Brooklyn*, 1935, núm. 2, y sus interesantes notas sobre el texto. Para época posterior, véanse caps. V y VI. En mi opinión, se ve un *dorea* en plena actividad, en *Teb.*, 701 (la interpretación de Hunt es diferente).

(214) Calderini ha reunido una gran colección de fuentes relativas a Alejandría en general, su historia, su topografía, su vida social, económica, religiosa, etc., en su *Dizionario dei nomi geografici*, etc., 1935, voz Ἀλεξάνδρεια. Son numerosas las descripciones generales de Alejandría (se encontrará una lista completa en el artículo de Calderini). Puedo mencionar el libro, aún no anticuado, de G. Lumbroso, *L'Egitto dei Greci e dei Romani*, 1895, y su obra póstuma (en curso de publicación), *Testi e commenti concernenti l'antica Alessandria;* la excelente guía de E. Breccia, *Alexandrea ad Aegyptum*, ed. inglesa, 1922, y el artículo, muy bueno, de H. I. Bell, *Alexandria*, en *J. E. A.*, XIII (1927), págs. 171 y sigs., los dos últimos con copiosa bibliografía. No he visto G. Dijkmans, *Une économie ancienne : Alexandrie des Ptolémées*, en *Rev. d. Sciences écon.*, VII (Lieja, 1933), págs. 109 y sigs. Sobre Alejandría tal como se refleja en su arte e industria: F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?*, en *From the Collections of the Carlsberg Glyptothek*, II (1938), e I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt*, 1937. Sobre la industria egipcia y las pinturas pompeyanas, véase mi artículo *Die hellenistich-römische Architekturlandschaft*, en *Röm. Mitt.*, 1911, págs. 47 y sigs., figs. 26-28. Faros: nuevas fuentes en la descripción de Faros por Ibn Al-Sayj de 1165-66 (con medidas); M. Asín Palacios, *Al-Andalus*, en *Rev. de las Escuelas de Estudios Árabes*, etc., I (1933), págs. 241 y sigs.; cf. ibíd., III (1935), págs. 185 y sigs., y L. Otero, ibíd., I (1933), págs. 293 y sigs. (reconstrucción); cf. también R. Vallois, *R. É. G.*,

(1936), págs. 167 y sigs., y *Rev. Arch.*, VII (1936), págs. 104 y sigs. Alejandría y el *Adoniazusai:* A. S. F. Gow, *J. H. S.*, LVIII (1938), págs. 180 y sigs. El «Zoo»: H. M. Hubbell, *Class. Journ.*, XXXI (1935), págs. 68 y sigs. Alejandría aparece como ciudad autónoma en documentos como los inventarios del templo de Delos; por ejemplo: Durrbach-Roussel, *Inscr. de Délos,* núm. 1403 B *a* 1, regalos traídos por los θεωροί del rey y de Alejandría; líns. 65 y 75; θεωρῶν τ[ῶν παρὰ βασιλέως Πτολε]μαίου καὶ τῆς πόλεως τῶν Ἀλεξανδρέων. Los epigramas que describen la fuente y el altar de Homero: O. Guéraud y P. Jouguet, *Publ. Soc. ég. Papyrologie,* II (1938) (Page, *Gr. Lit. Pap.*, 105). Sobre la Bulé de Alejandría a principios del período tolemaico: M. Segre, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (10) (1938), pág. 135.

(215) Sobre Apolonio, véanse mis notas preliminares en mi *Large Estate* y las de C. C. Edgar en *P. Mich. Zen.*, introducción. Sobre Apolonio: R. Seider, *Beiträge zur ptolemäischen Verwaltungsgeschichte,* en *Quellen u. Studien z. Gesch. u. Kultur d. Altert. u. Mittelalt.*, VIII, 1938. Cuando se hayan publicado todos los papiros de Zenón, será de gran importancia reunir todos los textos sobre la vida oficial, económica y doméstica de Apolonio. Pagos atrasados de jornales y salarios; por ejemplo, *P. Cairo Zen.*, 59043, y E. Grier, *Accounting,* etc.

(216) Sobre el *dorea* de Apolonio, véanse los artículos citados en la nota precedente; véase mi *Out of the Past of Greece and Rome,* 1932, págs. 92 y sigs. Sobre las casas: N. Lewis, *New light on the Greek house from the Zenon papyri,* en *A. J. A.*, XXXVII (1933), págs. 397 y sigs., y A. R. Schütz, *Der Typus des hellenistisch-ägyptischen Hauses im Anschluss an Baubeschreibungen griechischer Papyrusurkunden,* tesis doctoral, Wurzburgo, 1936 (véanse especialmente las citas de la correspondencia de Zenón, págs. 1 y sigs.). La correspondencia de Zenón contiene muchos pormenores sobre casas en proceso de construcción y decoración. Sobre Filadelfia: P. Viereck, *Philadelpheia,* 1928 (*Morgenland,* cuaderno 16). El *P. Yale Inv.*, 1641 (inédito), de la época de Evérgetes I (?) testimonia una gran producción de vino en el antiguo *dorea* de Apolonio en Filadelfia. Zenón (¿el antiguo administrador del *dorea* de Apolonio?) da orden de comprarle nueve *keramia* παλαιοῦ Φιλαδελφείον οἴνου (lín. 20).

(217) Sobre este asunto se dirá más en el cap. VIII.

(218) Sobre Siria: véase mi capítulo *Syria and the East,* en *C. A. H.*, VII, págs. 161 y sigs., especialmente págs. 173 y sigs. (con bibliografía); W. W. Tarn, *Hellen. Civ.*, 2.ª ed., págs. 117 y sigs. (3.ª ed., págs. 126 y sigs.), y *The Greeks in Bactria and India,* 1938, págs. 1 y sigs. (2.ª ed., Addenda); E. Bikerman, *Institutions des Séleucides,* 1938. Para la historia política y la administración de Siria en el siglo III a. de J. C., véanse los caps. de *C. A. H.* referentes a estos temas, con las bibliografías; véase nota 230.

(219) No es necesario dar aquí una lista de inscripciones que tratan del imperio seléucida. Las más importantes serán citadas y discutidas más adelante en esta sección.

(220) Se encontrará una buena lista de publicaciones en las que se transcriben, traducen y discuten los documentos comerciales, cuneiformes de la época seléucida en la disertación de O. Krückmann, *Baby-*

lonische Rechts- und Verwaltungsurkunden aus der Zeit Alexanders und der Diadochen, 1931, cf. M. San Nicolò, *Beiträge zur Rechtsgeschichte im Bereiche der keilschriftlichen Rechtsquellen,* 1931. Está en preparación una publicación completa de los textos cuneiformes por San Nicolò y Krückmann. A la bibliografía de Krückmann puede añadirse: M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide conservés au Musée du Louvre,* 1935, con una excelente bibliografía y un resumen de la historia de Uruk; cf. A. Aymard, *Une ville de la Babylonie séleucide d'après les contrats cunéiformes,* en *Rev. É. A.,* XL (1938), págs. 5 y sigs. (pág. 7, nota 4, da una lista de documentos publicados en transcripciones solamente, y pág. 9, nota 4, una lista parecida de documentos traducidos). Sobre las fechas de las tablillas: E. Cavaignac, *Rev. Assyr.,* XXVIII (1931), págs. 73 y sigs., y XXIV (1937), págs. 140 y sigs., y A. T. Olmstead, *Cl. Phil.,* XXXII (1937), págs. 1 y sigs.

(221) Pergaminos y papiros de Dura: F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos,* 1926, págs. 281 y sigs.; J. Johnson, *Dura Studies,* 1932, págs. 35 y sigs. y las listas mías; C. B. Welles, y E. T. Silk, *Excavations at Dura-Europos, Preliminary reports,* II, págs. 201 y sigs., V, págs. 295 y sigs., VI, págs. 416 y sigs. y VII-VIII, págs. 426 y sigs.; véanse los informes de C. B. Welles y míos, *Münch. Beitr. z. Papyrologie,* XIX (1934), págs. 351 y sigs. Cada uno de los pergaminos está publicado e ilustrado por A. R. Bellinger y C. B. Welles, *Yale Class. Stud.,* V (1935), págs. 95 y sigs., y por C. B. Welles, *Z. d. Sav.-Stift.,* LVI (1936), págs. 99 y sig. y *Archives de l'Hist. du droit oriental,* I (1937), págs. 261 y sigs. Pergaminos de Avromán: E. H. Minns, *J. H. S.,* XXXV (1915), págs. 22 y sig.; P. Meyer, *Jurist. Papyri,* 1920, pág. 120; A. Cowley, *J. R. A. S.,* 1919, pág. 147; H. S. Nyberg, *Le monde oriental,* XVII (1923), págs. 182 y sigs. Bulas y sellos de Orcoi y Seleucia: mi *Seleucia Babylonia,* en *Yale Class. Stud.,* III (1932), págs. 26 y sigs., y R. H. McDowell, *Stamped and Inscribed objects from Seleucia on the Tigris,* 1935; cf. F. E. Brown, *A. J. A.,* XLII (1938), págs. 607 y sigs.

(222) Sobre las acuñaciones seléucidas, véanse notas 243 y sigs.

(223) No es posible dar aquí una lista completa de las publicaciones en que se enumeran, estudian e ilustran las ruinas de las ciudades y los descubrimientos hechos en ellas. Un buen resumen parcial de la obra hecha por Alemania en Asia Menor y otras partes se encontrará en G. Rodenwaldt, *Neue deutsche Ausgrabungen,* en *Deutschtum und Ausland,* 23-24, 1930. Cf. W. Otto, *Handbuch der Archäologie,* I, 1937; F. Koepp, *Geschichte der Archäologie,* págs. 11 y sigs., y Th. Wiegand. *Die Denkmäler,* etc., págs. 71 y sigs., y los artículos correspondientes en *P. W. K.* Para las inscripciones, véase J. J. E. Hondius, *Saxa loquuntur,* 1938. Puede obtenerse una idea general de los aspectos económico y social de la vida en la época helenística del famoso mosaico de Dafne que representa escenas de la vida en el siglo IV d. de J. C. a lo largo del camino que va desde Antioquía a Dafne. Estas escenas encuentran paralelos extraordinarios en la vida moderna de Siria que no ha variado mucho desde la época helenística; véase J. Lassus, *Dans les rues d'Antioche,* en *Bull. Ét. Or. de l'Inst. fr. de Damas,* V (1935), págs. 121 y sigs. y láms. XII-XVII, nota 227. Sobre el gasto de Seleucia del Tigris: C. Hopkins, *Antiquity,* XIII (1939), págs. 440 y sigs.

(224) Sobre las ruinas de Siria: véase mi resumen *La Syrie romaine*, en *Rev. Hist.*, CLXXV (1935), págs. 1 y sigs., cf. F. Cumont, *C. A. H.*, XI (1936), págs. 613 y sigs. (con bibliografía). Para Siria no existe nada parecido a la obra de Watzinger (véase nota 225). Sobre Antioquía del Orontes: G. W. Elderkin y otros, *Antioch-on-the-Orontes*, I, 1934, y R. Stilwell y otros, II, 1938; III, 1941; IV, 1948. Informes sobre las excavaciones en curso en esta ciudad se publican de cuando en cuando en *A. J. A.* y en *Syria*. El último (*A. J. A.*, XLII (1938), págs. 205 y sigs.) informa del trabajo de 1935-36. No se han descubierto monumentos helenísticos, excepto algunos fragmentos cerámicos, monedas y otros objetos menores.

(225) C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, I, II, 1933 y 1935. Sobre Petra y otras ciudades nabateas: G. y A. Horsfield, *Quart. Dept. Ant. Pal.*, VII (1938), págs. 1 y sigs. y VIII (1938), págs. 87 y sigs. Sobre Gerasa: C. Kraeling y otros, *Gerasa*, 1938, y N. Glueck, *A. J. A.*, XLI (1937), págs. 361 y sigs.

(226) Templos helenísticos en Orcoi: J. Jordan, *Uruk-Warka*, en *Wiss. Veröff. d. d. Orient-Ges.*, LI (1928), y el anuario *Vorläufige Berichte* sobre las excavaciones de Uruk publicado por J. Jordan, E. Heirich, y A. Noldeke y sus ayudantes en el *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, desde 1930. En Orcoi se desenterró un templo parto muy interesante, que presenta un aspecto completamente helenístico; véase E. Heinrich, *Sechster vorl. Ber.*, etc., *Berl. Abh.*, 1935, núm. 2, págs. 33 y sigs. (A. Falkenstein, *Topographie von Uruk*, I, *Zur Seleukidenzeit*, 1941). Sobre la historia de la ciudad y sus excavaciones, véase el breve informe de M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide conservés au Musée du Louvre*, 1935, págs. 25 y sigs.; cf. A. Aymard, *Rev. E. A.*, XL (1938), págs. 5 y sigs.

(227) Seleucia: L. Waterman, *Preliminary reports upon the Excavations at Tel Umar*, I, 1931, II, 1933. Para la bibliografía, véase el libro de R. H. McDowell citado en la nota 221 y su *Coins from Seleuceia on the Tigris*, 1935. El resultado de las dos últimas campañas en Seleucia será pronto publicado por C. Hopkins.

(228) Dura: F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, 1926; *Excavations at Dura-Europos, Preliminary Reports*, I-IX (3), 1929-52. *Final Report*, IV [parte I (1-2)-IV (1)], 1943; VI, 1949; cf. M. Rostovtzeff, *Caravan cities*, 1932, págs. 153 y sigs. (más completa en la edición italiana, 1934), y *Dura-Europos and its Art*, 1938. Sobre la fecha de la toma de Dura, véase A. Alföldi, *Berytus*, IV (1937-38), págs. 41 y sigs.

(229) Los monumentos de la India Bactriana de la época helenística están reunidos e ilustrados en muchos libros, de los que doy aquí una pequeña selección. Sobre Bactriana: W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938. Sobre las excavaciones en Kapisa: pág. 512, nota 317. Sobre la India: John Marshall, *Cambr. Hist. of India*, I, 1921, pág. 621; V. Smith y K. de B. Codrington, *A History of fine art in India and Ceylon*, 2.ª ed., 1930, págs. 28 y sigs.; John Marshall, *A Guide to Sanchi*, 2.ª ed., 1936, págs. 9 y sigs. (cf. M. A. Foucher y John Marshall, *The monuments of Sanchi*, 3 vols., Calcuta, 1946); N. G. Majumdar, *A Guide to the sculptures in the Indian Museum*, I: *Early Indian School*, 1937, págs. 54 y sigs.; todo con bibliografías com-

pletas. Sobre Taxila: John Marshall, *A Guide to Taxila,* 3.ª ed., 1936, págs. 26 y sigs., y su *Taxila* (tres vols., *C. U. P.,* 1951). Al final de esta sección volveré sobre el problema de las relaciones entre la India, Bactriana y el mundo helenístico. Se ha trabajado menos sobre los monumentos de la meseta irania que pertenecen a la época helenística. Sobre el templo de Persépolis construido al pie de la terraza del palacio y sobre las dedicaciones griegas a dioses iranios bajo nombres griegos encontradas en este templo iranio, véanse: E. Herzfeld, *J. R. A. S.,* 1934, pág. 232; íd., *Archaeological History of Iran,* 1935, págs. 44 y sigs.; J. Sturm, *P. W. K.,* XIX, 1273. Dado que las ruinas y las inscripciones no han sido aún publicadas, debo reservar mi opinión sobre la fecha del templo y de las inscripciones votivas atribuidas por Herzfeld a la época inmediatamente posterior a Alejandro. Sobre las columnas de Istakhr (la ciudad que sucedió a Persépolis) y los templos de Kangawar y Khurha, véase Herzfeld, *Arch. Hist.,* págs. 48 y sigs. (cf. lám. VI). Las fechas de estos monumentos no son seguras. Los resultados de las excavaciones de Susa se han publicado en los volúmenes de la *Délégation en Perse: Mémoires,* vols. I-XXXI (1900-1949). Sobre la historia antigua de Susa y el Alam: G. G. Cameron, *History of Early Iran,* 1936.

(230) La historia de las satrapías iranias del reino seléucida se conoce sólo de un modo incompleto y, por consiguiente, es muy controvertida. Sobre la independencia de Persis, atestiguada por monedas acuñadas por reyes locales ya en el siglo III a. de J. C., probablemente muy poco después de la muerte de Seleuco I: E. T. Newell, *The coinage of the eastern Seleucid mints,* en *Num. Studies,* I, 1938, págs. 160 y sigs. Sobre la fundación del reino parto y la secesión de Partia bajo Andrágoras y de Bactriana bajo Diódoto, véanse el juicioso análisis de nuestras fuentes literarias y numismáticas por J. Wolski, *Arsaces I, the founder of the Parthian State,* en *Eos,* XXXVIII (1937), págs. 492 y sigs., y XXXIX (1938), págs. 244 y sigs. (publicado también separadamente como una tesis doctoral de Cracovia) (en polaco), y su artículo *Diódoto I y la fundación del reino greco-bactriano,* en *Eos* (en polaco); véase la recensión de E. Bikerman, *Rev. Phil.,* 1939, y N. Debevoise, *A political history of Parthia,* 1938. Sobre las antiguas tiranías de Caria, Jonia y Licia: Eupólemo de Yaso (?) (finales del siglo IV a. de J. C.): mi artículo en *Rev. É. A.,* XXXIII (1931), pág. 23, y L. Robert, *L'antiquité class.,* IV (1935), págs. 157 y sigs., y *Coll. Froehner,* I: *Inscr. gr.,* núm. 52, págs. 65 y sigs.; Timarco de Mileto: Just., *Prol.,* XXVI; Apiano, *Syr.,* 65; tiranos de Apolonia en Licia (?) (principios del siglo III a. de J. C.): Zolotas en Ἀθηνᾶ, XX (1908), pág. 233; M. Segre, *Athen.,* XII (1934), págs. 3 y sigs.; L. Robert, *Villes de l'Asie Mineure,* 1935, pág. 56, nota 3; Dócimo, general de Antígono y fundador de la ciudad de Docimio, en Frigia: Imhoof-Blumer, *Kleinas. Münzen,* págs. 223 y sigs.; W. Peek, *Ath. Mitt.,* LVI (1931), págs. 124, núm. 8; A. Wilhelm, *Sitzb. Berl. Akad.,* 1932, pág. 851; L. Robert, *Rev. É. G.,* XLV (1932), pág. 203, nota 2, y *Rev. Phil.,* VIII (1934), págs. 267 y sigs.; H. Bengtson, *Die Strategie in der hell. Zeit,* I, en *Münch. Beitr.,* XXVI (1937), pág. 199; A. H. M. Jones, *The Cities,* etc., pág. 49 y nota 33; quizá Temisón, favorito de Antioco II, fundador de Temisonio (?) en el sur de Frigia: A. H. M. Jones, loc. cit.; W. Ruge, *P. W. K.,* V A, 1638 y sigs.; cf.

F. Schachermeyer, ibíd., 1632, núm. 3. Para los tiranos posteriores en distintas partes de Asia Menor: Ernst Meyer, *Die Grenzen*, etc., págs. 69 y sigs. y 138 y sigs.; *C. A. H.*, VII, págs. 183 y sigs.; W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 120 (3.ª ed., pág. 130); A. H. M. Jones, loc. cit., págs. 48 y sigs. Especialmente interesantes son Lisias y Filomelo, en Frigia (M. Holleaux, *Rev. É. A.*, XVII (1915), págs. 23 y sigs. [= *Études*, III, págs. 357 y sigs.]; P. Roussel y G. Nicole, *Rev. É. G.*, XXIX (1916), págs. 452 y sigs.; cf. A. Wilhelm, *Wien. S. B.*, CLXVI (1910-11), págs. 48 y sigs.), y aún más Olímpico, en Caria (M. Holleaux, *Rev. É. A.*, V (1903), págs. 223 y sigs., y *Rev. É. G.*, XII (1899), págs. 20 y sigs.) [= *Études*, IV, págs. 146 y sigs.]. Aparece nueva información sobre Olímpico en un decreto de la ciudad de Alinda en honor de dos oficiales de su gobierno civil (δια]τρίβοντες|[π]αρ' Ὀλυμπίχωι στρατηγῶι ἐν τῶι ἐπιστολογραφίωι), A. Laumonier, *B. C. H.*, LVIII (1934), págs. 291 y sigs. Se menciona a un Olímpico en una inscripción de Laodicea del Lico, *M. A. M. A.*, VI (1939), núm. 4, cf. pág. 14; pero es discutible su identidad con el tirano del mismo nombre, véase L. Robert, *Rev. É. G.*, LII (1939), pág. 506. Pisidia y Cilicia fueron siempre regiones de pequeños tiranos, estados tribuales y templos. Sobre el templo-estado de Olba: J. Keil y A. Wilhelm, *M. A. M. A.*, III, 1931, págs. 44 y sigs.; M. Schede, *Gnomon*, X (1934), págs. 584 y sigs.; A. H. M. Jones, loc. cit., págs. 210 y sigs. Sobre Tolomeo de Telmeso: véanse págs. 336 y sigs. Sobre las tiranías en general: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 166 y sigs.

(231) Se encontrará un análisis cuidadoso del carácter del poder real de los seléucidas en E. Bikerman, op. cit., págs. 3 y sigs., caps. I y II. Sobre el culto real: ibíd., págs. 236 y sigs.; véanse mis artículos en *J. H. S.*, IV (1935), págs. 56 y sigs., *C. R. Ac. Inscr.*, 1935, págs. 290 y sigs., *Mél. syr. R. Dussaud*, 1939, págs. 281 y sigs. Sobre Seleuco I, descendiente de Apolo: Stähelin, *P. W. K.*, II A, 1232; L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 172 y sigs.; E. Bikerman, loc. cit., pág. 253, nota 1. Sobre el poder real de los diádocos en general: cap. III de este libro.

(232) Nótese que en la época helenística Siria produjo un grupo notable de filósofos de distintos credos, especialmente estoicos. El estoicismo estuvo desde sus comienzos estrechamente vinculado a la concepción semítica de la vida y siguió siendo congénito a los semitas helenizados y a los griegos semitizados del reino seléucida. No puedo citar aquí los numerosos artículos que tratan de este tema. Baste referirlos a J. Bidez, *La cité du Monde et la cité du Soleil chez les Stoïciens*, en *Bull. Ac. Royale de Belgique*, 5.ª serie, XVIII (1932), págs. 244 y sigs. (y por separado). Sin embargo, puedo señalar que en la época del imperio romano los tratados de filosofía estoica de más amplia difusión fueron los producidos por los filósofos de origen oriental. Tales fueron el famoso Crisipo de Soli y el gran Posidonio de Apamea. También Diógenes, natural de Seleucia, apellidado el Βαβυλώνιος, sucesor de Zenón, y sus discípulos Perseo de Cicio, Boeto de Sidón y Antípatro de Tarso. Véase la lista de libros «útiles», «que tratan de la vida», que da Teón en una célebre carta dirigida a Heraclides el filósofo, encontrada en Egipto (siglos I-II d. de J. C.), A. Vogliano, *Dal I° vol. dei. Papiro d. R. Univ. di Milano*, 1935, núm. 2 [=*P. R. I. M. I.*, I, núm. II]; véanse las otras listas citadas por él, especialmente la publicada por G. Manteuffel,

Pap. Varsov., núm. 5, que contiene fragmentos de la sección que trata de libros de filosofía: éstos son casi exclusivamente libros de estoicos, y la lista es muy parecida a la contenida en la carta de Teón.

(233) Sobre la actitud de los seléucidas hacia los distintos dioses de su reino, véanse las breves notas generales de E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 250 y sigs.

(234) Reconstrucción de Esagila y el Ezida por Antioco I: E. Schrader, *Keilinschriftliche Bibliotek,* III, mitad 2, págs. 136 y sigs. (F. E. Peiser); F. H. Weissbach, *Die Keilinchriften der Achämeniden,* 1911, págs. 132 y sigs.; C. F. Lehmann-Haupt, *Neue Studien zu Berossos,* en *Klio,* XXII (1928), pág. 132. Sobre la obra hecha bajo Alejandro: O. Krückmann, *Bab. Rechts- und Verwaltungsurk.*, etc., págs. 70 y sigs. El profesor F. J. Stephens, de Yale, me llamó la atención sobre el hecho de que Antioco I no hizo ninguna obra en Esagila; se limitó al templo de Nabu en Borsipa, el Ezida. Así lo dice en su inscripción. Sin embargo, se consideraba administrador de los dos templos («Pfleger von Esagila und Ezida»: así traduce ahora F. Weissbach, en lugar de «Ausschmücker von Esagila und Ezida»), y dice en su inscripción que desea reconstruir también Esagila. El templo de Esagila fue excavado por los arqueólogos alemanes. No se han encontrado textos ni restos que atestigüen la actividad de Alejandro ni de Antioco I, y la reconstrucción de Alejandro no se menciona en el informe de los excavadores: véase E. Wetzel y F. H. Weissbach, *Das Hauptheiligtum des Marduk in Babylon, Esagila, und Entemenaki,* en *Ausgr. d. d. Or. Ges. in Babylon,* VII (1938). Donación de Antioco I: Sidney Smith, *Babylonian historical texts,* 1924, págs. 156 y sigs. Sobre las donaciones reales de tierra y objetos valiosos que aparecen en posesión de los templos de Babilonia: C. F. Lehmann-Haupt, *Zeitschr. f. Ass.*, VII (1892), págs. 330 y sigs.; W. Otto, *Beitr. z. Seleukidengesch.*, pág. 72, nota 3; O. Krückmann, loc. cit., pág. 8. La tablilla que contiene el documento publicado por Lehmann-Haupt necesita una revisión y reedición. Por desgracia, esta tablilla, que en la época de su publicación estaba en Nueva York, traída de Babilonia por W. H. Ward y copiada en Londres por Pinches y Lehmann-Haupt, nunca se ha vuelto a ver desde entonces. Véase, en general: A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), pág. 20, nota 2, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 176. Sobre la moneda de los templos (?) de Babilonia, Susa y Ecbatana: E. T. Newell, *The coinage of the eastern Seleucid Mints* (*Nun. St.*, I), 1938, pág. 106, nota 14 (Babilonia), págs. 117 y sig. y 122 (Susa), y pág. 171 (Ecbatana). Las amistosas relaciones de Alejandro y sus sucesores con los templos y ciudades principales de Babilonia fueron de hecho una continuación de la política de los asirios y persas, y deben explicarse como un reconocimiento de la gran influencia que los templos y ciudades sagradas tenían sobre el pueblo de Babilonia. Para la época asiria, véase el interesante artículo de F. M. Th. Böhl, *Der babylonische Fürstenspiegel,* en *Mitt. Altor. Ges.*, XL (1937), 3.

(235) La historia de los templos helenísticos de Uruk está en varios documentos hallados tanto en las excavaciones antiguas de la ciudad como en las que se llevan a cabo (por una expedición alemana). La actividad de Anu-ubalit I Nicarco en Bit-res está atestiguada por un

cilindro de cerámica de la colección de Yale: A. T. Clay, *Yale Or. Stud., Babyl. Texts,* I, 1915, págs. 81 y sigs. La de Anu-ubalit II Cefalón en Wuswas está atestiguada por los ladrillos del templo de Anu y Antún (J. Jordan, *Uruk Warka,* en *Wiss. Ver. d. d. Or. Ges.*, LI, págs. 40 y sigs.). La fecha de estos ladrillos, leídos por primera vez por Schroeder como «130 Sel.» —fecha que está en contradicción con el nombre del rey Antioco citado en los ladrillos (en 182 a. de J. C. el rey era Seleuco IV: véase W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 118 y sigs. y pág. 141; M. Holleaux, *B. C. H.*, LVII (1933), pág. 30, nota 2; mi *Seleucid Babylonia,* págs. 6 y sig.)—; ha sido corregida por E. Heinrich, *Berl. Abh., phil. hist. Kl.*, V (1934), pág. 25, nota 1, que lee «110 Sel.» en vez de «130» (A. Falkenstein, *Topographie von Uruk,* I, págs. 6 y sigs.). Finalmente, la actividad del mismo hombre en el «Südbau» se recuerda en una larga inscripción en ladrillos azules vidriados que decoran el nicho del culto del templo. La inscripción no ha sido descifrada, por completo, pero ciertamente atestigua la actividad constructora de Anu-ubalit Cefalón; véase la nota sobre O. Krückmann en A. Nöldeke, etc., *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, IV (1936), págs. 36 y sigs. Sobre el estado jurídico de los templos de Uruk en general y la política liberal de los seléucidas frente a ellos, tal como la presentan las tablillas cuneiformes, véase el artículo de A. Aymard citado, págs. 18 y sigs. y 23, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 174 y sigs.

(236) Inscripciones del templo de Nanaía en Susa: *S. E. G.*, VII, 1 y sigs. especialmente núms. 15 y sigs. (manumisiones); cf. L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 137 y sigs.; F. Cumont, *C. R. Ac. Inscr.*, 1937, págs. 313 y sigs., y 1938, págs. 305 y sigs. Véase nota 270. Es interesante señalar a este respecto la estatera de oro de Seleuco I acuñada en Susa. Muestra la cabeza de Apolo en el anverso, y en el reverso, en vez de la Atenea corriente, la imagen de Ártemis disparando una flecha desde un carro tirado por dos elefantes. E. T. Newell, *The coinage of the eastern Seleucid Mints* (*Num. St.*, I), 1938, pág. 124, núm. 329, sugiere que esta imagen puede representar a Nanaía helenizada, identificada con la Ártemis *archegetis* de Seleuco.

(237) O. Schroeder, *Vorderasiat. Schriftdenkmäler der k. Mus. z. Berlin,* XV, 1916; M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide,* pág. 52. Recientemente, Aurel Stein ha encontrado en las ruinas de un templo, en el valle cerrado del Elam, cerca del pueblecito de Shami, en Juzistán, restos de una estatua de bronce de uno de los seléucidas y algunas otras estatuas parecidas. ¿Era el templo de un rey y de sus πρόγονοι o un templo del dios local en la que el rey y su «casa» eran *synnaoi theoi?* Véase el informe preliminar de Aurel Stein, *Geogr. Journ.*, XCII, 4 (1938), págs. 325 y sigs., fig. 9 (mi lám. X, 1).

(238) Véase el material recogido en mi artículo *Kleinasiatische und syrische Götter in röm. Ägypten,* en *Aeg.*, XIII (1933), págs. 508 y sigs.; véase mi *Dura and the Parthian art,* en *Yale Class. Stud.*, V (1935), págs. 206 y sigs., mi *Dura-Europos and its art,* 1938, págs. 58 y sigs., y F. Cumont, *Mél. syr. R. Dussaud,* 1938, pág. 6, núms. 1 y 8.

(239) Sobre el culto de Atargatis y Hadad, de Astarté y Adonis, en las épocas helenística y romana: F. Cumont, *Les religions orientales,* 3.ª ed., 1929, págs. 160 y sigs., y 180 y sigs.; sobre la iconografía

de Atargatis y Hadad: P. V. C. Baur, *Excavations at Dura-Europos, Prel. rep.*, III, 1932, págs. 100 y sigs., y C. Hopkins, ibíd., V, 1934, págs. 172 y sigs., y lám. XIV. Véase mi artículo *Le Gad de Doura et Séleucus Nicator*, en *Mél. syr. R. Dussaud*, 1938, págs. 281 y sigs., y F. L. Brown, *Dura rep.*, VII-VIII, 1939, págs. 153 y sigs. Sobre el culto de los dioses sirios y fenicios en Egipto, véase mi artículo citado en la nota anterior. Sobre Adonis en Egipto, véase el magistral trabajo de G. Glotz, *Les fêtes d'Adonis sous Ptolomée II*, en *Rev. É. G.*, XXXIII (1920), págs. 169 y sigs.; véase nota 214. Daría importantísimos resultados una cuidadosa colación y estudio del material que trata de los cultos sirios, fenicios y anatólicos en el Egipto tolemaico.

(240) *O. G. I.*, 214 (Seleuco I y Antioco I, 288-287 a. de J. C.), cf. *Milet*, I, 7 (1924), pág. 283, 3; Welles, *R. C.*, 5, y Hiller von Gaertringen, *Miletos*, en *P. W. K.*, XIV, 1604 y sig. Véanse E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 123 y sigs. y 152, y L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 450 y siguientes.

(241) E. Bikerman, *Inst. Sél.*, 1938, cap. III: L'Armée; cap. IV: Le Fisc séleucide; cap. V: Organisation du Royaume. Nuestra información sobre la organización de las cortes reales aumenta rápidamente. Además del material reunido por Bikerman, págs. 207 y sigs. (cf. A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, etc., pág. 88). Puedo mencionar el papel que los jueces reales desempeñaron en Dura-Europos en la época parta como se ilustra en dos documentos: *D. Perg.*, 20 y 40 (87 d. de J. C.); véanse las notas de C. B. Welles, *Z. d. Sav.-Stift.*, LVI (1936), págs. 105 y sigs., y *Dura rep.*, VII-VIII, págs. 427 y sigs. La institución parece haber estado en vigencia en todas las monarquías helenísticas: Éumenes nombró jueces en Capadocia (Plut., *Eum.*, III, 20); hay jueces reales (?) atestiguados para la Palestina tolemaica (*P. Cairo Zen.*, 59006 y 59003, lín. 18) y aparecen jueces del mismo tipo en el *diagramma* de Filipo V (de 187 a. de J. C.) encontrado en Tesalónica (S. Pelekides, 'Από τὴν πολιτεία κτλ., τῆς ἀρχαίας Θεσσαλονίκης, 1934, pág. 6, lín. 23; cf. L. Robert en M. Holleaux, *Études*, I, pág. 268, nota 3). Se encontrarán más testimonios sobre la χρεοφυλάκια y los χρεοφύλακες en F. Cumont, *C. R. Ac. Inscr.*, 1937, págs. 313 y sigs., y sobre los γραμματοφυλάκια y χρεοφυλάκια municipales en Asia Menor, en L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 453, 457 y sigs. y 486 y sigs.

(242) Véase la bibliografía citada en el cap. II, nota 1. Sobre la fecha del seudo Aristóteles, *Oecon.*, II, E. Bikerman me llama la atención sobre el hecho de que mientras en la época persa y bajo el gobierno de Antioco (Diod., XIX, 55) el sátrapa se encargaba también de la administración financiera, no ocurría así en la época seléucida (inscripción de Bulágoras, *S. E. G.*, I, 366). Pero, por supuesto, no sabemos exactamente cuándo ocurrió este cambio.

(243) Sobre la moneda seléucida, véase la bibliografía en *C. A. H.*, VII, pág. 879, y las más copiosas en R. H. McDowell, *Coins from Seleucia on the Tigris*, 1935, págs. XIII y sig. Se encontrará un excelente sumario en J. G. Milne, *Grek coinage*, 1931, págs. 108 y sigs. Cf. E. T. Newell, *The coinage of the eastern Seleucid mints from Seleucus I to Antiochus III*, en *Num. St.*, I, 1938, y *The Pergamene mint under Philetaerus*, en *Num. Notes and Mon.*, LXXXVI (1936), págs. 10 y sigs. Cleómenes III

y Nabis: C. T. Seltman, *Greek coins,* págs. 256 y sig. Cf. las bellas páginas sobre acuñación seléucida en E. Bikerman, *Inst. Sél.,* págs. 211 y sigs. Bizancio y Calatis e imitación de los tipos seléucidas en Istro: K. Regling, *P. W. K.,* XVI, 475. Circulación de monedas seléucidas en Asia: he citado la afirmación de Milne, pero debo señalar que no se han encontrado grandes cantidades de monedas ni siquiera en la India. Extraño contraste con la frecuencia con que se han hallado monedas romanas de la época imperial, especialmente en el sur de la India. No he encontrado monedas seléucidas en las colecciones de los distintos Museos de la India, especialmente el de Calcuta. John Marshall, en una carta del 16 de marzo de 1937, confirma mi impresión: «las monedas seléucidas y partas —dice— aparecen a veces en los bazares indios de Peshawar, Rawalpindi, etc., pero nunca supe que se encontraran en grandes cantidades en la India.» Es especialmente extraña la ausencia de monedas seléucidas entre las encontradas en Taxila.

(244) Sobre el oro en Bactriana e India: W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India,* págs. 104 y sigs.

(245) Sobre el cobre acuñado en las ciudades griegas de Asia Menor en la época seléucida, véase mi artículo *Some remarks on the monetary and commercial policy of the Seleucids and Attalids,* en *Anatolian studies presented to W. H. Buckler,* 1939, págs. 277 y sigs. Sobre la acuñación de bronce de Siria y Mesopotamia: E. Bikerman, loc. cit., págs. 233 y sigs. La circulación exclusiva de monedas seléucidas en las ciudades del imperio está atestiguada por los hallazgos de monedas. En Palestina, por ejemplo, no hubo otras monedas en circulación después de Antioco III. Véase G. A. Reisner, C. S. Fisher y D. G. Lyon, *Harvard Excavations at Samaria,* I, 1924, págs. 252 y sigs. En Samaria las monedas prehelenísticas son raras. Después aparece allí una serie continua de monedas tolemaicas desde Tolomeo I a Tolomeo V, predominando las emisiones de Tolomeo II. Desde la época de Antioco III desaparecen las monedas tolemaicas, y las seléucidas quedan como únicas hacia el 96 a. de J. C., siendo las más numerosas las de Antioco II y IV. Casi puede decirse lo mismo de Beth-Zur (O. R. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur,* 1933, págs. 69 y sigs.). También aquí, después de las monedas tolemaicas (las últimas de las cuales son las de Tolomeo VI) sólo tenemos seléucidas, volviendo a predominar las de Antioco III hasta el 96 a. de J. C. En los últimos años del gobierno seléucida aparecen algunas emisiones de los Macabeos en competencia con las seléucidas. Véase nota 248 sobre Seleucia y Dura (sobre la ceca de Dura, véase pág. 289) y E. Bikerman, loc. cit., págs. 211 y sigs., que cita también los ejemplos de Sardes y Lisimaquia. A. Heuss, *Stadt und Herrscher,* pág. 195, niega, con insuficiente base, la existencia de un monopolio monetario en el imperio seléucida.

(246) Sobre los tesoros monetarios, véase el volumen de Sydney P. Noe, *A Bibliography of Greek Coin Hoards,* 2.ª ed., 1937, y K. Regling, *Hellenistischer Münzschatz aus Babylon,* en *Z. F. N.,* XXXVIII (1928), págs. 92 y sigs.; véase mi artículo citado en la nota anterior. Los hallazgos aislados ocasionales de monedas tolemaicas en Asia Menor no contradicen la afirmación que hemos dado. La plata tolemaica era buena, y las monedas tolemaicas no eran rechazadas si por casualidad eran ofrecidas en pago.

(246 *a*) E. T. Newell, *The coinage of the eastern Seleucid Mints*, págs. 126 y sigs.

(247) O. Krückmann, *Babyl. Rechts- und Verwaltungsurk*, etc., pág. 68. Véase, por ejemplo, M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide*, núm. 11 (venta de tierra), lín. 12: «pour 15 sicles d'argent pur... en statères d'Antiochus de bon poids», y muchos otros documentos donde se emplea la misma expresión estereotipada.

(248) Sobre las monedas de Alejandro y de los seléucidas descubiertas en Seleucia entre 1927 y 1931, véase la excelente monografía de R. H. McDowell, *Coins from Seleucia-on-the-Tigris*, 1935. Sobre las monedas de Dura-Europos, véanse los capítulos de hallazgos en *Excavations of Dura-Europos, Prel. Rep.*, por A. R. Bellinger, especialmente vol. III, págs. 139 y sigs., y vol. IV, págs. 259 y sigs.; véanse vols. VII-VIII, págs. 391 y sigs., y mi *Dura-Europos and its Art*, cap. I, nota 7 (A. R. Bellinger); véase nota 245. Véase también A. R. Bellinger, *Dura final Report*, VI, 1949, *The coins*.

(249) Sobre las pesas, medidas y monedas de Babilonia en la época seléucida: A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), pág. 23, nota 4; cf. E. Bikerman, loc. cit., pág. 228.

(250) Las pesas de bronce de Babilonia: A. Dumont, *Rev. Arch.*, XX (1869), págs. 191 y sigs.; *Mél. d'arch. et d'épigr.*, 1892 (págs. 134 y sigs.); E. Babelon, *Inv. Coll. Wadd.*, en *Rev. Num.*, II (1898), pág. 635, núm. 7466; F. Lehmann-Haupt, *P. W. K.*, supl. III, 607 y sigs.; O. Viedebantt, *Zur hebräischen, phönizischen und syrischen Gewichtskunde*, en *Z. d. d. Pal. Ver.*, XLV (1922), pág. 15, núm. 101; R. H. McDowell, *Stamped and inscribed objects from Seleucia-on-the-Tigris*, págs. 146 y 256 y sigs.; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 214. Las pesas de bronce de Seleucia: R. H. McDowell, loc. cit., págs. 256 y sigs.; cf. la recensión del libro por F. E. Brown en *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 607 y sigs. Es interesante ver que en Seleucia, en la época parta, era el *paraphylax* municipal quien estaba a cargo del contraste de pesas y medidas. Así ocurría en Asia Menor en la época romana (McDowell, loc. cit., peso en el Museo Británico). Esta función de los *paraphylakes* fue señalada por mí (*Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 491), pero no la menciona L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 98 y sigs., y T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor* (T. Frank, *Econ. surv.*, IV), pág. 868. La existencia de la misma práctica en la Seleucia parta y en Asia Menor romana señalan un origen común, seguramente seléucida. El *paraphylax* pudo haber sido un asociado o subordinado del *agoranomos*.

(251) No existe ningún *corpus* de pesas helenísticas encontradas en las distintas partes del mundo helenístico. (Para las pesas de Atenas, E. Pernice, *Griechische Gewicht*, 1894, y para las de Delos, W. Deonna, *Le mobilier délien*, en *Délos*, XVIII, 1938, págs. 172 y sigs.; cf. S. Reinach, *Traité d'épigraphie grecque*, pág. 464, y L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), págs. 185 y sigs.; véanse también mis observaciones del cap. VIII sobre la política de los reyes helenísticos sobre pesas y medidas). Todas las pesas inscritas de Siria, Fenicia y Palestina serán publicadas por P. R. Mouterde; véanse mis notas en *Mél. Univ. St.-Joseph*, XVII (1933), pág. 246. Le debo el permiso de utilizar su catálogo preliminar en manuscrito, y también estoy en deuda con M. H. Seyeig por haberme

enviado amablemente sus notas y fotografías de las pesas sirias de que tenía noticia. Sin embargo, hay algunas colecciones útiles de parte del material. El artículo *Pondus* de E. Michon, en Dar. y Saglio, *D. d. A.*, es excelente; cf. F. Lehmann-Haupt, *P. W. K.*, supl. III, 607 y sigs., y O. Viedebantt, *Zur hebräischen, phönizischen und syrischen Gewichtskunde*, en *Z. d. d. Pal. Ver.*, XLV (1922), págs. 1 y sigs. Se encontrarán, por ejemplo, publicaciones de algunos ejemplares con útiles comentarios en Babelon-Blanchet, *Cat. d. Br. de la Bibl. nat.*, págs. 674 y sigs.; A. Dain, *Inscr. gr. du Musée du Louvre. Textes inédits*, 1933, págs. 197 y sigs., núms. 237-245; E. Michon, *Mém. Soc. Ant. Fr.*, LI (1890), págs. 20 y sigs.; *Bull. Soc. Ant. Fr.*, 1906, pág. 193; *Rev. Num.*, 4.ª serie, XVII (1913), págs. 314 y sigs.; *Rev. Arch.*, V (1935), págs. 264 y sigs.; E. Pernice, *Griechische Gewichte*, pág. 73. Reproduzco algunos ejemplares de pesas reales y de las de Seleucia y Antioquía en las láms. LIV y LV. Sobre el contraste de pesas por el gobierno seléucida: R. H. McDowell, *Stamped and inscribed objets from Seleucia-on-the-Tigris*, páginas 151 y sigs. A este respecto debo citar la curiosa pesa de Atenas (una de las doce pesas del mismo tipo) publicado por E. Pernice, loc. cit., pág. 21, y núm. 158, pág. 106. Esta pesa lleva una contramarca: el casco con cuerno de Seleuco I. ¿No sería una pesa ática empleada en el imperio seléucida y contrasellada por la oficina real de pesas y medidas? En el *Roman Asia Minor* de Broughton no hay una sección especial sobre pesas y medidas. Hay que anotar también que las numerosas pesas citadas en las inscripciones Σελευκεία o Ἀντιοχεία μνᾶ o Σελεύκειον o Ἀντιόχειον διμναῖον, ἡμίμνουν, τέταρτον, ὄγδοον, ἑκκαιδέκατον, etc., pueden explicarse, no como pesas reales, patrones de Seleucia y Antioquía, sino como de los reyes Seleuco y Antioco. Esto me lo sugirió H. Seyring en una carta privada. En apoyo de este punto de vista cita algunas expresiones como Σελεύκειον δίδραχμον en *I. G.*, XII, 2, 203 B 22 (270-269 a. de J. C.); cf. E. Babelon, *Traité des monnaies*, I, pág. 486, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 4. Puedo añadir que expresiones como Ἀλεξάνδρειον, Δημητρίειον, etc., ἀργύριον son comunes en los documentos helenísticos y posteriores; véanse cap. III, nota 50, y mi artículo en *Anat. St. W. H. Buckler*, pág. 297, nota 1. La sugerencia de Seyrig es muy atractiva, pero antes de formarnos un juicio definitivo sobre este y otros muchos problemas acerca de las pesas reales de los seléucidas debemos esperar la publicación completa del copioso material.

(252) Sobre las expediciones de Demodamas y Patrocles: M. Cary et E. Warmington, *Les explorateurs de l'Antiquité*, 1932 (o su original inglés), págs. 213 y sigs. En este libro los autores tratan de la exploración, pero también se refieren a veces a sus relaciones comerciales. Véase el libro enormemente anticuado e incompleto, pero útil, de R. Henning, *Terrae incognitae*, 1936, págs. 172 y sigs., y 182 y sigs. Estos dos libros estudian también las relaciones entre la India y el mundo helenístico, desde el punto de vista de su exploración. Sobre Demodamas y Patrocles, véanse las interesantes observaciones de W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 488 y sigs.

(253) Mientras que muchos eruditos modernos han hecho objeto de estudio especial el comercio oriental y meridional de los Tolomeos,

se ha escrito muy poco sobre el comercio de los seléucidas con la India y Arabia. Véanse mis resúmenes *C. A. H.*, VIII, pág. 651, y VII, pág. 155, y *Caravan cities*, págs. 1 y sigs., y W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., páginas 209 y sigs. (3.ª ed., págs. 239 y sigs.). El mejor tratado sobre el tema se encuentra en W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938, especialmente págs. 112 y sigs. (2.ª ed., Addenda, pág. 525), y Apéndice 14; también pássim para el desarrollo ulterior. Tarn (págs. 66 y sigs., 261, 367, y Apéndice 12) tiene mucho que decir sobre la importancia de la ruta marítima oriental para el comercio seléucida con la India. Quizá tenga razón para épocas posteriores, pero difícilmente para el siglo III a. de J. C. Sobre Gerra, véase Tarn, loc. cit., Índice, voz «Gerrha», y el breve pero excelente artículo de Tkač, en *P. W. K.*, VII, 1270 y sigs. Las relaciones comerciales regulares entre la India y el imperio seléucida están atestiguadas en los hallazgos de Taxila. En la época helenística, esta ciudad tenía estrechas relaciones con el reino bosforano (a través de los saces y después de los sármatas) y con la Siria seléucida. La primera relación está demostrada por la joyería de la época sace encontrada en Taxila, que muestra idénticas formas y ornamentación que la joyería de la misma época y anterior en el sur de Rusia. La segunda podemos deducirla de los muchos objetos helenísticos, con toda probabilidad de factura siria, encontrados en Taxila. Sin duda fueron los partos quienes, después de mediados del siglo III a. de J. C., actuaron como intermediarios entre la Siria seléucida y el norte de la India. Véase John Marshall, *Guide to Taxila*, 3.ª ed., 1936, y su *Taxila* (3 vols., C. U. P., 1951). Sobre Seleucia, véase nota 227. Cf. P. R. Mouterde, *Mél. Univ. St.-Joseph*, XIX (1935), págs. 119 y sigs. (una inscripción de Seleucia que ilustra la constitución de la ciudad). Sobre las cecas seléucidas en la parte oriental del imperio, véase el libro de E. T. Newell citado en la nota 243. Una cuidadosa investigación de las cuentas de collar de fayenza y vidrio encontradas en China (la mayoría imitaciones locales de originales occidentales) podía ayudarnos a formarnos una idea de las relaciones comerciales entre China y el mundo occidental. Según C. C. Seligman y H. C. Beck, *Bull. Mus. Far Eastern Ant.* (Estocolmo), X (1938), págs. 1 y sigs., estas cuentas locales aparecen en el Oriente Lejano desde el siglo IV a. de J. C. Sabemos muy poco de la atención que prestaban los seléucidas al desarrollo y conservación de los caminos. Puede sacarse una idea general de ellos por el mapa de W. W. Tarn, *C. A. H.*, VII, frente a la pág. 155. Seleuco I heredó un buen sistema de caminos de Persia y sus sátrapas y reyes vasallos (por ejemplo, seudo Aristóteles, *Oecon.*, II, 14, sobre Condilo, hiparca de Mausolo), pero, sin duda, él contribuyó mucho por su parte. Por ejemplo: se cita varias veces a los Ὁδοὶ βασιλικαί, como fronteras del fundo de Laódice (*O. G. I.*, 225; Welles, *R. C.*, 18, líns. 4 y 20, líns. 10, 16, 17), cf. σταθμὸς βασιλικός cerca del Tigris, no lejos de Babilonia, Diodoro, XIX, 92, 3. Sobre los caminos a través del desierto sirio en la época antigua y moderna: Chr. Ph. Grant, *The Syrian Desert caravans, travel, exploration*, 1937.

(254) Sobre el terremoto y los regalos reales a Rodas, y la detallada cuenta de Polibio: M. Holleaux, *Rev. É. G.*, XXXVI (1923), págs. 480 y sigs. [=*Études*, 1, págs. 445 y sigs.]. Sobre los regalos de Seleuco:

ibíd., pág. 485; F. Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos*, en *P. W. K.* 785; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 119. No puedo discutir aquí el problema cronológico. Polibio afirma explícitamente que Seleuco era el padre de Antioco III. Sobre el barco o barcos de Seleuco I: véase *Inscr. de Délos*, 442 B 31; 161 B 78, y más tarde, por ejemplo, ibíd., 1432 A *b* II, *b* II, 55; 1441 A II, 91; 1450 A 174. Cf. W. Deonna, *Délos*, XVIII, pág. 197 (barquito votivo, lám. III, 21, y pág. 199, fig. 234). W. W. Tarn, *Antig. Gon.*, pág. 81, cree que el barco o barcos fueron dedicados por Seleuco después de su matrimonio con Estratonice, en memoria de las victorias navales del padre de ésta, Demetrio. Me inclino a relacionarlas con una victoria naval del mismo Seleuco. Ofrendas de Estratonice pueden verse en Delos desde 279 a. de J. C. (*Tab. Hierop.*, 161 A 91; cf. B. 15 y nota, donde se registran otros regalos). Sobre Estratonice: W. W. Tarn, *Antig. Gon.*, págs. 349 y sigs.; Geyer, *P. W. K.*, IV A, 319 y sigs., núm. 8. Las Estratoniceas probablemente fueron organizadas por Antígono Gonatas en honor de su hermana Estratonice, esposa de Antioco I, o por Antioco II, pero debo señalar que es disputada la identidad de la Estratonice en cuyo honor se fundaron las Estratoniceas. No puedo discutir aquí esta cuestión, que no se refiere directamente al tema de este libro (véase, por ejemplo, W. W. Tarn, *C. A. H.*, VII, págs. 715 y 722; Geyer, loc. cit., núm. 9; Durrbach, *Choix*, 16; E. Bikerman, *Rev. E. A.*, XL (1938), págs. 374 y sig., y otros libros y artículos sobre la historia del mundo helenístico a mediados del siglo III a. de J. C. citados en el cap. I, nota 12).

(255) Sobre el sistema de impuestos de los seléucidas en general, véase E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 106 y sigs. Sobre los impuestos rústicos de los seléucidas en Asia Menor y sobre las diferentes formas de régimen de la tierra en Asia Menor bajo los seléucidas, véanse mi *Staatspach*, págs. 356 y sigs., y mi *Kolonat*, págs. 240 y sigs.; cf. *C. A. H.*, VII, págs. 176 y sigs.; W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 127 y sig. (3.ª ed., págs. 141 y sig.) y E. Bikerman, loc. cit., págs. 176 y sigs. Mis puntos de vista no siempre coinciden con los de Bikerman. Sin embargo, no puedo entrar aquí en una discusión detenida de los distintos puntos controvertidos. Véase también A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, páginas 105 y sigs. Φόροι de la χώρα alrededor de Teos y Lébedos, son considerados por Antígono como la fuente natural de aprovisionamiento de las ciudades vecinas; Welles, *R. C.*, 3, líns. 83 y sigs., y su nota sobre el pasaje. Es evidente que estos φόροι se pagaban en especie. Por otro lado, los pagos del fundo de Laódice eran calculados en dinero; ibíd., 18, lín. 10, y no hay mención en los documentos de Laódice de pagos en especie, mientras que los labradores del pueblo de Betocece pagaban sus deudas en especie; ibíd., 70, 9: καὶ σὺν τοῖς ἐνεστῶτος ἔτους γεν[ν]ήμασιν ὅπως ἡ ἀπὸ ταύτης πρόσοδος, κτλ. La afirmación de la inscripción de Mnesímaco de Sardes (*Inscr. Sardis*, I, col. 1, líns. 12-13), τῶν ἀγγείων τῶν οἰνηρῶν καὶ τοῦ φόρου τοῦ ἀργυρικοῦ καὶ τοῦ λητουργικοῦ καὶ τῶν ἄλλων τῶν γενομένων ἐκ τῶν κωμῶν καὶ χωρὶς τούτων ἔτι πλέον, da la impresión de que los habitantes de los pueblos hacían varios pagos en especie y en dinero, aunque en general los φόροι de las distintas partes del fundo de Mnesímaco se calculan en dinero. Remisión de δεκάτη a los soldados establecidos: *O. G. I.*, 229, líns. 100 y sigs.

(256) Sobre Palestina, véase la bibliografía en *C. A. H.*, VII, pág. 901; véase el cap. VII, nota 103.

(257) Rabbi J. Newman, *The agricultural life of the Jews in Babylonia*, 1932, págs. 161 y sigs. Fue el doctor F. R. Heichelheim quien me llamó la atención sobre este punto. Tratará del problema de los impuestos partos y sasánidas en su próximo libro, *The Public Finances of the Hellenistic Empires.*

(258) Sobre el producto de la sal en Egipto, véanse págs. 309 y nota 110. Sobre el mismo ingreso en el reino seléucida: F. Heichelheim, artículo *Monopole*, en *P. W. K.*, 190, 2; mi artículo *Seleucid Babylonia*, en *Yale Class. Stud.*, III (1932), págs. 82 y sigs.; R. H. McDowell, *Stamped and inscribed objets from Seleucia-on-the-Tigris*, 1935, págs. 179 y sigs., y la recensión de este libro por F. E. Brown y *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 607 y sigs.; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 112 y sigs. No puedo discutir aquí las distintas interpretaciones de las mismas escasas fuentes sugeridas por los sabios antes mencionados.

(259) Sobre los impuestos de los seléucidas: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, loc. cit. En este libro encontrará el lector referencias a las fuentes antiguas.

(260) Véase la nota precedente y W. L. Westermann, *Sklaverei*, en *P. W. K.*, supl. VI, 931. Es bien sabido que el trabajo de los esclavos se empleó mucho en Babilonia en las épocas persa y seléucida: véase I. Mendelssohn, *Legal aspects of slavery in Babylonia, Assyria and Palestine*, 1932; O. Krückmann, loc. cit., págs. 18 y sigs.; B. Meissner, *Warenpreise in Babylonien*, en *Berl. Abh.*, 1936, I, págs. 36 y sigs. Nótese que entre los esclavos los había de clases privilegiadas, que no podían ser vendidos ni comprados en el mercado. Tales eran los *sirku* de los templos, los ἱερόδουλοι (véase P. Koschaker, *Über einige gr. Rechtsurkunden aus dem östl. Randgebieten des Hellenismus*, en *Abh. Sächs. Akad.*, XLII (1931), págs. 76 y sigs.) los misteriosos *sasanu*, pero especialmente los esclavos reales y los esclavos al servicio del ejército. Estos hechos demuestran el gran número de esclavos que había en la Babilonia seléucida y cuántos de ellos estaban al servicio de los reyes. Esto nos recuerda el gran número de esclavos poseídos por los emperadores romanos. Véase M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide*, págs. 135 y sigs.; cf. E. Bikerman, loc. cit., pág. 176, y A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), pág. 35, nota 4. Los nuevos pergaminos y papiros encontrados en Dura-Europos (véase nota 221) muestran que había muchos esclavos en la época parta y romana. Lo mismo se atestigua para Asia Menor en la inscripción de Mnesímaco (véase nota 255). No hay duda de que la esclavitud tenía más importancia en el reino seléucida que en Egipto, a pesar de la existencia de la servidumbre en el primero. Véanse notas 236 y 270 sobre las manumisiones de Susa. Sin embargo, se necesita un estudio especial sobre los esclavos y el derecho en Babilonia. Es particularmente importante distinguir entre las distintas formas de servidumbre y la esclavitud propiamente dicha en el sentido griego de la palabra. Un ejemplo muy interesante lo dan las manumisiones de Susa ya mencionadas. El profesor C. B. Welles me dice que los esclavos manumitidos por los soldados griegos eran todos mujeres de unos treinta años de edad. Según él, deben de haber sido sus concubinas,

como las λαϊκὰ σώματα fenicias, concubinas de soldados griegos mencionadas en el papiro de Viena antes estudiado (pág. 340 y nota 138).

(261) Sobre los gastos de los seléucidas: E. Bikerman, op. cit., págs. 122 y sigs.

(262) Evito la palabra «urbanización» que utilicé en mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, con el fin de alejar la idea de que los dos procesos, el de la época helenística y el del imperio romano, fueron idénticos en su forma y propósito. La urbanización romana consistía principalmente en la introducción de la vida urbana y de la mentalidad urbana de tipo grecoitálico en zonas de vida casi puramente tribual y de aldea, mientras que la construcción de ciudades griegas por los seléucidas tenía muchos y distintos fines, entre los que no se incluía la sustitución de la vida tribual por la vida ciudadana en gran escala. En principio y sobre todo, el objeto de la colonización grecomacedonia era militar y político; la urbanización del imperio romano no tenía en absoluto fines militares, y su razón de ser política era mucho menos destacada que sus fines sociales, económicos y culturales. Una auténtica urbanización se había llevado a cabo en Siria, Babilonia y Mesopotamia mucho antes de la conquista de Alejandro.

(263) El *locus classicus* sobre Dura-Europos y su fundador Nicanor es Isidoro de Cárax, I, cf. *Cosm. Rav.*, II, 13, pág. 82, ed. Parthey y Pinder. Se encontrará un estudio del problema, con referencias a las fuentes antiguas y contribuciones modernas, en mi artículo *The foundation of Dura-Europos on the Euphrates*, en *Ann. Inst. Kondakov*, X (1938), volumen en honor de A. A. Vasiliev, págs. 99 y sigs. Es innecesario repetir aquí el contenido de este artículo. Cf. A. H. M. Jones, *The Cities*, etc., págs. 216 y sigs., y H. Bengtson, *Die Strategie in der hell. Zeit*, I, 1937, págs. 184 y sigs., que llegó independientemente a conclusiones parecidas por las mismas fuentes.

(264) Los mejores resúmenes de nuestra información sobre la colonización del imperio seléucida son los siguientes: E. R. Bevan, *House of Seleucus*, 1902, caps. 11-13; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 2.ª ed., págs. 251 y sigs.; E. Meyer, *Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien*, 1925; Ernst Meyer, *Die Grenzen der hellenistischen Staaten in Kleinasien*, 1925; F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, 1926, páginas XV y sigs.; V. Tscherikower, *Die hellenistischen Städtegründungen*, etc., en *Philol.*, supl. XIX (1927); W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 130 y sigs. (3.ª ed., págs. 144 y sigs.) y el mapa en *C. A. H.*, VII, frente a la pág. 155; G. T. Griffith, *The mercenaries*, etc., 1935, págs. 147 y sigs. A. H. M. Jones, *The cities*, etc., 1937, especialmente págs. 216 y sigs., y 227 y sigs.; véase también su capítulo sobre Asia Menor. Muy recientemente: W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938, págs. 1 y sigs. (2.ª ed., 1951), ha dado un interesante resumen de la colonización seléucida del Oriente Próximo en relación con una excelente descripción de la política general de Seleuco I y sus sucesores. Cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 78 y sigs. El *locus classicus* sobre la colonización macedónica es Apiano, *Syr.*, 57.

(265) Véase la nota precedente y U. Kahrstedt, *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit*, en *Abh. Gött. Ges.*, N. F. XIX 2 (1926); W. Otto, *Beiträge zur Seleukidengeschichte*, en *Bay. Abh.*, XXXIX, 1 (1928);

E. Honigmann, *Syria,* en *P. W. K.*, IV A, especialmente 1610 y sigs.; F. Schachermery, *Mesopotamia,* en *P. W. K.*, XV, especialmente 1140 y sigs., y A. H. M. Jones, *The Cities,* etc., págs. 242 y sigs. No puedo aceptar la distribución de las cuatro satrapías de los seléucidas que hace Jones, que contradicen la clara afirmación de Posidonio y está basada en testimonios poco seguros. Una exploración arqueológica más completa de Seleucia evidentemente proyectaría nueva luz sobre la época helenística de su historia. La existencia de Parapotamia del Éufrates como satrapía separada a la que, con fines administrativos, se agregaban las tribus árabes del desierto sirio está bien atestiguada en Polibio (V, 48, 16; cf. V, 69, 5), Isidoro de Cárax (según el cual Parapotamia empezaba al sur de Niceforión, *G. G. M.*, I, pág. 247), y Estrabón (XVI, 2, 11). Este testimonio literario está apoyado y completado por documentos recientemente descubiertos. *D. Perg.*, 10 (*Yale Class. Stud.*, II (1931), pág. 6), de 120 d. de J. C., demuestra que en esta época un gobernador general gobernaba en nombre del rey parto en Mesopotamia y Parapotamia y era al mismo tiempo arabarca. Algunos otros documentos nos familiarizan con los nombres oficiales de Dura-Europos, que eran Εὐρωπὸς ἐν Παραποταμίᾳ (*D. Perg.*, 21, líns. 3 y 40, lín. 3, ambos de 87 d. de J. C.; C. B. Welles, *Z. d. Sav.-Stift.*, LVI (1936), pág. 101; *Exc. Dura-Europos, Prel. rep.*, VI, 1936, pág. 420, nota 3) y más tarde Εὐρωπὸς πρὸς 'Αραβίᾳ (*D. Perg.*, 23, lín. 4, 180 d. de J. C.; C. B. Welles, *Papyri und Altertumsw.*, 1934, pág. 382; *Exc. Dura-Europos,* loc. cit., pág. 429). El nombre de Εὐρωπὸς πρὸς 'Αραβίᾳ aparece solamente en la época romana, pero hay que recordar que en *D. Perg.*, 10, el gobernador de Mesopotamia y Parapotamia era al mismo tiempo arabarca. La afirmación de Plinio (*N. H.*, VI, 131) sobre Parapotamia del Tigris puede ser exacta aunque no esté atestiguada en otra parte la existencia de una Parapotamia del Tigris. Véanse mis comentarios sobre *D. Perg.*, 10, en *Yale Class. Stud.*, II (1931), págs. 42 y sigs. Por lo que hace a Parapotamia, estoy de acuerdo con B. Niese, *Gesch. d. gr. u. mak. St.*, II, pág. 94, y Lehmann-Haupt, *P. W. K.*, II A, 168, artículo *Satrap,* contra K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, 2.ª ed., IV, 2, pág. 358.

(266) Sobre los *cleroi* de la ciudad de Antioquía, véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 312, nota 19. Sobre Antioquía: la bibliografía, ibíd., pág. 157, nota 3; véase anteriormente, y sobre las otras ciudades de la Tetrápolis y sobre Siria en general, ibíd., pág. 161, nota. Sobre el «territorio» de Antioquía y Apamea: E. Littman, *Ruinenstätten und Schriftdenkmäler Syriens,* 1917; P. J. Mattern, *À travers les villes mortes de Haute Syrie,* en *Mél. Univ. St.-Joseph,* XVII, 1, 1933, y mi artículo *La Syrie romaine,* en *Rev. Hist.*, CLXXV (1935), págs. 1 y sigs. Cf. W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India,* pág. 7 y nota 4, y F. Cumont, *The population of Syria,* en *J. R. S.*, XXIV (1934), páginas 187 y sigs., y *C. A. H.*, XI, págs. 613 y sigs.

(267) Sobre Seleucia de Pieria, véase el admirable trabajo de M. Holleaux, *Une inscription de Séleucie-de-Piérie,* en *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 6 y sigs. [=*S. E. G.*, VII, 62; *Études,* III, págs. 199 y sigs.] (la última obra de este grande y llorado estudioso de la historia helenística). La inscripción de Seleucia interpretada por Holleaux desempeña un gran papel en el estudio del problema de las relaciones entre los seléucidas

y las ciudades de su reino en general; véase cap. III, nota 15, y pág. 463. Seleucia del Tigris: véanse notas 227 y 253.

(268) No puedo entrar aquí en una discusión detenida de la tesis casi generalmente aceptada por los principales eruditos modernos de que las fundaciones seléucidas con nombres geográficos macedónicos eran colonias militares, κατοικίαι, no ciudades, πόλεις, de tipo griego; que por ello no tenían constitución ni territorio a ellas asignado; y que algunas recibieron después nuevos nombres dinásticos, lo que significa que fueron promovidas a la categoría de ciudades griegas. Dudo mucho de que haya bastantes testimonios para estas generalizaciones. Prefiero, pues, describir algunas de las colonias mejor conocidas, esto es, exponer lo poco que sabemos de sus condiciones sociales y económicas. Para distinciones más delicadas y discusión más detenida puedo remitirme a los libros citados en la nota 264 y especialmente al reciente libro de W. W. Tarn, algunas de cuyas sugerencias, sin embargo, no considero muy probables. En mi opinión, la obra seléucida de colonización fue muy diversa y presenta diferentes aspectos en las distintas satrapías. Además, debemos distinguir con precisión entre las ciudades que tenían detrás una larga historia y donde la colonia macedonia o griega se superponía a una comunidad de tradiciones inmemoriales —irania, india, elamítica, babilonia, aramea o fenicia— y los pueblecitos y fortalezas de indígenas que se transformaban en ciudades grecomacedonias o quizá κατοικίαι. Sólo las excavaciones podrán, con el tiempo, permitirnos dar un cuadro general de la colonización de Oriente por los seléucidas. Véanse págs. 465 y sigs.

(269) Constitución y condiciones sociales y económicas de Dura-Europos: F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, introducción, y los breves resúmenes que he publicado de los resultados de las recientes excavaciones: *Città carovaniere*, 1934, págs. 141 y sigs.; *C. A. H.*, XI, págs. 115 y sigs., y *Dura-Europos and its art*, 1938, cap. I. Sobre los jueces reales y los χρεοφύλακες, nota 241; sobre el culto dinástico de los seléucidas, nota 231; subdivisión del territorio en pueblos: C. B. Welles, *Arch. de l'Hist. du Droit orient.*, I (1937), págs. 271 y sigs., y *Excav. Dura-Europos, Prel. rep.*, V, pág. 310; cf. VII-VIII, págs. 433 y sigs. Según los documentos de época parta y romana, el territorio de la ciudad griega Europos era muy grande. Al norte se extendía hasta el río Jabur. El hecho de que muchos Εὐρωπαῖοι se citen en los documentos posteriores como οἰκοῦντες en un pueblo parece indicar que sus *cleroi* ancestrales pertenecían al territorio de algún pueblo en el territorio de Europos. Un buen paralelo al derecho real u ordenación sobre la herencia lo suministra la mención de las «órdenes *(data)* del rey que se citan concernientes a los depósitos» en una tablilla cuneiforme que contiene un contrato de depósito de la época de Antioco III (218 antes de J. C.); J. N. Strassmaier, *Zeitschr. f. Ass.*, III (1888), pág. 137, núm. 13; O. Krückmann, *Babyl. Rechts- und Verwaltungsurk.*, pág. 68. Sobre la ceca de Dura, véase A. R. Bellinger y E. T. Newell, en Newell, *W. S. M.*, págs. 79-82, 402-406; A. R. Bellinger, *Dura Final Report*, VI, *The coins*, páginas 109-110.

(270) F. Cumont, *C. R. Ac. Inscr.*, 1930, pág. 214; 1931, págs. 238 y sigs. y 313 y sigs., y 1938, págs. 305 y sigs.; W. W. Tarn, *Mél. Glotz*,

1932, págs. 831 y sigs.; A. Wilhelm, *Gött. Nachr.*, Fachgr. 1, N. F., 1, 4 (1935), págs. 79 y sigs.; W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 27 y sigs. Sobre las manumisiones: L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 137 y sigs.; véase nota 236. La ingeniosa restauración que hace Robert del documento en *S. E. G.*, VII, 15, muestra que este documento es una manumisión griega corriente. Nótese que el manumisor es un tal Βάχχιο[ς ... φάμενος] | εἶναι τῆς Εὐάνδρο [υ ἱππαρχίας (?)], esto es, un soldado. Sobre la constitución y vida social de Seleucia en la época parta, véanse mis notas en *C. A. H.*, XI, págs. 119 y sigs.

(271) Sobre los pergaminos de Avromán: nota 221; cf. C. B. Welles, *Yale Class. Stud.*, V (1935), págs. 118 y sigs.

(272) Establecimientos macedonios rurales en Asia Menor: H. Swoboda, K. F. Herrmann, *Lehrbuch*, I, 3, 6.ª ed., 1913, págs. 199 y sigs.; Oertel, *P. W. K.*, XI, 3 y sigs., artículo Κάτοικοι (con bibliografía); véanse las notas de L. Robert, *Rev. Arch.*, 6.ª serie, III (1934), págs. 88 y sigs., especialmente 91, y A. H. M. Jones, *The Cities*, etc., pág. 115. Una lista revisada de las κατοικίαι macedónicas y algunas notas sobre el carácter de estos establecimientos rurales, se encontrarán en E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 80 y sigs.

(273) Véanse las cartas núms. 39 y 40, y A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, LVII (1920), págs. 40 y sigs. Nótese que *O. G. I.*, 236, atestigua la actividad de Zeuxis en Asia Menor.

(274) Sobre la administración seléucida de la χώρα βασιλική, véase mi *Kolonat*, págs. 246 y sigs. Sobre los fundos asignados a las distintas personas por el rey, además de mi *Kolonat*, véase E. Kornemann, *Domänen*, en *P. W. K.*, supl. IV, 234 y sigs. La inscripción de Mnesímaco es estudiada por W. H. Buckler y D. M. Robinson, *A. J. A.*, XVI (1912), págs. 11 y sigs.; cf. págs. 533 y sig. Una nueva revisión del texto con algunos comentarios en *Sardis*, VII, *Gr. and Lat. Inscr.*, I (bibliografía completa, ibíd., pág. 7); cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 181 y sigs. Tablillas babilonias: nota 234. Sobre la política general de los seléucidas: W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 122 y sigs. (3.ª ed., págs. 134 y sigs.), y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 176 y sigs.

(275) Sobre el número de macedonios y griegos en Egipto y Siria: A. Segré, *Note sull'economia dell'Egitto ellenistico nell'età Tolemaica*, en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIV (1934), págs. 257 y sigs.; discusión de sus cálculos: véanse págs. 329 y sigs., nota 116, y cap. VIII. Sobre la importancia de los ejércitos seléucidas: G. T. Griffith, *The mercenaries of the Hellenistic world*, págs. 143 y sigs. y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 51 y sigs.

(276) F. Cumont, *The population of Syria*, en *J. R. S.*, XXIV (1934), págs. 187 y sigs.; cf. F. N. Heichelheim, *Roman Syria;* T. Frank, *Econ. surv.*, IV, págs. 158 y sigs. Sobre Antioquía: San Juan Crisóstomo, *Homil. in Ignat.*, 4 (*Patr. gr.*, L, pág. 591) y *Homil.*, 85 (86) (*Patr. gr.*, LVIII, pág. 762). Recuérdese que en la época romana la ciudad de Apamea ocupaba una extensión de 618 acres. Nótese también que en época muy posterior el territorio de Cirro ocupaba 1.600 millas cuadradas y contenía 800 parroquias cristianas y unos 200.000 habitantes ortodoxos (Theodoret., *Epist.*, 42 y 113; *Patr. gr.*, LXXXIII, págs. 1217, 1220 y 1316). Véase cap. VIII.

(277) La fórmula general se usaba tanto y de tal manera, que es difícil saber si se aplica a una sola comunidad independiente o a éstas y a los cuerpos autónomos dentro del reino. La primera mención de la fórmula en la época helenística es, en la medida de mis conocimientos, la afirmación de Diodoro, XIX, 57, 3 (314 a. de J. C.) sobre Antígono: τά τ' ἔθνη καὶ πόλεις καὶ δυνάστας προσεκαλεῖτο εἰς συμμαχίαν. Después viene la conocidísima inscripción *O. G. I.*, 229, lín. 11, donde Seleuco escribe sobre la *asylia* de Esmirna: πρὸς τοὺς βασιλεῖς καὶ τοὺς δυνάστας καὶ τὰς πόλεις καὶ τὰ ἔθνη, cf. *S. I. G.*[3], 590, lín. 11, hacia 196 a. de J. C. (reconocimiento de la ἀσυλία de Didima por ἔθνη, πόλεις, y βασιλεῖς). La terminología era aún la misma en la época de Sila y César: *S. I. G.*[3], 760, César (con la nota por J. Keil), y *O. G. I.*, 441, lín. 130, Sila. Véase en general Ernst Meyer, *Blüte und Niedergang des Hellenismus*, pág. 43, nota 1, y Ernst Meyer, *Die Grenzen*, etc., pág. 138. Fue C. B. Welles quien me sugirió la interpretación de ἔθνη incluyendo algunas κοινά. J. Keil cree que ἔθνη significa tribus, aún no organizadas como *poleis* y *demoi*. E. Bikerman cita en apoyo de la opinión de Keil a Flavio Josefo, *A. J.*, XII, 142.

(278) Sobre las tribus y dinastas indígenas, véanse notas 230 y pág. 490.

(279) He tratado de los templos de Asia Menor con detalle en mi *Kolonat*, págs. 269 y sigs., y tengo muy poco que añadir a las fuentes que he reunido y estudiado en aquel libro. De hecho, se ha añadido muy poco material nuevo al que poseíamos en 1910, y se ha hecho muy poco sobre el tema. Cf. W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 124 y sigs. (3.ª ed., págs. 138 y sigs.); E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 172 y sigs. T. R. S. Broughton, *Rom. Asia Minor* (T. Frank, *Econ. survey*, IV); págs. 641 y sigs., 676 y sigs.

(280) Se encontrará una buena lista de santuarios de Asia Menor que poseían tierra o aldeas en la época helenística y romana en T. R. S. Broughton, loc. cit., pág. 676. Sobre los templos de aldea y aldeas que pertenecían a templos de la época romana, véase H. Swoboda, *Kome*, en *P. W. K.*, supl. IV, 963 y sigs., mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 304, nota 5, y Broughton, loc. cit., págs. 641 y sigs. Sobre el santuario de Apolo Laerbeno: *M. A. M. A.*, IV, págs. 96 y sigs., y E. Robert, *Ant. Class.*, IV (1935), pág. 461, y *Villes d'Asie Mineure*, 1935, págs. 127 y sigs.; cf. Broughton, loc. cit., págs. 681 y sigs.

(281) Sobre los templos de Olba y el Plutonión de Nisa, véase pág. 419. Más adelante trataré de los templos del Ponto, Capadocia y Armenia. El hipotético templo-estado de Comagene probablemente no fue muy distinto de la monarquía posterior comagena tal como se refleja en las conocidas inscripciones de Nimrud Dagh, *O. G. I.*, 383; L. Jalabert et R. Mouterde, *Inscr... de la Syrie*, I, núms. 1 y sigs., especialmente 47; véase mi artículo 'Πρόγονοι' en *J. H. S.*, IV (1935), págs. 63 y sigs., y cap. VI, notas 121 y 131.

(282) Véase mi *Kolonat*, págs. 269 y sigs. Sabemos, por ejemplo, que el pueblo del dios de Betocece fue dado a un alto funcionario de uno de los seléucidas (Welles, *R. C.*, 70), y que una parte, por lo menos, de la tierra que pertenecía al templo de Ezani fue dividida entre los soldados del ejército seléucida (*O. G. I.*, 502). *Asylia:* el Plutonión de Nisa,

véase pág. 419, y el templo de Amizón, Welles, *R. C.*, 40. Δεκάτη pagada por un templo (?): Welles, *R. C.*, 41 (templo de Seleucia-Trales). El alto sacerdote pagaba un impuesto por las ovejas y los κάτοικοι del templo de Apolo Tarseno a los reyes de Pérgamo (Welles, *R. C.*, 47); cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 114. Sobre los κάτοικοι de los territorios del templo: Welles, *R. C.*, pág. 345.

(283) Otros casos aún más dudosos se citan en mi *Kolonat*, páginas 275 y sigs.; cf. T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 642 y sigs. Las fuentes epigráficas sobre el templo de Men Ascaeno que dio una gran cantidad de inscripciones, o más bien a los dos templos de este dios, relacionados con la ciudad de Antioquía, ha sido reunida y revisada por H. Kasten, *Bursian*, 253 (1936), págs. 64 y sigs. Sobre Estratonicea: W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 136 (3.ª ed., pág. 156), y W. Ruge, *P. W. K.*, IV A, 322 y sigs. Oppermann, ibíd., supl. V, 453 y sig., y L. Robert, *Villes d'Asie Mineure*, págs. 81 y sigs., y *Ét. Anat.*, pássim (Índice, voz «Stratonicée de Carie»).

(284) Sobre la cuestión de si *baris* es una palabra anatólica, véase E. H. Sturtevant en Welles, *R. C.*, pág. 320. Es sorprendente encontrar la palabra empleada por un semita en Transjordania. Según el profesor E. H. Sturtevant (carta particular), *tyrsis* es otra palabra anatólica. Cf. mis *Notes on the econ. policy of the Pergamene kings*, en *Anat. Stud. pres. to Sir William Ramsay*, pág. 374, nota 1.

(285) He tratado de los λαοὶ βασιλικοί y de los κάτοικοι y los πάροικοι de las ciudades y templos en mi *Kolonat*, págs. 258 y sigs.; cf. Swoboda, *P. W. K.*, supl. IV, 961 y sigs., artículo *Kome;* Oertel, XI, 3 y sigs., artículo 'Κάτοικοι'; Kornemann, *P. W. K.*, supl. IV, 234 y sigs., artículo *Domänen;* véanse mi artículo en los *Anat. Stud. pres. to Sir William Ramsay*, págs. 371 y sigs., y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 176 y sigs. Sobre los *katoikoi* de los templos, véase nota 282.

(286) Sobre la historia de Damasco y sus restos antiguos: J. Sauvaget, *Esquisse d'une histoire de Damas*, en *Rev. Ét. Islam.*, 1934, págs. 422 y sigs.

(287) Welles, *R. C.*, 70, 9: ὅπως ἡ ἀπὸ ταύτης (es decir, τῆς κώμης) πρόσοδος ἀναλίσκηται εἰς τὰς κατὰ μῆνα{ς} συντελουμένας θυσίας καὶ τἆλλα τὰ πρὸς αὔξησιν τοῦ ἱεροῦ συντείνοντα ὑπὸ τοῦ καθεσταμένου ὑπὸ τοῦ θεοῦ ἱερέως ὡς εἴθισται (citado a este respecto por E. Bikerman, loc. cit., pág. 174).

(288) Sobre los pueblos de Siria en la época romana, véase la bibliografía citada en mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, págs. 315 y sigs.; cf. mi artículo *La Syrie romaine*, en *Rev. Hist.*, CLXXV (1935), especialmente págs. 27 y sigs., y F. Cumont, *C. A. H.*, XI, págs. 613 y sigs. Sobre los pueblos de Mesopotamia, véanse los pergaminos y papiros de Dura, en la nota 221.

(289) Véanse las notas de W. W. Tarn basadas en el material suministrado por el doctor Sidney Smith (*Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 118; 3.ª ed., pág. 128).

(290) C. Krückmann, *Babyl. Rechts- und Verwaltungsurk*, etc.; P. Koschaker, *Keilschriftrecht*, en *Zeitschr. d. d. Morgenl. Ges.*, LXXXIX (N. F. 14) (1935), págs. 1 y sigs.; A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), págs. 11 y sigs., y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 174 y sigs.

(291) Véanse mis observaciones sobre este problema en mi *Seleucid Babylonia.* Los sellos particulares de las bulas nunca han sido recogidos, descritos y publicados por completo. Algunos se reproducen en los libros citados en la nota 221 (al final). Cf. M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide,* págs. 114 y sigs., especialmente págs. 120 y sigs., y las dos láminas, y A. Aymard, loc. cit., pág. 38. Las impresiones deben ser estudiadas paralelamente a los entalles de la misma época y las terracotas y cerámica contemporáneas que se encuentran en gran cantidad en las ruinas de las ciudades babilónicas, especialmente en Seleucia. Véase mi *Dura and the problem of Parthian art,* en *Yale Class. Stud.,* V, págs. 179 y siguientes.

(292) En la nota 235 se citan los textos referentes a Nicarco y Cefalón. W. W. Tarn y M. Holleaux (citada en la misma nota; cf. W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India,* pág. 26, nota 1) creen que Cefalón era epístate o estratego de Uruk. Quizá tengan razón en parte. Para el rey, Cefalón era probablemente un magistrado equivalente más bien al estratego que al epístate griego, mientras que en la ciudad pudo haber un epístate. Tenemos noticia de dos hombres encargados de una ciudad grecoriental. Uno griego, Antioco, y el otro iranio, Fraates, probablemente agentes del rey parto, en la conocida inscripción de Seleucia del Euleo (*S. E. G.,* VII, I; Welles, *R. C.,* 75; cf. W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India,* pág. 27, y M. Engers, *Mnem.,* VII (1938-39), págs. 136 y sigs.). El cargo de «señor de la ciudad» pudo haber sido hereditario en Uruk, como era el cargo de estratego y epístate, más tarde, en la Dura parta. Sobre el estado jurídico de Uruk en la época seléucida, A. Aymard, loc. cit., pág. 36, llega a las mismas conclusiones que yo.

(293) Sobre los dobles nombres en Uruk en general: A. Aymard, loc. cit., págs. 30 y sigs. (con bibliografía); cf. H. Bengtson, *Die Welt als Gesch.,* V (1939), pág. 180. Sobre los nombres dobles en general: W. Otto, *Kulturgeschichte des Altertums,* pág. 100, nota 201, y E. Bikerman, *Rev. Hist. Rel.,* XCV (1937), págs. 215 y sigs. Nótese que en Egipto no se permitía un cambio de nombre completo (*B. G. U.,* 1213 y 1250; véanse nota 121 y cap. VIII). Es bien sabido que los nombres dobles son muy corrientes en la época helenística, y aún más en la romana en Siria, Palestina y Mesopotamia. Para los dos primeros: P. Dhorme, *Rev. Bibl.,* 1925, pág. 292; para el segundo: C. B. Welles, citado en la nota siguiente.

(294) A. Aymard, loc. cit., pág. 32, se inclina a minimizar el número de griegos residentes en Uruk. Esto lo considero una petición de principio. La toma de un segundo nombre babilonio por un griego es, por supuesto, menos probable y común, especialmente en la primera época helenística antes de que la política de asociación llegase a ser un rasgo dominante en la política de los seléucidas, que la toma de un nombre griego por un babilonio (sobre épocas posteriores: C. B. Welles, *Dura rep.,* VII-VIII, pág. 431). Sin embargo, el empleo de un solo nombre griego por cada individuo, especialmente si el nombre del padre es griego, en mi opinión, es casi concluyente. Sobre los hechos de Nicanor, hijo de Demócrates: A. Aymard, loc. cit., pág. 35, nota 4 (con bibliografía).

(295) Véanse págs. 445 y sigs.

(296) En un documento de 218 a. de J. C. que trata de un *depositum irregulare*, leemos: «de acuerdo con la ley del rey que está escrito sobre el depósito»; F. E. Peiser, *Keilinschr. Bibl.*, IV, págs. 316 y sigs., líns. 9 y sig.; M. San Nicolò, *Beitr. z. Rechtsg. im Ber. der Keilschr. Rechtsquellen*, 1931, pág. 84.

(297) El tesoro de Bel, en Babilonia, fue administrado, en el reinado de Antioco IV, por un funcionario real, exactamente lo mismo que lo fueron las finanzas del templo de Sardes por un *neokoros* real en la época de Éumenes II: A. T. Olmstead, *J. Am. Or. Soc.*, LVI (1936), pág. 247; cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 174.

(298) E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 170 y sigs.

(299) Todas las obras sobre historia helenística tratan del problema básico de la helenización del reino seléucida. No es necesario citarles aquí. Se encontrará un buen resumen, por ejemplo, en E. Meyer, *Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien*, 1925. Véanse nota 293 y cap. VI, nota 130, y las páginas dedicadas a este tema en W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 67 y sigs. Sobre los sidonios helenizados en la época de Tolomeo, véanse pág. 339 y nota 137; especialmente aclaratoria es la inscripción de Sidón publicada de nuevo recientemente e ilustrada por E. Bikerman, *Mél. syr. R. Dussaud*, 1939, págs. 91 y sigs., que puede pertenecer a los últimos años de gobierno de los Tolomeos o a los primeros de los seléucidas. Un colono griego en Marisa de Palestina: lám. LVIII (con descripción). Puedo mencionar, además, un hombre que lleva nombre griego y descendía de padre y abuelo con nombres griegos, que el 47 a. de J. C. era presidente (arconte) de una asociación de cuchilleros (μαχαιροποιοί) en Sidón (véase cap. VIII). Es muy probable que la familia fuese de fenicios helenizados, y la asociación un gremio oriental helenizado.

(300) Sobre la orientalización gradual de los griegos en el reino seléucida, véase mi artículo *L'hellénisme en Mésopotamie*, en *Scientia*, 1933, febrero, págs. 110 y sigs.; cf. mi *Dura-Europos and its art*, cap. I. W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 34 y sigs., 67 y sigs., minimiza la influencia de Oriente sobre los colonos griegos. Para él, los matrimonios mixtos son un factor despreciable, y cree que las aspiraciones religiosas tienen poca importancia. Considera a Dura como un caso excepcional, no típico, y la elimina sin discusión. Sobre el templo de Zeus Olímpico en Dura, véase mi *Dura-Europos and its art*, cap. II, pág. 36, y sobre el templo y la imagen semioriental de Zeus Olímpico, mi trabajo *Le Gad de Doura et Seleucus Nicator*, en *Mél. syr. R. Dussaud*, págs. 281 y sigs.

(301) No puedo tratar con pormenores del complicado y controvertido problema de las relaciones entre los seléucidas y las ciudades griegas, ni puedo presentar todo el material sobre esa cuestión. En las obras citadas en el cap. III, nota 16, se encontrará una colección completa de él y un detenido estudio, especialmente en los libros de P. Zancan, *Il monarcato ellenistico*, págs. 55 y sigs. V. Ehrenberg, *Der gr. und der hell. Staat*, 1932, pág. 82, y *Alexander and the Greeks*, 1938, págs. 41 y siguientes; A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, 1937 (cf. la recensión de E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XIII (1939), págs. 335 y sigs.), y especialmente E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 106 y sigs., 133 y sigs. Mi punto de

vista, como se resume en el texto, coincide en lo principal con el de Bikerman.

(302) Inscripción de Polícrito, Zolotas, Ἀθηνᾶ, XX (1908), páginas 195 y sigs., líns. 30 y sigs. Τὰ συμφέροντα es un término técnico. Sobre las circunstancias históricas del decreto en honor de Polícrito y del en honor de los στρατηγοί (*S. I. G.*[3], 410), véase nota 304.

(303) Véanse cap. III, págs. 170 y sigs., y notas 43 y 44.

(304) *S. I. G.*[3], 410 (decreto en honor de los estrategos), y Zolotas, Ἀθηνᾶ, XX (1908), págs. 195 y sigs. (decreto en honor de Polícrito de Eritras). Sobre la fecha y la inscripción de estos decretos: K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 2, pág. 343; G. de Sanctis, *Atti Acc. Torino*, XLVII (1911-12), págs. 793 y sigs.; cf. Rostovtzeff, *C. A. H.*, VII, pág. 719 (sobre la inscripción, *O. G. I.*, 233), A. Wilhelm, *Mél. Glotz*, pág. 903, y L. Robert, *B. C. H.*, LVII (1939), pág. 479, nota. Tenemos la misma situación en Cícico, ayudada por Fileteo (*O. G. I.*, 748; M. Segre, *Atheneum*, VIII (1930), págs. 488 y sigs.), y otras ciudades de Asia Menor, véase F. Stähelin, *Geschichte der kleinasiatischen Galater*, 2.ª ed., 1907; W. W. Tarn, *C. A. H.*, VII, pág. 105; Hiller v. Gaertringen, *Miletos*, en *P. W. K.*, XV, 1605; A. Wilhelm, Ἐπίγραμμα ἐκ Λυκίας, Πρακτικὰ τῆς Ἀκαδημίας Ἀθηνῶν, VI (1931), págs. 322 y sigs. En este artículo, Wilhelm ha dado una interpretación magistral del conocido epigrama en honor de Neoptólemo, general de Tolomeo, que luchó gallardamente contra los gálatas y sus aliados peonios y agrianos.

(305) Sobre Priene, Pérgamo y otros centros de producción cerámica en Asia Menor, véanse: A. Conze, *Alt. v. Perg.*, I, 2, págs. 254 y sigs. (con contribuciones de R. Zahn); R. Zahn, *Priene*, págs. 394 y sigs.; S. Loeschke, *Ath. Mitt.*, XXXVII (1912), págs. 344 y sigs.; F. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922, págs. 451 y sigs.; H. A. Thompson, *Hesperia*, III (1934), págs. 471 y sigs.; F. O. Waagé en *Antioch-on-the-Orontes*, I, págs. 68 y sigs.; D. Burr, *Terra-cottas from Myrina*, 1934. Sobre los tipos de cerámica helenística hallados en el sur de Rusia, véase M. Rostovtzeff, *Skythien und der Bosporus*, 1931, págs. 153 y sigs. No hay tipo de cerámica helenística primitiva que no aparezca en el sur de Rusia. Entre los ejemplares de estos distintos tipos encontrados hay muchos importados, principalmente de Asia Menor, pero en gran cantidad son productos locales. Esto es cierto en lo que se refiere a los ejemplares de cerámica en relieve, especialmente los cuencos «megareos». R. Zahn, *J. D. A.*, I, XXIII (1908), págs. 45 y sigs. (mi lám. LXVIII, 2); quizá por lo que respecta a los *lagynoi*, de los que se han encontrado gran cantidad en Rusia meridional (G. Leroux, *Lagynos*, 1913; C. Picard, *Rev. Arch.*, XII (1913), págs. 167 y sigs.; E. Pfuhl, *Malerei und Zeichnung 1000;* H. Thompson, *Hesperia*, III (1934), págs. 450 y sigs.); y completamente seguro por lo que se refiere a los vasos llamados «de color de agua» encontrados casi exclusivamente en el sur de Rusia (un *corpus* de estos últimos estaba preparado para su publicación por el difunto E. von Stern, pero nunca se publicó). Véanse cap. II, págs. 108 y sigs., y notas 41 y sigs. Los hallazgos hechos en las excavaciones sistemáticas de Istro durante estos años muestran, *mutatis mutandis*, el mismo cuadro que las del sur de Rusia. La cerámica helenística encontrada en este lugar aún no ha sido publicada, pero la señora Lambrino

me ha informado amablemente, en carta particular, que la mayor parte de la cerámica helenística importada se fabricó, con toda probabilidad, en Asia Menor.

(306) La misma conclusión puede sacarse de algunas inscripciones dispersas que iluminan por un momento la situación económica de Mileto y algunas otras ciudades. Podemos atribuir a finales del siglo II a. de J. C. (¿228?) una interesante correspondencia entre Cíos y Mileto, en la que cada ciudad se queja de las guerras y de los gastos que éstas llevan consigo y de las pobres cosechas que ocasionan (A. Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 3, núm. 141). Tenemos una ilustración parecida en Samos. En la inscripción en honor de Bulágoras (*S. E. G.*, I, 366), los samios se quejan amargamente del mal trato recibido de los φίλοι de Antioco II, de la falta de dinero, y de una dura hambre que fue algo aliviada por la intervención de Bulágoras.

(307) Sidney Smith, *Babylonian historical texts,* 1924, págs. 150 y sigs.; cf. M. Segre, *Athenaeum,* VIII (1930), págs. 495 y sigs. La crisis se refleja en la moneda emitida por la ceca de Seleucia en esta época. Véase E. T. Newell, *The coinage of the eastern Seleucid Mints,* págs. 60 y sigs. Es interesante saber que el pueblo se queja de tener que emplear «monedas de cobre de Grecia». Esto significa, probablemente, que la plata había desaparecido de la circulación, y que tenían que emplear monedas de cobre, a las que no estaban acostumbrados, dado que era una innovación de los griegos. Sobre la fecha de la primera guerra siria, véanse cap. I, nota 12, y cap. III, nota 11.

(308) L. C. West, *Trans. Am. Phil. Ass.*, LV (1924), págs. 159 y sigs. F. Heichelheim, *Roman Syria,* en T. Frank, *Econ. survey,* IV, 1938, págs. 127 y sigs.

(309) B. Meissner, *Babylonien und Assyrien,* I, pág. 367 (precios del latifundio real en Babilonia), y *Warenpreise in Babylonien,* en *Berl. Abh.*, 1936, I, cf. *Berl. Sitzb.*, 1937, págs. 5 y sigs., y E. Cavaignac, *Population et capital,* 1923, págs. 111 y sigs. Las conclusiones generales del autor, pág. 40 (prosperidad de Uruk en la época seléucida y precios bajos en general), contradicen sus propias afirmaciones en la pág. 6 sobre el precio del trigo, que era un poco más bajo en 282-283 y 233-232 que en la época persa, y en la pág. 9, sobre la subida de precio del aceite de sésamo entre 274-273 y 233-232, pero están apoyadas en Heichelheim (*Wirtschaftsg.*, pág. 443). Sobre los precios, y especialmente sobre los precios de las casas en Uruk, véase F. M. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen,* pág. 88 (no citado por Meissner) y *Wirtschaftsg.*, págs. 443 y sig. y nota 5. Véanse en general: O. Krückmann, *Babylonische Rechts- und Verwaltungsurkunden aus der Zeit Alexanders und der Diadochen,* 1931, y A. Aymard, *Rev. É. A.*, XL (1938), págs. 23 y sigs.

(310) Contratos de venta de esclavos por particulares, por ejemplo: M. Rutten, *Contrats de l'époque séleucide,* págs. 134 y sigs. Véanse notas 260 y 290. Sobre las manumisiones de Susa, véanse notas 260 y 270.

(311) Nunca se llevó a cabo un estudio general comparativo de la cerámica helenística hallada en Palestina, Fenicia y sur de Siria, por un lado, y la del norte de Siria y Mesopotamia, por otro. Para la primera tenemos registros minuciosos de los hallazgos en Gezer, Samaria, Beth-Shan, y Beth-Zur: R. A. S. Macalister, *The Excavations of Gezer,* II,

págs. 211 y sigs., lám. CXXXVI; véase lám. CLXXXIV; G. A. Reisner y otros, *Harvard Excavations at Samaria*, I, 1924, pág. 274; véanse págs. 310 y sigs., y págs. 18 y sigs. Fitzgerald, *Beth-Shan Excavations 1921-23*, III, 1931, pág. 39, y lám. XXXIV; O. R. S. Sellers, *The Citadel of Beth-Zur*, 1933, págs. 37 y sigs. La evolución en todos estos yacimientos es casi siempre la misma: cerámica negra vidriada importada y de fabricación local, cuencos «megareos», cerámica pergamena y samia. Nótese la presencia de fayenza egipcia o imitada. Cf. J. H. Iliffe, *Sigillata wares in the Near East*, en *Quart. Dep. Ant. in Palestine*, VI (1936), págs. 4 y sigs. La situación es muy parecida en el norte de Siria y Mesopotamia: *Antioch-on-the-Orontes*, I, *The excavations of 1932*, 1934, págs. 67 y sigs., láms. XIII y sigs.; *Pottery*, por F. O. Waagé: 1) cerámica negra vidriada ateniense e imitada; 2) cuencos «megareos» hechos a molde; 3) cerámica pergamena [véase *Antioch Excavs.*, IV, 1, 1948, *Ceramics and Islamic coins*, por F. O. Waagé]. La cerámica reunida en el Museo de la Universidad Americana de Beirut encaja perfectamente en este esquema: Leonard Wooley, *Guide to the Arch. Mus. of the Am. Univ. of Beirut*, 1921, págs. 16 y sigs., especialmente pág. 18. Dura presenta exactamente el mismo cuadro. Puedo añadir que a este respecto el Chipre helenístico es exactamente igual a Siria: A. Westholm, *The Temples of Soli*, 1936, págs. 114 y sigs. En Mesopotamia los cuencos «megareos» hechos a molde y la cerámica pergamena y anatólica tuvieron que competir con la fayenza mesopotámica. La fecha de la primera aparición de esa cerámica y su relación con cerámicas parecidas de Egipto, Asia Menor y China son controvertidas. Hablaré de esto más adelante. Véase A. Lucas, *Glazed ware in Egipt, India and Mesopotamia*, en *J. E. A.*, XXII (1936), págs. 141 y sigs. Ciertamente existe una relación entre la fayenza mesopotámica y la cerámica en relieve helenística. Numerosos cuencos «megareos» de procedencia siria están dispersos por muchos museos de Europa y América, y hay muchos en los museos de Palestina, Beirut y Damasco. Una colección completa de estos cuencos demostraría probablemente lo temprano que apareció esta industria en el siglo III a. de J. C. en Siria y Palestina. Véase mi lám. LX, 1, 2. La misma secuencia de clases de cerámica que en Siria, Mesopotamia y Palestina ha aparecido en las excavaciones sistemáticas de Alishar Hüyük, es decir, cerámica negra ática o de factura local, cerámica «del tajo occidental», cuencos «megareos», reemplazados gradualmente por la llamada cerámica pergamena. Véase F. O. Waagé, *Greek, Hellenistic and Roman Pottery from Alishar*, en H. H. V. d. Osten, *The Alishar Hüyük, Seasons of 1930-32*, III, 1937, págs. 74 y sigs.

(312) Nunca se hizo una colección del cristal sirio antiguo. El cristal soplado posterior es relativamente bien conocido. El cuenco de cristal de Éfeso, ahora en el Museo Británico, ha sido bien estudiado por P. Fosling, *Berytus*, IV (1937), págs. 121 y sigs. (publicado en 1939; véase la nota siguiente). Sobre el vidrio tallado o moldeado en el sur de Rusia (véanse mis láms. XLIII, 1, y LXVIII, 3) y los mencionados en los inventarios delios y en algunos textos literarios, véanse págs. 364 y sigs., notas 164 y 165. El vidrio moldeado y cincelado pudo haberse fabricado en la época aqueménida, tanto en Egipto como en Fenicia, y la manufactura pudo haber continuado en ambos lugares en la época helenística.

(313) Sobre el arte toréutico aqueménida, véanse el artículo de P. Fosling citado en la nota anterior, y H. Luschey, *Achaemenidisch-persische Toreutik*, en *J. D. A. I.*, LIII (1938), Anz., págs. 761 y sigs.; véase su próximo artículo en los *Zeitschr. f. Assyr.* y su tesis doctoral de Munich, *Die Phiale*, 1938. Me sorprendió no encontrar en el artículo del *Anzeiger* referencias a los espléndidos descubrimientos de Chipre mencionados en el cap. II, nota 18. Tampoco tiene en cuenta Luschey mis artículos que tratan de la influencia del arte aqueménida sobre los artistas panticapeos griegos (véase cap. II, nota 35). En el cap. III, nota 16, he citado algunos pasajes de Menandro que mencionan τορεύματα traídos a Grecia de Oriente por soldados mercenarios, y me he referido a la popularidad de λιθοκόλλητα y διάλιθα, que eran, sin duda, de origen oriental o imitaciones de trabajos orientales. A principios de la época helenística (véase cap. III, nota 40). Sobre los cuencos y copas encontrados en Siberia y Persia, véase M. Rostovtzeff, *Some new aspects of Iranian art*, en *Sem. Kond.*, VI (1933), págs. 161 y sigs. El hallazgo de Nihavand: E. Herzfeld, *The hoard of Karen Pahlavs*, en *Burl. Mag.*, LII (1928), págs. 21 y sigs., figs. A-B y D-E; cf. O. M. D[alton], *Br. Mus. Q.* I, II (1928), págs. 88 y sigs. Los cuencos del hallazgo de Nihavand y los otros del mismo estilo serán publicados e ilustrados por R. Zahn (aún sin publicar en el momento de la muerte de Zahn, el 27 de noviembre de 1945). Zahn se inclina a considerar los cuencos de Nihavand como importados a Persia y de fabricación griega. Yo me inclino a creer que los cuencos fueron hechos por un artista griego que residía en Siria. Véanse mis láms. LX, 2, y LXI, 3. Sobre la fecha: H. U. v. Schönebeck, *Ein hellenistisches Schalenornament*, 1938, págs. 57 y sigs. A través de Siria también recibió Persia el bello emblema de plata de factura tarentina que pertenece a la colección Loeb (ahora en Munich), que también formó parte del tesoro de los Karen Pahlavs; véase R. Zahn, *Silber-Emblem der Samml. Loeb*, en *Festschr. J. Loeb*, 1930, págs. 131 y sigs. Muy parecidos a los objetos de Nihavand son los hallados en Siria e incorporados a la colección del príncipe L. Czartoryski, a saber, los tres emblemata de plata del siglo III a. de J. C., dos adornados con figuras repujadas (bacante y sátiro en uno, y Heracles y Methe (?) en el otro), y uno con rollos de acanto muy similares a los de los cuencos «megareos», J. de Witte, *Monuments d'argent trouvés en Syrie*, en *Gaz. Arch.*, VI (1880), págs. 138 y sigs., y lám. 24; cf. G. Lippold, *P. W. K.*, VI A, 1767. En este artículo, Lippold señala que entre los regalos de Seleuco I al templo de Dídima había un vaso especial llamado Seleucis; cf. *P. W. K.*, II A, 1200, núm. 5. El emblema elefante: véase mi lám. LIII, 1.

(314) Para la bibliografía: M. Rostovtzeff, *Dura and the problem of Parthian art*, en *Yale Class. Stud.*, V (1935), pág. 220, nota 78.

(315) Papiro en Siria: Teofrasto, *H. P.*, IV, 8, 4; cf. IX, 7, I; en Babilonia: Plinio, *N. H.*, XIII, 73. Véase la discusión de estos textos por N. Lewis, *L'industrie du papyrus dans l'Égypte gréco-romaine*, 1934, págs. 5 y sigs., y C. B. Welles, *Arch. de l'hist. du Droit oriental*, I (1937), págs. 261 y sigs.

(316) W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938 (2.ª ed. con Addenda, 1951). El lector encontrará referencias a las fuentes y a

las contribuciones modernas en este libro magistral. Mis conclusiones, aunque basadas en el mismo material, no siempre coinciden con las de Tarn. Para la historia política y económica antigua de Bactriana, véanse las contribuciones de E. T. Newell y J. Wolski citadas en la nota 230.

(317) Sobre la exploración arqueológica del Afganistán: J. Hackin, *L'Œuvre de la Délégation archéologique française en Afghanistan,* Tokio, 1933. Sobre las recientes excavaciones en Kapisa, cerca de Begram: J. Hackin, *C. R. Ac. Inscr.*, 1938, págs. 59 y sigs. Sobre la situación e importancia de Kapisa: A. Foucher, *Notes sur l'itinéraire de Hiuan-Tsang en Afghanistan,* en *Études Asiatiques,* 1925, I, págs. 266 y sigs. (con mapa), y W. W. Tarn, en el libro citado en la nota precedente. Desde el punto de vista político y comercial, la ciudad sólo cedía en importancia a Bactra. Se encontrará un informe completo de la primera campaña de excavaciones en Kapisa en J. Hacking, *Recherches archéologiques à Begram,* 1939. Se ha llevado a cabo la exploración del yacimiento que ha producido, entre otras cosas, más ejemplares de vidrio sirio pintado y marfiles indios. Sobre los hallazgos de la primera campaña, véanse las notas de A. Ippel, *J. D. A. I.*, LIV (1939), Anz., págs. 599 y sig. Nuevas exploraciones en Afganistán: E. Barger, *Ill. Lond. News,* 1939, 22 de abril, págs. 682 y sigs. Sobre Alejandría: J. Hackin, *Rev. É. A.*, XLI (1939), págs. 267 y sigs.

(318) Sobre Taxila: John Marshall, *A Guide to Taxila,* 3.ª ed., 1936 (Tarn ha empleado la segunda edición). Un informe completo de la excavación de Taxila, y un catálogo de los hallazgos se encuentra en John Marshall, *Taxila* (3 vols., C. U. P., 1951).

(319) Véanse mis artículos: *Sarmatian and Indo-Scythian antiquities,* en *Rec. Kondakov,* 1926, págs. 355 y sigs., y *Some aspects of Iranian art, Sem. Kondak.*, VI (1933), págs. 161 y sigs. Véanse mis observaciones sobre el arte sármata en *C. A. H.*, XI, págs. 102 y sigs., y bibliografía, pág. 876. Las joyas de Taxila del período de época sace: John Marshall, *Arc. surv. of India, Ann. rep.*, 1926-27 (publicado en 1930), láms. XXVI-XXVIII, e ibíd., 1929-30 (publicado en 1935), págs. 55 y sigs., y láms. XVI-XIX. Véase mi lám. LXII.

(320) Sobre Arthasastra y los problemas relacionados con este tratado: B. Breloer, *Zeitsschr. d. d. Morgenl. Ges.*, LXXXVIII (1934), págs. 130 y sigs., LXXXIX (1935), págs. 40 y sigs., y *Kautaliya Studien,* I-III, I (1927-34); cf. F. Heichelheim, *New light on the influence of Hellenistic financial administration in the Near East and India,* en *Economic History,* III (13) (1938), págs. 1 y sigs.

PARTE III

(321) Sobre Pérgamo, véanse mis *Notes on the Economic Policy of the Pergamene kings,* en *Anat. Stud. pres. Sir William Ramsay,* 1923, págs. 359 y sigs., y mi capítulo *Pergamum,* en *C. A. H.*, VIII, págs. 590 y sigs. (con bibliografía). Cf. H. E. Stier, *Aus der Welt des Pergamonaltars,* 1932 (un resumen general de los principales aspectos, excepto el social y económico, de la época helenística; W. Zschietzschmann, *P. W. K.*, XIX, 1235 y sigs. (un resumen útil de los monumentos

excavados en Pérgamo) y W. v. Massow, *Führer durch. d. Pergamon museum,* 2.ª ed., 1936 (con bibliografía). Sobre las recientes excavaciones del asclepión, un edificio del siglo IV a. de J. C., reconstruido dos veces por los atálidas: O. Deubner, *Das Asklepieion von Pergamon,* 1938.

(322) Sobre Filetero, véanse, además de los trabajos citados en la nota precedente: W. Hoffmann, *P. W. K.,* XIX, 2157 y sigs. Aparte de los textos literarios aislados, podemos formarnos una idea de la política de Filetero por varias inscripciones: su préstamo a Pitane para la compra de tierra a Antioco I, *O. G. I.,* 335, lín. 135; su reverencia por Apolo Cresterio, cuyo santuario estaba entre Mirina y Cime, ibíd., 312, cf. Schuchhardt, *Alt. v. Perg.,* I, 1, pág. 98; sus relaciones con Cícico, su vecina y tal vez aliada, *O. G. I.,* 748, F. W. Hasluck, *Cyzimus,* 1910, pág. 265; Filetero y Delos: Durrbach, *Choix,* 31, cf. las Fileterias organizadas por Éumenes I en Delos, *I. G.,* XI, 2, 287 B, lín. 119; *Inscr. d. Delos,* 298 A, 95; 346 B, 14; 442 B, 54; sus regalos al templo de las musas en Tespia: véase nota 35; honrado por los délficos: M. Holleaux, *Rev. É. A.,* XX (1918), págs. 9 y sigs. [=*Études,* II, págs. 9 y sigs.]; R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., pág. 220. Filetero parece que reguló el sistema de pesas y medidas en su *dynasteia.* Los *scriptores metrologici* conocían un sistema especial de pesas y medidas llamado *filetérico.* Véase cap. VIII. Sobre el templo de Deméter cerca del gimnasio superior: W. Zschietzschmann, loc. cit., 1251 y sigs. La organización del ejército se remonta probablemente a Filetero y Éumenes I, y fue completada por Átalo I durante sus grandes guerras. No me puedo referir aquí a ciertas peculiaridades que a este respecto ofrece la *dynasteia* pergamena comparada con Egipto y Siria. Véanse mis observaciones en *C. A. H.,* VIII, pág. 596; cf. G. T. Griffith, *The Mercenaries,* etc., págs. 171 y sigs.; véase cap. VI, nota 82; y sobre las inscripciones de Delfos referentes a los soldados de Átalo I estacionados en Lilaya en 208 a. de J. C., R. Flacelière, *Les Aitoliens,* etc., pág. 301; cf. L. Robert, *Coll. Fröhner,* I, *Inscr. Gr.,* 1936, pág. 96, nota 2. La presencia de ciudadanos pergamenos y de muchos misios y masdienos en el ejército de Pérgamo, junto a fuertes contingentes de mercenarios, es digna de tener en cuenta.

(323) Sobre el territorio de la *dynasteia* pergamena, véanse mis observaciones en *Anat. Stud.,* págs. 362 y sigs. La *dynasteia* de Filetero probablemente fue tan grande como la satrapía del Orontes. Nótese qué importancia se atribuye al papel del Orontes en la historia de Pérgamo en las crónicas oficiales de esta ciudad (*Inschr. v. Perg.,* 613; *O. G. I.,* 264). Cf. E. Meyer, *Die Grenzen der hell. Staaten in Kleinasien,* 1925, págs. 94 y sigs., y A. H. M. Jones, *The cities,* etc., pág. 47.

(324) Sobre la fecha del altar, véanse las observaciones de W. Zschietzschmann, loc. cit., 1256, y especialmente la restauración de la inscripción de fundación sugerida por él; véase, sin embargo, W. von Massow, *Führer,* pág. 51, que representa la opinión común.

(325) Un rayo de luz aislado ilumina, por ejemplo, la historia de la ciudad de Temnos y las condiciones de vida allí predominantes en el siglo III a. de J. C. En un decreto fragmentario de Temnos hallado en Esmirna (publicado y comentado por L. Robert, *Ét. Anat.,* págs. 90 y sigs.; se desconoce la fecha exacta), un decreto aprobado en respuesta

a uno de Esmirna, vemos a la ciudad de Temnos en estrecha relación con la última y actuando como un cuerpo político independiente El decreto no contiene ninguna alusión a una dependencia de Temnos del dinasta de Pérgamo (cf. E. Meyer, *Die Grenzen*, etc., págs. 95 y 101). Las condiciones de vida en la vecindad de Temnos, en los distritos alrededor del monte Sípilo, parece que distaban mucho de ser pacíficas y seguras. Algunos ciudadanos de Esmirna, capturados por bandidos, fueron rescatados por la ciudad de Temnos y devueltos a Esmirna. No hay que olvidar que por esta época Esmirna era una ciudad seléucida (L. Robert, *Rev. É. A.*, XXXVIII (1936), págs. 23 y sigs.).

(326) He dado una lista de templos en el territorio de la *dynasteia* en *Anat. Stud.*, págs. 370 y sigs.; cf. T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor* (T. Frank, *Econ. survey*, IV), págs. 676 y sigs. Ahora me inclino a creer que los territorios de los templos en la *chora* pergamena no eran, por regla general, unidades territoriales independientes para cuestiones administrativas. Por supuesto, se trata de una conjetura, y probablemente había muchas excepciones a la regla. Quizá haya testimonio de una de éstas en las inscripciones que se refieren al templo de Apolo Tarseno, en el valle alto del Caico; C. B. Welles, *R. C.*, 47 (¿185 antes de J. C.?; sobre la fecha, véase cap. V, nota 62).

(327) Listas de efebos: W. Kolbe, *Ath. Mitt.*, XXXII (1907), págs. 415 y sigs.; P. Jacobsthal, ibíd., XXXIII (1908), págs. 384 y sigs., y H. Hepding, ibíd., XXXV (1910), págs. 416 y sigs. Se necesita con urgencia una nueva edición, revisada y completa, de estos textos básicos. He estudiado en unas cuantas líneas el significado de *topoi* en *C. A. H.*, VIII, págs. 598 y 602 y sigs.; cf. A. H. M. Jones, *The Cities*, etc., pág. 48, y nota 31, y L. Robert, *Villes de l'Asie Mineure*, 1935, págs. 79 y sigs. Es evidente que los *topoi* eran subdivisiones territoriales. Es sorprendente la anarquía con las τοπαρχίαι tolemaicas.

(328) Por ejemplo: la tierra era comprada al rey por los soldados a través de sus agentes: *Inschr. v. Perg.*, 158; C. B. Welles, *R. C.*, 51, líns. 18 y sigs.: τῶ[ν δὲ ... κα]ὶ τῶν ἄλλων ἐγγαίων ὧν ἀπέδοτο Δή|μαρ-[χ]ο[ς ὁ παρ' ἡμῶν, ἐὰν δὲ κ]αί τινες ἄλλοι τῶν τὰ βασιλικὰ πραγματευ|[ομένων ἄλλους ἐγγαίους μετὰ] ταῦτα πωλῶσιν, ἔσονται αἵ τε κτήσεις κύ|[ριαι ... κατὰ τὰ συγχωρη]θέντα ἑκάστοις. Los suplementos no son seguros pero el significado del pasaje está claro. El texto prueba la existencia (junto a la tierra real, la tierra de clerucos, y los *doreai*) de una categoría de tierra que en el Egipto tolemaico se designaba con el nombre de γῆ ἰδιόκτητος. Por desgracia, no conocemos nada del régimen jurídico de esta tierra, es decir, si era propiedad irrevocable de sus compradores.

(329) *Pars quanta* pagada por los propietarios: Apiano, *Bell. Civ.*, V, 4, donde la afirmación de Antonio, en su discurso de Éfeso, de que los romanos no impusieron tributos según un amillaramiento de la propiedad (πρὸς τιμήματα) probablemente se refiere al sistema de impuestos atálida. Sin embargo, no está claro si al hablar Antonio de los atálidas quiere decir que este sistema se aplicaba a todo el país en su reino, y en ese caso la afirmación es notoriamente incorrecta (véase más adelante, sobre la *dekate*), o piensa solamente en algunas categorías de tierra, quizá tierra u otras propiedades que pertenecen a ciudadanos y otros habitantes de las ciudades griegas. Véase el cap. V. La

dekate o *eikoste* sobre la tierra la pagaban los colonos militares, los clerucos: *Inschr. v. Perg.*, 158; C. B. Welles, *R. C.*, 51, líns. 17 y sigs. Quizá pagasen una *dekate* (seudo Aristóteles, *Oecon.*, II, 1, 4: ἀπὸ τῶν βοσκημάτων, ἐπικαρπία τε καὶ δεκάτη καλουμένη) era pagado por los κάτοικοι del templo de Apolo Tarseno, en el valle alto del Caico por su ganado. Véase la carta de Átalo, hermano de Éumenes II, de 185 a. de J. C., por la que se garantiza a los *katoikoi* la exención de este impuesto: C. Schuchhardt, *Ath. Mitt.*, XXIV (1899), págs. 212 y sigs.; C. B. Welles, *R. C.*, 47. Sobre la fecha, véase cap. V. nota 62.

(330) Hay testimonio de la gran producción de grano, ganado y caballos en los regalos hechos por los atálidas a las ciudades, santuarios, etc., de Asia Menor y Grecia. Véase, por ejemplo, Polibio, XVIII, 16; Tito Livio, XXXII, 40, 8 (Sición); Tolibio, XXXI, 31, 1. Los regalos de Filetero al pueblo de Cícico son muy interesantes (*O. G. I.*, 748): en 280-279 a. de J. C. les dio dinero y cincuenta caballos εἰς φυλακὴν τῆς χώρας (cf. Dióg. Laer., IV, 6, 30); en 279-278 les otorgó la ἀτέλεια para el ganado que exportasen de su territorio; en 276-275 durante la guerra contra los gálatas les dio grandes cantidades de trigo y cebada (¿también él participaba en esta guerra, y no es la guerra glorificada en Delos, F. Durrbach, *Choix*, 31?). Sobre las fechas que hay que atribuir a los regalos hechos por Filetero a Cícico: M. Segre, *Athen.*, VIII (1930), págs. 488 y sigs., y XII (1934), pág. 437. En Cícico se celebraba una fiesta especial llamada Fileterias: L. Robert, *Ét. Anat.*, 1937, págs. 199 y sigs. La inscripción demuestra con qué eficiencia organizó la agricultura y el pastoreo. Podemos comparar una inscripción de Ilión y una carta de Átalo II (?) al santuario de Atenea en Ilión anunciando un regalo de ganado con sus pastores; L. Robert, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 348 y sigs; C. B. Welles, *R. C.*, 62. El rey dio también un trozo de tierra que había comprado y que sin duda estaba en el territorio de Ilión (véase anteriormente el caso de Sición). Es sorprendente la semejanza de este regalo con el que Filomelo, hijo de Lisias, tirano de Frigia, hizo al templo de Dídima: diez pares de mulas y cinco conductores; véase L. Robert, loc. cit., pág. 350.

(331) Sobre la organización de la industria en el Estado pergameno, véanse mis notas en *Anat. Stud.*, págs. 379 y sigs. Sobre el pergamino, véanse págs. 508 y sigs., y Bilabel, *P. W. K.*, XV, 596 y sigs., artículo *Membrana.* Considero cierto que no fue Éumenes II, como sugiere Varrón (Plinio, *N. H.*, XIII, 70), quien inició, en Pérgamo, la manufactura del pergamino. Pérgamo pertenecía a una parte del mundo que durante siglos antes de la época helenística había usado el pergamino como material a propósito para escribir en él. Probablemente Éumenes aumentó la producción de pergamino en relación con la creación de la biblioteca. Vajilla de metal (de plata) de manufactura pergamena en el siglo III a. de J. C.: G. Lippold, *P. W. K.*, VI A, 1767; véase mi lám. LXXII.

(332) Sobre los esclavos en la economía pergamena, véanse caps. V y VI. Sobre los obreros y artistas pergamenos en Delfos en la época de Átalo I, Éumenes II y Átalo II, véanse las inscripciones délficas citadas en el texto y G. Daux, *Delphes au IIe et au Ier siècle*, etc., 1936, págs. 497 y sigs.; cf. Apéndice X, págs. 682 y sigs., y L. Robert,

Ét. Anat., págs. 87 y sigs. Sobre los esclavos empleados por los reyes de Pérgamo, *O. G. I.*, 338, 20 y sigs.: εἰς δὲ τοὺς παροίκους μετατεθῆναι τοὺς ἐκ [τῶν] | ἐξελευθέρων καὶ βασιλικοὺς τούς τε ἐνήλικα[ς] | καὶ τοὺς νεωτέρους, κατὰ τὰ αὐτὰ δὲ καὶ τὰς γυναῖ|κας πλὴν τῶν ἠγορασμένων ἐπὶ τοῦ Φιλαδέλφου | καὶ Φιλομήτορος βασιλέων καὶ τῶν ἀνειλημμένω(ν) | ἐκ τῶν οὐσιῶν τῶν γεγενημένων βασιλικῶν, κατὰ τα[ὐ]τὰ δὲ καὶ τοὺς δημοσίους. Esclavos al cuidado del ganado real: C. B. Welles, *R. C.*, 62, y nota 330 de este capítulo.

(333) Regalos de los atálidas: G. Cardinali, *Il regno di Pergamo*, 1906, págs. 199 y sigs., y mis notas, *C. A. H.*, VIII, pág. 604; cf. L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 84 y sigs. y 201.

(334) W. Ruge y E. Meyer, *P. W. K.*, III, 507 y sigs., artículo *Bithynia;* Th. Reinach, *Numismatique ancienne: Trois royaumes d'Asie Mineure*, 1888; J. Sölch, *Bithynische Städte im Altertum*, en *Klio*, XIX (1924), págs. 140 y sigs.; W. Ruge, *P. W. K.*, XVII, 468 y sigs., artículo *Nikomedeia*, F. Geyer, ibíd., 493 y sig., artículo *Nikomedes;* G. Cardinali, *Bitinia*, en *Enciclopedia Italiana;* A. H. M. Jones, *The Cities*, etcétera, págs. 148 y sigs. L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65), 1939, páginas 168 y sigs. (Ástaco y Nicomedia, Cromna y Amastris).

(335) R. Herzog, *Ath. Mitt.*, XXX (1905), págs. 173 y sigs.; *S. I. G.*[3], 456; Welles, *R. C.*, 25. Sobre la fecha (hacia 240 a. de J. C., que es más probable que 250 a. de J. C.): Welles, loc. cit. Una gran parte de esta carta se dedica a las seguridades dadas a los mercaderes, líns. 33 y siguientes: καὶ τῶν | πλειόντων τὴν θάλασσαν | ὅσοι ἂν τυγχάνωσι τῶν ὑμε|τέρων προσβάλλοντες τοῖς | τόποις ὧν ἡμεῖς κρατοῦμεν (por consiguiente, Ziaelas no poseía toda la costa en la que anidaban los piratas) φροντίζειν ὅπως ἡ ἀσφάλει[α] | αὐτοῖς ὑπάρχῃ· κατὰ ταὐτὰ [δὲ] | καὶ οἷς ἂν συμβῇ πταίματός [τι-]|νος γενομένου κατὰ πλοῦν | προσπεσεῖν πρὸς τὴν ἡμετέ[ραν], | πᾶσαν σπουδὴν ποιεῖσθαι ἵν[α] | μηδ' ὑφ' ἑνὸς ἀδικῶνται. El pasaje citado muestra que ocurrían con frecuencia casos de piratería y cautividad de los náufragos y que las costas bitinias no eran seguras para los mercaderes griegos. La hostilidad de los habitantes frente a los extranjeros, su μισοξενία, pudo haber sido una reacción de la población tracia de Bitinia frente a las medidas filohelenas de sus reyes.

(336) Véase mi capítulo *Pontus and its neighbours*, en *C. A. H.*, IX, págs. 211 y sigs. (con bibliografía). El resumen mejor y más completo de todo el material disponible es aún el de Th. Reinach, *Mithridate Eupator*, 1890, y la traducción alemana de este libro (1894); cf. A. H. M. Jones, *The Cities*, etc., págs. 153 y sigs., y mi artículo *Ponto*, en *Enciclopedia Italiana*.

(337) F. Cumont y otros, *Studia Pontica*, III, 1910, *Inscriptions*, etcétera, núm. 95 *a*. Sobre las eparquías, véase mi nota en *C. A. H.*, IX, pág. 215, nota 2.

(338) La obra clásica sobre los gálatas sigue siendo la de F. Stähelin, *Geschichte der kleinasiatischen Galater*, 2.ª ed., 1907. Sobre la vida económica y social de los gálatas, véase las atinadas observaciones de J. G. C. Anderson, *Exploration in Galatia cis Halym*, parte II, *J. H. S.*, XIX (1899), págs. 312 y sigs. Para el último período: J. Keil, *C. A. H.*, XI, págs. 597 y sigs., y bibliografía, pág. 917.

(339) Sobre la expansión y civilización célticas en el largo período de su vida política independiente, véase J. M. de Navarro, *C. A. H.*, VII, págs. 41 y sigs.; y copiosa bibliografía en las págs. 871 y sigs., y especialmente la excelente obra póstuma de H. Hubert, *Les Celtes,* I, y sobre todo II, 1932 (H. Berr, *L'Évolution de l'Humanité,* I, IV, 6), también con bibliografía exhaustiva. No es necesario completar las bibliografías antes citadas con referencias a otros períodos más recientes. Para las épocas siguientes: *C. A. H.*, XI, caps. XII y XIII, con las bibliografías correspondientes, y T. Frank, *Economic Survey,* vol. III, 1937, parte IV, págs. 379 y sigs. (A. Grénier).

(340) M. Rostovtzeff, *Iranians and Greeks,* págs. 138 y sigs., *Artibus Asiae,* IV (1933), págs. 99 y sigs., y *Skythien und der Bosporus,* pág. 488, nota. Sobre la metalurgia céltica en general: W. A. von Jenny, *Keltische Metallarbeiten aus heidnischer und christlicher Zeit,* 1935.

(341) Véanse, por ejemplo, las cartas de Éumenes II y Átalo II a Atis, sacerdote del templo de Cibeles en Pesinunte; Welles, *R. C.*, núms. 55-61. Atis era un nombre litúrgico. El nombre de su hermano mencionado en las cartas era Ayórix. Era, pues, un gálata. Véase cap. V.

(342) Los mercenarios gálatas eran numerosos en los ejércitos helenísticos del siglo III y principios del II. Véase G. T. Griffith, *The Mercenaries,* págs. 118 y sigs., 137 (para Egipto) y 166 (para Siria); véase Índice, voz «Gaulus». En Egipto, nos da una idea de los nombres y presencia de los mercenarios gálatas una colección única de estelas pintadas del siglo III a. de J. C. de las necrópolis de Hadra y Shiatby y algunos vasos funerarios de las mismas tumbas. Véanse A. Reinach, *Les Galates dans l'art alexandrin,* en *Mon. et Mém. Piot,* XVIII (1910), págs. 40 y sigs., especialmente págs. 57 y sigs., y *Les Gaulois en Égypte,* en *Rev. É. A.*, XIII (1911), págs. 33 y sigs.; sobre el supuesto jinete gálata: R. Pagenstecher, *Nekropolis,* 1919, págs. 65 y sigs., especialmente pág. 69, y E. Breccia, *La Necropoli di Sciatbi,* 1912, II, láms. XXII-XXIV; M. H. Swindler, *Ancient Painting,* 1929, pág. 344. Para las épocas posteriores nuestra información es escasa. Aparte de algunas alusiones literarias, sólo poseemos los grafitos de Abidos (A. Reinach, loc. cit.). Los papiros e inscripciones de esta época no dicen nada sobre los gálatas; véase J. Lesquier, *Inst. mil.*, 1911, págs. 109 y sigs. y 122 y sigs.; F. Heichelheim, *Die ausw. Bevölkerung,* pág. 75, notas 4 y 7; véase su artículo en *Arch. Pap.*, IX (1930), pág. 49, y XII (1936), págs. 54 y sigs. Los gálatas no vuelven a aparecer hasta el siglo I a. de J. C.: primero en las inscripciones Hermúpolis, de 80-78 a. de J. C., en las listas de los miembros de un κοινόν militar (un gálata entre 823 nombres; nótese que los tracios son mucho más numerosos) —véase F. Zucker, *Doppelinschrift spät-ptolemäischer Zeit aus der Garnison von Hermúpolis Magna,* en *Abh. Berl. Akad.*, CXXI (1938), pág. 53; cf. *Aeg.*, XVIII (1938), págs. 279 y sigs., y *S. B.*, 8066—, y más tarde como soldados de Gabinio. Estos últimos, por supuesto, no son mercenarios, sino reclutas. Ha de recordarse que todos los gálatas mencionados en las inscripciones y en los textos literarios (con una excepción) estaban en servicio activo, y por consiguiente no eran soldados del ejército territorial. Es verdad que nuestra información es defectuosa, pero este hecho —nótese que los soldados establecidos de otras «nacionalidades» son relativamente

menos mencionados— puede ser indicio de la resistencia de los Tolomeos a fijar estos hombres salvajes en Egipto, o del deseo de los gálatas de volver a su patria, o de ambas cosas. Puedo añadir que, según M. Segre, los cardaces restablecidos por Antioco III en Licia eran gálatas (véase cap. V, notas 60-61).

(343) Filarco, fr. 2, *F. Gr. Hist.*, 81 (Ateneo, IV, 34, pág. 150 *d*), y los comentarios de Jacobi.

(344) F. Miltner, *Die Meerengenfrage in der griechischen Geschichte*, en *Klio*, XXVIII (1935), págs. 1 y sigs.

(345) F. W. Hasluck, *Cyzicus*, 1910; W. Ruge, *P. W. K.*, XII, 228 y sigs.

(346) Sobre los cicicenos: K. Regling, *P. W. K.*, XII, 224 y sigs., artículo *Kyzikener*, y *Der griechische Goldschatz von Prinkipo*, en *Z. F. N.*, XLI (1931), págs. 1 y sigs.

(347) Sitio por Arrideo: Diodoro, XVIII, 51; Ateneo, XI, 509 *a; Marm. Par. B*, 12 (Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 239). Filetero y Cícico: *O. G. I.*, 748, y nota 330 de este capítulo. La conocida inscripción que trata del fundo de Laódice situado cerca de los territorios de Celea y Cícico (*O. G. I.*, 225; Welles, *R. C.*, 18-20) no implica que Cícico y Celea fueran ciudades sometidas a Antioco III, como sugiere Ruge. Sin embargo, sabemos muy poco de la historia de Asia Menor a principios de la época helenística. Puede suponerse una especie de soberanía de Lisímaco, quizá de Seleuco I, Antioco I y Antioco II sobre la ciudad, si aceptamos la idea de Babelon de que algunas monedas de Lisímaco, Antioco I y Antioco II llevan la marca de acuñación de Cícico (F. W. Hasluck, loc. cit., pág. 174; cf. E. Babelon, *Rois de Syrie*, págs. LVI y sig., y B. Niese, *Gesch. d. griech. u. maked. Staaten*, II, págs. 85, nota I, y 135, nota 7). Pero esto, si es verdad (lo que es dudoso), no significa que Cícico fuese una de sus ciudades.

(348) Sobre el territorio de Cícico: Diodoro, XVIII, 51, en la inscripción discutida por F. W. Hasluck y por mí mismo, véase mi *Kolonat*, pág. 263, nota 1, y Hasluck, *J. H. S.*, XXIV (1904), pág. 21, nota 4; ibíd., XXVI (1906), pág. 29; y *Cyzicus*, págs. 272, nota 23, y 50; cf. página 255 (sobre la administración de los pueblos). El carácter puramente agrícola de la vida de la región de que forma parte el territorio de Cícico está atestiguado por numerosas dedicaciones a Zeus Olbio, el protector divino de los campesinos, encontradas al sur del lago Manias, probablemente en un lugar ocupado por un templo de este dios. Véanse: L. Robert, *Coll. Fröhner*, I: *Inscr. gr.*, págs. 58 y sigs., núms. 47-48, y *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), pág. 190. Véanse mis comentarios, *Ét. Anat.*, págs. 205 y sig.; lám. XXVIII, 4. La inscripción de Traciocomete y la inscripción funeraria de Moirocles: G. Mendel, *Cat. Sculpt. Mus. Constantinople*, III, 1912, núm. 1074. Sobre Celea: *S. I. G.*[3], 279; mi *Kolonat*, pág. 260.

(349) Véase el decreto en honor de Antonia Trifena en la época de Tiberio, *S. E. G.*, IV, 707. Da un retrato muy vivo, probablemente no menos fiel para los de época anterior, de los mercaderes «de todo el mundo civilizado» (ἀπὸ τῆς οἰκουμένης) y de los «extranjeros» (ξένοι), que se reunían en Cícico por la época de la feria (πανήγυρις). Sobre los productos de Cícico: F. W. Hasluck, *Cyzicus*, pág. 171.

(350) Bürchner, *P. W. K.*, XII, 590 y sigs. Sobre los lampsacenos: K. Regling, ibíd., 589 y sigs., artículo *Lampsakener* (con bibliografía). Cícico y Lámpsaco en Delos: *I. G.*, XI, 4, 562 (Cícico) y 571 y 708 (Lámpsaco); F. Durrbach, *Choix*, pág. 275.

(351) H. Merle, *Die Geschichte der Städte Byzantion und Kalchedon*, tesis doctoral, Kiel, 1916.

(352) Sobre Heraclea, véanse los valiosos programas de J. H. Schneiderwirth, *Heraclea am Pontus*, 1882, y *Das pontische Heraclea*, 1885; G. Busolt, *Griechische Staatskunde*, 3.ª ed., 1920, págs. 402 y sigs.; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, III, 1, 2.ª ed., 1922, págs. 137 y sigs.; véase pág. 302, y III, 2, págs. 94 y sigs. Cf. U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Staat u. Gesellschaft der Griechen*, 2.ª ed., 1923, pág. 39 (sobre el empleo hecho por Heraclea de las especulaciones sobre la mejor forma de gobierno), y R. Laqueur, artículo *Nymphis*, en *P. W. K.*, XVII, 1608 y sigs. (sobre la historia antigua de Heraclea). Sobre la situación de Heraclea y su excelente puerto, véanse las notas de L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 251 y sigs. En algunas monedas de Geta, Gordiano y Galieno, hay representado un edificio en forma de alta torre con fuego ardiendo en la cúspide. L. Robert cree que este edificio es un faro. Si es así, el faro puede considerarse una construcción de época imperial romana o una imitación helenística del faro de Alejandría; véase mi *Storia Soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 202, nota 34.

(353) Marina de Heraclea. En la guerra entre la Ceraunio y Gonatas (280 a. de J. C.), Heraclea apoyó al primero (Memnón, 13; Just., XXIV, 1, 8). La división heracleota era la más fuerte de la flota de Ceraunio; constaba de ἑξήρεις, πεντήρεις, ἄφρακτοι καὶ ὀκτήρης μία; la última, que sin duda era la última palabra en construcción naval y el orgullo de los heracleotas, la describe minuciosamente Memnón. El barco, con 1.600 remeros, 1.200 soldados, y dos κυβερνῆται, era sin duda un bello ejemplo de la potencia de Heraclea. En la guerra entre Antioco I y Antígono, cuando Antioco I combatía a Nicomedes I de Bitinia, Heraclea, aliada de Antígono, envió un escuadrón de trece τριήρεις para ayudar a Nicomedes (Memnón, 18). En la guerra entre Antioco II y Bizancio, envió Heraclea cuarenta τριήρεις para apoyar a Bizancio (Memnón, 23). Cuando los gálatas aparecieron en el horizonte de Asia Menor y saquearon el territorio de Bizancio, Heraclea ayudó a ésta contribuyendo con 4.000 estateras al coste de la guerra (Memnón, 19). Más tarde, cuando los gálatas invadieron el Ponto el año I del gobierno de Mitrídates III, y el ejército del rey carecía de víveres, hacia el 255 a. de J. C., Heraclea envió grano a Amiso (Memnón, 24). En represalia, los gálatas invadieron el territorio de Heraclea; fueron comprados por un rescate de 5.000 estateras, además de pagar a cada uno de los jefes gálatas 200 estateras (Memnón, 24; F. Stähelin, *Gesch. d. kleinas. Galater*, 1907, pág. 17).

(354) Quersoneso y Heraclea: véase mi artículo *Chersoneso*, en *Enciclopedia Italiana*. Es digno de notarse el gran interés que mostró Filadelfo por las ciudades de la costa Póntica. Hablaré en seguida de Sinope. Las relaciones de Filadelfo y Soter con Heraclea fueron tan íntimas como con Sinope. Memnón (25) dice que Filadelfo envió a Heraclea 500 artabaes de grano y construyó un templo de mármol preconesio

en la acrópolis de la ciudad para Heracles, su dios principal. Sobre las comunicaciones regulares entre el mar Negro, el de Azof, Rodas y Alejandría, véase el conocido juicio de Diodoro (III, 37, 7). Empleó catorce días en alcanzar Alejandría desde el mar de Azof, esto es, probablemente desde Panticapeo. Heracleotas en Atenas: el Índice de *I. G.*, II (período desde Euclides a Augusto) muestra entre los metecos de Atenas 89 heracleotas, y el suplemento añade otros 12. Para la época romana el Índice de *I. G.*, III, registra 81 nombres; W. S. Ferguson, *Hell. Ath.*, pág. 316, nota 4 [cf. *I. G.*, II², 8548-8825]. Es muy probable que la mayoría de los heracleotas enterrados en Atenas fuesen heracleotas pónticos. Pero muchos pudieron haber sido ciudadanos de otras ciudades del mismo nombre, especialmente Heraclea del Latmo, en Asia Menor, o Heraclea Traquinia. Nótese que en la lista de próxenos de Termo, los dos heracleotas pónticos aparecen caracterizados específicamente como tales (*I. G.*, IX, 2.ª ed., 31, 44 y 112) (223-222 a. de J. C. y 205-204 a. de J. C.) y que el número de milesios en Atenas fue mucho mayor tanto en la época helenística como en la romana. Las inscripciones funerarias de Atenas no están fechadas. La mayoría de los heracleotas de la época preaugustal pertenece probablemente a los siglos II y I a. de J. C., pero sin duda no todos ellos.

(355) Sobre Amisos: G. Hirschfeld, *P. W. K.*, I, 1839 y sig.; F. Cumont y otros, *Studia Pontica*, II, 1906, págs. 111 y sigs., y III, 1910, págs. 1 y sigs. Amisios en Atenas: Índice de *I. G.*, II [cf. *I. G.*, II², 8049-8074]. Sobre la necrópolis de Amiso: mi *Skythien und der Bosporus*, pág. 148. Joyas encontradas en Amiso, Amasia y Sinope: L. Pollak, *Klass. ant. Goldschmiedearb. im Besitze A. J. von Nelidow*, 1903, núms. 142, 160, 175, 390, 523 (Amiso); 219, 251, 282, 325, 367, 498 (Amasia); 192 (Sinope). Ejemplos de cerámica y terracotas amisias: mis láms. LXIV, LXV, y LXVII, 2. La cerámica de época griega y helenística nunca ha sido estudiada con cuidado. Especialmente interesantes son los ritones y ascoes pintados (blanco y rojo) con prótomos de distintos animales (toros, cabras, ciervos, caballos), que se remontan a prototipos minoicos e hititas, pero pueden atribuirse a los siglos IV y III a. de J. C. Unos son de estilo griego, y otros iranio. Sobre la cerámica «capadocia» en general: H. de Genouillac, *Céramique cappadocienne*, 1926; sobre la cerámica de la época posterior; ibíd., I, pág. 64, y especialmente núms. 171 y 173 de su Catálogo (vol. II, láms. 14 y 15). Contra sus fechas, véanse: Arthur Evans, *Palace of Minos*, Índice, voces «Eski Samsun» (pág. 46) y «Bull heads» (pág. 21). Debo mi conocimiento de esta cerámica y las referencias bibliográficas a la amabilidad del profesor R. Zahn, que considera los ejemplares reproducidos en nuestras láms. LXIV, 1, 2 y LXVII, 2, como de indudable fecha helenística. Sobre algunos monumentos de fecha arcaica excavados por Macridy Bey en Samsun: Macridy Bey, *Une citadelle archaïque du Pont*, en *Mitt. Vorderas. Ges.*, XII (1907), núm. 4.

(356) Sobre Sinope: D. M. Robinson, *Ancient Sinope*, 1906 (cf. *Am. J. Ph.*, XXVII (1906), págs. 125 y sigs., 245 y sigs., y 447 y sigs., y *A. J. A.*, IX (1905), págs. 294 y sigs.; W. Ruge, *P. W. K.*, III A, 252 y sigs. Descripción de la ciudad: Estrabón, XII, 3, 11, págs. 545 y sigs.; Polibio, IV, 56. Los sinopenses en Atenas: el Índice de *I. G.*, II, enume-

ra 21 y 22 inscripciones funerarias [cf. *I. G.*, II², 10314-10361]. Cf. los próxenos sinopenses en Oropo, *S. E. G.*, I, 104, y un sinopense como próxeno en Termo de Etolia; *I. G.*, IX, 2.ª ed., 25, lám. 22 (245-236 a. de J. C.). Relaciones comerciales entre Sinope y Panticapeo: véase cap. II y nota 43. Los testimonios contradictorios sobre la estatua de Sérapis han sido repetidas veces reunidos y estudiados. No puedo tratar aquí la cuestión. Véase, por ejemplo: Roeder, *P. W. K.*, I, A, 2404 y sigs. Monedas de Sinope: E. S. G. Robinson, *Num. Chr.*, 4.ª serie, XX (1920), págs. 1 y sigs., y serie 5.ª, X (1930), págs. 1 y sigs. La importancia de la ceca de Sinope se refleja en la conocida historia de Diógenes el Cínico; véase la ingeniosa combinación de datos numismáticos con esta historia: Ch. Seltman, en D. R. Dudley, *A History of Cynicism*, 1937, págs. 20 y sigs. y 54 y sigs.

(357) Calatis: N. Vulič, , *P. W. K.*, X, 1610 y sigs. Istro: Vulič, *P. W. K.*, IX, 2268 y sigs. Todas las ciudades de la costa occidental se sometieron a Lisímaco después de la guerra mencionada en el texto. Su historia, en el siglo III a. de J. C., constituye una laguna. En el siglo II vemos con más claridad; véanse caps. V y VI. B. Lenk, *P. W. K.*, VI A, 433 y sigs., artículo *Thrake*, no trata de las ciudades griegas.

(358) Sobre Olbia, véase mi artículo *Olbia*, en *Encicl. Ital.* (con bibliografía).

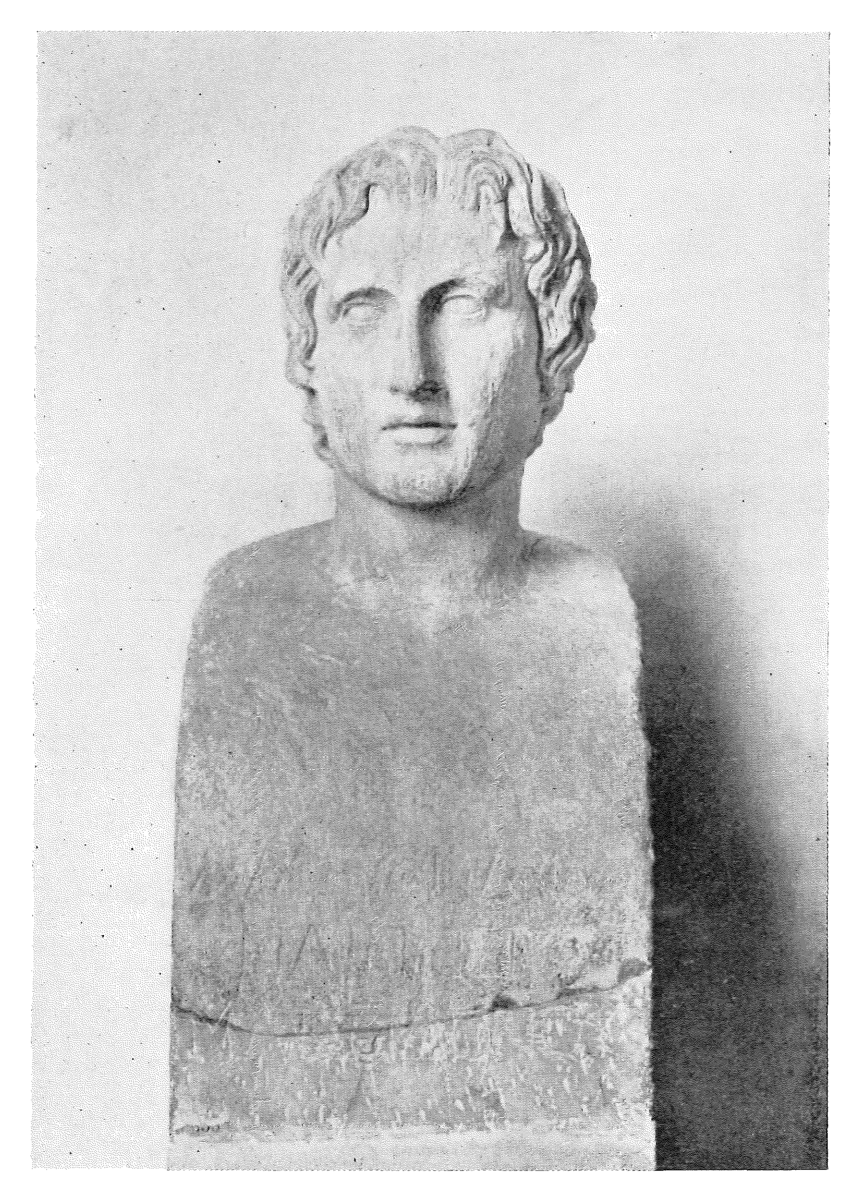
(359) Reino del Bósforo: véase mi capítulo *The Bosporan kingdom*, en *C. A. H.*, VIII, págs. 561 y sigs.; véase mi artículo *Panticapeo* en *Enciclopedia Italiana* (ambos con bibliografía). No puedo repetir aquí la referencia de fuentes antiguas ni las modernas contribuciones que el lector encontrará en dichos capítulo y artículo.

(360) Véase mi capítulo *The Sarmatae and the Parthians*, en *C. A. H.*, XI, págs. 91 y sigs., y bibliografía, pág. 876.

(361) La decadencia de la potencia escita se ve en los datos arqueológicos proporcionados por los túmulos de las estepas de Rusia meridional. He tratado de clasificar y fechar los grupos más importantes de tumbas escíticas y otras del sur de Rusia en mi libro *Skylhien und der Bosporus*. Las fechas que di a los diferentes grupos, y a las tumbas en particular, han sido discutidas varias veces desde entonces por competentes estudiosos. La tendencia general es atribuir las tumbas más espléndidas e importantes, que yo asignaba al período en que el reino del Bósforo alcanzó el cenit de su prosperidad (siglo IV y principios del III a. de J. C.), a una época algo más antigua, no siendo ninguna de estas tumbas, según ellos, posterior a Alejandro, y algunas de ellas de fines del siglo V. Véase, por ejemplo, G. N. Richter, *A Greek sword-sheath from South Russia*, en *Metr. Mus. St.*, IV, 1, 1932, págs. 109 y sigs., y en especial K. Schefold, *Der skythische Tierstil in Sudrussland*, en *Eur. Sept. Ant.*, XII (1938), págs. 3 y sigs. Esta importante cuestión no puede discutirse aquí. Desde el punto de vista histórico, no veo razón para una desaparición brusca de las tumbas de príncipes escitas a fines del siglo IV a. de J. C. Las fechas atribuidas a los distintos enterramientos se derivan del análisis puramente estilístico de algunos objetos encontrados en estas tumbas, lo que lleva a los distintos estudiosos a conclusiones muy divergentes; así, por ejemplo, las tumbas de Chertomlyzk son fechadas de modo muy distinto por la señorita Richter y por Schefold.

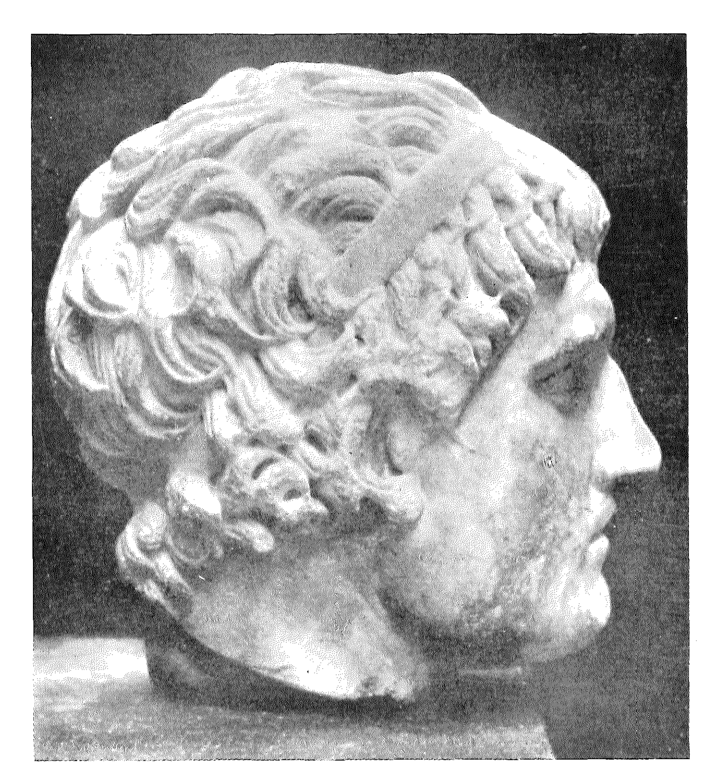
No puede considerarse definitiva la datación de Schefold para las últimas tumbas escitas. Algunas pueden pertenecer al siglo III a. de J. C.

(362) No puedo entrar aquí en una discusión del contenido de las tumbas saces y sármatas y del nuevo estilo de joyería y arte toréutico que trajeron consigo desde su patria asiática y al que permanecieron fieles durante muchos siglos. Véanse mis artículos *Sarmatian and Indo-Scythian antiquites,* en *Rec. Kondakov,* 1926, págs. 255 y sigs., y *Some new aspects of Iranian art,* en *Sem. Kond.,* VI (1933), págs. 161 y sigs.; cf. *C. A, H.,* XI, págs. 102 y sigs., y bibliografía, pág. 876. Véanse también las recientes observaciones de A. Salmony sobre el tema en *Eur. Sept. Ant.,* II (1937), págs. 91 y sigs., y K. Schefold, ibíd, XII (1938), pág. 63. Me inclino a considerar la versión helenizada del nuevo estilo animalístico como una creación de los artistas bactrianos; véase pág. 514. El contenido de las tumbas reales del túmulo de Karagodeuasj debe volver a estudiarse a la luz de los nuevos datos descubiertos desde su excavación. Véase mi *Skythien und der Bosporus,* págs. 323 y sigs., especialmente pág. 328; cf. págs. 547 y sigs. sobre las tumbas relacionadas con Karagodeuasj y Schefold, loc. cit. Véase mi lám. LXVIII.

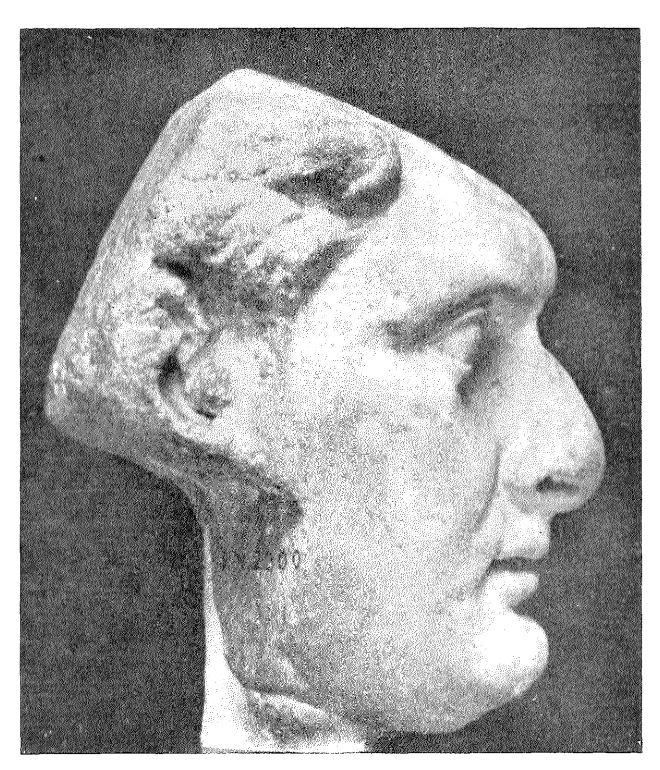


Retrato de Alejandro Magno

El hermes *Azara*, del Louvre. Copia romana pobre de un excelente original griego. El estilo es de Lisipo. Inscripción: Ἀλέξανδρος | Φι-λίππου | Μακεδών. (Fotografía facilitada por Archives Photographiques.)



1. Cabeza de mármol de Lisímaco
Colección del Dr. M. Gutwiller



2. Máscara de mármol de Tolomeo Soter
Gliptoteca Ny Carlsberg, Copenhague


LÁMINA II

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA II

1. La cabeza de una estatua de mármol aquí representada (en un tiempo en Heidelberg, ahora en algún lugar de Suiza) se ha identificado, con gran probabilidad, como la cabeza de LISÍMACO, mediante una minuciosa comparación con los retratos en monedas del gran general de Alejandro, entonces rey de Tracia y durante algún tiempo sucesor de Antígono el Cíclope en Asia Menor y de Demetrio en Macedonia. La estatua es una copia romana de un original griego de la escuela de Lisipo. (Fotografía facilitada por el doctor O. Brendel.)

Primeramente publicada e identificada por O. Brendel, *Ein Bildnis des Königs Lysimachos von Thrakien,* en *Die Antike,* IV (1928), páginas 314 y sigs.; cf. las juiciosas notas de E. Pfuhl, *J. D. A. I.,* XLV (1930), págs. 8 y sig., fig. 4. (Para las monedas de Lisímaco que llevan el retrato del rey, véase O. Brendel, loc. cit., y E. Pfuhl, loc. cit., lám. IV, 5, monedas de Lisimaquia. Cf. mi lám. XVIII, 7 y 8: dos ejemplares de las espléndidas monedas de Lisímaco emitidas después de 297 a. de J. C. con el retrato idealizado de Alejandro, que muestra una ligera semejanza con los rasgos de Lisímaco; sobre estas monedas, véase E. T. Newell, *Royal Greek Portrait Coins,* 1937, pág. 19.)

2. Máscara de mármol de una estatua retrato de TOLOMEO SOTER encontrada en Egipto. La práctica de hacer sólo algunas partes de una estatua en mármol (que, siendo importado, era caro: véanse las obras citadas en el cap. IV, nota 180) era peculiar de Egipto. La máscara muestra un fuerte parecido con algunas monedas de Soter que aún no le representan viejo, probablemente antes de tomar el título de rey (véase mi lám. III, fig. 2; cf. lám. XXVIII, fig. 4, y lám. XXIX, fig. 2). El retrato de Soter no muestra señales de idealización tan destacada como los de Alejandro y Lisímaco. En las monedas y las distintas esculturas se trata siempre a Soter de manera realista, destacando los rasgos principales de su carácter: voluntad y determinación férreas guiadas por la prudencia y la inteligencia. (Fotografía facilitada por el doctor F. Poulsen.)

La máscara de Soter ha sido publicada y discutida varias veces. Una bibliografía completa y buenas notas sobre el estilo y artesanía, junto con una enumeración completa de otros retratos escultóricos de Soter, se encontrará en F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?,* en *Collections of the Ny Carlsberg Glyptothek,* II (1938), páginas 14 y sigs. Cf. el bello vaciado de yeso (véase descripción de mis láms. XLV y XLVIII) de un *emblema* de plata que muestra los retratos de perfil, superpuestos, de Soter y su esposa Berenice (cf. mi lám. XXIX, 2), recientemente publicado e ilustrado por A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXXII (N. S. x, 1) (1938), págs. 77 y sigs. y lám. VI. Para la posición que los retratos reales ocupan en la historia de la escultura alejandrina en general, puedo citar aquí, de una vez para todas, los breves resúmenes de la escultura alejandrina (incluyendo los retratos) por A. W. Lawrence, *Greek sculpture in Ptolemaic Egypt,* en *J. E. A.,* XI (1925), págs. 179 y sigs., e I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt,* 1937, págs. 82 y sigs., que sigue de cerca a Lawrence.



Retratos en monedas ampliados: 1. Seleuco Nicátor. 2. Tolomeo Soter.
3. Demetrio Poliorcetes. 4. Antioco I. 5. Filadelfo y Arsínoe

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA III

1. SELEUCO I emitió muy pocas monedas con su imagen. Pero su retrato aparece en las monedas de su hijo Antioco I acuñadas mientras su padre vivía aún (entre 293-281 a. de J. C.), y después de su muerte en las de Filetero de Pérgamo. Lo que aquí se reproduce es el anverso de una de las últimas monedas (descripción lám. XXIX, 4). Ciertamente, existió en gran número estatuas de Seleuco (véase lámina siguiente). En estas estatuas se inspiraron los tallistas del reino seléucida y de Pérgamo. El retrato presenta algunos rasgos de Lisipo, pero es mucho más realista que los retratos de éste. Muestra al rey ya viejo y acentúa sus rasgos individuales.

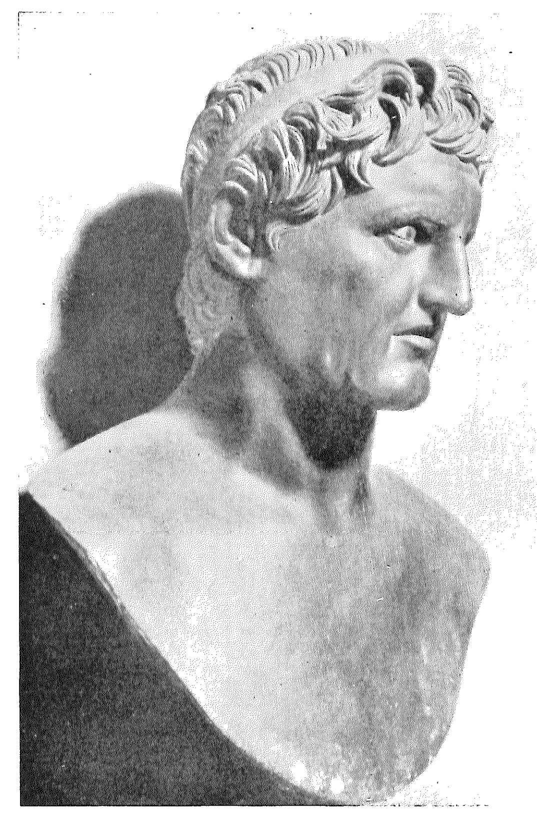
2. TOLOMEO SOTER (tetradracma de la colección de E. T. Newell, no publicado). Probablemente el retrato se deriva de las estatuas retratos del rey.

3. DEMETRIO POLIORCETES (dracma de la colección de E. T. Newell, acuñada en Éfeso; cf. lám. XXVIII, 6). El retrato (nótese el cuerno, símbolo del poder y fuerzas reales) está ligeramente idealizado, aunque recoge las características individuales del rey. E. T. Newell, *The Coinages of Demetrius Poliorcetes,* 1927, pág. 65, núms. 54 y sig.

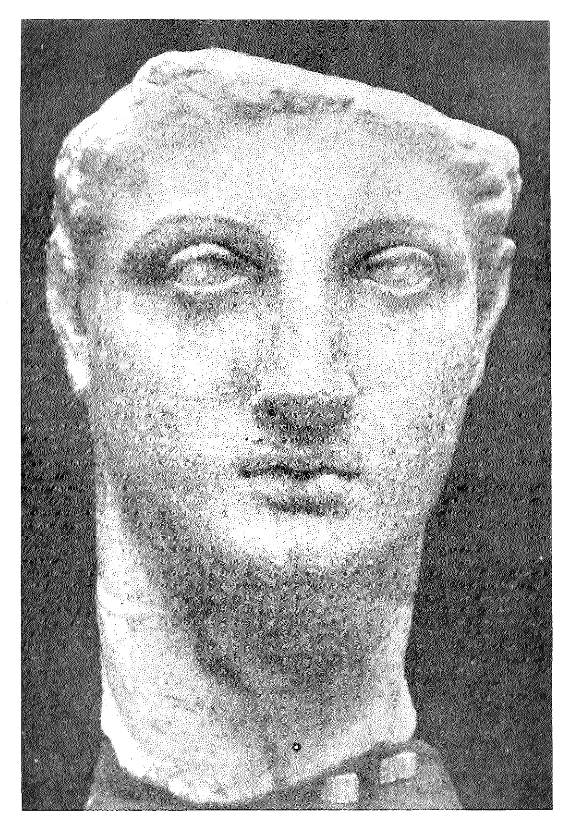
4. ANTIOCO I (véase lám. XXVIII, 8). Un retrato absolutamente realista del sucesor de Seleuco I en su vejez.

5. FILADELFO y ARSÍNOE (del *B. M. C.*, lám. VII, 7; cf. mi lámina XXIX, 2). Moneda póstuma acuñada por Filopátor y que muestra al hermano y la hermana deificados (ἀδελφοί).

Un análisis más detallado de los retratos en monedas de los reyes helenísticos en relación con los retratos escultóricos existentes se encontrará en el admirable artículo de E. Pfuhl, *Ikonographische Beiträge zur Stilgeschichte der hellenistischen,* en *J. D. A. I.*, XLV (1930), págs. 1 y sigs. El aspecto histórico es destacado en la excelente monografía de E. T. Newell, *Royal Greek Portrait Coins,* 1937.



1. Busto de bronce de Seleuco I
Museo de Nápoles



2. Cabeza de una estatua de mármol de Evérgetes I (¿o Filadelfo?). Museo de Cirene

LÁMINA IV

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA IV

1. Uno de los bustos de bronce de los caudillos helenísticos hallados en la famosa colección de un noble romano en su villa cerca de Herculano, ahora en el Museo de Nápoles. Intacto, con excepción del ojo derecho, que ha sido restaurado. Su comparación con monedas demuestra que se trata, sin duda, de un retrato de SELEUCO I NICÁTOR. Es el mejor retrato helenístico real que existe. Muestra con fuerza y maestría los rasgos dominantes del carácter del gran rey: su indomable voluntad, su gran capacidad intelectual, su astucia diplomática y su ilimitada ambición. (Fotografía facilitada por Alinari.)

El busto ha sido publicado y discutido muchas veces. Bastará mencionar las mejores y más recientes reproducciones y discusiones: R. Delbrück, *Antike Porträts,* 1912, pág. XLI, lám. 22; A. Hekler, *Die Bildniskunst d. Griechen und Römer,* 1912, lám. 68; Arndt-Bruckmann, *Griechische und römische Porträts,* 1891, láms. 101 y sigs.; E. Pfuhl, loc. cit., pág. 5, fig. 1; E. G. Suhr, *Sculptured Portraits of Greek Statesmen,* 1931, págs. 157 y sigs. (Suhr da una lista de estatuas del rey atestiguada por nuestras fuentes literarias y epigráficas.)

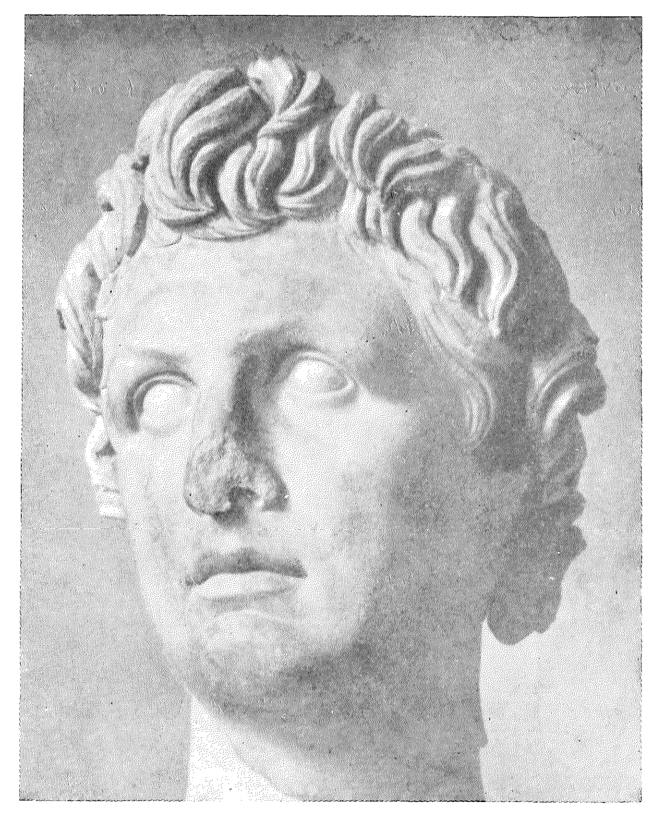
2. Cabeza de estatua, en mármol, encontrada en Cirene. Sin duda representa a uno de los Tolomeos. De su comparación con monedas se deduce la probabilidad de que el retrato fuese de FILADELFO o de EVÉRGETES I. El escultor pertenecía a la generación siguiente a Soter. Su obra es la de una época de calma y estabilización. El rey es representado como un noble caudillo, tranquilo y mesurado, con un cierto toque de altanería y señorío. El arte es un arte imperial algo parecido al de la época de Augusto. Carece del vigor y energía tan típicos del arte del retrato de la generación precedente. (Fotografía facilitada por la Superintendencia de Antigüedades de Cirenaica.)

La cabeza fue publicada y discutida por primera vez por G. Guidi, *Africa Italiana,* III (1930), págs. 95 y sigs.; cf. F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?,* en *Coll. Ny Carlsberg Glyptothek,* II (1938), pág. 21.

Sobre los retratos escultóricos de Filadelfo y Evérgetes I en general, véanse, además de la de Lawrence y de Noshy (citado en la descripción de la lám. II): E. Pfuhl, loc. cit., págs. 28 y sigs.; E. G. Suhr, loc. cit., págs. 143 y sigs., y F. Poulsen, loc. cit., págs. 20 y sigs.



1. Busto hermes del rey Pirro del Epiro
Museo de Nápoles



2. Cabeza de una estatua de Átalo I de Pérgamo
Museos del Estado, Berlín

LÁMINA V

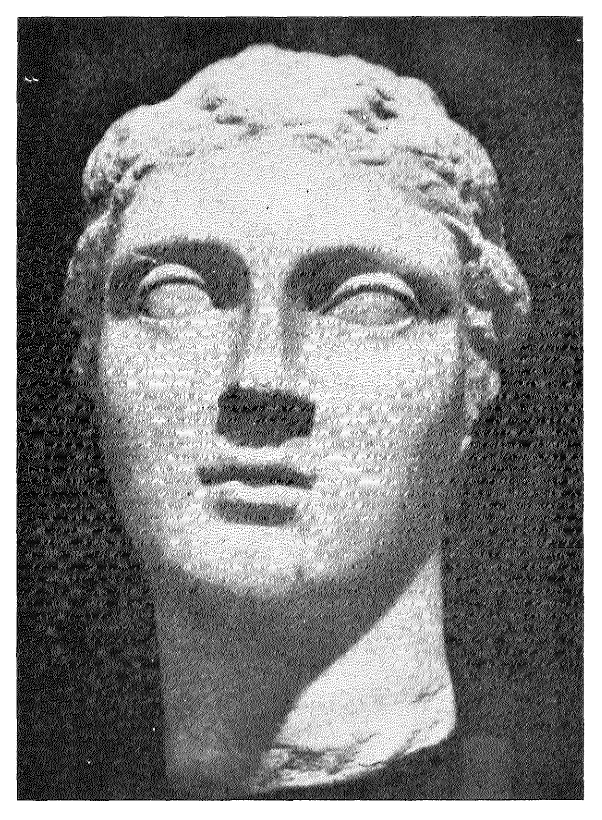
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA V

1. Busto de mármol de un joven caudillo militar de gran talento. En la cabeza, una diadema real y un casco macedónico con carrilleras, atado con una cinta de cuero bajo la barbilla. El casco va adornado con una rama de roble. Distintas consideraciones, que no pueden discutirse aquí, evidencian que el busto representa al ambicioso y errabundo PIRRO, rey de Epiro. (Fotografía facilitada por Alinari.)

El hermes ha sido publicado varias veces en casi todos los libros que tratan de retratos antiguos (véase descripción de la lám. IV, 1). La última recensión se encontrará en F. Poulsen, *Bildnisse der Gegner Roms,* en *Die Antike,* XIV (1938), págs. 137 y sigs. En este artículo el autor publicó otra cabeza, probablemente de Pirro, de la Gliptoteca Ny Carlsberg.

2. Cabeza de una estatua de mármol encontrada en Pérgamo. La historia de la cabeza es muy particular. En su forma originaria representaba un caudillo anciano con una diadema real en un sencillo estilo realista. Después se le añadió la rica cabellera, que cambió completamente su aspecto. El retrato realista se transformó así en un retrato idealizado, heroico y un tanto patético. Es muy probable que la cabeza sea la de Átalo I de Pérgamo, primeramente retratado como era en vida, y más tarde modificado para representarle como un héroe deificado. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

La cabeza ha sido reproducida y discutida muchas veces. Aquí bastará una pequeña selección de citas: F. Winter, *Alt. v. Perg.,* VII, 1908, págs. 144 y sigs., láms. XXXI, XXXII; R. Delbrück, loc. cit., fig. 14, lám. 27; A. Hekler, loc. cit., lám. 75; G. Dikkins, *J. H. S.,* XXXIV (1914), págs. 302 y sigs.; E. Pfuhl, loc. cit., págs. 46 y sig.; E. G. Suhr, loc. cit., págs. 171 y sigs. Retratos de los últimos reyes de Pérgamo (Átalo II y III): F. Poulsen, *Mél. Glotz,* págs. 751 y sigs.



1. Cabeza de una estatua de mármol, probablemente Arsínoe II, esposa de Filadelfo

Museo de Alejandría



2. Cabeza de una estatua de mármol, probablemente Berenice II, esposa de Evérgetes

Museo de Bengasi (Cirenaica)

LÁMINA VI

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA VI

1. La pequeña cabeza (24 cm.) del Museo de Alejandría regalada por sir John Antoniadis, y por esto llamada cabeza Antoniadis, es un bello producto del arte helenístico alejandrino, que siguió los cánones de Praxíteles. La identificación de la cabeza como de ARSÍNOE, reina esposa de Filadelfo, recientemente sugerida por varios eruditos, es muy probable. Hay indicios de que ciñese una diadema metálica, y sobre la frente hay un agujero que indica un símbolo divino, igualmente de metal, coronando la cabeza. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

Véase E. Breccia, *Alexandrea ad Aegyptum*, 1922, pág. 179, fig. 84; E. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?*, págs. 21 y sigs., y fig. 24, y el importante estudio de A. Adriani, *Sculture del Museo Greco-Romano*, en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (N. S. x, 1) (1938), págs. 90 y sigs., láms. VII-IX y figs. 7-9 (con bibliografía completa). Sobre los demás retratos escultóricos de Arsínoe II, véase A. Adriani, loc. cit., págs. 94 y sigs., y descripción de la lám. XXXVI. No hay nada en la bella cabeza de bronce retrato de una reina tolemaica del Museo de Boston (A. V. Lawrence, *J. E. A.*, XI (1925), pág. 186, lám. XXIII, e I. Noshy, loc. cit., pág. 94, con bibliografía) que indique que es un retrato de Arsínoe II (no es mencionado por Adriani ni Poulsen).

2. Encantadora cabeza de una estatua de mármol, en parte policromada y dorada; hallada en Cirene en 1915, y ahora en el Museo de Bengasi. La cabeza parece un producto de la escultura helenística alejandrina del siglo III a. de J. C., retrato ligeramente idealizado al estilo pospraxitélico. No hay nada en la cabeza que pruebe que sea un retrato real (carece de diadema), pero consideraciones generales y comparaciones con monedas hacen muy probable que represente a BERENICE II, hija de Magas y Apame, y reina esposa de Evérgetes I (para cuya dramática historia véase G. H. Macurdy, *Hellenistic Queens*, 1932, págs. 130 y sigs.). (Fotografía facilitada por la Superintendencia de Antigüedades de Cirenaica.)

La cabeza fue publicada y discutida varias veces. E. Ghislanzoni, *Notiz. Arch. d. Min. delle Colonie*, IV (1927), págs. 165 y sigs.; C. Anti, *Die Antike*, V (1929), págs. 6 y sigs. y *Africa Italiana*, I (1927), págs. 164 y sigs. y II (1928-29), pág. 218, fig. 2; cf. R. Hincks, *J. H. S.*, XLVIII, pág. 240, fig. 1, y A. Adriani, loc. cit., pág. 92. No veo razón para compartir la opinión de E. Pfuhl, loc. cit., pág. 43, según la cual la estatua a que perteneció era una copia romana (siglo II d. de J. C.) de un original del siglo III a. de J. C. ¿Por qué un escultor romano había de escoger la estatua de una reina helenística para copiarla? Cf. mis láms. XXXVI y XLI.



Retratos en monedas ampliados: 1. Antioco III. 2. Antioco IV. 3. Demetrio I de Bactriana. 4. Filetero de Pérgamo. 5. Filipo V

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA VII

1. Retrato realista de ANTIOCO III (lám. XXIX, 7) con diadema. El tetradracma cuyo anverso se reproduce aquí pertenece a la copiosa serie de estateras, tetradracmas y dracmas acuñados por el rey después de su *anábasis* oriental, es decir, en sus días más gloriosos. E. T. Newell, loc. cit., pág. 54.

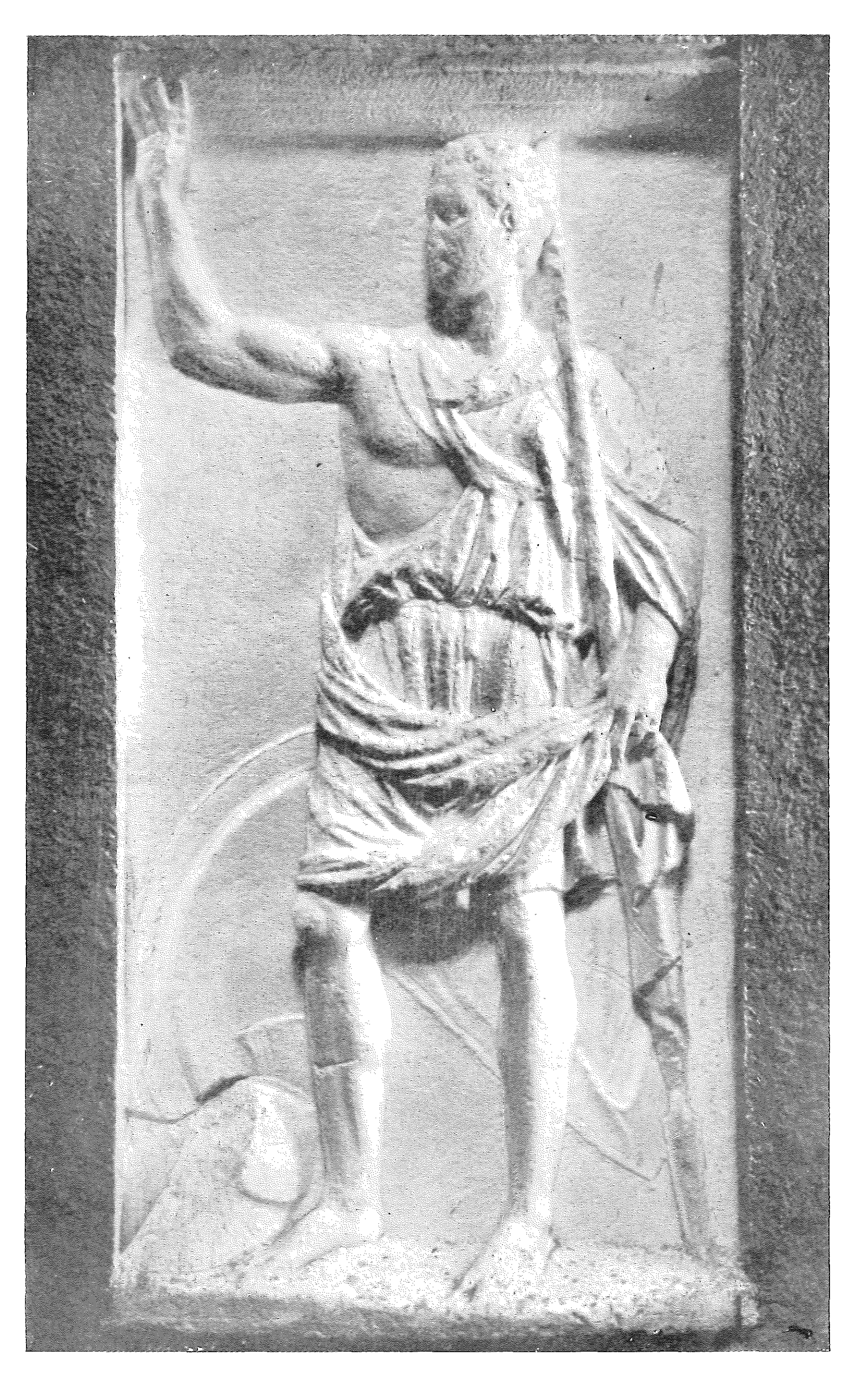
2. Retrato ligeramente idealizado de ANTIOCO IV (lám. LXXIX, 7) con la diadema real. La moneda cuyo anverso se reproduce aquí fue acuñada en Antioquía, probablemente poco después de la ascensión del rey. E. T. Newell, loc. cit., pág. 56.

3. Retrato de DEMETRIO I, hijo de Eutidemo de Bactriana (lámina LXIX, 8, cf. E. T. Newell, loc. cit., lám. IX, 5), con diadema y el gorro con el elefante. Las monedas que llevan este pintoresco retrato de Demetrio fueron acuñadas probablemente por él al comienzo de su reinado. En este caso, no puede aludir a su conquista de la India (como se cree generalmente), sino que manifiestan su deseo de aparecer como un segundo Alejandro. W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938, pág. 131.

4. Retrato de FILETERO heroizado (véanse las *taenia* en su cabello), fundador de la dinastía de los atálidas. Las monedas que llevan su retrato fueron acuñadas en Pérgamo desde la época de Éumenes I. El retrato reproducido aquí forma el anverso de un tetradracma de Átalo I. Como se ve en nuestra moneda, está ligeramente idealizado, comparado con los retratos de las monedas de Éumenes I. Sin embargo, es realista, «mostrando casi la franqueza brutal del retrato romano» (E. T. Newell), loc. cit., pág. 36.

5. Elegante retrato de FILIPO V (lám. LXIX, 9) barbado, con diadema. El retrato lo presenta al principio de su reinado. E. T. Newell, loc. cit., pág. 30.

Sobre los retratos de Antioco III, Antioco IV y Filetero, véase también E. Pfuhl, loc. cit., págs. 24 y sig., y 9 y sig.



Polibio, historiador y hombre de Estado

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA VIII

Estela encontrada en Cleitor de Arcadia, ahora en la escuela de Mazeika; muy estropeada en su estado actual. Aquí reproducida por un vaciado en yeso, poco después de su descubrimiento, para el museo de Berlín. La estela está adornada con la figura heroizada de un hombre de pie, visto de frente con la cabeza hacia la izquierda. Lleva una exómide y una clámide, con las piernas y los pies desnudos. En la mano izquierda tiene una lanza; detrás de él están el escudo, redondo, y el casco. Al cinto lleva una espada corta. Con la mano derecha hace un gesto que puede ser de adoración o plegaria. En el dintel sobre la figura va grabado un dístico cuya segunda línea se conservaba solamente cuando se descubrió la estela. La inscripción ha sido restaurada como sigue: [τοῦτο Λυκόρτα παιδὶ πόλις περικαλλὲς ἄγαλμα] | ἀντὶ καλῶν ἔργων εἵσατο Πọ[υ]λṿ[βίωι] (*I. G.*, v. 2, 370; F. Hiller von Gaertringen, *Historische Griechische Epigramme*, 1926, núm. 112; cf. *S. I. G.*[3], 686). Se erigieron estatuas (en Olimpia y Palancio) y bajorrelieves a Polibio, como hombre de Estado, después de su muerte, probablemente en todas las ciudades de Arcadia (tenemos testimonios de esto para Mantinea, Megalópolis, Licosura (?), Tegea, *I. G.*, v. 2, pág. XXXI, 27, 39, 70, núms. 304, 357 (?). (Fotografía facilitada por la Mostra Augustea, Roma.)

Mucho se ha escrito sobre este bajorrelieve; véase la bibliografía en *Mostra Augustea della Romanità, Catalogo,* 1938 (Apéndice bibliográfico e Índices), pág. 30, núm. 1, especialmente (para un análisis estilístico) H. Möbius, *J. D. A. I.*, XLIX (1934), págs. 57 y sigs. 5 (molde) y 6 (original como es ahora). Altura, 2,15 m.; anchura, 1,10 m.



Retratos en monedas ampliados: 1. Nicomedes II de Bitinia. 2. Farnaces I del Ponto. 3. Mitrídates VI del Ponto. 4. Demetrio II de Siria. 5. Antioco VIII y Cleopatra Tea de Siria

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA IX

1. Retrato realista de NICOMEDES II de Bitinia (lám. XCII, 8) con diadema real.

2. Retrato brutalmente realista de FARNACES I (lám. XCII, 1) con diadema real.

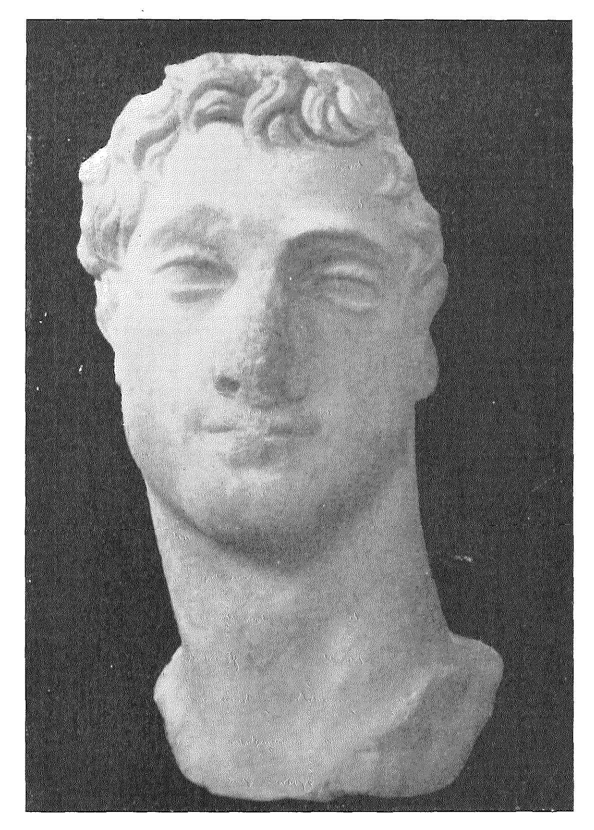
3. Retrato idealizado, romántico y patético, de MITRÍDATES EL GRANDE del Ponto (lám. CIII, 2) con diadema real, al estilo de algunos retratos de Alejandro Magno. Nótese el cambio al idealismo del realismo minucioso y más bien vulgar de sus predecesores, y el tipo griego de la cabeza de Mitrídates, comparado con los rasgos bárbaros de sus antepasados.

4. Retrato de DEMETRIO II de Siria después de su vuelta del cautiverio parto, con barba a la moda parta (cf. lám. XCII, 3) y la diadema real. Cf. E. T. Newell, loc. cit., pág. 61 y lám. VII, 27.

5. Retratos superpuestos de CLEOPATRA TEA y su hijo ANTIOCO VIII GRIPO de Siria. La reina lleva una corona en forma de diadema y un velo, y el cabello en largos tirabuzones; Gripo, detrás de ella, en posición subordinada, lleva una diadema real sencilla. Para los retratos de Cleopatra véase E. Pfuhl, loc. cit., págs. 43 y sigs. Sobre los rizos «libios», véase mi lám. XCVI.

Sobre el estilo de los retratos en monedas aquí reproducidos, véase E. Pfuhl, loc. cit., págs. 16, 15, y 43 y sig.

1. Máscara retrato de bronce de un rey seléucida (Antioco IV)
Provisionalmente en el Museo Británico

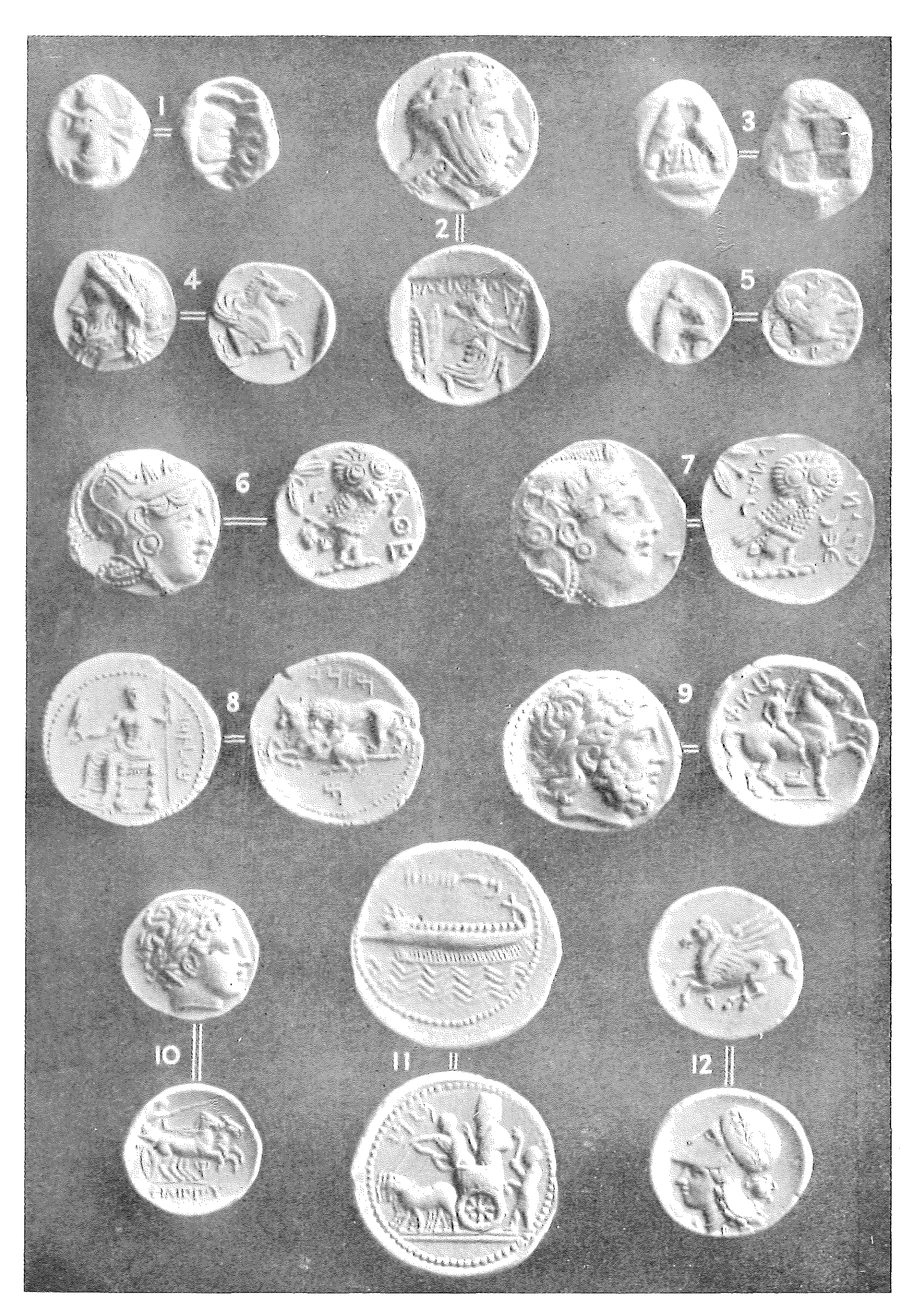


2. Cabeza de mármol de Tolomeo VI Filométor
Museo de Alejandría

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA X

1. Máscara de bronce fundido de una cabeza retrato con diadema real. Hallada en la pequeña aldea de Shami cerca de Malamir en el Juzistán (véase cap. IV, nota 237), la antigua Susiana, en las ruinas de un pequeño templo cuadrado cuidadosamente excavado por sir Aurel Stein. En estas ruinas se encontraron seis grandes basas y varios fragmentos de estatuas de bronce. No puedo entrar aquí en una discusión detallada de la identidad de la cabeza retrato. Se han sugerido los nombres de Alejandro Magno y Antioco IV. Los demás seléucidas antiguos están fuera de cuestión, pues sus retratos son bien conocidos y no muestran el menor parecido con la cabeza de Shami. Los seléucidas siguientes a Antioco IV también se excluyen por razones obvias. En mi opinión, la cabeza no muestra parecido con ningún retrato conocido de Alejandro. Las razones a favor de ANTIOCO IV son mucho más fuertes (cf. mi lám. VII, 2). Pero debemos reservar el juicio hasta que aparezca el informe de sir Aurel Stein. Véase mientras tanto su artículo *An Archaelogical Journey in Western Iraq*, en *Geogr. Journ.*, XCII (1938), pág. 325 y lám. IX. (Fotografía de un vaciado de plomo de la máscara facilitado por sir Aurel Stein.)

2. Cabeza de mármol pentélico hallada en Egipto, ahora en el Museo de Alejandría. La cabeza (con una diadema) fue sin duda hecha para una estatua del rey TOLOMEO VI FILOMÉTOR, aunque parece que nunca se empleó para este fin. Una comparación con las raras monedas que llevan su retrato (me refiero a las acuñadas en Siria; E. T. Newell, loc. cit., pág. 90) certifican la identificación. El retrato es una obra maestra de escultura. Muestra con gran fuerza algunos rasgos principales del carácter del rey, algunos destacados por Polibio (XL, 12): altanería y grandeza mezcladas con la famosa *morbidezza* alejandrina. El tratamiento algo patético y teatral del retrato, típico de algunas esculturas de la época, debe ser cosa del escultor. Publicado y cuidadosamente discutido por A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (N. S. x, 1) (1938), págs. 97 y sigs., láms. X-XII. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)



Monedas de finales del siglo v y del iv a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XI

1. AV Dárico persa. «Darío III». *Anverso:* Rey barbado, semiarrodillado, con arco y lanza. *Reverso:* incusa.

2. AR Tetradracma de Tisafernes, sátrapa de Sardes. *Anverso:* Cabeza barbada con tiara satrapal. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ. Rey persa, semiarrodillado. Símbolo: galera con remeros.

3. Electrón. Estratera de Cícico, hacia 450-400 a. de J. C. *Anverso:* Ónfalo délfico con dos águilas. *Reverso:* incusa.

4. AV Estatera de Lámpsaco, hacia 394-350 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Zeus con rayo. *Reverso:* Prótomo de un caballo alado.

5. AR Tetróbolo de Clazómenas (?). Orontas, sátrapa de Misia y Jonia, hacia 362-348 a. de J. C. *Anverso:* Guerrero desnudo protegiéndose con el escudo y lanza. *Reverso:* ΟΡΟΝΤΑ. Prótomo de un jabalí alado.

6. AR Tetradracma de Atenas, hacia 393-339 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Atenea con yelmo. *Reverso:* ΑΘΕ. Lechuza.

7. AR Tetradracma de Sabaces, sátrapa de Egipto, hacia 333 a. de Jesucristo. Imitación del anterior con el nombre de Sabaces escrito en alfabeto arameo (véase Six, *Num. Chron.*, 1888, págs. 132 y sig., y Newell, *N. N. and M.*, LXXXII (1938), págs. 62 y sigs.).

8. AR Estatera de Tarso. Maceo, sátrapa de Cilicia, hacia 361-333 a. de J. C. *Anverso:* Baaltars en un trono; su nombre, en caracteres arameos. *Reverso:* León matando un toro (emblema de Tarso); arriba, «Mazdai», en arameo.

9. AR Tetradracma de Filipo II (Anfípolis). *Anverso:* Cabeza laureada de Zeus. Posible copia del Zeus Olímpico de Fidias. *Reverso:* ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Niño a caballo y con una palma en la mano.

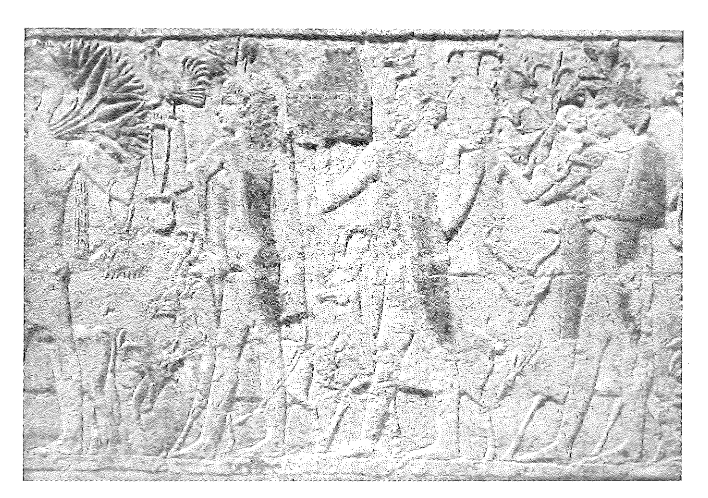
10. AV Estatera de Filipo II (Pela). *Anverso:* Cabeza laureada de Apolo. *Reverso:* ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Auriga en biga.

11. AR Doble siclo de Sidón. Maceo, hacia 343-335 a. de J. C. *Anverso:* Galera con remos en el mar; arriba, la fecha. *Reverso:* Maceo (en fenicio). El rey en cuadriga con auriga, y seguido de un ayudante.

12. AR Estatera de Corinto, hacia 350-338 a. de J. C. *Anverso:* ♀ Pegaso. *Reverso:* Cabeza de Atenea con yelmo.

Unas cuantas observaciones generales sobre mis láminas numismáticas: Las láminas han sido dispuestas y descritas por la señorita D. H. Cox en colaboración con el doctor E. T. Newell y el profesor A. R. Bellinger. La gran mayoría de las monedas pertenecen a la colección de E. T. Newell (Nueva York). Unas cuantas han sido facilitadas por el Museo Británico. No se incluyen referencias bibliográficas; serían interminables. Con la única excepción de la lám. XI, 7, todas las monedas reproducidas en estas láminas se incluyen en el *B. M. C.* y Head, *H. N.*[2]

El propósito de esta lámina es ilustrar con unos cuantos ejemplos la variedad de monedas que circulaban en Grecia y Oriente en los últimos años del siglo V y en el IV a. de J. C. He tratado de dar ejemplos de las monedas más corrientes e interesantes.



1. Parte de una decoración mural esculpida y pintada de la tumba de Petosiris





2. Vasos de Al-Mina



3. Fragmento cerámico ático hallado en Susa

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XII

1. Tumba-templo de Petosiris, noble sacerdote egipcio de Hermúpolis Magna, de mediados del siglo IV a. de J. C., quizá deificado después de su muerte. Presenta en su decoración incisa y pintada una mezcla de tradiciones egipcias algo modificadas por la influencia griega y tal vez alguna persa. La elección de temas es puramente egipcio, pero el tratamiento de las figuras aisladas y de los grupos, la elección de algunos objetos manufacturados que se ven en las escenas de la actividad industrial, y algunos rasgos en la composición, especialmente en la decoración del pronaos, indican que el arte griego ejercía una fuerte influencia sobre los escultores y pintores indígenas egipcios. Este ejemplo —parte de la decoración de la base y del muro oeste de la capilla, que muestran un tema puramente egipcio: hombres y mujeres llevando distintas ofrendas— conserva las tradiciones egipcias; pero contiene algunos elementos griegos: el gallo en la mano del primer personaje, el nene en brazos de su madre, quizá también el antílope con la cabeza vista de frente. (De G. Lefebvre, *Le tombeau de Pétosiris.*)

G. Lefebvre, *Le tombeau de Pétosiris,* 1923-24, parte III, lám XLIX, cf. XLVIII (en color) y parte I, pág. 182. Cf. P. Montet, *Note sur le tombeau de Pétosiris,* en *Rev. Arch.*, XXIII, serie 5.ª (1926), pág. 161 y sigs.; E. Luys, *Vie de Pétosiris, grandprêtre de Thot à Hermoupolis-La-Grande,* 1927; Ch. Picard, *Bull. Inst. Fr. Arch. Or.*, XXX (1930), págs. 201 y sigs.; I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt,* 1937, págs. 43 y sigs., 121 y sigs., 140 y sigs.; A. Scharff, W. Otto, *Handb.*, I, 1939, págs. 632 y sigs. y lám. 106, 1-3; E. Breccia, *Egitto Greco e Romano,* 1938, págs. 71 y sigs.; cf. nota 14 de este capítulo y el capítulo VIII.

2. Cerámica de Al-Mina. La breve descripción de ella que sigue la debo a la amabilidad del profesor J. D. Beazley: *a*) «Vaso de arcilla de la forma llamada *pelike;* representa a un joven y a una mujer en un altar. Cerámica ática de hacia 410 a. de J. C.» *b*) «Crátera de cerámica decorada con hiedras y líneas. Producto local o por lo menos no ático de hacia 400 a. de J. C.» J. D. Beazley, *J. H. S.*, LIX (1939), pág. 23, núm. 57, fig. 57. Sobre Al-Mina, véanse las págs. 80 y sigs. (Fotografías facilitadas por Leonard Woolley.)

3. Fragmento cerámico encontrado en Susa (Seleucia del Euleo). Descripción del profesor J. D. Beazley: «Fragmento de un vaso de arcilla para beber. La parte inferior tenía probablemente forma plástica. En la parte superior, restos de una Amazonamaquia: una amazona (ΑΥΛΑΜΙΣ) hiriendo con la espada, y otra, armada con lanza y pelta, desmontando. El vaso fue fabricado en Atenas hacia 460 a. de J. C., en el taller del ceramista Sotades.» No publicado. Véase la nota 22 de este capítulo. (Fotografía facilitada por E. R. de Mecquenem.)



Hidria ática hallada en el túmulo de Bachova Mogila, Bulgaria
Museo de Plovdiv, Bulgaria

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XIII

El profesor J. D. Beazley ha tenido la amabilidad de darme la siguiente descripción del vaso, algo ampliada por mí: «Hidria cerámica. Arriba, *theoxenia* de los Dióscuros: una cama con cojines y dos liras; en frente de ella, una mesa baja con dos *cantharoi* y alimentos; a la derecha y a la izquierda de la cama y detrás de ella, tres incensarios; arriba, las dos estrellas de los Dióscuros; a la izquierda de la cama, un sacerdote; a la derecha, una sacerdotisa; detrás de ellos, los dos dioses a caballo, y detrás de éstos, un hombre con una corona de hiedra y una sirvienta. Abajo, llegada de jóvenes. Cerámica ática de hacia 420 antes de J. C., por el artista llamado el «pintor Cadmo». Altura 455 mm.» (Fotografía facilitada por el Museo de Plovdiv.)

B. Filov e I. Velkov, *J. D. A. I.*, XLV (1930), págs. 302 y sigs., figs. 18-22; I. Velkov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VI (1930-31) (publ. 1932), págs. 21 y sigs., figs. 21 y láms. V-VII; B. D. Filov, *La necrópolis de tumbas de túmulo de Duvanlij, Bulgaria meridional*, 1934, págs. 73 y sigs., figs. 95-98; cf. este capítulo, pág. 104.



Fiala de plata hallada en el túmulo de Bachova Mogila, Bulgaria
Museo de Plovdiv, Bulgaria

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XIV

Fiala onfálica de plata, parcialmente dorada con figuras incisas y adornos en relieve alrededor del ónfalo. Carrera de carros con ἀποβάται. Por la parte exterior, en letras griegas incisas, el nombre ΔΑΔΑΛΕΜΕ, sin duda el del propietario. Producto griego (¿ático?) de hacia 420 a. de Jesucristo (según el profesor J. D. Beazley). Diámetro, 205 mm. En la misma tumba se encontró un *kylix* de plata parecido, con dos asas; en el interior, grabada y dorada, la bella figura de Selene (?) a caballo, y en la parte exterior, el mismo nombre del propietario. Es bien sabido que los vasos de plata del mismo estilo y técnica se han encontrado en el sur de Rusia, en los túmulos de los Siete Hermanos (véase mi *Iranians and Greeks*, lám. XV, 3). (Fotografía facilitada por el Museo de Plovdiv.)

B. Filov e I. Velkov, *J. D. A. I.*, XLV (1930), págs. 288 y sigs., fig. 7 y lám. VIII; I. Velkov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, VI (1930-31) (publ. 1932), págs. 13 y sigs., fig. 17 y lám. I-II; B. Filov, *Duvanlij*, 1934, págs. 63 y sigs., fig. 80 y lám. IV.



Objetos griegos y grecotracios hallados en el túmulo de Panaguriste, Bulgaria
Museo de Sofía

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XV

A la izquierda, tres FÁLARA en trabajo repujado. En la primera (diám., 86 mm.), una roseta formada por capullos de loto. En la segunda (diám., 80 mm.), dos animales corriendo (quizá cerdos), detrás de ellos un pájaro, y delante una palmeta entre dos rosetas. En la tercera (diámetro, 88 mm.), Heracles estrangulando al león de Nemea. Esta última falarón es de factura puramente griega; es una imitación de monedas contemporáneas de Cícico, como otras placas similares de Kul-Oba, en el sur de Rusia. Probablemente importadas de Anfípolis. El primero y segundo son imitaciones locales de originales griegos. Finales del siglo IV a. de J. C. B. Filov, *Röm. Mitt.*, XXXII (1917), lám. I, y figs. 26 y 30; cf. *C. A. H.*, vol. III de láminas, 1930, págs. 66 *b* y 68 *a*.

A la derecha una placa fina de plata en forma de doble hacha, probablemente un frontal de caballo. En el centro una gran roseta de diez puntos. Arriba, Heracles con el león, en traje tracio, con una clava, y detrás de él un animal (el jabalí erimántida o cerbero). Arriba, debajo de la roseta, dos grifos alados. En la parte inferior una sirena con una lira. Longitud, 32 cm. Reproducción bárbara e infantil de temas griegos con una mezcla de adornos prehistóricos. B. Filov, loc. cit., pág. 20, fig. 25; *C. A. H.*, loc. cit., pág. 68 *b*. (Fotografías facilitadas por el Museo de Sofía.)

Sobre el grupo de túmulos de Bulgaria del mismo carácter, véase mi *Skythien und der Bosporus,* págs. 539 y sigs. (con bibliografía); cf. pág. 106, nota 53 de este capítulo.



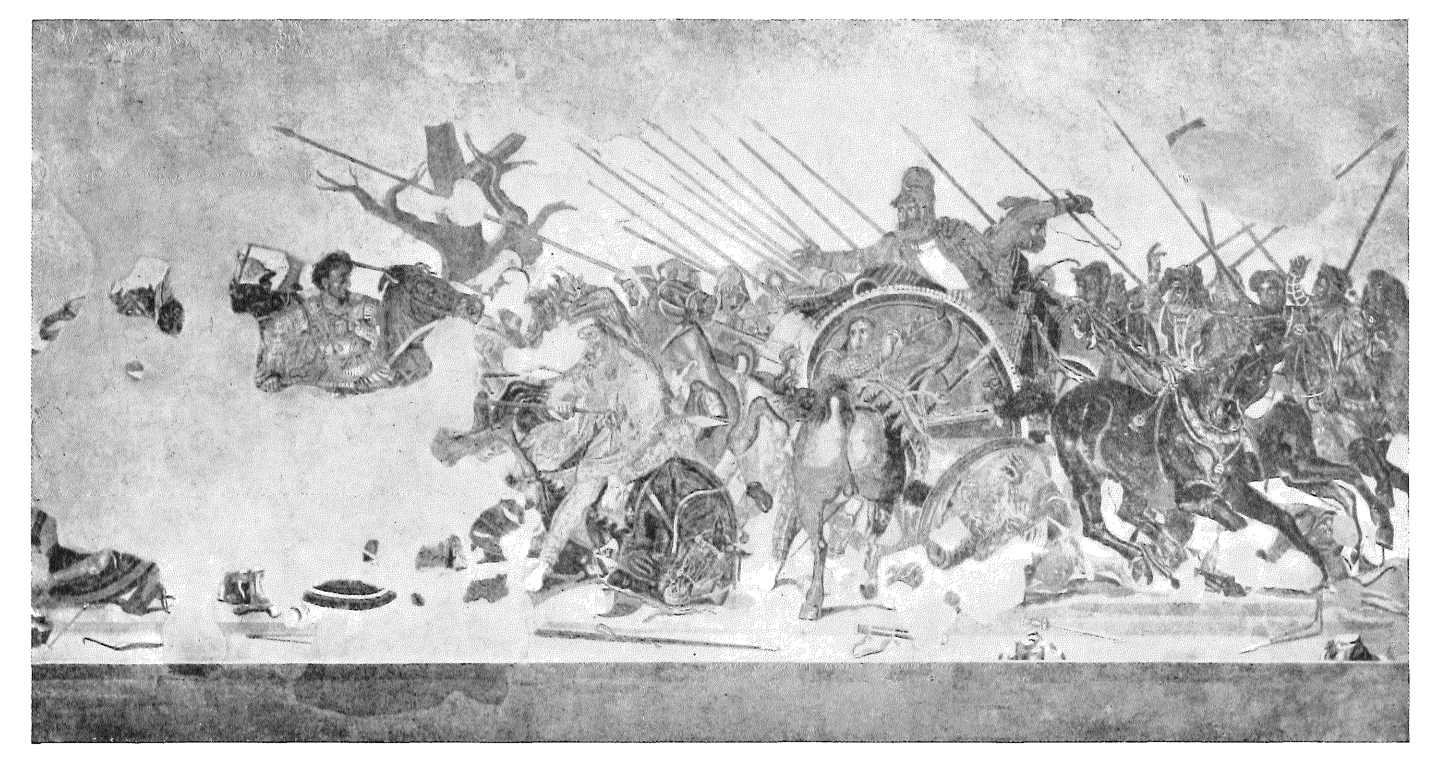
Muestras del estilo animal tracioescita

a, b, c, e: Piezas procedentes de Craiova, Rumania, ahora en el Museo de Bucarest.
d: Pieza hallada en el túmulo de Panaguriste, ahora en el Museo de Sofía

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XVI

Placas de plata que forman parte de jaeces de caballo. *a*) Triquetra (o adorno de tres figuras entrelazadas) de prótomos de caballo estilizados. *b*) Triquetra derivada de la primera; las cabezas de caballo se han transformado en imitaciones de adornos vegetales griegos. *c*) Cabeza de ciervo con cuernos estilizados. *d*) Dos patas traseras de leones; las garras terminan en cabeza de pájaros, coronados con una cabeza de grifo muy estilizado. *e*) Cabeza de león con boca muy abierta. (Fotografías facilitadas por los Museos de Sofía y Bucarest.)

Sobre el hallazgo de Craiova (dividido entre Berlín y Bucarest) y sus relaciones con Escitia, véase mi *Skythien und der Bosporus*, páginas 491 y sigs. Sobre la placa de Panaguriste: B. Filov, *Röm. Mitt.*, XXXII (1917), pág. 25, fig. 32; *C. A. H.*, vol. III de láminas, 1930, pág. 66 *c*, cf. pág. 70.



Alejandro y Darío III

Mosaico hallado en la Casa del Fauno, de Pompeya. Museo de Nápoles

LÁMINA XVII

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XVII

Reproduzco aquí el conocido mosaico, tan familiar a muchos de mis lectores, porque representa, tratado por un artista de gran talento, uno de los momentos decisivos (es indiferente que sea la batalla de Isos o de Gaugamela), en la gran lucha entre Persia y Macedonia por la hegemonía del mundo civilizado. El resultado de este conflicto es lo que yo llamo en este libro el mundo helenístico. Mi segundo fin al presentar esta ilustración es mostrar el gran ejército de Alejandro en acción. El espíritu de este ejército y de su caudillo, su fiera determinación de conquistar y dominar, expresada con tanta magistral habilidad en la cabeza de Alejandro, en contraste con la angustia, espanto y desconcierto de los antiguos dueños del Oriente, los persas y su caudillo Darío III. Y finalmente las figuras de Alejandro y sus compañeros, aunque conservadas de un modo incompleto, dan una fiel información sobre el equipo de la caballería macedónica. (Fotografía facilitada por Alinari.)

Por lo que se refiere al equipo de la caballería macedónica del ejército de Alejandro y de los primeros ejércitos helenísticos, el mosaico de Alejandro y el famoso sarcófago de Alejandro encontrado en Sidón, han sido ilustrados recientemente por P. Coussin, *Les Institutions militaires et navales,* 1931 (*La vie publique et privée des anciens Grecs,* VIII), págs. 65 y sigs., especialmente 75 y sigs., láms. XXII a XXV; cf. E. Breccia, *La Necropoli di Sciatbi,* 1912, lám. XXIV. La información que sacamos del mosaico está confirmada por nuestros textos literarios y varias representaciones de oficiales y hombres de la caballería pesada macedónica en los ejércitos helenísticos. Me refiero, por lo que hace a los últimos, a comienzos del período helenístico, a las estelas pintadas alejandrinas de fines del siglo IV y principios del III a. de J. C. (véanse mis láms. XIX, XXV (XXXVII), 2, y XLVII (XLIX), 1), la estela funeraria de Termeso, quizá de Alcetas, hermano de Perdicas (E. Breccia, loc. cit., pág. 11, fig. 9), y la estela sólo en parte conservada de Menas, que quizá cayó en la batalla de Corupedión (E. Pfuhl, *J. D. A. I.*, XLVIII (1933), Anz., págs. 751 y sigs.). El antiguo equipo helenístico permaneció casi inalterado a fines de la época helenística. Puedo citar varias estelas funerarias helenísticas tardías de Asia Menor (por ejemplo, la estela de Dascilión, en el Museo de Brusa, mi *Dura and the Problem of Parthian Art,* en *Yale Class. Stud.*, V (1935), fig. 48; cf. la estela de Leptis Magna, G. Mendel, *Cat. Sculpt. Mus. Ott.*, III (1914), pág. 175, núm, 962) y las estelas peculiares de Asia Menor y las islas que muestran el difunto estirado en un lecho, en la pared sus armas, y detrás de él su caballo (E. Pfuhl, *J. D. A. I.*, I (1935), págs. 15 y sigs.). Oficiales macedonios montados sin coraza, luchando o cazando, se representan varias veces; véase mi lám. LVI (LVIII). Cf., además de Couissin, A. Spendel, *Untersuchungen zum Heerwesen der Diadochen,* 1915, pág. 10; J. Berve, *Das Alexanderreich,* I, págs. 104 y sigs.

Son temas de controversia la fecha del mosaico y el lugar donde se hizo (si fue a finales del siglo IV a. de J. C. o el II, o incluso en tiempo de Sila, y si fue Alejandría o la misma Pompeya). Sin embargo, es cierto que el mosaico reproducía un original de principios del helenismo hecho por un gran artista. La controversia está resumida a la luz de todas las fuentes literarias y arqueológicas que poseemos, por H. Fuhrmann, *Philoxenos von Eretria,* 1931, cf. A. Ippel, *Gnomon,* X (1934), págs. 75 y sigs. Se encontrarán importantes consideraciones sobre la fecha de los mosaicos de la casa del Fauno en E. Pernice, *Pavimente und figürliche Mosaiken. Die hellenistische Kunst in Pompeji,* VI, 1938, págs. 90 y sigs. (sobre la exedra con el mosaico de Alejandro, pág. 93); cf. pág. 180 (sobre los fragmentos del mosaico de Alejandro en Palermo). En general, O. Elia, *Pitture murali nel Museo Nazionale di Napoli,* 1932.



Monedas de finales del siglo IV a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XVIII

1. AV Estatera de Alejandro Magno (Macedonia). *Anverso:* Cabeza con yelmo de Atenea. *Reverso:* ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Victoria alada sosteniendo una guirnalda y un trofeo. En el campo, rayo.

2. Æ Alejandro Magno; atribuida a Mileto. *Anverso:* Cabeza de Heracles joven, con piel de león. *Reverso:* ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ entre arco en carcaj y clava; símbolo: espiga de trigo.

3. AR Decadracma de Alejandro Magno (Rodas). *Anverso:* El mismo que el anterior. *Reverso:* ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeus sentado sosteniendo el águila y el cetro; símbolo: rosa.

4. AR Tetradracma de Alejandro Magno (Licia). *Anverso* y *reverso:* Los mismos que el núm. 3; ΛΥ debajo del trono.

5. AR Decadracma de Alejandro Magno (¿Babilonia?). *Anverso:* Alejandro a caballo, con lanza, atacando a un enemigo (¿Poro?) sobre un elefante; sentado en el cuello de un elefante, su conductor se vuelve para lanzar un dardo. *Reverso:* Alejandro, con yelmo y espada, sosteniendo la lanza y el rayo; en el campo, monograma de βασιλεύς.

6. AR Tetradracma de Antígono, «rey de Asia», del tipo de Alejandro y con el nombre sin cambiar. Ceca de Sidón; ΣΙ debajo del trono.

7. AR Decadracma de Lisímaco acuñado en Bizancio. *Anverso:* Cabeza de Alejandro Magno con diadema y cuerno de Amón. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΛΥΣΙΜΑΧΟΥ. Atenea sentada sosteniendo una victoria que corona el nombre del rey; sobre el trono, ΒΥ.

8. AR Tetradracma del mismo tipo, atribuido a Cícico.

9 y 10. Monedas de bronce de Eupólemo, tirano de Yaso (?), acuñadas en Caria. *Anverso:* Tres escudos macedónicos. *Reverso:* ΕΥΠΟΛΕΜΟΥ. Espada en la vaina. Símbolo: doble hacha.

En esta lámina se reproducen algunas monedas típicas de Alejandro, Antígono el Cíclope, Lisímaco, y Eupólemo, uno de los pequeños tiranos anatólicos de finales del siglo IV a. de J. C. Se encontrará un excelente resumen de la evolución de las acuñaciones alejandrinas en E. T. Newell, *Royal Greek Portrait Coins*, 1937, págs. 9 y sigs.; cf. mi nota 6 de este capítulo. Sobre las monedas de Lisímaco: E. T. Newell, loc. cit., págs. 17 y sigs. Sobre Eupólemo: cap. IV, nota 230.

1. Estela funeraria pintada del Museo de Alejandría



2. Estela funeraria pintada del Museo Otomano de Estambul

Oficiales y soldados de los ejércitos helenísticos

LÁMINA XIX

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XIX

1. Estela funeraria con pie, encontrada en Alejandría, en la necrópolis de Chatdi. Fines del siglo IV a. de J. C. Sobre la estela, en un fondo rosado, está pintada la figura de un joven oficial caracoleando en un caballo bayo, a la izquierda. El caballo está ricamente enjaezado. Obsérvese la bonita manta de silla de color púrpura. El jinete no lleva casco. Va vestido con quitón blanco. Sobre él, una bella coraza de bronce con hombreras y doble fila de πτέρυγες. Lleva las piernas desnudas. Detrás de los hombros flota el manto. En la mano derecha lleva una larga lanza macedónica. Espada corta ceñida al cinturón por el lado izquierdo. Detrás corre el criado, llevando la cola del caballo a la conocida manera oriental. Bajo el pedestal hay una inscripción pintada en negro que ha sido leída de distinta manera: ... ξενος Μακεδών por E. Breccia, y ... ξενος [Γ]αλάτης por A. Reinach. Después de una inspección del original, acepto la lectura de Breccia. El oficial representado en la estela es sin duda un macedonio. Altura, 40 cm.; anchura, 37 cm. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

La estela ha sido publicada y discutida varias veces. La mejor publicación es la de E. Breccia, *La Necropoli di Sciatbi,* 1912 (Catal. gen. Mus. Alexandrie), págs. 10 y sigs., núm. 9 y láms. XXII y XXIII. Cf. para una apreciación artística, R. Pagenstecher, *Nekropolis,* 1919, pág. 54, núm. 53, y pág. 69; M. H. Swindler, *Ancient Painting,* 1929, págs. 345 y sigs. Muy parecida en estilo y composición es la estela encontrada en la necrópolis de Hadra: jinete descubierto, con quitón, armadura y clámide. En la mano derecha una lanza macedonia, y en la izquierda una espada corta. Frente a él, el criado, que le lleva el casco; E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXV (N. S. VII, 2) (1930), pág. 116, núm. 22116 y lám. XII; cf. también mis láms. XXXVII, 2, XLIV, 1, XLIX, 1 y LVIII. Sobre el equipo de la caballería macedónica, véase descripción de la lám. XVII. Puedo añadir a este respecto que las estelas funerarias pintadas de Alejandría nunca han sido colacionadas de una manera completa. Véanse las referencias en las obras de Breccia, Pagenstecher y Swindler antes citadas; cf. M. Rostovtzeff, *Estelas pintadas de Alejandría,* en *Mon. Mus. de Bellas Artes de Moscú,* I-II (1912), págs. 69 y sigs., lám. XII; W. Grüneisen, ibíd., III (1913), págs. 87 y sigs. (en ruso), y A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXXII (N. S. X, 1) (1938), págs. 112 y sigs.

2. Una de las estelas funerarias pintadas de la necrópolis de soldados estacionados en Sidón de Fenicia. La estela tiene la forma de un *naiscos* con dos pilares que soportaron un frontis adornado con acroteras y ornamentos pintados. La base está pintada imitando el mármol de varios colores. Entre los dos pilares, en un nicho, la figura de un soldado vuelto a la izquierda en actitud de combate. El cuerpo se muestra de espaldas y la cabeza de perfil. Va vestido con quitón corto ceñido, de color marrón rojizo y de zapatos altos. En la cabeza un casco con cresta de plumas (rojas) (cf. Men., *Perik,* 174 πτεροφόρας χιλίαρχος), visera, carrilleras y gorjal. En la mano derecha una espada de hierro (azul); en la izquierda, un escudo oval de madera con clavo de metal. La funda de la espada cuelga de una faja al costado izquierdo. Bajo la figura, una inscripción pintada: Διοσκορίδη Ἐξαβόου Πισίδη | Βαρβουλεῦ συμμάχων | σημεοφόρε χρηστὲ | χαῖρε | Κεραίας ὁ ἀδελφὸς ἔστησε, El hombre enterrado bajo esta estela era un soldado mercenario de Balbura de Licia (o Pisidia). Pertenecía al destacamento de σύμμαχοι y desempeñaba el cargo de portaestandarte en su destacamento. Es interesante observar que su figura es completamente convencional. Los romanos le representarían con el estandarte en la mano. Fines del siglo III o comienzos del II a. de J. C. Sobre la fecha, véase el cap. IV, nota 137, y sobre las estelas sidonias en general, mi lám. LVII. Descripción más detallada, G. Mendel, *Catal. Sculpt. Mus. Ott.,* I, 1912, págs. 258 y sigs. Altura, 1,10 m.; anchura, 57 cm. (Fotografía facilitada por el Museo Otomano, Estambul.)

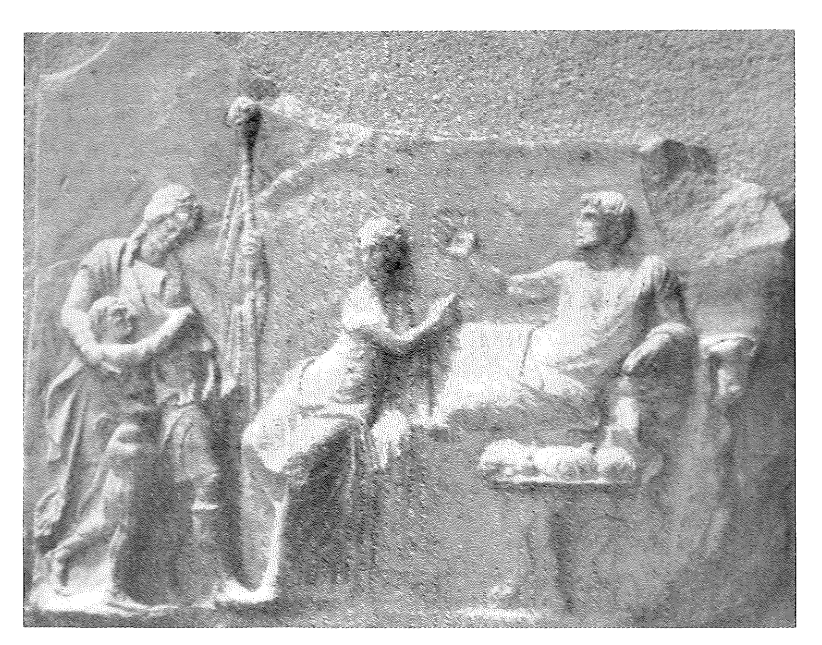


Estatuillas de terracota y vasos cerámicos hallados en una tumba del Delta de Egipto
Museo Allard Pierson, Amsterdam

LÁMINA XX

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XX

Un hallazgo muy instructivo en el Delta de Egipto. Consta de una figurilla de terracota grande, de factura griega local, que representa a una mujer de pie, y diez vasos pequeños. Según el profesor G. A. S. Snijder, director del Museo Allard Pierson (*Allard Pierson Museum. Algemeene Gids,* 1937, pág. 43, lám. XIX), algunos de estos vasos son áticos, otros de forma y técnica griegas, pero de factura local, y dos son importados del sur de Italia (cerámica gnatia). El profesor J. D. Beazley, a quien he consultado sobre este punto, considera la mayoría de los vasos como cerámica ática «con la posible excepción del segundo de la derecha superior y el primero a la izquierda inferior». Pero sea como quiera, el hallazgo es un claro testimonio de las activas relaciones comerciales entre Atenas y Alejandría, y probablemente entre Alejandría y el sur de Italia también, a fines del siglo IV a. de J. C. Cf. nota 32 de este capítulo; y sobre la cerámica gnatia importada al Egipto tolemaico en los siglos IV y III a. de J. C., cap. IV, nota 198, y cap. VIII, sección III de la parte II. Añádase a la bibliografía que allí damos: R. Bianchi-Bandinelli, *Scritti in onore di B. Nogara,* 1937, págs. 11 y sigs., y Ch. Picard, *Rev. Arch.,* XII (serie 6.ª) (1938), págs. 105 y sig., y fig. 5. La fecha del hallazgo es segura: finales del siglo IV a. de J. C. (Fotografía facilitada por el Museo Allard Pierson, Amsterdam.)



1. Bajorrelieve votivo heroico de un poeta dramático o actor
Museo del Louvre, París



2. Bajorrelieve de Menandro. Museo Lateranense, Roma

La Atenas artística de finales del siglo IV y principios del III a. de J. C.

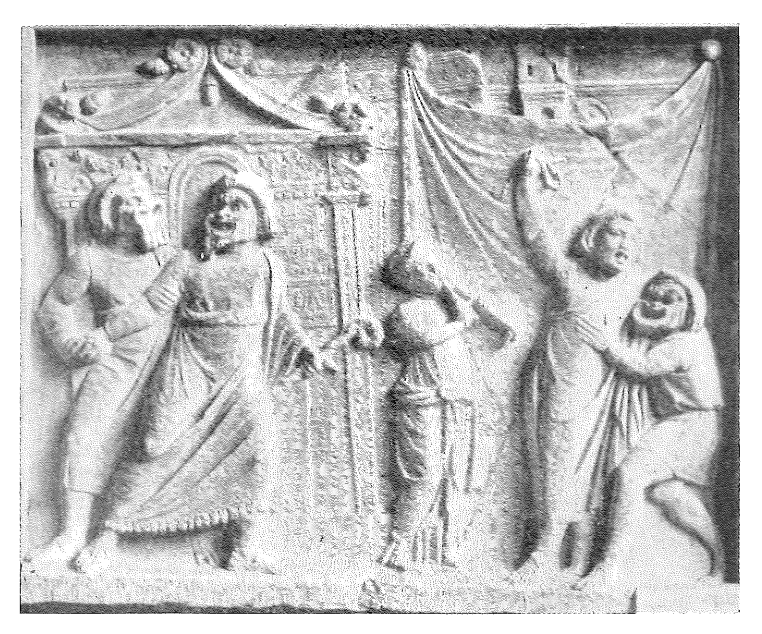
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXI

1. Bajorrelieve votivo encontrado en el Pireo. Representa un actor o poeta dramático heroizado (nótese la serpiente), ya no joven, tendido en un lecho y dispuesto a tomar parte en un banquete. La mesa con las viandas está preparada, y el criado ha traído el vino para la libación. Una encantadora joven está medio tendida en el extremo de la cama. Llama la atención de su compañero hacia un visitante que entra. La joven puede ser identificada como una de las musas Polimnia o Escena, la personificación de la escena. El visitante es el joven Dioniso en persona, avanzando lentamente de la izquierda, medio abrumado por el *methe* y apoyándose en su auxiliar, un joven fauno. El hombre del lecho saluda a su huésped con la mano derecha. Está dispuesto a recibir de él la inspiración dionisiaca. Principios del siglo III a. de J. C. El bajorrelieve ha sido interpretado recientemente en el sentido arriba resumido, como prototipo de los conocidos bajorrelieves «icarios» por Ch. Picard, *Les reliefs dits de la visite à Ikarios, A. J. A.*, XXXVIII (1934), págs. 157 y sigs. (Fotografía facilitada por el Museo del Louvre, París.)

2. El famoso bajorrelieve de Menandro, gran creador de la «comedia nueva». Menandro —su figura está inspirada por el conocido retrato, del cual hay muchas réplicas—, vestido de héroe, está sentado en una silla, con el rostro vuelto a la derecha. Ante él, una mesa. Detrás de la mesa la figura mayestática de una mujer, sin duda Polimnia o Escena, más bien que la famosa Glicera. Menandro tiene en la mano izquierda, contemplándola, una máscara cómica, la de uno de los principales personajes de sus comedias: el joven. En la mesa hay otras dos máscaras más: la de una señora joven, heroína de la comedia y la del padre del joven. (Fotografía facilitada por Alinari.)

El bajorrelieve ha sido publicado y discutido varias veces. Una buena descripción y bibliografía selecta se encontrará en M. Bieber, *Die Denkmäler zum Theaterwesen im Altertum*, 1920, pág. 156, lámina LXXXVIII, y *The History of the Greek and Roman Theater*, 1939, págs. 165 y sigs., figs. 223 y 224 (bibliografía, nota 4).

No necesito justificar la presencia de estas ilustraciones en mi libro. Los grandes poetas dramáticos de comienzos de la época helenística eran los mejores exponentes del espíritu, mentalidad y genio creador de su tiempo. A ellos debemos, entre otras muchas cosas, un vivo retrato de la clase dirigente en el mundo helenístico: la burguesía de las ciudades griegas.



1. Escena de una «comedia nueva». Bajorrelieve
Museo de Nápoles



2. Grupo de terracota de dos personajes de una comedia
Museos del Estado, Berlín



3. Estatuilla de terracota de un actor cómico representando el papel de «joven de cabello rizado»
Museo de Viena

La Atenas de Menandro, reflejada en comedias contemporáneas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXII

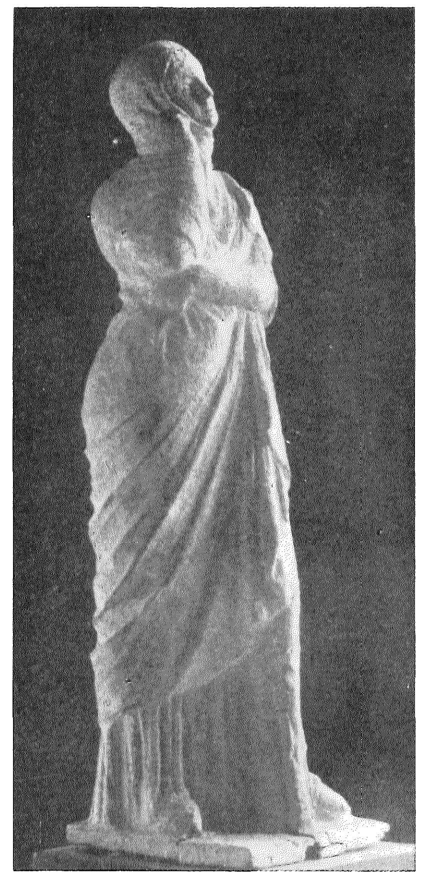
1. Fondo: escenario de la «comedia nueva» con la puerta y colgaduras típicas. El momento representado es uno que ocurre frecuentemente en la «comedia nueva». Un joven de familia respetable (νεανίας ἁπαλός o ἐπίσειστος) regresa a casa después de un banquete. Está muy alegre, apenas puede caminar, grita y blande la venda ganada en los banquetes. Ante él, una muchacha flautista. Su esclavo le sostiene (ἡγεμὼν θεράπων). Presentes a esta llegada triunfal están el padre (ἡγεμὼν πρεσβύτης) y su amigo. El padre está furioso. Se dirige hacia su hijo dispuesto a apalearlo con su bastón o cayado. El amigo trata de detenerlo. Período romano, pero los tipos, trajes y acción no han cambiado desde finales del siglo IV a. de J. C. (Fotografía facilitada por Alinari.)

El bajorrelieve ha sido muchas veces reproducido y estudiado. Una buena descripción y una bibliografía se encontrará en M. Bieber, *Die Denkmäler zum Theaterwesen im Altertum,* 1920, pág. 157, lám. LXXXIX y *The History of the Greek and Roman Theater,* 1939, págs. 167 y sig., fig. 225 y nota 6. Sobre las *tabellae comicae* (Plinio, *N. H.*, XXXV, 114), que quedan en pinturas y mosaicos, véase A. K. H. Simon, *Comicae tabellae,* 1938 (*Die Schaubühne,* XXV), págs. 66 y sigs. y nota 120 y pág. 158.

2. Dos personajes de la «comedia nueva» o de la «vieja». Ambos están de buen humor después de un trago. Uno se apoya en el otro. Los dos ríen alegremente. El menos borracho de los dos lleva un quitón rojo y un manto azul. Las barbas son rojas. Posiblemente de Tanagra. M. Bieber, *Denkmäler,* pág. 132, núm. 79, lám. LXIX, 1. Sobre los esclavos beodos en la «comedia nueva», Simon, loc. cit., págs. 145 y sigs. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

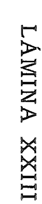
3. Joven con largo cabello rizado, con el traje típico de los actores cómicos. Es sin duda el οὖλος νεανίσκος de la «comedia nueva», no el νεανίας πάγχρηστος de la tragedia. Otro ejemplar ligeramente distinto de la misma terracota está en el Museo Nacional de Atenas, y otra versión del tipo en el Louvre, ambos de Mirina. (Fotografía facilitada por el Museo de Viena.)

Véase E. Pottier y S. Reinach, *La Nécropole de Myrina,* 1887, pág. 565, núm. 321, lám. XLV, 1; F. Winter, *Die griechischen Terrakotten,* III, 2; *Die Typen der figürlichen Terrakotten,* pág. 430, núm. 3. A. K. H. Simon, *Comicae tabellae,* págs. 49 y sigs., ha demostrado, contra M. Bieber, *Denkmäller,* pág. 121, núm. 56, lám. LXI, 1, cf. 2, y *History,* pág. 152, fig. 204, que las estatuillas representan al joven de la «comedia nueva» y no el de la tragedia.





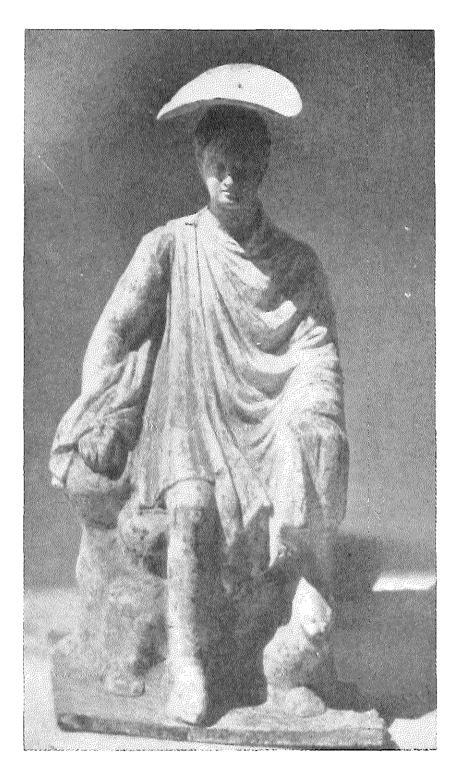
La Grecia de la época de Menandro. Dos damas
Terracotas de Tanagra. Museo del Louvre, París

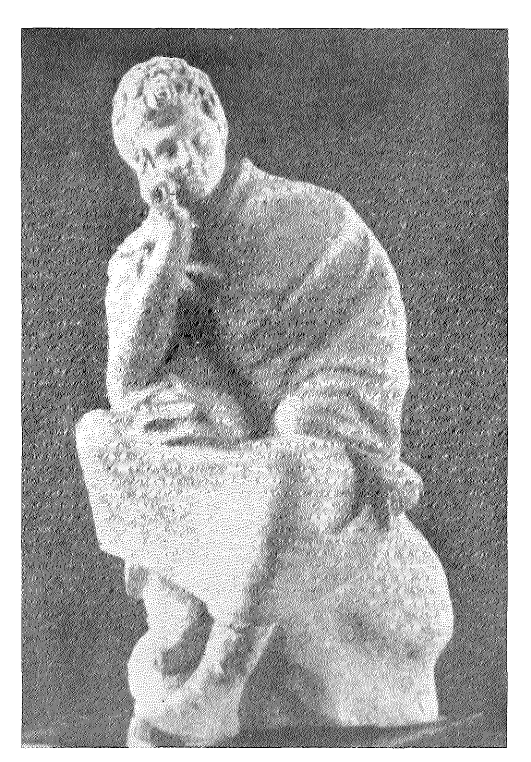


DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXIII

Las terracotas de Tanagra son demasiado bien conocidas para necesitar un estudio detallado aquí. Los dos ejemplares reproducidos en esta lámina son ejemplos excelentes de la escultura griega pospraxitélica refinada de principios de la época helenística. Al mismo tiempo nos muestran representaciones típicas de las señoras ricas de los siglos IV y III a. de J. C., o más bien figuras de mujeres jóvenes, elegantes, bien vestidas y hermosas, idealizadas según les gustarían a los griegos de la época, y como probablemente fueron algunas en la vida real en ciertos momentos de su existencia. Las terracotas de esta lámina representan dos mujeres: una meditando y en actitud melancólica; otra, llena de vida, un poco agresiva, orgullosa de su belleza y de su traje simple, pero bellamente dispuesto; nos recuerdan a Gorgo y Praxinoe, las dos damas siracusanas elegantes de Alejandría que nos describe Teócrito (íd., XV), y a las jóvenes heroínas de las comedias de Menandro. (Fotografías facilitadas por el Museo del Louvre, París.)

Un fino análisis estilístico de las terracotas griegas de este tipo se encontrará en J. Charbonneaux, *Les terres cuites grecques*, 1936, págs. 16 y sigs. y figs. 44 y sigs., y una breve bibliografía, pág. 24.





La Grecia de la época de Menandro. Dos efebos

Terracotas de Tanagra. Museo del Louvre, París

LÁMINA XXIV

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXIV

Dos efebos, ambos sentados, uno descansando después de un violento ejercicio en la palestra y protegido del sol por un ancho sombrero plano; el otro, meditando, probablemente no sobre problemas filosóficos. Véase la lámina precedente. J. Charbonneaux, *Les terres cuites grecques,* 1936, figs. 47 y 48. (Fotografías facilitadas por el Museo del Louvre, París.)



La vida industrial de Grecia a principios del siglo III a. de J. C.

Cuencos «megareos»: uno en el Museo del Louvre, París; el otro, de la colección P. Arndt, Munich

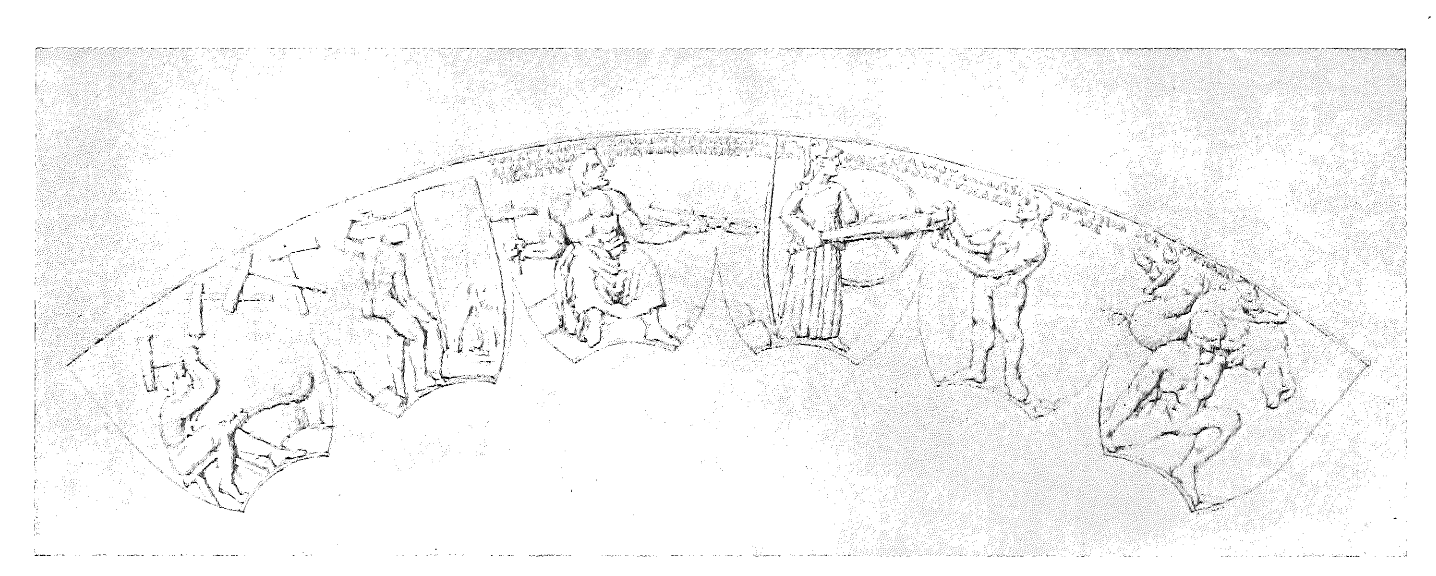
LÁMINA XXV

1. El cuenco del Louvre (otro ejemplar en el Museo Nacional de Atenas), pertenece a la clase llamada cuencos «homéricos», es decir, cuencos que llevan en su decoración en relieve ilustraciones de ciertas obras literarias, épicas o dramáticas. El cuenco aquí reproducido ilustra, con toda probabilidad, un antiguo mimo helenístico. Muestra una escena en un molino. El trabajo está en marcha: dos molineros a los dos extremos del friso están moliendo el trigo en los típicos molinos de mano que se usaban aún en Grecia. En el centro, un molino más complicado, para ser movido por un asno, es accionado por un hombre y un jumento. Entre este molino y otro de mano, a la derecha, un molinero está cribando harina o trigo. Los molineros se designan por la inscripción: μυλωθροί. La pacífica atmósfera del molino se ve turbada por la entrada de cinco extranjeros, κίναιδοι, designados así por una inscripción. Todos van tocados con sus típicos gorros puntiagudos y llevan taparrabos. Según su costumbre, hacen toda clase de desaguisados: dos llevan sacos, probablemente llenos de harina, y se ve que han robado en el molino. Uno se ocupa del burro. La escena central muestra un hombre designado por la inscripción como τιμωρός (vengador o verdugo), que ha atado a uno de los *cinaedi* a un poste y trata de azotarle. Un *cinaedus* le aparta de su víctima. En el extremo izquierdo del friso se ve la figura del propietario del molino. Se denomina en una inscripción μυλωνάρχης. Diámetro, 12 cm.; altura, 8 cm.

Dibujado por H. Gute de unas fotografías facilitadas por el Museo del Louvre, París.

El cuenco del Museo de Atenas ha sido publicado y discutido por: F. Wersakis, Ἐφ. Ἀρχ., 1914, págs. 50 y sigs., y lám. I; K. Kourouniotis, ibíd., 1917, págs. 151 y sigs.; F. Courby, *Les vases grecs à reliefs,* 1922, pág. 300, núm. 207; cf. W. Ruge, *P. W. K.,* XVI, 107. El cuenco del Louvre ha sido ilustrado en mi artículo *A. J. A.*, XLI (1937), págs. 87 y sigs., donde traté de demostrar su relación con los mimos. No se encontrará mención del cuenco en la breve discusión del mimo y representaciones dramáticas con él relacionadas en M. Bieber, *The History of the Greek and Roman Theater,* 1939, págs. 304 y sigs. (helenístico); págs. 402 y sigs. (romano).

2. La fotografía que mostramos en esta lámina reproduce un cuenco similar que probablemente ilustra un mimo con el título de κίναιδος μοῖχος (inscripción en el cuenco). No puedo dar aquí una descripción de este vaso no publicado, que merece ser tratado y discutido de un modo completo. Puedo llamar la atención del lector sobre el castigo del *cinaedus*: está atado a un poste y azotado. Fue el profesor R. Zahn quien llamó mi atención sobre esta interesante variedad de cuencos «megareos». Una investigación entre los cuencos «megareos» revelará probablemente otros que ilustran en su decoración en relieve los mimos y obras populares de arte dramático con ellos relacionados. Es muy probable que bajo la influencia de los cuencos «megareos» y piezas semejantes de la cerámica en relieve helenística, algunas factorías aretinas de cerámica en relieve, como las de M. Perennio Bargates y Ateyo adornaran sus productos con figuras y escenas de algún mimo, o quizá atelanas, en forma de una narración continua o figuras aisladas. Se encontró en Arezzo una serie de moldes fragmentados de estas copas del taller de Bargates (U. Pasqui, *Not. d. Sc.*, 1896, págs. 453 y sigs.; cf. K. Hähnle, *Arretinische Reliefkeramik,* 1915 (tesis doctoral), Tubinga, págs. 72 y sigs.). Con uno de estos moldes, los artesanos modernos de esa ciudad fabricaron una copa completa que ilustraba un mimo cuyos ejemplares se venden en el Museo. Sobre estas reproducciones, A. Del Vita, *Boll. d'Arte,* XXXI (1937), 489 y sigs.; cf. *Mostra Augustea della Romanità, Catalogo,* II, 1939, LXXII, núm. 256. Sobre producciones parecidas del taller de Ateyo, véase A. Oxe, *Arretinische Reliefgefässe vom Rhein,* 1933, páginas 69 y sigs. y láms. XI y LXIII, y R. Zahn, *Ber. Kgl. Kungsrs.*, XXXV (1914), págs. 301 y sigs., especialmente 307. Sobre el taller de Bargates: A. Oxe, loc. cit., págs. 87 y sigs. y lám. XLIII. (Fotografía facilitada por el profesor R. Zahn, de Berlín.)



La vida industrial de Grecia a principios del siglo III a. de J. C.
Cuenco «megareo homérico». Museo del Louvre, París

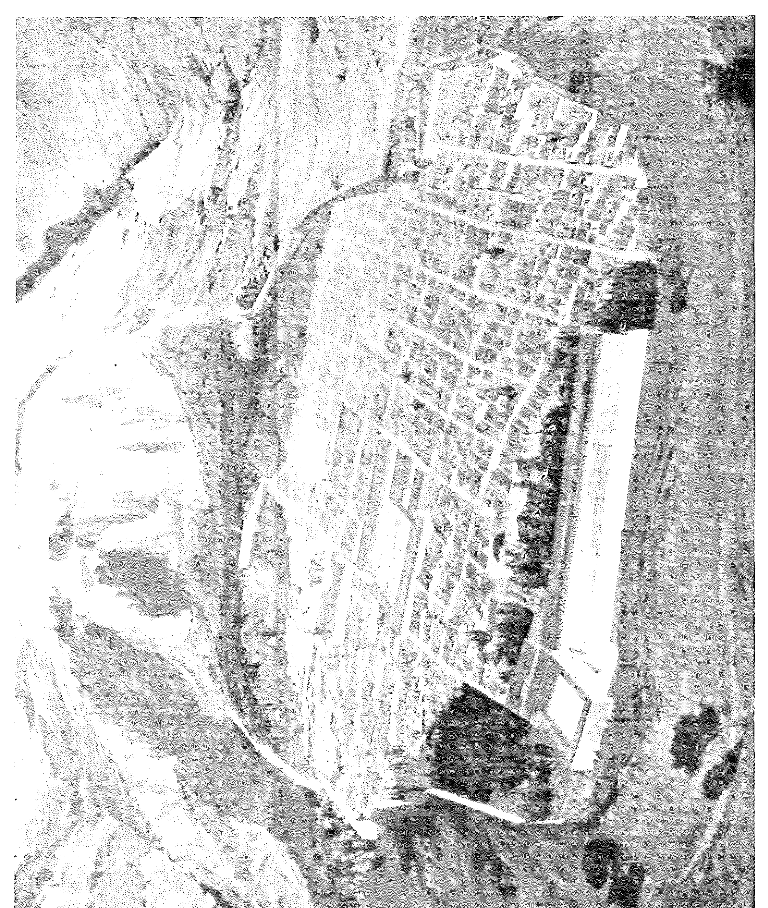
LÁMINA XXVI

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXVI

La escena representada en el vaso (ilustración de una de las Heráclеas épicas) muestra a un broncista barbado (χαλκεύς) sentado en su forja con las herramientas en la mano. A la izquierda está el horno con fuego ardiendo y dos ayudantes, uno llevando combustible para el horno o quizá accionando los fuelles (cf. la lámpara romana de Tarso, *A. J. A.*, XXXIX (1935), pág. 538, fig. 29, y cap. VIII), otro forjando una pieza de metal. A la derecha está representado Heracles dos veces: recibiendo la clava hecha por Hefesto de manos de Atenea y llevando el jabalí erimántida, una gran inscripción en tres líneas corre sobre las figuras principales de la escena. Después de varios intentos, la inscripción ha sido leída por completo y el texto establecido con certeza: τὸ σκύταλον τοῦ Ἡρακλέους ἐποίησε Ἥφαι-στο-ς. ἦν δὲ χαλκοῦν. δίδωσι δὲ αὐτῶι Ἀθηνᾶ εἰς | Ἀρκαδίαν πορευομένωι ἐπὶ τὸν Ἐρυμάνθιον κάπρον· ἔστιν δὲ ἆθλος πέμπτος. Sobre el grupo de Heraclea y el jabalí: Ἐρυμάνθιος. Las representaciones de Hefesto en la forja son relativamente frecuentes en los vasos pintados áticos. Este friso pudo haberse derivado de ellos. Diámetro, 13 cm.; altura, 8 cm.

Dibujado por M. Schmalz de fotografías facilitadas por el Museo del Louvre, París.

El vaso ha sido varias veces reproducido y discutido: W. Fröhner, *Philol.*, LXXI (1912), pág. 172 (que vio y copió la inscripción en Atenas en 1893); F. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922, págs. 303 y sigs., fig. 55 y lám. X *a;* S. B. Luce, *A. J. A.*, XXVIII (1924), pág. 297, fig. 1; M. Rostovtzeff, ibíd., XLI (1937), págs. 90 y sigs., figs. 3 a 5.



La ciudad de Priene. (Reconstrucción)

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXVII

La ciudad de Priene fue descrita en las págs. 172 y sigs. y nota 44. La restauración aquí reproducida (por A. Zippelius) es bien conocida y se ha empleado con frecuencia para ilustrar libros modernos. Muestra la ciudad tal como fue planeada al modo «hipodámico» a finales del siglo IV a. de J. C. Se pueden ver fácilmente las murallas que la rodean, la red de calles regulares que se cruzan en ángulo recto, el ágora espaciosa en el centro de la ciudad, el famoso templo de Atenea construido por Piteo, el teatro, y en la parte inferior de la ciudad el monumental gimnasio.

LÁMINA XXVIII



Monedas de los primeros reyes helenísticos

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXVIII

1. AR Tetradracma de Seleuco I (Seleucia del Tigris). *Anverso:* Cabeza de Zeus. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΣΕΛΕΥΚΟΥ. Atenea luchando en cuadriga de elefantes con cuernos; en el campo, ancla seléucida.

2. AR «Estatera con león», de Seleuco I (Babilonia, antes del 300 a. de J. C.). *Anverso:* Baal sentado. *Reverso:* León; ancla seléucida en la parte superior.

3. AR Tetradracma de Tolomeo I (Egipto, primera emisión). *Anverso:* Cabeza de Alejandro con piel de elefante. *Reverso:* ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΟΝ. Atenea Prómaco blandiendo la lanza; a sus pies, un águila.

4. AV Pentadracma de Tolomeo I. *Anverso:* Cabeza de Tolomeo I con diadema y égida. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ. Águila sobre un rayo.

5. AV Octodracma de Arsínoe (acuñado a título póstumo por Tolomeo II). *Anverso:* Cabeza de Arsínoe II, velada y con *stephane*. *Reverso:* ΑΡΣΙΝΟΗΣ ΦΙΛΑΔΕΛΦΟΥ. Doble cornucopia, con cintas.

6. AR Tetradracma de Demetrio Poliorcetes (Calcis, Eubea). *Anverso:* Cabeza de Demetrio con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΔΗΜΗΤΡΙΟΥ. Posidón apoyado en el tridente, descansando el pie sobre la roca.

7. AR Tetradracma de Demetrio Poliorcetes (Salamina, Chipre). *Anverso:* Nice (la Victoria) tocando la trompeta y sosteniendo un trofeo, de pie en una proa. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΔΗΜΗΤΡΙΟΥ. Posidón blandiendo un tridente.

8. AR Tetradracma de Antioco I (Antioquía). *Anverso:* Cabeza de Antioco con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ. Apolo sentado en el ónfalo.

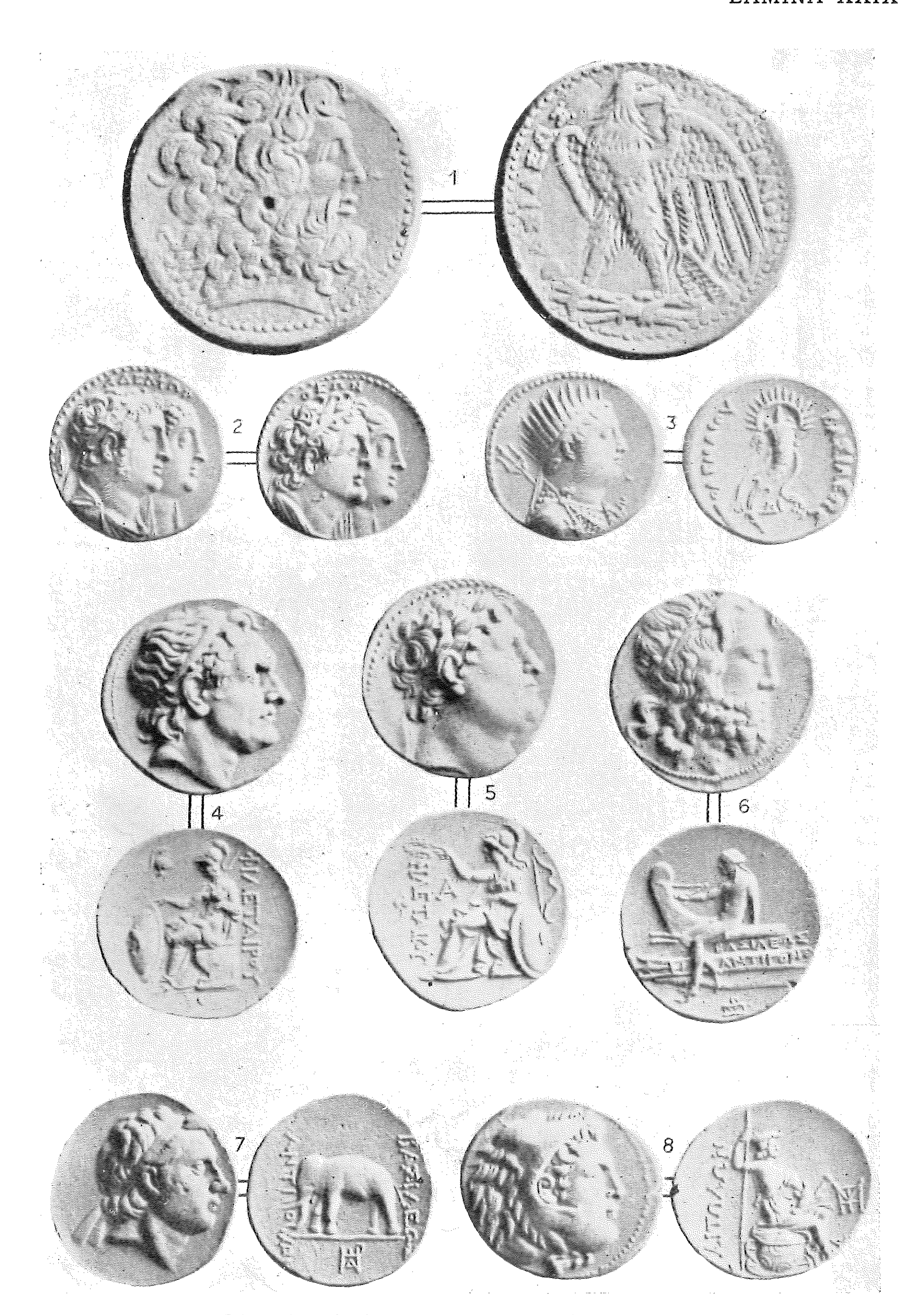
9. AR Tetradracma de Antioco II (Cime). *Anverso:* Cabeza de Antioco II, con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ. Heracles sentado; símbolo: copa de una sola asa.

10. AR Tetradracma de Rodas (hacia 304-166 a. de J. C.). *Anverso:* Cabeza de Helios, de frente. *Reverso:* ΡΟΔΙΩΝ. Arriba, rosa; abajo, nombre de magistrado.

11. AV Estatera de Diódoto de Bactriana. *Anverso:* Cabeza de Diódoto, con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΔΙΟΔΟΤΟΥ. Zeus lanzando el rayo.

Sobre la moneda seléucida antigua: cap. IV, págs. 425 y sigs.; sobre la moneda tolemaica antigua: págs. 385 y sigs.; cf. cap. VIII; cf. los magistrales resúmenes de E. T. Newell, *Royal Greek Portrait Coins*, 1937. Sobre Demetrio Poliorcetes: íd., ibíd., págs. 27 y sigs., y *The Coinages of Demetrius Poliorcetes*, 1927. Sobre Diódoto I: E. T. Newell, *Royal Greek Portrait Coins*, pág. 66, y W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938, págs. 72 y sigs. Es muy probable que la famosa Victoria de Samotracia, ahora en el Museo del Louvre, sea una imitación de la Victoria de Demetrio, como se ve en el núm. 7 de esta lámina. Sobre el emplazamiento original de la Victoria del Louvre, véase A. Salač, *Socha Boyně Vítězství*, 1938.

LÁMINA XXIX



Monedas de los primeros reyes helenísticos

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXIX

1. Æ Tolomeo II (Egipto). *Anverso:* Cabeza de Zeus Amón. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΓΤΟΛΕΜΑΙΟΥ. Águila cogiendo el rayo.

2. AV Octodracma de Tolomeo III (Egipto). *Anverso:* ΑΔΕΛΦΩΝ. Cabezas de Tolomeo II y Arsínoe II. *Reverso:* ΘΕΩΝ. Cabezas de Tolomeo I y Berenice I.

3. AV Octodracma de Tolomeo III (Egipto). *Anverso:* Cabeza radiada de Tolomeo III, con égida y cetro terminado en tridente. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΓΤΟΛΕΜΑΙΟΥ. Cornucopia con cintas.

4. AR Tetradracma de Filetero de Pérgamo. *Anverso:* Cabeza de Seleuco I, con diadema. *Reverso:* ΦΙΛΕΤΑΙΡΟΥ. Atenea sentada, con la mano en el escudo; en el campo, casco.

5. AR Tetradracma de Átalo I de Pérgamo. *Anverso:* Cabeza de Filetero. *Reverso:* ΦΙΛΕΤΑΙΡΟΥ. Atenea sentada, coronando el nombre del rey. Debajo del brazo A, en el campo: a la izquierda, hoja de hiedra; a la derecha, arco.

6. AR Tetradracma de Antígono Gonatas. *Anverso:* Cabeza de Posidón. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΓΟΝΟΥ. Apolo sentado en la proa de una galera. Esta moneda probablemente conmemore la batalla de Cos.

7. AR Tetradracma de Antioco III (Siria). *Anverso:* Cabeza de Antioco III con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ. Elefante; debajo, monograma.

8. AR Tetradracma. Liga Etolia (hacia 279-168 a. de J. C.). *Anverso:* Cabeza de Alejandro. *Reverso:* ΑΙΤΩΛΩΝ. Etolia sentada sobre escudos; entre éstos, escudos macedonios y galos. Es copia de una estatua erigida por los etolios en Delfos. En el campo: a la derecha, monograma.

Sobre las monedas reales de esta lámina: E. T. Newell, *Royal Greek Portrait Coins*, 1937.



1. Museo del Louvre, París



2. Museos del Estado, Berlín



3. Museo del Louvre, París



4. Museo Nacional de Atenas

La vida en las ciudades griegas. Niños y muchachos
Figurillas de terracota

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXX

1. Anciana ama de cría sentada en una silla y con un nene desnudo en el regazo. Tanagra.

F. Winter, *Die antiken Terrakotten*, III: *Die Typen der figürlichen Terrakotten*, II, 1903, pág. 465, núm. 12; *C. A. H.*, vol. III de láminas, pág. 193 *c*; cf. E. Pottier y S. Reinach, *La Nécropole de Myrina*, 1887, Cat. núm. 258. Conocida en muchas variantes.

2. Joven esclavo con un niño en el hombro izquierdo. En la mano derecha, un farol; en la izquierda, un cesto redondo, que quizá lleva comida. El niño lleva una corona; probablemente vuelve de una fiesta. Mirina. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

F. Winter, loc. cit., pág. 404, núm. 5; cf. E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., Cat., núm. 336 y pág. 454. Tipo muy repetido en distintas variantes.

3. Pedagogo barbado (¿esclavo doméstico?) sentado en una silla, enseñando a leer y quizá a escribir a un niño. Sobre las rodillas del niño, un díptico. Falta la parte inferior del grupo. Mirina.

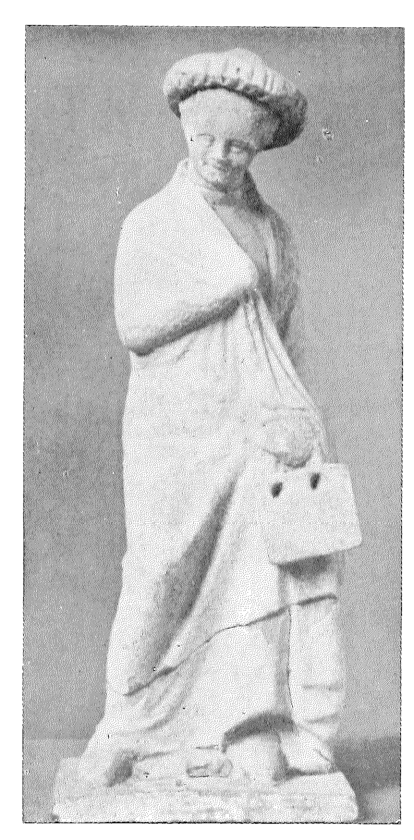
E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., Cat., núm. 287 y págs. 396 y sigs., lám. XXIX. F. Winter, loc. cit., pág. 405, núm. 5. Muchas variantes. Véase, por ejemplo, Museo Británico, *Guide to the Exhibition illustrating Greek and Roman Life*, 1929, pág. 205, fig. 224; O. Crusius y R. Herzog, *Die Mimiamben des Herondas*, 1926; ilustraciones del mimo III de Herondas: Διδάσκαλος, etc.

4. Niña escolar estudiosa, sentada en una silla; en el regazo, un díptico, sostenido con la mano izquierda; en la mano derecha, un estilo (?). Tanagra. (Fotografía facilitada por el Museo Nacional de Atenas.)

F. Winter, loc. cit., pág. 123, núm. 6; *C. A. H.*, loc. cit., pág. 193 *d*. Cf. E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., pág. 415, lám. XXXIII, Cat., número 256; cf. 257, y E. Breccia, *Terrecotte figurate... del Museo di Alessandria*, I, 1930, núms. 138-140. Muchas variantes. En algunos casos el estudiante es un muchacho.

El grupo de figurillas helenísticas de terracota (algunos ejemplares de las cuales se reproducen en esta lámina, en las cuatro siguientes y en otras del presente libro) es una mina de información sobre los distintos aspectos de la vida del pueblo del mundo helenístico, principalmente los griegos de las ciudades y distritos rurales. El grupo es muy grande, aunque es solamente una pequeña subdivisión de las figurillas antiguas en general. De casi todas las figurillas existen réplicas, encontradas en todo el mundo helenístico, en Grecia, Asia Menor, Siria, Egipto y Cirenaica, y de cada tipo se conocen distintas variantes. Paralelos a estos tipos panhelenísticos encontramos otros que son locales, como, por ejemplo, las características del Egipto helenístico (lám. L), o de Siria (lám. LIX). La mayor parte de las figurillas se encontraron en tumbas (la necrópolis de Mirina, en Asia Menor, y la de Tanagra, en Beocia, fueron especialmente ricas en figurillas del tipo aquí ilustrado), pero muchas también se encontraron en ruinas de antiguas ciudades (por ejemplo, Priene, Pérgamo, Alejandría y Seleucia del Tigris).

El fin de las figurillas de terracota del tipo aquí presentado y otros es tema de discusión y no puede ser tratado aquí. Algunas son reflejos de la vida real; otras, como las figurillas de actores trágicos y cómicos, se derivan de la escena. Dado que la mayoría de las representadas en esta lámina y las siguientes acentúan el aspecto cómico de una figura o un grupo, y las representan sin máscaras, probablemente reproduzcan caracteres famosos de los mimos. Por consiguiente, pueden emplearse para ilustrar los mimos de Herondas, y se han usado para ello (O. Crusius y R. Herzog, *Die Mimiamben des Herondas*, 1926). Un *corpus* de este tipo de figurillas con comentarios sería de gran utilidad para todos los estudiosos de la vida y el arte antiguos.



1. Museo Nacional de Atenas



2. Museo del Louvre, París



3. Museo del Louvre, París

La vida en las ciudades griegas. Adolescentes y jóvenes

Figurillas de terracota



DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXI

1. Escolar con una corona de flores en la cabeza (¿vencedor en una prueba escolar?), probablemente volviendo de la escuela en invierno, después de su victoria. Vestido con un amplio manto. En la mano izquierda lleva un cartapacio. Parece muy feliz. Tanagra. (Fotografía facilitada por el Museo Nacional de Atenas.)

F. Winter, loc. cit., pág. 240, núm. 2. Los escolares y efebos eran muy populares en la coroplástica helenística. Una ojeada a las publicaciones de Winter y E. Pottier y S. Reinach bastará para demostrarlo.

2. Efebo a caballo. Bella estatuilla de Asia Menor. El muchacho está desnudo, pero lleva una clámide sujeta al hombro derecho. En la cabeza, una gorra o casco. La mano derecha, levantada, probablemente sostiene una lanza o un dardo. ¿Ejercicio militar de un joven noble?

F. Winter, loc. cit., pág. 299, núm. 7. Un efebo a caballo no es tipo muy frecuente en las terracotas antiguas; véase, por ejemplo, E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., Cat., núm. 315; E. Breccia, *Terrecotte figurate... del Museo di Alessandria,* I, 1930, núm. 141, lám. XXXIX, 1. Esta estatuilla puede ser anterior al siglo III a. de J. C.; cf. para el motivo J. Charbonneaux, *Les terres cuites grecques,* 1936 (la amazona a caballo del Museo de Boston).

3. Joven pronunciando, al parecer, un discurso público. Está vestido con un quitón y una larga clámide; calza sandalias. Mira al auditorio con orgullo y confianza. Podemos asignar esta figurilla al grupo que ilustra la vida escolar e interpretar la figura como la de un miembro de la clase de los νέοι en el gimnasio, un hijo de familia aristocrática pronunciando un discurso en un torneo oratorio. O también podemos pensar que el joven es un actor en un mimo desempeñando el papel de magistrado o abogado. Puedo recordar al lector el mimo II de Herondas: *Bátaro ante el tribunal.* La estatuilla es un bello ejemplar del arte griego de la época helenística mostrando en forma plástica los mismos rasgos que caracterizan las comedias de Menandro, los caracteres de Teofrasto, y los mimos de Herondas; en otras palabras, desplegando el mismo tratamiento magistral de los rasgos típicos de un carácter. Mirina.

E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., pág. 476, lám. XLVI, Cat., núm. 277; *C. A. H.,* loc. cit., pág. 191 *c;* J. Charbonneaux, loc. cit., fig. 87, pág. 20.



1. Museo Nacional de Atenas



2. Museo del Louvre, París

La vida en el campo

Figurillas de terracota

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXII

1. Campesino con gorro puntiagudo; conduce un asno cargado de cestos de racimos al mercado de la ciudad. El jumento ha tropezado en una roca y caído de rodillas. El campesino, cogiéndole por la cola con la mano derecha, trata de evitar la caída del burro, al mismo tiempo que sostiene los cestos con la izquierda. Mirina. F. Winter, loc. cit., pág. 432, núm. 5. Cf. E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., pág. 489. (Fotografía facilitada por el Museo Nacional de Atenas.)

2. Joven campesino, con sombrero plano y quitón corto, conduciendo una vaca. Según Winter (loc. cit.), una de las dos figurillas, ahora en el Louvre, fue encontrada en Antedón (?); la otra se dice que en el Pireo. (Fotografía facilitada por el Museo del Louvre, París.)

La vida campesina era menos popular que la vida urbana entre los coroplastas.



1. Figurilla de terracota
Museo del Louvre, París



2. Estatua de mármol. Museo
Metropolitano de Arte, Nueva York



3. Figurilla de terracota
Museo del Louvre, París



4. Figurilla de terracota
Museo del Louvre, París

La vida en las ciudades y en el campo

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXIII

1. Campesino megalofálico, rudo, viejo y calvo, bajo, fornido y algo enano; va vestido con una especie de quitón atado y lleva en el hombro izquierdo, con una correa de cuero, dos pesados cestos de racimos, caminando al mercado de la ciudad. En la mano derecha lleva un cesto más pequeño. Probablemente, personaje de un mimo. Mirina.

E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., págs. 488 y sigs., lám. XLVII, Cat., núm. 332. Varias réplicas en distintos museos. Tema muy popular entre los coroplastas.

2. Estatua de una campesina vieja que va al mercado con un cesto con frutas y dos aves en la mano izquierda. Quizá formase parte de un grupo, pues la mujer, con el brazo derecho extendido hacia adelante, parece estar hablando a alguien. La edad de la mujer se expresa bellamente en todos los detalles de la cabeza y del cuerpo (nótese los senos desnudos colgantes) y en el movimiento. Partes de los pies y del pecho izquierdo, restaurados. Siglo II a. de J. C. (o copia romana de un original de esta época). Encontrada en Roma en 1907. (Fotografía facilitada por el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.)

Varias veces publicada y discutida en relación con otras esculturas helenísticas de hombres y mujeres viejos. Doy una breve selección: D. Vaglieri, *Not. d. Sc.*, 1907, pág. 325, figs. 45-46; A. Mariani, *Bull. Com.*, 1907, pág. 257, lám. VII; S. Reinach, *Rép. de la statuaire*, IV (1910), pág. 349, núm. 7; G. M. A. Richter, *Sculpture and Sculptors of the Greeks*, 1929, pág. 63, fig. 219; 1930, pág. 82, fig. 219; A. W. Lawrence, *Classical Sculpture*, 1929, págs. 339 y sig., lám. CXXXVII; Arndt-Brunn-Bruckmann, *Denkm. gr. und röm. Skulptur*, 1930, núm. 730; *M. M. A. Handbook of the Classical Collection*, 1930, págs. 276 y sig., fig. 196; M. Rostovtzeff, *A. Hist. of the Anc. World*, I, 1926, lámina LXXXVIII, 2; H. T. Bossert y W. Zschietzschmann, *Hellas and Rome*, 1936, pág. 142 (bibliografía facilitada por el *M. M. A.*).

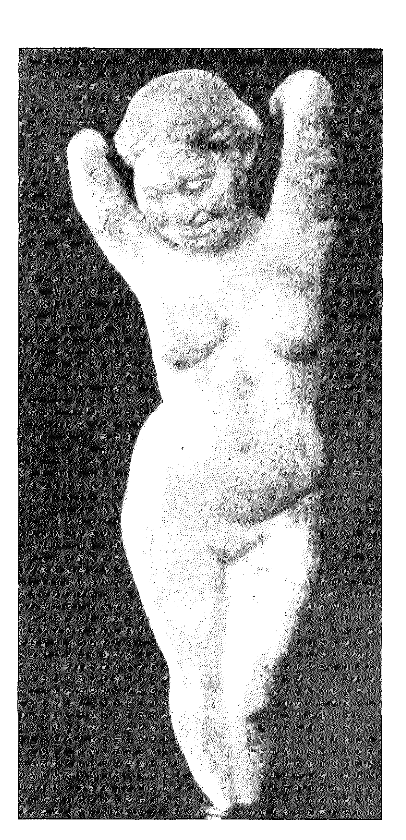
3. Joven descalzo, en un traje peculiar, probablemente el de un esclavo: pantalones cortos y un quitón suelto y casi sin mangas. En la mano derecha tiene un objeto, quizá un bastón. Tiene la cabeza levantada y está gritando. Puede interpretarse como un esclavo público (δημόσιος) actuando de heraldo (κήρυξ) o «pregonero», o puede ser un personaje de un mimo famoso. ¿Pérgamo? F. Winter, loc. cit., pág. 443, núm. 1.

4. Bella estatuilla de un hombre viejo y narigudo con grandes orejas, labios gruesos y frente calva, vestido con un amplio manto y calzado con zapatos de suelas gruesas (cf. lám. XXXI, 3; cf. también una estatuilla similar en el Anticuario de Berlín, F. Winter, loc. cit., pág. 440, núm. 1). Su postura es la de un orador público. Tiene la boca entreabierta y mira intensamente a los oyentes. Probablemente está pronunciando un discurso. Todo lector de Herondas pensará en Bátaro, el guardián de burdeles (πορνοβοσκός), y su discurso vulgar, pero eficaz, ante el tribunal de Cos; discurso lleno de adulación, sinvergonzonería y chistes gruesos (Herondas, mimo II). Su larga nariz, típica de los mimos, y su atuendo hacen probable que estemos ante un carácter famoso de los mimos helenísticos; cf. el grupo de dos esclavos o pordioseros en el Museo Pelizaeus de Hildesheim (M. Bieber, *Denkm. z. Theaterwesen*, pág. 177, núm. 108, fig. 5; O. Crusius y R. Herzog, loc. cit., lám. III. G. Roeder e Ippel, *Denkmäler des Pelizaeus-Museums*, 1921, pág. 168, núm. 464, fig. 70), y una admirable del Museo Nacional de Atenas de un esclavo hablando a alguien, bella pieza de caracterización (F. Winter, loc. cit., pág. 442, núm. 7). Mirina. Firma: Ἱέρωνος (uno de los mejores coroplastas de Mirina).

E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., pág. 490, lám. XLVII, Cat., núm. 324; *C. A. H.*, loc. cit., pág. 193 *a*; J. Charbonneaux, loc. cit., fig. 88.



1. Museos del Estado, Berlín

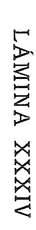


2. Museo de Gotha



3. Museo del Louvre, París

Figurillas de terracota
La vida en las ciudades y en el campo



DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXIV

1. Figurilla de un esclavo a quien azotan. Engobe blanco, cara rosa, mejillas y cuerpo rojos. La fea cabeza, con larga nariz se vuelve hacia arriba. Se queja y grita. La parte posterior del cuerpo va desnuda. La figurilla está suspendida de una cuerda. Realismo crudo y patético. Véanse los esclavos azotados representados en los vasos megáricos de la lám. XXV. La figurilla puede servir como ilustración al mimo V de Herondas (Ζηλότυπος— *La mujer celosa y su esclavo amante*). Priene. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

Th. Wiegand y H. Schrader, *Priene,* 1904, pág. 358, figs. 436 y sig. F. Winter, loc. cit., pág. 443, núm. 5; O. Crusius y R. Herzog, loc. cit., lám. X. Una figura parecida de esclavo azotado está en el Museo Nacional de Atenas (F. Winter, loc. cit., pág. 442, núm. 9).

2. Prostituta desnuda mostrando sus encantos. Es joven, pero no bella. Excelente ilustración al mimo II de Herondas (Πορνοβοσκός). El lector recordará que Bátaro llevó ante la audiencia de Cos a su amiga Mirtale (que se decía maltratada por Tales, el rico mercader) exactamente en la misma postura en que se representa la prostituta en esta figurilla. Para la interpretación correcta de un pasaje del mimo ilustrado por nuestra figurilla, véase A. E. Housman, *Class. Rev.,* XXXVI (1922), págs. 109 y sigs. No publicado (?). Me llamó la atención sobre esta figurilla y el artículo de Housman el profesor J. D. Beazley. En relación con esto —no he tratado de este tema en el texto del libro— puedo indicar que la prostitución era un rasgo destacado en la vida social y económica de las ciudades griegas en la época helenística. Se encontrará información suficiente sobre este tema en O. Navarre, artículo *Meretrix,* Dar. et Saglio, *D. d. A.*, III, 1825 y sigs. K. Schneider, artículo *Hetairai,* en *P. W. K.*, VIII, 131 y sigs., y *Meretrix,* ibíd., XV, 1018 y sigs. (Fotografía facilitada por el profesor Beazley.)

3. Pescador de pie; probablemente tendría una caña de pescar en la mano derecha, extendida. Lleva un gorro y una exómide, y en la mano izquierda un cesto de pescador. En el capítulo VIII hablo de la importancia de la pesca en la vida económica de la vida helenística, y de la popularidad de este tema entre los pintores, musivarios, escultores y coroplastas de la época clásica, y aún más de la helenística. Mirina.

E. Pottier y S. Reinach, loc. cit., págs. 489 y sigs., lám. XLVII, Cat., núm. 330; F. Winter, loc. cit., pág. 441, núm. 9; *C. A. H.*, loc. cit., pág. 193 *b*.



Busto de Alejandría

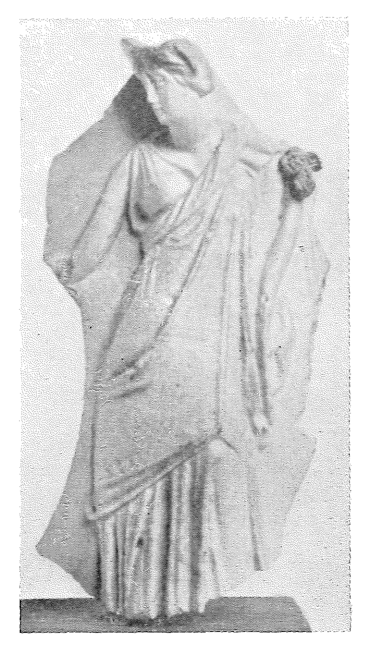
Representada como señora de los mares, con la corona naval ciñéndole la cabeza, un capote militar sobre los hombros y un aflastón en la mano izquierda. Parte de un mosaico hallado en Thmuis, en el delta de Egipto. Firmado por Sofilo. Actualmente en el Museo de Alejandría. (Véase cap. IV, notas 11 y 178)

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXV

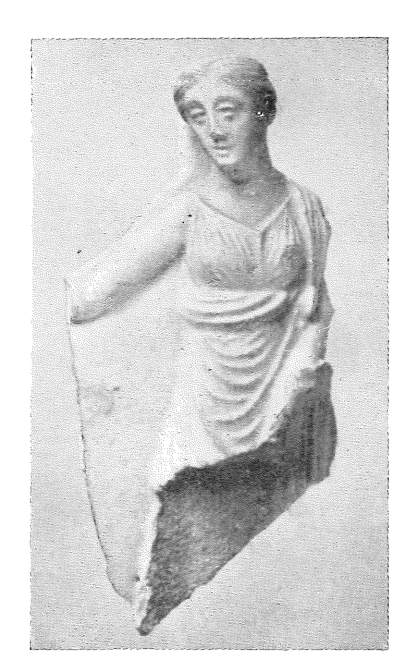
Sólo tengo que añadir unas palabras al título de la lámina y a lo que he dicho sobre el mosaico en la página 208, nota 11, y en la página 370 y nota 178. El mosaico nunca ha sido estudiado exhaustivamente desde los puntos de vista técnico, artístico e histórico, previo a la fecha de este importante monumento de arte. En mi opinión, aunque el mosaico encontrado en Thmuis pudo haber sido colocado a finales de la época helenística, no fue una creación original de esa época, sino probablemente de una copia de un original mucho más antiguo. Como es lógico, no es posible decir si el original inmediato fue un mosaico o un tapiz con el busto de Alejandría bordado, al estilo de los tapices, con cabezas bordadas de los Tolomeos descritos por Calixeno. El autor de este original inmediato, producto de arte industrial, difícilmente puede ser el creador de la impresionante cabeza de Alejandría en el mosaico de Thmuis. Esta cabeza creo que se remonta a alguna gran obra artística, y no a una simple pieza de decoración, quizá a una pintura simbólica famosa en la que la personificación de la talasocracia, tal como se representa en el mosaico de Thmuis, era el tema principal. La pintura pudo haber sido creación de algún lugar distinto de Alejandría, y pudo haber celebrado los hechos navales y la talasocracia que de ellos resultó, no de los primeros Tolomeos, sino de sus rivales. Pero es más razonable suponer que fue obra de un artista alejandrino que trató de exaltar las proezas navales de los primeros Tolomeos. Es imposible decir si Sofilo fue el nombre de este artista o del copista. La lámina se reproduce del mismo original que sirvió para la ilustración en la Memoria de E. Breccia. Agradezco el permiso para utilizarla al profesor A. Adriani, director del Museo de Alejandría.



1. Museo Británico, Londres



2. Museo Allard Pierson, Amsterdam



3. Museo del Louvre, París



4. Museo del Louvre, París

Retratos de fayenza de reinas tolemaicas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXVI

1. Cabeza de reina tolemaica encontrada en Náucratis en 1885-86. Arcilla blanca verdosa; un vidriado verde azulado cubre toda la cabeza, excepto los ojos y la base. Sin duda se trata de la cabeza-retrato de una reina. Lleva un peinado con moño, una diadema estrecha y pendientes; la diadema y los pendientes están vidriados en amarillo limón para representar oro. La identidad de la reina no es completamente segura: Arsínoe II y Berenice II son las más probables. Me inclino a la primera identificación. La cabeza pudo haber pertenecido a una estatuilla o haber servido para otros fines. Hay cabezas parecidas, pero más pequeñas, de Evérgetes I en el Museo Británico. (Fotografía facilitada por el Museo Británico.)

Br. Mus. Catal. of Roman Pottery, K 7; R. Hinks, *J. H. S.*, XLVIII (1928), págs. 239 y sigs., y lám. XV, cf. E. Pfuhl, *J. D. A. I.*, XLV (1930), pág. 42, y A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (N. S. x, 1) (1938), págs. 94 y sigs. Altura, 59 mm.

2. Fragmento de enocoe real con vidriado azul verdoso (sobre los vasos de esta clase véase la descripción de la lámina XLI) con la figura de la reina Berenice II, esposa de Evérgetes I (véase la descripción de la lám. VI, núm. 2). Bella pieza de escultura en miniatura. (Fotografía facilitada por el Museo Allard Pierson, Amsterdam.)

Se conocen varios fragmentos de enocoes reales que han sido publicados. Casi idéntico a este fragmento es el del Museo de Alejandría, C. Anti, *Die Antike,* V (1929), pág. 15, fig. 5; cf. R. Pagenstecher, *Gr. Aeg. Samml. E. von Sieglin,* II, 3, págs. 118 y sigs., figs. 129 y 130. El fragmento aquí reproducido está publicado en *Allard Pierson Museum. Algemeene Gids,* pág. 117, núm. 1633, lám. LXXXII. Altura, 133 mm.

3 y 4. Fragmento parecido de excelente factura, el mejor que conozco. Me inclino a identificarlo con la reina Arsínoe II, cuya figura aparece con frecuencia en los enocoes reales, por ejemplo, en el famoso enocoe del Museo Británico, varias veces publicado: véase la bibliografía citada en la nota 163 y R. Vallois, *C. R. Ac. Inscr.*, 1929, págs. 32 y sigs., y una buena reproducción en J. H. Macurdy, *Hellenistic Queens,* 1932, pág. 134, fig. 6. Sin embargo, nótese que en el enocoe del Museo Británico Arsínoe II lleva otro tipo de peinado. El fragmento aquí reproducido parece que no se ha publicado. (Fotografías facilitadas por el Museo del Louvre, París.)



1. Museo de Alejandría



2. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Soldados del ejército tolemaico. Dos estelas funerarias de Alejandría

LÁMINA XXXVII

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXVII

1. Estela funeraria pintada, hallada en la necrópolis de Gabbari, de Alejandría. Tiene la forma de un *naiscos* con friso sostenido por dos pilares. En el arquitrabe la inscripción Διονύσιος Βιθυνός Χαῖρε. En el nicho hay pintadas dos figuras. La mayor representa al difunto, con cabeza y cuerpo de frente y pies de perfil. Falta la parte superior de la mitad inferior del cuerpo, por lo que no es seguro el tipo de traje. Parece que lleva una chaqueta de mangas rectas sobre un quitón y zapatos altos. En la cabeza, una corona. Con la mano derecha sostiene una larga lanza, probablemente la sarisa macedónica, que descansa sobre el suelo. Detrás de él, su ayudante infantil, visto de perfil, tocado con un gorro cónico o casco (¿el de su amo?) y en las manos las armas de su amo: dos dardos y un escudo grande, ovalado, llamado céltico. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

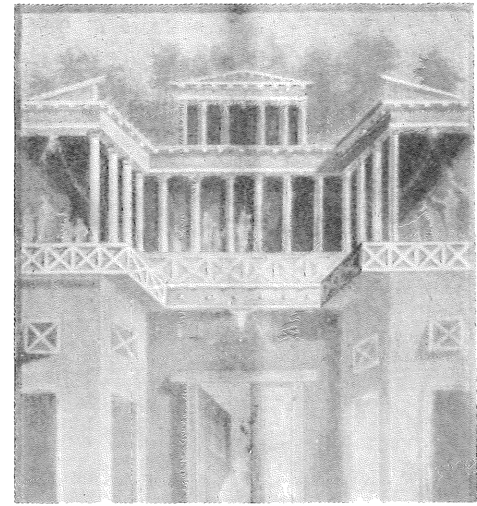
¿No publicada? Mencionada por E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XV (N. S. IV, 1) (1914), pág. 60, núm. 5 (la breve descripción de la estela habla de un caballo). Véase la estela pintada de otro bitinio ([Σωτ]ήριχος Βιθυνός), R. Pagenstecher, *Nekropolis,* 1919, pág. 48, núm. 35, fig. 31 (Hadra). La cara está mal conservada, pero también está representado de frente y en traje civil (?). Como ya he dicho (lám. XIX, descripción), no hay una colección completa de las estelas pintadas del Egipto tolemaico. Un *corpus* de estelas con figuras de soldados sería de gran ayuda para el estudio del ejército tolemaico. Véase descripción de la lám. LVII. Altura, 55 cm.; anchura, 32 cm.

2. Desde el punto de vista artístico, la mejor estela pintada hallada en Alejandría. Es una estela con tímpano encontrada en la necrópolis de Hadra. De la inscripción se conservan sólo las letras ...ΕΛΟΤ... La pintura del nicho representa tres figuras sobre un fondo rosa. Un caballo de color castaño caracoleando y tratando de librarse de un joven tocado con un gorro cónico que le cubre los rojos cabellos, un quitón ceñido, amarillento, y quizá una espada. Detrás de este grupo, un muchacho con cabello rojizo y vestido de la misma manera que el mayor, mirando a su amo, o padre. «El caballo —dice la señorita Swindler— está dibujado con gracia, la cabeza levantada, las orejas hacia atrás y los ojos llenos de fuego.» A. Reinach ha sugerido que el hombre que trata de dominar el caballo es un gálata, y ha sacado conclusiones de gran alcance de esta sugerencia. Yo no veo nada gálata en las figuras humanas ni en el estilo de la pintura; véase nota 342 de este capítulo. (Fotografía facilitada por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

La estela ha sido publicada y descrita repetidas veces: A. C. Merriam, *A. J. A.*, III (1887), págs. 261 y sigs., lám. XVII (en color); artículos de A. Reinach citados en nota 342; R. Pagenstecher, *Nekropolis,* 1919, págs. 64 y 69; M. H. Swindler, *Ancient Painting,* 1929, pág. 345, fig. 551.

1. Mosaico hallado en Palestrina (antigua Preneste), actualmente en el Palacio Barberini de Palestrina





2. Pinturas de Pompeya (casa IX, 7 (13), 3)
Dibujos del Instituto Arqueológico Alemán de Roma

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXVIII

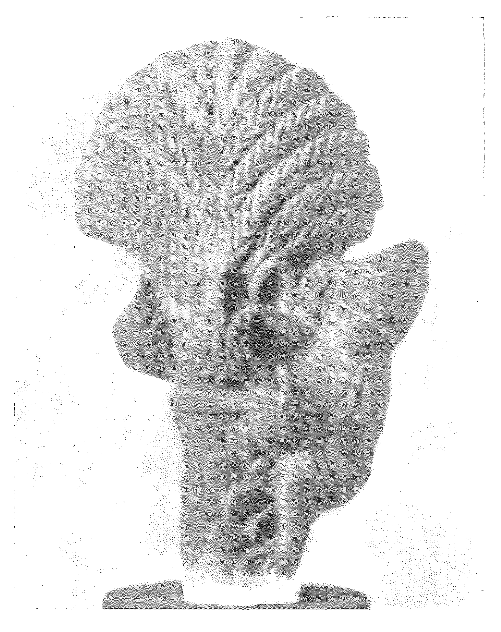
1. Este mosaico reproduce los rasgos más característicos del Egipto tolemaico. La parte superior es una especie de atlas zoológico del Sudán egipcio, con todos los animales reales y fabulosos de aquella región y sus nombres en griego (cf. Filóstrato, *Vit. Apoll.*, VI, 24, y Eliano, *De Nat. Anim.*). La parte inferior muestra el aspecto general de Egipto, especialmente el Delta, en la época de inundación. En el ángulo inferior derecho se ve la casa de un labrador, con un palomar al lado; en el ángulo inferior izquierdo, hipopótamos y cocodrilos. El centro de la parte inferior está ocupado por dos edificios. Uno es un pabellón con una gran cortina, detrás de la cual se ve una villa con torre, con un gran jardín en el cercado. En el pabellón un grupo de soldados se prepara a celebrar un festival. A la cabeza del grupo un oficial coronado de laurel toca el cuerno; es saludado por una mujer con una rama de palma, que le ofrece una guirnalda o diadema; y parece dar una señal a una compañía de soldados que se aproxima en una barca militar de remos. Cerca del pabellón militar, una fiesta de civiles, incluidas mujeres, reunidos bajo una pérgola, están bebiendo a los acordes de la música. Detrás de estos edificios hay dos bandas más de decoración. En la inferior se ve un pequeño altar con una procesión religiosa que se dirige hacia él. Detrás de la pérgola vemos un recinto sagrado y un cercado de mimbre, quizá un μοσχοτρόφιον o cercado para ganado; alrededor del cercado están volando ibis. La banda superior está ocupada por grandes templos. El mayor tiene dos pilonos y estatuas egipcias de colosos cerca de la entrada. Enfrente, un hombre montado en un asno, seguido por su criado con el equipaje. Detrás de la pérgola y el seto hay otros tres templos: el primero es un altar de ibis (ἰβιών, cf. *P. Fouad*, I, 16), el siguiente es un altar egipcio típico con dos torres, y el tercero un templo grecoegipcio. En el agua se ven distintos animales, flores, indígenas en canoas (una cargada de lotos), y dos grandes barcas de recreo y caza con cabinas. Todo el mosaico es el mejor y más realista de los cuadros que nos quedan de Egipto en las épocas tolemaica y romana y nos da una viva idea de su aspecto. La fecha del mosaico es discutida. Estoy de acuerdo con la señorita M. E. Blake, quien dice: «Mi impresión es que... el mosaico del Nilo y el de los peces de Palestrina son helenísticos, y no romanos, y que pudieron haber sido colocados en la época entre Sila y Adriano. El tema... es completamente helenístico en espíritu.» Puedo añadir que los puntos de semejanza entre el mosaico y Eliano, *De Nat. Anim.*, señalados por O. Marucchi (véase descripción de la lám. XLII) y entre ellos y el friso de los animales de la tumba helenística de Marisa (lám. LVIII) hace más que probable que todo se remonte a una fuente helenística, quizá un tratado de zoología ilustrado. (Tomado de A. Engelmann, *Antike Bilder aus römischen Handschriften,* 1909, lám. 29, 4.)

No puedo citar aquí todo lo que se ha escrito sobre el mosaico. Bastará mencionar las obras más modernas que contienen bibliografías al día: O. Marucchi, *Bull. Com.*, 1895, págs. 32 y sigs.; 1904, págs. 258 y sig.; *Diss. Pont. Acc.*, serie 2, X (1912), págs. 177 y sigs.; S. Reinach, *Rép. d. peint.*, pág. 374; M. H. Windler, *Anc. Paint.*, pág. 318, núm. 336; M. Rostovtzeff, *Soc. and econ. hist. of the Rom. emp.*, lám. XLI; Eva Schmidt, *Studien z. Barberinischen Mosaik in Palestrina,* en *Zur Kunstg. d. Auslandes,* núm. 127, 1929; M. E. Blake, *The pavements of the Roman buildings,* etc., en *Mem. Am. Ac. Rome,* VIII (1930), págs. 139 y sigs.

2. Las pinturas aquí reproducidas (que pertenecen a una decoración mural del tercer estilo) representan: la primera, una entrada monumental a una gruta sagrada; la segunda, quizá una entrada a un parque real. Algunas peculiaridades de la arquitectura sugieren que lo representado no son edificios pertenecientes a villas romanas, sino construcciones de la época helenística en Asia Menor y Siria, o en el Egipto tolemaico. He estudiado estas y otras pinturas pompeyanas parecidas en mi artículo *Die hellenistisch-römische Architekturlandschaft,* en *Röm. Mitt.*, XXVI (1911), págs. 47 y sigs., figs. 26-28. (Fotografías facilitadas por el profesor A. von Gerkan.)



1. Museo de El Cairo



2. Museo de Alejandría



3. Museo de Alejandría

La vida en la χώρα de Egipto

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XXXIX

1. Elegante estela votiva de tipo ático con tímpano, hallada en Filadelfia del Fayum. En el frente superior de la estela está grabada en bajorrelieve la figura de Anubis, mirando a la derecha; en la mano izquierda lleva la *crux ansata,* y en la derecha el cetro. Detrás de él, un timiaterio. El cuerpo de Anubis está pintado. Sobre la derecha, inscripción en geroglíficos: «Anubis, amo de las dos tierras», una variante corriente de la fórmula usual «señor de la necrópolis». Abajo una inscripción en griego en elegantes caracteres del siglo III a. de J. C.: ὑπὲρ 'Απολλωνίου | καὶ Ζήνωνος | Πασῶς κυνοβοσκὸς | 'Ανούβι εὐχήν. Teniendo en cuenta que la estela fue hallada en Filadelfia y debe ser atribuida al siglo III a. de J. C., es muy probable que este Apolonio sea el gran *dioecetes,* propietario del *dorea* de Filadelfia y constructor de la «ciudad» de Filadelfia, y Zenón su mayordomo filadelfio. El dedicante es un egipcio, encargado de los chacales sagrados; cf. Estrabón, XVII, 1, 40, pág. 812: ἑξῆς δ' ἐστὶν ὁ Κυνοπολίτης νομὸς καὶ Κυνῶν πόλις, ἐν ᾗ ὁ ῎Ανουβις τιμᾶται καὶ τοῖς κυσὶ τιμὴ καὶ σίτισις τέτακταί τις ἱερά. La estela es un testimonio elocuente de cuánto reverenciaban los señores griegos de Egipto a la religión egipcia. Es probable que el 'Ανουβιεῖον fuese construido en Alejandría con el apoyo de Apolonio y Zenón. Altura, 52 cm.; anchura, 15 cm. (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.)

G. Lefebvre, *Ann. Serv. Ant. Ég.*, XIII (1914), págs. 93 y sigs.; *S. B.*, 5796 (equivocadamente atribuida a Teadelfia); U. Wilcken, *Arch. Pap.*, VI (1920), pág. 222; M. Rostovtzeff, *Out of the Past of Greece and Rome,* 1932, pág. 126.

2. Figurilla de terracota hallada en Alejandría (?). Un labrador (no un esclavo) con sombrero cónico, recogiendo dátiles de una palmera, a la que ha subido por medio de una cuerda; lleva colgado al hombro el cesto de los dátiles. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

E. Breccia, *Terrecotte figurate greche... del Museo di Alessandria,* I, 1930, pág. 72, núm. 465, lám. XXXIII, 8; cf. P. Perdrizet, *Les terres cuites grecques de la Collection Fouquet,* 1921, II, lám. XCIX, 2, y I, págs. 129 y sigs., núm. 354, y lám. XCIX, 4, núm. 355 (con un apéndice sobre las palmeras datileras en Egipto); M. Rostovtzeff, *Soc. and econ. Hist. of the Rom. Emp.,* lám. XLII, 4.

3. Figurilla de terracota que representa un carro tirado por dos bueyes o vacas y conducido por un muchacho campesino con gruesa capa y caperuza. Las ruedas del carro son pesadas y primitivas. El carro va protegido por un toldo. M. Rostovtzeff, loc. cit., lám. XLII, 3. La figurilla pertenece a la época romana, pero los carros y conductores eran iguales en la época tolemaica. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)



1. Mosaico hallado en Antioquía

2. Mosaico hallado en Leptis Magna

Fertilidad y riqueza del Egipto tolemaico

LÁMINA XL

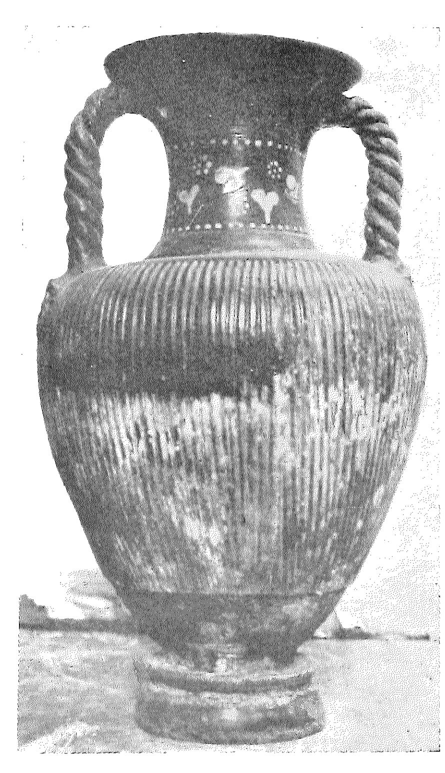
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XL

1. Parte central de un mosaico del suelo de un baño del siglo IV d. de J. C., en Antioquía. Como otros muchos mosaicos de baños de la época romana, éste trata principalmente de ilustrar los poderes benéficos del agua. El panel central, oblongo (falta un tercio aproximadamente), está rodeado de cuatro paneles cuadrados colocados en las esquinas, que muestran bustos de ríos y países que les deben su prosperidad, y por paneles oblongos que muestran personificaciones del mar —tritones y nereidas—, todas con sus nombres. La composición del panel central es muy hábil. El grupo central consta de la figura mayestática de la Tierra (inscripción: Γῆ) reclinada y con la mano izquierda apoyada en una esfinge, y otra figura femenina enfrente de ella con la gorra de elefante en la cabeza y un colmillo de elefante en la mano izquierda, que sin duda representa a Egipto (inscripción: Αἴγυπτ]ος). Asociada con la figura de la Tierra hay dos *putti*. Otros siete *putti*, denominados en la inscripción Καρποί (fruto), relacionan la figura de la Tierra con otra figura femenina sentada en el ángulo derecho del mosaico y llamada en la inscripción Ἄρο[υρα], campos cultivados. Uno de los siete *putti* está arrancando espigas de trigo, mientras cinco llevan una pesada guirnalda de espigas, y el último está abrazando la figura de Arura. La parte que falta del panel quizá pueda restaurarse con ayuda de un mosaico de fecha más temprana (siglo II d. de J. C.) procedente de Leptis Magna, que muestra el progreso triunfal del Nilo; el Nilo cabalga sobre un hipopótamo y va guiado por *putti* (Καρποί) que llevan una guirnalda. La procesión está capitaneada por dos ninfas (fuentes del Nilo) y se encuentra con sacerdotes de pie cerca del nilómetro. Si las figuras del Nilo y de los Καρποί se restauraran para completar el mosaico de Antioquía, ilustrarían muy bien la fertilidad de Egipto (Καρποί), como resultado de la acción común de la Tierra fértil, el cultivo cuidadoso (Arura), y el poder fertilizante del Nilo durante la crecida anual (los dieciséis (Καρποί), equivalen a los dieciséis codos de la crecida del Nilo, como se ve, por ejemplo, en la famosa estatua del Nilo en el Vaticano). He analizado los dos mosaicos con más pormenor en otra ocasión *(Mél. G. Radet)*, y he tratado de demostrar que se remontan a la famosa composición alejandrina de época helenística. (Fotografía facilitada por el profesor C. R. Morey.)

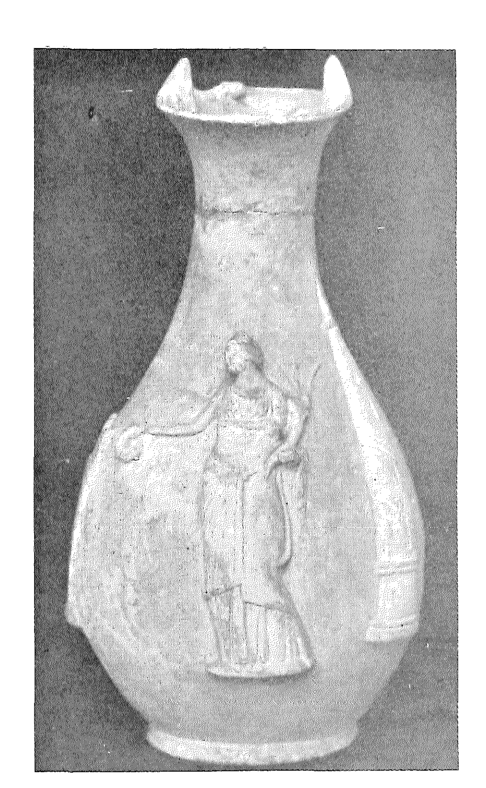
El mosaico de Antioquía ha sido publicado por R. Stillwell, *Antioch-on-the-Orontes*, II, 1938, pág. 180, núm. 33, lám. 23; cf. G. Downey, *John of Gaza and the mosaic of Ge and Karpoi*, ibíd., págs. 205 y sigs. y C. R. Morey, *The Mosaics of Antioch*, 1938, págs. 36 y sigs., lám. XV. Para el mosaico de Leptis Magna: G. Guidi, *Africa Italiana*, V (1933), págs. 1-56.

2. Uno de los cuatro paneles cuadrados que decoraban el *tepidario* de un baño en una villa romana cerca de Leptis Magna. Los cuatro paneles están dispuestos en cruz. Todos glorifican las bendiciones que el agua aporta a la humanidad. El primer par trata del agua fresca: uno de los cuadros (anteriormente descrito) exalta el poder generador de los ríos, tal como se ilustra por el Nilo; el segundo, la fuerza inspiradora del agua de las fuentes (Pegaso, el inspirador de los poetas, en la fuente Hipocrene). El segundo par tiene por tema el mar: un cuadro muestra al mar como generador de los peces; varios pescadores en la playa y en barcas pescan de distintas maneras; el otro, el mar, como vía de comercio marítimo. Éste es el que se reproduce aquí. En su extremo derecho muestra un puerto y detrás de él un palacio. Los *putti* corren hacia el puerto, en toda clase de posturas cómicas, llevando todos frutas y flores. Entre ellos se ve un barco de guerra tripulado por dos *putti* y cargado con frutas y flores. He mostrado en otra parte *(Mél. G. Radet)*, que aunque de factura romana, los cuatro mosaicos respiran el espíritu helenístico alejandrino, el mismo que encontramos en la poesía helenística, especialmente los epigramas. Todos tratan de Alejandría y Egipto: el Nilo, el Museo: esfera de Pegaso, la playa rica en pescado. La pintura aquí representada exalta la talasocracia de los Tolomeos (el barco de guerra) dedicada al servicio del comercio tolemaico. Salvaguardando ambos la riqueza, alegría y abundancia de Alejandría, Egipto y el mismo rey (¿el palacio en el puerto?). (Fotografía facilitada por la Superintendencia de las Excavaciones de Libia.)

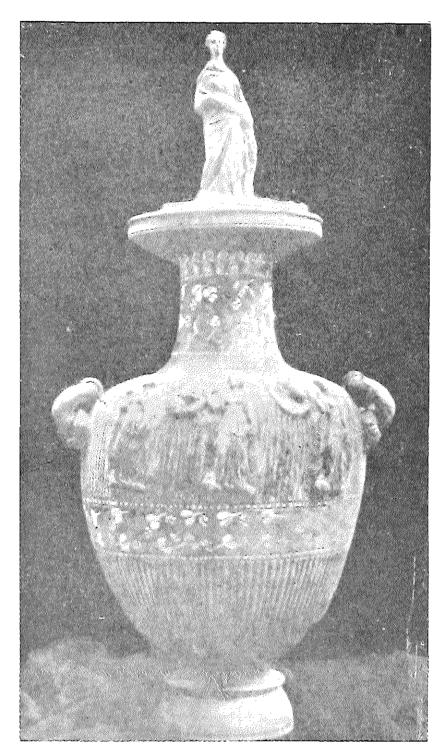
Véase G. Guidi, loc. cit. Cf. en este libro, págs. 393 y sigs. y nota 206.



1. Museo de Alejandría



2. Gabinete de Medallas, París



3. Museo de Alejandría

Cerámica helenística primitiva fabricada en Egipto

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLI

1. Ánfora funeraria con barniz negro y adornos blancos (hiedras estilizadas) hallada en la necrópolis de Hadra. Tipo muy común de la cerámica alejandrina hecha a imitación de los vasos áticos negros. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXV (N. S. VII, 2) (1930), pág. 119, núm. 22028, lám. XVI, 1. Sobre la cerámica alejandrina en general, véase nota 163 de este capítulo. Sobre los vasos alejandrinos negros: R. Pagenstecher, *Gr.-Aeg. Samml. E. von Sieglin*, II, 3, págs. 54 y sigs.; C. W. Lunsingh Scheurleer, *Griekscke Ceramiek*, 1936, págs. 155 y sigs.; hallazgos recientes: *Le Musée Gréco-Romain*, 1925-31 (1931), págs. 34 y sigs., 89 y sig., cf. 88 (Necrópolis occidental).

2. Uno de los enocoes reales de porcelana con barniz verde azul (cf. lám. XXXVI) y huellas de oro y pintura, hallado en Bengasi. La decoración en relieve muestra a la reina Berenice II con diadema real y en la mano izquierda una cornucopia llena de fruta y espigas de trigo, con una guirnalda. Enfrente del altar, la inscripción: Θεῶν Εὐεργετῶν. Detrás de Berenice, un betilo cónico sobre una base cilíndrica parecida a las representadas en los paisajes del segundo estilo (por ejemplo, el de la casa de Livia en el Palatino) y en los llamados «bajorrelieves de paisaje» de la época helenística y comienzos de la imperial. A la izquierda de la cabeza de la reina, la inscripción: Βερενίκης βασιλίσσης | Ἀγαθῆς Τύχης. O. Rayet y M. Collignon, *Hist. de la Cér. Gr.*, 1888, págs. 371 y sigs., fig. 139. Otros varios enocoes intactos del mismo tipo, además de muchos fragmentos, han sido hallados en Egipto, Cirenaica, Chipre y sur de Italia. Todos muestran la misma decoración plástica (con dos excepciones: uno en el Corpus Christi College, de Cambridge, que no lleva relieves y tiene la inscripción de Filopátor, y otro en el Museo Otomano, de Estambul, que representa una escena de sacrificios) y llevan inscripciones del mismo carácter mencionando a Arsínoe II, Berenice II y Filopátor. Parece muy probable que enocoes de este tipo se vendieran en Egipto y en los dominios tolemaicos en templos y santuarios dedicados al culto real, y que sirvieran para realizar libaciones a los gobernantes deificados. Después de usados se guardaban en casa como una especie de recuerdo. Hay una representación de un enocoe de esta forma que se usó para los fines anteriormente mencionados, en el bajorrelieve de bronce de Delos reproducido más adelante, en la lám. XC, 1. Teniendo en cuenta que todos los enocoes conocidos pertenecen al siglo III a. de J. C. y que en las inscripciones no se mencionan otros reyes y reinas que los ya dichos, la moda debió de haber sido muy efímera.

Véase bibliografía en la nota 163; cf. R. Pagenstecher, *Gr.-Aeg. Samml. E. von Sieglin*, II, 3, págs. 207 y sigs. y láms. XXXI-XXXII; R. Vallois, *C. R. Ac. Inscr.*, 1929, págs. 32 y sigs.; C. W. Lunsingh Scheurleer, *Griekscke Ceramik*, 1936, pág. 171, lám. LIII, fig. 163.

3. Ánfora funeraria de barniz negro con decoración pintada (blanca) y plástica aplicada y una tapadera coronada por una estatuilla de una mujer de pie. La decoración aplicada consta de dos grupos de mujeres jóvenes que sostienen medallones con la cabeza de Atenea. Hallada en la necrópolis de Ibrahimieh. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

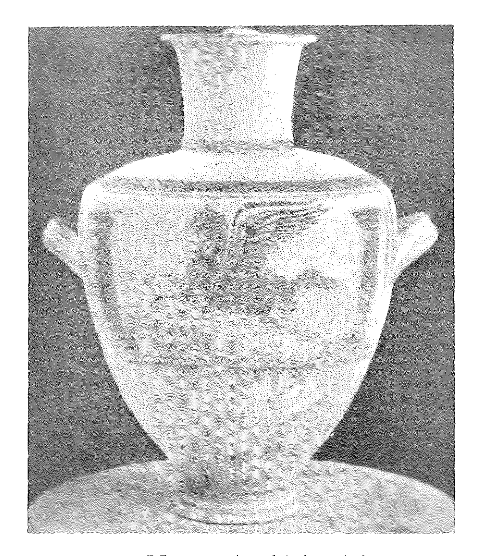
E. Breccia, *Bull. Soc. Arch., Alex.*, IX (1907), pág. 58, fig. 17, y *Alexandrea ad Aegyptum*, 1922, pág. 251, fig. 165; R. Pagenstecher, loc. cit., pág. 53, fig. 59, cf. lám. XIX. Este tipo de vasos (llamados vasos *plaquette*) se encuentra exclusivamente en Egipto y Creta. Sin embargo, vasos parecidos son frecuentes en Atenas, Pérgamo y especialmente en el sur de Italia. Véase nota 163 y cap. VIII; cf. C. W. Lunsingh Scheurleer, loc. cit., págs. 155 y sigs., fig. 145 (un bello ejemplar en el Antiquario de Berlín, cf. K. A. Neugebauer, *Führer d. d. Antiquarium*, II: Vasen, 1932, pág. 170, núm. 2885, lám. 91, hallado en Creta).



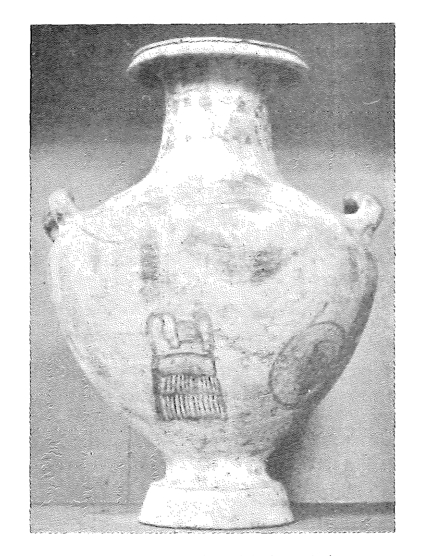
1. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



2. Museo de Alejandría



3. Museo de Alejandría



4. Museo de Alejandría

Cerámica helenística primitiva fabricada en Egipto

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLII

1. Botella casi intacta de fayenza azul vidriada (falta la parte superior del cuello), adornada con seis zonas decoradas o frisos con figuras y adornos en verde azulado. En el cuello se ven, en metopas formadas por manojos de troncos de papiro, figuras humanas con abdomen colgante y pechos pesados, probablemente el dios Nilo. La zona siguiente de figuras lleva pájaros (no acuáticos) y peces, y entre ellos flores y frutos. La zona más importante es la inferior, en la que se representan animales reales y fantásticos: un grifo frente a una liebre, y a la izquierda una cabra con cuernos bajos, una leona (?), una hiena (?), quizá un antílope, y finalmente un león que completa el círculo. Los dos frisos descritos son comparables con la flora y fauna del mosaico de Palestrina (lám. XXXVIII) y con el friso animal de las pinturas en la tumba de Marisa (lám. LVIII). Altura, 155 mm. Tengo que agradecer al profesor L. Bull una pormenorizada descripción de la botella, que he utilizado anteriormente con amplitud. (Fotografía facilitada por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

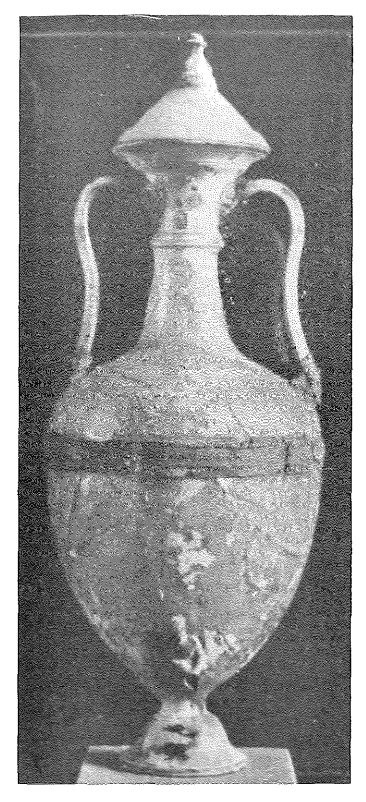
2. Botella de fayenza azul vidriada, de casi la misma forma que la número 1, intacta, con decoración mixta pintada y plástica. A la primera pertenecen las tres cabezas aplicadas de Bes y una figura completa del mismo dios, de pie, entre los hombros y la boca; a la última, la decoración de las zonas del cuerpo de la botella: una mezcla de elementos griegos y egipcios; nótense los curiosos grifos en metopas enfrentados. E. Breccia, *Alexandrea ad Aegyptum,* 1922, pág. 271, fig. 181, reproducida de un dibujo en colores.

3. Ánfora funeraria del tipo llamado de Hadra, con decoración en negro: Pegaso corriendo entre dos columnas. La figura de Pegaso es el símbolo de la apoteosis. En el Museo Metropolitano de Arte, de Nueva York, hay vasos parecidos, con la misma decoración. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

R. Pagenstecher, *A. J. A.*, XIII (1909), pág. 402; íd., *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XIV (N. S. III, 3) (1912), láms. XV-XVI; F. Cumont, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, (N. S. V, 3) (1924), págs. 193 y sigs., lám. XXIV; cf. Ch. Picard, ibíd., XXXII (N. S. X, 1), págs. 3 y sigs.

4. Ánfora funeraria del mismo tipo de Hadra, pero con diferente decoración policroma sobre fondo blanco. En la parte superior hay guirnaldas pintadas, y en la inferior una coraza y un escudo redondo macedónico. R. Pagenstecher, *Gr.-Aeg. Samml., E. von Sieglin,* II, 3 (1913), págs. 49 y sig., fig. 56; cf. 55 *a-b.* (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

Las dos clases de vasos alejandrinos más típicas del Egipto tolemaico ilustradas en esta lámina (cf. lám. XLI) no pueden estudiarse aquí. Véanse págs. 363 y sigs. y nota 163. Véanse también cap. VIII, y C. W. Lunsingh Scheurléer, *Grieksche Ceramiek,* 1936, págs. 168 y sigs., figs. 161-162 (fayenza), y pág. 146 y sigs. (Hadra). Es interesante ver cómo la antigua fayenza de Egipto fue adaptada a las exigencias de los nuevos clientes de los ceramistas egipcios. La mayoría de los vasos de fayenza de los tipos ilustrados pertenecen al siglo III a. de J. C. Por lo que se refiere a los vasos de Hadra, pueden dividirse en dos clases: la más antigua, con dibujos, en su mayor parte de carácter ornamental y simbólico, en negro sobre fondo amarillo (fines del siglo IV y principios del III a. de J. C.), y la posterior, con decoración policroma de carácter más diversificado, sobre fondo blanco. Las urnas de Hadra se emplearon para contener las cenizas de los residentes griegos en Alejandría, principalmente soldados del ejército tolemaico, y de θεωροί (enviados sagrados) que venían a Alejandría del extranjero, como sabemos por las inscripciones de las urnas, que llevan los nombres de los muertos y las fechas de su entierro. Se han hallado cientos de urnas de Hadra en las necrópolis tolemaicas de Alejandría y algunas en los dominios tolemaicos y en los lugares donde la influencia tolemaica fue fuerte, y ahora se conservan en distintos museos de Egipto, Europa y América. Proporcionan una importante información sobre la religión y la vida de la población griega de principios del Egipto tolemaico. No existe un *corpus* completo de ellos.



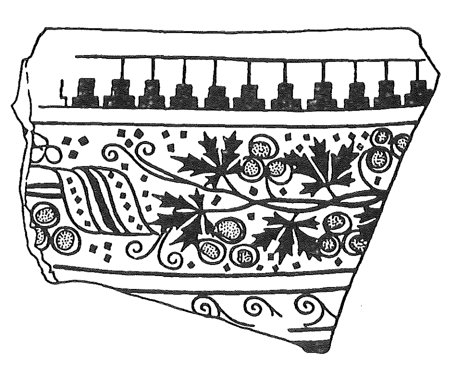
1. Museos del Estado, Berlín



2. Museo Británico, Londres



3. Museo Británico, Londres



4. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Vidrio helenístico fabricado en el imperio tolemaico

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLIII

1. La bella ánfora de vidrio procedente de Olbia es un ejemplar único del vidrio antiguo helenístico (hacia 200 a. de J. C.). Se describe en la nota 164. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

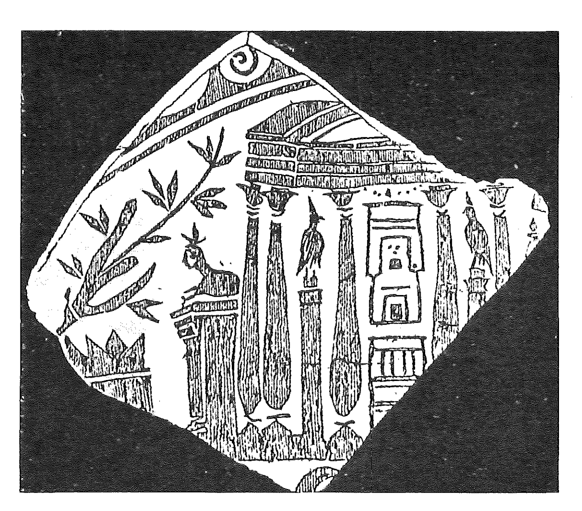
2 y 3. El vaso de vidrio dorado del Museo Británico (uno de los dos hallados en Canosa, Apulia) es uno de los mejores ejemplares del primitivo vidrio dorado alejandrino. Se cita en la nota 165. Altura, 140 mm.; diámetro, 195 mm. En forma y decoración es parecido a los cuencos contemporáneos «megareos» y de fayenza. No hay la menor duda de que el cuenco debe atribuirse al siglo III a. de J. C., y no a la época romana. (Fotografía y dibujo facilitados por el Museo Británico.)

Publicado por O. L. Dalton, *Arch. Journ.*, LVIII (1901), pág. 247, núm. 23, lám. V; cf. W. Deonna, *Rev. É. A.*, XXVII (1925), págs. 15 y sigs., y P. Wuilleumier, *Le trésor de Tarent,* 1930, pág. 30, lám. X, 5.

4. Fragmento (7 × 8 cm.) de un cuenco (diámetro del vaso entero, 133 mm.). El vaso estaba decorado con una guirnalda de pámpanos de oro y bayas de púrpura entre las dos capas de vidrio. *Bull. Metr. Mus. of Art,* XX (1925), pág. 183. Sobre este fragmento de fines (?) de la época helenística, que atestigua la transición gradual del vidrio dorado al vidrio pintado, véase cap. VI, nota 198. (Dibujo facilitado por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

LÁMINA XLIV

1. Museo de Reggio Calabria



2. Museo Arqueológico de Moscú, anteriormente en la colección Golenischev

Vidrio helenístico fabricado en el imperio tolemaico

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLIV

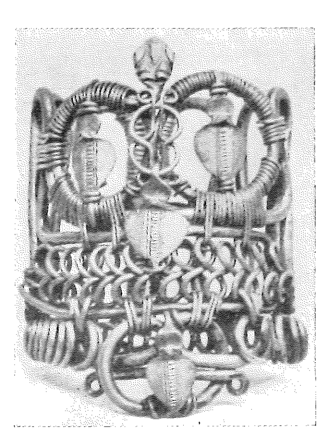
1. Plato de vidrio dorado hallado en Trasílico, Calabria. En un borde de tres filas de adornos se representan dos escenas de caza. Un jinete macedónico, vestido con quitón y zapatos altos, y coronado, cabalgando en un caballo fogoso, apunta con su larga lanza a un leopardo, que retrocede, pero vuelve la cabeza hacia el jinete y se dispone a atacarle. A la derecha, un árbol; en el aire, un pájaro, probablemente un águila (¿símbolo de victoria?). Abajo, un joven coronado, sentado cerca de un árbol, en un tronco (?), dispara un arco a dos antílopes o gacelas perseguidas por un perro (o quizá a una liebre, que huye como los antílopes). El estilo y composición de las dos escenas son enormemente parecidos a las de las pinturas de la tumba tolemaica de Marisa (véase lám. LVIII). Es casi seguro que ambas fueron hechas por artistas de Alejandría o educados en esta ciudad. Para la bibliografía, véase nota 165. Hacia 200 a. de J. C. (?). (Fotografía facilitada por Alinari.)

2. El fragmento cerámico del Museo de Moscú pertenece sin duda a un plato de forma parecida al anteriormente descrito. Los adornos son los mismos; véase la lámina anterior, núms. 2 y 3, y B. Farmakovsky, *Bol. Com. Imp. Arqueol.*, XIII (1906), pág. 181, fig. 133 (fragmento de un vaso o plato de Olbia en Rusia meridional). En el fondo del vaso se representa un templo abovedado grecoegipcio o edícula, con la bóveda sostenida por columnas de papiro. En el muro trasero, el nicho corriente; delante del nicho, un altar o timiaterio. Cerca del templo, una columna con la figura de un halcón. Una basa soporta la estatua de una esfinge, un altar con cuernos, y un árbol. Véase el pequeño templo del mosaico de Palestrina, en la lám. XXXVIII. No dudo de que el fragmento debe atribuirse a la época tolemaica. Publiqué este ejemplar de vidrio dorado en mi artículo *Die hellenistisch-römische Architekturlandschaft,* en *Röm. Mitt.*, XXVI (1911), pág. 63, fig. 38; cf. W. Weber, *Ein Hermes-Tempel des Kaisers Marcus,* en *Sitzb. Heidelb. Akad., phil.-hist. Kl.*, 1910, 7, pág. 27, fig. 6. Véase nota 165 de este capítulo. (Dibujo hecho de una fotografía facilitada por el Museo de Moscú.)

1. Museo Pelizaeus, Hildesheim



2. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



3. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

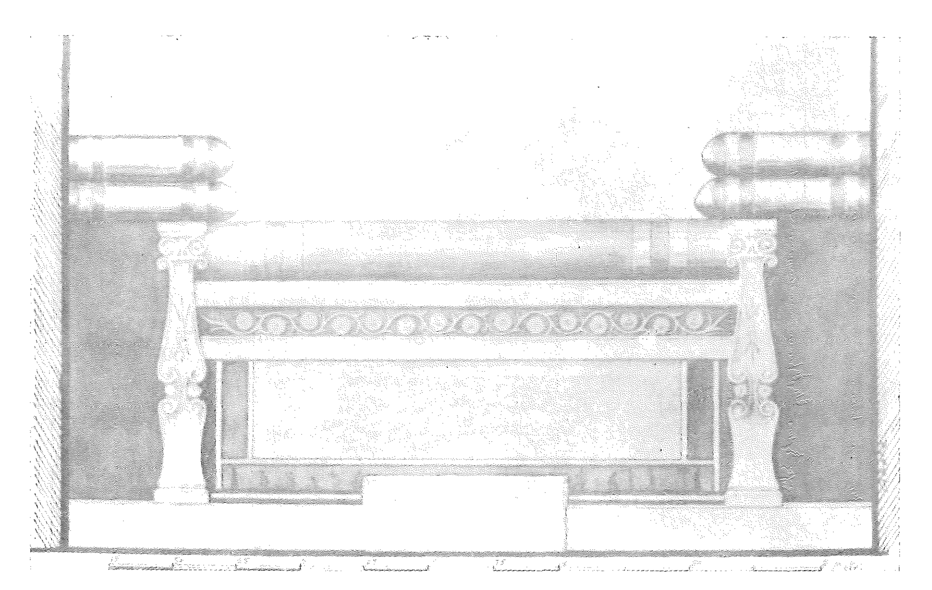
Artistas toréuticos y joyeros en el Egipto tolemaico

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLV

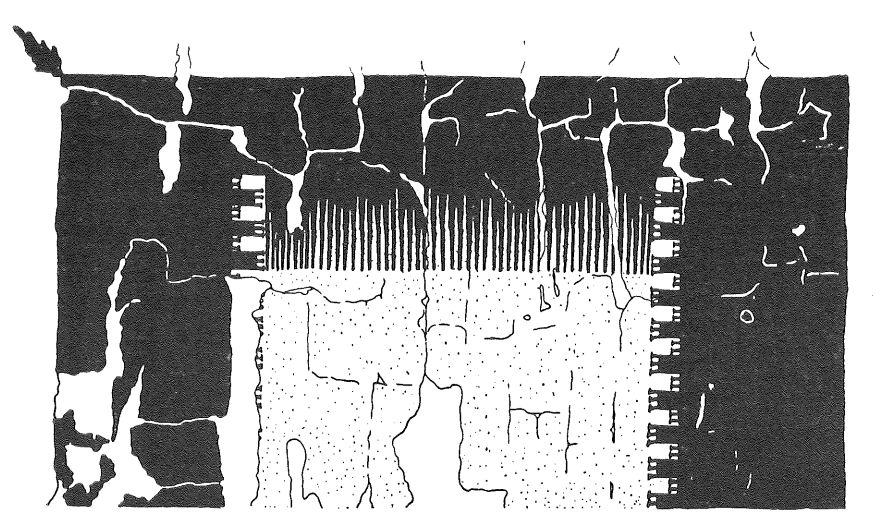
1. Uno de los vaciados de yeso hallados en Mit-Rahineh (Menfis), tomado de un emblema de una pátera o plato, probablemente de plata. En el centro, busto de Atenea de frente, tocada con casco corintio con tres crestas; el busto va rodeado por dos círculos, el primero con palmetas y capullos de loto, el otro, con una fila de ánades moviendo las alas. De este molde, el señor Blume, orfebre de Hildesheim, hizo una reproducción en plata y restauró toda la pátera con ayuda de otro molde antiguo de yeso de Mit-Rahineh, sacado de las asas de una pátera similar (Museo Pelizaeus, Inv. 1139). Diámetro, 15 cm. O. Rubensohn, *Hellenistisches Sibergerät in antiken Gipsabgüssen,* 1911, págs. 13 y sigs., núms. 1 y 1 *a;* G. Roeder y A. Ippel, *Die Denkmäler des Pelizaeus-Museums zu Hildesheim,* 1921, pág. 140, núm. 1109, figs. 51 —el vaciado de yeso antiguo— y 52 —restauración moderna—; véanse nota 169 de este capítulo y descripción de la lám. XLVII. Consideraciones estilísticas y varios vaciados que llevan retratos de distintos miembros de la casa reinante (Inv. núms. 1119, 1120, 1121, 1147), empezando por Soter (*Die Denkmäler,* etc., pág. 143, figs. 56 —molde antiguo— y 57 —reproducción moderna en metal—; véase la descripción de la lám. II), atestiguan que la mayoría de los vaciados deben atribuirse a comienzos de la época helenística. Nótese la mezcla de motivos griegos e indígenas (los ánades con las alas extendidas) en la ornamentación del plato. (Fotografía facilitada por el Museo Pelizaeus, Hildesheim.)

2 y 3. Brazaletes de plata que se dice proceden de Balamún (Diópspolis inferior), en el Delta. Uno tiene la forma de serpiente enroscada, y el otro (uno de un par) está formado por alambre retorcido en forma serpenteante, terminando en cabeza de serpiente y ureo y adornado con muchos anillos. No publicado. No fechado, pero probablemente de fines del helenismo. Los brazaletes en forma de serpiente son corrientes en el arte griego. La forma y ornamentación peculiares del segundo brazalete tiene paralelos tanto en Mesopotamia como en Egipto (y también en el arte céltico primitivo). Para Egipto, véase B. Segall, *Museum Benaki, Katalog der Godschmied-Arbeiten,* 1938, núm. 180, lám. 39, págs. 118 y sigs. Para la toréutica tolemaica en general, véase la interesante botella de plata tolemaica recientemente adquirida por el Museo Metropolitano de Nueva York: A. Lensing, *Bull. Metr. Mus.,* XXXIX, 1938, págs. 199 y sigs. (Fotografías facilitadas por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

Podemos añadir unas cuantas observaciones generales a los hallazgos de Mit-Rahineh. Los numerosos vaciados de yeso y modelos en piedra de cascos (véase lám. XLVII), actualmente casi todos en el Museo Pelizaeus, pero algunos distribuidos entre otros museos (por ejemplo, el Museo Allard Pierson, de Amsterdam, y el Museo de Alejandría), se encontraron «en una fila continua de casas del tipo de casas-almacén en las ruinas de Menfis», con toda probabilidad casas del barrio de los herreros de la ciudad (sabemos que en época romana —y probablemente antes— los profesionales de los distintos oficios vivían juntos en calles y barriadas especiales de las ciudades egipcias: véanse las obras citadas en el cap. VIII, nota 25). El gran número de estas casas y de modelos hallados en ellas muestra la importancia de la industria del metal en la vida menfita y probablemente del resto de Egipto en la época tolemaica, y da alguna idea de la magnitud de la producción de Alejandría. En Menfis se hacían toda clase de objetos de metal: vajilla, joyas, espejos, armas, arneses de caballos, etc. Los vaciados de yeso (algunos colgados en las paredes de las tiendas) probablemente se obtenían de originales metálicos, viejos y nuevos, y servían de modelo para los artesanos y ejemplares para los clientes.



1. Alejandría. Reconstrucción de un lecho funerario de la tumba núm. 3 de la necrópolis de Mustafá Bajá



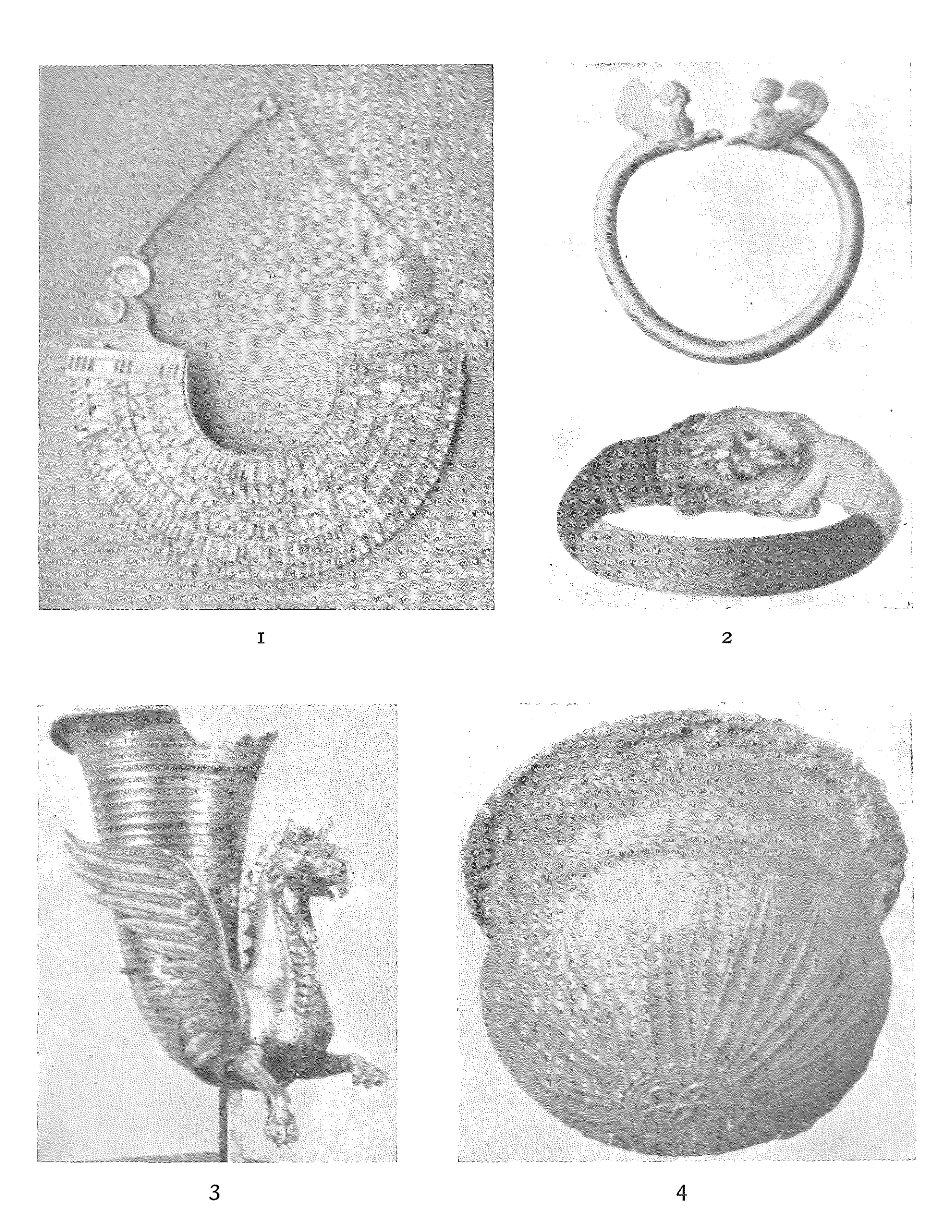
2. Península de Tamán, Rusia meridional. Tapiz pintado en el techo de la cámara funeraria del túmulo de Vassyurinskaya Gora

Industria textil en el Egipto tolemaico

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLVI

1. Podemos darnos una excelente idea de los adelantos de la industria de la época tolemaica en Egipto, por las camas funerarias pintadas que se encuentran generalmente en muchos hipogeos de distintas necrópolis de esta época en Alejandría. Han sido estudiadas recientemente a la luz del material paralelo de otras partes del mundo helenístico por A. Adriani, *Annuaire du Musée Gréco-Romain* (1933-34 y 1934-35), *La nécropole de Moustafa Pacha,* 1936, págs. 101 y sigs. Doy aquí una breve descripción de dos de ellas, procedentes ambas de dos tumbas recientemente descubiertas de Mustafá Bajá, una más elaborada, la otra más simple, pero elegante. Para todos los detalles se remite al lector a la descripción y estudio de A. Adriani. No me ocuparé de la forma y ornamentación de los lechos de madera reproducidos en las tumbas, maravillas de la carpintería, incrustadas de metales, marfil y maderas preciosas (para lo cual véanse las referencias en Adriani, loc. cit., pág. 101, nota 1); me limitaré a las almohadas, colchones y colgaduras. En la tumba núm. 2 (Adriani, loc. cit., lám. D, en color) hay tres almohadas a cada extremo de la cama, un espeso colchón duro y una rica colgadura. Las telas empleadas para las almohadas y el colchón son de color púrpura con franjas anchas amarillas y estrechas azules. En algunas secciones del colchón van bordadas figuras de mujeres, seguramente en oro. Parecida es la cama núm. 3 (aquí reproducida; Adriani, loc. cit., lám. XXXIII), con sus dos almohadas a cada extremo, un bello colchón y una colgadura sin borlas, pero con una serie de figuras humanas bordadas en su borde inferior, que representan probablemente un tema mitológico. Véanse págs. 368 y sigs. y notas 177 y 179; y sobre los mosaicos que reproducen tapices, ibíd., y nota 178.

2. Sección de un tapiz pintado sobre una bóveda de medio cañón de una cámara funeraria del Kurgan Vassyurinskaya Gora, en la península de Tamán (Rusia meridional). El centro del tapiz es azul; el borde, con sus borlas en la parte exterior y ribetes en el interior, es de color rojo oscuro. La tumba ha de atribuirse a finales del siglo IV a. de J. C. Nótense las similitudes pronunciadas de este tapiz pintado y su ornamentación puramente textil con los mosaicos alejandrinos, delios y pergamenos de la época helenística (láms. XXXV, LXXIV y LXXIX) y con las colgaduras de las camas antes descritas. Reproducido en color y ampliamente estudiado por mí en *Ancient decorative Painting in the South of Russia,* 1914, págs. 30 y sigs. y lám. XV; véanse mis breves observaciones en *J. H. S.,* XXXIX (1919), pág. 148.



I 2

3 4

Artistas toréuticos y joyeros en el Egipto tolemaico. Hallazgo de Tuj el Qarmus, en el Bajo Egipto

Museo de El Cairo

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLVII

1. Pequeño collar o pectoral de oro incrustado de piedras preciosas, de tipo y factura egipcios. Hecho probablemente para una estatuilla de un dios o una diosa. (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.)

2. Dos brazaletes de oro, uno con terminaciones en forma de prótomos de esfinges con alas de tipo oriental, pero con peinado a la moda faraónica, y el otro con broche en forma de un nudo con un Eros suspenso en el del nudo, y zarcillos ondulados encima. (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.)

3. Cuerno de plata para beber, de factura grecoirania, con el prótomo de un águila-grifo alada. Reproducido aquí, después de una limpieza completa realizada por P. André, de París, de una fotografía facilitada por el profesor A. Adriani.

4. Cuenco de plata de forma parecida a los cuencos «megareos», pero de estilo y factura puramente egipcios. (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.)

El hallazgo de Tuj el Qarmus (probablemente tesoro de un templo que pudo haber sido lugar de culto de un destacamento del ejército tolemaico acampado en el borde oriental desierto) nunca ha sido limpiado por completo ni publicado y estudiado en su integridad. Algunas piezas han sido publicadas e ilustradas por C. C. Edgar, *Le Musée Égyptien,* II (1907), págs. 57 y sigs. El hallazgo —fechado con toda exactitud por una serie de monedas de la época de Soter hallada con otros objetos, pero nunca publicado (véanse pág. 366 y nota 168)— es una ilustración excelente del aspecto social y cultural de principios del Egipto helenístico. Predominan los productos de la toréutica y joyería egipcias, acompañados de joyas maravillosas de puro estilo griego. El mejor es el brazalete en nudo, tan de moda en la época helenística, y del que se han descubierto muchos ejemplares en el sur de Rusia, Tesalia y otras partes (véase B. Segall, *Museum Benaki, Katalog der Goldschmied-Arbeiten,* 1938, págs. 31 y sigs., láms. 8 y sigs.). Finalmente destacan entre los objetos los productos del arte grecoiranio, como el cuerno para beber (núm. 3), el torques con cabezas de grifos persas (Edgar, lám. XXIII) y el brazalete de la esfinge (núm. 2), este último quizá imitación grecoegipcia de un original grecoiranio. La presencia de este elemento en el hallazgo de Tuj el Qarmus ha sido subrayada por H. Luschey, *J. D. A. I.,* LIII (1938), Anz., pág. 758. No puedo estar de acuerdo con A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXXIII (N. S. x, 2) (1939), págs. 350 y sigs., que se inclina a ver en el ritón de Tuj el Qarmus una obra grecoegipcia y no grecoirania. Se conocen ritones con prótomos de animales desde la época prehistórica en Egipto y Mesopotamia (véase mi *Animal Style in South Russia and China,* 1929, lám. I, 1, y págs. 7 y sigs. y nota 12, no mencionado por A. Adriani). En tiempos posteriores son típicos del mundo iranio y grecoiranio. Puedo recordar al lector el espléndido ritón del túmulo Semibratnij (mi *Iranians and Greeks,* lám. XII) de los siglos v y iv a. de J. C., y el ritón similar del tesoro del Oxo del siglo v a. de J. C. (O. M. Dalton, *The Treasure of the Oxus,* 1926, lám. XII, núm. 178). Una ojeada a estos bellos productos del arte iranio y al ritón de Tuj el Qarmus muestra la semejanza de los tres objetos en forma, estilo y concepción, aunque el ritón de Egipto es más helenizado. Lo mismo puede decirse del torques (cf. Dalton, loc. cit., lám. I). Cf. A. U. Pope, *A Survey of Persian Art,* I, 1938, láms. 113 y 114.



1. Museo Allard Pierson, Amsterdam



2. Museo Allard Pierson, Amsterdam





3. Museo Pelizaeus, Hildesheim 4. Museo Pelizaeus, Hildesheim

Metalurgia en el Egipto tolemaico

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLVIII

1 y 2. Dos modelos de caliza de cascos macedónicos hallados en las ruinas de Menfis antigua (véase lám. XLV). En el mismo lugar aparecieron muchos modelos semejantes, y fueron comprados por varios museos públicos y colecciones privadas hay (excelentes ejemplares en El Cairo, en el Museo Pelizaeus, en Bonn, en los Museos del Estado de Berlín y en el Museo Allard Pierson, de Amsterdam). La mayoría de los cascos van ricamente decorados, todos con la misma técnica y estilo: ornamentación incisa, casi siempre floral. La decoración se limita a la zona inferior del casco y a las piezas del cuello y las carrilleras. La figura 2 muestra una sección de la decoración del casco (fig. 1, a la izquierda; fotografía de un vaciado moderno). Además de los cascos, se halló en el mismo lugar un modelo de piedra de un escudo redondo macedónico típico (ahora en el Museo Allard Pierson). Alrededor del umbo lleva la inscripción ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ (¿nombre del soldado o del epónimo de un destacamento del ejército tolemaico?). El fin de estos modelos, además de servir de muestras para los clientes, pudo haber sido, como sugiere B. Schröder, el de permitir sacar formas de cera de las partes adornadas para fundir los cascos. Se ha supuesto que los modelos servían para la manufactura, no de cascos auténticos, sino de sustitutivos baratos para uso funerario (véase mi lám. LXXVIII). Todos los modelos pueden atribuirse al siglo III a. de J. C. Son muy importantes por la luz que proyectan sobre el equipo de los soldados tolemaicos (véanse lám. XXXVII y F. N. Pryce, *Brit. Mus. Quart.*, XII (1938), pág. 6). (Fotografías facilitadas por el Museo Allard Pierson, Amsterdam.)

Véase O. Rubensohn, *Hell. Silbergerät,* etc., 1911; B. Schröder, *J. D. A. I.*, XXXV (1920) Anz., págs. 3 y sigs. (valioso estudio de los cascos helenísticos); G. Roeder y A. Ippel, *Die Denkm. d. Pelizaeus-Museums zu Hildesheim,* 1921, pág. 163, núm. 1101, 1851-54; Van Essen, *Bull. van de Vereeniging tot bevordering der kennis van de antike beschaving,* I (1926), págs. 18 y sigs.; Fr. W. Freiherr von Bissing, *Eurasia Septentr. Ant.*, IX (1934), págs. 221 y sigs. (el escudo); *Allard Pierson Museum. Algemeene Gids.*, 1937, págs. 65 y sigs.

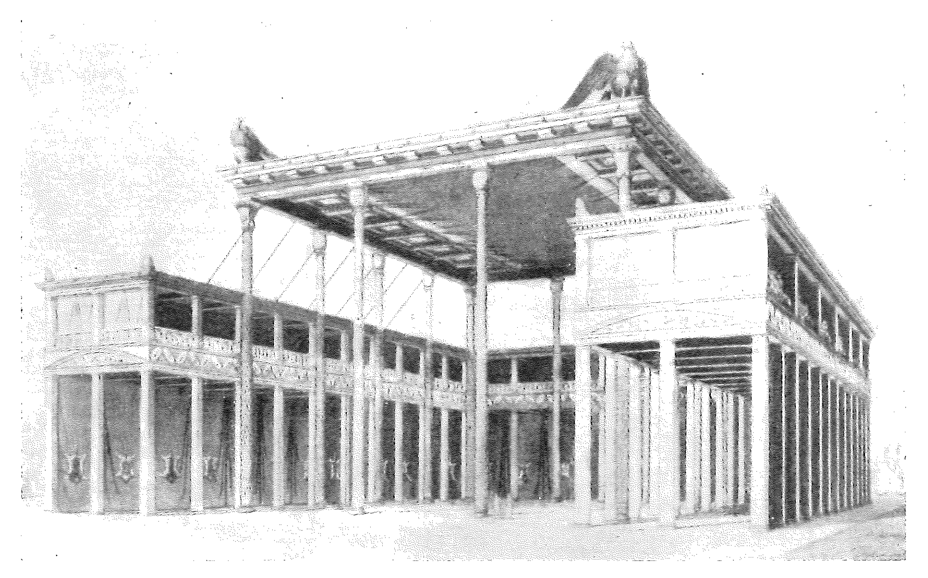
3. Vaciado en yeso de un frontil de caballo *(prometopidion)*, hallado en dos fragmentos en Mit-Rahineh; representa a Neoptólemo refugiándose en el altar de Delfos. Excelentes estilo y composición, puramente griegos, que se remonta a las grandes creaciones del siglo IV a. de Jesucristo. Principios del siglo III a. de J. C. Altura, 158 mm. (Fotografía facilitada por el Museo Pelizaeus, Hildesheim.)

G. Roeder y A. Ippel, *Denkm. d. Pelizaeus-Museums,* pág. 145, fig. 59; A. Ippel, *Guss und Treibarbeit in Silber,* 97 *Winckelmannsprogr.*, 1937, págs. 3 y sigs., lám. I y figs. 1-4.

4. Fragmento de un vaciado de yeso de un plato hallado en Mit-Rahineh. Decoración similar a la de los cuencos «megareos», y aún más a la de los vasos de porcelana. En la parte superior, una roseta de palmas y capullos de loto. Después siguen dos frisos; uno representa una procesión de Eros dionisiacos con tirsos y ánforas de vino (nótese el peinado en forma de melón); el otro, una carrera de caballos de Eros montados en bigas. Altura, 105 mm.; anchura, 85 mm. O. Rubensohn, loc. cit., págs. 67 y sigs., núm. 51, lám. X. (Fotografía facilitada por el Museo Pelizaeus, Hildesheim.)



1. Pintura en la tumba núm. 1 de la necrópolis de Mustafá Bajá, Alejandría



2. Tienda del banquete de Filadelfo, según Studniczka

La vida en Alejandría

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XLIX

1. Pintura mural en el peristilo de la lujosa tumba núm. 1, recientemente descubierta en Mustafá Bajá, cerca de Alejandría (A. Adriani, *Annuaire du Musée Gréco-romain,* 1933-34 y 1934-35, *La nécropole de Moustafa Pacha,* 1936). La pintura está colocada sobre la puerta central del lado sur del peristilo, puerta de entrada a las cámaras funerarias más importantes (Adriani, loc. cit., lám. XXVIII). La pintura (Adriani, loc. cit., lám. XXVII, fig. 2) representa tres jinetes en escorzo de tres cuartos, sobre caballos encabritados vueltos hacia la derecha. Todos llevan traje militar; quitones con mangas, corazas, zapatos altos, y quizá espadas (véase lám. XIX). La figura de la derecha tiene además una clámide. La misma figura lleva un casco macedónico con cimera, mientras las otras dos tienen causía o petaso. Los tres sostienen páteras en la mano derecha y realizan una libación, el del centro sobre un altar cilíndrico representado detrás de él, a la izquierda. Entre los tres jinetes hay dos damas con objetos litúrgicos en la mano derecha (¿mimbres?). No es fácil la interpretación de la pintura. Me inclino a ver en las cinco personas miembros heroizados de una familia noble macedónica de Alejandría, sepultada en los *loculi* de la tumba: la figura central puede representar al padre, y las laterales a los hijos (uno oficial del ejército real, en servicio activo) con sus respectivas esposas. Tenemos un buen paralelo de esta pintura en la conocida estela funeraria fragmentaria de Alejandría en la colección Bissing (R. Pagenstecher, *Nekropolis,* 1919, págs. 5 y sigs., fig. 2, nota 17): ante un altar funerario, o un monumento en forma de altar, se ve un jinete en traje militar macedónico: quitón, coraza, clámide y zapatos altos. Alrededor de la cabeza, una diadema. Principios del siglo III a. de J. C. Sobre los altares como monumentos funerarios en Alejandría: Pagenstecher, ibíd. Pero son igualmente posibles otras interpretaciones que se han sugerido de la pintura de Mustafá (por ejemplo, Ch. Picard, *Rev. Arch.,* serie 6.ª, XII (1937), pág. 269). Por desgracia, de las dos inscripciones pintadas en las paredes del hipogeo, una (Adriani, loc. cit., pág. 18, fig. 5) es ilegible, la otra (ibíd., páginas 43 y sigs., figs. 18 y 19; *S. E. G.,* VIII, 365) da una lista de nombres, parte sirios y parte anatolios, quizá de miembros de un σύνοδος formado tal vez por los miembros de la servidumbre de la familia. Para una descripción y discusión más completas de la pintura desde el punto de vista técnico y artístico, Adriani, loc. cit., págs. 37 y sigs. y 109 y sigs. (Fotografía facilitada por el profesor A. Adriani.)

2. Restauración de la tienda del banquete de Tolomeo Filadelfo descrito por Calixeno (véanse págs. 400 y sigs. y notas 179 y 205). La restauración es de F. Studniczka, véase su artículo *Das Symposion Ptolemaios II,* en *Abh. Leipz. Akad., phil.-hist. Kl.,* II, 1914, donde el lector encontrará un minucioso análisis del texto de Calixeno a la luz de los testimonios arqueológicos. Mucho se ha escrito sobre la arquitectura alejandrina. Se encontrará un resumen útil en I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt,* 1937, págs. 16 y sigs., cf. F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?,* en *Coll. Ny Carlsberg Glyptothek,* II (1938), págs. 1 y sigs., citado en la nota 214; véase nuestra lámina XXXVIII, 2 y 3.



1. Museo de El Cairo



2. Gabinete de Medallas, París



3. Museo de El Cairo

4. Museo de El Cairo

La vida en Alejandría

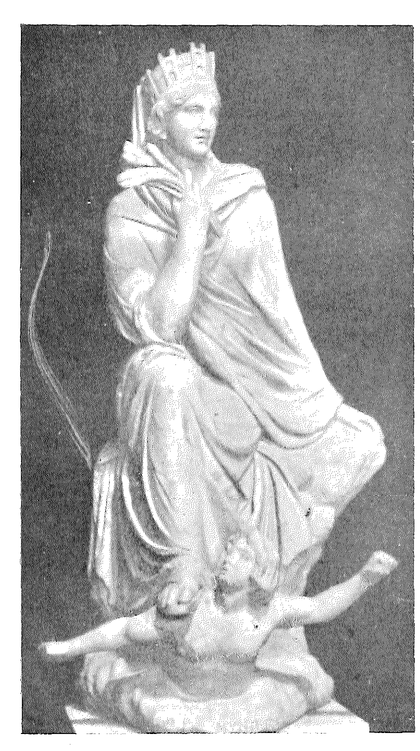
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA L

1. Figurilla de terracota que representa un barbado pedagogo con la mano derecha en la cabeza de un niño. Variante de un tipo muy conocido. F. Winter, *Typen*, etc., pág. 403 (el más parecido es el núm. 3). (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.)

2. Lucerna de terracota en forma de viejo con barba puntiaguda y capa colgada; en la mano derecha lleva un farol y en la izquierda una escalera. Falta la parte inferior. Parece un lampadario (λυχνάπτης, *lampadarius*). Otra versión del mismo tipo está representada en una figurilla de terracota hallada en Alejandría y hoy en el Museo de Alejandría. E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XX (N. S. v, 3) (1924), págs. 239 y sigs., y *Terrecotte figurate*, etc., I, 1930, pág. 72, núm. 463, lám. U, 2 (en color); cf. núm. 464. La lucerna y las figurillas pueden representar los lampadarios de las calles de Alejandría. Los λυχνάπται no están atestiguados en nuestras fuentes literarias ni papirológicas para la ciudad de Alejandría, pero son figuras bien conocidas en los serapeos de Egipto y Atenas. U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, pág. 49, párrafo 35; cf. W. Otto y H. Bengtson, *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreichs*, en *Bayer., Abh.* N. F. XVII (1938), pág. 155, nota 6; J. Zingerle, *Commentationes Vindobonenses*, III (1939), págs. 103 y sigs., y mi *Soc. and econ. Hist. of the Rom. Emp.*, pág. 527, nota 6. Sobre los distintos tipos de λυχναψία usados en Egipto en las épocas tolemaica y romana, véase M. Hombert y C. Préaux, *Pap. Fond. Reine Élizabeth*, en *Chr. d'Égypte*, XXIX (1940), págs. 145 y sigs.

3. Mujer vieja y fea con un *lagynos* en la mano izquierda. Una estatuilla similar de Berlín tiene en su base la inscripción τιθηνός (nodriza). La estatuilla aquí reproducida puede ser de época romana, pero se remonta a originales helenísticos (F. Winter, loc. cit., pág. 461, 2 y 6; pág. 466, 8). Fue especialmente famosa la estatua de Mirón (siglo III a. de Jesucristo) de una mujer sentada con un *lagynos;* se ha reproducido muchas veces; véase A. Rumpf en Gercke y Norden, *Einleitung*, II, 1, 3, 4.ª ed., 1932, págs. 70 y sigs., véase la conocida figurilla de terracota derivada de Mirón, F. Winter, loc. cit., pág. 468, núm. 8. (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.)

4. Lucerna en forma de esclavo portando un farol. Quizá de época romana. Representa un tipo muy conocido de esclavo con farol, sentado o de pie, generalmente negro. (Fotografía facilitada por el Museo de El Cairo.) E. Winter, loc. cit., II, pág. 450, nota 1; cf. E. Breccia, *Terrecotte figurate*, etc., I, lám. LVI, 2, y F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?*, pág. 34, fig. 36. Supervivencia en época romana (?), E. Breccia, loc. cit., II, 1934, núms. 378 y 379, lám. LXXIV.



1. Museo Vaticano, Roma

2. Galería de Bellas Artes de Yale

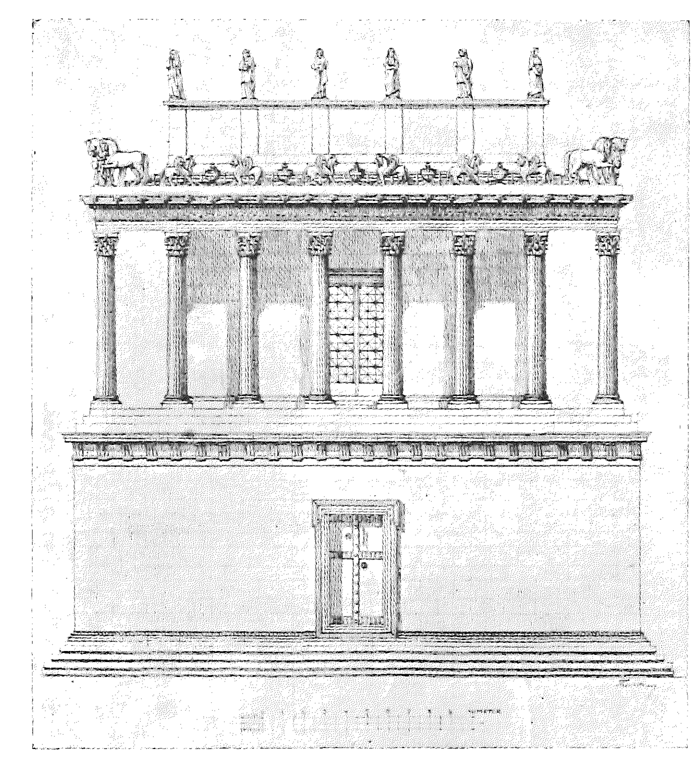
El imperio seléucida y sus protectores

LÁMINA LI

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LI

1. La famosa estatuilla de mármol del Museo Vaticano (cabeza y otras partes restauradas, pero conservadas en otras réplicas), una de las muchas reproducciones de la famosa estatua de la Tique de Antioquía, hecha en bronce por Eutíquidas, discípulo de Lisipo. La estatua de Eutíquidas representaba a la diosa Fortuna de Antioquía sentada en una roca, con corona mural, y en la mano derecha un ramillete de espigas de trigo. El pie derecho descansaba sobre el hombro derecho del dios del río Orontes, representado por un niño desnudo en el acto de nadar. No podemos estudiar aquí la estatua de Eutíquidas. Baste decir que el tipo de diosa de una ciudad creada por él se hizo inmensamente popular en el mundo antiguo y continuó hasta finales del imperio romano. En mi opinión, la figura de la Tique de Eutíquidas fue un intento de fundir en una sola creación artística griega la idea semítica del Gad (masculino o femenino), protector de la ciudad u otra corporación, el Baal o Baalat de esta corporación, origen de sus fuerzas creadoras, con la idea griega de la diosa misteriosa de la buena suerte o del buen éxito, la Tique, que desempeñó un papel tan importante en las concepciones religiosas de la época helenística. Es probable que en la época helenística hubiese dos tipos de estatua, una sola y otra agrupada con los dos fundadores (κτίσται) de Antioquía, Seleuco I y su padre Antioco. Véase mi trabajo *Le Gad de Doura et Seleucus Nicator,* en *Mél. Syriens R. Dussaud,* 1939, págs. 291 y sig. (con bibliografía); para un análisis estilístico, cf. J. D. Beazley y B. Ashmole, *Greek Sculpture and Painting,* 1932, pág. 73. (Fotografía facilitada por Alinari.)

2. Bajorrelieve de yeso, uno de los tres que sirvieron de imágenes de culto en el templo palmireno construido en Dura Europos a los dioses protectores (los Gaddé) de Palmira y Dura. En el bajorrelieve están representados: en el centro, la figura mayestática de Zeus Olímpico, Baalsamín, sentado en el trono de águilas, con diadema, y en la mano derecha un manojo de espigas de trigo y un cetro en la izquierda. Le está coronando de laureles una joven figura en traje militar macedónico, con diadema y pendientes y sosteniendo una lanza. A la izquierda, una figura en traje sacerdotal palmireno está quemando incienso en un altar. Los nombres de las tres figuras están escritos en palmireno en la base del bajorrelieve: 1) Bajo la figura del dedicante: «Imagen de Hairán, hijo de Maliku, hijo de Nasar» (sobre la figura, lo mismo, en griego: Αἱρά[νη]ς [Μ]αλί[χου]); 2) Bajo la figura de Zeus: «El Gad de Dura; hecho por Hairán, hijo de Maliku, hijo de Nasar, año 470» (150-159 d. de J. C.); 3) Debajo de la figura del joven armado: «Seleuco Nicátor». El grupo divino del bajorrelieve representa, pues, al dios protector de Dura y del imperio seléucida —Zeus Olímpico— coronado por el fundador de Dura y el imperio, Seleuco Nicátor. He tratado de demostrar en un trabajo especial (*Mél. Syr. R. Dussaud,* 1939, págs. 281 y sigs.) que el grupo se remonta probablemente a la época helenística y refleja las estatuas culturales, esculpidas por artistas griegos, que se levantaban en los templos de muchas ciudades griegas y helenizadas del imperio seléucida, los «capitolios» de esas ciudades, en las que el culto de Zeus Olímpico se combinaba con el del soberano reinante, su familia y sus antepasados (πρόγονοι). Véase F. E. Brown, *Yale Dura Exp.,* reps. VII-VIII, 1939, págs. 258 y sigs., lám. XXXIII, y mi artículo anteriormente citado, láms. I y II. Nótese que el segundo relieve del templo de Dura (lám. II de mi artículo) representa la Tique de Palmira, según la tradición antioquena, como una combinación de Atargatis y la Tique griega, coronada por una Nice. El mismo tipo fue más tarde adoptado también por Dura; véase mi *Dura-Europos and its Art,* 1938, lám. I. (Fotografía facilitada por la Yale Dura Expedition.)



1. Monumento funerario de Belevi, reconstruido por el profesor Theuer, Viena



2. Museo del Louvre, París

Poderío y prosperidad seléucidas

1. Restauración de un mausoleo monumental, muy parecido a la famosa tumba de Mausolo de Halicarnaso, recientemente excavado por el profesor J. Keil y sus compañeros, cerca de Éfeso. El mausoleo fue edificado en el camino que va de Éfeso a Sardes (a 12 km. de Éfeso), cerca de una tumba de túmulo, probablemente de época helenística. Nunca se terminó. Consta de una base dórica y una cella con una *prostasis* de columnas corintias. Sobre las columnas corría un friso esculpido (amazonomaquia); en los paneles del techo, centauros luchando con lapitas, y escenas de competiciones gimnásticas. El alero iba adornado con figuras de leones-grifos persas, con alas y cuernos, afrontados por parejas y separados uno de otro por vasos decorativos de mármol; en las esquinas, estatuas de caballos y hombres. La cámara sepulcral contenía un sarcófago-*kline* tallado, ricamente adornado con esculturas; en el lecho, reclinada, una figura masculina (sin acabar). Todo el monumento estaba lujosamente pintado. No se encontró inscripción funeraria. El análisis de la arquitectura y escultura del monumento y de una inscripción llevó al profesor J. Keil a fecharlo hacia mediados del siglo III a. de J. C. Teniendo en cuenta la grandiosidad y coste de la tumba, Keil ha sugerido que tal vez se trate del mausoleo construido por Laódice para su esposo Antioco II Teos, fallecido en Éfeso el 246 a. de J. C. Ha de recordarse que la situación política difícilmente permitía a Laódice trasladar el cuerpo de Antioco a Antioquía. J. Keil, *Jahresheft,* XXIX (1934-35), supl., págs. 104 y sigs.; XXX (1936-37), supl., págs. 173 y sigs. (con copiosas ilustraciones). (Fotografía facilitada por el profesor J. Keil.)

2. Estatuilla de terracota hallada en Mirina y que representa un elefante indio de guerra cubierto con un pesado tapiz, y llevando encima una torre cuadrada de madera con troneras (θωράκιον). La torre va reforzada, por debajo de las troneras, con dos escudos macedónicos metálicos. El conductor va sentado en el cuello del elefante. Éste lleva una campana en el cuello (cf. las monedas de Seleuco I, E. T. Newell, *The Coin. of the Eastern Sel. Mints.,* 1938, págs. 125). Con la trompa golpea a un soldado gálata armado de espada y escudo. Publicado muchas veces; véase P. Bienkowski, *Les Celtes dans les arts mineurs gréco-romains,* 1928, págs. 142 y sigs., núm. 1, fig. 212 (con bibliografía; otra réplica en Atenas, ibíd., núm. 2, fig. 213); para los detalles sobre el equipo militar, cf. P. Couissin, *Institutions militaires et navales,* 1931, lám. XL, 1. La estatuilla de Mirina representa, sin duda, una escena de una de las batallas contra los gálatas libradas por los seléucidas o los atálidas, quizá la famosa batalla de elefantes de Antioco I. Para otros monumentos que representan elefantes de guerra indios, véanse mis láms. LIII y LV. Puedo anotar que las figuras de elefantes de guerra africanos del ejército tolemaico eran familiares en las artes menores del Egipto tolemaico, véanse P. Bienkowski, loc. cit., págs. 145 y sigs. En la pág. 146, núm. 13 (cf. C. W. Lunsingh Scheurleer, *Gr. Cer.,* pág. 169), Bienkowski describe un fragmento de un vaso de fayenza que representa un elefante de guerra conducido desde atrás por un jinete y cargando contra un gálata (siglo III a. de J. C.). Yo lanzaría la hipótesis de que la curiosa escena representa un episodio de la triste historia de la destrucción de 4.000 mercenarios gálatas rebeldes por Tolomeo Filadelfo el 274 a. de J. C., E. Bevan, *Hist. of Egypt,* 1927, pág. 63; véase la historia, relatada en el libro III de los Macabeos, de la persecución de los judíos por Filopátor, ibíd., págs. 229 y sig. Puedo recordar al lector que uno de los elefantes de guerra de Pirro está pintado en el fondo de un plato suditálico del tipo Pocolom, E. Q. Giglioli, *Corp. Vas. Ant.,* Italia, III, 1928 (Villa Giulia); cf. J. D. Beazley, *J. H. S.,* XLVIII (1928), pág. 257, y mi *Hist. Anc. World,* II, lám. XI, y el conocido emblema de un plato de Cales representa un elefante de guerra africano (Bienkowski, fig. 214). Sobre los elefantes de guerra: S. Reinach, Dar et Saglio, *D. d. A.,* II, 537 y sigs., y G. A. S. Snijder, *Bull. v. d. Vereen. tot bevord. d. kennis v. d. ant. beschaving,* II, 1 (1927), págs. 8 y sigs., y II, 2 (1927), pág. 4.



1. Museo del Ermitage, Leningrado



2. Museo Nacional de Atenas

Elefantes indios al servicio de los seléucidas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LIII

1. Una de las dos fálaras de plata (quizá originariamente *emblemata* de plata) de origen desconocido adquiridas por el Ermitage en 1725. El centro de la fálara circular está ocupado por la figura de un elefante de guerra muy parecido al de la terracota de Mirina reproducido en la lámina anterior. Sin embargo, nótese que la torre tiene la forma de una pequeña fortaleza y está ocupada por dos soldados con lanzas, uno de ellos con casco macedónico. Nótese también que el conductor se representa con su garfio de conducir en la mano derecha y que el tapiz que cubre al elefante está bordado. El dragón que adorna el tapiz es el predecesor de los dragones chinos y sasánidas. Smirno ha señalado que, al parecer, se cortaron las orejas al elefante para protegerle del enemigo, porque las orejas son el punto más vulnerable del animal. El retrato del elefante de la fálara del Ermitage es con mucho la representación más realista y exacta de un elefante de guerra. Sin duda, el artista estaba muy familiarizado con los elefantes de guerra y su equipo. Obra siria o bactriana de principios del helenismo. N. Kondakoff e I. Tolstoi, *Antiquités de la Russie méridionale,* pág. 427, fig. 382; J. Smirnov, *Argenterie orientale,* 1913, lám. CXX (que se reproduce aquí).

2. Terracota de Mirina. El Amor y Psique, medio desnudos y portando coronas de flores, sentados en un elefante indio, sobre una almohada y un tapiz con flecos. El Amor lleva en la mano izquierda un escudo macedonio con umbo en forma de cabeza de Medusa (característica corriente de los escudos macedónicos). Hay otra versión del mismo tema en una terracota parecida de Mirina en el Louvre. La silla del elefante va asegurada por una correa. Encima del elefante hay dos muchachas abrazándose. Se ha sugerido, con gran probabilidad de acertar, que las estatuillas del Museo de Atenas y del Louvre pueden ser consideradas como escenas de alguna gran ceremonia de los reyes helenísticos. Teniendo en cuenta que son indios los elefantes de las dos terracotas, debemos relacionar las figurillas con Siria o Pérgamo, y no con el Egipto tolemaico. No es preciso recordar al lector la gran fiesta de Antioco IV. En la pompa de Filadelfo descrita por Calixeno, los elefantes desempeñaron un papel destacado. El mismo Dioniso fue representado montando un elefante conducido por un sátiro. Los grupos aquí estudiados pudieron haber tenido significado simbólico; nótese especialmente el escudo macedónico en la mano de Amor en la réplica ateniense. La estatuilla del Louvre ha sido publicada por S. Reinach, que la interpreta en el sentido anteriormente esbozado, en Dar. et Saglio, *D. d. A.*, II, pág. 537, fig. 2620. Para la réplica ateniense, véase F. Winter, loc. cit., pág. 229, núm. 8. (Fotografía facilitada por el Museo Nacional de Atenas.)



1. Gabinete de Medallas, París



2. Gabinete de Medallas, París



3. Museo de Beirut

Pesas reales de los seléucidas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LIV

1. Pesa cuadrada de plomo. Nice o Victoria alada volando hacia la izquierda con corona y rama de palma entre dos estrellas. Inscripción: ΒΑΣΙΛΕΩΣ | ΑΝΤΙΟΧΟΥ ΘΕΟΥ | ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ | ΜΝΑ. *Reverso:* Red cuadrada en relieve para evitar la adulteración del peso. 519 gramos.

E. Babelon y A. Blanchet, *Cat. d. bronzes ant. de la Bibl. Nat.*, pág. 679, núm. 2245; E. Michon, «Pondus», Dar. et Saglio, *D. d. A.*, IV, 555, núm. 19, fig. 5738 (atribuido a Antioco IV Epífanes); O. Viedebandt, *Z. d. d. Palästina-Vereins,* XLV (1922), pág. 13, núm. 97, y pág. 22 (atribuido, con poca probabilidad de acierto, a Antioco I Teos Diceo de Comagene).

2. Pesa cuadrada de bronce. Zebú vuelto a la derecha. Arriba, ΑΝΤΙΟΧΕΙΟΝ; abajo, ΤΕΤΑΡΤΟΝ. *Reverso:* Red como arriba. 122 gramos.

Babelon-Blanchet, loc. cit., págs. 682 y sigs., núm. 2267; E. Michon, loc. cit., pág. 555, núms. 11 y 12, cf. *Bull. Soc. Ant. Fr.*, 1906, pág. 195.

3. Pesa cuadrada de plomo. Hallada en Antioquía. Ancla. Arriba, ΒΑΣΙΛΕΩΣ | ΑΝΤΙΟΧΟΥ | ΦΙΛΟΜΗΤΟ | ΡΟΣ ΜΝΑ. *Reverso:* Red. 0,105-0,105, 674 gramos. Antioco VIII Gripo (125-95 a. de J. C.). Otra copia hallada en Kurye (Koseir), ahora en el Museo de Antioquía. 0,103-0,10.

Inédito. Debo a M. H. Seyrig, director de Antigüedades de Siria, el conocimiento de otras pesas, sus descripciones y fotografías y el permiso de publicarlas.

Conozco otras dos pesas con nombres de reyes. Una —del Museo de Antioquía—, de plomo, está descrita por H. Seyrig, a quien debo la información, como sigue: Pesa cuadrada de plomo. Inscripción: Β[Α]ΣΙΛΕ[ΩΣ] | ΔΗΜΗΤΡΙΟΥ | ΣΩΤΗΡΟΣ. En el campo, a la derecha: ΗΜΙΜΝΟΥΝ. Posidón desnudo, de pie, a la izquierda, al pie de una roca; en la mano, el tridente. A la izquierda, en el campo, un ancla. Alrededor, un marco (un cordón de nudos). *Reverso:* Estropeado. 258 gramos. Inédito (mal conservado), la figura de Posidón no aparece en las monedas de Demetrio I Soter (162-150 a. de J. C.). El otro, en París, Louvre, y publicado por E. Michon, *Mém. Soc. Ant. Fr.*, LI (1890), págs. 11-13, núm. 3; *D. d. A.*, loc. cit., 555, núm. 16. Pesa cuadrada de plomo. *Anverso:* Ancla. Arriba, ΒΑΣ]Ι[ΛΕ]Ω[Σ] ΑΝΤΙΟΧΟΥ; abajo, ΕΥΣΕΒΟΥΣ | ΦΙΛΟΠΑΤΟΡΟΣ. *Reverso:* Red. ΕΤΟΥΣ ΚΕ | ΑΓΟΡΑΝΟΜΟΥΝΤΟΣ | ΔΙΟΝΥΣ[Ι]ΟΥ ΜΝΑ. 614,4 gramos. Antioco X Eusebio, 92 a. de J. C.

Sobre las pesas de los seléucidas, véanse págs. 425 y sigs. de este capítulo y notas 250 y 251.



1. Museo del Louvre, París



2. Propiedad del conde Chandon des Briailles, La Cordelière, Chaourche (Aube), Francia

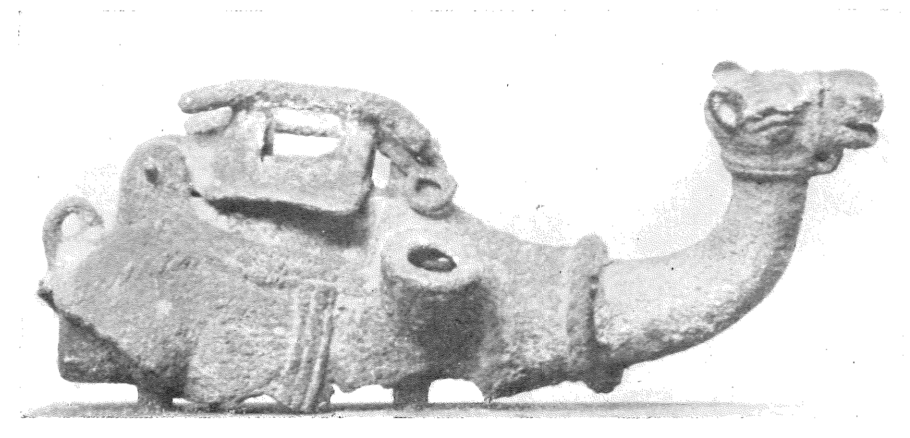
Pesas reales de los seléucidas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LV

1. Pesa cuadrada de plomo. Elefante indio embridado vuelto a la izquierda. Arriba, ΣΕΛΕΥΚΕΙΟΝ | ΓΚ-Ρ; abajo, ΔΙΜΝΟΥΝ ΕΠΙ ΔΕΛΦΙΩΝΟΣ. *Reverso:* Red. 1143 gramos. Hallado en Sidón. W. Michon, *Bull. Soc. Ant. Fr.*, 1906, págs. 193 y sig.; íd., *D. d. A.*, loc. cit., pág. 556, núm. 1. Cf. *Bull. Soc. Ant. Fr.*, 1903, pág. 355, núm. 45. Fecha: 123 Sel. = 189 a. de J. C., Seleuco IV.

2. Pesa cuadrada de plomo. Ancla de pie, dos delfines heráldicos a derecha e izquierda, y otro en el campo a la derecha. Arriba: ΣΕΛΕΥΚΕΙΟΣ; cruzando el ancla: ΒΞΡ-ΕΠΙ | ΕΥ-Δ-Ω-ΡΟΥ; abajo: ΜΝΑ. *Reverso:* Red. 0,98-0,101. Fecha: 162 Sel. = 150 a. de J. C., Demetrio I Soter o Alejandro Balas. Debo a M. H. Seyrig y al Rev. P. Mouterde el conocimiento de esta pesa, y a su propietario la fotografía aquí reproducida y el permiso de publicarla. Σελεύκειος en la leyenda quiere decir Σελεύκειος χαρακτήρ. Véase mi *Seleucid Babylonia*, en *Yale Cl. Stud.*, III (1932), pág. 23. (Fotografía facilitada por el conde Chandon des Briailles.)

El significado de la designación de las pesas por Σελεύκειον y Ἀντιόχειον se estudia en la nota 251 de este capítulo. He citado allí la sugerencia de H. Seyrig. Debo añadir que aún creo más probable la interpretación «pesas de Antioquía y Seleucia» porque en distintas pesas fechadas las designaciones Σελεύκειον y Ἀντιόχειον aparecen en una época en que no reinaba ningún Antígono ni Seleuco. Los nombres con la preposición ἐπὶ son los de los ἀγορανόμοι. Conozco otras dos pesas fechadas de Antioquía de época helenística. Una (μνᾶ) —en dos ejemplares (en Berlín y en el Museo de Nuestra Señora de Francia en Jerusalén)— lleva la fecha θιρ', 119 Sel. = 193 a. de J. C., Antioco III (E. Michon, *D. d. A.*, loc. cit., pág. 555, núm. 15); la otra —un τέταρτον— ahora en el Museo de la Universidad Americana de Beirut (copiado por mí y por el P. Mouterde) está inédita. Puedo dar aquí una breve descripción de ella: Pesa cuadrada de plomo. *Anverso:* Trípode entre ancla y caduceo; arriba: ΑΝΤΙΟΧΕΙΟΝ; a derecha e izquierda del trípode: Λ-Ρ | ΕΠΙ ΙΦΙΣΟΥ; abajo: ΤΕΤΑΡΤΟΝ. *Reverso:* Red. La fecha es 130 Sel. = 182 a. de J. C., Antioco III. Una pesa seléucida fechada *(hemimnaion)* con la fecha de 155 Sel. = 157 a. de J. C., Demetrio I Soter, está en el Louvre, véase E. Michon, *Mém. Soc. Ant. Fr.*, LI (1890), págs. 14 y sigs., núm. 4; *Bull. Soc. Ant. Fr.*, 1906, pág. 195, núm. 7; *D. d. A.*, loc. cit., 556, núm. 2; véase una pesa de 153 a. de J. C. (sin el nombre Seleuceion), F. de Ridder, *Catal. Coll. de Clercq*, III, pág. 364, núm. 681. No puedo citar aquí todas las pesas con la citada designación y los que por su fecha caen dentro de la época seléucida. Debemos esperar a que exista un *corpus* de estas pesas, obra de M. H. Seyrig o del Rev. P. Mouterde.



1. Museo del Louvre, París

2. Museo Nacional de Beirut

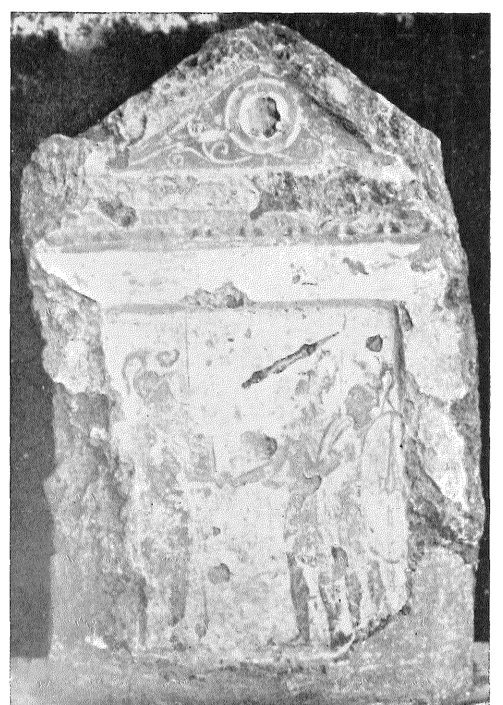
Caravanas y barcos en el reino seléucida

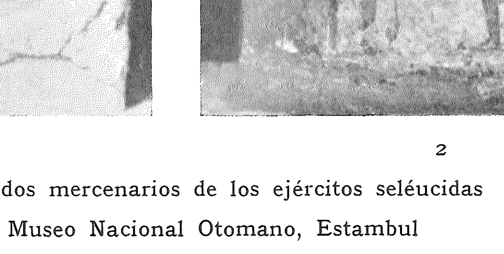
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LVI

1. Lámpara de bronce fragmentaria (falta la parte inferior), en forma de camello agachado, ensillado y enjaezado, hallada en Siria. No está fechada. Puede ser romana, pero me inclino a atribuirla a la época helenística. A. de Ridder, *Les bronzes antiques du Louvre,* I: *Les figurines,* 1913, núm. 428, pág. 65, lám. 34. Entre las terracotas y pequeños bronces de la época helenística y romana abundan representaciones parecidas de camellos, portadores del comercio por el desierto. Véase la lámpara de bronce en forma de camello ensillado, en pie, procedente de Siria, en el Museo Ashmolean, de Oxford (mi *Hist. soc. y econ. del imp. rom.,* lám. XXXVIII, 1), y A. de Ridder, *Collection de Clercq,* III: *Bronzes,* 1904, núm. 372, lám. LVII, 1. Altura, 63 mm.

2. Bajorrelieve de un sarcófago de piedra de época romana. El sarcófago fue hallado intacto en uno de los hipogeos de Sidón. Está decorado por tres lados a la manera corriente, con guirnaldas esculpidas colgando de cuerdas sostenidas en las bocas de cabezas de leones. La decoración del segundo lado menor del sarcófago es diferente. Este lado, cubierto por un elaborado motivo en bajorrelieve, muestra un velero mercante flotando en las ondas marinas, en las que se ven delfines y peces saltando. El barco, aunque grabado en el siglo II d. de J. C., conserva las características de los antiguos navíos fenicios. (A. Köster, *Das Antike Seewesen,* 1923, págs. 45 y sigs.) El barco dibujado por un aficionado en las paredes de una casa particular de Dura (*Yale Dura Exc.,* rep. IV, 1933, pág. 222, núm. 3, lám. XXIII, 1) tiene la misma forma. El barco sidonio fue publicado por G. Contenau, *Syria,* I (1920), págs. 35 y sigs., lám. VI y figs. 10 y sig., y después reproducido y discutido muchas veces; véase, por ejemplo, Fr. Moll, *Das Schiff in der bildenden Kunst,* 1929, pág. 25, lám. *b*-IV, 95; mi *Hist. soc. y econ. del imp, rom.,* lám. XXXVIII, 2; *Mostra Augustea della Romanità, Catalogo.* 1939, Sala XIX, núm. 45. (Fotografía facilitada por el Museo Nacional de Beirut.)







1 2

Soldados mercenarios de los ejércitos seléucidas

Museo Nacional Otomano, Estambul

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LVII

1. Estela funeraria pintada, hallada en Sidón de la forma anteriormente descrita, lám. XIX: frontis, acrotera y nicho. Bajo el frontis, tres guirnaldas. El nicho está ocupado enteramente por una figura: un soldado de pie y de frente. Va vestido con un quitón de mangas cortas, calza zapatos altos, y sobre el quitón lleva una coraza; en la cabeza, un gran casco de bronce con cimera y visera, carrilleras y cubrenuca. La mano izquierda sostiene un escudo oval de los denominados celtas; en la derecha, una lanza larga. La espada (no visible) cuelga de un tahalí. En la base, inscripción (bien restaurada por L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 428 y sig.): Σάλμα Μολ[...'Α]δαδεῦ | χρησ[τέ, χαῖρε]. Se encontrará una descripción detallada en G. Mendel, *Cat. de Sculpt. Mus. Nat. Ott.*, I, 1912, págs. 264 y sigs., núm. 105. Altura, 86 cm.; anchura, 485 mm.

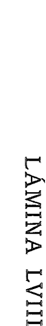
2. Estela funeraria pintada, fragmentaria; hallada en Sidón, de la forma descrita en la lám. XIX. El nicho está ocupado por un grupo de tres soldados. El de la izquierda está representado de perfil, vuelto a la derecha. Lleva quitón, clámide, casco con cimera y botas altas. En la mano izquierda, una larga lanza; en la derecha, un escudo oval. Da la mano a otro soldado representado de perfil, vuelto a la izquierda, vestido y armado como el primero. El tercer soldado, un poco más pequeño, está vestido y armado de la misma manera. Alarga la mano hacia el primero, esperando turno para estrecharle la mano. No queda inscripción. G. Mendel, loc. cit., págs. 267 y sigs., núm. 107. Altura, 75 cm.; anchura, 48 cm.

(Fotografías facilitadas por el Museo Nacional Otomano, Estambul.)

Sobre las estelas sidonias en general, véanse las obras citadas por G. Mendel y L. Robert, loc. cit.; cf. L. Robert, *B. C. H.*, LX (1936), págs. 191 y sig., y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 88 y sigs. Desde el punto de vista de la historia de la pintura, las estelas han sido discutidas por M. H. Swindler, *Anc. Painting*, 1929, pág. 346 (con bibliografía). El equipo militar de los infantes helenísticos ha sido menos estudiado que el de los jinetes (véase lám. XIX). El abundante material sobre este tema nunca se ha reunido por completo. Se encontrarán algunas observaciones en P. Couissin, *Les Institutions militaires et navales*, 1931, cap. X, págs. 74 y sigs.; cf. A. Schober, *Der Fries des Hakations von Lagina*, 1933, págs. 74 y notas 31 y 32. Además del material utilizado por Couissin y Schober, puedo llamar la atención del lector sobre la interesante estatuilla de terracota en el Museo de Boston que representa un soldado de pie con barba que lleva casco, coraza, escudo oval, y una espada de puño curvo; D. Burr, *Terracottas from Myrina*, etc., 1934, pág. 76, nota 112, lám. XLI. El soldado no es necesariamente un gálata. La espada de puño curvado, quizá introducida en el mundo helenístico por los celtas, llegó a ser (como el escudo céltico) muy popular y aparece en muchos monumentos de Asia Menor que no tienen nada que ver con los gálatas. Véanse mis observaciones a la lám. LXI, 1. Al estudiar el equipo guerrero helenístico con ayuda del material arqueológico, se debe tener en cuenta que el arte funerario helenístico, tan distinto en esto del romano, creó una cierta κοινή, un tipo uniforme de guerrero. El mismo tipo uniforme aparece en las escenas mitológicas de la época helenística: véanse, por ejemplo, los guerreros de los cuencos «megareos homéricos» o las esculturas del templo de Lagina. Los soldados convencionales en las escenas mitológicas sobrevivieron a la época helenística y se repetían aún en las ilustraciones romanas de obras literarias: véanse las observaciones de C. Hopkins sobre el escudo «homérico» hallado en Dura. *Yale Dura Exp.*, reps. VII y VIII, 1939, págs. 331 y sigs.

Uno de los colonos extranjeros en la Idumea tolemaica

Marisa, Idumea



DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LVIII

La escena venatoria representada en esta lámina forma parte de la decoración pintada de un hipogeo cerca de la ciudad de Marisa, una de las fortalezas tolemaicas en su eparquía o satrapía de Idumea. Marisa, antiguo establecimiento de los idumeos, fue fundada de nuevo y reconstruida (como Beth-Zur) por los Tolomeos. Se estableció allí a un grupo de sidonios helenizados. Este grupo se organizó, según parece, como un πολίτευμα más que como una πόλις, con su propio presidente (ἄρχων, véase nota 137 de este capítulo), quizá hereditario (cf. Dura y Uruk). Los sidonios pudieron haber sido, por lo menos en parte, soldados asentados. La ciudad, como puede verse por varias cartas de la correspondencia de Zenón (*P. Cairo Zen.*, 59006, 59015 verso, 59537), era, a mediados del siglo III antes de J. C., un centro administrativo y mercantil importante. De J. P. Peters y H. Thiersch, *Painted tombs of the Necropolis of Marissa*, 1905, lám. VI.

El hipogeo es uno de los más antiguos de la vasta necrópolis de Marisa. Probablemente fue construido por el fenicio Sesmeo, para él y su familia, en el siglo III a. de J. C. Su hijo Apolófanes (nótese su nombre griego), que fue «arconte de los sidonios de Marisa» durante treinta y tres años (*O. G. I.*, 593) y varios miembros de su familia fueron enterrados allí. Más tarde, como demuestran varias inscripciones funerarias, el hipogeo sirvió de lugar de enterramiento para varias familias del mismo carácter étnico. La colonia sidonia sobrevivió a la dominación tolemaica.

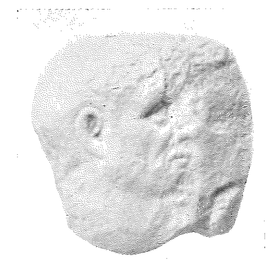
La decoración pintada de la habitación central de la tumba se hizo inmediatamente después de la construcción. No podemos describirla aquí. La escena forma parte de un friso pintado que corre sobre los *loculi* de ambos lados de la habitación central. Las figuras del friso representan distintos animales, la mayor parte africanos, unos reales y otros fantásticos. Cada animal tiene encima su nombre pintado. Los animales escogidos recuerdan el mosaico de Palestrina (véase lámina XXXVIII) y denuncian ecos alejandrinos. La escena venatoria pintada en la esquina sudoeste de la habitación sirve de una especie de introducción a este catálogo zoológico. Muestra a la derecha la figura de un trompetero, y en el centro el cazador montado en magnífico caballo blanco de pura sangre, cubierto con una lujosa silla-mantilla de estilo griego (véanse lám. XLVI y fig. 2, pág. 369). El jinete está representado en el momento de matar, con su larga lanza macedónica, a la hembra del leopardo, ya herida por un dardo (inscripción πάρδαλος). Le ayudan dos perros. Para el traje del jinete, véanse láms. XIX, XXXVII, 1, y XLIX, 1. El estilo de la pintura es decididamente alejandrino (véase lám. XLIV, 1). Por desgracia, las cabezas de los dos hombres pintados han sido destruidas por los árabes.

Hay restos de inscripciones pintadas sobre las dos figuras humanas. La que está sobre el trompetero se ha perdido casi por completo; la de ambos lados de la cabeza del cazador presenta un problema difícil. Se esperaría encontrar aquí el nombre del jinete, probablemente el heroizado constructor del hipogeo. Pero los editores dan la transcripción: ἵππος Λιβάνου | τοῦ ἱππικοῦ, que, según ellos, significa «caballo de monte Líbano del hombre a caballo». Creo que esta transcripción es muy poco probable. Seguramente la inscripción estaba muy mal conservada cuando se descubrió. Los pobres restos que de ella quedan (fotografía reproducida por Watzinger) muestran claramente Ἀνανου, no Λιβανου. La última palabra probablemente es ἱππ[άρ]χου, no ἱππικοῦ.

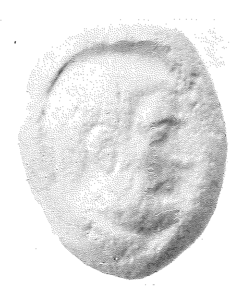
Sobre Marisa en la época helenística y sus hipogeos: J. P. Peters y H. Thiersch, *Painted tombs of the Necropolis of Marissa*, 1905; sobre la Marisa tolemaica: E. Schürer, *Gesch. d. jüd. Volkes*, etc., II, pág. 4, nota 8; V. Tscherikower, *Palestine under the Ptolemies*, en *Mizraim*, IV-V (1937), págs. 40 y sigs., y págs. 344 y sigs. del presente libro. Sobre el plano de la ciudad: C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas*, II, 1935, págs. 12 y sigs. y fig. 22. Sobre las pinturas y las inscripciones: J. P. Peters y H. Thiersch, loc. cit.; J. P. Peters, *Art and Archaelogy*, VII (1918), pág. 187, y C. Watzinger, loc. cit., págs. 18 y sigs. y láms. 24 y 25. (Las fotografías, de la Pal. Expl. Fund.)



1. Museo de Artes Menores Antiguas, Munich



2. Museo del Instituto Oriental, Chicago



3. Museo del Instituto Oriental, Chicago



4. Museo del Louvre, París



5. Museo Británico, Londres



6. Museo Británico, Londres

La vida cotidiana en Mesopotamia y Siria helenísticas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LIX

1. Sello de arcilla hallado probablemente en Uruk (Orcoi). Originariamente fijado o colgado a un documento en pergamino o papiro. Su carácter oficial está demostrado, como el de otros sellos parecidos, por los retratos de los gobernantes que representan. Vemos en él las cabezas juntas de Demetrio I y Laódice reproducidas con no menos finura que las monedas (*B. M. C.*, «Syria», lám. XV, 1 y 2). No se ha encontrado antes ningún sello de Demetrio y Laódice en Babilonia. Debo al profesor H. Diepolder, director del Museo, el conocimiento de este sello, su fotografía y el permiso de publicarlo. Diámetro, 2 cm. Sobre sellos semejantes, véase mi *Seleucid Babylonia*, en *Yale Class. Stud.*, III (1932), págs. 16 y sigs. y 44 y sigs.; cf. R. H. McDowell, *Stamped and inscribed objects from Seleucia on the Tigris*, 1935, págs. 1 y sigs. (Fotografía facilitada por el Museo de Artes Menores Antiguas, Munich.)

2 y 3. Improntas de sellos (ampliadas) con retratos de particulares de Orcoi. Siglo II a. de J. C. Uno está afeitado; el otro lleva una pequeña barba de tipo griego. Véase mi *Seleucid Babylonia*, pág. 20, lám. II, 1 y 2; cf. 3 y 4. (Fotografías facilitadas por el Museo del Instituto Oriental, Chicago.)

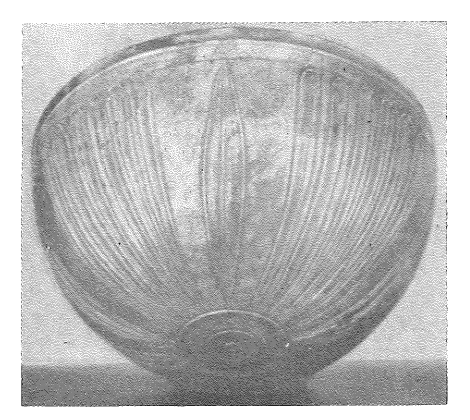
4. Estatuilla de terracota de época romana, hallada probablemente en el norte de Siria; representa dos muchachas músicas en camello, sentadas bajo una especie de dosel amarrado a la silla, ricamente enjaezada; una toca el tambor; la otra, la doble flauta. La escena reproducida en la figurilla era probablemente familiar entre los sirios. Parece que las muchachas tomaban parte en la procesión religiosa organizada por uno de los numerosos templos sirios o mesopotámicos. Una procesión de este género está representada, por ejemplo, en uno de los famosos bajorrelieves pintados del gran templo de Palmira (H. Seyrig, *Syria*, XV (1934), págs. 159 y sigs.). Las muchachas músicas eran figuras típicas en los templos de los dioses y diosas orientales, y formaban una clase inmensa de la población de Siria y Mesopotamia. Están representadas frecuentemente en figurillas de terracota. Este grupo es conocido en dos copias idénticas, una en el Louvre (aquí reproducida), y otra en el Museo Británico (*A Guide to the Exhib. ill Gr. and Rom. Life*, 3.ª edición, 1929, núm. 689). Véanse mis observaciones sobre el grupo aquí reproducido, y sobre las terracotas semejantes en *Dura and the Problem of Parthian Art*, pág. 183, figs. 16-23.

5. Figurilla de terracota; procede probablemente de Asia Menor y representa un hombre desnudo, quizá un esclavo o campesino, llevando una pesada carga. En la mano derecha sostiene, envuelta en un paño, una botella o fuente, más bien que un pellejo de vino, pues el objeto es demasiado pequeño para ello; con la mano izquierda sostiene una gran *diota* o ánfora de vino sobre el hombro izquierdo; a la espalda lleva sujeto un cesto; cf. lám. XXXIII, 1. Inédito (?) mencionado en *A Guide to the Exhib. ill Gr. and Rom. Life*, del Museo Británico, 3.ª ed., 1929, núm. 533. (Fotografía facilitada por el Museo Británico, Londres.)

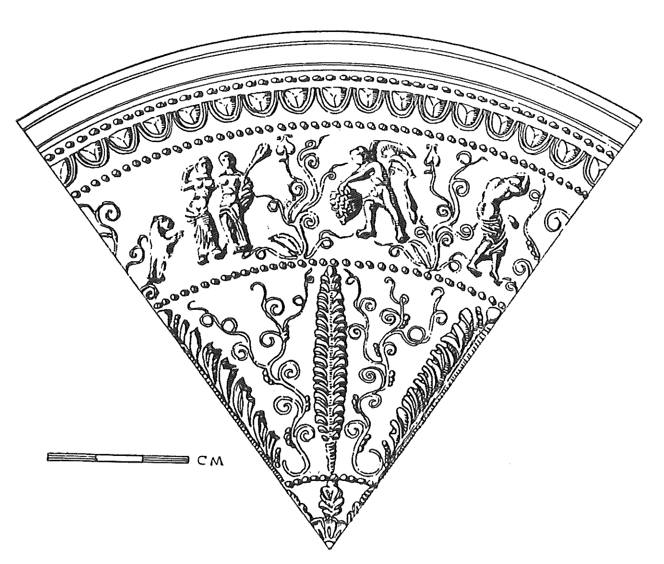
6. Estatuilla de bronce de un asno con cestos, rebuznando, con la cabeza levantada y patas afincadas. Petronio describe en el *Cen.*, 31, un centro de mesa del mismo tipo: «ceterum in promulsidari asellus erat Corinthius cun bisaccio positus, qui habebat olivas in altera parte albas, in altera nigras». Véanse mi *Hist. soc. y econ. del imp. rom.*, lám. XXXVIII, 2 (con bibliografía) y las terracotas reproducidas en la misma lámina (camellos cargados con productos agrícolas). (Fotografía facilitada por el Museo Británico, Londres.)



1. Museo del Louvre, París



2. Museos del Estado, Berlín



3. Museo del Louvre, París

Industria grecosiria

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LX

1 y 3. Bello cuenco «megareo» rojo vidriado, de manufactura siria. En la parte inferior, una roseta. La parte inferior del cuerpo está adornada con hojas estilizadas (acantos y otro tipo de hoja alternados), y entre ellas roleos ricos, pero sin hojas. En la parte superior del cuerpo, grupos de figuras dionisiacas separadas unas de otras por roleos. El grupo central representa probablemente a Dioniso, Ariadna y la pantera. Diámetro, 16 cm.; altura, 105 mm. Inédito. No son raros los cuencos «megareos» hechos en Siria. Además del ejemplar aquí reproducido, hay otro en París, varios en Berlín y por lo menos uno en Yale. Se conservan muchos en los museos de Siria, Mesopotamia y Palestina. Se hallaron fragmentos de cuencos «megareos», típicos de los niveles helenísticos, en las ruinas de las ciudades excavadas en Siria, Palestina y el Irak (véase cap. III, págs. 162 y sig., con notas 33 y 34, y notas 163 y 311 a este capítulo; cap. V, pág. 676 y nota 17). Nunca se ha inventariado ni estudiado este grupo. (Fotografía y dibujo facilitados por el Museo del Louvre, París.)

2. Uno de los dos cuencos de plata hallados en Nihavand, Persia, que formaban parte de un tesoro enterrado durante los primeros años del imperio romano. Está adornado con grupos de hojas y hojas aisladas, separadas entre sí por roleos; en el borde lleva una inscripción griega punteada (PXA). He citado el cuenco en el texto de este capítulo, pág. 508, con nota 313 (con bibliografía); cf. Ph. Ackerman en A. U. Pope, *A Survey of Persian Art,* I, 1938, pág. 460, lám. 137 A (con bibliografía). La fecha del cuenco y su carácter son controvertidos. El profesor R. Zahn se inclina a considerarlo como obra puramente griega de principios del siglo II a. de J. C., fabricado probablemente en Grecia. Yo he sugerido que si bien hay que atribuirlo al siglo III a. de Jesucristo, su fabricación es oriental, bactriana o siria. Otros eruditos (Herzfeld, Schönbeck, Ackerman) se inclinan por el siglo II a. de J. C., o incluso más tarde, y hablan del cuenco como de factura parta. Yo sigo creyendo que el siglo III a. de J. C. es más probable que el II a. de J. C., y decididamente ha de descartarse una fecha posterior. La similitud entre el cuenco de Nihavand y el cuenco «megareo» reproducido en la misma lámina, apoya mi fecha y el origen sirio del cuenco. Indudablemente, el cuenco no fue hecho por orientales, sino por griegos residentes en Oriente. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)



1. Museo de Bagdad



2. Museo de Bagdad



3. Museo del Ermitage, Leningrado

Industria grecosiria

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXI

1. Cabeza de figurilla de terracota hallada en las ruinas de Seleucia del Tigris durante la excavación sistemática de la ciudad llevada a cabo por la Universidad de Michigan. El profesor Hopkins, director de las Excavaciones, puso amablemente a mi disposición una descripción detallada de ésta y la segunda terracota reproducida en esta lámina, que utilicé ampliamente en mi descripción de ellas. Cabeza con casco de un guerrero en el enladrillado de una pared de un nivel tardío, construida probablemente antes de la mitad del siglo I a. de J. C. El casco tiene tres cimeras, una visera y carrilleras. Estas últimas ajustan a la cara y llegan hasta la barbilla, donde se juntan (moda macedónica antigua que perduró en Seleucia; véase lám. V, 1, y las monedas de Seleuco I; cf. la cabeza de marfil en el Museo de Nápoles: A. Ippel, *J. D. A. I.*, LIV (1939), Anz., págs. 368 y sigs., figs. 16-18). Debajo del casco probablemente iba un gorro o forro de cuero, quizá característica parta. Aunque de fecha helenística tardía, la cabeza parece responder a un original helenístico antiguo. Lo mismo puede decirse de las distintas figurillas en terracota de soldados, completas o fragmentarias, halladas en Seleucia (W. van Ingen, *Figurines from Seleucia on the Tigris,* 1939, láms. XXVIII y XXIX). Su equipo es extraordinariamente parecido al de los soldados de las estelas sidonias anteriormente comentadas (lám. LVII) y al de la figurilla de Mirina, citadas en la descripción de la lám. LVII; cf. P. Bienkowski, *Les Celtes dans les arts mineurs gréco-romains,* 1928, fig. 193 y págs. 132 y sig. y mi *Dura and Parthian Art,* pág. 234, fig. 46. Altura, 57 mm. (Fotografía facilitada por el profesor C. Hopkins.)

2. Figurilla de un niño con un mono (falta la parte inferior). Bonita estatuilla hallada en la obra de adobe de la muralla del tercer nivel en Seleucia del Tigris, probablemente construida después de la mitad del siglo II a. de J. C. No está muy claro si la figura representa un niño o una niña. Hacia lo primero apunta la comparación de la cabeza con la de la figurilla procedente de Seleucia, de un niño llevando un ánfora rodia en el hombro. (W. van Ingen, loc. cit., lám. XLVIII, 341, núm. 720). La representación de una figura llevando un mono es muy frecuente entre las terracotas helenísticas. El prototipo se remonta al arte antiguo mesopotámico y egipcio (W. C. McDermott, *The Ape in Antiquity,* 1938). El tipo más frecuente es el del mono agazapado en los hombros o cazando piojos en el pelo de su dueño (McDermott, loc. cit., pág. 174, núm. 81, y pág. 197, núm. 207, ambas de Egipto); véase un fragmento de Seleucia (del nivel I *b;* W. van Ingen, loc. cit., lámina LXV, 470). Altura, 9 cm. (Fotografía facilitada por el profesor C. Hopkins.)

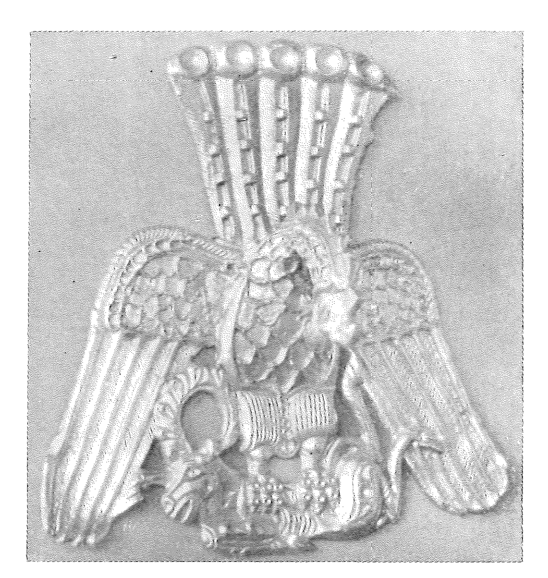
3. La famosa copa de oro de Siberia con la forma de un vaso «megareo» y adornada con ricos roleos, siguiendo la moda de estos vasos. Inscripción aramea (probablemente de época tardía) aún no descifrada. La fecha y el origen siguen en discusión. R. Zahn, en un trabajo que pronto se publicará, trata de demostrar que la copa es de factura griega y de fecha antigua (siglo III a. de J. C.). Smirnov, *Argenterie orientale,* lám. VII, núm. 20, e Introducción, pág. 7; mi artículo en *Sem. Kond.*, VI (1933), págs. 171 y sigs.; Ph. Ackerman, en A. U. Pope, *A Survey of Persian Art,* I (1938), págs. 461 y sig., lám. 137 B (con bibliografía). De J. Smirnov, loc. cit.



1. Museo del Ermitage, Leningrado



2. Museo Británico, Londres



3. Museo del Ermitage, Leningrado

Bactriana, al servicio de los nómadas

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXII

1. Hebilla de cinturón de plata dorada, con broche de gancho, incrustada de cornelina; hallada cerca de Maikop, en el distrito de Cubán. El broche representa un grifo de tipo persa —con alas curvas; el cuerpo, de perfil; la cabeza que forma el gancho, vista desde atrás— matando un caballo en un bosque indicado por árboles estilizados. La figura del grifo está llena de fuerza salvaje y energía bellamente expresada en la tensión de su cuerpo; el caballo, moribundo, aunque representado ornamentalmente con el cuerpo retorcido, para adaptarlo a la forma de la hebilla, muestra en la cabeza un *pathos* de agonía y muerte de un realismo y vigor nunca alcanzados en el arte antiguo, incluidas las obras de los animalistas asirios. Las placas del ceñidor representan pájaros estilizados con las alas extendidas; los cuerpos y cabezas de los pájaros están rellenos de incrustaciones, transformadas en adornos geométricos. La hebilla no puede fecharse con exactitud. En mi opinión, es el producto más antiguo del llamado arte animalístico siberiano, que floreció a principios de la era cristiana, por lo cual puede fecharse a principios de la época helenística. (Fotografía facilitada por la antigua Comisión Arqueológica, Museo del Ermitage, Leningrado.)

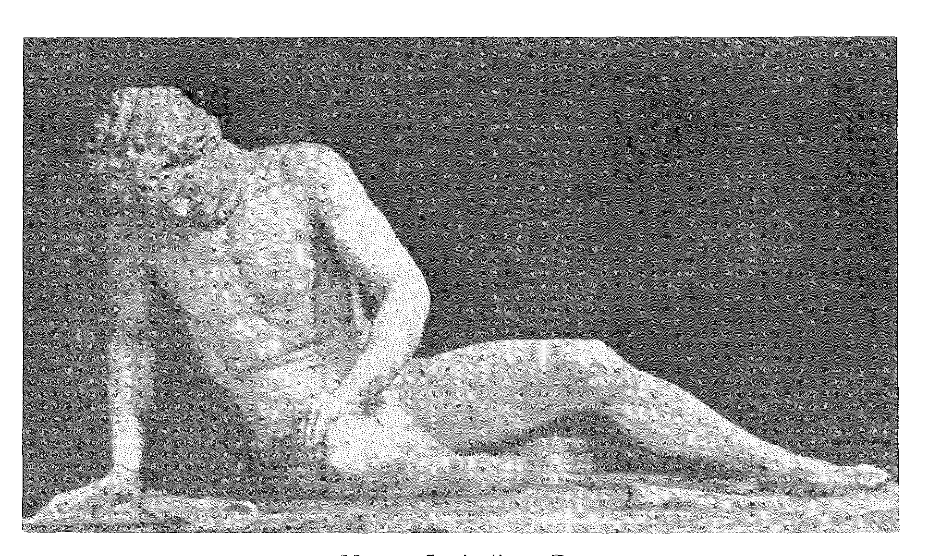
2. Cinturón del mismo tipo y decoración que el núm. 1, que se dice hallado en Bulgaria. El broche de gancho está formado por un águila vista de frente, sosteniendo un cordero (?), y un jabalí mordiendo la cabeza del águila; detrás del jabalí, un ciervo vuelto a la izquierda, con cuernos ornamentales. El cinturón de Bulgaria es mucho más esquemático y ornamental que el de Maikop y muestra la influencia de la versión «póntica» de estilo animalístico. Por consiguiente, puede ser un poco más tardío que el cinturón de Maikop.

Sobre el cinturón de Maikop: M. Rostovtzeff, *Iranians and Greeks*, pág. 134, lám. XXV, 1; *Arethuse*, 1924, 3, pág. 4, lám. XIV, 1; *Animal Style*, págs. 47 y sig., lám. XIII, 1, 2; G. Borovka, *Scythian Art*, páginas 58 y sig., lám. XLVI B. Cinturón de Bulgaria: M. Rostovtzeff, *Arethuse*, 1924, 3, págs. 5 y sig., lám. XIV, 2; *Animal Style*, pág. 48, lám. XIII, 3. (Fotografía facilitada por el Museo Británico, Londres.)

3. Placa de oro hallada en Siberia. ¿Hebilla, o penacho de caballo? Águila heráldica ornamental con la cola levantada y alas extendidas sosteniendo un íbice. Cabujones en el cuello, pecho y parte superior de las alas, en un tiempo rellenas de cornalinas. Estilo persa, pero esquematizado y adaptado al gusto de los nómadas. Más cerca del auténtico arte persa está el torqués de oro de Siberia terminado en el cuerpo de un león-grifo alado. E. H. Minns, *Scyth. and Gr.*, págs. 271 y sig., fig. 182. Buenas reproducciones de la placa del águila, con bibliografía, en E. H. Minns, loc. cit., pág. 273, fig. 112, y A. U. Pope, *A Survey of Persian Art*, I, pág. 465, lám. 138 A, B (Ph. Ackerman). (Fotografía facilitada por el Museo Victoria y Alberto, Londres.)

En el texto hemos tocado el problema de la contribución de Bactriana al desarrollo del arte, y especialmente de las artes aplicadas. Nuestro conocimiento de la Bactriana helenística es escaso; pero el ejemplo del Estado panticapeo, que vivió en condiciones parecidas, como intermediario entre los nómadas y el mundo griego, con sus creaciones originales en el campo del arte, destinadas a satisfacer la demanda de los nómadas, nos lleva a suponer que Bactriana, tan parecida al reino del Bósforo, debió de haber desempeñado un papel parecido. La creación de una nueva versión del estilo animalístico nómada, mezcla de elementos persas y centroasiáticos, constituyó un fenómeno nuevo en la historia del arte nómada en la época del apogeo del Estado bactriano. Los rasgos fundamentales de este estilo animalístico «neoescita» son: empleo ornamental de grupos de animales en lucha, tomados principalmente del arte persa, con acentuación del aspecto patético, y amplia utilización de la policromía, que se logra con las incrustaciones de cabujones, muy desarrolladas en el mundo iranio en la época prehelenística, y que floreció en Taxila en la época sace. Me permito sugerir que Bactriana fue la causa de estas innovaciones.

1. Museo de Pérgamo, Berlín



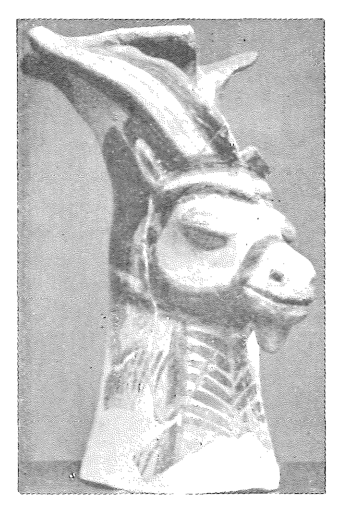
2. Museo Capitolino, Roma

Pérgamo, su arquitectura y su arte

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXIII

1. Maqueta del acra restaurada de Pérgamo, vista desde el Oeste, hecho por H. Schleif. Véanse págs. 523 y sigs., y 715 de la presente obra, y W. von Massow, *Führer durch das Pergamon-Museum*, 2.ª ed., 1936, fig. 31. (Fotografía facilitada por el Museo de Pérgamo, Berlín.)

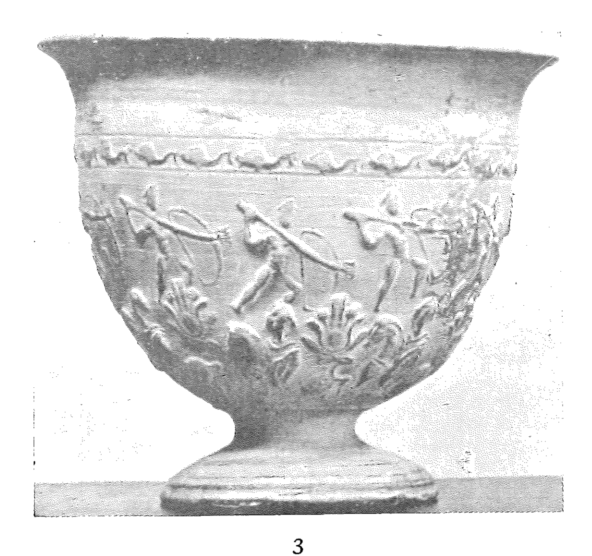
2. Famosa estatua de galo moribundo. Copia de una de las figuras votivas en bronce dedicadas por Átalo I en el patio del templo de Atenea en Pérgamo. No podemos discutir aquí la fecha ni el estilo de esta figura. Nos remitimos a los últimos estudios sobre la primitiva escultura pergamena enumerados y resumidos en *A. J. A.* (1940), págs. 241 y sigs.; B. Schweitzer, *J. D. A. I.*, LIV (1939), Anz., págs. 405 y sigs. Reproduzco esta conocida estatua para ilustrar el espíritu de los atálidas y su concepción de su misión histórica. Sobre las armas célticas esculpidas en la base: P. Couissin, *Inst. mil. et nav.*, 1931, lám. XXXV, 1. (Fotografía facilitada por Alinari.)



I



2



3

Cerámica anatólica

Museos del Estado, Berlín

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXIV

1. Parte superior de un ascó cerámico en forma de cabra montés; encontrado en Karasamsun (lám. LXV). Cerámica marrón, con engobe blanco y pintada en rojo brillante y marrón oscuro. Altura, 10 cm.

2. Parte superior de un ascó del mismo tipo que el núm. 1, en forma de carnero montés. La misma pasta y pintura que el número 1. Altura, 10 cm.

3. Cuenco cerámico de pasta marrón, cubierto originariamente de vidriado rojo, la mayor parte del cual ha desaparecido. Hallado en Rusia meridional, pero fabricado en Asia Menor y más probablemente en Siria. *Terra sigillata* helenística tardía o romana primitiva. La decoración consta de tres zonas. La inferior representa, en relieve, jinetes con escudos lenticulares, enfrentados dos a dos y separados por coronas divinas egipcias entre espigas de trigo. La zona central muestra guerreros desnudos corriendo hacia la derecha, con cascos peculiares, blandiendo lanzas en tridente y escudos semiovales. Sobre ellos, un estrecho friso de delfines. Los guerreros pueden ser interpretados como seres mitológicos (¿coribantes?). Pero más probablemente son indígenas sirios luchando, enemigos aquí de la civilización helenística. Inédito.

Debo la descripción de los objetos de esta lámina y la siguiente al profesor R. Zahn, de Berlín. Sobre la cerámica de Amisos representada por los núms. 1 y 2, véanse mis observaciones y bibliografía en la nota 355 de este capítulo. Los vasos en forma de animales agazapados (algo parecidos a los ascoes griegos) y ritones terminados en prótomos de animales son productos típicos de Capadocia y el Ponto. En el Museo del Louvre y el Otomano de Estambul hay varios vasos intactos de este tipo, hallados en su mayoría cerca de Karasamsun. Según Genouillac y el profesor R. Zahn, los vasos pintados en forma de animales empiezan en el siglo VII a. de J. C., bajo una fuerte influencia jonia (y yo añadiría irania) y duran hasta principios de la época helenística. En opinión de Zahn, los vasos aquí reproducidos no pertenecen a la clase XXIV de Genouillac (siglos VII-V a. de J. C.), sino a la clase XXV (siglos IV-III a. de J. C.). En Karasamsun parece que los vasos fueron hallados junto a fragmentos de cerámica helenística. Hemos de esperar la publicación de los resultados de las excavaciones de Macridy Bey en Karasamsun para dar un juicio definitivo sobre la evolución de este tipo de cerámica, tan típica de la cultura mixta de Capadocia y el Ponto.

(Fotografías facilitadas por los Museos del Estado, Berlín.)



1. Museos del Estado, Berlín



2. Museo del Louvre, París



3. Museos del Estado, Berlín



4. Museos del Estado, Berlín

Terracotas de Amiso

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXV

1. Máscara de una mujer o muchacha sátira (con algunas restauraciones). Altura, 19 cm.

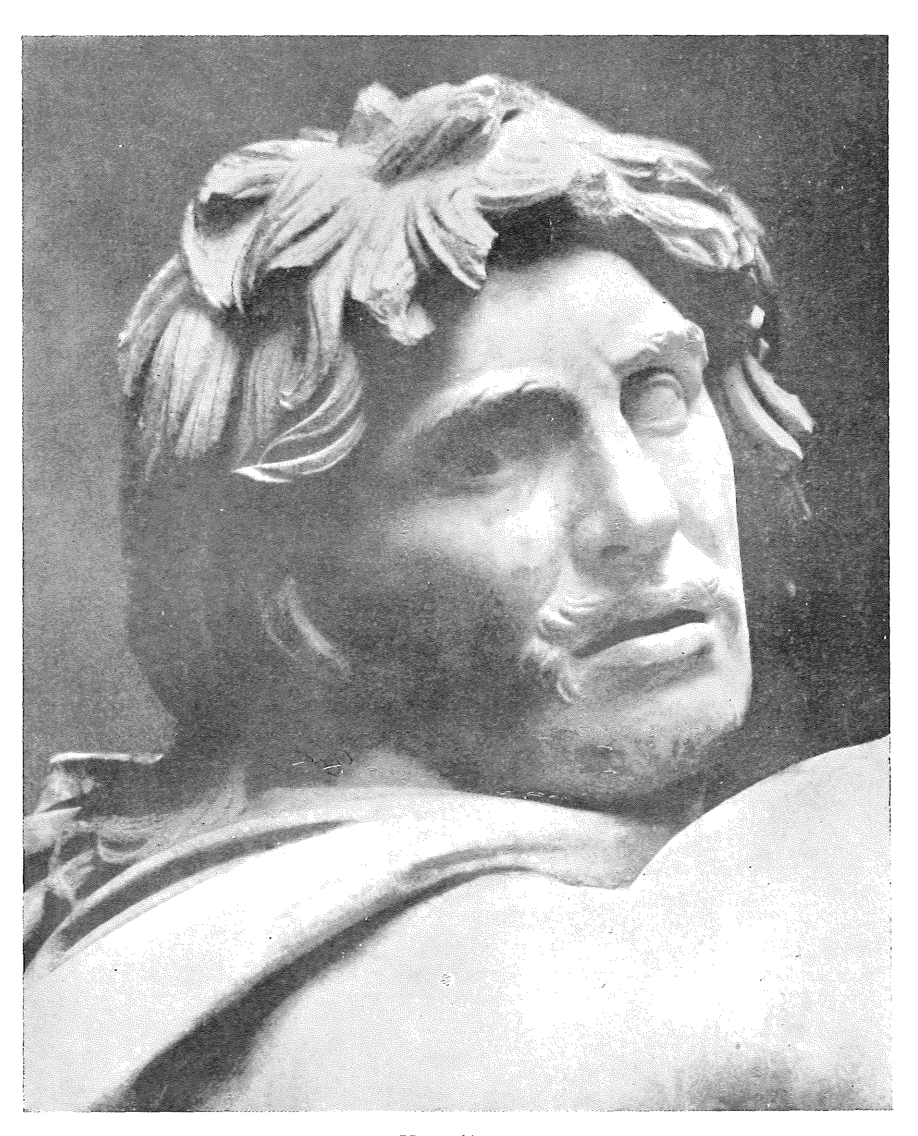
2. Máscara de Dioniso. Altura, 102 mm. aproximadamente.

3. Cabeza caricaturesca de una estatua, quizá de un esclavo, riendo. Altura, 53 mm.

4. Grupo fragmentario de un muchacho y una muchacha besándose. La muchacha lleva en la mano izquierda un pájaro en un bolso. Obra de buena calidad. Altura, 8 cm.

Las terracotas reproducidas en esta lámina son ejemplares de figurillas de arcilla halladas en grandes cantidades en Karasamsun, cerca de Samsun (la antigua Amiso), y que ahora se guardan en distintos museos. Con ellas se hallaron fragmentos de cerámica pergamena de relieves. Su estilo es muy parecido al de las terracotas hechas en Pérgamo. Pero algunas peculiaridades de estilo y carácter de la arcilla nos dan la certeza de que todas fueron hechas en uno o varios talleres amisios, y no importadas de Pérgamo: siglos III-II a. de J. C. Las terracotas amisias nunca han sido catalogadas, publicadas ni ilustradas, aunque lo merecen mucho.

(Fotografías 1, 3 y 4, facilitadas por los Museos del Estado, Berlín; fotografía 2, por el Museo del Louvre, París.)

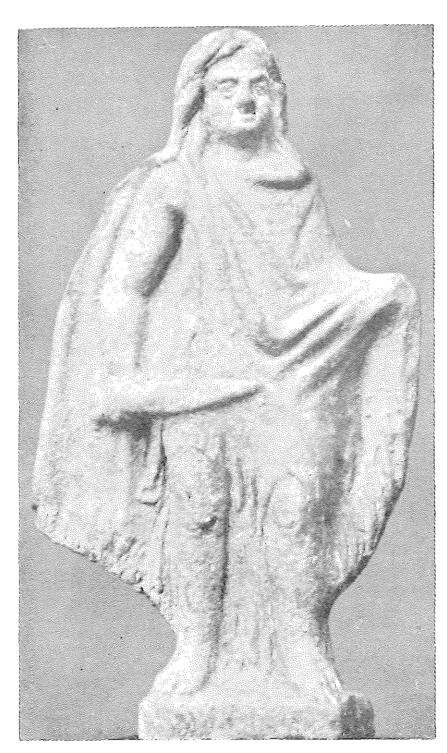


Un gálata

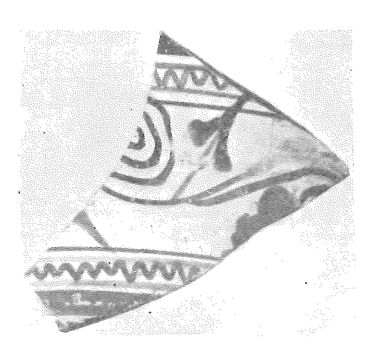
Museo Nacional de las Termas Dioclecianas, Roma

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXVI

Cabeza de guerrero gálata. Pertenece a la figura del gálata del famoso grupo Ludovisi (un gálata que se suicida después de haber matado a su esposa). Este grupo es muy conocido. Se trata de una copia romana en mármol de una de las ofrendas votivas de Átalo I (en bronce) que se levantó en el patio del templo de Atenea en Pérgamo. Para un análisis estilístico a la luz de otros productos de la escuela pergamena, véanse los artículos citados en la descripción de la lám. LXIII. (Fotografía facilitada por Alinari.)



1. Museos del Estado, Berlín



2. Museos del Estado, Berlín



3. Museos del Estado, Berlín



4. Colección E. T. Newell, Nueva York

Objetos que ilustran la vida céltica en la época helenística y la vida en Asia Menor y Rusia meridional

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXVII

1. Estatuilla de terracota hallada en la necrópolis de Mirina o Cime. Ejemplar perfecto de una escultura realista de comienzos del siglo III a. de J. C. La estatuilla representa a un gálata de pie, de frente, de cabellos largos, sin más vestido que una capa. En la mano derecha esgrime una espada corta. La estatuilla representa a uno de los gálatas que invadieron Asia Menor, no un mercenario de los que más tarde sirvieron a los reyes helenísticos. Altura, 14 cm. P. Bienkowski, *Les Celtes dans les arts mineurs gréco-romains,* 1928, pág. 126, núm. 1; cf. núms. 2 y 3, otra estatuilla de un gálata del mismo tipo representado luchando con un puñal en la mano derecha y un escudo oval en la izquierda.

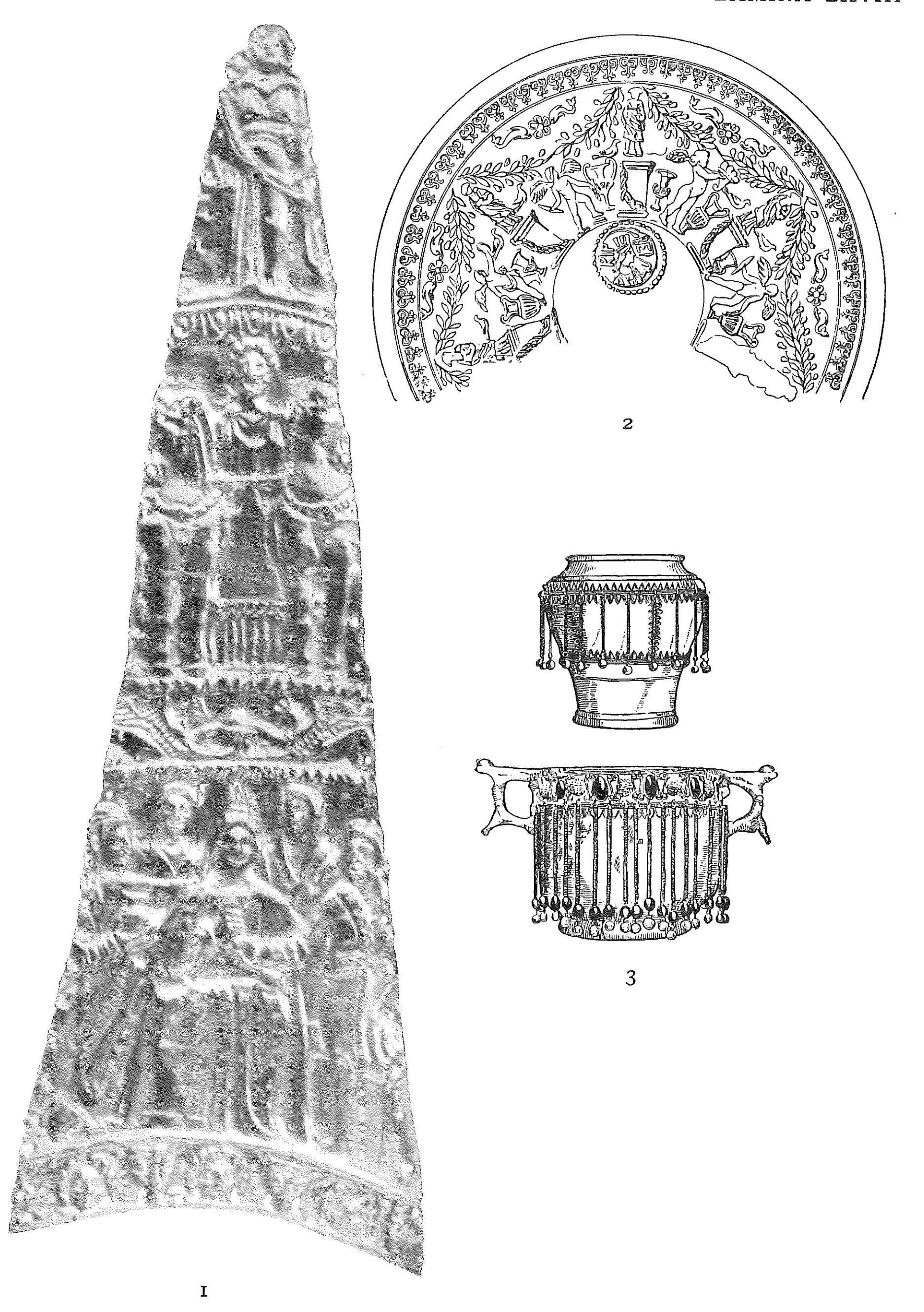
2. Fragmento cerámico helenístico de Karasamsun. Pasta marrón clara, cubierta por un lado con engobe blanco sobre el que se aplicó la decoración (de hiedra) en amarillo-marrón brillante y marrón oscuro. Altura, 77 mm. Véase lám. LXIV.

3. Ungüentario de cerámica del tajo occidental de Atenas, hallado en Panticapeo. Altura, 105 mm. Reproducido aquí por falta de espacio en la lámina siguiente. Ilustra las relaciones comerciales entre Atenas y Panticapeo en la época helenística.

(Fotografías facilitadas por los Museos del Estado, Berlín.)

4. Imitaciones danubianas célticas de monedas helenísticas: *a*) Imitación de Alejandro. *b*) Imitación de Filipo. *c*) Imitación de Tasos. (Vaciados facilitados por el doctor E. T. Newell.)

Véase K. Pink, *Die Münzprägung der Ostkelten und ihrer Nachbarn,* 1939, y cap. VI, notas 11 y 30, del presente libro.



2

3

I

Rusia meridional en la época helenística
Museo del Ermitage, Leningrado

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXVIII

1. Placa triangular de oro que adornó el frente de una tiara ritual. Hallada en la tumba de la reina del túmulo de Karagodeuasj, en la región de Cubán (Rusia meridional). Probablemente perteneció al traje ritual de la reina, sacerdotisa de la Gran Diosa. La placa va adornada de tres zonas de figuras repujadas. En la inferior se ve a la Gran Diosa sentada en su trono, vestida con pesadas galas ceremoniales, y llevando tiara apuntada con una placa triangular de oro en la frente. Detrás de ella están dos sacerdotisas con la cabeza velada. Un joven en traje iranio (escita o sace), sin duda un príncipe, se acerca a la diosa por su derecha, y ella le ofrece la santa comunión en un ritón. Por el otro lado, una extraña figura de hombre barbado, en traje de mujer, avanza hacia la diosa llevando en la mano un vaso redondo, que parece contener un brebaje sagrado; probablemente se trata de un sacerdote eunuco del tipo mencionado por Herodoto. Sobre la escena de la comunión está la figura de un dios en un carro, probablemente el gran dios Sol iranio. Finalmente, en la banda superior una figura de la Tique griega, probablemente el iranio Hvareno.

Sobre el túmulo de Karagodeuasj, su fecha y los objetos hallados en él, véanse mi *Skythien und der Bosporus*, págs. 323 y sigs. (con bibliografía), cf. K. Schefold, *Der skythische Tierstil in Südrussland*, en *Eur. Sept. Ant.*, XII (1938), pág. 21; y sobre la interpretación de la placa, mi artículo *The idea of royal power in Scythia and on the Bosporus*, en *Bull. Comm. Arch.*, XLIX (1913), págs. 1 y sigs., y Addenda, ibíd.; *Rev. É. G.*, XXXII (1919), págs. 462 y sigs.; *Iranians and Greeks*, págs. 104 y sigs., y 231, nota 10; véanse otras contribuciones citadas en *Skytien und der Bosporus*, loc. cit.

Reproduzco este interesante objeto porque muestra las nuevas condiciones de la vida en las estepas de Rusia meridional a principios de la época helenística, la aparición, bajo la influencia griega, de un arte no limitado al estilo animalístico, sino que abarca también temas religiosos, quizá por influencia de una nueva oleada de tribus iranias que avanzaban por el sur de Rusia: los saces. (Fotografía facilitada por la antigua Comisión Arqueológica, Museo del Ermitage, Leningrado.)

2. Uno de los cuencos «megareos» hallados en Rusia meridional. Va decorado con figuras de divinidades (estatuas y cupidos), guirnaldas, delfines, etc. Una descripción detallada nos ocuparía demasiado espacio. Es importante para el tema de nuestro libro porque en el fondo de este y otros cuencos similares va la estampilla de fábrica ΚΙΡ-ΒΕΙ rodeando el busto de la Tique de la ciudad, de perfil. Se ha señalado que, teniendo en cuenta que el genitivo en -ει de nombres terminado en -εις es típico de Rusia meridional, el ceramista Kirbeis debió de haber sido residente en Olbia o Panticapeo. Esto afirma que, al mismo tiempo que importaban cuencos «megareos», las ciudades griegas de Rusia meridional se transformaron poco a poco en centros de producción de este tipo de cerámica.

R. Zahn, *J. D. A. I.*, XXIII (1908), págs. 45 y sigs., especialmente págs. 55 y sigs., núms. 8 y 9, y figs. 14-16; E. H. Minns, *Scythians and Greeks*, págs. 350 y 364; C. W. Lunsingh, Scheurleer, *Griecksche Ceramick*, 1936, pág. 165. (Dibujo del profesor E. Mahler.)

3. Dos ejemplares de vasos de vidrio fundido o tallado que reproducen vasos de metal, montados en incrustaciones de oro con piedras preciosas, y colgantes de piedras preciosas; hallados en el distrito de Cubán. Véase mi *Iranians and Greeks*, págs. 127, y este capítulo, páginas 364 y sigs. y notas 164 y 312; cf. lám. XLIII, 1. Reproducido de mi *Iranians and Greeks in South Russia*, fig. 16, núms. 1 y 2.